CASI
NORMALES
RICARDO BORRERO GAVILÁN
rbg

CASI
NORMALES
RICARDO BORRERO GAVILÁN
rbg

# casi Normales

# Casi normales

Ricardo Borrero Gavilán

Primera edición: marzo 2024

ISBN: 978-84-1061-996-8

© Del texto: Ricardo Borrero Gavilán
© Ilustración de portada: Ricardo Borrero Gavilán
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

*A Patricia, Lucas y Luna,*
*por hacer que cada día de «la película de mi vida» sea una obra maestra.*

*Y a todos los amantes del cine, ese «arte plástico en movimiento» que nos conmueve, que nos estremece, que nos enamora, que nos enseña y que, sobre todo, nos hace soñar despiertos.*

# PRÓLOGO

# William Towner Johns presenta...

Me llamo Will Johns y soy tuerto. Sé que no es una presentación muy ortodoxa, pero prefiero decirlo así, directamente y sin ningún preámbulo; porque el ojo que me falta y el parche que durante muchos años cubrió su ausencia en mi rostro fueron para mí una de las más importantes señas de mi identidad física, muchísimo más que mi altura, mi peso o mi color de pelo.

Perdí el ojo en un accidente durante un incendio. Una noche, a comienzos del verano de 1960, la casa donde vivíamos se incendió debido a un fallo eléctrico. Mi madre quedó rápidamente inconsciente por el humo, ya que el fuego se inició en la parte del pasillo que daba a la entrada de su dormitorio. Mi hermano Tommy falleció en el interior de la casa. Mi padre, militar, estaba fuera realizando unas maniobras. A mí me quedaban un par de meses para cumplir nueve años.

La gente del barrio que me vio arrastrar el cuerpo de mi madre fuera del porche de la casa me consideró un héroe por tal hazaña. A pesar de mi corta edad y mi delgada complexión, la adrenalina me hizo sacar unas fuerzas ocultas en mis brazos y piernas que me permitieron tirar de las ciento veinte libras de mi madre hasta ponerla donde yo creía que estaríamos a salvo. Justo cuando pude colocar a mi madre en el jardín, fuera del peligro más inmediato, y los pocos vecinos que se asomaban curiosos a la calle empezaban a andar hacia mi casa para echarme una mano, se produjo una enorme explosión, con foco en la cocina, que prácticamente voló en pedazos toda la vivienda.

Mi hermano mayor, Tommy, que entonces tenía catorce años, se encontraba en ese momento en el interior, buscando a nuestro perro *Max* para sacarlo de aquel improvisado infierno en el que en solo unos minutos se había convertido nuestro hogar. Intento pensar que no sintió nada. Enterramos un ataúd vacío, con solo una foto dentro, porque los restos de Tommy quedaron tan dispersos e irreconocibles que no se pudieron separar de los escombros de la vivienda.

La explosión inundó el aire de trozos de madera y astillas. A mí me cogió mirando directamente hacia la casa, esperando que mi hermano apareciera por la puerta llevando a *Max* en brazos, y algunas de esas astillas que salieron despedidas por la explosión impactaron en mi rostro. La mayoría de ellas se clavaron en mi piel, dejando pequeñas heridas que, al poco tiempo y debido a mi corta edad, curaron del todo, desapareciendo sin dejar marcas importantes. Pero una de ellas entró como una bala en el centro de mi ojo izquierdo. El dolor que sentí entonces fue tan intenso que yo también perdí el conocimiento.

Mi madre se recuperó en el hospital bastante rápido. Sus pulmones no sufrieron daños permanentes, aunque su corazón sí; se había roto en mil pedazos por la pérdida de su primogénito y ya nunca volvería a recomponerse del todo.

Mi globo ocular izquierdo quedó destrozado. La enorme astilla en forma de «Y» que la mala fortuna quiso colocar con extrema puntería en el centro de mi ojo izquierdo, como si de un tiro perfecto en una pequeña diana se tratara, había desgarrado la córnea, la pupila y el cristalino y llegado hasta el nervio óptico. Ante la imposibilidad de recuperar el ojo de modo alguno y temiendo una posible futura infección, los médicos decidieron extirparlo por completo, dejando un orificio en mi cara que durante mucho tiempo me pareció la más terrible tara que nadie pudiera tener. Por lo demás, y aparte de pequeñas heridas sin importancia, resulté ileso. Pero salí

del hospital con un parche negro que me acompañó durante bastantes años; salí del hospital con un rostro nuevo al que tardé mucho en acostumbrarme, con una nueva imagen que odié durante casi todos los días de mi adolescencia.

Algunas veces me quedaba mirándome en el espejo con mi ojo bueno, levantaba el parche, que en ocasiones no me quitaba ni para dormir, y observaba con morboso detenimiento la piel arrugada y plegada hacia dentro de la cavidad ocular; y cada vez que lo hacía tenía que volver a asimilar que aquella horripilante cara que parecía sacada de algún monstruo deforme de una película antigua de terror de serie B era la mía, y que no escondía nada maligno ni tenebroso, sino solamente a un inocente muchacho que no entendía qué pecados habría cometido para estar obligado a aceptar que esa sería la mejor versión de su rostro durante todo lo que le quedaba de vida. Superados los primeros instantes de conmoción visual, a los que en realidad no llegaba a acostumbrarme nunca, lentamente, como si me diera miedo lo que pudiera encontrarme o sentir al hacerlo, solía introducir con suavidad y cautela mi dedo índice en el agujero. Es una sensación extraña. Es como acariciar un trozo de piel delgada que solo esconde tejido blando tras de sí. Ninguna dureza, ninguna aspereza, ningún dolor físico. Ahí donde debía estar el compañero de mi ojo derecho, que aún hoy conservo sano y sin ninguna dolencia ni deficiencia en la vista, ya no había nada. Esa pequeña canica blanca con una corona circular de color miel a la que nunca presté más atención de lo normal y que de alguna forma siempre di por sentado que estaría conmigo hasta mi muerte ya no estaba.

Intentaron ponerme una prótesis, un ojo falso, pero ni yo me sentía cómodo entonces con un trozo de cristal incrustado en mi cara ni, cuando me miraba al espejo, reconocía mi rostro. Era como si mi cerebro supiera que aquello no debía estar allí, que no formaba parte de mí de verdad, y rechazaba esa imagen de mi cara, aunque en realidad fuera menos escandalosa que la que llevaba el parche. Así que fue mi decisión mantener el parche en esa etapa de mi vida; era un complemento más sincero, desde mi punto de vista. Esa decisión, sobre todo en una persona de mi edad, me dio durante muchos años un aspecto un tanto singular que, desde luego, no solía pasar desapercibido.

En lo práctico, la falta de mi ojo izquierdo me hizo perder profundidad de campo y en muchas ocasiones eso me llevaba, sobre todo al principio, a tropezarme con algunas cosas y a no coordinar bien ciertos movimientos, así como a evaluar mal las distancias. Sin embargo, quizás debido a mi temprana edad, me recuperé rápido a nivel físico y pronto me hice con el control de mi nueva condición. Por tanto, aunque pueda parecer que esta falta ocular me limita en ciertos aspectos, en realidad mis restricciones son escasas y poco significativas. O, al menos, yo he luchado siempre para que así sea.

Aunque mi situación estética siempre me preocupó –ya que no se trataba de un disfraz que pudiera quitarme cuando quisiera para volver a la normalidad en cualquier momento– no fue hasta que entré de lleno en la adolescencia que empecé a darle más importancia al aspecto físico que aquella deficiencia me confería, y entonces aparecieron los primeros complejos reales. Aquellas fantasías infantiles en las que fingía ser un pirata con parche, como los de los cuentos y las películas, y en las que casi todo era banal y divertido, se tornaron en una profunda vergüenza por mi deformidad, que llevaba por fuera lo mejor que podía pero que internamente me atormentaba. Sobre todo, por las chicas, claro. Pero, aun así, me seguía resistiendo a llevar un ojo de cristal.

Con todo, supongo que debo estar agradecido porque la gente, en general, no solía ser cruel conmigo por mi aspecto. El hecho de que todos me consideraran un héroe local por mi gesta al

sacar a mi madre, siendo yo tan pequeño, de nuestra casa en llamas y salvarle la vida, hacía que infundiera en mis convecinos un sentimiento más de compasión que de burla por tener solo un ojo y llevar un parche negro cubriendo el hueco dejado por el otro. Quiero dejar esto claro porque, según mi experiencia, la crueldad de los niños y adolescentes puede ser infinita y, por supuesto, hubo ocasiones en los que algún compañero de clase o algún niño del barrio me insultaron con mezquindad aprovechando mi tara, pero mi tristeza y mi rabia nunca duraban demasiado y, de hecho, no recuerdo ahora ningún momento en particular en el que esas puñaladas de crueldad me marcaran en modo alguno.

Nací el 14 de agosto de 1951, el mismo día que otro William dejaba este mundo. Me refiero al famoso William Randolph Hearst, periodista, editor, político y magnate californiano, inventor de la prensa amarilla o sensacionalista, cuya vida «inspiró» a Orson Welles para realizar ***Ciudadano Kane***. Seguramente Hearst no murió dejando caer de su mano una de esas bolas de cristal decorativas con un motivo navideño y llenas de diminutas partículas blancas que simulan la nieve al agitarlas, ni exhalando la palabra «Rosebud» al expirar –por más que ese fuera el apodo que, según cuentan, había puesto a las partes íntimas de su amante, Marion Davies–, pero hay que reconocer que Welles y su coguionista Herman J. Mankiewicz dotaron a ese momento de un fantástico halo de misterio cinematográfico mucho más interesante que lo que diez años después de estrenar el film sucedería cuando la parca visitó a Hearst para llevárselo de una forma –casi seguro– bastante más convencional. Nunca he considerado esta coincidencia de fechas como algo que marcara mi existencia ni nada parecido. No tengo ninguna relación con el periodismo, ni soy ningún magnate ni creo en las reencarnaciones, pero como gran aficionado al séptimo arte que sí soy, y la historia que voy a relatar versa en parte sobre cómo me convertí en un apasionado del mismo, me gusta pensar que tengo un vago y fortuito vínculo con la que hoy muchos consideran una de las mejores películas de la historia del cine (aunque yo no la incluiría en la lista de mis cien películas favoritas).

Me crie en Fortress Flint, una bonita ciudad de la costa noreste de Estados Unidos que alcanzó su auge de popularidad durante la Guerra de Independencia. Fundada como Howetown por inmigrantes ingleses, en su mayoría pescadores, cambió su nombre al de Fortress Flint debido a la fama e importancia de una antigua fortaleza situada a las afueras de la ciudad y construida estratégicamente al borde de un hermoso y escarpado acantilado, en un saliente en forma de semicírculo que dejaba solo una de sus caras accesible por tierra. La fortaleza, que distaba unas tres millas del centro de la ciudad, siempre había servido para proteger a la población, y aun cuando en épocas de paz solo se usaba como puesto de vigía, su magnificencia e influencia sobre la población eran tales que todos terminaron llamando a Howetown por el nombre de la fortaleza que la coronaba. Durante la Guerra de Independencia, la fortaleza había sido tomada por uno y otro bando hasta cuatro veces, y en cada acometida se había ido deteriorando un poco más, hasta quedar medio destruida hacia el final del conflicto. Después de eso se reconstruyó parcialmente, pero nunca volvió a utilizarse con fines militares, más allá de algún esporádico uso logístico. Y muchos años después, ya a principios del siglo XX, se preservó como parte del patrimonio histórico de la ciudad, que orgullosa recibía cada año cientos de visitantes dispuestos a pagar unos dólares por conocer el monumento e incluso llevarse algunas baratijas de recuerdo.

El puerto de Fortress Flint había sido en su época de esplendor uno de los más activos del estado, tanto comercial como militarmente hablando. Con el paso del tiempo, la actividad militar naval se fue perdiendo paulatinamente hasta quedar reducida a una mínima expresión de muy espaciadas maniobras menores por parte de la Armada. En cuanto al valor comercial del puerto,

su actividad había seguido siendo suficientemente atractiva como para que gran parte de los habitantes de la ciudad estuvieran vinculados, de una u otra manera, a la industria pesquera, ya fuera en la propia pesca, la manipulación, la logística y almacenamiento, la distribución o el envasado del producto. En cualquier caso, como en todas las industrias, Fortress Flint había visto cómo su industria pesquera había sufrido altibajos de popularidad y actividad durante toda su existencia. Era algo casi cíclico y a lo que los lugareños se habían terminado por acostumbrar. La necesidad de creer, durante épocas de vacas flacas, que las cosas terminarán por mejorar de nuevo y que la recuperación de la economía local siempre es posible, estaba tan arraigada en la conciencia popular de Fortress Flint como las enormes rocas del acantilado donde se erigió en su día la fortaleza que ahora le daba nombre. Al fin y al cabo, la pesquera era la única industria de la ciudad y más de la mitad de su población vivía de ella. No nos quedaba otra que confiar ciegamente en ella y en su infinita permanencia.

Aparte del puerto, Fortress Flint también contaba con una bonita y larga playa que corría hacia el sur desde la ciudad y alrededor de la cual se creaba un ambiente muy familiar y agradable, sobre todo en épocas estivales, cuando gente, no solo de la propia ciudad, sino de otras poblaciones de los alrededores, acudía en masa a disfrutar de la mejor playa que había en millas. Yo, debido a mi solitaria forma de ser, la prefería en primavera y otoño, épocas en las que aún se estaba a gusto paseando por ella, pero sin los agobios de las multitudes que la copaban en verano y que en muchas ocasiones no dejaban siquiera oír el manso, repetitivo y relajante ruido de las olas al romper contra la orilla, algo que yo encontraba particularmente hermoso y liberador. Era mi lugar de evasión. Un lugar tranquilo y hermoso donde meditar con tranquilidad. Muchas veces acudía solo a la playa a pensar en mis cosas, jugaba a imaginar qué sería de mayor y qué aventuras viviría en qué múltiples partes del mundo; y también, algunas veces, iba para calmar mis penas y remordimientos.

Las viviendas de Fortress Flint estaban diseñadas y construidas en su mayoría siguiendo unos patrones de estilo marinero. Eran casas bajas, de madera, con múltiples adornos navales o de pesca. No había muchos edificios altos y la ciudad estaba salpicada de numerosas tiendas antiguas. La pulcritud de sus calles y lugares públicos era tal que resultaba extrañamente idílica. Un par de parques adornaban de verde la ciudad y le servían de pulmón natural, aunque en realidad, debido a su ubicación costera, el aire de Fortress Flint casi siempre olía a limpio. A pesar de la industria que dominaba la ciudad, no podía decirse que esta oliera a pescado. Olía a mar, a salitre, a aire fresco. Puede que mis glándulas olfativas estuvieran acostumbradas a un determinado olor y fueran capaces de ignorar o hacer desaparecer de mi cerebro todo lo relacionado con el pescado, pero nunca me sentí agobiado por el intenso olor que desprendían los alrededores de los almacenes o locales donde se manipulaba el pescado antes de su transporte, ni nunca percibí ese olor en ninguna otra parte de la ciudad.

Había muchos detalles que hacían parecer a Fortress Flint algo anclada en el pasado. En muchos aspectos era como si avanzara algo más lentamente que el resto del país y llevara unos años de retraso con respecto a otras zonas más modernas. Quizás lo único que no la hacía parecer tan antigua era su distribución, asombrosamente moderna, en manzanas cuadradas, teniendo en cuenta la época en la que fue fundada, y sabiendo que no había sufrido grandes cambios estructurales, al menos en la parte que podría considerarse el centro o casco antiguo de la ciudad.

En definitiva, Fortress Flint era un lugar agradable y muy bonito para crecer. La vida en la ciudad era tranquila y aparentemente segura. La mayoría de los recuerdos de mi infancia allí, a

pesar del trágico accidente que supuso la muerte de mi hermano, son altamente positivos. Los de mi adolescencia puede que sean algo más turbadores.

Sobre mi hermano mayor Tommy no puedo contar mucho, porque murió siendo yo muy pequeño, pero todo lo que recuerdo de él son cosas buenas. Supongo que alguna vez me chincharía con cosas típicas de hermanos, pero el hecho de que mi padre pasara bastante tiempo fuera de casa lo convertía a él en el «patriarca junior» de la familia, y su enorme sentido de la responsabilidad hizo que ayudara mucho a mi madre con mi cuidado y crianza. Como además nos llevábamos seis años, para mí fue más una especie de padre que un hermano al uso. Me enseñó muchas cosas y me hacía sentir seguro cuando estaba a su lado. Realmente me da mucha pena pensar en él, porque creo que habría sido una gran persona y lamento que su vida se sesgara tan pronto de una manera tan dramática. Creo que habríamos sido grandes amigos.

Mi padre, Thomas Johns Sr., era capitán del ejército de tierra de los EE.UU. Lo recuerdo como un hombre muy estricto, pero también tengo la sensación, siempre que pienso en él, de que intentaba ser inexorablemente justo, tanto con mi hermano como conmigo. Cuando Tommy murió en el incendio de nuestra casa, mi padre pidió dos años de excedencia para estar con nosotros porque, según me contó mi madre años más tarde, se sentía muy culpable por no haber estado allí para salvar a mi hermano la noche del incendio. Sentía que no había sido capaz de proteger bien a su familia, y su familia lo era todo para él, por encima incluso de su deber como militar o de su país. Amaba con locura a mi madre y los dos años que pasó en casa después de la tragedia fueron en realidad muy influyentes para mí. Pude observarlo bien, aprender de él y de su recta actitud y comportamiento, y sinceramente creo que ese tiempo y esa influencia suya me ayudaron sobremanera a crecer con una determinada ética que, en ese sentido, me hacía parecer más maduro de lo que mi edad biológica debía indicar. Lamentablemente, tras esos dos años, los problemas económicos lo empujaron a volver a reengancharse, aunque sus opciones de promocionar quedaron un poco estancadas tras aquel periodo fuera del ejército.

Tres años después, el 10 de octubre de 1965, entró en una choza de un poblado vietnamita en el que su patrulla se encontraba haciendo un reconocimiento rutinario y salió de la misma a trozos, junto con los de otros dos compañeros y los de un lugareño, impulsados por una explosión que tiñó de rojo el verde paisaje selvático. Aunque nunca me dieron ningún detalle concreto al respecto, supongo que lo que mi padre encontró en aquella vivienda fue a un militante del Viet Cong con varios explosivos que hicieron que todos sus cuerpos terminaran mezclados y esparcidos por la selva, sin posibilidad de recuperar nada que devolver a casa. De nuevo, mi madre y yo tuvimos que enfrentarnos a un ataúd vacío. Lo que también quedó completamente destrozado aquel día, aparte del cuerpo de mi padre, fue el alma de mi madre, que además de no haber conseguido superar del todo la pérdida de Tommy, se sentía, en cierta forma, culpable por no haber sido capaz de retener a su marido en casa antes de su reenganche, aun sabiendo el clima de inestabilidad que existía en aquel momento en Asia. Yo quedé paternalmente huérfano por segunda vez, por así decirlo, y mi corazón terminó de endurecerse con ese nuevo palo que el despiadado destino había tenido a bien asestarme con fuerza mortal. Me volví más cínico y retraído. Eran demasiadas pérdidas para una pequeña familia como la nuestra en muy poco tiempo.

Aún con todo, mi madre salió adelante. Patricia Johns, o Patty Johns, como era conocida por sus allegados, era una mujer muy fuerte y testaruda a pesar de su menuda complexión. Se lo guardaba todo para ella, todo el dolor y todo el sufrimiento, y de alguna extraña manera lo procesaba internamente de forma que no exteriorizaba demasiado sus penas. Pero yo sé con

incuestionable certeza que hubo momentos en los que lo llegó a pasar extremadamente mal. Se volvió más sobreprotectora conmigo entonces; y eso a pesar de que desde la muerte de mi hermano ya lo había sido mucho. Cuando quedó viuda, mi madre era todavía bastante joven; aunque la rozaba, aún no había alcanzado la cuarentena. Los diez años que la separaban en edad de mi padre nunca habían supuesto un obstáculo para su amor, y su devoción mutua había permanecido intacta e inmaculada hasta el día que él murió.

Mi madre había vivido siempre en Fortress Flint, por lo que era bastante conocida en la comunidad. Era una persona muy buena y atenta, y muy agradable en su trato, lo que la convertía en alguien a la que la gente estaba siempre dispuesta a ayudar; más aún teniendo en cuenta las tragedias personales con las que la vida la había castigado sin motivo siendo tan joven. Trabajaba como enfermera en un pequeño hospital, el John Morris, que no solo cubría a los enfermos de Fortress Flint sino también a los de las poblaciones vecinas, y que siempre solía estar abarrotado. Tras morir mi padre y a pesar de cobrar una pensión de viudedad por parte del ejército, se incorporó a tiempo parcial a un segundo trabajo como administrativa en una de las factorías de pescado que había en la ciudad. Yo creo que comenzó a trabajar allí para mantener su mente ocupada la mayor parte del tiempo y reducir así los momentos de soledad a los que su delicada y maltrecha alma, a pesar de tenerme a mí a su lado, debía de enfrentarse eventualmente. En cualquier caso, ese pluriempleo nos permitió llevar una vida más que acomodada, por más que el precio por ello fuera una degradación física de mi madre quizás más rápida de lo habitual. Claro que yo entonces no me daba mucha cuenta de eso.

Mi madre era mi madre. Mi mamá. Y yo la veía siempre tan delgada y guapa como cuando era pequeño. Su pelo, color caoba oscuro, siempre recogido en una cola que se balanceaba a izquierda y derecha a cada paso que daba, era uno de mis lugares favoritos en los que refugiarme cuando era niño. Siempre que lo tocaba estaba sedoso y su tacto me resultaba relajante, aunque supongo que los suaves arrumacos que ella me regalaba con el mayor de los afectos mientras yo le acariciaba los cabellos también ayudaban bastante a tranquilizarme. Sus ojos, de un marrón oscuro tan intenso que casi parecía negro, siempre tenían una expresión de amor y fortaleza que infundía ánimo y coraje, algo que tampoco le faltaba a mi madre. Y su sonrisa, tan sincera, pura e inocente como la de una niña, le daba un bonito aire infantil a su cara que hacía imposible no contagiarse de su alegría cuando la dibujaba en su rostro. Incluso cuando se enfadaba, mi madre resultaba tan coherente y convincente que uno no podía resistirse mucho a llevarle la contraria. Las dos tragedias que vivimos juntos nos hicieron unirnos más aún de lo que habitualmente lo están un hijo y su madre, aunque ella siempre me dejó mi espacio cuando yo lo necesité. Porque hasta en eso era generosa. Aun cuando yo era su único y más grande motivo para seguir luchando, y viviendo, nunca antepuso sus necesidades de afecto a mi bienestar, incluyendo mi independencia. Y sinceramente, por todos esos motivos, creo que la mía fue el mejor ejemplo de lo que se consideraría una madre perfecta.

No conocí a mis abuelos. Mi abuelo paterno murió en la ofensiva de Meuse-Argonne, en Francia, en 1918, justo al final de la Primera Guerra Mundial, muy poco después de que el heroico sargento Alvin York llevara a cabo la misión por la que se hizo famoso; el mismo Alvin York por el que Gary Cooper ganaría su primer Óscar en la homónima cinta de Howard Hawks. Mi padre, aunque era muy pequeño cuando esto sucedió y no tenía recuerdos reales de su padre, me contaba que mi abuelo había conocido a York en la contienda, según presumía este en la última misiva que mandó a casa antes de morir en los estertores de la guerra. El hecho de que tanto mi abuelo como mi padre hubieran muerto en combate siempre me ha turbado un poco y

me ha hecho pensar si los Johns no tendremos alguna especie de maldición familiar con los conflictos bélicos, por lo que siempre me he cuidado de no participar en ninguna guerra. Mi abuela paterna murió antes de que yo naciera. Y mi madre se crio sola en un orfanato de Fortress Flint, donde fue abandonada al comienzo de la Gran Depresión; sin hermanos conocidos.

Mi padre no tenía hermanos. Así pues, mi madre fue la única familia directa que me quedó cuando él murió en Vietnam. Bueno, la única familia de sangre; porque luego estaban mis amigos.

Mi mejor amigo se llamaba Abraham Konig. Abe, que era como lo conocía todo el mundo en Fortress Flint, era nieto de una pareja de judíos alemanes que consiguieron emigrar a EE.UU. desde un pequeño pueblo del sur de Alemania unos meses antes de que Hitler invadiera Polonia. El instinto de Feibel König, abuelo paterno de Abe, le hizo actuar con rapidez, y su anticipación a los planes del Tercer Reich le salvaron la vida a su pequeña familia y, por ende, a todos sus descendientes, los cuales habrían tenido muchas probabilidades de no llegar nunca a existir de haber permanecido Feibel y familia en Alemania durante la guerra. Al llegar al «Nuevo Mundo», y a pesar de que intuía que su estancia allí no sería solo temporal, Feibel decidió conservar su apellido, en lugar de americanizarlo a su homólogo, King, eliminando simplemente la diéresis de la «o» en el König original alemán; creo que por el mero hecho de sentirse un poco más integrado y americano, pero sin perder del todo sus raíces. Abe nunca me contó ninguna historia sobre su familia en aquella época, más allá de algún comentario esporádico relativo a la muerte de ciertos familiares no directos, con parentesco de segundo nivel, que no pudieron salir a tiempo de Alemania.

Cuando llegó a EE.UU., a principios de 1939, el padre de Abe, Jakob, tenía diez años, por lo que siempre se consideró americano. Al acabar sus estudios y tras varios años de deambular por el país sin rumbo fijo, Jakob se casó con una judía norteamericana y encontró un trabajo en Fortress Flint como contable de la más importante compañía pesquera del lugar, por lo que se estableció allí definitivamente con su mujer, Deborah, y entonces tuvieron a Abe y a sus hermanos, Joshua y Samuel. La comunidad judía en Fortress Flint no era muy grande, por lo que Abe siempre se consideró perteneciente a una minoría, y aunque no le diera mucha importancia a ello, yo sé que en determinadas ocasiones recibió comentarios que no eran de su agrado. Al fin y al cabo, el odio irracional a los judíos u otras razas, religiones o etnias no ha sido nunca algo exclusivo de los nazis, ni mucho menos.

Abe era un personaje físicamente singular; alguien que llamaba la atención por su extraña figura en cualquier lugar en el que se encontrara. De complexión baja, sus brazos cortos y piernas rechonchas le daban un aspecto algo cómico. Su afición a los embutidos y a cualquier cosa que tuviera azúcar le había hecho tener sobrepeso desde pequeño. Su rostro aniñado y barbilampiño le hacía parecer más joven de lo que en realidad era. Su pelo era extremadamente rizado, de un color anaranjado muy intenso, y se lo dejaba relativamente largo, lo que en mi opinión no le favorecía en absoluto, ya que daba la sensación de que llevara puesta una peluca como la de algunos payasos.

Pero lo más peculiar de Abe no era nada que pudiese apreciarse desde el exterior; y además podía considerarse a la vez un don y una deficiencia. Me refiero a que Abe poseía una extraordinaria capacidad auditiva, siendo capaz de escuchar sonidos mucho más lejanos que cualquier persona normal; podía escuchar voces desde mucho más lejos que nadie que yo haya conocido jamás. Esta característica no era consecuencia de un superpoder adquirido por haber estado expuesto a la radiación de un meteorito extraterrestre, como habría sido el caso en

cualquiera de los cómics que de vez en cuando nos gustaba leer, sino porque en realidad padecía hiperacusia, que es un síndrome que se caracteriza por una extrema hipersensibilidad auditiva que genera una intolerancia a sonidos cotidianos que rodean a la persona y que, según los grados –y el de Abe era alto–, provoca intensos dolores de oído que pueden llegar a desembocar en mareos, vértigo o incluso ataques de pánico. Por ello, el pobre Abe estaba obligado a llevar puestos unos pequeños tapones especiales en los oídos que filtraban el sonido que llegaba a sus pabellones auditivos, reduciendo su intensidad para que este fuera soportable para él. Con todo, he de decir que él sobrellevaba su peculiaridad bastante bien –puede que incluso mejor que yo la mía–. Su carácter era muy optimista, era bastante charlatán e impulsivo, a veces demasiado, y en muchas ocasiones se dejaba guiar más por los sentimientos que por la razón. Pero, sobre todo, era una de las personas más generosas que jamás he conocido. Amigo fiel y prudente confidente de aquellos secretos que yo no podía, o no quería, compartir con mi madre. Lo conocí en la escuela infantil y nos hicimos inseparables desde el primer día. Estuvo permanentemente a mi lado tras las muertes de mi hermano y mi padre, y conté con su incondicional apoyo durante todos los días que compartimos juntos en Fortress Flint. Fuimos los mejores amigos hasta que el destino nos impuso una forzosa separación.

El tercer mosquetero que completaba mi habitual y reducido grupo de confianza en mi infancia y adolescencia era, en realidad, una mosquetera. Penny Wise era una chica discreta, tímida con los extraños pero muy valiente y constante en todo lo que se proponía. A pesar de todo el tiempo que pasábamos juntos, sus ocurrencias, pensamientos e integridad no dejaron de sorprendernos nunca a Abe y a mí. De corazón fiero y ánimo invencible, sus nervios le jugaban a veces malas pasadas y la hacían tartamudear en situaciones incómodas o en las que se excitaba mucho por cualquier motivo, cosa que le granjeó el apodo de «Penny medialengua» entre algunos despiadados infantes y otros desalmados no tan infantes. Eso hizo que, conforme creció, redujera su círculo de amigos casi únicamente a nosotros dos. Con Abe y conmigo era con los únicos con los que se sentía libre y a gusto y se mostraba real, sincera y plenamente abierta. Por tanto, la mayoría de los que la conocían en Fortress Flint nunca llegaron a saber cómo de maravillosa era ella de verdad. Para la mayoría era una chica más, retraída y poco habladora, pero para nosotros era nuestra tercera pata –la más fuerte, quizás–, lo que nos daba cohesión como equipo, lo que nos completaba y nos equilibraba. Su aporte femenino y valiente nos enriqueció siempre mucho y tanto Abe como yo le teníamos un gran aprecio.

Penny tenía una relación familiar política de segundo (o tercer) grado con Abe, ya que la mujer de un primo de su padre era a su vez hermana del marido de una sobrina de Deborah Konig, la madre de Abe. Por tanto, el hecho de que desde muy pequeños coincidieran varias veces al año en reuniones familiares, hizo que ella terminara haciéndose amiga, primero, de Abe y, poco más tarde, de mí, convirtiéndonos de esa forma en un triunvirato perfectamente cohesionado e inseparable.

Su condición física era inmejorable. Siempre nos ganaba a Abe y a mí cuando se trataba de subir a un árbol o echar una carrera; pero eso, aunque nos avergonzaba un poco por dentro, nunca fue motivo de rechazo ni de envidia malsana por nuestra parte, por más que ella nos intentara picar siempre que podía sacando a relucir, de manera jocosa, su indiscutible superioridad física. Nosotros, más prácticos que orgullosos, nos limitábamos a asumir nuestra debilidad y simplemente tratábamos de aprovechar su destreza física para aquellas tareas que lo requerían.

En cuanto a su aspecto, Penny fue siempre una niña agraciada, con una belleza natural tan

sencilla que solo se llegaba a apreciar como algo más que notable cuando uno se detenía en serio a admirarla. En cualquier caso, ella nunca solía potenciarla en modo alguno; aunque tampoco le hacía falta. Poseía unas bonitas pecas en la nariz que le daban a su rostro un aspecto aniñado muy tierno. Y, como característica singular, tenía unas extrañas marcas, con forma de cicatrices longitudinales, en ambas manos, en la parte lateral de las mismas, justo debajo de los pulgares, de las que no le gustaba hablar. Esas marcas la avergonzaban bastante –yo no supe durante mucho tiempo por qué–, y eso hacía que casi siempre tuviera sus manos enfundadas en guantes, hiciera o no frío, o metidas en los bolsillos.

Estas eran las personas importantes en mi vida cuando empezó la historia que quiero relatar: el 12 de junio de 1967.

1967 fue un año muy especial para el país, por decirlo de alguna forma. A pesar de los esfuerzos del presidente Johnson por seguir los progresistas pasos de su predecesor en materia de integración racial y social, promulgando la Ley de Derechos Civiles en 1964 y la Ley de Derecho al Voto un año después, en 1967 EE.UU. todavía estaba plenamente inmerso en poner en práctica una solución real al enorme problema de discriminación racial que tenía. De hecho, el verano de ese año se recuerda como uno de los más convulsos de la historia reciente del país por las protestas y enfrentamientos de las llamadas minorías raciales, encabezadas por afroamericanos e hispanos, contra la sociedad capitalista de los blancos, que acaparaban todo el poder y los beneficios de la misma. Por otro lado, la política de Johnson respecto a Vietnam tampoco ayudó a paliar estos problemas internos del país. El toscamente llamado «verano negro» de 1967 dejó a la postre muchos muertos y heridos en los disturbios raciales que se produjeron a lo largo de todo el país.

Es curioso cómo las casualidades a veces no lo son tanto. Y es que el día 12 de junio de 1967 fue un día muy memorable para el país, y aún hoy es festejado cada año, nombrándose de manera popular como el Loving Day. A pesar de que ese nombre es fortuitamente adecuado para lo que conmemora, lo cierto es que ese día no se llama así solo por ser una especie de declaración de «amor» a las parejas interraciales, sino porque la pareja que abrió de manera definitiva el camino legal a los matrimonios entre personas de distinta raza en todos los estados del país (algo que hasta entonces solo ocurría en la mitad de la nación) se apellidaba Loving. Ese día, Richard Loving, de raza blanca, y su esposa Mildred, de ascendencia afroamericana e indígena nativa americana, consiguieron que el Tribunal Supremo de los EE.UU. declarara inconstitucional cualquier ley que prohibiera o vetara los matrimonios interraciales; leyes como la que el estado de Virginia había esgrimido para condenar, encarcelar y posteriormente obligar a mudarse durante un periodo mínimo de veinticinco años a otro estado que sí permitiera los matrimonios interraciales –en este caso a Washington– a Richard y Mildred Loving, ambos virginianos de origen.

Se daba también la casualidad que justo dos días antes de eso, el 10 de junio, fallecía el gran actor Spencer Tracy tras acabar su participación en la que se convertiría en su última película, la conocida cinta de Stanley Kramer ***Adivina quién viene esta noche***, que se estrenó unos seis meses más tarde ese mismo año. La película cuenta la historia de una chica blanca que decide presentar a sus padres a su prometido, un hombre negro, y la trama juega con las reacciones encontradas que la decisión de la joven provoca en sus *a priori* liberales padres. Según cuentan, Katharine Hepburn, que ganó su segundo Óscar interpretando a la esposa del personaje de Tracy y madre de la joven novia, nunca llegó a ver la película terminada porque se sentía muy triste al recordar la pérdida del que había sido su compañero profesional y sentimental durante muchos

años. Pero mucha gente sí que la vio y fue un éxito comercial, y el estudiado guion de William Rose también ganó otro Óscar, a pesar de que algunas críticas atacaron a la película por dar un tratamiento tan superfluo a un tema tan trascendente y de tanta actualidad social como lo era el de las relaciones y matrimonios interraciales. Hollywood, como meca del cine, casi siempre se ha definido como bastante progresista y liberal pero, sobre todo, lo que siempre ha sido Hollywood es una industria oportunista. De hecho, el cine en general es, en muchos casos, un fiel reflejo de la sociedad y una crónica, de mirada partidista o no, de lo que ocurre o ha ocurrido en el mundo. No quiero seguir ahora por ahí, desviándome del tema central con simples anécdotas quizás poco relevantes, pero no puedo evitar que mi vena cinéfila haga acto de presencia de vez en cuando.

Volviendo a la historia que nos ocupa, 1967 fue también el año en el que se popularizó de manera definitiva la (sub)cultura hippie y antibelicista, y San Francisco fue el centro de lo que se promocionó como el «verano del amor». Aunque en aquella época yo intentaba mantenerme al margen de todo eso, mi corazón no podía dejar de estar dividido entre el sentimiento castrense que desde pequeño había vivido en casa y el hecho de que precisamente había sido una guerra –sin sentido, según mi madre– la que me había arrebatado a mi padre; y otra a mi abuelo, por cierto.

El sangriento «verano negro» contrastaba sobremanera con el pacifista «verano del amor» cuando, en realidad, no dejaba de ser el mismo verano. Un verano y un año en el que EE.UU. vivió una convulsa revolución social que no se ha vuelto a dar de manera tan profunda desde entonces y, gracias a la cual, con el tiempo, muchas cosas cambiarían en el país. Fue un momento complejo en el que resultaba muy difícil sentirse ajeno a los grandes problemas por los que atravesaba la sociedad norteamericana. Sin embargo yo he de admitir que, en mi inocente ignorancia, pensaba que Fortress Flint era una isla aislada y segura, apartada de todo aquel desorden y extraña maldad y odio que no llegaba a entender bien y que pretendía contemplar a salvo desde una imaginaria, infranqueable y protectora barrera, sin querer ver que los ecos de las fuerzas que sacudían al país también terminaban llegando a mi ciudad, como ondas expandiéndose en un estanque, y que lo que en realidad yo experimentaba era solo una equivocada sensación de falsa seguridad y paz.

En aquella época yo ya era muy alto para mi edad. Había heredado la gran estatura de mi padre, aunque entonces aún no poseía su corpulencia. De hecho, era bastante delgado y eso me daba un aspecto desgarbado. Asimismo, mi coordinación y movilidad no eran lo que se dice gráciles ni mucho menos. Supongo que el hecho de tener un solo ojo siempre lastró un poco mis aptitudes físicas, aunque en la práctica nunca me sentí impedido para realizar cualquier tarea normal.

Mi piel era bastante clara y mi pelo, recio y de un color castaño claro que se convertía en rubio oscuro durante las épocas estivales en las que el sol lo castigaba con más fuerza, siempre iba arreglado muy corto. Desde que tengo memoria, mi madre se había encargado ella misma de pelarnos a mi padre, a mi hermano y a mí en casa, siguiendo el corte y estilo militar que gustaba a su marido. Y cuando él faltó, mi madre mantuvo en mi testa el carácter marcial que supongo para ella era una especie de recordatorio de épocas pasadas más felices. La verdad es que como mi parche ya era suficiente preocupación física para mí en aquella época de mi plena adolescencia, mi pelo tan corto no fue nunca algo a lo que dediqué demasiados pensamientos, a pesar de que este no seguía la moda o estándares de un momento en el que lo que se estilaba era llevarlo más bien largo. De hecho, el pelo muy corto era cómodo y práctico y, además, quizás yo también necesitaba algo íntimo que me recordara cómo era todo antes del incendio y de las dos

muertes que habían reducido mi familia a la mitad, por lo que no sentía que hubiera ninguna razón de peso para cambiarlo o protestar a mi madre por insistir en mantenerlo de aquella manera.

Siempre me consideré un muchacho curioso y con mucha imaginación, aunque al mismo tiempo algo incrédulo. Supongo que a esa edad ya tenía tantas dosis de cruda realidad metida a la fuerza en el cuerpo que a veces me costaba «creer», confiar en la gente y aceptar aquello que pudiera parecerme extraño a primera vista. Por otro lado, aunque nunca pensé en mí como un chaval vanidoso, ahora, con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta perfectamente de que sí lo era. Y como el agujero que tapaba mi negro parche era algo que físicamente no podía cambiar, me esforcé al máximo por destacar en los estudios; cosa que, para mi satisfacción y la de mi madre, logré.

Una de mis cualidades más fuertes eran los trabajos manuales. Siempre he tenido una mente bastante analítica y la verdad es que se me daba bien arreglar cosas. Era una especie de manitas. De hecho, en aquella época me ganaba unos dólares reparando motores de motocicletas, haciendo pequeños trabajos mecánicos y, aunque no requerían de tanta destreza, también pintaba casas, cortaba el césped y limpiaba piscinas. En definitiva, echaba una mano a la gente de mi comunidad a cambio de un dinero que, no voy a decir que aliviara a mi madre de las cargas económicas que teníamos, pero sí me permitía acceder a ciertos pequeños lujos y caprichos juveniles sin tener que recurrir a ella para que los sufragara. Siempre pensé que eso me hacía más maduro y también por eso, desde joven, he dado mucho valor al esfuerzo necesario para conseguir ciertas cosas.

Al principio colgaba carteles por toda la ciudad para dar a conocer mi disponibilidad para realizar estas tareas manuales, ya fueran más o menos complicadas; sin embargo, poco a poco, fue el boca a boca entre mis convecinos el que hizo todo mi trabajo de *marketing* y me ayudó a granjearme una buena fama de solución barata y efectiva para esas pequeñas y tediosas tareas que a casi nadie le apetecía hacer en sus casas y negocios. No solo trabajaba en viviendas particulares; también conseguí algún trabajillo en negocios menores, como una charcutería, una frutería o una tienda de radios y otros pequeños aparatos eléctricos. E incluso había trabajado para el Club de Bridge de Fortress Flint –formado casi en su totalidad por jubilados–, para la Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate (KIAWA) –muy conocida en la ciudad por su intensa actividad social– y para los llamados Amigos de los Robles, que nunca tuve muy claro si era un club, una asociación o una secta. También trabajé una vez para la iglesia de St. Paul, pero eso al final lo hice gratis.

El caso es que, gracias a esta habilidad y a mi buena reputación, o al menos en principio así lo creí, el 12 de junio de 1967 conocí a alguien que cambió el rumbo de mi existencia por completo; aunque, por supuesto, en aquel momento yo no tenía ni la más remota idea de lo mucho que iba a influir ese personaje en mi vida y en mi futuro. No fue hasta algún tiempo después que me convencí totalmente de ello.

El 12 de junio de 1967 fue el día que Horace Giddens llamó por primera vez a mi puerta.

# ACTO I

# El forastero

Cuando el timbre de la puerta de mi casa sonó aquella calurosa tarde del 12 de junio de 1967, yo me encontraba solo, ya que mi madre estaba haciendo turno de tarde en la clínica, y me disponía a meter mi cena en el horno.

Habrían pasado solo unos minutos de las siete cuando el feo zumbido proveniente de la entrada rebotó por las paredes de la casa y llegó hasta mí con su molesta reverberación. Recuerdo la hora con aproximada exactitud porque, poco antes, el gran reloj de pared que presidía el salón me había despertado, con sus siete sonoras campanadas, de una improvisada siesta que había surgido sin ninguna premeditación durante un mal programa de televisión que no recuerdo por qué empecé a ver; probablemente por el tedio de aquellos primeros días de vacaciones tras un intenso año escolar.

Tras el brusco despertar provocado por las campanadas de las siete, mi estómago me había exigido un poco de atención, por lo que había abandonado mi cómoda postura en el mullido sofá donde Morfeo me había acogido en sus agradables brazos y me había dirigido a la cocina con el firme propósito de calentar, primero, y dar buena cuenta, después, de un generoso trozo del delicioso pastel de carne que mi madre había preparado en el fin de semana.

Cuando escuché el timbre estaba con mis manos sosteniendo la bandeja del horno, a punto de meter en él mi cena. Se me ocurrieron dos opciones sobre quién podía estar llamando a mi puerta y no consideré ni por un instante el dejar todo lo que estaba haciendo y salir corriendo a abrir por ninguna de las dos. Si fuera Abe, que era la opción más probable en mi cabeza, nuestra confianza nos permitía saltarnos las normas de cortesía más básicas –como atender su visita de manera rauda y sin hacerle esperar–. Y, en caso de que no fuera mi mejor amigo el que llamaba a la puerta, entonces seguro que se trataría de algún vendedor a domicilio intentando endosarme una Biblia, una enciclopedia o un juego de utensilios de cocina. En cualquier caso, yo tenía mucha hambre y no deseaba esperar más de lo necesario para calentar y poder hincar el diente al delicioso pastel de carne de mi madre, así que terminé de meterlo en el horno, colocando con cuidado la bandeja en el mismo y tomándome mi tiempo para que todo quedara perfectamente preparado y así la comida se calentara mientras atendía a mi inesperado visitante.

Fuera quien fuera no insistió con una segunda llamada, así que eso me reafirmó en mi postura sobre la ausencia de urgencia de aquella visita.

Cuando por fin abrí la puerta me encontré con un hombre cuya apariencia me impactó sobremanera desde el primer momento. Mi inocencia y confianza en aquellos días me hacían hacer cosas como abrir la puerta de la casa sin preguntar quién llamaba o sin mirar y comprobar, previamente a quitar el cerrojo, si se trataba de alguien conocido o de aspecto seguro. Eran otros tiempos.

El individuo que tenía ante mí era un hombre de estatura media, unas tres o cuatro pulgadas más bajo que yo, y complexión delgada. Parecía bastante mayor; de hecho, en aquel momento, me dio la impresión de que debía estar cerca de los setenta, si es que no los había pasado ya. Iba vestido de manera muy formal, con un traje marrón oscuro, una camisa perfectamente planchada un par de tonos más clara que el traje –aunque aún bastante oscura– y una fina corbata color

caldera. Su vestimenta hizo subir mi sensación térmica unos grados, solo de mirarlo; como si las abrigadas –para aquella calurosa época del año– prendas que él llevaba puestas irradiaran hacia el exterior el mismo calor que debían estar proporcionando a su cuerpo. Obviamente, aquel señor no iba muy a la moda; o al menos eso me pareció a mí; pero como era bastante mayor, tampoco me sorprendió que vistiera un poco anticuado.

Llevaba puestas unas grandes gafas de sol que ocultaban sus ojos y parte de su cara, lo que le daba un aspecto estático y poco natural a su rostro. Sus manos iban enfundadas en unos guantes de un color casi idéntico al del traje que aumentaron aún más mi sensación de calor nada más verlos –y me recordaron a mi amiga Penny–, y sus pies los guardaba en unos zapatos de diseño conservador, brillantes e impolutos. Del bolsillo superior de su chaqueta asomaba un pañuelo del mismo tono que su corbata, lo cual indicaba cierto cuidado por los detalles de su aspecto. Aunque su postura era erguida y no estaba apoyado en él en ese momento, su mano izquierda sujetaba un elegante y fino bastón lacado en negro. Como lo agarraba por debajo de la empuñadura, pude observar que esta tenía la forma de una cabeza de zorro dorada. Pero el complemento, sin duda, más llamativo que adornaba a aquel hombre mayor era un sombrero negro de ala ancha. Redondeado y no muy abultado por la zona de la cabeza, y con el ala –de perímetro mucho mayor de lo normal– bastante rígida, parecía el tipo de sombrero que usaría un granjero amish. Ese sombrero descompensaba su figura y le daba un aire levemente estrambótico.

Todo en aquel hombre, al menos a nivel de vestimenta, indicaba una desmesurada precaución por parecer inmaculado y perfecto, limpio, aseado y respetable. Incluso podría decir que, a pesar de aquel extraño sombrero, su apariencia tenía ciertas ínfulas de aristocracia.

Su espesa vestimenta no dejaba ver mucho de su piel, pero la poca que quedaba al descubierto en su cara era muy pálida. Pensé que quizás los años habrían castigado su pigmentación natural. Su rostro estaba cubierto de típicas arrugas de expresión, aunque no presentaba ninguna mancha ni signo de especial deterioro, más allá del propio de su aparente edad. Su nariz era algo aguileña, de tamaño mediano. Sus pómulos, semiescondidos tras las lentes oscuras de las grandes gafas que llevaba puestas, se adivinaban prominentes, pero sus ojos no pude verlos durante aquel primer encuentro, porque los mantuvo ocultos en todo momento. Sus labios eran delgados como líneas y no desentonaban con su puntiaguda y estrecha mandíbula. La sombra de su barba era casi inexistente, no solo porque estaba perfectamente rasurada, sino porque, como les ocurre a muchas personas mayores, esta obviamente había perdido frondosidad y seguro que en su cutis cada día aparecía menos vello que afeitar.

En general, sus facciones eran proporcionadas salvo por sus orejas. A cada lado de la cabeza aquel extraño tenía dos pabellones auditivos que, de forma exagerada, podría decirse que serían comparables a los de un paquidermo. Por suerte para él las tenía bastante pegadas a la cabeza, ya que de otra forma hubieran llamado muchísimo más la atención de lo que lo hacían. Eran tan grandes que sus puntas superiores estaban metidas dentro del sombrero.

Por último, su pelo, o al menos la parte que podía ver asomando por debajo del sombrero, era completamente blanco, estaba bien recortado y parecía peinado de forma tan perfecta como el resto de su impoluta apariencia requería para no desentonar.

Su singular aspecto me había dejado tan impactado que, durante el tiempo que me quedé involuntaria a la vez que descaradamente observándolo, mi cuerpo se paralizó y mi cara adquirió una expresión bobalicona que sin duda debió resultar bastante ridícula.

A pesar de que tardó un tiempo prudencial antes de articular palabra, supongo que esperando

que fuera yo el que iniciara la conversación, tuvo que ser el desconocido –ante mi pasividad y mutismo– el que finalmente se aventurara a pronunciar las dos primeras frases de nuestra conversación.

—Buenas tardes. Mi nombre es Horace Giddens —dijo llevándose la mano derecha al negro sombrero que coronaba su testa y haciendo un gesto para quitárselo a modo de saludo; aunque en realidad no llegó a levantarlo ni media pulgada de su cabeza y lo único que realizó fue un estudiado y leve movimiento con el cuello hacia abajo.

Aquel gesto me pareció bastante anticuado, pero me hizo gracia en cierta forma. Ahora yo ya no tenía excusa para seguir callado como un idiota, mirándolo con la boca entreabierta, así que, saliendo como pude de mi ensimismamiento, contesté:

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo ayudarle? —le espeté de la forma más cordial y educada que supe. Su apariencia no se merecía menos.

—Usted debe de ser el señor William Johns, ¿cierto? —inquirió él.

Por la seguridad con la que pronunció la frase, intuí que probablemente ya le habían hablado de mí y de mi tara física, y por eso me había reconocido de inmediato. Yo estaba bastante acostumbrado a que, en la mayoría de las ocasiones, la primera reacción que mi parche y yo causábamos en la gente cuando me conocían era la de observar descaradamente mi rostro, como si se hubieran dado cuenta de que me faltaba algo obvio y tuvieran la necesidad de decírmelo. En definitiva, ese tipo de situaciones solían resultar algo incómodas, en primera instancia para mí y, cuando se daban cuenta de su incorrección, también para los demás. Y, aunque en aquella ocasión, debido a las gafas de sol que llevaba puestas, yo no podía ver dónde dirigía su mirada aquel hombre (lo cual, además, me pareció algo descortés por su parte), opté por contestar sin ninguna vergüenza para zanjar desde el principio, con toda la naturalidad que pude, el a veces delicado tema de mi ojo perdido.

—Sí, el mismo. Supongo que lo ha averiguado por mi parche. Todo el mundo por aquí me conoce por eso.

—En realidad me habían dicho que era usted muy alto y bien parecido. Del parche no me había dado cuenta hasta ahora —mintió cordialmente en tono amistoso esbozando, con la boca cerrada, una leve sonrisa que pretendía ser de complicidad.

En realidad, me tomé su comentario bastante bien. Digamos que consiguió el efecto que deseaba. Para mí, aquella inocente y algo cómica declaración fue una primera señal de que aquel hombre no pretendía importunarme y sí, en cambio, quizás ganarse mi simpatía, aunque fuera a base de obvias zalamerías. Su improvisada réplica ni siquiera me pareció forzada, sino más bien natural.

—Está bien. Por cierto, puede tutearme y llamarme Will —le indiqué como muestra recíproca de confianza—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Giddens?

—He comprado una propiedad en Fortress Flint a la que acabo de mudarme y necesito hacerle algunos arreglos; sobre todo, para acondicionarla a las necesidades de mi negocio. Cuando pregunté a mis vecinos dónde podía encontrar a alguien eficiente y económicamente viable para un modesto anciano como yo, todos coincidieron en indicarme que la persona más adecuada eras tú.

El hombre que se acababa de autodenominar «anciano» me parecía mayor, pero no tanto como para que yo lo hubiera catalogado de esa manera; incluso pensé que él quizás lo había hecho para situarse en una cómoda posición en la que parecer más débil o menos amenazante ante un muchacho –extraño, para él– como yo. Hablaba con una cadencia muy lenta y un tono bastante

bajo, como si le costara trabajo que su garganta escupiera sonidos a alto volumen. La sensación que transmitía era que pensaba muy bien cada palabra que iba a decir antes de pronunciarla. Asimismo, su boca no parecía moverse mucho cuando hablaba, lo que hacía más difícil intentar ayudarse del movimiento de sus labios para afianzar el entendimiento de sus palabras. No noté ningún acento especial en su forma de hablar, pero su entonación era especialmente dulce y amable.

—Bueno, supongo que la gente de por aquí es excesivamente amable conmigo; pero sí, digamos que podría echarle una mano con ciertas tareas domésticas, arreglos y reparaciones no muy complejas a un precio muy razonable.

En cuanto entendí que aquel señor era un potencial cliente –algo que en épocas estivales me venía especialmente bien tener ya que disponía de más tiempo libre para ganarme un dinero extra–, brotó de mi interior mi vena más comercial y, dándome cuenta de que ambos estábamos parados de pie en el porche de la casa y considerando la avanzada edad de mi visitante, pensé que lo más educado y correcto era invitarlo a sentarse; quizás no dentro de la casa aún, más que nada porque mi madre no estaba y esa lección sí que me la había hecho marcar a fuego en mi cabeza, pero al menos sí veía razonable invitarle a hacerlo en una de las sillas del porche, a plena luz del día y a la vista de cualquier transeúnte que pasara.

—Por favor, siéntese —le rogué, indicándole con el brazo el camino hacia las dos butacas que adornaban la parte izquierda del porche—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber mientras hablamos? —terminé preguntando de forma cortés, sin estar muy seguro de lo que mi madre tendría disponible en la despensa o en la nevera.

—Eres muy amable, William —dijo él, ignorando mi anterior invitación a llamarme Will—, pero no será necesario. Estoy bien, muchas gracias —concluyó mientras terminaba de acomodarse en la butaca más lejana a la puerta.

Al girarse y andar, el señor Giddens había perfumado el aire con un severo olor a naftalina, lo que me causó la subjetiva sensación olfativa de que a lo mejor sí que era tan mayor como para ser catalogado como un anciano. Era como si oliese a antiguo.

—De acuerdo, no insistiré —repliqué tomando asiento a su lado.

En ese momento mi visitante debió percatarse, por la expresión y dirección de mi mirada, de que sus enormes gafas oscuras, las cuales permanecían inamovibles en su rostro, me tenían algo confuso, por no decir molesto, ya que estas no me permitían verle los ojos y enfriaban sobremanera su expresión facial. El porche de la casa estaba orientado al noreste, por lo que, a aquellas horas del día, el sol no molestaba lo más mínimo fuera cual fuera la ubicación que uno adoptase en él y, por tanto, para mí no tenía ningún sentido que aquel hombre insistiera en conservar puestas sus gafas de sol. Es más, me resultaba un gesto de mala educación.

—Disculpa que no me desprenda de mis gafas de sol —se adelantó entonces a decir el observador señor Giddens—. No quisiera resultar en modo alguno descortés, pero padezco una leve fotofobia y mis viejos y débiles ojos se resienten bastante cuando no las llevo puestas, incluso en entornos de sombra como en el que nos encontramos. Espero sinceramente que lo comprendas y me dispenses, William.

—Claro que sí, señor Giddens. No se preocupe. Lamento mucho su dolencia —repliqué al instante, bastante satisfecho con la explicación que acababa de recibir de forma espontánea y sintiéndome algo culpable por haberlo juzgado tan rápidamente. Esa sensación de contrariedad perdió bastante fuerza cuando me di cuenta de que, sin razón aparente, tampoco se había despojado de su sombrero ni parecía tener ninguna intención de hacerlo. En cualquier caso, no

dije nada al respecto y preferí centrarme en conocer un poco más las necesidades de mi potencial cliente—. Por favor, cuénteme más sobre los trabajos que necesita hacer en su propiedad.

—Por supuesto. Verás, tengo un negocio de antigüedades —comenzó a relatar el señor Giddens— y quiero abrir mi tienda en mi propia vivienda. Soy mayor y no tengo mucho patrimonio, más allá de las antigüedades que vendo, por lo que es la forma más rápida y barata de poner el negocio en marcha. Ya lo he hecho otras veces de esta manera en otras ciudades. Sin embargo, hay ciertas cosas que he de adaptar en la vivienda para atender a mi clientela lo mejor posible; y, por otro lado, al basarse mi negocio en la exposición y venta de objetos únicos y singulares, necesito que estén todos bien clasificados, ordenados y almacenados.

—Ya veo. ¿Y qué necesita exactamente que haga yo? —pregunté intentando desvelar definitivamente la naturaleza de las actividades que me tenía reservadas.

—Hay que hacer algunos trabajos de acondicionamiento en la sala principal, retoques de carpintería, pintura y montar alguna que otra estantería. Luego, ayudarme con el inventario de mis antigüedades y su colocación de forma ordenada, tanto en dicha sala, que utilizaré de expositor principal, como en el sótano, donde tendré que guardar las piezas menos vistosas para no saturar el espacio de exposición principal; así como una importante colección personal.

—Entiendo —indiqué aprovechando una pausa del anciano mientras asentía de forma inconsciente con la cabeza.

—Adicionalmente, William, también me gustaría mejorar un poco el aspecto de la casa por fuera, pintando la fachada y manteniendo el césped y las flores del jardín acicaladas. E instalar un pequeño cartel al lado de la valla, para que la gente pueda encontrarme fácilmente —remató el anticuario.

Su inmutable postura, unida a su escasa expresión facial, le daban el aspecto de un muñeco de cera, y eso hacía que me resultara extraño escucharlo hablar. En cualquier caso, intentaba concentrarme en sus explicaciones.

—Perfecto, señor Giddens. No creo que tenga problemas con nada de lo que ha mencionado. Ya lo he hecho antes con buenos resultados —repliqué con una nada ensayada ni premeditada ausencia de modestia—. ¿Cuándo le gustaría empezar?

—Por mi parte, cuanto antes, William —contestó, raudo, él—. Pero creo que, antes de nada, quizás sería bueno que vinieras un día a mi casa y vieras por ti mismo el trabajo a realizar; así te harás una mejor idea de todo lo que necesito y podrás decidir entonces si quieres o no hacer el trabajo.

A pesar de la inexpresividad global de su acartonado rostro, provocada a partes iguales por la poca movilidad de su boca al hablar y por aquella especie de antifaz contra la luz que protegía sus (supuestamente) delicados ojos, me pareció que se trataba de un hombre serio, con un propósito muy claro y sencillo, y dispuesto a contar conmigo simplemente por mis buenas referencias y mi naturaleza *amateur* (y, por tanto, barata). Yo creía tenerlo todo tan claro entonces que pensé que había poco más que dilucidar para poder decidir; además, el hecho de que mi futuro cliente me invitara a ver el estado de su casa y los trabajos a realizar en primera persona me daba aún más confianza para tomar la decisión de aceptar el trabajo allí mismo. Pero, con todo, me parecía descortés rechazar su invitación.

—Me parece muy buena idea —comenté entonces—. Mañana por la tarde ya lo tengo comprometido para un pequeño trabajo en casa de los Wilson, unos vecinos de esta misma calle. Pero, si le parece bien, el miércoles podría pasarme por su casa sobre esta misma hora.

—De acuerdo. Estaré encantado de recibirte el miércoles y mostrarte los detalles de que lo que

necesito —concluyó el anticuario intentando esbozar una sonrisa que me pareció que escondía una soterrada sensación de triunfo.

Entonces recordé un pequeño pero importante detalle del que todavía no habíamos hablado: el siempre delicado, y a veces embarazoso, al menos para mí, aunque a la vez imprescindible, tema de mi retribución. No es que soliera tener muchas discusiones sobre el asunto con mis clientes, pero recientemente, tras unos trabajos de reforma en el tejado de la Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate, había tenido ciertos problemas para que se me abonara la cantidad inicialmente pactada. La señora McCornick, tesorera de la asociación, había intentado descontarme un veinte por ciento de mi tarifa apelando a la frágil tesorería de la entidad; y solo tras tres semanas de intensas discusiones y gracias a la intervención de la presidenta, la señora Lonegan, pude cobrar lo que se me debía. Por ello, allí, en el porche de mi casa, decidí abordar el asunto con el anticuario de la forma más directa y a la vez suave que pude, para que resultara lo menos incómodo posible para ambos.

—Por cierto —comencé con un pronunciado tono de descuido, intentando que pareciera que no daba demasiada importancia a lo que iba a decir—, supongo que los mismos que le han recomendado que acuda a mí, también le habrán hablado de mi tarifa, ¿verdad?

—Sí, y me parece muy justa. No habrá problemas con eso —sentenció firmemente el señor Giddens de una forma que a mí me pareció honesta y sincera.

Todo parecía estar entonces meridianamente claro y, como mi convicción sobre el proyecto que acababan de ofrecerme era alta, me aventuré a manifestar mi aceptación inmediata.

—Está bien. Cuente conmigo —exclamé sin dudar al tiempo que le tendía la mano a mi interlocutor para formalizar nuestro acuerdo verbal con la más simple y popular de las convenciones sociales utilizadas para cerrar un trato.

El tacto de su guante era suave y agradable. Su huesuda mano asió la mía con decisión, pero sin excesiva fuerza, y ambos las sacudimos brevemente acompañando el sinuoso movimiento con una expresión de alegría en nuestros rostros, aunque a mí se me notara seguro mucho más que a él.

No habíamos terminado de soltarnos cuando el señor Giddens se percató de algo.

—Disculpa, William —empezó extrañado, haciendo una discreta mueca con su nariz—. No sé si tienes algo puesto al fuego, pero me acaba de llegar olor a comida quemada; y creo que viene del interior de tu casa.

Mi rostro cambió súbitamente su expresión de alegría por otra, mezcla de sorpresa y angustia. Mi ojo se abrió y mi nariz inspiró varias veces, de forma rápida, acaparando todo el aire que le fue posible para corroborar la apreciación del anticuario. Había olvidado por completo el trozo de pastel de carne que había dejado calentándose en el horno antes de salir a atender a mi visita.

Me levanté de un salto y empecé a correr hacia el interior de la casa, mientras exclamaba en tono alto y alterado:

—¡Olvidé que tenía mi cena en el horno!

No pude ver la reacción del señor Giddens al oír mis palabras, pero supongo que volvería a esbozar una de esas casi inapreciables sonrisas que de tanto en tanto le daban algo de movilidad, aunque fuera escasa, a su pétreo rostro.

Saqué la comida humeante del horno al tiempo que lo apagaba, maldiciendo entretanto mi mala cabeza. También me apresuré a abrir de par en par la ventana de la cocina para airear la estancia y disipar el humo. Y volví todo lo rápido que pude al porche, para no dejar a mi visitante solo durante mucho tiempo.

—Lo lamento, señor Giddens —dije con la respiración entrecortada por las carreras que había dado en el último minuto—. No sabe cuánto le agradezco que se haya dado cuenta de mi despiste.

—Al contrario, William —respondió con modestia el señor Giddens, sorprendiéndome—. Debería ser yo el que te pidiera disculpas a ti, porque ha sido mi inesperada visita la que ha provocado este pequeño incidente en tu cocina.

Sonreí cortésmente mientras seguía intentando recuperar del todo mi respiración normal

—Por cierto, aquí te dejo mi dirección —continuó él alargándome entonces un pequeño papelito cuidadosamente doblado en el que, de forma harto previsora, había anotado sus datos postales completos.

La verdad es que, con todo el lío de la cena quemada, yo había olvidado por completo preguntarle dónde vivía.

—Muchas gracias —repliqué cogiendo el papelito y guardándolo en el bolsillo de mi camisa —. Le veré el miércoles, entonces.

—Así lo espero, William. Gracias por tu atención y tu amabilidad. Ha sido un placer conocerte. Buenas tardes —concluyó el señor Giddens de forma harto formal.

El anticuario se giró entonces con un extraño y rápido movimiento de aire marcial y empezó a bajar las escaleras del porche para marcharse, haciendo por primera vez desde que estaba allí uso del elegante bastón negro que sujetaba con su mano izquierda para apoyarse.

—Adiós, señor Giddens.

Esa misma tarde, algo después, mientras saboreaba el escaso y algo amargo pedazo de pastel de carne que había podido salvar de la carbonización, me regocijaba pensando en la suerte que acababa de tener por haber conocido a un futuro cliente del que me parecía que podría sacar bastante provecho.

Lo que entonces no podía imaginar era todo lo extraordinario que vendría asociado a esa nueva relación –no solo laboral– que estaba a punto de comenzar.

# La tienda

—Y, ¿dónde dices que vive ese anticuario exactamente? —me preguntó Abe antes de volver a sorber con fuerza los últimos restos de su batido de chocolate.

No pude –o, mejor dicho, quise– contestar rápido en ese momento, porque yo también sorbía con fruición mi batido.

Era miércoles por la tarde y habían pasado dos días desde mi primer encuentro con el peculiar señor Giddens. Estábamos en Luke's, nuestro local favorito para tomar una buena hamburguesa, un batido o un trozo de tarta, y los tres disfrutábamos de una terna de sabrosos batidos de chocolate. Penny jugaba distraída con la pajilla del suyo. Ella no solía comer tanto ni tan rápido como nosotros y, además, había estado un poco ausente desde que habíamos entrado allí porque Abe y yo nos habíamos empeñado en hablar de coches durante un buen rato, cosa que a ella no le interesaba lo más mínimo. Nuestra confianza nos permitía no ofendernos demasiado entre nosotros a pesar de descortesías tan infantiles como aquella.

Cuando acabé de saborear mi último gran sorbo, dije:

—Al principio de Sally's Oak. En una de las primeras casas de Walm Lane.

Fortress Flint limita al este con el Atlántico, abriéndose al mar desde su gran puerto. En el centro geográfico de la ciudad está la zona más comercial, rodeada a su vez de manera concéntrica por un anillo de casas de gente relativamente pudiente, las cuales se extendían hacia el este hasta tocar la playa. Ahí es donde vivían Penny y Abe, aunque Penny mucho más hacia el centro y Abe en uno de los anillos exteriores, en la zona oeste. Hacia el sur tenemos el llamado «barrio de los pescadores», que además de contar con viviendas de clase media concentra el tejido industrial de la ciudad. En paralelo a estos dos barrios, y extendiéndose incluso más hacia el sur, se encuentra la playa, hermosa y larga. Por el lado opuesto, hacia el norte, se erige el barrio antiguo, Howe Place (donde vivíamos mi madre y yo), netamente residencial, aunque salpicado de oficinas y empresas de servicio, y a su lado el puerto, que separa la playa del comienzo de los escarpados acantilados del nordeste que sostienen a la famosa fortaleza que da nombre a la ciudad. Hacia el interior, parapetando la fortaleza del resto del mundo, y en un terreno que se eleva desde Howe Place hasta mucho más allá de la fortaleza, se extiende un espeso bosque de altos pinos y abetos. Y, finalmente, Sally's Oak es el barrio oeste de Fortress Flint. En aquella época se trataba de un barrio algo marginal, de clase baja o muy baja, reservado mayoritariamente para la comunidad afroamericana de la ciudad y donde los maleantes de todas las razas aprovechaban para realizar sus trapicheos y maquinaciones ilegales. Ello hacía que ese barrio, lleno de gente muy humilde e inocente que vivía entre el miedo de verse envuelta en asuntos sucios o sufrirlos de forma directa en ellos y sus familias, tuviera un aspecto poco atractivo e inseguro; y por ello, Sally's Oak era un barrio que nosotros, por lo general, solíamos evitar.

El nombre de Sally's Oak le venía de un antiguo y enorme roble que presidía la mayor plaza de dicho barrio, Oak Square, justo a la entrada del mismo, y en el que, según contaba la leyenda, uno de los fundadores de Fortress Flint, o Howetown, como se le bautizó originalmente, talló el nombre de su amada como muestra pública de su amor. Los años habían deteriorado la

inscripción original, pero no recuerdo ahora mismo exactamente qué avispado alcalde había «subsanado» el problema colocando una placa metálica encima de la misma, sujetándola con largos tornillos que se hendían y retorcían dentro de la inocente carne del indefenso roble. Eso sí, con esta medida todo el mundo que entraba en el barrio podía distinguir perfectamente el nombre del mismo.

Walm Lane era una de las calles principales que partían de Oak Square hacia el interior del barrio. Y Horace Giddens había comprado la vivienda correspondiente al número cuatro de dicha calle.

—Bueno, por lo menos vive en una de las primeras casas de Walm Lane. Eso significa que no te verás obligado a adentrarte demasiado en ese penoso barrio —dijo Abe soltando el vaso vacío encima de la mesa y mirando de reojo a Penny.

Todos sabíamos que aquel barrio ganaba en inseguridad y oscuridad moral conforme más al oeste te adentrabas en él y, en realidad, estar en él por la parte cercana a Oak Square no era mucho más peligroso que estar al lado este de la misma plaza en cualquiera de las casas de gente bien que colindaban con el mismo.

—No tengo miedo de Sally's Oak, pero mentiría si os dijera que me encanta ir por allí —repliqué con rapidez antes de volver a sorber mi cremoso batido de nuevo.

—A nadie podría encantarle ir por allí. Es, con diferencia, el barrio más peligroso de Fortress Flint, sobre todo conforme más al oeste te adentras en él —añadió Penny antes de hacer una pequeña pausa para preguntar a continuación—; ¿cómo dijiste que se llama el señor que te visitó, Will?

—Horace Giddens —contesté con firmeza dando un golpe más fuerte de lo previsto con el vaso vacío en la mesa.

—El marido de mi tía Esther también se llama Horace —añadió Abe de forma tonta, por decir algo.

Penny lo miró fijamente con una mueca en la cara.

—¡¿Qué dices?! El marido de tu tía Esther se llama Homer, no Horace —corrigió en un tono injustificadamente indignado.

Penny y Abe eran parientes lejanos, de forma política. No tenían ningún parentesco de sangre directo, pero coincidían en algunos eventos familiares y, por consiguiente, conocían a muchos de sus parientes, comunes y no comunes.

—No digas tonterías. Homer es tío mío, pero por ser el hermano de mi tía Esther, no su marido —exclamó Abe dando un suave toque en el brazo de Penny.

—Los dos se llaman Homer, estúpido cabezota —replicó airada una Penny a la que ya se le habían subido los colores con el acaloramiento de la discusión—. Se te debe haber enfriado el cerebro de sorber tan rápido tu batido.

—Al menos yo tengo algo que enfriar aquí arriba, sabionda impertinente —terminó Abe, señalándose la frente.

Yo los observaba riendo por dentro ante la comicidad de su absurda discusión y, repantigado en mi asiento, jugaba con la pequeña cruz de plata que llevaba al cuello desde que mi madre me la regalara cuando cumplí seis años, enredando y desenredando mis dedos en su fina cadena.

Miré el reloj de pared que Luke, el propietario del local, tenía colgado encima de la máquina de discos, y vi que eran las siete menos cuarto. Estaba saciado y a gusto, pero tenía un compromiso con Horace Giddens y, como cliente que era (o que yo esperaba que fuera), no quería llegar tarde

a nuestra primera cita, aunque esta no fuera para trabajar, sino solo para evaluar el trabajo y conocer de primera mano las tareas a realizar.

—A pesar de que mentiría si os dijera que no resulta muy divertido ver cómo discutís, lamento tener que dejaros. El señor Giddens me espera en su casa para enseñarme el trabajo que quiere que haga —intervine de golpe al tiempo que me levantaba de mi asiento y me atrevía a atravesar con cierto recelo, cual soldado que se adentra en un fuego cruzado, las miradas desafiantes, algunos pequeños e inocentes empujones y otros dardos verbales agresivamente divertidos que Penny y Abe seguían intercambiando—. Tengo que irme ya.

Abe y Penny pararon de repente su singular batalla, como si mi presencia fuera necesaria para que su contienda tuviera el sentido de ser continuada.

—Te acompañaremos hasta la casa de ese hombre, ¿verdad, Penny? —dijo Abe rápidamente mirando a Penny y buscando su aprobación, como si su reciente pequeña pelea no hubiera tenido nunca lugar.

—Claro —respondió Penny con decisión, borrando de su mente en un instante los inocentes insultos que ambos se habían proferido solo unos segundos antes.

Esa era una de las mejores cosas de mis amigos. Podíamos discutir, no estar de acuerdo en algo o incluso llegar a pelearnos, pero nunca nos tomábamos esas cosas demasiado en serio. Nuestra amistad y compañía siempre significó para nosotros algo mucho más importante que cualquier rencilla, pequeña o grande, que pudiéramos tener.

Durante todo el camino hacia Sally’s Oak estuvimos hablando del final de curso –que los tres habíamos aprobado– y de los planes que teníamos para ese verano, mezcla de obligaciones y aficiones personales.

Penny aprovecharía para escribir, que era su gran pasión. Ya había ganado un par de premios escolares; su imaginación era portentosa y su prosa era realmente buena, pero durante el curso no podía dedicarle tiempo y sabía que en verano sí que iba a disponer del necesario para plasmar en papel con cierto estilo todas las historias que su mente estaba continuamente produciendo.

Abe, por su parte, ayudaría a su madre en la tienda que esta regentaba en la zona más comercial de Fortress Flint. Se trataba de un establecimiento de alimentos, cuyo mayor atractivo era, por un lado, el trato personalizado y amable que la madre de Abe daba a todos y cada uno de sus clientes y, por otro, el amplio rango de horas que permanecía abierto al público, para lo cual necesitaba de toda la ayuda posible. Durante el curso, los padres de Abe anteponían los estudios de su primogénito a cualquier tarea doméstica o empresarial, pero en las épocas de asueto de mi amigo, no tenían el más mínimo reparo en exigirle un poco de colaboración en ese negocio familiar. Abe lo tenía tan asumido que no suponía para él ninguna carga mental el echar una mano en algo que podría terminar siendo suyo con los años. Y, aparte, siempre conseguía por sus «desinteresados» y eficientes servicios una paga extra –no formalizada nunca, ni siquiera verbalmente, con ninguno de sus progenitores– que su madre se encargaba puntualmente de procurarle por cada semana de duro trabajo en la tienda. También leería muchos comics y jugaría al ajedrez todo lo que pudiera, si es que encontraba dignos adversarios, ya que ni Penny ni yo éramos grandes jugadores.

Por último, yo seguiría con mis trabajos caseros en el vecindario, que me generaban unos ingresos extra y la satisfacción interior de sentirme útil y querido entre mis convecinos, algo esto último que ayudaba a reforzar mi autoestima (porque, aunque me empeñara en negármelo, la falta de mi ojo izquierdo era una tara más emocional que física para mí). Disfrutaría de la playa, con mis amigos y en solitario, ya que ambas opciones eran muy satisfactorias para mí; leería

libros de aventuras y puede que, si me sobraba tiempo suficiente, me apuntara a la liga juvenil de verano de béisbol del condado. Yo estaba lejos de ser un gran deportista, pero siempre he sido un gran aficionado al béisbol y muchas veces me he sentido tentado de entrenar y aprender a jugarlo en serio. Esa tarde volví a pensar, erróneamente, que ese podría ser el verano en el que por fin lo hiciera.

Y así, hablando de nuestras cosas y sin casi darnos cuenta, llegamos a Sally's Oak.

Cuando pusimos los pies en Oak Square, nada en el entorno indicaba que estuviéramos entrando en el barrio más peligroso de la ciudad. Las luces del atardecer iluminaban con sus tonos anaranjados las hojas del viejo roble que presidía la plaza, y el ambiente parecía agradable. La quietud que se respiraba en la plaza y en las calles que partían de ella hacia las entrañas del barrio de Sally's Oak era sumamente tranquilizadora. La poca gente que caminaba por los alrededores a aquella hora no parecía temer nada ni se mostraban nerviosos o apresurados por volver a sus casas. En definitiva, no parecía haber allí ninguna transición abrupta con respecto al ambiente seguro de cualquier otra zona de la ciudad. Abe, el más hablador de los tres, hizo una observación verbal nada más pisar la plaza y mirar por sus alrededores.

—Quién diría que estamos tan cerca del mismo sitio donde hace unos días encontraron un cadáver, ¿verdad?

—¿Qué cadáver? —pregunté yo con cierta incredulidad, pensando que se trataba de otra de las bromas de Abe para ponerme nervioso.

—Pues el que apareció el sábado en el jardín de una de estas casas —explicó Abe, e hizo una breve pausa antes de continuar con cierto misterio sensacionalista—. Lo encontraron completamente desangrado. El tipo era un hombre de color y dicen que había perdido tanta sangre que su cadáver se había vuelto blanco.

—¡Ya estás diciendo tonterías! —intervino rápida una indignada Penny mientras yo seguía luciendo en mi rostro una bobalicona expresión de asombro—. ¡Qué tendrá que ver la sangre con el color de la piel!

—Me lo ha contado mi madre, listilla —replicó Abe sacando la lengua en señal de burla.

La madre de Abe era muy conocida en la ciudad gracias a su popular tienda de alimentación, que además de negocio era el punto de encuentro en el que todas las viejas cotorras de Fortress Flint pasaban ratos interminables mascullando rumores, secretos, noticias y chismes acerca de todos y cada uno de los habitantes de la ciudad. La mayoría de ellos no tenían ningún fundamento y generalmente no salían del establecimiento o no conseguían mucha repercusión en la ciudad, pero alguna que otra vez aquellas señoras, todas supuestamente respetables e impolutas ciudadanas ejemplares de Fortress Flint, habían tenido la osadía de tergiversar de tal manera algún suceso que habían terminado provocando una pequeña crisis en la ciudad; como, por ejemplo, la vez que la señora Rotenkowski se inventó un inexistente brote de cólera que puso en alerta sanitaria a media población; o la ocasión en que la insistencia de la señora Flanagan respecto a unas visiones de supuestos extraterrestres que la visitaban de noche consiguió que el FBI hiciera acto de presencia en Fortress Flint con un equipo de cuatro agentes –los cuales, por cierto, debieron habérsela llevado arrestada por demencia tras comprobar la inconsistencia de sus historias–; o la vez que la señorita Morris, la solterona más vieja de todo Fortress Flint, creyó descubrir un escarceo amoroso del alcalde con una de las administrativas que trabajaba en el ayuntamiento y que, aunque mucho después la historia se demostró del todo falsa, dejó tocada la imagen pública del político y de la chica para siempre, obligando a esta a renunciar a su trabajo y

pedir un traslado a otra población para evitar la inmerecida vergüenza pública que llegó a sufrir por algo que en realidad no había hecho.

Estando tan de cerca de esa fuente imparable de rumores, Abe siempre estaba «informado» a la última y compartía con nosotros las inverosímiles historias que su madre comentaba en su casa tras su jornada laboral. Muchas veces nos provocaban risas y otras simplemente sentíamos pena por aquellas desgraciadas señoras que parecían ansiar conseguir la plenitud de sus vidas a través de los cuentos que inventaban sobre otros.

—Si quieres información fiable sobre un crimen, mejor que te la dé un poli —replicó Penny con absoluta seguridad. Y luego añadió, utilizando el aire de superioridad que le proporcionaba tener acceso directo a uno de los policías de la ciudad—: Bobby estuvo comiendo con nosotros el domingo y me comentó en secreto algunas cosas sobre el caso de manera extraoficial. Es lo más interesante y complicado que tiene el departamento estos días entre manos.

Robert Lloyd (o Bobby, como sus amigos y conocidos lo llamaban) era subinspector del departamento de policía de Fortress Flint y novio de Lauren Wise, la hermana mayor de Penny. Bobby era un joven agradable, muy atento y simpático. Muchas veces me pregunté cómo una persona de un carácter tan afable podía enfrentarse cada día con éxito a la maldad y a los que la esgrimían como estandarte sin que ello afectara a su humor, pero supongo que, como otros muchos profesionales de cualquier gremio, los policías también pueden separar sus vidas laborales –por duras que estas resulten– de las personales. Penny se llevaba muy bien con él y demostraba con orgullo su devoción al cuerpo de policía en general y a Bobby en particular siempre que tenía ocasión. Para ella Bobby era ya un miembro más de su familia, aunque aún no estuviera casado con su hermana, cosa que, por otro lado, esperaba sucediera en un futuro próximo.

—Ya, ya, pero el cuerpo estaba completamente desangrado, ¿no es así? —insistió Abe.

—Sí, eso es verdad —afirmó Penny mirando a Abe con condescendencia—. Pero no estaba blanco cuando lo encontraron. La víctima era un señor afroamericano de unos cincuenta y su piel siguió siendo negra una vez murió. Lo mataron durante la noche del viernes al sábado.

—Lo que yo he dicho —intervino Abe tratando de llamar la atención sin que ninguno de nosotros dos le echáramos demasiada cuenta.

—Vivía muy cerca de aquí, en Walm Lane; en el número seis, creo recordar —siguió explicando Penny, convencida de la importancia de conocer y transmitirnos la información que estaba aportando.

—Esa casa debe ser la de al lado de la del señor Giddens —indiqué rápidamente al escuchar el dato—. Él vive en el número cuatro.

—Pues sí, debían de ser vecinos colindantes. Es verdad, antes no me di cuenta cuando mencionaste que tu cliente vivía en Walm Lane —comentó Penny, recordando nuestra charla en Luke’s.

—Ahora ese anciano ya no tendrá que preocuparse durante un tiempo por los ruidos que pueda hacer su vecino, ¿no os parece? Jejeje —bromeó Abe de forma un tanto macabra.

Ni Penny ni yo sonreímos. Es más, Penny continuó hablando, ignorando el chiste de Abe:

—Por cierto, no le contéis esto a nadie —siguió bajando un poco el tono de voz—, pero, según me dijo Bobby, lo más curioso del caso es que…

—Bueno, vale ya de tanta historia de muertos —interrumpí de forma un tanto grosera. En ese punto y a un paso de adentrarme en aquel barrio, yo ya estaba harto de oír hablar de asesinatos en Sally’s Oak; si todo iba como yo preveía, iba a trabajar allí durante una temporada, por lo que no

me hacía ninguna gracia pensar en el tipo de horribles sucesos que habían ocurrido en los alrededores, tan cerca, solo unos días atrás—. Vale que hace poco alguien muriera por aquí cerca. Pero eso pasa a veces. Y más en este barrio. Tampoco es tan extraño. Yo solo voy a trabajar aquí y nada más; en la casa de un hombre que me pareció muy respetable. Así que dejemos de hablar de muertos y de asesinatos, por favor —terminé un poco enfadado, pero con un gesto más suave que cuando había empezado mi brusca petición.

—Tranquilo, hombre —dijo Abe en tono conciliador tocándome el hombro—. Solo estábamos metiéndote un poco de miedo sano en el cuerpo. No te preocupes por esas historias. Además, la casa donde vas a trabajar está muy cerca de aquí, justo a la entrada del barrio. Casi puedo verla desde donde estamos. Y seguro que no vas a trabajar nunca a horas intempestivas. Por lo que ve tranquilo, entérate bien de lo que has de hacer y convence a ese pobre ancianito para que te dé el trabajo. Nosotros te dejamos ahora aquí, ¿vale?

—Está bien, chicos. Mañana nos vemos —me despedí algo más calmado.

Por la expresión de su rostro, adiviné que Penny se había quedado algo molesta por mi brusca interrupción anterior, justo cuando se disponía a contar algo que en teoría era interesante para ella, pero cuando se despidió de mí todo eso se había disipado y ya no noté ningún resquicio de rencor en su voz.

—Hasta mañana, Will. Que tengas suerte y que el trabajo sea interesante.

Me giré entonces y me dirigí a Walm Lane, que era la calle que partía de Oak Square en dirección suroeste, adentrándose en el peligroso barrio de Sally's Oak.

La casa de Horace Giddens estaba a pocos pasos de la plaza, muy al principio de Walm Lane, con lo que no tuve realmente que meterme demasiado en Sally's Oak; un barrio que, después de la última conversación con mis amigos, y aunque no quisiera admitirlo públicamente, se me antojaba entonces más peligroso que nunca.

Cuando llegué a la valla que rodeaba la propiedad donde vivía el señor Giddens, el número cuatro de Walm Lane, no pude evitar desviar la vista un segundo hacia la casa que quedaba a su izquierda. Era una casa antigua, como casi todas las de aquel barrio, no excesivamente bien cuidada, seguramente por falta de dinero más que de intención. Sally's Oak era un barrio relativamente pobre, de gente humilde en su mayoría, y el mantenimiento de sus viviendas no era más prioridad para ellos que el procurarse una comida caliente cada día. Por eso yo no acostumbraba a realizar trabajos caseros por allí; porque normalmente no me llamaban.

Esa casa en particular, a la izquierda de a la que yo me dirigía, tenía un detalle muy llamativo; y es que su porche estaba pintado de rosa. No un rosa especialmente fuerte, más bien un rosa pálido; de cualquier forma, un color que llamaba la atención entre los blancos sucios y cremas de la mayoría del resto de viviendas de la zona. Al lado de la puerta principal pude distinguir colgado un número seis que parecía metálico. Esa debía de ser la casa del hombre asesinado hacía unos días. De alguna forma, sentí un poco de repelús al encontrarme tan cerca de un lugar como aquel.

Me giré entonces hacia la plaza, esperando ver a mis amigos, pero estos ya se habían marchado.

Volví a mirar al frente, esta vez a la casa cuya dirección me había proporcionado el señor Giddens dos días atrás, y me dispuse a cruzar la valla que la rodeaba.

La pequeña puerta de la verja crujió un poco al abrirse. En general parecía estar en un aceptable buen estado, aunque pensé que no le vendría mal un poco de aceite y algo de pintura. El césped sí estaba totalmente descuidado. Se notaba que hacía mucho tiempo que nadie se

preocupaba por cortarlo y regarlo, ya que, aparte de maleza y algunas hierbas excesivamente altas, presentaba zonas quemadas por el sol y otras con césped muerto. Había un estrecho camino hecho con piedras planas que en su día debía haber resultado muy coqueto. Ahora muchas de las piedras presentaban grietas importantes y otras estaban del todo rotas, aparte de muy sucias en general. Probablemente los anteriores dueños de la casa no habían tenido, desde hacía tiempo, mucho interés por dicha vivienda; podía ser incluso que ni siquiera vivieran en Fortress Flint y, por aquellos detalles, parecía que hacía algún tiempo que no habían usado ni alquilado la propiedad a nadie.

La fachada de la casa necesitaba una buena mano de pintura, ya que el blanco original que la adornaba se había tornado en un color sucio, entre gris y marrón, que daba un aspecto algo deprimente al exterior de la vivienda.

Al llegar al porche subí los dos escalones que daban acceso directo a él y me volví a fijar bien en que aquella fuera la casa número cuatro de Walm Lane. Había un número cuatro muy oxidado colocado, algo torcido, encima de la puerta de entrada; así que no había duda, aquella debía ser la casa del señor Giddens.

Desde donde estaba entonces, ya muy cerca de la puerta, podía oírse débilmente una música que provenía del interior. Me pareció que era música clásica, y, siendo más concreto, por el tipo de cantos de mujer que acompañaban a la orquesta, me aventuré a suponer que se trataba de una ópera. En aquel momento pensé que, ya solo por su apariencia, al señor Giddens le pegaba escuchar ese tipo de música lírica. Era un manido tópico que a un anticuario le gustara la música antigua, así que eso eliminó cualquier posible duda que pudiera haber tenido de no encontrarme frente a la casa correcta.

No distinguí timbre ninguno al que llamar, por lo que directamente di un par de tímidos golpes en la puerta, esperando que fueran lo suficientemente sonoros como para que el señor Giddens los oyera por encima de la música que seguro que estaba disfrutando en ese instante, pero sin resultar tan fuertes como para sobresaltarlo o molestarlo.

Al momento escuché unas rápidas pisadas en el interior de la casa que parecían dirigirse hacia la puerta de entrada. Y esta se abrió.

Al tiempo que terminaba de abrir la puerta noté que el señor Giddens se colocaba sus gafas de sol con la mano que tenía libre, para acto seguido detenerse en medio de la entrada, más fuera que dentro, y dirigirse a mí:

—¡Oh! Buenas tardes, William —exclamó con una aparentemente no fingida expresión de alegría en el tono de voz—. Te estaba esperando. Pasa, pasa, por favor.

—Buenas tardes, señor Giddens. Muchas gracias —repliqué mientras caminaba hacia el interior de la vivienda aprovechando el espacio que el anticuario había dejado en el hueco de la puerta al apartarse cuando me había invitado a entrar—. Y, por cierto, llámeme Will —insistí de nuevo por si en nuestro primer encuentro no había dejado claro mi preferencia a la hora de que se dirigiera a mí.

El señor Giddens no dijo nada mientras yo terminaba de entrar en la vivienda y él cerraba la puerta con un golpe más fuerte de lo esperado.

La casa estaba en penumbra, con tupidas cortinas que cortaban de lleno la entrada de luz natural que aún podía disfrutarse en el exterior. Debido al brusco cambio de luminosidad que sufrió mi ojo entonces, no pude distinguir bien, en un primer momento, hacia dónde debía dirigirme, con lo que instintivamente me quedé quieto a unos pasos de la puerta, mientras el señor Giddens me rodeaba y se colocaba frente a mí. En ese momento se quitó sus gafas de sol y

pude ver con nitidez, a pesar de la escasez de luz, que sus ojos eran de un color muy claro, de tono verde agua, y llamaban muchísimo la atención. No me extrañó que, con unos iris tan claros, tuviera problemas con la luz. Concluí entonces que la fotofobia que aquejaba al señor Giddens –aunque él la hubiera tildado de débil en nuestro primer encuentro– debía de ser bastante severa, teniendo en cuenta ese clarísimo pigmento de sus ojos.

Él pareció percatarse de que yo lo miraba con excesiva atención a los ojos y, sin realizar ningún ademán que me incomodara, me preguntó con amabilidad si me apetecía tomar algo. Yo tenía el estómago saciado del delicioso y azucarado batido de chocolate que hacía poco rato había disfrutado, pero cuando mi anfitrión me insistió por segunda vez, no quise parecer descortés y terminé aceptando su invitación.

Así pues, siguiendo sus indicaciones, caminé detrás de él hacia la cocina, donde me dijo que prepararía algo rápido.

—Discúlpame, pero aún tengo muchas cosas por medio debido a la mudanza. Así que, por favor, ten cuidado y no tropieces con nada, no vayas a hacerte daño —me advirtió mientras andaba despacio a través del pasillo que dividía la planta de la casa en dos.

E hizo bien en prevenirme, porque yo todavía no conocía la casa ni estaba aún acostumbrado del todo a la escasa luz que iluminaba su interior. De hecho, antes de llegar a la cocina tropecé levemente, solo rozándolos con los pies, con un par de objetos que no logré identificar y con los que, gracias a que mi inseguridad me hacía caminar muy despacio, no provoqué un ruido suficiente como para que el señor Giddens, que me había tomado la delantera cada vez con más ventaja, pudiera oír los golpes, preocupándose por mí o por el estado de sus cosas. Además, la música sonaba con más fuerza dentro de la casa y también ayudó a amortiguar el sonido de mis leves tropiezos.

Al llegar a la cocina, mi ojo ya se había acostumbrado mejor a la pobre luz que me rodeaba y podía verlo todo con notable nitidez. Además, la cocina, aunque no estaba mucho mejor iluminada que el resto de la casa, estaba adornada con muebles blancos y, por lo tanto, sí proporcionaba mayor sensación de claridad.

—¿Te parece bien un sándwich de queso y un poco de leche, William? —me preguntó el señor Giddens conforme yo cruzaba el umbral de la estancia y mientras él rebuscaba en el interior de su refrigerador—. Sé que son viandas sencillas, pero lamento no poder ofrecerte algo mejor o más suculento.

«Viandas». Recuerdo perfectamente la palabra que usó porque entonces me pareció graciosamente anticuada. Aunque sabía lo que significaba, en ese momento me pregunté cuántas personas usarían habitualmente esa palabra en nuestra época.

—Eso será perfecto, señor Giddens —respondí yo con educación, sin que se notara ni un ápice que, por dentro, me estaba riendo tontamente debido a su arcaica forma de hablar.

El señor Giddens sacó entonces de su frigorífico un paquete perfectamente envuelto –que supuse contendría el queso que me había ofrecido– y una botella de leche y, antes incluso de colocarlos encima de la pequeña mesa que había pegada a la pared izquierda de la cocina –la única desprovista de muebles–, abrió uno de los muebles superiores de la pared del fondo y extrajo del mismo una bolsa de pan de molde. Todo lo que aquel hombre dejó encima de la mesa aquella tarde estaba por empezar, lo que me provocó una cierta sensación de vergüenza por hacer que mi cortés anfitrión tuviera que abrir expresamente para mí tanto la botella de leche, perfectamente precintada, como la bolsa que contenía el pan de molde, aún sin abrir, y el paquete que envolvía el queso, ya cortado en lonchas y que, por la disposición del mismo, parecía no

haber sido manipulado hasta ese momento. Por otro lado, no puedo negar que no me sintiera halagado por el agradable trato que ese casi desconocido me estaba regalando, lo que además me dio cierta confianza y me hizo sentir más cómodo en aquella casa extraña.

Mientras mi anfitrión terminaba de preparar aquella básica e improvisada comida, me detuve un poco más en su aspecto, terminando de hacer mi particular disección de aquel personaje.

Para empezar, en aquella ocasión el señor Giddens no llevaba puesto el otro singular complemento que, aparte de las gafas oscuras, había adornado (y tapado) su cabeza en nuestro anterior encuentro. Me refiero al extraño sombrero de ala ancha que no había tenido a bien quitarse cuando charlamos por primera vez. Ahora su pelo estaba al descubierto. Era blanco, lo llevaba peinado hacia atrás y fijado con algún tipo de producto que además le confería un brillo algo artificial, estaba bien recortado y se notaba cuidado, tal y como yo había adivinado en nuestro primer encuentro. Aquello me pareció otro detalle más de la extrema pulcritud con la que ese señor parecía cuidar su aspecto. Tenía dos generosas entradas a ambos lados del cuero cabelludo, pero al ser su piel extremadamente pálida, estas se llegaban a confundir con las canas de su cabellera, por lo que era complicado definir de forma precisa dónde empezaban las raíces de su pelo.

Con la cabeza al descubierto, el enorme tamaño de sus orejas era aún más evidente. Por su envergadura supuse que se trataba de una característica física que, aunque probablemente se habría acentuado con los años, el señor Giddens debía poseer desde su infancia; y pensé que, al igual que yo había sufrido (y aún sufría de forma esporádica) la crueldad de algunos niños respecto a la falta de mi ojo izquierdo, aquel hombre tan mayor, muchos años antes que yo, también debía haber acusado las burlas de otros infantes por sus desproporcionados pabellones auditivos. Sentí entonces un atisbo de lástima por él, imaginándome alguno de los insultos que debía haber soportado por aquella despiadada broma que la naturaleza le había gastado, y, aún sin saber si mis conjeturas eran verdaderas, empaticé de lleno con él.

Me fijé también en sus manos, que ahora estaban libres de los guantes que las habían cubierto en nuestro primer encuentro. Eran delgadas, como el resto de su dueño, con dedos finos y algo huesudos. En ellas se notaba a la perfección la avanzada edad del Señor Giddens. Su piel era tan clara en el dorso que hacía que sus venas estuvieran muy marcadas, apareciendo en sus manos como ríos de verde agua recorriendo un desierto de arenas blancas. Sus uñas, muy cuidadas y redondeadas, eran quizás un poco más largas de lo que podría considerarse normal pero no tanto como para que llamaran especialmente la atención.

En cuanto a su vestimenta, llevaba puestos unos pantalones de *tweed* de color gris oscuro que me parecieron algo calurosos para aquella época del año, una camisa blanca y un chalequillo a juego con los pantalones, todo ello adornado por una pajarita de un rojo intenso, casi carmesí, que sin duda destacaba en el conjunto. Y, en lugar de una chaqueta, una elegante bata burdeos –de una tela que no supe distinguir pero que tenía la misma caída que la seda, aunque se notaba más gruesa– completaba el atuendo del señor Giddens aquella tarde. La formal indumentaria de aquel hombre había vuelto a llamarme la atención, igual que un par de días atrás.

Lo primero que pensé tras el rápido estudio externo que acababa de completar sobre mi anfitrión fue: ¿quién se pone una pajarita para estar en casa? Sin embargo, en un segundo me di cuenta de que, si aquel hombre utilizaba su hogar como lugar de trabajo para recibir clientes, podía tener bastante sentido el hecho de querer estar siempre presentable para cualquier visita profesional que pudiera recibir en su vivienda, con lo que todo me pareció más coherente entonces.

—Siéntate, por favor —me pidió con amabilidad, señalándome una de las tres sillas que rodeaban la pequeña mesa de la cocina—. Solo tardaré un segundo en calentarte el sándwich. Porque lo prefieres caliente, ¿verdad?

—Sí, por favor —respondí al instante de manera intuitiva.

Fue entonces cuando me percaté de que solo estaba preparando comida para mí. Cuando había aceptado su invitación unos minutos antes había pensado que era a él al que le apetecía tomar algo y, por su insistencia, me estaba pidiendo que lo acompañara, para no tener que hacerlo solo.

—¿Usted no toma nada? —le pregunté.

—No, no me apetece —contestó de forma directa y algo más seca de lo que yo hubiera esperado, como si fuera algo obvio y no hubiera necesidad de dar más explicaciones.

En ese momento pensé que debería haber sido más sincero respecto a mi saciedad de alimento y a lo mejor así me habría evitado tener que comer sin ganas, aparte de no hacer que aquel anticuario hiciera de cocinero para mí preparándome un sándwich; por mucho que aquella acción fuera sencilla y él pareciera ejecutarla sin ninguna molestia.

Durante el tiempo que duró la operación de calentar mi sándwich de queso, el señor Giddens se mantuvo callado, como si aquella simple tarea culinaria requiriera toda su atención. No sentí que estuviera siendo descortés conmigo por eso, ni mucho menos.

Aun así, en cuanto me puso el plato con el sándwich caliente delante de la silla en la que previamente me había invitado a sentarme y en prevención de que él pudiera seguir callado mientras yo daba cuenta de la comida, intenté sacar un tema de conversación rápido para hacerle hablar y no tener que escucharme comer, ya que aquello sí que habría resultado algo incómodo.

El sonido de la música que había identificado al acercarme a la casa, que había escuchado más alta al entrar y cruzar el salón, también llegaba, aunque algo más débil, a la cocina, así que eso fue lo primero que se me vino a la mente.

—Y, dígame, ¿qué música es la que está escuchando? ¿Es una emisora de radio o es un disco? —pregunté con efusivo interés para ver si ahora conseguía que él hablara un rato mientras yo masticaba el sándwich que tenía entre las manos.

—¡Ah! Lo que oyes es ***Madame Butterfly***, de Giacomo Puccini, interpretada por la gran Maria Anna Sophia Cecilia Kalogeropoulou —contestó el señor Giddens con cierta alegría por mi apreciación sobre su música—. ¿Te agrada?

Como en ese momento tenía la boca llena de pan y queso, solo pude asentir con la cabeza manteniendo mi único ojo muy abierto. La verdad es que no tenía ni idea de quiénes eran ni Puccini ni la otra señora cuyo larguísimo nombre no pude retener en aquel momento, pero lo que sonaba suavemente en la estancia era agradable, aunque yo no estaba acostumbrado a ese tipo de música lírica.

—¿Habías escuchado antes algo tan bello, William? —continuó el anticuario cerrando sus ojos por un momento, como intentando concentrarse un poco más en la música que flotaba en el ambiente—. Yo tuve la suerte de poder ver a Maria Callas por primera vez cantando y actuando en esta misma obra en el cincuenta y cinco, en el Lyric Opera de Chicago.

Supuse entonces que la mujer de nombre impronunciable que había mencionado antes el señor Giddens debía ser la misma que la tal Maria Callas, a la que tampoco conocía, pero cuyo nombre sí que podía recordar fácilmente.

—¡Fue impresionante! —siguió mi anfitrión, volviendo a abrir sus clarísimos ojos—. De esa primera vez, aparte de su grandísima voz, siempre recordaré la intensidad con la que vivía su

personaje. Luego he podido volver a verla actuar unas cuatro veces y siempre me ha parecido soberbia; no solo como cantante, sino como artista.

A pesar de la pasión con la que hablaba, el señor Giddens continuaba sin gesticular casi nada con su boca, tanto que me hacía sentir que sus palabras tenían que hacer grandes esfuerzos para escapar de ella pasando entre sus apretados labios.

Mientras el anticuario hablaba, noté que, al igual que había hecho yo hacía un instante con él, ahora era él el que me escudriñaba a mí con sus clarísimos ojos verdes. Miraba mi pelo, que yo llevaba muy corto, de forma totalmente contraria a la moda juvenil de la época; mi ojo sano; mi boca, moviéndose cerrada con un caótico movimiento sinuoso; mis manos, con las uñas no tan limpias como a mi madre le hubiera gustado; mi ropa, algo informal y veraniega; incluso estoy seguro de que se fijó en la pequeña cruz de plata que colgaba de mi cuello y que se había deslizado fuera de mi camisa. Y, aunque sus palabras iban en un sentido, sus gélidos ojos indicaban que su mente estaba dividida en dos, con esa otra parte que no pensaba en ópera ni en Callas, prestándome a mí una atención tan detallada que podría llegar a considerarse poco educada.

Aquello me puso un poco nervioso y él debió detectar eso en mi actitud, porque de pronto dejó de mirarme de forma tan intensa; supongo que para no parecer descortés. Yo, más tranquilo, volví a masticar con fruición mi sabroso sándwich para intentar acabarlo cuanto antes. Y el anticuario, como veía que yo seguía comiendo y escuchándolo casi sin pestañear, continuó hablando.

—Esta grabación que oyes es del mismo año cincuenta y cinco, producida por la discográfica EMI. La orquesta estaba dirigida por Herbert Von Karajan y fue grabada en la Ópera Alemana de Berlín, donde Callas ya había triunfado ese mismo año consiguiendo enormes ovaciones con esta y otras obras. Por cierto, que hace muy pocos días leí en el periódico que un estudiante de veintisiete años fue tiroteado en la sede de esta Ópera durante una manifestación contra el Shah de Persia. ¡El mundo parece haberse vuelto definitivamente loco! En fin, volviendo a la grabación que escuchamos, la orquesta estaba compuesta por…

El señor Giddens seguía hablando y hablando sin parar, casi divagando en algunos momentos. Para mí, todos aquellos datos no me aportaban nada, pues yo estaba más concentrado en acabar cuanto antes con el sándwich que tenía entre las manos –para que mi potencial cliente pudiera explicarme los trabajos que quería que realizase en la casa– que en prestar atención a detalles técnicos e históricos sobre grabaciones de música que no me interesaban en absoluto o a sucesos ocurridos a miles de millas de distancia cuya supuesta trascendencia no entendía. En cualquier caso, mi objetivo de mantener a mi anfitrión ocupado hablando se había cumplido con éxito.

—Hace ya un par de años de que no canta sobre los escenarios, pero aún es muy joven y espero que vuelva a hacerlo. Y quizás yo tenga entonces la oportunidad de volver a verla en directo una vez más —expresó con sincero deseo el señor Giddens. Entonces cambió su tono por uno más severo y añadió con cierto malestar—: Lo que no termino de entender es qué es lo que ve en ese impresentable de Aristóteles Onassis. Quizás sea el hecho de que ambos son de ascendencia griega. En cualquier caso, a pesar de que ella dejó a su marido el año pasado para intentar acercarse a Onassis, por la actitud de él, no creo que acaben casándose nunca. Y pienso que, en realidad, será mejor así para ella.

Al oír estas últimas palabras no pude evitar sorprenderme un poco por el hecho de que un hombre tan aparentemente culto y maduro también estuviera al tanto de noticias más sensacionalistas y poco profundas, como lo son los amores de los famosos. Al multimillonario

Onassis que acaba de mencionar el anticuario sí que lo conocía y había oído hablar mucho de él. ¿Y quién no? Al fin y al cabo, era el hombre más rico del planeta. Ese comentario, tan banal e intrascendente, lo acercó a mí, un joven cualquiera que abrazaba la cultura popular. El señor Giddens me recordó entonces por un momento a cualquiera de las viejas gallinas que se reunían en la tienda de la madre de Abe a parlotear sobre la vida de los demás; y aquello me hizo sonreír por dentro.

Acababa de beber un gran sorbo de leche con bastante cuidado, intentando que mi sobrelabio no quedara blanco tras hacerlo para no parecer un niño descuidado ni ridículo, y entonces le espeté a mi anfitrión, con cierta admiración no fingida:

—Se nota que le gusta mucho esta señora; y la ópera. Es agradable oír a alguien hablar con tanta pasión de sus aficiones.

—Efectivamente, William. Me encanta la ópera. Pero no solo la ópera, sino la música en general. Tengo la suerte de tener muchos discos de estilos y autores diferentes de los que disfruto cada día; aunque mi auténtica pasión es otra. —Hizo entonces una pausa al observar que yo había terminado ya de comer el sándwich y beber la leche, y entonces continuó—. Y hablaremos de ella, seguro, durante la visita a la casa. Pero ahora, si has terminado y no te apetece tomar nada más, sugiero que vayamos viendo la vivienda y comentemos lo que me gustaría que hicieras en ella.

—Claro —exclamé, levantándome presto de la silla.

—Sígueme, por favor —me pidió el señor Giddens mientras atravesaba la puerta de la cocina y se dirigía al salón.

Conforme lo seguía por el pasillo, pude distinguir, ahora sí, ya con la vista por completo adaptada a los bajos niveles de luminosidad de la vivienda, que había paquetes y cajas apiladas por doquier, haciendo que el pasillo quedara mucho más estrecho de lo que realmente era. Resultaba evidente que había muchas cosas por colocar y ordenar. Pensé que, con bastante probabilidad, todos aquellos bultos contendrían en gran parte los objetos antiguos con los que el señor Giddens se ganaba la vida.

—¿Cuánto tiempo lleva dedicándose a vender antigüedades, señor Giddens? —pregunté con curiosidad, pretendiendo así manifestar mi interés por la actividad de mi anfitrión.

—Querido William —empezó a responder con un tono aleccionador—, lo primero que has de saber es que no soy un anticuario al uso. De hecho, no me dedico únicamente a comerciar con objetos antiguos; la mayoría de las maravillas que compro y vendo son verdaderas piezas de coleccionista.

Ya habíamos llegado al salón. La voz de la soprano inundaba ahora la estancia con un volumen mayor, aunque aún se podía conversar sin dificultad ni malestar. La habitación estaba, al igual que el pasillo, completamente inundada de cajas y paquetes sin abrir, dispuestos de una manera en apariencia ordenada pero confiriendo a la estancia una sensación de cierto barroquismo y agobio. El señor Giddens se detuvo a la entrada del mismo y se giró hacia mí, mirándome de nuevo, casi de manera hipnótica.

—Me explicaré mejor. ¿Ves, por ejemplo, esa silla de ahí? —me dijo señalando con el dedo índice, en un sutil y pausado movimiento, una silla cubierta por un plástico que se encontraba a su derecha—. Es una pieza del siglo XVIII, diseñada por un famoso ebanista francés. Ya de por sí tiene su valor; y además está en un excelente estado. Pero si además te digo que perteneció a Edgar Allan Poe y que fue sentado en ella donde el autor de Boston ideó y escribió muchas de sus inmortales obras, el objeto pasa de ser un bonito mueble antiguo a convertirse en un

extraordinario tesoro, una maravilla única en el mundo. Y multiplica su valor por… bueno, por lo que esté dispuesto a pagar el aficionado o coleccionista que lo quiera —añadió con una leve mueca de sonrisa en sus labios.

Yo conocía la obra de Poe, al menos en parte, ya que habíamos tenido que leer algunos de sus poemas y relatos en clase de Literatura en el instituto. Y he de reconocer que, aunque en su mayor parte, me había gustado, nunca podría haber dicho antes de aquel día que me considerara un forofo de su obra. Sin embargo, todo aquello me resultó de primeras muy interesante. Sentí por un instante deseos de pedirle al señor Giddens que me dejara probarla, sentarme en ella un segundo; aunque rápidamente disipé ese pensamiento a sabiendas de que no era lo más correcto ni adecuado en aquel momento. Experimenté una extraña mezcla de curiosidad, atracción y asombro. Era como si de repente me hubiera convertido en seguidor del malogrado escritor, como si a partir de ese momento su obra me interesara más que un minuto atrás, como si el hecho tener delante de mí una silla que le había pertenecido y en la que había sentado sus posaderas durante muchas sesiones de creatividad y escritura me hiciera percibirlo como alguien más cercano, y más interesante. El hecho es que estar cerca de esa silla me hizo sentir bien, de alguna extraña forma; no sabría describir de manera precisa esa primera sensación, pero era como verme extrañamente afortunado de contemplar un trozo de historia, casi de formar parte de ella. En aquel momento no terminé todavía de entender muy bien por qué mi estómago cedía a la magnética atracción de un objeto tan simple que, de no ser por las palabras del señor Giddens, habría seguido siendo para mí tan solo un lugar como cualquier otro donde dejarme caer para descansar.

—Lo has sentido, ¿verdad? —siguió el anticuario tras una pausa en la que algo debió percibir en mi semblante—. Sí, se ve que eres un chico listo y estaba seguro de que entenderías a la primera a qué me refiero. Como ves, yo no solo vendo el objeto; vendo el concepto, vendo el sueño de poseer algo que fue usado en el pasado por alguien trascendente para algo trascendente. Ese es mi verdadero negocio —sentenció finalmente aquel hombre que, a pesar de estar en su edad física crepuscular, había parecido rejuvenecer de espíritu al empezar a hablar de todo aquello.

Yo lo escuchaba entusiasmado. Se notaba que tenía una gran vocación comercial y mucha experiencia. Su forma de expresarse, no solo con sus palabras, sino también con su voz, su entonación y su actitud, había logrado transmitirme la valía de su trabajo, y ahora yo miraba anonadado y con más respeto todas aquellas cajas y paquetes que me rodeaban convencido de que seguro contenían valiosísimos objetos que, en algún momento de la historia, habrían tenido su relevancia de una u otra manera.

Casi sin darme cuenta había empezado a andar despacio por la estancia, intentando adivinar cuáles eran las procedencias originales de los objetos que se guardaban en algunas de aquellas cajas. El señor Giddens me seguía en silencio, dejando que saboreara el momento, a sabiendas de que, con poco esfuerzo, había conseguido provocar en mí mucha curiosidad y cierta admiración por su trabajo.

Durante mi paseo observé también siete u ocho grandes cajas repletas de discos de vinilo, lo cual refrendaba la idea de que a mi anfitrión le encantaba la música. Me entraron ganas de detenerme para ver qué tipo de discos tenía el señor Giddens, pero me contuve y seguí caminando. Si todo salía como yo pretendía, ya habría tiempo de saciar mi curiosidad más adelante.

Algunos objetos estaban fuera de sus cajas y envoltorios, repartidos por la habitación y

colocados sin un orden aparente. Eran de lo más variados y al fijarme en ellos pude empezar a imaginar mil historias sobre su procedencia.

De repente, sin ningún motivo especial que me llevara a hacerlo, me detuve delante de uno de los objetos. Se trataba de una caja de madera, cuya base cuadrada tendría unas quince pulgadas de lado y su altura máxima sería de unas doce. La caja tenía un chaflán bastante grande en el lado que me apuntaba y me hizo suponer que aquel era el lado frontal de la misma. Justo en el centro de aquel chaflán aparecía escrita en letras grandes la palabra «CONTINENTAL» y, más abajo, en una segunda línea de escritura y con letras más pequeñas, se podía leer: «WANDERER–WERCKE, CHEMNITZ. (SACHSEN)». En la parte superior, la caja tenía un asa con agarradera de madera formando una sencilla filigrana y aquello me convenció de que aquel armazón era tan solo un medio de transporte para lo que se guardaba en el interior. Pero, ¿qué sería? ¿Cuál sería su historia? Mi curiosidad iba en aumento con cada objeto que veía y aquella simple caja había llamado mi atención sin que yo pudiera explicar muy bien por qué. Por suerte, el señor Giddens, percatándose de mi interés por aquella caja, despejó mis dudas enseguida.

—Veo que te ha interesado esa caja, ¿verdad, William? —dijo a mi espalda con tono suave y algo misterioso—. Sin duda, tienes buen instinto, ya que contiene un objeto muy singular. Se trata de una máquina de escribir antigua, fabricada en Alemania hace algo más de treinta y cinco años. Pero lo que la hace realmente especial es que fue mandada a construir por el mismísimo Adolf Hitler, que dicen incluso llegó a usarla personalmente.

—¡Increíble! —espeté maravillado.

Tenía delante de mí, escondido en una antigua caja de madera, un objeto nazi de la Segunda Guerra Mundial. Una máquina de escribir cuyas teclas podían haber sido presionadas por el dictador más cruel de todos los tiempos. Sentí entonces, de forma contradictoria a mi entusiasmo, un poco de repulsión con respecto al objeto.

—Existe incluso una increíble leyenda fantástica en torno a esta particular máquina de escribir —siguió el anticuario manteniendo el tono de misterio—. Pero ya te la contaré otro día.

Algo decepcionado, di dos pasos a mi izquierda y vi que una de las cajas de cartón que adornaban la estancia estaba abierta, con las solapas superiores hacia arriba, lo que me permitió observar su contenido. Estaba bastante oscuro y parecía haber varios objetos pequeños en su interior, pero en la parte alta de estos, encima de todo ellos, descansaba un pequeño cuadro que sí podía ver con claridad, rematado con un marco de madera muy simple. En su interior, protegido por un cristal, había lo que parecía un pequeño trozo de papel rectangular, bastante bien conservado. Y en el centro del papel se podía leer claramente lo siguiente:

Abraham Lincoln

Abogado

—¡Dios mío! —exclamé con asombro—. ¿Es esto lo que creo que es?

—Es exactamente lo que crees, William —indicó el señor Giddens con satisfacción—. Una tarjeta de visita de Abraham Lincoln. Original. De cuando ejercía la abogacía en Illinois, antes de llegar a presidente. Preciosa, ¿verdad? Yo lo admiraba mucho.

Aunque no entendí bien entonces a qué se refería con eso de «lo admiraba mucho», pensé que quizás cuando era más joven se sentía más afín a las creencias de nuestro decimosexto presidente

que ahora en su senectud. En cualquier caso, no le di demasiadas vueltas a su extraña forma de expresarlo entonces, ya que estaba del todo ensimismado con aquella singular tarjeta de visita.

No me atreví a pedirle al Señor Giddens que me dejara coger el pequeño cuadro por miedo a que se me cayera o a ensuciarlo con las manos, pero mi corazón me pedía a gritos hacerlo. Aquello era increíble; más aún para un muchacho inocente y con tan poca carretera como yo. El entusiasmo se había apoderado ya por completo de mi ser y mi corazón latía excitado imaginando qué más fantásticas reliquias me estarían rodeando en aquel momento. Toda la casa debía estar repleta de ellas y eso me fascinaba de forma abrumadora.

Di un paso atrás y recorrí con la vista el resto de la estancia. Mi vista reparó irremediablemente en una enorme caja rectangular que, abierta por su parte frontal, se encontraba apoyada contra una de las paredes. Era ancha, de unos tres pies, un par de pies de profundidad y tan alta como una persona adulta media. Estaba vacía pero, sin duda, lo que hubiera contenido en su interior debía ser grande. No pude resistir mi curiosidad y pregunté, dirigiendo mi mirada hacia ella:

—¿Qué contenía esa caja? Por su tamaño me encantaría verlo. Seguro que es algo muy especial.

El señor Giddens volvió a esbozar una de sus poco gesticuladas sonrisas y sus ojos exhalaron la satisfacción de alguien que se siente superior en conocimiento a los demás.

—Pues lo cierto es que esa caja, como tú la has llamado, no contiene nada. Lo valioso de ella es el recipiente en sí.

—No entiendo —repliqué mirándolo con un gesto extrañado.

—Querido William — volvió a empezar el anticuario, de forma que yo ya sabía que iba a contarme una historia singular—. Eso es un ataúd… —e hizo otra de sus intrigantes pausas mientras me miraba con ojos golosos—. De atrezo. —Mi cara debió delatar mi ignorancia—. Sabes qué es el atrezo, ¿verdad? —continuó entonces—. Es parte de los decorados que se utilizan en los rodajes de las películas y en los escenarios de las obras de teatro; útiles que hacen las veces de objetos auténticos pero que no lo son. En este caso, ese falso ataúd fue el que contuvo el cuerpo del actor Max Schreck en las escenas de la película ***Nosferatu***, del alemán F.W. Murnau, en las que el vampiro al que interpretaba descansa durante el día. Y que conste que he empleado antes el adjetivo «falso» porque quiero dejar claro que este objeto no se ha usado nunca con el fin de contener ningún cadáver, como podrás comprender, pero es un artículo auténticamente verdadero en esencia; es el que se usó durante el rodaje de la película en 1921. Eso es lo que le da valor.

En este caso yo no entendí muy bien ese valor, puesto que desconocía la obra a la que se refería mi anfitrión y no había oído hablar antes de aquel día nada ni de Schreck ni de Murnau. Pero el cine sí que me gustaba, aunque en aquel momento no hubiera podido afirmar ser un auténtico fanático del mismo –algo que pronto cambiaría aquel verano–. Por ello, el hecho de que el anticuario poseyera artículos usados en películas, cosa que sí percibía más cercana a la cultura popular que yo conocía un poco mejor, me pareció fascinante. Y, además, ¡se trataba del ataúd de un vampiro!; aunque este fuera solo el personaje imaginario de una película.

—No sé si sabes que dicen que el propio Schreck era un vampiro de verdad —añadió el señor Giddens mientras se fijaba en mi reacción ante aquel comentario—. ¡Paparruchas! ¡Paparruchas y memeces! —concluyó de forma explosiva.

No recuerdo bien si me sobresalté más cuando digerí el comentario sobre la supuesta naturaleza vampírica de Schreck o cuando el anticuario mostró iracundo su rechazo hacia aquella leyenda, pero el caso es que pensé entonces que aquel objeto podría resultar demasiado «oscuro»

para las gentes tradicionales de Fortress Flint; así que me atreví a lanzar, aunque algo dubitativo, una sugerencia al respecto.

—Quizás debiera bajarlo al sótano… es que su naturaleza… no sé si me entiende… al fin y al cabo, es un ataúd, un cofre para guardar muertos, por mucho que sea un juguete de película. No estoy seguro de que esto se entienda bien por aquí… me refiero a que podría incomodar a algunos clientes, ¿no cree?

El anticuario me miró pensativo antes de replicar.

—Sí, puede que tengas razón. Y, además, este es un objeto al que no tengo especial aprecio personal. Incluso, al igual que te ha sucedido a ti, puede que mucha gente ni siquiera distinga ese singular ataúd de una simple caja de madera. En fin, ya veremos qué hacemos con él cuando empecemos a reorganizarlo todo por aquí.

Aquella última sentencia no esperaba ninguna contestación por mi parte, pero aun así asentí levemente con la cabeza, dando la razón a mi anfitrión.

Todo lo que había allí me estaba resultando realmente asombroso. Aunque había cosas, como lo del ataúd de atrezo, que en aquel momento no terminé de encajar muy bien, entendí desde un primer momento que me encontraba rodeado de objetos muy singulares o, al menos, con un significado bastante especial. Además, no dudé ni un solo instante de la veracidad de todo lo que aquel experimentado comerciante me había contado.

—Le debe de haber costado mucho tiempo y esfuerzo reunir una colección como esta, ¿verdad? —afirmé convencido.

—Efectivamente, William. Y, por cierto, disculpa, pero acabo de caer en la cuenta de que no contesté antes a tu pregunta inicial sobre los años que llevo en esta profesión —replicó el señor Giddens haciendo alusión a la cuestión que yo le había planteado antes incluso de llegar al salón —. No cabe duda de que eres muy curioso —apostilló con una nueva mueca de sonrisa en sus labios.

—Perdone si le estoy molestando con tantas preguntas, pero es que estoy muy asombrado, de veras, con todo lo que estoy descubriendo en su tienda —me disculpé con la timidez y la inocente culpa que sentiría un niño al que pillan comiendo chocolate de la despensa sin permiso.

—No, en absoluto. Al contrario. En realidad me agrada sobremanera tu interés. —El anticuario hizo entonces una pausa en la que quedó algo pensativo antes de continuar con un tono más pausado y, en cierta forma, nostálgico—. Hace ya muchos, muchos años que me dedico a este trabajo. Tantos que ya casi ni recuerdo bien cuándo empecé a dedicarme a esta actividad.

—Y ¿por qué se ha mudado a Fortress Flint ahora? ¿Acaso lo considera un lugar adecuado para vender este tipo de objetos? —pregunté no muy convencido de que mi ciudad fuera el mejor sitio para un negocio como aquel.

Por muy interesantes que a mí pudieran parecerme aquellos artículos, intuía que sus precios de venta no serían bajos. Y una cosa era fascinarse descubriendo las historias de aquellos objetos, y otra muy distinta pagar grandes sumas de dinero por poseerlos. Pensé por un segundo que tendría mucho más sentido convertir todo aquello en un museo, donde la gente sí que pagaría una entrada razonable por estar cerca de esos singulares objetos y conocer su pasado, su historia. Eso sí que se me antojaba un buen negocio, aunque, por timidez, nunca se lo llegué a decir al señor Giddens.

—Verás, William, con los años he comprobado que mi negocio es mucho más rentable cuando cambio de población —empezó a explicarme el anticuario, con un tono que indicaba que iba a tomarse su tiempo para expresar adecuadamente sus motivaciones para hacer lo que hacía—. Mi

negocio, como todos, funciona por el interés que la gente tiene en él, y eso suele suceder de manera más intensa en los primeros meses o años en los que abro la tienda en una ciudad. Este es un negocio que llama la atención por su novedad, aunque reconozco que el espectro de clientes que puedo tener no es tan amplio como me gustaría. Y, además, tampoco puede decirse que tenga una rotación de *stock* alta; no sé si me entiendes, pero no puedo ofrecer mucha variedad distinta de artículos en poco tiempo. No es fácil ni barato conseguir estas extrañas piezas de coleccionista. Así que, volviendo al tema de mis clientes, lamentablemente, una vez pasada la euforia inicial, poco a poco el interés de mi público local objetivo se va desvaneciendo, y las ventas con él. Así que normalmente permanezco en un mismo sitio hasta que veo que no tiene más sentido económico seguir allí, y entonces busco otra nueva población para establecerme y volver a empezar el ciclo, generalmente lejos de la anterior. Hay veces que tardo seis meses en moverme y otras veces varios años, pero siempre acabo mudándome. Además, eso me permite conocer gente muy diversa y ganar experiencias, enriqueciéndome en lo personal. Soy una persona inquieta y no tengo cargas ni ataduras familiares que me hagan permanecer mucho tiempo en el mismo lugar o que me compliquen mi movilidad. Tampoco tengo mascotas. Las he tenido en el pasado, pero me entristezco mucho cuando mueren, ya que sus ciclos de vida suelen ser cortos. —Hizo una pausa en su discurso, antes de seguir con la descripción de su modo de vida—. Podría afirmar, por tanto, que soy una persona nómada. Yo lo achaco en gran medida a la propia naturaleza de mi negocio; pero, si he de serte sincero, en mi interior sé que eso es solo el cincuenta por ciento de la causa, ya que mi carácter y espíritu inquieto me empujan a moverme de forma continua; y eso que, debido a mi edad, mucha gente pensaría que estoy loco mudándome tanto como lo hago.

A pesar de la detallada explicación del señor Giddens, había algo que yo no terminaba de entender.

—Puede que yo sea solo un muchacho y no tenga mucha idea de lo que es un negocio, pero me atrevería a decir que quizás si se estableciera en una ciudad mucho más grande, como Nueva York o Los Ángeles, no tendría que recurrir a esos continuos desplazamientos —respondí de forma algo impertinente, tratando de hacer ver al culto y experimentado anticuario que tenía delante de mí que no estaba hablando con un cualquiera y que quizás hasta podría darle un buen consejo.

—Puede que tengas razón, William, pero estoy cansado de las grandes ciudades. No me gustan. Con sus prisas, su polución, su estrés. Yo estoy ya muy mayor para todo eso. Necesito cierta paz y tranquilidad en mi vida, pero no puedo dejar de buscar clientes a los que vender los objetos de coleccionista que poseo. Es a lo que me dedico. Es lo que me da dinero para vivir; el mismo dinero con el que voy a pagarte a ti por tus servicios —terminó con una mirada de triunfo que indicaba, sin equivocarse, que estaba seguro de que ya me tenía convencido del todo para ser su empleado, incluso antes de explicarme el detalle de los trabajos que iba a tener que realizar para él en aquella casa/tienda.

A pesar de la respuesta del anticuario, yo continué pensando que tenía mucho más sentido que un negocio como aquel estuviera asentado en una gran ciudad, pero no le dediqué mucho más tiempo a ese pensamiento. Además, al mencionar mi anfitrión e inminente patrón el tema del dinero, se me ocurrió un nuevo comentario que me hizo cambiar de tercio.

—Pero tiene usted muchas cosas valiosas, señor Giddens. Todo esto debe valer una fortuna, ¿cierto?

Enseguida me di cuenta de lo descortés e inapropiado de mi comentario (un muchacho nunca

debe ser el primero en sacar el tema del dinero con un adulto que esté a punto de contratarlo), pero ya no podía hacer nada para evitar haberlo soltado, así que aguanté el tipo de la forma más estoica que pude, esperando ver la reacción del señor Giddens.

El anticuario entornó los ojos y se acercó aún más a mí. Aunque no puedo asegurar que lo hiciera, tuve la sensación de que incluso intentó ponerse de puntillas para elevar su rostro y acercarlo al mío.

—Me pareces un muchacho de confianza y por eso te diré lo siguiente, William. —El señor Giddens había bajado aún más el tono de su voz y me hablaba casi susurrando, como si me estuviera contando un secreto—. No es que tenga una gran fortuna en mi casa con estos objetos antiguos, pero tampoco puedo decir que todo sean baratijas. Por supuesto, para mí muchas de ellas tienen un valor sentimental importante, pero también muchas de ellas lo tienen de manera objetiva, a nivel económico. —Entonces, hizo una nueva pausa dramática antes de sentenciar, de forma categórica y definitiva—: Sin embargo, lo más importante que debes entender es esto: el valor de las cosas lo ponen las personas.

Yo lo miré con cara de bobalicón, ensimismado con las palabras de aquel hombre, que me tenía preso de su maestra verborrea y cuidada escenificación.

—¿Qué dirías que vale más, un billete de cien dólares o este viejo y desgastado quinqué? —preguntó sacando de una de las cajas un estropeado objeto que yo nunca antes había visto en persona, pero que no me parecía tuviese mucho valor a simple vista.

Aunque la respuesta más obvia que se me ocurrió entonces tenía mucho que ver con la imagen impresa de Benjamin Franklin en un trozo de papel rectangular, en esta ocasión intenté ser cauteloso y no adelantar juicios de valor sin conocimientos suficientes.

—Pues... no sabría decirle, la verdad —contesté con cierta vergüenza por no atreverme a decidirme por una u otra opción.

—Depende. Esa es la respuesta correcta —afirmó el anticuario con imperiosa seguridad—. Depende de quién lo mire, depende de si conoce o no su historia, depende de cuánto se desee poseer. En realidad, yo solo necesito encontrar personas que vean en los objetos que tengo el valor suficiente como para querer poseerlos por un precio justo y razonable.

—Y, en este caso, ¿usted pagaría cien dólares por él? —inquirí curioso.

—Si no tuviera ni idea de su procedencia, no pagaría por él ni dos dólares. —El señor Giddens hizo entonces otra de sus estudiadas pausas, intensificando la picardía en su mirada—. Pero si supiera que es una pieza casi única de coleccionista por ser uno de los quinqués que usaba Thomas Edison en su oficina antes de inventar la bombilla eléctrica, entonces la cosa la cambiaría bastante —me dijo mientras observaba con satisfacción mi cara de asombro—. Querido William —siguió tras otra breve pausa—, te sorprendería lo que algunos están dispuestos a pagar por poseer ciertos objetos —concluyó de forma un tanto misteriosa, para continuar de repente cambiando de tema—. Y, ahora, si te parece bien, voy a pasar a explicarte lo que necesito que hagas en la casa.

Yo estaba aún entusiasmado mirando el quinqué de Edison, pero no pude negarme a la petición del señor Giddens puesto que este empezó a hablar de las reformas a realizar en la casa antes incluso de que yo accediera a su petición.

Me volvió a pedir disculpas por la penumbra que había en la habitación, excusándose en su leve fotofobia, que a mí me parecía que no debía ser tan leve como él pretendía; y llegándome incluso a decir que, si lo creía necesario, podía ponerse sus gafas oscuras y descorrer un poco las tupidas cortinas que impedían el acceso de la luz natural hacia el interior de la casa, aunque a esa

hora los rayos del astro rey llegaban a nuestra ubicación con demasiados pocos grados como para iluminarnos mucho. Para el señor Giddens era vital que yo entendiera bien los trabajos que él necesitaba realizar en la vivienda y no quería que se me pasara nada por alto por el simple hecho de no tener buena visibilidad. Por supuesto, por pura cortesía, me negué en redondo a que hiciera tal cosa. Mi visión estaba ya acostumbrada a la escasa luz que había y, por el momento, era suficiente para mí.

Me explicó con pausa y detalle que los cambios mayores habría que realizarlos en la amplia habitación en la que nos encontrábamos. La mayor parte consistiría en adecuar la estancia a una especie de sala principal de exposiciones, donde el anticuario pudiera mostrar sus objetos más interesantes, creando un ambiente agradable y propicio para hacer negocios. Asimismo, me sorprendió que quisiera mantener un par de enormes sillones, entre los cuales pretendía poner una pequeña mesa, que según él conformarían «el rincón de las negociaciones». Por lo visto, al señor Giddens le gustaba personalizar las visitas de sus clientes, ofreciéndoles siempre algo de beber y haciéndolos sentir como si estuvieran en casa de un amigo, y no en una tienda. Decía que esa forma agradable y cercana de realizar las ventas le había funcionado muy bien siempre y estaba dispuesto a seguir manteniendo dicha filosofía. También quería cambiar el papel de las paredes, ya que le parecía que el que había estaba demasiado estropeado y sucio, y además era muy feo, según su gusto.

Lo más difícil del trabajo que había que hacer en aquel salón eran una serie de operaciones de carpintería, como montar estanterías, cuya madera había que comprar, y armar una especie de mostrador. En un alarde de inocente sinceridad, le expliqué que yo no era muy ducho en esa materia, pero que me esforzaría al máximo para realizar esos trabajos lo mejor posible y me comprometí a no cobrarle nada relativo a ellos si él no quedaba satisfecho con el resultado. El Señor Giddens alabó mi disposición y reiteró su confianza en mis capacidades.

Aparte de los trabajos en el salón, me explicó que dentro de la casa quería acondicionar también un par de habitaciones más pequeñas que la principal como expositores secundarios o pequeños almacenes, donde guardaría también algunos objetos.

Y luego estaba el exterior. La casa necesitaba una mano completa de pintura para dar buena imagen y hacer que la gente sintiera deseos de cruzar el umbral. El césped necesitaba cuidados intensivos y había que colocar un cartel suficientemente grande en la entrada de la propiedad, al lado de la puerta de la valla, que sirviera de reclamo y publicidad para anunciar la existencia de la tienda dentro de aquella vivienda.

La idea que tenía el anticuario era que empezara por el interior, concretamente por el salón, para poder ir ordenando los objetos y preparando la tienda para el público cuanto antes. Eso debería quedar hecho en una semana. Pensé que iba a tener que dedicarle muchas horas, pero entendía la premura de mi cliente y no quise ponerle ninguna pega a su plan.

A continuación debía ocuparme del exterior, que era el reclamo de imagen que necesitaba para terminar de atraer a los clientes. En esto podía tardar un poco más, pero tampoco debía demorarme demasiado.

También me indicó que él se encargaría de comprar todo el material necesario y aquellas herramientas que yo considerara imprescindibles para hacer bien mi trabajo, y que podría tenerlo todo listo para que empezara en un día. Eso implicaría empezar en dos días, ese mismo viernes, que era justo el último día de curso, pero supuse que mi anfitrión no tendría inconveniente en que ese primer día trabajara solo por la tarde.

Cuando el señor Giddens terminó de explicarme con exactitud lo que quería que hiciera –y eran

muchas cosas–, Callas ya había dejado de cantar y el ambiente en la casa era calmado y silencioso. Sin presionarme en absoluto, me dio unos instantes para que asimilara todos los datos que acababa de ofrecerme y yo los aproveché para repasar de memoria todo el trabajo que había que hacer allí.

—Está bien. Creo que lo tengo todo bastante claro —concluí con determinación.

—Me alegra haberme explicado bien —dijo el señor Giddens satisfecho—. Antes de acabar me gustaría enseñarte una última cosa. Acompáñame, si eres tan amable.

Con la corrección que usaba en sus palabras era muy difícil negarle nada a aquel hombre, así que lo seguí sin decir nada. Salió de nuevo al pasillo y se dirigió a una puerta que había debajo de las escaleras que subían a la segunda planta. Supuse que dicha entrada conduciría al sótano de la vivienda; y no me equivoqué.

Al lado de la puerta me fijé que estaba, apoyado contra el marco exterior de la misma, el bastón coronado por la cabeza de zorro dorada que mi anfitrión había exhibido en su primera visita a mi casa. Volví a pensar que, en realidad, no parecía necesitarlo para caminar, lo cual reforzó mi idea de que se trataba de un complemento más estético que funcional. Quizás lo usara, pensé, para darse cierto aire de aristocrática respetabilidad, aunque a mí me parecía que eso estaba un poco pasado de moda. En realidad, pensaba que mucho de aquel hombre, en general, estaba algo pasado de moda; con esa vestimenta tan formal y algo rancia, viviendo un poco anclado en el pasado, rodeado de todas aquellas cosas antiguas, mucho más viejas que él, de las que vivía. Todo aquello era curioso e interesante, pero también sentí entonces un poco de lástima por lo que se me antojó entonces una vida algo deshilvanada y errante, sin una referencia constante, con tanta mudanza y tantos cambios; seguro que no era capaz de hacer muchos amigos de verdad. Pensándolo ahora, veo que mi prepotencia y prejuicios eran demoledores e innecesarios; por supuesto, todo eso lo pensé sin tener en cuenta en ningún momento que quizás él era muy feliz así y que yo no era quién para juzgarlo, menos aún conociéndolo tan poco como lo conocía entonces.

Nada más abrir la puerta debajo de las escaleras, el señor Giddens tuvo que dar al interruptor de la luz, ya que el sótano se encontraba inmerso en la más tenebrosa de las oscuridades.

Bajé las escaleras detrás de él, con cuidado. Lo único que se escuchaba en aquel lugar era el leve crujir de las maderas bajo nuestros pies. La luz que alumbraba el camino, proveniente del centro del sótano, era tenue y no molestaba la vista, y su tono crema pálido dejaba ver con claridad y nitidez todo lo que había en la estancia sin deslumbrar en ningún momento. Cuando pude fijarme en el punto de luz que colgaba del techo me di cuenta de que la bombilla estaba cubierta por una especie de mampara que era la que lograba el agradable efecto de atenuación de la luminosidad en la estancia. Pensé con toda seguridad que aquel añadido habría sido colocado por el señor Giddens con motivo de su fotofobia.

Lo primero que me llamó la atención fue que el sótano era enorme. Podría asegurar que su superficie era igual a la base de toda la vivienda. Era un espacio diáfano –salvo por un par de gruesas vigas– y también estaba lleno de cajas de cartón; tantas o más que las que había arriba. Una de las primeras en las que reparé se encontraba abierta y repleta de discos de vinilo, al igual que las que había visto en el salón de la planta principal. Era innegable que a aquel hombre le encantaba la música.

—¡Guau! Si hay que poner orden en todo esto también —exclamé cuando hube revisado con la mirada todo lo que había a mi alrededor—, no estoy seguro de poder garantizarle que todo lo que me ha pedido hacer en el interior de la casa quede listo en una semana.

—Sí, los de la mudanza dejaron todas mis pertenencias por aquí, distribuidas sin orden ni concierto, pero no te preocupes, William —se apresuró a decir el anticuario sonriendo, levemente como siempre, ante mi cara de estupefacción—. La mayoría de las cajas que ves aquí no contienen artículos de venta. Y no hay tanta premura por que queden ordenadas. —Y, tras una nueva estudiada pausa para añadir importancia a sus palabras, me confesó—: Esta es, podría decirse, mi colección privada.

Mi cara reflejaba toda mi atención hacia sus palabras en ese momento, así que el señor Giddens siguió hablando.

—¿Recuerdas que antes te hablé, o mejor dicho, no lo hice, sobre mi verdadera pasión? Pues bien, la mayor de mis aficiones, de la que soy un incondicional amante, no es otra que el cine. Sí, el séptimo arte, como lo llaman algunos; aunque para mí sería el primero si tuviera que hacer un *ranking* de preferencias.

—¿Se refiere a las películas?

—Por supuesto que me refiero a las películas, muchacho. Todas estas cajas que ves aquí contienen rollos y rollos de celuloide con algunas de las imágenes más bellas imaginadas nunca por el ser humano. Secuencias memorables, intérpretes inolvidables, guiones sorprendentes. Historias, al fin y al cabo, que me permiten evadirme durante una o dos horas, soñar con situaciones que nunca viviré y visitar lugares que nunca conoceré en persona. El cine es una ventana a otros mundos dentro de este mundo. El cine es la libertad de aquel que está enjaulado. El cine es mi amor y por eso tengo tantas y tantas películas en propiedad que me dedico a disfrutar en mis ratos libres.

—A mí también me gusta el cine —añadí de forma sincera pero con el objetivo último de empatizar con mi anfitrión; a pesar de que estaba claro que no tenía el apego al séptimo arte que el señor Giddens acababa de mostrar ni los conocimientos sobre el mismo que seguro aquel anticuario poseía.

—Me alegra oír eso, William. Verás, lo que quiero que hagas aquí, con más tiempo, eso sí, es acondicionar esta sala para convertirla en una decente sala de proyección, amén de montar una serie de estanterías donde almacenar de forma adecuada y ordenada mi colección de películas.

El señor Giddens se dirigió entonces al lado derecho del sótano, donde había una gran mesa de madera gruesa, seguramente utilizada como banco de trabajo por sus propietarios originales, y se paró delante de ella. Encima había un gran bulto cubierto con una sábana blanca que el cinéfilo anticuario se apresuró en agarrar por su extremo más alto para, acto seguido, dar un fuerte tirón de ella. Como si de un truco de magia se tratara, apareció ante mí una máquina que parecía bastante pesada.

—Este es mi proyector particular —dijo el señor Giddens con satisfacción—. Es casi una reliquia, pero lo mantengo operativo y funciona aceptablemente bien.

—Nunca antes había visto uno de estos —confesé sin avergonzarme.

—Es el artefacto más glorioso jamás inventado por el hombre —subrayó él con inquebrantable convicción.

Aquello evidenciaba sin ninguna duda que el anticuario no mentía cuando decía que su gran pasión era el cine. A pesar de que antes me había hablado con notable interés de música, de la ópera y de Maria Callas, ahora sí que había verdadera fuerza y sentimiento en cada una de sus palabras. Resultaba apasionante escucharlo y era casi imposible no contagiarse de su entusiasmo y sentir deseos de ver una película, la que fuera, allí mismo y en aquel momento.

—Necesito que, aparte de ordenar las latas de celuloide, coloques el proyector enfocado a una

de estas paredes, que pintes de blanco esa pared y me ayudes a montar el equipo de sonido. Es simple, pero me vendrá muy bien la ayuda de un buen par de manos jóvenes y fuertes. Además, me gustaría bajar aquí un par de sillones o sillas cómodas que me permitan disfrutar del visionado de mis películas.

—Perdone la indiscreción de nuevo, pero ¿cómo ha conseguido usted todo esto? Me imagino que no será sencillo hacerse con una copia de una película, ¿no? Al fin y al cabo, usted no regenta un cine, ¿verdad?

—Efectivamente, William. Estas copias son para uso privado, y las adquirí sin ningún ánimo de lucro —respondió el señor Giddens—. La verdad es que tengo la suerte de tener varios conocidos en Hollywood que me procuran, siempre que pueden, aunque por un precio bastante elevado he de decir, algunas de las películas que yo les indico. Generalmente son copias antiguas. Es decir, no tengo cintas demasiado actuales ni estrenos. Esos todavía los sigo viendo en el cine, donde gasto mi dinero con la mayor de las satisfacciones. De hecho, creo que puedo decir que el cine es mi único vicio, si quieres llamarlo de esa forma.

—Entiendo.

—Esa misma gente, esos eficientes conocidos hollywoodienses, son los mismos que también me ayudan a conseguir ciertos objetos de coleccionista para mi tienda, con lo que mi beneficio es doble cuando acudo a ellos —terminó de explicarme el anticuario.

Yo estaba realmente entusiasmado con cada cosa que había descubierto en aquella casa aquella tarde, y mi rostro debía reflejar como un libro abierto todas y cada una de estas emociones de asombro e interés.

—Bueno, William, ¿aceptas el trabajo? —preguntó finalmente el señor Giddens, sabiendo de sobra cuál sería mi respuesta.

—Por supuesto —dije con convicción—. Será un reto realizar tantas tareas en tan poco tiempo, pero intentaré ayudarle al máximo a que su tienda esté funcionando lo antes posible. Y también a que su sala de cine particular esté operativa para su disfrute a la mayor brevedad.

—Muchas gracias, William. De veras que me alegra mucho oírte decir eso.

Entonces mi anfitrión alargó su mano derecha y yo se la estreché, sellando así nuestro acuerdo de caballeros. La presión que el anticuario ejerció al darme la mano fue normal, aunque la temperatura que noté en su extremidad al tocarla fue muy fría. El señor Giddens se dio cuenta enseguida de esto. Pensé que quizás se sintió un poco incómodo por aquello, como cuando uno le da la mano a otra persona y está sudada, por lo desagradable que puede resultar eso para la otra parte. Sin embargo, para mí la baja temperatura de sus manos era comprensible al tratarse de una persona mayor, y no me resultó en absoluto molesto. Aun así, su sentido de la corrección le hizo soltar mi mano rápido y empezar a hablar para disipar cuanto antes lo que él entendió como un momento algo incómodo.

—Te prometo, además, que aquí podrías tener trabajo para todo el verano, si tú quieres. Un ayudante para la tienda me vendría muy bien; para llevar el inventario, ordenar ciertas cosas y mantener mis reliquias limpias y en buen estado. No te aseguro un gran sueldo, pero sí aprenderías muchas historias interesantes, y esta segunda parte del trabajo sería mucho menos dura e intensa que la primera. Incluso te dejaría ver algunas de mis películas, ya que me has dicho que te gusta el cine; de hecho, te dejaría ver todas las que quisieras —concluyó con dulzura el anticuario, con ese cinéfilo caramelo final que pretendía poner la guinda al suculento pastel que sabía me estaba ofreciendo—. ¿Qué te parece la idea?

Mi ojo sano se abrió de par en par al escuchar aquello. Lo que al principio de la tarde pensaba

que sería un trabajo temporal y esporádico, como casi todos los que solía hacer, se había transformado de repente en una opción estable y a largo plazo. Todo el verano. Guau. Pensé que el dinero me iba a venir muy bien y, por el momento, lo que había visto me gustaba y me parecía interesante, así que la oportunidad de cerrar un trabajo en esas condiciones para todo el verano me pareció muy atractiva entonces. Al fin y al cabo, tampoco iba a tener nada mejor que hacer en los ratos en los que no estuviera con mis amigos o dedicándome a mis actividades de ocio. Quizás tendría que prescindir de la liga estival de béisbol juvenil o de alguna jornada en la playa, pero no me podía creer que aquel hombre, sin conocerme de nada –salvo por nuestros dos breves encuentros– ni saber cómo de bien (o mal) yo trabajaba pudiera confiar tanto en mí como para ofrecerme aquello. Me sentía muy halagado.

—Me encantaría —exclamé casi babeando por la excitación.

—Pues entonces tenemos un trato, muchacho —afirmó el señor Giddens con tono satisfactorio —. Creo que por hoy hemos terminado. Te acompañaré a la puerta.

Mientras subíamos las escaleras para abandonar el sótano, no podía dejar de pensar en la suerte que había tenido al conocer a ese peculiar señor. Estaba seguro de que iba a aprender y a disfrutar mucho trabajando con él. Pero aún me preguntaba por qué habría elegido mi ciudad para establecerse.

—¿Cómo eligió usted Fortress Flint como siguiente ciudad para montar su negocio? ¿Por qué ha venido aquí y no a otra población del entorno? Pienso que Pinkerton o Stars Hollow son quizás poblaciones más grandes e interesantes para un negocio como el suyo —sugerí, al llegar al final de las escaleras, sin darle mucha importancia y sin darme cuenta de que quizás estaba dando demasiadas pistas a alguien que podía moverse con relativa facilidad y dejar de ser mi cliente antes siquiera de pagarme un solo dólar.

El anticuario tardó un poco en contestarme, como si hubiera tenido que meditar su respuesta.

—En realidad, elegí Fortress Flint por un tema familiar. Me enteré de que un pariente muy lejano vivía aquí y eso fue lo que terminó de decidirme a venir.

—¡Ah! —exclamé con asombro—. Y, ¿cómo se llama su pariente? Quizás yo lo conozca.

—No lo creo; pero tampoco importa, así que no te preocupes —zanjó de manera brusca mi anfitrión con un cambio de actitud que apagó de golpe la extrema amabilidad y cándida verborrea mostrada hasta ese momento. Y terminó de abrir la puerta de la casa para permitirme salir—. Nos vemos el viernes, William.

—Sí, claro —contesté sin pensar más en el pariente del señor Giddens—. Vendré por la tarde, a primera hora. Es el último día del curso y no puedo faltar a clase. Pero le prometo venir descansado y con grandes ánimos para afrontar el trabajo.

—No dudo que así será terminó el anticuario esbozando de nuevo su singular sonrisa.

Cuando salí al porche, ya había oscurecido. El señor Giddens, que permaneció en la puerta pero dentro de la casa, no tuvo que usar entonces sus gafas oscuras para proteger sus ojos de la escasa luminosidad externa.

Al echar una breve mirada hacia el exterior de la propiedad, me dio la sensación de que aquel barrio se había vuelto más siniestro que cuando había llegado un rato antes, y la sonrisa con la que me disponía a abandonar la casa del señor Giddens debida a la satisfacción de nuestro encuentro se borró de un plumazo de mi cara. No había nadie por la calle y casi no se escuchaba ningún ruido. Al mirar a mi derecha, vi la casa del porche rosa y recordé el cadáver mencionado por mis amigos que hacía muy pocos días había aparecido allí, justo a unos pasos de donde yo me encontraba en ese momento. Y un escalofrío recorrió mi espalda.

—Por cierto, ¿me permite que le haga una observación, señor Giddens? —dije girándome de nuevo para volver a mirar a mi ya nuevo cliente.

—Por supuesto.

—No puedo hablarle mucho de la zona que ha escogido, porque no suelo moverme por aquí, pero debe saber que no es la más segura de la ciudad. De hecho, quizás se haya enterado de que hace poco mataron al propietario de una de las casas de la zona; precisamente justo ahí, en la casa del porche pintado de rosa que queda a la izquierda de la suya —concluí haciendo un gesto con la cabeza hacia el lugar al que me estaba refiriendo.

—Sí, lo sé —reconoció el anciano—, un suceso terrible. Y te agradezco que te preocupes por mí y por mi negocio, pero esto era lo mejor que me podía permitir. Y, al fin y al cabo, está al principio del barrio, muy cerca de Oak Square, que según me informaron es un sitio muy popular, con mucha actividad, lo que puede venirme muy bien para mi negocio. En realidad, no necesito mucho más. —Y terminó con unas palabras que intentaron tranquilizarme definitivamente—. Además, puedo decirte con seguridad que, desde que llegué, no me he sentido en peligro en ningún momento y los pocos vecinos a los que he tenido la suerte de conocer por ahora me han parecido gente estupenda. Ellos fueron, de hecho, los que te recomendaron para el trabajo.

Eso fue raro. En aquel momento no lograba recordar haber hecho ningún trabajo por aquella zona. Pero supuse que el boca a boca se extendía rápido en una ciudad relativamente pequeña como Fortress Flint y que por eso mucha gente me conocía y sabía que me dedicaba a hacer ese tipo de trabajos.

—Como te digo, desde que llegué, todo me ha ido sobre ruedas —volvió a insistir el anticuario.

—Y, ¿cuándo llegó usted a Fortress Flint exactamente? —pregunté con curiosidad por inercia tras la última frase del señor Giddens.

En ese instante no di ninguna importancia a lo que aquel maduro comerciante de singulares antigüedades me dijo, al igual que mi pregunta tampoco tenía ninguna intención y era tan banal como parecía, pero más adelante, y según los acontecimientos que sucedieron, pensaría mucho en la respuesta que me dio el señor Giddens entonces.

—Llegué el pasado viernes. Por la mañana.

# Malas calles

La semana había sido muy dura. Contando la tarde del viernes anterior, en la que empecé los trabajos en casa del señor Giddens, llevaba ya ocho días trabajando intensamente (incluso el domingo) en adaptar la vivienda, sobre todo el salón principal de la misma, para que sirviera a los propósitos comerciales del anticuario.

Había empezado por dejar la estancia lo más vacía de cosas que había podido y por cambiar el papel de las paredes por uno más a gusto del nuevo propietario; aunque a mí no me pareció un gran cambio en cuanto a estilo, lo cierto es que se veía más limpio y menos gastado.

Lo más complejo de aquella semana habían sido las labores de carpintería. Había conseguido montar, siguiendo las precisas instrucciones del señor Giddens, una especie de mostrador de longitud casi igual a la de la pared más larga del salón. Dicho mostrador dividía el salón en dos partes, quedando una de ellas –la que daba directamente a la entrada de la vivienda– tres veces mayor que la otra. Y no solo lo monté, sino que también lo lijé y lo barnicé, dándole un acabado semiprofesional que a simple vista no desentonaba en absoluto con el resto de muebles. He de decir que al acabar con él me sentí bastante orgulloso de mi trabajo; tanto que no dudé en contar todos los detalles del mismo a mi madre y a mis amigos en la primera ocasión que tuve. Para acabar con la carpintería, también me encargué de ensamblar dos grandes estanterías en las que más tarde se colocaron ordenadas algunas de las reliquias más vistosas de mi cliente, y varias pequeñas vitrinas de cristal diseminadas aquí y allá por toda la estancia.

Asimismo, una de las primeras cosas que hice en aquella casa fue reemplazar todas las lámparas, grandes, medianas y pequeñas, de techo y de pared, por la misma especie de pantallas protectoras que en mi primera visita había visto en el sótano cubriendo la bombilla central que lo iluminaba. Ahora, cuando oscurecía y se encendían las luces del interior, toda la casa permanecía un poco en penumbra aunque bastante iluminada como para que uno pudiera moverse con soltura y realizar cualquier tarea sin dificultad. De hecho, debo confesar que el tono crema pálido de la luz interior originada por esas pantallas resultaba en verdad agradable; casi relajante. Y, además, de esa forma el señor Giddens no tenía que cubrir sus clarísimos ojos con sus gafas de sol en ningún momento, fuera día o noche, cuando estaba dentro del que ahora era su hogar.

Había ayudado al anticuario a ordenar sus pertenencias a lo largo y ancho de la casa y había intentado colaborar con ahínco en la colocación estética de algunos de los objetos que él pretendía exponer en la sala/tienda, aunque en muchas ocasiones mi ignorancia respecto al origen real e importancia de cada objeto restaba valor a mi criterio, con la pura estética y mi subjetivo gusto como único juicio. Aún con todo, creo que mi predisposición a ayudar de manera proactiva fue aceptada de muy buen grado por mi cliente.

Por último, durante aquella intensa semana había limpiado, relimpiado y vuelto a limpiar –con extremo cuidado, por supuesto– todos los objetos de la colección del señor Giddens que él me iba indicando, así como algunos rincones de la vivienda que parecían no haber visto nunca un trapo o una fregona. Para mí, este era uno de los trabajos más tediosos de hacer y trataba siempre de retrasarlo lo máximo posible, como si por el hecho de estar en el último lugar en mi lista de tareas pendientes fuera a desvanecerse por arte de magia en un momento u otro. Bajo mi punto

de vista, y sin duda influido por mi desagrado hacia estas tareas de limpieza, consideraba que un poco de polvo añadía un toque de veracidad y *qualité* a las antigüedades que el señor Giddens intentaba vender para ganarse la vida; pero él no parecía estar nada de acuerdo con esa apreciación y se mostraba muy exigente con la pulcritud de las mismas. Pulcritud que, por otra parte, él mismo seguía exhibiendo en todo momento en su propio aspecto, donde hasta su olor –cuidado con una suave pero apreciable colonia– era siempre agradable a la vez que distinguido (claro, que él nunca realizaba trabajos que lo hicieran sudar; no al menos delante de mí).

Mientras yo hacía la mayor parte del trabajo, el señor Giddens me daba precisas instrucciones, como si se creyera un capataz o jefe de obra; algo que, aunque pudiera parecerme un poco cargante, terminé agradeciendo mucho ya que así me aseguraba de que todos mis esfuerzos iban siempre a producir con exactitud los resultados que mi cliente esperaba. De esa forma, la gestión de sus expectativas era perfecta.

A esas alturas, y después de todo el intenso esfuerzo realizado, podía sentirme orgulloso de haber conseguido que todo mi trabajo fuera más que aceptable; notable, tal y como el señor Giddens se había encargado de repetirme en numerosas ocasiones a lo largo de la semana conforme iba terminando las distintas tareas. La satisfacción de mi cliente era plena y la mía, por extensión, también.

Era viernes, 23 de junio, y alrededor de las cinco de la tarde yo estaba barriendo la estancia principal. En principio, cuando acabara de hacerlo, la tienda del señor Giddens estaría perfectamente lista para abrir sus puertas al gran público. Mis músculos estaban muy cansados, pero mi mente se sentía feliz y satisfecha por el logro conseguido. El señor Giddens iba a poder abrir su tienda a la mañana siguiente, sábado, tal y como él había querido desde un principio.

—He de reconocerlo —dijo el señor Giddens a mi espalda, apareciendo casi de la nada.

—¿Sí, señor Giddens? —repliqué como un bobo y un poco sobresaltado volviendo la cabeza hacia mi patrón.

—Realmente has hecho un trabajo excelente, muchacho —sentenció mientras miraba en derredor con gesto de aprobación—. A pesar de que nunca dudé de ti y tu buen hacer, ha habido un par de momentos esta última semana en los que sentí que iba a costarte mucho llegar con éxito a este final, o mejor, dicho, a este «punto y seguido». Pero siempre confié en ti, y debo decir que no me has decepcionado en absoluto. ¡Enhorabuena, William!

Las palabras de aquel hombre me reconfortaron de tal modo que lograron que me olvidara del profundo agotamiento que sentía mi desgastado físico.

Por el comentario que hizo respecto a los puntos críticos de aquella semana, supuse que se refería a dos momentos puntuales que habían sido particularmente difíciles. El primero fue durante el montaje del mostrador que ahora dividía el salón en dos partes. Lo cierto es que me había costado más de lo previsto y con aquella tarea me había vuelto a demostrar a mí mismo que la carpintería era quizás lo que peor se me daba de entre todos los trabajos caseros que solía hacer. Tardé casi el doble de lo previsto en acabar aquella parte, pero con algo de suerte y bastante tesón logré más tarde, durante la realización de otras actividades, recuperar el tiempo en exceso empleado en el montaje del mostrador. El segundo momento complicado fue un pequeño percance que había sufrido cuando un poco de cola cayó en mi ojo, provocando que tuviera que dejar el trabajo hasta el día siguiente. Por suerte, ese evento había sucedido casi al final de la jornada y Abe había sido muy amable de acercarse a Oak Square y acompañarme desde allí a mi casa, ya que mi visión en aquel momento era casi nula. Gracias a los cuidados de mi madre, que se asustó bastante –y se preocupó concienzudamente de hacérmelo saber durante toda la noche–,

a la mañana siguiente ya me encontraba en perfecto estado para retomar mis tareas sin mayores consecuencias ni retrasos.

—Muchas gracias, señor Giddens. Solo trato de hacer mi trabajo de la forma más honesta y eficiente posible. Para mí es muy importante que usted sienta que está pagando exactamente por lo que desea tener, y por nada menos.

—Bien dicho —exclamó—. Esa es, desde luego, una excelente filosofía de trabajo. No deberías olvidarla nunca.

—No lo haré, señor —aseguré con satisfacción soltando la escoba tras haber finalizado la limpieza del suelo.

Entonces, el señor Giddens dijo algo inesperado.

—William, gracias a tu esfuerzo y tu trabajo mañana podré abrir mi tienda al público, y eso me hace muy feliz. No sé qué opinarás tú, pero yo creo que esto habría que celebrarlo. Y, dado que es relativamente temprano y la primera fase de tu trabajo está terminada por completo, no se me ocurre nada mejor que ir a un sitio a relajarnos y despejar nuestras mentes. ¿Te apetecería ir al cine?

La pregunta me sorprendió tanto que no recuerdo haber llegado a responder.

—¿Sabes quién es James Bond? —me preguntó el anticuario.

—Ajá —dije con mueca bobalicona.

¿Cómo no iba a saberlo?, pensé. James Bond era muy popular.

—¿Has visto alguna de sus películas?

—Sí. Un par de ellas, creo —contesté tras pensarlo un instante.

—¿Y te gustaron?

Por supuesto que me habían gustado. James Bond era un personaje alucinante, sobre todo para un impresionable adolescente como yo. El agente secreto más famoso de todos los tiempos, siempre viviendo aventuras fantásticas, seduciendo a las chicas más hermosas y luchando de manera victoriosa contra carismáticos y perversos villanos. A pesar de que parte del contenido de aquellas películas podía considerarse no apropiado para jóvenes, yo no era demasiado consciente de ello y me quedaba con la parte de aventuras, acción, *gadgets* y chulería del espía británico. Vamos, que me habían encantado las dos películas que había visto de él. ¿A quién no? En ese instante no recordaba bien sus nombres porque, hasta aquel momento, el cine no era para mí sino un divertimento ocasional, intrascendente y secundario, por lo que no dedicaba ningún espacio de mi cerebro a almacenar datos que yo consideraba inútiles sobre títulos, actores y actrices, directores y demás. Ni siquiera recordaba, o sabía, que el famoso actor que había interpretado al agente secreto en exclusiva hasta la fecha se llamaba Sean Connery. Pero sí recordaba con precisión que en una de las dos películas del personaje que había visto salía una muchacha con el cuerpo completamente cubierto con pintura de oro, en una imagen que creo marcó a muchos jóvenes de mi generación, y que la otra tenía muchas escenas rodadas debajo del agua. ***Goldfinger*** y ***Operación Trueno***. Ahora creo que nunca podría olvidar sus títulos, pero en aquel momento en el que el señor Giddens me preguntó sobre mi opinión acerca de las cintas de James Bond, no hice el más mínimo intento de rescatarlos de mi memoria. De cualquier forma, y a pesar de mi entusiasmo interno por el personaje, en lugar de mostrar mi interés ni decir nada de lo que se me pasó en aquel instante por la cabeza, simplemente asentí con la misma, entre atolondrado y excitado por la sorpresa que aquella inesperada invitación me había provocado.

—Bien, pues a las seis hay una sesión en el Royal de la última película de James Bond, ***Solo se vive dos veces***. ¿Te gustaría acompañarme a verla?

Tardé un par de segundos en contestar.

—Pero... aún tengo que repartir los panfletos publicitarios de su tienda —apunté refiriéndome a unas octavillas que el señor Giddens había diseñado e impreso para dar a conocer la apertura de su establecimiento y que yo me había comprometido a repartir por la ciudad para que, al día siguiente, la inauguración fuera lo más popular y exitosa posible—. Había pensado dedicar el resto de la tarde a esa tarea. Incluso había quedado con mis amigos para que me ayudaran.

Aunque en aquel momento no estaba seguro de si me apetecía realmente ir al cine con aquel septuagenario, tampoco es que me repugnara la idea. Y a pesar de que aquellas palabras que yo acababa de pronunciar bien podían sonar a excusa para evitar aceptar su invitación, la verdad es que no lo eran; solo eran fruto de mi sentido de la responsabilidad respecto a lo inicialmente pactado con mi cliente.

—No debes preocuparte por eso. Si de verdad eso es un problema para que aceptes mi invitación, te libero de esa tarea por esta tarde —dijo el anticuario fijando en mí sus clarísimos ojos verde agua—. Podrás hacerme publicidad con los panfletos mañana mismo por la mañana. Tampoco pretendo vender todo el *stock* de mi tienda el día de mi apertura —concluyó con una de sus sutiles sonrisas, dando a entender que, obviamente, no esperaba una avalancha de gente el primer día, tanto si yo repartía los panfletos como si no lo hacía.

El hecho de ver que mi cliente insistía en que lo acompañara al cine a ver la nueva aventura cinematográfica de James Bond por encima de terminar parte del trabajo acordado me demostró su sincero interés en recompensarme, de forma extra, con el detalle del cine por mi esforzado trabajo de aquella semana. Y eso fue lo que terminó de convencerme para animarme a aceptar su invitación. Ahora ya sí que tenía ganas de ver aquella película esa tarde.

—Está bien. Le haré caso. Acepto su invitación. Será un placer acompañarlo al cine esta tarde; y más si es a ver una película de James Bond —dije sonriendo—, pero déjeme usar su teléfono para llamar a mis amigos y que podamos rehacer nuestros planes, ¿de acuerdo?

—Estupendo. De verdad que le haces un gran favor a este viejo aficionado al séptimo arte al regalarle tu agradable compañía durante una tarde cinematográfica. Y por supuesto que puedes usar mi teléfono para quedar con tus amigos después del cine —sugirió el señor Giddens.

Y así lo hice. La noticia sorprendió un poco a mis dos amigos, del mismo modo que me había sorprendido antes a mí. Penny me comentó, entre extrañada y alegrada, que el señor Giddens debía tenerme en gran estima si me había propuesto acompañarlo a una actividad de ocio que, a todas luces, quedaba fuera de nuestra relación profesional. Pensaba, al igual que yo, que el anticuario de verdad debía apreciar mi compañía. Abe, por su parte, se alegró más por no tener que ayudarme a repartir los panfletos aquella tarde que por la invitación que yo había recibido para ir al cine y lo que significaba en cuanto a lo buena que hacía mi relación con mi cliente. En cualquier caso, quedé con ambos sobre las nueve, en Oak Square, después de que acompañara de vuelta a su casa al señor Giddens.

El anticuario aprovechó mis llamadas telefónicas para terminar de arreglarse y colocarse todos sus complementos. Resultaba curioso observar el ritual que llevaba a cabo justo antes de salir de la casa.

Siempre empezaba por ir al cuarto de baño, entendía yo que a vaciar su vejiga para no tener ninguna necesidad de hacerlo en algún local público de la calle, aunque a veces ni siquiera oía el característico rugido de las cataratas de la cisterna cuando terminaba y lo abandonaba. Luego, cambiaba su señorial bata burdeos por una chaqueta a juego con los pantalones que llevara puestos en ese instante, quedando siempre conjuntado de forma impecable. A continuación se

colocaba sus guantes despacio, asegurándose de que estos encajaran en sus manos tan ajustados que parecieran una segunda piel. Se ponía su sombrero negro de ala ancha, introduciendo los picos de sus grandes orejas por dentro del mismo, cogía el bastón coronado por la cabeza de zorro dorada, el cual no parecía necesitar nada más que cuando salía de casa –lo que reforzaba en mí la idea de que era más un adorno que una ayuda a su caminar–, y terminaba poniéndose sus gafas oscuras justo al tiempo que abría la puerta de entrada para disponerse a salir de la vivienda.

Y todo esto lo hacía de igual manera tanto si se trataba de salir para ir al tendero del barrio como si lo que pretendía era dar un paseo, largo o corto, o simplemente comprar la prensa diaria y recoger el correo.

Cuando salimos a la calle aquella tarde la temperatura era elevada y no corría ni una leve brisa que apaciguara un poco la alta sensación térmica del entorno. Sin embargo, aquello no parecía importar ni incomodar en absoluto al señor Giddens, perfectamente trajeado, incluso con guantes, y con una clara piel mate en la que no se apreciaba nunca ningún atisbo de transpiración. Eso, de hecho, era habitual en él. En los días que llevaba a su lado me había fijado que siempre solía estar bastante tapado, independientemente de la temperatura que hiciera. Yo suponía que se debía a que su viejo sistema circulatorio ya no funcionaría tan bien como debiera. Recordaba el momento en que había estrechado su mano el día de mi primera visita a su casa y lo fría que había notado su piel. De ahí que ya no me sorprendiera verlo siempre bastante más abrigado de lo que habría sido recomendable para cualquier persona en aquel cálido verano. No me imaginaba lo que tendría que hacer aquel hombre para sobrellevar el frío del crudo invierno que cada año teníamos que soportar en Fortress Flint. Pensé que, quizás, en esa fría época del año, el señor Giddens trataría de no salir a la calle más que lo imprescindible y que, cuando lo hiciera, llevaría puestas más capas que una cebolla.

Recuerdo que, nada más atravesar la valla de la propiedad, y sin mediar palabra, el señor Giddens se pegó a mi costado y asió mi brazo, agarrándose a él con su mano izquierda, mientras que en la derecha sostenía su bastón. A pesar de que nunca hasta ese momento habíamos caminado juntos por la calle, su maniobra no me resultó extraña, por más que yo sentía que el anticuario no necesitaba mi apoyo –ni el de su bastón– para caminar sin problemas. Sin embargo, aquel gesto de complicidad lo acercó a mí y supongo que a él le sirvió para mantener la proyección al exterior de la imagen de vulnerabilidad que creo pretendía exhibir. Debido a nuestra diferencia de altura, aquella postura conjunta no debía resultar muy cómoda para mi acompañante –ya que lo obligaba a llevar su brazo algo elevado–, pero ninguno de los dos mencionó nada al respecto y continuamos todo el camino con total naturalidad.

El señor Giddens caminaba despacio, pero pisaba con fuerza. Era curioso verlo andar, ya que parecía más un militar haciendo instrucción que un hombre mayor oxidado con lánguido caminar, que era quizás lo que uno esperaría por su aspecto.

En aquella época había dos cines en activo en Fortress Flint. Por un lado estaba el Royal, que era al que nos dirigíamos aquella tarde. Tenía tres salas y normalmente en él se proyectaban estrenos, aunque de cuando en cuando una de sus salas se usaba para reposiciones de clásicos. El otro cine de la ciudad no recuerdo que tuviera un nombre; al menos no uno formal ni publicitado. Se le conocía popularmente por El Rincón de Pete, ya que era propiedad de Pete Appleton. Pete Appleton, nada que ver con el jugador de béisbol de Conneticut, era un hombre muy conocido en la comunidad de Fortress Flint por ser el dueño de todas las guarderías de la ciudad. Reconocido públicamente como un amante de los niños, en la única sala de su cine solamente se proyectaban películas dirigidas a un público infantil o juvenil, y cine muy orientado a las familias. Yo solía ir

al Royal, que era para mí más variado y excitante; cómo no, yo me creía entonces un «casi adulto», maduro y molón, y debía mantener ese convencimiento con acciones coherentes.

No habíamos andado más que un par de manzanas cuando unos fuertes gritos y sonidos de cristales rotos nos sobresaltaron a ambos, haciendo que nos detuviéramos al unísono, expectantes.

—¡Suéltame, tarado imbécil! —profería por encima de todos los otros ruidos una desgarrada voz a pocos pasos de nosotros.

Los gritos provenían de un bar que se encontraba unos pasos por delante de donde estábamos; y la garganta que los profería con dificultad pero violenta furia era la de su propietario, el señor Barbara. Francis Barbara era uno de los pocos hombres afroamericanos de Fortress Flint que regentaba su propio bar. Muy próximo a Sally's Oak, era un local frecuentado en su mayoría por gente de color, aunque aquello no respondía a ninguna restricción racial por parte de su propietario; al menos, que yo supiera.

Empezamos a andar de nuevo, muy despacio, acercándonos con la misma curiosidad que cautela a la puerta del local. En ese momento, los gritos de Francis Barbara, que sonaban cada vez más ahogados, parecía que fueran a apagarse del todo. La imagen que contemplamos allí era dantesca.

El señor Barbara estaba suspendido en el aire, al menos seis pulgadas sobre el suelo, apoyado contra una de las paredes del local y sujeto por el cuello por la vigorosa mano del corpulento Elmer Ebony. Alrededor de Elmer había cuatro hombres que intentaban llegar a la mano de este para librar a Francis Barbara de su inminente asfixia. Elmer no hacía nada contra aquellos hombres, salvo no dejarlos alcanzar su objetivo. Los forcejeos e improperios de aquellos cuatro ciudadanos no parecían surtir ningún efecto sobre el robusto cuerpo del agresor.

El suelo estaba cubierto de cristales, probablemente de vasos y botellas que se habrían caído de las mesas y la barra durante el incidente. El resto de personas del local miraban perplejas el espectáculo.

Antes de que yo pudiera siquiera reaccionar a lo que mi ojo sano estaba viendo, el señor Giddens apretó su mano en mi brazo, llamando mi atención y, cuando giré mi cara para ver qué quería, simplemente movió su bastón señalándome algo que yo hasta entonces no había visto.

Acurrucada en una esquina, muy cerca de la gran pelea, había una joven, con las manos tapando su rostro y el cuerpo convulso por lo que supuse era un miedo atroz. Aunque su cara estaba cubierta, no tuve ninguna duda de quién se trataba. Aquella asustada joven era Rosamund, la hija adolescente de Francis Barbara, que no quería ver cómo mataban a su padre delante de sus propios ojos.

Por fin, uno de los cuatro hombres que trataban de liberar al señor Barbara de Elmer Ebony se apartó un poco de aquella masa retorcida que se movía irregularmente en conjunto y sobre la que sobresalía el rostro cada vez más deforme de Francis Barbara, y agarró una de las sillas de madera que decoraban el local. La sujetó con fuerza con las dos manos y, tras coger algo de impulso, la estampó contra la espalda de Elmer un segundo después de avisar a los otros tres hombres de su inminente acción con un grito ensordecedor. La silla se rompió en varios pedazos, pero Elmer casi no se inmutó. Sin embargo, aquello dio alas a los otros tres hombres, que hicieron una operación similar a la que acaba de ejecutar su atrevido compañero.

Al tercer golpe –y tercera silla rota– Elmer cedió y Francis Barbara volvió a posar sus pies en el suelo. El cuarto golpe hizo que Elmer soltara a su presa y cayera a cuatro patas, apoyando sus

manos contra el suelo, momento que tres de aquellos hombres aprovecharon para empezar a patear los costados del hombretón abatido mientras el cuarto atendía al maltrecho señor Barbara.

Justo entonces alguien me empujó con fuerza desde fuera al intentar acceder con prisa al interior del local. Por suerte, no perdí el equilibrio ni tampoco trasladé el empujón al señor Giddens. La persona que entró corriendo en el local del señor Barbara era Johnny Ebony, el hermano pequeño de Elmer.

Johnny trató de apartar a los tres hombres que ahora pateaban a su hermano por todo el cuerpo, y solo lo consiguió cuando un enrojecido Francis Barbara les dijo con la voz cascada por el esfuerzo:

—Dejadlo ya para que su hermano pueda llevarse de una vez de aquí a ese estúpido tarado. ¡Y que no vuelva nunca!

—Se lo prometo, señor Barbara. Mi hermano no volverá a poner los pies en su bar —dijo un asustado y nervioso Johnny mientras ayudaba a su ensangrentado hermano a levantarse del suelo.

—Te lo juro, Johnny —volvió a insistir el señor Barbara, intentando recuperar su voz normal con bastante dificultad—, como el retrasado de tu hermano vuelva a acercarse a mi hija, la próxima vez no saldrá vivo.

Mientras Elmer y Johnny Ebony, agarrados, caminaban penosamente hacia la puerta del local, todos los presentes los miraban cuchicheando.

Francis Barbara se acercó a su hija, a la que ahora que había menos ruido se la podía oír sollozar, y la consoló en silencio por el disgusto sufrido. Y poco a poco todo el ambiente fue volviendo a la normalidad.

Cuando la pareja de hermanos pasó delante de nosotros al salir, la mirada de Elmer se cruzó con la mía.

—Will, hola, Will —dijo Elmer alegremente cambiando el semblante como si algo en su cabeza hubiera estallado y reseteado su mente.

Elmer repetía el nombre de la persona a la que se estuviera dirigiendo al principio y al final de cada frase que decía. A mí me conocía desde pequeño, aunque no podría decir que tuviéramos ningún tipo de relación. Más bien solo nos saludábamos al vernos, y alguna vez habíamos hablado. Supongo que él me admiraba y compadecía a partes iguales, como buena parte de la población de Fortress Flint, por el incidente del incendio en el que salvé a mi madre y perdí mi ojo, pero nada más.

—Hola, Elmer. ¿Te encuentras bien? —repliqué por educación.

—Will, espléndidamente, Will —dijo con una sonrisa ensangrentada mientras su hermano tiraba de él—. Will, hasta luego, Will.

Johnny no dijo nada. Ni siquiera nos miró. El bochorno indefendible al que su singular hermano lo sometía a veces hubiera puesto a prueba hasta al mismísimo Santo Job, por lo que no lo culpé en absoluto por ignorarnos.

—Adiós, Elmer. Hasta luego —terminé yo al tiempo que los seguía con la mirada al alejarse del lugar.

Elmer Ebony era un tipo muy grande, de unos treinta y pocos. Su altura era un palmo mayor que la mía y en anchura debía ocupar más de dos «yos». No se hubiera podido culpar a nadie por calificarlo como un gigante. En alguna ocasión había tenido la oportunidad de contemplar su extraordinaria fuerza y me había parecido increíble. Su trato era generalmente amable y afable, pero también lo había visto enfadado un par de veces y había conseguido asustarme bastante; como aquella misma tarde, en la que había faltado muy poco para que acabara con la vida del

señor Barbara. Era como una especie de enorme oso humano con la personalidad dual del Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

Elmer debía ser de los pocos blancos que yo había visto entrar varias veces en el local del señor Barbara. Era más que probable que solo lo hiciera porque le gustaba la hija de este, Rosamund, que ayudaba a su padre detrás de la barra. Todos en la ciudad, incluido Elmer, la llamaban Rosie B.

Todo el mundo conocía los gustos de Elmer por las jóvenes afroamericanas, en eso era transparente como el agua. Pero justo eso también hacía que no se ganara la simpatía de muchos de los ciudadanos de Fortress Flint, que no veían en su peculiar condición justificación suficiente para un comportamiento tan radical (para la época), a pesar de que, hasta el momento, sus escarceos y aficiones amorosas habían sido siempre del todo inocentes, que se supiera. Los que no lo odiaban o no sentían repulsión por él, que eran los menos, exteriorizaban una impostada actitud de lástima hacia Elmer que no le hacía ningún bien ni a él ni a su hermano. Nadie, salvo quizás un puñado de personas en toda la ciudad, lo trataba de verdad como a un ciudadano más, como a una persona normal; y supongo que eso lo hacía aún más singular.

—Curioso personaje —exclamó el señor Giddens cuando la pareja de los Ebony se encontraba ya lo bastante lejos como para no oírlo.

—Tiene razón, señor Giddens. Aunque en el fondo, no creo que Elmer Ebony sea tan distinto de muchos de nosotros —repliqué con una madurez en absoluto premeditada.

Sin sospechar que aquella no sería la única pelea que contemplaría aquel día, comenzamos a caminar de nuevo poniendo rumbo al Royal.

—Es un poco especial, ¿verdad? —añadió el señor Giddens con delicadeza pero subrayando con su tono la palabra «especial».

—Bueno, creo que Elmer no es lo que popularmente vendría a llamarse un retrasado —respondí de forma directa con un término algo grosero, pero no con intención peyorativa—, aunque muchos lo tachen de tal. Me refiero a que no es un deficiente mental al uso. Su… —tardé un poco en encontrar el término adecuado— distorsión mental no es profunda. Es solo quizás… un poco más lento que una persona normal.

—Y el otro joven que lo ha ayudado es su hermano, ¿cierto? —siguió indagando el anticuario.

—Efectivamente. Johnny es su hermano menor. Sus padres murieron en un accidente de coche hace algunos años y como Elmer es tan… especial, necesita ciertos cuidados… pues eso, especiales. Ese es el motivo por el que Johnny nunca fue a Vietnam. Está exento por tener que cuidar de Elmer, ya que es la única familia viva que tiene y no dispone de fondos para internarlo en ningún lugar donde pudiera recibir la atención que necesita. No entiendo cómo hay algunos en Fortress Flint que aún critican a Johnny por ello. En fin… Elmer hace algunos trabajos de jardinería de forma esporádica por la ciudad; ya sabe, por aquí y por allí, para sacarse un poco de dinero, pero con eso no creo que aporte mucho a la economía familiar, aunque supongo que esa actividad lo mantiene ocupado y eso es siempre mejor que nada.

Hubo un silencio en el que el señor Giddens parecía estar asimilando toda la información recibida, pensativo.

—¿Elmer siempre ha sido así?

—¿Se refiere a corpulento y fuerte? —dije sin pensarlo, haciendo un improvisado chiste inocente y en un tono más distendido del que solía usar con mi patrón.

El anticuario esbozó una de sus ya famosas apretadas sonrisas, pero esta vez me resultó algo forzada. Quizás mi comentario no fue de su agrado.

—Lo siento, estaba bromeando. No sé por qué lo he hecho —me apresuré a disculparme—. La verdad es que Elmer siempre ha sido diferente, y la historia que encierra la teoría de por qué Elmer salió así es tan singular como el propio Elmer.

Entonces, mientras seguíamos caminando pausada pero rítmicamente hacia el cine Royal, le relaté al señor Giddens la rocambolesca historia que todo el mundo en Fortress Flint contaba para explicar por qué Elmer Ebony era como era. Y lo hice tal y como yo la había escuchado tantas y tantas veces.

—Creo que todo ocurrió a mediados de los treinta, aquí mismo, en Fortress Flint. Una tarde de invierno, Madelaine Ebony había quedado con una amiga del trabajo, llamémosla Sarah, por ejemplo, porque no recuerdo su nombre. Iban a merendar y más tarde ir juntas al cine, como nosotros hoy. Madelaine estaba al final de su primer embarazo y las dos amigas estaban muy ilusionadas con el futuro bebé. Tomaron algo en un café y luego se dirigieron al cine. No sé por qué no llegaron a entrar, puede que la película hubiera empezado o a lo mejor Madelaine se sintió cansada y prefirió volver a casa. El caso es que ambas comenzaron a caminar de vuelta hacia sus hogares, los cuales se encontraban en el mismo barrio, muy cerca el uno del otro. Andaban deprisa, porque la oscuridad ya había cubierto la ciudad y el frío era intenso. Ninguna de las dos había observado a una oscura figura que se ocultaba en las sombras y que llevaba varias calles siguiéndolas. Sarah vivía en un pequeño apartamento en el ático de un edificio de tres plantas situado a una manzana de la casa de Madelaine. Al llegar a su portal, Sarah se despidió de Madelaine y entró en su edificio. Cuando la puerta del edificio se cerró y Madelaine se quedó sola en la mal iluminada calle, la figura que había venido siguiéndolas aprovechó entonces su oportunidad para acercarse deprisa a Madelaine, que casi no había logrado apartarse mucho del portal del edificio de su amiga, y la agarró del cuello por detrás, profiriéndole una severa amenaza mientras presionaba su costado con un objeto punzante. Su intención no era otra que el robo, aunque no parecía mostrar ningún escrúpulo en dañar a una embarazada si es que eso era necesario para lograr su propósito. En ese momento, un viejo camión giró en la esquina de la calle donde se encontraban, iluminando la violenta escena con sus dos faros. El agresor hizo que Madelaine se girara y lo mirara, a la vez que le susurraba que disimulara y actuara con naturalidad, tratando de que el conductor del camión no notara el atraco. Ahora, la navaja con la que Madelaine estaba siendo amenazaba, que permanecía escondida tras una especie de gabardina que el asaltante había colocado estratégicamente sobre su brazo para ocultarla, apuntaba directa a su abultada barriga. Cualquier grito o señal por parte de Madelaine acabaría con la navaja incrustada en su estómago. El camión volvía a su aparcamiento después de un duro y largo día de trabajo repartiendo pescado. Su conductor solo quería llegar a casa cuanto antes, así que se permitía el lujo de pisar el acelerador un poco más de la cuenta en ese último trayecto que le quedaba aquel día. Y entonces ocurrió algo inesperado para todos. El gastado neumático delantero derecho del camión estalló de manera fortuita cuando este se hallaba a unas cinco yardas de Madelaine y su agresor. El ruido fue como el de un disparo, pero en aquella calle aquel día nadie llevaba ningún arma de fuego. El camionero, sobresaltado, trató de controlar su vehículo, frenando con ambos pies y agarrando con fuerza el volante para evitar que se desviara y chocara contra algo. Sin embargo, el camión, empujado violentamente por su inercia y dirigido sin control por el neumático reventado, se salió de la calzada y cambió su rumbo exactamente hacia donde estaba Madelaine. El ladrón reaccionó rápido dando un salto hacia atrás para apartarse del lugar donde era seguro que se estrellaría aquel mastodonte de metal. Madelaine, aún aterrorizada por la situación con su agresor, giró levemente la cabeza y fue cegada por las

luces del descontrolado vehículo que se dirigía inexorable hacia ella, como un enorme toro que hubiera enfilado su objetivo con sus afilados cuernos. El conductor, horrorizado ante el panorama que veía venir, seguía haciendo fuerza contra el volante intentando enderezar sin éxito el vehículo. Pero, cuando ya todo parecía sentenciado, cuando el frontal del camión se encontraba a menos de dos pies del cuerpo de Madelaine, la llanta de la rueda reventada, que raspaba el asfalto emitiendo chillidos metálicos y provocando chispas candentes, chocó con el filo de la acera, agitando el vehículo en un súbito zamarreo y haciendo que el peso de este cayera por unos instantes en la parte izquierda del mismo. Esto provocó que el esfuerzo que el camionero estaba haciendo sobre el volante tuviera un mínimo pero suficiente efecto sobre la trayectoria del camión antes de que este volviera a caer sobre la rueda pinchada, ya encima de la acera pero ahora a unos cuatro pies a la izquierda de donde en un principio parecía que iba a acabar estrellándose; casi rozando a Madelaine, pero manteniéndola ilesa. El camión se estampó con violencia contra la fachada del edificio donde vivía Sarah, partiendo en dos, literalmente, el cuerpo del estupefacto ladrón, el cual, con el súbito y sutil cambio de rumbo del vehículo en el último segundo, justo antes del choque, se había convertido entonces en su principal y única víctima. Madelaine respiraba deprisa y con fuerza y, aunque casi no se podía mover por la conmoción, sí que fue capaz de dar un par de pasos hacia atrás, apartándose del horror de sangre y polvo que se abría ante sus ojos. El ruido del golpe del camión contra la fachada fue tan rotundo que nadie habría podido oír cómo, en ese mismo instante, el cristal de una de las ventanas del ático del edificio se rompía con violencia hacia afuera al ser atravesada por una radio que había sido lanzada con fuerza pero sin tino por Sarah contra su propio marido. Resulta que el marido de Sarah, pensando que iba a tener toda la tarde libre debido a la ausencia de su mujer, había llevado a la misma a su joven amante para… bueno, ya sabe para qué. ¿Cómo iba el tonto infiel a imaginar que su mujer regresaría mucho antes de su cita con su amiga Madelaine? Cuando Sarah los descubrió en la cama y tras algunos gritos e insultos, su ira la había hecho arrojar a su marido una radio que adornaba la cómoda de su habitación; pero el imbécil pudo esquivarla y la radio salió volando por la ventana, rompiendo a su paso el cristal de la misma. La casualidad quiso que los dos pasos hacia atrás que Madelaine había dado tras librarse del choque del camión la colocaran exactamente en el punto que la pesada radio eligió para aterrizar. El impacto contra la cabeza de Madelaine fue rotundo, pero, aunque quedó inconsciente y puede que durante un rato sufriera algo de falta de riego en el cerebro, se dice que no fue esto lo que afectó al feto, el futuro Elmer, sino la caída hacia delante que su cuerpo inerte experimentó y que fue amortiguada contra el suelo con la parte más prominente del mismo, su embarazadísima barriga. Elmer no fue prematuro y terminó naciendo cuando le correspondía, pero salió así de su madre: tan especial; tan peculiar; tan singular. Como ve, una historia «diferente» para un personaje «diferente».

Con aquel intenso relato de la madre de Elmer y su accidente había conseguido entretener al señor Giddens hasta la puerta del cine.

—Vaya. Curiosa historia —dijo el anticuario al final de mi exposición—. ¿He de tener cuidado con él?

—No sabría decirle. Yo nunca he tenido ningún problema con él, pero es cierto que a veces no puede controlar su mal carácter. Es muy impulsivo. —Entonces hice una pausa en la que pensé un poco más mi respuesta—. Diría que quizás es más primitivo, más simple y visceral que algunos de nosotros… pero no que otros muchos otros «animales» que también viven en la ciudad.

—Entiendo.

El señor Giddens pagó las entradas y ambos nos dirigimos a la sala donde proyectaban la película. La sesión empezaba en unos minutos. La sala estaba bastante llena y, tras evaluar la distribución de la misma y los asientos libres, el señor Giddens decidió que nos sentáramos en una fila de la mitad superior, en dos butacas bastante centradas respecto a la pantalla.

El anticuario tardó bastante en despojarse de su sombrero y, acto seguido, cambió sus gafas de sol por otras gafas especiales, más pequeñas, y que al parecer tenían lentes con unos filtros que atenuaban solo un poco la claridad de la luz proyectada, de forma que no afectaran a sus fotofóbicas pupilas sin tampoco minorar la calidad de su percepción visual. Según me comentó, aunque la sala se quedara a oscuras, la luz del proyector en la pantalla podía ser lo suficientemente intensa como para molestarlo si no llevaba esas lentes.

Sus guantes sí los mantuvo puestos durante toda la película.

No sabría decir por qué, pero cuando las luces se apagaron del todo tuve el presentimiento de que me disponía a ver algo importante; sentí que iba a pasármelo muy bien y que no iba a olvidar aquel momento nunca. Entonces, en la pantalla negra surgió un círculo blanco que parecía desplazarse de izquierda a derecha y, cuando llegó al extremo derecho de la misma, se convirtió en un círculo mayor y la pantalla al completo pasó a ser un plano subjetivo del interior del cañón de un arma de fuego que parecía apuntar directamente a un hombre con traje y sombrero, el cual caminaba con decisión hacia la izquierda hasta que, en un rápido giro en mitad de la pantalla propinaba un disparo con su Walther PPK al público de la sala, que gritó entusiasmado al tiempo que chorreones de sangre resbalaban desde la parte alta de la pantalla para encharcarla por completo con su rojo color. Y, de fondo, invisibles pero rotundas, unas breves pero inconfundibles notas musicales subrayaban toda la escena. La película había empezado.

¡Y qué película! Para empezar, James Bond muere al principio de la cinta, en el prólogo, dejando al espectador boquiabierto y expectante a lo que seguirá. Y luego, tras la excelente canción inicial interpretada por Nancy Sinatra, el agente 007 resucita para encargarse de una misión con toques espaciales, muy de actualidad entonces. Viaja a Japón, lugar exótico donde los haya, y allí se entrena junto a un ¡¡¡ejército de ninjas!!! ¿Qué más se puede pedir? Por no hablar de las chicas que aparecían en la cinta. ¡Qué guapas y sensuales! Por supuesto, aún más para un adolescente como yo, con sus hormonas desatadas por la edad. Y el malo, Blofeld, al que Donald Pleasence ponía cara por primera vez en la saga del espía británico, con su gato persa blanco de pelo largo, tan característico y tan imitado posteriormente, era genial. Pero lo que más me entusiasmó de la película fue, sin duda, un artefacto volador, un «juguete» de la sección Q que Bond utiliza para inspeccionar un volcán apagado donde presumiblemente se esconde la guarida del villano. ¿Quién no querría tener uno de esos aparatos? Recuerdo que salí verdaderamente entusiasmado del cine; y muy agradecido al señor Giddens por haberme invitado a ver la película. Por supuesto, el tiempo y la perspectiva me han dado un mejor criterio para valorar la película como el simple (y a ratos mediocre) divertimento que es, pero en aquel momento una película de James Bond era lo más para un chico de mi edad.

A la salida no podía parar de hablar de la cinta; de las escenas que más me habían gustado, de los detalles que me habían dibujado una sonrisa en la cara y de los momentos de tensión en los que casi arranco los brazos de mi butaca de la fuerza con que me agarraba a ellos.

El señor Giddens pronto tomó el testigo de mi entusiasmo y comenzó a contarme cosas sobre el personaje, sobre la película y sobre el equipo técnico involucrado. Me confesó que él también había disfrutado como un niño y que ese tipo de películas, aunque en cierta forma absurdas en

parte de su planteamiento, pero espectaculares y entretenidas, eran uno de los motivos por los que amaba el séptimo arte. Hablaba con tanta pasión que era imposible no contagiarse y sentir interés por lo que aquel hombre, que me parecía tan sabio entonces, relataba. Yo nunca había pensado en todo el proceso que conllevaba hacer una película, pero él hablaba con mucho sentido del vestuario, de la fotografía, de los decorados, del guion, de la dirección y de los actores, dando multitud de datos técnicos que me maravillaron y acrecentaron de golpe en mí el interés que más tarde fui cultivando respecto al cine. Incluso habló de una cosa que le fascinaba y que, obviamente, también llamó mucho mi atención: los efectos especiales; los trucajes usados para simular naves espaciales o explosiones a gran escala. Todo aquello, contado con la maestría, el saber y la pasión que el señor Giddens demostraba, resultaba fascinante.

Tratando de involucrarme más con lo que el anticuario me exponía, le comenté que la música de la película me había gustado especialmente y que no podía dejar de tararearla en mi cabeza. Mi comentario le agradó y me contó entonces que la música de la película era de un tal John Barry, nombre que a mí, por supuesto, no me sonaba de nada entonces; y, aprovechando, también me contó la historia del icónico tema de James Bond, usado en todas sus películas, y cómo había nacido de la mano de Monty Norman al reusar una de las canciones que había escrito en 1950 para un musical que nunca llegó a estrenarse.

La animada charla nos había llevado bastante cerca de Sally’s Oak, aunque aún nos quedaban unas cuatro manzanas para llegar a su casa.

Tan entusiasmado estaba el señor Giddens con la charla que, supongo que intentado retrasar el momento de dejar de conversar conmigo sobre cine, me tentó con una invitación a un perrito caliente en un pequeño local por el que pasamos. Lo cierto es que yo tenía algo de hambre y, como también deseaba seguir escuchando al señor Giddens un rato más, no dudé mucho en aceptar.

—Está bien. Me apetece mucho un perrito.

—Espléndido, William. Entremos ahí entonces.

—Pero, por favor, llámeme Will —volví a insistir por enésima vez esa semana.

He de decir aquí que el señor Giddens volvió a ignorar, con una terquedad que no logré nunca entender, mi comentario sobre la forma casual en que yo le instaba a dirigirse a mí, y yo, cansado de intentar imponer mi postura de manera infructuosa, decidí que esa sería la última vez que le insistiría al anticuario sobre ese punto.

Pedí un perrito completo y una Coca–Cola. El señor Giddens no tomó nada. De hecho, mientras iniciaba la degustación de mi perrito, caí en la cuenta de que, a pesar de todas las horas que había pasado en su casa con él durante la última semana, no lo había visto probar bocado ni una sola vez. Hasta aquel momento no le había dado ninguna importancia, pero me incomodaba un poco volver a comer solo, delante de él, siendo él además el que me invitaba a mí a disfrutar de aquel delicioso y jugoso perrito. En cualquier caso, su dialéctica era tan interesante que volví rápido a prestar mucha más atención a lo que hablaba que al hecho de que no comiera nada, y no recuerdo haber pensado más en ello hasta mucho después de aquel día.

En un momento de la conversación, el señor Giddens volvió a sorprenderme, como ya había hecho en el pasado el día que hablamos de Maria Callas, con detalles del rodaje menos técnicos y que, en realidad, me parecían más chismorreos que otra cosa. Y eso me resultaba gracioso. Ver a un hombre de su edad y su elegante porte hablando de la incomodidad que Sean Connery y su esposa habían sufrido durante el rodaje de la película en Japón por culpa del acoso de los

paparazzi no dejaba de sorprenderme de forma cómica. Era curioso cómo parecía estar al día de todos, absolutamente todos los detalles de la película y su rodaje, hasta de los de la prensa rosa.

No podía negarse que Horace Giddens era un auténtico fan y apasionado del mundo del cine y todo lo que rodeaba a éste.

Cuando llegamos a su casa, el sol había descendido mucho. Tras volver a agradecerle al señor Giddens su invitación, me despedí hasta el día siguiente, en el que lo ayudaría, como había prometido, a repartir la publicidad de su tienda. Y me fui de allí contento, pensando en todas las horas de interesante conversación que me esperaban ese verano, y que seguro harían más livianas las tareas que aún me quedaban por completar.

Eché a andar hacia Oak Square, donde había quedado con mis amigos para cerrar la jornada. Estaba ansioso por contarles la película y todo lo que había aprendido aquel día sobre cine. Había sido una tarde estupenda. Parecía que el día ya había casi acabado, pero nada más lejos de la realidad. De hecho, el suceso más importante de ese día para mí aún estaba por ocurrir.

Cuando llegué al punto de encuentro, Penny y Abe ya estaban allí. Llevaban unos minutos esperándome, pero no le dieron ninguna importancia a mi retraso.

Tras unas breves palabras con las que traté de demostrarles mi entusiasmo y alegría por la película que acababa de ver aquella tarde, Abe propuso ir a Luke’s para tomar algo y pasar el rato. Yo no tenía mucha hambre después de haber comido el delicioso perrito al que el amable señor Giddens me había invitado, pero me pareció que el local de Luke sería un sitio agradable para seguir contándoles a mis amigos todo lo que me había fascinado de aquella tarde. Me sentía más ilustrado después de haber absorbido cual esponja todos los datos y detalles que mi sabio cliente me había revelado y tenía la necesidad de compartir aquello, pensando que esa –en realidad intrascendente– información fuera a resultar igual de interesante para mis amigos que para mí.

No habíamos caminado ni cincuenta pasos cuando, al pasar junto a un oscuro y estrecho callejón peatonal, al que la escasa luz del casi apagado sol no alcanzaba en absoluto, oímos algo que nos hizo detenernos de forma inmediata e instintiva.

Allí, inmersa en lo más profundo de aquella densa oscuridad, se oía con claridad una voz amenazante.

—Estúpido despojo tullido. ¡Levanta tu negro y sucio culo del suelo!

Ninguno de mis amigos dijo nada, pero noté cómo los tres nos arrimábamos entre nosotros, formando un grupo más compacto cuyas partes necesitaban sentirse más grandes para conseguir aparentar cierta seguridad.

—Te juro que, si no te levantas ahora mismo, te voy a moler a patadas hasta que consiga que lo hagas —volvió a rugir con ira la misma voz.

No había casi nadie por la calle y, en la oscuridad del callejón, aquella voz sonaba terrorífica y reverberada; por no mencionar los turbadores mensajes que estaba lanzando. Nosotros permanecíamos inmóviles y expectantes, mientras nuestros corazones comenzaban a latir con una fuerza que casi hacía que pudiéramos escucharnos los unos a los otros.

Conforme mi ojo se fue acostumbrando a la penumbra de aquel lugar, al que las aún apagadas farolas colindantes de la calle donde nos encontrábamos tampoco hubieran llegado con su luz de haber estado encendidas, empezaron a formarse poco a poco dos figuras en lo más profundo de aquel angosto callejón. Una estaba de pie y la otra, más pequeña, se encontraba encogida en el suelo, casi como una pelota.

—¡Insecto malparido! ¡Levántate de una maldita vez! —gritó con agria saliva la voz de la

figura más grande mientras hacía un rápido movimiento con una de sus piernas hacia la figura pequeña y acurrucada.

El grito de dolor que profirió el receptor de aquel rotundo golpe se me clavó en el alma y casi pudimos sentir el escozor de la patada que aquel aparentemente indefenso ser acababa de recibir.

Entonces oí un sonido metálico muy cerca de mí que sonó varias veces perdiendo poco a poco intensidad, pero llamando la atención de todos los que estábamos allí. Era Abe, que se había movido sin querer un poco hacia delante, conmocionado por el golpe y el grito de la víctima, y había empujado por accidente un cubo de basura que se encontraba en la entrada del callejón, haciendo que su tapa metálica cayera al suelo.

La figura más alta volvió su cara rápidamente hacia nosotros y pude ver entonces con bastante claridad la identidad del furioso agresor. Se trataba de Nathan Simmons.

Nathan Bedford Simmons era un muchacho que iba –aunque no con mucha frecuencia– a nuestro mismo instituto. Era repetidor y todos sabían que ya había cumplido los dieciocho, a pesar de que estaba en el mismo curso que nosotros, aunque no en la misma clase, por suerte. Pero por lo que verdaderamente era famoso Nathan Simmons era por su maldad, chulería y participación en disturbios e incidentes violentos. En su currículum podían contarse actos de vandalismo contra propiedades ajenas, agresiones de todo tipo e incluso robos. Su racismo desmedido era también legendario. Había estado algunos meses en un correccional de menores y últimamente se cuidaba mucho de ser visto delinquiendo debido a que, por su edad, ya podía ir a la cárcel directamente si era pillado *in fraganti*. Era un tipo bastante grande, musculoso y fuerte, aunque algo más bajo que yo. Sea como fuere, se notaba que era mayor. Nosotros lo conocíamos bastante bien por su «impopular popularidad». Y yo estaba convencido de que él también sabía quiénes éramos nosotros. Al menos, seguro que sabía quién era yo, por ser el único muchacho en Fortress Flint con un parche en el ojo, que yo supiera. Hasta entonces no me había visto en la tesitura de tener que cruzar casi ninguna palabra con él. Nathan era para nosotros, al igual que para buena parte de la población de Fortress Flint, un tipo a evitar en todos los sentidos. Generalmente iba acompañado de dos o tres amigos de su misma calaña, sus secuaces, en los que se arropaba para cometer sus fechorías, aunque nunca imaginé que fuera por cobardía, la verdad. Nathan no me parecía el tipo de persona que necesitara apoyo para ser como era. En cualquier caso, en aquella ocasión daba la impresión de encontrarse solo frente a su víctima.

Aunque al principio su expresión fue de sorpresa, enseguida su rostro volvió a endurecerse y se dirigió a nosotros con cierto desprecio:

—¡Largaos de aquí! Esto no va con vosotros.

En aquel momento, la única con la valentía suficiente para reaccionar rápido fue la pecosa Penny. Sacó sus manos de los bolsillos, donde habitualmente las guardaba para ocultar sus cicatrices, y alzando sus brazos exclamó:

—Deja a ese pobre indefenso, Nathan Simmons. Se... se... seguro que no te ha hecho nada que merezca lo que le estás haciendo tú a él.

A pesar de su aparente templanza y valentía, aquella situación hubiera crispado los nervios de cualquiera; y Penny, cuando se ponía muy nerviosa, tartamudeaba un poco.

Creo que dijo su nombre completo para demostrarle que sabía exactamente quién era él, aunque era probable que eso no detuviera a un tipo como Nathan.

El atrevido espíritu de Penny, muy concienciado con las causas que consideraba injustas, siempre me había gustado. En momentos como aquel, su timidez desaparecía. Y debo confesar que ese gesto valiente y desinteresado me hacía ver a mi amiga más atractiva, deseando en lo

más profundo de mi ser que pudiera en algún momento convertirse para mí en algo más íntimo que solo una amiga.

Nathan se acercó entonces a nosotros con paso firme y decidido; concretamente se situó delante de Penny, que era la única que lo estaba increpando. Nathan iba vestido con vaqueros azules y una camiseta blanca, muy ceñida, tanto que los músculos que tapaba eran igual de visibles que los que estaban al descubierto. En el brazo derecho un paquete de cigarrillos sobresalía sujeto de la manga enrollada de su camiseta. Un cigarrillo asomaba por encima de su oreja izquierda, entre sus grasientos cabellos negros peinados con abundante gomina. Y, adornando sus muñecas, dos pulseras de cuero negro llenas de tachuelas que siempre llevaba puestas, hasta donde yo recordaba, y que le daban un aspecto aún más macarra.

– ¿Qué sabrás tú lo que me ha hecho ese pequeño tullido? Solo por tiznar las calles con su sucio color ya se merece que lo apalee hasta matarlo. Yo también sé quién eres tú: Penny medialengua. Tú y tus amigos deberíais iros ya de aquí, o podríais correr la misma suerte que este despojo —le espetó Nathan sin pestañear.

Aún no sé cómo Penny tuvo valor de responder al amenazante Nathan, que le sacaba más de una cabeza de altura y era mucho más voluminoso que ella, pero lo hizo con tanta gallardía que no puedo expresarlo sin enorgullecerme de ella.

—No... no... no sabes lo que dices. Deberías ser tú el que tu... tu... tuviera cuidado de que no seamos nosotros los que te pateemos el culo a ti —dijo acercando su cara a la de Nathan, para lo cual tuvo que ponerse de puntillas.

Abe y yo estábamos paralizados entre el miedo que Nathan nos provocaba y el sorprendente y desinteresado valor que la aguerrida Penny estaba demostrando.

Pero Nathan no estaba ni mucho menos tan sorprendido como nosotros y, con un movimiento rápido de sus dos brazos, empujó a Penny haciendo que esta cayera violentamente hacia atrás apoyando sus codos en el suelo para no dar con la cabeza en la acera.

Eso sí que nos hizo reaccionar a Abe y a mí, pero de formas muy distintas, aunque complementarias.

Por un lado, Abe se abalanzó como un toro sobre Nathan, atacándolo por el costado y haciendo que este se tambaleara, al tiempo que profería una especie de grito de guerra para autoinfundirse valor y fuerza.

Yo, por mi parte, me agaché corriendo a auxiliar a Penny para asegurarme de que no había recibido más daño que una contusión en sus posaderas y algo de dolor en su orgullo.

Mientras, Nathan se había repuesto sin mucha dificultad de la embestida de Abe y, revolviéndose contra él, lo sujetaba ahora con fuerza por la camiseta que llevaba.

—¡Sebosa albóndiga judía de mierda! —le gritó con indignación a Abe mientras empezaba a zamarrearlo ante la impotencia de este—. ¿Cómo te atreves ni siquiera a intentarlo…?

Tras dos o tres fuertes sacudidas, la tela de la camiseta de Abe cedió y se rompió por su parte frontal, de arriba abajo, dejando al descubierto el inflado torso de mi amigo.

Nathan miraba a su rechoncha víctima, ahora con el pecho y la barriga descubiertos, y su cara empezaba a adoptar una extraña mueca de repulsión.

—Pero, ¡qué asco! ¿Eso son tetas… de tía? Apártate de mí y tápate o me vas a hacer vomitar, asqueroso mutante —escupió Nathan soltándolo.

Un rápido reflejo provocado por el brillo de las tachuelas que adornaban las singulares pulseras de cuero negro que Nathan llevaba en sus muñecas cruzó el aire desde la izquierda hasta llegar a la cara de Abe, donde este recibió con sorpresa el puño cerrado de Nathan. Tal fue la furia del

puñetazo que Abre retrocedió casi diez pies hacia atrás, cayendo de espaldas en medio de la acera de la calle perpendicular al callejón.

Abe, tendido en el suelo, dolido tanto emocional como físicamente, con la boca sangrando y muy avergonzado, solo trataba de forma nerviosa y desordenada de ocultar su pecho y barriga con los restos de su destrozada camiseta, al tiempo que podía palparse su preocupación por evitar también nuestras miradas, la de Penny y la mía.

La rabia que sentí entonces me hizo levantarme, dejando a Penny atrás y, sin saber muy bien lo que iba a hacer a continuación, me quedé parado, de pie, cara a cara con Nathan, mirando un poco desde arriba, dada mi superior altura. Supongo que mi expresión sería una mezcla de odio e impotencia, pero la prudencia (o cobardía) paralizaba mi cuerpo.

El despiadado Nathan interpretó mi movimiento como una amenaza –aunque de facto nunca lo habría sido, dada la diferencia de condición y fortaleza de mi oponente respecto a la mía–, y me agarró con fuerza por el cuello, cogiendo carne, algo de ropa e incluso mi cadena de plata. Nathan era un poco más bajo que yo, pero sus músculos eran muchísimo más fuertes y desarrollados que los míos. Yo, en realidad, era bastante endeble; alto pero delgado y con poco músculo, así que no tenía ninguna posibilidad en una lucha cuerpo a cuerpo con él. Yo lo sabía y él también.

—Y tú, pirata larguirucho de pacotilla —me expresó amenazante usando el más obvio argumento de insulto que se le ocurrió—, ¿de verdad quieres meterte también en esto o vas a ser más inteligente que tus amigos?

No tuve tiempo siquiera de pensar qué responder, porque de repente, una luz azulada iluminó el callejón y nuestros rostros.

Un coche de la policía local que afortunadamente pasaba por allí había visto a Abe tirado en la acera y se había detenido justo en la entrada del callejón para ver qué ocurría.

Nathan, que podía ser muchas cosas, pero no un estúpido integral, me soltó rápidamente, con tanta fuerza que rompió mi cadena de plata, haciendo que esta se soltara de mi cuello y cayera al suelo junto con la pequeña cruz que la acompañaba.

—La próxima vez quizás no tengáis tanta suerte, pequeños bastardos entrometidos —nos dijo a todos escupiendo al suelo con furia.

Salió del callejón andando deprisa, pero sin correr, y se perdió entre las calles anexas antes incluso de que el policía que nos había salvado sin saberlo pudiera terminar de abrir la ventanilla de su vehículo.

—¿Todo bien, chicos? —preguntó el policía con tono neutro apuntándonos con su linterna.

—Sí, todo bien. Muchas gracias —respondió Penny mientras se levantaba del suelo sin ayuda.

El policía miró por el callejón, para asegurarse de que de verdad todo estaba bien. Abe se ocultó como pudo detrás de mí, para no mostrar el lamentable estado de su camiseta y de su cara.

—Me pareció que el chico que estaba en la acera tenía la camiseta rota y necesitaba ayuda —continuó el policía refiriéndose a Abe, y luego me miró a mí—. Y tú tampoco parecía que estuvieras «jugando» amistosamente con el otro chaval que se ha ido.

—En serio, señor, estamos bien. Muchas gracias —mentí sin pudor, tratando de que todo aquello acabara ya y pudiéramos olvidarlo cuanto antes.

Tras unos segundos de comprobación en los que el policía no se percató de la existencia de la primera víctima de la violencia de Nathan, que seguía encogida en silencio al final del callejón, el agente se dirigió de nuevo a nosotros:

—O.K. Tened cuidado y volved pronto a casa. A veces hay algunos indeseables por aquí que

usan la oscuridad para hacer lo que no deben.

Subió de nuevo su ventanilla y continuó la marcha.

Yo recogí mi cadena y mi cruz de plata y, tras asegurarme de que mis amigos estaban bien, dentro de lo que cabía, me dirigí lentamente hacia donde se encontraba, acurrucada y aún aturdida por la patada recibida, la pequeña figura a la que Nathan estaba amenazando cuando habíamos llegado al callejón.

—Hola, ¿te encuentras bien? —dije con el tono más amable que pude. Tras no recibir ninguna respuesta, insistí—. Solo quiero saber si necesitas ayuda o cuidados médicos. Si no quieres ir a ningún centro, mi madre es enfermera y seguro que puede curarte cualquier herida —expliqué, intentando convencer a aquella pequeña bola de carne humillada y maltratada, seguro que de forma injusta, para que se abriera un poco a mí.

Entonces, la oscura figura levantó su rostro y me miró. Pude ver su cara con la escasa luz que llegaba hasta el fondo del callejón, y sus rasgos quedaron grabados en mi mente.

Era un muchacho afroamericano, unos dos o tres años menor que yo, calculé. Sus ojos y su rostro estaban cubiertos de lágrimas y, por su expresión, se notaba que aún estaba conmocionado por todo lo que le había ocurrido; aunque supongo que también por lo que habría podido llegar a sucederle si no hubiéramos aparecido por el callejón, nosotros primero y, sobre todo, la policía después.

Sin embargo, sin articular palabra alguna, lo único que hizo fue cambiar la expresión de su rostro a una más cercana a la ira y a la frustración, como si su orgullo interior se sintiera dolido y despojado de todo honor por tener que haber sido ayudado por unos muchachos como nosotros; algo que me pareció un gesto poco afortunado por su parte. Recogió un paquete que tenía junto a él y se levantó casi de un salto para a continuación salir corriendo sin darnos tiempo a ninguno a decir absolutamente nada.

Iba rápido, pero cojeando de forma muy visible. Ya en ese instante me dio la sensación de que su cojera no se debía al ataque sufrido a manos de Nathan, sino a algún otro problema físico más permanente, porque me pareció que tenía una pierna algo más corta que la otra; pero tampoco podría haberlo jurado entonces.

—Desagradecido… —masculló Abe cuando el muchacho cojo pasó a su lado antes de perderse en el sentido opuesto al que antes había elegido Nathan para largarse de allí, justo hacia Sally’s Oak.

Cuando abandonamos aquel callejón el corazón aún me latía muy fuerte y habría podido jurar, sin miedo a equivocarme, que a mis dos amigos les pasaba lo mismo, sobre todo a Abe; pero lo que no sospechaba ni por asomo era la importancia que las personas con las que me había cruzado aquel viernes 23 de junio iban a tener en los fantásticos acontecimientos que más tarde me sucedieron ese verano.

# Los dientes del diablo

Al día siguiente, Penny, Abe y yo nos dividimos los distritos más concurridos de la ciudad para repartir la publicidad de la tienda del señor Giddens, que ese sábado abría por primera vez sus puertas al público de Fortress Flint.

Fue una mañana bastante calurosa y terminamos nuestra tarea sobre las doce y media. Habíamos quedado aproximadamente a esa hora en Luke's para charlar un rato. Aunque mis amigos no me pidieron nada por ayudarme, mi intención era invitarlos a un buen almuerzo en nuestro local favorito. Sin embargo, Penny nos informó de que tenía que estar en su casa temprano para asistir a una comida familiar de la que, al parecer, no podía escaquearse de ningún modo, así que mi invitación se limitó a un refresco y a unos cacahuetes. La próxima vez que quedáramos en casa de alguno de nosotros yo pagaría la pizza.

Hablamos sobre todo del incidente de la noche anterior, y Abe y yo no reparamos en alabanzas hacia Penny por su atrevimiento y valentía. Ella había sido la catalizadora de nuestra intervención para ahorrarle a un pobre y desagradecido muchacho una peligrosa paliza de campeonato. Yo era muy consciente de que había hecho bastante poca cosa para ayudar en el enfrentamiento con Nathan y, de alguna forma, eso me hacía sentir un poco mal. Quizás podría haber actuado más rápido y con contundencia y evitar el puñetazo a Abe; o incluso el empujón a Penny. La verdad es que en esos momentos no me sentía a la altura de mis amigos, los cuales sí habían tenido agallas suficientes para enfrentarse directamente a un bravucón sin escrúpulos como Nathan Simmons. Aún con todo, los tres sabíamos que la suerte nos había acompañado la noche anterior y que la fortuita aparición de la policía había sido la que de verdad había terminado salvando la situación.

Todos coincidimos en que los nervios acumulados por el incidente habían sido más fuertes que la satisfacción por la buena acción realizada y que, por tanto, habíamos tenido problemas para conciliar el sueño por la noche.

Abe, además, tenía el labio hinchado por el puñetazo de Nathan y había tenido que inventar una excusa sobre un supuesto resbalón y un golpe fortuito contra una farola para que su madre no montara en cólera y fuera en busca de Nathan a cantarle las cuarenta. Abe sabía que eso no haría sino empeorar las cosas y, aunque no estaba orgulloso de ella, consideraba su mentira necesaria para cerrar por completo el extraño y desagradable capítulo del día anterior.

Justo antes de que Penny nos abandonara, volví a expresarles mi agradecimiento a ambos por la ayuda que aquella mañana me habían prestado, de forma desinteresada, repartiendo los panfletos del señor Giddens.

Cuando Penny cruzó la puerta del local de Luke para ir a su casa no pude dejar de fijarme en cómo la sudoración provocada por el calor y su esfuerzo aquella mañana hacía brillar su linda piel con pequeños destellos de luz. Llevaba puesta una camiseta de tirantes rosa y sus hombros desnudos me parecieron entonces una de las cosas más sexis que había visto en mi vida. Deseé que el tiempo se detuviera para poder retener para siempre aquella imagen en mi mente.

Hacía ya algún tiempo que notaba que ese tipo de sentimientos me asaltaban cada vez más a menudo. Un año atrás jamás me hubiera fijado en una cosa como aquella, y sin embargo, ahora

no podía evitar perderme de cuando en cuando en pequeños detalles de la personalidad y la belleza de Penny que no dejaban de fascinarme. Quizás me estuviera enamorando, aunque como nunca antes lo había estado, en aquel momento no podía afirmarlo con certeza.

Abe me pilló mirando embobado a Penny mientras se iba, a la par que entrelazaba juguetón mis dedos con mi cadena y cruz de plata –ya arregladas, esa misma mañana–, pero mi amigo no dijo nada sobre el tema.

Nuestra intención era quedarnos en Luke's para tomar un segundo refresco. Tras apurarlo, nos despedimos hasta el día siguiente. Aquella tarde yo me había comprometido a estar con el señor Giddens en su tienda.

Horace Giddens había estado muy activo toda la mañana, trajinando de aquí para allá; aunque, según me contó, sus nervios por la apertura habían tenido más que ver con eso que el propio ajetreo que los pocos curiosos que entraron en ella le habían provocado.

Yo llevaba toda la semana observando cómo el anticuario irradiaba más y más ilusión conforme su salón se iba convirtiendo en el local de exposición que él quería. Y la verdad es que me llamaba mucho la atención que un hombre de su edad pudiera mostrar aún tanta vitalidad como él. A pesar de sus movimientos pausados, de su casi siempre lánguido hablar (a menos que el tema de conversación fuera su colección de peculiares objetos o el cine, con los cuales mostraba siempre una desmedida pasión), de su clásica, elegante y excesivamente formal vestimenta, parecía que tras aquel montón de piel clara, arrugada y revestida de experiencias se ocultara el alma de un chiquillo deseando jugar con juguetes nuevos.

Lo cierto es que era reconfortante comprobar –con la figura de mi patrón como mejor ejemplo– cómo el espíritu humano, a pesar del tiempo y la edad, podía seguir siendo tan fuerte y estar tan lleno de esperanza, con tantas ganas de continuar avanzando hacia adelante y haciendo cosas nuevas. Observar a una persona ilusionándose tanto con algo a una edad tan avanzada –en la que lo que parecería más fácil sería solo dejarse llevar por la poca vida restante, sin apenas esperanza de sentir ninguna experiencia vital nueva o relevante, como mucha gente de su edad de hecho seguro hacía– resultaba en extremo motivador.

Horace Giddens, por suerte para mí, no pertenecía en absoluto a ese tipo de personas cansadas y dejadas, autocomplacientes con lo mucho o poco conseguido en el pasado y conformistas con respecto a lo que el cauce del río de la vida les pueda deparar en el futuro, sin ni siquiera plantearse intentar ser ellos mismos los que decidieran cómo definirlo. El hecho de que mostrara cierto nerviosismo positivo frente a la apertura de su tienda era para mí prueba sobrada de ello. El señor Giddens estaba vivo, en el sentido más amplio de la palabra.

Por la tarde el ambiente de la tienda se animó un poco más en cuanto a clientes y eso me permitió maravillarme contemplando cómo el anticuario desplegaba todos sus encantos y conocimientos para convencer y entusiasmar a los que entraban en su casa–tienda buscando a veces cosas concretas, y otras tantas solo saciar su curiosidad.

De esa forma, con el arte de la persuasión más sutil que se pueda imaginar, consiguió cerrar ventas con cada una de las seis visitas que aquella primera tarde de actividad se aventuraron a cruzar el umbral de su puerta. Yo conocía a tres de esas personas y todas eran del barrio de Sally's Oak.

A su primera clienta, la señora Pollux, una conocida costurera del barrio, le vendió una bonita y pequeña lámpara para su mesita de noche. Su historia no era famosa ni su procedencia relevante, pero su aspecto antiguo parecía combinar muy bien con el dormitorio de la mujer, según el criterio de esta.

La señora Johnson, que regentaba un pequeño hostal en Oak Square, salió de la tienda con una muñeca de porcelana que, al parecer, era idéntica a una que ella había tenido de pequeña, lo que le provocó unas súbitas lágrimas de nostalgia al encontrarla expuesta en la tienda.

El señor Moore, uno de los capataces más respetados de la principal fábrica de pescado en conserva de Fortress Flint, quedó prendado de un conjunto de útiles para descorchar botellas de vino.

A una joven pareja, los únicos blancos que aquel día entraron en la tienda, les vendió un bonito colgante móvil para la cuna de su hijo recién nacido. El señor Giddens les contó con convicción una enigmática historia sobre su origen y sus propiedades para ahuyentar los malos sueños que convenció a la pareja para adquirir el objeto por bastante más de lo que yo habría pagado nunca por él.

Una joven señorita, vestida con vistosas ropas multicolor, estuvo dando vueltas más de una hora por toda la estancia para finalmente comprar una rústica pulsera de cuero que, según el anticuario, había sido confeccionada hacía muchísimos años por una de las matriarcas de la tribu india de los Abenakis.

La última venta de la tarde fue para un señor maduro, pequeño y bien vestido, con canas rizadas adornando su cabeza, que desprendía un cierto aire de solemnidad en su forma de andar y expresarse muy parecidas a las del propio señor Giddens. Protagonizó la auténtica anécdota de la tarde al tratar de comprar el bastón coronado por la testa dorada de zorro que el señor Giddens siempre llevaba consigo cuando salía de casa y que aquella tarde descansaba junto a uno de los sillones de la estancia. El anticuario le explicó que aquel objeto era una propiedad personal y que no estaba en venta, pero lo hizo de una manera tan sumamente cordial, e incluso algo cómica, que ambos terminaron sonriendo. Este hecho provocó que congeniaran desde el principio y, aunque el visitante no iba buscando nada en concreto, terminó llevándose, por puro coleccionismo, el quinqué de Thomas Edison que el señor Giddens me había enseñado el primer día que yo llegué a aquella casa. Y pagó bien por él, lo cual me hizo pensar que debía tratarse de alguien pudiente, de los pocos que habría por aquel barrio, ya que, al salir, pude ver cómo este señor se adentraba aún más en Sally’s Oak.

En general, puede decirse que fue una jornada bastante buena. Reconozco que yo disfruté observando cómo el señor Giddens atendía a sus clientes tanto o más que el propio anticuario vendiendo (y presumiendo de) su colección de objetos.

El domingo descansaría, pero el lunes tendría que volver a la carga con nuevas tareas.

Lo primero que me encomendó el señor Giddens cuando llegué el lunes a trabajar fue que acondicionara el sótano. Pensé que me iba a pedir que empezara con los trabajos en el exterior (pintura, césped, etc.), pero el anticuario me indicó que ya era hora de poder disfrutar de sus películas en su casa, y para eso necesitaba habilitar el sótano como sala de proyección.

Hasta entonces siempre me había preguntado por qué al señor Giddens no le bastaba con las películas que ponían por la televisión. En ella podías encontrar casi de todo, desde clásicos hasta cine relativamente reciente. Y, además, él tenía un aparato de televisión bastante decente. En unos días comprendería a la perfección el interés del anciano por poder hacer uso de su propio proyector.

Los días pasaban rápido. Tardé tres mañanas en tener el sótano listo. La estancia no tenía luz natural, no había ninguna pequeña ventana –solo un escondido y pequeñísimo respiradero en una de las esquinas superiores–, por lo que no tuve que preocuparme de elegir el mejor lugar para pintar la pared que haría de pantalla. Cualquiera de ellas habría resultado apta; así que, por pura

lógica espacial, decidí pintar la pared opuesta a la escalera que unía el amplio sótano con el piso superior. Pero primero tuve que sacar de allí muchas de las cajas que contenían las latas con los rollos de celuloide para tener sitio suficiente para trabajar. Una vez pintada la pared, tuve que dedicarme a montar nuevas estanterías, aunque en esta ocasión eran más simples y me dieron menos trabajo. Con ellas colocadas, pude empezar a almacenar los rollos de película, siguiendo un explícito orden que me indicó con detalle el señor Giddens. También coloqué el proyector a una distancia adecuada de la pared pintada para que la sensación de estar en un cine fuera lo más completa posible. Y finalmente bajé a aquella estancia, con bastante trabajo, dos confortables sillones que coloqué a ambos lados de la mesa que sujetaba el proyector, un poco por delante de esta. La instalación del equipo de sonido estuvo supervisada muy de cerca por el anticuario, ya que yo no poseía los conocimientos suficientes para hacer un buen y rápido trabajo; pero, siguiendo todas sus indicaciones, reconozco que aprendí bastante. Cuando terminé, aquello tenía un aspecto más que decente y entonces fue cuando entendí el efecto que mi cliente buscaba desde el principio.

A este tipo de trabajos, más duros y físicos, me dedicaba casi en exclusiva por las mañanas. El resto del tiempo que pasaba en casa del señor Giddens solía encontrarme ayudándolo en la tienda, aunque quizás el verbo «ayudar» sea aquí excesivo, ya que, aparte de hacer bastante poca cosa, sería hipócrita por mi parte considerar aquello un verdadero trabajo. Básicamente me dedicaba a mover unas pocas cosas de sitio según me iba indicando de manera esporádica el anticuario, a realizar algunas tareas banales de cuando en cuando, como barrer o limpiar el polvo de ciertos lugares, y sobre todo a escuchar y a aprender acerca de todo lo que el señor Giddens contaba a sus clientes sobre los objetos de su tienda, algo que me gratificaba y entretenía sobremanera.

Para mí era un auténtico placer estar en la tienda y ver al anticuario en acción. Casi diría que podría haber aceptado trabajar allí gratis; aunque no creo que mi cliente me lo hubiera permitido. Horace Giddens me pagaba puntualmente por jornada y casi siempre añadía una propina que él justificaba gracias a mi entusiasmo mostrado en el trabajo. Además, me daba una flexibilidad total en los horarios, por más que yo siempre trataba de mantener cierta formalidad y regularidad en los mismos.

A pesar de todo lo que había que hacer allí, aún teníamos bastantes ratos libres en los que no había nadie en la tienda y yo me encontraba suficientemente desgastado como para no hacer más trabajos en la jornada sin que ello provocara suspicacias en mi patrón o me definiera como un vago. Eran esos momentos los que el anticuario aprovechaba para dar rienda suelta a su labia y contarme, con detalle y entusiasmo, muchas anécdotas relativas al mundo del cine, criticando ciertas películas y alabando otras, mostrando en todo momento mucha pasión y respeto por los profesionales que se dedicaban a ese arte. Creo de corazón que se sentía un poco frustrado por no poseer el talento suficiente para haber formado parte durante su vida de alguna de las profesiones relacionadas directamente con el mundo del cine; esa frustración podía vislumbrarse en el fondo de sus clarísimos ojos cuando no los llevaba cubiertos con sus gafas oscuras. No se consideraba alguien creativo, sino más bien alguien con un especial ojo clínico para apreciar con cierto criterio todo aquel mundo.

También le gustaba hablar sobre su particular colección de objetos y sobre sus discos. Aunque la primera vez que me lo dijo no lo creí del todo, con el paso de los días pude comprobar cómo el Señor Giddens de veras disfrutaba con una amplia gama de estilos musicales diferentes, desde lo clásico, quizás lo más obvio, hasta el *rock'n'roll*, pasando por el *country*, la música tradicional (y

no solo la norteamericana), las marchas e incluso música étnica, sobre todo africana e india, que en aquel entonces me era totalmente desconocida pero que aprendí a disfrutar con él en poco tiempo. Y, por supuesto, las bandas sonoras de películas, un género que también descubrí gracias a él y que desde entonces he apreciado muchísimo. En la tienda casi siempre había música de fondo. Música variada, nunca estridente, que hacía la jornada más agradable y que el tiempo transcurriera menos lento.

Pero el cine era, sin duda, lo que ocupaba la mayor parte de sus conversaciones, opiniones y comentarios; incluso con sus clientes. Yo, poco a poco, a fuerza de escucharlo, empecé a sentirme a traído por ese mundillo. El hecho de que aquel hombre, con sus interesantes disertaciones y amenas charlas, me instruyera en el tema de forma continua pero orgánica, hacía que yo fuera, de manera irremediable, prestando más y más atención con sincero interés a los detalles que me comentaba, a las actuaciones de los actores en las películas que veía y a los nombres del equipo técnico que aparecían en los títulos de crédito. Incluso empecé a practicar en mi casa, con algunas películas al azar que cacé en televisión, solo para tener al día siguiente algo que comentar con él. Por cierto, que mi madre estaba encantada de que pasara un poco más de tiempo con ella por las noches –en lugar de salir todos los días con mis amigos–, aunque fuera solo para ver películas en la tele.

Nunca olvidaré el primer día que Horace Giddens me invitó a ver una película de su colección privada con él, en su sótano recién acondicionado. Pero el motivo de retener esa sesión de cine en mi memoria con una claridad tan cercana no se debe ni a la película ni a ningún interesante comentario que mi patrón me regalara entonces, sino más bien a un sobrecogedor suceso que ocurrió durante la misma.

Era jueves, 29 de junio. No había habido mucho movimiento aquella tarde y el señor Giddens decidió cerrar la tienda un poco antes de lo habitual.

—¿Te apetece ver una película? —me dijo el anticuario con tono tentador tras colocar el cartel de «cerrado» en la puerta de entrada de la vivienda.

—Claro —respondí de forma instantánea y sin pensarlo en absoluto—. ¿Sabe qué echan en el cine y a qué hora?

—No me refiero en el cine, William —replicó él con una de sus sutiles sonrisas—. Al menos, no a uno convencional. Te estaba proponiendo ver una película en mi sala de proyección privada. Me encantaría que la estrenáramos juntos.

—Por supuesto. Sería un placer compartir con usted la experiencia —le confirmé algo sorprendido.

—Bien. Bajemos.

El señor Giddens bajaba los escalones que conducían al sótano muy despacio pero con firme seguridad. Yo lo seguía a una distancia prudencial para que no se sintiera atosigado. Aprovechando la lenta marcha, pregunté con curiosidad:

—¿Ha pensado ya qué película vamos a ver?

—¿Te gustaría reír un rato a mandíbula batiente? —replicó devolviéndome la pregunta con su mejor revés.

—Claro, claro —contesté pensando en la obviedad de la pregunta.

¿Quién no iba a querer pasar un rato divertido?, pensé.

—Pues entonces hoy veremos una de las mejores comedias locas que se han filmado jamás. Y casi diría que mi favorita de las que rodaron en su época dorada los hermanos Marx: ***Un día en las carreras***. ¿La conoces? —terminó preguntando justo al llegar al suelo del sótano.

Mi cultura cinematográfica era todavía entonces muy pobre, aunque me esforzaba de veras por intentar recordar datos y detalles de todas las películas que había visto en mi vida. A los hermanos Marx por supuesto que los conocía, pero esa película en concreto no me sonaba; quizás la hubiera visto o no. Sabía con seguridad que había visto ***Una noche en la ópera*** y otra ambientada en el Oeste de la que no recordaba el nombre, y ambas me habían parecido muy divertidas, aunque había veces que me costaba seguir a Groucho. Y hablando de Groucho, a él lo recordaba también de un programa de radio y televisión que se llamaba ***You Bet Your Life***, pero hacía ya algunos años que no lo emitían. No sabía siquiera si los Marx seguían vivos o no.

—No creo haberla visto, pero los hermanos Marx me gustan. Me reí mucho con ***Una noche en la ópera*** —sentencié tras pensarlo un momento.

—Perfecto. Entonces esta te va a encantar —me espetó con seguridad—. Ayúdame a colocar el rollo, por favor. Y te enseñaré el proceso para que puedas hacerlo tú mismo en el futuro.

Yo era la primera vez que veía un proyector de cerca. A su lado había cinco latas redondas, donde se encontraban las bobinas de celuloide. El señor Giddens me fue explicando el proceso en detalle mientras él realizaba la operación de colocar la bobina en el proyector y me enseñaba el funcionamiento del mismo. En los cines convencionales se dispone de dos proyectores para que la transición entre bobinas se haga de forma continua y el espectador no la note, disfrutando la película de corrido; pero el señor Giddens solo disponía de un proyector –que me pareció un artilugio que no debía de ser nada barato– y eso nos iba a obligar a hacer unas pequeñas pausas en la proyección en los momentos de cambio de bobina. Asimismo, me enseñó otra máquina, más pequeña, usada para rebobinar el rollo una vez usado y dejarlo enrollado en la posición correcta para una futura nueva proyección. Pero todo eso lo haríamos, con tranquilidad, al final de la película.

Mientras realizábamos el proceso de preparación del proyector y la colocación del primer rollo de película, el señor Giddens también aprovechó para darme algunos datos sobre la cinta que nos disponíamos a ver. Se trataba de una producción de 1937, dirigida por Sam Wood, el mismo que dos años antes había rodado ***Una noche en la ópera*** y que, curiosamente y en contraste con estas películas, en la época en la que se filmó la cinta estaba considerado uno de los reyes del drama. Por expreso deseo de su famosísimo e inteligente productor, Irvin Thalberg, buena parte del equipo técnico y artístico repitió respecto a ***Una noche en la ópera***, ya que el avispado productor pretendía asegurarse un éxito similar, cosa que consiguió, aunque no llegó a vivir lo suficiente para disfrutar de su estreno.

Toda aquella preparación fue realizada de forma harto ceremonial por el anticuario. Cuando apagó las luces y encendió el proyector, la pared blanca se iluminó mostrando el logo de la Metro-Goldwyn-Mayer y los dos nos acomodamos en los sillones que yo mismo había transportado hasta allí. Él se puso entonces sus gafas especiales, esas que había usado en el cine unos días atrás y que hacía más agradable a sus ojos la claridad de la luz proyectada.

Puedo asegurar que desde el principio de la película ya sonreíamos todo el tiempo; y conforme la acción avanzaba rápidamente, empezamos a reír con cierta sonoridad. Aunque era la primera vez que oía al señor Giddens reír tan alto, la comicidad de la película no me hizo reparar demasiado en ello en un principio.

Recuerdo haber explotado de risa con la secuencia en la que Chico tima a Groucho vendiéndole una supuesta e interminable enciclopedia de caballos para que apueste sobre seguro mientras él mismo utiliza el dinero de aquel para apostar a un caballo que sabe ganador, o aquella otra en la que Groucho engaña al director del sanatorio en el que acaba de ser contratado cuando este

intenta buscar referencias suyas en una clínica en la que supuestamente había trabajado antes. Disfrutamos de la belleza de Maureen O'Sullivan, de la lírica voz de Allan Jones y de la elegante candidez de Margaret Dumont en todos los momentos en los que el pillo de Groucho se burlaba de ella.

Y fue precisamente en una escena con Margaret Dumont en la que ocurrió lo que haría que ese día no se haya borrado nunca de mi memoria. En dicha escena, el hipocondríaco y acaudalado personaje que interpretaba Margaret Dumont pide a Groucho que le haga un examen médico para demostrar a un especialista extranjero que está enferma (cuando, en realidad, no lo está). La secuencia es completamente hilarante y en ella intervienen los tres hermanos haciendo todo tipo de locuras divertidísimas, consiguiendo uno de los momentos cumbres de la cinta e incluso diría que una de las escenas más memorables de toda su filmografía.

A mitad de la secuencia, el señor Giddens se reía de forma tan efusiva que no pude remediar girar la cabeza para mirarlo. Y entonces lo vi. Vi algo que me dejó extrañado en un primer momento y que provocó acto seguido una estupefacción en mí que llegó a paralizarme primero y a asustarme después.

El señor Giddens contemplaba la escena con amplias carcajadas que hacían que su boca se abriera de par en par, algo que, hasta el momento, debido a la cauta y poco expresiva forma de hablar del anticuario, nunca había tenido la oportunidad de ver. Pero supongo que el ambiente distendido que se había creado en torno a aquella divertida película le habían hecho relajarse más de lo que hubiera deseado.

Envueltos en las sonoras carcajadas que salían de su garganta, los dientes de Horace Giddens se me aparecieron por primera vez aquella tarde. ¡Y de qué manera! Su dentadura brillaba iluminada con la luz que reflejaba la pantalla. Sus dientes eran blancos y se encontraban relativamente bien alineados. Pero lo que más me llamó la atención de ellos fue su longitud. Conforme se reía y abría más y más su boca, sus dientes aparecían como largas piezas de marfil sin parecer llegar nunca a agarrarse a las encías; encías que, por otra parte, no llegué a ver. No podía decir que hubiera un diente más largo que otro, pero esa desmesurada longitud dental en general le daba un aspecto extraño y deforme a su cara, que contrastaba sobremanera con las continuas risas que emitía; risas que, de repente, se habían vuelto siniestras para mí, en lugar de divertidas.

De pronto, mientras yo permanecía paralizado absorto en su peculiar dentadura, el señor Giddens giró su cabeza y me miró fijamente, como si algo lo hubiera avisado de mi indiscreta observación. Bajó sus lentes y su mirada me penetró entonces hasta la médula, haciendo que mi cuerpo se estremeciera de arriba a abajo. El anticuario había dejado de lado a Groucho y sus hermanos y ahora se concentraba en mí, sin decir palabra, con sus clarísimos ojos reluciendo en la oscuridad y su sonrisa borrada en un segundo por completo de su faz, como si nunca hubiera existido. Su rostro, enmarcado entre sus dos enormes orejas, carecía de expresión alguna y los dos puntos casi blancos que apuntaban hacia mí desde donde debían estar sus ojos permanecían inamovibles, sin pestañear en absoluto, como esperando que de ellos saliera un fugaz rayo que me fulminara en un instante.

Esa fue la primera vez que sentí miedo del señor Giddens. Y no fue un miedo convencional, fue auténtico terror. Un terror que me dejó aún más petrificado que cuando había descubierto sus extraños dientes un instante antes. Un terror inexplicable, frío, oscuro, que provenía de lo más hondo de mi alma y que nunca había experimentado antes. Un terror que, seguro que consciente de su efecto en mí, el señor Giddens se apresuró a intentar disipar volviendo a girar la cabeza

hacia la pantalla, colocándose sus lentes y mascullando unas palabras casi sin mover los labios, como usualmente solía hacer:

—Esto es muy divertido, ¿verdad, William?

Yo no pude ni responder. Haciendo un gran esfuerzo recuperé mi movilidad y agaché la cabeza, al tiempo que trataba que mi corazón volviera a latir con normalidad, antes de que se me saliera por la boca de lo apresurado de sus bombeos.

Tragué saliva. Intenté convencerme de lo absurdo de la situación que acababa de vivir y de lo que había provocado en mí, sacando mi vena más lógica y restando importancia a lo poco convencional de la dentadura de aquel hombre. Al fin y al cabo, era una persona muy mayor y seguro que su cuerpo estaba algo degradado por la edad, incluso de formas que yo no llegaba a imaginar.

Poco a poco me fui tranquilizando, pero a partir de ese momento es un hecho que yo ya no volví a reír esa tarde y el señor Giddens, aunque trató de disimularlo un poco con ciertas carcajadas contenidas que lanzó de forma fugaz y esporádica en ciertos momentos del resto del metraje, también redujo sus risas.

Yo dejé de sentir interés por la película durante unos minutos. La magia se había roto por un suceso tan estúpido como extraño; y había sido por mi culpa, creía yo. Por suerte, Harpo y un multitudinario número musical de música negra, con baile incluido, lograron hacerme olvidar aquello por un momento y llegué al final de la cinta con los nervios más aplacados, aunque lo cierto es que en cada cambio de bobina que restó no pude dejar de volver a ver en mi mente los enormes dientes de mi patrón.

Cuando la película acabó, el ambiente volvió a ser casi normal, pero algo había cambiado para siempre en cómo percibía yo nuestra relación. Aunque yo aún no era muy consciente de ello, notaba cierto resquicio de duda muy en mi interior; duda sobre quién era realmente ese anticuario tan amable que me había reclutado ofreciéndome un trabajo agradable y bien remunerado, además de aportarme cultura cinematográfica e histórica, basada sobre todo en curiosidades (todo hay que decirlo).

Subimos directamente al piso principal; no nos detuvimos a rebobinar los rollos; y aunque yo le propuse recoger todo antes de irme, él rechazó mi ofrecimiento de forma en extremo educada.

Cuando llegamos a la entrada de la casa, el anticuario me sorprendió al decirme:

—Mañana puedes tomarte todo el día libre.

—Se lo agradezco mucho, señor Giddens, pero no tiene por qué darme el día libre —repliqué cortés, por más que la idea me pareciese muy atractiva.

—Permíteme insistir, William. Te vendrá muy bien un descanso. Esta semana ha sido dura. —Y tras una breve pausa, continuó—. Pero el sábado te quiero aquí por la mañana, ¿de acuerdo? —apostilló el anticuario para despejar cualquier duda sobre sus intenciones de liberarme del todo.

—Por supuesto. Cuente con ello, señor Giddens. Y muchas gracias por su amable detalle.

—No hay de qué. Creo que podré sobrevivir un día en la tienda sin tu ayuda —respondió el señor Giddens enderezando su cuerpo para parecer más alto.

—En realidad mi agradecimiento se refería al hecho de haberme invitado a compartir con usted una película tan divertida. Ha sido un placer acompañarlo.

Creo que mis palabras pillaron por sorpresa a mi cliente, pero este supo reponerse rápido y sentenció:

—Pues entonces espero sinceramente que no sea la última vez que lo hagamos.

En toda aquella charla había una falsa sensación de impuesta y forzada cortesía. Él y yo lo sabíamos, aunque, visto desde fuera, nadie lo hubiera adivinado nunca. La sospecha que se había iniciado en mi interior, sin forma definida pero por momentos creciente, naciendo en lo más profundo de mi estómago y expandiéndose como una nube negra que pretendiera invadir todo mi ser, no podría haber sido percibida por nadie más que por mí mismo y quizás, gracias a una sobrenatural empatía, por el hombre que tenía enfrente.

Me despedí y salí de la casa. Cuando caminaba por el jardín hacia la calle, mi ojo se fijó en la valla que rodeaba la propiedad y sus listones de madera me recordaron a los larguísimos y peculiares dientes del anticuario. Un escalofrío me recorrió la espalda. Sentí como si al salir de allí y pasar entre esos listones estuviera escapando de la mordida de esa extraña dentadura.

Por un momento intenté convencerme de que, debido a la poca iluminación que había durante la proyección, mi único ojo quizás me había jugado una mala pasada y habría podido magnificar la extrema longitud de las piezas dentales de aquel hombre; pero mi estómago volvió enseguida a obligarme a reconocer como cierto lo que había visto aquella tarde: unos dientes singulares, muy largos, casi monstruosos, que habrían helado la sangre a cualquiera.

# Quien tiene un amigo... tiene un tesoro

A pesar de que la mañana del viernes me desperté pensando en ello, la experiencia de la tarde anterior no había conseguido alterar mi sueño tanto como yo había imaginado antes de acostarme. Me levanté descansado y con el ánimo bastante elevado. Los luminosos rayos de sol que adornaban la hermosa mañana de aquel viernes de verano me infundían seguridad y alegría, con lo que pronto olvidé casi por completo los extraños dientes del señor Giddens y me concentré en el día que tenía por delante. Con toda la tarea que aún quedaba por hacer en la vivienda de mi cliente, que casi se había convertido en el único y acaparaba la mayor parte de mi tiempo, disfrutar de un día libre –aparte del domingo– era un tesoro bastante preciado; así que quería aprovecharlo bien.

La noche anterior había llegado a casa tan turbado que no había avisado de mis minivacaciones a ninguno de mis amigos, por lo que lo primero que hice tras asearme un poco, antes incluso de desayunar, fue telefonear a Abe y a Penny.

Por desgracia, ambos estaban ocupados. Penny iba a salir fuera de la ciudad con su madre para acompañarla a hacer unos recados a Merryville –a unas veinte millas de Fortress Flint– y Abe se había comprometido con la suya a echarle una mano en su tienda. De ese modo, hasta la tarde ninguno de los dos estaría disponible para pasar el rato conmigo. Al menos dejé cerrado con ambos el plan vespertino; nos veríamos en la playa.

Me resigné y traté de pensar en algo alternativo que hacer para gastar las horas de la mañana; a ser posible, de forma provechosa.

Mi madre hacía rato que se había marchado al trabajo, con lo que yo ni siquiera me había cruzado con ella esa mañana y –aunque sé que lo que voy a decir a continuación no suena para nada a «hijo perfecto»– no quería llamarla para preguntarle si tenía alguna tarea para mí por miedo a que su respuesta fuera un rotundo «sí» y me tuviera liado trabajando en casa o haciendo recados en mi día libre.

Finalmente decidí salir a dar un paseo, pensando que a lo mejor así se me ocurría algo provechoso –a la vez que lúdico– en lo que invertir mi tiempo.

Llevaba unos veinte minutos poniendo los pies uno delante del otro sin rumbo fijo cuando llegué, por casualidad, a Romulan Square. Allí, sin poder evitarlo debido a lo enorme que era, reparé en el majestuoso edificio blanco que presidía la plaza y que hacía muchos años que servía como biblioteca principal de Fortress Flint. La temperatura había empezado ya a subir, aunque aún quedaba un poco para que alcanzara su cota más alta aquel día. Se me antojó entonces que un buen sitio para pasar el rato podía ser precisamente aquella biblioteca, en la que además de encontrar cultura (y, con suerte, algo de entretenimiento) encontraría fresco. Hacía un par de meses que no leía un libro por puro placer, ya que los estudios y mis otras actividades me habían tenido bastante ocupado, pero, de repente, me apeteció retomar una de mis aficiones y leer algo de aventuras, que era mi género favorito. Pensé que un Julio Verne, por ejemplo, estaría bien.

Intentando concretar en mi mente qué libro escogería, llegué a las escaleras que daban acceso al edificio. Iba tan absorto en mis pensamientos que casi tropiezo con una de las tres peculiares

señoras que amurallaban la puerta de la biblioteca, dos a los flancos de la misma y una, la más alta, justo en el centro.

—Buenos días, jovencito.

Era la señora Lonegan, la presidenta de la Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate, la que hablaba. Era una mujer muy alta, delgada, de mirada firme y desafiante, y una voz ronca que, oída en un callejón oscuro, estoy seguro de que podía hacerte helar la sangre. Parecía muy devota de sus creencias y muy recta para con sus convicciones. Yo conocía su asociación porque había hecho un par de trabajos para ella y porque habían intentado varias veces –sin éxito– que mi madre se uniera a ellas y su causa.

KIAWA, que eran las siglas por las que se conocía a la asociación, se dedicaba sobre todo a conseguir fondos para mejorar las pensiones que, tras perder a sus maridos en la guerra, les habían quedado a las viudas de la ciudad; pero solo a las que formaban parte de la asociación. Sí, porque las únicas viudas beneficiarias de lo que la asociación recaudaba eran las mismas que participaban en ella activamente; de ahí que mi madre nunca hubiera recibido ninguna ayuda económica por su parte, a pesar de ser viuda de un militar fallecido en combate y razonablemente conocida en la ciudad.

KIAWA organizaba eventos, pequeños conciertos, cenas benéficas y cosas así. Sus miembros casi siempre iban vestidas de negro o colores oscuros. Todas llevaban el pelo recogido, con el mismo peinado. A veces la gente bromeaba con el hecho de que debían llevar todas pelucas compradas en la misma tienda. Aunque entre sus asociadas había mujeres más jóvenes y otras más mayores, unas altas y otras bajas, unas delgadas y otras gruesas, al final parecían todas ellas sacadas del mismo molde. No eran mala gente y sus intenciones eran loables (al menos, para con ellas mismas y sus familias), pero la verdad es que no podía decirse que fueran muy simpáticas, en general. Y el más claro ejemplo de ello era su presidenta. Muchos –confieso que yo incluido– las llamábamos las «urracas».

—Buenos días, señora Lonegan. ¿Qué tal está? —contesté educadamente, mientras era escudriñado por las otras dos urracas a ambos lados de la puerta.

—Estamos muy bien, gracias. Ten, coge uno —ordenó tendiéndome su mano con un pequeño panfleto—. Estamos preparando una jornada de pícnic para recaudar fondos. Es un pícnic en beneficio de todas las pobres señoras que, aparte de haber perdido a sus maridos en la guerra, tienen que lidiar con los paupérrimos ingresos mínimos que les han quedado como pensión y que apenas les permiten subsistir de forma razonable. Será el 23 de julio, en el Howe Forrest Park. Todavía quedan unas tres semanas, pero hay que hacer muchos preparativos aún y necesitamos que todo el mundo se reserve ese día en su agenda para venir a colaborar. —Sin posibilidad de escape, cogí el panfleto—. Y dale mucha difusión —volvió a ordenar con su grave vozarrón—. Ya sabes lo necesitadas que nuestras hermanas están de ayuda.

—Por supuesto —contesté diligente y con una quizás demasiado forzada sonrisa. E intenté seguir mi camino hacia el interior del edificio.

—Por cierto, Will Johns, saluda a tu madre de nuestra parte, y recuérdale que nuestra puerta siempre estará abierta para acogerla cuando esté preparada para cruzarla.

—Lo haré, señora Lonegan —prometí mientras atravesaba el enorme portón de madera que daba entrada a la recepción de la biblioteca. En cuanto este se cerró tras de mí, doblé el panfleto cuatro veces y lo metí en mi bolsillo, olvidándolo por completo.

Me fascinaba la biblioteca. No sé qué tipo de edificio había sido antes aquél, aparte de estar seguro que siempre se habría dedicado a alguna función pública, pero por su estructura y

distribución podría haber sido construido para algún tipo de cuestión política o burocrática de cierto nivel.

Su recepción era un inmenso *hall* circular, con varias puertas a lo largo de su circunferencia y dos suntuosas escalinatas, una a cada lado del mostrador principal, que iban girando a la vez que subían para encontrarse, frente a frente, delante de la puerta de entrada a la enorme sala que cubría casi toda la planta superior y que era donde se encontraban la mayoría de los títulos. Detrás del mostrador de recepción se encontraba el señor Popples.

Donald Popples, o Don –como le llamaban todos sus amigos y conocidos adultos en Fortress Flint–, era un simpático cincuentón, prácticamente calvo y con un espeso bigote más blanco que gris, que gestionaba la entrada y salida de libros y servía de ayuda a los buscadores de literatura que, como yo, iban de cuando en cuando a aquel templo de la cultura. A su espalda, una enorme falsa pared de madera servía de sujeción a decenas de fotografías en las que casi podía leerse la vida del bibliotecario, desde sus años mozos hasta el momento presente. Un auténtico mural de su vida, que más parecía el adorno de una vivienda que algo propio de un lugar público; aunque supongo que, con todo el tiempo que el señor Popples llevaba trabajando allí y la ingente cantidad de horas que le dedicaba a su trabajo –solo cerraba los domingos por la tarde–, esa biblioteca bien podría considerarse su hogar.

Cuando el señor Popples me vio, me saludó con una sonrisa que hizo que los pelos de su bigote se movieran abriéndose por su parte baja como las plumas de la cola de un pavo real. Tras un breve saludo por mi parte, le indiqué, sin ni siquiera detenerme, que me dirigía a la planta de arriba a por un libro de aventuras. Como yo era socio de la biblioteca y el señor Popples me conocía bastante bien, se limitó a desearme suerte en mi búsqueda antes de volver al periódico que estaba leyendo.

Las columnas de la sala principal eran impresionantes; tan gruesas que hacían que aquella enorme, alta y diáfana estancia pareciera menor de lo que era realmente, empequeñeciendo sus proporciones generales. Las estanterías estaban perfectamente alineadas, y los títulos, dentro de cada género o categoría, siempre se encontraban ordenados alfabéticamente por autor, y dentro de cada autor, por fecha de primera publicación. A mí me encantaba ir allí, porque me parecía que el lugar irradiaba una tranquilidad y una paz que invitaban a leer; algo que, por otro lado, entiendo que es lo mínimo que puede pedírsele a una buena biblioteca. En cualquier caso, al fondo de la sala había una serie de mesas con iluminación individual para que aquellos que lo desearan pudieran consultar los libros, leerlos al completo o incluso estudiar. Y, tras estas, al final del todo, cuatro puertas ocultaban tras de sí otras tantas salas pequeñas o cubículos para trabajar en grupo y comentar cosas sobre los libros en privado, sin molestar a los demás usuarios de la biblioteca.

Los altos techos de toda aquella estancia principal, combinados con el brillante suelo de mármol de la misma, hacían que la temperatura en la biblioteca fuera considerablemente más baja que en el exterior. Uno casi podía tener un poco de frío allí, algo que en aquella época del año era muy preferible al excesivo y molesto calor de la calle.

Me dirigí derecho a la sección de «narrativa», buscando el apartado de «novelas de aventuras» que tantas veces había consultado y que conocía bastante bien. Por el pasillo me crucé con Stella, la ayudante del señor Popples, una joven de veintitantos años que ayudaba al bibliotecario a ordenar los volúmenes devueltos y se hacía cargo de la biblioteca en los pocos turnos que este no podía cubrir. Stella siempre calzaba unas zapatillas planas y con suela de goma para no hacer ningún ruido al caminar por el edificio, ya que su principal tarea consistía en ir de arriba abajo

acarreando y ordenando libros. Stella llevaba puesta ese día una rebeca rosa pastel que me recordó mucho a una que le había visto varias veces a mi amiga Penny.

A veces Penny había venido conmigo a la biblioteca y, aunque a ella le gustaba más la narrativa contemporánea –sobre todo la de producción nacional–, habíamos compartido, cada uno con su libro, muchos momentos mágicos en los que, como debe suceder con una buena historia, habíamos dejado volar nuestra imaginación para transportarnos con la mente a otros lugares, a otras ciudades, a otros mundos, y vivir en nuestra cabeza experiencias contadas por otros, inventadas o reales. Y si en cualquier momento queríamos volver a la realidad, solo teníamos que levantar un momento la vista y mirar al otro, sintiendo además la alegría por poder compartir dicha afición. Había veces que preferíamos leer los libros en casa, pero luego siempre nos los contábamos, intentando imprimirles a nuestras narraciones verbales toda la intensidad que las palabras escritas de los autores que leíamos nos habían conseguido transmitir antes a nosotros. Aquellos recuerdos me hicieron evocar a Penny en mi mente por unos segundos, pero no quise dejarme arrastrar por lo que en esa época parecía estar empezando a sentir por ella –una distracción que me habría hecho pensar demasiado en algo sobre lo que no podía actuar de inmediato y que seguro me hubiera provocado cierta desazón–, así que traté de volver a concentrarme en la misión de encontrar una buena lectura de aventuras cuanto antes.

Cuando llegué a la estantería que buscaba, me detuve delante de la fila de libros del visionario Julio Verne, que era el autor que en mi mente había elegido ese día para que me ayudara a saciar mi sed de aventuras literarias. Tan ensimismado estaba en la selección del libro perfecto para aquel último viernes de junio que la persona que se dirigió a mí entonces tuvo que hacerlo por duplicado para que finalmente yo girara la cabeza y me percatara de su presencia.

—Disculpa. Disculpa —dijo esa segunda vez en tono algo más alto que la anterior.

Al hacerlo vi a un muchacho afroamericano, más pequeño que yo, tanto en altura como en edad. Estaba parado a mi lado y me miraba con intensidad. Sus rasgos faciales eran finos y su aspecto, delicado. Sus huesos, perfilados bajo su oscura piel, y su escasa masa corporal hacían que su ancha vestimenta no se ajustara demasiado a su enclenque figura. No tardé ni un segundo en recordar dónde había visto su cara antes. Era el chico al que el matón de Nathan Simmons había tratado de dar una paliza una semana atrás y al que, gracias a la intervención de nuestro grupo, sobre todo de la valiente Penny, y de la posterior fortuita aparición de la policía, habíamos salvado. El mismo chico desagradecido que había salido corriendo sin decir palabra cuando yo me había acercado a él para tratar de hablarle y preguntarle si se encontraba bien; y cuya descortés actitud solo fue disculpada por Penny, argumentando que la traumática experiencia que había acabado de sufrir lo habría descolocado tanto como para ignorarnos por completo y huir del lugar de los hechos.

—¡Hola! —exclamé yo con cierta sorpresa respondiendo a su fugaz y duplicado «Disculpa».

El chico seguía inmóvil a mi lado, clavando sus ojos en mí, y llevaba en sus brazos tres enormes volúmenes de lo me que pareció una especie de enciclopedia.

—Por fin he podido oír tu voz —dije con cierta sorna haciendo referencia a su muda escapada tras el incidente de la semana anterior.

El muchacho me hizo un gesto con la mirada que indicaba con claridad su malestar por mi comentario, aunque eso a mí en aquel momento me importaba bastante poco; bajo mi punto de vista, bien podía aguantar sin rechistar una pequeña broma por mi parte.

De cualquier modo, su semblante cambió rápido a uno más neutro.

—Tienes razón y lo siento —dijo él bajando su mirada con cierta vergüenza—. El otro día no

debí haberme marchado sin daros las gracias a tus amigos y a ti.

—No te preocupes. Parece que el no siempre tan cruel destino te ha brindado ahora otra oportunidad para hacerlo, aunque sea solo conmigo —repliqué yo insistiendo en mi irónica aproximación.

—Créeme de veras si te digo que estoy muy arrepentido y que he pensado varias veces en tratar de buscaros para hacer lo que debí haber hecho hace siete noches —dijo él con algo más de intensidad y un tono de rabia interna por su reconocido y asumido error.

El muchacho hablaba bastante rápido y pude deducir ya entonces que su carácter parecía ser muy nervioso.

—No te preocupes, hombre. Te creo —dije yo ahora con un tono más serio y formal, para que supiera que de verdad apreciaba su gesto y lo consideraba sincero—. Estás totalmente disculpado. Esa noche no fue nada agradable para ninguno de los cuatro.

—Bien. Pues, por favor, trasládales mi profundo agradecimiento a tus amigos. Especialmente a la chica.

—Así lo haré —prometí.

Antes de que pudiera preguntarle su nombre, se apresuró a despedirse con un escueto:

—Hasta luego.

Se giró rápidamente y empezó a alejarse de mí, casi dejándome con la palabra en la boca y provocándome una sensación de frustración que anuló en parte lo agradable de su disculpa y agradecimiento.

Conforme se alejaba, no pude dejar de fijarme en que andaba afectado de una considerable cojera, exacta a la que mostró en su «huida» la semana anterior, y lo primero que se me vino a la cabeza fue que las secuelas de su encuentro con Nathan estaban siendo más duraderas de lo deseable. En ese instante volví a sentir un poco de lástima por él.

Aún no había dejado de mirarlo cuando, de repente y del mismo rápido modo que antes se había alejado de mí, volvió a hacer un giro de ciento ochenta grados y se aproximó de nuevo a mí con nervioso caminar.

Al llegar donde yo me encontraba, me dirigió una de las preguntas más extrañas que me han hecho en mi vida:

—Veo que estás en el estante de Julio Verne, por eso supongo que te gustan las novelas de aventuras, pero… ¿te gustaría vivir una de verdad? —preguntó en un tono más bajo y misterioso que el que había empleado antes.

—¿Te refieres a una aventura? —dije yo un poco sorprendido, tras unos momentos de titubeo antes de reaccionar.

—Sí, me refiero a una aventura. Con la misma emoción, misterio y adrenalina que las de los libros..., pero completamente real.

Me dijo aquello con tanta convicción que era casi imposible no creer que estuviera hablando en serio. Y entonces terminó de concretar su propuesta:

—¿Te gustaría acompañarme en la búsqueda de un tesoro?

Aunque mi sentido común me hacía dudar muchísimo de la proposición de aquel muchacho, mi curiosidad de adolescente luchaba porque le siguiera el juego un poco más, solo para ver hasta dónde llegaría la imaginación de aquel chico. La curiosidad fue más fuerte que la incredulidad.

—Por supuesto, ¿cómo no? —me aventuré a asegurar sin tener ni la más remota idea de cuán lejos me llevarían esas palabras.

—Entonces ven conmigo. Lo que te voy a contar es mejor hacerlo en privado —siguió en el

mismo tono misterioso, mirando a derecha e izquierda, como si fuera un espía a punto de revelarme el más importante de los secretos.

Casi me entraron ganas de reír al oírlo, pero me contuve y seguí al muchacho mientras este se dirigía a una de las salas privadas del fondo de la biblioteca.

Entonces volví a reparar en su peculiar cojera, ya que era imposible no fijarse en ella. Era la pierna derecha la que le fallaba al caminar.

—Veo que todavía te duran las secuelas de tu encuentro del otro día con Nathan Simmons —advertí desde atrás, intentando empatizar un poco con él.

—Si te refieres a mi cojera, no es por la pelea con ese orangután —dijo sin mirar atrás mientras yo pensaba en lo cómico que sonaba llamar a eso una «pelea», cuando en realidad él no había tenido ninguna oportunidad de replicar a su agresor—. De pequeño tuve la polio y mi pierna derecha quedó dañada, aunque eso no me impide llevar una vida normal. Tú precisamente debes saber bien de lo que hablo, ¿verdad?

El chico había sido muy directo en su forma de dirigirse a mí y referirse sin ninguna sutileza a mi ojo perdido, pero no dije nada y me limité a seguirlo hasta la sala privada, reafirmando mi primera impresión de que se trataba de un muchacho algo maleducado en sus formas.

Al llegar a la sala, el chico abrió la puerta sin llamar, como si supiera de antemano que iba a estar libre. No había mucha gente en la biblioteca, pero lo normal hubiera sido llamar antes para asegurarse.

Se sentó con cierta dificultad en una silla que había en uno de los extremos de la mesa situada en el centro de la sala y me indicó con la mano que yo hiciera lo propio en la silla que quedaba enfrente de él, cosa que hice tras cerrar la puerta.

Una vez me hube sentado, los dos nos quedamos mirándonos fijos, casi como oponentes en un duelo a punto de empezar, sin decir palabra. Yo creo que él todavía dudaba si debía contarme o no lo que me había sugerido y, por mi parte, yo estaba muy expectante sobre lo que aquel chico podría contarme. Era él quien debía hablar primero. Los tres libros que el chico llevaba antes en la mano descansaban ahora encima de la mesa, en la esquina más cercana a su flanco derecho, y pude comprobar entonces que, como había sospechado antes, se trataba de tomos de varias enciclopedias diferentes.

Finalmente, el muchacho se decidió:

—Está bien —comenzó como si hubiera cedido a la mitad de su cerebro que le empujaba a contarme lo que iba a relatarme en contra de la otra mitad, que trataba de convencerlo de que no lo hiciera—. ¿Has oído alguna vez hablar de …?

—Un momento —le interrumpí bruscamente—. Antes de nada, creo que lo correcto sería que nos presentáramos, ¿no?

—Tienes razón —dijo rápidamente, como cayendo en la cuenta de su despiste—. Me llamo Terence Ivory. Tengo catorce años. Bueno, casi, porque en realidad aún no los he cumplido; pero me queda muy poco. Vivo con mi madre, que es la persona más maravillosa del mundo. No tengo padre. Bueno, sí que tengo, pero nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo nací. Soy hijo único. Me crie en Chicago. Llegué a Fortress Flint hace seis meses y mi asignatura favorita en el colegio es Historia.

La velocidad con la que Terence escupía las palabras era tal que me costó retener toda la información que me había soltado de golpe. Pero el hecho de que viviera solo con su madre –como yo– creó de forma instantánea e inconsciente un vínculo empático en mi mente que quizás

me hizo estar más predispuesto a escuchar –y creer– lo que aquel enclenque muchacho iba a contarme a continuación.

Por mi parte, me presenté de manera más escueta y tranquila que él y volví a cederle la palabra para que, ahora sí, me hablara de esa supuesta aventura para buscar un tesoro que quería compartir conmigo.

—¿Has oído alguna vez hablar del tesoro de Abercrombie? —me preguntó entonces con cierta ansia.

—Pues la verdad es que no. No me suena de nada —contesté tras pensarlo unos segundos.

—¡Pufff! —bufó como si le molestara tener que «perder su valioso tiempo» en ilustrar mi ignorancia—. Está bien. Tendré que contarte toda la historia desde el principio, entonces.

—Muchas gracias, hombre —subrayé yo en tono irónico, aunque él estaba tan concentrado en lo que quería contarme que no se percató en absoluto.

—Veamos, todo empezó a mediados del siglo XVIII, durante la guerra franco–india. Al comenzar el verano de 1758, las tropas inglesas de Jorge II estaban empezando a ejercer su supremacía sobre sus enemigos, los franceses, logrando que estos empezaran a replegarse poco a poco, cediendo terreno. El motivo de la inclinación de la balanza favorable a los ingleses en ese momento de la guerra se debía básicamente a que los refuerzos solicitados por lo generales que batallaban en la contienda de las entonces llamadas Indias Orientales solo parecían ser oídos por los altos cargos ingleses, que apostaron decididamente por esta guerra enviando miles de soldados desde el viejo continente, mientras que en Francia las peticiones de sus inteligentes y valientes estrategas militares, los cuales, de hecho, habían comenzado ganando la guerra, eran ignoradas o consideradas de manera secundaria y, por tanto, mal atendidas. Esto supuso un golpe moral muy duro para los combatientes franceses, que veían cómo las tropas de su enemigo se renovaban y crecían según la demanda, mientras que las suyas solo mermaban y se debilitaban por el desgaste.

Terence hablaba con pasión; de manera harto culta, y parecía que también con bastante conocimiento. Su discurso era rápido y nervioso. Lo que me relataba hasta el momento me sonaba bastante, ya que yo había estudiado esa guerra en clase de Historia en el instituto, y eso hizo que mi interés por lo que me pudiera contar a continuación se acrecentara.

—A principios de julio, el objetivo principal del ministro de guerra inglés, William Pitt, era conquistar Fort Carillon. Se trataba de un fuerte situado entre los lagos George y Champlain, muy cerca de la actual frontera del estado de Nueva York con Vermont. El puesto tenía una posición privilegiada y muy estratégica para los militares porque desde él se podía controlar todo el acceso al valle del río Hudson y los franceses eran plenamente conscientes de su importancia. Tanto es así que, acompañando y dirigiendo a los tres mil seiscientos regulares, milicianos y nativos aliados, se encontraba el general Montcalm, uno de los héroes franceses de la contienda, respetado por todos y temido por los ingleses habida cuenta de su exitosa trayectoria y sus numerosas victorias. Para desgracia y pesar de William Pitt, el general al mando de la ofensiva inglesa era James Abercrombie, un maduro comandante que había comprado su rango usando más su influencia política que su habilidad o experiencia militar y cuyas tácticas de guerra estaban totalmente ancladas en el pasado. A pesar de que Pitt sabía de la incompetencia de Abercrombie, no podía hacer nada para sustituirlo hasta que este fracasara o le diera claros motivos, de forma objetiva e irrefutable, para ello. Lo que sí podía hacer era poner como segundo de Abrecrombie a un hombre de contrastada destreza militar, líder nato y valiente soldado, que inspirara de verdad a las tropas y ejecutara de forma efectiva el ataque, dejando a

Abercrombie como mera figura icónica sin mando operativo real. El elegido para tal cometido fue el general George Augustus Hawk, que conocía a la perfección las maniobras militares en el terreno y había participado muy activamente en adaptar las tropas a la dificultad y peculiaridades de las operaciones que debían ser llevadas a cabo en el bosque, donde transcurría entonces la mayor parte de la contienda. Según las cartas oficiales, solo se le encargó dirigir a los milicianos coloniales en la batalla, pero en realidad él era el verdadero cerebro de toda la operación contra Fort Carillon.

Terence parecía tener una capacidad pulmonar excelente, ya que casi no tomaba aire entre frase y frase, y sus labios escupían las palabras de manera automática, como si hubiera contado aquella historia muchísimas veces antes.

—El 5 de julio de 1758, Abercrombie se detuvo en una pequeña isla situada dentro del lago George, en su parte sur, llamada Tea Island. Lo acompañaban solamente tres hombres: el general Hawk y los tenientes Robert Rose y Theodore Blackbelt. Yo creo que Hawk fue invitado por cortesía, pero Rose y Blackbelt eran dos hombres de plena confianza de Abercrombie, de esos que se suelen usar incluso para temas «poco formales», ya me entiendes —me indicó con un gesto de complicidad. Y luego continuó con un tono más misterioso—. El objetivo de Abercrombie era esconder en aquel islote dos cofres cuyo contenido nunca se identificó pero que se presupone era muy valioso. La teoría más aceptada a día de hoy es que es muy probable se tratara de la paga para los dieciséis mil soldados bajo su mando, que Abercrombie quiso esconder antes de la contienda, por supuesta precaución, para que el dinero nunca cayera en manos de los franceses. El por qué este dinero estaría siendo manejado tan cerca de la contienda no está del todo claro, pero mi opinión es que precisamente la oscura intención de Abercrombie respecto a él fue lo que lo situó en un lugar tan anómalo como era el propio frente de batalla; aunque ya llegaremos a eso un poco más adelante. Por ahora, imagínate: dos cofres enormes repletos de libras, coronas, chelines y peniques, inicialmente destinados a pagar a los desgraciados soldados que luchaban por la causa, enterrados bajo la tierra húmeda de una pequeña isla en medio de la nada, y cuya situación exacta dentro del islote solo conocían cuatro hombres en todo el mundo.

Ahora sí que aquel chico había logrado llamar mi atención. Mi ojo estaba abierto de par en par; y no podría asegurar que mi boca no lo estuviera también. Como hacía cada vez que me ponía nervioso, yo jugaba a enredar mis dedos en la cadena de plata que llevaba al cuello.

—Tras ese pequeño alto en el camino, los ingleses continuaron su ruta hacia el norte para enfrentarse a los franceses en Fort Carillon. La superioridad numérica inglesa era notable y su confianza en la victoria era aún mayor. Sin embargo, el 7 de julio, un solo día antes del comienzo de los ataques contra el fuerte, los planes del ministro Pitt se truncaron cuando una bala de un mosquete francés atravesó el pecho del general Hawk, que había encabezado una expedición de reconocimiento para limpiar el camino de posibles avanzadillas francesas atrincheradas antes del fuerte y se había topado con poco más de un centenar de soldados franceses fuera del fuerte. A pesar de la muerte de Hawk, los ingleses ganaron el asalto e hicieron retroceder a los franceses al interior del fuerte, pero en aquel aparentemente minúsculo e insignificante choque, lo que realmente hicieron fue perder la batalla. ¿Por qué? Porque con Hawk muerto, el incompetente Abercrombie volvía a estar al mando de todas las tropas… él solito. Aunque la pérdida de Hawk supuso para él un duro golpe, ya que quiero suponer que era muy consciente de que toda aquella operación militar se basaba en la pericia del general muerto, su arrogancia no le hizo recapacitar sobre la mejor decisión en aquellos momentos y, estando ya a las puertas de Fort Carillon,

Abercrombie decidió proseguir con sus planes de conquista sin pensarlo demasiado. Al fin y al cabo, tenía el mayor ejército inglés jamás congregado hasta la fecha en el Nuevo Mundo. Dieciséis mil soldados, nada menos, contra menos de cuatro mil por parte de los franceses. Para debilitar a su oponente, Abercrombie quería optar en primera instancia por una estrategia tan simple y efectiva como largoplacista: rodear por completo el fuerte intentando conseguir una sencilla rendición por hambre. Sin embargo, la noticia de la pronta llegada de un refuerzo de tres mil franceses le hizo cambiar de opinión. Y así, cegado por un exceso de confianza y soberbia, poco después de las nueve de la mañana del día 8 de julio de 1758, Abercrombie ordenó el primer ataque frontal contra los franceses de Fort Carillon. El tozudo general pensaba que, una vez tomado el sitio por la fuerza, los refuerzos franceses que estaban por llegar darían la vuelta y desistirían de alcanzar su destino. Por tanto, su prioridad era acabar con aquello cuanto antes; y así lo hizo, pero sin evaluar realmente los riesgos de tal empresa, sobre todo si se ejecutaba mal, como, de hecho, sucedió. Así que Abercrombie, como si hubiera estado comprado por el propio ejército francés, envió a sus tropas por el único sendero que llegaba al fuerte, sin ni siquiera preparar su artillería. Los desprotegidos soldados ingleses atacaron a pecho descubierto una fortificación tras cuya sólida muralla se encontraban ocultas las tropas francesas con sus mosquetes. Los ingleses iban como corderos al matadero. Hasta siete veces, en asaltos separados, chocaron las tropas inglesas contra la casi inexpugnable muralla del fuerte antes de que Abercrombie se diera cuenta de su nefasta estrategia. Su obstinada y nada meditada decisión le había costado unos dos mil hombres entre muertos, heridos y desaparecidos, mientras que Montcalm solo había perdido cien hombres y sus heridos no llegaban a los trescientos. La victoria francesa fue abrumadora.

Terence lo contaba de tal forma que a mí me parecía estar viendo una película en mi mente y estaba del todo inmerso en la narración de aquel nervioso muchacho, que no paraba de adornar con multitud de gestos la historia que relataba con pasión.

—Aquella fue, con bastante seguridad, la mayor victoria de los franceses en la contienda francoindia y, por consiguiente, la mayor derrota de los ingleses. Abercrombie fue relevado de inmediato del servicio por la corona inglesa y sustituido por el general Jeffrey Amherst, que poco más de un año después consiguió, haciendo uso de una estrategia militar más depurada y lógica, rendir Fort Carillon y tomarlo definitivamente. Más adelante Fort Carillon sería rebautizado por los ingleses como Fort Ticonderoga. —Aquí Terence hizo una estudiada pausa y su ritmo deceleró en lo siguiente que salió de su boca, tratando de darle a ese último mensaje la importancia que merecía—. Pero lo más interesante para nosotros es que, en una nueva muestra de su inoperancia antes de ser destituido, y aunque parezca increíble, cuando Abercrombie se retiraba presa del pánico tras la dolorosa derrota sufrida, pasó de nuevo cerca de Tea Island… pero no se detuvo; y no consta en ningún documento que los dos cofres que enterró días antes de la batalla fueran recuperados en ningún otro momento. Parece que no fue hasta bastantes días más tarde que se envió a una cuadrilla, comandada por el propio Abercrombie, para desenterrar los cofres; pero los cofres ya no estaban allí. Y nadie fue capaz de encontrarlos nunca. La versión oficial es que estos debían haber sido hallados por los franceses en el *impasse*, que bien podían haber utilizado a espías, algo bastante habitual en la contienda, para conocer el paradero de esta cuantiosa fortuna y robarla. El asunto acabó cerrado como un desafortunado y vergonzoso incidente que provocó que Jorge II tuviera que volver a vaciar un poco más sus arcas para enviar de nuevo dinero a sus tropas desde el viejo continente. Y Abercrombie, por supuesto, fue

apartado de toda actividad militar y relegado al ostracismo por la corona inglesa, y por la Historia, como el gran incompetente que era.

Mi ensimismamiento era total y mi atención era plena. La historia que me estaba relatando Terence era fascinante. Permanecí callado sabiendo con certeza que lo siguiente que haría Terence sería hablarme más a fondo de aquellos dos cofres llenos de dinero.

Terence era muy consciente del interés que había logrado suscitar en mí con su historia y aprovechó esta ventaja para seguir tejiendo su invisible tela de seducción narrativa sobre mí.

—Hasta aquí, te he contado todo lo oficial. Todo lo que se recogió en los documentos de la época respecto al tema. Pero, por supuesto, hay más —dijo con una mirada entre cómica y misteriosa—. Y aquí es donde empieza mi teoría. Abercrombie era un estratega inútil y un militar mediocre, pero no era un hombre estúpido. ¿Realmente piensas que, en su retirada, sería capaz de pasar por delante del lugar donde había escondido esos dos cofres repletos de dinero y no detenerse para recuperarlos?

—Tengo que admitir que, dicho así, suena un poco raro, la verdad —contesté intentando pensar una buena explicación para aquello, más allá de un exagerado miedo y una idiotez supina por parte del general; así que me atreví a especular un poco—. Quizás, solo quizás, Abercrombie pensó que sería más provechoso dejar que todo el mundo creyera eso, pero que realmente el tesoro fuera recuperado por él mismo, a espaldas de la corona. De hecho, a lo mejor sí que pasó de largo la primera vez, y la segunda puede que se limitara a indicar a sus hombres un lugar diferente a donde se hallaban de verdad los cofres, para que no quedara registro oficial de su recuperación, y que estos permanecieran escondidos hasta mucho más adelante, cuando las cosas se hubieran calmando del todo y él mismo pudiera ir a desenterrar el tesoro para quedárselo, cometiendo un robo contra su propio país —concluí orgulloso de mi improvisada teoría, cual detective de novela en la exposición final de sus conclusiones sobre un caso.

—Exacto, Will. Veo que empiezas a realizar los mismos razonamientos que ya hice yo en su día —añadió Terence con una expresión de satisfacción en su cara—. Pero hay un pequeño detalle que has olvidado: él no era el único que conocía el sitio exacto donde se había enterrado el tesoro. Es cierto que, de los cuatro hombres que el 5 de julio de 1758 estuvieron en Tea Island, el general Hawk había muerto un par de días después de enterrarlo y que el teniente Rose, según consta en los archivos de guerra, lo había hecho un día más tarde, en concreto, en el tercer asalto a Fort Carillon. Pero Theodore Blackbelt seguía vivo cuando los ingleses dieron la batalla por perdida y se retiraron de allí con el rabo entre las piernas, hasta que Abercrombie fue sustituido por Amherst. Por tanto, en ese momento, aún había un testigo vivo que dificultaba los presuntos planes de Abercrombie para salirse con la suya sin que nadie sospechara nada.

—Puede que no le importara compartirlo con Blackbelt —apunté yo como un rayo.

—Conociendo a Abercrombie, su naturaleza, y habiendo crecido y vivido en una familia pudiente y altiva, es muy improbable que accediera a compartir el tesoro con nadie más, y menos con un pobre plebeyo como Blackbelt, por más que este fuera, *a priori*, un hombre de su confianza.

—¿Y entonces? —pregunté yo intrigado por cómo se resolvería el asunto.

—Fácil. ¿Qué harías tú si tuvieras un insistente mosquito revoloteando a tu alrededor y cuya pequeña picadura pudiera provocarte más dolor y molestias de las que deseas?

—Pues aplastarlo.

—Diana de nuevo, Will. Y eso precisamente fue lo que hizo Abercrombie. Theodore Blackbelt apareció muerto el 10 de julio, solo dos días después de la batalla. Volvió del combate en Fort

Carillon sin ningún rasguño, pero cuando lo encontraron sin vida tenía varias heridas de arma blanca. Se supuso que fue un crimen interno en la tropa, aunque Blackbelt era conocido por su buen carácter y por su sana popularidad entre los soldados. No hubo investigación porque no se encontraron pistas ni indicios para poder determinar el asesino o los asesinos, así como tampoco los motivos del crimen, por lo que oficialmente se optó por el camino más simple: suponer que su muerte se había debido a una rencilla entre soldados que acabó mal, y sin culpable identificable; algo que en esa época pasaba más a menudo de lo que a muchos les hubiera gustado reconocer. En fin… es lo que tienen las condiciones extremas a las que un ser humano es sometido en una guerra. En cualquier caso, el asunto se archivó sin más. Me costó bastante encontrar esta información, pero está todo en los libros y los informes de los archivos de la contienda. Por supuesto, al general Abercrombie no se le menciona en ninguna parte en relación a este asunto, pero para mí es obvio que fue él quién mató o mandó matar a Blackbelt. Tú y yo sabemos que tenía el mejor de los motivos, ¿no crees?

No tuve que asentir para que Terence supiera que pensaba como él. Así que siguió hablando.

—El caso es que, de forma fortuita o forzada, Abercrombie se convirtió de repente, y muy convenientemente para él, en la única persona que conocía el paradero exacto de los cofres de Tea Island —e hizo otra medida pausa antes de una nueva revelación, que volvía a dejar en suspenso su discurso—. O al menos eso era lo que creía él.

—¿Por qué dices eso? —inquirí curioso.

—Lo normal, según toda esta teoría, hubiera sido que Abercrombie se hiciera con el tesoro que oficialmente se había dado por perdido o saqueado, y que mi sueño y nuestra aventura acabaran aquí; pero ahora es cuando la cosa se pone interesante de verdad.

No podía negar que Terence era un genio contando historias; o, como poco, aquella historia. Pensé que, si como él decía, era ahora cuando la cosa se ponía interesante, lo que vendría a continuación tendría que ser una bomba. Mis nervios estaban a flor de piel.

—Tengo en mi poder pruebas que indican que el tesoro podría estar aún escondido en algún lugar, esperando a ser recuperado.

Mi pupila estaba más abierta que nunca, mi respiración se aceleraba, gotas de sudor bajaban por mi frente, desde las raíces de mi cabello –no era debido al calor, ya que el ambiente en la biblioteca era fresco–, y mi corazón latía cada vez con más fuerza, deseando escuchar lo que un segundo después terminó por confirmar mi nuevo amigo, el cual, con una pícara sonrisa y sabiendo que aquello sería el golpe de gracia que me haría caer de forma definitiva en sus redes –si es que no lo estaba ya–, concluyó:

—Y ese lugar es… Fortress Flint.

# Mentiras arriesgadas

Terence no quiso seguir contándome detalles, excusándose en no tener que repetirlos de nuevo delante de mis amigos, pero yo creo que lo hizo para dejarme con la miel en los labios y acrecentar mis expectativas respecto a las pruebas que lo habían conducido a la deducción que acababa de revelarme sobre la localización del tesoro.

Un poco a regañadientes por tener que esperar, acordé con él que nos veríamos el domingo por la tarde con Penny y Abe, y volví a mi casa con la excitación propia de quien acaba de poner un incentivo muy grande en su anodina y corriente vida. Durante todo el camino estuve dándole vueltas a su historia, dejando que mi imaginación intentara rellenar con entusiasmo los huecos que aún no conocía. Las reticencias iniciales a creer la historia de mi nuevo «amigo» se habían disipado del todo y, conforme avanzó el día, cada duda que me asaltaba al respecto encontraba siempre una imaginativa y optimista explicación que la zanjaba, acrecentando mi convencimiento de que Terence debía de tener razón y que el tesoro debía estar oculto en algún punto de mi ciudad, esperando paciente a que nosotros lo desenterráramos.

Me costó mucho esfuerzo reprimirme y no contar ningún detalle a mis amigos antes del domingo, pero le había prometido a Terence que sería él quien les relataría la historia desde el principio; además, yo no creía ser lo bastante bueno como para incluir todos los detalles –y la convicción– suficientes para dotarla de la veracidad con la que él me la había transmitido a mí; no me veía capaz de igualar la pasión que le había visto poner en sus palabras al contármelo a mí; y, para terminar, actuar de nuevo como un mero oyente me serviría para afianzar algunos pocos datos muy concretos que entonces intentaba recordar sin mucha seguridad.

De momento, en nuestra tarde de playa, a Penny y a Abe solo les había comentado a grandes rasgos mi encuentro con Terence, omitiendo todo lo relativo a la historia del tesoro, y les había dicho que lo invitaría el domingo por la tarde a pasar un rato con nosotros para que pudieran conocerlo. A ambos les pareció bien y ninguno me preguntó nada acerca de si había algo más detrás de esa cita.

Al caer en la cama esa noche, cualquier resto de escepticismo que hubiera podido tener durante el día había sido vencido, muerto y enterrado por la curiosidad y sed de aventuras propias de un muchacho de quince años. Me costó bastante conciliar el sueño.

A pesar de ello, el sábado me levanté bastante descansado. Me aseé y, tras devorar un copioso desayuno, me dirigí a la casa del señor Giddens.

Seguía pensando en lo afortunado de mi encuentro con Terence y en lo excitante que sería buscar el tesoro de Abercrombie, pero conforme me acercaba a Sally’s Oak las felices ideas sobre tesoros escondidos dieron paso, de forma natural y paulatina, a otras más oscuras relativas a mi último encuentro con el señor Giddens y el extraño incidente sobre su dentadura. No es que ello me preocupara en exceso, pero me daba la impresión de que la mágica relación maestro–pupilo que se había formado entre nosotros durante las semanas previas –mucho más profunda que la meramente profesional, entendía yo– quizás se había esfumado tras la sesión de cine en su sótano un par de días atrás y ya no volvería a ser tan agradable y sincera como solía. En realidad, no tenía nada más que lo que ya he relatado para apuntalar esta creencia, y visto con perspectiva

quizás fuera bastante poco, pero no podía negar ese decepcionante sentimiento que en aquel momento rondaba mi corazón.

A pesar de mis temores sobre lo incómodo que podría resultar nuestro reencuentro, el señor Giddens se mostró conmigo exactamente igual a como solía hacer siempre. Desde que abrió la puerta de su casa sus gestos, palabras y miradas no exhibieron ninguna diferencia respecto a su habitual amable comportamiento y atenta preocupación por mí, y eso me hizo sentirme más a gusto –como siempre había estado con él… hasta el jueves anterior–; tanto que casi olvidé por completo mis nacientes reticencias. Casi.

He de admitir que la mañana se hizo muy corta. Me dediqué sobre todo a trabajos en el exterior de la casa. Dentro, en realidad, ya solo quedaban por desembalar algunas cajas y, como en las estanterías y expositores no había mucho más sitio libre, el señor Giddens decidió que las reliquias que en ellas guardaba no merecían más atención que permanecer almacenadas, sin ser abiertas, en un rincón del mismo sótano donde había establecido su sala de proyección. Aunque, dada la vanidad que yo percibía en el anticuario, me resultó algo extraño que el señor Giddens no quisiera exponer toda su colección al completo, en realidad me pareció bien dedicarme a actividades en el exterior, ya que, para esas, mi patrón casi nunca estaba fuera de la casa y eso me permitiría guardar un poco las distancias con él y tomarme un poco más de tiempo –y espacio– para que nuestra interacción volviera a ser la de siempre, pero de verdad. Conociendo lo astuto que parecía el anticuario, llegué a plantearme que quizás él lo habría planeado así de forma premeditada para suavizar la transición de mi estado reticente y lleno de incipientes sospechas –quizás más obvio para él de lo que yo pensaba, por mucho que yo tratara de que no se me notara– al más cercano y familiar que habíamos estado cultivando con gusto durante las semanas anteriores y no debíamos perder, eliminando cualquier resquicio de tensión que pudiera quedar entre nosotros.

Ese día el sol apretó como nunca hasta entonces lo había hecho aquel verano y al final de mi jornada laboral tenía la camiseta empapada de sudor. Cuando terminé de recoger los utensilios y herramientas que había estado usando durante la mañana, me dirigí a la puerta de la casa con la intención de despedirme desde el exterior de forma rápida y no tener siquiera que entrar. No estaba mal ni me sentía incómodo, pero lo cierto es que tampoco me apetecía todavía volver a gastar un minuto de mi tiempo conversando con el anticuario de prominentes dientes. El lunes sería otro día y, con toda probabilidad, daríamos un paso adelante en la recuperación de la completa normalidad. Solo necesitaba un par de días más.

—Ya he terminado por hoy, señor Giddens. Me voy. Nos vemos el lunes —dije casi gritando desde el porche sin saber muy bien si el anticuario estaría en la estancia principal y si me podría oírme bien.

Ya me había girado para abandonar del porche cuando la voz del señor Giddens salió de dentro de la vivienda. Él debía de estar muy cerca de la puerta y, con un tono tranquilo y amable, sus palabras me alcanzaron antes de que pudiera haber esgrimido estar lo suficientemente lejos de él como para no oírlas.

—William, ¿te apetece un vaso de limonada fresca? Hoy hace mucho calor y he pensado que te sentaría bien antes de irte.

¿Cómo negarme a aquella inocente y generosa invitación? Más aún si de corazón quería limpiar del todo cualquier sombra emocional que me impidiera recuperar la ansiada normalidad con el anticuario. Así que me giré de nuevo y enfilé la puerta.

—Claro. Es usted muy amable —respondí mientras entraba en la casa.

Como me sucedía siempre, debido a la penumbra en que solía encontrarse el interior de la vivienda, mi ojo tardó unos segundos en acostumbrarse y distinguir bien la estancia. El señor Giddens estaba de pie, muy cerca de mí, con sus ojos tan claros mirándome fijamente y una sutil sonrisa dibujada en sus delgados labios, bien cerrados para impedir cualquier recuerdo de lo que escondían. En su mano, un generoso vaso de limonada fría que enseguida me acercó para que lo cogiera. Obviamente me estaba esperando con él y, de alguna forma, sabía que no rechazaría su invitación a beber aquel refrescante brebaje.

Lo tomé, rozándole al hacerlos sus huesudos dedos, que estaban tan fríos como el propio vaso de limonada. Sin perder un segundo, me llevé el vaso a los labios y bebí tan rápido como pude. Mi prisa podría achacarse a que me apetecía tomar algo fresco que aliviara mi calor o a que no quería quedarme más tiempo allí, y en ambos casos se acertaría. De hecho, bebí tan rápido y casi sin respirar que al acabar el vaso mi garganta me dolía un poco debido a lo fría que estaba la limonada.

De reojo, mientras bebía, pude observar cómo el anticuario mantenía firme y estática tanto su postura como su mirada. Parecía una estatua o un muñeco de cera. Y justo cuando terminé de beber y le ofrecí el vaso vacío de vuelta, dijo:

—¿Sabes que ayer estrenaron película en el Royal?

Aquello lo dijo de una forma tan casual que casi pareció que no lo hubiera estado ensayando. Yo lo miré mientras esperaba que continuara, empezando a imaginar hacia dónde quería ir con aquello.

—Se llama ***Doce del patíbulo*** —continuó con sus consabidas explicaciones—. Es una película bélica ambientada en la Segunda Guerra Mundial, está dirigida por Robert Aldrich y basada en una novela de Edwin Nathanson. Salió publicada hace un par de años y la verdad es que me gustó mucho cuando la leí, por lo que pienso que la película puede estar bien. Hace tiempo que sigo la carrera de Aldrich y tiene muchas buenas películas en su currículo, a lo mejor te suena alguna. ***La podadora***, ***El beso mortal***, ***Veracruz***, ***¿Qué fue de Baby Jane?***, ***El vuelo del Fénix***, … Además, esta tiene un reparto de órdago: Lee Marvin, Ernest Borgnine, Charles Bronson, John Cassavetes, Telly Savalas, George Kennedy, Robert Ryan y muchos más.

Muchos de aquellos nombres no me dijeron nada entonces, pero entendía que se trataba de una película grande y el género bélico siempre me había resultado interesante, aunque solo fuera por las luchas, las explosiones y las secuencias de acción. Mi cara de bobalicón seguro debió indicarle que, como muchas otras veces que me hablaba de películas, actores o directores, yo no conocía ni la mitad de las cosas que él mencionaba. Pero su forma de hablar de aquellas cosas contagiaba en su interlocutor su pasión al instante, y él lo sabía. Así que, ante mi natural pero no premeditada pasividad, el señor Giddens continuó:

—Me preguntaba si te apetecería acompañar a este anciano esta tarde a verla. Creo que podríamos pasar un buen rato.

Sé que se llamó asimismo «anciano» para influir descaradamente en mi respuesta y hacerme sentir necesario ante su supuesta debilidad por senectud. Y, pareciendo un hombre que solía conseguir siempre lo que se proponía, mi respuesta debió sorprenderle sobremanera.

—Es muy amable, Señor Giddens. Y de verdad que le agradezco su invitación, pero esta vez no va a poder ser.

Por más que la idea de una sesión de cine de estreno pudiera resultar atractiva para mí, no me apetecía en absoluto volver a compartir un momento así con el señor Giddens tan pronto, ya que me recordaría demasiado a lo ocurrido durante la proyección de ***Un día en las carreras*** en su

sótano. Como ya he comentado, sentía entonces que necesitaba aún un par de días más para terminar de borrar el recuerdo del extraño incidente del jueves. De hecho, mi respuesta fue más visceral que meditada y, por el momento, no di más explicaciones sobre el motivo de mi negativa, pero eso debió darle alas al anticuario para seguir insistiendo por caminos alternativos.

—Si no puedes esta tarde, quizás podríamos ir mañana por la mañana. Es domingo y seguro que hay una sesión antes de comer. O por la tarde, si no puedes tampoco por la mañana. Ya sabes que los domingos la tienda está cerrada todo el día.

—De veras que se lo agradezco, señor Giddens, pero me temo que no me viene bien en ningún momento de este fin de semana.

Mi segunda negativa sí que lo cogió por sorpresa. Ahora sí que su mirada se tornó un poco más fría. Y la sutil sonrisa de sus labios desapareció del todo. Aun así, tras una breve pausa, lanzó un último ataque.

—Está bien. De hecho, puede que sea hasta mejor así; no te lo había dicho, pero es una película para mayores de dieciocho años, y quizás no sea del todo adecuada para un muchacho como tú. Aunque seguro que te dejarían pasar a la sala acompañado por un adulto...

Esto último lo dijo en un claro y desesperado intento por tratar de seducirme con la idea de ver algo «prohibido» para mi edad. Y, de hecho, casi le funcionó, porque me hizo dudar de verdad. Pero volví rápido a mi postura inicial y decliné de nuevo la invitación, esta vez con el argumento de una excusa pobre que ahora no recuerdo muy bien, pero que con bastante probabilidad no fue muy creíble.

—De acuerdo, William. Iré yo solo esta tarde —zanjó el señor Giddens sabiéndose perdedor de aquel combate. Se giró bruscamente y, ya de espaldas, dijo en tono seco— Nos vemos el lunes.

Para mí fue un alivio que cediera y dejara de insistirme, así que no tardé en hacer un giro similar al suyo, pero en sentido opuesto, para salir de la casa, no sin antes volver a expresarle de forma sincera mi agradecimiento por la limonada.

Conforme me alejaba de la casa mis pensamientos se iban olvidando de toda la historia de aquel peculiar anticuario y volvían a ilusionarse con las ideas de aventuras y tesoros que podría vivir con mis amigos. Al fin y al cabo, mi relación con el señor Giddens era solo un trabajo de verano y, como el propio verano, se acabaría sin dejar huella una vez empezara el nuevo curso. O eso creía yo entonces.

Pasé la tarde del sábado solo. Tenía la tarde libre y sin nada que hacer, pero mis amigos estaban ocupados y no los vería hasta el domingo. Tras holgazanear un poco en casa, decidí que sería buena idea ir a la playa a dar un paseo. Eso normalmente me ayudaba a aclarar mis pensamientos.

La arena estaba muy caliente, así que me dejé puestas las zapatillas deportivas que llevaba. El sol aún apretaba y me arrepentí de no haber cogido una gorra para protegerme un poco. Pero, aún con todo, la brisa que llegaba desde el Atlántico era fresca y compensaba la intensidad de nuestra más cercana estrella. Había bastante gente esa tarde en la playa, lo cual era normal porque estábamos al principio del verano, los cursos académicos habían acabado y mucha gente de las ciudades colindantes aprovechaba la poca distancia que los separaba de nuestra preciosa playa para acercarse a disfrutarla.

Opté por caminar por la parte más alejada del mar, para evitar encontrarme con demasiada gente. El sonido de las olas me ayudaba a pensar, a veces me dedicaba a dejar la mente en blanco y solo con eso conseguía relajarme. Las voces de los chiquillos que jugaban en la arena no llegaban a ser molestas, por lo que no perturbaba mi estado de concentración.

Durante las más de dos millas que recorrí hacia el sur y otras tantas de vuelta hacia el norte tuve mucho tiempo para pensar en las dos cosas que habían ocupado mi mente el último par de días. Por un lado, mi encuentro con Terence y su excitante historia del tesoro de Abercrombie. No solo creía haber hecho un nuevo amigo, sino que estaba a las puertas de embarcarme en una maravillosa –pensaba yo– aventura de búsqueda de un magnífico botín. Por otro, seguía dañándole vueltas a los singulares dientes del señor Giddens y al cambio de actitud que había creído percibir en él al descubrirlos.

Sé que estuve pensando en esto último durante un buen tramo del trayecto, pero al final de mi paseo decidí que ya era hora de pasar página por completo. Concluí que estaba dando demasiada importancia a algo que, con toda seguridad, no la tenía en absoluto. Incluso me convencí de que estaba siendo descortés con el anticuario, un hombre que tanto se había preocupado por mí hasta entonces, mostrándose más como un amigo –aunque fuera un «amigo de otra generación»– que como un mero cliente o patrón. Haber reaccionado tan mal a una peculiar característica física –de la cual el hombre era probable que hasta se sintiera un poco avergonzado– no me posicionaba como el más tolerante y justo de los mortales. Pensé en mi único ojo, en las cicatrices de Penny, en la hiperacusia de Abe o la cojera de Terence. Al fin y al cabo, todos éramos un poco singulares a nuestro modo, y pensar mal del señor Giddens, cuando no había tenido ni un solo detalle reprochable durante las semanas que llevaba compartiendo tiempo con él –de hecho, todo lo contrario–, era bastante despreciable por mi parte.

Regresé a casa cuando el sol estaba ya muy bajo, con la mente despejada y el ánimo más tranquilo. Y, quizás precisamente por ese estado de relajación en el que me encontraba, en mi cabeza se despertó de pronto la idea de la película que me había sugerido el señor Giddens. No iba a llamarlo entonces para decirle que me apuntaba a ir con él, hubiera sonado un poco raro, hasta para mí, y además recordaba que el anticuario había zanjado la conversación diciendo que iría esa tarde. Lo más probable era que ya estuviera sentado cómodamente en una de las salas del Royal, disfrutando de los tiros y explosiones de la película. Y justo al pensar en eso, me entraron aún más ganas de ir a verla.

Decidí llamar a Abe, para ver si le apetecía ese plan para la mañana del domingo. Habíamos quedado con Penny y Terence después de comer, así que, en principio, teníamos la mañana libre. Después de discutir un poco sobre si Penny estaría o no interesada en venir con nosotros convenimos que, aunque quisiera, en realidad no podría acompañarnos porque los domingos por la mañana solía ayudar en casa a su madre con los preparativos del recurrente almuerzo semanal al que invitaban a buena parte de su familia. Descartada la opción de llamarla para que se uniera a nosotros, aún teníamos que resolver el tema de cómo acceder a la sala para ver una película de mayores, cuando no teníamos la edad mínima para entrar. Abe recordó entonces que un primo segundo suyo, Charlie Schwartz, trabajaba a veces como acomodador en el Royal. Si daba la casualidad de que tenía turno al día siguiente por la mañana, por un par de pavos extra nos colaría en la sala (sí, era su primo, pero no tonto). Solo teníamos que comprar entradas para otra película a la que sí estuviéramos autorizados a entrar, y una vez dentro del recinto podríamos cambiar de sala sin problema con la ayuda de Charlie.

Cinco minutos después de colgar con Abe, este volvió a llamarme para confirmarme con entusiasmo que su primo Charlie trabajaba en el cine a la mañana siguiente. Teníamos el plan cerrado.

Cuando llegamos a las taquillas del Royal al día siguiente compramos dos entradas para una reposición de ***Nacida libre***, una película que ya se había estrenado el año anterior. Ni Abe ni yo

la habíamos visto en su momento ni pretendíamos hacerlo entonces, pero esa cinta familiar servía para nuestros propósitos a la perfección.

Una vez dentro del Royal, previo discreto pago de los dos dólares acordados, Charlie nos acompañó a la sala en la que queríamos entrar, sin que nadie en absoluto pareciera fijarse en nosotros. La sala estaba bastante vacía, y aún quedaban quince minutos para que empezara la sesión; nosotros habíamos preferido llegar con bastante tiempo para elegir sitios discretos. Nos quedamos en un lateral, yo sentado justo al lado del pasillo más alejado a la puerta y Abe en el sitio contiguo, a una distancia media de la pantalla. No era mi lugar favorito de la sala, pero estábamos bastante lejos de todos los demás espectadores; y yo, aunque no tuviera culpa de mi gran altura, prefería estar sentado en un lugar donde no hubiera nadie detrás y mi cabeza, que sobresalía bastante por encima de la butaca, no molestase.

Los minutos hasta el comienzo pasaron volando gracias a una tonta conversación sobre coches que nos mantuvo entretenidos hasta que las luces se apagaron del todo. No entró mucha más gente en la sala en ese periodo.

Recuerdo estar muy entusiasmado con la película. Había estado leyendo un poco sobre ella en unos panfletos publicitarios que había en la entrada del cine y aquello había acrecentado mucho mis ganas de verla. Desde que el logo de la Metro-Goldwyn-Mayer apareció en pantalla estuve súper atento a la película. Me enganchó desde el principio. El planteamiento de utilizar a un grupo de convictos como (anti)héroes de la función para perpetrar una misión suicida en Rennes con el objetivo de acabar con la mayor cantidad posible de oficiales nazis me pareció muy original. Toda la primera parte, a pesar de estar muy centrada en cómo el oficial encarnado por Lee Marvin intenta disciplinar y entrenar al grupo de maleantes, me resultó muy dinámica, incluso divertida, e incrementó muchísimo mi expectación sobre lo que podía dar de sí la segunda parte, que es donde se prometía la verdadera acción de la película.

Justo en la parte en la que los «nuevos» soldados están ya listos para partir hacia su misión en Francia, me dio por girar la cabeza hacia atrás, haciendo una panorámica de la sala, que se encontraba iluminada de manera muy tenue por los tonos claros de luz reflejados en la pantalla. No sé por qué lo hice. Quizás buscaba la seguridad de seguir estando a salvo, en una «oscura» sala de cine, donde disfrutar tranquilo del final de la estupenda cinta que estaba viendo. O quizás fue algo instintivo, sin ningún motivo en realidad. Distinguí las cabezas de todas las (pocas) personas que, diseminadas por la sala, nos hacían compañía a Abe y a mí. Y cuando llegué al final de lo que daba de sí mi cuello, aunque de reojo, vi algo que me dejó pálido por completo.

Detrás de nosotros, en la última fila, pude ver con nítida claridad un rostro que miraba la película con unas peculiares lentes que yo ya había visto antes. Sin poder evitarlo, giré mi cuerpo un poco más para asegurarme que lo que mi ojo derecho estaba mirando era lo que mi cerebro había interpretado; y entonces confirmé sin duda alguna que el rostro que había llamado mi atención no era otro que el del señor Giddens, que justo entonces giró la cabeza de forma sutil hacia mí y me hizo un gesto de saludo, llevándose la mano a la sien en un ligero movimiento al tiempo que esbozaba una de sus apretadas sonrisas.

Mi ojo se abrió entonces de par en par, pero me volví a girar de forma súbita, como actuado por un resorte, de vuelta a mi posición original frente a la pantalla, resbalándome en el asiento hacia abajo, como intentando ocultar mi silueta por completo, aunque era perfectamente consciente de que ya era demasiado tarde para eso.

Estaba tan avergonzado por el hecho de haber sido descubierto que ya no pude seguir disfrutando de la película como lo había hecho hasta entonces. No podía dejar de pensar en lo

que opinaría el señor Giddens de mí y de mi descarada mentira.

Intenté convencerme de que la culpa era de él. ¿No se suponía que iba a ir al cine el sábado por la tarde? ¿Qué hacía entonces ahí ahora? Pero esos pensamientos sin fundamento se disiparon rápido y volví a asumir que el único culpable de mi vergüenza era yo mismo.

Aunque mi ojo miró la pantalla durante el resto de la película, en realidad no presté demasiada atención a toda la acción del asalto al castillo; y no fue hasta años después que realmente pude disfrutar de la película en todo su esplendor. Esa mañana de julio, mi mente se pasó el resto de la proyección repasando una y otra vez las diez mil formas diferentes que tenía de disculparme y excusarme ante el señor Giddens, porque más tarde o más temprano tendría que enfrentarme a una conversación con él y sabía que no iba a poder ignorar todo aquello.

Hasta que no acabó la película y empezaron a salir los créditos finales no le dije a Abe quién estaba sentado detrás de nosotros en la sala.

—¡¿En serio?! —exclamó sorprendido volviéndose para mirar hacia atrás, justo como acababa de decirle que no hiciera.

—Pero ¿qué haces...? —susurré sujetándole el brazo con fuerza e intentando de manera infructuosa que no completara su indiscreto movimiento.

—Buena broma... me lo he tragado como un tonto —replicó él con una sonrisa indulgente.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué broma ni qué broma? —dije con sorpresa mientras yo también me giraba hacia atrás.

Acababan de encender las luces y era cierto que en el asiento donde antes había visto al señor Giddens ahora no había nadie. Estaba perplejo. ¿Me lo habría imaginado? Pero justo entonces me percaté que una silueta familiar, que estaba terminándose en encajar un inconfundible sombrero de ala ancha en la cabeza, salía en aquel momento por la puerta de la sala con paso firme y ligero.

—¡Allí va! —exclamé más alto de lo que pretendía dando un pellizco a Abe para que mirara en la dirección donde apuntaba mi dedo.

—¿Dónde? No he visto nada.

—Justo estaba saliendo de la sala. Debe haberse levantado muy rápido, antes de que encendieran las luces. Pero era él. Te lo aseguro.

Me levanté de mi asiento y empecé a caminar deprisa hacia la puerta.

—Voy a alcanzarlo para saludarlo y disculparme —continué mientras veía cómo mi amigo remoloneaba en su asiento.

—De acuerdo, ve. Ahora te alcanzo.

Salí de la sala, esquivando a varias personas que también se habían levantado y abandonaban el recinto entre comentarios sobre la película, y llegué al recibidor principal. No lo vi, pero estaba claro que no podía haber ido muy lejos. Apreté el pasó y llegué a la entrada del cine, pasé junto a la taquilla y salí a la calle. El sol era casi cegador y me costó unos segundos que mi vista se acostumbrara a aquella luminosidad. Miré a un lado y a otro, deseando descubrir la figura de mi empleador. Había ensayado en silencio tantas formas de disculparme durante la parte final de la película que estaba seguro de que alguna me saldría bien; y no quería dejar pasar más tiempo para hacerlo, porque me sentía bastante mal por haberle mentido.

Estuve a punto de salir corriendo calle abajo en dirección a su casa, y seguro que lo habría encontrado a la vuelta de la esquina, pero justo entonces un pensamiento me detuvo en seco. Si el señor Giddens no había esperado para saludarme o hablar conmigo al final de la película es que no había tenido ninguna intención de hacerlo; por tanto, para qué iba a yo a forzar el

encuentro. En otras circunstancias, él seguro me habría esperado a la salida y habríamos charlado, aunque hubiera sido de forma breve. No quiero decir que yo pensara que el anticuario hubiera aceptado mi falsa excusa como algo natural, pero quizás sí que entendió en parte la mentira de un adolescente y no quiso incomodarme más de lo que yo ya lo estaba.

—¿Qué? ¿Has hablado con él? —interrumpió Abe mis pensamientos por mi espalda, sin intención de sobresaltarme.

—No, qué va. Al final se ha marchado tan rápido que no hemos podido hablar.

—Pero, ¿estás convencido de que lo has visto? ¿Seguro que era él? —inquirió Abe con indisimulada incredulidad.

—Sí, sí. De eso estoy seguro. Era el mismísimo señor Giddens —respondí.

—Bueno, si tú lo dices... —zanjó Abe con no demasiada convicción—. Mejor así. Supongo entonces que él parece darle menos importancia que tú al asunto. Vayamos a comer algo ahora y así hacemos un poco de tiempo hasta nuestra cita de esta tarde con Penny y tu nuevo amigo... ¿Terence se llamaba?

—Sí, Terence —contesté mientras ambos comenzábamos a andar hacia nuestro pequeño festín dominical.

Abe iba animado, comentando la película y otras cosas con su habitual buen humor. Yo había perdido el apetito y lo escuchaba por inercia. La extraña situación vivida en el cine y el incómodo sentimiento de culpa que me recorría el cuerpo en ese momento, aunque no quisiera terminar de reconocerlo, me habían revuelto las tripas.

# Los cuatro mosqueteros

La casa de Penny era un lugar muy agradable. Se encontraba en la zona más adinerada de la ciudad, en uno de los anillos concéntricos de casas que rodeaba en centro de la misma. No en vano el padre de Penny era el abogado más reputado de Fortress Flint y su madre provenía de una familia pudiente de Nueva York, por lo que ni a Penny ni a Lauren, su hermana mayor, les faltaron nunca comodidades y atenciones materiales. En cualquier caso, todo ello no convertía a los Wise en una familia soberbia; todo lo contrario. Nunca oí al señor Wise alardear de su dinero o a la señora Wise dejar de colaborar con humildad en cualquiera de las fiestas y actos benéficos que se organizaban en la ciudad; y no solo con dinero, sino con su propio esfuerzo. Era bastante buena cocinera y siempre que podía aportaba alguna de sus sabrosas recetas en esos eventos.

La propiedad contaba con un amplio jardín trasero donde un poderoso roble se erigía dueño y señor del mismo, sobrepasando de forma holgada la altura de la casa. Calculo que ese roble sería de la misma época que el que presidía con majestuosidad Oak Square en el barrio de Sally's Oak; pero el de los Wise tenía, a unos doce pies del suelo y embebida entre sus ramas –como si el árbol hubiera crecido alrededor de ella– una casita de madera que el señor Wise había mandado construir cuando Lauren era pequeña, como refugio y lugar de juegos para su niña. Sin embargo, la que a la postre más la había usado no había sido Lauren, sino Penny... y nosotros con ella. Aquella casita en el árbol llevaba años haciendo las veces de nuestro «cuartel general» y todavía le dábamos mucho uso. Era un lugar tranquilo en el que charlar, siempre éramos bienvenidos allí y, con un poco de suerte, nuestros estómagos se saciaban con algunos de los dulces que la señora Wise preparaba con gran habilidad muy a menudo.

A pesar de que Abe y yo llegamos a la puerta de la blanquísima valla que rodeaba la propiedad de los Wise unos minutos antes de la hora a la que habíamos quedado, Terence ya estaba allí. Iba muy arreglado, con unos pantalones cortos y una camisa blanca muy bien planchada, adornada con una pajarita amarilla manchada con pequeñas golondrinas de color azul que, sin duda alguna, era lo que más destacaba de su atuendo. Bajo el brazo sujetaba unos grandes rollos de papel.

—Hola, Terence —dije yo, alzando mi mano a modo de saludo unas pocas yardas antes de llegar donde estaba él.

—Buenas tardes, Will.

—Este es mi amigo Abe. Seguro que lo recuerdas del otro día —continué mientras empujaba de forma leve a Abe por la espalda para asegurar que se acercaba lo suficiente a Terence como para ofrecerle su mano.

—Hola, Terence. Soy Abe. —Y continuó, sin poder evitar que se notara la sorna en su tono—. Bonita pajarita.

Terence le estrechó la mano de forma afectuosa, pero su mirada se volvió fría como el hielo al entender la burla de Abe.

—Encantado de conocerte, Abe. Bonita mancha de kétchup —replicó directo, sin ni siquiera intentar disimular un poco su contraataque.

Abe miró entonces su camiseta. Tenía una buena mancha de kétchup en medio del pecho, consecuencia de las ansias con las que había devorado su almuerzo.

—Vale, se lo merece por estúpido —zanjé yo para evitar que la cosa se torciera antes de comenzar—. Supongo que no esperábamos verte tan arreglado.

—Los domingos voy a misa con mi madre. Y hoy me ha obligado a quedarme con la misma ropa, sabiendo que tenía una cita con unos amigos nuevos; y encima... en este barrio. Eso es todo —concluyó Terence con cierta vergüenza en su voz, pero a la vez un poco altivo. No le faltaba orgullo, desde luego.

—Ya veo. A nosotros dos nos han visto muchas veces por aquí, así que no somos tan cuidadosos con el protocolo. Casi podrían considerarnos como de la familia... y, bueno, de hecho, Abe es en realidad de la familia, aunque lejana —detallé antes de darme cuenta que a Terence no le estaban interesando demasiado mis explicaciones—. ¿Estabas esperándonos para entrar?

—He llegado muy pronto y no quería parecer descortés presentándome antes de la hora.

—Pues, como ya estamos todos, vamos dentro —indiqué mientras abría la valla facilitándoles el acceso a Terence y Abe, el cual se coló con cierta soberbia por delante de nuestro nuevo amigo —. Por cierto, Terence, ¿qué has traído ahí? —curioseé refiriéndome a los rollos de papel que llevaba bajo el brazo.

—Planos —respondió Terence sin mirarme, mientras dirigía su cojera con firmeza hacia la entrada de la casa. Mi corazón se alegró y aceleró a partes iguales, imaginando lo que podían esconder aquellos planos.

Al cruzar la valla, una mirada nos siguió durante todo el paseo hasta la puerta de la casa, pero solo por costumbre, no por verdadero interés. Se trataba de *Wolfy*, el perro de los Wise; de Lauren y Penny, en realidad, y un miembro más de la familia Wise, con el mismo nivel de integración y estatus dentro de la misma que cualquiera de sus miembros humanos. Era un utonagan, de expresión amable y al que nunca le oí un ladrido. Su pelo largo, de color gris, iba adquiriendo distintas tonalidades, de más claro a más oscuro, según la parte del cuerpo. Los Wise lo compraron poco después de nacer Penny y ella se había criado con él, casi como un hermano canino. Ese domingo se encontraba echado delante de su caseta, a la sombra de un árbol, y sus quince años no le daban ya la energía necesaria para levantarse a saludarnos, corretear a nuestro alrededor y buscar un poco de juego. Sus ojos, solo medio abiertos, denotaban cansancio.

Cuando llamamos al timbre, Penny apareció enseguida en la puerta. Se habría dicho que estaba allí, justo detrás de ella, preparada para abrirla en cuanto llegáramos. En el interior se oía bastante bullicio, propio de la reunión familiar que se estaba celebrando. Deduje que sus integrantes se encontrarían entonces disfrutando de la sobremesa. Antes de que tuviera tiempo de saludarla y presentarle a Terence, Penny salió de la casa y cerró la puerta tras de sí.

—Vamos, seguidme. Iremos por el lateral —susurró mientras tomaba la delantera—. Así evitaremos presentaciones, preguntas y otras tonterías de mi familia.

Me encantaba lo directa y segura que parecía Penny la mayor parte del tiempo. Ninguno de los tres dijimos nada y nos limitamos a seguirla, como una manada de lobos sigue a su líder.

Ese día estaba preciosa. Llevaba el pelo recogido en dos bonitas trenzas y el color cobrizo del mismo relucía deslumbrante por efecto de los rayos del sol. Una camiseta de finos tirantes de color amarillo pálido dejaba sus hombros al descubierto. Mientras la seguía, justo detrás de ella, fantaseaba con rozar la suave piel de esos hombros que habían empezado ya a coger un agradable tono tostado veraniego. Unos pantalones muy cortos de color celeste, en cuyos bolsillos descansaban sus manos, como casi siempre solían hacer, y unas zapatillas blancas y muy limpias completaban el fresco atuendo de mi amiga. Su contoneo firme, sus formadas

curvas y sus trenzas oscilando a cada paso me tenían hipnotizado. Cada día que pasaba me sentía más atraído hacia Penny. Y temía que no iba a ser capaz de ocultarlo durante mucho más tiempo.

Alcanzamos el jardín trasero bordeando la casa y nos dirigimos hacia el gran roble que sostenía la pequeña pero acogedora cabaña; nuestro cuartel general. Al llegar a los tablones que hacían de escalerilla para subir a la casa en el árbol, Penny, que no se había percatado de la cojera de Terence, brincó y se alzó tres escalones de golpe. En dos segundos ya estaba arriba. Yo me paré y miré a Terence. Acababa de ocurrírseme que quizás no había sido tan buena idea quedar en la casa del árbol teniendo en cuenta su problema, pero este, adivinando lo que mi mirada estaba sugiriendo, avanzó hasta los tablones y comenzó a trepar por ellos, usando solo una mano –ya que la otra no dejaba de sujetar los planos que había traído consigo– y su pierna buena con una habilidad que me dejó perplejo. Es cierto que Terence era bastante delgado y puede que bajito para su edad, por lo que su peso no era un problema, pero en cualquier caso demostró una coordinación de movimientos excelente y una fuerza en los brazos que nunca hubiera dicho que tenía. Abe me miró, también sorprendido, y quizás pensando que hasta a él mismo le solía costar más trabajo trepar por aquellos escalones.

Subimos tras Terence y, una vez estuvimos todos arriba, sentados en unos viejos cojines que hacían las veces de cómodos sillones, hice las presentaciones formales que quedaban entre Penny y Terence. Tras su apretón de manos, añadí:

—Este es nuestro fuerte, nuestro castillo, nuestra base de operaciones. Y no creas que traemos aquí a cualquiera, Terence. ¿Qué te parece?

La casa del árbol estaba «decorada» por nosotros, aunque la mayoría de cosas eran de Penny. Algún trofeo de competiciones infantiles, libros agrupados en dos o tres montones –ya que aquel lugar era un sitio ideal para leer tranquilo, con buena luz y bastante lejos de ruidos molestos–, una foto enmarcada de nosotros tres abrazados tras ganar un premio en una feria estatal, y una caja llena de juegos y juguetes. Quizás éramos ya demasiado mayores para «jugar» en una casa encima de un árbol. Aquello había sido planeado y construido para niños, no para adolescentes; de hecho, mi desgarbada figura y larguísimas piernas cada vez tenían más problemas para moverse en su interior. Pero había tantos recuerdos y buenos momentos en ese cubo de madera que a ninguno nos daba ninguna vergüenza admitir lo bien que nos sentíamos en él, resguardados de la realidad y del paso inexorable del tiempo que tenía lugar fuera. Aquella casita en el árbol era el mejor refugio posible, nuestro santuario, y allí nos sentíamos seguros y confiados, desinhibidos, naturales y con la mente y el corazón abiertos a lo que fuera que cualquiera de nosotros pudiera sugerir. Era, sin duda, el mejor lugar para hablarles a mis amigos del tesoro de Abercrombie.

—Muy bien. Acogedor —replicó Terence tras terminar la panorámica visual que le dedicó a la pequeña estancia. Y, con un sentido práctico aunque algo brusco, continuó—: Bueno, ¿vamos al grano?

Mis amigos no sabían de qué iba aquel «grano», y así lo expresaron con sus rostros.

—Sí, claro, por supuesto —contesté veloz—. A ver, chicos, os he convocado hoy aquí, aparte de para presentaros a Terence, para compartir con vosotros una idea muy interesante que tiene que contarnos.

—No tengo que hacerlo. Quiero hacerlo —me corrigió el enclenque muchacho como un rayo casi sin dejarme terminar la frase—. Es mi forma de daros las gracias por lo que hicisteis por mí el otro día.

Estas palabras acrecentaron la atención de Penny y Abe. Y lo que añadí yo a continuación

terminó por atraer los cinco sentidos de ambos hacia lo que aquel muchacho tuviera que relatarles.

—Cierto, Terence. Tienes razón. Y te doy, en nombre de todos, por adelantado, las gracias por ello —le dije entre educado e irónicamente relamido. Y luego me volví hacia mis amigos, a los que hice un guiño de complicidad, tan rápido que casi fue imperceptible—. Solo os diré una cosa: tiene que ver con un tesoro.

Al oír esto, Abe nos pidió un momento antes de empezar y, con sumo cuidado, extrajo de sus oídos los aparatos que le ayudaban a controlar la hipersensibilidad auditiva que padecía mientras trató de explicar, mirando a Terence:

—Tengo hiperacusia. Es la capacidad de...

—Ya sé lo que es la hiperacusia —replicó impertinente Terence, cortando a Abe. Ese muchacho tenía que aprender a controlar su ego.

—Vale —siguió Abe—. Pues a partir de ahora no habléis muy alto, por favor. De esta manera nos aseguramos un entorno de confidencialidad, ya que, si alguien se acerca al árbol, lo oiré incluso antes de que salga de la casa.

Me encantaba cómo Abe era capaz de convertir su dolencia en casi un superpoder. Ojalá yo hubiera sabido cómo hacer lo mismo con el único ojo que me quedaba.

—Perfecto. Buena idea —aprobó Terence, sin que nadie hubiera solicitado tal aprobación.

Por mi parte, por más que Terence me seguía pareciendo algo prepotente, intenté restarles importancia a sus modales y me concentré en volver a escuchar la historia del tesoro de Abercrombie con mucha atención para ver si podía captar nuevos detalles que se hubieran podido escapar en nuestro encuentro en la biblioteca.

Terence comenzó entonces a relatar, casi palabra por palabra, la misma historia que había compartido conmigo un par de días atrás. Esta vez pude fijarme más en sus expresiones, en su cadencia, en su discurso –que parecía hubiese ensayado mil veces delante de un espejo–, hilar mejor toda la secuencia de hechos –ahora que los conocía de principio a fin– y quedarme con más datos concretos; confieso que la primera vez que oí la historia no fui capaz de retener casi ninguna fecha e incluso algunos nombres se desvanecieron de mi mente al salir por la puerta de la biblioteca.

Mientras Terence hablaba, mis otros dos amigos permanecían inmóviles, casi sin pestañear. Reconozco que la historia era muy atractiva y que Terence la contaba a las mil maravillas.

Conforme avanzaba el relato, podía sentir, por sus miradas y sus expresiones, que tanto Abe como Penny se iban entusiasmando más y más con la historia de Terence y lo que esta podía suponer.

Entonces Terence llegó al punto en que había dejado su historia en vilo dos días atrás, en la biblioteca. Y, de forma instintiva, incliné mi cuerpo hacia adelante para asegurar escuchar bien lo que vendría a continuación.

—… Tengo en mi poder pruebas que indican que el tesoro podría estar aún escondido en algún lugar, esperando a ser recuperado. Y ese lugar es… Fortress Flint.

Ninguno dijimos nada, pero en el ambiente se podía oír palpar de forma clara nuestra interna excitación por lo que vendría a continuación. Terence seguía hablando.

—Os lo explicaré en un momento, pero saltemos ahora un poco adelante en el tiempo. Mi abuelo materno trabajaba para un señor muy rico del estado de Virginia, sirviendo en su casa. Como lo conocía desde pequeño, ese hombre, que se llamaba Andrew McLaren, tenía a mi abuelo en gran estima y le permitía ciertas libertades, como consultar su biblioteca. Allí aprendió

a leer, algo que él siempre valoró muchísimo. El señor McLaren había heredado una pequeña fortuna de su padre, que se había labrado un nombre cultivando tabaco. McLaren era un gran apasionado de la historia de nuestro país, sobre todo de las contiendas militares que lo habían forjado, y dedicó y gastó casi todo su dinero en hacerse con objetos de todo tipo, reliquias de la época de George Washington y anteriores, armas antiguas de varias contiendas, documentos, cartas, registros y prendas de vestir que retrataban con detalle casi doscientos años de historia. Mi abuelo me decía que, si hubiera querido, este señor podría haber montado un museo con todo lo que había ido acumulando.

Al oír aquello, pensé de golpe en el señor Giddens, en su oficio y en lo que habría disfrutado con aquella historia. Mientras, Terence seguía con su relato.

—La tuberculosis se llevó a McLaren a la tumba relativamente joven y sin descendencia; y aunque en ese momento ya se había pulido casi todo el dinero que había heredado de su padre, contaba en su haber con todas esas reliquias coleccionadas a lo largo de los años. En su lecho de muerte, McLaren decidió donar la mayoría de ellas a instituciones culturales y museos, pero una cantidad de ellas fue a parar a manos de mi abuelo, uno de los pocos «amigos» de verdad que McLaren dijo tener, entre estertores, al final de su ciclo vital. Lamentablemente, la parte que le tocó a mi abuelo no era la más valiosa, pero pudo vender algunas de las cosas que heredó y sacar un dinero que lo ayudó a establecerse por su cuenta y a mantener a su familia sin demasiados aprietos económicos. Además, como recuerdo y por motivos sentimentales, mi abuelo guardó unas pocas de esas reliquias heredadas. Entre las que se quedó para él había una bonita caja de madera, de unas doce pulgadas de largo por cinco de ancho y alto, color caoba, con una cerradura de la cual no tenía llave. Un pequeño cofre. Hasta donde él sabía, el señor McLaren nunca había lo había abierto. Según le habían dicho algunos expertos, la caja databa de finales del siglo XVIII. Mi abuelo no sabía cómo la había conseguido McLaren –probablemente en alguna subasta–, pero el hecho de que este hubiera decidido preservarla sin abrir, al no tener la llave, no resultaba extraño, dada su naturaleza de coleccionista y el respeto que tenía por las antigüedades. McLaren no hubiera permitido nunca que alguien manipulara la cerradura o la caja, rompiendo un objeto tan antiguo, solo para acceder a su interior. Por su peso, mi abuelo había deducido que no debía contener más que papeles, cartas quizás, y había decidido preservar el halo de misterio que la rodeaba más por respeto a McLaren que por falta de curiosidad. Pero entonces llegué yo.

El relato de Terence nos tenía en vilo. Todo aquello resultaba tan fascinante, tan increíble… que no podía ser mentira o solo fruto de la imaginación de un muchacho fantasioso.

—Mi abuelo me quería mucho, y me contaba muchas historias. Cuando fui mayor para entender bien su relación con el señor McLaren y la historia de lo que heredó, empecé a interesarme por las pocas cosas con las que se había quedado, pertenecientes a la colección de su «amigo». A menudo jugábamos juntos e imaginábamos en qué momento y cómo se habrían usado algunas de esas reliquias. Recuerdo en especial una pequeña navaja que mi abuelo me prestaba, sin que mi madre lo supiera, para que construyera con ella mis propias aventuras en el bosque. Siempre que hablábamos de la caja elucubrábamos juntos acerca de lo que podría contener. Yo le insistía mucho en abrirla; mi curiosidad era grande y el vínculo emocional que él tuviera con el Sr. McLaren para mí era por completo indiferente. Pero ni el enorme cariño que me tenía ganó a su promesa interna. —Tras una breve pausa en la que sus siguientes palabras parecieron costarle más escupirlas que todo lo anterior, continuó—. Mi abuelo murió hace un par de años… y yo me quedé con estas cosas que nadie parecía querer y a las que la mayoría daba

solo un valor sentimental del que todos suponían yo era el mayor accionista. Pero para entonces la promesa de respeto de mi abuelo hacia McLaren manteniendo la caja intacta ya no importaba; por eso tardé muy poco, con la ayuda de la misma navaja con la que jugaba a escondidas en el bosque, en forzar y abrir de una vez por todas el pequeño cofre.

El nivel de excitación en la casa del árbol era entonces máximo.

—Dentro había, como habíamos imaginado mi abuelo y yo, solo papeles. Cartas en su mayoría; casi todas fechadas en la segunda mitad del XVIII. Había que manipularlas con mucho cuidado porque el papel era muy antiguo y estaba un poco degradado. Tras estudiarlas todas en busca de alguna historia suculenta que confirmara las fantasías con las que yo había soñado junto a mi abuelo, una de esas cartas me atrapó de forma especial. El papel era tan viejo que se me rompió en tres pedazos cuando la manipulé, aunque la caligrafía era clara y los trazos se conservaban bien. La carta estaba firmada por un tal… Theodore Blackbelt.

Ahí estaba un nuevo golpe de efecto del experto orador Terence Ivory.

—¡Increíble! —exclamé sin poder evitarlo—. ¿Era el mismo Theodore Blackbelt que sirvió con Abercrombie?

La respuesta tenía que ser, obviamente, «sí» o toda aquella historia de su abuelo no habría tenido sentido; pero necesitaba oírselo decir a Terence.

—¡Ajá! —confirmó Terence—. Lo sé porque lo menciona en la carta. La nota iba dirigida a su mujer, Emily, con fecha de, atención, 6 de julio de 1758; en ese momento yo no le di demasiada importancia a ese hecho, ya que no conocía la historia de Abercrombie, ni mucho sobre la guerra franco–india, ni podía tener idea de quién era ese tal Blackbelt. Lo que captó de lleno mi atención fue su contenido.

—Vamos, suéltalo ya —dijo Abe, ansioso, sin poder contenerme.

Mis dedos, enredados en la cadena de plata que colgaba de mi cuello, estaban morados de tanto como los apretaba por la excitación del momento; un poco más y habría vuelto a romperla, al igual que Nathan lo había hecho unos días antes.

—En la misiva a su mujer, Blackbelt le cuenta con detalle cómo ayudó a enterrar dos pesados cofres llenos de «esperanza», según sus propias palabras. Obviamente, su referencia es al tesoro. Lo especial de la carta, sabiendo ya todo lo que ya sabéis, es lo siguiente que relata en ella. Y es que, según explica Blackbelt, debido a sospechas respecto a su general, hizo algo que nadie esperaba en absoluto —y aquí bajó el tono, como si el fuera a revelarnos el mayor de los secretos —. Resulta que la misma noche del 5 de julio, Blackbelt regresó a Tea Island él solo, desenterró los dos cofres y los volvió a enterrar en otras coordenadas diferentes, dentro de la misma isla, en un lugar que, según él mismo afirmaba, serían imposibles de encontrar si no se sabía con certeza dónde buscar. La descripción del nuevo sitio concreto donde eligió esconder el tesoro aparece detallada en la carta. Le costó toda la noche llevar a cabo su operación, pero en la nota asegura que se cercioró con extremo cuidado de que nadie notara su ausencia en la tropa y de volver antes del amanecer del día siguiente, momento que aprovechó para escribir la carta a su mujer. Con esa astuta maniobra de cambio de ubicación pretendía, según le confesaba a su mujer, dos cosas: conseguir un salvaguardo frente a su retorcido general, por lo que este pudiera planear hacerle al ser uno de los testigos de su treta, como una especie de seguro de vida, pienso yo; y, por otro lado, quizás mantener el secreto del paradero de los cofres hasta algún tiempo después, favoreciendo la suposición del robo o saqueo de los mismos por terceras personas, para poder recogerlos él mismo y disfrutar de la «esperanza» que contenían cuando las aguas se hubieran calmado por completo —concluyó Terence con una picarona sonrisa.

En ese momento nuestras caras compartían una visible expresión de estupefacción por lo que acabábamos de escuchar. A pesar de que por dentro quería creer todo lo que Terence nos estaba contando, creo que él captó mal nuestro pasmo y lo confundió con incredulidad, por lo que nos espetó con cierto disgusto:

—Tengo la carta aquí mismo. Por si no me creéis.

—Por supuesto, y no me hace falta verla para creerte —dije yo saliendo al fin de mi trance, para hacerle ver que confiaba de lleno en su palabra, aunque no tuviera más que mi instinto para hacerlo.

—Pues yo no voy a negarte que me encantaría contemplarla, pero solo por curiosidad, de verdad —añadió Penny intentando que sus palabras no sonaran a desconfianza.

Terence reaccionó bien. Sacó entonces de uno de sus bolsillos una pequeña bolsa de plástico transparente. Era una especie de envoltorio que contenía papeles, algunos desgastados. Abrió el envoltorio por el extremo superior y sacó con mucho cuidado uno de los papeles de su interior, el que más color sepia tenía. Estaba doblado en cuatro partes y, al desplegarlo, pudimos observar que las partes en las que alguna vez se había roto estaban ahora unidas con cinta adhesiva y una nueva capa de fino plástico lo protegía de nuevas roturas y desperfectos. Terence lo manipulaba con sumo cuidado, a cámara lenta, y lo acerco a nuestras caras para que pudiéramos leerlo.

No recuerdo haber devorado nunca las palabras de un texto con tanta intensidad como las de aquella carta. Nuestros ojos iban de arriba abajo, de lado a lado, leyendo con fruición el texto –que, como nos había dicho antes nuestro nuevo amigo, podía entenderse sin dificultad– y confirmando todo lo que Terence nos acababa de contar sobre la carta de Theodore Blackbelt a su mujer.

—Esta carta fue la que me hizo empezar a investigar sobre el tesoro de Abercrombie y toda la historia que os he relatado al principio, sacando datos de múltiples fuentes y recopilando los trozos de una historia que a lo mejor nunca antes nadie ha dibujado de la forma en la que ahora nosotros cuatro la entendemos.

Ninguno replicamos. Seguimos unos minutos más releyendo la carta y asimilando su contenido, y todo lo que ello podía significar. Entonces, Terence volvió a la carga:

—Bueno…, ¿entendéis bien lo que significa todo esto?

—Sí, sí. Es obvio que el contenido de esta carta explicaría bastantes cosas, desde luego —indicó Abe, que pienso era el que más inmerso estaba en todo aquel asunto del tesoro, más incluso que yo mismo, aunque hubiera tenido que asimilar mucha información de golpe—. Abercrombie mata a Blackbelt pensando que así él sería el único que podría volver a por los cofres y quedarse con su contenido. Es probable que esto cogiera tan de sorpresa a Blackbelt que no pudo llegar a usar nunca el as que tenía en su manga con respecto a la nueva ubicación del tesoro. Y cuando Abercrombie volvió a por los cofres no encontró nada… porque estos hacía días que no estaban en su emplazamiento original —Abe intentaba hilar toda la historia, verbalizando sus conclusiones a la vez que las iba deduciendo—. Entonces la teoría de los espías franceses y el supuesto robo de los cofres por parte de estos terminó siendo tanto la historia oficializada por el ejército inglés como la que el propio Abercrombie acabaría creyendo como cierta, ante la falta de ninguna otra mejor explicación, ¿no? Puede que llegara a plantearse que alguno de los tres hombres que lo acompañaron el 5 de julio en dicha operación se la hubiera jugado, pero como todos estaban ya muertos no tenía forma alguna de averiguarlo. Me hubiera encantado ver la cara que se le quedó a Abercrombie cuando descubrió que el tesoro había desaparecido del sitio en el que él había mandado enterrarlo —comentó con una sonrisa en los

labios, supongo que imaginando en su mente la expresión de frustración del presunto general ladrón en aquel supuesto momento—. Todo tiene sentido, sin duda, pero ¿crees entonces que el tesoro aún sigue allí, enterrado en algún lugar de Tea Island?

Terence hizo aquí una pausa antes de contestar.

—No. Rotundamente no.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —pregunté, muy intrigado.

—Porque yo mismo ya estuve allí para buscarlo y no encontré nada —respondió para mi sorpresa—. El verano pasado, en plena euforia y tras reunir todos los datos posibles sobre la historia que os estoy contando, logré convencer a mi madre para que me llevara a Tea Island. Llevé un par de palas, seguí al pie de la letra las indicaciones de esta carta e incluso animé a mi madre para que me ayudara a cavar en el sitio exacto. Para ella era un juego y me ayudó hasta que, después de mucho cavar, no llegamos a ninguna parte. Para mí fue muy emocionante, os lo aseguro; y por un momento creí que realmente íbamos a encontrar los dos enormes cofres. Pero no fue así, y mi emoción se volvió frustración. El día avanzaba y lo único que teníamos delante era un montón de tierra removida. También busqué en sitios colindantes, por si las indicaciones de Blackbelt no hubieran sido totalmente exactas, y no encontré nada en absoluto. Os aseguro que cavamos muy hondo, de verdad. Pero, a pesar del obvio fracaso de la operación, yo me resistía a pensar que no encontraría nada. Mi obstinación por hallar el tesoro de Abercrombie en aquel islote terminó por enfadar a mi madre y la cosa no acabó muy bien, así que volvimos a casa de mal humor y a partir de entonces he procurado no volver a mencionarle más sobre el tema a mi madre, porque se disgusta cuando lo hago. Pero el día que finalmente logre encontrar el tesoro se lo contaré todo y ella sabrá que siempre tuve razón… Bueno, creo que me estoy desviando del tema principal.

—¿Y no cabe la posibilidad de que malinterpretaras las indicaciones de Blackbelt y no cavaras en el sitio correcto? No digo que te equivocaras, pero quizás pudiste confundir alguna de sus instrucciones —pregunté sin percatarme de que nunca podría obtener una respuesta positiva por parte de Terence a esa observación.

—No lo creo. Ya habéis visto que Blackbelt da una serie de explicaciones muy concretas en su carta para indicar a su mujer dónde estaban enterrados los dos cofres. No tengo la más mínima duda de que estuve cavando en el lugar correcto en Tea Island; pero los cofres no estaban allí.

—Entonces, ¿qué sugieres que pudo pasar con el tesoro? —inquirió Penny.

—Pues, según lo veo yo, hay varias opciones posibles —empezó a explicar Terence, que era obvio había pensado mucho sobre el tema—. Blackbelt pudo llegar a recuperarlo antes de morir, aunque esto es muy improbable, ya que murió poco después de escribir la carta y eso contradiría sus propias palabras; ya habéis leído que en su carta asegura que su intención era no volver a por el tesoro hasta que las aguas no se hubiesen calmado, cosa que no iba a ocurrir solo cuatro días después de haberlo enterrado. Por otro lado, quizás la explicación más razonable podría ser que otro u otros lo encontraran tiempo después, por azar o por el motivo que fuera; quizás alguien más pudo seguir a Blackbelt aquella noche en la que cambió los cofres de sitio; o simplemente alguien que, al igual que yo, hubiera tenido en el pasado acceso a la carta que acabáis de leer, podría haber ido a Tea Island y recoger el tesoro; así de fácil. Al fin y al cabo, en los doscientos años que han transcurrido desde entonces ha habido tiempo más que de sobra para que cualquiera de estas cosas sucediera. En cualquier caso, sea cual sea la verdadera, todas estas posibilidades son viables; y, lo que es peor, todas nos alejan bastante de conseguir nuestro objetivo, que es recuperar el tesoro.

Asentimos al unísono dando por asimilado el sólido argumento. Pero entonces Terence volvió a sorprendernos:

—O al menos eso fue lo que terminé pensando yo tras mi infructuosa visita a Tea Island hace un año. Pero estaba muy equivocado.

Nuestra plena atención seguía siendo suya.

—No puedo negar que el golpe de aplastante realidad que recibí en Tea Island me afectó tanto que abandoné por un tiempo la idea de encontrar el tesoro… hasta hace seis meses.

—¿Qué pasó hace seis meses? —interrogó Abe nervioso, mordiéndose las uñas.

—Pues que a mi madre le ofrecieron un trabajo aquí, en Fortress Flint —explicó Terence, añadiendo más misterio al asunto—. En cuando me enteré que nos mudaríamos aquí, una chispa saltó en mi mente y me hizo recordar datos de mi búsqueda del tesoro de Abercrombie. Y, aunque al principio no identifiqué directamente de qué me sonaba el nombre de Fortress Flint, la verdad es que no tuve que rebuscar mucho para terminar recordando que Theodore Blackbelt, aunque oriundo de Inglaterra, se casó y estableció su vivienda en un pequeño pueblo pesquero llamado Howetown antes del comienzo de la guerra.

Todos sabíamos que Howetown era el nombre original de Fortress Flint –esto era algo que se aprendía en primaria en el colegio– y, por su mirada cómplice, Terence estaba seguro de que conocíamos ese dato. Por fin llegábamos a algo que unía a Fortress Flint con toda la historia anterior.

—Estaba censado aquí, en vuestra ciudad.

—¿Y?

—Yo siempre pensé que cabía la posibilidad de que la carta hubiera llegado a su destino, a manos de Emily Blackbelt. Al fin y cabo, nadie tenía por qué sospechar que Blackbelt había cambiado los cofres de sitio y el correo de las tropas se seguía entregando a sus destinatarios aun habiéndose confirmado la muerte de estos durante su servicio militar. Habiendo sido Emily vecina de la ciudad, quizás podría encontrar en los archivos locales más información sobre ella que me diera pistas de si mi teoría podría ser cierta o, en su defecto, encontrar algo que me abriera nuevos caminos sobre cómo seguir buscándolo. Así que, en cuanto nos instalamos aquí, retomé de nuevo mi pasión por el tema y mis investigaciones. El acceso a la biblioteca municipal no es fácil para mí, a pesar de que fue justo allí donde Will y yo nos encontramos el otro día. Aunque soy un asiduo de ese edificio, el señor Popples no me presta demasiada ayuda, y podría asegurar que me mira mal cada vez que voy, pero me da igual. En la biblioteca he logrado llenar algunos huecos de la historia que os he contado hoy, aunque he de admitir que ninguno lo suficientemente relevante como para arrojar un poco más de luz sobre los siguientes pasos que debería… deberíamos dar.

Me sorprendió un poco el comentario acerca del señor Popples, que conmigo siempre se mostraba afable y colaborador, pero pensé que Terence simplemente exageraba sus palabras por la falta de resultados efectivos hallados en aquella biblioteca.

—Sin embargo, hay otro sitio en Fortress Flint que sí contiene mucha información de utilidad y que, como parte importante de la historia de la ciudad, me apresuré a visitar tras mis primeros palos de ciego en la biblioteca. Me refiero a la fortaleza que le da nombre —acabó tras una nueva pausa antes de su última frase, quizás para enfatizar más el contenido de esta.

Terence me tenía en ese punto bastante desconcertado –y juraría que a mis otros dos amigos también–, porque yo no tenía ni la más remota idea de dónde iría a parar con su fantástico relato, pero confieso que escucharle resultaba de lo más entretenido y emocionante.

—Pensé que la posibilidad de encontrar datos relevantes allí era alta y, además, no perdía nada con intentarlo, salvo quizás mi tiempo…, aunque siendo nuevo en la ciudad y sin muchos amigos, por no decir ninguno, la verdad es que si había algo que me sobraba era tiempo. Así que empecé a visitar la fortaleza. ¿Conocéis al señor Benson?

—¿Pete Benson? Sí, claro —respondimos los tres casi al unísono.

Pete Benson era la persona que cuidaba de la fortaleza. No era solo un guarda, sino que también gestionaba las entradas a la fortaleza y el museo de *souvenirs*, hacía de guía en visitas programadas y llevaba el cuidado del archivo histórico de la fortaleza, donde se guardaban todos los detalles, documentos y objetos relacionados con la misma que el ayuntamiento, ayudado por algunos filántropos, habían conseguido conservar y hacer sobrevivir al paso del tiempo en las mejores condiciones posibles. Era un tipo agradable, de unos sesenta años, gordito, y muy aficionado a la lectura. Siempre que lo recuerdo lo veo en mi mente con un libro en sus manos. Supongo que era su forma de pasar entretenido las innumerables horas que debía estar al frente de aquel monumento. Trabajaba seis días a la semana y solo el lunes, único día en el que la fortaleza permanecía cerrada al público, descansaba mientras un suplente, en este caso un guarda de seguridad que solo vigilaba la entrada y el perímetro de la fortaleza, lo sustituía. Pero lo más característico de él era que realmente amaba su trabajo. Siempre hablaba con pasión de la fortaleza, de su historia y de su influencia en la ciudad. Era un personaje conocido en Fortress Flint porque llevaba desde muy joven trabajando en ese mismo lugar. No me extrañaba en absoluto que Terence lo mencionara en su historia si, como nos estaba diciendo, había ido a la fortaleza en busca de información.

—El señor Benson sí que es un tipo servicial. Desde el principio le agradó muchísimo que yo tuviera tanto interés en la historia de Fortress Flint y, más concretamente, en la de la fortaleza. Me ayudó mucho en mis investigaciones, las cuales justifiqué por estudios y por interés personal para no darle demasiadas pistas sobre mis verdaderos propósitos ni sobre el tesoro. En cualquier caso, gracias a su ayuda, descubrí que Theodore y Emily Blackbelt tuvieron un hijo llamado Morgan, que aún era muy pequeño cuando su padre murió, pero que, años más tarde, cuando creció, sirvió como carcelero de la fortaleza durante la Guerra de Independencia.

—¡Vaya! Sí que tuviste suerte al encontrar esa información —exclamé fascinado.

—Ya lo creo. Aunque no tanta como la que tuve algo después, cuando encontré otra carta en los archivos de la fortaleza que, bajo mi punto de vista, confirma que todavía podemos hacer algo para encontrar el tesoro. Estoy convencido de que los dos cofres llenos del dinero para pagar a las tropas de Abercrombie están escondidos en algún lugar de la fortaleza —concluyó, rotundo, Terence.

—¡¿Cómo?! —exclamaron a la vez Abe y Penny.

—¡No puedo creerlo! ¡Es fascinante! —grité yo muy excitado.

—Sí, es muy emocionante, la verdad. Casi lloro de alegría cuando la descubrí —confesó Terence—. Aunque no pude sacarla de los archivos de la fortaleza, el señor Benson, con toda su amabilidad, me dejó copiar la carta en un papel. Y aquí está lo que en ella ponía. Está copiada tal cual, pero faltan algunos trozos y palabras porque su estado no era muy bueno. El papel estaba deteriorado y la caligrafía era confusa, pero, aun así, su contenido es suficientemente claro, a mi entender.

Terence sacó entonces otro papel, doblado, de la pequeña bolsa de plástico de donde había salido la primera, la de Theodore a su mujer, pero este papel era blanco y se notaba que no tenía

la antigüedad del anterior. En esta ocasión, antes incluso de desplegarlo, me lo alargó, indicándome que lo cogiera:

—Por favor, Will, léelo tú en voz alta.

Aquel gesto me hizo sentir importante. Tomé el papel y lo desdoblé, leyéndolo acto seguido en voz alta.

17 de marzo de 1778

Mi muy querida Elisabeth,

Deseo tanto volver a encontrarme contigo que...

... es tan duro como puedas imaginar, pero te aseguro que mi espíritu sigue firme y animado gracias a tu recuerdo. Muchos aquí no tienen la misma suerte...

... ansiando volver a Scarfield y poder tomar tus manos en las mías para intercambiar el calor de nuestro amor. El destino nos depara grandes cosas juntos, estoy seg...

... la situación de tu familia ya no será un problema y tu padre no podrá negarme el honor de convertirme en tu esposo. Todo está preparado. Las reticencias de tu padre se las llevará el viento cuando conozca...

... lo tengo conmigo, a buen recaudo. Ojalá lo hubiera encontrado antes. En cuanto me den el próximo permiso iré a verte con él...

... lo guardo en lo más profundo del corazón...

... la esperanza de mi padre se convierte ahora en la nuestra. Únicamente te pido que me esperes un poco más. No tardaré en proporcionarte el más dichoso de los futuros. Yo junto a ti; tú junto a mí.

Eternamente tuyo,

Morgan Blackbelt

La lectura de aquella carta me dejó algo confuso. Para mí había muchas cosas que no estaban demasiado claras y, a simple vista, no me pareció encontrar nada que hablara de ningún tesoro que pudiera estar aún escondido en la fortaleza. Una cosa sí resultaba obvia: el autor de aquella misiva estaba muy enamorado de la tal Elisabeth.

Terence me miraba orgulloso, pensando que yo y mis amigos habríamos captado todos los matices de la nota y que estaríamos llegando, en nuestros adentros, a las mismas conclusiones que él ya había deducido antes. Pero no era así. No para mí, al menos.

—Bueno, Terence, esto está muy bien, pero me surgen algunas preguntas —dije intentando no sonar demasiado perdido.

—Dispara.

—Por ejemplo, ¿estás seguro de que este Morgan Blackbelt es el mismo hijo de Theodore Blackbelt que estabas buscando?

—Completamente —respondió con la misma habitual decisión mostrada hasta el momento—.

Busqué en los registros de la fortaleza, en la época en la que está fechada la carta, y solo figuran tres personas llamadas Morgan. Y ningún otro Blackbelt. Para mí no hay duda de que el Morgan Blackbelt que firma la carta no es otro que el hijo de Theodore y Emily. De hecho, no hay ningún otro Blackbelt registrado en la ciudad en esa época.

—Está bien, aceptemos eso —dije conforme—. Elisabeth debió de ser su novia o su prometida, ¿verdad?

—Exacto. Como has leído, el interés amoroso de Morgan residía en Scarfield, una población a unas pocas millas de aquí que probablemente conocerás.

—Claro.

Scarfield era un pueblo situado al oeste de Fortress Flint, en el interior del continente.

—Por las palabras de Morgan se puede deducir que la familia de la tal Elisabeth debía pertenecer a la aristocracia o tener bastante dinero —siguió Terence—. Si os fijáis, menciona que «la situación de tu familia no será un problema» y que «tu padre no podrá ya negarme tu mano», con lo que es de suponer que debía haber ciertas trabas, en mi opinión, sociales y/o económicas, para que los dos amantes pudieran estar unidos. Me acerqué hace unos meses a Scarfield a buscar datos sobre familias poderosas o pudientes de la época con miembros jóvenes y femeninos llamados «Elisabeth», y al final conseguí reducir la lista a dos posibles candidatas: Elisabeth Von Marquad y Elisabeth St. George–Smith. No encontré mucho de ninguna de las dos, la verdad; pero creo que tampoco nos hace falta. Realmente, quién de las dos fuera la Elisabeth de la que Morgan estaba enamorado es por completo irrelevante.

—¿Por qué dices eso? —le espetó Abe.

—¿Acaso no es obvio? —contestó Terence con excesiva arrogancia—. Si la carta la encontré en los archivos de la fortaleza, podemos presumir que esta nunca debió salir de aquí; es decir, que Morgan no llegó nunca a enviarla y, como tampoco indica dirección de destino en ningún sitio, «su» Elisabeth nunca debió llegar a ver su contenido, con lo que para mí tanto ella como Scarfield son una vía muerta en la investigación sobre el tesoro.

Lo cierto es que su argumento era irrefutablemente lógico.

—Terence, ahora que lo has mencionado, yo tengo una duda relativa al tesoro —intervino Penny—. ¿Qué es lo que te hace ver en lo escrito por Morgan alguna relación con el tesoro de Abercrombie?

—De verdad… ¡soy yo el que no puede creer que tú no lo hayas visto! —bramó Terence molesto por nuestra supuesta falta de interpretación de las palabras de Morgan Blackbelt—. Para mí está claro que cuando Morgan hace referencia a que tiene la fórmula para eliminar las reticencias del padre de Elisabeth a su unión se refiere a algo material, concretamente a dinero. ¿Qué podría ser, si no? Es más, por la posición social de las familias candidatas, debía referirse a «mucho» dinero. ¿De dónde iba a sacar un carcelero suficiente dinero como para impresionar a un aristócrata o a un pudiente caballero y conseguir que este accediera a concederle la mano de su hija? Es obvio que, quizás alentado por la esperanza de poder conseguir así los favores de la familia de Elisabeth, Morgan decidió hacer caso a las presuntamente fantasiosas indicaciones que su padre había mandado a su madre años atrás y fue a buscar el tesoro. Incluso dice «ojalá lo hubiera encontrado antes»; está claro que debió hacerlo poco antes de escribir esta carta o no habría estado trabajando de carcelero en esa época; si él o su madre se hubieran hecho con el tesoro mucho antes, Morgan habría podido desarrollarse en la vida de otra manera muy distinta. Y en ningún sitio consta que los Blackbelt de Howetown fueran pudientes. Mirad, yo creo que encontró el tesoro en una fecha cercana a la de esta carta, y lo puso a buen recaudo con la idea de

utilizarlo para impresionar a la familia de su amada, pero sin levantar sospechas, y para eso quizás necesitó ganar algo de tiempo, no haciendo gastos sospechosos ni ostentando riqueza antes de estar seguro de poder conseguir su objetivo; aunque este, por desgracia para él, nunca terminó por hacerse realidad. Otro detalle importante de sus palabras, aunque sutil, es que menciona claramente que «la esperanza de su padre se iba a convertir ahora en la de ellos», Morgan y Elisabeth. Menciona a su padre. ¿Por casualidad? No lo creo. Pero además hace referencia explícita a la palabra «esperanza», que era la misma que su padre, Theodore, utilizó en la carta que escribió a su mujer, Emily, después de cambiar los cofres de sitio en Tea Island. Recordad que usó la expresión «dos pesados cofres llenos de esperanza» —terminó, volviendo a señalar la primera carta.

Todo eso era cierto; y estaba muy bien hilado. Oyendo sus palabras y su convicción, uno no podía dudar de la veracidad de lo que aquel pequeño sabihondo había estado deduciendo y reflexionando durante, seguro, muchísimo tiempo.

—Tiene sentido —sentenció Abe, rompiendo el silencio que había inundado la pequeña casa en el árbol tras la última disertación de Terence.

—Claro que lo tiene —respondió Terence, sonriendo sabedor de su victoria al haber conseguido convencernos; o, al menos, a Abe—. He meditado mucho sobre esta teoría; pensado y repensado todo con cuidado muchas veces y no encuentro ninguna fisura en mis conclusiones.

Creo que en ese momento todos empezábamos a entender bien los mensajes subliminales de aquella carta; y ahora que Terence nos había abierto los ojos a ellos resultaba imposible no verlos de manera obvia.

—De acuerdo. Partamos de la base de que Morgan encontró el tesoro de Abercrombie gracias a las indicaciones de su padre y que, cuando escribió la nota que encontraste en la fortaleza, el tesoro ya estaba en su poder. Sin embargo, ¿qué te hace pensar que lo guardaba en la propia fortaleza? —pregunté yo.

—Básicamente, Morgan admite en su carta que aquello que va a cambiar su relación con Elisabeth y hacer que su padre lo acepte como yerno está «guardado a buen recaudo con él»; y él vivía entonces en la fortaleza, con lo que ¿qué mejor lugar para proteger un tesoro que una fortaleza? No creo que Morgan escondiera el tesoro en un lugar que no pudiera tener ampliamente vigilado; eso habría sido demasiado arriesgado. Y no sé a vosotros, pero a mí la propia fortaleza me parece el mejor lugar posible para ello. Es como una caja de seguridad gigante.

—Está bien —confirmé pensando que aquel razonamiento también tenía bastante sentido—. Supongamos que Morgan enterró el tesoro en algún lugar de la fortaleza. Pero, ¿qué nos asegura que, aunque la carta nunca llegara a Elisabeth, por el motivo que fuera, Morgan finalmente no consiguió llevarse el tesoro de nuevo de la fortaleza, aparecer en Scarfield como un hombre rico y formar una familia con Elisabeth allí o en cualquier otro lugar? Si al final se lo llevó y se gastó el dinero del tesoro de alguna forma que no aparezca de forma obvia en los archivos oficiales, ya no quedaría nada que buscar, ¿no crees?

—Will, eso que planteas es del todo imposible. Y lo es porque… porque tengo un dato que aún no os he revelado, pero que no deja lugar a dudas sobre lo que planteas —dijo Terence con misterio y cierta soberbia de aquel que conoce todos los pormenores de una historia y juega con ellos a su conveniencia. Y tras una nueva pausa dramática, siguió hablando—. Ese dato no es otro que el hecho de que Morgan Blackbelt murió el 18 de marzo de 1778 durante un ataque a la fortaleza. Fijaos bien: solo un día después de escribir la carta a Elisabeth. Parece que el cruel

destino repitió, con bastantes similitudes, lo acontecido a su propio padre años atrás, ¿no es algo retorcidamente irónico?

A esas alturas, con la cantidad de información transmitida y de emociones desplegadas en un espacio de tiempo tan corto, nos sentíamos incapaces de articular palabra o mover los músculos de la cara.

—Sin embargo —continuó—, a diferencia de su padre, en este caso parece que Morgan nunca llegó a enviar su carta. Lo más probable es que alguien la encontrara entre sus cosas tras su muerte y que, al no tener dirección de destino aún escrita en el sobre, simplemente se conservara o almacenara con la de otros soldados difuntos; hasta que yo la encontré. La madre de Morgan ya estaba muerta en esa fecha y Morgan no tenía ningún otro familiar cercano vivo a quien el ejército pudiera entregar sus objetos personales; eso explicaría por qué, con el tiempo, ha terminado en los archivos de la fortaleza como parte de las reliquias de su legado histórico.

Mis amigos y yo convenimos, a través de transparentes miradas, que aquel dato era importante para terminar de dar coherencia al conjunto de conjeturas de Terence. Como Terence no hablaba más, fui yo el que traté de poner punto y seguido a la situación.

—Ya veo. ¿Hay entonces algún otro dato relevante al respecto que nos falte escuchar?

—No, Will —expresó Terence con aparente sinceridad y algo de pesar en su tono—. Por desgracia, la historia y los datos que he podido reunir hasta la fecha acaban aquí.

—Has llegado bastante lejos. Yo estoy impresionado, la verdad. Debes de estar muy orgulloso de eso, Terence —comenté tratando de halagar su ánimo, pero sin tener demasiado claro los siguientes pasos a dar.

—Muchas gracias. Ahora que conocéis toda la historia y todos los datos, no me digáis que no sentís la necesidad de encontrarlo. No me neguéis que no sería una pena no seguir indagando, ahora que estamos tan cerca. Solo necesitamos encontrar la puerta que nos lleve al siguiente paso.

Terence seguía tratando de transmitirnos su energía y optimismo, pero estos se tornaron un poco más oscuros con su siguiente afirmación.

—Os confieso con toda sinceridad que ahora mismo estoy atascado. La fortaleza es muy grande y hay varios sitios donde Morgan podría haber enterrado los dos cofres sin levantar sospechas. Tiene que ser un lugar donde fuera sencillo acceder a ellos, lo suficientemente cerca como para tenerlos siempre controlados. El señor Benson me ha proporcionado mucha información sobre el lugar e incluso he conseguido planos que ya he estudiado para identificar los lugares más idóneos donde excavar. Por supuesto, a él no he contado la verdad de para qué quiero tantos detalles. Siempre le digo que es para el instituto. Y, la verdad, él se ha mostrado muy colaborador y no me ha hecho más preguntas de las podrían considerarse normales. Supongo que lo que le ocurre es que en realidad está encantado con alguien como yo, que muestra tanto interés por la fortaleza, la cual ha sido el trabajo de toda su vida.

—Puede ser —opinó Abe—. A mí Pete Benson siempre me ha parecido una de las personas más amables de la ciudad.

Terence siguió, tras asentir con la cabeza al comentario de mi amigo.

—Hasta aquí es donde he conseguido llegar por ahora, pero necesito un poco de «aire fresco» que quizás me aporte una nueva visión, un nuevo punto de vista que me haga ver algo distinto, algo en lo que aún no haya reparado, y que me conduzca… o nos conduzca, mejor dicho, al fabuloso tesoro de Abercrombie. —Y tras una breve y algo teatral pausa, concluyó—. Ese «aire fresco» podríais ser vosotros.

Mientras yo pensaba unos segundos en estas palabras, Penny se coló entre ellas con una nueva y racional apreciación.

—Bueno, hay algo en lo que no sé si has pensado —dijo ella muy seria—. Puede que entre 1778 y hoy alguien más haya encontrado el tesoro en la fortaleza y ya no haya nada que buscar allí.

—Sí, ciertamente es una posibilidad —admitió Terence para mi sorpresa, dando por bueno uno de nuestros comentarios por primera vez aquella tarde—. Pero como no podemos saberlo a ciencia cierta, eso resulta igual de posible que el hecho de que el tesoro siga exactamente donde Morgan Blackbelt lo escondió. Y yo prefiero creer esto último. Además, me lo dicen los huesos.

Terence hablaba con tanta certeza que, hasta cuando mencionaba cosas como su instinto, casi seguía pareciendo que hubiera vivido en primera persona toda la historia y que no fuera posible la existencia de ni un pequeño resquicio de duda acerca de la veracidad objetiva de lo que él creía. Su convencimiento era tal que casi daba miedo. Hacía que sus conjeturas parecieran más reales y factibles que cualquier clase de Historia del instituto.

—Una pregunta más, Terence —dijo Abe, sin perder el brillo en sus ojos—. ¿Podríamos suponer entonces que, cuando murió su madre, fue cuando Morgan encontró o heredó la carta de su padre con las coordenadas del tesoro y eso explicaría por qué no fue rico antes de convertirse en carcelero de la fortaleza?

—Correcto, Abe. Esa es la explicación más plausible. No hubiera sido hasta entonces que Morgan habría conseguido recuperar el tesoro que su padre con tanto cuidado había escondido —confirmó Terence.

—Pero, ¿por qué la esposa de Theodore, con la carta y las coordenadas en su poder, no fue a por el tesoro por su cuenta, mucho antes de todo eso? —preguntó Penny. Y su pregunta era del todo sensata.

—Eso no lo sé seguro. Puede que no confiara en encontrarlo, puede que tuviera miedo de ser descubierta intentando hacerlo, puede que no creyera en absoluto en las palabras de su marido, puede que no supiera cómo hacerlo… el caso es que, como ya os he dicho, no hay ningún indicio de que ni Emily, ni por extensión Morgan, llegaran a ser nunca gente pudiente; por lo que es seguro que no disfrutaron del tesoro en ningún caso —concluyó Terence antes de añadir con insólita convicción un sonoro y definitivo «pero eso no nos pasará a nosotros» que nos dejó mudos.

Dejé transcurrir unos segundos para que Penny y Abe terminaran de asimilarlo todo y compartieran conmigo un par de miradas cómplices, de esas en las que no hay que decir nada para entender todo lo que subyace tras ellas. Y finalmente rompí el silencio.

—Bueno, ¿qué os parece? Impresionante, ¿verdad? —exclamé con una amplia sonrisa, convencido hasta la médula de todas las conjeturas de nuestro nuevo amigo.

—Flipante —dijo Abe.

—Te... te... tenemos plan para el verano —dijo Penny alegre, pero mostrando un poco avergonzada su tartamudez. Estaba claro que aquello la había impresionado de verdad y los nervios le jugaron una mala pasada.

—¡Perfecto! —exclamó Terence, orgulloso—. La verdad es que me siento bastante en deuda con vosotros por el cable que me echasteis la semana pasada. Me librasteis de una buena paliza, como poco. Haceros partícipes de esto es mi forma de agradeceros vuestra desinteresada ayuda. Y, además, egoístamente hablando, soy consciente de que cuatro mentes piensan más y mejor que una sola, con lo que espero que este movimiento por mi parte me acerque más a mi objetivo.

Estoy seguro de que el tesoro de Abercrombie es tan grande como para poder compartirlo entre cuatro. Eso sí, no más de cuatro. No podéis contarle esto a nadie más.

—Cuenta con ello —me aventuré a asegurar yo en nombre de todos, sin tener ni idea de que aquello no le bastaría al dueño de aquella iniciativa.

—En realidad, amigos, me sentiría mucho más cómodo si hiciéramos una promesa conjunta para no contarle esto a nadie y comprometernos con la búsqueda del tesoro de Abercrombie.

Abe, Penny y yo nos miramos con una sonrisa que mezclaba probablemente nuestra sensación de que aquello que acababa de sugerir Terence era una soberana tontería con, por otra parte, la alegría de la formalización de nuestro compromiso mutuo, aunque fuera en un ritual sin más testigos que nosotros mismos.

—Juntemos nuestras manos y repetid conmigo —ordenó Terence estirando su brazo derecho y colocando su mano en el centro del pequeño círculo que formábamos los cuatro allí sentados.

Todos lo seguimos. Primero yo, después Abe y finalmente Penny, que cerró la torre de manos que acaba de formarse allí. Entonces Terence, con los ojos cerrados, como si estuviera recitando una oración, dijo en tono muy profundo:

—Yo prometo por mi honor...

E hizo una pausa para que los demás pudiéramos repetir lo que él decía; cosa que hicimos casi movidos por un acto reflejo. Y tras ello siguió, intercalando pausas en su solemne frase:

—... guardar el secreto del tesoro de Abercrombie... y las investigaciones que nos están acercando a su paradero... No contarlo a nadie fuera de este grupo de cuatro... Trabajar duro con mis compañeros para lograr encontrarlo... y compartirlo a partes iguales una vez hayamos conseguido el triunfo.

A pesar de la convicción con la que pronuncié aquellas palabras, la realidad es que no fui capaz de mantener mi juramento mucho tiempo. Y, además, en aquel momento jamás se me hubiera ocurrido quién terminaría siendo nuestro confidente en aquel asunto. Pero eso vendrá más adelante.

Cuando todos hubimos repetido, casi al unísono, la promesa completa, Terence volvió a abrir sus ojos y nos dedicó una amplísima sonrisa, la mayor que le había visto yo desde que lo conocía. Y los cuatro sentimos entonces una conexión especial.

Aquella «tontería» que Terence se había sacado de la manga había funcionado. Era como si desde ese momento ya estuviéramos completos; como si hubiéramos encontrado a nuestro D'Artagnan y entonces sí que pudiéramos vivir las mayores aventuras posibles, todos juntos.

Pero, al igual que ocurre en la obra de Dumas entre los mosqueteros y el joven gascón, no todo iba a ser de color rosa para nosotros al principio de nuestra relación; sobre todo porque entonces Penny sacó a relucir su vena más práctica.

—Bueno, y ¿por dónde seguimos ahora? —dijo ella poniéndose de pie, como queriendo hacer un punto y aparte en el modo en que la conversación estaba discurriendo. A Penny no le gustaba perder el tiempo, y menos cuando tenía algo muy claro. Y en ese momento, en el que parecía completamente convencida de la veracidad de la historia y de lo plausible que podía ser encontrar el tesoro de Abercrombie, esperaba también que hubiera un camino concreto que seguir a partir de lo que aquella tarde le había sido compartido.

—Bien, por eso he traído estos planos —contestó Terence desplegando los dos enormes pliegos que hasta el momento habían permanecido enrollados.

—¿Qué son? —preguntó nervioso Abe.

—Estos son los planos de la fortaleza, que he conseguido gracias al señor Benson. Los he

estado estudiando, y eso, junto con todas las veces que he visitado la fortaleza, me ha dado alguna idea de dónde podría estar escondido el tesoro. Las marcas que veis son los lugares donde pienso que podría estar enterrado.

Todos, incluso Penny desde su posición elevada, nos inclinamos un poco hacia adelante para acercarnos más a los planos. Reconozco que mi ojo se mantenía muy abierto, y la sequedad que me producía el no pestañear me molestaba menos que el hecho de poder perderme algún detalle de aquello.

—Y cuéntanos, ¿cómo has llegado a estas conclusiones? —pregunté curioso.

—Excelente cuestión, Will. Verás, en realidad, la naturaleza de la propia fortaleza me ha ayudado bastante. Al estar construida básicamente encima de una gran formación rocosa, existen pocos lugares donde se podría haber excavado lo suficiente como para enterrar con discreción y de forma segura dos cofres del tamaño de los que buscamos.

Terence acababa de usar la palabra «pocos», pero en los planos aparecían al menos veinte lugares diferentes, aunque la mayoría de ellos estaban en el patio central de la fortaleza.

—Tiene sentido —repliqué yo—. Está claro que no se puede excavar un agujero en la roca; no al menos para esconder un tesoro. Pero aun así, con esa gran simplificación del problema, veo marcados demasiados lugares que podrían contener el tesoro; y la gran mayoría al descubierto.

—Bueno, eso es precisamente porque en los habitáculos y, sobre todo, en las mazmorras, casi todo está incrustado en la roca; muchas paredes ahí abajo no tienen ni ladrillos, están formadas directamente por la roca tallada. Y no os voy a decir nada del suelo de los sótanos, ahí sí que no hay ninguna posibilidad de haber cavado nada. Solo nos queda, por tanto, el suelo, aún hoy de tierra, de gran parte del patio central y algunas estancias (no todas) colindantes a este. No veo otra posibilidad, amigos.

—Y, ¿no veis extraño que Morgan hubiera cavado un agujero en un patio militar donde probablemente habría siempre algún tipo de vigilancia? Eso no tiene sentido —sentenció entonces Penny, dando el primer golpe pesimista de la tarde.

—Ehhhh...

Terence no fue capaz de contestar a eso. Era demasiado inteligente para no ver que lo que acababa de apuntar Penny era tan lógico que supongo que se avergonzó de no haberlo pensado él antes (o de no haber reconocido antes que su obsesión y orgullo podían llegar a cegarlo sobre las cuestiones más obvias).

Fue Abe quien dio una respuesta que más o menos nos convenció a todos y nos volvió a meter en el juego.

—Lo que dices, Penny, tiene mucha lógica; y, en realidad, es bueno para nosotros. Porque teniendo eso en cuenta podemos descartar del tirón la gran mayoría de cruces que Terence ha marcado en los planos. Solo tenemos que centrarnos en las estancias. ¿Quién sabe si alguna de ellas no era incluso la habitación de Morgan? En ese caso, ese sí que hubiera sido un lugar ideal para esconder su tesoro bajo tierra.

Terence se vino arriba de nuevo con la salida de Abe.

—Estoy contigo, amigo. Conozco la utilidad que tuvieron todas las estancias. En las estancias con marcas hubo un almacén de alimentos, otro de utensilios de apoyo a las tropas y tres en ubicaciones que parecen haber sido habitaciones. ¿Quién nos dice que una de ellas no pudiera haber sido la de Morgan?

—Pero serían habitaciones compartidas —siguió Penny, desmontando, no sé si con intención o no, aquel argumento. Desde que se había puesto en pie parecía haber empezado a ver las cosas

de otra manera, no tan optimista como al principio—. ¿De verdad creéis que un carcelero iba a tener derecho a una habitación propia para él solo? No estoy segura de que ni siquiera los oficiales las tuvieran. Y siendo así, ¿qué iba a hacer? ¿Esconder el tesoro allí dentro, mientras sus compañeros roncaban?

Yo me mantenía callado. Quería creer que podíamos encontrar el tesoro, y cualquier argumento a favor de eso en aquel momento lo hubiera asimilado como cierto y sólido. Pero respetaba a Penny demasiado; incluso puede que fuera algo más que respeto lo que sentía por ella, y eso me hacía considerar con mucho aprecio cualquier cosa que ella pudiera argumentar. Visto con perspectiva ahora, al escribir estas líneas, debo reconocer que lo que acababa de mencionar mi amiga tenía, de nuevo, mucho sentido.

Pero Terence no iba a darse por vencido.

—Quizás no lo hizo solo. Quizás sí que tuvo ayudantes. El tesoro era muy grande como para renunciar a él solo por no querer compartirlo. Y viniendo de una familia muy modesta, no creo que Morgan tuviera reparos en ello, ya que su concepto de abundancia bien podía no ser para nada exagerado. De hecho, hacerlo con alguien más le hubiera facilitado seguro mucho las cosas a Morgan. Es más, casi seguro que su ayudante o ayudantes fueron un «mal necesario» para poder llevar a cabo su estrategia. —Y concluyó con una frase lapidaria, llena de un veneno surgido de su impotencia y las dudas que se estaban planteando sobre su teoría—. Igual que me ocurre a mí ahora con vosotros.

Creo que Abe no se percató de lo que Terence acababa de insinuar. Yo sí lo hice. Y Penny estalló; y los nervios volvieron a aparecer en ella a través de sus labios.

—Te cr... cr... crees muy listo, pero en realidad me doy cuenta de que no has pensado nada bien todo esto. Te lo voy a desmont... desmont... desmontar con una sencilla conclusión: si Morgan Blackbelt tuvo cómplices, se habrían llevado el tesoro ellos tras la muerte de Morgan. Y entonces, ¿qué diablos vamos a buscar ahora nosotros?

Abe y yo estábamos atónitos. Con un par de frases casi había echado por tierra toda la historia y borrado de un plumazo las esperanzas que llevábamos un rato forjando allí entre todos. Pero Terence no cedía y su tono se volvió aún más bronco.

—O no. A lo mejor murieron todos. Yo sé que el tesoro de Abercrombie está en la fortaleza, escondido en algún lugar. Y lo sé porque, aparte de la excelente investigación que llevo tiempo realizando, me lo dicen los huesos, me lo dice mi estómago, me lo dice mi instinto. ¡Y ahora puedes creerme o no! ¡Puedes hacer lo que quieras, pero acabamos de hacer una promesa! ¡Y, si te rajas por unas conjeturas estúpidas, no solo te pondrás al nivel de esas conjeturas, sino que nos demostrarás a todos que eres una cobarde y una mentirosa!

Penny se puso completamente roja al oír aquellas palabras; tanto que hasta su bonito pelo cobrizo se volvió pálido al lado del color de su rostro.

—A... ah... ahhh... —fue lo único que salió de su boca, aunque prácticamente se podía leer en sus ojos toda la rabia de lo que pretendía decir.

Pocas veces había visto a Penny quedarse sin palabras ante una situación. Quizás ninguna antes de aquel día, de hecho.

Ante la impotencia por su falta capacidad para verbalizar lo que sentía –o no querer hacerlo por lo desagradable que sería–, por un segundo Penny levantó el brazo derecho, con su puño cerrado, amenazante. Pero rápidamente volvió a bajarlo, recobrando la compostura y racionalizando el hecho de que no iba a agredir a Terence, al que seguro que veía en desventaja física y que, además, era su invitado aquella tarde. Así que, como si hubiera estado poseída por un relámpago,

optó por meterse por el agujero que daba a la escalerilla del árbol, camino del suelo, y liberar de ese modo la enorme tensión que se había creado en el ambiente en tan solo un par de minutos.

—Te has pasado, Terence —le recriminé con una dura mirada. Y salí tras ella.

Mientras lo hacía, oí cómo Abe se encaraba con Terence. Aunque estaba convencido de que Abe tampoco le haría nada físico, sí sabía que a Terence le iba a caer una bronca monumental. Mientras bajaba deprisa del árbol, me sentí triste por cómo se había torcido la tarde. Y, sobre todo, por cómo debía sentirse Penny, humillada.

Cuando llegué abajo, me la encontré de espaldas mirando hacia el horizonte, al oeste, por donde podía verse el inicio de la puesta de sol. No sabía si estaría llorando, aunque lo dudaba porque Penny era muy dura, pero seguro que estaría intentando calmarse después de los agravios recibidos.

Antes de acercarme a ella, quise disfrutar un instante de aquella foto, con su silueta a contraluz, los tonos anaranjados del sol poniente sobre su contorno, sus trenzas cobrizas, oscurecidas por la sombra de su posición, y sus manos en los bolsillos, como habitualmente, aunque esta vez podía distinguir claramente cierto temblor en ellas que me despertó un sentimiento de ternura.

No quería importunarla, pero pensé que mi deber como amigo era tratar de consolarla y ayudarla a salir de aquel ensombrecido momento.

—Penny… —dije en voz baja, casi con timidez.

Ella se giró. Efectivamente, no lloraba, aunque sus ojos estaban un poco rojos. Su rostro, serio, me dejó a la vista un perfil hermoso. Nuestras miradas se cruzaron y las sostuvimos un instante, suficiente como para hablarnos a través de ellas. No hizo falta mucho más. Ella rompió el silencio.

—Hola, Will.

Me acerqué un poco más entonces, me coloqué a su lado y comencé a mirar junto a ella la hermosa puesta de sol que nos estaba regalando aquel extraño día.

No hacía falta que le preguntara cómo estaba. Ella sabía que yo lo sabía, y no me hubiera echado nunca en cara el no hacerlo. Preferí intentar que nuestra conversación fuera natural y volviera al cauce que teníamos arriba, en la casa del árbol, antes del absurdo enfrentamiento que habíamos vivido.

—¿Qué opinas de toda esa historia del tesoro?

Penny me miró de reojo antes de contestar. Luego habló pausadamente, ya bastante más calmada y con madura sensatez.

—Pues la verdad es que, si lo pienso mucho, probablemente encontraré muchos agujeros en ella. Y no puedo decir que Terence me parezca la persona más amable de la historia ni alguien con quien disfrutaría a solas. —Hizo una larga pausa en la que seguro volvió a pensar como continuar—. Pero no estoy sola. Os tengo a vosotros. Y somos un equipo. Así que creo que voy a decidir darle una oportunidad a todo esto.

Penny era muy lista; casi seguro la persona más lista que yo diría haber conocido nunca en mis quince años de vida, y sus palabras me parecieron tan bonitas como generosas.

—Yo opino como tú. Aunque, por supuesto, exigiremos una disculpa formal a Terence por sus modales —dije entonces girándome hacia ella—. Pero muchas gracias por decir eso.

No sé de dónde saqué valor para hacerlo, pero a continuación le puse mi mano derecha encima de su hombro izquierdo y apreté con suavidad en señal de cariño. Mi mano abarcaba no solo el fino tirante de su camiseta, sino también parte de la piel de su hombro y, al tocarla, mi cuerpo se estremeció al completo, embriagado por una sensación muy dulce.

Penny se giró entonces hacia mí con media sonrisa y unos ojos llenos de ternura. Creo que aquello terminó de desarmarme. Me olvidé de mi parche, de Abe y Terence en la casa del árbol, del tesoro. Y solo pude pensar en decirle a Penny lo hermosa que era y todos los sentimientos que había despertado en mí últimamente. Así que, como un auténtico kamikaze, mirándola directo a los ojos y sin saber bien cómo expresar lo que quería decirle, me lancé sin considerar las consecuencias de lo que iba a hacer.

—Hoy estás preciosa, Penny. Bueno, hoy y todos los días —dije torpemente.

Penny abrió sus ojos entonces de par de par, me dio la impresión de que sin saber muy bien qué esperar a continuación. Y, aun así, yo proseguí.

—Hace tiempo que quería hablar contigo a solas. Porque creo que algo ha cambiado en la forma en que te veo. Me parece...

La voz de Abe me interrumpió entonces desde arriba:

—Chicos, Bobby va a salir de la casa. Acabo de oír como se acerca a la puerta que da al jardín —avisó con tono agitado—. Nosotros recogemos los planos y, como prometido, no decimos nada de esto a nadie, ¿vale?

Aparté de un salto la mano del hombro de Penny y ella volvió en sí, olvidando de golpe el profundo estado de atención con que me había estado mirando, y posó sus ojos en la puerta trasera de su casa.

Recordé además en ese instante que Abe se había quitado sus aparatos, los atenuadores de volumen, justo antes de que Terence comenzara su relato, poco después de subir a la casa del árbol. Gracias a su hiperacusia había podido identificar que Bobby, el novio de la hermana mayor de Penny, se acercaba al jardín, hacia donde estábamos nosotros. Y justo por el mismo motivo quizás podría haber escuchado también las palabras que yo, pensándome en intimidad con Penny, estaba pronunciando justo cuando nos interrumpió. Así que me sonrojé. Pero no me dio tiempo a pensarlo demasiado porque, solo un par de segundos después, Bobby apareció en el jardín, tal y como había anunciado Abe, y en tres zancadas se plantó enfrente de nosotros.

Sus rizos rubios brillaban con el sol. Sus manos, muy cuidadas y limpias, volvieron a llamarme la atención, como siempre lo hacían, no sé muy bien por qué. Llevaba una camisa de cuadros azules y blancos, de manga corta y unos pantalones de lino muy claros. El paso firme y la mirada amable, con los ojos algo entornados por la claridad, a la que todavía iba acostumbrándose tras salir de la casa. Bajo su brazo izquierdo llevaba una carpeta marrón.

—Hola, chicos. ¿Qué tal? No sabía que habías venido hoy, Will —dijo en tono amable haciendo un gesto con la cabeza mientras su mirada de sabueso se dirigía también arriba, hacia la casa en el árbol, de donde asomaban los pies de Abe, tratando de apoyarse bien en la escalerilla de tablones para bajar.

—Hola, Bobby —repliqué educado—. Hemos llegado hace un rato, pero no hemos querido molestar entrando en la casa, así que nos hemos venido directamente aquí.

Abe ya estaba casi abajo y saludó a Bobby de espaldas. Era Terence el que ahora empezaba a descender. Bobby se fijó en él con un detenimiento que forzó a Penny a presentarlo incluso antes de que hubiera llegado al suelo.

—Este es Terence. Se ha mudado hace muy poco a la ciudad —dijo sin que en su tono de voz se notara la rabia que había sentido unos minutos antes hacia él.

Terence miraba al suelo y de reojo a Bobby mientras terminaba de bajar. Y Penny concluía las presentaciones:

—Y este es Bobby, el novio de mi hermana Lauren. Su prometido, en realidad.

En cuanto Terence tocó el suelo ofreció su mano a Bobby a modo de saludo y este lo correspondió con un firme apretón, mientras Penny continuaba, con un tono lleno de orgullo.

—Es inspector de policía.

—Subinspector, en realidad. Pero gracias por el ascenso, abejita.

—¡Vaya! —exclamó Terence abriendo los ojos y acentuando su sonrisa—. Pues… sea lo que sea lo que busque, no he sido yo, agente. Se lo aseguro.

Aunque no lo hizo de inmediato, Bobby terminó por enmarcar una sincera sonrisa en su rostro. Supongo que estaba bastante acostumbrado a ese tipo de bromas. Entiendo que la tomó bien.

Miró entonces a Penny.

—Bueno, solo he salido a despedirme de ti, abejita. Me voy ya.

Bobby le había puesto este cariñoso apodo a su futura cuñada porque decía que su curiosidad le hacía estar siempre revoloteando alrededor de mil cosas, queriéndose enterarse de los casos que él llevaba y rondándolo siempre que lo veía para sacarle información de los mismos, por pura curiosidad. Como podía entenderse natural, a la madre de Penny este comportamiento no le agradaba en absoluto, y en realidad a su hermana tampoco; por eso Penny siempre buscaba el momento de estar a solas con Bobby para que este le contara cualquier entresijo de los casos que llevaba, aun cuando estos pudieran algo escabrosos o truculentos. Y este interés especial hacia esos temas policiales, poco habitual en una chica de su edad, había hecho que su relación se fortaleciera con el tiempo, convirtiendo a esas conversaciones furtivas en un nexo poco convencional pero agradable para ambas partes. Bobby, por supuesto, trataba de rebajar siempre la crudeza del contenido de las cosas que le contaba a Penny, y también intentaba que nunca fueran datos clave que, por confidencialidad, estaba obligado a guardar en su estricto círculo profesional. Pero alguna vez, de manera esporádica y casi sin darse cuenta, le había revelado a Penny algunos detalles de algún caso que habrían puesto en duda su profesionalidad de haberse conocido públicamente la existencia de dichas confesiones. Por suerte para él, las historias y los datos que compartía con Penny morían en ella… o en nosotros, Abe y yo, como parte del círculo de confianza de Penny. Bobby era muy consciente de esto e incluso, en alguna ocasión, habíamos participado de esas conversaciones de manera directa.

Quizás fuera porque Penny acababa de ser involucrada en otra historia muy particular, la del tesoro que Terence había compartido con nosotros sellando entonces un implícito compromiso de confianza, o a lo mejor simplemente porque se le olvidó que Terence estaba allí y no tenía por qué conocer su costumbre de preguntar a Bobby por sus casos, lo cierto es que entonces Penny le lanzó una pregunta directa a Bobby que se oyó como un trueno en medio de un prado solitario.

—Antes de irte, ¿nos puedes contar algo más del asesinato de anoche?

Yo no tenía ni idea de a qué asesinato se refería. No había oído la radio aquella mañana y tampoco había tenido oportunidad de leer la prensa. Y Abe tampoco había comentado nada en todo el día. Pero cualquier detalle sobre un asesinato en su población le despierta a todo adolescente curioso una morbosidad a la que es muy difícil acallar. Así que todos aguzamos nuestros oídos ante la respuesta que esperábamos diera Bobby sobre aquel novedoso asunto.

Bobby, que sí se percató de que en aquella ocasión había un cuarto miembro en nuestra pandilla, al cual acaba de conocer y con el que no tenía ningún tipo de confianza, hizo una mueca y dio medio paso atrás, como sorprendido por la pregunta de Penny. Pero, tras una pausa en la que entiendo tuvo tiempo de meditar sus palabras, se lanzó por fin a hablar.

—No puedo contaros mucho —empezó de forma pausada y mirando fijamente a Terence, para que todos nos diéramos cuenta que él consideraba que había una especie de intruso en la que

parecía que iba a ser otra de esas conversaciones especiales sobre asuntos policiales. Aun así, continuó—: La investigación está en un estadio muy preliminar todavía. Pero, aunque esto no se confirmará del todo hasta los próximos días, parece que puede haber una relación directa entre el asesinato de ayer y el que ocurrió el 9 de junio. Aunque aún no sabemos si las víctimas se conocían, la forma en que ha sido encontrado este segundo cuerpo presenta muchas similitudes con respecto al primer asesinato.

Primer asesinato. «Primer». Ninguno pasamos por alto aquella inocente palabra que no hacía otra cosa que confirmar que Bobby –y la policía– creía que ambas muertes estaban conectadas, por mucho que él hubiera querido dejar cierta incertidumbre al respecto antes, con sus propias palabras.

Los ojos de Penny brillaron.

—¿También estaba completamente desangrado? —preguntó sin pudor.

—Ajá —afirmó escueto Bobby.

—¿Y el cuerpo también tiene las mismas marcas? —continuó ansiosa Penny.

A esto Bobby no contestó. Miró nervioso alrededor. Estaba claro que esa información era más importante para él y se pensó mucho más si decir o no algo. Tanto que, mientras se decidía a hablar, sacó torpemente un cigarrillo del bolsillo de su camisa y cogió el encendedor del bolsillo de su pantalón con su mano izquierda, haciendo algo de esfuerzo para poder continuar sujetando, al mismo tiempo, la carpeta marrón que llevaba bajo el brazo. Al bajar de nuevo el brazo para guardar el encendedor en su bolsillo, de la carpeta marrón se deslizó un pequeño papel hasta el césped que solo Abe alcanzó a ver. El muy pillo, en lugar de decir nada, movió de forma sutil su pierna derecha y pisó el papel antes de que nadie más se percatara del mismo.

Tras un par de caladas nerviosas, Bobby hizo algo muy extraño. Mirando fijamente a los ojos a Penny, soltó un rotundo «no» por su boca, mientras hacía un sutil pero claramente perceptible movimiento de asentimiento con la cabeza. Se giró y se despidió sin mirar atrás mientras se alejaba.

—Ahora tengo que irme. Tengo turno y voy muy justo. Nos vemos pronto, abejita. Hasta luego, chicos. Encantado de haberte conocido, Terence.

Cuando hubo pasado un tiempo suficiente para asegurar que Bobby había desaparecido por completo y ya no nos oiría, Penny se volvió nerviosa hacia nosotros tres y dijo en voz baja pero con tono exaltado:

—Las tiene. Sí, las tiene.

—¿Qué tiene? —inquirió Abe.

—Las marcas. Las mismas marcas que el otro cadáver que encontraron hace un mes.

—Pero si acaba de decir que «no» cuando le has preguntado por ellas.

—En absoluto —aseveró Penny rotunda y con una casi maliciosa sonrisa—. No podía confirmárnoslo de forma abierta. Estoy segura de que es un dato aún confidencial. Ni siquiera recuerdo haber leído o escuchado nada de esas marcas en el primer asesinato. Pero ha dicho que sí.

Nuestras caras debían transmitir una buena mezcla de incredulidad y expectación. No entendíamos lo que Penny nos estaba tratando de decir, pero todos esperábamos que fuera más concreta en sus explicaciones.

—A veces Bobby no puede, o no quiere, decir algo en voz alta, pero nuestra confianza no le permite mentirme. Así que hace tiempo pactamos un sencillo código, solo entre nosotros dos, que al menos nos permite contestar con un «sí» o con un «no» sin que nuestras palabras nos

comprometan. La regla es muy sencilla: la cabeza manda. Es decir, si Bobby contesta a algo verbalmente con un «sí», pero menea la cabeza de lado a lado, en señal de negación, es que en realidad es un «no». Y, al contrario, si asiente con la cabeza, por mucho que sus labios digan «no», es que la respuesta es un «sí». Lo hace de forma sutil, para no verse comprometido; pero ese gesto resulta tan extraño junto a sus palabras, que en realidad es muy fácil de identificar. Y en este caso ha sido un «sí» clarísimo.

—Pues en Bulgaria ese truco no os serviría de nada —comentó Terence, provocando que giráramos nuestras cabezas hacia él con claro gesto de no entender qué nos estaba queriendo decir. Ante ese gesto común, continuó—: Ya sabéis…, en Bulgaria la gente asiente con la cabeza de lado a lado y niega de arriba a abajo. Igual que en algunas partes de la India. ¿No vais al instituto? ¿Acaso no leéis libros? Charles Darwin fue uno de los primeros que estudió estas peculiaridades culturales y...

Mientras Terence terminaba su discurso, creo que todos dejamos de escucharlo. ¿A qué demonios venía aquello? Estábamos hablando de un asesinato, de un código secreto –que por más que fuera simple, no dejaba de ser excitante por lo que suponía compartir información «secreta» con un policía–, y Terencenos estaba soltando una parrafada sobre Bulgaria, país que no estoy seguro de que ninguno de los otros tres pudiera situar en un mapa con exactitud, más allá de que se encontraba en Europa. Estoy convencido de que todos pensamos en ese momento lo repelente que resultaba aquel muchacho debilucho y lo difícil que debía de serle, en general, hacer amigos con esa actitud de superioridad y pedantería. Además, todavía teníamos muy recientes sus palabras de desdén, sobre todo hacia Penny, de hacía unos minutos en el árbol; y, lo que era peor, no habíamos escuchado aún ninguna disculpa por su parte. Así que simplemente lo ignoramos.

Cuando terminó su perorata, intenté eliminar de mi rostro la expresión de asco que seguro la adornaba, y me dirigí de nuevo a Penny, intentando olvidar aquella interrupción.

—Entonces, ¿dices que ha habido otro asesinato en la ciudad?

—Sí, ayer por la tarde-noche. No sé exactamente la hora. La víctima ha sido un hombre mayor. El cadáver lo han encontrado esta mañana temprano en el jardín trasero de su propia casa. Su hija, cuando ha llegado su domicilio para desayunar con él, lo ha encontrado tirado, y se ve que completamente desangrado, como el otro, en el césped. No sé mucho más.

—¡Qué raro! Mi madre no me ha contado nada aún —masculló Abe un poco celoso de que Penny tuviera ese tipo de información antes que él.

—Bueno, ¿y qué marcas son esas a las que te has referido antes? —continué interrogando a Penny al tiempo que ignoraba el comentario de Abe.

—Pues veréis —comenzó Penny con un tono de voz bajo que le daba cierto misterio a lo que nos iba a contar—, resulta que el primer cadáver tenía unas singulares marcas en el cuello. Como dos pequeños hematomas, separados algo menos de dos pulgadas. No se sabe, al menos hasta donde me contó Bobby, si esas marcas tienen en realidad algo que ver con la muerte en sí de la víctima, pero ese dato no se reveló nunca a la prensa, precisamente porque es algo tan inusual que la policía pretendía usarlo para descartar pistas o confesiones falsas; algo que al parecer es habitual en casos mediáticos cuya información es pública y a la que tienen acceso muchos pirados con ganas de un poco de fama. Por lo que nos ha confirmado de forma muy discreta Bobby, este nuevo cadáver también tiene esas extrañas marcas.

Tras unos segundos de pausa, Penny cayó en la cuenta de la importancia de mantener aquello en secreto, así que cerró su intervención con un rotundo:

—Así que no digáis nada de esto a nadie; o me la juego yo y, sobre todo, Bobby.

—Sabes que puedes estar tranquila con nosotros —me apresuré a asegurar—. Y estoy convencido de hablar por Terence también cuando te digo esto, ¿verdad, Terence? —concluí con una mirada a nuestro nuevo amigo en la simultáneamente le lanzaba mi confianza y también una velada amenaza. Si se estaba en nuestro círculo, se estaba para todo. Y salirse de él, y más como chivato, implicaría algo más que una simple riña.

Terence lo entendió y asintió con una mirada que a mí me pareció llena de sinceridad.

Fue Abe el primero que se atrevió entonces a decir lo que a todos se nos había pasado por la cabeza al escuchar aquel dato que Penny acababa de revelarnos sobre las muertes.

—¿Estás insinuando que hay un vampiro en la ciudad y está cazando gente?

Creo que cuando Abe empezó aquella frase su cerebro pensaba más de forma irónica en lo que intentaba decir que en que aquello fuera una posibilidad real, pero, conforme la terminó de pronunciar, su tono se oscureció y quizás se dio cuenta de que, a lo mejor, aquello tampoco era una locura tan disparatada. La imaginación de un muchacho es muy viva y la forma en la que ve el mundo puede distorsionar la realidad y hacer que se cuestione en un segundo todo aquello que da por sentado, independientemente de que, *a priori*, pueda no tener un sentido o una lógica.

A Abe le había ocurrido eso. En un instante su mente había empezado a darle vueltas a esa idea tan absurda, tan irreal, tan loca... o quizás plausible, quizás probable, quizás real. Y, por nuestros rostros, por nuestras miradas y por un silencio que duró una eternidad, pude entender que todos compartimos esa misma extraña sensación.

Fui yo quien rompió ese profundo silencio con una nueva pregunta.

—¿Y por qué no nos dijiste nada de esas marcas antes, Penny?

—De hecho, lo intenté, Will. El mismo día que empezaste a trabajar para el señor Giddens y hablamos del primer asesinato. Pero no parecías estar entonces muy interesado en conocer datos sobre esa muerte —respondió con cierto reproche.

Y no podía culparla. Haciendo memoria recordé aquel día. Penny tenía mucha razón; incluso fui algo brusco cuando le pedí a ella y a Abe que dejaran de hablar del tema.

—Lo siento, Penny. Tienes toda la razón. Soy un zoquete —dije bajando la cabeza, como un perrillo sumiso que sabe que ha hecho alguna travesura.

Penny me dedicó una leve sonrisa que, junto con lo que yo interpreté como un guiño cómplice, disipó en mí toda sospecha de rencor por su parte.

Abe se agachó entonces y recogió el trozo de papel que se había deslizado fuera de la carpeta marrón de Bobby y que él había escondido con discreción bajo su suela.

—Mirad esto —dijo mientras sujetaba el papel y lo escudriñaba de cerca, casi dificultando que el resto pudiéramos observarlo de forma adecuada.

Era un papel cuadrado, no muy grande. Conforme me acerqué un poco más a él pude ver que contenía la foto en primer plano de una persona. Unas letras rojas estampadas cruzaban su rostro: Fallecido.

—¡Es una foto del muerto! —continuó mi amigo sin ninguna prudencia, casi alegrándose de su particular botín.

—¿Cómo? —intervino Penny extrañada y confundida—. ¿De dónde has sacado eso?

Pero antes de que Abe pudiera contestar, en mi cerebro se produjeron una serie de conexiones que me hicieron interrumpir el diálogo que Penny pretendía abrir con Abe sobre la forma en que había conseguido aquella foto.

—Yo conozco a ese señor —afirmé sin apartar la vista de la foto y sin percatarme que ahora las

miradas de mis amigos se concentraban en mí.

Todos callaron esperando que me decidiera a seguir relatando de dónde conocía yo a ese hombre, ahora muerto.

La foto mostraba a un hombre de color, con rasgos maduros, y canas rizadas adornando su testa. Sus ojos, ahora cerrados, no permitían observar su mirada, pero su gesto era solemne y daba la impresión de alguien con cierta clase, cierta distinción social.

—Lo conocí... bueno, más bien solo lo vi hace una semana más o menos; el día que el señor Giddens abrió su tienda —continué explicando a mis amigos—. Yo ni siquiera hablé con él. Pero recuerdo que compró algo... ¿qué era?

—¿Estás seguro? —inquirió Penny algo incrédula—. ¿Solo mirando esta foto?

—Sí, sí. Estoy seguro —contesté con tal convicción que hizo que no se volviera a cuestionar ese hecho—. Ya me acuerdo de lo que compró. Un quinqué. Uno que, según el señor Giddens, había pertenecido a Thomas Edison. Recuerdo que pagó un precio que a mí me pareció excesivo, por lo que me dio la sensación de ser alguien pudiente.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! —añadió Penny.

—¿Soy el único aquí que no sabe qué es un quinqué? —preguntó Abe, casi olvidándose del muerto.

—Un quinqué es una lámpara portátil, que se puede graduar en intensidad —se apresuró a contestar Terence, cómo no, volviendo a dar muestras de su extensa cultura y conocimientos—. No me cuadra mucho que Edison tuviera uno de estos porque en su época estaban ya mucho más extendidas las lámparas de queroseno. Pero si de verdad Edison usaba este tipo de artilugios, la cosa sería de lo más curiosa.

Tras una mirada grupal que hizo que Terence se diera cuenta de que, de nuevo, estaba proporcionando más datos de los que Abe o cualquiera necesitaba, se calló y volvió a concentrar su mirada en la foto del cadáver.

Penny retomó entonces su interrogatorio a Abe.

—En serio, Abe, ¿de dónde demonios has sacado esa foto?

A Abe no se le pasó ni por un segundo por la cabeza intentar inventar una excusa que justificara su comportamiento. Según su criterio, su travesura no debía ser censurable, y mucho menos en el entorno de nuestro pequeño grupo. Así que solo dijo la verdad, con pasmosa serenidad.

—Se le cayó a Bobby hace un minuto, justo antes de irse.

—¿Y por qué no la recogiste y se la devolviste? —dijo Penny con una mirada cada vez más dura y la cara de nuevo enrojecida por una incipiente ira. Estaba claro que aquella no había sido la tarde más tranquila posible para nuestra amiga.

—Porque pensé que era mejor esperar y ver qué es lo que era —respondió Abe con algo menos de confianza en sí mismo y un poco de miedo al ver la actitud de su amiga—. Lo he hecho por el grupo. Pensando en nosotros.

—Pero, ¡tú eres ton... ton... tonto! —estalló Penny, muy dolida porque alguien hubiera «engañado» a Bobby; aunque ese alguien hubiera sido Abe. Penny no toleraba el engaño ni la mentira—. ¿Que lo has hecho por nosotros? Trae aquí eso inmediatamente.

De un manotazo le quitó a Abe la foto de las manos, dejándolo con una cara de bobo que hasta le hizo subir los colores de vergüenza.

Mientras Penny se marchaba corriendo, bastante enfadada, hacia la puerta de la verja de su casa con la esperanza de encontrar a Bobby no muy lejos de allí y devolverle la foto, yo seguía

pensativo, casi ajeno a la discusión entre mis amigos.

Dos asesinatos en relativamente poco tiempo en Fortress Flint era todo un acontecimiento. Ambos desangrados; todo muy mediático. Y luego estaba el asunto de las misteriosas marcas, de las que sabíamos muy poco, pero que parecían un detalle importante para la policía. Los dos cadáveres eran de hombres que vivían en Sally's Oak. Bueno, en realidad eso entonces solo lo suponía, porque, aunque en aquel momento no sabía seguro dónde vivía el segundo asesinado, recordaba haberlo visto adentrarse más en el barrio tras salir de la casa del señor Giddens el día que compró el quinqué. De eso sí que estaba seguro: era el mismo hombre que vi en la tienda. Todo en Sally's Oak. El mismo barrio donde mi jefe aquel verano se acababa de mudar. Un jefe del que conocía poco de su pasado. Un forastero aún, en realidad. Y con unos extraños dientes...

No hacía ni una pizca de brisa, pero los vellos de mis brazos se erizaron. Mi mente comenzaba a dar demasiadas vueltas a todos esos datos y, de manera recurrente, como en un carrusel, me terminaban llevando una y otra vez al mismo destino, a la misma conclusión; quizás precipitada y sin mucho fundamento real, no lo niego; pero una conclusión que no me dejó dormir nada bien en los siguientes días.

# ACTO II

# La duda

Traté sin mucho éxito que todas aquellas conjeturas fantásticas que rondaban mi mente desaparecieran y eso me hizo descansar mal esa noche, por lo que el lunes me levanté agotado y sin ganas de acudir a mi trabajo en la casa del señor Giddens. Pero mi sentido de la responsabilidad pudo más que mis reticencias a reunirme con el viejo anticuario.

¿El señor Giddens un asesino? Pero si no parecía tener fuerzas para enfrentarse con nadie; y mucho menos para matarlo. Más aún, ¿el señor Giddens un vampiro? Bueno, eso explicaría lo de la fuerza, a pesar de su inofensiva apariencia. Pero ¿cómo diablos podía yo pensar esa tontería? Mi cabeza oscilaba entre la loca pero intensa idea de que mi jefe fuera un vampiro asesino y mi propio reconocimiento de lo absurdo que resultaba aquel planteamiento.

Casi sin darme cuenta llegué a la valla de la casa del señor Giddens y me detuve un segundo ante la puerta. Mis pies me habían llevado en piloto automático hasta allí, mientras mi cabeza seguía basculando entre las dos ideas extremas que la abarcaban por completo: la fantástica, que parecía explicar muchas cosas, y la racional, que trataba de mantenerme atado a mis creencias más convencionales.

Crucé la valla y me dirigí a la puerta de la casa, despacio, casi temiendo el momento de llamar al timbre y volver a enfrentarme cara a cara con el aparentemente apacible y amable anticuario.

Cuando abrió la puerta y me saludó dibujando con sus delgados labios una de sus habituales sonrisas cerradas fue cuando recordé de golpe la extraña forma en la habíamos coincidido el día anterior en el cine. Y la vergüenza me envolvió como si me hubieran tirado un cubo de agua helada por la cabeza.

—Buenos días, William —exclamó desde la penumbra del interior de la vivienda.

Traté de pensar rápido qué excusa contarle para justificar el hecho de no haber aceptado ir con él a ver ***Doce del patíbulo*** y, sin embargo, haberme luego escapado con Abe para hacer precisamente eso. Justificarme con la verdad, hablando de sus dientes, visibles tras su extraña y larga sonrisa con la boca abierta, no era una opción. Por eso tardé más de lo habitual en contestar, supongo que manteniendo cara de idiota, con mi boca medio abierta y mi ojo algo perdido en el horizonte, mirando a ninguna parte, e intentando buscar respuestas en el papel de la pared del fondo.

—Hola, señor Giddens —dije por fin, justo antes de que mi silencio fuera demasiado incómodo.

—Pasa, por favor —rogó, retirándose más adentro—. ¿Qué tal el fin de semana? ¿Has descansado?

—Sí, sí... claro. Todo bien —contesté sin saber qué esperar a continuación y aún sin una buena excusa preparada.

Pero después de eso no vino nada más. De nuevo, al igual que había hecho el sábado con el delicado tema de su peculiar dentadura, ese lunes tampoco mencionó el incómodo asunto de nuestro encuentro –o, más bien, desencuentro– en el cine. Era como si, para él, aquello no hubiera sucedido jamás.

Me dediqué a trabajar, aunque cada vez había menos que hacer, más allá de estar preparado para atender a cualquier curioso que se acercara a la tienda, animado por los panfletos que hacía unos días habíamos estado repartiendo por la ciudad o por el cartel de «Antigüedades Giddens» que habíamos colocado en la puerta de la valla que rodeaba la propiedad. Era un cartel de tamaño medio –unos cuatro pies de largo–, bastante sencillo, con letras verdes en cursiva sobre un fondo marrón claro. Bastante «antiguo» diría yo, y muy en la línea del tipo de negocio que pretendía anunciar.

A pesar de todo el tiempo que teníamos que compartir, sí o sí, en la misma sala, ese día la conversación entre nosotros no fluyó como solía. El señor Giddens se dedicó casi todo el tiempo a leer un libro del que no pude apreciar el nombre en su portada, pero que parecía bastante antiguo, mientras varios discos de bandas sonoras giraban en su tocadiscos. ***West Side Story***, con música de Leonard Bernstein y letras de Stephen Sondheim; ***Ben-Hur***, de Miklós Rózsa; ***High Society***, con canciones de Bing Crosby, Frank Sinatra y Louis Armstrong, entre otros artistas; o ***Vértigo***, de Bernard Herrmann, fueron algunos de los vinilos que escuchamos esa mañana. Casi sin darme cuenta, esa música, a la que poco a poco iba cogiendo gusto, me hizo olvidar en parte todas aquellas locas conjeturas que habían estado rondando mi cabeza desde la tarde anterior.

Faltaban poco más de diez minutos para que el señor Giddens cerrara el turno matutino de apertura, cuando se levantó del cómodo sillón donde había estado la mayor parte de la mañana y se dirigió al sótano. Yo no dije nada, solo lo miré de reojo y seguí disfrutando de la música, silbando en tono bajo alguna de esas melodías que ya empezaba a reconocer y aprender de memoria.

Volví a mirar el reloj, casi contando los segundos para cerrar mi participación allí aquella mañana, cuando el señor Giddens apareció entonces de nuevo en la puerta del sótano. Lo que llevaba en la mano me hizo estremecer de nuevo, casi como cuando tres días atrás descubrí su extraña dentadura. El objeto que sujetaba con firmeza era un viejo conocido: el quinqué que, según su historia, había pertenecido a Edison, y que el primer día de apertura de la tienda había vendido al señor mayor que yo estaba convencido era la víctima de la que habíamos estado hablando el día anterior en casa de Penny.

Se dio cuenta de que mi mirada se concentraba en el objeto, ya que mi cara debía mostrar una expresión de cierta sorpresa que no me fue posible disimular.

—¿Te ocurre algo, William? Parece que hubieras visto un fantasma —dijo deteniéndose justo delante de mí; casi diría que dejando el quinqué tan cerca de mi vista como si quisiera asegurarse de que lo identificaba como es debido.

Era el mismo quinqué. Estaba seguro del todo. Tanto que mi subconsciente me hizo lanzarle las preguntas más honestas que se me ocurrieron:

—Disculpe, pero ¿no es ese el quinqué que me contó que había pertenecido a Thomas Edison? ¿El mismo que vendió hace unos días a un señor que pretendió comprarle su bastón?

El señor Giddens sonrió y casi pude oír su risa; pero como solía hacer en esos casos, lo hizo sin separar sus labios.

—Mi querido William —comenzó con cierta condescendencia—, eres muy observador. En realidad, es el mismo y no es el mismo.

No entendí aquel acertijo y mi mirada debió ser bastante explícita porque el anciano continuó hablando tras una breve pausa en la que mantuvo su sibilina sonrisa de superioridad.

—Es muy sencillo. Lo que ocurre es que yo tenía en mi poder dos quinqués iguales, y ambos pertenecieron a Edison. Los adquirí en un lote, juntos; pero preferí exponerlos por separado

porque se puede obtener una mejor venta haciéndolo de ese modo. Llevo varios días posponiendo el ir a buscar esta segunda unidad para colocarla en el expositor que dejó libre la otra que vendí… creo que fue el primer día de apertura de la tienda, si no me equivoco. Este estaba bien guardado en una de las cajas que te pedí que dejaras almacenadas en el sótano. Ya sabes que aquí no tengo espacio para mostrar toda mi colección a la vez.

Tal y como terminó su discurso se giró para dirigirse a la vitrina donde unos días antes hubo descansado el quinqué que vendió al ahora cadáver.

Es cierto que su explicación era sencilla y plausible. Pero también se la podía haber inventado. Quizás sí que fuera el mismo quinqué que vendió al hombre asesinado. Incluso a lo mejor ese fue el motivo del crimen, recuperar el quinqué, si tanto valor tenía. O puede que no, puede que realmente hubiera dos quinqués iguales. Incluso podía ser que el señor Giddens fuera un mentiroso y ninguno de esos quinqués hubiera pertenecido nunca a Edison; recordé que Terence lo había puesto en duda el día anterior. A lo mejor la mitad de las historias sobre los objetos de la colección de aquel anticuario eran pura invención. Quizás todas fueran falsas y me encontrara rodeado de simples baratijas vendidas por un mentiroso timador.

Con tantas dudas explotando en mi mente y algo molesto por el hecho de pensar que podía estar siendo cómplice de una farsa, decidí retarlo.

—Por cierto, ¿se ha enterado de lo del asesinato de este fin de semana?

El señor Giddens se giró de golpe hacia mí.

—¿Asesinato? —exclamó mostrando una mezcla de sorpresa y curiosidad tan convincente que me costó trabajo pensar que estuviera fingiendo al hacerlo. Sin embargo, pensando que ese señor, al que solo conocía desde hacía menos de un mes, bien podía ser en realidad un redomado mentiroso, no podía dejar de dudar si aquella sorprendida actitud sería solo una excelente y ensayada actuación o no.

—Sí. Aquí en Fortress Flint. Un «segundo» asesinato, en realidad, según la policía —dije sin recordar que aquella información no estaba aún confirmada y que era más que probable que todavía no se hubiera publicado en ningún medio.

—¿A qué te refieres con «segundo asesinato»? —volvió a preguntar el anticuario, sin variar la expresión de su rostro.

Entonces sí que me di cuenta de que podía haber metido la pata contando ese detalle antes de tiempo, y traicionado la confianza de Bobby. Pero ya no me quedaba otra salida que continuar mi huida hacia delante.

—El sábado por la noche mataron a un señor, en este mismo barrio, creo —expliqué, dando por hecho algo que en realidad no sabía a ciencia cierta—. Según me contó ayer el policía que lleva la investigación, hay muchas pistas que indican que se trata del mismo asesino que mató a su vecino hace un mes.

—¿De veras? —dijo el señor Giddens con mayor sorpresa aún.

—Sí, ¿recuerda que su vecino fue asesinado poco después de llegar usted? El del número seis, en la casa del porche rosa, justo aquí al lado.

—Por supuesto. La policía pasó por aquí haciendo algunas preguntas sobre si había visto a alguien merodeando por el barrio o acercándose a la casa el día del asesinato —confirmó el anticuario, sin tener que esforzarse nada en hacer memoria—. Por lo que comentas, deduzco que el caso no está aún cerrado. Lo cierto es que no he vuelto a pensar en ello desde entonces.

Hasta el momento no había logrado encontrar nada ni en sus respuestas ni en sus reacciones que me indicara que me estaba ocultando algo, así que persistí un poco más, buscando un detalle

en sus palabras, un tono en su diálogo o un signo en su rostro que me confirmara lo que yo ya había sentenciado en mi mente antes de entrar esa mañana por la puerta de su casa.

—Pues ¿sabe usted qué más? —insistí en continuar con el tema—. Tuve la ocasión de ver una fotografía del cadáver, únicamente de su rostro, nada escabroso, no crea, y podría jurarle que el hombre asesinado el pasado fin de semana es el mismo que estuvo en su tienda el día que la abrió al público y que estaba interesado en su bastón, pero que al final acabó comprando el otro quinqué de Edison.

De nuevo, nada especial en su reacción; al menos, nada que me pareciese extraño.

—¡No me digas! ¿Estás seguro? ¡Qué curioso! Supongo que por eso te has acordado del asunto al ver este segundo quinqué —dijo señalando la antigüedad, ahora perfectamente colocada en una de las vitrinas de la estancia.

—Ajá —confirmé yo esperando que el anticuario se mojara un poco más y añadiera algún comentario adicional sobre el tema. Tardó algo en hablar, pero lo hizo.

—Bueno —comenzó entonces con un tono algo más apesadumbrado—, fuera quien fuera el difunto, me entristezco al pensar en ello; en su familia; en todo lo que dejó sin hacer en esta vida. Y más aún porque esta le fuera arrebatada a la fuerza.

Viendo que en absoluto estaba logrando algo concluyente, lancé mi último ataque, esperando que aquello fuera lo suficientemente impactante como para conseguir mi objetivo.

—Pues sí. Los dos del mismo barrio. Y los dos murieron desangrados. Ambos eran afroamericanos. Y dicen que habían perdido tanta sangre que estaban tan pálidos que parecían blancos cuando los encontraron.

Casi me sentí un poco estúpido al mencionar aquella última parte, la cual había robado de mi amigo Abe, según su comentario respecto al primer asesinato, pero lo cierto es que yo debía parecer algo exagerado si pretendía conseguir un mayor golpe de efecto y alguna reacción que me indicara lo que deseaba descubrir. Era lo último que tenía para causar algún tipo de efecto turbador en mi jefe.

—William, te pensaba más inteligente que todo esto —dijo con parsimonia poniendo su mano, más fría de lo normal, encima de la mía. Al oír sus palabras pensé que por fin conseguiría mi propósito, que el señor Giddens iba a confesar algo, que iba a dejar ver un poco al monstruo que yo creía que llevaba dentro, y que me estaba avisando de que no debía haberme acercado nunca tanto a la verdad. Mi pulso se aceleró y comencé a sudar. Un súbito miedo se apoderó de mí. Miré a la puerta de salida, calculando si podría salir corriendo de allí sin que me atrapara, sin que me agarrara con la fuerza sobrehumana de un no–muerto, sin que le diera tiempo a clavar sus extrañamente largos dientes en mi cuello y se saciara con mi sangre... pero entonces continuó hablando:

—¿Cómo puedes creer que un hombre negro cambiara el color de su piel al desangrarse?

Me apretó suavemente la mano, retiró acto seguido la suya, se dio la vuelta y siguió:

—Por cierto, no pretendo echarte, William, pero es la hora de cerrar, por ahora. Y te mereces un descanso. ¿Nos vemos esta tarde?

Y se retiró despacio hacia la cocina.

Me despedí sin mirar atrás mientras salía rápido por la puerta principal, aún con el corazón acelerado. Una vez fuera, la enorme diferencia lumínica que percibí, dado que la sala principal de la casa permanecía siempre en una profunda penumbra, me hizo encoger el ojo pero también me proporcionó un empujón de energía positiva, de calma y de seguridad.

Mientras me alejaba de la casa, mi corazón volvía a un ritmo normal, mi sudor dejaba de ser

frío para pasar a uno cálido provocado por el astro rey –que en esas fechas y a mediodía pegaba con fuerza–, y mi mente se iba serenando. ¡Qué idiota había sido! ¡¿Cómo diablos había podido llegar a sugestionarme tanto con esas ideas de chupasangres?! Y aun así, aunque la potente luz del día y la distancia cada vez mayor que me separaba de la casa del señor Giddens me hacía empezar a ver las cosas de nuevo desde un prisma más realista, mi cabeza no podía abandonar del todo la dichosa idea de que había demasiadas coincidencias en todo lo que estaba sucediendo; y que, en realidad, muchas de las explicaciones recibidas no podía corroborarlas con hechos objetivos para poder dar mis otras hipótesis, más fantasiosas, por entero olvidadas.

Pero había algo que sí podía intentar, y que de hecho fue lo primero que hice cuando llegué a casa.

Llamé a Penny por teléfono y le conté lo del segundo quinqué, idéntico al primero. No quise hacerla partícipe del resto de mis descabelladas ideas porque en realidad me costaba verbalizarlas y porque, por el momento, pretendía mantener mi locura –si es que era locura– fuera del alcance de mis amigos. Así que decidí inventar una excusa. Le dije que tenía que ayudarme a confirmar si el hombre asesinado era el que yo sospechaba y que debía preguntar a Bobby si, entre las pertenencias que pudiera haber en la casa, había un quinqué antiguo; porque, si esto era así, el señor Giddens estaba interesado en volver a recuperarlo por un precio justo, a través de los herederos, claro está. Como mi patrón no quería importunar a la familia, y menos aún en un momento como ese, sin estar del todo seguro de que la víctima era la misma persona que había comprado el primer quinqué, había pensado que sería una buena –y práctica– idea confirmarlo con la policía antes de mover ficha. Penny no cuestionó ni lo más mínimo la veracidad de lo que yo le estaba pidiendo. Claro, ¿por qué debería? ¿Acaso un amigo como yo iba a engañarla? Confieso que no me sentí todo lo mal que debería, quizás porque en mi fuero interno pensaba que tenía una excelente razón para contar aquella «mentirijilla sin importancia» a mi amiga. La estaba protegiendo, incluso. Supongo que no hay más ciego que el que no quiere ver, y yo entonces hubiera justificado mi actitud de cualquier forma.

Por su parte, Penny, un poco agobiada por tener que presionar a Bobby para conseguir la información, me preguntó de nuevo, antes de comprometerse a nada, sobre cómo de seguro estaba yo de que el hombre asesinado era el mismo que había comprado el quinqué en la tienda del señor Giddens, solo por la foto que había visto durante unos segundos el día anterior; y yo insistí en la confianza plena que tenía acerca de mi memoria.

Penny aceptó hacerme el favor. Me dijo que intentaría sacar más información a Bobby sobre la segunda víctima y que entonces le preguntaría si, por casualidad, en el inventario de su vivienda constaba un quinqué antiguo. Pero me señaló que, si ese era finalmente el caso y se confirmaban mis sospechas acerca de la identidad de la víctima y el quinqué, no iba a pedir a Bobby que propiciara ningún encuentro ni contacto entre el señor Giddens y la familia del asesinado; eso tendría que correr por cuenta del anticuario y debía ser él quién buscara la forma de acceder a los herederos. No pude decirle otra cosa que «por supuesto, estoy de acuerdo».

Yo era muy consciente de que, aunque Bobby no pudiera corroborar lo del quinqué y yo no consiguiera entonces establecer una conexión directa entre mis –bastante sólidos– recuerdos y esa segunda víctima, eso no tendría por qué significar que el señor Giddens estuviera mintiendo. Ni, por otro lado, tampoco diciendo la verdad. Pero si había una posibilidad de que la víctima fuera la persona que compró el quinqué y este estuviera aún en su posesión –bueno, en la de sus herederos–, tenía que intentar averiguarlo, ya que eso despejaría de manera objetiva muchas de mis dudas sobre la veracidad de las historias del señor Giddens, y descartaría de inmediato uno

de los posibles móviles que yo había imaginado en mi mente como opciones para explicar el móvil de ese asesinato.

El martes fue el Día de la Independencia, que aproveché para descansar y estar con mi madre, a la que veía cada vez menos. Durante ese día pude aparcar por un momento mis tribulaciones mentales sobre el señor Giddens, pero el miércoles volví a la tienda para seguir con mi rutina habitual a la vez que trataba de completar mi nuevo objetivo: desenmascarar al anticuario.

He de reconocer que durante el resto de la semana mi empeño en encontrar algo que lo incriminara o que me diera una pista real de su verdadera naturaleza me hizo estar algo disperso en las tareas de la tienda. Los clientes seguían entrando a cuentagotas, pero de forma continua; es decir, la tienda nunca llegaba a tener más de una o dos personas al mismo tiempo, pero de momento aún no habíamos tenido una jornada en blanco.

Recuerdo que en esos días me insistió un par de veces en que le gustaría que lo ayudara con el jardín trasero de la casa. Yo había sido muy diligente dejando el césped de la parte frontal impoluto, para que la imagen de la tienda fuera de absoluta pulcritud, pero había olvidado por completo –a propósito– la zona trasera, donde la hierba alta y los matojos inundaban el sitio con aleatoria y caótica disposición. No me daba la impresión de que aquel espacio fuera un lugar que el señor Giddens utilizara a menudo, pero él parecía interesado en mantenerlo cuidado del mismo modo que el resto de la propiedad; e incluso me instó a colocar un par de arriates de flores, para darle un toque de color y belleza. A mí la jardinería no me motivaba en absoluto y, por ello, traté de zafarme con vagas excusas de aquellos trabajos en cada ocasión en que mi patrón los mencionaba. Y, de momento, lo estaba logrando.

Por lo demás, el señor Giddens me seguía tratando con su habitual cortesía; y hasta diría que la familiaridad y confianza que intentaba mostrar hacia mí se acrecentaban cada día. Esa natural y amable actitud era lo que más efecto tenía como cortafuegos de las fantasiosas llamas de creencias turbadoras que ardían en mi mente. Su conversación volvió a ser fluida a partir del miércoles, y sus anécdotas e historias volvieron a cautivarme a pesar de mi inicial resistencia, porque aquel anticuario tenía algo en su forma de contar las cosas, en su forma de expresarse, que me contagiaba su pasión y eso debilitaba cualquier pensamiento negativo que pudiera generar hacia él.

Durante esos días seguimos escuchando mucha música. De todo tipo. Lo mismo me ponía un disco de Elvis Presley que una obra de Wagner. Y siempre tenía comentarios relativos a la música, a veces datos de los autores, otras veces historias que había vivido asociadas a esas obras, pero todas ellas interesantes. En realidad, cada día en aquella tienda era como una jornada en una escuela de artes y humanidades. Aunque el señor Giddens demostraba conocimientos sobre pintura, arquitectura, filosofía, lenguas e historia, la música y el cine eran sin duda sus dos disciplinas favoritas y las que ocupaban la mayor parte de sus discursos. Debo admitir que aprendía muchísimo y que mi interés cada vez que me contaba alguna cosa nueva no era para nada fingido.

Con cada nuevo dato recibido, con cada nuevo tema que aprendía, con cada nueva historia que entraba en mi cabeza, las ideas de incriminaciones en asesinatos y monstruos de novela iban perdiendo espacio y fuerza en mi mente.

Por supuesto, no olvidé de forma inmediata todo lo que me había perturbado esos últimos días –y noches– y, cada vez que podía, husmeaba aquí y allá por la casa, intentando buscar –cada vez con menos entusiasmo y esperanza– algo que demostrara cualquiera de mis alocadas teorías, a la vez que procuraba no provocar suspicacias en mi jefe. Pero no fue hasta el viernes de esa

semana, cuando esas teorías parecían ya solo pequeños intentos de darle algo de emoción a mi aburrido día a día en lugar de las sólidas convicciones de principios de semana, que ocurrió algo que volvió a sembrar ciertas dudas importantes en mí sobre el tema.

Al principio de la tarde del viernes, justo cuando una pareja salía de la tienda, después de haber estado allí más de media hora sin comprar nada, el señor Giddens me informó que debía salir un momento a hacer una gestión personal y que había decidido dejarme al cargo de la tienda. Al principio me sorprendió que no decidiera dar por terminada la jornada, pero lo cierto es que era algo pronto para cerrar. Era la primera vez que lo hacía, dejarme al cargo, solo, en su casa y al frente del negocio. Aunque fuera un pequeño rato, aquello demostraba una creciente confianza en mí y he de confesar que aquel acto me tocó el corazón y el orgullo de manera harto positiva. Incluso suponiendo una gran responsabilidad para mí, acepté sin pensarlo; aunque, por otro lado, tampoco creo que hubiera tenido otra opción, en realidad.

El señor Giddens se puso una chaqueta de lino, a juego con los pantalones que llevaba, se colocó el sombrero de ala ancha que solía llevar cuando estaba en la calle, y se dispuso a salir, no sin antes coger sus gafas de sol, unos guantes y, por supuesto, su elegante bastón lacado en negro y rematado por una cabeza de zorro, el cual –aunque su función original resultaba tan innecesaria para él como lo es una radio para un sordo– le aportaba un plus de distinción a su porte.

Se despidió de mí con una sonrisa amable que reforzó aún más la sensación de confianza que entonces yo sentía. Lo miré con agradecimiento, devolviéndole la sonrisa, mientras volvía a fijarme en sus afilados rasgos, sus prominentes pómulos, su puntiaguda barbilla y sus huesudos dedos. Sin duda, tenía un aspecto tan peculiar como señorial. Casi de otra época; como las antigüedades que vendía.

En cuanto se hubo marchado, y ante la ausencia de más clientes en la tienda, decidí echar un último vistazo por la casa. Ahora sí que tenía libertad total para husmear en todos los rincones. Pero como en aquel momento mis sentimientos hacia el señor Giddens se habían ido estabilizando a lo largo de la semana, volviendo a acercarse a lo que había sentido hacia él casi desde el principio de nuestra relación, lo cierto es que ni mi ímpetu de «cazador» era ya entonces tan exultante como el lunes ni mis ganas de encontrar algo incriminatorio o extraño en aquella casa estaban en la parte alta de mi lista de deseos esa tarde. Tanto es así, que me prometí a mí mismo que esa sería mi última incursión en aquella propiedad ajena buscando pruebas de algo que era más que probable que solo existiera en mi imaginación. Sí, estaba convencido de que aquella sería mi última exploración y el punto y final de mis infundadas sospechas.

Sabía que disponía de unos cuarenta y cinco minutos hasta que el señor Giddens volviera, según él mismo me había informado antes de irse. Volví a revisar todas las estancias, la mayoría de ellas –salvo una en el primer piso, preparada con una austera cama y poco más para acoger a supuestos invitados que pudiera tener– dedicadas a distintos artilugios y objetos para vender en la tienda, algunos a la vista, otros empaquetados y almacenados aún. Estuve en el enorme sótano, que ya había revisado varias veces durante esa semana, siendo un lugar al que tenía fácil acceso ya que en numerosas ocasiones mi jefe me enviaba abajo a por algún objeto en concreto. También volví a rebuscar en la sala principal; y en la cocina; y en un par de pequeños cuartos que hacían las veces de almacenes. E incluso llegué a entrar en su dormitorio, que era la única estancia de la casa a la que no había accedido con libertad hasta entonces.

Me sentía un poco mal conmigo mismo por estar en aquel cuarto, donde mi amable patrón descansaba por las noches y donde, a buen seguro, guardada sus cosas más íntimas. El estar allí, violando su intimidad, sin permiso y casi sin motivo, me desgarraba por dentro, haciéndome

sentir como un desagradecido y no merecedor de la confianza que el anticuario había depositado en mí.

Y, aun así, lo hice. Miré por todos lados. No creía que volviera a tener la oportunidad de buscar algo allí, así que lo registré todo. Pero traté de poner cuidado, y cierto respeto –si es puedo usar esa palabra en este contexto – cada vez que abría una puerta o un cajón, o tocaba alguna de las pertenencias más íntimas del señor Giddens. Abrí el gran armario que adornaba la pared enfrente de la cama; también todos los cajones de la cómoda que se encontraba a la derecha, enfrente de la ventana; miré incluso bajo la cama, pero lo único especial que encontré fue mi propia vergüenza, que se hacía más y más grande con cada espacio personal desnudado. Por fin llegué al último rincón por explorar: la mesita de noche.

Casi estuve a punto de no detenerme en ella y salir de una vez por todas de esa habitación, pensando en abandonar por completo cualquier atisbo de las ideas acusatorias que había estado teniendo contra el señor Giddens en los últimos días. Pero supongo que la curiosidad y el instinto se unieron para darme la fuerza y la desvergüenza que necesitaba para fisgar en aquel pequeño rincón, el último que me quedaba por destapar de toda la casa.

No había gran cosa. Unos pañuelos bordados con las iniciales R. R., que supuse no eran suyos, sino más bien un recuerdo personal, una herencia o un complemento de algún famoso, un pequeño frasco de cristal con unas pastillas blancas, sin etiqueta, y un manojo de cartas, antiguas pero en apariencia bien conservadas en sus sobres, compactadas y cuadradas, sujetas con una gomilla. Mi mano se acercó a ellas, pero mi sentido común me decía que leerlas sería ir demasiado lejos. Además, en el fondo no creía que en ellas pudiera haber nada que me sirviera para justificar el hecho de violar su intimidad. No sé por qué, pero lo primero que se me vino a la cabeza es que lo más probable es que esas cartas fueran recuerdos de un amor perdido o pasado. Ese pensamiento me hizo humanizar más al viejo anticuario y sentir algo de pena por estar invadiendo su privacidad, sin ningún permiso. Con ánimo de despedirme allí, en ese momento de mi particular aventura –travesura–, mi mano se posó con delicadeza sobre las cartas, rocé con las yemas de los dedos el sobre superior, sin detenerme a leer las letras que indicaban un nombre y dirección, escritas con una bonita y recargada caligrafía. Sentí la suavidad de un papel envejecido y aparté la mano. Al hacerlo, mi dedo meñique se enganchó con la gomilla que sujetaba el mazo de cartas y estas se desplazaron un poco dentro del cajón, dejando al descubierto la esquina de lo que parecía ser una foto.

Aquello era demasiado tentador como para dejarlo pasar. Una foto guardada en tal lugar debía tener un significado muy personal para el anticuario. Era sin duda importante. La curiosidad pudo más que todo lo demás.

Aparté entonces el montón de cartas de encima de la foto y la cogí con mucho cuidado, sujetándola como si fuera a convertirse en polvo en cualquier momento.

La foto parecía muy antigua. El tono sepia de la imagen y lo gastado de sus bordes así lo indicaban. En ella podían verse dos hombres, de frente a la cámara, uno al lado del otro, encuadrados de cuerpo completo. Uno delgado, bastante alto, joven, de unos veinticinco, moreno, sujetando una caña de pescar con la mano derecha y expresión neutra en el rostro. Iba vestido con una camiseta de tirantes y un pantalón de peto bastante desgastado. Y era manco. No tenía brazo izquierdo, y su corto muñón casi se posaba en el hombro del segundo hombre.

Ese segundo hombre era, sin duda, el señor Giddens. Su vestimenta era formal, como siempre solía, pero algo me llamó la atención sobre ella. No sabría explicarlo bien. Pudo ser el corte del traje, la forma de la corbata, o a lo mejor el efecto antiguo del color de la foto, pero lo cierto es

que me pareció que iba disfrazado de otra época. Él se veía algo más joven, como unos diez o doce años, pero yo no tenía ninguna duda de que era el señor Giddens. Llevaba su característico sombrero de ala ancha y unas gafas oscuras, aunque mucho más pequeñas que las que yo estaba acostumbrado a verle usar. Sus pómulos salientes, su picuda barbilla y sus delgados labios no dejaban lugar a dudas. Incluso pude percibir sus orejas, muy pequeñas en la foto, pero suficientemente grandes como para llamarme la atención, tal y como lo habían hecho desde el primer día que lo conocí. Su expresión era algo menos seria que la de su compañero. Su pose, elegante. Estaba convencido de que era él, aunque el detalle que me dio la confirmación definitiva sobre su identidad, por si todo lo demás no hubiera sido suficiente, fue que, en su mano izquierda, enfundada en un guante negro, sostenía con su habitual solemnidad su bastón negro rematado por la cabeza dorada de un zorro.

¿Quién sería aquel pescador, aquel amigo? Deduje lo de la amistad porque el brazo derecho del señor Giddens subía por detrás de su compañero de retrato y su mano agarraba el hombro izquierdo de este, muy poco por encima del muñón.

Giré la foto, más por instinto que porque buscara algo más en ella, y mi realidad dio entonces también un giro de ciento ochenta grados a la par que mi corazón volvió a acelerarse de golpe. Mis dudas, mis sospechas de que había algo raro en el señor Giddens afloraron de nuevo de forma súbita; como si nunca se hubieran ido del todo, como si hubieran permanecido intactas y muy vivas, pero ocultas bajo capas de forzada racionalidad, latentes, esperando el momento en que encontrara algo que de verdad justificara su existencia. Y ese «algo» acababa de aparecer ante mis ojos.

En el dorso de la foto había una anotación hecha con tinta negra. Estaba perfectamente clara y perfilada. Era una fecha. «Septiembre 1900».

¿Qué significaba aquello? No lo podía saber con certeza, pero en mi mente se agolpaban las preguntas; y también las teorías. La del vampiro, inmortal, eterno, conservando el mismo aspecto desde hacía siglos, como los de las novelas y las viejas películas de la Hammer. La del insensato que hubiera hecho un pacto con el mismísimo diablo para permanecer vivo más tiempo del que un cuerpo humano normal hubiera tolerado. La del extravagante asesino que no había podido ir al Royal, a ver ***Doce del patíbulo***, el sábado anterior por la tarde porque había estado haciendo un «trabajo especial», recuperando su quinqué a la fuerza, y por eso se había encontrado conmigo de forma no premeditada –inesperada, incluso– en la sesión del domingo por la mañana. La del cazador de personas cuya primera víctima hubiera sido quizás ese pescador que aparecía en la foto y cuyo retrato guardaba como un simbólico trofeo. La del monstruo que había llegado a Fortress Flint para ir mermando la población a base de escabrosos asesinatos, fingiendo ser tan solo un amable e inofensivo anticuario entrado en años.

O quizás el de la foto no fuera el señor Giddens, sino su padre o su abuelo, con su mismo aspecto, o uno muy parecido. Quizás las ganas de que hubiera algo sobrenatural en el anticuario habían hecho que mis sentidos se enfocaran más hacia lo que mi imaginación deseaba ver que hacia la verdadera realidad, pasando por alto pequeños detalles que podían marcar la diferencia y demostrar que mis fantasiosas teorías eran del todo erróneas. Me afané por buscarlos con detenimiento por toda la superficie de la foto, sin ningún éxito.

O incluso pudiera ser que esa fecha no correspondiera con el momento de la foto. Y que esta fuera más reciente de lo que yo pensaba.

O quizás aquello que yo creía una fecha no era sino una dirección, el 1900 de la calle Septiembre.

Podría ser cualquier cosa, en realidad. Pero la duda ya estaba de nuevo sembrada en mí; y brotaba con fuerza, por más que mi sentido común me gritaba desde lo más profundo de mi alma que las fantasías que rondaban mi cabeza sobre el señor Giddens eran solo eso, fantasías.

Absorto estaba en todas estas tribulaciones cuando oí la puerta de entrada. Era él, el afable mesías que me había acogido en su casa y se regocijaba compartiendo tiempo e historias con un muchacho que le caía bien, o el siniestro monstruo que trataba de encandilarme con algún malvado propósito que yo aún desconocía.

De forma instintiva, sin pensar que el señor Giddens pudiera echar en falta una foto escondida debajo de un montón de cartas, me la metí en el bolsillo y salí de la habitación, intentando llegar al otro extremo del pasillo lo antes posible para que al señor Giddens le pareciera que estaba saliendo del baño en lugar de su cuarto.

No pudo verme, estoy convencido. Así que salí como si nada desde el pasillo a la sala principal y lo saludé con toda la tranquilidad que fui capaz de mostrar, aunque el corazón seguía latiéndome como si hubiera visto un fantasma. El señor Giddens me devolvió el saludo cortésmente y fue despojándose de su sombrero, sus guantes y la chaqueta, poniéndose más cómodo.

No miento si juro que no recuerdo mucho más de aquella tarde. De hecho, diría que el tiempo pasó como un suspiro. Sé que atendí a un par de personas más que entraron, pero lo hice como un robot, con mi mente puesta en otro lugar. Por suerte, mi patrón siempre estaba allí, dispuesto a complementar con elaboradas explicaciones los detalles sobre los objetos que resultaban interesantes a los curiosos que se dejaban caer por la tienda.

Cuando me fui a casa, al final de la jornada, seguía dándole vueltas al asunto.

Creo que fue la mezcla de curiosidad y el afán de protagonismo –por ser considerado de nuevo un héroe local, o nacional incluso– lo que me dio el valor suficiente para decidirme a trazar un plan con el que forzar un poco las cosas y tratar de desenmascarar a mi empleador de una vez por todas.

Era un plan muy sencillo: convencería a mi madre de que invitáramos al señor Giddens a comer a casa. Allí, delante de ella, sería más cómodo y seguro para mí poner a prueba ciertos puntos que en ese momento me parecía que me ayudarían a descubrir si realmente el señor Giddens era quien decía ser o más bien quien yo creía que podía ser. Sí, es cierto que no pensé demasiado en que quizás con esa estrategia estaba poniendo en peligro no solo mi vida, sino la de mi madre, en el caso de que el anticuario resultara ser un monstruoso asesino. Solo Dios sabe cómo funciona la mente de un muchacho.

Conforme llegaba a casa, volví a sacar la foto de mi bolsillo y la observé de nuevo. Las teorías fantásticas cobraban fuerza frente a las racionales. Mi mente de adolescente, ávida de emociones, hacía lo que la de cualquier muchacho de mi edad hubiera hecho.

Tenía que asegurarme de guardar muy bien aquella foto. En ese momento pensaba que era una prueba muy importante para soportar mis teorías y debía conservarla a buen recaudo.

Esa noche había quedado con mis amigos para cenar en Luke’s y solo iba a pasar por casa un momento para asearme un poco. A cada paso que daba, mis nervios iban desapareciendo. Sin embargo, aquella cada vez más agradable sensación de tranquilidad no me duraría mucho. Siguiendo la pauta de la montaña rusa de emociones contrapuestas que estaba suponiendo aquella tarde de viernes, una abrupta cuesta abajo me esperaba a la vuelta de la esquina, sorprendiéndome cuando más confiado estaba y poniéndome de nuevo el estómago en la garganta. Y es que, justo antes de llegar a la meta que suponía mi hogar, subiendo las escaleras

que daban al porche de mi casa, una instantánea del pasado reciente apareció de repente en mi mente, golpeándome como un rayo, atravesándome y erizándome todos los pelos del cuerpo. Una instantánea clara como el agua: la de un cajón abierto, un cajón de debía haber cerrado antes de abandonar con tanta prisa el dormitorio del señor Giddens, un inofensivo cajón de una mesita de noche que, abierto, se convertía entonces en la mejor pista para que mi patrón descubriera que le faltaba algo, una pertenencia privada, quizás muy importante para él; un cajón acusador de donde yo –¿quién si no?– había birlado con alevosía la, desde mi punto de vista, muy comprometida foto que ahora descansaba entre mis manos.

# La sombra del vampiro

Llegué a Luke’s medio corriendo y por poco me di de bruces con Terence, que esperaba fuera, en una de las esquinas del local.

—Hola, Terence —saludé casi sin aliento—. ¿Eres el primero en llegar?

—Hola, Will. No lo sé. No he llegado a mirar dentro —concluyó con una mirada cabizbaja en la que quise apreciar cierta mezcla de remordimiento y vergüenza.

En cualquier caso, me extrañó un poco su respuesta, pero pensé que, a lo mejor, debido a lo acontecido el domingo anterior en casa de Penny –que además había terminado de forma abrupta, sin disculpas ni despedidas–, Terence tenía reparos en entrar y encontrarse a mi amiga sola, algo que podría haber supuesto para él un incómodo momento. No habíamos vuelto a hablar del tema desde hacía casi una semana. Abe y yo habíamos planeado la quedada ese viernes noche para tratar de aplacar los ánimos exaltados de nuestra primera reunión como «cuadrilla busca tesoros» recién formada. Conocíamos bien a Penny y sabíamos que lo más probable era que ella hubiera olvidado ya el asunto. No era en absoluto rencorosa. Pero no estábamos tan seguros con Terence, no lo conocíamos tanto y no sabíamos cómo se iba a comportar tras lo del domingo ni cómo afectaría aquello al desarrollo de lo que esperábamos fuera la «aventura definitiva» aquel verano.

Por sus palabras y actitud, me pareció que estaba calmado y que había reflexionado sobre las palabras que nos dedicó –sobre todo a Penny–, motivadas más por un desmedido orgullo que por un sentimiento real o una convicción verdadera; o, al menos, eso era lo que yo deseaba interpretar.

—Echemos un vistazo, entonces —le dije, agarrándolo con suavidad por el hombro para que me acompañara dentro.

El local estaba bastante lleno y el ambiente se notaba algo cargado, con una mezcla a sudor y fritanga que, no sé muy bien por qué, no parecía molestarnos nunca cuando íbamos allí. ***I’m a Believer***, de The Monkees, sonaba de fondo envuelta en un incesante murmullo de voces y risas, algunas más altas que otras, lo que suponía un contraste muy fuerte con la quietud que había en la calle, en el exterior del local.

Desde la puerta, hice uso de mi holgada altura para completar una panorámica del interior. Descubrí a Penny y a Abe sentados a una mesa de cuatro, en nuestra esquina favorita, suficientemente lejos de los baños y de los altavoces para que ni el olor de los unos ni el ruido de los otros nos previniera de no disfrutar al máximo de nuestra estancia allí.

Terence caminaba detrás de mí, casi escondiéndose.

Cuando llegamos a la mesa, mis amigos me miraron con alegría. Nos sentamos, Terence enfrente de Abe y yo enfrente de Penny; y fue ella la que rompió el hielo.

—Hola, Terence. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien —masculló con cierta timidez.

—¿Habéis pedido ya? —pregunté yo.

—No. Estábamos esperando a que llegarais —me informó Abe mientras levantaba el brazo para hacerle una señal a Darlene, la camarera más cercana a nuestra mesa.

Penny, Abe y yo pedimos cada uno una hamburguesa con queso, con patatas fritas y un batido. Terence solo pidió un batido.

Cuando Darlene se fue con la comanda, Abe miró a Terence con curiosidad.

—¿Solo un batido, Terence? ¿Has cenado ya?

—No, es que no tengo mucha hambre —contestó en voz baja.

—Bueno, bueno, tú verás. Pero cuando llegue mi plato no se te ocurra tratar de robarme una sola patata frita —lo amenazó Abe, medio en broma medio en serio.

Terence salió entonces de su aparente letargo.

—No te preocupes. No soy ningún ladrón —exclamó levantando la voz y con una expresión visiblemente molesta.

Temí que lo del domingo se repitiera, de nuevo por una tontería, y puse mi mano en el brazo de Terence, de forma suave, solo para hacerle sentir un poco más seguro, a la vez que lo miré con expresión conciliadora.

Terence me entendió, por suerte, y un segundo después se volvió de nuevo a Abe:

—De hecho, te diré toda la verdad. No pido lo mismo que vosotros porque mi madre no ha podido darme dinero más que para un batido —confesó, tragándose su orgullo.

Abe y yo nos quedamos mudos. Penny, sin embargo, demostrando ser la más madura del grupo, intervino al instante.

—Terence, escucha. Tienes que entender una cosa: si formas parte de nuestro grupo, no vas a quedarte sin comer una hamburguesa porque hoy no hayas podido traer el dinero suficiente para ello.

Y, tras buscar en sus bolsillos, puso un dólar encima de la mesa y lo acercó despacio hacia el sitio de Terence. Lo más importante del gesto fue que en su mirada no había compasión, sino compañerismo.

Esto desarmó por completo a Terence, el cual no pudo siquiera tratar de negarse a recibir el dinero y se limitó a dar las gracias de forma tan escueta como sincera. Habría sido incorrecto y desagradecido de su parte no aceptar algo tan desinteresado y auténtico; más aun viniendo de la persona que más motivos tenía para estar enfadada con él.

—Si te hace falta algo más, también puedes contar conmigo. Creo que he traído calderilla de sobra —me apresuré a añadir yo, un poco celoso de que aquel maravilloso gesto de Penny no se me hubiera ocurrido a mí primero.

—Claro, Terence. Si estás en el grupo, completamos lo que te falte. A ti o a cualquiera de nosotros. Vamos todos a una. —Abe, levantando de nuevo el brazo, llamó a Darlene—. Darlene, por favor, apunta también una hamburguesa con queso y patatas fritas para nuestro amigo.

—Chicos, muchas gracias, de verdad —dijo entonces Terence con los ojos húmedos—. Hacéis que uno se sienta… en familia. Y os aseguro que eso no me ha pasado muchas veces. —Miró a Penny de nuevo—: Penny, lo siento. De veras que lamento lo que te dije el otro día. A ti y a vosotros dos también —añadió lanzándonos sendas miradas a Abe y a mí—. Me comporté como un auténtico cenutrio, desconsiderado y soberbio. Os aseguro que en el fondo yo no soy así; no todo el tiempo, al menos —siguió con media sonrisa—. Así que os pido perdón a los tres y os prometo que trataré de controlarme para que mi estupidez no arruine de nuevo lo que considero lo mejor que me ha pasado desde que llegué a Fortress Flint.

Nos miramos y sonreímos.

—Todo está ya olvidado, Terence —respondió Penny con su característica sinceridad—. Yo también soy muy pasional a veces. Pero los amigos siempre se perdonan, y se aceptan tal y como

son.

Aquello cerró por completo la tensión sobre la disputa del domingo anterior y volvimos a respirar un aire limpio entre nosotros, lleno de ilusión y amistad verdadera. Comenzamos a hacer chistes, sobre todo Abe, que era todo un experto en ello; le preguntamos a Terence más cosas sobre su vida antes de Fortress Flint, nos pusimos al día de lo que habíamos estando haciendo durante la semana, y hablamos, cómo no, del tesoro y de cómo íbamos a afrontar su búsqueda, que fue justo donde nos quedamos en nuestra anterior reunión.

Yo, a pesar de toda la seguridad que había ido acumulando durante la tarde respecto a mis sospechas sobre la culpabilidad –o, al menos, la naturaleza extraña– del señor Giddens, oculta bajo una bien adornada capa de frágil senectud, no fui capaz de mencionar nada sobre él. Ni siquiera de la foto que había requisado de forma furtiva, cual ladrón de guante blanco. Quizás fuera prudencia, seguro que no discreción, pero lo más probable es que sintiera cierta vergüenza de mis ideas y algo de miedo de que, al verbalizarlas delante de mis amigos, estas perdieran la fuerza que tenían en mi cabeza y me mostraran como a un tonto e inmaduro infante. Tenía que estar aún más seguro de todo. Y para ello tenía un plan que, si salía como yo esperaba, me permitiría en un par de días contar a mis amigos con total convicción y pruebas la historia que yo ya daba por verdadera acerca del señor Giddens. Incluso podría convertirme en un héroe local si lograba desenmascarar al asesino de los dos cadáveres que ese verano habían puesto en jaque a la policía de una ciudad tan usualmente tranquila como Fortress Flint.

Como no podía dejar de pensar en aquello, no participé demasiado en la animada conversación que los otros tres, mientras degustaban con fruición sus hamburguesas, tuvieron acerca de qué pasos debíamos dar a continuación para buscar y encontrar el tesoro de Abercrombie. La conclusión a la que llegaron fue que lo mejor sería acercarnos el domingo por la mañana a la fortaleza y visitar algunos de los sitios que Terence tenía señalados en los planos como posibles lugares donde podría estar enterrado el tesoro. Una inspección sobre el terreno para preparar bien nuestra futura y clandestina expedición de excavación. El camino al éxito debía prepararse con paciencia y mucho detalle, y tres de nosotros acabábamos de «aterrizar» en aquella aventura y necesitábamos aún procesar bien muchas de las cosas que Terence parecía tener muy claras y estudiadas.

Hacia el final de la cena, todos menos yo habían terminado sus hamburguesas. Abe, que tampoco tenía ya patatas, apuró el último sorbo de su batido y dijo, levantándose:

—Disculpadme, voy un momento al baño.

Terence, que jugueteaba con una de las pocas patatas que le quedaban en el plato, miró el reloj que adornaba la pared principal del local y también se levantó:

—Pues yo voy a aprovechar para llamar a mi madre. Tengo que preguntarle una cosa.

El pequeño muchacho se dirigió cojeando al teléfono que había justo a la entrada de los baños, siguiendo a Abe.

Penny miraba lo que me quedaba de hamburguesa con ojos golosos; y yo vi entonces el momento justo para poner sobre la mesa el tema que había estado deseando preguntarle durante toda la semana.

—Te doy un trozo de lo que me queda de hamburguesa si me dices lo que le has sacado a Bobby —le dije en tono jocoso mientras desgarraba la mitad de la carne entre pan que tenía en las manos y se lo ofrecía con una sonrisa.

—Gracias, Will. Pero sabes que no tienes que comprarme para que hable —respondió cogiendo el trozo de hamburguesa y metiéndoselo entero en la boca sin pestañear.

Estaba muy graciosa –más bien, adorable– con la boca tan llena de comida. Parecía una divertida y tierna ardilla con pecas. Aunque tardó en deglutir aquel enorme trozo de carne, yo disfrutaba tanto mirándola que no me importó en absoluto esperar todo aquel rato para poder continuar hablando con ella.

—¿Y bien? —inquirí cuando por fin liberó su boca de comida.

—Bueno, me debes una bien gorda, Will —comenzó Penny dándose cierta importancia—. El domingo pude devolverle la foto sin que sospechara que Abe la había escondido a propósito para echarle un vistazo a solas. Hasta ahí, bien; sin problema. Pero cuando el martes volví a verlo de nuevo, con motivo de la celebración del Día de la Independencia, y empecé a preguntarle más datos sobre el fallecido, Bobby se extrañó bastante. Por suerte, la historia sobre el posible interés del señor Giddens por recuperar el quinqué a través de sus familiares era tan retorcida que creo que no llegó a plantearse que fuera en realidad una tonta excusa para sacarle más información.

—Y no lo es, Penny —mentí descaradamente. No quería parecer un idiota con mis sospechas. Todavía era demasiado pronto para desvelar nada más; y lo cierto es que entonces no se me pasaron por la cabeza las consecuencias que podrían caer sobre mí el día que Penny descubriera la verdad.

—Vale. El caso es que lo que sí pudo decirme en esa primera conversación fue el nombre de la víctima. Se llamaba Thurgood Houston y, como tú dijiste, vivía en Sally’s Oak. Al parecer era un abogado jubilado bastante conocido y apreciado en la comunidad por todos los años que había dedicado a defender a afroamericanos; sobre todo a los más desfavorecidos o que contaban con pocos medios económicos y para los que trabajaba por tarifas simbólicas. Mucha gente de la comunidad fue a su funeral.

—¡Vaya! —exclamé yo, entusiasmado con la idea de que la víctima fuera, en efecto, la persona que yo creía; la que había comprado el quinqué del señor Giddens y luego se había marchado, barrio adentro, hacia el corazón de Sally’s Oak. Si Bobby hubiera encontrado el quinqué, eso confirmaría sin dudas que era la misma persona, aunque me dejaría sin móvil directo respecto al señor Giddens. Por otro lado, si no lo encontraba o no lo confirmaba, la hipótesis del móvil seguiría intacta, pero yo no podría estar cien por cien seguro de que se tratara entonces de la misma persona.

—Total, que Bobby se quedó, no sin antes refunfuñar un poco, con la tarea de investigar si en casa del señor Houston había un quinqué. Siendo una pieza tan rara, en caso de que hallara alguno, podría concluir que se trataba de la persona que lo compró en la tienda del señor Giddens y tú podrías informar a tu patrón para que contactara con sus familiares, para poder así negociar con ellos la recompra del quinqué.

Penny hizo una breve pausa para sorber el poco batido que le quedaba y tomar un poco de aire antes de continuar. Yo la miraba sin pestañear.

—Y, bueno, Will Johns... solo puedo decirte que es cierto que tienes muy buen ojo para las caras; porque Bobby encontró el quinqué en casa de la víctima. Me llamó ayer para decírmelo y rogarme que, por favor, no le volviera a pedir nunca una cosa parecida. Me dijo que sentía que estaba abusando de su posición para favorecer una transacción comercial y, aunque él no fuera a sacar ningún partido personal de ello, eso lo colocaba en el límite de la integridad; algo que Bobby no está dispuesto a traspasar. —Penny endureció entonces su mirada hacia mí; estaba claro que no le gustaba en absoluto colocar a su admirado Bobby en una situación tan incómoda como aquélla—. Ni yo tampoco, ya que estamos. Por eso digo que me debes una bien gorda,

Will. Tu querido señor Giddens ya tiene lo que buscaba; ahora que se busque la vida él solito con los familiares del señor Houston. Y tú, por favor, no vuelvas a pedirme algo así, ¿vale?

—Tienes mi palabra, Penny. Muchísimas gracias por esto.

En aquel momento tenía sentimientos encontrados. Por un lado, estaba feliz de haber demostrado mi teoría sobre quién era la víctima. No había dudas, era el hombre afroamericano con el pelo canoso que había entrado el primer día en la tienda y había intentado comprar el bastón del señor Giddens –sin éxito–. Por otro, sabía que el señor Giddens no me había mentido al decirme que había dos quinqués iguales. Y, además, el móvil del robo para recuperar el quinqué se desvaneció de golpe; aunque el hecho de que el robo del quinqué no fuera el móvil del asesinato tampoco exoneraba al señor Giddens de haber podido cometerlo. Quizás no buscaba el quinqué; quizás buscaba otra cosa. Roja, caliente y algo espesa.

No pude reprimirme.

—¿Te contó algo más del caso? ¿Algún cotilleo jugoso? —inquirí con cierta fingida desgana, intentando que mi interés se entendiera entonces como simple y ligera curiosidad y que no se descubriera ninguna intención detrás de mis preguntas—. ¿Te dijo algo de las extrañas marcas en el cuello?

Sabía que Penny no podría resistirse a contarme los detalle de ese o de cualquier otro caso; y esa vez no fue una excepción.

—Pues sí, me confirmó lo de las marcas del cuello; pero aún no saben de qué son. También me dijo que murió desangrado, igual que la otra víctima hace un mes.

—¿Y la sangre?

El rostro de Penny desveló su extrañeza hacia aquella pregunta.

—Pues esparcida por todo el jardín. Dice Bobby que el césped estaba totalmente encharcado alrededor del cadáver.

Aquello me cayó como un jarro de agua fría. Mi fantástica teoría del vampiro se desvaneció por un segundo. Solo por un segundo; ya que entonces mi mente encontró de forma ágil otro camino para explicar aquello sin tener que renunciar a la que me parecía la más excitante hipótesis posible: que mi jefe fuera un vampiro. ¿Y si el astuto asesino, tras saciar su apetito, hubiera dejado el resto de la sangre esparcida por el lugar? Eso tenía bastante sentido si no quería levantar demasiadas sospechas. Encontrar un cadáver desangrado en un jardín y no hallar ni rastro de la sangre era mucho más siniestro y sospechoso que encontrar un cadáver nadando en su propia sangre, aunque le faltara parte de ella. ¿Quién sería capaz de notar la ausencia de una o dos pintas de sangre en medio de tan dantesco escenario?

Mis ojos volvieron a iluminarse ante lo que yo, henchido de orgullo y vacío de humildad, consideraba un discurso absolutamente brillante salido de mi detectivesco cerebro.

—Por cierto —siguió Penny—, tampoco saben aún cuál podrían ser el móvil del crimen. O puede que Bobby se reservara esa información si pensara que eso puede beneficiar el desarrollo del caso. Lo que sí me dijo es que en principio las dos víctimas no tenían ni habían tenido nunca relación cercana directa, que se sepa. Aunque yo creo, y por lo que me comentó Bobby muchos en la policía también, que hay demasiadas coincidencias para descartar que ambos asesinatos no estén conectados. Estoy convencida de que han sido cometidos por la misma persona; o mismas personas —concluyó Penny con una idea, la de más de un asesino, que lo cierto es que a mí no se me había pasado por la cabeza, pero que en realidad era tan válida como la del asesino en solitario.

¿El móvil? Al ser las dos víctimas afroamericanas, era obvio que el tema racial era algo que no

se podía descartar. Sin embargo, en mi interior yo cada vez creía tener más claro cuál era el verdadero motivo de los asesinatos, con una teoría alimentada por un inexplicable deseo que iba empequeñeciendo a todas las otras posibilidades. Además, no me parecía que el señor Giddens fuera en absoluto racista; ni por su actitud ni por sus comentarios habría dicho nunca que sintiera animadversión u odio hacia las personas de otras razas. Por otro lado, no habría puesto nunca la mano en el fuego por ello, ya que –como venía pensando de un tiempo a esa parte– tampoco tenía claro que el anticuario no fuera un excelente actor y que pudiera haberme estado engañando todo el tiempo, simulando ser un personaje diferente al que escondía para ocultar su verdadera naturaleza.

A pesar de todo, me inclinaba a pensar que el secreto del señor Giddens, lo que me ocultaba de verdad, nada tenía que ver con el color de la piel y sí con lo que circula bajo ella; sí con el preciado líquido rojo que inunda nuestras arterias y venas y riega nuestros órganos, distribuyendo combustible natural por todo nuestro cuerpo. Todo eso era algo que entonces no podía desvelar aún a mis amigos –ni a la policía–, por mucho que estuviera convencido de ser capaz de probarlo en menos de cuarenta y ocho horas, si es que mi plan transcurría como yo esperaba.

Penny hablaba con pasión y eso me hacía admirarla más; la hacía más atractiva aún para mí. Sus facciones, sus gestos, su energía, todo en ella me gustaba, y cada vez más. Podría decir que cada nuevo día que tenía la suerte de disfrutar de su compañía hacía que mi interés por ella creciera, y en las últimas semanas eso había ocurrido de manera exponencial. No había ninguna duda: estaba enamorado de ella hasta la médula.

Concluido el tema del cadáver y la información de Bobby, con Abe y Terence todavía ocupados fuera de nuestra mesa y a pesar de la explícita advertencia que el dueto de los Sinatra, ***Somethin' Stupid*** –que sonaba entonces de fondo en el local–, me estaba lanzando de forma descarada, volvió a aflorar en mí el valor suficiente para tratar de abrir mi corazón a Penny.

—Penny —comencé muy bajito, casi sin que mi voz tuviera la fuerza necesaria para salir de mi garganta—, el otro día, en tu casa, no me dio tiempo a terminar de contarte una cosa.

Tal y como terminé de decir aquello, mi mano derecha, en un movimiento casi involuntario, se posicionó al lado de la izquierda de Penny, rozando suavemente con las yemas de mis dedos sus nudillos, mientras ella aún sostenía su vaso de batido.

Su mirada cambió por completo y sus ojos se abrieron con expresión de sorpresa. Yo estaba entonces bastante seguro de que Penny intuía con certeza qué es lo que iba a decirle yo a continuación. Y se limitó a esperar, con la boca un poco entreabierta, dejando ver el filo de sus blanquísimos y bien alineados dientes.

—Sabes que valoro tu amistad por encima de todas las cosas; y por eso me veo en obligación de ser totalmente sincero contigo —proseguí con algo más de aplomo, pero dispuesto seguir corriendo para intentar hacer un *home run*—. Llevo tiempo queriendo decirte algo que es muy importante para mí. Al principio no estaba muy seguro de lo que me estaba pasando, de qué es lo que había evolucionado en mí respecto a mis sentimientos hacia a ti. Pero ahora estoy seguro.

Hice una pequeña pausa dramática, no demasiado larga, y continué, soltando lo que podía ser mi sentencia de muerte como amigo de Penny –o «solo amigo»– y a la vez ser el nacimiento de una bonita historia de amor; o no. Lo que tenía claro es que aquello lo cambiaría todo, de una forma u otra, entre nosotros. Y, aun así, no pude evitar expresarlo, no pude reprimirme. En esa ocasión, no jugué sobre seguro, pero sí siguiendo a mis tripas y a mi corazón.

—Me gustas. Me gustas muchísimo.

Casi no podía creer que acabara de pronunciar aquellas palabras en voz alta. A pesar de la música, de las voces de los Sinatra y de los murmullos y risas que se escuchaban de fondo en aquel poco glamuroso escenario que nos rodeaba, supe con seguridad que ella había oído con claridad lo que yo acababa de decir.

—Yo... yo... yo...

Fue lo único que acertó a decir Penny. Estaba claro que, por mucho que ella pudiera estar esperando esas palabras –u otras similares–, la había desarmado con ellas al hacer que las escuchara en voz alta; y por ello su tartamudeo hizo acto de presencia. No podía decir si detrás de su nerviosismo había un sentimiento recíproco al mío o no, y tampoco lo iba a descubrir aquella noche. Pero su mirada no fue de rechazo, eso lo tuve claro.

Justo entonces, Abe y Terence aparecieron por detrás de mí y Abe me puso la mano en el hombro.

—Ya estamos listos. ¿Nos largamos?

Penny dio un respingo hacia atrás y su mano soltó el vaso, separándose del contacto de mis dedos. Ninguno de mis otros dos amigos notó aquel leve gesto.

Yo desperté de mi «sueño» y volví la cabeza hacia atrás. Era la segunda vez en menos de una semana que Abe me interrumpía en medio de mis confesiones amorosas, aunque yo sabía a ciencia cierta que aquello era más fruto del azar y de mi mal juicio a elegir los momentos más inoportunos para declararme que a cualquier reprochable intención por parte de mi amigo. No dije nada.

Penny se levantó.

—Por supuesto, vamos —dijo, aparentando estar más serena.

Tanto si Penny hubiera querido evitar tener que contestarme o no, la fortuna la había librado de tener de decidir hacerlo en ese momento. En realidad, al igual que los Sinatra en su canción, yo había sido un estúpido por plantear esa situación en un ambiente tan poco íntimo, tan poco cómodo para los dos; pero me di cuenta demasiado tarde de la mala jugada que me habían hecho cometer mi impulsividad y mis hormonas.

Dejamos el dinero de la cena en la mesa y, mientras terminábamos de levantarnos y comenzábamos a dirigirnos a la puerta del local para abandonarlo, Terence nos anunció algo.

—Chicos, acabo de hablar con mi madre. El jueves que viene es mi cumpleaños, y el sábado siguiente mi madre preparará una tarta. Haremos una pequeña celebración en casa y me gustaría mucho que vinierais, de verdad. Mi madre está de acuerdo, por supuesto. Está ansiosa y emocionada por conocer a mis primeros amigos en Fortress Flint.

Era curioso que, tras seis largos meses en la ciudad, nosotros fuéramos los primeros amigos que Terence había hecho allí, cuando además nosotros solo habíamos quedado un par de veces con él; pero, incluso con ese poco tiempo en el grupo, creo que todos lo considerábamos ya uno más de nosotros.

—¡Genial! Nos apuntamos —exclamó Abe.

Mi pelirrojo amigo iba a la cabeza del grupo y estaba ya agarrando el tirador de la puerta del local, que se abría tanto para dentro como para fuera, cuando gritó dicha frase. Con la alegría de tener un plan en firme que incluía tarta, giró la cabeza hacia atrás para dedicarle una amplia sonrisa a Terence, pero siguió su inercia para abrir la puerta, hacia afuera. Con tanto ímpetu lo hizo que le dio en todas las narices a una persona que se disponía a entrar en el local.

El incauto golpeado de manera fortuita –y sin ninguna intención por parte de Abe– se tambaleó hacia atrás y finalmente cayó al suelo de culo, arrastrando sus brazos contra la acera y emitiendo

un extraño sonido metálico al hacerlo. Eran las tachuelas de las pulseras de Nathan Simmons lo que había chirriado al rozar el suelo. Y era la nariz de aquel peligroso matón la que comenzaba a hincharse por momentos, al igual que su ira.

Esa noche lo acompañaban Russell Craig y Marky McDonald, otros dos pájaros de la misma calaña que Nathan y que solían seguirlo, como macho alfa de la manada de indeseables que era, en casi todo lo que maquinaba y perpetraba. Mientras estos dos secuaces se agachaban de forma tan rápida como sumisa a interesarse por el estado de su líder, otras personas se empezaron a agolpar en torno a aquel hombretón sentado en el suelo y con la nariz enrojecida. Y eso nos dio a nosotros los segundos justos para reaccionar.

—¡Mierda! —gritó Abe paralizado y aún sujetando el tirador de la puerta.

Pienso que Penny hubiera mantenido el tipo y se hubiera enfrentado a Nathan y los suyos si hubiera llegado la ocasión, pero mi instinto de supervivencia me hizo gritar a mis compañeros:

—¡Vamos, corred!

Encabecé entonces la carrera que, al menos esa noche, nos permitiría llegar a casa sin ninguna magulladura.

Penny agarró a Terence del brazo y lo ayudó a correr, haciendo que su cojera fuera menos limitante que si hubiera corrido él solo.

Y Abe, que salió en último lugar, nos demostró ese día que la adrenalina puede más que el buen estado de forma física, ya que al cabo de cien yardas ya nos había adelantado a todos.

Aquella noche tuvimos suerte de que Nathan tardara en reaccionar y prefiriera cocinar su venganza en frío; aunque, por supuesto, nada evitó que tuviéramos que oír, cada vez más a lo lejos, una serie de groseros insultos e improperios que no tiene sentido reproducir aquí.

Redujimos la marcha cuando estuvimos muy seguros de estar lo suficientemente lejos de Luke's –y de Nathan– y nuestros corazones comenzaron a reducir su frecuencia.

Antes de despedirnos, y mientras terminábamos de recuperar por completo el aliento, empezamos a reír. Una risa mezcla de la alegría por la improvisada escapada y el nerviosismo provocado por el convencimiento de que Nathan no dejaría pasar aquel incidente como si nada.

Como acordado en la cena, volveríamos a vernos el domingo temprano para visitar la fortaleza. Abe y Terence quedarían además el sábado en casa del primero, ya que habían descubierto su mutua afición por el ajedrez y estaban deseando retarse a una partida.

Era el final de nuestra velada y Penny se comportó conmigo como si nada hubiera pasado en Luke's, como si yo nunca hubiera pronunciado las palabras que le había dicho desde lo más sincero y profundo de mi corazón. Eligió la normalidad y fingir que nada inusual había pasado mientras estábamos solos. Y yo lo agradecí, porque aquel día había estado cargado de emociones y lo mejor era aparcar, de momento, nuestra charla y proseguir hacia adelante hasta tener una nueva y más tranquila ocasión de terminarla, fuera cual fuera el resultado de la misma.

De vuelta a casa, mientras caminaba solo y cansado bajo la tenue luz de las farolas, volví a pensar en la inminente misión que tenía por delante, que no era la de estar despejado para la visita del domingo a la fortaleza –el tesoro de Abercrombie ocupaba un lugar secundario en aquel momento entre los temas que me preocupaban–, sino invitar al señor Giddens a mi casa a comer como excusa para desenmascararlo delante de mi madre y demostrar la monstruosa naturaleza que en aquel momento estaba seguro que escondía bajo la apariencia de un venerable e inofensivo anticuario de avanzada edad.

Aquella noche no descansé nada bien. En mi mente se agolpaban muchas ideas a la vez y creo que al final estuve más horas en vela, dándole vueltas a cómo estructurar y planificar bien mis

siguientes pasos, que acomodado en los brazos de Morfeo.

A la mañana siguiente, en el desayuno, activé el plan. Mi madre aceptó de buen grado la propuesta de invitar a mi patrón a cenar el domingo. Hacía tiempo que ella me había dicho que le encantaría pasarse un día por la tienda a conocerlo y mi sugerencia entonces no solo le pareció adecuada, sino que le sorprendió gratamente por lo considerado de mi parte.

A continuación, en cuanto llegué a la tienda, hice lo mismo con el señor Giddens. Mis temores sobre sus posibles reticencias acerca de venir a cenar a casa, por encontrarse más desprotegido –pensaba yo– se confirmaron infundados ya que mi jefe no solo dijo estar encantado de acompañarnos al día siguiente, sino que pareció mostrarse muy entusiasmado con la idea de conocer por fin a mi madre. Su aparentemente nada forzada alegría, casi diría que ilusión, al aceptar mi propuesta me chocó un poco, ya que yo consideraba que iba a tener problemas para conseguir que aceptara, aunque, por otro lado, ¿qué mejor forma de permanecer seguro tras su disfraz que actuar como lo hubiera hecho una persona normal?

Mi otro gran temor aquel día, que no era otro que no saber qué responder si el anticuario sacaba a relucir el hecho de que le faltaba una foto de su dormitorio o que el cajón de su mesita de noche estuviese abierto tras su salida el viernes por tarde, también se desvaneció a lo largo de la mañana, ya que el señor Giddens no mencionó nada sobre ninguna de las dos cosas. Yo ni siquiera intenté acercarme al pasillo que daba acceso a su dormitorio, como si ambos, el pasillo y yo, fuéramos dos imanes enfrentados por el mismo polo, repeliéndonos de forma invisible.

Había una cosa más que hacer: necesitaba documentarme un poco más sobre el tipo de monstruo que yo creía que el señor Giddens era; es decir, sobre los vampiros. En casa no tenía nada, salvo un viejo cómic donde aparecía uno, pero sin demasiada información de la que tirar. Era imprescindible que pudiera hacerme con una bibliografía algo más amplia y fiable, que me diera los datos más realistas posibles que pudiera encontrar. Sí, he usado la palabra «realista», pero es que en aquel momento esa palabra había pasado a significar para mí algo muy distinto de un día para otro.

De manera natural, el mejor sitio que se me ocurrió para tratar de encontrar lo que buscaba fue la biblioteca.

Sabía que tenía poco tiempo y quería intentar dedicar toda la tarde a leer e investigar, por lo que, en cuanto terminé la jornada matinal en la tienda –que los sábados, salvo el primero, el anticuario había decidido no abrir por la tarde–, me dirigí corriendo a la biblioteca para hacerme con algunos libros que me ayudaran a terminar de perfilar el plan del día siguiente. Tendría que emplear todo mi esfuerzo en el poco tiempo del que disponía para estudiar bien cómo llevar a cabo mi plan y desenmascarar al anticuario. No quería demorarlo más; ¿quién sabía qué otras víctimas podrían perecer entre sus enormes dientes si yo no actuaba rápido? Sería duro, pero si lo hacía bien, merecería la pena.

La idea, pequeñita pero aún viva, que resistía en lo más profundo de mi mente sobre que todas mis conjeturas fueran falsas y que el señor Giddens fuese tan solo una persona normal y corriente, inocente de todo lo que alguna vez se me hubiese pasado por la cabeza acusarle, reforzaba también, de alguna forma, la importancia y la urgencia de llevar a cabo el plan lo antes posible; porque si resultaba que no conseguía demostrar una cosa, estaría demostrando entonces la otra. Por tanto, ocurriera lo que ocurriera, el objetivo de saciar mi curiosidad y calmar un poco mi agitada alma estaba asegurado.

Llegué a la biblioteca sin aliento. No sabía muy bien qué buscar; o, mejor dicho, cómo buscarlo. Así que tuve que dirigirme al mostrador del señor Popples con la típica excusa de estar

preparando un trabajo de verano para el instituto sobre mitos y monstruos; en concreto, sobre vampiros. El espeso bigote blanco del bibliotecario se movió onduladamente y una carcajada salió de su boca. No era la mía, sin duda, una petición muy habitual. Mientras él terminaba de reír, no pude evitar pensar desde cuándo luciría ese enorme mostacho y se me ocurrió escudriñar por un segundo en la pared detrás de él alguna de las fotos que adornaban el personal mural que había construido a lo largo de los años. En las pocas fotos en las que pude fijarme en ese breve tiempo, el señor Popples llevaba bigote en todas, aunque en muchas de ellas no era blanco; por lo que deduje que ese complemento capilar debía haberlo acompañado desde bien joven.

—Bueno, muchacho —dijo al fin—. Vampirismo, un tema nada usual. Tienes dos opciones: ir a la sección de narrativa de terror y buscar algunos volúmenes clásicos sobre el tema, ya sabes, ***El vampiro***, de John William Polidori; ***Varney el vampiro***, de James Malcolm Rymer; ***Carmilla***, de Sheridan Le Fanu; ***Drácula***, de Bram Stoker; o darte una vuelta por la sección de esoterismo, fantasía y ciencias ocultas, en la que tenemos algunos tratados sobre el tema. En ambos casos no creo que encuentres muchas diferencias en la información que puedas hallar en una u otra sección, ya que en realidad ambas se basan en ficción y leyendas... cuentos, al fin y al cabo; solo que en la segunda el tratamiento de la información suele ser algo más académico, y en la primera algo más emocionante.

—Genial. Muchas gracias —repliqué con una sonrisa mientras recibía en un trocito de papel las ubicaciones de ambas secciones.

No tenía mucho tiempo para leer, así que pensé que un enfoque más académico, usando las palabras del señor Popples, era lo más adecuado en aquella ocasión.

No quería perder demasiado tiempo buscando allí y sí leyendo en mi casa, por lo que decidí que no me entretendría mucho ni en buscar ni en decidir qué llevarme. Llegué a la sección de esoterismo, fantasía y ciencias ocultas. Stella, la ayudante del señor Popples, estaba allí, agachada, colocando un par de libros en la parte más baja de la estantería. Me miró con su habitual y delicada sonrisa, aunque creo que también se sorprendió un poco al verme en aquella sección. Cuando terminó su labor allí, pasó a mi lado sin decir nada y me dejó solo para que fisgoneara lo que quisiera. Por suerte, la sección no era más que un pasillo con una fila de estanterías a cada lado, de unos diez pies de largo. No logré ver ninguna clasificación por temas que pudiera servirme, así que fui leyendo muy rápido las tapas laterales de los libros, probablemente saltándome más de la mitad, intentando encontrar algo que, solo por el título, me diera buenas sensaciones sobre su contenido. En el segundo estante de la estantería de mi izquierda, la primera que revisé, encontré ***Brujas, vampiros y otras criaturas de la noche***, de Mitchell Jackson. Lo cogí. La portada parecía un cartel de cine, con unos dibujos muy cuidados, de corte realista. Sí, otra vez esa palabra. Leí la contraportada muy deprisa. Ni siquiera me molesté en abrirlo. Empezaba a ponerme nervioso por miedo a no encontrar nada jugoso, así que, sin pensarlo dos veces, lo metí bajo mi brazo y continué con mi atropellada búsqueda. Aunque algunos títulos llamaron mi atención en un primer vistazo, ninguno parecía mencionar de forma especial o concreta al tipo de monstruo que yo pretendía estudiar. Conforme iba pasando por los lomos de los libros me iba poniendo más y más nervioso. Cambié de estantería, a la de mi derecha. Mi búsqueda seguía siendo infructuosa; hasta que llegué al último tramo de libros a revisar. Y allí, a tan solo cinco libros del final de mi exploración, un libro encuadernado en marrón me reveló, en bonitas letras doradas, un título que me hizo confiar en que mi rápida y algo atropellada revisión iba a dar sus frutos al final. ***Vampirismo: del mito a la realidad***, de J.

K. Hawkins. Con ese título no me hizo falta nada más; lo agarré como si fuera el último salvavidas de un barco a punto de irse a pique y abandoné la sección.

Iba caminando por un pasillo del primer piso, camino de la escalera, cuando me percaté de que estaba pasando justo al lado de la sección de narrativa de terror que me había indicado el señor Popples minutos antes. Nunca hasta entonces me había sentido atraído por leer ningún libro de vampiros; ni siquiera el más famoso y popular de todos, cuyo protagonista de la noche se había hecho ya inmortal gracias a la fama conseguida, más incluso por sus adaptaciones cinematográficas que por el genuino personaje que un irlandés había tenido a bien dar forma con tinta. Pero ahora la cosa era muy distinta, y mi curiosidad sobre el tema parecía insaciable, así que me detuve un segundo, encontré una edición de bolsillo que me pareció práctica y seguí mi camino hacia la entrada de la biblioteca. ***Drácula*** completaba la terna de libros que pretendía sacar de allí. Era consciente de que no iba a poder leerme esos tres volúmenes en una tarde; de hecho, el último no lo había cogido tanto por estudio como por mero entretenimiento, y también un poco por curiosidad sobre la calidad de la obra, pero mi confianza era alta, en general, sobre la eficacia de la lectura que me llevaba.

Cuando llegué de nuevo a la entrada, puse los tres libros sobre el mostrador del señor Popples.

—Bien, un clásico —dijo mirando el ejemplar de Bram Stoker— y otros dos tratados de pseudociencia para disfrutar con el terror de los vampiros. Los apunto en tu ficha, Will. Que los disfrutes.

Mientras él rellenaba unos papeles en su mostrador, protegido desde atrás por todas las fotos enmarcadas que adornaban el particular retablo de su vida, cogí los libros de nuevo, me despedí y salí a paso ligero hacia mi casa. Tenía muchísima tarea por delante aquella tarde.

Me encerré en mi cuarto y solo lo abandoné para cenar, muy rápido, y para ir al baño.

***Brujas, vampiros y otras criaturas de la noche*** resultó ser un libro con poco contenido sobre vampiros y un tratamiento demasiado infantil. Tardé poco en acabar el capítulo dedicado a los vampiros y, la verdad, no saqué nada en claro. Cuando lo acabé me quedaba solo una oportunidad, aunque al menos no había malgastado mucho tiempo.

Sin embargo, ***Vampirismo: del mito a la realidad*** sí que resultó ser una muy completa enciclopedia sobre los chupasangres.

Tenía multitud de capítulos variados con muchísima información. Alguna ya la conocía, pero esa tarde–noche aprendí tanto sobre vampiros que casi podría haber escrito una tesis al respecto.

Empecé aprendiendo sobre la etimología del término «vampiro», que se usó por primera vez en inglés en 1734 en un diario de viaje titulado ***Viajes de tres caballeros ingleses***. Pero probablemente fue adaptado del francés, *«vampyre»*, y este a su vez del alemán, *«vampir»*; aunque el original proviene de lenguas eslavas, que combinan la voz *«wam»*, que significa sangre, con *«pir»*, que significa monstruo.

Leí sobre su historia y sobre todo el folclore al respecto proveniente de culturas muy antiguas, como la egipcia, la sumeria, la china, la mesopotámica, la judaica o las indoamericanas. Leí sobre Lilith y sobre muchos otros mitos de culturas ancestrales que, antes de ponerles el nombre con el los conocemos en la actualidad, ya intentaban describirlos y explicar su naturaleza, con asombrosas coincidencias entre civilizaciones que, en realidad, no llegaron nunca a interactuar ni intercambiar cultura. Debo confesar que aquello me resultó sorprendente.

Aprendí que en la Edad Media comenzó a documentarse por primera vez que su naturaleza podría estar vinculada a personajes históricos reales. Aquella tarde leí mucho sobre Vlad

Draculea, Erszébet Báthory, Gilles de Rais y Henry Fitzroy, entre otros –todos ellos personas reales–.

Descubrí que fue en la Edad Moderna y Contemporánea donde su auge y popularidad explotaron; algunos autores los adornaron entonces con un halo romántico, propio de la literatura del XVIII y XIX, pero lo que fascinaba a la mayoría de la población era, en realidad, el miedo y la curiosidad por su naturaleza monstruosa.

Estudié capítulos sobre sus características, fijándome más en esta parte, de forma más minuciosa e intensa, por el interés práctico que podía tener para mí y mi plan. Aprendí las distintas formas que tienen de originarse, que no es solo por mordedura. Tras eso llegué a la parte quizás más importante para mí: los capítulos dedicados a cómo protegerse de ellos, con distintos amuletos, objetos y prácticas, y, sobre todo, a cómo destruirlos.

A decir verdad, y a pesar de mi aparente valentía –en la distancia–, no creía de verdad que fuera a ser capaz de destruir al señor Giddens, incluso si resultaba ser un vampiro de verdad. Pero más valía estar preparado por si llegábamos a forzar ese extremo.

El volumen de J. K. Hawkins terminaba con un profundo estudio psicológico del mito del vampiro, que entonces me resultó algo denso y bastante complejo de entender. Como apéndice, una batería de testimonios sobre personas que habían estado en contacto, o incluso luchado, con vampiros. Sé que puede sonar inocente, pero en aquel momento mi predisposición para creer cualquier cosa que me llevara por el camino que yo deseaba era mucho mayor que cualquier atisbo de raciocinio lógico que quisiera encontrar en lo que estaba leyendo.

Tan completo era el libro que, cuando terminé de leerlo, tumbado en mi cama, eran cerca de las dos de la madrugada. Aunque en realidad tampoco me dio muchas claves nuevas sobre lo que necesitaba para mi plan del domingo, sí que me preparó a nivel de conocimientos en general sobre la naturaleza del que ya consideraba mi adversario. Cual Van Helsing, me sentía entonces más preparado y con una confianza a prueba de balas para afrontar el reto de desenmascarar al señor Giddens en la cena del día siguiente.

Dejé el libro sobre la mesita de noche y cogí de nuevo la foto que había birlado de casa de mi patrón el día anterior. La miré con detenimiento. Estaba seguro de que era él, fotografiado en otra época; quizás incluso al lado de la que podría haber sido una de sus víctimas. Sí, su mirada no era la de un monstruo, ni la de aquella foto ni la que normalmente solía tener en persona, pero había demasiadas evidencias que sugerían que podía esconder algo raro y siniestro detrás de su sencilla y frágil apariencia.

«Mañana serás mío. No tendrás más remedio que mostrarte como realmente eres», pensé con férrea determinación para mis adentros.

Devolví la foto a la mesita de noche, apagué la luz y me giré para intentar conciliar el sueño. Pero, con todos esos datos e ideas brincando entre mis neuronas, puedo asegurar que pasó más de una hora hasta que el cansancio consiguió aplacar del todo mi turbulenta mente y cerrar mi ojo.

# Un plan sencillo

Tuve suerte de que a mi madre se le ocurriera entrar en mi dormitorio el domingo por la mañana. Sabía que era muy raro verme en la cama más allá de las nueve, incluso en verano, fuera cual fuera el día de la semana. Por eso a las nueve y media entró en mi habitación para ver si estaba bien. No pretendía despertarme, pero el leve crujido de la puerta, cuya madera se hinchaba un poco en verano por el calor, hizo que yo abriera mi ojo y la luz que entraba por la ventana terminó de desvelarme.

Cuando miré el reloj, del cual había olvidado poner la alarma, di un brinco. Había quedado con mis amigos a las diez en la fortaleza y tenía algo menos de media hora para llegar. Me puse la ropa del día anterior, que todavía descansaba en la silla donde la había dejado la pasada noche; aún sin espabilar del todo, me eché un poco de agua en la cara y derramé otro poco con torpeza sobre mi camiseta; me coloqué el parche mientras bajaba las escaleras a toda prisa, pisando los escalones de memoria; cogí un trozo de tarta de manzana, que aún sobraba del viernes, para engullirla por el camino; y salí de la casa tras darle un fugaz beso a mi madre, prometiéndole a viva voz en la distancia que estaría temprano de vuelta para ayudarla con los preparativos de la cena con el señor Giddens.

A pesar de que la mayor parte del camino que llevaba a la entrada de la fortaleza era cuesta arriba, pedaleé con fuerza y conseguí llegar a tiempo para no tener que justificar nada a mis amigos, los cuales habían acabado de aparecer también por allí solo un par de minutos antes que yo.

Terence traía los planos de la fortaleza para que nos ayudaran a explorar el terreno y decidir dónde teníamos que acometer la furtiva excavación que pretendíamos realizar allí en unos días.

Abe nos preguntó si habíamos visto o nos habíamos cruzado con Nathan Simmons el día anterior. A decir verdad, con toda la historia del vampiro y mi plan para desenmascarar al señor Giddens, a mí se me había olvidado por completo nuestro literal encontronazo con sus narices el viernes, pero entendía que el resto –sobre todo, Abe– tuviera cierta inquietud sobre las posibles represalias que aquel matón sin escrúpulos podría querer aplicarnos, a pesar de lo fortuito del incidente. Intentamos animarnos entre todos y convencernos de que Nathan habría olvidado el asunto y tendría otras fechorías mejores que cometer que acosar a lo que él veía como un grupo de insignificantes perdedores; aunque en nuestro interior estoy seguro de que casi ninguno de nosotros –quizás Penny sí– pensó en realidad que aquello fuera a quedar olvidado del todo por parte de Nathan.

Cruzamos la gran verja de hierro que daba paso al recinto de la fortaleza. Justo al pasar la verja pintada de negro, a la derecha, se encontraba la garita de Pete Benson.

Aquella estancia, que no era para nada una garita al uso, estaba dividida en dos salas.

La primera, la más grande, contenía la taquilla, donde cualquier interesado podía comprar tickets para recorrer de forma libre y autónoma la fortaleza o para las visitas guiadas que se programaban tres veces por semana, y una pequeña tienda de *souvenirs*, donde adquirir pequeños recuerdos de la visita, como trozos de roca negra del gran peñón que sostenía y se fundía con la fortaleza, llaveros, libros, postales o imanes para la nevera.

La segunda, al fondo y más pequeña, era una pequeña habitación privada: la sala de descanso del viejo Pete. Al fin y al cabo, tenía que pasar allí unas diez horas al día, seis días a la semana; y la fortaleza no era tan famosa como para que la afluencia de público lo tuviera demasiado ocupado. En esa segunda sala, el señor Benson tenía una amplia biblioteca privada con multitud de libros, apiñados en tres estanterías e incluso apilados en el suelo y encima de un par de pequeñas mesas que, junto con una vieja pero aparentemente cómoda butaca, completaban todo el mobiliario de aquella segunda estancia. Estos libros lo ayudaban a entretenerse buena parte del tiempo que debía pasar allí, sin nada mejor que hacer que vivir las vidas que otros habían imaginado por él.

Yo recordaba bien aquella singular garita porque había ido a visitar la fortaleza varias veces. Una con el colegio, un par con mis padres y creo recordar que la última vez me acerqué yo solo, por mera curiosidad. Pero de esa última vez hacía ya entonces al menos tres años.

Terence lideraba nuestro grupo.

—¿Señor Benson? —preguntó asomando la cabeza por la puerta abierta de la garita.

Al momento, se oyeron unos pasos que se acercaban, mientras una amable voz anunciaba su presencia desde el fondo, desde la segunda sala:

—Sí, aquí estoy. Enseguida estoy con usted.

Permanecimos fuera, y cuando el señor Benson llegó a la puerta exclamó con una sonrisa:

—Hombre, Terence. Si eres tú. Me alegro mucho de verte. Y veo además que hoy traes compañía —concluyó mirándonos con la misma sonrisa.

Estaba claro que Terence había pasado varias veces por allí, tal y como nos había contado.

Pete Benson era un hombre de aspecto tan agradable como su carácter confirmaba en cuanto se tenía la oportunidad de conversar con él. Su sedentaria profesión lo había hecho ganar algo de peso; sus andares eran lentos, como si nunca tuviera prisa por llegar a cualquier destino al que se dirigiera; su pelo gris, algo escaso en la coronilla, era muy lacio y caía hacia los lados muy pegado a su cabeza; sus ojos verdes, coronados por unas tupidísimas cejas, tenían una expresión de limpieza y bondad que generaban una instantánea sensación de confianza. Recuerdo que siempre tendía a alargar sus discursos, con argumentos interesantes que parecían estar muy pensados para no aburrir al oyente, pero como si necesitara retener el máximo tiempo posible a todo aquel que se dignara a dirigirle la palabra; quizás esto fuera debido a la gran cantidad de tiempo que debía pasar a solas y sin ningún tipo de conversación. Yo no le conocía un mal gesto, un mal comentario hacia nadie ni una idea salida de tono. Y su reputación era igual de impoluta entre la mayor parte de la población de Fortress Flint. Era, básicamente, un buen tipo. Una pequeña, discreta, amable y respetada institución en la comunidad.

—Buenos días, señor Benson. Así es. Hoy vengo con tres amigos —dijo Terence.

—Pues bienvenidos todos —añadió el señor Benson, con gesto amable—. A ti te conozco, eres el chico Johns, todo un héroe local. Encantado de volver a tenerte por aquí —dijo mirándome y haciéndome sonrojar. Mi aspecto era muy reconocible. Era el único muchacho con un parche en el ojo en todo Fortress Flint; y mucha gente conocía la historia del incendio en mi casa. Y luego miró a Abe—. Y a ti también; eres el hijo mayor de los Konig. Te he visto alguna vez ayudando a tu madre en la tienda. Una mujer muy agradable. Y tú un buen muchacho por ayudarla —dijo regalándole otro cumplido a mi amigo, justo antes de girar su cabeza hacia Penny—. Sin embargo, a esta preciosa muchachita de las manos en los bolsillos no recuerdo haberla visto o conocerla.

—Es Penny Wise, señor Benson.

—Encantado de conocerla, señorita Penélope. Tiene usted un nombre realmente hermoso; la tejedora, digno de una mujer fuerte, valiente, paciente y muy fiel —la halagó el señor Benson en clara referencia a ***La Odisea***.

Penny no dijo nada y se limitó a sonreír, también algo sonrojada, pero si hubiera dicho algo estoy convencido de que habría tartamudeado por los nervios que seguro había sentido ante los zalameros comentarios de aquel agradable guarda. Estos comentarios y las formas del señor Benson confirmaban que era un hombre culto. Aunque no tenía estudios universitarios reglados –algo que descubrí más adelante–, el señor Benson se había preocupado de leer mucho y de aprender todo lo que había podido sobre historia, literatura, arte y filosofía. Era, de hecho, una enciclopedia de humanidades. Le encantaba su trabajo, no por el hecho en sí de guardar o proteger aquella reliquia histórica menor que era la fortaleza, sino porque podía transmitir la pasión que sentía por su historia a todo visitante que se prestara a escucharlo. De hecho, era él mismo el que se encargaba de las visitas guiadas a la fortaleza. Muchos años atrás, el señor Benson se presentó voluntario al ayuntamiento para hacer este servicio, y consiguió demostrar que no solo ahorraba unos gastos a la comunidad –ya que no cobraba ningún extra por hacerlo– sino que, además, la pasión que ponía al hacerlo cosechaba mejores comentarios y el positivo «boca a boca» atraía a más visitantes que cuando las visitas en el pasado las hacía una especialista en turismo del ayuntamiento. Y, además de todo aquello, el señor Benson se encargaba de gestionar el archivo histórico de la fortaleza, del que era un auténtico experto. Ese mismo archivo del que Terence había conseguido sacar los planos de la fortaleza y el nombre de Morgan Blackbelt, y que ahora era la verdadera razón por la que estábamos allí.

Pero no la razón que compartimos con el señor Benson, por supuesto.

—¿Vosotros también venís por el mismo trabajo de clase que me contó Terence que está haciendo este verano para subir nota en el instituto? —supuso con ingenua mirada.

Ninguno lo corregimos y alguno incluso asintió con descaro, sin vergüenza alguna por nuestro engaño. El verdadero motivo de nuestra visita bien valía una mentirijilla.

—¿Os apetece una galleta antes de entrar? Tienen pepitas de chocolate y las hago yo mismo.

¿Quién podría resistirse ante tal encantador ofrecimiento?

—Pasad, pasad —dijo, volviendo a entrar y dirigiéndose con paso lento a la segunda sala, al fondo de la garita.

Lo seguimos en fila, sin hacer ningún ruido, como temerosos de romper la extrema quietud que inundaba aquel lugar.

La colección de libros que el señor Benson tenía en aquel reducido espacio era espectacular. En un rápido vistazo pude constatar que había todo tipo de literatura, pero sobre todo novelas y ensayos.

Mientras devorábamos un par de galletas cada uno, el señor Benson aprovechó para darnos algo de conversación. No sé muy bien cómo empezó a contarnos detalles sobre su pasión por la lectura, sobre todo el tiempo libre que tenía, sin pareja ni hijos, y cómo amaba su trabajo. Nos aseguró que casi le parecía un regalo que le pagaran por ello y que podría hacerlo los siete días de la semana, pero que la regulación laboral lo obligaba a descansar un día a la semana, los lunes, que era cuando estadísticamente la fortaleza recibía menos visitas. Nos contó que los fines de semana era cuando, por norma general, recibía más visitas –salvo los domingos a partir de cierta hora de la tarde, cuando la más absoluta soledad solía adueñarse de la propiedad–, y que justo aquel domingo por la mañana en particular estaba resultando bastante inusual ya que solo había venido una pareja antes que nosotros, así que estaba bastante tranquilo. Ninguno

tendríamos que pagar nada por la entrada, puesto que el ayuntamiento aseguraba la entrada gratuita a todo vecino empadronado en Fortress Flint. Cuando terminamos nuestras galletas estaba diciéndonos que llevaba cuarenta y cinco años en aquella garita y que, aunque con los años había ido adaptándola y mejorándola, conservaba la misma esencia que cuando empezó a trabajar allí en 1922.

—La primera vez que entré aquí tenía diecisiete años, era poco mayor que vosotros ahora... y toda esa vida ha pasado ahora casi como un suspiro —concluyó con cierta nostalgia—. De hecho, ahora estoy considerando muy seriamente retirarme. Aún me siento joven y tengo algunos ahorrillos, así que no os extrañéis si un día de estos pasáis por aquí y encontráis a un nuevo guarda en la fortaleza.

Aquel último comentario me extrañó sobremanera. Se notaba, y además él lo acababa de confirmar, que adoraba su trabajo. Y aún no tenía edad de jubilarse. Según los datos que nos había dado debía tener solo sesenta y dos o sesenta y tres años, y lo cierto es que su aspecto se ajustaba bien a esa cifra. Por cómo hablaba de la fortaleza, hubiera imaginado que el señor Benson moriría allí, algún día en un futuro aún lejano, haciendo ese trabajo que tanto amaba; pero por otro lado pensé que hasta el más hermoso y motivador de los trabajos puede llegar a cansar.

Salimos de la garita con el estómago contento y la ilusión intacta, seguros de conseguir nuestro propósito aquel día, que no era otro que asegurar que los tres lugares que habíamos elegido, sobre plano, como posibles ubicaciones para el tesoro de Abercrombie eran accesibles y que la furtiva excavación que pensábamos hacer en ellos era viable.

La fortaleza que daba nombre a nuestra hermosa ciudad era en realidad una construcción muy sobria, pero su ubicación y la manera en la que se fundía con el peñón que la sujetaba le daba un encanto muy especial. La piedra que se usó en su construcción era de un gris tan oscuro que en algunas partes se volvía casi negra.

La planta de la fortaleza era casi cuadrada, de unas doscientas yardas de lado. Estaba completamente amurallada y la cara que daba al este, al mar, colgaba al borde de un escarpado acantilado, proporcionando una posición muy estratégica contra cualquier buque que no fuera bienvenido a la costa. La altura de dicha muralla, que recorría todo el perímetro de la fortaleza, era de unos treinta pies y el grosor de su muro de unos seis. En la parte alta de la muralla, una batería de cañones colocados cada treinta pies y mirando al exterior del muro suponían ahora un bonito adorno de lo que antaño había sido la mayor potencia defensiva de la fortaleza.

En su cara norte y sur, la fortaleza contaba con una serie de habitáculos con distintas funcionalidades, desde recintos de descanso, hasta almacenes de víveres y utensilios, cocinas, cuadras o el polvorín. La cara oeste estaba despejada y solo tenía el muro, limpio y desnudo, y una gran puerta de paso que ahora contaba con una reja que seguro no era original de la época en que se usaba, y junto a la cual se había construido la garita del señor Benson.

En la cara este, casi en las esquinas de la misma, dos torres de sesenta pies de altura vigilaban los extremos de la fortaleza como lo harían sus homólogas en un tablero de ajedrez. Una de ellas estaba derruida casi por completo, pero la otra, la que se encontraba más al sur, se había convertido ahora en un bonito mirador donde disfrutar de hermosas vistas del mar, una panorámica de la ciudad o amaneceres y puestas de sol en ambos horizontes. Asimismo, la cara este contenía los habitáculos de los oficiales. Era la zona noble y justo ahí uno de esos habitáculos había quedado convertido en el archivo de la fortaleza, donde se guardaban todos los libros, documentos y registros oficiales que se conservaban de la época, amén de numerosos

planos y dibujos de la misma. Al lado de estos aposentos se encontraba lo que parecía haber sido la cantina. Y justo en la base de la torre norte, la derruida, estaba la entrada a un nivel inferior, que se extendía por toda la cara este y parte del patio central, donde se encontraban los calabozos. No estoy seguro de si éstos habían sido excavados directamente en la piedra o se habían conformado usando cavidades naturales, pero en ellos era lo que más cerca que uno podía estar del corazón del peñón.

En el centro, flanqueado por las cuatro caras de aquel vetusto y robusto cuadrado, se encontraba el enorme patio que seguro habría servido a muchos ejércitos para hacer instrucción, formación o incluso para resguardar a muchas personas civiles durante ataques. En su planta se mezclaban bloques de piedra algo más clara, puede que incluso fundidos con la propia roca negra que sostenía la fortaleza, con zonas de tierra amarilla. En su centro había un enorme mástil de madera en lo alto del cual ondeaba ahora la bandera de barras y estrellas.

En general, el estado de la fortaleza no era malo, pero se notaba el desgaste y, en ciertas zonas, las salas y habitáculos originales habían sido sustituidos por no más que unas cuantas ruinas. Había partes, de hecho, que se notaban reconstruidas, pero con poco presupuesto; no sé si porque el dinero nunca dio para terminar bien todos esos trabajos de restauración o porque alguien decidió en algún momento que era mejor conservar aquel monumento tal y como estaba, sin corromper lo más mínimo la esencia original del mismo.

Terence había traído los planos, pero en realidad no habría hecho falta, ya que el pequeño cerebrito había memorizado por completo los mismos y las posibles ubicaciones del tesoro que en él había marcado en ellos con su mejor criterio. De hecho, ese día no los llegó a desenrollar en ningún momento.

Tenía un itinerario programado al detalle. Después de descartar todos los puntos situados en el patio central, por considerar que estaban a plena vista y no parecían sitios muy lógicos para haber enterrado un tesoro, había logrado reducir la lista de comprobaciones a tres lugares en la fortaleza, dos en la cara norte y una en la sur.

Fuimos primero a la cara norte. La primera X del mapa se encontraba en un habitáculo situado más a menos en el centro de dicho lado del cuadrilátero que formaba la fortaleza. Era una habitación pequeña, sin ventanas, y parecía haber sido un pequeño almacén de alimentos. Dos estanterías de madera muy rudimentarias adornaban las paredes laterales de la estancia. Comprobamos el suelo. Era tierra. Escarbamos un poco con los pies y nada parecía indicar que hubiera roca o piedra próxima a la superficie, así que identificamos el lugar como una posible ubicación y lo apuntamos como primer objetivo.

Nos dirigimos a la segunda sala de la cara norte. En este caso estaba cerca de la esquina noreste, justo al lado de la torre semiderruida que adornaba dicha esquina. Según los informes, aquella estancia había sido un almacén de utensilios y allí también había alguna estantería de madera, pero un cierto olor a podredumbre inundaba el ambiente. De nuevo, chequeamos el tipo de suelo y también era tierra. Una nueva sonrisa se dibujó en nuestros rostros. Teníamos una segunda oportunidad que daba a nuestras esperanzas unas alas cada vez mayores. Como en la lotería, con cada boleto que compras aumentas tus posibilidades de que te toque el premio.

Salimos de aquel segundo habitáculo con bastante confianza y cruzamos el patio para dirigirnos a la cara sur, en este caso, la estancia que buscábamos estaba cerca de la esquina suroeste, bastante pegada a la parte trasera de la garita del señor Benson.

Por el camino, a Abe se le ocurrió sugerir modificar un poco el plan de Terence y echar un vistazo en los otros habitáculos de la misma cara. A Terence no le hizo mucha gracias, pero

estábamos todos tan motivados que no le costó mucho aceptar la propuesta. Entramos en todos y cada uno de los habitáculos de esa cara. Parecían habitaciones, donde en cada una habrían cabido, como poco, una decena de soldados; pero en todas las que entrábamos encontrábamos lo mismo: un duro suelo de piedra que hacía literalmente imposible que allí hubiera posibilidad alguna de excavar y esconder un tesoro. De hecho, conforme avanzábamos por esa cara, de habitación en habitación, nuestro ánimo se fue desinflando un poco.

Sin embargo, al llegar a la estancia que Terence había marcado con una X en los planos nuestros corazones volvieron a coger impulso. En esa habitación el suelo era de tierra.

Tres de tres.

Llegados a ese punto, a ninguno nos pareció ninguna tontería terminar de inspeccionar bien toda la fortaleza. Si bien la zona del patio era algo que todos habíamos descartado, nos preguntábamos si pudiera haber alguna otra estancia o lugar donde Morgan Blackbelt hubiera podido esconder el tesoro.

Así que, como todos sabíamos lo que había que buscar, decidimos separarnos. Terence decidió echar un vistazo a las mazmorras, donde quizás era menos probable encontrar algún lugar en el que excavar porque la planta subterránea de la fortaleza parecía tallada o incrustada en la roca, pero era el sitio en el que menos veces había estado durante sus visitas. Penny se ofreció a acompañarlo, no sé bien si empujada por la curiosidad de rebuscar el sitio más chulo de la fortaleza o para evitar la posibilidad de caer a solas conmigo. Así que Abe y yo nos dedicamos a rebuscar en las estancias de la superficie, de la cara norte y este. Mientras terminábamos nuestra inspección pude ver a la pareja que había mencionado el señor Benson en lo alto de la torre sureste, abrazados y mirando al horizonte con sus cabezas tocándose, formando casi un único ente. Pensé en Penny y tuve envidia de ellos, pero Abe no dejó que me distrajera demasiado de nuestra labor, empujándome de habitación en habitación y contándome algún chiste o haciendo comentarios jocosos sobre cualquier tontería que se le iba ocurriendo.

Volvimos a reunirnos los cuatro en el patio unos quince minutos después. Ninguno había encontrado ningún lugar adicional donde hubiera posibilidades de excavar. La oscura roca del peñón y otras piedras estaban por todas partes.

Quizás al principio nos sentimos un poco decepcionados, pero pronto les recordé que teníamos tres lugares probables para encontrar el tesoro y nuestro ánimo volvió a reflotar.

La visita a la fortaleza había sido corta, pero al volver a cruzar el gran arco para salir de ella tras despedirnos fugazmente del señor Benson, nuestros ojos brillaban con una intensidad que reflejaba a la perfección la sensación de confianza y fuerza que ese momento sentíamos todos.

Ya teníamos claro dónde había que probar a excavar. Solo nos quedaba decidir el mejor momento para hacerlo. Y justo ahí era donde empezaban a surgir dudas, porque tendríamos que infringir alguna regla, porque en el fondo sabíamos que lo que intentábamos hacer estaba mal, aunque eso le añadiera un tentador toque de adrenalina a todo aquel asunto, y porque ninguno de los cuatro éramos «malos chicos».

Pero la aventura y, sobre todo, el premio bien merecían la travesura.

Tras una breve charla, me despedí de mis amigos hasta el sábado siguiente, cuando nos veríamos por la tarde en casa de Terence para celebrar su cumpleaños y comer un poco de tarta; y más tarde, esa misma noche, con el estómago lleno y los bolsillos vacíos, cuando la oscuridad nos protegiera, volveríamos juntos a ese mismo lugar donde entonces estábamos pactando nuestro plan, para acometer un acto desvergonzado pero que podría cambiar nuestras vidas y las de nuestras familias para siempre.

Cogí mi bici y pedaleé con fuerza, alejándome de la fortaleza. La primera parte del camino era cuesta abajo e iba a toda velocidad. Solo me había alejado cincuenta yardas de mis amigos cuando mi mente cambió radicalmente de registro y olvidó entonces todo lo relacionado con el tesoro para centrarse en la importante tarea que tenía por delante aquel domingo: desenmascarar al señor Giddens y mostrar su verdadera naturaleza. Y, a lo mejor, hasta resolver un par de crímenes.

Me concentré entonces en el siguiente paso de mi plan, que pasaba por hacer una parada en la iglesia de St. Paul antes de llegar a mi casa.

Me crie en el catolicismo, pero lo cierto es que nunca fui demasiado a misa, y mucho menos desde que faltaban mi hermano y mi padre. No sé si está bien decir que mi madre estaba un poco peleada con Dios desde entonces. Lo cierto es que nos habíamos alejado de la comunidad eclesiástica, aunque tampoco diría que mi madre me hubiera prohibido nunca ir a la iglesia. Simplemente creo que su fe estaba algo aletargada por aquel entonces.

St. Paul era la única iglesia católica que había en Fortress Flint, y además me pillaba de camino entre la fortaleza y mi casa, así que no dudé ni un segundo que sería allí donde haría mi breve parada.

Dejé la bicicleta en el suelo del pequeño jardín que adornaba la entrada de la iglesia. Eran cerca de las once de la mañana, pero todavía quedaban unos minutos para que empezara la segunda de las tres misas que se daban el domingo; y la anterior ya había terminado. Por tanto, no había peligro de que mi rápida incursión molestara a nadie.

Había algunas personas que iban llegando y entrando en el recinto, sentándose de forma diseminada por los bancos aquí y allá.

Entré despacio, mirando al suelo, intentando llamar la atención lo mínimo posible. Me desplacé a la zona derecha, justo al cruzar la puerta, y me dirigí a una enorme pila de mármol que descansaba en la esquina. Había una mujer mayor en la pila. Yo llegué por su espalda, así que no me vio. Esperé un momento a que se marchara, después de santiguarse, y entonces me acerqué a la pila. Haciendo uso de todo el disimulo que pude, saqué de mi bolsillo un pequeño tarro de cristal, de volumen similar al de una taza, que previamente esa mañana me había acordado de coger de mi cocina; le quité la tapa metálica que lo cerraba y lo introduje, con un movimiento rápido aunque no brusco, en el agua bendita que había en la pila. Lo saqué lleno del preciado líquido, lo tapé y lo volví a colocar en mi bolsillo, que se mojó un poco porque el exterior del tarro estaba empapado al haberlo metido en la pila.

Giré la cabeza varias veces para asegurarme de que nadie estaba fijándose en mí. Salí despacio del recinto, me dirigí a mi bici, tirada en el suelo del jardín, la cogí y pedaleé de la forma más tranquila que pude aparentar hasta alejarme de la iglesia.

Llegué a mi casa con la mente concentrada en preparar muy bien todo lo que necesitaba para la especial velada que íbamos a vivir con el señor Giddens.

Mientras mi madre se afanaba por limpiar con esmero todos los rincones de nuestro hogar –ya que quería que nuestro invitado se llevase la mejor impresión posible de la visita–, yo tenía que fingir que también me importaba mucho esa impresión y, por supuesto, no me libré de ayudarla con la limpieza. Pero, mientras tanto, iba también dejando listas mis trampas para el vampiro.

El agua bendita, una de las armas más poderosas que seguro podía utilizar, tenía pensado mezclarla con el agua de la jarra que sirviéramos en la mesa. Por tanto, debía dejarla escondida en un lugar muy accesible; y el aparador del salón, donde íbamos a celebrar la cena, era sin duda

el lugar más apropiado para ello. Así que la escondí en el segundo cajón, debajo de unas suaves servilletas de tela con un discreto bordado de flores.

Luego fui a la cocina. Había logrado convencer a mi madre del menú. Aparte de unos entremeses variados, que dejé a su elección, le pedí que hiciera un pescado con salsa americana. No recuerdo ahora mismo la pieza de pescado que eligió, pero yo sabía que la salsa americana se preparaba con ajo, y eso era lo único que a mí me importaba. Además, alguna vez le había ayudado en la cocina a prepararla, así que mi petición no le sonó rara en absoluto. Me aproveché de eso para decirle que me apetecía muchísimo poder hacer yo mismo la salsa y demostrar así mi aprecio por el señor Giddens, algo que le agradó sobremanera y eliminó cualquier posible reticencia que ella hubiera podido tener sobre el asunto. Disponía de la receta allí mismo y podía dejar la salsa preparada con tiempo, así que me puse a ello.

Lo primero fue afanarme con el fumet de marisco. Mi madre había comprado el día anterior cangrejos, gambas y algunos restos de rape, que fue lo que usé para preparar el caldo de base de la salsa.

Mientras los jugos de los crustáceos y el pescado se iban concentrando en el caldo, subí a mi cuarto. En el fondo de mi armario tenía una caja con cosas antiguas que hacía tiempo que no usaba. Y en el fondo de una de ellas, un bonito crucifijo de barroco tallo, de unas ocho pulgadas de largo, heredado de mi padre –y este de su abuela–, reposaba envuelto en un suave pañuelo de seda blanco.

Tenía que conseguir enseñárselo y ponérselo delante de la cara a ese monstruo; o podía incluso intentar que lo cogiera y ver qué pasaba. Tenía que ver si se quemaba las manos, si se transformaba y salía volando de la casa o incluso si estallaba en llamas. Así que lo bajé al salón y lo dejé cuidadosamente colocado encima del aparador. Si mi madre me preguntaba por aquello le diría que quería enseñarle esa reliquia de mi bisabuela al señor Giddens, por su condición de anticuario.

Yo, por mi parte, llevaba siempre al cuello la pequeña cruz de plata, atada a mi cadena, pero me parecía que necesitaría algo más grande si quería causar algún efecto en el vampiro. Además, ese crucifijo no quería quitármelo en ningún momento, por precaución, como si pensara con convicción que el llevarlo me salvaguardaría frente a un hipotético ataque sorpresa por parte de la demoníaca bestia.

Volví a la cocina a terminar de preparar la salsa. Tenía listos los tomates, la cebolla, el brandy y los ajos. Y ahí fue donde desplegué mi plan culinario ya que, en lugar de echar los dos dientes de ajo que aparecían en la receta, utilicé una cabeza entera. Estaba seguro de que eso me iba a acarrear problemas en cuanto mi madre probara la salsa, pero ella no solía probar la comida mientras la hacía y aquella ocasión no fue una excepción. Por suerte para mí, se fio por completo de su querido hijo. La bronca podría caerme en la misma cena, pero ahí ya sería demasiado tarde y, además, en aquellos momentos pensaba que, casi con toda seguridad, al ver lo que su hijo iba a conseguir con el desalmado vampiro, no le tendría en cuenta aquella bienintencionada «travesura culinaria».

Para terminar, hice lo último que tenía en mi lista de planificación. Quizás lo más extremo, pero también lo más sensato, teniendo en cuenta que mi plan consistía en desenmascarar a un vampiro y, con bastante probabilidad –pensaba yo–, tener que enfrentarme a él si el agua bendita, el crucifijo y el ajo no terminaban de funcionar para debilitarlo y protegernos. Así que me dirigí al cobertizo que teníamos en la parte trasera de la casa.

Nuestro cobertizo no era muy grande y sobre todo lo usábamos para almacenar algo de leña

para el invierno y para guardar las herramientas que yo solía usar en los trabajos que me iban saliendo por la ciudad. Una vez dentro, y asegurándome de que mi madre estaba ocupada en el piso superior de la casa y que yo tendría unos minutos de tranquilidad y privacidad allí, me acerqué al montón de leña que descansaba al fondo de la estancia.

Había leído que las mejores maderas para hacer estacas con las que matar vampiros eran el fresno, el espino y el roble. Yo, por suerte, tenía allí una buena colección de troncos y ramas de roble.

Cogí una rama gruesa y recta, que me pareció perfecta para fabricarme el arma definitiva contra un vampiro. La corté a unas doce pulgadas de largo y le tallé una fina punta de unas dos pulgadas en uno de sus extremos. Cogí un mazo que también tenía allí para trabajar con madera y un rollo de cinta americana. Entré en la casa y pegué la estaca y el mazo a la parte baja de la mesa del salón, justo en el sitio en el que había previsto sentarme para la cena. De esa manera, si en cualquier momento necesitaba hacer uso de aquella «arma contra chupasangres» de una forma ágil, no tendría más que meter mis manos debajo de la mesa y pegar un buen tirón de la cinta. Por un lado, si lo pensaba con la cabeza fría, me costaba mucho imaginarme clavando como un salvaje un trozo de madera en el pecho de mi patrón; pero por otro, el sentimiento de protección hacia mi madre me daba el valor para suponer que, llegado el caso, no dudaría un segundo en hacer lo que hiciera falta para que ese monstruo no nos hiciera ningún daño.

En general, me sentí muy orgulloso de mi brillante plan, porque seguro que el señor Giddens nunca habría esperado esa inteligente jugada por mi parte. Así que, con una amplia sonrisa y un peligroso exceso de confianza, salí del salón para seguir adecentando la casa, tal y como mi madre me había pedido que hiciera.

Dejé mi cuarto recogido, con mis nuevos libros guardados dentro de mi mochila, debajo de mi escritorio, y tuve buen cuidado de esconder la foto que birlé de la casa del señor Giddens en mi mesita de noche, fuera de la vista de cualquier visitante curioso; aunque tampoco es que esperara que el señor Giddens llegara a entrar en mi cuarto aquella tarde.

Mi madre terminó de preparar la cena y, de nuevo, tuve suerte de que el intenso olor a ajo de mi salsa no llamara su atención. Mientras esperábamos que llegara nuestro invitado, nos sentamos los dos juntos a ver la televisión un rato.

Yo miraba a mi madre de reojo, observando cómo entornaba los ojos sin querer siquiera luchar un poco contra el cansancio que la invadía; cansancio no solo de aquel día de limpieza y cocina, sino acumulado de todas las horas extras que llevaba encima su menudo pero robusto cuerpo, tanto en la clínica como en la factoría. Patty Johns, esa abnegada madre de una familia que se había dividido por dos demasiado pronto; media familia que se le había escapado de entre los dedos, como fina arena de playa, sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo, y cuya desaparición había hecho también desaparecer la mitad de su corazón. Sin embargo, todo el amor de la mitad que le quedaba me lo reglaba a mí cada día. Me sentía muy afortunado de tenerla y en ocasiones hasta me preguntaba si me la merecía como madre, ya que yo era muy consciente de mis muchos defectos y mis muchos momentos de debilidad en los que no me comportaba como el hijo ideal que ella sí se merecía.

Y así, cada uno ensimismado en lo suyo, el tiempo se nos fue sin darnos cuenta hasta que, conforme nuestro reloj del salón anunció las seis en punto de la tarde, el sonido del timbre de la puerta principal vibró al unísono, indicándonos la llegada de nuestro invitado.

# Orgullo y prejuicio

Mi madre saltó como un resorte del sofá y me dijo, corriendo hacia el aseo de la planta baja, que atendiera al señor Giddens mientras ella se retocaba el pelo y se alisaba un poco las arrugas que su relajada estancia en el sofá había generado en el vestido que había elegido lucir esa tarde.

Yo me levanté despacio. La hora decisiva había llegado. El momento de la verdad. Me acerqué a la puerta, sabiendo lo que encontraría al otro lado, y abrí lentamente, como saboreando aquel instante. Mi plan acababa de activarse.

Ante mí estaba el señor Giddens, con su apariencia habitual. Traje oscuro, chalequillo a cuadros incluido, pajarita verde oscura adornando su cuello, sombrero negro de ala ancha, guantes, enormes gafas de sol y una leve sonrisa, con la boca cerrada, por supuesto. En una mano llevaba su inseparable bastón y en la otra un bonito ramo de flores blancas.

—Buenas tardes, William. Espero no haber llegado demasiado pronto —saludó ladeando un poco la cabeza y sabiendo con seguridad que era imposible haber sido más puntual.

Resultaba espléndido en su imitación del adorable anciano que prendía ser. Pero seguro que no imaginaba lo que le esperaba durante aquella velada.

El señor Giddens no había estado en mi casa desde aquel día a principios de junio en el que nos conocimos y me ofreció el trabajo. Y ese día no llegó a entrar, nos quedamos en el porche. Esa era, de hecho, mi primera prueba. Según mis investigaciones un vampiro no puede entrar en una casa sin ser explícitamente invitado a hacerlo. Había hecho un poco de memoria y, aunque habíamos entrado juntos al cine, sin invitación específica de hacerlo por parte del dueño, aquello era un lugar público; es decir, que comprando la entrada ya quedaba implícito el derecho a pisar el recinto. Y también habíamos estado juntos en un bar, otro lugar público. Pero no recordaba en ningún caso haberlo visto entrar en ninguna vivienda privada más que en la suya.

Así que yo esperaba que aquella siniestra criatura no fuera capaz de penetrar en mi hogar sin ser invitado, por lo que solo me limité a apartarme un poco, dejando hueco suficiente para que, si ninguna fuerza sobrenatural se lo impedía, pudiera traspasar sin problemas el marco de la puerta. Lo único que dije fue:

—Buenas tardes, señor Giddens. Encantado de verlo.

El señor Giddens no hizo ningún intento de entrar. Y permaneció así durante unos –supongo que algo incómodos para él– segundos en los que ninguno de los dos parecía tomar la iniciativa. Yo estaba esperando que él me pidiera entrar para contestarle entonces que «no hacía falta que lo invitara a pasar, ya que eso era demasiado formal». Yo estaba dispuesto a estirar la cuerda todo lo que pudiera hasta demostrar que él no iba a ser capaz de poner un solo pie en mi casa, no porque no quisiera, sino porque su demoníaca naturaleza se lo impedía si no obtenía antes mi permiso.

El señor Giddens se quitó sus gafas, lo que le hizo entornar mucho los ojos. Aunque en la casa no había tanta luz como en el exterior, sí había mucha más de la que solía haber en su tienda. Supongo que necesitaba mostrarme sus ojos como para confirmar que yo lo reconocía y así lo invitara a pasar dentro de una vez por todas.

Pero eso no ocurrió. Yo me mantuve impasible, aguantándole la mirada; y, por su expresión, aquello le debió resultar sumamente extraño. Estaba como en *shock*, no entendiendo por qué aquel joven, que siempre se comportaba de modo harto amable y educado con él, de pronto parecía haber olvidado los modales sociales más básicos.

Sin embargo, la que se perfilaba como mi primera victoria de la noche se truncó cuando mi madre apareció detrás mía como un rayo, y dijo con una sonrisa:

—Hola, señor Giddens. Encantada de conocerlo. No se quede en la puerta. Pase, pase, por favor.

Mientras le estrechaba su delgada mano enfundada en su guante y se presentaba, mi madre tiró de él de forma sutil hacia dentro de la casa y el anticuario finalmente puso sus pies en el interior de la vivienda.

—Por favor, señora, llámeme Horace.

Mi expresión dura y retadora se tornó algo enfurruñada por el desconcierto de haber perdido mi primera oportunidad, que además prometía bastante, o eso me pareció a mí. ¿Habría podido el señor Giddens entrar si mi madre no lo hubiera invitado a hacerlo? Yo estaba convencido de que no, pero la ocasión para demostrarlo ya se había esfumado y no tendría una segunda oportunidad respecto a esa prueba.

—Will, ¿qué pretendías? ¿Dejar al señor Giddens en la puerta hasta mañana? —siguió mi madre mientras me lanzaba una típica «mirada de madre» que, sin llegar a ser una reprimenda, sí que suponía un toque de atención. «Más cuidado, Will, por favor. Que tenemos un invitado en casa. Demuestra lo bien que te he criado y los modales que te he enseñado. No te atrevas a dejarme en ridículo».

El señor Giddens le ofreció las flores a mi madre, la cual, tras agradecerlas muy educadamente, me las pasó a mí indicándome que buscara una jarra en la cocina para ponerlas en agua y que, por favor, las colocara en el centro de la mesa del comedor, donde íbamos a disfrutar de la cena.

Mientras yo me afanaba con rapidez en buscar la jarra y colocar las flores, más motivado por el hecho de no dejar a mi madre demasiado tiempo a solas con el señor Giddens que por cumplir diligente con lo que me había mandado, mi madre se encargaba del sombrero, los guantes, el bastón y la chaqueta del señor Giddens y lo acompañaba al salón al tiempo que ambos se expresaban el uno al otro las ganas que tenían de conocerse. Sé que también hablaron algo de mí, pero no pude oírlo bien hasta que no llegué al salón con las flores en agua.

—Siéntese aquí, señor Giddens, por favor —dije poniendo en marcha mi segunda prueba.

Había dispuesto la mesa y la silla destinada a nuestro invitado de cara al gran ventanal oeste por el que entraban con fuerza los rayos del sol de la tarde en su camino hacia el ocaso, pero aún resplandecientes. También me había cuidado de cerrar muy bien las tupidas cortinas del ventanal para que mi víctima no sospechara nada.

El señor Giddens se sentó donde yo le había indicado, mientras continuaba intercambiando con mi madre unas bonitas y agradables palabras. Entonces yo me giré y me dirigí al ventanal, descorriendo las cortinas de golpe y haciendo que toda la brillante fuerza del astro rey penetrara de golpe en la estancia.

—Así tendremos un poco más de luz, que hace una tarde muy bonita —dije en segundo plano, para justificar mi «inocente» acto.

Nuestro invitado quedó expuesto entonces de forma directa a los rayos del astro alrededor del que gira nuestro mundo, iluminando su rostro con alto brillo, como el de una estrella de cine en su camerino, delante de su espejo, justo antes de una sesión de maquillaje.

Por supuesto, la reacción del señor Giddens no se hizo esperar. Sus verdes ojos se entornaron entonces mucho más, casi cerrados, y su rostro expresó con espontáneo desagrado la posición tan incómoda en la que se le había colocado. Yo esperaba que, con un poco de suerte, el rostro del anticuario, desprovisto de cualquier tipo de protección –ni gafas ni sombrero–, empezara a resentirse muy rápido de los rayos ultravioletas del sol y su piel comenzara a chamuscarse... pero en realidad no pasó nada de eso.

—William, querido, ¿serías tan amable de volver a correr las cortinas, por favor? —me pidió sin alterar su tono mientras intentaba hacer algo de sombra en su cara con su mano derecha.

Hasta mi madre había entornado sus ojos. ¿Cómo negarme? Haberlo hecho no solo hubiera sido descortés, sino que no habría sido entendido por mi progenitora como la prueba que yo deseaba ver «fallar» al señor Giddens. Así que no me quedó más remedio que volver a colocar las cortinas tal y como estaban unos segundos antes. Pensé que quizás la exposición al sol debía ser mucho mayor y más prolongada para que sus rayos tuvieran un efecto dañino, o incluso mortal, en los vampiros. Mi segunda trampa había muerto casi antes de empezar. Quizás hubiera debido plantearla de otro modo, sin mi madre delante. Me maldije en silencio por no haber sido más listo.

—Mucho mejor, Will. Gracias —dijo ella.

—Verá, señora Johns, le pido disculpas por hacerles atenuar la luz de su precioso salón, pero padezco fotofobia. La mayoría del tiempo trato de convencerme de que es una deficiencia leve, como si quisiera engañarme a mí mismo inocentemente, pero la realidad es que padezco una variedad de alta sensibilidad —explicó el señor Giddens—. Por lo que debo tratar de proteger mis ojos y mi piel de los rayos del sol o de cualquier otra fuente de intensidad lumínica alta; lo cual, como comprenderá, es una auténtica dificultad en muchas ocasiones, sobre todo en verano.

—Me hago una idea y lamento mucho su dolencia —contestó amable mi madre—. No tiene usted que disculparse por nada. Así tendremos un ambiente más íntimo y acogedor —concluyó con una bonita sonrisa.

Me coloqué al lado de mi madre. Ella me rodeó con su brazo derecho y me apretó un poco.

—Estoy deseando que me cuente si mi Will está haciendo un buen trabajo para usted.

—Por supuesto que lo está haciendo. Ha superado con creces todas mis expectativas —contestó el anticuario con su habitual sonrisa cerrada mientras me guiñaba un ojo.

—Durante la cena podremos conocernos mejor. Will me ha contado muchas cosas sobre usted, y su vida parece haber sido muy interesante —continuó ella—. Ahora, si me disculpa un momento, voy a empezar a traer algunos entrantes que hemos preparado.

—¿Te ayudo, mamá?

—No, por favor, quédate con el señor Giddens y hazle compañía. No debemos dejar solo a nuestro invitado —dijo ella saliendo del salón hacia la cocina con sus típicos andares apresurados—. Yo volveré enseguida.

El señor Giddens, con sus ojos ya más acostumbrados a la nueva penumbra, me miró y dijo:

—Tu madre es una mujer encantadora. Es tal y como me la imaginaba, aunque me ha parecido incluso más joven de lo que esperaba.

—Pues aproveche para decírselo cuando vuelva. Seguro que le gustará oírlo —respondí con rostro impasible, sabiendo que esa zalamería empalagosa que el anticuario desplegaba con total maestría solo buscaba embriagar nuestra confianza para que nos sumergiéramos sin resistencia en el clima que a él tanto le gustaba, donde ningún tipo de sospecha maliciosa tenía cabida.

No hizo falta añadir ninguna palabra a la sonrisa que me dedicó a modo de réplica.

—¿No te sientas a la mesa? —dijo a continuación—. Te noto algo distinto, como perturbado por algún motivo —un golpe de tos interrumpió su discurso por un instante—. ¿Te ocurre algo que quieras compartir con este delicado anciano?

Ahí estaba de nuevo: el –aparentemente– pobre, débil e inofensivo viejo. Construía su fachada con enorme acierto, a base de pequeños detalles y sutiles palabras, bien diseminadas aquí y allá, que se quedaban grabadas en el subconsciente de su interlocutor, haciendo su función a la perfección.

Cambié mi mirada y expresión a una más relajada, concentrándome en fingir mejor de lo que había hecho hasta entonces esa tarde, y contesté:

—No me ocurre nada, señor Giddens. Puede que esté un poco nervioso por su visita, ya me entiende, y por el hecho de que conozca a mi madre. Queremos causarle la mejor de las impresiones.

—No tienes nada de qué preocuparte, William. A día de hoy no puedo más que decir palabras de elogio sobre ti. Y seguro que a tu madre le ocurre lo mismo. Vamos, siéntate a mi lado —concluyó haciendo un gesto hacia la silla vacía que estaba a su derecha.

Yo estaba muy ansioso por continuar con mis comprobaciones, pruebas y trampas para desenmascarar de una vez por todas a aquel demonio del infierno. Y justo en ese momento vi la oportunidad de probar una de las gordas.

—Sí, por supuesto, pero antes me gustaría enseñarle algo que tiene un significado especial para mí.

Me giré y me dirigí al aparador. Cogí el paquete que había dejado allí preparado y lo desenvolví de espaldas al señor Giddens, evitando que este pudiera verlo. Cuando lo tuve al descubierto y bien sujeto en mi mano derecha, me di la vuelta y lo expuse con el brazo extendido ante la cara de mi invitado, a menos de dos palmos de su rostro.

—Es un crucifijo que heredé de mi padre; y él de su abuela. Una reliquia de familia. Como poco debe de tener setenta u ochenta años, puede que incluso más, no lo sé con seguridad. Le tengo mucho cariño y, como a usted le gustan las cosas antiguas, pensé que le haría ilusión echarle un vistazo —dije intentando mantener mi papel de inocente anfitrión mientras en mi interior esperaba una tremenda reacción adversa por parte del señor Giddens a aquel símbolo sagrado.

Pero la bestia no se inmutó. No apartó su mirada, ni se retorció de dolor como yo deseaba. Al contrario, alargó su mano en un gesto elegante y preguntó:

—Es muy bonito, William. ¿Puedo cogerlo para verlo más de cerca?

Aquello me desarmó por completo. No podía creer que no funcionara. ¿Dónde estaba el efecto devastador que la fe cristiana tenía sobre los vampiros? ¿Sería que la mía no era lo suficientemente fuerte como para potenciar el poder del crucifijo? ¿Sería necesario algún tipo de conjuro o declamación que yo desconocía para activar aquella arma de Dios?

Estaba tan sorprendido y decepcionado que no pude articular palabra. Solo me quedé quieto y aflojé mi mano, dejando que el anticuario cogiera el crucifijo, rozándome al hacerlo con las puntas de sus fríos dedos.

No pareció haber ningún dolor en el señor Giddens al hacerlo, ni repulsión, ni quemaduras. Por muy bien entrenado que hubiera estado el vampiro, no habría sido posible fingir la ausencia de cualquiera de los efectos dañinos que yo esperaba ver en su ser.

Lo sujetó, lo giró, se lo acercó a los ojos para apreciar mejor sus detalles. Parecía incluso que se estuviera recreando con el objeto. Mi confianza sufrió un golpe tremendo entonces. Mi

convicción se volvió frágil. La idea que durante los últimos días se había hecho fuerte en mi mente se tambaleó en ese momento como un castillo de naipes sacudido por el aire.

El señor Giddens lo estudiaba con un interés que, entonces, ya no podía estar del todo seguro que fuera fingido.

—Ciertamente, es un objeto curioso —concluyó al fin—. No sabría datarlo con seguridad, pero diría que es de mediados del siglo pasado. Como profesional, estoy convencido de que su valor sentimental excede con mucho el real que alguien ajeno a su pasado, a su historia, pagaría por él; por más que su tallado sea bastante bonito y se encuentre conservado de manera impecable. Pero, al fin y al cabo, como ya te he comentado en alguna ocasión, el valor de las cosas es justo el que cada uno de nosotros le quiera otorgar. Es una cuestión de percepción. Se nota que para ti es un objeto de gran valor; y, por ende, ahora para mí también lo es.

Sus palabras eran siempre tan amables que era en extremo difícil no caer rendido a su embrujo. Y, además, tras el duro revés que mi teoría del vampiro acababa de sufrir ante la ausencia de efectividad del crucifijo casi empecé de nuevo a creer que la bondad de aquel personaje era real, que su aprecio por mí era verdadero y que no era más que lo que decía ser, un maduro anticuario con fotofobia, con una dentadura bastante singular y con un carácter un poco peculiar; una persona casi normal, tan «casi normal» como podía serlo yo, en realidad.

Pero no. Eso era justo lo que él quería que yo creyera. No podía dejarme vencer tan fácilmente. Me volví a convencer de inmediato de que el hecho de que el crucifijo no hubiera funcionado no era prueba definitiva sobre su naturaleza. Aún me quedaban unas cuantas armas que podían ser incluso más efectivas; y no iba a dejar de probarlas.

Mi madre apareció entonces por la puerta con una bandeja de pequeños aperitivos.

—Ya estoy aquí. Will no ha sabido decirme sus preferencias en cuanto a gustos, así que me he permitido preparar un variado de sabores. Todo muy tradicional. Confío en que alguno le guste.

—Estoy convencido de que estarán todos deliciosos, señora Johns —respondió el señor Giddens a la vez que me devolvía el crucifijo.

Mi madre no pudo ignorar el objeto y, por su mirada, sé que se extrañó de ver allí aquella reliquia heredada. Supongo que se preguntaría por qué la habría sacado del fondo de mi armario, pero no comentó nada al respecto.

—Si yo he de llamarle Horace, por favor, lo justo es que usted me llame Patty, o Patricia, si lo prefiere. Aunque... todos mis amigos me llaman Patty, así que le recomiendo lo primero.

Devolví la fallida arma en forma de cruz al aparador tras envolverla de nuevo en su pañuelo, y volví a la mesa. Nos sentamos tal y como yo había previsto, formando una «U», con el señor Giddens en la base, mi madre a su izquierda y yo a su derecha. La elección de mi posición no había sido al azar. Con mis rodillas pude tocar la estaca y el mazo que había pegado bajo la mesa. Llegado el caso, si me veía obligado a utilizarlos, la posición desde la que estaba me aseguraba un golpeo más preciso y potente desde mi derecha hacia mi izquierda, que es donde se encontraba el señor Giddens. Fue solo un segundo, pero me imaginé haciéndolo, clavándole la estaca en el pecho al vampiro y dándole muerte antes de que él pudiera acabar con nosotros. Pero volví rápido de nuevo a la realidad, con mi espíritu dividido entre el raciocinio creciente sobre la humanidad de mi patrón, debido al fallo del poder del crucifijo que acababa de presenciar, y mi creencia en el monstruo de la noche, la cual se resistía a desaparecer. Todavía me quedaban un par de trucos en la manga y no iba a desaprovecharlos.

La primera parte de la comida fue bastante tranquila, incluso agradable. El diálogo fluía entre mi madre y el señor Giddens. Yo me mantuve en un discreto segundo plano, muy atento a todos

los movimientos de nuestro invitado; por si acaso.

Hablaron de mí –solo cosas buenas y positivas que, en otras circunstancias, me habrían sacado los colores–, se conocieron un poco más, pero sobre todo fue mi madre la que más habló. Debido al clima de confianza que el señor Giddens era capaz de generar –y aquella tarde no fue una excepción–, la oí hablar de mi padre y de mi hermano, dos temas usualmente tabúes en nuestro día a día; habló también de sus trabajos, de su niñez, incluso creo recordar que comentó alguna anécdota de la que yo no había oído hablar en los casi dieciséis años que llevaba con ella. Yo, por mi parte, casi todo el rato en silencio, esperaba mi momento para volver a atacar.

Y llegó la hora del plato principal.

Esta vez ayudé a mi madre a traer las cosas de la cocina. Ella el pescado, en una bonita fuente plateada que había adornado con unas cuantas verduras de diversos colores. Yo la salsa americana que con tanto «cuidado» había preparado para el señor Giddens.

Mi madre sirvió primero al señor Giddens. Luego siguió con nuestros platos, mientras yo me dirigí al anticuario.

—Pruébelo con un poco de sala. La he hecho yo mismo.

Y, sin que pudiera hacer nada para evitarlo, vertí un buen chorro de salsa por encima del lomo de pescado al horno que mi madre había dispuesto en su plato, arropado con un poco de guarnición.

—Por supuesto, William —respondió él con ánimo.

Pero en cuanto el calor del conjunto emanó sus efluvios hacia arriba, su rostro cambió de forma radical. Sin duda, el olor a ajo que podía percibirse a esa corta distancia no le había pasado desapercibido.

—¿Qué lleva? —preguntó.

—Es una salsa americana tradicional, ya sabe, un buen caldo de marisco y pescado, tomates, cebolla, brandy... —contesté—. ¡Ah! Y un poco de zanahoria, que es como aparece en el recetario de mi madre.

—Ajá, ya veo. ¿Y ajo?

Ya se descubrió, pensé. El ajo sí que iba a ser infalible. A ver cómo salía de aquella. Una muy buena excusa debía tener para no probarlo y hacer sospechar a mi madre.

—Sí, es verdad. Un diente o dos debe llevar. ¿Por qué? ¿Algún problema? —pregunté de la forma más inocente que pude fingir.

—Bueno, a decir verdad, sí lo hay. Tengo cierta intolerancia al ajo.

¡Ahí estaba! Se descubrió por fin. Intolerancia al ajo, como los vampiros.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó al instante mi madre—. Y Will ya le ha puesto la salsa... Bueno, no se preocupe; le cambio el plato ahora mismo y podrá disfrutar del pescado sin salsa. Le aseguro que estará casi igual de bueno.

Yo no me lo podía creer. ¿En serio se iba a librar de nuevo por alegar una enfermedad? Hice entonces lo único que se me ocurrió, que no fue otra cosa que tratar de dar «pena. Soy muy consciente de que esa estrategia no tenía ningún sentido si lo que se sentaba a mi izquierda era de verdad una criatura del mal, un monstruo sin alma que quizás solo se estuviera entreteniendo con nosotros antes de saciar su sed de sangre... pero supongo que, en esos momentos, la mezcla de adrenalina y frustración que inundaban mi cuerpo no me dejaba pensar con claridad. El caso es que puse la cara de cachorro desvalido más intensa que pude y añadí con tono lastimero:

—Vaya chasco, señor Giddens. Hice la salsa pensando en usted, tratando de agradarle y sabiendo que valoraría mucho el esfuerzo de un muchacho ayudando a su madre en la cocina.

Cuando mi madre ya había agarrado el plato y se disponía a retirarlo, la huesuda mano izquierda del señor Giddens la detuvo.

—Está bien, señora Johns... digo, Patty. Déjelo. Mi intolerancia es leve y creo que me arriesgaré esta noche. ¿Cómo voy a despreciar el hermoso gesto de nuestro querido William? Seguro que el sabor y el amor que hay en el plato bien valen unas pequeñas molestias estomacales.

Aquello me dejó perplejo. No esperaba dicha reacción. ¿Cómo era posible que aquel engendro del demonio quisiera autoenvenenarse solo por quedar bien delante de nosotros? Lo único que se me ocurrió es que valorara el hecho de poder mantener su coartada por encima de todo lo demás, y que pensara que de verdad la salsa llevaba poco ajo... cuando yo le había puesto en realidad una cabeza entera. Si pensaba que solo le iba a picar un poco la boca estaba muy equivocado; así que mi plan seguía entonces su curso.

—¿Está seguro, Horace? —quiso confirmar mi madre antes de soltar el plato de nuevo—. No me gustaría que se llevara un mal recuerdo de esta cena solo porque mi hijo se ha vuelto un poco vanidoso.

—Cien por cien, Patty. Y, si me permite corregirla, estoy convencido de que lo de su hijo no es vanidad, sino sincera bondad —acabó con la expresión de un santo.

Ya estábamos otra vez. Yo allí, tratando de desenmascararlo, incluso de acabar con su «no–vida», y él continuaba lanzándome mensajes de confianza y amabilidad. Me ponía enfermo; y me hacía sentir mal.

Pero el que debió de sentirse mal de verdad –al menos, a nivel físico– fue él cuando se metió el primer trozo de pescado en la boca, todo bañado en salsa de ajo. Primero tosió, en un acto reflejo repentino. Luego masticó, tratando de manera estoica de no resultar desagradable, pero sin poder evitar articular una expresión extraña en su rostro.

Por suerte, mi madre aún no se había echado salsa. Y yo, como era lógico, la estaba evitando de forma consciente.

Tras deglutir ese primer bocado, bebió un buen sorbo de vino, y se dirigió a mí, con una voz que le costó sacar de su abrasada garganta.

—¿Seguro que solo lleva un par de dientes de ajo, William?

Yo, por primera vez aquella tarde, estaba henchido de orgullo y festejando por dentro mi primera victoria. El ajo lo estaba matando, seguro; desgarrando su sistema digestivo, abrasando sus entrañas. Él seguía allí, intentando disimular y continuar con su farsa, pero no podría aguantar esa tortura mucho más.

—Por supuesto, he seguido la receta al pie de la letra —respondí con serenidad. Y acercando mi nariz a la salsera añadí—: A mí no me huele nada fuerte.

Mi madre me miró extrañada. Entonces yo, envalentonado por la esperanza de que mi demostración estuviera a punto de concluir como había estado deseando, deslicé las manos debajo de la mesa y agarré las armas que tenía allí, listas para ser utilizadas con violencia contra el monstruo. No estaba seguro de lo que iba a pasar a continuación, pero debía estar preparado para lo que fuera, porque me disponía a asestar verbalmente el que creía iba a ser mi golpe mortal contra la actuación de aquel farsante.

—Además... ¿qué es usted? ¿Acaso un vampiro? —escupí de forma vehemente.

Aquellas inesperadas palabras lo cambiaron todo, pero no de la manera que yo esperaba. La mirada del señor Giddens se tornó desafiante. Pude ver cómo la habitual bondad y amabilidad que mostraban desaparecía por un instante de sus ojos. Y no fue sorpresa lo que apareció en

ellos, como sí ocurrió en los de mi madre, sino algo más oscuro. Aquel cambio en su mirada me dio la certeza inmediata de haber «llegado al hueso», de haber acertado de pleno en el centro mismo de la diana. Lo peor fue que no pude disfrutarlo ni un segundo, porque fue menos de eso lo que mi madre tardó en saltar hecha una furia.

—¡William Towner Johns! —gritó con estridencia mi nombre completo, como solo hacía cuando estaba muy enfadada—. Pero ¡¿qué demonios estás diciendo?! ¡¿Qué modales son esos?! ¡¿Qué forma de hablar a nuestro invitado?! Si el señor Giddens dice que la salsa sabe mucho a ajo, es que seguro que sabe mucho a ajo —sentenció olvidando al instante el pacto de informalidad que ambos habían sellado al comienzo de la velada.

Mi madre agarró entonces una cucharilla y la metió en la salsera, cogiendo un poco de salsa y llevándosela a sus labios. Yo temblaba.

—Will, ¡esto está incomible! ¿Qué le has puesto? —y mirando con vergüenza a su invitado, añadió—: Disculpe usted, Horace.

Yo también volví a mirarlo y mi corazón comenzó a latir aún más fuerte al descubrir que su rostro volvía a ser el de siempre. Su mirada se había calmado. Y su expresión estaba serena. El monstruo seguía sin aparecer de forma explícita y mi plan se desvanecía igual que la luz del sol perdía su fuerza en el cada vez más cercano ocaso.

—¿Acaso no has seguido la receta, hijo?

—Claro, mamá —mentí con total descaro—. La he hecho exactamente como venía en tu recetario, teniendo mucho cuidado con todos los ingredientes y cantidades. De verdad.

Me dolía tener que mentir así a mi progenitora, pero me iba a ser muy difícil explicar mis acciones si la verdadera naturaleza del monstruo que tenía a mi lado no se destapaba aquella tarde.

Pero el monstruo no solo no mostró su naturaleza, sino que, siguiendo su costumbre habitual, se mantuvo comprensivo y elegante; y me defendió de nuevo.

—Seguro que ha sido así, William. Hay veces que los ajos vienen más fuertes de lo normal y se ve que el par de dientes que has tenido el azar de usar hoy estaban un poco más concentrados de lo habitual. Os aseguro que no hay mayor problema; apartaré un poco la salsa y así el pescado solo tendrá una pizca de la esencia. Más allá de lo potente del sabor, debo decir que está realmente exquisito.

Mi rostro estaba desencajado. ¿Cómo podía aquel desalmado ser tener una reacción tan humana y bondadosa? ¿Cómo podía seguir teniendo esas deferencias conmigo con todo el empeño que yo estaba poniendo para ponerlo a prueba aquella tarde? Su serenidad y seguridad al hablar consiguieron incluso calmar a mi alterada madre.

—Está bien, está bien. Habrá sido eso. Estoy convencida de que Will no iba a hacer nada de esto a propósito. Le aseguro que le tiene a usted en gran aprecio.

Al oír a mi madre mi corazón se calmó. Acaba de librarme gracias a la intervención de mi enemigo. Casi me entraron ganas de sonreír, pero no lo hice.

Ver cómo el monstruo iba sorteando mis trampas con una buena mezcla de suerte y destreza estaba poco a poco haciendo mella en mi confianza a la vez que hacía crecer mi furia por no conseguir penetrar su coraza. Hasta entonces solo había logrado hacerle cosquillas, pero ni siquiera lo había arañado. Y, por más que las reiteradas evidencias de aquella tarde deberían haber hecho que mi convicción respecto a mis ideas fantásticas se tornara endeble, mi cabezonería no me dejaba abandonar mi particular cruzada contra el anticuario.

Por otro lado, yo era muy consciente de que estaba rozando límites muy peligrosos con mi

madre y, por tanto, mis próximos pasos debían ser muy medidos si no quería que aquello se me fuera definitivamente de las manos. Debido a esto, opté por aflojar un poco la intensidad de mis ataques y, durante el resto del plato principal me mantuve en un muy discreto segundo plano, con fingidas sonrisas complacientes y pocas intervenciones que me cuidé mucho fueran lo más educadas y correctas posibles.

Mientras mi madre no fue capaz de echar nada de mi «salsa de ajo» al pescado, yo, para quitarle hierro al asunto, rebocé con ella mi porción, lo que me dejó para toda la noche un aliento que habría tumbado a un gigante. Nuestro invitado, apartando toda la salsa que pudo a un lado, se terminó todo el plato sin volver a mencionar el asunto del ajo, aunque seguro que no disfrutó del intenso sabor que impregnaba su pescado.

Al final del plato mi impaciencia fustigaba mi fuero interno. Se me acababa el tiempo y tenía que seguir intentando poner de manifiesto la extraña naturaleza que estaba convencido escondía el señor Giddens.

Traté, de nuevo sin ningún resultado, de fingir que había visto algo entre sus dientes, un resto de comida, y le informé de aquello con la esperanza de que –aunque solo fuera por puro instinto– bajara la guardia y nos mostrara su monstruosa dentadura, aquella que me había hecho helar la sangre unos días atrás y que solo había conseguido ver, de forma muy clara, una única vez. Mi comentario fue de nuevo muy mal percibido –con razón– por mi madre; y antes de que el señor Giddens pudiera siquiera intentar replicarme, ella volvió a reprenderme por mis malos modales, otra vez confundida por mi extraño comportamiento aquella noche.

Los dientes del señor Giddens permanecieron, por tanto, ocultos tras sus delgados labios y discreta gesticulación.

Siguiendo su estrategia de mantener los ánimos calmados y parecer tan inocente como amable, el señor Giddens cambió de tema y comenzó a adular de nuevo a mi progenitora.

—Disculpe mi osadía, Patty, pero no puedo evitar confesarle que me tiene del todo deslumbrado. Posee usted una belleza muy natural que ilumina la sala con más intensidad que los rayos del mismo sol, pero por suerte para mí de una manera radicalmente opuesta al efecto que estos tienen en mis ojos. Permítame que le diga que es un placer disfrutar de su compañía.

Yo, muy enfadado conmigo mismo por mis continuos fracasos, no pude evitar volver a hacer entonces un comentario impulsivo que, a pesar de que no tuvo mala intención, sí pudo resultar algo impertinente o, al menos, demasiado informal.

—Pues le aseguro que todo es natural. No se ha maquillado ni nada.

Mi madre me dirigió una de esas miradas de asombro que durante aquella velada se habían vuelto demasiado habituales. Pero juro que entonces yo solo pretendía halagarla aún más, potenciando el comentario del señor Giddens. Por supuesto, él tuvo que rematar tras de mí, como el maestro de la adulación que era, con una de las mejores frases para encandilar a alguien que yo había escuchado en mi vida.

—William, el mejor maquillaje que puede llevar una mujer es su sonrisa; y tu madre posee una realmente encantadora.

Mi madre de deshizo por completo con aquel comentario. Si aún quedaba un ápice de su corazón por conquistar por parte del señor Giddens aquella noche, con ese cumplido seguro que terminó por hacerla caer rendida a sus pies; no de una forma romántica, pero sí afianzando un sentimiento de ternura y cercana confianza. Aquel maldito actor era muy bueno, y además decía sus frases con una naturalidad nada impostada que lo hacían extremadamente creíble. Ni Santa Claus hubiera podido competir con él en un reto de amabilidad y simpatía.

Tras unos segundos en los que estuvo asimilando el cumplido, mi madre contestó:

—Es usted demasiado amable, Horace; y muy exagerado —dijo exhalando una tímida risita—. Así que, antes de que los colores que empiezan a subir a mi cara estropeen la percepción que tiene de mi belleza, si me disculpa, voy a por el postre a la cocina. He preparado una tarta de manzana con canela. ¿Le apetece?

—A pesar de que mi estómago es pequeño y suelo ser muy frugal en cuanto a las comidas, le aseguro que me encantaría probarla. Estoy disfrutando sobremanera con todo lo que están compartiendo hoy conmigo —contestó él, zalamero.

Mi madre nos había dejado solos y yo sentía que las oportunidades se me escapaban entre los dedos como granos de fina arena. Solo me quedaba un último truco, una última trampa. Y sabía que era de las buenas, pero no había tenido oportunidad de ponerla en práctica aún. Se trataba del agua bendita que, guardada en un pequeño tarro de cristal, había escondido en el segundo cajón del aparador que se encontraba a unos cinco pies a mi espalda.

Estaba muy nervioso; y muy ansioso. Sabía que el poder de la fe no había funcionado en absoluto con el crucifijo antes, pero aún confiaba con locura en que aquella agua, bendecida por un ministro del Señor con una fe seguro mil veces mayor a la mía, fuera de verdad efectiva sobre el monstruo infernal que seguía oculto tras la fina y pálida piel del anticuario. Mis modales y mis vergüenzas se encontraban del todo sobrepasadas en ese momento por dicha ansiedad, así que dejé que el instinto tomara el control y me levanté de golpe.

El señor Giddens se limitó a mirarme sin decir nada.

Me di la vuelta y di un salto hasta el aparador, abrí el cajón y saqué el tarro de cristal, lleno con aquel veneno bendito para fundir chupasangres. No había tenido ocasión de mezclarlo con el agua que había en la mesa para ofrecérselo a nuestro invitado y que lo bebiera, quemándole las entrañas; y, además, el vampiro solo había bebido vino durante toda la velada. Así que decidí jugármelo todo a una carta: desenrosqué la tapa metálica con todo el cuidado que mis temblorosas manos pudieron, me di la vuelta sujetándolo con decisión y di un paso al frente, hacia el impasible personaje que me había estado desafiando a su manera –y, dicho sea de paso, ganando la partida hasta el momento– durante toda la cena.

No sé cómo tuve el valor de hacer lo que hice entonces, aunque creo que más que valor fue una mezcla de inconsciencia, rabia y herido orgullo. En un segundo, mi brazo estaba extendido hacia el señor Giddens, el tarro completamente vacío, y la cara y el pecho del señor Giddens empapados con el agua bendita que le acababa de arrojar sin piedad.

Mi ojo estaba casi fuera de su órbita, mirando al vampiro con mucha excitación, esperando observar quemaduras en su piel, humo saliendo de sus poros y gritos de un dolor desgarrador brotando de su garganta.

Sin embargo, de nuevo, no pasó nada. Solo vi a un hombre muy mayor con el rostro lleno de agua y sorpresa; con una expresión que me decía sin palabras que por qué insistía en comportarme de esa forma tan agresiva y extraña, pero sin un ápice de odio o rencor en la mirada, más bien… ¿ternura? Quizás algo decepción, pero desde luego nada de enfado. Y, encima, no dijo absolutamente nada.

Yo estaba perplejo. No entendía nada. Había estado tan convencido de que el señor Giddens era un vampiro que no comprendía cómo ninguno de mis trucos para desenmascararlo había conseguido funcionar. Y, además, su actitud era tan… tan… educada y complaciente. La torre de mis creencias sobre su naturaleza vampírica se desmoronaba como sacudida por un fuerte terremoto. Mis ideas y pensamientos caían uno tras otro, como las piedras de dicha torre,

deshaciéndose y desapareciendo al llegar al suelo de la realidad, de lo tangible, de lo que no podía negar que estaba sucediendo allí aquella noche. Y, por si todo lo anterior fuera poco, lo que hizo a continuación creo que me dio el golpe de gracia para fulminar por completo mis fantasiosas teorías.

Mi madre entró en la sala llevando en las manos la tarta de manzana, cuyo olor a azúcar y canela inundó la estancia de inmediato. Yo guardé el tarro de forma instintiva en mi bolsillo. Ella no reparó en que el cajón del aparador seguía abierto ni en que yo estaba de pie, porque el señor Giddens hizo un rápido movimiento con su mano y volcó mi vaso de agua sobre la mesa, hacia él mismo, haciendo un leve ruido y salpicándose un poco más de lo que ya estaba.

—Uppps, qué torpe soy —exclamó el señor Giddens, llevándose la servilleta a la cara y al pecho y secando parte de lo que yo había empapado—. Acabo de tirarme el vaso de agua de William encima.

—No se preocupe, Horace —respondió mi madre mientras dejaba la tarta encima de la mesa—. Ahora mismo lo limpiamos.

—¿Le importaría que fuera un momento al baño a asearme un poco? —preguntó él, haciendo al amago de levantarse—. Además, quisiera aprovechar para aliviarme antes de comer la tarta. Ya sabe, mi intolerancia al ajo de la salsa del pescado me está avisando, levemente, de que quizás es hora de ir al baño… usted me entiende —añadió tocándose el estómago—. Simple precaución, pero quisiera estar cómodo, si no le importa, antes de disfrutar de esa deliciosa tarta que tan perfumado acaba de dejar el ambiente.

—Por supuesto, Horace. No tiene usted que dar más explicaciones, por favor. Suba al baño de arriba, si le parece bien. Estará usted mucho más cómodo —le indicó mi madre.

El señor Giddens se levantó por primera vez en toda la cena y salió de la estancia mientras dijo:

—Por favor, no me esperen para empezar. Vayan comiendo tarta. No quiero provocar una interrupción en la cena.

—Vaya tranquilo y no se preocupe por nosotros. Le esperaremos —sentenció mi madre con ese tono maternal contra el que nadie podría nunca replicar nada.

Yo estaba anonadado. ¿Por qué el anticuario habría hecho eso?

Tras echarle el agua bendita encima sin el más mínimo atisbo de la reacción que yo hubiera deseado ver y con mi madre volviendo al salón, me encontraba en una situación muy vulnerable, en la que lo más fácil habría sido dejarme caer del todo en el profundo pozo de mi propia vergüenza y hacerme tragar sin defensa alguna toda la ira de mi progenitora, la cual no habría podido encontrar ninguna explicación plausible a mi vandálico acto contra el señor Giddens.

Mi actitud y comportamientos habían sido muy inmaduros y, ante los ojos de cualquier persona normal, irracionales. ¿Por qué se empeñaba entonces el anticuario en defenderme? Lo natural habría sido dejar que yo intentara justificar mi «crimen» ante la jueza de mi madre, sabiendo que mi sentencia y condena estarían prefijadas de antemano. Pero no, en lugar de eso, él me había cubierto; y eso sí que no tenía justificación ninguna para mí. Mi cerebro estaba en cortocircuito. ¿Sería posible que el afecto que yo creía fingido en él fuera real?

Me sentía en extremo confuso. Mis sentimientos se agolpaban en mi pecho. No podía dejar de sentir cosas positivas hacia esa actitud. Mi miedo se transformaba en respeto. ¿Puede que incluso en cariño? Era raro que en unos segundos mi percepción hubiera cambiado de forma radical, del frío más helado al calor más intenso. Creo que había estado conteniendo todas las pruebas tangibles que tachaban de erróneo a mi fantasioso diagnóstico sobre el señor Giddens en una especie de recipiente opaco, dentro de mi corazón, y aquel último gesto de encubrimiento del

anticuario para no dejar visible mi estúpida inmadurez fue la gota que terminó de colmar ese recipiente lleno de realidad, rompiendo la tensión superficial del mismo y haciendo que toda esa realidad contenida –la de verdad, la lógica, la única plausible– se desbordara como una profusa catarata inundando de golpe todo mi ser y mis sentimientos.

Aunque por un lado me daba rabia haberme equivocado y haberme comportado como un imbécil integral, por otro no podía dejar de sentirme embriagado por tanta bondad. De repente ya no veía ningún plan oculto detrás de la actitud del señor Giddens, y lo que hacía unos minutos me parecían mentiras y teatro, ahora lo percibía como sincero discurso. La culpa me inundaba. Fue en aquel momento la primera vez que sentí que aquel personaje, al que conocía solo desde hacía un mes, se estaba comportando como lo haría un pariente, un abuelo quizás, que justificaba y protegía a su nieto –a pesar de sus travesuras–, solo por el hecho de profesar un sincero y puro amor por él.

El rato que pasé a solas con mi madre mientras el señor Giddens se ocupaba de lo suyo en el piso superior fue más de reflexión que de conversación. Mi madre se entretuvo sirviendo tres generosos trozos de tarta en cada plato. Por supuesto, ni ella ni yo hicimos el más mínimo amago de empezar a disfrutarla sin esperar a que nuestro invitado volviera.

En un momento dado mi madre me habló de lo agradable que le estaba pareciendo el señor Giddens y me agradeció que hubiera organizado aquella velada. Notándome algo distante –ya que yo en ese instante estaba en plena metamorfosis mental y emocional– también me preguntó si me ocurría algo; ella sabía a la perfección que mi comportamiento aquella noche distaba de ser el habitual en mí. Pude disuadirla con alguna excusa que no recuerdo ahora mismo muy bien, quitándole importancia y prometiéndole que me concentraría más en estar a la altura de lo que ella esperaba de mí, dando buena muestra de lo bien que me había criado y educado. Ese era el mejor regalo que podía hacerle; que cualquier hijo puede hacerle a una madre, de hecho. Y quedó tranquila.

Yo me afané en recuperarme rápido y en no parecer demasiado turbado, aunque en lo más profundo de mí hubiera deseado desaparecer de allí y disolver mi culpa en soledad.

Unos minutos más tarde, el señor Giddens volvió a aparecer en el salón.

—Veo que no han empezado aún. Por favor, no tendrían que haberme esperado. Espero no haberles hecho perder mucho tiempo —dijo mientras se dirigía con su parsimonia habitual y sus elegantes movimientos a su sitio en la mesa.

Yo no podía dejar de mirarlo; pero por primera vez en muchos días ya no lo vi como un monstruo, como un potencial asesino, como un genial embaucador, vampiro, hijo del mal y astuto villano de una historia que yo solito me había inventado desde el mismo centro de mis entrañas sobre la única base de una imaginación desorbitada y descontrolada. No; entonces lo volví a percibir como el afable, educado e inocente anticuario de avanzada edad que siempre había pretendido ser.

Sin embargo, nada más sentarse a la mesa, hizo algo que volvió a descolocarme y me mostró un poco del doble juego que a veces yo había considerado que el señor Giddens disfrutaba practicando conmigo.

En su mano derecha llevaba un trozo de papel que, con gran templanza y mucha intención, colocó encima de la mesa, justo al lado de su plato y tan cerca de mí que no habría podido evitar verlo ni aun mirando al otro lado de la habitación. Mi corazón, que creía estar ya más tranquilo y recuperándose emocionalmente de toda la intensidad interior vivida aquella tarde, dio de nuevo un vuelco. El trozo de papel no era otra cosa que la foto que yo le había birlado de su dormitorio;

la foto antigua que yo había tomado como una de las pruebas base para demostrar lo extraño de su naturaleza.

El señor Giddens me miró con sus ojos verdes mientras mi sangre terminaba de helarse, esperando lo peor.

—William, disculpa mi osadía, pero he encontrado esto arriba y he pensado que ya no lo necesitarías más, así que me he permitido cogerlo. Confío en que no te moleste —terminó con una media sonrisa que simbolizaba su total victoria sobre mí en aquella extraña velada.

Tan ocupado había estado yo en pillarlo, en desenmascararlo, que no me di cuenta de que era yo el que caía en su trampa. Había aprovechado la soledad de estar en el piso de arriba para fisgar en mi dormitorio y recuperar aquella foto que yo había supuesto era una especie de prueba definitiva para complicarle la existencia.

Volvía a no saber qué pensar de todo aquello. La idea del vampiro ya no tenía tanta fuerza; pero todo lo demás seguía siendo extraño. La propia foto y el a veces comportamiento sibilino del peculiar anticuario no hacían más que contribuir a que mi sensación de incomodidad respecto a él no llegara a reemplazarse del todo por la natural y aséptica percepción que sentí sobre él los primeros días tras conocerlo.

Estaba claro que se había tomado su tiempo para mirar bien en mi dormitorio. Debía haber visto más cosas; seguro que también había fisgoneado en los libros que había estado leyendo el día anterior y que yo creía haber quitado de la vista. ¿Qué habría pensado? La foto estaba bien escondida, así que no le habría sido fácil ni obvio encontrarla. ¿Podía o debía enfadarme? Al fin y al cabo, yo había hecho lo mismo un par de días atrás: hurgar donde no debía, en los aposentos más íntimos de una persona con la que no debería tener tantas confianzas, y acabar robando algo que no me pertenecía; y todo ello casi sin un motivo bien justificado, solo alimentado por una serie de conjeturas fantásticas que no habrían sido aceptadas jamás ni por la policía ni por ningún juez… ni por nadie en su sano juicio.

Tragué saliva, esperando ver hacia dónde discurrían los acontecimientos. No tenía ni idea de qué pretendía el anticuario mostrando de forma tan abierta y directa la foto delante de mi madre. Quizás solo alardear de su victoria; quizás alguna otra cosa. Volvía a estar en el paredón, del todo al descubierto y desprotegido. Si él quería, podía crearme en un segundo muchos problemas con mi madre al intentar justificar por qué yo había tenido aquella foto en mi poder.

—¿Qué es, Will? Parece una foto, ¿no? —preguntó mi madre, con una curiosidad normal, en respuesta a la acción y comentario del señor Giddens.

Mi corazón latía cada vez con más fuerza. No sabía qué decir. Además, dependiendo de qué quisiera contar nuestro invitado, podría incluso meterme más profundo en el hoyo de mis propias mentiras y decepción.

Tanto tardaba yo en articular palabra que fue el señor Giddens quien lo hizo, volviendo de nuevo a mostrar la otra cara del juego del despiste con la que me había favorecido durante toda la cena hasta ese momento.

—Es una foto antigua, de principios de siglo. En ella sale mi abuelo, que por cierto tiene en la foto un extraordinario parecido conmigo ahora; de tal palo… Recuerdo que la estuvimos comentando en mi casa hace unos días, cuando William la encontró mientras ordenaba mis cosas.

Me parecía increíble que el señor Giddens estuviera dando tantas explicaciones sobre la foto y no mencionara nada de cómo había desaparecido de su mesita de noche y llegado a mi dormitorio, a mi propia mesita de noche, cuando era eso lo que me tenía a mí en aquel momento

en el éxtasis de la intranquilidad. Algo tan personal como aquello, y él volvía a pasarlo por alto; volvía a protegerme… al menos, aparentemente. Aunque estuviera riéndose de mí por su victoria al recuperarla y aunque la muy plausible historia de su abuelo fuera cierta, el anticuario insistía en mantenerme a salvo frente a mi madre, en no crearme problemas que yo solito me había empeñado en buscarme con ahínco y sin ningún cerebro. Y, además, para ello, había llegado a mentir a mi madre por mí, ya que ambos sabíamos cómo había llegado la foto a mi casa y que esa supuesta conversación sobre la fotografía que él acababa de mencionar nunca había existido. ¿Por qué? La única explicación sensata que se me ocurría era, de hecho, aquella que no deseaba reconocer porque me hacía sentir peor conmigo mismo y con las malas jugadas que había intentado hacerle a mi patrón: el afecto puro y sincero que él pudiera sentir por mí. Nada más. Y nada menos.

—Así es —fue lo único que acerté a decir, mientras seguía dándole vueltas a la actitud del anticuario.

—Y, ¿cómo es que te la trajiste a casa? —volvió a preguntar mi madre.

La pregunta era lógica y obvia; pero su respuesta no tanto, al menos para mí. Volví a dejar que respondiera el señor Giddens, para terminar de corroborar lo intencionado de su encubrimiento.

—Pues debí dejármela olvidada dentro de un libro que le presté a su hijo. ***Drácula***, de Bram Stoker. William me comentó mi despiste el otro día, pero todavía no me la había llevado de vuelta a la tienda —explicó de manera harto convincente.

¿Volvía a jugar conmigo? Seguro que había visto el libro en mi cuarto, dentro de mi mochila, con la tarjeta de la biblioteca y la fecha de retirada. En realidad yo no sabía si había algún mensaje oculto en aquella ocurrencia dentro de la excusa que estaba argumentando el anticuario, pero tampoco me importaba mucho si me ayudaba a salir impune del robo que había perpetrado.

—Eso es. A mí también se me ha olvidado estos días devolvérsela —añadí reforzando la coartada del crimen que mi madre desconocía y asegurando así mi salvación.

—Es una gran novela. ¿La conoce usted, Patty? —inquirió el señor Giddens.

—No, no la he leído —respondió mi madre—. Le confieso que no soy muy fan de las historias de miedo.

—Bueno, esta lo es, de eso no hay duda —comenzó a explicar con su habitual rica dialéctica el señor Giddens—. Pero a mí lo que me entusiasma de ella no es su argumento, en realidad. Hace un retrato de los vampiros muy de su época, pero es innegable que ayudó mucho a forjar ciertos axiomas del mito vampírico que, nos gusten más o menos, son los que la sociedad actual ha acabado aceptando de forma popular. A mí lo que me encandila de la obra de Stoker es su ágil narrativa y estilo epistolar. Considero que es un libro muy entretenido. —Entonces se volvió hacia mí de nuevo—: ¿A ti te está gustando, William?

No supe muy bien cómo tomarme aquello, pero el brillo de sus ojos me indicaba que le siguiera el juego y casi pude leer en ellos que lo único que pretendía era echarme un cable para poder recuperar su foto sin tener que delatarme.

—Pues no sabría decirle. Llevo muy poco leído. Pero promete —contesté para salvar los muebles sin mojarme.

El señor Giddens hizo entonces desaparecer la foto de la mesa y la guardó en uno de sus bolsillos. No se mencionó nada más sobre ella en toda la noche.

Intenté disfrutar de la tarta y de participar de forma educada en lo que restaba de velada, aunque mi madre y el señor Giddens acapararon la mayor parte del diálogo, entre viejas historias

y recuerdos que ambos iban relatando, abriéndose y dándose a conocer el uno al otro a través de sus vivencias.

En un momento dado, mi madre le preguntó por su familia y el señor Giddens indicó que, lamentablemente, no contaba con muchos familiares vivos, pero que algunos de ellos estaban muy cerca de allí. No dio demasiados datos, pero no me pareció que esos parientes que mencionó fueran muy directos. No me dio la impresión de que tuviera hijos, quizás algún primo; o puede que sobrinos. En cualquier caso, fue demasiado parco y pasó de puntillas por la pregunta antes de saltar a otro tema por completo distinto.

Mientras los oía conversar, intentaba poner en orden mis ideas. El señor Giddens no parecía ser un vampiro, eso lo tenía cada vez más claro. ¿Un asesino? Quizás… Aunque, en realidad, la probabilidad de que eso fuera cierto era la misma que para cualquier otro vecino de Fortress Flint. Luego estaba su actitud hacia mí, tan protectora, tan cariñosa; sin un motivo mejor para ella que el mero hecho de que yo le cayera bien, a pesar de todas mis impertinencias de aquella noche. Y sobre la foto… pues qué más pensar. Era una pertenencia íntima, y su explicación sobre el parecido con su abuelo era bastante plausible. ¿Por qué no? Al menos, en aquel tramo final de la cena me lo parecía cada vez más. Lo único que había hecho el anticuario era recuperarla, sin ni siquiera dejarme en evidencia; quizás no me gustara demasiado que hubiera registrado mi cuarto y mis cosas, pero ¿cómo podía culparlo por fisgonear sin permiso cuando yo había hecho exactamente lo mismo en su casa primero? Podía molestarme un poco que hubiera aplicado conmigo el «ojo por ojo», pero en lo más profundo de mi ser tenía que reconocer que ese era quizás el más leve castigo que yo me merecía.

No pasaron más de unos minutos tras el postre cuando el señor Giddens se dirigió a ambos y nos agradeció nuestra amabilidad al invitarlo y halagó, en especial a mi madre, la exquisita cena.

Se levantó entonces de la silla, en uno de sus movimientos pausados y elegantes, casi a cámara lenta, a la par que nos dijo:

—Ahora, si me disculpan, creo que es hora de retirarme. He disfrutado tanto de la cena y de su compañía que alargar mi estancia aquí no podría más que estropear lo que hasta ahora ha sido perfecto.

Sabía que tanto yo como mi madre podríamos discrepar de esa perfección que acababa de mencionar, pero su corrección era tal que nos resultó imposible llevarle la contraria.

—¿Seguro que no desea nada más? —preguntó mi madre, levantándose también, como buena anfitriona—. ¿Puedo ofrecerle algún licor? ¿Le gustaría que nos sentáramos un rato en el porche? A esta hora suele hacer una estupenda temperatura y se está muy agradable.

—Se lo agradezco de veras, Patty, pero voy a tener que rechazar su tentadora invitación. Creo que ya les he molestado bastante por hoy; han oído esta noche demasiados chismes y viejas historias de este carcamal. Eso sí, sugiero que, si les parece, repitamos este encuentro antes de que acabe el verano, pero esta vez en mi casa.

—Le tomo la palabra, Horace. Me parece una excelente idea —respondió mi madre ofreciéndole su mano para sellar así su promesa de repetir el evento.

El señor Giddens se la estrechó con suma delicadeza. Mi madre seguro que notó sus dedos huesudos y fríos, pero no dijo nada y su sincera sonrisa no se inmutó en absoluto.

Los tres nos dirigimos a la entrada de la casa y entonces mi madre nos dejó solos unos segundos para ir a buscar la chaqueta y accesorios del señor Giddens. Yo seguía sin saber muy bien cómo dirigirme a él, después de toda la absurda parafernalia que había montado en casa; más aún tras el embarazoso asunto de la foto.

Mi patrón me tocó el hombro con su mano derecha y me hizo señas con su dedo índice, invitándome a que mirara detrás de mí.

Allí había un espejo; algo que, por cierto, no se me había ocurrido usar como posible trampa para desenmascararlo cuando aún pensaba que podía ser un vampiro sanguinario. No sabría decir por qué había olvidado incluir algo tan obvio dentro de mis trampas, pero ahora ya tampoco tenía mucho sentido pensar en ello.

El caso es que dentro del marco del espejo aparecíamos ambos. Yo, con cara de lelo, asumiendo de manera total la derrota de mis fantasiosas ideas, y el señor Giddens detrás de mí, con una expresión amable pero de cierta superioridad, como la que pondría un padre al mostrar una prueba irrefutable a su hijo sobre una verdad que el niño nunca hubiera adivinado sin su ayuda. Lo vi por el espejo acercarse por detrás a mi oreja y decirme en un tono bajo, casi susurrando.

—Querido William, lo que ves es lo que hay.

Toda una declaración de intenciones que ponía de manifiesto la comprensión por su parte de todo lo que durante los días anteriores y, sobre todo, en aquellas últimas dos horas yo había tratado de demostrar con infructuosos resultados. Al menos, así es cómo yo lo interpreté. Quise pensar que, en su enorme misericordia, el señor Giddens solo veía a un muchacho con una desbordante imaginación, pero sin ninguna maldad intrínseca en su interior. Bueno, sin «ninguna maldad» porque no había tenido la oportunidad de ver la estaca y el mazo que había preparado para él bajo la mesa; ni creo que hubiera llegado a sospecharlo. Me alegré entonces sobremanera de no haber sido tan inconsciente como para pretender usarlos de verdad en ningún momento de la velada. Quizás aún quedara algo de coherencia, lógica y sentido común en mí.

El monstruo que había existido en mi cabeza en los últimos días, alimentándose de mi soberbia y mi miedo y haciéndose más y más grande, se había convertido ahora en una estatua de arena que se desmoronaba como sacudida por las olas de la orilla de una solitaria playa donde, por suerte, solo había dos espectadores que contemplaban los restos de escombros y vergüenza –la mía– que quedaban de esa maldita idea; unos restos que yo tardaría aún unos días en terminar de eliminar del todo de mi orgullosa alma.

Mi madre volvió y le entregó su chaqueta, su sombrero, sus guantes y su bastón.

—Ha sido un auténtico placer conocerle, Horace. Espero de verdad que volvamos a vernos pronto —señaló ella.

—Cuente con ello, Patty. Pero le aseguro que el placer ha sido todo mío —replicó él volviendo a estrecharle con extrema suavidad la mano a mi madre.

—Hasta mañana, señor Giddens —me despedí yo tratando de parecer lo más natural posible, a pesar de la vergüenza que me corroía por dentro—. Estaré en su casa a la hora de siempre.

—No, William —respondió, para mi sorpresa—. Mañana puedes tomarte el día libre. Tengo algunos asuntos que cerrar y no creo que abra la tienda. Nos vemos el martes, si te parece bien.

—Por supuesto, nos vemos el martes. Y muchas gracias por todo —contesté.

Puede que bajara la guardia en el último momento, henchido por la confianza de saberse ganador por K.O. en el combate que habíamos mantenido aquella tarde, o puede que lo hiciera a propósito, en un macabro afán por seguir «jugando» con mi mente, pero en la última sonrisa que el señor Giddens me dedicó antes de darse la vuelta y atravesar la puerta hacia la calle hubo una apertura mayor en su boca de lo que solía ser normal en él y, por un segundo, que en mi ojo sucedió a cámara lenta, pude distinguir de nuevo, de forma clara y nítida, la enorme longitud de sus blancos dientes. Y un escalofrío me recorrió la espalda.

Cerré la puerta de golpe, sin esperar siquiera a que el señor Giddens abandonara nuestro porche. No sabía qué pensar de aquello. ¿Volvía mi imaginación a nublar mi raciocinio? Tenía que centrarme. Estaba casi seguro de que esos dientes, que me parecían tan sobrenaturales, no tendrían nada de extraños si tuviera la ocasión de examinarlos de cerca, con tranquilidad… pero entonces, ¿por qué el pellizco de mi estómago tiraba de mí hacia otro lado?

La petición de mi madre para que la ayudara a recoger las sobras de la cena y dejar la cocina algo más decente de lo que estaba me sacó de mi trance. Sin embargo, se me ocurrió algo que podría inclinar la balanza de mi mente, reforzando uno u otro argumento para darme, con suerte, un poco de norte. Era algo impulsivo lanzarme a esa nueva idea, pero aquella noche ya había tomado muchas decisiones impulsivas y una más no iba a suponer ninguna diferencia sustancial en la culpa y vergüenza que todo aquello me estaba haciendo sentir entonces e iba a continuar haciéndolo durante los próximos días.

Me disculpé con mi madre y le pedí que me diera un instante para llamar a Penny antes de ponerme a ayudarla. La mirada de mi madre fue más de resignación que de permiso, pero mi decisión de llamar a Penny sin perder ni un minuto estaba ya tomada antes de poder considerar relevante cualquier respuesta que mi madre diera a mi petición.

Me dirigí al teléfono del pequeño despacho que había en la planta baja, el cual casi siempre estaba cerrado ya que ninguno de nosotros dos solíamos darle mucho uso. Era un lugar tranquilo para hablar.

Marqué el número de la casa de Penny. Aún no era tan tarde como para que mi llamada se considerara inapropiada. El teléfono sonó tres veces antes de que la madre de Penny cogiera el auricular y contestara con voz dulce.

—¿Sí? Dígame.

—Buenas noches, señora Wise. Soy Will. ¿Está Penny en casa? ¿Podría hablar un momento con ella? —pregunté rápido y bastante seguro de que Penny estaría allí.

—Hola, Will, cariño. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, señora Wise. ¿Y usted? —respondí educado, recriminándome no haber perdido un momento antes para adelantarme y preguntarle primero a ella, por cortesía.

—Estupendamente, cariño —hizo una pausa antes de continuar—. Ahora mismo aviso a Penny.

A los pocos segundos, la voz de Penny sonó al otro lado de la línea.

—Hola, Will. ¿Qué hay?

Quise notar cierta alegría en su tono, pero quizás fue solo mi imaginación. Su voz me hizo recordar su rostro y dibujar en mi mente su postura con detalle, evocando de repente los fuertes y crecientes sentimientos que había estado experimentando hacia ella las últimas semanas. Pero aquella noche no la llamaba por eso.

—Hola, Penny. ¿Puedo hacerte una pregunta que me ronda la cabeza desde hace varios días?

Nada más decir aquello me di cuenta de que mis palabras podían haber sonado a algo que yo no pretendía. Y el silencio de Penny me corroboró que ella había malinterpretado mi intención. Así que seguí, directo al grano, sin esperar a su permiso.

—Verás, es sobre los asesinatos.

—Ah, claro…. Vale. Dispara —replicó ella entonces. No pude oír el suspiro de alivio que estoy seguro que dio al ver que mi pregunta no tenía nada que ver con los dos acercamientos románticos que había intentado un par de veces hacia ella en los últimos días. No digo que quisiera evitar el tema; eso entonces no lo sabía con certeza, al igual que no podía saber su

posible reacción a mis confesiones amorosas. Pero podía entender que no se sintiera nada cómoda hablando de aquello por teléfono, y menos aún con sus padres al lado. Así que estoy convencido de que se alegró al oírme mencionar los asesinatos.

—Es sobre las marcas de los cadáveres.

—Ajá. ¿Qué quieres saber?

—Esas marcas estaban en cuello de las víctimas, ¿verdad?

—Así es.

—Y ¿sabes si la policía ha corroborado que los cadáveres se desangraron por ahí?

Su respuesta lo cambió todo y me dio el norte que necesitaba.

—Nooo. Para nada. Las marcas… —y entonces bajó mucho la voz— no son orificios; son más bien una especie de moratones debidos a la presión de algo duro que provocó unos pequeños hematomas en la piel. La policía todavía sigue confundida respecto a ellos, pero no parecen que sean algo clave para ayudar a resolver el misterio, sino más bien algo anecdótico o circunstancial. De hecho, en mi opinión son solo un detalle adicional muy peculiar que confirma la relación entre las dos muertes, pero nada más.

Sabía que, con toda seguridad, esa información era confidencial y la habría obtenido de Bobby por confianza, y que ella no podía –o no debía– difundirla así como así. Pero ella confiaba en mí, y estaba segura de que si me contaba aquello iba a quedar entre nosotros.

—Entonces, ¿cómo murieron?

—Desangrados —siguió en tono muy bajo, supongo que para evitar que sus padres la oyeran hablar de esos escabrosos temas—. Por un corte profundo y limpio en la arteria femoral. Un buen tajo en la pierna derecha, hecho con un cuchillo o un machete. Los dos asesinados igual. Pensaba que lo sabrías. Esto sí que ha salido en prensa.

La verdad es que no se me había ocurrido leer el periódico ni nada relacionado con los asesinatos, pero aquella clara respuesta de Penny iluminó por completo el lógico camino realista que mis pensamientos debían seguir a partir de ahí.

—Muchísimas gracias, Penny. Eso es todo lo que necesitaba saber —dije con una amplia sonrisa que ella no pudo ver.

—Vale. Pero, ¿por qué me has preguntado si se desangraron por el cuello? ¿Y lo de las marcas? —inquirió haciendo una pausa antes de rematar con lo obvio, en tono algo jocoso—. ¿Acaso pensabas que los había asesinado un vampiro?

—No, claro que no. Era simple curiosidad —respondí fingiendo reír, y traté de cortar la conversación rápido—. Ya hablamos durante la semana, ¿vale?

—De acuerdo —replicó ella, aunque pienso que no del todo convencida de mi respuesta. Y añadió—: Eres un poco raro, Will Johns.

—Bueno, como todos —me defendí—. Casi normal.

—Pero yo también soy un poco rara —sentenció soltando una sonora carcajada—. Casi normal, como tú.

Reí con ella.

—No hace falta que te diga que no debes mencionarle a nadie lo de las marcas, ¿eh? —se aseguró Penny antes de despedirse.

—Sabes que puedes contar con ello.

—Por supuesto. Nos vemos, Will.

—Adiós, Penny. Y gracias de nuevo.

Colgué con una sensación de alivio como pocas veces he sentido en mi vida. ¡Qué tonto había

sido! Si solo me hubiera molestado en leer la prensa, en buscar un poco de información sobre los asesinatos, no habría fantaseado tanto con los supuestos agujeros en la garganta de las víctimas que un vampiro imaginario había taladrado con sus colmillos para alimentarse. Y buena parte de mis prejuicios contra el señor Giddens se habrían esfumado antes de convertirse en la causa raíz de mi actual vergüenza.

En el fondo prefería mil veces sentir aquella vergüenza por mi inocente estupidez que haber acertado con mis locas hipótesis.

Mientras ayudaba a mi madre a recoger todo y dejar la casa como si la cena no hubiera ocurrido, ella no dejó de hablar de lo bien que le había caído el señor Giddens. No era para menos, el adorable anticuario no había dejado de desplegar sus encantos durante toda la noche. Solo alguien carente de alma y sentimientos hubiera podido evitar que ese amable viejo le cayera bien.

Al igual que me había ocurrido los últimos días, cuando me metí en la cama esa noche tampoco conseguí dormirme rápido. Pero esa noche, a diferencia de las anteriores, lo que rondaba por mi cabeza no era la idea de estar trabajando para un monstruo, sino la culpa y vergüenza por haber pensado tan mal de un hombre que, hasta el momento –y esto sí que era algo harto objetivo–, solo había demostrado amabilidad, cortesía e incluso afecto hacia mí. ¡Malditos prejuicios! No hay mayor ciego que el que no quiere ver. Y yo, a pesar de tener un ojo sano y en perfecto estado de funcionamiento, había querido ser ciego durante los últimos días. ¿Un vampiro? Venga ya. ¿Solo porque sus dientes me parecían un poco más largos de lo normal? ¿Y qué era normal? Mi mente había conseguido transformar de forma fantasiosa una serie de pequeños eventos y comportamientos, que yo había percibido como extraños, en pruebas irrefutables y coincidentes de un argumento irreal que incluso reconocía en mi interior que no había sido capaz de compartir ni siquiera con mis amigos –y menos mal que no lo había hecho– por miedo a sentirme como un tonto. Me había convertido en juez sin ningún derecho, y había condenado a un inocente sin evidencias reales.

Tenía muchas ganas de que el lunes pasara rápido para volver el martes a aparecer por la tienda y empezar a trabajar bien, con ganas y entusiasmo, y recuperar así lo antes posible la confianza y naturalidad que habían conducido mi relación con el señor Giddens durante las primeras semanas de nuestra interacción. Concentrado en ese esperanzador pensamiento, cerré por fin el ojo y descansé.

# Días de cine

El lunes lo dediqué a descansar. Como el señor Giddens me había liberado de forma inesperada de mi labor en la tienda, estuve holgazaneando un poco. Por la mañana me pasé por la tienda de la madre de Abe y estuve charlando con él un rato. Hablamos del tesoro y de la fortaleza; íbamos a dedicar esa semana a planear bien nuestra furtiva incursión, con vistas a ejecutarla –casi con toda probabilidad– el siguiente sábado por la noche. A pesar de que mientras hablábamos –en voz baja– yo le ayudaba a colocar algunas mercancías en las estanterías de la tienda, su madre nos miraba mal desde el mostrador, pensando que yo solo era una distracción para su hijo. Como noté que no era muy bienvenido, no estuve demasiado tiempo allí.

Pensé en visitar a Penny, pero enseguida descarté la idea, ya que sentía que no era el mejor momento para forzar un encuentro en solitario, que pudiera malinterpretarse… o que, interpretándose correctamente, no fuera lo más adecuado para una mañana de lunes de julio, en su propia casa.

Paseé hasta Sally's Oak, como por inercia, y comprobé que, tal y como me había dicho el señor Giddens, la tienda tenía el cartel de cerrado. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas echadas, así que supuse que mi patrón no debía estar allí. Tampoco me acerqué mucho a la vivienda, por si acaso. Todavía sentía un nivel de vergüenza demasiado alto por mi comportamiento del día anterior, y esperaba que se me pasara un poco más antes de volver a interactuar con el anticuario y recuperar la ansiada normalidad en nuestra relación.

Terminé en la playa, mojándome los pies en el agua fresca que bailaba sobre la arena, y disfruté de un agradable paseo hacia el norte, donde pude divisar la majestuosa fortaleza que se erigía en el negro peñón y que daba nombre a mi ciudad. El viento era cálido, pero evitaba que los incisivos rayos del sol me hicieran sudar demasiado. Tras un buen rato de autorreflexión, volví a casa.

Por la tarde pensé en ir a buscar a Terence y empezar a planear bien lo del sábado por la noche, pero mis pensamientos sobre cómo afrontar la jornada siguiente con el señor Giddens seguían copando demasiado mi mente. Se me ocurrió que una buena forma de disculparme con él sería haciéndole un regalo. Tenía que ser algo que pudiera permitirme, nada ostentoso; y además debía ser discreto, pero personal, un detalle que de verdad le mostrara mis sinceras disculpas. Tras darle algunas vueltas, me decidí por algo de música. Sabía que tenía muchos LPs, de muchos estilos, pero justo por eso pensé que sería el tipo de regalo que sin duda usaría y valoraría. Así que me fui al centro, a una tienda de discos que conocía llamada The Cavern.

El dueño de The Cavern era un tipo llamado Joe. No sabría decir cuántos años tenía entonces, pero su aspecto de *hippie*, pelo largo y ropa algo desaliñada y juvenil seguro que le restaban en apariencia algunos años a su verdadera edad.

Mentiría si dijera que era una tienda que yo frecuentaba, pero sí que había estado en ella varias veces. Había acompañado a Abe y a Penny en ciertas ocasiones a buscar algún disco en concreto, e incluso estoy seguro de haber comprado un par de regalos allí. El caso es que sabía que era muy probable que allí encontrara algo apropiado para mi propósito. La tienda cubría casi todos los estilos musicales, aunque la parte de clásica era la más pequeña y la de *rock* la predominante.

Joe sabía bastante de música. Era un tipo simpático, optimista y con una amplia sonrisa que solía dejar al descubierto la falta de un par de piezas en su dentadura superior, la cual mostraba sin ningún complejo.

Cuando crucé la puerta de The Cavern, el ***Are You Experienced*** de Jimi Hendrix inundaba el local a un volumen bastante alto. Joe me saludó desde el mostrador. No nos conocíamos mucho, pero un muchacho de mi edad con un parche en el ojo no es algo que pase desapercibido y, como ya he comentado antes, yo era bastante conocido en la ciudad; digamos que mi cara, debido al muy visible apósito negro que la adornaba, no era fácil de olvidar. Un par de personas más ojeaban LPs en las copiosas mesas y estanterías de la tienda.

Di una vuelta por el local, deteniéndome en varios lugares, repasando las discografías de diferentes grupos, cantantes, artistas y compositores. Algunos de los discos que revisé los reconocí como artículos que el señor Giddens ya poseía. No conocía todos los discos que podía tener el anticuario –que, sin duda, eran muchos– y eso me generaba cierta incertidumbre, porque no quería regalarle nada que ya tuviera; y además quería que mi regalo fuera especial, que significara algo para él.

Y entonces lo vi, en uno de los expositores, como novedad, el regalo perfecto. Era un poco más caro que el resto ya que parecía que acababa de llegar a la tienda y no había más copias; al menos, no expuestas. Pedí a Joe que me lo envolviera y lo pagué con satisfacción. Estaba seguro que de que con aquello conseguiría el golpe de efecto que buscaba y que el señor Giddens lo apreciaría mucho.

Volví a mi casa muy satisfecho y con la esperanza de que aquel regalo me ayudaría a introducir mis disculpas al día siguiente. Al menos, hacía que mi confianza creciera y mi desasosiego comenzara a desaparecer.

Mi madre aún no estaba en casa y tenía un buen tramo de tarde libre por delante aún, así que decidí leer un poco. Ya que lo tenía prestado de la biblioteca y debía devolverlo en unos días –y teniendo en cuenta que el señor Giddens había alabado su estilo el día anterior–, cogí el volumen de Stoker y comencé a leerlo. He de reconocer que me gustó mucho, desde la primera página. Tanto que devoré un tercio del mismo hasta que el sol se escondió y mi madre apareció por la puerta tras una nueva, larga y dura jornada de trabajo. Terminamos el día enganchados a ***Embrujada*** y ***El fugitivo*** en la ABC.

Esa noche descansé bien y maté muchos de mis demonios internos y reproches, por lo que el martes me desperté con el ánimo elevado y la convicción de que podría afrontar un nuevo encuentro con el señor Giddens mucho más entero, confiando en que mis remordimientos y mi vergüenza eran ya cosa del pasado; o casi.

El martes llegué a la hora habitual a casa del señor Giddens, con el regalo bajo el brazo y el corazón esperanzado.

Toqué el timbre y mi patrón no tardó demasiado en abrirme la puerta.

—Buenos días, William. Puntual como siempre.

—Buenos días, señor Giddens. ¿Qué tal le fue todo ayer? —pregunté con verdadero interés.

La casa estaba sumida en la penumbra habitual, pero aun así pude reconocer cierto cansancio y una palidez mayor de la habitual en el rostro del anticuario, si es que eso era posible.

—Bien, bien —replicó él, volviéndose hacia dentro y dejando la puerta abierta para que pasara —. ¿Y tú?, ¿dedicaste el día a algo provechoso?

—Pues la verdad es que sí —respondí entrando y cerrando la puerta tras de mí—. Tuve tiempo de descansar, de reflexionar e incluso de ir a comprar esto para usted.

El anticuario se detuvo al oír mis palabras y se giró de forma ágil, enseñándome su cara de sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Pues verá… —comencé un discurso ensayado pero sincero—, soy muy consciente de que el otro día no me comporté con usted todo lo bien que debería. Fui desagradable, descortés e impertinente. Todo lo contrario a usted y a lo que merece.

Hice una pausa mientras el señor Giddens me miraba con actitud amable y comprensiva.

—Por no hablar de lo de la foto… —continué bajando la mirada al suelo.

—Eso es agua pasada, William. Todos cometemos errores. Y sé perfectamente que ese asunto solo fue una pequeña e inocente travesura sin importancia, la cual, además, yo ya he olvidado por completo.

Sus palabras, pronunciadas con su calma habitual, sonaron sinceras. Yo proseguí con mi disculpa.

—En realidad le estoy muy agradecido por la forma en que se ha comportado conmigo. En estas semanas siempre ha sido muy bueno y amable. Me ha dado, de hecho, más de lo que hubiera sido razonable. Aparte de ofrecerme trabajo me ha enseñado muchas cosas; me encanta escuchar y aprender todo lo que sabe usted de música, de cine y de la vida; y que tiene a bien compartir conmigo, por puro altruismo. Lo disfruto, de veras, y me encantaría conocer y aprender muchas más cosas de usted. Además, me ha demostrado con su propio ejemplo valores que a mí mismo me gustaría llevar por bandera en mi vida; como el domingo pasado, en mi casa, donde me dio una auténtica lección de comportamiento y elegancia, además de otorgarme la oportunidad de enmendar mis errores sin tener pagar nada por ellos, más allá de mi propia vergüenza.

—William, tus palabras son más que suficiente para demostrarme que no me equivoqué contigo y que eres un muchacho con muchas buenas cualidades. Pero, sobre todo, tu humildad es lo que te convierte, ya hoy, en una gran persona.

Casi pude notar cómo alguna lágrima de emoción se intentaba escapar por mi ojo derecho. Mi confianza se reforzó por completo con aquellas últimas palabras del señor Giddens y derrotó del todo a mi vergüenza y remordimientos.

Extendí entonces el regalo hacia el anticuario.

—Este es un pequeño detalle con el que quería complementar mis disculpas.

—Por Dios, William, no tenías que haberte molestado. De verdad.

El señor Giddens cogió el regalo. Era muy obvio adivinar que se trataba, por su forma y peso, de un LP. Noté cierto temblor en sus manos cuando lo cogió con delicadeza. Pensé que estaba nervioso y emocionado por mi gesto; y eso que aún no lo había abierto.

Retiró el envoltorio con cuidado, con una evidente expectación en su rostro.

Sus verdes ojos su abrieron de par en par cuando terminó de retirar el papel y pudo ver la portada del disco. En ella, a la izquierda, un estilizado Sean Connery con esmoquin sujetaba una elegante pistola de forma cruzada en su mano derecha y un casco en la izquierda. Cubriendo toda la parte media inferior de la portada, una sugerente pintura de nuevo de Connery, ahora tomando un baño rodeado por nada menos que ocho hermosas señoritas en biquini. Y arriba, en letras rojas, el título del álbum: ***You Only Live Twice (Solo se vive dos veces)***.

La banda sonora de la primera película que habíamos disfrutado juntos –y en el cine, además– era un recuerdo que yo creía perfecto, personal y que afianzaba las palabras que momentos antes

había compartido con el señor Giddens sobre la positiva influencia que su pasión por el cine y la música estaba causando sobre mí.

El Señor Giddens casi dejó caer el disco de sus temblorosas manos.

—William… esto es… perfecto —balbuceó, con las palabras luchando por salir de su agarrotada garganta, mientras no dejaba de mirar la portada del disco. Era la primera vez que lo veía tan nervioso, carente de la elocuencia que solía exhibir. Vulnerable del todo. Positivamente desconcertado, fuera de esa coraza de contención emocional que solía llevar y que solo se quitaba –en parte– para mostrar su devoción por todo aquello que le apasionaba, aunque siempre de un modo calculado para no llegar a sobrepasar nunca el límite de la informalidad.

Estiró entonces su mano derecha, mientras seguía sosteniendo el álbum de John Barry con la izquierda, y me agarró el brazo, imprimiéndome un fuerte apretón, con el que pretendía transmitirme su sincera gratitud.

—Muchísimas gracias —terminó diciendo mientras, ahora sí, volvía a fijar sus pupilas en la mía.

—No hay de qué, señor Giddens. Ha sido un auténtico placer.

—Creo que lo adecuado es escucharlo de inmediato —dijo girándose hacia su tocadiscos.

—Por supuesto. Estoy deseando hacerlo.

Y, a partir de ese mágico momento, sentí que nuestra relación no solo volvía a ser la de hacía un par de semanas, sino que salía reforzada, como si de alguna manera estuviéramos aún más cerca, a nivel personal.

Esa mañana disfrutamos hasta tres veces de la banda sonora de Barry, adornada por la voz de Nancy Sinatra en el tema principal que acompañaba a los famosos créditos iniciales de la película. Y no hubo una cuarta no porque el señor Giddens no quisiera repetir, sino porque le insté a que pusiera otro disco, cambiando o no de registro, para variar un poco.

El anticuario recuperó su verborrea habitual y no dejó de hablar en todo el día, comentando cada canción, cada álbum que escuchábamos, y cada noticia o anécdota que se le ocurría. Estaba exultante, lleno de vigor y alegría. Yo me sentía contento y, a diferencia del domingo anterior, victorioso, porque había logrado doblegar al señor Giddens, pero esta vez a través de la ternura y el corazón.

Al final del día, cuando aún quedaba una hora para cerrar, me invitó a bajar de nuevo a su sótano para ver una película juntos. Aparte de que la última vez había rechazado su amable invitación y aún me sentía mal por ello (mucho más después habérmelo encontrado en el cine, justo en el mismo sitio donde le había dicho que no iba a poder estar, mintiéndole con total descaro), en realidad me apetecía mucho volver a disfrutar de una película con él. Así que no dudé un segundo en aceptar, sin ni siquiera preguntar qué es lo que tenía planeado que viéramos.

Cerró entonces la tienda y bajamos al sótano. Me dijo que me acomodara en la butaca que tenía reservada para mí, mientras él se ocupaba de preparar todo para la proyección.

—¿Qué veremos hoy? —pregunté curioso mientras él se afanaba con rapidez en su tarea.

—Hoy veremos una obra maestra de 1941. ***La loba***, de William Wyler.

A mí no me sonaba de nada. Mi conocimiento del cine en general y de una época anterior a los sesenta en particular era muy básico y se limitaba al nombre de películas muy populares y de grandes estrellas, actores y actrices, de muchísimo renombre.

No fue hasta que apagó las luces, el motor del proyector empezó a ronronear y la primera imagen de la película apareció ante mi ojo que pude ver el nombre en letras enormes de su protagonista, Bette Davis; y por fin pude enorgullecerme de forma harto inocente de hacer

alguna conexión con lo que íbamos a ver. Por supuesto que me sonaba el nombre de Bette Davis y casi podía incluso ponerle cara, de memoria.

Del resto de actores, cuyos nombres aparecieron a continuación en los créditos iniciales, no reconocí a ninguno en los archivos de mi adolescente memoria.

Cuando la película empezó y un pequeño texto introdujo la situación de partida de la historia me desilusioné un poco porque me pareció que lo había elegido el señor Giddens para esa tarde era un drama. Y me aburrían los dramas. Pero intenté que mi ánimo no se viniera abajo y me dispuse a estar atento a los acontecimientos y a intentar disfrutar de la película.

Y vaya si lo hice. Es extraño que para un muchacho de la edad que yo tenía entonces una cinta de esas características resultara *a priori* atractiva, pero ocurrieron un par de cosas que hicieron que aquello sucediera esa tarde.

La primera fue que, a los dos minutos de película, mientras la cámara sigue el viaje en carro de una señorita y su acompañante –una empleada de la familia–, estas se detienen a saludar a un hombre de color que limpia con esmero una reluciente placa en un edificio. Tan limpia está la placa que el encuadre no muestra a las dos mujeres en el carro de manera directa, sino reflejadas en la placa mientras intercambian unas palabras sobre el padre de la señorita. En la placa se puede leer de forma clara «Compañía de plantadores», y justo debajo de esto, en letras también muy visibles, un nombre que me dejó pegado a la butaca: Horace Giddens.

No pude dejar de girar la cabeza y buscar a mi patrón y él, que seguro estaba esperando mi reacción, me miró y sonrió, asintiendo con la cabeza, como diciéndome: «Sí, hijo, has leído bien».

A continuación me hizo un gesto con la mano hacia la pantalla para indicarme que volviera a prestar atención a la misma.

Tardé poco en averiguar que el padre de la señorita se llamaba Horace Giddens y cuando este hizo su primera aparición en pantalla, aunque en un segundo plano y a cierta distancia, pude ver a un hombre muy arreglado, con sombrero, distinguida elegancia, no muy mayor pero con alguna dolencia que le hacía caminar despacio, ayudado de un bastón… En fin, estaba claro por qué el señor Giddens había elegido esa cinta para mí esa tarde.

Volví a mirarlo entonces y esta vez sí que me habló.

—¿Lo ves, William? Las coincidencias existen. Pero son solo casualidades, nada más.

Asentí y terminé bajando un poco la cabeza, a modo de reflexión. Entendía a la perfección que el anticuario no pretendía humillarme ni acentuar mi vergüenza –ya pasada–, sino hacerme ver las cosas desde un prisma más realista; nada más.

Me metí de llenó en la historia. Las conspiraciones y confabulaciones de una familia de hermanos sureños, dos hombres y una mujer, y su ambición por hacerse más ricos a costa de lo que haga falta; todos ellos despiadados y sin escrúpulos, no dudando incluso en robar o matar por omisión, y donde ella, Regina Giddens, interpretada por Bette Davis, se mostraba la más fría de los tres. Su marido, Horace Giddens, y su hija Alexandra aparecen como el contrapunto de valores más nobles y altruistas.

Al acabar la proyección no podía imaginar que una historia como la que acababa de ver me hubiera resultado tan interesante. Entonces vino la segunda cosa que hizo que todo lo que había presenciado en pantalla fuera aún más mágico que el propio cine. El señor Giddens encendió la luz y comenzó a hablar, contándome mil y un detalles de la película, de las escenas, de los actores. Con él todo cobraba más sentido. Sus historias y comentarios enaltecían la calidad de la cinta.

Diseccionó las interpretaciones de todo el elenco. Empezando por Davis, que al parecer tuvo una guerra abierta con el director, William Wyler, por el tono interpretativo que debía tener su personaje. La actriz quería un personaje totalmente siniestro e insensible, mientras que el director buscaba algo más complejo, con más matices, y que incluso debía en algunos momentos aligerar su interpretación para ganarse el afecto del público. Al parecer sus desavenencias fueron notorias, y eso que era la tercera vez que trabajaban juntos, tras ***Jezabel*** y ***La carta***. Al final, parece que Wyler cedió y Davis se llevó el gato al agua. Pero, desde esa película, director y actriz no habían vuelto a trabajar juntos.

Me contó que el intérprete que hacía de Horace Giddens era Herbert Marshall, actor que había sido herido en la Primera Guerra Mundial y había perdido una pierna (usaba una ortopédica). A mí me había encantado el personaje y, con los matices que comentó el señor Giddens esa tarde, aprecié aún más si cabe la inconmensurable interpretación de Marshall, en un personaje lleno de matices, bondad, resignación y fortaleza moral.

Me habló del resto de actores, cinco de los cuales venían de interpretar sus mismos papeles en la obra teatral que se había estado representando en Broadway con mucho éxito en 1939. Al parecer, la obra –escrita por Lillian Hellman– fue guionizada en su mayor parte por la propia autora y el guion conserva mucho del espíritu de la original, aunque con ciertas diferencias buscadas con acierto para potenciar la experiencia cinematográfica.

También me habló de aspecto técnicos, como la fotografía de Gregg Toland, que ya era colaborador habitual de Wyler en esa época. De cómo usaron diferentes técnicas de enfocado e iluminación para transmitir una sensación de mayor inmersión por parte del espectador en la cinta. O de cómo utilizaban la gran escalera de la casa de los Giddens para componer escenas en las que, según se situaban los personajes en ella y cómo estaban encuadrados, lograban transmitir más sensaciones y mensajes visuales que los meramente verbales que arrojaban las gargantas de los intérpretes.

Comentamos también muchas escenas. Algunas con una resolución técnica brillante, como la del diálogo entre uno de los retorcidos hermanos, Oscar, y su hijo Leo en el baño de su casa. Y, por supuesto, hablamos de una de las grandes secuencias del film, la de Horace arrastrándose agónico, desenfocado y de fondo, por las omnipresentes escaleras, en busca de la medicina que puede salvarle la vida, mientras en primer plano su mujer se mantiene impasible y cruel, sentada en una butaca, deseando que su esposo nunca llegue al frasco que lo aleje de la muerte. Una escena que ha permanecido en mi memoria como la más excelsa perfección en cuanto a planificación y ejecución técnico–artística de lo que debe ser una intensa secuencia dramática. Inolvidable.

Me contó que la película estuvo nominada a nueve premios Óscar (película, dirección y actriz principal entre otros), pero que no ganó ninguno; y algún detalle y chisme más que ahora no recuerdo y que quizás no fueran muy relevantes, pero que me mantuvieron igual de enganchado a la butaca que la propia cinta.

Sin duda, lo más importante que consiguió el señor Giddens con su disertación y conversación –la cual duró a la postre casi una hora– es que la película cobrara más relevancia para mí, que yo la entendiera mejor y la apreciara tanto como él lo hacía. Me estaba transmitiendo, casi por su propia necesidad, su pasión por el cine. Y no solo transmitiendo en el sentido de «mostrar» o «compartir», sino también –y sobre todo– en el sentido de «contagiar».

Hubiera sido muy improbable, por no decir imposible, que a mí se me hubiera ocurrido ver esa película en la televisión, en caso de que la hubieran repuesto; pero de haberlo hecho, seguro que

no habría sabido apreciar en todo su esplendor las enormes virtudes y logros de la cinta. Ahora, con mi maestro, era una gozada aprender a sentir más allá de lo que veía mi ojo y escuchaban mis oídos. Con el señor Giddens, aquellas experiencias trascendían.

Volví a casa esa noche con una sensación muy agradable, de haber recuperado y reforzado mi vínculo con el señor Giddens y de haber dejado atrás las paranoias que tanto me habían atribulado los últimos días.

Cuando subí a mi cuarto, reparé en el libro que había empezado a leer el día anterior. Rocé la solapa con los dedos y sonreí. Tardé menos de cinco minutos en conciliar el sueño.

El resto de la semana transcurrió con total normalidad en la tienda. Nuestra conversación era fluida y el señor Giddens continuó haciendo de mentor artístico. Con él, todo iba siempre un poco más allá. Siempre tenía un comentario interesante que hacer, una reflexión aguda o simplemente un chisme curioso que contar sobre cada canción que escuchábamos, cada idea que se nos ocurría o cada película que salía a relucir en nuestra conversación. Yo no era aún muy cinéfilo, pero sí conocía algunas películas, sobre todo de los sesenta, que era la década en la que había empezado a tener conciencia de verlas (y disfrutarlas).

La pasión del señor Giddens por cada cosa que contaba era contagiosa y le otorgaba un plus de calidad y disfrute a lo que mis poco entrenados sentidos podían sacar o haber sacado de una determinada pieza musical o una película. Y eso me hacía disfrutar el doble de su escucha, de su visionado o de su recuerdo.

A partir de ese martes en que me descubrió a la perversa Regina Giddens y a su atormentado esposo, con el que compartía nombre y apellido, mi viejo patrón cada día me invitaba a ver una película con él al acabar la jornada. Ese momento del día se convirtió en algo muy especial, de disfrute; creo que tanto para mí, que aprendía y veía cosas que no había visto antes (o no con los mismos ojos), como para él, que saciaba de algún modo su deseo de compartir esa pasión con alguien más; y con alguien que lo entendiera y lo apreciara. Y ese alguien era yo.

Así, cada día cerraba entre una hora y dos antes del horario oficial de la tienda y nos íbamos al sótano a ver alguna película que él comentaba con detalle, tanto antes como después de la sesión. Yo, poco a poco, también me fui animando y, conforme aprendía de él, comencé a apreciar detalles por mí mismo e incluso me atrevía a comentarlos, algo que a mi maestro lo llenaba de una satisfacción que le era imposible de ocultar.

El miércoles vimos ***Río Rojo***, un magnífico *western* de Howard Hawks, de 1948, donde un antipático y cabezota John Wayne se autoimpone, por necesidad, la misión de conducir nueve mil cabezas de ganado –solo con un puñado de hombres– desde Texas a Kansas, en una dura travesía de más de tres meses, para llegar al ferrocarril y poder vender las reses, siendo esa la primera vez que se intentaba tal hazaña. Basada de forma remota en hechos reales, el film supone una de las mejores aproximaciones a la dureza de la época en la que se ambienta, justo antes y después de la guerra civil, y en un territorio todavía bastante inhóspito, cruel y despiadado, solo apto para cuerpos y mentes muy fuertes. A la compleja interpretación de Wayne le acompaña la del malogrado Montgomery Cliff –en su debut en el cine–, con un papel memorable, que llega a hacer sombra al del curtido «duque». Y Walter Brennan, el contrapunto cómico y ácido, tan imprescindible en estas historias, haciendo lo que mejor sabía hacer: comerse, desde su trono de secundario, cada plano y escena que compartiría con cualquiera que se atreviese a encuadrarse a su lado. Y Joanne Dru y John Ireland, ambos con tanto carisma y seguridad que, a pesar de sus breves apariciones, convierten a sus personajes en esenciales. Todo ello subrayado por la excelente banda sonora del maestro Dimitri Tiomkin. En definitiva, un estupendo *western* con

muchas lecturas, con muchos conflictos, con historias cíclicas, con errores repetidos… una gozada, que por supuesto disfruté mucho más gracias a los comentarios y «lecciones» del señor Giddens.

Como guinda al pastel de ese día, al finalizar la proyección y antes de irme a casa, el anticuario me enseñó un artículo que tenía en su tienda, que yo mismo seguro que había desembalado y limpiado el polvo sin saber qué era lo que tenía entre manos. El objeto en cuestión era una pulsera metálica, bastante simple, y probablemente sin ningún valor para quien no conociera su historia. Se trataba ni más ni menos que de la pulsera que en la película pasa, de mano en mano, del personaje de Wayne (que la había heredado de su madre) a su amada, a la cual renuncia al principio del film en beneficio de su ambición (hecho que lo atormentará en resto de su vida); de su amada a un indio, que se hace con ella tras atacar la caravana donde queda el amor de Wayne; del indio de nuevo a Wayne cuando este lo mata; de Wayne a Cliff, al que cuida y quiere como un hijo, aunque no lo sea; y de Cliff a una mujer que conoce durante el viaje y de la que se enamora (el personaje de Joanne Dru), cometiendo además –ya en la última parte de la película– el mismo error de abandonarla que su «padre adoptivo» cometió en el pasado con su propia amada. En definitiva, esa pulsera era casi el hilo conductor de la cinta. Un objeto de culto, sin duda, con mucho significado y mucho valor, cosa que yo podía decir ahora que ya conocía su historia. El señor Giddens la había conseguido en una de las subastas a la que sus conocidos en Hollywood lo habían invitado años atrás. Mi entusiasmo por la pulsera, conforme la tuve en mis manos y mi patrón me confirmó su procedencia, no pasó desapercibido.

—Póntela— me dijo él, sorprendiéndome.

Lo miré, buscando una segunda confirmación en sus ojos de que su ofrecimiento iba en serio. Y la obtuve.

—Si te gusta, puedes quedártela —continuó él, desarmándome por completo.

—No puedo, señor Giddens. Es decir, me encanta… pero no puedo aceptarla.

—Claro que puedes, William. De hecho, si no lo haces, me estarás haciendo un feo —concluyó taxativo.

—En tal caso, no le diré que no —dije soltando la pulsera metálica en mi muñeca y dedicándole una amplia sonrisa—. Muchas gracias, pero ¿por qué lo hace?

—¿Acaso tengo que tener un mejor motivo que el simple hecho de que, como buen cinéfilo que soy, me apetece sobremanera que este objeto lo tenga alguien que comprenda y valore su significado? Para mí es una satisfacción regalártelo, William.

—De acuerdo, señor Giddens.

—Además, la tengo hace años y mi experiencia me dice que no iba a conseguir un buen precio por ella en ningún caso. Así que no te apures por el valor «real» que creas que puede tener. Como la mayoría de las cosas de mi tienda, el valor se lo pones tú —dijo al tiempo que me guiñaba un ojo y me acompañaba hasta la puerta.

Otra gran jornada acababa en la casa–tienda del señor Giddens. Y además esta había terminado con regalo para mí incluido.

El jueves me puso ***El maquinista de La General***, una cinta de cine mudo que yo desconocía y que, *a priori*, acepté con cierta desgana ya que entonces tenía la impresión de las películas de esa época eran menores o de una calidad inferior, por el mero hecho de no tener sonido ni diálogos hablados. ¡Qué gran error! Gracias a esa sesión pude disfrutar de una de las grandes joyas del séptimo arte. Una maravilla de Buster Keaton, del año 1927, codirigida por este y Clyde Bruckman, que recrea –con ciertas libertades– un capítulo real de la guerra de Secesión en el que

unos soldados de la Unión se infiltran en las líneas del Sur para robar una locomotora y destruir unos puentes con el objetivo de cortar los suministro del ejército confederado sobre la ciudad de Chattanooga, en Tennessee, y poder hacerse con ella tras desabastecerla; y cómo un intrépido maquinista sureño logra desbaratar esos planes a base de pericia, convicción y algo de suerte. Se trata de una cinta de aventuras y acción, con mucha comedia, por supuesto, precursora de muchos otros films posteriores y cuyas escenas en las vías aún no han sido superadas. Descubrí aquella tarde a un genio, Buster Keaton, un visionario del que no recordaba haber visto ninguna película entera, solo trozos de algunas de sus obras, aunque sí lo conocía bien como cómico, y a una de las más excepcionales muestras de narrativa y entretenimiento en estado puro que haya dado el cine. Un prodigio de imaginación, planificación, ritmo y audacia que me sorprendió, me divirtió y me abrió los ojos al tremendo esfuerzo que seguro hubo detrás de aquella indiscutible obra de arte.

El señor Giddens me contó que la cinta fue un fracaso crítico y comercial en su momento –según él porque la guerra civil era considerada aún un tema muy sensible sobre el que intentar hacer comedia y porque además el film está contado con el bando perdedor de la contienda como los héroes de aquel episodio–, y esto hizo que Keaton, que siempre afirmó que este era de largo su film favorito, perdiera la independencia económica y artística de la que disfrutaba hasta entonces y que ya no volviera a dirigir ningún largometraje –aunque, en realidad, sí que lo siguió haciendo de forma no acreditada–. También me dijo que la locomotora original de la historia, La General, que da nombre a la cinta, había estado expuesta en varios sitios y que Keaton, en contra de sus deseos, no pudo utilizarla para su película, pero que construyó dos réplicas exactas; y que, si yo quería, podía ir a visitarla a Chattanooga, donde estaba expuesta entonces.

Había tenido la suerte de visionar una cinta excepcional, adelantada a su tiempo, que no fue comprendida y valorada en toda su magnitud hasta muchos años después de su estreno. Cómo le agradecí al señor Giddens haberme mostrado esa maravilla, que yo desconocía por completo antes de aquella calurosa tarde de julio.

Acabamos la semana con la segunda película de la trilogía musical que rodaron al alimón Gene Kelly y Stanley Donen, la divertidísima y fantástica ***Cantando bajo la lluvia***. Esta sí que recordaba haberla visto en la televisión con mi madre, pero desde luego no la había disfrutado ni valorado tanto como cuando la vi esa tarde con el señor Giddens, junto con sus explicaciones.

Me contó que la cinta era un auténtico homenaje al Hollywood clásico y que se concibió como una forma de enlazar varias canciones ya usadas en obras anteriores –muchas de ellas del propio Arthur Freed, productor y principal impulsor de la cinta– dentro de un argumento entretenido y muy divertido que mostrara con complicidad al espectador de la época una lección de historia sobre el cine y su paso del silente al sonoro. Por ejemplo, la canción que da título al film se utilizó por primera vez en pantalla en la cinta de 1929 ***The Hollywood Revue of 1929***, de Charles Reisner. De hecho, solo dos temas fueron compuesto expresamente para la película, y uno de ellos, ***Make 'Em Laugh***, es en realidad un plagio no oculto del famoso tema de Cole Porter ***Be a Clown***. En general, los homenajes al cine clásico de la cinta del perfecto matrimonio profesional que formaron Kelly y Donen son continuos. Como ejemplo, la famosa escena de Kelly cantando y bailando bajo la lluvia toma prestados varios elementos de ***El cameraman***, cinta de Edward Sedgwick de 1928 protagonizada por Buster Keaton –al que yo desde el día anterior ya idolatraba–, donde el protagonista también recibe el amor de su amada en un portal, bajo la lluvia, y a partir de ahí inicia un paseo en el que se cala hasta los huesos –sin que eso le importe en absoluto porque su henchido corazón está caliente y rebosante de amor y optimismo– hasta

que se encuentra con un guardia que le increpa extrañado por su inusual comportamiento en tan horrible noche, igual que hace el poli de ***Cantando bajo la lluvia*** al final del número de Kelly. Kelly y Keaton eran compañeros del equipo de béisbol de la Metro y parece que Kelly se documentó mucho con el cómico acerca de la época que pretendía retratar en su película. Asimismo, como curiosidad, Keaton aparece en el film que he citado antes, ***The Hollywood Revue of 1929***, durante la primera interpretación fílmica de la canción ***Singin' in the Rain***, aunque él no la canta. Y el círculo se cierra.

Giddens me habló del extremo perfeccionismo de Kelly, que entrenaba durísimo durante muchas horas al día y que llegó a rodar con una fiebre muy alta la que con toda seguridad es su escena más icónica, bajo una lluvia artificial que no sabía muy bien si se consiguió mezclando leche con agua, para que quedara mejor en pantalla, o con simples efectos ópticos de contraluz. Me contó que la primera escena que la jovencísima Debbie Reynolds (solo tenía diecinueve años) rodó fue el complejo número musical ***Good Morning***, y que cuando acabó, tras una extenuante jornada de catorce horas, tuvo que ser atendida en la enfermería porque sus pies sangraban de forma abundante. Me dijo que Donald O'Connor, después de rodar durante tres días seguidos el que para mí es el mejor número musical del film junto con el que le da título, el ***Make 'Em Laugh***, acabó tan exhausto que tuvo que pasar varios días ingresado en un hospital recuperándose. Y que Jean Hagen, a cargo del único personaje antipático –aunque quizás el más cómico– de la función, el de la diva Lina Lamont, que cuando se ve obligada a entrar en el cine sonoro ha de ser doblada en la ficción por el personaje de Reynolds porque tiene una insufrible voz y una horrible pronunciación, en realidad terminó doblando a Reynolds en algunos momentos de la cinta, en una de esas increíblemente curiosas dobles carambolas del cine; es decir, al final se dobló a sí misma haciendo como que era otra actriz la que la doblaba a ella.

En definitiva, estoy seguro de que se podría escribir un libro con todas las cosas que me contó el señor Giddens aquella tarde. Y eso que, cuando se había estrenado la película, quince años atrás, no había tenido una gran repercusión crítica, aunque sí bastante éxito popular; de hecho, solo consiguió un par de nominaciones menores a los Óscar y no ganó ninguno. Según el señor Giddens puede que esto se debiera al efecto de los seis Óscar que el año anterior había conseguido otro enorme musical –también protagonizado por Kelly y producido por Freed–, ***Un americano en París***. Independientemente de los premios o críticas, a mí me pareció una maravilla, llena de un optimismo que, como a Don Lockwood –el personaje de Kelly– cuando Kathy Selden –el de Reynolds– le confirma su amor en un lluvioso portal, hace que te olvides de cualquier diluvio torrencial que pueda estar cayendo sobre ti para sentir los rayos de un sol que, aun existiendo solo en tu corazón, te envuelve, protege y hace ignorar la lluvia, que representa en esa icónica escena todo lo malo, triste o deprimente que pueda tener la vida.

Más allá de la parte lúdica de la cinéfila relación que se iba forjando entre el señor Giddens y yo, mi cometido en la tienda era sencillo. Si bien esquivé de nuevo esa semana otro intento de mi patrón para endosarme ciertos trabajos de jardinería en la parte trasera de la casa, me afanaba por estar atento tanto a la poca clientela que nos visitaba como a la conversación que el anticuario me lanzaba con la misma necesidad que su propia respiración.

En lo económico, creo que la tienda que marchaba todo lo bien que el señor Giddens necesitaba. No era un negocio con mucha clientela, pero sí con unos márgenes muy aceptables –según me contaba él mismo, con total transparencia y confianza–, los cuales, aun vendiendo poco volumen, le daban suficiente para vivir sin apreturas y, por el momento, hacían que la inversión de establecerse en Fortress Flint estuviera valiendo la pena.

Confieso que mi presencia allí, como ayudante, podía ser del todo cuestionable. No considero que al señor Giddens le hubiera hecho falta tener un ayudante; no al menos a tiempo completo, como estaba yo. Casi me sentía igual de inútil que el bastón rematado con la cabeza de zorro dorada que el anticuario pretendía usar como apoyo en sus paseos, pero creo que mi verdadera misión allí no era (o «no era solo») la de colocar las cosas, mover artilugios, mantener la estancia limpia y ordenada y echarle una mano en toda la ayuda que me solicitase. A esas alturas tenía la impresión de que yo estaba allí para cubrir otro tipo de necesidad del señor Giddens; una necesidad más emocional que física, más caprichosa que racional, más personal que profesional.

Y como, aparte de ganar un dinerillo, yo también estaba disfrutando en ese momento de aquella maravillosa simbiosis, no iba a ser yo quien cuestionase mi auténtica necesidad o no en la tienda.

El viernes, tras terminar la sesión de cine, me fui directo a Luke's, donde había quedado con mis amigos para planear nuestro «golpe a la fortaleza» del día siguiente. Mis pies iban ligeros, casi queriendo imitar el baile de Gene Kelly bajo la lluvia, mientras en mi cabeza se sucedían las melodías de la cinta que acaba de ver con el señor Giddens.

Llegué algo temprano y pude sentarme en nuestra mesa favorita. Las voces de The Association llenaban el local con su ***Windy*** desde la radio de Luke.

Penny y Terence llegaron juntos y puntuales. Se sentaron enfrente de mí.

Tenía tantas ganas de contarles algunas de las cosas que había aprendido y sentido esa semana que no pude esperar a Abe.

—Mirad —dije orgulloso enseñando mi nueva pulsera.

—¡Qué chula! —contestó Penny acercando su mano para tocarla.

Sus dedos me rozaron al sujetarla y acercársela a la cara para verla mejor. Y en ese momento la llama de mis sentimientos hacia ella se avivó como regada por gasolina.

Terence, que no parecía tan sorprendido como Penny por la pulsera, solo preguntó:

—¿Te la has comprado?

—No. Es un regalo. Un regalo del señor Giddens.

—¡Qué bien! —exclamó Penny soltándola.

—¿Y eso?

—Pues la verdad es que no estoy seguro… …dije antes de empezar a contarles lo interesante de la misma—. Resulta que es una de esas antigüedades de cine que tiene en su tienda. Esta semana hemos estado viendo algunas películas al cerrar la tienda. Creo que ya os adelanté algo por teléfono… aunque ahora mismo no sé si se lo conté solo a Abe... Por cierto, ¿dónde estará? En fin, da igual, el caso es que esta pulsera…

Y seguí mi discurso, casi sin respirar, contándoles a mis dos amigos de dónde venía la pulsera, su historia y su significado.

—Debe apreciarte mucho. El señor Giddens, me refiero —dijo Penny en cuanto acabé y dejé que alguno de los dos interviniera.

Me fijé entonces en Terence, pero él no me miraba a mí. Sus ojos estaban fijos, abiertos con estupor, en algo por encima de mi hombro. Algo que debía estar a mi espalda. Me giré y lo que vi mató en un instante mi entusiasmo y alegría.

Allí estaba Abe, con una media sonrisa y un ojo completamente morado.

—¿Qué te pasado? —dije mientras hacía el intento de levantarme para acercarme más a él.

Él se acercó a la mesa y se sentó a mi lado, dejando mi movimiento en un mero amago.

—Pues lo que sabíamos que iba a pasar: la venganza de Nathan Simmons.

—¿Te refieres a que te ha zurrado por lo del incidente de la semana pasada con la puerta? —

dijo Penny con rabia cerrando sus puños.

Abe asintió de una forma tan conformista que casi me dio más lástima por cómo asumía su derrota emocional que por su ojo hinchado y seguro que dolorido.

—¡Será malnacido…! —continuó Penny.

—¿Cómo fue? —inquirió Terence, siempre más interesado en la parte formal de los hechos que en la parte emocional.

—Pues hace dos días volvía de la ferretería de hacer un recado para mi madre. Serían sobre las ocho de la tarde y al doblar una esquina vi a Nathan y a sus amigos apoyados en un coche, fumando. No había casi nadie en la calle. Me quedé inmóvil durante unos segundos y luego traté de volver por mis pasos hacia atrás, sin hacer ruido y tomar otro camino hasta casa… pero me vieron. Al principio me insultaron, me llamaron albóndiga, payaso, y cosas peores. Salí corriendo, pero esta vez ellos fueron más rápidos que yo y me atraparon en la siguiente manzana. Nathan me cogió de la camiseta y me miró con desprecio. Yo le pedí disculpas por lo de la puerta en sus narices. Os confieso que estaba muy asustado. Y entonces él me dijo: «Haremos una cosa. Imagina que mi puño es una puerta…». E hincó sus nudillos con una fuerza descomunal en mi cara, a la altura del ojo. Tan fuerte me dio que me tiró al suelo. «Ya estamos en paz, basura judía», me soltó mientras él y sus amigos me escupían y se daban la vuelta para volver a sus asuntos. Yo respiré aliviado. Al final, tampoco fue para tanto. Tendré el ojo así una semana y ya está. En realidad, no me duele tanto.

—Miserables… —dije yo, poniendo mi mano en el hombro de mi amigo, en señal de apoyo.

—Y cobardes —añadió Penny—. Seguro que la cosa hubiera sido distinta si hubieras estado con nosotros, con las fuerzas un poco más equilibradas.

—Puede ser —volvió a hablar Abe con la misma triste resignación—, pero en realidad esto iba a pasar más tarde o más temprano. Nathan no iba a olvidar lo de la puerta así como así. Todos lo sabíamos. Al menos ahora ya no nos tenemos que preocupar más de esos cerdos en una temporada; esto seguro que ha saciado su necesidad de fastidiarnos y hacer daño, aunque solo sea por un tiempo.

—Si tú lo dices… —respondió Terence no muy convencido. Y entonces, para mi sorpresa, mostró su lado más humano—. Lo importante es que te encuentres bien. O no muy mal, según se mire. Y que no te dejes abatir. Cuentas con nosotros, amigo. Además, te veo sereno, Abe, y eso es muy buena señal.

—Lo estoy. De veras —terminó mi pelirrojo amigo con una melancólica sonrisa.

—Si no fuera porque sé que empezaríamos una guerra sin sentido, se iban a enterar esos… —añadió Penny, sabiendo que su discurso no iba a poder acabar en ningún sitio razonable.

—¿Lo has denunciado a la policía? —preguntó Terence—. Al menos les caería un rapapolvo por agresión.

—¿Para qué? Como dice Penny, eso lo único que haría sería avivar el fuego a largo plazo. De verdad, prefiero pasar página. Ni he ido a la policía ni le he contado nada a mis padres. Para ellos esto es el resultado de otro golpe tonto contra una farola por andar distraído por la calle. ¿Estamos de acuerdo? —terminó Abe con un tono más imperativo que de petición.

No entendía cómo sus padres podían tragarse de nuevo la misma tonta excusa, pero no quise echar más leña al fuego. Era mejor olvidarse por completo del indeseable de Nathan.

Concentramos nuestra conversación en «el plan». La idea era hacer el asalto a la fortaleza la noche siguiente. Aprovechando el cumpleaños de Terence y la merienda en su casa pasaríamos la tarde juntos, con su madre, y llegado el momento diríamos de salir para terminar la jornada

con un paseo. Pensábamos que así la madre de Terence le pondría menos impedimentos a que volviera un poco más tarde esa noche a casa. Nuestra intención era salir de su casa sobre las nueve, justo a la hora en la que Pete Benson abandonaba su puesto en la fortaleza, dejándola sin vigilancia hasta la mañana siguiente. Terence nos volvió a confirmar el horario del guarda.

Desde la casa de Terence nos dirigiríamos, bordeando el pueblo desde el oeste al norte, a través de un sendero que cruzaba el bosque, hasta la fortaleza, cargando con un pico y dos palas para nuestra excavación. Iríamos en bici, con linternas. Terence no tenía bicicleta, pero la de Abe tenía un amplio espacio en la parte de atrás, justo encima de la rueda trasera, y Terence iría subido allí. Penny llevaría el pico atado a la espalda y yo cargaría con las dos palas. Así repartiríamos el peso.

Entre hamburguesas, patatas y refrescos, Terence nos habló de nuevo del tesoro; nos volvió a contar algunos detalles que ya había compartido antes con nosotros, pero que lograron alentarnos de nuevo y crear una ambiciosa expectación sobre lo que podríamos encontrar escondido en la fortaleza. Pensar que podíamos estar a veinticuatro horas de cambiar nuestro futuro y el de nuestras familias –al menos, en lo económico– era para ilusionarse, y mucho.

Habíamos calculado el tiempo que nos llevaría cada excavación. Teníamos un orden preferido, que había sido elegido en democracia, tras varias argumentaciones y discusiones y, en caso de tener que agotar todas las opciones, cuando acabáramos con el último sitio de la lista, no deberían ser más de las once de la noche.

Una de las cosas que más nos preocupaba era cómo haríamos para sacar el tesoro de la fortaleza. Pudiera ser que este fuera demasiado grande, que pesara mucho. Penny había sugerido llevar unos pequeños sacos de lona resistente para distribuir el alijo en partes que pudieran ser transportables de una manera sencilla y con menos esfuerzo. De esa forma podríamos sacarlos y, aunque tuviéramos que dar varios viajes con las bicis, sería la forma más cómoda y segura de trasladar el tesoro. Esconderíamos los pequeños sacos en casa de Terence y el domingo, con tranquilidad, contaríamos las monedas y las repartiríamos a partes iguales.

Sé que ahora suena bastante absurdo, pero ninguno nos planteamos entonces qué haríamos con tantas monedas antiguas, sin curso legal. ¿Pensábamos quizás venderlas al peso? No conocíamos a nadie que pudiera ayudarnos a colocarlas en el mercado, a venderlas por dólares americanos… pero lo cierto es que no recuerdo que nadie mencionara nunca nada acerca de eso. Inmadurez e inocencia, supongo.

Los ojos nos brillaban de ilusión a los cuatro solo de pensar en la aventura y en el premio que estábamos convencidos que nos aguardaba en la fortaleza.

Cuando nos quedamos sin más que decir sobre el tesoro, les conté mi semana con el señor Giddens. Les hablé de las películas que había visto con él, de las anécdotas y detalles que me había contado sobre ellas, y les recomendé que, si tenían ocasión, también las vieran ellos. Intenté transmitirles la pasión que el señor Giddens me había contagiado a mí en esas sesiones, pero era complicado sin el material de base. Aun así, me esforcé por compartir mi entusiasmo y creo que, al menos, no los aburrí.

Al terminar la cena, los planes y mis relatos sobre cine, nos levantamos para marcharnos del local. Teníamos que descansar bien. Nos esperaba una noche larga al día siguiente e íbamos a necesitar todas las fuerzas posibles para acometer bien la tarea que habíamos planificado.

Pero nuestra euforia se apagó un poco cuando, saliendo en fila de Luke’s, no pudimos dejar de fijarnos en una mesa en la que se encontraban tres figuras que conocíamos bien. Nathan y dos de sus comunes esbirros, Russell y Marky, se repantingaban en sus sillas con su habitual aire de

soberbia y superioridad sobre el resto de la humanidad. Nathan, medio apoyado en la pared, nos vio pasar y nos lanzó una mirada que, al menos a mí, me heló la sangre. Era un tipo que daba miedo, mucho miedo. Tenía unos ojos llenos de rabia y bilis que te traspasaban como si te lanzaran rayos de ácido sulfúrico, quemando la piel y todo lo que hubiera detrás. La maldad en estado puro, me parecía a mí. Nos inspeccionó con desdén, uno a uno. Yo iba el primero y traté de aligerar el paso para salir de allí cuanto antes; detrás mía iba Penny, que le devolvió la mirada sin miedo; cuando llegó a Abe, que iba el tercero, Nathan se detuvo un segundo y le guiñó un ojo, en un claro mensaje sobre el moratón que un par de días antes le había causado él mismo con brutal furia. Terence cerraba la comitiva, y cuando Nathan reparó en él cogió un puñado de patatas fritas de su plato y se las tiró, bramando algunos improperios que no llegó a recordar ahora pero que hicieron que casi todo el local levantara sus miradas y aparcara un segundo sus conversaciones para ver qué estaba ocurriendo allí. Terence recibió algunas de las patatas en la espalda con la mayor dignidad que pudo y siguió su camino hasta salir del local, con su cojera habitual y la mirada ensombrecida.

A la salida de Luke’s no conseguíamos articular palabra, pero nuestras miradas de impotencia lo decían todo. Abe fue el primero en hablar.

—Vamos, chicos. No dejemos que esa basura nos estropee la noche. Mañana seremos ricos y famosos. Y ni siquiera ese indeseable se atreverá entonces a acercarse o a meterse con nosotros… Puede que hasta contrate a alguien para que le dé una lección.

Esa última frase nos hizo sonreír a todos, pensando en que sería muy gracioso llegar a ver eso en directo. Esa risa compartida abrió de nuevo nuestros corazones a la esperanza y la alegría que Nathan Simmons nos había hecho olvidar por unos instantes.

# Tarde de perros

Como Terence vivía en una vieja casa al final de Sally's Oak, muy al oeste de Fortress Flint, donde las carreteras se convertían en caminos sin asfaltar, las luces de las farolas se espaciaban tanto que los huecos de sombra entre ellas eran mucho más grandes que las zonas iluminadas, y el número de comercios se reducía a la mínima expresión. No era una zona muy transitada, nadie que no viviera por allí o fuera a visitar a algún vecino solía pasar por esa parte del barrio. Era, por tanto, un lugar más bien tranquilo y muy humilde, solo animado por los gritos de los niños jugando en las calles y por las charlas de los vecinos que se congregaban en las puertas de sus casas a compartir palabras y comida, alimentando tanto sus estómagos como sus almas y dándose esperanza para seguir luchando en una vida que, en la mayoría de los casos, era dura y austera; como una auténtica comunidad –algo cerrada– en la que ayudarse los unos a los otros suponía la mejor opción para sobrevivir, y conseguir «levantarse» cada nuevo día era, para muchos de los que vivían por allí, un auténtico triunfo.

Se trataba de un barrio pobre, habitado en su mayoría por afroamericanos, donde el número de los que terminaban durmiendo cada noche en la calle, al cobijo de un toldo o un porche (con el permiso o no de sus dueños) era casi igual al de aquellos que lo hacía en el interior de alguna de las antiguas casas que conformaban el ruinoso paisaje.

La casa de Terence estaba situada en la última parte del barrio, donde las casas se espaciaban mucho unas de otras y la densidad de población era muy pequeña. Entre las casas de la zona la maleza crecía muy alto y algunas de las viviendas casi se fundían con el bosque con el que lindaban.

Al pasar por allí la tarde del sábado 15 de julio, pedaleando con parsimonia en mi bicicleta, con una pala colgada a la espalda, el barrio me transmitió tranquilidad, serenidad, incluso una sensación de cooperación vecinal que, sin duda, brotaba tanto de la necesidad como de la bondad general de sus integrantes. La gente no me miraba con recelo ni extrañeza, sino con aceptación, casi ávidos de acoger a alguien más en su humilde comunidad; allí todo el mundo parecía ser bienvenido, por poco o nada que cada uno tuviera que aportar.

Yo no conocía muy bien esa parte de la ciudad, pero había seguido al pie de la letra las indicaciones de Terence y pude dar con su casa sin problemas. Cuando llegué, Terence estaba fuera, esperándonos. Me indicó que dejara la bicicleta en la parte de atrás de la casa y lo seguí hasta allí. Dejamos la pala, junto con el pico y la otra pala que él ya se había encargado de conseguir, en un pequeño cobertizo cuya puerta parecía que fuera a deshacerse con solo mirarla; y entramos a la casa por la puerta de atrás.

La casa era muy modesta y bastante pequeña. Por fuera tenía un aspecto algo descuidado, con muchas partes de la madera al aire, libre de una pintura que, sin duda por la calidad y los años, había terminado desprendiéndose de los listones.

Por dentro estaba compuesta por un pequeño pasillo que enfrentaba la puerta trasera en una línea recta con la principal. Empezando por atrás, dos pequeños dormitorios se miraban las caras a ambos lados del pasillo, uno de Terence y el otro de su madre, cosa que pude deducir al tener ambos las puertas abiertas y echar un breve vistazo dentro de cada uno. Un pequeño baño, más

adelante, y enfrente una minúscula cocina donde apenas cabían dos personas a la vez. Y, al final del pasillo, una estancia más grande que correspondía al salón-comedor.

A pesar de su austeridad, el interior de la casa no se correspondía para nada con el exterior, mucho más descuidado. La decoración era escasa, pero todo estaba muy limpio y olía muy bien, como a perfume de flores. No había televisión, ni muchos muebles, ni muchos cuadros en las paredes; pero todo transmitía una acogedora sensación de hogar.

Una discreta mesa con cuatro sillas, un sofá para dos y una butaca con la tapicería bastante gastada completaban el cuadro de la estancia principal. Un par de fotografías de Terence y su madre coronaban un pequeño aparador en el lado izquierdo del salón y un jarrón verde con unas bonitas flores encima de la mesa añadía una agradable nota de color a la habitación. Una minúscula mesita baja, con una radio en lo alto, se situaba discreta entre la butaca y el sofá. El único mueble grande que llamaba la atención era una especie de biblioteca repleta de libros, en la parte derecha de la estancia. Y justo eso era lo que estaba haciendo la madre de Terence cuando entramos al salón desde el pasillo; sentada en la butaca, sostenía un libro en sus manos al que parecía estar prestando toda su atención en ese instante.

—Mamá, este es Will —nos presentó Terence.

—Hola, Will. Encantada de conocerte. Soy Ophelia Ivory, la madre de Terence —dijo girando su cabeza hacia nosotros al tiempo que se levantaba de la butaca—. Mi hijo me ha hablado mucho de ti —terminó, dejando el libro en la butaca y estrechándome la mano, con una sincera y bonita sonrisa en su rostro.

—Encantado, señora Ivory —respondí a su saludo con respeto—. Terence también me ha hablado mucho de usted.

La señora Ivory miró con complicidad a su hijo.

—Espero que solo cosas buenas…

—¡Mamá...! —protestó Terence.

—Por supuesto —dije raudo para evitar cualquier situación incómoda—. Se lo aseguro. Su hijo solo tiene buenas palabras sobre usted.

—Jajaja —rio ella irradiando cariño—. Te agradezco el detalle, Will. Hoy no voy a dudar de tu palabra.

Ophelia Ivory era una mujer muy joven. Yo pensaba que mi madre era joven para tener un hijo como yo, pero la madre de Terence era aún más joven; diría que tendría casi diez años menos que mi madre. Sus rasgos eran delicados, su complexión delgada, su pelo muy corto. Parecía más la hermana mayor de Terence que su madre, la verdad. Supuse que debió tener a Terence muy joven. Su voz, aterciopelada y agradable, resonaba dulce en la estancia, reafirmando la calma que parecía reinar en aquel pequeño castillo. Sus manos eran firmes, con las durezas propias de una mujer trabajadora (cosa que comprobé al estrecharle la mano en el saludo). Llevaba puesto un sencillo vestido amarillo, con adornos de flores de tonos anaranjados, y unas sandalias marrones de finas tiras.

Terence me había hablado del trabajo de su madre. Trabajaba en una de las empresas conserveras del pueblo, limpiando y envasando pescado. Un trabajo duro, muy ingrato y seguro que mal pagado. Más aun siendo ella mujer y afroamericana. Lo modesto de su situación económica no impedía percibir una suficiente sensación de bienestar en sus ojos, la tranquilidad de contar con lo mínimo necesario para sacar adelante a su reducida familia y el preciado orgullo de haber conseguido todo eso con su propio trabajo y esfuerzo.

Conversamos un rato, de asuntos triviales, mientras esperábamos a los otros dos invitados.

Insistió en que nos sentáramos a la mesa mientras ella dio varios viajes a la cocina y terminó de preparar todo para la merienda de cumpleaños. Ophelia Ivory era una mujer de una educación exquisita y se notaba –al igual que seguro ella habría hecho con Terence– que alguien se había preocupado a conciencia de este aspecto en su niñez. Pensé que incluso podría ser que perteneciera a una familia acomodada, pero que se hubiera visto obligada a dejar su pasado atrás por el prematuro embarazo y el abandono del padre de Terence; aunque luego recordé la historia de su abuelo y no me pareció que esa teoría fuera muy plausible.

Al poco tiempo llegaron Abe y Penny, juntos. Tras dejar sus bicis junto a la mía en la parte posterior de la casa, entraron y Terence los presentó a su madre. Abe tenía el ojo bastante mejor, pero aún se notaban las marcas del golpe. La madre de Terence no hizo ninguna observación al respecto; por mera prudencia o discreción, supongo.

La merienda casera que la señora Ivory nos había preparado era más que suculenta. Una tarta de chocolate, coronada por unas velas que Terence tendría que soplar en breve, unas galletas de jengibre recién sacadas del horno, y unos sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada de frambuesa. Todo tenía una pinta exquisita.

—¿Esperamos a más invitados? —preguntó Abe al ver toda aquella comida junta, que en la pequeña mesa del salón parecía incluso más copiosa de lo que era.

—No. Seremos los que estamos —respondió Terence.

A Abe le brillaron los ojos al ver que aquel banquete estaba destinado solo a nuestros cuatro estómagos, de los cuales el suyo era el que más volumen podía admitir.

—No tenía que haberse molestado usted tanto —dije yo mirando a la madre de Terence—. Podíamos haber traído cada uno de nosotros algo de comer para contribuir a la fiesta.

—Es cierto. Will tiene razón —incidió Penny—. Muchas gracias por este «banquete» que nos ha preparado.

—No ha sido ninguna molestia, chicos —replicó ella con sinceridad—. Para mí es una alegría ver que, después de tantos meses aquí, Terence por fin trae amigos a casa. Así que soy yo la que tengo que estar agradecida.

La señora Ivory hizo entonces soplar las velas a su hijo, que cedió no sin antes poner algunas muecas de desaprobación; trajo otra silla de su dormitorio y nos sirvió a todos unas generosas porciones de tarta, la cual estaba incluso más buena de lo que parecía.

Cuando dimos cuenta de la primera oleada de tarta, Penny sugirió que entregáramos los regalos a Terence. Aunque yo llevaba el mío –que era bastante pequeño– en el bolsillo, los de Penny y Abe eran más voluminosos y Terence los había visto cuando llegaron, y su cara no dejaba de expresar sorpresa por ello. No sé si de verdad no estaba acostumbrado a recibir regalos o no esperaba que unos amigos a los que solo conocía desde hacía unos pocos días tuvieran el detalle de llevarle regalos por su cumpleaños. Para nosotros tres, sin embargo, era algo de lo más natural.

Penny se adelantó y entregó el suyo a Terence. Se trataba de un libro sobre piratas; la verdadera historia de los piratas, contada desde una perspectiva muy realista, según indicó ella. Tenía unas bonitas ilustraciones y parecía estar muy bien documentado, conteniendo biografías de los piratas más famosos, historias de sus tesoros más valiosos, detalles sobre sus barcos y muchas anécdotas y curiosidades sobre sus costumbres. Terence se mostró muy contento con el regalo y le dio un inesperado abrazo a Penny.

Después vino Abe, que le había comprado un juego de ajedrez.

—Pensando en qué regalarte, recordé que el otro día, durante las partidas de ajedrez que

echamos en mi casa, mencionaste que te gustaba mucho jugar pero que tenías que hacerlo con alguno de los juegos que hay en el instituto. Me contaste que tenías uno de tu abuelo, pero que le faltaban muchas piezas, así que me pareció un buen regalo.

—Es perfecto —exclamó Terence observando con minuciosidad los detalles de cada una de las piezas—. Muchísimas gracias, amigo.

Y obsequió a Abe con otro inesperado abrazo.

—Ahora podrás practicar mucho más, y lo mismo algún día puedes incluso llegar a ganarme, jajaja. Pero tendrás que esforzarte mucho, ya sabes que yo llevo jugando a esto desde los cuatro años —lo retó Abe, intentando restar emoción, por incomodidad, al momento de afectividad y gratitud que se había generado. Por el comentario, era obvio que las partidas que habían jugado ellos a solas se habían decantado todas a favor de Abe, pero Terence no se tomó mal las palabras de mi pelirrojo amigo y entendió su fanfarronería como una de sus continuas bromas sin importancia.

Solo quedaba yo. Terence me miró sin saber si yo le habría traído algo o no, pero no lo hizo reclamándome nada. Mi regalo era pequeño y lo tenía en el bolsillo, envuelto en un bonito papel celeste con brillantes estrellas amarillas.

Metí la mano en mi bolsillo y se lo di, disfrutando de su cara de sorpresa y de su cada vez más evidente esfuerzo por retener en sus ojos alguna lagrimilla de emoción ante aquel momento.

Lo desenvolvió y descubrió una pequeña brújula, con una carcasa de madera. Parecía usada y tenía el cristal algo arañado. Estaba claro que no era nueva y Terence se dio cuenta de ello de inmediato.

—Guau, Will. ¿Es de la tienda del señor Giddens? —preguntó con avidez, suponiendo de primeras que detrás de aquel objeto habría una buena historia.

—Exacto. Es de la tienda —respondí yo.

—Aunque no lo fuera, una brújula ya me parece un regalo estupendo. Me encanta, de verdad… —y mirándome con ojos curiosos, insistió—. Pero seguro que, además, tiene una buena historia detrás.

—Jajaja —reí, sabiendo que mi regalo iba a ser apreciado en toda su magnitud, y no solo por el hecho de que fuera capaz de indicar con precisión dónde se encontraba el norte—. Pues sí, y te va a encantar, Terence. Esa brújula fue una de las que usaron Lewis y Clark cuando, a principios del XIX, estuvieron durante más de dos años explorando y cartografiando el noroeste del país. Está restaurada y funciona perfectamente.

—¡¿Lewis y Clark?! ¿Los auténticos Meriwether Lewis y William Clark? ¿En la expedición que les encargó Jefferson? —exclamó con una mezcla de entusiasmo e incredulidad.

—Sí, sí, los mismos —y vi entonces que era mejor explicar bien el origen del objeto—. A ver, no es que fuera una brújula personal de ninguno de ellos dos, pero sí fue una de las que se usaron durante esa expedición. Llevarían muchas, y esta fue una de ellas. Vamos, que lleva hechas unas cuantas de miles de millas y, si pudiera hablar, seguro que contaría un montón de historias interesantísimas y buenas anécdotas. Y estoy convencido de que tú las ampliarás con nuevas exploraciones.

—Pero, Will, eso parece demasiado —intervino entonces la señora Ivory—. Es una pieza de coleccionista. Te ha debido de costar muchísimo. No sé si podemos aceptarla.

—No se preocupe, señora Ivory. Sí, es una pieza de coleccionista. Pero es que trabajo en una tienda de antigüedades que ha abierto hace poco en el pueblo. Está al principio de Sally’s Oak, en el número cuatro de Walm Lane, muy cerca de Oak Square. «Antigüedades Giddens». Me

llevo muy bien con el dueño y cuando le hablé de Terence, de sus gustos y de que pensaba hacerle un regalo, enseguida me ayudó a buscar algo adecuado para él, que pudiese interesarle. Fue él mismo quien me sugirió la idea de la brújula. Y le aseguro que me hizo una generosísima rebaja por ella —argumenté intentando dejarla más tranquila.

—Pues entonces tendremos que acercarnos un día a la tienda de ese amable señor a darle las gracias también a él —apostilló ella.

—Cuando quiera. El dueño se llama Horace Giddens. Yo suelo estar allí, en la tienda, siempre que está abierta. Y de verdad le prometo que no me ha costado tanto como parece. Además, lo importante es que a Terence le guste.

—Me encanta, Will, de verdad. Mil gracias —terminó él abalanzándose sobre mí para regalarme otro de sus abrazos.

Aquel muchacho, que parecía el menos empático del grupo, se había deshecho como mantequilla al sol ante los detalles con los que sus nuevos amigos le habíamos obsequiado.

Su madre estaba visiblemente emocionada. Notaba con agrado el aprecio que teníamos por su hijo. Me imaginé que era muy probable que no hubieran vivido muchos cumpleaños como aquel y eso hacía que fuese tan especial para ellos dos. Cualquier otra persona seguro hubiera considerado todo aquello bastante normal, pero se notaba que ellos no debían ser receptores habituales de generosos gestos.

Seguimos comiendo y bebiendo, disfrutando de todo lo que aquella mujer había preparado con esmero –y pienso que también con cariño–, aun no conociendo a quiénes iban a disfrutar de su cocina.

De vez en cuando cruzábamos entre nosotros alguna mirada de complicidad respecto a la aventura que habíamos planificado para esa noche. Teníamos que hacer tiempo hasta las nueve, que era la hora en la que esperábamos salir hacia la fortaleza. El plan era decirle a la madre de Terence que íbamos a ir a tomar un helado y que daríamos una vuelta antes de volver; como era su cumpleaños, esperábamos que la señora Ivory dejara a su hijo regresar un poco más tarde de lo habitual. Penny, Abe y yo teníamos la excusa de estar en el cumpleaños de Terence y nuestras familias no se extrañarían si volvíamos un poco tarde esa noche; además era sábado. Lo más complicado sería salir de allí con el pico y las dos palas sin que la madre de Terence notara nada raro, pero habíamos pensado una simple distracción para conseguir que no se fijara en cómo abandonábamos la casa en bici con los artilugios de cavar a la espalda.

Terence sacó un par de juegos de mesa y unas cartas. Estuvimos charlando muy animados durante bastante rato, jugando y comiendo golosinas, mirando de reojo el reloj para ver cómo las manecillas hacían avanzar el tiempo hacia la hora deseada. No negaré que en ese intervalo de espera también nos lo pasamos muy bien; vamos, que no tuvimos que fingir en absoluto que nos estábamos divirtiendo con nuestros chistes, comentarios, juegos y demás.

La madre de Terence no se entrometió. Se mantuvo en el otro lado del salón la mayor parte del tiempo, intentando seguir leyendo su libro, aunque no sé si, con nosotros allí al lado, conseguiría concentrarse de veras en él.

Terence se empeñó en estrenar su nuevo ajedrez y retó al fanfarrón de Abe a una partida, seguro que queriendo resarcirse pronto de sus anteriores derrotas. Penny y yo mirábamos las jugadas, intentando aprender un poco (ninguno de los dos éramos buenos jugadores) y elucubrando en nuestra mente los diferentes movimientos y estrategias que los dos contrincantes podían llegar a hacer, para luego darnos cuenta, al menos yo, de que ninguno de ellos hacía nunca lo que yo pensaba más lógico. Abe estaba tan concentrado que, como solía hacer cuando

pretendía centrarse mucho en algo, se quitó sus aparatos de las orejas y los dejó encima de la mesa, al lado del tablero. Por incongruente que parezca, él siempre decía que no disminuir su extracapacidad auditiva le hacía estar más atento y concentrado. A mí me parecía que tener más audición en ese tipo de juegos no era ninguna ventaja, ya que podía desconcentrar más que ayudar… pero para Abe era del todo distinto.

Sin dejar de mirar la partida, Penny y yo habíamos empezado a jugar a las cartas, solo para completar los momentos de silencio y concentración entre jugada y jugada; y, de hecho, seguíamos echando más cuenta del juego de nuestros amigos que del que nosotros tratábamos de practicar.

Eran más de las ocho y media cuando sonó el timbre de la puerta.

Como la madre de Terence se levantó de la butaca y se dirigió a la puerta y yo no aprecié que Terence dejara de concentrarse en el juego, no presté demasiada atención al hecho. Solo escuché la voz de la señora Ivory, detrás mía, diciendo:

—Hola, Johnny. ¡Qué bien que al final hayas podido pasarte!

Esas palabras me hicieron pensar que había llegado un invitado «sorpresa» a la fiesta de Terence. Alguien quizás no esperado, pero sí conocido, e invitado. La curiosidad me hizo girar la cabeza hacia la puerta.

En la puerta estaba Johnny Ebony, al que hacía algunas semanas había visto sacar a rastras a su hermano Elmer del bar del señor Barbara tras un altercado que pude presenciar en directo con el señor Giddens mientras nos dirigíamos hacia el Royal a ver ***Solo se vive dos veces***.

Johnny era un joven de unos treinta, de complexión atlética, aunque mucho más bajo que el gigante de su hermano. Pelo negro y rizado, ni demasiado corto ni demasiado largo, ojos oscuros y expresión agradable aunque un poco triste. Había en su rostro algo que denotaba la dureza de la vida que le había tocado vivir, teniendo que cuidar de su hermano, el «especial», y hacerse cargo de las consecuencias de su peculiar comportamiento, sin posibilidad de haber estudiado más allá del instituto, con un trabajo mal pagado y sin más familia en el pueblo que el propio Elmer. Otra alma condenada por el cruel azar que, como descubrí un minuto después, tenía en los encuentros con la dueña de aquella casa quizás el único aliciente de su miserable vida.

—Hola a todos —saludó Johnny desde la puerta.

—Pasa, por favor —insistió la señora Ivory.

—Hola —dijimos los cuatro al unísono, sin levantarnos de la mesa.

Johnny se acercó entonces a la mesa y tendió un paquete hacia Terence al tiempo que decía:

—¡Feliz cumpleaños, chaval! Espero que lo hayas pasado bien.

Terence lo miró con cierta indiferencia, agarró el paquete y desgarró el envoltorio. Su expresión cambió a una más agradable y agradecida cuando descubrió el contenido del paquete. Se trataba de cuatro números de *Spiderman*; los cuatro últimos números, de hecho. No era un regalo muy caro, pero Terence entendía que Johnny no estaba mucho mejor que ellos en ese sentido y el detalle le agradó sobremanera. Lo miró entonces con una sonrisa natural y le tendió la mano.

—Muchas gracias, señor Ebony.

—De nada. Pero el señor Ebony era mi padre. Ya te lo he dicho muchas veces. Por favor, Terence, llámame Johnny. Espero de verdad que te guste el regalo. Te he visto leyendo cómics varias veces y he tenido una ayudante muy especial para saber cuál era tu personaje favorito —replicó Johnny sacudiendo la mano de Terence a la vez que guiñaba un ojo a su cómplice en aquel regalo, la cual los miraba, aún desde la puerta, con cierta ternura.

Terence nos presentó entonces a todos.

Johnny se sentó entonces en el sofá con la madre de Terence en el otro extremo del salón y nosotros continuamos con nuestros juegos.

Abe no pudo evitar preguntar, en voz muy baja:

—¿Lo has invitado tú?

—No —respondió Terence, manteniendo el susurro—. Ha sido mi madre. Se conocieron en el trabajo y hace unas semanas que salen juntos.

—¿Y tú estás bien con eso? —preguntó Penny con más preocupación por los sentimientos de su amigo que por pura curiosidad.

—Sí, sí. No es que me importe mucho, en realidad. Es decisión de mi madre. Ella parece feliz con él y, por ahora, él ha demostrado ser un tipo decente. Nos ha ayudado en la casa, arreglando algunas cosas aquí y allá, y se muestra siempre muy atento y amable con mi madre… bueno, y conmigo también. Además, ya sabéis que mi padre nos abandonó cuando yo era muy pequeño, así que en realidad nunca he tenido una figura paterna estable.

Hizo entonces una pausa, mirando de reojo a la pareja que conversaba tranquila en el sofá, y volvió a mirarnos a nosotros para dejar claro algo que entonces le pareció importante:

—No creáis que mi madre suele tener muchos novios, ¿eh?

—No, por supuesto —agregué yo diligente.

—Con este, yo solo le he conocido tres, en catorce años. Aunque ninguno le duró demasiado. En fin, como digo, no es algo de mi incumbencia. Ella es adulta y sabe bien lo que hace. Así que intento no involucrarme demasiado.

Habiendo dejado muy clara su postura, nos concentramos en los juegos y cambiamos de tema.

Yo pensé entonces que el conocido gusto de Elmer por las jóvenes afroamericanas no parecía ser algo inusual en su familia. Todos teníamos ya edad suficiente para entender bien los problemas raciales que atormentaban al país y aún entonces no era tan común ver parejas de etnias diferentes mostrando su amor de forma tan natural y visible. Pero tampoco diría que nos extrañó. No teníamos ningún tipo de prejuicio al respecto, y, si ambos eran felices juntos y el propio Terence no parecía afectado por el hecho de que su madre tuviera pareja y mucho menos por el color de piel de esta, ¿quiénes éramos nosotros para si quiera pensar en cuestionarlo?

No hacía ni diez minutos que Johnny había llegado a casa de Terence cuando sucedió algo que recuerdo como uno de los momentos en los que más miedo he pasado en mi vida.

Sin comerlo ni beberlo, Abe tiró de mi camiseta con una fuerza tal que me hizo desplazarme dos pies a mi izquierda y hacia abajo, al tiempo que dijo en voz alta:

—¡Agachaos!

Conforme pronunciaba esta palabra, una piedra tan grande como un puño destrozó el cristal de una de las ventanas frontales del salón e impactó en la pared como una bala de cañón justo en el hueco que yo acababa de dejar libre al ser arrastrado por mi amigo.

Sin sus aparatos, Abe había sido capaz de oír la piedra aproximándose a la ventana, antes de romperla. Su sexto sentido me había librado de un buen golpe, quizás en el hombro, en el pecho… o en la cabeza.

Terence se había agazapado bajo la mesa. Penny se había arrojado al suelo. Johnny y la madre de Terence estaban aún en el sofá, incrédulos ante lo que acaba de pasar.

De pronto, dos piedras más siguieron a la primera. Una de ellas entró por el mismo hueco que la otra. La tercera rompió otra de las ventanas del salón. Por suerte ninguna dio a nadie, aunque sí provocaron destrozos en la habitación.

—¡Sal de ahí, amante de los negros! —se oyó desde fuera de la casa.

Johnny se acercó a una de las ventanas rotas. Yo, más curioso que valiente, me arrastré por el suelo hasta la otra.

Un par de impactos más se produjeron en la pared de fuera y ambos retumbaron como truenos en la estancia. Parecía que nos estuvieran lanzando enormes rocas en lugar de piedras.

—¡Sal ya, cobarde hijo de puta! Que te vamos a enseñar lo que les pasa a los que no tienen escrúpulos para acercarse a los asquerosos chochitos negros.

Los improperios seguían llegando desde fuera, cada vez más intensos y más desagradables. No sé cómo me atreví a incorporarme un poco para asomar mi ojo por la ventana.

Allí, delante de la casa, a unas diez yardas de su pequeño porche, había tres figuras, ensombrecidas por el ocaso y la falta de luz de las farolas colindantes. Tres figuras, casi fantasmales, con tres capuchas blancas cubriendo sus cabezas. Una de ellas seguía tirando piedras contra la casa. Otra movía sus brazos con violencia y sostenía algo en una de sus manos. La tercera, más grande y en medio de las otras dos, parecía más tranquila, simplemente estaba de pie, con las piernas algo separadas y los brazos en jarra, apoyados contra su cintura, en una postura que me recordó a unos diabólicos Peter Pan o Robin Hood, con su seguridad desbordante y postura provocativa, pero proveniente en este caso del mismo infierno.

Una vieja furgoneta marrón les cubría las espaldas.

La señora Ivory se había colocado, resguarda por la pared, al lado de Johnny, y le sujetaba el brazo con fuerza, temiendo que este fuera a acceder a la petición de aquellos tres desalmados.

Mis amigos estaban inmóviles, agarrados a las patas de la mesa, como si estas fueran férreas columnas que los fueran a proteger contra cualquier mal que quisiera invadir la casa.

—Son tres encapuchados —informé yo a mis amigos desde mi adelantada posición.

—Uno de ellos es Nathan Simmons —dijo entonces Abe con la respiración entrecortada—. Puedo reconocer con claridad su voz.

Nadie iba a cuestionar a Abe en materia de sonidos y voces.

Me volví a asomar por la ventana, con sumo cuidado y, fijando la vista, pude distinguir en las muñecas de la figura central, con sus brazos en jarra, unas anchas pulseras con tachuelas metálicas que tan reconocibles eran para nosotros. Como había dicho Abe, no había duda de que el asaltante central era Nathan Simmons.

La figura de su derecha juntó en ese momento sus manos. Una chispa brilló entre ellas en la penumbra crepuscular que las envolvía y un trozo de tela ardió con rapidez iluminando la escena. Lo que aquel desalmado llevaba en su mano era un cóctel molotov. Una bomba incendiaria casera fabricada a base de gasolina y aceite de motor, encerrados en una botella de vidrio coronada por una mecha de trapo.

En cuanto Johnny vio por la ventana lo que aquel indeseable acababa de encender, se zafó de los brazos de Ophelia Ivory de una instantánea sacudida y corrió hacia la puerta.

Sé que todo sucedió en unos segundos, pero yo pude verlo todo a cámara lenta. Johnny abrió la puerta y echó a correr hacia los tres encapuchados. Al verlo, el que llevaba el cóctel molotov echó el brazo hacia atrás para coger impulso y lanzarlo contra la casa. El de en medio, que ya habíamos dado por hecho que era Nathan Simmons, se agachó hacia el suelo para coger algo que tenía entre las piernas. Y el tercero siguió lanzando piedras, esta vez contra la figura de Johnny, ahora al descubierto y corriendo como un toro que pretendiera embestir con furia a aquellos cobardes atacantes.

El cóctel molotov salió entonces volando hacia la casa.

—¡Tomad, hijos de puta! Coceos en el infierno. ¡Yújuuuuuuu! —dijo el asaltante con entusiasmo al lanzarlo.

Pero Johnny saltó como nunca había visto saltar a nadie antes y alcanzó a desviar la botella llena de líquidos inflamables y odio, dándole un manotazo que la desvió por completo y la envió contra el suelo. Acababa de salvar –de momento– la casa y a nosotros de un enorme desastre.

La botella estalló contra la tierra y hubo un destello inmediato que me hizo cerrar mi ojo. El calor casi me quema las pestañas.

Cuando volví a abrirlo, había un círculo de fuego en suelo, de unos tres pies de diámetro, fuera de la casa, y a otros tres de distancia del porche, pero por suerte no había madera ardiendo, solo la tierra empapada con la gasolina y el aceite de la bomba incendiaria.

Johnny seguía corriendo hacia los tres encapuchados. Las piedras del malhechor que continuaba lanzándolas silbaban alrededor de la atlética figura de Johny, sin rozarle, como si este estuviera impregnado con un repelente de piedras. El que acaba de enviar el cóctel molotov a la casa estaba inmóvil, traspuesto, entendí yo, por el fallido resultado de su maliciosa acción.

El del medio, sin embargo, ya había cogido lo que guardaba en el suelo, entre sus piernas, que no era otra cosa que otro cóctel molotov. Lo encendió con rapidez y echó su brazo hacia atrás para coger todo el impulso posible antes de lanzarlo contra la casa. Pero Johnny lo alcanzó antes a él y lo embistió de tal forma que cayó hacia atrás, soltando la bomba encendida y haciendo que esta estallara en medio de la calle, formando otro círculo de llamas que, de nuevo por suerte, no llegó a tocar nada que pudiera arder extendiendo el fuego.

Mis amigos se habían acercado a la ventana, junto a mí, y vieron el final de la heroica acción de Johnny con claridad.

Johnny estaba entonces en el suelo y trató de levantarse, para echarse encima del que todos creíamos que era Nathan, que tumbado bocarriba movía brazos y piernas, supongo que sin creerse aún lo que le acababa de pasar, pero una patada por el costado derecho de uno de los otros encapuchados hizo tambalearse a Johnny y caer violentamente de lado. Ese golpe, seco y duro, directo a las costillas, nos dolió a todos los que, desde la prudente distancia que nos resguardaba dentro de la casa, contemplábamos horrorizados cómo la gesta de Johnny empezaba a tornarse sacrificio. Pero el hermano de Elmer no había dicho aún su última palabra.

El tercer encapuchado también trató entonces de propinarle una patada por el costado opuesto, pero Johnny, en un movimiento rápido y brusco, consiguió agarrarle la pierna con las dos manos, antes de que llegara a golpearle y, provocando un giro antinatural en su rodilla, tumbó de golpe al tercer agresor, el cual inundó el aire con un aullido de dolor que casi sonó más animal que humano, mientras se agarraba su maltrecha rodilla derecha con ambas manos.

El encapuchado que le había dado la primera patada iba hacia él de nuevo con rabia. No podía ver sus ojos, pero seguro que estaban henchidos en sangre y odio. Johnny debió intuirlo, o quizás incluso verlo con el rabillo del ojo, pues alargó su pierna derecha, haciendo que su pie impactara de lleno en el estómago del encapuchado, que cayó de culo hacia atrás con un bufido implosivo.

No sé de dónde sacó fuerzas Johnny, pero consiguió entonces acercarse al indeseable que nosotros creíamos Nathan, el cual todavía estaba bocarriba en el suelo, algo más incorporado pero aún perplejo por la inesperada situación. Lo único que pudo hacer antes de que Johnny se terminara de abalanzar sobre él fue proferir otra ráfaga de insultos rápidos, que quedaron cortados de golpe cuando el puño de Johnny impactó en su cara, manchando de inmediato de roja sangre la blanca capucha que ocultaba el rostro de aquel cobarde indeseable.

Dos puñetazos más logró atizar Johnny en la cara de aquel maldito racista antes de que el

secuaz que aún conservaba las dos piernas intactas pudiera levantarse y agarrarlo por detrás, librando a su colega de más embestidas. De nada sirvió el grito de «¡Cuidado!» que la madre de Terence exhaló desde la ventana, tratando de prevenir a su valiente caballero. El encapuchado arrojó a Johnny hacia atrás y le golpeó la cabeza contra el suelo.

Una patada, ahora en la cara, hizo más daño que ninguno de los golpes anteriores y dejó a Johnny medio grogui. El encapuchado que había quedado cojo por el movimiento anterior de Johnny se había arrastrado hasta él y se ensañaba con fuerza contra su costado. Y, lo peor de todo: el encapuchado que había recibido más por parte de Johnny, ahora con la capucha medio roja, se había levantado y avanzaba hacia el cuerpo apaleado de nuestro héroe con pasos tan firmes que casi podría decir que yo, desde mi segura y alejada posición, notaba el suelo retumbar con cada uno de ellos.

Los insultos volaban. Oí toda clase de atrocidades verbales, pero lo que más dolían era las patadas y puñetazos que el pobre Johnny estaba recibiendo, ya como un guiñapo, en el suelo, sin posibilidad de recuperarse ni defenderse. Estoy bastante seguro de que aquella escena ha sido lo más cobarde y malsano que yo haya tenido la mala suerte de presenciar en vivo y en directo en toda mi vida. Y, sin embargo, no fui capaz de mover un músculo, salvo los de mis nerviosos dedos enredados en la cadena de plata que poco a poco ahogaba mi cuello.

La madre de Terence salió entonces corriendo de la casa, gritando como si la estuvieran despellejando viva. No sé si trataba de ahuyentar a los agresores, desviar su atención para aliviar el daño a Johnny, o llamar la de los vecinos pidiendo ayuda. Penny salió tras ella. Al principio pensé que con ánimo de sujetarla. Pero esa no era mi Penny. De hecho, por el camino cogió una de las piedras que nos habían lanzado los encapuchados y, no sé si con más suerte que puntería, la lanzó con fuerza hacia los agresores, acertando en el brazo de uno de ellos, que giró entonces su cabeza hacia las dos decididas mujeres que iban hacia ellos sin ningún tipo de miedo.

Terence se incorporó, con la ayuda de Abe. Ambos parecían estar conectados por alguna fuerza invisible porque, sin hablarse, se empezaron a mover al unísono y, tan solo cruzando un par de miradas, salieron corriendo también hacia la pelea. La cojera de Terence casi pareció desaparecer de repente.

Ophelia y Penny ya habían llegado donde los encapuchados. Ophelia, que iba delante, recibió un fuerte empujón de uno de ellos –el que estaba de pie con la capucha aún limpia, sin sangre– y cayó al suelo de espaldas, pero al menos consiguió que el malhechor dejara de patear a Johnny. Además, ese movimiento contra la madre de Terence permitió a Penny atacarlo por detrás, saltando sobre su espalda y sujetando los brazos del infame cobarde con toda la fuerza que pudo.

Yo no podía creer lo que estaba viendo. Sabía que Penny era valiente, la más valiente del grupo, de hecho, pero aquello rozaba la inconsciencia. Si ya antes la admiraba, aquel gesto de valentía desinteresada me hizo subir la altura del pedestal en el que la tenía. Penny, aunque era ágil y estaba en forma, seguro que no tenía ni la mitad de fuerza que aquel desagradable agresor, pero sí el doble de coraje. Para empezar, iba a cara descubierta, no como los cobardes que habían intentado, resguardados bajo el anonimato de un trozo de tela, incendiar la casa de Terence con todos nosotros dentro. Y, para seguir, no se había parado un segundo a considerar que sin armas ni nada con qué defenderse, y por mucho ímpetu que le pusiera, ella resultaba un rival relativamente fácil de anular.

Ophelia gritaba desde el suelo, más impotente que dolorida.

Terence y Abe llegaron a donde estaba el agresor que había quedado cojo y se arrastraba en el suelo, y empezaron a propinarle patadas en su pierna herida, la derecha, como si su rodilla fuera

un balón de fútbol. Así consiguieron que este se apartara también de un ensangrentado Johnny, que ya solo era agredido por un único indeseable; el que, con la capucha bicolor rojiblanca, seguía ensañándose con el cuerpo inerte que se convulsionaba a cada patada y golpe recibido.

Toda aquella terrible escena estaba iluminada por los dos círculos de fuego que habían provocado las bombas incendiarias al caer al suelo y estallar en mil cristales y fluidos inflamables, lo que le daba un aspecto a todo aún más dantesco.

Yo, completamente paralizado por el miedo, permanecía resguardado en la casa, tras una ventana rota cuyos cristales habían sido sustituidos por un velo de vergüenza. Mi corazón se moría por salir y ayudar a mis amigos, pero mi instinto de supervivencia me mantenía inmóvil. Era plenamente consciente de lo que estaba pasando y de cuál debía ser mi papel, según los valores éticos que en mi interior profesaba. Quise llamarlo prudencia, pero en realidad sabía perfectamente que era un miedo visceral, primitivo, lo que me retenía allí. Tenía ganas de vomitar. No podía creer que fuera el único de los presentes que no iba a mover un dedo para defender lo justo, para proteger al débil, para quizás incluso volver a salvar una vida (o vidas). Yo, uno de los héroes más reconocidos de Fortress Flint, que con algo menos de nueve años había sido capaz de arrastrar a mi madre inconsciente fuera de un incendio, arriesgando mi vida para salvar la suya, ahora no era capaz de mover un músculo para echar una mano a mis amigos. ¿Dónde estaba el héroe ahora?

El encapuchado que tenía a Penny subida a la espalda se revolvió y la tiró al suelo. Miró a las dos mujeres un segundo, babeando maldades e improperios. Y fue a acercarse a ellas, seguro que para hacerles daño. Pero de pronto se paró en seco y se calló, como si hubiera visto un fantasma.

En realidad había visto a tres. Pero no eran fantasmas. Eran tres vecinos que habían oído todo el escándalo y habían salido a la calle a ayudar a los que estaban siendo atacados por encapuchados. Tres hombres, bastante corpulentos, que venían corriendo hacia la pelea. Uno de ellos era enorme y llevaba un bate de béisbol. El segundo parecía mayor, con una prominente barriga y una llave inglesa gigante en una de sus manos. El último, que era más delgado y parecía el más joven de los tres, llevaba lo que me pareció un palo y lo agitaba con fuerza mientras corría.

Entonces, el encapuchado reaccionó y se giró a sus compañeros.

—¡Hey! Vámonos.

El de la capucha manchada no creo que lo oyera y el otro se revolvía como podía desde el suelo para evitar las patadas de Terence y Abe.

El encapuchado se acercó entonces a su colega, que seguía golpeando de forma salvaje a Johnny, y lo agarró por los hombros. Casi se lleva un golpe de su «amigo» al hacer este gesto.

—Déjalo ya. Tiene su merecido y tenemos que irnos. ¡Venga! —insistió, haciendo ver a su infernal colega que los tres hombres que se dirigían hacia ellos con cara de pocos amigos y portando rudimentarias armas suponían unos excelentes argumentos para salir pitando de allí.

Los golpes a Johnny pararon. Los dos encapuchados de pie se giraron hacia su amigo, aún en el suelo, luchando como podía con Abe y Terence. Empujaron a ambos chavales, que no pudieron hacer nada para no apartarse, recogieron al encapuchado cojo del suelo y lo ayudaron a meterse en la furgoneta marrón en la que habían venido. Arrancaron justo cuando el hombre con el bate de béisbol llegó a la furgoneta y pudo golpear el lateral, haciendo una apreciable abolladura en su puerta derecha.

La enorme polvareda que levantó la furgoneta al partir, derrapando por los bruscos acelerones que su conductor, tardó bastante en disiparse. Los dos círculos de fuego que poco a poco iban

consumiéndose –sin dejar daños, por suerte– seguían iluminando la escena. Una escena de dolor, de excitación y de vergüenza.

Dolor representado en el cuerpo, retorcido y apaleado, de un hombre joven cuyo único delito había sido amar a una mujer cuya piel era de un color diferente al suyo, y por el que había pagado con sangre; sangre que se extendía por el suelo de la calle formando un barro muy oscuro con la tierra.

Excitación por los corazones acelerados de todos nosotros; de Ophelia y Penny, cuya heroicidad y valentía casi podía compararse a la del pobre y maltrecho Johnny; de Terence y Abe, que se miraban exhaustos, sin creerse aún lo que acababan de hacer; de los tres vecinos que jadeaban por la carrera que habían dado para llegar allí, parando el ataque de los encapuchados y evitando con ello que la situación hubiera llegado a algo aún peor; y el mío propio, por más que yo solo hubiera sido un mero espectador aventajado de toda la acción, desde la seguridad interior de la casa de Terence.

Y vergüenza, por partida doble. Primero, porque aparte de rabia, la vergüenza era el otro sentimiento que afloraría en el pecho de cualquier ser humano al tomar conciencia de que el asqueroso e indeseable comportamiento que acabábamos de presenciar provenía de elementos de nuestra misma especie. ¿Cómo podía un ser humano cometer tal salvajada? Y segundo, porque ahora que la pesadilla iba pasando, fue cuando caí de verdad en la cuenta de mi cobarde comportamiento. Había tenía demasiado miedo; tanto que este había sido más fuerte que mi compañerismo, que mi compromiso con mis amigos, que mi intolerancia a la injusticia. La impotencia y el no saberme vencedor de aquel enfrentamiento –ni siquiera cuando vi que todos los demás iban a ayudar al desvalido Johnny– habían sido los grilletes que me habían hecho permanecer impasible ante tal horror. Me doy asco a mí mismo por mi comportamiento aquel día, pero no puedo contar la verdad de otra forma.

Ophelia corrió hacia el cuerpo ensangrentado de Johnny. Estaba inconsciente, pero aún respiraba.

Salí entonces de la casa, y me acerqué a mis amigos. Ninguno pareció darse cuenta de que antes yo no había estado allí, con ellos. Nadie me dijo nada ni me reprochó mi ausencia en la pelea. Creo que ninguno era muy consciente de lo que acababa de suceder y de cómo había sucedido.

Los tres vecinos se agolparon en torno a Johnny y ayudaron a Ophelia a incorporarlo un poco, pero su cabeza se movía hacia los lados como si su cuello no tuviera un solo músculo. Ophelia buscó las llaves del automóvil de Johnny en los bolsillos de su pantalón, y entre los tres hombres lo metieron en el coche.

—Me lo llevo corriendo al hospital —nos dijo con lágrimas en los ojos, pero algo más calmada —. Por favor, quedaos con Terence. No me gustaría que se quedara solo después de lo que acaba de ocurrir.

—Por supuesto —respondió Penny.

—Ve tranquila, mamá. Ocúpate de Johnny y deséale lo mejor de nuestra parte cuando recupere la consciencia —añadió Terence.

Ophelia se giró y se metió en el coche. Arrancó y justo antes de pisar el acelerador, sacó la cabeza por la ventanilla y nos dijo:

—Muchísimas gracias, chicos. Por todo.

Aquellas palabras me dolieron como si me hubiera clavado un puñal en las costillas y lo estuviera retorciendo con sadismo.

El hombre más corpulento de los tres vecinos que habían acudido a ayudar se había montado en el coche para ayudar a Ophelia con Johnny y vigilar de cerca al grave herido. El coche rugía ya en la distancia con ronco cantar.

El más joven de los tres había vuelto a su casa y, en medio del camino, alguien le había dado un par de cubos de agua, y se acercaba ahora con ellos a los dos círculos de fuego que seguían llameantes enfrente de la casa de Terence. Justo antes de que echara el primero en el fuego más cercano a la casa, Terence le advirtió que el fuego podía contener aceite, algo muy habitual en los cócteles molotov para conseguir que la gasolina se disperse lo máximo posible al romperse el recipiente que los contiene, y que si echaba agua solo conseguiría extender el fuego; que lo mejor era echarle tierra encima, para ahogarlo. El hombre dejó los cubos en el suelo y empezó a tirar tierra con los pies al fuego, consiguiendo que este se extinguiera más rápido que lo que lo venía haciendo a causa de su propia asfixia natural. Todos nos acercamos para ayudarlo y muy pronto la noche volvió a ser más oscura sin las anaranjadas llamas que había provocado las dos bombas caseras.

El vecino de la prominente barriga, que aún sujetaba la enorme llave inglesa en una de sus manos, se dirigió entonces a nosotros.

—¿Estáis bien, chicos? ¡Menudo susto!

—Sí, estamos bien. Muchas gracias —respondimos casi al unísono.

—Pero ha sido más que un susto, señor Brown —añadió Terence, que obviamente conocía a su vecino—. Johnny sangraba mucho y estaba inconsciente.

—Sí, tienes razón —admitió con solemnidad, reconociendo que no estaba hablando con niños pequeños, a los cuales hay que suavizarles la crudeza de la realidad—. Pero ese muchacho parecía bastante fuerte y estoy convencido de que se recuperará. Además, hemos conseguido que esos cabrones huyan sin hacer tantos destrozos como pretendían.

—Eso es cierto, señor Brown. Si no hubiera sido por su intervención y las del señor Jackson y Mike, la foto sería ahora muy distinta, estoy seguro. Muchísimas gracias por todo.

Entendí que el señor Jackson era el hombre corpulento que se había marchado con la madre de Terence y el maltrecho Johnny, y que Mike debía ser el joven que seguía echando tierra encima de donde había ardido el fuego para asegurar que este estuviera extinguido del todo.

—No tienes por qué darlas, muchacho —contestó el señor Brown con su potente vozarrón—. Hemos hecho lo que cualquiera haría para defender a su gente. Igual que tus amigos.

Hubo una pausa en la que Terence nos miró, asimilando lo que acababa de ocurrir y cómo sus amigos habían ayudado a repeler el diabólico ataque que acabábamos de sufrir. Bueno, no todos sus amigos en realidad; aunque como todo había pasado muy rápido, creo que él no era en realidad consciente de mi ausencia durante el conflicto y solo se percató de mí al final, cuando ya había pasado todo y yo aparecí nítido en «la foto» de la escena.

—Mi mujer estaba llamando a la policía cuando yo salía de la casa para venir —continuó el señor Brown—. Supongo que estarán al llegar y tendremos que dar algunas explicaciones.

—¿Sabéis quiénes eran esos hijos de puta? —intervino entonces el joven que yo había deducido que era Mike y que ya no echaba más tierra con los pies a los restos extintos del fuego.

—Estamos bastante seguros de quiénes podrían ser… —empezó a decir Abe, aunque su convicción se redujo conforme pronunciaba las palabras—. Pero la verdad es que no les hemos podido ver la cara.

—Esos cobardes del Klan… hacía años que no tenía la desgracia de cruzarme con ninguno —se lamentó el señor Brown.

—¿El clan? —dije yo.

—El Ku Klux Klan —contestó Terence—. ¿Acaso crees que esas capuchas blancas son un complemento de última moda?

—Pero… pensaba que el Ku Klux Klan ya no estaba activo… o muy poco, y solo en algunos lugares del sur —repliqué yo, justificando mi anterior pregunta.

—El Klan estará activo siempre, allá donde haya un despreciable despojo humano con el corazón tan vacío como para creer que el color de la piel nos hace diferentes, que nos coloca en estados de privilegio distintos, que nos degrada en valores. Existirá siempre que haya gente con el odio suficiente como para emplear la violencia física como argumento de sus discursos.

—Pero ese tío era Nathan… Nathan Simmons, ¿verdad, Abe? Estamos seguros de que era él —dije yo alterado, mirando a mi pelirrojo amigo, intentando entender bien todo aquello—. ¿Quiere eso decir entonces que Nathan es del Ku Klux Klan? Pero si ese odia a todo el mundo, no solo a los de color.

Aunque sabía el momento que vivía el país respecto al racismo y era imposible estar ajeno a las noticias, por suerte no había tenido la desgracia de vivir de cerca nunca un acto de desprecio racial y cobardía tan radical como aquel.

—No sé si Nathan es del Klan o no. Y no me importa en absoluto. Pero los tres malnacidos que nos han atacado hoy han representado, con sus capuchas blancas y sus violentos actos, todo lo que hace que este país no sea el lugar en el que me gustaría que crecieran mis hijos, si alguna vez los tengo. Se llame Ku Klux Klan o «grupo de desalmados violentos racistas», el resultado es el mismo: rabia, dolor, sangre, miedo,… muerte —concluyó Terence con solemnidad y resignación.

—Terence, no digas eso. Se puede luchar contra eso —replicó Penny tratando de animarlo—. Se debe luchar contra eso.

—Sin haber podido verles las caras, la historia con la policía acabará antes de empezar —intervino Mike con resignación.

—¿Y la matrícula? —exclamó entonces Penny—. ¿Alguien ha visto la matrícula de la furgoneta?

La única respuesta que obtuvo fue un cáustico silencio y caras de decepción. Fue el señor Brown quien mató el silencio.

—Bueno, no tiene sentido darle más vueltas. No ha sido la primera vez que pasa algo así y no será la última. Terence, ¿quieres venir a casa? Mi mujer ha hecho cena para un regimiento… Vosotros, chicos, también podéis venir, por supuesto —concluyó dirigiendo su mirada hacia nosotros.

—Muchas gracias, señor Brown. Pero me quedaré en casa con mis amigos. Hoy estábamos celebrando mi cumpleaños y tenemos aún comida y juegos con los que pasar el rato e intentar olvidarnos de este desastre.

—Como quieras, Terence. Ya sabes dónde estamos. —Y girándose hacia su casa terminó con un—: Y, por cierto, ¡feliz cumpleaños!

Nosotros volvimos con paso lento y apesadumbrado hacia el interior de la casa de Terence. Guardábamos silencio, arrastrando los pies; supongo que cada uno iba, a su manera, pensando en lo que había sucedido y en todos los detalles que, en el fulgor de la acción, no habíamos sido capaz de identificar bien, de asimilar.

Entonces, por fin, llegó la pregunta que había estado temiendo desde que había conseguido sacar la cabeza de mi culo y salir de la casa para estar con los demás. Y la hizo mi amigo Abe.

—Will, ¿tú has salido de la casa detrás de nosotros? Es que ahora mismo no soy capaz de recordarte en la escena.

Pensé muy rápido. Mentir del todo sería contraproducente, en cualquier caso. No sabía si alguno de los otros podría deshacer mi historia si llegaba a contar que salí de la casa y estuve luchando junto a ellos. Pero tampoco podía quedar como el cochino cobarde que había sido. No delante de mis amigos. No delante de Penny.

Sí, además de cobarde, era un mentiroso.

—No podrás acordarte nunca, porque cuando he llegado casi había terminado todo —empecé —. Cuando salisteis por la puerta, yo me había levantado del suelo y me disponía a correr detrás de vosotros, pero los nervios y mi único ojo me jugaron una mala pasada y mi pie se enganchó con algo, tropecé, caí y me di un golpe en la cara. Me da un poco de vergüenza. Espero que no me salga un moratón. Ha sido aquí en el pómulo —seguí mintiendo, señalándome el lado derecho de la cara—. Me quedé atontado unos instantes y, cuando me recuperé y logré salir afuera, los encapuchados ya se estaban montando en la furgoneta.

Las miradas de mis amigos no mostraron ninguna incredulidad ni recelo sobre mi historia. ¿Por qué deberían? Pero mi mentira me dolió más a mí que a ellos. Ese algo con lo que había tropezado había sido mi propia cobardía, pero obviamente me reservé ese detalle.

—Y vosotros, ¿estáis bien? —pregunté para cambiar un poco el foco de la conversación lejos de mí.

—Yo tengo el trasero un poco dolorido —contestó Penny—. Uno de esos imbéciles me tiró hacia atrás mientras lo agarraba por la espalda. Al menos conseguí hacer equipo con tu madre, Terence, y distraer a uno de ellos de la paliza que le estaban propinando al pobre Johnny. ¿Estará bien?

—Seguro que sí. Ya lo verás. Mi madre siempre me dice que los médicos de guardia del John Morris son de los mejores del país —dije yo sin tener la menor idea, pero con la intención de reconfortar un poco a mi amiga.

—Pues nosotros hicimos algo más que distraer a otro de esos cabrones, ¿eh, Terence? —comentó Abe levantando la mano para chocarla con su compañero de refriega.

—Sí, es verdad —replicó Terence chocando con Abe y sonriendo por primera vez desde el comienzo del incidente—. Le hemos dado una buena sarta de patadas a ese malnacido.

—Con lo que le ha hecho Johnny y lo que le hemos hecho nosotros, ojalá se quede cojo para siempre —siguió Abe, aunque de pronto se puso blanco al darse cuenta de que había deseado a alguien una cojera justo al lado de alguien que la tenía, por enfermedad—. Uppps, disculpa, Terence.

Pero Terence, lejos de sentirse ofendido, nos sorprendió a todos.

—Tienes toda la razón, Abe, ojalá se quede cojo para siempre.

Y ambos empezaron a reírse a pleno pulmón.

Penny y yo también nos sumamos.

Una vez dentro de la casa, Penny sacó su lado práctico a relucir.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Anulamos nuestro plan de búsqueda del tesoro en la fortaleza para esta noche?

Terence la miró con los ojos muy abiertos, casi ofendido.

—Ni de broma. Esos desalmados no van a trastocar nuestros planes. Además, ahora más que nunca necesito algo que me saque de esta asquerosa realidad que acabamos de vivir. —Y

continuó con tal convicción que ninguno podríamos haberle llevado la contraria—. Coged el pico, las palas y las bicis. Cerraré la casa y salimos ahora mismo hacia la fortaleza.

# Los fisgones

Pedaleábamos con fuerza. Las seis ruedas rechinaban contra las piedrecitas del sendero que habíamos tomado para llegar a la fortaleza. Era un camino de tierra que rodeaba el pueblo por el noroeste y que empezaba a unas cuatrocientas yardas de la casa de Terence. Aquel sendero tenía unas dos millas de largo y discurría en una pequeña pendiente ascendente; como ascendente era nuestro ánimo y nuestra emoción, y eso a pesar de lo turbadora que había sido la situación vivida tan solo un rato antes.

Abe llevaba a Terence en su bici, y Terence llevaba una bolsa con cuatro sacos doblados en su interior, los mismos que había sugerido Penny que nos servirían para meter el tesoro que todos íbamos dispuestos a encontrar esa noche. Penny llevaba el pico colgado a la espalda, sujeto por una gruesa cuerda. Otro trozo de una cuerda similar sujetaba las dos palas a mi espalda.

Casi no hablamos durante el trayecto. Necesitábamos todo el aliento para mantener el ritmo, sobre todo Abe, que era el que más peso llevaba; y, sin embargo, también era el que más ganas parecía tener de hablar, como cuando en medio de una de las subidas se le ocurrió decir:

—Terence, supongo que tú no podrás montar en bici.

Lo dijo sin ningún tipo de tacto, sin duda, superado por el esfuerzo que estaba haciendo al acarrear a su amigo.

—Sí que puedo. ¿Por qué lo dices? —respondió Terence, inocente y casi ofendido.

—Pues por tu pierna. ¿Por qué lo voy a decir? —siguió Abe.

—Para ahora mismo, bájate de la bici y te demostraré que puedo pedalear mucho mejor que tú —respondió Terence, ahora sí del todo indignado y dándole un puñetazo en la espalda a Abe.

—Vale, vale. Te creo —replicó Abe, entendiendo que había metido la pata.

—Si no tengo bicicleta no es porque no pueda o no sepa montar. No sé si te has fijado en mi barrio o en mi casa… pero tenemos otras carencias más importantes que cubrir en mi familia antes que conseguir una bicicleta para mí.

—Lo siento, amigo —se disculpó Abe—. He sido un tonto sugiriendo lo contrario.

Y siguió pedaleando y jadeando al unísono.

Yo, a pesar de mi creciente excitación por la aventura que estábamos a punto de vivir en la fortaleza, no dejaba de darle vueltas a lo que había ocurrido un rato antes. ¿Quiénes serían aquellos encapuchados? Estaba bastante seguro que el de en medio, el más corpulento, era Nathan Simmons. Y Abe también parecía haberlo corroborado, por la voz. Y si ese era Nathan, los otros dos serían seguramente Russell Craig y Marky McDonald. Los tres eran de la misma edad, dos o tres años mayores que nosotros. Russell era un tipo alto, como Nathan, pero bastante más delgado. Marky era más bajo, pero igualmente atlético. Tanto uno como otro seguían a Nathan como las ratas al flautista de Hamelín. Porque eran eso, ratas. Ratas enormes y asquerosas. Los tres tenían siempre una cara de asco y prepotencia ante la vida que provocaba que cualquiera que se cruzara con ellos evitara mirarlos directamente. Por un segundo di gracias por las capuchas que esa noche habían llevado aquellos indeseables ya que, aunque eso nos había impedido identificarlos con claridad, por otro lado nos había librado de tener que contemplar sus repulsivos rostros.

Se me ocurrió que sería sencillo corroborar si habrían sido ellos los asaltantes si en los días siguientes los veíamos (mejor solo de lejos) y uno de ellos cojeaba, ya que el giro de rodilla que le había «regalado» Johnny y las patadas que le habían propinado Abe y Terence seguro que lo dejarían tocado una temporada. Lástima que eso no sirviera para denunciarlo ni para que la policía pudiera intervenir.

Además, la descripción de la furgoneta era muy vaga. Más allá del color y la abolladura que el golpe de uno de los vecinos le había hecho en un lateral, no teníamos en aquel momento nada para relacionarla de verdad con Nathan ni con ninguno de los agresores. Nada que hubiera servido para meter entre rejas a esos indeseables.

También me preguntaba qué llevaba a una persona a tener el alma tan llena de odio hacia otra, sin que esta última le hubiera hecho nada malo directamente, ninguna ofensa, ningún agravio. Quizás era solo que, para esos cerdos, el hecho de que Johnny saliera con una mujer de color fuera el mayor agravio posible. Pero ¿por qué? Para eso no tenía respuesta.

Tan absorto iba en mis pensamientos que el camino, a pesar del peso que cargaba, se me hizo muy corto y, cuando quise darme cuenta, estábamos ya enfilando la verja de entrada al recinto de la fortaleza.

Dejamos las bicis en un lateral, escondidas entre unos arbustos, solo por si acaso. No queríamos que nadie supiera que había alguien por allí. A esa hora aquel no era un lugar nada concurrido y las explicaciones para justificar el hecho de estar allí eran pocas y todas malas; incluso la verdadera.

Nos dirigimos a la verja. No diría que lo recuerdo como si lo hubiéramos hecho a propósito, pero sí que hubo un cierto halo de solemnidad en aquel pequeño trayecto. A lo mejor el silencio que los cuatro mantuvimos vivo contribuyó a ello.

Ahora que lo pienso, en realidad parecíamos el principio de un chiste malo. Un cojo pequeñajo, una chica medio tartamuda con guantes (en pleno verano), un gordito pelirrojo con hiperacusia y un tuerto cobarde y desgarbado se dirigen en plena noche a buscar un tesoro en una fortaleza. Casi normales.

Al llegar a la verja lanzamos el pico y las dos palas por encima de ella. No era muy alta; unos ocho pies. Casi tenía una función más de adorno que disuasoria. Por supuesto, no era la puerta original, la cual, casi con toda seguridad, ni siquiera habría sido una verja.

Después Terence lanzó también la bolsa con los sacos.

Penny fue la primera en acercarse y empezar a trepar. Iba a ofrecerle mis manos para que se apoyara, ayudándole en la escalada, pero cuando quise darme cuenta ya estaba en lo más alto de la verja, pasando al otro lado y dejándose caer desde arriba con un salto felino que nos dejó a todos boquiabiertos.

Terence fue el siguiente en intentarlo. La carencia de fuerza en su pierna enferma la suplía con una asombrosa agilidad y buenos músculos en los brazos. Tardó más que Penny en llegar arriba, pero aun así también nos dejó impresionados. Su bajada en el otro lado, eso sí, no fue tan acrobática como la de Penny, sino que descendió poco a poco, agarrándose a los hierros con manos y pies, hasta llegar sin saltos al suelo.

Abe me miró y no tuvo que decir nada. En un segundo, mis manos le sujetaban un pie y lo ayudaban a llegar a la parte alta de la verja. Una vez estuvo agarrado arriba, le empujé un poco las piernas y pudo sobrepasar la verja. En el otro lado, se fue descolgando de forma bastante torpe pero segura, hasta que sus brazos estuvieron estirados y sus pies a un par de palmos del suelo, desde donde saltó sin ningún peligro.

Solo quedaba yo, que en principio podía pensarse que era el que más fácil lo tenía porque con mis brazos estirados casi llegaba a lo más alto de la verja.

—¿Te echo una mano? —dijo, servicial, desde el otro lado Abe, recuperando el aliento—. Si meto los bazos entre los barrotes puedo darte un buen apoyo para que te sea más fácil trepar.

No quería parecer menos que Penny ni Terence, así que rechacé la ayuda con arrogante amabilidad. Di un alto brinco y pude encaramarme bien a la parte alta de la verja. No voy a presumir aquí de agilidad ni fortaleza, pero saltar la verja me costó menos de lo que pensaba en un principio. Intenté imitar el salto de Penny desde arriba y, aunque no me quedó tan estético como a ella, llegué al suelo del otro lado de pie y con la confianza intacta.

Ya estábamos dentro. No había vuelta atrás. El delito de allanamiento ya estaba cometido. El de cavar no iba a llegar nunca a ser considerado destrozo de la propiedad pública, porque al final de nuestra aventura pensábamos dejar todo tal y como estaba. El pulso se me aceleró; y estoy casi seguro de que a mis amigos también. Y la adrenalina que nos inundaba empezó a sentirse en nuestras miradas.

Teníamos que cavar en tres sitios. Bueno, con algo de suerte en menos, si es que encontrábamos el tesoro antes de llegar al final del recorrido que esa noche habíamos trazado. Empezaríamos por la cara sur, donde solo había un habitáculo con un suelo que pudiera excavarse. Luego, en caso de no encontrar nada en la primera habitación, cruzaríamos el patio hacia el muro norte, concretamente a la estancia que habíamos identificado como viable y que se encontraba en el centro aproximado de dicho lateral. Y, finalmente, si tuviéramos que llegar al tercer habitáculo, este sería el que se encontraba en esa misma cara norte, pero pegado a la derruida torre noreste.

Cada uno tenía su estancia favorita, la que creía que iba a ser la que contuviera en sus entrañas el tesoro que ansiábamos encontrar: el tesoro de Abercrombie, robado al ejército inglés, ocultado en uno y otro sitio; un tesoro que parecía casi maldito, por la historia que nos había contado Terence, y que podía llevar doscientos años esperando respirar de nuevo aire puro y limpio. La emoción que habitaba en nuestros corazones en ese momento, dirigiéndonos a la primera de las salas elegidas para la excavación, solo puedo describirla como la que sentiría un niño ante el taller de Santa Claus o en la entrada de un parque de dinosaurios. Sí, era algo infantil, pero era auténtico.

Como digo, cada uno pensaba que el tesoro estaría en una estancia. Terence estaba convencido de que se encontraría en la primera, la de la cara sur; según él, la más próxima a lo que podía haber sido la habitación de Morgan Blackbelt (o incluso la propia habitación de Blackbelt). Abe se inclinaba más por la sala del centro de la pared norte, aunque no diría que hubiera apostado su vida por ello, quizás solo lo hacía para llevarle la contraria a Terence. Penny y yo nos decantábamos por la tercera estancia, la adjunta a la torre noreste, pero a decir verdad creo que era solo porque olía a podrido y parecía la más lúgubre de las tres, lo cual nos evocaba, al menos a mí, al mejor escenario que podría usarse en una película para esconder un tesoro.

Al entrar en la primera estancia nos dimos cuenta de algo muy obvio pero que se nos había pasado por completo a casi todos: la luz de la luna esa noche no era suficiente para iluminar correctamente la habitación, y la iluminación exterior de la fortaleza –lo único que quedaba encendido durante la noche– era demasiado tenue como para que aquella estancia se beneficiara de ello. El momentáneo agobio que sentí al entrar en la oscura sala y ser consciente de mi estupidez al no haber tenido en cuenta aquello se disipó al instante ya que Terence, que era de

largo el que más había pensado en el plan de los cuatro, sacó una pequeña linterna de su bolsillo e iluminó la habitación lo suficiente como para que se pudiera trabajar de forma cómoda.

Colocó la linterna cerca de la puerta, encima de una caja que encontramos en la propia sala, apuntando al interior con un ángulo abierto para que la iluminación fuera lo más completa posible. Nosotros nos colocamos al otro lado para procurar que las sombras que proyectaban nuestros cuerpos al interrumpir el haz de luz de la linterna se quedaran en la pared del fondo y no nos entorpecieran demasiado el trabajo.

Comenzamos a cavar justo en el centro. No sé por qué pensamos que, si para nosotros era el sitio más cómodo para hacerlo, para Morgan también lo hubiera sido; aunque aquel inocente razonamiento parecía el de un niño de cinco años.

Abe cogió el pico y comenzó a remover la tierra. Yo cogí una de las dos palas y me dediqué a apartar lo movido, aunque pronto empecé a cavar también, con un poco más de esfuerzo, en zonas colindantes donde la tierra podía extraerse sin necesidad de romperla primero con el pico. Penny tenía la otra pala y comenzó a hacer la misma operación que yo.

La tierra estaba razonablemente blanda. Los ánimos intactos. Las fuerzas completas (el esfuerzo de la subida en bici no se nos notaba a ninguno). Terence, al principio, se turnaba el pico con Abe cada cinco minutos. Y luego empezamos a ir rotando e intercambiándonos entre todas las tres herramientas de forma que nunca ninguna estuviera parada. Pero eso fue solo la primera media hora.

Estimamos que cavar entre tres y cuatro pies hacia bajo era suficiente para descartar un lugar como posible escondite del tesoro en caso de no encontrar nada a esa profundidad. Además, en algunos sitios dábamos con roca maciza incluso antes de esa profundidad.

Los sudores empezaron a aparecer y el cansancio físico se hizo más intenso conforme íbamos descartando sitios en la habitación y no encontrábamos lo que buscábamos.

Tardamos casi una hora en revisar toda la estancia. Fuimos desde el centro hacia las paredes y, como no teníamos sitio para ir dejando la tierra removida y además teníamos que dejar todo más o menos igual que cuando llegamos, íbamos rellenando los huecos revisados con la misma tierra que habíamos sacado de ellos.

Abe intentaba animar la fiesta con chistes, pero su gracia se fue perdiendo con los jadeos y el cansancio.

Yo les hablaba de cine y les contaba anécdotas que había aprendido del señor Giddens, aunque sabía que mis banales palabras eran oídas pero no escuchadas. En cualquier caso, también me quedé pronto sin fuelle.

Penny seguía preocupada por el incidente con los asaltantes de esa noche. No lo decía de forma explícita, pero yo se lo notaba; además, ella había hecho algunos breves comentarios por el camino hacia la fortaleza que ponía de manifiesto su disgusto. Estaba menos aguda, menos participativa que de costumbre. Yo intuía que ella seguía preocupada por no poder confirmar si aquellos tres indeseables eran solo tres gamberros llevando de forma puntual demasiado lejos sus radicales ideas o si era la punta del iceberg de algo más profundo, más arraigado en la comunidad en la que vivíamos, más como un cáncer oculto que, cuando es descubierto, ya es demasiado tarde para extirparlo; y te mata.

Terence estaba muy concentrado en el trabajo. Muy serio. Y no articulaba palabra. A pesar de ser el más menudo de los cuatro era el que llevaba el ritmo más constante; y el que descansaba menos. Sudaba igual que nosotros, pero no parecía afectado físicamente por el esfuerzo. Creo

que era su férrea convicción lo que alimentaba sus pequeños músculos y le daba un extra de energía.

Pero la convicción no basta para hacer realidad algunos sueños, como buscar un tesoro que a lo mejor ni existía; o si existía no había estado en aquella fortaleza; o si había estado no lo había hecho en aquella sala; o quizás sí hubiera estado antes, pero ahora ya no estaba allí.

Nos costó un poco, por el golpe moral que suponía, abandonar esa primera estancia, dejándolo todo más o menos como estaba al principio de la noche. Es cierto que habíamos dejado la tierra del suelo más blanda de lo que estaba, pero alisamos razonablemente bien el piso con los pies y, según nuestro pobre criterio, las marcas de nuestra incursión quedaron camufladas.

Eran las diez y media cuando cruzamos el patio, con los pies pesados y el ánimo algo más hundido que al principio, hacia la segunda sala a explorar.

Terence trató de insuflar un poco de esperanza ante el fúnebre silencio que llevaba nuestra comitiva. Todos le devolvimos una sonrisa cómplice. Queríamos seguir creyendo en nuestras posibilidades de éxito. Al fin y al cabo, aún teníamos un sesenta y siete por ciento de opciones de encontrar lo que buscábamos.

Sin embargo, la segunda sala que visitamos aquella noche no contribuyó a mantener esa esperanza viva. Era una sala en el centro de la cara norte. Nada especial en ella, salvo que lo que al principio creíamos que era un suelo de tierra ideal para cavar y esconder un tesoro pronto se reveló como una simple alfombra gruesa encima de la negra roca de aquel enorme peñasco que sostenía la fortaleza. La tierra de la sala no llegaba a los dos pies de profundidad en ninguna parte de su superficie.

Conforme cavábamos aquí y allá, siguiendo el mismo esquema que en la primera estancia –del centro hacia fuera–, nuestra frustración crecía al comprobar que allí era imposible que nadie pudiera haber escondido ningún tesoro enterrado.

—¡Vaya mierda! —exclamó Terence cuando ya no quedaba ni un palmo de suelo por mover. Su cara estaba roja, pero no sabría decir si por el esfuerzo que llevábamos realizado o por el enfado por no conseguir encontrar lo que buscaba.

—Bueno, me he equivocado. Es obvio que aquí no hay nada —dijo Abe asumiendo que su «apuesta» sobre en cuál de las tres salas estaría el tesoro no iba a ser la ganadora. Y terminó quitándole un poco de hierro al asunto—. No se puede ser listo, guapo y además tener suerte en las predicciones.

—Todavía nos queda una sala —dijo Penny poniéndole la mano en hombro a Terence—. Seguro que está allí.

Tuve envidia de aquella mano en el hombro.

—Y, además, lo bueno es que el hecho de que esta habitación no tuviera profundidad suficiente nos ha hecho ahorrar tiempo y esfuerzo —añadí yo con optimismo.

—Claro, sí. Tenéis razón. Vamos a la siguiente. Seguro que está allí —dijo Terence reponiéndose.

Como en esa segunda sala habíamos invertido más o menos la mitad de tiempo que en la primera, debían de ser sobre las once de la noche cuando salimos de ella para desplazarnos un poco al este y entrar en la última estancia que nos quedaba por comprobar.

Nuestras esperanzas sobre el éxito de aquella furtiva incursión nocturna se habían reducido a un tercio de las que teníamos cuando habíamos llegado a la fortaleza. Pero, además, el cansancio acumulado no hacía más que aportar una variable adicional de desazón en nuestros corazones.

Terence era el que más tiempo y esfuerzo había puesto en las excavaciones. Los demás

habíamos ido perdiendo fuelle y eso se notaba en la intensidad de nuestros golpes con el pico y las palas y en los crecientes minutos de descanso que necesitábamos entre ejercicio y ejercicio.

La tercera sala era la más lúgubre de todas. Allí la única luz existente era la de la linterna de Terence, que además había perdido algo de intensidad en la última parte de nuestra excavación en la anterior estancia. Él se percató del tema.

—Hay que darse prisa en esta. No sé cuánto más aguantarán las pilas de la linterna y, sin ella, aquí no hay nada que hacer.

Eso nos hizo agilizar nuestros movimientos e incrementó nuestra intensidad, a sabiendas de que, aunque el esfuerzo fuera grande, era la única opción de acabar de registrar aquella sala a tiempo de tener luz suficiente para ver lo que estábamos haciendo.

Pronto descubrimos que el suelo de la sala tenía mucha más profundidad en la mitad oeste de la misma que en la mitad este, la que estaba más pegada a la semiderruida torre. Por lo que, descartada –para desesperación de Terence– la mitad este, concentramos nuestras energías en la parte oeste de la sala.

Cavamos y cavamos, en algunos puntos llegamos a los seis pies. Pero tampoco encontramos nada en esa sala. Fue la muerte de la linterna lo que detuvo a Terence de seguir cavando aún más profundo, porque nosotros tres hacía unos minutos que simplemente estábamos alisando con los pies las otras partes que ya habíamos vuelto a cubrir de tierra.

Cuando se hizo la oscuridad, hubo un silencio que pareció casi infinito.

Por la puerta de la sala entraba muy poca luz, pero de forma inteligente ése había sido el lugar que habíamos dejado por el final, así que el último de nuestros enormes agujeros en el suelo estaba muy cerca de ella y la luna nos ayudó a terminar de cerrarlo y alisarlo como pudimos. Confieso que con menos precisión que las primeras veces y, por supuesto, sin ninguna gana.

Nuestra última oportunidad de gloria parecía del todo desvanecida. Nuestros sueños de riqueza dieron paso a una realidad sucia, agotada y pobre, que además era aún más triste si cabe porque suponía el fin definitivo de una aventura con agrio desenlace. Aunque hubiéramos tenido más fuerzas y más luz, ya no teníamos más salas en las que buscar.

Morgan Blackbelt y el tesoro de Abercrombie empezaron a dibujarse en mi mente solo como un bonito sueño del que había que despertar ya.

Recogimos las herramientas y nos dirigimos a la verja. El silencio era abrumador, porque supongo que ninguno tenía ni ánimos ni fuerzas para articular palabra. Ni siquiera Abe, que siempre tenía algo que decir, aunque fuera una tontería o un mal chiste.

Serían sobre las doce menos cuarto cuando volvimos a saltar la verja, ahora con bastante más dificultad que la primera vez.

Al llegar a los arbustos donde habíamos dejado escondidas las tres bicis, Terence estalló.

—¡¿Cómo es posible?! No puede ser que no estuviera aquí —dijo lanzando una patada al aire, que por muy poco no le dio a Penny.

—Bueno, era una opción, Terence. Por mucho que no quisiéramos admitirlo, no había una seguridad total de que esta noche encontráramos el tesoro. Pero la aventura ha sido fantástica, a pesar del cansancio y del resultado. Muy emocionante —respondió Penny tratando de animarlo un poco.

—¡Maldita piedra negra! ¡Ojalá tuviera fuerza suficiente para partirla y …! —siguió relatando Terence.

—Estoy de acuerdo. Ha sido emocionante. Y estos días que hemos pasado planeando el asunto también lo han sido —añadí yo en la misma línea de Penny—. Ahora toca buscar otra aventura.

—¡No! No puede ser —se revolvió Terence—. Esto no ha acabado. Estoy convencido de que el tesoro está ahí. Quizás no hemos cavado lo suficiente. ¡Eso es! ¿Quién enterraría un tesoro como ese a menos de diez pies de profundidad? Y nosotros nos hemos quedado a la mitad. Seguro que está ahí, es muy probable que en la primera sala. Solo hay que volver otro día y volver a intentarlo, con más ganas.

Él era el que más empeño había puesto en la búsqueda del tesoro, el que más tiempo llevaba soñando con aquello y, por tanto, el más afectado por el penoso resultado cosechado esa noche.

Penny y yo nos miramos cómplices, entendiendo que las palabras de Terence correspondían más a la frustración que a una lógica razonada.

—¿Con más ganas? Dirás con más fuerzas o con una excavadora — soltó Abe, que casi se sintió ofendido por la insinuación de Terence de que el problema había sido la falta de entusiasmo, cuando todos nos habíamos dejado el alma y los músculos en aquella expedición de funesto final.

Terence lo miró con rabia.

—Si no quieres volver a venir no me importa. No me haces falta —bramó Terence con los ojos rojos. Nos miró a Penny y a mí y sintió de forma clara nuestra postura afín a Abe—. ¡No me hacéis falta ninguno!

Y finalmente se derrumbó de rodillas, y lloró con la cabeza apoyada entre las manos.

Nos acercamos a él y los cuatro nos fundimos en un abrazo, de rodillas, como si fuéramos una gran roca humana.

Unos segundos después, un sincero «lo siento, chicos» surgió como un susurro del centro de la piña que habíamos formado.

Entendíamos a Terence y ninguno sentimos la necesidad de tener que perdonarlo por sus palabras, que habían sido fruto de la ansiedad y la desesperación y no de sus verdaderos sentimientos.

Nos levantamos. Abe y él se dieron un segundo abrazo. Los dos habían hecho muy buenas migas en esos días y Terence sabía que se había pasado con sus palabras.

Desde el hombro de Abe y con los ojos aún bañados en lágrimas, Terence nos miraba a Penny y a mí. Yo comenté entonces:

—Si os parece, vamos a descansar ahora, dejemos que nuestras mentes se aireen un poco, reflexionemos sobre todo lo que ha pasado esta noche y, en unos días, con un poco de perspectiva, veamos juntos si tenemos alguna otra opción para seguir buscando el tesoro, ¿de acuerdo?

—Es una gran idea, Will —me apoyó Penny, añadiendo una bonita sonrisa y dándome un súbito apretón en la mano con la suya.

Estoy convencido de que fue un acto reflejo, y solo duró un segundo, pero el tacto de su mano en la mía, aún con los guantes que llevaba puestos y con los callos y el dolor que teníamos después del esfuerzo realizado, fue reparador y me provocó un agradable cosquilleo que me subió por el brazo hasta el hombro. En algún momento tenía que retomar el asunto de mis sentimientos hacia ella, aunque puede que necesitara algo de ayuda o consejo para afrontarlo con más seguridad.

Penny y yo nos atamos el pico y las palas, respectivamente, a nuestras espaldas, Terence se subió en la bici de Abe y pedaleamos, sin mucha fuerza, hacia el camino que llevaba de nuevo a casa de Terence para dejarlo primero a él y luego volver a nuestras casas.

Menos mal que la pendiente a cubrir ahora era hacia abajo, aunque esta fuera una cruel

metáfora de cómo nos sentíamos.

# Confesiones verdaderas

El domingo me levanté muy cansado y algo dolorido por el esfuerzo de la noche anterior, pero eso no fue nada comparado con las agujetas que padecí durante los tres siguientes días.

Por la mañana le conté a mi madre el incidente en casa de Terence y la brutal paliza a Johnny. Ella no tenía turno ese día en el hospital, pero hizo una llamada y enseguida supo el estado del enfermo. Estaba en coma, aunque las primeras pruebas parecían revelar que sus órganos internos no habían sufrido daños irreparables. Había que esperar, en cualquier caso.

Por supuesto, me soltó el típico sermón maternal acerca de lo peligrosa que se estaba volviendo la ciudad, de lo preocupada que se sentía por mí, y de cómo debía vigilar por dónde y a qué horas me movía; esto último no lo decía en concreto por el barrio de Sally's Oak, sino más bien por cualquier sitio de Fortress Flint que no fuera el interior de nuestra casa… Sus impulsivas palabras eran solo fruto del miedo que siente una madre por el hecho de no poder controlar que su hijo esté siempre a salvo, más aún habiendo perdido ya a uno de ellos. Para terminar, me revisó de arriba abajo para chequear que estuviera en perfectas condiciones, por más que yo le insistí en que no participé en la pelea; y, por si acaso, omití también que mis amigos lo hubieran hecho.

El domingo por la tarde quedé con mis amigos. Ellos también estaban hechos polvo por nuestra infructuosa aventura nocturna, pero sobre todo estaban preocupados por Johnny; y por Terence y su madre.

Abe se mostró quizás más inquieto que los demás. No paraba de preguntar sobre quién vigilaría que aquellos indeseables no volvieran a atacar. Y, peor aún, quién nos aseguraba que incluso nosotros mismos estuviéramos ahora a salvo. No les habíamos visto la cara a los atacantes, pero ellos sí que habían visto las de Abe, Penny, Terence… La gallardía mostrada el día anterior cuando se lanzó como un jabato a la pelea para defender a Johnny se había esfumado, y la pesada y cruda realidad quebraba ahora el habitual optimismo de mi amigo. Puede que entonces, en frío, él viera sus actos más como pura inconsciencia que como profunda valentía; aunque a mí me seguía pareciendo muy noble lo que él y los otros habían hecho; más aún cuando yo no tuve el valor de mover un dedo por ellos.

Penny se centró en contarnos lo que había podido averiguar, de labios de Bobby, durante su habitual comida dominical. Bobby conocía el caso. Cualquiera que llegue a un hospital en el estado en el que lo hizo Johnny suponía una investigación policial con cierta notoriedad en una población como la nuestra. Al parecer fue la madre de Terence, junto con Elmer –quien no conseguía entender ni aceptar los hechos ocurridos a su hermano–, la que puso la denuncia. Sin embargo, Penny nos contó también que su futuro cuñado le había expresado con claridad y resignación su falta de expectativas respecto a atrapar a los culpables. Incluso a pesar de que Penny le mencionó que creíamos haber identificado la voz de Nathan Simmons, Bobby insistió en que los datos aportados eran muy escasos y vagos y que las voces sin rostro no solían ser una prueba muy sólida en ninguna investigación. Con todo en contra, nos dijo que la policía intentaría de todas formas dar con Nathan, Russell y Marky para ver si podían relacionarlos con

una furgoneta marrón de algún modo y probar que habían sido ellos los que habían perpetrado el cruel ataque el día anterior.

Terence, por su parte, nos informó, ante nuestra perplejidad, que por la mañana había vuelto a la fortaleza. No quería romper su rutina habitual y eso era lo que había estado haciendo todos los domingos las últimas semanas, justo antes de ir a misa. Tenía como una especie de cita, sin acuerdo formal ni compromiso, con el señor Benson, y no quería levantar sospechas. Además, quería asegurarse con certeza de si habíamos sido suficientemente eficientes borrando las huellas de nuestro asalto nocturno. Habíamos removido mucha tierra y era probable que el señor Benson se diera cuenta de que algo raro había ocurrido allí. Sin embargo, según nos informó, a pesar de la penumbra que nos envolvía y del cansancio que terminamos padeciendo, parecía que habíamos sido capaces de dejar todo en apariencia bastante similar a como nos lo encontramos, ya que el señor Benson no mencionó nada a Terence, ni siquiera cuando ambos dieron una vuelta por la fortaleza y entraron en al menos un par de las estancias que nosotros habíamos «profanado» la noche anterior. Eso alivió nuestro desasosiego por que nuestra travesura se descubriera, aunque no minimizó ni un ápice nuestra decepción por el fracaso de la expedición.

No fue una tarde muy animada.

Por la noche le di un buen empujón a ***Drácula***. Estaba muy enganchado al ágil estilo epistolar de Stoker; y, ahora que ya no fantaseaba con delirios sin sentido, mi obsesión con ciertos detalles se había vuelto más liviana y, por tanto, mi lectura más rauda.

El lunes llegué muy dolorido a la tienda. El señor Giddens lo notó enseguida, pero yo no iba a revelarle nada acerca de nuestro fracaso como «cazatesoros» en la fortaleza –no iba a traicionar la promesa que hice a mis amigos–, así que salí del paso con una excusa tonta inventada.

Lo que sí le conté fue lo del ataque a la casa de Terence. Le hablé de la valentía de Johnny al enfrentarse a los encapuchados y cómo eso lo había llevado a su terrible situación en el hospital. Le comenté, sin dar muchos detalles, que mi pandilla y algunos vecinos también salimos al auxilio; y, por supuesto, omití mi cobarde y pasiva postura ante los hechos. Vi cómo se preocupó por todo lo que le contaba. Le mencioné que mis amigos y yo habíamos creído distinguir la voz de Nathan Simmons entre los asaltantes –ya le había hablado de él en alguna ocasión anterior–, pero que no logramos ver la cara a ninguno. Y también que algunos pensaban que se trataba de una facción del Ku Klux Klan. Al oír esto último su rostro se ensombreció.

—Hacía años que no tenía la desgracia de oír hablar del Klan, no tan cerca de mí. Y ojalá no tenga que volver a hacerlo nunca más. Ojalá esas personas que hablan del Ku Klux Klan se equivoquen y no se trate más que de tres desalmados tan cobardes como para no dar la cara ante sus fechorías. Ojalá la policía los coja y les quite las ganas de seguir odiando.

Me pareció que no era un tema del que el Señor Giddens quisiera hablar mucho más, así que no avivé las llamas con ninguna pregunta, por más que algo de curiosidad sí que quedó en mi mente. Me dio la impresión de que el anticuario podría haber vivido alguna mala experiencia con el Ku Klux Klan en su pasado.

Él tampoco siguió ahondando en el asunto y se limitó a preguntarme por Johnny, a lo largo de toda la semana, interesándose por él, y también por Terence y su madre, aunque creo que esto último era más cortesía formal que verdadero interés.

Por desgracia, cada vez que me preguntaba, mi respuesta era la misma. La situación de Johnny no cambió en toda la semana.

Con los estados comatosos nunca se podía diagnosticar un periodo temporal con ninguna exactitud. Podía seguir así unas horas y despertar en cualquier momento, o –aunque nadie

mencionaba esta posibilidad– podía no volver a despertar nunca. Mi madre me tenía muy bien informado de su evolución; o, mejor dicho, de su «no evolución». Me contó que su hermano Elmer se había quedado a vivir en el hospital y, aunque eso estaba fuera de las reglas, se las habían arreglado para convencer al director de hacer una excepción y permitir que pasara el mayor tiempo posible con Johnny, mucho más del permitido. Solo salía del hospital para asearse y cambiarse de ropa. También me contó que la madre de Terence pasaba todo el tiempo que tenía libre junto a Johnny, y que estaba muy afectada. Al parecer mi madre se había presentado a ella, tirando de mi amistad con Terence, y habían hecho muy buenas migas. Lástima que hubieran tenido que conocerse en aquellas desgraciadas circunstancias.

Toda la semana transcurrió de forma harto rutinaria. A la tienda empezaban a acudir algunas personas más de lo habitual –puede que el boca a boca estuviera comenzando a funcionar–, por lo que estuvimos bastante ocupados la mayor parte del tiempo. Pero, a pesar del ajetreo laboral y de que yo intentara concentrarme a fondo en mis quehaceres, lo cierto es que no podía dejar de darle vueltas a todos los asuntos que me atribulaban aquel verano. Y aunque mi mirada se posaba en los ojos de los mis interlocutores y mi rostro pretendía con bastante acierto seguir las conversaciones con ellos y con mi patrón, mi pensamiento saltaba de idea en idea, todas ellas muy lejos de aquel número cuatro de Walm Lane que acogía a la curiosa tienda del señor Giddens. Desde mi preocupación por Nathan y el asalto a la casa de Terence a la desilusión por no haber encontrado el tesoro de Abercrombie. De mi esperanza por ver correspondido mi amor hacia Penny a mi interna decepción por mi repetida cobardía ante los problemas e incidentes que encontraba en mi camino. Cualquier cosa parecía más interesante que atender una pequeña tienda de antigüedades en una modesta ciudad pesquera en decadencia.

Pero al señor Giddens no podía engañarlo. Él sabía que no estaba bien, sabía que algo me preocupaba. Quizás porque mi conversación no mostraba las animadas formas de un chaval que hasta entonces casi siempre se había sorprendido por cualquier cosa. Quizás porque el brillo de la curiosidad en mi ojo, que incluso en la tenue iluminación de la tienda solía ser algo destacado por el anticuario, aquellos días parecía haber quedado enterrado en el más profundo de los cajones de mi mente. O quizás porque, en las semanas que llevaba allí, mi observador jefe había aprendido a distinguir mis estados de ánimo por mi forma de moverme o de colocarme detrás del mostrador.

Puedo afirmar con certeza que se esforzó en sacarme de mi flemática y no tan obvia dispersión mental. Su conversación fue incluso más fluida de lo normal. Tiró de histórico para buscar en sus recuerdos las mejores anécdotas y curiosidades que pudo encontrar. Siguió instruyéndome sobre música mientras la banda sonora de su casa inundaba por completo el aire con múltiples y variadas melodías salidas de su tocadiscos. Lo mismo me hablaba de la estructura musical de un romántico nocturno de Chopin que me analizaba el ***The House of the Rising Sun*** en cualquiera de sus versiones, desde Clarence Ashley hasta The Animals. Lo mejor es que siempre me hacía sentir cosas interesantes sobre la música que oíamos, hasta cuando no me gustaban los temas que me ponía. En este sentido, para mí era impresionante su capacidad de transmitir conocimientos y pensamientos de una manera tan didáctica e interesante como lo hacía, aunque durante esa semana mi ánimo no me permitiera demostrárselo quizás de forma tan explícita como había hecho hasta entonces. A pesar de ello, no dejé de absorber como una esponja todo lo que me contaba.

También siguió compartiendo conmigo su pasión por el séptimo arte. Todas las tardes, de lunes a viernes, me quedaba después de cerrar la tienda y veíamos una película de su colección

particular, en su enorme sótano. Ya sé que suena raro, disfrutar en el sótano de un viejo anticuario, a oscuras… cualquier muchacho habría salido despavorido de allí. Yo quizás incluso lo pensé la primera vez que bajé allí. Pero lo cierto es que la magia que fluía en la oscuridad –con la única iluminación del proyector–, el sonido rasgado de los altavoces y los interesantísimos comentarios de mi maestro fueron lo único que logró sacarme esos días de mi distraído comportamiento y despejó, aunque solo fuera durante un par de horas al día, mi mente de las tribulaciones que la mantenían hiperactiva (en el mal sentido).

Disfruté viendo a Burt Lancaster y Nick Cravat hacer acrobacias circenses y payasadas –e incluso vestirse de mujeres– en la divertida cinta de aventuras piratas ***El temible burlón***, de Robert Siodmark. Me sonrojé cuando el señor Giddens me explicó el verdadero sentido de la conversación sobre caballos que tienen Humphrey Bogart y Lauren Bacall en un bar en esa enrevesada joya del cine negro y de Howard Hawks que es ***El sueño eterno***. Reí hasta que me dolió la barriga viendo a Chaplin «pelearse» con un prototipo de máquina de comida automática mientras intentaba no dejar de hacer su trabajo en una cadena de montaje o deslizarse entre los gigantescos engranajes de una fábrica imposible en ***Tiempos modernos***; y la consideré aún más una obra maestra cuando el señor Giddens me contó el verdadero mensaje tras los gags cómicos del genio británico. Vibré con John Wayne mientras conseguía que ***La diligencia***, del maestro del *western* John Ford, llegara a su destino tras superar no pocos inconvenientes. Y me enamoré de la sonrisa de Shirley MacLaine en ***El apartamento***, donde Billy Wilder es capaz de disfrazar de comedia romántica un mordaz retrato de las relaciones amorosas imposibles más dramáticas (la desolación total en la mirada de MacLaine cuando su amado, el caradura Fred MacMurray, le da un billete de cien dólares para que se compre algo por Navidad porque él no ha tenido tiempo de hacerlo es sobrecogedora).

Aún con esas intensas e interesantes sesiones de cine, mi estado de ánimo general no cambió, y los momentos de entusiasmo en la sala de proyección particular del señor Giddens solo fueron islas en un océano de desazón.

Al final, mi permanente preocupación también pareció turbarlo a él, aunque sus exquisitos modales no le permitieran expresarlo; no hasta que estuvo seguro de conseguir lo que quería: que me abriera a él de forma sincera. Y lo hizo, como siempre solía hacer todo, de forma harto elegante. No iba a ir al grano ni a ser demasiado directo conmigo, eso sería grosero. Había otras formas de llegar adonde él quería. Tenía que intentar que yo terminara contándole mis preocupaciones de forma que yo pensara que había sido idea mía. Eso era lo más limpio y, con seguridad, lo más preciso y sincero. Y justo eso fue lo que hizo el sábado, después de toda una semana de espera, al final de la jornada laboral.

—Querido William, ¿te importaría mucho acompañar esta tarde a este anciano a dar un paseo? —dijo sorprendiéndome cuando hacía ya rato que el último cliente del día había abandona la tienda.

Volvía a usar su carta de aparente fragilidad para ganar la partida y eso hacía que su pregunta se convirtiera en retórica. No esperaba respuesta, porque sabía que la única respuesta posible por mi parte tenía que ser un «claro, por supuesto que iré con usted». Yo era muy consciente de esto. Su técnica era tan obvia que casi daba risa. ¿Anciano? Ese hombre tenía más energía al final de cada jornada de trabajo que yo recién levantado. Pero ¿cómo decirle que no? Además, en realidad, su compañía no me disgustaba, más bien al contrario. Y yo tampoco tenía ningún plan mejor para esa tarde.

—Claro, por supuesto que iré con usted —contesté, solo para que quedara constancia del

formalismo, al tiempo que esbocé una leve sonrisa.

—Perfecto. Además, eso nos permitirá ponernos al día. Esta semana no hemos tenido casi tiempo de conversar más que de cine y música. Y ya sabes lo que disfruto de una buena charla —cerró adornando su sentencia con un guiño. Lo dijo con toda la intención del mundo, porque nuestra interacción verbal aquella semana podía haberse descrito casi como un monólogo por parte del señor Giddens.

Como aún hacía bastante calor, quedamos en volver a vernos en su casa a eso de las ocho de la tarde, cuando la fuerza de los rayos del astro rey comenzaba a menguar, sucumbiendo a la inexorable rotación terrestre. Y desde allí daríamos el paseo convenido.

Esa tarde, cuando lo recogí, Horace Giddens llevaba un traje gris claro, camisa blanca, corbata celeste, el pico de un pañuelo blanco sobresaliendo por el bolsillo superior de la chaqueta, y sus cuatro inseparables compañeros siempre que salía a la calle: su sombrero de ala ancha, que es objetivo decir que le restaba algo de elegancia al conjunto, sus enormes gafas oscuras, sus ajustados guantes y su bastón con mango de cabeza de zorro. Andaba despacio, sin ninguna prisa, y en cuanto llegó a mi lado, en la puerta de la valla que rodeaba su casa, me agarró del brazo, apoyándose en él –como siempre hacía, aunque no lo necesitara–, y comenzamos nuestro paseo.

Salimos de Sally’s Oak y nos dirigimos hacia el este. No estaba muy seguro de si el señor Giddens pretendía buscar el puerto, la playa o solo quería mover las piernas (y la lengua) hacia ningún sitio en particular. Poco a poco nos acercamos al parque más céntrico de la ciudad, Howe Forrest Park, que se suponía era un pequeño reducto del bosque que cubría la mayor parte de Howetown cuando la ciudad aún se llamaba así. Ese «bosque» se había ido reduciendo poco a poco con el paso de los años y la acción de la mano del hombre hasta que a algún alcalde del pasado con conciencia debió darle tanta vergüenza lo que sus antepasados habían hecho con el bosque que puso unas vallas alrededor de una buena porción de lo que entonces quedaba de él, lo bautizó con un nombre de «parque», respetando la esencia de lo que un día fue –supongo que para que no se perdiera del todo el origen del mismo– y lo convirtió en el mayor pulmón verde de Fortress Flint.

Era un sitio agradable, aunque seguro que había perdido buena parte de sus árboles originales, que quiero imaginar que antes eran más numerosos y frondosos; pero, aun así, el suelo estaba cubierto de una tupida hierba verde y suave y se encontraba surcado por bonitos y estrechos caminos de tierra desperdigados por aquí y por allí –como dispersas cicatrices–, los cuales no estropeaban demasiado el entorno natural que se suponía debía conservarse. Casi lo único no natural que había en el parque eran algunos bancos diseminados al lado de los caminos, para que las personas pudieran descansar mientras admiraban las bonitas vistas (y disfrutaban del silencio, a veces) que ofrecía el parque y un bonito estanque artificial en su centro. Algunas ardillas seguían viviendo en el parque y los niños disfrutaban mucho corriendo tras ellas cuando estas se dejaban ver. Mucha gente lo usaba para pasar el día, comer al sol o a la sombra –según la estación– de uno de los árboles que lo adornaban, hacer deporte, jugar con los niños, organizar festejos, celebrar actos y discursos o incluso hacer concursos de cometas.

Tardamos unos veinte minutos en llegar al Howe Forrest Park. A pesar de que yo sabía que la intención raíz de nuestro paseo era charlar conmigo y, quizás, sonsacarme alguna «confesión», mi acompañante se mantuvo bastante callado durante todo ese recorrido hasta el parque. Si lo recuerdo bien, se limitó a comentar algo sobre el tiempo y sobre uno de los clientes que había estado ese sábado en la tienda para preguntar por enésima vez por una de las piezas expuestas –

una pequeña caja de música que, según el señor Giddens, había pertenecido en su niñez a George Gershwin–, pero que, después de pasarse media hora mirando y manoseando, devolvía a su estante y se marchaba con un lánguido «tengo que pensarlo; hasta otra». Y así lo había hecho hasta siete veces en lo que la tienda llevaba abierta. Yo no tenía ni idea de quién era ese tipo ni cómo se llamaba, pero en mi cabeza ya lo había apodado irónicamente Bob, el rápido.

En la puerta oeste del parque había un vagabundo, con la cabeza baja, dormitando, esperando que su andrajoso sombrero –colocado en la acera bocarriba a modo de recipiente– se llenara de monedas por caridad. Cuando entramos en el parque vimos bastante movimiento en uno de los mayores claros del mismo, que normalmente se usaba para organizar eventos. Allí pude distinguir a las señoras de la KIAWA (Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate) dando instrucciones a unos hombres que pretendían montar un escenario. Había varias pancartas, colocadas entre árboles cercanos, y muchas mesas dispuestas por aquí y por allá. Entonces recordé el panfleto que me habían dado en la puerta de la biblioteca el día que conocí a Terence. Aquellas señoras estaban preparando un pícnic benéfico para recaudar fondos y mejorar las pensiones de algunas viudas. No recordaba la fecha que aparecía en el panfleto, pero, por lo avanzado de todos aquellos preparativos, supuse que sería al día siguiente, que era domingo y un día perfecto para un evento como aquel. Pude ver con claridad, entre aquella bandada de urracas, a la altísima señora Lonegan, que con un pequeño megáfono daba órdenes sin parar en un tono que me pareció sería bastante similar al de un oficial de las SS. Otra de las viudas de la asociación –la señora Wittmayer, creo que era–, se fijó en nosotros y levantó su mano en señal de saludo. A mí me conocía por los trabajos de reparación que había hecho en el pequeño local donde tenían su sede. Yo le devolví el saludo en la distancia y ella siguió entonces con sus quehaceres. Un hombre vestido de payaso entretenía a un grupo de niños un poco más adelante, haciendo malabares con unas pelotas rojas. El ambiente era tranquilo y el aire que se respiraba allí era más agradable que en el exterior del parque.

Mi acompañante y yo nos dirigimos entonces a la esquina noreste del parque, algo más elevada que el resto y, precisamente por la pequeña cuesta que había que subir para llegar a ella, la parte menos concurrida del mismo. Uno de los bancos del parque reinaba en dicha esquina, desde la que se tenía una vista privilegiada de casi todo el verde recinto.

—Sentémonos aquí —indicó el señor Giddens, soltándome el brazo y sentándose, con el rostro fijo en el horizonte.

Los cansados rayos del sol nos llegaban por la derecha y el cielo tenía unos bonitos tonos celestes, rosas, naranjas y amarillos. Al igual que mi acompañante, yo me limitaba a contemplar el precioso espectáculo del verde intenso coronado por el limpio cielo multicolor, sin abrir la boca. Respiré profundamente. El aire estaba limpio y fresco, con un ligero aroma a salitre, nada molesto. Debí inspirar tan alto que el señor Giddens comenzó a hablar entonces.

—Este aire, fresco y salado, me trae recuerdos de mi infancia.

Me sorprendió que de repente fuera él el que parecía dispuesto a contarme algo a mí y no sacarme a mí información. Además, aunque solía contar muchas anécdotas, casi ninguna estaba referida a él de forma directa, por lo que oír hablar de «su niñez» despertó mi curiosidad y me hizo bajar la guardia.

—Yo también me crie —continuó—, como tú, en una ciudad costera, llena de barcos y mucha gente que iba y venía. Pero las cosas eran bastante diferentes entonces. Ha llovido mucho.

Su voz no parecía tan firme como de costumbre. Percibí cierta nostalgia en su rostro.

—¿Echa de menos su infancia? —me aventuré a preguntar.

—Echo de menos otras cosas. Cosas y personas que perdí en el tiempo. Hace mucho… —hizo una pausa, como evaluando si seguir o no su discurso. Y entonces volvió su cabeza hacia mí—. Me da miedo olvidarlas. Cada día, al levantarme, busco detalles de ellas entre mis recuerdos, con el corazón encogido por si no logro recordar sus rostros, el sonido de sus voces, sus olores, sus tactos… El recuerdo de un tacto es quizás lo más complicado de guardar en la memoria, porque la piel de las personas es más difícil de distinguir de unas a otras. Pero en realidad es muy raro encontrar dos tactos iguales, que te produzcan las mismas sensaciones, que consigan avivarte el recuerdo de otros tactos similares... tactos perdidos…

Definitivamente, hablaba con una evidente nostalgia.

—¿Se refiere a alguien en particular?

—Podría referirme a muchas personas, William. Pero hay dos que son las que más duelen. Mi mujer y mi hija.

Era la primera vez que lo oía mencionarlas. De hecho, ni siquiera sabía que hubiera estado casado ni que hubiera tenido una hija.

—¿Acaso están…? —pregunté en voz alta algo que debiera haber quedado atado y oculto en mi subconsciente.

—Sí. Ambas murieron. Enfermas. Marguerite de viruela y Willow de tifus.

Esto último lo dijo con encomiable entereza, como si se lo hubiera repetido a sí mismo tantas veces que ya pudiera soltarlo como un médico que debe dar una mala noticia a un paciente; sin emoción, sin congoja en la voz, solo el dato objetivo de los nombres y las causas de sus muertes.

Tragué saliva, con la garganta atorada y el corazón encogido. Ni por un momento imaginé que nuestro paseo fuera a derivar en una confesión del señor Giddens sobre su familia muerta.

Volvió a enfilar su rostro hacia delante. Aunque no pude verle los ojos tras los oscuros cristales de sus gafas, estoy seguro de que su mirada estaba vacía en ese momento. Su voz, sin embargo, volvió a mostrar cierta intensidad.

—Marguerite era una mujer de belleza extrema, y desde que la conocí no he parado de preguntarme cómo pudo acabar atraída por alguien como yo. Un amor sincero y puro, unos ojos pequeños pero muy expresivos, una piel delicada y un corazón enorme que podría haber hecho ennoblecer al más vil de los hombres. —El señor Giddens lanzaba breves suspiros al aire entre cada frase—. Y además de su eterno e incondicional amor, me hizo el mayor regalo que una mujer puede hacer a un hombre: una hija, tan bella como su madre, con una risa inigualable que iluminaba mis días con más intensidad que el propio sol en verano. Olía siempre a jazmín y sus manos eran suaves como la seda. Willow era mi única hija y el tiempo que pasé con ella y Marguerite fue el más feliz de mi vida.

Las palabras del anticuario sonaban por completo sinceras, pero, por si me quedaba alguna duda de la emoción que sentía al hablar de ellas en esos términos, pude distinguir con claridad cómo una lágrima apareció debajo de sus gafas y se deslizó lentamente por su mejilla hasta caer desde su rostro a la solapa de su chaqueta, donde dejó un pequeño círculo húmedo bastante visible.

—Cuando las perdí, pensé que nunca dejaría de recordarlas —continuó, apesadumbrado—; pero el tiempo no solo desgasta el cuerpo, sino también los recuerdos. Y eso es justo a lo que más le temo en esta vida. Más que la propia muerte. No quiero… no puedo olvidarlas. El día que lo haga será la señal de que mi tiempo aquí en la Tierra habrá concluido. El día que lo haga, estaré muerto en vida.

Los últimos rayos de sol acariciaban la palidísima poca piel del rostro del señor Giddens que

quedaba al descubierto, mejillas, nariz, boca y mentón, y lo coloreaban de un reflejo amarillento que escondía algunas de las venas que, de manera habitual, eran visibles en él.

—Lo siento mucho, señor Giddens —dije con sinceridad, sin saber muy bien cómo reaccionar ante aquellas reflexiones—. Debió de ser horrible perderlas. ¿Ocurrió hace mucho tiempo?

—Sí, William. Fue hace mucho tiempo.

Lo cierto es que yo no tenía ni idea de cómo continuar la charla. Después de aquella emotiva confesión, cualquier cosa que yo pudiera decir estaría más que fuera de lugar. Así que fue de nuevo el anticuario quien continuó hablando, sin hacer ni un amago por secarse con su pañuelo el húmedo sendero que la lágrima caída había marcado en su rostro.

—Dicen que lo peor que puede pasarle a un ser humano es sobrevivir a un hijo. Y yo puedo atestiguarlo.

Mi ojo empezaba a emocionarse. Yo también había perdido a gente cercana, pero era pequeño cuando ocurrió. Las heridas emocionales, como las del cuerpo físico, cierran mejor y más rápido cuando uno es pequeño, aunque a veces dejen cicatrices imborrables. Pero, ¿perder a un hijo? Eso era algo completamente antinatural y sabía, por mis padres, que no debía haber dolor más intenso y desgarrador que ese.

Mientras yo me debatía con mis pensamientos, intentando imaginar lo que debía sentir el señor Giddens –aunque no creo que consiguiera acercarme a comprender su dolor en toda su magnitud–, este volvió a hablar, con más pesar del que nunca había oído a nadie hacerlo.

—Y no solo a ellas. Aunque sean las que ocupan la mayor parte de mis pensamientos, he perdido a mucha más gente amada. —Su voz era tenue, su ritmo muy pausado y sus labios se movían tan poco como de costumbre, pero su mensaje era potente y se clavaba en el alma como Excalibur en la piedra sagrada de las leyendas artúricas—. Tengo una especie de maldición. Todos los que me rodean, todas las personas a las que quiero o aprecio, terminan muriendo. Y cada vez me siento más solo. Supongo que con mi edad es normal, pero cada vez tengo el corazón más marchito. Ni siquiera sé a ciencia cierta qué es lo que lo impulsa a seguir latiendo, insuflándome una vida que lleva ya tiempo siendo demasiado larga; inmerecidamente larga.

Aquellas palabras eran muy duras y dejaban al descubierto un alma cansada y con el ánimo destrozado; algo que no se correspondía en absoluto con lo que yo había visto y percibido del anticuario hasta entonces. Quizás el señor Giddens, pensé, fuera algo mayor de lo que aparentaba, aunque por su aspecto exterior yo no podría haber dicho que tuviera más de setenta años. Preguntarle por ello en aquel momento hubiera sido inadecuado, por lo que deseché la idea antes de que llegara a arraigar en mi cabeza. Volvió de nuevo su rostro hacia mí y se quitó sus gafas, dejando al descubierto sus húmedos ojos verde agua. La claridad había disminuido bastante, así que pudo permitirse ese gesto, justo antes de decir algo que terminó de desmontarme.

—Puede que lo único que me ilusione en estos momentos es compartir mi tiempo contigo, William. Sé que eres un buen muchacho y tu compañía no solo me agrada, sino que me proporciona una especie de paz interior que nunca podré llegar a pagarte.

—Señor Giddens… no sé qué decir…

—Quizás sea porque aguantas con estoicismo todas mis aburridas anécdotas y disertaciones, sobre cine, música o chismes antiguos, que siempre estoy soltándote… y la mayoría de las veces lo haces incluso mostrando un inusitado interés que parece no ser fingido.

—Es que es un interés real —me apresuré a replicar, casi sintiéndome ofendido por la duda.

Sonrió.

—Pues mejor aún. No sabes lo que reconforta a mi edad poder compartir un poco de tiempo de calidad con alguien. Porque tiempo hay mucho. Es infinito, de hecho. Pero el tiempo de calidad es escaso. Así que gracias por regalarme tanto de «eso» estas últimas semanas.

Yo estaba atónito. Me alegraba el giro positivo que comenzaba a tomar el discurso del anticuario –al que veía ahora, de repente, mucho más viejo que cuando empezamos el paseo aquella tarde–, pero no podía dejar de pensar en la tristeza de su confesión y en el profundo miedo que debía sentir por llegar a perder los recuerdos de sus amadas mujer e hija.

—Para mí también está siendo un verano muy especial. Estoy aprendiendo muchas cosas de usted, sobre todo a apreciar mucho más ciertas artes, a disfrutar más de la música y del cine. Nunca pensé que detrás de una película pudiera haber tanto interesante de qué hablar. Cada día me sorprende con alguna cosa nueva. Soy yo el que nunca podré agradecerle su compañía como se merece.

—Bien. Digamos entonces que es algo mutuo —concluyó el señor Giddens, aceptando el empate técnico con una complaciente sonrisa.

Entonces, sentí que era mi turno para confesar.

Es curioso cómo a veces es más sencillo hablar «con un extraño» que con la propia familia o amigos. Y, si bien el señor Giddens no era un «extraño», tampoco podía considerarlo en ninguna de las otras dos categorías. Quizás lo veía más como un mentor, como un «abuelo de mentira», sustituyendo a los de verdad, que nunca conocí. En cualquier caso, eso me bastó para lanzarme y contarle algo que nunca antes había compartido con nadie. Creo que yo llevaba mucho tiempo con la necesidad de confesar algo que tenía escondido en lo más profundo de mi alma. Durante años había jugado a pretender olvidarlo, fingiendo conmigo mismo que no era cierto, intentando convencerme de que era solo una desviación falsa de la realidad, sin poder admitir su veracidad por la mancha que ello suponía en mi conciencia.

—Mi hermano mayor murió hace siete años, en un incendio, y mi padre hace dos, en Vietnam.

—Sí, William, lo sé. Debe de ser muy duro también para ti haber vivido esas tragedias. Lo lamento mucho. Aunque créeme cuando te digo que tienes mucha suerte de conservar una madre como la que tienes. Céntrate en ella y disfrútala, cuídala, ámala siempre. Es un verdadero tesoro.

—Lo sé. Mi madre es lo más importante para mí en este mundo, aunque a veces no se lo demuestre del todo.

—Pues no dejes de hacerlo un solo día, William. Hazle caso a este anciano. Es una de las cosas que más te va a reconfortar a la larga en la vida.

Entonces, fui directo al tema que en realidad quería compartir.

—¿Qué sabe exactamente de la muerte de mi hermano?

El señor Giddens me miró algo extrañado.

—Pues que murió en un incendio en vuestra casa y que tú fuiste un héroe al poder salvar a tu madre inconsciente de las llamas… Todo el mundo en Fortress Flint conoce o ha oído hablar de ti y esa tragedia. Algún cliente, incluso, me ha hecho comentarios al respecto cuando te han reconocido en la tienda.

—Sí, bueno… Mi parche no pasa desapercibido que digamos.

—Tu hazaña transciende cualquier secuela física que pudieras tener. La gente no te conoce por William, el tuerto, sino por William, el héroe. Te aseguro que todo el que me ha comentado el asunto habla de ti en esos términos.

Yo miré al suelo y me mordí el labio de forma instintiva, tratando de contener lo que en realidad ya había decidido confesar a mi interlocutor, sin vuelta atrás.

—Déjeme que le cuente cómo sucedió todo y así podrá juzgar usted mismo qué clase de héroe soy —dije al fin.

El señor Giddens asintió y yo continué.

—Fue Tommy quien me despertó aquella noche. De no haber sido por él, yo habría quedado inconsciente por el humo, igual que mi madre. Mi padre estaba fuera, destinado en algún lugar muy lejano y sin imaginar lo que perdería aquel fatídico día. El fuego había avanzado bastante por la casa cuando tratamos de salir de mi habitación. Conseguimos arrastrarnos al baño, donde Tommy mojó un par de toallas y nos las colocamos alrededor de la cara, dejando solo los ojos al descubierto. Gracias a aquello recuerdo que el aire se hizo algo más respirable, pero el humo lo inundaba todo y el calor era cada vez más insoportable. Tommy fue capaz de meterse en la habitación de mi madre y, tras unos segundos que a mí me parecieron horas, lo vi aparecer por la puerta del cuarto arrastrando el cuerpo de ella. El pánico me invadió al ver a mi madre inerte. Le pregunté a mi hermano si ella estaba viva y me dijo que sí. Entonces nuestra prioridad era salir de la casa. El fuego, caprichoso, nos había dejado un estrecho pasillo hasta la entrada. Ayudé a mi hermano a arrastrar a mi madre hasta la puerta de entrada. Él llevaba la mayor parte del peso, pero quiero pensar que mi pequeña aportación nos hizo avanzar algo más rápido. Cuando abrimos la puerta para salir de la casa, la corriente de aire que se formó al hacerlo avivó las llamas de la entrada y del salón y sentimos un intenso aumento del calor que nos hizo soltar a mamá de golpe. Supongo que se golpearía la cabeza contra el suelo, aunque eso no alteró su estado de inconsciencia. Cuando pudimos volver a retomar la misión y habíamos sacado ya la mitad del cuerpo de mi madre por la puerta, escuché los ladridos de nuestro perro. Se llamaba *Max*. Era un puli blanco, ya sabe, de esos con mil rizos largos que cuando estaba echado en el suelo recordaba a una enorme mopa. Debido al crepitar de las llamas y los crujidos de la madera ardiente, los ladrillos de *Max* se percibían con dificultad, pero estaban ahí. Mi hermano me miró, pero siguió tirando de mamá hacia fuera. Y entonces cometí el mayor error de mi vida: le pedí a mi hermano que fuera a buscar a *Max*.

El señor Giddens me miraba sin pestañear. No había vuelto a ponerse sus gafas y sus ojos parecían de cristal. Su rostro permanecía impasible, pero aun así yo sentía que él estaba comprendiendo toda la magnitud de lo que yo trataba de contarle. Yo seguía hablando sin pausa. Ya había cogido carrerilla y no iba a parar. Iba cuesta abajo, sin frenos.

—Iluso de mí, nos veía ya a mi madre y a mí a salvo; y no podía dejar que *Max* se consumiera en aquel infierno. Tommy me dijo que primero había que terminar a sacar a mamá de allí y que ni siquiera podía distinguir bien de dónde procedían los ladridos de *Max*. Yo le grité y le dije que tenía que ir a por él. Él volvió a resistirse, pero entonces yo me quité la toalla de la cara, la tiré al suelo con rabia y empecé a llorar. Sé que no es excusa, pero tenía solo nueve años, estaba más asustado que nunca antes en mi vida, y no quería perder a nuestro perro, a «mi» perro. Tommy soltó de nuevo a mamá y se acercó a mí. «De acuerdo, iré por *Max*. Y te prometo que lo sacaré de ahí. Pero a cambio tú tienes que prometerme a mí que mientras yo entro en la casa, tú seguirás tirando de mamá hacia afuera hasta ponerla totalmente a salvo. ¿Podrás hacerlo?». Las lágrimas seguían brotando de mis pequeños ojos, pero aquello me calmó. Le prometí que lo haría y le indiqué que estaba seguro de que los ladridos de *Max* provenían de la cocina. Ni siquiera me planteé si podría cargar yo solo con mi madre. Creo que la comprensión de Tommy y la seguridad con la que pronunció sus palabras me dieron la calma y las fuerzas necesarias para que, en cuanto se perdió entre el espeso humo y las enormes llamas que envolvían el interior de la casa, yo pudiera tirar del cuerpo de mi madre y colocarlo a duras penas en medio del césped,

justo entre el frontal de la casa y la valla que la rodeaba. Cuando la solté, esta vez del modo más delicado que pude, sobre la hierba, una sensación de poder y orgullo me invadió. Había sido capaz de hacerlo. Había cumplido mi promesa. Eso me hizo creer que entonces Tommy iba también a cumplir la suya y que en un segundo aparecería por la puerta con una enorme sonrisa en la cara, sosteniendo a *Max*. No me pregunte cómo recuerdo esto, pero estoy seguro de que yo sonreí entonces; quizás de forma instintiva.

Mi voz se quebró. Mi ojo ya no estaba húmedo, sino inundado por mil lágrimas que se agolpaban por salir de él. El señor Giddens levantó su brazo y me cubrió los hombros.

—Tranquilo, William. No tienes que seguir.

—Quiero seguir —dije antes de coger una gran bocanada de aire y terminar con la historia—. Aunque ya se imaginará el resto. Tommy no salió por la puerta. En vez de eso, la casa explotó. Un par de vecinos se acercaban en ese momento a mi madre y a mí cuando ocurrió. Me habían visto arrastrar el cuerpo de mi madre, atónitos con mi hazaña, mientras corrían para intentar ayudarme. No recuerdo escuchar la explosión. Solo sentí un intenso dolor que me hizo perder el conocimiento, pero no fue un dolor físico, como la gente se imaginó, lo que sentí cuando mi ojo izquierdo quedó destrozado por las astillas de madera salidas de la explosión. De hecho, no recuerdo dolor en el ojo, sino en el pecho, en el corazón, en el alma. Había mandado a mi hermano a la muerte. Sin querer, pero lo había hecho. Mi hermano estaba muerto por mi culpa.

El señor Giddens podría haberme interrumpido entonces con una amable y consoladora frase del tipo «No digas eso, William. No fue culpa tuya». Pero en lugar de eso, me dejó continuar. Me regaló su silencio y su atenta escucha. Él sabía que yo necesitaba terminar ese ejercicio de expiación y, por más que luego tratara de convencerme de que el origen de la culpa que yo padecía podía o no estar justificada, en aquel momento me hizo sentir que no me había equivocado al escogerlo como improvisado confesor.

—Los bomberos llegaron treinta segundos después de la explosión, pero yo no los vi. Nos llevaron a los dos al hospital. Aunque recobré el conocimiento a la mañana siguiente, estuve un par de días sin poder articular palabra, en *shock*. Cuando mi madre despertó todo lo que le contaron fue que yo había sido un héroe al sacarla de la casa. La gente no paraba de ensalzar mi gesta, tan pequeño y sin embargo tan valiente y fuerte. Creo que lo único que salvó a mi madre de caer en la locura por el horror de haber perdido a su primogénito fue la creencia de que su otro hijo, el que quedó vivo, era un «héroe». Cuando me preguntaron a mí por Tommy y lo ocurrido conté la historia tal y como se la he contado a usted hoy, pero omitiendo la verdadera razón por la que mi hermano volvió a entrar en la casa a por *Max* antes de que esta explotara y los hiciera pedazos. Eso me lo guardé solo para mí, hasta hoy. Demasiado tiempo, creo. Al principio lo hice por miedo de provocar más horror del necesario en mis padres, que ya estaban sufriendo bastante como para conocer la terrible verdad sobre el motivo por el que habían perdido a su hijo mayor. El orgullo y el honor por mi acción compensaba de alguna forma su enorme y trágica pérdida. Ellos sí que debieron sentir una pena parecida a la suya, señor Giddens, aunque al menos tenían a otro hijo para consolarse. Y mi madre aún hoy la lleva por dentro, aunque intente disimularlo con maestría la mayor parte del tiempo. Un trozo de su corazón se marchitó ese día; y sigue así, irrecuperable. Cuando mi padre volvió de sus maniobras, su comportamiento varió. Para empezar, se tomó un periodo de descanso, una excedencia, decidió estar más presente, más con nosotros, aprovechando cada día. Se volvió más accesible y, aunque su carácter fue siempre el de un militar, recto y a veces demasiado duro, se tornó más amable y cariñoso. A pesar del duelo inicial por Tommy, recuerdo ese par de años que siguieron a la muerte de mi hermano como una

época estupenda, con un amor que fluía libre entre nosotros tres, que nos hizo más fuertes y felices y que nos unió aún más como familia.

El anticuario seguía mirándome, ahora con expresión afligida. Supongo que era muy difícil fingir neutralidad ante todo aquello. Pero mantuvo su silencio un poco más.

—Eso duró dos años, hasta que la falta de dinero hizo a mi padre tener que reengancharse; y entonces volvimos a perderlo de vista durante largos periodos de tiempo, hasta que un día ya no volvió más. Y, de nuevo, tuvimos que enterrar un ataúd vacío. Mi padre se fue de este mundo sin conocer la verdad sobre la noche del incendio, sobre por qué su hijo mayor volvió a entrar en la casa, cuando ya estaba a salvo, sobre por qué cometió la locura de entrar en un infierno por un perro, cuando él era mucho más listo y sensato que eso. Yo seguía guardando ese oscuro secreto solo para mí. Durante mucho tiempo también pensé que lo hacía porque la penitencia de llevarlo escondido, oprimiendo mi corazón, me parecía un buen castigo. Cuando pensaba en ello, me convencía con esa idea. Incluso, a veces, he pretendido conmigo mismo que lo que pasó no pasó así y he soñado, en mi cabeza, que fue Tommy quien decidió volver por *Max* por iniciativa propia y no porque un mocoso impertinente tuvo una inoportuna rabieta y él, en su bondad infinita, trató de calmarlo arriesgando, y perdiendo, su vida. Pero, ¿sabe qué? Ahora puedo decirle exactamente por qué nunca dije nada de esto a nadie, la verdadera razón, que en realidad siempre he conocido, pero me ha costado admitir; y que es mucho más simple que todo lo demás que le he contado.

Hice una pausa dramática, tragué saliva y me tomé mi tiempo para hacer salir por mi boca las palabras que en mi cabeza resonaban desde hacía años, ganando en intensidad con el tiempo, cada vez con más fuerza, convirtiéndose, según el día, en un mensaje insoportable que me provocaba una intensa desazón. Por fin lo iba a decir en voz alta. Por primera vez.

—Mi silencio se debe a pura y simple cobardía. Sí, soy un cobarde. Un cobarde que no quiere que lo tachen de inconsciente asesino. Un cobarde que no quiere que su madre lo vea como el monstruo que es. Un cobarde que se regocija con el falso e inmerecido apodo de «héroe».

Respiré hondo. Mi pecho se relajó. Por primera vez en mucho tiempo logré aliviar la opresión que lo estrujaba. Fue realmente reparador poder admitir de viva voz mi culpa y cobardía. Además, para mi sorpresa, al contrario de lo que siempre había pensado que sucedería cuando lo hiciera –algo que había imaginado cientos de veces en mi cabeza–, no sentí ninguna vergüenza. Los ojos del señor Giddens me transmitían comprensión, apoyo y piedad.

—Ahora ya sabe qué tipo de persona soy. Ya puede usted juzgar con derecho y conocimiento real al «héroe» de Fortress Flint —concluí.

El anticuario se inclinó entonces hacia mí y, sin mediar palabra, me abrazó. Fue un abrazo tierno. Yo tardé un poco en reaccionar, pero se lo devolví. Al principio, suave, pero en breve me aferré a él como si en ello me fuera la vida, mientras sollozaba como un crío y le mojaba la chaqueta con las lágrimas que seguían cayendo de mi ojo. Su estructura era recia; estaba duro, mucho más de lo que imaginaba que sería el cuerpo de un septuagenario. Mi oreja rozaba con su rostro, o puede que con su cuello, y noté un frío extraño, que tampoco esperaba. Pero las locas ideas sobre la sobrenatural naturaleza del señor Giddens habían abandonado entonces por completo mi mente, y ese gesto íntimo lo único que hizo fue reconfortarme.

Cuando mi corazón se hubo calmado y mi respiración volvió a la normalidad, nos separamos. Y el señor Giddens habló por fin.

—Yo ya sabía qué tipo de persona eras antes de que me contaras esta historia, William. Y esto no cambia nada mi percepción sobre ti, te lo aseguro. —Sus palabras terminaron por afianzar mi

calma y mi alma se sintió algo más en paz. Él continuó—. Hablas de cobardía, pero hay que ser muy valiente para admitir lo que tú acabas de admitir. No voy a tratar de convencerte de que no tuviste la culpa que dices que sientes. No soy psicólogo y creo que tú ya has pensado bastante en ello. Pero sí creo que te equivocas con el verdadero y último motivo de tu silencio hasta ahora. Piénsalo bien, ¿qué sentido tendría provocar más dolor a tu madre, compartiendo con ella una percepción de los hechos que no van a cambiar los propios hechos en sí? Me sorprende muchísimo tu madurez cuando, siendo tan joven, evaluaste la situación y ya pensaste en esto que te digo ahora. ¿Para qué provocar más sufrimiento, más angustia? ¿Por qué destruir el único pilar emocional al que tus padres podían aferrarse para buscar algo de paz tras un accidente tan horrible como el que le ocurrió a tu hermano? No sé por qué has abandonado esa idea y te has aferrado a otra mucho más ridícula de que es tu cobardía lo que alimenta tu silencio, cuando para mí no tiene ningún sentido. Incluso confesarle esto a tu madre ahora, después de tantos años, no serviría en absoluto para nada bueno. Reabrir viejas heridas que han tardado tanto en cicatrizar solo traería más dolor innecesario, incluso aunque para ti, egoístamente, pudiera suponer una «pequeña liberación». Ya te has desahogado conmigo, ¿no? Pues déjalo estar así. —Y entonces me hizo una curiosa pregunta—. ¿Has visto la película ***El hombre que mató a Liberty Valance***?

No me extrañó, en realidad, que el cine irrumpiera de alguna forma en la conversación; eso era algo que con el señor Giddens pasaba de manera constante y natural. Pero tampoco esperaba una pregunta así justo en medio de una disertación tan profunda.

—No, no la he visto —contesté, curioso por descubrir hacia dónde llevaría su discurso ahora.

—Bien, es un *western* de John Ford, del 62, con John Wayne y James Stewart… la tengo en mi colección, así que podremos verla juntos algún día. Pero lo interesante del asunto es que la cinta expone cómo a veces un pequeño secreto ayuda a forjar una leyenda y cómo eso es más importante que la pura y simple realidad. Ese secreto, que puede provocar pena y angustia en el que lo conoce, o sentimientos de culpa por saber una verdad oculta, es la penitencia a pagar para permitir que algo «más grande» ayude a otras personas, algo que es mejor para la mayoría. Para mí, eso es justo lo que tú has hecho hasta ahora. Es probable que guardar ese secreto solo para ti durante todos estos años te haya condicionado… pero seguro que ha sido para bien. Piénsalo. Seguro que el saberte tan admirado te ha hecho intentar hacer las cosas mejor, intentar ser siempre mejor persona. ¿No es eso bueno para ti y para todos? Puede que incluso tu «historia» y tu condición de héroe local haya inspirado a otras personas. El mundo no necesita más almas apesadumbradas por cometer errores inocentes, aunque estos sean graves, pero sobre los que no se puede hacer nada para cambiar sus consecuencias; el mundo necesita héroes en los que buscar inspiración, William. Sigue siendo un héroe.

Su reflexión me dejó perplejo. Pensaba que trataría de convencerme de mi «inocencia», de disuadirme de mi culpa, como alguna vez había imaginado que sucedería si llegaba a contarle mi secreto a alguien. Pero no, en lugar de eso, no la había cuestionado en absoluto, sino que se había centrado en la parte positiva de mi historia. De las dos cosas que hice la noche del incendio, enviar –sin saberlo– a mi hermano a la muerte y salvar a mi madre arrastrándola lejos de la casa, se quedó solo con lo segundo; con cómo lo positivo era mucho más importante, para todos, que el efecto de conocer la verdad sobre lo negativo. Y empecé a pensar que lo que el anticuario decía tenía, en realidad, bastante sentido si uno analizaba el asunto sin añadirle ningún sesgo emocional personal (aunque eso, en mi caso y para ese «asunto», fuera harto complicado). El señor Giddens hablaba con tanta convicción y parecía tener tanta experiencia en la vida que era difícil negarse a aceptar sus argumentos. Sin embargo, más allá de lo acontecido en día del

incendio, yo aún tenía muchas reservas acerca de la cuestión de mi valentía por otros motivos que, llegados a ese punto del intercambio, no iba a dejar de mencionar.

—Le agradezco mucho sus palabras, señor Giddens. De verdad que aprecio sus esfuerzos por hacerme parecer mejor de lo que soy; pero me conozco bien, y sé que esa cobardía de la que le hablo ha aparecido en mi vida muchas más veces de las que me gustaría.

—¿A qué te refieres exactamente? Cuéntame qué más te atribula y déjame evaluar por mí mismo si nuestros criterios sobre la valentía y la cobardía son parejos o no.

—Pues me refiero a muchas cosas, pero le pondré un ejemplo muy claro. —Y entonces le relaté algo a lo que llevaba dándole vueltas toda la semana—. El sábado pasado, durante el ataque a la casa de mi amigo Terence, yo fui el único que permaneció guarecido dentro de la casa, agazapado, escondido, esperando que todo aquello no fuera más que una pesadilla de la que despertar en la seguridad de mi cómoda posición. Sin arriesgar nada; sin acompañar a mis amigos, que sí salieron corriendo sin pensarlo dos veces a ayudar al pobre Johnny; y ahora Johnny está en coma, puede que para siempre, quizás por mi culpa, quizás porque no me atreví a salir y quitarle a esos matones de encima a tiempo. ¿Qué habría hecho una persona normal? ¿Una persona normal se habría quedado petrificada, como yo? ¿Una persona normal habría abandonado a sus amigos solo para procurar su propia seguridad, cuando ellos por su lado estaban tratando de hacer era algo noble, bondadoso y justo? ¿Acaso no es eso ser un cobarde? Ninguno de mis tres amigos tendría más fuerza o más posibilidades de zurrarles a esos malditos bastardos que yo mismo. Y sin embargo yo tuve miedo. Mucho más miedo que ellos.

—Entiendo —replicó el señor Giddens manteniendo su comprensiva mirada—. Pero donde tú ves cobardía, yo veo prudencia y sensatez. En realidad, tus amigos tuvieron mucha suerte de no acabar como Johnny. Fueran o no del Ku Klux Klan, esos atacantes podrían haberos hecho muchísimo daño. —Y entonces, volvió a sorprenderme con una de sus elaboradas reflexiones—. Por otro lado, comprendo que sientas lo que dices. Cualquier persona con corazón no podría permanecer impasible ante unos hechos como los que sucedieron y no sentirse mal por ello. Ayudar al prójimo es lo correcto; auxiliar al necesitado es honorable; y acompañar a tus amigos hasta el infierno, si hace falta, es lo que te convierte a ti en «amigo» suyo. Quizás llevas tanto tiempo encorsetado por tus propios demonios que necesitas un buen empujón para salir de esa cueva oscura donde hace tiempo decidiste resguardarte, pensando que estarías a salvo de todo, cuando en realidad lo único que has conseguido en este tiempo es acercarte más a las tinieblas que guardas en tu alma. —su voz se tornó entonces más intensa, más autoritaria, más aleccionadora—. Deja de pensar que eres un cobarde y verás cómo dejas de actuar como tal. Hoy ya has dado un salto de gigante en ese sentido. Hablar de ello es el primer paso. Afrontar tus demonios, sacándolos de lo más profundo de ti y compartiéndolos conmigo es, en sí mismo, un acto de valentía. Recuerda que un valiente no es aquel no que no tiene miedo, sino aquel que lo tiene y sigue luchando a pesar de ello. Quizás hayas roto hoy la puerta de esa cueva donde has estado resguardado demasiado tiempo. Quizás ahora ya no te cueste tanto ser más lanzado, cuando la situación lo requiera; precisamente porque ya no vas a volver a creer más que eres un cobarde. William, no eres un cobarde.

De nuevo, el anticuario volvía a esgrimir argumentos que me parecían poderosos y sensatos. O a lo mejor era solo que me convenía creerlo, que me estaba regalando los oídos. En cualquier caso, no había duda de que estaba funcionando.

No tuve que decir nada porque mi expresión denotó el entendimiento y aceptación de la reflexión del señor Giddens. Él volvió a mirar al frente con actitud altiva. El pesar con el que al

principio de la conversación había recordado a sus difuntas esposa e hija se había disipado y ahora solo quedaba la satisfacción de aquel que ha ganado todos los asaltos de un combate recién librado. Su chispa volvía a brillar como siempre.

Entonces se me ocurrió una última cosa que también necesitaba contarle a alguien y que, además, estaba relacionada con el mismo tema de la cobardía, aunque fuera en otro sentido, menos dramático que lo anterior. Así que aproveché aquel momento de intimidad, casi mágico, que se había creado entre nosotros.

—Hay algo más que me gustaría contarle, señor Giddens.

—Adelante, William —replicó sereno—. Cierra el círculo que hemos abierto hoy.

—Otra muestra más de mi cobardía reside en mi incapacidad para hablar claro de temas sentimentales con la persona que me gusta. —Los ojos del anticuario se abrieron, sorprendidos. Supongo que no se esperaba que yo saliera por ahí. Yo continué—. Hace tiempo que me gusta mucho mi amiga Penny. Bueno, en realidad, creo que lo correcto sería decir que estoy enamorado de ella hasta la médula. Nunca había sentido algo tan fuerte, de esta manera, por nadie. Pero no me atrevo a decirle nada a ella por miedo a que me rechace; por miedo a que eso estropee nuestra amistad. Y eso que lo he intentado un par de veces, sin ser capaz de terminar de declararme… por uno u otro motivo.

—Ahhh, querido William, el amor… quizás sea lo que más alegría y dolor te va proporcionar la vida. El ser humano está programado para amar, así que no hacerlo va contra nuestra naturaleza y casi nunca da resultados satisfactorios. Puedo entender tus dudas y miedos… pero hoy ya hemos salido de la cueva de los cobardes. Te voy a dar el mejor consejo posible: cuando te enfrentes a un problema de este tipo, no te preguntes «¿y si sale mal?», pregúntate siempre «¿y si sale bien?». Es lo que hacen los osados, los ganadores. —De nuevo, se expresaba con una convicción incuestionable—. ¿De verdad estás tan enamorado de ella o son solo tus hormonas las que hablan?

—Mis hormonas seguro que tienen algo que ver, pero lo que siento es más que un simple encaprichamiento —contesté algo molesto por la duda que planteaba la pregunta del anticuario —. He estado encaprichado antes, de Sally Ferguson y Mary Hardford, por ejemplo, aunque tampoco llegué nunca a nada con ellas. Lo que siento por Penny es completamente distinto. —Estoy seguro de que hablé con más pasión de lo que creo recordar ahora—. No puedo evitar que su rostro aparezca en mi mente todo el rato; la conozco desde hace muchos años, pero todo en ella me parece ahora más perfecto que nunca antes; me sudan las manos y el corazón se me acelera cuando estoy con ella, a veces ni siquiera consigo hilar bien mis ideas y expresarlas de forma coherente en su presencia. Es de lejos la mejor persona que conozco; íntegra, valiente. Todo lo bonito que hay en mi vida me recuerda a ella. Me he imaginado infinitas veces cogiéndola de la mano, mirarla a los ojos y probar sus labios. A veces incluso pienso cómo sería nuestra vida juntos, hasta llegar a ancianos y un día mirar atrás y gozar recordando la hermosa vida que hemos tenido unidos, amándonos. Y, si supiera que con otro ella iba a ser más dichosa que conmigo, me apartaría sin duda de su camino para asegurarle la mayor felicidad posible.

Hubo un silencio largo, porque lo que acababa de pronunciar en alto era una profunda declaración de intenciones y había que dejar que su espesura se disipara un poco.

—Es amor, no hay duda —concluyó el señor Giddens con una sonrisa—. En ese caso me reafirmo: obedece a tu corazón y ve a por ella; no dejes que pase el tren. Busca un buen momento, de cierta intimidad, para que ella se sienta cómoda; háblale con la misma sinceridad que me has hablado hoy a mí… y triunfarás.

Sus palabras infundían un ánimo que me habría hecho declararme allí mismo si Penny hubiera estado presente; aunque no podía evitar seguir teniendo ciertas inseguridades, sobre todo por mi aspecto.

—¿De veras cree que Penny sentirá ese mismo amor por alguien como yo? —dije entonces terminado de soltar lo que siempre evitaba sacar a relucir cuando pensaba en mi amada, pero que en realidad era lo que más me impedía dar el salto y confesarle mis sentimientos—. Míreme bien. Soy tuerto. ¿A cuántos muchachos conoce que solo tengan un ojo? ¿Podrá ella vivir con mi deformidad? No soy normal, admítalo.

—No conoces la obra más famosa de Rostand, ¿verdad? —No tuve ni que contestar porque mi rostro debió indicarle que no tenía ni idea de lo que me hablaba—. Bueno, intentaremos corregir eso más adelante, pero por ahora solo te diré que, si ella no te corresponde, si no es capaz de ver la bondad y la sinceridad con la que te refieres a ella, como yo lo he percibido hoy, es que no te merece. Si no entiende que tu alma es bella y que eso es lo único que de verdad importa, que el físico es solo el recipiente que sirve para contenerla y que, además, este se va a degradar con seguridad con el paso del tiempo, al igual que por ley natural ocurre en todos los seres vivos, entonces deja de idealizarla y busca a tu verdadero amor en otra parte.

Tragué saliva. Sabía que tenía razón. Cuando en mi mente eliminaba de la ecuación ese defecto físico que llevaba conmigo casi media vida y me centraba solo en mi interior, en mi personalidad, en mi alma –como decía el señor Giddens–, las posibilidades de éxito con Penny aumentaban en mi cabeza sobremanera.

—En cualquier caso, yo no la conozco —siguió entonces el anticuario—, pero por cómo la has descrito antes, diría que estoy bastante seguro de que sí te corresponderá. Casi yo mismo lo haría si me hablaras a mí con tanta pasión, muchacho —terminó y soltó una carcajada que hizo sus labios se separaran más de lo habitual, mostrando esos dientes infinitos que parecía esconder en su boca.

Mi mirada debió cambiar y él se dio cuenta, porque modifico rápido su expresión e inició un nuevo hilo de conversación, diferente pero colindante con todo lo anterior; casi como si no hubiera tenido que improvisarlo para distraerme de los dientes que solo enseñaba cuando llegaba a un estado de relajación y confianza tal que le hacía cometer lo que para él seguro era un gran descuido (o, al menos, eso pensaba yo). Puede que el señor Giddens tuviera sus propios complejos; y eso, en definitiva, lo hacía más humano.

—Por cierto, William, permíteme hacerte una pregunta: ¿por qué hablas tanto de ser o no «normal»? Pareces un poco obsesionado con esa palabra… con ese concepto. Lo has mencionado varias veces, y no solo hoy, como si de verdad pensaras que hay gente «normal» y que además tú estás fuera de ese grupo.

—Bueno… —comencé balbuceando un poco, porque tuve que acostumbrarme un segundo al giro de la conversación—. Supongo que me refiero que no es normal ser tuerto, como yo. O a que la hiperacusia… la enfermedad de mi amigo Abe, tampoco es normal…, es algo bastante raro. O ver a un niño cojo, como Terence.

De Penny no dije nada, porque no quería asociar sus peculiaridades con ninguna connotación negativa.

—Ya veo —replicó, con una pequeña pausa—. Entonces ¿qué piensas de mí? ¿Crees que yo soy «normal», según tu criterio?

Obviamente, no. No me parecía normal, y no solo por acabar de volver a ver de forma fugaz sus extraños dientes. Había muchas cosas en el señor Giddens que yo no habría calificado nunca

como «normales», pero cómo decírselo, y además hacerlo con tacto…

—Pues… —empecé, pero tardé tanto en hilar mis palabras que el señor Giddens siguió por mí.

—Exacto, William. Yo tampoco soy normal.

—No iba a decir eso —mentí, ahora sí, raudo como un rayo.

—Puede que no fueras a decirlo, pero es lo que piensas —replicó de forma tan tajante que no pude seguir intentando convencerlo de otra cosa—. Y no pasa nada. De verdad, no me ofende. Pero déjame que te diga un secreto, citando a Morticia Addams, por darte una referencia de tu época: lo normal es una ilusión; lo que es normal para una araña es el caos para una mosca. —Esa referencia exacta no la recordaba, pero al menos sí sabía quién era Morticia Addams, de la serie de la ABC ***La familia Addams***—. Lo que quiere decir eso —siguió el señor Giddens— es que no se puede hablar de normalidad en general, ya que ese concepto va a depender del individuo; y muchas veces también de la sociedad en la que este viva. La sociedad se autorregula en el tiempo para excluir ciertas características, conductas o pensamientos. Por ejemplo, hace muchos años se consideraba normal matar a alguien si este nos ofendía gravemente, y sin embargo hoy en día esto se consideraría un delito, del todo inmoral; sería «raro» que alguien entendiera y aceptara ese tipo de comportamiento, ¿verdad? —Nunca hasta entonces me había planteado lo que decía el señor Giddens, pero de nuevo sus fuertes argumentos me tenían completamente atrapado y convencido. Eran axiomas irrefutables—. La falta de algún miembro del cuerpo, por ejemplo, también era algo habitual en los países que sufrían largas guerras, y ahora mucha gente parece sorprenderse cuando ve a alguien al que le falta una mano, un brazo o una pierna. Y, quién sabe, puede que en unos años fumar sea un delito, o usar petróleo sea considerado algo inmoral, o quizás la gente sin pelo sea despreciada, si alguien es capaz de inventar alguna vez un crecepelo.

—Nunca lo había pensado de ese modo, la verdad, pero supongo que tiene razón.

Él sonrió. Sabía que la tenía. Y continuó.

—Además, esa misma sociedad, que es siempre cruel porque serlo es más efectivo para esa autorregulación que pretende, tacha de «anormales» esos comportamientos y características; y a menudo los llama «defectos», «taras», «minusvalías», para darles una connotación negativa, a veces inmerecida e injusta, según a los ojos de quien la mire. Por tanto, no olvides nunca que somos nosotros mismos los que definimos lo que es o no es «normal», influenciados por la sociedad en la que nos ha tocado vivir. Observarás, conforme vivas más años, que esta sociedad que ahora conoces va evolucionando, se va adaptando… Piensa, por ejemplo, en las sociedades patriarcales, y cómo estas han cambiado en determinados lugares, y pregúntate por qué siguen existiendo de forma muy extrema en algunos países y en otros no. Yo, desde luego, si viviera en una de esas culturas o sociedades con las que no comulgo preferiría ser identificado como «no normal» si ello me distancia de algo que va en contra de mis creencias.

Las ideas planteadas por el señor Giddens eran algo densas y filosóficas para mí, pero lo cierto es que no me costó mantener la atención, pues el fondo de lo que decía era muy interesante. Él seguía hablando de todo aquello como si tuviera el discurso ensayado.

—A veces, ese cambio que puede llegar a dar la sociedad, esa evolución, ni siquiera es a mejor. ¿Acaso los nazis no consideraban a los judíos una aberración, cuando cien años antes esos judíos estaban integrados en la sociedad alemana, aportando al país crecimiento económico e intelectual, como cualquier otro ciudadano? ¿Sabes lo que realmente ocurre? Que el ser humano, en su incesante necesidad de aceptación por el grupo, pierde la individualidad del pensamiento y se deja llevar, como si fuera un borrego, por lo que el grupo, que en general está manejado solo

por unos cuantos, quiere que se considere «normal». Así pues, William, mi consejo es sencillo: piensa por ti mismo. Y piénsalo bien antes de decidir si algo te parece «normal» o no; para ti mismo, como individuo. Porque lo que tú consideres «normal» debería estar en consonancia perfecta con tus propios valores, y no necesariamente con los de los que manejan los hilos de la sociedad en la que te toque vivir. Quizás cuando lo hagas te sorprendas; o no; pero al menos yo respetaré mucho más ese criterio que el impuesto por una sociedad en la que no estoy del todo seguro de si la masa, el grupo, o los que la dirigen estará ejerciendo una insana influencia sobre tu propia percepción de las cosas.

Tras meditarlo unos segundos, no porque no lo tuviera claro, sino más bien porque quise que sonara con convicción y no como algo atropellado o instintivo en vez de meditado e interiorizado, contesté:

—Sí, es verdad. Tiene usted razón. Así lo haré, se lo prometo.

—Volviendo entonces a la cuestión de si somos o no «normales», te diré que, en realidad, a mí me da exactamente igual. No me interesa ese concepto. Creo, de hecho, que es un concepto de que debió inventar alguien para no sentirse inferior, alguien con un manifiesto complejo, diría yo. Quizás por mis abundantes años y mi experiencia personal, hace tiempo que intento no hacer juicios de valor constantes contra las personas ni cuestionar si algo o alguien es o no normal; y eso no me impide mantener mi propio criterio sobre lo que considero o no justo según mis propios valores. Te pondré algunos ejemplos. ¿Ves a esas señoras, las que están ahí delante, con los dos niños?

Hizo un movimiento con su cabeza hacia adelante, para señalar a dos mujeres que estaban hablando de pie, en la hierba, a unas treinta yardas de nosotros, con varios niños correteando a su alrededor. Una de ellas sostenía a un pequeño en sus brazos.

—Sí.

—Fíjate en la que lleva al bebé en brazos. ¿Dirías que es «normal»?

Esa pregunta me descolocó un poco, pero traté de responder con sinceridad. Así que agucé la vista todo lo que mi único ojo me permitió.

—Pues, la verdad… no la conozco… pero así, a simple vista, diría que sí. Parece una madre normal y corriente, como cualquiera.

—¿Y si te dijera que su marido le pega, pero ella sigue con él a pesar de eso? ¿Te parecería entonces igual de «normal»?

—¿Cómo sabe eso? —exclamé sorprendido.

—Contesta primero a mi pregunta y yo contestaré luego a la tuya —me indicó, misterioso.

—Pues no sé… supongo que no. No me parece normal estar con alguien que te maltrata. Y menos con niños, a los que ese tipo podría llegar a maltratar también.

—Exacto, ya no te «parece normal», como tú mismo has dicho. Pero no conoces sus circunstancias. ¿Y si dejar a su marido fuera más peligroso que permanecer a su lado? ¿Y si de esa forma lo que está haciendo es proteger a sus hijos de algo peor, a pesar de que ello le cueste un silencioso sufrimiento personal a ella? ¿Y si el estado o la policía no son capaces de asegurar su bienestar si lo denuncia, o directamente no la creen? ¿Seguiría entonces pareciéndote que ella o su postura ante lo que le ocurre «no es normal»? —Hizo una breve pausa dramática antes de terminar—. ¿Y si un día, harta de los abusos de su esposo, es ella la que toma la iniciativa y lo mata, para librarse de él de una forma definitiva? ¿Sería entonces «normal»? Yo no la juzgo en absoluto, aunque puedo tener mi propia percepción de lo que haría en esa situación; pero siempre sería sin saberlo a ciencia cierta, puesto que nunca me he visto realmente inmerso en ella.

—Vale, vale, ya sé por dónde va usted. Pero, ¿cómo sabe que su marido le pega?

—No lo sé, pero lo he supuesto. Tiene moratones en el brazo y no deja de tirarse de la manga de su camiseta para ocultarlos; hace muecas de dolor, como si le pinchara el vientre, cada vez que el pequeño se mueve y tiene que cambiar de postura; y su mirada es triste, a pesar de que está en el parque con sus hijos. Podría estar casada con un maltratador o no, pero lo que te he dicho ya te ha hecho dudar de su «normalidad», solo porque no aciertas a entender los motivos que la podrían llevar a hacer lo que hace, según mi suposición.

—La he juzgado. Lo siento —repliqué algo avergonzado.

—Exacto. Y eso es lo que, por desgracia, suele hacer la mayoría todo el tiempo. Juzgamos la normalidad; o, mejor dicho, lo que nosotros creemos que es la normalidad. ¿Hablamos de normalidad cuando pensamos en ese payaso que nos hemos cruzado en mitad del parque al venir hacia aquí? Estaba entreteniendo a los niños, sí, pero apestaba de lejos a whisky barato porque quizás es la única forma de fingir unas risas y de aletargar su pena por tener que cumplir la orden de alejamiento contra su propio hijo que le dejó el divorcio con su mujer… ¿Hablamos de normalidad para referirnos a ese vagabundo que estaba en la entrada del parque, mendigando unas monedas para poder comer porque la empresa en la que trabajaba lo acusó injustamente de robar dinero de la caja y ahora ya nadie quiere darle trabajo? ¿Ves ahora que el mundo está lleno de «normalidad»?

Igual que con la mujer, el señor Giddens no podía saber todos aquellos datos del payaso y del vagabundo que habíamos visto antes, pero en realidad no importaba si aquello era cierto o no; su mensaje estaba claro para mí.

—De acuerdo —asentí con convicción—. Zanjemos el asunto diciendo entonces que todos somos «casi normales».

Me resultó curioso terminar utilizando de nuevo ese término, que a veces había usado al pensar en mí o en mis amigos.

—Estoy de acuerdo, siempre que no utilices el «casi» para pretender acercarte o alcanzar esa normalidad que no debes nunca anhelar como concepto, solo porque sí; solo porque es lo que dicta la sociedad. Si entendemos el «casi» solo como algo relativamente cercano, que puede estar por debajo, por encima o en paralelo a las cualidades que definan la normalidad a la que te refieras en cada momento, entonces sí, lo has captado a la perfección. Sería una buena forma de expresarlo: todos somos casi normales —contestó el anticuario, sonriendo—. Así que deja de prejuzgar a la gente; y mucho menos a ti mismo. Considera todos los puntos de vista, ten siempre la mente abierta, intenta empatizar con lo que no entiendes, porque a lo mejor te falta información para valorar una situación o un comportamiento… y nunca, querido William, nunca dejes de luchar por una causa que te parezca justa. Somos responsables de lo que ocurra en este mundo, de la deriva que lleve en el futuro, y para eso todos debemos aportar nuestro granito de arena, cada día, en la dirección que creamos correcta, alejándonos de la pasividad o indiferencia ante las cosas trascendentes, y este es un matiz importante, que entendamos son contrarias a nuestros valores.

Hay pocos momentos en los que somos plenamente conscientes de que un determinado hecho o experiencia que acabamos de vivir va a resultar importante y decisivo en nuestras vidas, en nuestro futuro, y sabemos de antemano que no vamos a olvidarlo nunca. En mi caso, esa charla en el parque al final de un caluroso día de julio de 1967 fue uno de esos momentos.

Si hasta ese día el señor Giddens me había demostrado siempre lo interesante que era su personalidad, con sus conocimientos, experiencias y anécdotas, esa tarde terminó por

encandilarme del todo con su convincente discurso y sus ideas para ayudarme con mis «problemas», para que tuviera argumentos sólidos con los que combatir mis miedos y demonios, para compartir pensamientos que quizás me hicieran ser mejor persona. Nunca como esa tarde lo había sentido tan cercano como un amigo, como un familiar incluso; como ese abuelo que nunca conocí, que nunca compartió conmigo sus vivencias, que nunca me aleccionó sobre las cosas importantes de la vida. Me sentía muy feliz de haberlo encontrado; de que me hubiera encontrado él, en realidad, y de poder compartir esos momentos que yo sentía como vitales en mi interior.

Y disfrutando de esa felicidad interior, pensé entonces que, como todas las cosas buenas de mi vida, ya era hora de compartirlo también con mis amigos, así que le lancé la siguiente propuesta.

—Señor Giddens, ¿le gustaría conocer a mis amigos?

Él me miró con verdadera ilusión en los ojos, como si acabara de hacerle un regalo con mi proposición.

—Me encantaría, William. De verdad. Hablas tanto de ellos que tengo mucha curiosidad e interés por conocerlos en persona; cuando tú quieras.

—Genial. ¿Le parecería bien que los invitara a su casa, por ejemplo, mañana domingo? Podríamos llevar algo para merendar, e incluso ver una película todos juntos.

—Es un plan excelente.

Decidimos entonces que ya era hora de volver a casa. El señor Giddens me sugirió que lo acompañara de nuevo y yo acepté encantado. Nos levantamos y comenzamos a caminar hacia la misma puerta del parque por la que habíamos entrado. Cuando pasamos por donde habíamos visto al payaso con los niños, este ya no estaba. Ni tampoco las señoras de la KIAWA; pero todo parecía listo para su evento del día siguiente. El parque estaba visiblemente más vacío. Quizás por eso me fijé más en una muchacha con la que nos cruzamos cuando estábamos ya cerca de la entrada. Era Rosamund Barbara. Rosie B., como se la conocía en la ciudad; era una chica muy guapa, pero el vestido claro que llevaba ese día realzaba algún más su belleza. Iba andando deprisa, en sentido opuesto al nuestro, por lo que acababa de entrar en el parque. Me pregunté qué haría sola por allí a esas horas.

Cuando salimos del parque, quien sí seguía en el mismo sitio que cuando llegamos era el vagabundo que mendigaba monedas en su puerta. Pero no estaba solo. Una gigantesca figura estaba plantada de pie a su lado y parecía acabar de haberle preguntado algo, porque el vagabundo señalaba con el brazo y el dedo índice apuntando en dirección a la puerta del parque. La figura se giró y pude verle bien la cara, aunque yo ya sabía quién era desde lejos. Se trataba de Elmer Ebony, el hermano de Johnny.

Comenzó a caminar hacia nosotros. Su mirada estaba fija en el horizonte detrás nuestro. Al cruzarnos, lo saludé.

—Will, hola, Will —contestó él con su peculiar estilo.

Me hubiera detenido a preguntarle por Johnny o darle algunas palabras de ánimo, pero no me dio opción, ya que siguió caminando hacia el interior del parque sin girar la cabeza.

Me extrañó ver a Elmer por allí, ya que según me había contado mi madre pasaba todo el tiempo posible velando a su pobre comatoso hermano en el hospital, y solo lo abandonaba para asearse y cambiarse de ropa. Sin embargo, el parque estaba tan lejos del hospital como del barrio en el Elmer que vivía.

Mientras comentaba esto con mi acompañante, el señor Giddens echó una moneda en el sombrero del vagabundo cuando pasamos a su lado. Quién iba a imaginar entonces que esa sería

quizás la última que recibiría en su vida aquel desgraciado.

# Matar a un ruiseñor

A mis amigos les entusiasmó la idea de la merienda en casa del señor Giddens. Después de todo lo que les había contado de él tenían mucha curiosidad por conocerlo en persona.

Quedamos en ir a las cinco. Recogí a Penny primero, en su casa. *Wolfy* nos despidió desde la valla en silencio, solo siguiéndonos con la mirada, como solía hacer.

Ella estaba preciosa y creo que empezaba a notar demasiado que mis miradas (y pensamientos) la colocaban en un escalón afectivo superior al de una simple amiga.

En cuanto nos vimos me adelantó que tenía noticias, novedades de los asesinatos, pero prefirió esperar para darme más detalles hasta que nos encontramos con Abe. No le insistí porque ya había dejado atrás mis días de paranoia detectivesca respecto a los asesinatos –involucrando a mi patrón como principal sospechoso– y mi curiosidad e interés por ellos había disminuido bastante.

Sin embargo, esto cambió en cuanto Penny empezó a contarnos lo que sabía.

—Bueno, ahora que estamos los tres, os cuento en primicia lo que le he sacado hace un rato a Bobby —comenzó.

—¿No esperamos a Terence? —preguntó el noble de Abe, que poco a poco era el que más fuertes lazos amistosos estaba forjando con el nuevo miembro de nuestro grupo.

—No puedo esperar más a contaros lo que sé. Además, hemos quedado con Terence en Oak Square, ¿no es así, Will? —contestó mirándome mientras yo asentía rápido—. Eso está justo al lado de donde vamos, y no quiero comentar el asunto con extraños; me refiero a tu jefe, no lo conozco —terminó mirándome de nuevo.

—El señor Giddens es de fiar —me apresuré a replicar yo—. Pero no creo que esté interesado en los asesinatos. Aunque tampoco me parece un buen tema para una «primera cita».

—Bueno, pues eso. ¿Queréis que os lo cuente o qué? —siguió ella en un tono algo apresurado. Ni siquiera tuvimos que contestar—. Ayer por la noche hubo otro asesinato.

—¡¿En serio?! —exclamó Abe sorprendido—. No he visto nada en el periódico ni he oído a nadie comentar nada en casa.

—Supongo que aún no ha dado tiempo a que se extienda la noticia, pero seguro que empieza a aparecer pronto en todos los medios.

—¿Y ha sido igual que los anteriores? Sería el tercero… —indiqué yo.

—Sí, exactamente la misma pauta. Pero como le digáis algo a alguien os mato. Ya sabéis que Bobby me cuenta todas estas cosas en total confianza.

—Entonces, ¿de verdad estamos hablando de que hay un asesino en serie en Fortress Flint? —preguntó de forma retórica Abe.

—Muerte por corte profundo, totalmente desangrado, mismas marcas en el cuello… —confirmó Penny.

—¿Y quién es la víctima esta vez? —pregunté yo.

—Un vagabundo. Lo encontraron muerto al lado de Howe Forrest Park. Fue de madrugada y se han asegurado de limpiar pronto el lugar para no generar pánico. Además, hoy había en el parque un evento de las urracas… las de la KIAWA, y ha habido presiones para que la muerte de un

vagabundo no impidiera celebrar el asunto de esas «señoras» —el retintín de la última frase de Penny no dejaba lugar a dudas sobre su posición respecto a las urracas.

Me estremecí al oír las palabras de Penny. Muchos pensamientos que creía ya desechados volvieron a mi mente de golpe, como un torrente. ¿Sería el mismo vagabundo con el que no hacía ni veinticuatro horas nos habíamos cruzado el señor Giddens y yo? ¿El mismo que estaba hablando con Elmer Ebony cuando salimos del parque? ¿El mismo al que el señor Giddens le dio una moneda cuando salíamos del parque y pasamos a su lado?

—Yo estuve ayer en Howe Forrest Park —dije de forma instintiva, sin pararme a pensarlo.

—¿En serio? Eres sospechoso entonces, jajajaja —soltó Abe.

Penny no se rio; en cambio me miró curiosa.

—¿Y viste algo?

—No sé si la víctima será el mismo vagabundo, pero sí que me crucé con uno. Estaba sentado en el suelo, justo en la entrada oeste del parque, pidiendo limosna. Lo vimos al entrar y al salir…

—Has dicho «vimos». ¿Con quién estuviste en el parque?

—Con el señor Giddens. Lo acompañé a dar un paseo y terminamos allí, sentados en un banco y hablando… de muchas cosas.

—Pues sería difícil que fuera otro vagabundo, porque justo allí es donde lo encontraron, esta madrugada —confirmó Penny—. Una pareja volvía a casa dando un paseo, la zona estaba bastante oscura, parece que hay un par de farolas rotas, y él resbaló con la sangre… Por ahora no hay testigos.

—A mí lo que me preocupa es que el asesino ya se atreva a atacar incluso en plena calle, a la vista de cualquiera. Se está volviendo más valiente. Eso da bastante miedo, ¿no creéis? —reflexionó Abe, ya con su anterior sonrisa borrada del todo de su rostro.

—O se está volviendo más loco —completó Penny—. Pero lo raro es que haya habido tres asesinatos exactamente iguales. Me ha dicho Bobby que eso es la primera vez que ocurre en Fortress Flint. Al menos desde que se tienen registros. Es muy probable que los federales entren en acción.

—No. Exactamente iguales no —repliqué yo con la mirada perdida.

—¿Cómo que no? ¿A qué te refieres? —preguntó Penny, sorprendida de que yo pudiera intentar contradecirla en un asunto en el que ella era el único canal de información directa con la policía.

—El vagabundo al que vi ayer, que parece, con bastante seguridad, que es la tercera víctima de la que hablas, era un hombre blanco.

El resto del camino hasta Sally’s Oak lo pasé en silencio, mientras Penny y Abe seguían discutiendo y elucubrando teorías sobre el asesino. Yo estaba empezando a preocuparme muy en serio por estar, de alguna manera, conectado de forma cercana a las tres víctimas. Otra vez. Y, quisiera admitirlo o no, era un hecho que esa conexión mía con las víctimas tenía también otro nexo común, más directo que el mío propio: el señor Giddens. Él se mudó al lado de la casa de la primera víctima, donde yo empecé a trabajar muy poco después; vendió una antigüedad a la segunda, estando yo presente, y días después este fue hallado muerto; y ahora, horas antes del asesinato de la tercera y justo delante de mis narices, mi patrón bien podía haber sido el último que regalara una moneda al desgraciado «sin techo» que cayó en manos del despiadado asesino que estaba convirtiendo mi ciudad en un macabro tablero de juego. ¿Coincidencias?… Sí. Podían ser meras coincidencias, pero yo no podía dejar de pensar en ellas. No entendía cómo mis amigos no se percataban de que haber estado cerca de las tres víctimas del mismo asesino, en una ciudad

tan amplia como la nuestra, no resultaba algo tan fácil o aleatorio; aquello era tan probable como ganar la lotería. O quizás, si se percataban, solo pensaban en ello para hacer bromas a mi costa, pero no con la seriedad que a mí me parecía que tenía todo aquello.

También pensé en Elmer. Él incluso había hablado con el vagabundo. Pero me pareció obvio que no debía tener nada que ver con el asesinato, ya que su foco parecía estar más puesto en Rosie B. que en el pobre desgraciado que le indicó por dónde se había metido ella. Lo normal habría sido estar agradecido por ello, o solo ignorarlo. Aunque, por otro lado, Elmer no era normal del todo. Sí, ahí estaba yo de nuevo con mis prejuicios sobre la «normalidad». Parecía que la conversación del día anterior con el señor Giddens aún no había calado del todo en mí, por más que en su momento sus reflexiones me parecieron muy certeras y me convencieron. Pero estaba claro que las noticias que nos acababa de compartir Penny habían desestabilizado de nuevo mi juicio.

Al llegar a Oak Square, Terence ya estaba allí. Puntual como un reloj y vestido de domingo; es decir con la pajarita que su madre le obligaba a ponerse para ir a la iglesia. Bajo el brazo llevaba unos rollos de papel que todos conocíamos a la perfección.

—Hola, Terence —saludó Abe, justo antes de reparar en los rollos de papel—. Pero, ¿para qué te has traído eso hoy aquí?

Cuando había llamado a Terence para decirle lo de la cita en casa del señor Giddens, se me ocurrió sugerirle una cosa y, aunque al principio se mostró reticente, mi insistencia le hizo ceder, bajo alguna condición.

—Se lo he pedido yo —me apresuré a contestar.

Penny y Abe me miraron extrañados.

—Sí, los he traído, Will, pero que quede claro que no voy compartir nada con tu jefe hasta que no esté convencido de que esto es una buena idea —replicó altivo.

—Por supuesto. Tú entra, conócelo y decide por ti mismo —concluí.

—Bueno, digo yo que también podíais contar con nosotros para tomar estas decisiones, ¿no? —comentó Abe molesto—. Al fin y al cabo, todos hicimos la promesa de guardar el secreto y todos estamos igual de metidos en este asunto del tesoro.

—«Fallido» asunto del tesoro, querrás decir —apostilló Penny, dejando clara su evidente falta de convicción en aquello—. Por mí podéis contarle la historia a quien queráis.

—Vale, vale. Tu postura está clara, Penny. Y la tuya, Will. Pero recordad que hemos cometido un delito al asaltar la fortaleza sin permiso para excavar en ella. Y, aunque al final lo dejamos todo exactamente igual, como poco seguro que podrían imputarnos un acto de intrusión… puede que incluso vandalismo.

Abe había bajado el tono de su voz, aunque su mirada denotaba una fuerte intensidad.

—El señor Giddens es de fiar. De verdad. No dirá nada a nadie. Y, con todo lo que sabe, lo mismo nos ayuda a entender en qué nos hemos equivocado o nos da alguna nueva idea sobre dónde seguir buscando. Si aún hay algún espacio para la esperanza en toda esta historia, seguro que él encontrará el camino para llevarnos al éxito —indiqué yo.

—Bueno… ya veremos —cerró Terence, dándose la vuelta y comenzando a andar hacia la casa del señor Giddens.

Cuando cruzamos la valla y nos dirigimos a la puerta, oí cómo Penny susurraba a Abe «y recuerda que justo ahí al lado es donde mataron a la primera víctima…».

El señor Giddens tardó muy poco en abrir desde que llamamos al timbre. Era obvio que nos estaba esperando. Iba con traje, como solía, pero no llevaba chaqueta, solo un chalequillo

ajustado a su delgada figura. Su sonrisa era lo más amplia posible, pero cuidándose bien de no mostrar nada que no debiera (seguro que siendo muy consciente de que podía incomodar a otros, como así había sucedido conmigo en el pasado). Para abrir la puerta, como el sol aún lucía con fuerzas a esas horas, se había puesto sus enormes gafas de sol, con las que casi parecía una mosca humana, aunque se las quitó tras cerrarla en cuanto entramos.

La casa estaba en la penumbra habitual, iluminada de forma tan débil que noté cómo mis amigos avanzaban muy despacio, con la inseguridad de quien no está confortable con las condiciones visuales de su entorno y no desea no tropezar con nada. Yo estaba muy acostumbrado a ello, pero el señor Giddens enseguida explicó a mis amigos el asunto acerca de su fotofobia, mientras ellos –y sus ojos– se iban haciendo al ambiente. De fondo se oía el ***Somebody to Love*** de Jefferson Airplane. Era la radio la que sonaba, aunque al señor Giddens solía gustarle más poner sus propios discos. Como casi todo lo que hacía el señor Giddens tenía un propósito, pensé que elegir la radio –y, más concretamente, una emisora moderna– para recibirnos tenía el preciso objetivo de causar una impresión más cercana a unos adolescentes que la podría haber causado de haber tenido puesto en su tocadiscos una pieza de, por ejemplo, Debussy.

Durante las presentaciones, que tuvieron lugar en la entrada, no dejó de realizar comentarios agradables sobre cada uno de mis amigos. Yo le había hablado bastante de ellos y el señor Giddens mostró su enorme habilidad para poner en valor ciertos aspectos de las historias que yo le había relatado y lograr parecer así muy cercano y simpático. Por las expresiones de mis amigos, lo consiguió de largo. Era un gran anfitrión y no dudó en hacer que nos sintiéramos cómodos desde el primer minuto.

Penny mostró cierto nerviosismo inicial a través de un leve tartamudeo, avergonzada por los halagos que el señor Giddens le dedicó. Este alabó su valentía y su inteligencia, todo ello sacado de lo que yo le había contado sobre ella, pero añadiendo adornos de cosecha propia que el anticuario había decidido lanzarle, acentuando aún más todas las virtudes con las que yo se la había descrito. Lo hizo tan bien que Penny no tardó en dejar atrás su pronunciación entrecortada y se relajó exhibiendo una bonita sonrisa.

Como era de esperar, lo primero que llamó la atención de mis amigos fue la parte de la casa que hacía las veces de tienda de antigüedades, que además era lo primero que uno se encontraba al entrar. La curiosidad por los objetos que allí se exhibían y sobre los yo les había contado algunas historias fueron el foco de nuestros primeros minutos allí.

Hicimos un recorrido rápido por los estantes y vitrinas que adornaban toda la estancia, la cual estaba algo saturada por la cantidad de cosas que allí se exponían. El señor Giddens se cuidó de ir proporcionando de manera harto interesante –como solía hacer con cualquiera de los clientes que nos visitaba– las explicaciones pertinentes sobre los objetos en los que mis amigos mostraban más interés. Casi de una manera matemática, el anticuario procuró dedicar el mismo nivel de atención a cada uno de ellos, aunque fue Terence quien más fascinado estaba con todo aquello y quien trataba de acaparar la mayor parte de su atención.

Una de las cosas que más le entusiasmó a mi pequeño amigo fue una edición de ***Tom Sawyer*** firmada por Mark Twain. La dedicatoria era genérica, pero la firma del autor era clara y el libro en general estaba en muy buen estado a pesar de que aquellas páginas debían de tener unos noventa años. Mi amigo tenía los ojos como platos delante de aquel ejemplar, expuesto tras un cristal y abierto por la primera página, de modo que la firma del autor pudiera apreciarse en todo su esplendor. El señor Giddens hizo entonces algo que no lo había visto hacer con ninguno de los

clientes que se había mostrado interesado por aquel libro. Sacó la novela de la vitrina donde la exhibía y la colocó en las manos de Terence, animándolo a que la ojeara. Aquello me sorprendió tanto que no pude dejar de indicar en voz alta que era la primera vez desde que habíamos abierto la tienda que el señor Giddens sacaba aquel libro de su vitrina. El anticuario no tuvo ni que decirle que tuviera extremo cuidado con el antiquísimo libro; parecía tener la certeza absoluta de que Terence lo trataría como si tuviera su propio corazón entre las manos. Como no podía ser de otra forma, aquel gesto le hizo ganarse su confianza de golpe. Una jugada maestra de mi patrón, desde luego.

Y no sería la última aquella tarde.

Mientras Terence destilaba entusiasmo ante las páginas del libro, el señor Giddens se ocupó de Abe, que se había detenido frente a un pequeño objeto, casi escondido en una estantería, colocado en segundo plano, detrás de otros. Era una pieza de ajedrez, una dama negra para ser exactos. El señor Giddens se percató de ello y se acercó a él preguntándole si le gustaba el ajedrez, cosa que por otro lado ya sabía porque yo le había comentado en alguna ocasión la pasión de mi amigo por dicho juego.

Abe le dijo que sí, que jugaba desde que era pequeño y que le había llamado la atención ver una pieza suelta, sin ninguna de sus otras quince o treinta y una compañeras. El señor Giddens lo animó a cogerla, si quería, algo que mi amigo no se pensó un segundo. La pieza era de madera, teñida de un marrón muy oscuro. Era sencilla. Le pedí que me la pasara. Yo no había reparado mucho en ella hasta entonces y quería verla más de cerca. Pesaba muy poco y su tacto era más áspero de lo que me imaginé. Abe no tardó ni cinco segundos en recuperarla.

—¿Sabes quién fue Paul Morphy? —preguntó el señor Giddens a mi amigo.

Yo no tenía ni idea y Abe le confirmó que él tampoco, así que me preparé para oír otra de las interesantes anécdotas del anticuario. Según nos contó, Morphy fue uno de los más grandes ajedrecistas estadounidenses de todos los tiempos y puede que el primer gran campeón mundial de ajedrez; aunque en su época de mayor auge, mitad del XIX, no existiera aún ese galardón. Al parecer, la historia de la pieza que teníamos entre las manos se remontaba a una serie de históricas partidas, jugadas en el Congreso de Ajedrez de Estados Unidos en 1857, donde Morphy ganó en la final al alemán Louis Paulsen. El Señor Giddens nos dio tantos detalles de aquello que casi parecía que lo hubiera vivido en persona; reconozco que algunos datos que comentó acerca de las jugadas de Morphy me resultaban del todo incomprensibles, pero Abe parecía estar disfrutando con todo aquello. Lo que sí entendí es que Morphy estaba, en su mejor época, muy por encima de todos sus rivales y era conocido por su precisión y la limpieza y elegancia de sus planteamientos, uno de los cuales solía ser el sacrificio de la dama en sus partidas. Esa dama negra que teníamos en aquel momento en la mano fue la misma que Morphy sacrificó en la primera de las partidas de esa final de 1857 y que lo llevó al triunfo de la misma.

Abe estaba anonadado con aquella historia y con la pequeña dama negra que sostenía y a la que contemplaba hipnotizado mientras la acariciaba suavemente con las yemas de sus dedos. Mi patrón había vuelto a hacer su magia; la magia de encandilar a sus oyentes con sus palabras, con sus adornadas anécdotas sobre esos objetos a los que insuflaba un alma que nunca nadie podría imaginar que tuvieran solo con mirarlos.

Por su parte, Penny dio algunas vueltas por la estancia, mirando todo con interés, pero manteniendo cierta distancia emocional, como si quisiera permanecer en un segundo plano. Fue el señor Giddens quien se dirigió a ella y la llevó hasta una pequeña vitrina, casi escondida en un rincón levemente iluminado por una pequeña lámpara que solo proporcionaba luz a dicha vitrina.

En ella mi patrón tenía una pequeña colección de joyería, con anillos, pendientes, pulseras y colgantes; por supuesto, la mayoría con una historia detrás. La abrió con delicadeza y cogió uno de los objetos expuestos. Era una pulsera dorada, muy simple y muy fina, con solo un pequeño adorno, también dorado. Yo los había seguido en silencio, guardando la distancia detrás de ellos, pero mi altura me permitió ver la pieza bastante bien. El adorno en cuestión era de unas pequeñas alas.

Penny no solía prestar ninguna atención a los abalorios y adornos de chicas, por lo que la fascinación que de primeras demostró por aquella pieza me sorprendió sobremanera. De verdad, no creo que lo hiciera por compromiso, ya que Penny era siempre sincera al expresar sus pensamientos y emociones; y aunque solo hubiera querido parecer educada, podía haber respondido con mucha menos intensidad de la que lo hizo ante lo que el señor Giddens le estaba enseñando.

Según le contó el señor Giddens, aquella pulsera no era realmente de oro, solo estaba bañada en él, y su valor real y práctico era escaso. Pero le dijo a Penny que había pertenecido a otra muchacha igual de aventurera que ella y le preguntó si había oído hablar de Bessie Coleman –la dueña original de aquella pulsera–, a lo que mi amiga respondió que no. Yo me acerqué, curioso, para poder participar de la conversación. El señor Giddens nos contó que Bessie Coleman había sido la primera mujer afroamericana en conseguir la licencia de piloto de la Federación Aeronáutica Internacional, en 1921, y que eso supuso todo un hito para el que Bessie tuvo que luchar bastante, tanto por su condición de mujer, como de afroamericana, en una época que estaba aún más anquilosada que la nuestra en relación a la integración de personas con esas dos características, sobre todo en según qué actividades. La verdad es que a mí la única aviadora que me sonaba era la popular Amelia Earhart, la primera mujer que sobrevoló el Atlántico, emulando lo que Lindberg había logrado unos años antes, y que falleció tratando de dar la vuelta al mundo. Pregunté si Earhart había sido la primera mujer piloto y el anticuario, que parecía saber de todo, al nivel de la mejor y más completa enciclopedia, me contestó que no, y me informó que primera mujer piloto había sido la francesa Raymonde de Laroche, que obtuvo su licencia de la FAI en 1910. Me dijo que Earhart la obtuvo en 1923 y fue la decimosexta mujer del mundo en hacerlo. Bessie Coleman lo hizo antes, en 1921, y fue la octava mujer del mundo en conseguirlo y la primera afroamericana; y con doble premio en minorías, puesto que su padre tenía además ascendencia cheroqui.

Mientras nos contaba todos esos detalles, el señor Giddens le había pedido a Penny si podía acercarle su mano y, de forma harto caballerosa, permiso para tocarla. Penny llevaba puestos uno de sus habituales guantes, muy finos, color marrón, visiblemente gastados y con los dedos al aire. El señor Giddens no hizo ningún comentario al respecto. ¿Cómo podría? Él solía ir mucho más tapado todo el rato; y en pleno verano. Con suma delicadeza colocó la pulsera en la muñeca de mi amiga, que lo dejó hacer, ensimismada por la pieza y por las palabras del anticuario.

—Esto simboliza la valentía de perseguir los sueños propios; la fortaleza de luchar por tus valores, por lo que crees; las alas para volar y no ponerse límites —recitó el señor Giddens con una cadencia y solemnidad a la que solo le faltó la ***Pompa y circunstancia*** de Elgar de fondo para hacerlo sonar como un arcaico ritual británico de imposición de un grado—. Creo que te queda estupenda, Penny. Parece estar hecha para ti.

Yo tocaba la mía, la de ***Río Rojo*** que él me había reglado con total generosidad y sin ningún motivo –solo porque a mí me gustó– unos días atrás. Si bien era, a primera vista, mucho más modesta que la de Bessie Coleman, me gustó pensar que el tener ambos en nuestras muñecas dos

pulseras procedentes de la misma tienda nos daba algo más en común de lo que presumir como la pareja que aún no éramos, y que en mi mente deseaba con todas mis fuerzas que ocurriera más pronto que tarde. Supongo aquel tonto pensamiento solo era fruto de las inocentes ilusiones de un chaval enamorado hasta la médula.

Penny miraba hipnotizada la pulsera en su muñeca, sin pestañear; hasta que pareció volver en sí, como tocada por un rayo, se ruborizó y le pidió al señor Giddens que por favor se la quitara.

—Por supuesto. Solo quería ver cómo te sentaba. Pensé que podía ser algo que te gustara —dijo el anticuario a la vez que volvía a soltar la pulsera de la muñeca de Penny y se volvía para colocarla de nuevo en su lugar, en la vitrina.

—Y me ha… me ha… me ha encantado, de veras. Es una de las cosas más… más bonitas que he visto en mi vida —se apresuró a responderle ella, aún ruborizada y con evidente nerviosismo —. Es solo que… solo que… me he sentido… indigna de llevarla.

—Para nada, querida. No creo que esta pulsera y lo que simboliza pudiera estar en mejores manos que las tuyas —concluyó zalamero, sin posibilidad de esperar ni aceptar ninguna réplica.

No estoy seguro de si lo hizo con intención, pero me pareció que el anticuario me sonrió burlón al pasar a mi lado y dirigirse de nuevo al centro de la sala a seguir a tendiendo a mis otros dos amigos.

El señor Giddens podría haber estado horas relatando interesantísimas historias sobre todos los objetos por los que mis amigos les preguntaban; y ellos a su vez hubieran permanecido hipnotizados sin pestañear ante su agradable verborrea. Así que, calculo que tras una media hora alrededor de aquellos objetos, yo mismo vi conveniente proponer pasar a la merienda. La idea fue acogida mejor por unos que por otros, pero el señor Giddens convino conmigo en que mi propuesta era adecuada; estaríamos más cómodos sentados a la mesa y, además, se comprometió a seguir respondiendo a todas las preguntas sobre sus antigüedades que tuviéramos a bien hacerle.

El día anterior me había ordenado –sí, esa es la palabra adecuada, porque su tono no había dejado lugar a dudas– que no se me ocurriera llevar nada de comida a la cita; y lo mismo aplicaba para mis amigos. Como anfitrión, todo corría por su cuenta. Había preparado una pequeña mesita, donde quizás cinco personas estábamos algo apretadas aunque sin llegar a molestarnos. La mesita estaba adornada con un mantel blanco, lleno de florituras, unas servilletas de tela, unos pequeños platos con barroca decoración, tazas y vasos, y unos delicados cubiertos dorados que brillaban como diamantes a pesar de la tenue luz de la estancia. Todo aquello ya parecía excesivo para nuestro grupo, pero es que luego estaba la comida. Había tres pequeñas bandejas en el centro, una con pastas, otra con galletas y una tercera con un pastel. Dos jarras a juego con los platos y las bandejas, una con leche y otra con zumo de naranja, y una tetera de la misma colección. Haber conseguido meter todo aquello en la mesita era toda una obra de ingeniería, casi como haber completado un complicadísimo puzle. Y no solo los había colocado, sino que, a pesar de lo agolpados que pudieran parecer todos esos elementos, había logrado una cierta harmonía en su disposición.

En primera instancia dudé sobre si la comida habría sido preparada por nuestro anfitrión, ya que nunca lo había visto cocinar, salvo el sándwich de queso que me preparó el primer día que entré en su casa, y no sé si eso cuenta realmente como «cocinar»; además, de todo lo que había extraído de nuestras conversaciones, no me parecía que esa fuera una de sus pasiones. Tardó poco en despejar mi duda ya que, mientras tomábamos asiento alrededor de aquel barroco bodegón, él mismo nos confirmó que había comprado todo aquello en una pastelería esa misma

mañana; e incluso nos pidió disculpas, con sincera humildad, por no ofrecernos comida casera. Confesó no haberse atrevido a preparar él mismo aquellos dulces, ya que la cocina no se encontraba entre sus «escasas» habilidades.

No creo que a ninguno de mis amigos le importara en realidad si aquella merienda era o no casera, ya que todo tenía una pinta estupenda.

Cuando empezamos a degustar la merienda, el señor Giddens ya se había metido a mis tres amigos «en el bolsillo», como suele decirse, y mis miedos por que aquellas cuatro personas –que en aquel momento eran tan importantes para mí– se llevaran mal o no terminaran de congeniar se habían disipado del todo. Pensando en cómo nos había recibido y en cómo se había esforzado –de una manera tan natural que nadie lo habría llamado «esfuerzo»– en que cada uno de mis amigos se sintiera que era el huésped más especial de aquella velada, resultaba del todo imposible que nadie en la misma situación que ellos no se hubiera dejado atrapar por el magnetismo de aquel encantador anticuario.

Durante la merienda, Terence se atrevió a hacer una observación sobre el enorme valor económico de todo el lote de objetos antiguos que había en aquella casa convertida en tienda, y el señor Giddens aprovechó para lanzarles a mis amigos su discurso sobre quién y cómo se establece el valor de las cosas; el mismo discurso que me había regalado a mí el primer día que entré en su casa.

Mientras nosotros devorábamos el pastel, las galletas y las pastas, solo parando para hacerle a nuestro anfitrión alguna curiosa pregunta sobre los objetos que poseía y esperando a cambio una buena historia al respecto, el señor Giddens se limitaba a beber de su taza de té como un pajarito. En un determinado momento, Abe reparó en esto y, mostrando una singular confianza forjada tan solo en algo menos de una hora de charla, le preguntó al señor Giddens:

—¿No come usted nada? Casi me siento violento comiendo esta exquisita merienda mientras usted solo bebe té. No estará envenenada la comida, ¿verdad? —terminó riendo, pensando que acababa de hacer un chiste gracioso.

Aquel comentario me recordó un instante a los días en que mis sospechas sobre mi patrón lo habían convertido –en mi mente– en un siniestro y despiadado asesino; y no solo en un asesino, sino en un monstruo sobrenatural, en un vampiro. Ese pensamiento me hizo esbozar una leve sonrisa que nadie advirtió, mientras el señor Giddens contestaba a mi amigo hablándole sobre la falta de apetito que un hombre de su edad sentía y que, en realidad, cada vez tenía menos necesidad de hacer copiosas comidas, y menos aún de merendar; nada comparado con el momento de crecimiento y desgaste de un grupo de saludables adolescentes como nosotros. A mí aquello no me sonaba extraño porque lo cierto es que, salvo el día que vino a cenar a mi casa, no lo había visto probar bocado en ninguna otra ocasión y ya tenía bastante interiorizada la idea de que, en efecto, como él decía, un hombre de su edad y con poco gasto físico no debía sentir nunca demasiada hambre.

Cuando los platos estaban ya casi vacíos y nuestros estómagos más llenos de lo que deberían, nuestro anfitrión habló sobre uno de sus temas favoritos.

—¿Os ha contado William que tengo una pequeña sala de cine en el sótano?

Mis amigos se miraron y sonrieron.

—Sí, nos lo ha contado —respondió Penny.

—Nos ha hablado mucho de las películas que ha visto aquí con usted —completó Terence.

—Pero mucho, mucho… —terminó Abe justo antes de que todos soltaran una estruendosa carcajada al unísono.

—Está bien —dije resignado a aceptar que quizás había sido algo intenso en mis descripciones y comentarios sobre lo aprendido con el señor Giddens en aquellas maravillosas sesiones de cine —. Admito que no he podido evitar mostrar un enorme entusiasmo al hablaros de las películas que he compartido y disfrutado con él aquí, pero os anuncio que estáis a punto de experimentar en vuestras propias carnes ese mismo entusiasmo cuando el señor Giddens, con sus comentarios, os haga ver la película que nos ha preparado hoy desde una perspectiva que seguro la engrandecerá y enriquecerá. Ya veréis entonces como no podéis aguantar para llegar a casa y compartir con vuestros padres algo sobre ella.

Mis amigos ya no reían y solo nos miraban al señor Giddens y a mí con una creciente expectación en sus rostros.

—Bueno, querido William, no sé si exageras un poco, pero muchas gracias por tus palabras. Por supuesto, intentaré que la velada cinematográfica sea lo más agradable posible. ¿Os apetece entonces que bajemos y veamos una película? —preguntó de forma retórica mientras empezaba a levantarse con parsimonia de su silla.

—Claro. Espero que sea ***Lawrence de Arabia*** —dijo Terence poniéndose de pie de un salto por el que nadie hubiera dicho que padecía de cojera.

—No. Ojalá sea ***La gran evasión***. Ese sí que es un peliculón —replicó Abe, al que le encantaban todas las películas ambientadas en la Segunda Guerra Mundial.

—Pero no mejor que ***Lawrence de Arabia*** —insistió Terence, algo picado con su amigo—. ***Lawrence de Arabia*** es, sin duda, la mejor película de todos los tiempos.

—Pero ¡¿qué dices?! A ver, no quería decirlo de manera tan brusca, para no ofenderte, pero ***Lawrence de Arabia*** es un rollo. Nunca conseguí verla entera; y eso que lo he intentado al menos tres veces. Esos planos interminables del desierto, donde no pasa absolutamente nada… A veces para dormir, en vez de contar ovejas, pienso en Peter O'Toole en el desierto y caigo redondo en un segundo.

El señor Giddens se mantenía al margen de aquella pequeña guerra de opiniones, pero por su casi imperceptible sonrisa ante el último comentario de mi amigo, pienso que estaba más cerca de la opinión de Abe que de la de Terence.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! Eso solo te pasa a ti, porque tienes el cerebro de un mosquito y no puedes entender la sensibilidad y profundidad de una obra maestra – contraatacó Terence.

—***La gran evasión*** sí que es una obra maestra. Esa sí que es la mejor película de todos los tiempos. Maravillosos personajes, estupenda historia, magníficos actores…

—Abe, amigo, estaría de acuerdo contigo, pero entonces estaríamos los dos equivocados —respondió Terence, que era mucho más fino y sutil a la hora de usar la gramática en una pelea verbal.

El señor Giddens caminaba delante y Penny y yo lo seguíamos de cerca.

—¿Y tú, Penny? ¿Qué película te gustaría ver? —le preguntó mientras abría la puerta del sótano y le ofrecía a mi amiga el paso, escaleras abajo.

—Mmm… Pues creo que me gustaría ver ***Psicosis***. No la he visto nunca pero siempre me ha despertado mucha curiosidad.

Me sorprendió mucho la elección de Penny. Suponía que iba a elegir alguna de aventuras, no una de terror.

—Ajá, Alfred Hitchcock. Excelente elección —indicó nuestro anfitrión mostrando su aprobación a la propuesta de mi amiga—. La tengo en mi filmoteca. Y estaré encantado de

invitarte cualquier día que te apetezca a venir de nuevo y descubrirla conmigo; pero hoy, si me lo permites, voy a sugeriros otra película.

—Claro, claro, por supuesto —respondió ella.

Cuando llegamos abajo, descubrí que el señor Giddens había adaptado la sala a cinco espectadores, disponiendo dos sillas al lado de la butaca de la derecha del proyector, que era la que él solía usar, y una junto a la butaca de la izquierda, que era donde yo solía acomodarme para disfrutar de las películas. Eran sillas con apoyabrazos y parecían algo más cómodas que las que tenía arriba, en el comedor. Me sorprendió que el anticuario hubiera bajado aquellas sillas hasta allí y se hubiera tomado la molestia de tenerlo todo listo para la proyección. Incluso el rollo de película estaba ya colocado en su sitio, tarea que, por lo general, el señor Giddens me reservaba a mí.

Estaba claro que la pregunta a Penny había sido más para ver qué decía ella y saber más sobre sus gustos que porque mi patrón tuviera la más mínima intención de proyectar ninguna otra cinta que no fuera la que él ya había elegido de antemano.

Abe y Terence llegaron abajo inmersos aún en su discusión sobre cuál de las dos películas que habían sugerido ver era la mejor de la historia.

El señor Giddens nos invitó a sentarnos, pero realizó una jugada de la que no me percaté sobre su intención hasta momentos más tarde.

—¿Te importaría sentarte a mi lado, Penny? —preguntó señalando la silla que quedaba más cerca de él, mientras se acomodaba en su butaca habitual, a la derecha del proyector. Obviamente no esperaba que Penny se negara a su petición.

—William, tú ponte en esa otra silla, al lado del proyector, para que puedes manejarlo —me indicó señalándome la silla que quedaba libre justo al lado de la que Penny se disponía a ocupar.

Viendo cómo se iba conformando la distribución de sitios, Terence y Abe no abrieron la boca y se dirigieron a la butaca y la silla que estaban al lado izquierdo del proyector. Como si lo tuvieran pactado de antemano, Terence se sentó en la butaca y Abe hizo lo propio en la silla. Quiero pensar que, a pesar de sus continuas discusiones, mi generoso amigo Abe pensó que la butaca sería más cómoda para la maltrecha pierna de Terence; y aunque es posible que Terence nunca hubiera admitido que necesitara algo más mullido para aguantar mejor el hecho de estar sentado durante un buen rato, creo que en su interior agradecía el cortés detalle de su nuevo mejor amigo.

—Me temo que voy a decepcionaros a ambos —continuó el señor Giddens, ya sentado en su butaca, mientras se colocaba sus lentes especiales para ver películas—, pero lo que tengo hoy preparado para vosotros no es ni el drama épico de David Lean ni las aventuras bélicas de John Sturges, aunque espero… bueno, estoy convencido de que os gustará de igual manera. Por favor, William, apaga la luz y enciende el proyector.

Nadie se atrevió a decir nada sobre fuera lo que fuera lo que hubiera elegido nuestro anfitrión. La verdad, yo no me di cuenta del título escrito en la lata de donde el señor Giddens había sacado el primer rollo de la película que nos disponíamos a ver, así que asistí al inicio de la proyección con la misma información que mis amigos sobre la cinta que nos disponíamos a ver: es decir, ninguna.

Noté cómo el señor Giddens me miraba de una forma especial cuando me senté al lado de Penny, y quise ver un cierto tono de satisfacción en su rostro, como el de alguien que acaba de hacer un inesperado regalo a un amigo. Entonces comprendí por qué nos había dirigido de forma tan precisa en cuanto a los sitios que debíamos ocupar, al menos a Penny y a mí. Creo que quería

asegurarse de que me sentaba al lado de la chica que me tenía el corazón robado. ¿Qué hay más bonito que ir al cine a ver una estupenda película y hacerlo sentado en la oscuridad de la sala al lado de la persona amada? Una breve y amable sonrisa por mi parte fue mi forma de decirle «gracias».

Cuando el aparato empezó a hacer girar sus ruedas, proyectando en la blanca pared las primeras imágenes de la película, pudimos ver el logo de la Universal en blanco y negro, y unas bonitas notas a piano acompañándolo. Luego, una vieja y gastada caja de madera que es abierta por las jóvenes manos de una niña –la cual tararea una suave melodía– para dejarnos ver en su interior una serie de peculiares objetos: dos figuras talladas de un niño y una niña, un reloj de bolsillo roto, lápices de colores, algunas monedas y una vieja medalla, entre otras cosas. Un verdadero tesoro infantil. Y entonces, sobreimpreso encima de ese tesoro, el nombre del principal protagonista de la cinta, Gregory Peck, justo antes de que la niña descubra, marcando con carboncillo sobre lo que parece una hoja de papel con líneas, típico de las escuelas para aprender a escribir recto, las letras en mayúscula del título de la película: ***Matar a un ruiseñor***.

¿Qué podría decir de la película? Creo que podría escribir un libro entero hablando solo de ella.

Todos quedamos absorbidos por su tierna historia, por unos personajes extremadamente bien dibujados y por unas interpretaciones de lujo, a pesar de los muchos debutantes con los que cuenta la cinta. Si hubiera de elegir solo dos películas de entre todas las que disfruté aquel verano con el señor Giddens, probablemente una sería esta, por su significado, por sus valores, por mis amigos… Desde entonces es una de mis películas favoritas de todos los tiempos.

Puede que en la magnificencia del recuerdo vivo que tengo de ese primer visionado de la cinta de Robert Mulligan influya mucho –por encima del resto– el hecho orquestado por el anticuario de estar sentado al lado de Penny. Eso provocó algo que a lo mejor me distrajo un poco de la película, pero que potenció el hermoso sentimiento que albergo hacia la misma. Ocurrió sobre el final del primer tercio. Todos estábamos absortos disfrutando de las aventuras de Scout y Jem y de la sobriedad e integridad de Atticus cuando, de un modo natural y sin ninguna premeditación, el brazo de Penny y el mío, colocados en los reposabrazos de aquellas sillas –extrañas en la sala– que el señor Giddens había dispuesto para ampliar su aforo, se acercaron tanto que se rozaron. Creo que ambos sentimos de manera especial el tacto de nuestras pieles al tocarse porque noté un pequeño estremecimiento, interno y externo, que precedió a una calma en la que nuestros músculos se relajaron de nuevo y convirtieron el roce inicial en un contacto estrecho y profundo. Pude ver a la perfección cómo ella miró de reojo hacia nuestros brazos y mantuvo la posición, haciendo que ese contacto inicial se perpetuara durante el resto de la proyección. Fue como si nos cogiéramos de la mano, pero entrelazando nuestros poros y el fino vello que recubría nuestros brazos en lugar de aferrarnos el uno al otro usando nuestros dedos. Fue maravilloso sentir el calor de Penny y, aunque todo aquello era muy sutil y a lo mejor solo estaba en mi imaginación, no pude evitar pensar que el cada vez más creciente amor que yo sentía por ella podía empezar a estar siendo correspondido.

Ninguno de nosotros cuatro abrió la boca durante toda la proyección; ni siquiera en los cambios de rollo. Momentos como la conversación de los hermanos sobre su difunta madre, ya acostados, antes de dormir; la intervención de Scout disuadiendo a la jauría que pretende linchar al acusado Tom Robinson antes del juicio, pasando «por encima» del propio Atticus; o la solemne puesta en pie de todo el público afroamericano de la sala del juicio, en señal de respecto y gratitud, mientras el abogado abandona derrotado la misma son de un calado y una poesía que es imposible no caer rendido a sus pies. Estábamos todos extasiados y por completo enganchados a

la historia de los Finch. Yo podía percibir cómo el señor Giddens disfrutaba de su victoria, casi sin hacer ningún comentario; no lo decía, claro, pero estaba presente en su potente aura.

Cuando acabó la película sí que nos contó cosas, como no podía ser de otra forma. Nos habló de la novela en la que se basa, con la que su autora, Harper Lee, había ganado el premio Pulitzer en 1960. También nos contó cómo Lee prefirió no adaptar su propia obra al cine, pero recomendó a otro sureño como ella, Horton Foote, para que se hiciera cargo del guion; y cómo Foote ganó su primer Óscar por este preciso y delicado trabajo, uno de los tres que ganó la película de los ocho a los que estuvo nominada en la edición de los premios de 1963.

Nos habló de que la historia podía considerarse semiautobiográfica y que el personaje de Scout, la niña protagonista, estaba basada en la infancia de la propia escritora. Asimismo, Dill, el amigo de los hermanos Finch que va a pasar los veranos a casa de su tía en el pueblo de los protagonistas, está inspirado en el también escritor Truman Capote, que fue amigo de la infancia y vecino de Harper Lee en Monroeville, Alabama, que es, por otro lado, la ciudad en la que se basa Maycomb, el pueblo de la obra. Penny sabía quién era Capote porque un año antes había publicado su famosa novela ***A sangre fría***, que ella había devorado y de la que se consideraba muy fan. El señor Giddens nos contó que Capote, antes que su amiga, había basado a un personaje de su novela ***Otras voces, otros ámbitos*** en Lee, con lo que podría decirse que ella le había devuelto el favor doce años más tarde cuando publicó ***Matar a un ruiseñor***; y a menudo decía que, como en el libro de Lee, él y ella solían ir a ver los juicios del padre de Lee, que era abogado como Atticus, en lugar de ir al cine, como hacían los otros niños de su edad. Todo esto lo sabía por declaraciones de Capote, ya que al parecer Lee era bastante reservada y nunca concedía entrevistas.

Otro de los Óscar que ganó la película fue a la dirección de arte, es decir, los decorados. Imposibilitados para rodar en Monroeville, la ciudad natal de Lee e inspiración genuina de Maycomb, ya que esta había evolucionado mucho en el cuarto de siglo que separa la ambientación de la historia –en plena Gran Depresión– del momento en que se rodó, tuvieron que construir alrededor de treinta edificios en los estudios de la Universal, en Hollywood, para recrear la cuidad de los Finch; incluso la sala del tribunal donde se celebra el juicio contra Tom Robinson es una réplica exacta del interior de la Corte Penal del Condado de Monroeville.

Y uno de los premios que no ganó, pero al que estuvo nominada con toda justicia, fue el dedicado a mejor banda sonora. Elmer Bernstein había compuesto una delicada y tierna partitura que acompaña a las imágenes con sutileza y humilde vocación. Estuve durante muchos días tarareándola en mi cabeza de forma repetida tras aquel primer visionado.

El señor Giddens seguía hablando. Nos informó de cómo Gregory Peck, que no fue la primera opción para el rol de Atticus Finch –probablemente el más significativo a la postre de toda su carrera y el único que le dio el Óscar que cuatro veces antes le había sido negado como finalista–, había llamado a las siete de la mañana a los productores para decirles que aceptaba el papel tras devorar durante toda la noche la novela de Lee. ¡Cómo de agradecido tuvo que estar a Rock Hudson y James Stuart por haber rechazado un papel para el que, según contaba el famoso actor, no tuvo que esforzarse tanto como en muchos otros de su carrera! Le parecía una injusticia haber ganado el premio por una interpretación que casi no tuvo que hacer, y sus conocidos cuentan que hay mucho del propio Peck en el Atticus Finch que conformó con madurez y convicción para la película y que encarna todos los buenos valores que cualquiera querría ver en su propio padre (habida cuenta que toda la historia está narrada desde los ojos de su hija Scout).

En cuanto al resto de actores, la cinta cuenta con muchos debutantes, cosa lógica teniendo en

cuenta que la mitad de sus protagonistas principales son niños. Robert Mulligan, el director, consiguió de todos ellos unas actuaciones tan naturales y bellas que, para mí, siguen siendo unos de los mejores debuts de infantes en una película. Mary Badham y Phillip Alford están sublimes como Scout y Jem, y ambos se echan sobre sus hombros la mitad del peso de la cinta y dan la réplica a Peck con una inusitada soltura que los coloca a la altura del protagonista de ***Vacaciones en Roma***. Pero, siguiendo con debutantes, el actor que hace el papel de Boo Radley, Robert Duvall, tenía un debut tardío en el cine, porque contaba con treinta y un años cuando rodó la cinta; y también está espléndido, a pesar del poco metraje que tiene aunque su personaje sea de los más relevantes de la historia. De hecho, tras verla y mientras el señor Giddens nos contaba todas estas cosas sobre la película, empecé a darme cuenta del verdadero motivo por el que quizás mi patrón había elegido esa cinta aquella tarde tan especial con la que bautizar a mis amigos en la ceremonia cinéfila de su sótano. Había tantas similitudes entre la historia que acabábamos de disfrutar y nuestra propia historia que casi me resultaba increíble; y, sin embargo, mientras más lo pensaba más claro lo veía: Scout y Jem éramos nosotros, Abe, Penny y yo, amigos inseparables, casi como hermanos –excepto por lo que había florecido en mi interior hacia Penny ese verano–, vecinos de un pueblo en el que había prejuicios raciales –y me remitía al ataque sufrido días atrás en casa de Terence–, como por otra parte ocurría entonces en mayor o menor medida en casi todo el país; con una casa en un árbol, como los Finch, y con un amigo nuevo que llegaba a sus vidas para compartir sus aventuras. Ese amigo era indudablemente Terence, como Dill lo era en la película; y luego estaba Boo Radley, un misterioso personaje, que al principio parecía «el malo», alguien siniestro que solo sale de noche, y que sin embargo terminaba resultando el héroe que salva a los niños y el extraño y misterioso amigo que les dejaba regalos escondidos en los huecos de un viejo árbol, los mismos objetos que adornaban la caja de madera con la que se abría la película. Toqué mi pulsera, la protagonista de ***Río Rojo***. Giddens era Boo Radley, y él quería volver a demostrarme que las coincidencias existen y que las apariencias engañan; él sabía todo lo que yo había sospechado de él, cosas que en aquel momento me parecían muy estúpidas, pero que durante días habían nublado mi juicio y agitado mi corazón, y quería volver a decirme que él era «el bueno», a pesar de lo extraño que él pudiera parecer, a pesar de que yo pudiera pensar que él no era «normal». Me maravillé de la lucidez con que mi cerebro conectó todos los puntos y más aún de la magistral inteligencia del señor Giddens al haberme lanzado a la cara algo tan obvio de forma tan sutil y elegante como aquella. Nuestras miradas se cruzaron y ambos conectamos como nunca antes lo habíamos hecho. No se necesitaron palabras.

Con todo esto, ¿cómo, pues, no va a estar ***Matar a un ruiseñor*** entre mis películas favoritas de todos los tiempos?

Mis amigos seguían todos los datos y comentarios del señor Giddens con sincero interés; y sé que era sincero porque preguntaban por algunos detalles sobre lo que el anticuario les contaba que eran demasiado «profundos» como para ser muestras de mera educación o cortesía.

Al final de la charla y el debate que se abrió en torno a lo que a cada uno le había gustado más de la película, podría jurar que el vínculo establecido entre mis amigos y el anticuario era tal que todos los jóvenes se mostraban más que abiertos a compartir cualquier tema de conversación, pensamiento o emoción porque sentían que la puesta en común de sus ideas –aunque estas no siempre fueran secundadas– sí que era siempre aceptada sin juicios de valor. Se sentían libres para opinar, libres para expresarse, y en un círculo de total confianza. El señor Giddens había conseguido eso en menos de cuatro horas.

Entonces, Terence y yo nos miramos y él asintió, haciéndome saber que estaba preparado para compartir con el anticuario la historia del tesoro de Abercrombie.

—Señor Giddens —comenzó entonces—, ¿le importaría mucho que volviéramos a subir al salón? Me gustaría enseñarle algo y pedirle su opinión.

Penny me miró, preguntándome si Terence estaba hablando de lo que ella creía.

Abe se me adelantó, adivinando lo que su amigo pretendía, y confirmando su acuerdo al respecto.

—Sí. Eso. Vamos arriba y hablemos del tesoro.

El señor Giddens se levantó y todos hicimos lo mismo. Abe y Terence cruzaron por delante de nosotros escaleras arriba, con las prisas que les provocaba la excitación de lo que estaba por venir, mientras el anticuario comentó:

—Cómo no. Vamos allá. ¿Quién podría resistirse a hablar sobre un tesoro?

Yo estaba seguro de que él no tenía la más mínima idea de lo que pretendíamos contarle y eso me ponía por primera vez en una posición de ventaja respecto a él, lo que me hizo sentir un poco «poderoso».

Cuando llegamos arriba, Terence ya había cogido los planos que previamente había dejado en la entrada, justo cuando llegamos. El señor Giddens los había visto, sin duda, pero no mencionó nada entonces, por pura discreción.

Despejamos la pequeña mesa de los restos de la merienda y Terence desplegó los planos encima de ella. Y entonces escuché la historia de Abercrombie y su tesoro por tercera vez de labios de mi amigo.

Terence habló con su pasión habitual y el señor Giddens escuchaba atento, solo haciendo algún comentario de vez en cuando y únicamente para apostillar que él conocía alguno de los datos que Terence le contó, sobre todo lugares, como Fort Ticonderoga, antes llamado Fort Carillon, o incluso Tea Island. Mi sorpresa no fue grande, ya que la experiencia y amplios conocimientos de mi patrón no me eran extraños, pero visto desde fuera a cualquiera le hubiera parecido que ese viejo y elegante señor hubiera vivido en primera persona algunas de las cosas de las que hablaba, aunque estas hubieran ocurrido doscientos años atrás.

Terence habló de 1758, de la ineptitud de Abercrombie, de la pericia y mala fortuna del general Hawk, y de los tenientes Robert Rose y Theodore Blackbelt. Recitó de memoria la carta que este le había enviado a su esposa Emily hablándole de los dos cofres llenos de monedas (de esperanza); y cómo su abuelo la había heredado, por pura fortuna, del hombre para el que trabajaba, que a su vez se había hecho con ella, sin saberlo, al ganar en una subasta una antigua caja de coleccionista sin llave que nunca abrió y que la guardaba del tiempo, junto a otros documentos. Le habló de Morgan, el hijo de Blackbelt y cómo murió sin poder enviar a su amada la otra carta semidestruida que ahora también obraba en su poder, gracias al bueno de Pete Benson. Le enseñó los planos de la fortaleza, le indicó todas nuestras pesquisas y finalmente le habló de nuestro asalto a la misma una semana antes.

Yo estaba nervioso porque no sabía cómo reaccionaría el señor Giddens a un acto ilícito como el que habíamos cometido, ya que, aunque nosotros lo viéramos como una travesura, como una chiquillada, la realidad es que habíamos allanado una propiedad pública cuando esta estaba cerrada y habíamos cometido un acto de vandalismo al excavar en el monumento, por mucho que nuestras huellas hubieran sido ocultadas con minuciosidad y no hubiéramos provocado desperfecto alguno. Mis amigos no habían abierto la boca durante todo el rato que Terence había estado hablando, pero pude observar también cierta preocupación en sus rostros cuando Terence

llegó a esa última parte de la historia. Al terminar su discurso fue cuando el señor Giddens por fin se pronunció respecto a todo aquello.

—Querido Terence, he de decir con toda sinceridad que es una de las historias más apasionantes que he escuchado jamás. Ante todo, sabed que podéis estar tranquilos sobre vuestro secreto y sobre el hecho de que asaltarais la fortaleza. Supongo que no habrá sido fácil contárselo a un extraño. En lo que a mí respecta, si no ha habido daños, no ha habido falta; y por, tanto, no ha lugar a que nadie más conozca ese hecho.

Creo que todos suspiramos un poco de alivio, aunque no lo dejáramos ver de forma explícita; todos salvo Terence, que pienso nunca temió de verdad que nuestro asalto fuera considerado un delito por parte de nadie. El señor Giddens siguió hablando.

—Resulta sorprendente la cantidad de datos que has conseguido recopilar, muchacho. Tu tenacidad y empeño es, sin duda, encomiable. Y vuestras conclusiones sobre la fortaleza y los lugares donde pudo haber estado el tesoro me parecen correctas y acertadas, por más que no fuerais capaces de encontrarlo.

—Entonces, ¿no ve usted nada que se nos haya podido pasar? ¿Cree que son correctas todas nuestras suposiciones? ¿Por qué, entonces, no hemos sido capaces de encontrar el tesoro? Si nos ayuda, le prometo que lo compartiremos gustosos con usted, ¿verdad, muchachos? —terminó nervioso Terence, solicitando nuestra aprobación a su ofrecimiento.

Mientras todos asentíamos, el señor Giddens respondió a mi amigo.

—No tengo ninguna duda de que así lo haríais, pero yo no lo permitiría. No tenéis que malgastar una parte del tesoro, cuando lo encontréis, con un viejo al que ya el dinero no le hace ninguna falta. Pero agradezco el gesto, en cualquier caso. Y valoro mucho más el que hayáis querido compartir toda esta excitante historia conmigo; para mí eso significa mucho. Sobre tus preguntas, la verdad es que, en principio, todas vuestras conjeturas parecen correctas y encajan a la perfección con la historia; y todo lo que comentáis que pasó y dónde pudo estar el tesoro es del todo plausible. Lamentándolo mucho, no se me ocurre, a bote pronto, ningún detalle que hayáis podido pasar por alto, ni nada que os ayude a seguir buscando. Pero os prometo que pensaré en ello en los próximos días y, si algo se iluminara en mi mente al respecto, os lo haré saber de inmediato.

Con una curiosa mezcla en su rostro de orgullo por las palabras del anticuario –con las que había reconocido todos los méritos de mi amigo–, pero también un poco de decepción por no haber obtenido de aquella charla ninguna nueva idea, Terence le contestó:

—Muchas gracias, señor Giddens. Estoy seguro de que se le ocurrirá algo que se será determinante y nos dará nuevas esperanzas para seguir buscando… y encontrar el tesoro.

—Lo encontraréis. Estoy convencido. Con esa determinación no podéis fallar. —Hizo una pausa, pensativo, y luego continuó—. Me gustaría pedirte una cosa, si no te importa.

—Claro, adelante. Si está en mi mano, lo haré —afirmó Terence diligente.

—¿Podrías traerme la carta de Morgan Blackbelt? La que encontraste en los archivos de la fortaleza y copiaste. Aunque esté incompleta porque no pudiste leer bien todas las palabras, me gustaría examinarla con detalle. Quizás con ella en las manos se me ocurra algo que no hayáis visto vosotros aún.

—Por supuesto —dijo sin dudarlo, y eso, tratándose de Terence y de una de sus valiosas pertenencias relativa al tesoro, era ya mucho—. Mañana mismo se la traeré. Por otro lado, si quisiera echar un vistazo a la original, solo tenemos que ir a los archivos de la fortaleza. Seguro que el señor Benson nos dejaría acceder de nuevo a ella sin problemas.

—No creo que sea necesario, pero gracias por la proposición —replicó el anticuario.

Penny no dijo nada, pero yo sabía que ella cada vez creía menos en aquella historia sobre el tesoro. Su madurez entonces era superior a la nuestra y los sueños algo infantiles sobre tesoros escondidos que los demás podíamos aún albergar en nuestros púberes corazones ya no eran tan fuertes en ella como los hechos que la cruda realidad se empeñaba en poner delante de nuestras narices y que el resto pretendíamos ignorar. Abe, por su parte, seguía mostrándose igual de entusiasmado que Terence por todo aquello.

En cualquier caso, todos coincidimos en que habíamos pasado una tarde estupenda y agradecimos al señor Giddens su tiempo, su amabilidad, la deliciosa merienda y, sobre todo, las increíbles anécdotas que nos había regalado. El señor Giddens se mostró muy agradecido por nuestra visita y por haber conocido a mis amigos, a los cuales dedicó unas bonitas palabras de despedida personalizadas para cada uno; les comentó que estaría encantado de volver a recibirlos el día que ellos quisieran, recordando en particular a Penny que tenía una cita pendiente –no concretada aún– para ver ***Psicosis***. Y a mí me instó a vernos al día siguiente, en el horario habitual de la tienda.

Cuando salimos e íbamos a cruzar la valla de la propiedad, el señor Giddens me llamó desde la puerta de la casa y me pidió que volviera un segundo. Me acerqué solo y cuando llegué a su lado, me cogió la mano y puso algo pequeño y ligero en ella. Las suyas estaban frías y sus huesos se notaban duros a través de su fina piel.

—Toma. Guárdala bien y busca el momento adecuado para dársela a Penny. Dile que la has conseguido para ella —susurró.

Era la pulsera de Bessie Coleman.

Lo miré sorprendido y agradecido. ¡Qué gesto más bonito me pareció! No solo por Penny, que seguro se merecía ese regalo y más, sino porque la intención del anticuario era doble: agradar a mi amiga y ayudarme a mí a conquistarla.

Intenté decir algo, pero el señor Giddens me detuvo con un gesto de cabeza con el que me indicó que volviera con mis amigos, sabiendo que cualquier cosa que yo pudiera querer expresarle era completamente innecesaria; como lo es en todas las amistades verdaderas.

Conforme avanzaba hacia la valla donde me esperaban mis amigos y el anticuario nos dedicaba un último saludo desde la puerta de la casa, ya con las calles sumidas en profunda penumbra, me percaté de lo natural y normal que me pareció entonces mi patrón; tan normal que volví a avergonzarme nuevamente de mis infantiles y acusatorios pensamientos pasados sobre él.

Nos despedimos de Terence, que se adentró en Walm Lane camino de su casa, y el resto comenzamos a andar juntos hacia el este. Mis amigos hablaban animados de lo bien que se lo habían pasado y de lo interesante y amable que era el señor Giddens. Yo no podía dejar de esperar el momento de despedirnos de Abe y quedarme solo con Penny para acompañarla hasta su casa, con el pretexto de que estaba en la misma dirección que la mía. Aquella tarde había vivido un momento muy especial con ella y mi corazón y mis hormonas gritaban en mi interior pidiéndome hacer cosas que no debía mostrar delante de mi amigo Abe.

Cuál fue mi decepción cuando, al llegar al cruce donde Abe tenía que despedirse y darme vía libre, este le recordó a Penny que debía acercarse a su casa para recoger no sé qué cosa que sus madres habían quedado en darse. Decepcionándome más de lo que ninguno de ellos pudo sospechar, Penny lo confirmó. Traté a la desesperada de acompañarlos para luego poder quedarme solo con Penny, a la vuelta, pero ella me disuadió alegando que a lo mejor tardaba demasiado en casa de Abe y que era del todo innecesario que yo perdiera tanto tiempo en ir y

venir. Haber insistido mucho más me hubiera colocado en una posición incómoda por lo poco razonable de mi propuesta, así que, con un oculto pesar, desistí y me despedí de ellos, maldiciendo mi mala suerte en esa última parte de la jornada y volviéndome a concentrar en el momento tan especial e íntimo que había compartido con Penny mientras veíamos la película y nuestros brazos se habían tocado.

Seguí pensando en ella mientras caminaba hacia mi casa con el paso más animado que mi espíritu. Tan absorto iba en mis pensamientos que, al doblar una esquina, me topé con un muchacho y nuestros hombros se chocaron, provocando que ambos nos tambaleáramos un poco.

—Mira por dónde vas, tuerto imbécil —me espetó casi sin mirarme y siguió andando.

Yo me quedé inmóvil y mis pulsaciones aumentaron mientras lo miraba con la boca abierta al alejarse de mí. Primero, porque el chaval con el que acababa de chocarme era Russell Craig, uno de los secuaces de Nathan Simmons, y, tras mirar nervioso alrededor en todas direcciones, pensé que había tenido mucha suerte de que fuera él solo y de que no hubiera por allí rastro de sus inseparables Nathan y Marky; de lo contrario, el encuentro quizás no habría sido tan breve y con bastante probabilidad habría acabado mucho peor para mí. Segundo, porque Russell iba cojeando, arrastrando la pierna derecha, como si le doliera mucho, como si se hubiera dado un buen golpe con algo, o como si alguien le hubiera torcido la rodilla y otros dos le hubieran pateado la misma con desatada furia poco después.

# Solo ante el peligro

Esa noche tardé mucho en dormirme.

El motivo de mi desasosiego venía provocado por la cojera de Russell, que no hizo otra cosa que constatar un poco más lo que ya todos sospechábamos desde el incidente con los tres encapuchados en casa de Terence. Si las distintivas pulseras del malhechor principal y el reconocimiento de su voz por parte de Abe como pertenecientes a Nathan Simmons no eran suficiente prueba de su autoría, el hecho de que uno de sus más acérrimos acólitos luciera una nueva cojera en la misma pierna que tanto Johnny, primero, como Abe y Terence, después, habían castigado con furia en otro de los cobardes encapuchados no hacía más que reforzar la identificación del grupo de malnacidos que habían intentado asaltar la casa de Terence y habían mandado a Johnny al hospital, provocándole un coma que aún varios días después del ataque todavía perduraba. Y si Nathan Simmons y Russell Craig eran dos de los asaltantes, la persona que seguro completaba aquel triunvirato del infierno no podía ser otra que Marky MacDonald. Pero todo aquello, para nuestra desgracia, no significaba ninguna prueba real que pudiera usarse en su contra para que fueran condenados por nada. Todo era circunstancial, y así lo vería cualquier juez.

Mis amigos y yo habíamos estado hablando de que quizás la mejor opción para poder denunciarlos con garantías de castigo sería relacionarlos con la vieja furgoneta marrón –ahora con una fuerte abolladura en su puerta derecha– que usaron el día del ataque; pero lo cierto es que ninguno de nosotros recordaba nunca haber visto ni a Nathan, ni a Russell, ni a Marky con un vehículo parecido, por lo que, después de varias discusiones, desechamos la idea.

Por su parte, la situación del pobre Johnny no mejoraba, y eso la volvía más y más cruda conforme pasaban los días, ya que un coma duradero suele ser augurio de males mayores, según me informó mi madre en uno de sus habituales partes médicos para los que, por lo general, no solía usar ningún tipo de cortapisas ni edulcoramientos. Por lo que a mí respecta, no es que yo me considerara amigo de Johnny ni mucho menos, y más allá de la pena que podía sentir por su situación –la misma que sentiría por cualquiera otro conocido… o incluso desconocido al que le hubiera sucedido algo similar–, mi preocupación aumentaba por lo que ello pudiera afectar a mi amigo Terence a través de su madre y la relación que esta tenía con el menor de los Ebony; y también porque lo que había pasado parecía responder a algo más grande que un simple incidente personal entre dos hombres; parecía significar que el irracional odio racial que asolaba el país no había pasado por alto a Fortress Flint en su demoniaca cruzada por infectar a todas las ciudades de la nación como un cáncer agresivo y sin cura. Eso me daba miedo y asco; mucho de ambas.

Me preguntaba cuánto tardaríamos en empezar a ver cruces ardiendo por las calles de Fortress Flint. De forma lógica mi cerebro volvió a enlazar a los encapuchados y la idea del Ku Klux Klan con los asesinatos que venía padeciendo la ciudad desde hacía poco más de un mes. Incluso pensé por un instante si Nathan podría tener algo que ver con ellos; pero en realidad me parecía demasiado para un simple niñato como él. Por muy bravucón y cenutrio que él fuera, yo no podía creer en serio que se atreviera a matar a alguien a sangre fría, y encima repitiéndolo dos veces

más. No lo creía, entre otras cosas, porque, aunque considerara a Nathan muy loco –y no descartaba que algún día esa locura se le fuera de las manos de forma puntual y su furia descontrolada llegara demasiado lejos, como le había pasado con Johnny–, también lo veía demasiado cobarde y estúpido como para idear y cometer unos asesinatos tan planificados como aquellos, sin dejar casi ninguna pista –más allá del *modus operandi* que los relacionaba a todos entre sí– y sin un móvil claro los explicara. Además, la tercera víctima era blanca, lo que en mi lógica interna lo descalificaba para ser considerado como un crimen racial; y el hecho incontestable de que formara parte del mismo ritual que los otros dos asesinatos previos alejaba todos esos crímenes de la idea del Klan y, por tanto, también de Nathan y su irracional odio racista.

Todos aquellos pensamientos fueron los que me acompañaron la noche del domingo hasta mi casa, hasta mi habitación y hasta mi cama, donde mis ojos clavados en el techo tardaron en cerrarse mucho más de lo que debieron.

Sin embargo, por fortuna, el lunes me desperté bastante descansado. Una nueva semana de trabajo amanecía ante mí; y, como era un trabajo que gustaba, no me suponía ningún peso; más bien al contrario, aquello era una agradable distracción. El sol brillaba. El ambiente cálido, aunque no sofocante, invitaba a sonreír y a pensar en cosas positivas, en cosas felices y bonitas. Y en ese momento lo más feliz y bonito que podía ocupar mi mente era Penny. Estuve pensando en ella durante el desayuno y durante todo el trayecto hasta la casa del señor Giddens, donde me esperaba una nueva jornada laboral repleta de conversaciones interesantes, música ininterrumpida con la que disfrutar y, con algo de suerte, una sesión de cine vespertina en el sótano.

Todo ello se cumplió como yo esperaba.

Lo primero que hizo el señor Giddens fue hacerme una disección muy acertada de cada uno de mis amigos, según lo que pudo apreciar la tarde anterior. Confesó haber disfrutado mucho con nuestra compañía y me alentó a que volviera a insistirles en que su casa –y su sala de cine privada– estaba abierta a sus visitas siempre que ellos quisieran. Yo me sentí muy bien al comprobar que mis amigos eran aceptados y apreciados por mi patrón casi tanto como lo eran por mí. Era un orgullo y, de alguna forma, reforzaba un poco más la estrecha relación que ya se había establecido entre el anticuario y yo.

Hablamos también mucho de ***Matar a un ruiseñor***, en este caso porque yo saqué el tema. Le conté de nuevo lo mucho que me había gustado la película y todas mis reflexiones al respecto. Volví a repasar con él algunas icónicas escenas, como la charla paterno-filial sobre lo que significa transigir o el estoicismo con el que Atticus aguanta el escupitajo del indeseable matón tras el juicio, le hablé de cómo me había gustado en especial toda la trama de los pequeños «regalos» que reciben los niños y su discurso sobre ciertos valores esenciales, como la justicia, la igualdad, la empatía, la integridad, y los sacrificios que a veces hay que hacer para luchar por ellos; y dejé entrever que entendía bien por qué él había elegido esa cinta en particular el día anterior.

Comentamos más sobre su música y escuchamos su banda sonora, ya que el señor Giddens tenía en su colección el vinilo con la obra de Elmer Bernstein.

El anticuario parecía muy satisfecho con mi entusiasmo y se le veía alegre. Tras mi disertación sobre lo que había significado para mí la película y mientras las delicadas notas de Bernstein inundaban el ambiente, el anticuario rebuscó en uno de los cajones detrás del mostrador hasta sacar algo que me dejó fascinado. Se acercó a mí y colocó en mis manos un viejo reloj de

bolsillo, plateado. Yo lo miré extasiado, sin poder creer que fuera el que yo deseaba que fuera, y busqué en los ojos del anticuario la confirmación de que aquel antiguo y algo gastado objeto fuera el mismo que Atticus muestra a Scout en la bonita escena del dormitorio, diciéndole que eso es lo único que va a poder dejarle en herencia a Jem y que ella recibirá un par de collares y unos pendientes de su madre, cuando sea mayor. Los ojos del anticuario no tuvieron que hablar porque lo hizo su boca.

—Ábrelo. —Apreté el botón que accionaba el resorte que liberaba la tapa del reloj y pude ver dos cosas: que las manecillas no se movían y señalaban las ocho y media, y que grabada en el interior de la tapa había una inscripción que decía «Para Atticus, mi amado esposo»—. Este es el reloj que Gregory Peck usó en la película —continuó el señor Giddens mientras mi ojo terminaba de abrirse de excitación, a la par que mi boca—. No lo tengo expuesto porque me costaría mucho deshacerme de él. Pero puedes mirarlo todo lo que quieras.

—¿Funciona? —fue lo único que se me ocurrió decir mientras contemplaba esa maravilla y comprendía, una vez más, esa gran verdad que había en el discurso del anticuario sobre el valor de los objetos que vendía. Si lo hubiera tenido, yo habría pagado un millón de dólares por ese viejo reloj.

—Sí, funciona; pero hay que darle cuerda y hace tiempo que no lo hago.

Estuve jugueteando toda la mañana con el reloj, admirándolo y fantaseando con poseerlo, como recuerdo de todo aquello. Pero terminé devolviéndoselo al anticuario y este volvió a guardarlo en el interior del cajón de donde lo había sacado.

Ese lunes recibimos la visita de Terence, tal y como había prometido. Trajo la copia de la carta de Morgan Blackbelt que nunca llegó a ser enviada a su amada y que permaneció en la fortaleza junto con el resto de sus pertenencias cuando este murió al día siguiente de escribirla, esperando paciente a que un día –muchos años después– un joven tenaz y voluntarioso la encontrara en los archivos de la misma. Cuando el señor Giddens la cogió en sus manos y la leyó con atención pudo comprobar que mi amigo le había recitado el día anterior de manera precisa sus palabras y, por tanto, no vio nada a primera vista que le sugiriera nuevas ideas sobre dónde buscar el tesoro de Abercrombie, pero le pidió que le dejase la carta unos días para poder estudiarla mejor. Terence aceptó sin reparos, volviéndole a agradecer su interés por el tema.

La jornada terminó como preveía, con una nueva invitación a ver una película en la sala de cine del sótano. Como casi siempre, el señor Giddens ya tenía pensada la película que íbamos a ver; y esa tarde proyectó ***La parada de los monstruos***. Creo que era su forma de incidir en el tema de la normalidad, del que hacía un par de días habíamos conversado tanto.

La cinta de Tod Browning me sorprendió muchísimo, pero no tanto por su atrevimiento en mostrar a personajes de circo (reales) con deformidades, amputaciones y malformaciones raras –a los que Browning presenta de manera muy natural en su vida cotidiana–, sino por su hermoso y atemporal discurso acerca de que la verdadera monstruosidad no se encuentra en el físico de las personas, sino en su interior, demostrando que los verdaderos monstruos son aquellos que deciden causar daño a otros en favor de sus propios intereses.

El anticuario me relató, como solía hacer, diversas anécdotas de la producción, del origen de la historia, del por qué se la consideró en su momento una cinta de terror, aunque en realidad fuera un descarnado drama, de los ajustes y recortes que hubo que hacer a la misma, y de algunos de sus personajes. Por ejemplo, me contó que él mismo había tenido la oportunidad de conocer en persona a Harry y Daisy Earles, que en la cinta interpretan a Hans y Frieda, una pareja de enanos que ve su amor roto por las maquinaciones de una bella trapecista podrida por dentro y que solo

pretende el amor de Hans por su dinero. Los Earles eran parte de una familia de cuatro hermanos con enanismo (luego había otros tres sin esta característica física) que habían estado cuarenta años trabajando en circos por todo el país con el nombre de The Doll Family o The Dancing Dolls. Él pudo conocerlos en persona en 1948, tras una representación en Wisconsin, y tener una breve entrevista con ellos, donde les preguntó tanto por esta película como por su breve participación en ***El mago de Oz***, donde aparecen cuando Dorothy llega al mágico mundo tras ser arrastrada por el tornado. Me dijo que fueron todos muy amables y educados y que él tenía un bonito recuerdo de aquel encuentro.

El señor Giddens también me contó que en el momento de su estreno, en 1932, la película fue un sonoro fracaso crítico y comercial que hundió la carrera del veterano realizador de una forma de la que nunca se recuperó. Debido a la controversia que suscitó, llegó incluso a estar prohibida en el Reino Unido durante mucho tiempo. No fue hasta treinta años después que comenzó a ser reivindicada por algunos especialistas y valorada en su justa medida. Quizás Browning hizo una película para la que la sociedad de los años treinta no estaba preparada; puede que fuera un adelantado a su tiempo, como otros muchos artistas a lo largo de la historia.

Al hablar de Todd Browning salió a relucir en nuestra conversación su famosa versión de ***Drácula*** (la de la Universal, con Bela Lugosi, de 1931) y el anticuario aprovechó para preguntarme cómo iba mi lectura del clásico de Bram Stoker. Yo había avanzado mucho en el libro durante los días previos, sobre todo por las noches, y ya casi lo había acabado. Mi conclusión era que la novela me había gustado mucho más que cualquiera de las versiones cinematográficas que había tenido la oportunidad de ver hasta el momento sobre el vampiro, basadas o no en la obra de Stoker. El anticuario coincidía conmigo en que en este caso el cine no había sido capaz de adaptar bien del todo la novela ni la esencia del personaje. Ninguno de los dos teníamos ni idea en ese momento de lo prolífica que iba a resultar la siguiente década –los setenta– en cuanto a intentos (fallidos) de exprimir al máximo al monstruoso vampiro, ya que, de haberlo sabido, seguro que hubiéramos dado incluso más crédito a la versión de Browning.

El resto de la semana transcurrió con normalidad. Yo volví a zafarme de los trabajos de jardinería, aunque cada vez me costaba más posponerlos con excusas creíbles. Creo que el señor Giddens había notado ya de sobra que no me entusiasmaban esas tareas, y su bondad y amabilidad hacia mí le hacían no insistirme demasiado para no cruzar la línea a partir de la cual yo me sintiera de verdad forzado a hacerlos sin remisión y de forma urgente. Yo sabía que algún día tendría que ponerme con ello, pero iba a posponer ese día tanto como me fuera posible.

Por su parte, el negocio seguía su ritmo de forma lenta pero constante; es decir, la tienda no era lo que podría llamarse un sitio popular y, en sus mejores momentos, no llegaba a tener más de un par de curiosos a la vez en su interior, y estaba tranquila –es decir, vacía– buena parte de cada jornada; pero el señor Giddens, con gran habilidad comercial, conseguía vender algo a un buen porcentaje de los que entraban, aunque a veces solo fuera una baratija. Sin embargo, por cada tres o cuatro pequeñas cosas que vendía, lograba colocar una más valiosa y yo mismo me había sorprendido varias veces con lo que el anticuario había logrado sacar de alguna de sus ventas. No dudaba que el negocio, sin ninguna estridencia, le daba para vivir con cierta holgura y sin problemas.

A pesar de la escasa actividad en la tienda, el tiempo se pasaba volando, gracias a la casi siempre interesante conversación del anticuario y al constante y variado ambiente musical que inundaba la sala. Yo disfrutaba alimentando con interés mi conocimiento musical con clásicos como Dvorak o Stravinski, de los que hasta entonces no había escuchado su música ni sabía de

su existencia, aprendía a apreciar los ritmos anárquicos y abstractos del *jazz* de Duke Ellington y Charlie Parker, me dejaba arrastrar por la melancólica voz de la «emperatriz del *blues*», Bessie Smith, y descubría curiosidades sobre piezas de *rock* como el ***Rock Around the Clock***, de Bill Haley & His Comets, o el obsceno ***Tutti Frutti***, de Little Richard. El señor Giddens tenía una pasión casi tan desmedida por ese arte como por el cine, y no parecía hacerle ascos a ningún estilo, siempre que la pieza le hiciera sentir algo. No era, por otro lado, ni mucho menos un admirador de cualquier composición. Tenía sus predilecciones y solía atacar con dureza aquello que no le gustaba, pero su amplia capacidad para apreciar y analizar, no solo con la cabeza, sino también con el corazón, el arte de la música me impresionaba sobremanera y marcó la forma en la que yo he disfrutado dicho arte desde entonces.

Y, por supuesto, esa semana también hubo más cine.

Vi cómo el alma de Humphrey Bogart se degradaba hasta llevarlo a la locura por la avaricia en ***El tesoro de Sierra Madre***, en la que a día de hoy sigue siendo quizás mi interpretación favorita de Bogie, o al menos una de las mejores; aunque sería injusto menospreciar las de sus compañeros Tim Holt y Walter Huston, que también están sublimes en una cinta por la que John Huston y su mencionado padre se llevaron Óscar a casa, dos el primero por escribirla y dirigirla, y uno el segundo por componer uno de los mejores personajes secundarios de la historia del cine.

Me embelesé con las aventuras de los intrépidos pilotos de ***Solo los ángeles tienen alas***, de Howard Hawks, con los carismáticos Cary Grant y Jean Arthur jugando a quererse como el ratón y el gato (¡qué final con la moneda de dos caras…!) en el escenario tropical de la imaginaria ciudad de Barranca.

Descubrí una obra cumbre del cine mudo y del cine en general, ***El hombre mosca***, con Harold Lloyd dejando para la historia una de las más icónicas secuencias del séptimo arte, colgado de las manecillas de un reloj a muchos pisos de altura en el exterior de un edificio; una película exquisita, divertida, llena de emoción y con unos detalles técnicos, de planificación y de guion que la hacen –y siempre la harán– imperecedera.

Y gocé con el *noir* de Welles ***Sed de mal*** y ese famosísimo plano secuencia inicial (¿quizás el mejor de la historia del cine?) donde, al ritmo de la inconfundible y excelente partitura del maestro Henry Mancini –que además conocía bien porque el señor Giddens se había cuidado de ponerla varias veces en su tocadiscos aquel verano–, seguimos con angustia el destino de un mexicanizado Charlton Heston y una bellísima Janet Leigh en su paseo nocturno, mientras parecen ser seguidos, de forma fortuita, por un coche en el que acaban de colocar una bomba y que no sabemos cuándo va a estallar; solo por esa magistral secuencia la película ya merece todo el crédito que atesora.

En esos días, algunos de mis amigos se unieron al señor Giddens y a mí en esas tardes de cine. Terence nos visitó el martes y el jueves, y Abe se pasó por la tienda el miércoles, disfrutando ellos tanto como yo en las sesiones que compartimos con el anticuario.

Y así, entre variadas composiciones musicales y míticas películas, llegó la noche del viernes, 28 de julio, donde mis amigos y yo habíamos vuelto a quedar en Luke’s para tomar unas hamburguesas e intentar hacer planes sobre nuestros siguientes pasos respecto a la búsqueda del tesoro de Abercrombie.

Cuando llegué a Luke’s, Penny y Terence ya estaban sentados dentro, en nuestra mesa habitual. El sitio estaba bastante lleno, como solía cada viernes noche. El sonido de la radio que se escuchaba por los altavoces del local se mezclaba con la animada y ruidosa charla de los clientes y el contraste acústico con el exterior era grande.

—Hola —dije al llegar a su lado, mientras me sentaba.

—Hola, Will —sonaron sus voces al unísono.

—¿Y Abe? ¿No ha llegado aún? Suele ser el primero…

—No —contestó Penny, rápido, y continuó deprisa ansiosa por desvelar las noticias que traía —. Le estaba contando a Terence que tengo novedades del último asesinato, el del vagabundo del parque.

Como siempre, Penny exhibía un exacerbado interés con esas cosas. En realidad, dadas las circunstancias, cualquier ciudadano de Fortress Flint se habría mostrado curioso respecto a noticias o datos sobre el caso que era la comidilla de toda la ciudad en aquellos días. Un «asesino en serie», como todos empezaban ya a definir al autor de aquel trío de crímenes que en menos de dos meses se había producido en la ciudad, no era algo para pasar por alto. Pero Penny iba un poco más allá en la intensidad que ponía en aquello; su curiosidad e interés estaba por encima de la media, no solo no hacía ascos a las truculencias de los casos de la policía, de los cuales conseguía información privilegiada a través de Bobby, sino que se regodeaba con ello, estudiaba los datos, analizaba la información, y la comentaba siempre que podía con nosotros, haciendo sus propias suposiciones y conjeturas. Me imaginaba que algún día podría llegar a ser una estupenda policía o detective si se lo proponía. Esa pasión y ese ahínco que ponía en aquellos temas, aunque a veces no fueran nada agradables, me hacía sentir admiración hacia ella, y esa admiración incrementaba aún más los sentimientos amorosos por ella que se alborotaban en mi interior.

—¿No vas a esperar a Abe? —inquirió Terence, viendo a Penny decidida a soltar su discurso sin esperar a nuestro cuarto mosquetero. Me hizo gracia volver a comprobar cómo Terence, contra todo pronóstico, se había convertido en los últimos días en el mayor defensor de mi pelirrojo amigo.

—Luego se lo volveré a contar a él —replicó ella con una mirada algo desafiante, sabiendo que no iba a poder aguantar más sus ganas de compartir con nosotros esa jugosa información que tenía. Así que continuó sin más, acercándose a nosotros y bajando un poco el tono de su voz—. Ya sabéis que está más que confirmado que los tres asesinatos se cometieron de la misma forma, lo que lleva a pensar a la policía, como primera opción, que fue la misma persona la que los cometió; aunque como no hay pruebas concluyentes sobre la identidad del asesino, no pueden descartar tampoco que se trate de asesinatos copiados pero cometidos por diferentes personas.

—¿Te refieres a asesinatos rituales? —preguntó Terence, visiblemente interesado en las palabras de Penny.

Yo no sabía muy bien entonces a qué se refería Terence con aquel término, pero permanecí callado y atento.

—Sí, exacto. De todas formas, la teoría del asesino en serie es la que tiene más fuerza por el momento, ya que hay ciertos detalles en los crímenes que hacen difícil que esas copias pudieran ser tan exactas como son.

Pensé en las famosas marcas en el cuello. Esos dos extraños puntos que se marcaban en las víctimas y que durante días me habían convencido de la existencia de un vampiro en Fortress Flint.

—¿No saben aún de qué pueden ser las marcas encontradas en el cuello de las víctimas o qué significan? —dije entonces.

—Son los colmillos del vampiro que los desangró, Will. ¿No dejamos eso ya claro…? —me respondió Terence con sorna. En ausencia de Abe, era él el que me lanzaba bromas como dardos

envenenados.

Pero Penny seguía seria. Para ella no había lugar para chistes alrededor de ese tema. Además, aún no había llegado a las novedades que nos quería desvelar.

—No tienen ni idea de qué son. Pero son idénticas en todos los cadáveres y están en el mismo sitio.

—No estaba sugiriendo nada sobre vampiros —dije justificándome mientras propinaba un leve codazo a Terence.

Penny me sorprendió entonces con sus siguientes palabras.

—Yo en principio no creo en nada sobrenatural, pero este caso es muy extraño. Y me obligo a mí misma a tener la mente abierta. Esas marcas parecen moratones, hechas con algo que ejerció una fuerte presión en el cuello de las víctimas. No saben qué son. No parecen incisiones, pero podrían ser heridas que han cerrado rápido, sin cicatriz, dejando la marca de la agresión en forma de hematoma. ¿El motivo? No tengo ni idea. Quizás estén hechas con algún tipo de instrumental moderno que inyecte algo, o extraiga, sin casi dejar rastro de la abertura en la piel, pero no pudiendo ocultar los desgarros internos. Todo lo que podemos hacer por ahora son conjeturas, pero no creo que debamos descartar ninguna teoría, por descabellada o irracional que nos parezca de primeras.

Me agradó que, de alguna forma, no ridiculizara mis pasadas teorías. Es más, debo admitir que aquel comentario incluso hizo resurgir de su tumba en mi mente –solo por un breve instante– la posibilidad de la existencia de un chupasangre en Fortress Flint, aunque ya estuviera seguro de que, de haberlo, este no sería el señor Giddens. Quizás la saliva del vampiro contuviera algún tipo de compuesto o enzima que hiciera cicatrizar las heridas provocadas por los colmillos de la bestia de forma rápida en sus víctimas. Podría ser una forma de evitar el desangrado y mantener la comida –la sangre– a salvo, caliente y en perfectas condiciones para consumir, usando el cuerpo como una especie de horno a baja temperatura, sin fugas de calor, y evitando además que se desperdiciara ni una gota del valioso manjar carmesí para el monstruo. Tenía sentido. Uno no coge una botella de Coca-Cola y la pone tumbada tras el primer sorbo, para que se derrame la mitad. Pero entonces recordé algo que me hizo volver a poner los pies en el suelo y devolver a su sepulcro mental mi vampírica teoría; los cortes en las femorales de las víctimas y los enormes charcos de sangre en los que las encontraron a todas iban en contra de las motivaciones de cualquier vampiro.

Mientras yo fantaseaba con todas estas ideas sacadas de la parte más imaginativa de mi cerebro, Penny siguió hablando.

—Es quizás la cosa que más despistada tiene a la policía ahora mismo. En cualquier caso, su preocupación principal en estos momentos es encontrar algo que relacione a las víctimas para poder trazar patrones de búsqueda para el asesino, o asesinos, e impedir que sucedan más crímenes. Pero bueno, lo que quería contaros, que no sabía el otro día y que de momento no se ha hecho público, es que Mark Marrowbone, que es como se llamaba el vagabundo, tenía antecedentes por prostitución.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Terence.

—Pues que ofrecía servicios homosexuales a cambio de dinero.

—¿Y eso tuvo algo que ver con su muerte? —dije yo.

—No lo saben, pero es una variable más a tener en cuenta en todo este extraño caso. ¿Quizás las otras dos víctimas fueron clientes suyos…? ¿Quizás el propio asesino lo fue…? Por ahora todas las preguntas posibles permanecen sin respuesta. Bobby me ha dicho que está todo el

departamento volcado con este caso; y puede incluso que, debido a la repercusión que está cogiendo, cambie la jurisdicción en los próximos días y el FBI mande agentes a la ciudad, como refuerzo; aunque todo esto último es solo una especulación, en realidad. ¿No os parece súper inquietante? Es alucinante que todo esto esté pasando en nuestra ciudad —terminó Penny con un extraño brillo de excitación positiva en sus ojos que, en ese momento, a mí sí que me pareció inquietante.

—No voy a decir que me asuste, pero os confieso que me produce cierto cosquilleo en estómago pensar que todo esto esté ocurriendo tan cerca de nosotros —comentó Terence, y luego se giró hacia mí—. Sobre todo pienso en ti, Will, que pareces tener una conexión tan cercana, de una forma u otra, con cada víctima. La primera, vecino contiguo a donde trabajas; la segunda, cliente de la tienda; la tercera, te lo cruzas en la calle horas antes de que lo maten... Son coincidencias, pero no dejan de dar un poco de miedo.

Terence hablaba con la cabeza, pero no hiló en su razonamiento algo que a mí me parecía obvio. Penny sí que lo hizo. Al oír las últimas palabras de Terence, noté en su mirada cómo algo hizo clic en su cabeza; y cuando abrió la boca para empezar a decir «El señor Giddens también…». Terence siguió hablando y, al hacerlo a la vez que Penny, ella detuvo su discurso; pero, por la mirada que me dirigió, estaba claro que me iba a volver a sacar el tema más pronto que tarde. Yo estaría entonces mejor preparado para compartir mis pensamientos respecto al señor Giddens con ella porque, en mi interior, no podía negar que esa idea de coincidencia respecto a los vínculos de las víctimas conmigo era igual –o incluso más fuerte– respecto a los vínculos que podía tener mi patrón con ellas. Sí, el señor Giddens podría quizás de nuevo colocarse en el foco principal de mis sospechas; el anticuario en apariencia inofensivo y de trato exquisito y amable que llegó a Fortress Flint justo cuando empezaron los asesinatos. En cualquier caso, ese momento de complicidad silenciosa con Penny se rompió rápidamente cuando Terence terminó de pronunciar sus palabras y no pudimos evitar, de nuevo por curiosidad, volver nuestra atención a la conversación y aparcar por el momento nuestras ideas «conspiroparanoicas».

—Por cierto, que hace días que quería deciros algo. No diría que es una confesión, pero sí es algo que creo tenéis derecho a conocer: hay otra persona que también conoce la historia del tesoro de Abercrombie.

Nuestras caras expresaron con claridad la sorpresa al recibir aquella información. La primera persona que me vino a la mente fue su madre. Me parecía hasta lógico.

—¿Tu madre?

—No. Mi madre sabe cosas, pero no está involucrada, en realidad. Sí, me llevó a Tea Island y me ayudó a cavar, pero para ella fue como un juego. No tiene todos los datos, ni sabe nada de lo de la fortaleza, ni de Morgan Blackbelt. Cuando vi que no me tomaba en serio, dejé de hacerla partícipe de mis sueños.

—¿Entonces…?

—Pete Benson.

—¡¿El guardia de la fortaleza?! —exclamó Penny.

—Sí… y baja la voz, por favor —replicó Terence en un tono que parecía más una orden que un ruego, a pesar del «por favor»—. A ver, ¿cómo pensabais que iba a conseguir tanta información respecto a Morgan? Y la copia de los planos, y la carta de los archivos… La primera vez se tragó lo del trabajo del instituto, pero cuando empecé a ahondar tanto en los detalles, se dio cuenta de que tenía que haber algo más detrás de todo mi interés. Solo contándole toda la historia conseguí

que me ayudara a conciencia. De todas formas, no creo que él piense que hay posibilidades reales de encontrar el tesoro en la fortaleza. Creo que me ayuda más por amistad, quizás compasión incluso, y por mantener viva mi ilusión –debo de caerle bastante bien– que por su convencimiento de que mi historia pueda ser verídica y mis conjeturas ciertas.

—¿Sabe entonces que fuimos a cavar allí hace un par de semanas? —pregunté yo, con cierta preocupación.

—No. Ya os digo que en realidad él no se termina de creer mucho toda la historia del tesoro, por más detalles que he compartido con él. Todo lo que os he contado sobre el asunto es cierto, solo que había omitido esta parte que os estoy confesando ahora. Os aseguro que cuando fui a verlo al día siguiente de la excavación, para cerciorarme de que no habíamos dejado rastro ni que él tenía ninguna sospecha de nada, me lo encontré tranquilo y sin ningún atisbo de suspicacia. No tiene ni idea de lo que hicimos. Sigue viendo mi interés y mis visitas como un juego, un simple divertimento del que disfruta conmigo porque… bueno, creo que solo porque le gusta mi conversación.

Aquello me sonaba bastante; muy de cerca.

—Juramos no decírselo a nadie… —comenté algo decepcionado.

—Pero eso fue después de que yo se lo hubiera contado ya a él. De hecho, él lo sabe antes incluso que tú.

—Sí, bueno... Y el otro día se lo contamos también al señor Giddens. Y en breve toda la ciudad sabrá de nuestra loca búsqueda del tesoro —apuntó Penny, que seguía siendo la más escéptica del grupo respecto al éxito que podíamos cosechar en aquella veraniega aventura.

—Claro que lo hicimos. Necesitábamos conseguir ayuda extra. Estamos en un callejón sin salida y no veo forma de avanzar. El señor Giddens me pareció una buena opción —se justificó Terence—. Además, no me mires solo a mí, también fue idea de Will, más suya que mía, en realidad, y todos expresamos nuestra conformidad antes de hacerlo.

—Te recuerdo que yo no dije nada, ni a favor ni en contra; pero vale, no merece la pena seguir por ahí. Lo hecho, hecho está. Tampoco me pareció mal, la verdad, aunque de momento ha servido de poco —dijo Penny, refiriéndose a la nula aportación del anticuario respecto al tema del tesoro, antes de cambiar de tema—. Mejor pidamos algo de comer ya. Me estoy muriendo de hambre, literalmente.

—Sí, venga. Pidamos ya —dije yo un segundo antes de volver a recordar que aún no estábamos completos—. Bueno, esperad, que Abe todavía no ha llegado. ¿Dónde se habrá metido ese…?

No me dio tiempo a acabar ni la frase ni tampoco el movimiento que empecé a hacer con mi cabeza con el objetivo de echar un vistazo a la puerta del local, por si mi amigo aparecía –como si el mero hecho de mirar provocara su súbita llegada por arte de magia–. Una enorme mano que se posó en mi hombro me detuvo, en lo verbal y en lo físico. Era la mano de Elmer Ebony, que se encontraba de pie, parado, detrás de mí.

—Will, hola, Will —dijo con su habitual amable y suave voz, que nada pegaba con su vasto cuerpo.

—¡Hola, Elmer! —exclamé un poco sobresaltado, terminando de volver la cabeza y mirando hacia arriba. Aunque conmigo no había tenido nunca ningún percance y nuestro trato era cordial, el cerebro emocional de aquel hombretón funcionaba un poco diferente al del resto y, como yo no imaginaba en ese momento por qué iba a estar él allí, en Luke’s, dirigiéndose a nosotros (a mí, en particular), no podía evitar experimentar cierto nerviosismo en las tripas. Su mano, casi

tan grande como mi cabeza, pesaba como una losa. Noté que su respiración era algo más agitada de lo normal; quizás había llegado allí corriendo. Aunque yo sabía de sobra el estado de su hermano por los partes médicos diarios que mi madre me regalaba en casa, lo único que me pareció pertinente añadir fue un: «¿Cómo sigue tu hermano?».

Pero Elmer no contestó a mi pregunta. En lugar de eso nos espetó, ahora dirigiéndose a todos, un inquietante:

—Amigos de Abe, tenéis que venir conmigo, amigos de Abe.

Elmer no se expresaba muy bien, y menos aún cuando estaba nervioso, pero nos contó que Abe estaba en el hospital, que lo habían atacado y robado, y que él lo había acompañado hasta allí. No pudimos sacarle mucho más, así que nos apresuramos a seguirlo. El resto de detalles y respuestas a nuestras preguntas nos esperaban en el John Morris. Anduvimos con paso ligero –era increíble ver a Terence hacerlo a pesar de sus dificultades– y conseguimos llegar al hospital en unos quince minutos.

El John Morris era un hospital de tamaño mediano que no solo daba cobertura a Fortress Flint sino también a las poblaciones colindantes. Era un edificio de tres plantas, en forma de «U», situado a las afueras de la ciudad, en el suroeste. La apertura de esa «U» era su frente y las ambulancias podían acceder al patio interior, donde había una pequeña fuente que marcaba el centro de la rotonda para los vehículos. Tenía un amplio sitio de aparcamiento, justo delante del edificio, y en su parte trasera había una bonita, aunque algo descuidada, zona ajardinada que terminaba dando al bosque. Yo había pasado en ese jardín muchas horas, por lo general leyendo o jugando cuando era más pequeño y había tenido que acompañar a mi madre al hospital por alguna razón.

El hospital tenía una enorme área para enfermería y curas, en su planta baja, ya que, siendo una ciudad costera –con gran actividad pesquera e industrial–, la mayoría de los que llegaban allí lo hacían con heridas provocadas por accidentes o incidentes, más o menos graves, producidos mientras faenaban en los barcos o hacían sus tareas en las fábricas, y, por lo general, no necesitaban ingreso, aunque sí muchos puntos de sutura y escayolas. Mi madre trabajaba justo ahí la mayor parte del tiempo; aunque había veces que la trasladaban a otras partes del hospital, según los turnos, las bajas y demás cuestiones de la administración de la entidad. Esa noche estaba terminando su turno cuando llegamos.

No tuve que preguntar a nadie cuando entramos en el edificio porque sabía con bastante certeza dónde estaría mi madre, y estaba convencido de que ella nos llevaría hasta Abe e incluso nos daría las explicaciones que todos estábamos deseando escuchar. Elmer se quedó fuera, pero tampoco le dimos ninguna importancia al hecho de que no quisiera entrar. Ya había cumplido su cometido esa noche: ayudar a nuestro amigo e ir a buscarnos después; y supongo que últimamente había pasado demasiado tiempo dentro de ese edificio, velando a su hermano.

Al abrir las puertas de la enfermería nos encontramos de frente con mi madre y los padres de Abe, conversando entre ellos con cara de preocupación.

Nos acercamos y mi madre, empinándose un poco con la agilidad de una bailarina de ballet y haciendo que yo me agachara con sus brazos, me plantó un sonoro beso en la mejilla y me dio un corto pero fuerte achuchón.

—Abe está bien. No hay peligro —dijo ella mientras terminaba de soltarme.

Saludamos a todos y Penny fue la primera de nosotros en hablar.

—¿Qué ha pasado?

—Un desalmado ha atacado a Abe. Le ha pegado en la cara y le ha hecho daño en los oídos —

respondió mi madre.

Pensé en el enorme dolor que Abe debía haber sentido si le habían maltratado sus especiales oídos y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Parece que fue un robo. Le han quitado la cartera. Pero él no pudo ver la cara de su agresor —añadió Deborah con una evidente preocupación por no poder identificar al maleante que había atacado a su hijo.

—¿Por qué? ¿Acaso llevaba una capucha? —saltó de inmediato Terence, haciendo que todos lo miráramos comprendiendo por dónde pretendía ir.

—No. No nos ha dicho nada de ninguna capucha —respondió mi madre, serena, cortando el camino que Terence había insinuado—. Entre que lo asaltaron por la espalda y el propio *shock* que sufre provocado por el incidente, es normal que no lograra fijarse en el rostro del ladrón.

Nuestras caras mostraban la desolación por la impotencia de no poder ayudar y por el infortunio de no haber estado con él en el momento del robo, y –quizás– haberlo evitado, ahorrándole a mi amigo y a su familia el sufrimiento que ahora sentían.

—Y justo le ocurre esto cuando acababa de recuperarse del golpe del otro día —señaló Deborah recordándonos el incidente del ojo morado de Abe, que ella debía aún suponer, inocente, producido por un golpe contra una farola, sin saber que «la farola» en cuestión tenía en realidad la forma del puño de Nathan Simmons—. ¡Mi pobre niño!

—Sí, ¡qué mala suerte está teniendo Abe este verano! —indicó Penny.

—¿Mala suerte? Puede. Pero también es que esta ciudad está cada vez peor. Recuerdo que hace unas semanas llegó a casa con la camiseta rota; y aunque no me dio explicaciones, sé que fue por alguna refriega con alguien.

Parecía que había pasado una eternidad desde que habíamos tenido el primer encontronazo de aquel verano con Nathan; en ese callejón oscuro donde buscamos un poco de justicia y plantamos la invisible semilla de nuestra posterior amistad con Terence.

—Anda, pasad dentro —dijo Jakob, más calmado que su mujer, señalando una habitación en mitad del mismo pasillo donde nos encontrábamos—. A Abe le encantará veros.

Casi no le dimos tiempo a terminar la frase cuando abandonamos a los adultos y, en pocos y rápidos pasos, nos plantamos en la puerta de la habitación que el padre de Abe nos había señalado. Abe estaba sentado en la cama, mirando al suelo, y no se percató de nuestra presencia hasta que Penny avanzó hacia él y lo abrazó.

—¿Estás bien? —le dijo.

Terence y yo también nos acercamos y le tocamos la espalda, con suavidad, pretendiendo darle una caricia reconfortante. Cuando Penny se separó de él pudimos ver mejor su rostro y los rastros de la agresión que había sufrido.

Tenía el pelo algo alborotado, un poco de sangre en la camiseta y dos grandes hematomas en la cara, uno en el ojo izquierdo y el otro bajo el pómulo derecho. Su mirada, que pretendía dirigirse hacia nosotros, estaba en realidad perdida.

—No… no estoy bien —comenzó con voz apesadumbrada—. Me han hecho daño. Mucho daño. Esos malnacidos…

—Entonces, ¿no ha sido un solo atracador? —indagué yo.

Abe echó una mirada hacia la puerta, como si quisiera asegurarse que no había nadie en la entrada.

—¿Podéis cerrar la puerta, por favor? —nos dijo.

Yo me acerqué a la puerta y, sabiendo que lo que pretendía Abe era un poco de intimidad para

poder contarnos algo importante solo a nosotros, eché un vistazo fuera. Mi madre y los padres de Abe seguían en el pasillo, tan lejos de nosotros como para que no se percataran de mi sutil movimiento. Tras eso, la cerré con sigilo.

—Gracias, Will —me dijo mientras yo volvía con ellos.

—Cuéntanos, Abe. ¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? —interrogó Terence ansioso.

—La versión oficial, que es la que saben mis padres y la que va a prevalecer por el momento, es que me ha asaltado un ladrón por la espalda, poco después de entregar un pedido esta tarde. Probablemente me siguió y sabía que llevaba el dinero de la entrega. Y también debía conocerme y saber de mi dolencia auditiva, porque se acercó por detrás y usó una bocina muy cerca de mis oídos, primero por la derecha y luego una segunda vez por la izquierda, para aturdirme y aprovechar mi confusión para robarme la cartera con el dinero. Para terminar su faena, me propinó a continuación un par de fuertes golpes en la cara que me dejaron en el suelo sin posibilidad alguna de seguirlo. Iba vestido de negro y, por supuesto, no pude verle bien la cara. Solo lo vi de espaldas mientras corría alejándose de mí con mi cartera. En definitiva… que no voy a ser capaz de identificarlo.

Abe nos miraba fijamente mientras hablaba y sus ojos delataban que esa versión de la historia no era lo que en realidad le había ocurrido.

—Y esta es la versión que debéis contar también vosotros si alguien os pregunta —terminó de forma tajante, sin posibilidad de que ninguno de nosotros pusiera alguna objeción a esa petición con fondo de orden.

—Está bien. No te preocupes por eso. Lo que acabas de contarnos es «lo que ha sucedido». No hay dudas —le replicó Terence por los tres—. Y ahora, cuéntanos qué es lo que «no» te ha pasado.

A Abe le costó un poco arrancar. Era obvio que aún estaba un poco en *shock*.

—La parte de la entrega del pedido esta tarde es cierta, fueron tres bolsas llenas para la señora Robinson, en un piso de la calle Elm, y lo de que me atacaron poco después de haberlo entregado también. Pero no fue un ladrón y no fue por la espalda. En un callejón, casi al final de la calle, a pocos pasos de la avenida Roosevelt, una voz ronca me sorprendió al pasar por delante de él. «Eh, pelirrojo», me dijo. Yo iba pensando en mis cosas, en llegar a casa, soltar el dinero y prepararme para ir a Luke’s con vosotros. Giré la cabeza más por instinto que por intención y vi a Nathan, apoyado en la pared, a pocos pasos de mí, y a dos sombras más al fondo, medio escondidas en la penumbra del estrecho callejón, que se erigía entre dos edificios antiguos que en ese momento me parecieron rascacielos. No sé por qué no pude reaccionar y salir corriendo, pero mi indecisión bastó para que Nathan diera dos pasos hacia mí, alargara su brazo y me asiera por el hombro. Tiró de mí hacia el callejón y mis piernas no fueron capaces de responder en sentido contrario. «Ven. Tenemos que contarte una cosa», masculló tratando de que el cigarrillo que tenía entre los labios no se le cayera. El miedo me había paralizado. De pronto me vi envuelto en las sombras del callejón, donde no llegaba la escasa luz del atardecer, lejos del sonido de la calle Elm y de sus pocos transeúntes, y rodeado de olores desagradables de humo, pis y basura podrida. Pude reconocer a las dos figuras que estaban en el fondo, esperando de pie a que Nathan terminara de acercarse a mí. Eran Russell y Marky. Mientras Nathan me empujaba sin demasiado esfuerzo hacia el fondo tuve la sensación de ser un pequeño insecto arrastrado por una araña al centro de su tela donde pensaba compartir el banquete con otras dos amigas. Pero mis músculos no me respondían. Mis pies se limitaban a seguir andando por inercia, inconscientes de hacia dónde me dirigían, y mis brazos y manos empezaban a temblar de forma cada vez más evidente.

—Hijos de… —exclamó Terence—. Sabía que habían sido ellos.

Abe siguió hablando, sin notar la interrupción de su amigo.

—Cuando llegué al fondo del callejón lo primero que recibí fue un derechazo de Russell en el ojo… tan fuerte que me tiró para atrás. Pero no caí porque me choqué con el cuerpo de Nathan, que me empujó con despareció hacia delante. «A ver si ahora te atreves a patearme, bola de sebo», me dijo Russell antes de escupirme. Eso terminó de confirmarme que ellos habían sido los asaltantes el día del cumpleaños de Terence; y aquello me hizo sentir más miedo incluso. Pensé que no saldría vivo de allí. Yo estaba de rodillas, con una mano apoyada en el suelo, y aprovecharon para lanzarme varias patadas; no estoy seguro de si fueron todos, aunque yo diría que sí. Una me dio en el pómulo y me lanzó hacia un lado. Entonces empezaron a insultarme y a decirme que era una basura y que toda la basura termina junta en el mismo sitio, la basura judía y la basura negra, que todos somos la misma mierda y cosas por el estilo.

—Des… des… desgraciados —balbuceó Penny, nerviosa por la rabia que sentía.

—Sabía que los encapuchados del otro día eran ellos. ¡Bastardos! —bramó Terence.

—Baja la voz, Terence —le advertí pensando que en cualquier momento los padres de Abe podían aparecer por la puerta. Y seguí—. Sí, la cojera de Russell que os comenté era bastante obvia y Abe estaba bastante seguro de haber identificado la voz de Nathan, ahora ya no hay ninguna duda. Lo que no sé es si todo esto cambia las cosas respecto a que podamos denunciarlos y que los empapelen…

—¿Y esta vez no llevaban capuchas? —me cortó Terence.

—No, no llevaban capuchas. Pero no las necesitaban. Me habían acorralado para darme un mensaje. Un mensaje muy claro. Yo estaba en el suelo, aturdido por los golpes y casi sin creerme lo que me estaba sucediendo, cuando Nathan se agachó y acercó su cara a la mía. Todavía puedo sentir su apestoso aliento… como si se hubiera quedado pegado dentro de mi nariz. Y me dijo: «Nos han dicho que tienes muy buen oído, que puedes reconocer a la gente por su voz, sin necesidad de verles la cara, y a mucha distancia incluso». Yo no sabía a dónde quería llegar Nathan, pero estaba claro que me estaba lanzando una indirecta. «Pues ahora vamos a darte algo para que no se te olvide que es de muy mala educación ser un soplón». Yo temblaba como si estuviera desnudo en medio de Alaska, pero no de frío, sino de terror. Estuve a punto incluso de hacerme pis encima…

Abe se dio cuenta de que nos estaba confesando algo muy íntimo y, por un momento, miró a Penny y se ruborizó un poco.

—Tran… tran… tranquilo —dijo Penny acariciándole el brazo a su amigo. Su voz era suave y pretendía mostrar entereza, pero su tartamudeo no ocultaba su nerviosismo interior.

Abe continuó.

—Se acercaron entonces los tres a mí con un pequeño objeto, que resultó ser una radio portátil. Me quitaron de las orejas mis amortiguadores de ondas… mis reductores de ruido… y los tiraron al suelo. No recuerdo si intenté detenerlos si quiera. Encendieron la radio, subieron el volumen al máximo y me la pegaron al oído derecho. El sonido penetrante de una trompeta me taladró el cerebro. Puede que ellos siguieran hablándome, pero yo ya no podía oírlos bien. No creo que pueda volver a escuchar nunca más ***Soul Finger*** sin pensar en el terrible dolor que sentí entonces. Me iban cambiando la radio del oído derecho al izquierdo, y viceversa. Pienso que en realidad todo aquello no debió durar más de un par de minutos, pero a mí me parecieron dos horas. Tenían el volumen tan alto que supongo que mis gritos de dolor quedaron totalmente atenuados por la música.

—Malditos cobardes. ¿Cómo pueden ser tan rastreros para ir los tres a por ti, a traición? —comenté al aire, intentando entender lo que en realidad no puede ser entendido bajo los parámetros de ningún pensamiento racional: la maldad en estado puro.

—Os juro que pensé que me moría. Por suerte, el volumen tan alto de la pequeña radio rebotaba hacia arriba en las paredes del callejón y pronto hubo un par de vecinos que se asomaron a las ventanas gritando. No podía escucharlos bien, pero los vi agitando los brazos. Creo que nos estaban echando una bronca por el volumen de la música; pensarían que éramos unos pandilleros haciendo el gamberro. Entonces la música cesó y los vecinos volvieron a sus viviendas. Mis oídos estaban muy afectados, pero sí que pude volver a escuchar y entender lo que Nathan y sus amigos me decían. «Por hoy está bien así, pero ya sabes lo que hay, jodido judío gafe. Si se te ocurre hablar de nosotros con quien no debes, la próxima vez no seremos tan suaves y nuestro mensaje será más… definitivo. ¿Has comprendido?». Asentí y mientras yo seguía en el suelo ellos empezaron a andar hacia la salida del callejón. Conseguí sentarme en el suelo y, justo antes de desaparecer de mi vista, Nathan se volvió una última vez hacia mí y soltó: «Y dile a tu amiguita, la tartaja, y al cojo de mierda que te ayudaron el otro día que vayan con cuidado. A lo mejor también les hacemos una visita a ellos».

Abe nos miraba con una seriedad extrema y en sus ojos había aún restos del terror que había sentido un rato antes. Su rostro nos daba a entender que sentía tener que contarnos todo aquello, pero que era necesario que lo supiéramos. No pude evitar fijarme en que yo no aparecía esa última arte del relato, y le pregunté:

—¿Y a mí no me mencionaron?

—No, Will, de ti no dijeron nada —respondió mi amigo.

Justo después de hacer la pregunta se me ocurrió que en realidad tenía lógica que no hubieran dicho nada de mí; al fin y al cabo, el día de la trifulca enfrente de la casa de Terence yo no salí hasta que los encapuchados se hubieron marchado en la furgoneta marrón. No me vieron y, por tanto, no tenían por qué relacionarme con Terence, Abe y Penny en la batalla que se libró aquel día, por más que era de sobra conocido que casi siempre andábamos juntos. Mi cobardía aquel día me había librado de la exposición directa con aquellos tres endemoniados personajes y me colocaba en una posición ventajosa en cuanto a sus posibles represalias respecto a lo que sí podían llegar a sufrir mis amigos –y Abe era prueba viviente de ello–, los cuales sí dieron la cara ese día y ahora veían como la cruel realidad de la sucia y podrida sociedad en la que vivíamos se intentaba cobrar el precio de su osadía por defender una causa justa. Volví a sentirme avergonzado y, por momentos, casi hubiera preferido estar en la lista de amenazados por Nathan.

Abe siguió hablando.

—Busqué mis amortiguadores de ondas en el suelo. Los habían machacado a pisotones y estaban destrozados. Ahora tardaré al menos una semana en conseguir otros; en fin… Me incorporé como pude, sentía bastante dolor en el costado, en la cara y en los oídos. Apoyándome en la pared fui avanzando penosamente hasta la calle Elm. Iba aturdido y con algo de miedo por volver a encontrarme a esos tres a la salida del callejón. Pensé que quizás se habrían arrepentido de dejarme tan pronto y querrían volver a por mí, a darme más; pero no estaban. Me giré con torpeza, tratando de asegurarme con certeza de que no estuvieran por allí y entonces me di de bruces con una figura gigante que ni se inmutó con el choque. Era Elmer. Me reconoció y, sin sorprenderse ni un poco por mi aspecto, se limitó a preguntarme si había visto a Rosie B. Le expliqué lo que me acababa de pasar, pero usando la versión oficial, la primera que os he contado a vosotros y la que saben mis padres y supongo que mañana la policía, sin mencionar en

absoluto a Nathan ni a ninguno de los otros dos. Tuve que repetírselo un par de veces para que me entendiera del todo, y le pedí que me acompañara aquí, ya que me costaba mantenerme recto al andar y no quería perder el conocimiento en plena calle. Tuvimos suerte de encontrar un taxi rápido. Eso sí, por el camino tuve que pedirle dos favores más: que me guardara la cartera con el dinero y que fuera a buscaros a Luke's. Elmer no entendió muy bien cómo me habían podido robar y yo aún conservaba mi cartera, pero le hice prometer que no lo diría y que ya quedaríamos más adelante para recuperarla. Le rogué también que no entrara en el hospital para evitar que tuviera que dar explicaciones que pudieran ponerlo en un aprieto. Me dijo que su hermano seguía en coma aquí y que no podía prometerme eso, pero que no entraría en el edificio hasta mañana.

Terminó con una leve sonrisa; la primera que le veíamos desde que habíamos llegado. Aunque él era el único que sonreía.

—Pero, Abe, no lo entiendo. Entonces, ¿no vas denunciarlos? —inquirió Terence como si la actitud del maltrecho Abe le ofendiera.

—Pues claro que no. No soy estúpido —respondió borrando de un plumazo la pequeña mueca de sonrisa que segundos antes había esbozado—. Me han amenazado. Y a vosotros también.

—Pero ¡Johnny está en coma por su culpa! —replicó Terence alzando la voz y provocando una expresión de molestia en el rostro de Abe y un acto reflejo de llevarse las manos a sus oídos.

—Exacto. Y son capaces de mandarme a mí también a una cama de este hospital. O incluso quizás… al cementerio.

—Lo entiendo, Abe —intervine yo tratando de poner un poco de calma y diplomacia en la conversación—. Es peligroso y no hay que ignorar las amenazas de esos cobardes… porque son capaces de fastidiarnos mucho y están tan locos como para hacernos algo peor, como bien dices. Pero tampoco podemos permitir que salgan impunes de todo esto. ¿Estás seguro de que no quieres contar la verdad a la policía? Si no lo hacemos, entonces sí que habrán ganado.

—Abe tiene razón —dijo entonces Penny para mi sorpresa. No esperaba que, siendo ella la más valiente de los cuatro, optara por esa postura tan conservadora. Ya no tartamudeaba. Su mirada era ahora más fría, como si hubiera comprendido todo y hubiera reflexionado de forma analítica sobre las opciones reales que teníamos—. No es el momento aún de denunciar nada. Por ahora, lo único que tendríamos es una pelea callejera, desequilibrada en fuerzas, eso sí, pero nada que vaya a ser castigado con cárcel. Y en cuanto a lo de Johnny, por más que me pese, y lo sabéis, no tenemos nada concluyente. Todo lo que hay es circunstancial; una cojera, una voz… Yo ya le comenté a Bobby nuestras sospechas, pero hasta que no podamos relacionar a esos tres con la furgoneta, por ejemplo, o hasta que no podamos demostrar que pertenecen al Ku Klux Klan, no tendremos más que conjeturas.

—Entonces, ¿nos estás diciendo que hay que claudicar, que se van a salir con la suya? —siguió insistiendo Terence, que para nada estaba conforme con el razonamiento de Penny—. Mañana van a volver a ir por mi madre, por ejemplo, o por cualquier otro inocente que se les antoje. ¿Vais a cargar con eso en vuestras conciencias, sin haber luchado y hecho lo que está ahora en vuestra mano para intentar castigarlos y parar toda esta locura?

—No, Terence. Sí que vamos a pararlos. Pero tenemos que hacerlo de una vez por todas; de forma definitiva. Si ahora los ponemos sobre aviso, seguro que pararán un tiempo, pero luego volverán; seguro. Si ahora se les aplica una reprimenda o un castigo menor, que es todo lo que conseguiríamos por la paliza que le han dado a Abe, se volverán más cautos, es muy probable que extremen sus precauciones en sus próximos delitos, y entonces sí que habremos perdido la oportunidad de cazarlos; le estaremos poniendo el trabajo a la policía mucho más difícil. ¿De

verdad quieres eso? —Penny hizo una pausa antes de continuar—. ¿O quieres verlos entre rejas, como los delincuentes que son, durante varios años, hasta que se les quiten las ganas de ir dando palizas a inocentes y amenazando a los que no son de su misma raza?

Terence se mordió el labio con rabia. Sabía que Penny tenía razón.

—Claro que quiero que se pudran en la cárcel. El mundo estará mejor sin ellos por sus calles.

—Pues entonces lo que tenemos que conseguir es que crean que se han salido con la suya, que se sientan cómodos, tenemos que darles esa falsa sensación de seguridad y poder, porque solo así cometerán un error, y es ahí cuando los cogeremos. Os aseguro que ahí estaremos para cazarlos cuando eso ocurra.

Las palabras de Penny nos motivaron a todos. Ella era la líder del grupo y en ese momento volvió a demostrarlo.

—Estoy contigo. ¿Qué sugieres que hagamos? —dije yo sin poder reprimir mi devoción hacia ella.

—Abe debe seguir fingiendo que no recuerda bien el incidente, aunque yo empezaría a decir que no estás seguro de si fue un asaltante o más —siguió ella mirando a su maltrecho amigo—. Di que tienes lapsus de memoria respecto al momento del ataque; es algo muy frecuente en situaciones como esta y nadie lo cuestionará. Ya habrá tiempo de que recuperes la memoria y puedas acusar a estos tres; pero eso tendrá más efecto si lo unimos a otras pruebas más directas sobre su relación con el Klan o con la paliza a Johnny y el intento de incendio de la casa de Terence.

—De acuerdo. Así lo haré —confirmó Abe.

—Os propongo organizar una batida por la ciudad en los próximos días, buscando la furgoneta. No podemos hablar con la gente, porque Fortress Flint es pequeña y me temo que Nathan y los suyos terminarían enterándose. Habremos de ser muy discretos —Penny hablaba como si ya fuera inspectora de policía, algo que yo cada vez dudaba menos que no fuera a producirse en el futuro—. Y montaremos un ciclo de seguimiento continuo a los tres. Cuando no estén juntos lo tendremos un poco más difícil y habrá que decidir a quién seguir, pero creo que podremos hacerlo entre los cuatro. Will, Abe, tendréis que dejar un poco de lado vuestras obligaciones en las tiendas. ¿Algún problema con eso?

—No creo. Mañana hablaré con el señor Giddens y seguro que me da flexibilidad para cubrir los turnos de seguimiento que me toquen —dije yo.

—Con lo que me acaba de pasar hoy, seguro que mi madre me da más libertad de lo habitual en la tienda durante la próxima semana; aunque tampoco le hará gracia que salga mucho por ahí en una temporada, sobre todo a según qué horas. Pero bueno… ya me las apañaré con ella —comentó Abe.

—Perfecto. Prepararé un cuadrante y mañana os lo paso para que comencemos cuanto antes. Esos bastardos van a pagar caro todo esto —terminó mi amiga con incuestionable convicción.

—Vale, Penny. Cuenta conmigo —confirmó también Terence, aunque no podía dejar de mostrar ciertas dudas—. Pero lo veo arriesgado… porque, como sean ellos los que nos pillen a nosotros siguiéndolos, lo vamos a pasar muy mal.

—Puede. Aunque tampoco creo que ellos quieran mover ficha de nuevo contra nosotros si no se sienten realmente amenazados o en peligro. Y no pienso que vayamos a provocarles esa sensación, si no ven policías y Abe no pone ninguna denuncia contra ellos. Mantengamos un perfil bajo. Y recordad que somos nosotros los que tenemos que pillarlos a ellos.

—Vale, pero ¿y esto no debería hacerlo la policía? —insistió Terence, aún a medio convencer.

Penny lo miró con cierta condescendencia.

—Por supuesto que debería hacerlo la policía, Terence. Pero ya os he explicado que no tienen nada concluyente contra ellos. Cuando le hablé a Bobby de nuestras sospechas y «pruebas», enseguida me dijo que con eso no tendría ni para montar un solitario dispositivo de vigilancia encubierta con un par de agentes el tiempo suficiente para que pudieran tirar del hilo. La policía, en general, no está ahora en su mejor momento de popularidad con todo lo ocurrido en Detroit; y aunque esto va contra tres racistas, la prensa podría no entenderlo de la misma manera.

Penny se refería a los tristemente famosos disturbios de Detroit que habían tenido lugar esa misma semana. Las revueltas de esos días acaecidas en la ciudad más grande de Michigan habían inundado los noticiarios de todo el país y llevábamos desde el domingo viendo en la televisión horribles imágenes de peleas, asaltos, disparos, muerte… nunca olvidaré los vídeos de los tanques por medio de las calles… la ciudad parecía una zona de guerra. La violencia racial de esa trágica semana entre la brutal policía y los exaltados civiles de Detroit se había saldado con más de siete mil detenidos, más de dos mil edificios –comerciales y residenciales– incendiados o destruidos, más de mil heridos –entre civiles y fuerzas del estado– y cuarenta y tres personas muertas, la mayoría afroamericanas; de todas ellas, creo que la muerte de la pequeña Tanya Blanding, la pequeña de cuatro años que perdió la vida cuando la policía ametralló su vivienda por error, fue la que más conmocionó al país. La raza de Tanya –afroamericana– era en realidad lo de menos en aquel horrible suceso; y me gustaría pensar –por tratar de sacarle algo positivo a todo aquello– que su muerte no fue del todo en vano y sirvió para crear mucha conciencia en todo el país sobre el sinsentido de aquellos disturbios y la forma en que se había descontrolado los acontecimientos, por más que fueran el fruto de una situación social insostenible. A mí todo aquello me hacía sentir triste y desconcertado; e incluso algo temeroso por cómo podrían evolucionar las cosas en los siguientes días en Fortress Flint, más aún teniendo en cuenta lo que Nathan y sus colegas parecían estar haciendo a la ciudad.

Penny siguió hablando de la policía local, ajena a todos mis pensamientos.

—Solo mandaron a un agente a hablar con Nathan y con Russell, pero ni siquiera en comisaría, sino en sus casas, algo del todo informal; pidiéndoles colaboración y preguntando si ellos pudieran saber algo. Obviamente, tenían una coartada; falsa, seguro; pero no desmontable por la policía… todavía. Y creo que por eso mismo han ido hoy por ti, Abe, porque debieron ponerse nerviosos tras esa charla con la poli. Así que está claro que el camino directo a través de la policía no nos conviene en estos momentos. Tenemos que conseguir algo más sólido, y eso es justo lo que vamos a hacer.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió y el padre de Abe apareció en ella.

—Bueno, Abe, ¿estás ya listo para irnos? Nos ha confirmado el doctor que no hay motivos para ingresarte y que con seguridad estarás más cómodo en casa.

Los cuatro nos miramos. Teníamos un plan. Teníamos un pacto. Íbamos a seguir a esos cobardes racistas hasta que pudiéramos imputarles algún delito mayor o relacionarlos con el ataque a la casa de Terence. Puede que no fuera la mejor opción. Puede que fuera peligrosa para nosotros. Incluso, visto ahora con la perspectiva del tiempo, puede que fuera moralmente cuestionable dar nuevas oportunidades de cometer más delitos a esos criminales solo para poder pillarlos y llevarlos frente a la justicia con garantías de castigo ejemplar. Pero el odio que se había instalado entonces en nuestros corazones cegaba un poco nuestra moral. Así que todos asentimos con la mirada y dimos por cerrado el trato.

—Claro, papá. Vamos —contestó Abe levantándose de la cama despacio.

Cuando salimos del edificio comprobé que Elmer no estaba allí. Pensé que quizás se había ido ya a su casa. Si, como había prometido a Abe, no iba a volver a entrar en el edificio hasta el día siguiente, no tenía ningún sentido que hubiera pasado la noche haciendo guardia allí fuera. Al fin y cabo, por desgracia, no parecía nada probable que su hermano fuera a moverse de allí en las próximas horas.

Los Konig se fueron en su coche. Los hermanos de Abe también estaban allí, aunque nosotros no los habíamos visto al llegar al hospital puesto que habían vuelto al coche a esperar tras comprobar que Abe estaba bastante entero. Se ofrecieron a acercarnos a casa, pero en el coche solo había hueco para uno más. Decidimos que la opción más sensata para ocupar ese lugar era Terence; era el que vivía más alejado de los otros dos y, visto lo que había sucedido aquella tarde, a ninguno de los adultos les hacía gracia que anduviéramos dando demasiadas vueltas por una ciudad que parecía volverse más peligrosa cada día. Yo apoyé con entusiasmo esa idea porque eso me permitiría pasar algo más de tiempo a solas con Penny. Mi madre, a la que aún le quedaban unos temas por cerrar en el hospital, se cuidó de darme unos dólares extra para que mi amiga y yo volviéramos a casa en taxi; ella y yo nos veríamos más tarde en casa.

Cuando cogimos el taxi le pedimos que se dirigiera primero a casa de Penny. Ella estaba seria, pero no preocupada; más bien elucubrando cómo organizar las partidas de búsqueda y seguimiento que habíamos convenido hacer unos minutos antes. Me da algo de vergüenza decir que yo estaba… un poco contento; sabiendo que Abe estaba fuera de peligro, el hecho de poder pasar un poco más de tiempo con Penny era para mí un regalo precioso, y quería disfrutarlo todo lo que pudiera.

Mientras ella miraba hacia fuera por la ventana de su lado, yo no podía dejar de clavar mi ojo en su perfil. El giro de su cabeza hacia la izquierda dejaba al descubierto su cuello, con la piel tersa y suave –imaginaba yo– de una chica de quince años. La sensualidad de aquella postura me pareció sublime. Era como si su cuello me llamara a besarlo y, sin darme cuenta, empecé a fantasear con hacerlo. Sin quererlo, me convertí entonces en mi imaginación en algo parecido a la bestia que días antes tanto me había preocupado; en un vampiro sediento de amor en vez de sangre que aprovechara el cuello de su víctima para desplegar sus besos en lugar de para clavar sus afilados colmillos.

Tan ensimismado estaba en mis fantasías que casi no me fijé que Penny ya no miraba hacia fuera. Ahora me miraba a mi ojo y creo que comprendía qué es lo que estaba pasando por mi cabeza. Su expresión era tierna y, con un gesto que percibí como si hubiera sido ejecutado a cámara lenta, acercó su mano derecha a mi mano izquierda y la cogió con fuerza, entrelazando nuestros dedos.

Llevaba puestos unos de sus habituales guantes, bastante finos y con los dedos al aire, y como me sucedía cada vez que nuestras pieles se rozaban, un agradable escalofrío me recorrió la espalda. Ella volvió a mirar hacia la ventana, sin soltarme, y yo me sentí el muchacho más feliz de la Tierra. Estaba convencido de que Penny, mi amor, sentía algo por mí; no sabía si tan intenso como lo que yo sentía por ella, pero habría apostado mi vida a que era mucho más que una simple amistad. Metí mi mano libre en mi bolsillo derecho y palpé algo que llevaba toda la semana pasándome de pantalón a pantalón. Allí, mezclada con algunas monedas y una pelusa, estaba la pulsera con alas doradas de Bessie Coleman que el señor Giddens me había dado para Penny. ¿Sería esa la noche para hacerlo? No quería romper ese mágico y silencioso momento en el taxi, y tampoco quería tener espectadores al darle aquel regalo –menos aún un desconocido, aunque este estuviera más pendiente de la carretera que de lo que pasaba en el asiento de atrás de

su coche–, así que pensé en algo para alargar un poco más aquella noche, a solas con Penny, pero fuera de aquel taxi.

Cuando llegamos a su casa, me bajé del taxi con ella y le pregunté si le importaría que me quedara un rato más; podríamos ir al árbol y pensar juntos en el plan de rastreo y seguimiento para la semana. Ella asintió, no sabría decir si consciente o no de que mis intenciones iban más allá de hablar sobre un cuadrante de turnos, aunque quiero pensar, basándome en su tierna mirada, que sí.

Pagué al taxista y, mientras el ronroneo del coche se iba atenuando en la distancia, nosotros cruzamos la blanca valla de la casa. Todo era quietud. Ya no íbamos cogidos de la mano. Penny avanzaba delante de mí. La casa estaba a oscuras, salvo una tenue luz que provenía de la ventana del salón, donde era probable que sus padres estuvieran viendo la televisión. Penny se volvió hacia mí, colocando su dedo índice en vertical sobre sus labios para indicarme que me mantuviera en silencio.

Nos dirigimos hacia la parte de atrás, donde estaba el árbol que acogía entre sus ramas a nuestro cuartel general. Volví a meter la mano en mi bolsillo para tocar la pulsera que pensaba darle. Yo estaba entusiasmado. Mi corazón latía con fuerza y la ilusión de poder declararle mi amor a Penny invadía todo mi ser. Pero la providencia no me lo iba a poner fácil. Lo que encontramos en la parte de atrás de a casa habría echado por tierra los planes del mismísimo Casanova.

Aún ahora, en la distancia, me cuesta trabajo describir lo que vimos sin que se me revuelva el estómago.

Colgado de dos ramas bajas del árbol, por las patas delanteras, estaba *Wolfy*, el anciano utonagan gris de los Wise. Sus patas delanteras formaban una especie de «V» Estaba de frente, mirando hacia nosotros. Su hocico estaba atado con cinta americana, apretado muy fuerte, de forma que no habría podido ni ladrar ni gemir mientras le hacían la salvajada que le había hecho. Estaba abierto en canal, desde la garganta hasta los genitales, y parte de sus tripas colgaban hasta el suelo, donde un charco de sangre teñía de rojo la verde hierba.

Fue la única vez que oí a Penny lanzar un grito, y el horror con que lo hizo terminó de helarme la sangre. Se volvió hacia mí y me abrazó, compungida. Me apretaba con fuerza y yo también la rodeé con mis brazos. No era el abrazo que esperaba recibir minutos antes, por mucho que hubiera estado deseando uno. Mi corazón seguía agitado, pero ya no por el deseo e ilusión de compartir mi amor con Penny, sino por la cruenta imagen que tenía ante mi ojo. Ni todas mis hormonas en plena efervescencia adolescente habrían podido hacer que me sintiera complacido, ante ese dantesco espectáculo, por el calor y las formas del cuerpo de Penny apretado contra el mío.

Las luces de la cocina, que daba a la parte trasera de la casa se encendieron y pronto los padres de ella salieron agitados al jardín por la puerta de atrás, alertados sin duda por el grito de su hija. Fue entonces cuando ambos vimos que, en la blanca pared al lado de esa puerta, una horrenda pintada roja –con bastante seguridad hecha con la sangre del pobre *Wolfy*– decía:

JODEOS, AMANTES DE LOS PERROS

Penny y yo teníamos tan claro como el agua que, en aquella frase, el término «perro» no se refería a los canes, aunque nuestro querido *Wolfy* hubiera sido esa noche el que, de forma harto injusta y cruel, sufriera la cobarde ira de unos asquerosos asesinos.

# Amenaza en la sombra

La policía llegó rápido tras la llamada del padre de Penny. Ella me había sustituido por su madre como soporte de su abrazo, pero –aunque pudiera fastidiarme un poco– entendía la naturalidad de su elección en aquellas penosas circunstancias; y, además, me libraba de una situación que, en otro momento, podría haber sido bastante incómoda… delante de sus padres.

El policía que enviaron era bastante joven. Esos turnos de noche los reservaban para los más novatos. Se llamaba Davidson y entró en la casa con una expresión muy agradable que se tornó en una mueca de horror primero y varias arcadas después cuando llegó al lugar donde los restos de *Wolfy* permanecían colgados del robusto roble. Tras recibir unas palabras de ánimo del padre de Penny y una taza de café para reconfortarse, llamó a un fotógrafo para que lo registrara todo. Yo me limitaba a permanecer en un segundo plano, preguntándome una y otra vez qué clase de salvaje podría haber hecho eso. Y todo me llevaba a Nathan y los suyos. Si ya nos habían demostrado que podían ser muy violentos, provocando un coma profundo a un hombre de una paliza, o intimidando y maltratando a un muchacho indefenso entre los tres, completar su día de furia con el destripamiento de un viejo e inocente perro no parecía algo alejado de sus preferencias ni fuera de sus posibilidades. Más aún cuando unas horas antes habrían dejado claro a Abe que a lo mejor también «visitaban» a sus amigos, Penny y Terence –o «la tartaja» y «el cojo», como de forma cruel se habían referido a ellos–. No me quedaba duda de que las tripas de *Wolfy* al aire eran el resultado de esa «visita». Eso sí, se habían cuidado bien de no dejar pistas evidentes de su participación.

Penny y yo no habíamos cruzado una sola palabra desde que llegamos, pero nuestras miradas sí se habían cruzado y yo sabía con seguridad que ella pensaba lo mismo respecto a quiénes eran los culpables de aquel crimen.

Contestamos a las pocas preguntas que Davidson nos hizo con toda la precisión que pudimos, pero no mencionamos nada de nuestras sospechas, tal y como habíamos acordado también para el caso de Abe. El amable policía nos advirtió que el castigo por matar a un perro, aún de aquella forma premeditada y cruel, no sería nunca comparable al del asesinato de una persona, pero que harían lo que estuviera en sus manos por encontrar al culpable y meterlo una buena temporada entre rejas.

El fotógrafo de la policía, un muchacho que parecía tener menos edad que yo, tardó un buen rato en llegar y lo hizo acompañado de otro agente. No parecía del cuerpo, sino más bien un asalariado independiente. Cuando llegó registró toda la escena con su cámara, desde todos los ángulos y con atención a detalles concretos, así como a la pintada. Acto seguido, Davidson y su compañero descolgaron el cuerpo de *Wolfy* y recogieron un poco la escena, advirtiéndonos de que intentáramos no acercarnos al lugar durante esa noche ya que, a la mañana siguiente, con más luz y perspectiva, algún inspector volvería a buscar más pistas y, por tanto, debíamos intentar preservar el lugar tal y como estaba, sin introducir más elementos que pudieran distorsionar lo que allí había ocurrido.

Lauren y Bobby llegaron de vuelta a la casa tras su habitual cita de los viernes, cuando todos se estaban marchando ya. Lauren se evitó así tener que presenciar el dantesco y sangriento cuadro

en todo su cruento esplendor. Penny estaba para entonces más entera. Su mirada era dura. Si Penny no hubiera sido la buena persona que yo sabía que era, imagino que en lo más profundo de su interior podía haber estado pensando en lo que disfrutaría devolviendo el ritual que habían ejecutado sobre su perruno «hermano» en las carnes del vándalo con putrefacto corazón que hubiera perpetrado aquel crimen. Yo, menos bueno que ella, sí que lo pensaba.

Lauren, desconsolada y envuelta en un mar de lágrimas, entró en la casa con su madre y su hermana, la cual solo se despidió de mí con un gesto de cabeza.

Bobby se quedó hablando con el padre de Penny, fuera. Conociéndolo, sabía que se involucraría en el caso hasta la médula.

Yo me despedí entonces y salí hacia mi casa. Creo que ni se dieron cuenta de que me iba.

Conforme andaba por las solitarias calles de la ciudad comencé a sentirme algo inseguro. Era noche cerrada, la mitad de las farolas estaban rotas o apagadas y mi único ojo no ayudaba a que la percepción de Fortress Flint me pareciera entonces menos oscura; oscura, no solo por la falta de luz, sino por la podredumbre que estaba claro que invadía la ciudad como un cáncer. En lo obvio teníamos un asesino en serie al que la policía no se estaba ni acercando y a unos racistas sin escrúpulos que no parecía que tuvieran mucho miedo de seguir arriesgándose por defender sus inmorales convicciones. Pero lo menos explícito, lo que no se veía a simple vista y que estaba desgarrando mi inocencia a pasos agigantados, era lo que realmente más me inquietaba: cada vez más me parecía que la idílica foto que hasta entonces había tenido en mi mente de mi ciudad estaba siendo engullida y transformada por la convulsión social que vivía el país al completo y que podía llegar a resquebrajarlo del todo, a herirlo de muerte, a romper sus pilares. Empezaba a costarme trabajo reconocer los íntegros valores que siempre había pensado que sostenían la nación, las convicciones puras y sanas que mis padres me habían inculcado como reales y establecidas de base en el corazón de las personas. Sin embargo, los pequeños detalles del día a día me demostraban otra cosa muy distinta: la clara distancia social entre razas, sin demasiada preocupación por parte de nadie en solventarla de verdad, las miradas de odio –sin palabras– que muchos se lanzaban a plena luz del día, maldiciendo por dentro su mala fortuna por haber tenido que cruzarse en la calle los unos con los otros; la hipocresía de muchos, muy bien disfrazada de impostada generosidad o bondad, cuando el egoísmo y la autocomplacencia eran las auténticas máximas sagradas para la mayoría. Parecía que la gente hacía un esfuerzo titánico por soportarse en lugar de regocijarse con sinceridad por tener la dicha de pertenecer a una especie inteligente, los supuestos líderes del planeta, con potencial para lo mejor… y, sin embargo, demostrando muchas veces a lo largo de la historia que esa especie no siempre tiene el buen juicio de elegir la opción más correcta.

En aquel momento me invadía un halo de pesimismo respecto al futuro.

Llegué a casa cansado, triste y con miedo. Mi madre, que ya había llegado del hospital, se horrorizó al oír lo ocurrido con *Wolfy* y me regaló otro de sus maravillosos abrazos. Pero ni eso ni sus dulces palabras lograron reconfortarme.

Las tripas del pobre *Wolfy* se instalaron en mis sueños durante toda la noche y su sangre tiñó de rojo todos mis pensamientos.

El sábado me levanté sin ninguna gana de ir a la tienda; ni a ningún otro sitio, en realidad. Solo quería quedarme en casa, donde me sentía seguro y podía resguardarme, como en una burbuja virtual, de todo lo malo que había en el exterior.

Mi madre se había ido temprano a trabajar, así que estaba solo. Me vestí, desganado, pero entonces reparé en lo que había en uno de mis bolsillos: la pulsera de Bessie Coleman. Eso me

recordó a Penny y todo lo que sentía por ella. Y eso no era malo, sino todo lo contrario. Gracias a los pensamientos positivos sobre mi «más que amiga» empecé a animarme un poco. Pensar en Penny me llevó a pensar también Abe y en cómo se habría levantado esa mañana. Y en Terence y su obstinada tenacidad respecto al tesoro que pretendía encontrar. Eso me hizo sonreír.

Con el ánimo algo repuesto, desayuné y salí de mi casa, permitiendo que los cálidos y agradables rayos del sol me bañaran, reconfortándome.

Llegué a casa del señor Giddens justo a la hora de abrir la tienda. Él me esperaba dentro, vestido elegante –como siempre– y con el mismo espíritu positivo que mostraba cada día, aunque nunca supiéramos cuánta gente iba a venir a visitarnos ni cuántos objetos venderíamos (y no solían ser muchos ni en uno ni otro caso).

Nada más llegar le conté lo del ataque a Abe y lo del sádico asesinato de *Wolfy* y, sin poder evitarlo, le confesé mis sospechas en cuanto a la relación entre ambos sucesos, por más que no tuviera pruebas reales de ello. Él coincidió en que mi conjetura podría ser bastante probable y lamentó mucho lo ocurrido, en ambos casos. Parecía bastante preocupado.

Le pedí permiso para usar su teléfono y avisar a Abe y Terence de lo de *Wolfy*. Abe ya lo sabía. Se había enterado temprano, ya que su madre y la de Penny habían hablado por teléfono. Estaba afectado y furioso. Quedamos en vernos por la tarde en su casa para decidir qué pasos dábamos a continuación y le pedí que avisara a Penny de la cita; creo que, después de lo de la noche anterior, yo no quería que Penny pensara que la llamaba con un propósito diferente al de la pura amistad, y menos aún en aquellos devastadores momentos –a nivel emocional– para ella. Terence maldijo lo indecible al enterarse y, como el resto, lo primero que hizo fue conectar el salvaje asesinato de *Wolfy* con Nathan y su banda. Ninguno de nosotros necesitaba ninguna prueba, ni relevante ni concluyente, para saberlo. Terence me dijo que pensaba pasarse esa mañana por la fortaleza, a ver si se inspiraba en el lugar y se le ocurría algo más sobre dónde buscar el tesoro, y confirmó que estaría en casa de Abe por la tarde.

La mañana fue muy tranquila en la tienda. Hacía bastante calor y, en general, había muy poca gente por la calle aquel día. Solo cuatro personas se aventuraron a entrar a visitarnos, y ninguna compró nada, aunque un joven se mostró muy interesado en una vieja radio que quería regalar a su madre. Al señor Giddens le cayó muy bien aquel joven y le hizo una generosa rebaja por la radio, pero el joven no pudo llevársela porque, aún con la rebaja, no llevaba suficiente dinero para comprarla. El señor Giddens insistió en que se la llevara y que le pagara la diferencia en los próximos días, pero el joven prefirió no hacerlo, aunque le rogó que se la reservara porque en un par de semanas podría reunir el dinero para comprarla. El anticuario le dio su palabra sin querer cogerle ninguna señal por hacerlo.

Los sábados la tienda solo abría por la mañana. Quedaba ya poco para cerrar, hacía un buen rato que nadie asomaba por la puerta y en ese momento, mientras la orquesta de Glenn Miller nos alegraba el espíritu y me hacía marcar con el pie, de forma inconsciente, su pegadizo ritmo, el señor Giddens se dirigió a mí con una pregunta que, de primeras, nunca habría pensado que le interesaría.

—Nunca me imaginé que Fortress Flint fuera un lugar tan emocionante, la verdad, aunque esa emoción venga por unos hechos con claras connotaciones negativas —empezó con su habitual tranquilidad al hablar—. A propósito de todo lo que está ocurriendo en esta ciudad, William, ¿te has enterado de algo más relativo a los asesinatos que se han cometido recientemente en la ciudad?

—No —contesté rápido y sin pensarlo mucho. En las últimas horas había estado mucho más

centrado en lo ocurrido a mi amigo Abe y al perro de mi amada Penny que en los asesinatos de Fortress Flint; aunque enseguida me acordé de lo que nos había contado Penny el día anterior en Luke's a Terence y a mí—. Bueno, en realidad, sí. Penny nos contó que la última víctima, que se llamaba Mark Marrowbone, … —dudé un segundo sobre cómo expresarlo, porque en realidad me daba algo de vergüenza decir ese tipo de cosas a un señor tan culto y elegante como el señor Giddens. Él notó cómo dudaba—… pues era … vamos, que ofrecía sexo a cambio de dinero.

—¿Se prostituía? —dijo él sin ningún pudor.

—Sí, exacto.

—¿Con hombres? —siguió, sorprendiéndome.

—Sí —contesté yo, más receptivo de lo que esperaba a la extraña conversación que se estaba estableciendo entre nosotros gracias a la naturalidad con la que el anticuario se expresaba—. La verdad, si le soy sincero, todo esto me sorprende muchísimo. No le voy a decir que no supiera que ese tipo de transacciones existieran, pero me las imaginaba muy lejos de aquí. Y, entre hombres, aún se me hace más extraño; como si eso solo pasara en otros países o en otras culturas… No las juzgo, en absoluto. Solo supongo… que soy un tanto inocente.

—Pues he de informarte, muchacho, que eso existe desde que el mundo es mundo. En todas partes y en todos los estratos sociales. No en vano dicen que es la profesión más antigua del mundo —dijo él con una leve sonrisa por haberme abierto los ojos—. En este hipócrita mundo lleno de falsas apariencias en el que vivimos, es algo que ocurre de manera habitual, aunque no se hable abiertamente de ello. Además, piensa que, en muchos periodos de la historia, según qué civilización, ha estado más o menos aceptado. Esto me recuerda a nuestra conversación del otro día sobre lo que se considera «normal».

Sonreí.

—Puede… pero a mí me cuesta mucho entenderlo. Yo nunca lo haría… y menos con un hombre —afirmé con convicción y una muesca de asco en mi cara.

—Nunca digas de este agua no beberé, muchacho. Quizás ahora no lo apruebes o no te interese, pero quién sabe… Uno vive muchos años y sus gustos no siempre tienen por qué ser los mismos.

—No es una cuestión de aprobarlo o no. Es solo que a mí me gustan las chicas… las mujeres —corregí en el último momento, aspirando a sonar más maduro—. Y no los hombres. Así que no me imagino pensando de forma amorosa en nadie que no sea del sexo femenino.

—Nadie ha hablado de amor, William.

—Bueno, pues de sexo —repliqué algo alterado—. Solo pienso en sexo con mujeres.

—Está bien, William. En lo referente a sexo, te gustan las mujeres y solo las mujeres. Ha quedado claro —concluyó con una tibia mueca de sonrisa.

Me daba la impresión de que me tomaba un poco el pelo, pero habíamos llegado a un punto algo incómodo para mí, así que intenté cambiar al rumbo de aquella charla hacia donde inicialmente había intentado dirigirla.

—Bueno, lo que le decía, que la policía no tiene ni idea de dónde buscar al asesino. Y más ahora, porque, aunque los dos primeros asesinatos podrían sugerir un móvil de odio racial, la tercera víctima, el tal Marrowbone, era blanco. Por tanto, ese motivo queda descartado —informé haciéndome un poco el interesante—. Fíjese, y yo que llegué a pensar por un momento, tras el incidente en casa de Terence con aquellos encapuchados, que el Ku Klux Klan podría estar detrás de todo…

—Y puede que lo esté, William —replicó el anticuario sorprendiéndome de nuevo. Mi mueca debió darle a entender que no tenía la menor idea de dónde había sacado aquella conclusión,

justo opuesta a la que yo acababa de esgrimir—. Quizás antes de saber lo que me acabas de contar ahora sobre los servicios que vendía Marrowbone yo también lo habría dudado, pero el hecho de que este señor fuera homosexual o proporcionara servicios homosexuales en la ciudad lo convierte también en una víctima muy susceptible del Klan.

—Pero… yo pensé que el Ku Klux Klan únicamente vertía su odio sobre la comunidad negra —dije inocente.

—En absoluto, William. Puede que la primera ola, la de 1865, sí que fuera una organización de supremacía blanca cuyo principal foco era la población negra, aunque no solo esta. El primer Klan quería tener el control político y social de los esclavos liberados en la Guerra de Secesión, intentando quitar a los afroamericanos derechos fundamentales, como el derecho a la educación, la tenencia de armas o el voto. Pero también fueron contra muchos republicanos blancos del sur, a los que intimidaban con violencia. Ahora bien, te aseguro que la segunda ola, la iniciada en 1915, fue mucho más virulenta, con más adeptos y afiliados, y cargaba contra casi todo: católicos, judíos, asiáticos, mormones, inmigrantes, socialistas… y, por supuesto y sobre todo, también afroamericanos y homosexuales. —Aquella información, que yo desconocía, era definitiva para volver a enlazar las muertes entre sí y todas ellas con un posible brote del Ku Klux Klan en Fortress Flint. El señor Giddens siguió hablando—. Puedo asegurarte que yo he tenido la mala suerte de cruzarme con algunos de ellos en el pasado y es algo que no desearía ni a mi peor enemigo. Son la encarnación del más puro odio irracional. Hace años que pensé que quizás se habrían extinguido, pero puede que aún queden rescoldos que hayan permanecido latentes y que ahora, debido al momento convulso que vivimos en el país, sobre todo en relación a una mayor integración de las personas afroamericanas en la sociedad, con un reparto más justo de privilegios y una apertura total de los derechos civiles, sin importar la raza ni la religión, esas brasas de odio hayan vuelto a prender en los corazones muertos de algunos indeseables que solo buscan un pretexto para defender sus propios complejos.

—¿Es eso posible? ¿Aquí, en Fortress Flint? —me seguía preguntando yo, aún un poco incrédulo.

—¿Por qué no, William? ¿Qué hace a Fortress Flint diferente de Alabama, Tennessee u Oregón? ¿O del resto del país? ¿Acaso crees que vives en una burbuja protegida por un halo divino que la aísla de los males del resto de la nación?

Su tono me molestó un poco, pero tenía razón. Más allá de mi propia ingenuidad, nada diferenciaba a los habitantes de Fortress Flint de los de cualquier otra ciudad media estadounidense.

Bajé la mirada y el anticuario percibió mi vergüenza por ser tan inocente. Mis casi dieciséis años y mi enorme estatura no casaban con mi mente aún muy infantil en según qué cuestiones. En ese momento, mis ingenuos comentarios me habían puesto en evidencia.

—Mi querido William —siguió entonces él en tono más amable y condescendiente—, – no debes preocuparte más de lo necesario por todo esto. Eres muy joven para andar todo el día pensando en asesinatos, en violencia y en el Klan. Disfruta de la vida y de tus amigos. Y sigue buscando tesoros con ellos hasta que les demuestres a todos que los sueños de uno, por muy infantiles que parezcan, pueden hacerse realidad.

Era fácil decir eso, pero a mi mejor amigo lo habían asaltado hacía menos de veinticuatro horas y el perro de la chica de mis sueños había sido destripado sin piedad en su propio jardín. Era más que suficiente para estar nervioso.

—Gracias por sus palabras… supongo —respondí cabizbajo.

—Y hablando de buscar tesoros —continuó él tras una breve pausa—, se me ha ocurrido algo que me gustaría compartir con vosotros. Es solo una idea, pero no perdemos nada por probarla y ver si nos conduce a algo.

Mi mente se puso en positivo al oír estas palabras.

—¡Genial! —exclamé—. Eso sí que son buenas noticias. Verá cuando se lo diga a Terence.

—Bueno, insisto, es solo una idea, una conjetura que me vino a la cabeza al recordar un libro que leí hace tiempo. Pero, ¿quién sabe? Quizás nos lleve hasta los cofres de Abercrombie.

—¿Me la contaría usted ahora? —pregunté impaciente.

—No quiero sonar teatral, pero me gustaría comentarla con todos; y hacerlo en la propia fortaleza.

—Bien… —respondí algo decepcionado a la par que intrigado—. No hay problema. Hoy va a ser complicado, porque ya tenemos otros planes, pero ¿qué tal mañana por la tarde?

—Me parece perfecto, William. Mañana por la tarde, en la fortaleza, os contaré lo que se me ha ocurrido.

Salí de casa del anticuario con muchas ganas de contarles a mis amigos la nueva puerta que parecía se abría en nuestra búsqueda del tesoro de Abercrombie (aunque no tuviera ni idea de cómo de buena o efectiva sería, en realidad). Lo cierto es que nunca me planteé, aunque el señor Giddens trató de dejar bastante claro que lo que se le había ocurrido era solo una conjetura, que lo que quiera que fuera que iba a contarnos al día siguiente no fuera más que otra «pista falsa». Quizás mi enorme confianza en aquel señor al que conocía desde hacía solo algo menos de dos meses sumada a mi inocencia y a mis desmedidos deseos de creer que la historia del tesoro era cierta –y que este se encontraba muy cerca de nosotros– hacían una mezcla perfecta para que mi fe en la validez de esa idea que aún no conocía fuera tan sólida como las rocas que sostenían la fortaleza que daba nombre a mi ciudad. Y, además, era ilusionante pensar en algo positivo y excitante, para variar, entre tanto crimen y violencia.

Cuando llegué a casa de Abe por la tarde Terence ya estaba allí. Abe tenía mucho mejor aspecto. Ya no estaba pálido y sus continuas bromas hacían ver que se encontraba bastante recuperado, aunque a veces hacía pequeñas muecas de dolor cuando reía. Sus oídos parecían estar bien, y llevaba puestos unos reductores de ruido antiguos que, de forma previsora, su madre había guardado como repuesto por si algún día su hijo perdía los que solía llevar puestos. Aunque me imagino que nunca pensó en los motivos por los que Abe tendría que usar ahora de nuevo ese modelo antiguo, seguro que se alegraba mucho de haber sido tan previsora. Y Abe también, ya que aquellos antiguos y usados reductores le permitían hacer vida completamente normal.

Penny fue la última en llegar aquella tarde. Estaba muy seria y sus ojos seguían enrojecidos. Supongo que habría estado horas vertiendo infinitas lágrimas por su querido hermano canino, *Wolfy*. Sin embargo, hablaba con entereza. Nos contó que nadie había oído ni visto nada por el vecindario. Estaba claro que los asaltantes –ya que nosotros estábamos convencidos que habían sido tres, porque habíamos juzgado y condenado sin ningún tipo de prueba, solo por pura intuición, a Nathan y sus colegas– habían sido bastante cuidadosos a la hora de colarse en el jardín de los Wise y perpetrar el infame crimen. Bobby había estado toda la noche con los agentes a los que asignaron el caso. Durante buena parte de la mañana la policía había estado en casa de Penny y haciendo preguntas por sus alrededores. No había pistas. Ni los cortes en *Wolfy* ni la pintada en la pared –que Penny confirmó que había sido hecha con la sangre del perro– tenían ninguna característica especial que pudiera conducir a la policía a ningún sospechoso.

Terence sugirió si el corte en el pecho y abdomen de *Wolfy* podrían coincidir con los cortes en las tres víctimas humanas desangradas ese verano en la ciudad. Penny se agitó, sorprendida de que de no se le hubiese ocurrido a ella esa pregunta, y se quedó con la acción de preguntar a Bobby por ello, por más que aquello pudiera parecerle extraño al prometido de su hermana.

Yo les hablé entonces de lo que me había contado el señor Giddens sobre el Ku Klux Klan y su animadversión no solo por la gente negra, sino por casi todo el mundo que no fuera como ellos. Mis amigos estaban indignados y molestos con todo aquello, pero sentían que habían empezado a conectar los puntos de una foto que cada vez se mostraba más nítida ante nuestros ojos. Y en el centro de la misma estaba Nathan. Sin embargo, a algunos más que a otros, se nos antojaba extraño que Nathan pudiera asesinar a personas, por mucho odio que tuviera. ¿Sería capaz realmente? Una cosa era intimidar y amenazar a un muchacho en un callejón, rajar a un perro –por mucho que nos doliera en el alma a todos, *Wolfy* era solo un perro, no una persona–, pegar una paliza entre tres a un pobre indefenso, o hasta intentar incendiar una casa… pero matar a sangre fría, con premeditación, a tres personas… quizás era demasiado incluso para Nathan.

En cualquier caso, eso nos llevó al verdadero objeto de nuestra reunión, planificar nuestros próximos pasos acerca de la vigilancia a Nathan, Russell y Marky para ver si conseguíamos «pillarlos» de alguna forma y conectarlos con la furgoneta marrón usada en el ataque a casa de Terence –sí, nos creíamos más listos que la policía–; o puede que incluso planeando o perpetrando algún nuevo acto de vandalismo. Todos pensábamos que sería fácil y que iban a caer en nuestra trampa. Los considerábamos tontos, trozos de carne apretada sin ningún cerebro; e imaginábamos que no necesitaríamos mucho esfuerzo para «atraparlos». Ahora veo claro que nuestro odio hacia ellos incrementaba nuestra soberbia de forma inconsciente e imprudente.

Hicimos un cuadrante de seguimiento y nos dividimos la ciudad y los días de la semana, empezando desde el lunes por la mañana, para seguir a los tres indeseables; no podríamos hacerlo con todos a la vez, por cuestiones logísticas, pero sí teníamos un buen plan de reparto. Pensábamos que si diversificábamos un poco nuestra propuesta de seguimiento estaríamos ampliando nuestras opciones de victoria para pillar a alguno de ellos. En todas las guardias iríamos en pareja, por seguridad.

Penny tenía una cámara de fotos y Abe otra, que nos repartiríamos para intentar tener testimonios gráficos en caso de pudiéramos conseguir alguna pista en su contra. Terence tenía unos prismáticos bastante decentes, regalo de su madre un par de cumpleaños atrás. Yo no podía aportar ningún dispositivo que nos sirviera de ayuda en el seguimiento, pero mi voluntad de colaborar en todo aquel asunto era el mejor y mayor valor que yo podía poner entonces sobre la mesa.

Entre cábalas sobre dónde era mejor buscar y discusiones acerca de las mejores formas de aproximarnos a nuestros indeseables objetivos sin ser vistos se nos fue la mayor parte de la tarde. Casi habíamos terminado con todo y empezábamos a levantarnos para marcharnos cada uno a su casa cuando recordé el asunto de la nueva idea que el señor Giddens había tenido respecto al tesoro.

—Por cierto, tengo jugosas novedades sobre el tesoro —dije con entusiasmo al recordarlo.

—¿Todavía estáis con ese juego de niños? —exclamó Penny con cierta molestia. Deduje que quizás le molestaba que, en medio de un tema tan serio e importante para ella como era poder imputar a Nathan sus delitos, yo saliera de nuevo con el asunto del tesoro de Abercrombie, en el que pienso que ella nunca había llegado a creer del todo. En eso sí creo que se notaba su madurez de fémina respecto a nosotros tres.

—Déjalo hablar —le gruñó Terence.

—Al señor Giddens se le ha ocurrido una idea sobre dónde puede estar el tesoro —continué yo, conteniendo entonces un poco más mi entusiasmo.

—¿Y bien? —preguntó Abe tras una pausa, al ver que yo no concretaba la idea de la que hablaba.

—Pues yo no la sé. Me ha dicho que quiere contárnosla a todos juntos. Mañana por la tarde, en la fortaleza.

Los ojos de Terence brillaron. Él, como yo, tenía una infundada confianza ciega en el señor Giddens, y eso que él solo lo había visto dos o tres veces y lo conocía mucho menos que yo.

—¿En serio, Will? ¡Eso es fantástico! —dijo sin poder contenerse—. Mañana volveremos entonces allí. Precisamente yo he estado esta mañana en la fortaleza, para ver si me inspiraba de alguna forma… y nada. Me parece genial que el señor Giddens quiera compartir con nosotros su idea en la propia fortaleza. De verdad que me embriaga ese halo romántico que siempre le da a todo lo que relata. —Creo que Terence no era consciente de lo cursi que sonaba a veces; y, aunque nosotros tres estábamos ya más que acostumbrados a escucharlo hablar así, seguía sorprendiéndonos con su pasión y su muy culta forma de expresarse en determinadas ocasiones. Casi parecía una copia joven del propio señor Giddens—. Por cierto —siguió hablando, sin notar las pícaras sonrisas que se habrían dibujado en nuestros rostros y las miradas cómplices que habíamos compartido fugazmente al escuchar su última frase—, el señor Benson me ha dicho hoy que se retira.

—¿Se jubila ya? No lo hacía tan mayor —comentó Abe.

—Y no lo es. A mí me sorprende más por la pasión que le tiene a su trabajo que por su edad —replicó Terence.

—Sí, pero recuerda que él mismo nos lo dijo la primera vez que fuimos juntos a la fortaleza y nos lo presentaste. Dijo algo así como que «estaba considerando muy seriamente retirarse» y que «lo mismo un día de estos nos encontrábamos un nuevo guarda en la fortaleza» —indicó Penny.

—Cierto —asintió Terence—. Pues parece que ya ha llegado el día. El martes será su último día como guardia y guía de la fortaleza. Me ha dicho que ha ahorrado lo suficiente para comprarse una casita en Boca Ratón, muy cerca de su hermana, y que le apetece mucho descansar y disfrutar de un clima más cálido.

—Pues nada, mañana nos despediremos de él. Se lo va a pasar genial en Florida. Mi madre dice que está llena de jubilados, jajajajaja —bromeó Abe.

—Yo reconozco que lo voy a echar mucho de menos. Ha sido tan amable conmigo desde que llegué aquí… Mi primer «amigo» en Fortress Flint, podría decir —comentó Terence avanzando una nostalgia que sabía seguro le invadiría en pocos días.

Hablando de Pete Benson, de la fortaleza y del tesoro de Abercrombie cerramos la sesión de ese sábado tarde en casa de Abe, con el propio Abe recuperado y con ganas de bromear, Penny muy enfocada en la complicada tarea de seguimiento que nos habíamos fijado para la semana entrante, Terence de nuevo ilusionado con «su» tesoro y la –seguro– estupenda idea del señor Giddens, y yo contento de vernos hacer planes juntos para vivir lo que suponía iban a ser unos siguientes días muy emocionantes.

Cuando volví a casa era aún de día, aunque ya los rayos del sol no quemaban y las sombras eran alargadas. Un par de manzanas antes de llegar a mi calle me encontré con Elmer Ebony, andando de forma nerviosa, mirando hacia todos lados, como solía hacer, lo que le daba un aspecto bastante aniñado, a pesar de su enorme corpulencia.

—Will, hola, Will.

Me acordé de que aún debía de tener la cartera de Abe guardada junto con su secreto, pero no quería incomodarlo preguntándole por ella.

—Hola, Elmer. ¿Qué tal estás? ¿Vienes de ver a tu hermano en el hospital? Me ha dicho mi madre que los médicos son optimistas.

Era mentira, pero una piadosa.

—Will, no. ¿Has visto a Rosie B., Will?

No me extrañó que saliera con su tema favorito: Rosie B. De verdad que estaba obsesionado hasta la médula con aquella muchacha. Casi más que yo con Penny, pensé. Y más le valía que no lo pillaran siguiéndola, ya que, sin duda, eso podría quizás malinterpretarse y tener represalias, sobre todo si llegaba a oídos de su padre, Francis Barbara.

—Pues la verdad es que no, Elmer. No tengo ni idea de dónde puede estar. Pero, ¿no te convendría ir a casa y descansar un poco? Es tarde ya —dije intentando disuadirlo de su obsesiva y quizás dañina (para él) búsqueda.

—Will, creo que voy a ir al bosque, Will.

—¿Al bosque? ¿A qué parte?

—Will, al que hay detrás del hospital, Will.

—¿Y eso?

—Will, a Rosie B. a veces le gusta pasear sola por allí. Está preciosa entre los árboles. Yo la observo desde lejos, sin que me vea. No me atrevo ni a hablarle, Will.

—Bueno, está bien. No creo que la encuentres a estas horas por allí, pero un paseo tampoco te hará mal. Ten cuidado, en cualquier caso; está anocheciendo y un bosque oscuro no es nunca algo aconsejable —concluí en plan paternal, no sé muy bien por qué. Elmer despertaba en mí cierta compasión y me daba pena que pudiera pasarle nada malo. Era triste pensar en lo que aquel gigante pudiera sentir por una muchacha que yo estaba convencido que nunca iba fijarse en él de un modo romántico.

—Will, vale. Sigo buscándola. Hasta luego, Will.

Quizás esté mal decirlo, pero seguí mi camino hacia mi casa sintiendo lástima por Elmer. Su obsesiva búsqueda de «algo» que yo estaba bastante seguro que no iba a ser correspondido nunca me recordó a ciertos clásicos de la literatura donde el protagonista sufre por ello durante todo el relato; y sin final feliz. Imaginaba el desasosiego y sufrimiento que debía sentir él cada vez que no lograba alcanzar su objetivo, fuese este cual fuese –amistad, amor, calor humano, comprensión, cariño…–, respecto a Rosie B. Nunca pensé que la buscara para forzarla o hacerle daño, aunque con Elmer uno nunca podía estar del todo seguro de sus reacciones o de lo que esa peculiar mente tras una mirada tan poco expresiva estaría pergeñando. Suponía que, en realidad, Elmer lo único que buscaba sería lo mismo que cualquiera al que le gusta otra persona: pasar el mayor tiempo posible a su lado.

Ojalá lo consiguiera. Ojalá lograra que Rosie B. accediera a pasar más tiempo con él. Ojalá ella llegara a conocerlo y apreciarlo por sus virtudes. Y ojalá yo no hubiera encontrado a Elmer cubierto de sangre solo unos días después de aquel breve encuentro.

# La fortaleza

El domingo habíamos quedado en la fortaleza a las siete de la tarde, cuando el sol ya no castigaba tanto pero aún iluminaba lo suficiente como para permitirnos indagar en lo que algunos todavía pensábamos era el mausoleo de un par de cofres llenos de dinero. Además, era sabido que el señor Giddens prefería salir de casa en las horas menos cenitales del astro rey, ya que su fotofobia le hacía sufrir menos.

Decidimos quedar directamente en la fortaleza, salvo que yo me pasaría por casa de Terence a recogerlo. Se había empeñado en llevar una pala –por si acaso– y me parecía mal dejar que cargara él solo con ella todo el camino, a pesar de que Terence no había pedido ninguna ayuda; así que lo recogí en mi bici y subimos juntos por el camino cercano a su casa que cruzaba el bosque; el mismo que habíamos usado la noche de nuestra infructuosa incursión furtiva en la fortaleza.

Cuando llegamos, los otros estaban ya todos allí. Penny y Abe también habían llegado en bici y el señor Giddens dando, según sus propias palabras, un agradable paseo a la sombra de los pinos y abetos del mismo sendero que Terence y yo acabábamos de completar.

Mi patrón iba, como solía ser habitual en él, muy arreglado. Traje completo, gris claro, camisa blanca y corbata a rayas en tonos azulados. Y, por supuesto, adornado con sus guantes, su bastón, su sombrero negro de enorme ala y sus gigantescas gafas de sol. Yo me había acostumbrado ya a ese aspecto entre elegante (por la ropa) y siniestro (por los complementos), pero lo cierto es que aquel personaje parecía sacado de otra época.

Nada más bajar de mi bici, Terence le preguntó ansioso:

—Hola. ¿Ya les ha contado a Penny y Abe su idea?

—No, muchacho. Os estaba esperando a todos —respondió con su habitual serenidad.

—Perfecto. Si quiere, podemos ir entrando y nos lo cuenta dentro. No creo que haya muchos visitantes a esta hora. La gente suele venir mucho los fines de semana, pero no los domingos por la tarde. Además, aprovecharé para presentarle al señor Benson, el guarda. Creo que le caerá bien.

—Querido Terence, estaré encantado de entrar a conocer la fortaleza y de que me hagas de guía en ella, ya que estoy convencido de que te has convertido en un experto en su historia y peculiaridades, pero, si no te importa, eso será más tarde. Ahora preferiría que nos quedáramos fuera. Vamos a dar un paseo por su exterior, si os parece bien.

¿Cómo decirle que no? Era imposible llevarle la contraria. Su propuesta nos había sorprendido a todos, pero estábamos expectantes sobre qué es lo que se le habría ocurrido y no íbamos a cuestionar de modo alguno sus deseos.

Se asió del brazo de Penny, no sin antes pedirle permiso de forma cortés, y comenzó a bordear el muro exterior hacia el sur, girando en la primera esquina y dirigiéndose por fuera hacia la torre sureste. En general hubiera dicho que el anticuario fingía un poco, como siempre que solía acompañarlo, acerca de su necesidad real de apoyo al andar, pero el sendero imaginario que transitábamos se volvía más y más agreste conforme nos acercábamos al acantilado. Las negras rocas del peñón donde se asentaba la fortaleza se adueñaban del paraje y se hacían cada vez más

grandes y menos planas, provocando que el avance de nuestra comitiva fuera lento y hubiéramos de ir con cuidado para no resbalar o torcernos un pie en un mal movimiento. Yo miraba de reojo a Terence, que saltaba de roca en roca con una facilidad pasmosa –teniendo en cuenta su pierna–, y al señor Giddens, que casi parecía más sujetar él a Penny que no al revés.

En esas decenas de yardas que recorríamos despacio pero con cierta excitación, el señor Giddens nos contó por fin su idea.

—Revisando mi pequeña biblioteca el otro día me topé con un libro que hacía tiempo no leía, pero que fue lo que me dio la idea que os voy a contar. ¿Habéis leído ***El diamante de Moonfleet***, de John Falkner?

Abe y yo no habíamos oído hablar de él. Terence lo conocía, pero no lo había leído. Penny fue la única que contestó afirmativamente.

—Sí, yo lo leí hace tres o cuatro años. Es un relato de aventuras, de un muchacho que busca un enorme diamante escondido. Hay contrabandistas y uno de ellos establece una relación especial con el muchacho. Siempre me encantó el nombre del personaje del contrabandista: Elzevir. Me parece tan literario…

—Estoy de acuerdo, Penny —confirmó el anticuario—. Elzevir es un gran nombre para un personaje, de esos que no se olvidan. La novela en general es una delicia. El protagonista, John Trenchard, es un joven de vuestra edad que busca un tesoro, un diamante en este caso. Y todo comienza en los alrededores de una iglesia y un cementerio al borde de una costa donde los contrabandistas solían atracar para descargar sus botines.

El señor Giddens hablaba tranquilo, aunque el camino alrededor del muro de la fortaleza no era fácil de transitar y las piedras exigían un trabajo extra y concentración para no resbalar o caer. Nosotros lo escuchábamos con atención, esforzándonos en seguirlo de cerca para no perdernos ni una palabra de lo que decía, mientras el sonido de las olas del Atlántico rompiendo contra la base del peñón se hacía más y más fuerte conforme nos acercábamos al borde del acantilado.

—El caso es que el protagonista de la obra encuentra un pasaje secreto que lo lleva a la guarida de los contrabandistas a través de una de las tumbas del cementerio, en los exteriores de la iglesia. Se me ocurrió que, siendo este terreno una formación rocosa, quizás podría contar con alguna cueva o pasaje natural escondido en las afueras de la fortaleza que, de existir, hubiera podido servir como escondite del tesoro a Morgan Blackbelt.

Nunca se nos había ocurrido pensar que el tesoro pudiera estar escondido fuera de la fortaleza. Pero podía tener sentido. Si Morgan Blackbelt no quería levantar sospechas entre sus compañeros y había logrado encontrar un lugar en la roca donde esconder el tesoro, una pequeña cueva, una cavidad lo bastante grande como para esconder dos cofres –y ocultarlos bien para que no fueran descubiertos–, el hacerlo fuera de la fortaleza era quizás lo más inteligente, seguro y discreto para sus planes.

Creo que Terence fue el más sorprendido de todos nosotros.

—Tiene razón. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? —exclamó en voz alta nuestro amigo—. Todo el rato pensando que el tesoro estaría dentro de la fortaleza, cuando lo más lógico era esconderlo fuera. Cerca, pero en un lugar mucho más solitario y menos transitado.

Una gran sonrisa se dibujó en todos nuestros rostros. Hasta Penny volvió a sentir cierta curiosidad sobre si realmente seríamos capaces de encontrar el tesoro de Abercrombie.

—Claro. Sería la mejor forma de ocultarlo pero «sin perderlo de vista» —dijo Penny.

—Hemos estado obsesionados con excavar en tierra; pero ninguno ha pensado nunca en cuevas o cavidades naturales como lugar para que estuviera escondido; cuando en un sitio como este es

lo más lógico, en realidad —indiqué yo, compartiendo en alto mi reflexión.

—Vamos. Pongámonos manos a la obra y demos de una vez con ese tesoro —añadió Abe entusiasmado.

—Bueno, no deberíamos dar mi teoría por hecho. Es solo una conjetura —afirmó con aplomo el señor Giddens, tratando de contener un poco la euforia desatada en el grupo con su idea.

—Y ¿cómo lo encontramos? —pregunté yo, sin mucha idea de cómo cubrir aquella empresa.

—Bueno, no va a ser tarea fácil. Ni siquiera sé cómo de sencillo sería encontrar por aquí un pasaje, una cueva que no esté visible… —contestó el señor Giddens, dando muestras por primera vez de no controlar del todo la situación. Y era raro verlo en esa posición—. Se me ocurre que quizás debamos buscar una grieta, alguna piedra suelta… aunque esta deberá ser de considerable tamaño. Por ello, yo iría haciendo un barrido, quizás empezando por aquí y terminando en la parte norte.

—¿Y cuánto nos alejamos de la fortaleza? —inquirió Abe.

—Bueno, eso depende de las energías que tengáis —respondió el anticuario—. Podemos empezar cubriendo un área que nos separe unas cincuenta yardas del muro. ¿Os parece?

—Mejor peinemos hasta cien —replicó ansioso Terence.

—De acuerdo, que sean cien. Intentaré seguir vuestro ritmo —prometió con humildad el anticuario, aunque más tarde nos demostró que no tendría ningún problema para hacerlo.

Empezamos desde la esquina sureste de la fortaleza, muy cerca del acantilado. Caminábamos juntos, puesto que, si había que mover alguna piedra sospechosa, suponíamos que íbamos a necesitar la fuerza de todo el grupo para hacerlo. Nos movíamos con cuidado y precisión, revisando cada junta entre rocas, cada arbusto saliendo de entre las grietas de las piedras. La oscura piedra que conformaba el peñón no nos ponía las cosas fáciles, ya que los distintos tonos de la misma junto con las sombras del atardecer nos hicieron creer más de una decena de veces que habíamos encontrado por fin la entrada a nuestra «gruta de las maravillas» particular. Pero no fue así.

Las sombras se fueron alargando conforme pasaban los minutos y nuestro ánimo empezaba a flaquear, con cada yarda recorrida sin resultados, mucho más que nuestras piernas.

Hasta dos veces nos empeñamos, influenciados sobre todo por Terence, en tratar de mover sendas rocas sospechosas, muy planas y que podrían haber pasado por las tapaderas de un pozo o escondrijo oculto entre las piedras. Pero tras unos infructuosos minutos poniendo todas nuestras fuerzas sobre ellas, terminamos abandonando la empresa con el convencimiento de que no eran más que nuevas pistas falsas.

Terence no paraba de brincar por aquí y por allá, revisando hasta dos y tres veces los mismos sitios por donde ya habíamos pasado, convencido de que su ansiado tesoro estaría allí, oculto a la vista pero accesible a aquel con suficiente tesón para no rendirse en su búsqueda.

El señor Giddens, ya sin sujetarse a nadie, usaba su bastón para apoyarse al andar e ir comprobando las rocas, tratando de averiguar si escondían algo por el sonido que hacían al golpearlas con él. Y, mientras buscábamos, nos ilustró hablándonos de que Hollywood había tratado de adaptar la obra de Falkner de la mano del director vienés Fritz Lang, pero que el resultado (***Los contrabandistas de Moonfleet***, 1955), según su opinión, distaba mucho de la obra original, eliminando pasajes e incluso personajes completos y dándole la vuelta a una historia que, si bien conservaba ciertos elementos de la novela, quedaba muy lejos de la alta valoración y estima que el anticuario tenía por la obra literaria.

El resto de nosotros íbamos revisando a conciencia todo lo que pensábamos que era

sospechoso, ya fuera una grieta, una roca que pareciera suelta o colocada de forma artificial o un arbusto que pudiera esconder en sus raíces la entrada a un escondite.

En el transcurso de nuestras investigaciones, Abe –que no se quejó ni una vez a pesar de que debía de sentirse aún dolorido por la paliza recibida el viernes– se hizo un pequeño corte en una mano con una roca afilada, pero casi no sangró.

Tardamos una hora en revisar todo el contorno que nos habíamos propuesto, yendo de sur a norte y cubriendo una distancia de hasta cien yardas desde el muro. No nos molestamos en repetir la operación hacia la cara oeste porque allí empezaba el bosque y la piedra dejaba paso a la tierra, donde habría que excavar a fondo para poder dar con cualquier tesoro imaginable; y eso, más que nos pesara, era inviable, hasta para un grupo de enérgicos y animosos muchachos como nosotros. En la cara este solo estaba el acantilado, por lo que allí no tenía sentido buscar y, si la gruta hubiera estado abierta en la pared vertical del peñón, unas cuantas yardas hacia abajo, habría sido imposible dar con ella sin contar con un equipo de escalada en condiciones y unas habilidades físicas que ninguno de nosotros poseía. Si alguien se lo planteó en algún momento, la idea seguro que desapareció de su cabeza un segundo después de haber aparecido.

Cuando llegamos a la parte exterior de la torre noreste nuestras caras reflejaban la decepción de nuestras almas. Terence jadeaba tras el esfuerzo, aunque no dejaba de buscar en cada piedra y resquicio que se le ocurría. Abe y Penny se sentaron en una gran roca negra, cabizbajos. El señor Giddens miraba al horizonte, impasible, sabedor de que la esperanza que su idea nos había infundido una hora atrás se tornaba ahora en desesperanza. Y yo miraba al grupo, algo desencantado por no encontrar el tesoro, pero contento por formar parte de esa expedición. Aunque fallida en sus resultados, la experiencia de aquella tarde era una más de esas que suman en la construcción de lazos entre amigos. A pesar de la sensación de fracaso que pudiéramos tener entonces, yo recordaría por siempre ese paseo entre negras rocas buscando un tesoro –quizás inexistente– como algo positivo. Y Abe debió de pensar lo mismo, porque levantó la cabeza y exclamó:

—¡Vamos, chicos, no os desaniméis! Siempre podemos venir otro día y ampliar el rango de nuestra búsqueda. Con mejor luz seguro que encontramos lo que hoy no hemos podido ver.

Nadie le contestó, pero Penny le dirigió una mirada que confirmaba con claridad su falta de intención por volver allí y seguir la búsqueda «de nada» entre piedras.

Terence se detuvo por fin y lanzó con furia hacia el mar una piedra que había cogido del suelo.

—De verdad os digo que pensaba que hoy lo encontraríamos —dijo Terence con una mezcla de pesadumbre y rabia—. Al escuchar la teoría del señor Giddens pensé que lo teníamos, que era lógico que estuviera por aquí y que por eso no lo había encontrado hasta ahora. Os aseguro que el fracaso obtenido en el día de hoy me duele sobremanera en lo más profundo de mi corazón.

No sabía mi amigo que aquella última barroca frase que acaba de pronunciar iba a dar lugar a otra idea sobre el tesoro, la cual volvería a hacer palpitar de emoción nuestros corazones como en una montaña rusa.

El señor Giddens hizo entonces un rápido movimiento hacia el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo de este un pequeño papel doblado. Terence fue el primero en reconocerlo.

—¿Es esa la carta de Morgan a Elisabeth, la que copié de los archivos y le llevé a su casa hace unos días? —preguntó.

—Correcto, Terence —contestó el señor Giddens desdoblando el papel y quitándose sus gafas de sol. El astro rey estaba ya bajo y hasta los claros y delicados ojos de mi patrón necesitaban un poco más de luz para poder leer bien las palabras de aquella misiva—. Quiero comprobar algo

que se me ha ocurrido ahora mismo, al oírte hablar, querido amigo. —Tardó unos segundos en leer lo que buscaba y, a continuación, nos miró a la vez que dibujaba una sonrisa con sus finos labios—. Creo que lo tengo. Ya sé dónde escondió Morgan el tesoro —afirmó con sólida convicción.

Terence llegó de un salto a su lado. Abe y Penny se levantaron como impulsados por un resorte invisible. Y yo me acerqué dando dos grandes zancadas. El señor Giddens nos mostró entonces lo que acaba de descubrir.

—Mirad con atención esta frase —dijo señalando una de las de la carta.

... lo guardo en lo más profundo del corazón...

—Sí, la he leído mil veces. ¿Qué tiene de especial? —comentó Terence algo impertinente por la excitación.

—Fijaos en que Morgan dice que lo guarda en lo más profundo del corazón.

—Claro, porque era un cursi, jaja, como Terence —exclamó Abe haciéndose el gracioso y refiriéndose a la anterior frase que había soltado nuestro amigo, en plena desazón, y que era muy similar a la de Morgan.

—Calla, tontorrón —le espetó Penny a la vez que le daba un suave codazo. Terence ni se inmutó; estaba muy concentrado en la frase de la carta, tratando de ver lo que para el anticuario parecía claro como el agua.

Entonces yo me percaté de lo mismo que el señor Giddens, comparando en mi mente la frase de Terence con la de Morgan; aunque no supe ir más allá de lo obvio ni darle la interpretación que a continuación nos explicó el anticuario. En cualquier caso, no pude reprimir expresar mi descubrimiento.

—Dice «el» corazón, no «mi» corazón.

—Exacto, William —confirmó el señor Giddens—. Morgan dice que lo guarda en lo más profundo del corazón. No «su» corazón. Respecto a lo que guarda, podría estar refiriéndose a su amor por Elisabeth, aunque por el contexto y cómo está situada la frase también podría estar refiriéndose al tesoro. Y eso cuadraría con el uso de «el» corazón en lugar de «mi» corazón. No tendría sentido decir que guarda el tesoro en su corazón, pero sí que lo guarda en el corazón de algo, de algún lugar.

—¿Se re… se re… se refiere a «el corazón» de la… de la… de la fortaleza? —preguntó Penny, con una tartamudez que mostraba su creciente nerviosismo por el momento que estábamos viviendo; incluso ella, con su aparente incredulidad y desinterés por el tesoro, no podía mostrarse impasible ante las elucubraciones del anticuario.

El señor Giddens asintió con la cabeza; y Terence volvió a la carga con sus incisivos comentarios.

—Pues claro. ¿De qué si no?

Abe ignoró la impertinencia de su amigo y lanzó al aire una nueva pregunta:

—¿Y cuál es «el corazón» de la fortaleza?

—Solo hay un sitio al que yo llamaría “el corazón” de la fortaleza. Un sitio oscuro, en las mismas entrañas de la misma y al que Morgan habría tenido acceso ilimitado debido al trabajo que desempeñaba en el ejército —comenzó el señor Giddens para luego hacer una pausa que le dio emoción a lo vendría después—. Las mazmorras.

A pesar de que Terence decía haber revisado a conciencia las mazmorras de la fortaleza, con todas sus celdas, no había hallado ningún indicio que le hiciera pensar que allí podía haber enterrado algún tesoro. Y eso le fastidiaba un poco. Por un lado, estaba deseando haberse equivocado y que la nueva pista hallada por el anticuario fuera cierta, pero por otro le costaba admitir que se le hubiera pasado algo tan obvio como mirar bien dentro de una de las partes más singulares de la fortaleza; más aún siendo el lugar donde era muy probable que Morgan Blackbelt pasara la mayor parte de su tiempo.

Las mazmorras estaban cavadas directamente en la roca, no construidas con piedras o ladrillos, y el suelo era macizo por completo. Según nos contó, parecía que la fortaleza se hubiera construido encima de un hueco en el suelo, de una amplia grieta o galería suficientemente grande como para contener los calabozos; y sobre esa enorme hendidura se habría levantado después la amurallada construcción. Solo las paredes que separaban las celdas y las rejas que hacían las veces de puerta y acceso a las mismas parecían haber sido puestas allí por el hombre. Pero ¿dónde esconder un tesoro en aquella cámara acorazada natural, en la que todo estaba a la vista y no parecía posible ocultar dos cofres repletos de monedas de ninguna manera?

Mientras caminábamos hacia la entrada de la fortaleza, con el objetivo de hacer una rápida incursión en las mazmorras, el señor Giddens escuchaba con atención las explicaciones de Terence y lo animaba a seguir soñando en nuestras posibilidades de éxito diciéndole que ahora serían más ojos mirando y que seguro que encontraban algo. El anticuario parecía convencido de que la nueva pista que habíamos descubierto iba a ser la definitiva.

Abe preguntó cómo iban a poder escudriñar bien todos los recovecos de las mazmorras, dado que la luz allí era muy escasa, pero Terence sacó una linterna de la pequeña mochila que llevaba colgada. La misma que habíamos usado el día de nuestra furtiva incursión nocturnas, pero ahora con pilas nuevas. Resultaba increíble lo preparado que iba siempre para casi cualquier eventualidad.

Cuando llegamos a la verja negra de la entrada, esta estaba ya cerrada. El horario de visita terminaba a las nueve y hacía más de diez minutos que pasaba esa hora. Sin embargo, Penny se fijó en que el candado no estaba echado y que había una débil luz en la garita de Pete Benson.

—Creo que el señor Benson todavía anda por aquí —nos indicó—. Quizás podríamos probar a pedirle que nos deje pasar un momento.

—Buena idea —animó Abe—. Terence, tú eres su amigo, le caes bien. Seguro que logras convencerlo. Además, si se jubila en dos días, seguro que hace la vista gorda por un amigo una última vez.

Terence no se lo pensó dos veces y enseguida comenzó a llamar a al señor Benson a gritos desde la verja.

No pasó mucho hasta que el guarda se asomó y se acercó con lento andar hasta donde estábamos nosotros.

—¡Ah! Sois vosotros, chicos —comenzó—. Ya me extrañó ver esas bicicletas ahí cuando salí a cerrar la verja hace unos minutos —dijo estirando el dedo hacia donde habíamos dejado nuestras bicis—. ¿Qué se os ofrece? —Entonces se percató de la presencia del señor Giddens y no dudó en continuar hablando sin darle tiempo a Terence de contarle por qué estábamos allí a esas horas ni qué era lo que queríamos—. Y veo que hoy venís acompañados —dijo mirando al señor Giddens, que se había quedado en segundo plano, detrás de nosotros—. Hola, soy Peter Benson, el guarda y guía ocasional de la fortaleza. Pero puede llamarme Pete.

Le tendió la mano a través de la reja, esperando que el señor Giddens se la estrechara.

—Buenas tardes, mi nombre es Horace Giddens —replicó mientras se saludaban.

—Es mi jefe —me apresuré a añadir yo—. Tiene una hermosa tienda de antigüedades en Walm Lane y trabajo para él.

—Cierto —completó el Señor Giddens—. William es prácticamente mi socio, en realidad.

No sé por qué dijo eso, pero me sentí importante al escucharlo.

—Ya veo. Sí, he oído hablar de su tienda. No lleva mucho abierta, ¿verdad? Tengo que pasarme a verla antes de irme a Florida. ¿Sabe? El martes es mi último día como guarda. Me retiro y en unos días me iré a descansar cerca de mi hermana, a Boca Ratón —explicó el señor Benson con mucha agilidad verbal, confirmando lo que Terence nos había contado el día anterior.

—Verá, señor Benson —arrancó por fin Terence—, lo cierto es que sabemos que la fortaleza está cerrada, pero contábamos con que nos hiciera el favor de dejarnos pasar para que el señor Giddens pudiera admirar este monumento histórico sin público. Sé que quizás es mucho pedir y que es muy probable que esté cansado y quiera irse a casa, pero estoy seguro de que ver la fortaleza con los últimos reductos de luz del día le confiere un encanto singular que seguro el señor Giddens y mis amigos aprecian mucho. Les he contado lo buena persona que es usted y que seguro que escuchaba nuestra petición con agrado. Le estaríamos muy agradecidos si nos concediera este pequeño deseo.

El señor Benson no dudó ni un segundo, y de verdad que no creo que fuera por la verborrea zalamera de mi amigo, sino porque le caíamos bien y porque casi seguro que tampoco tenía nada mejor que hacer en su casa. Así que empezó a abrir la verja mientras le contestaba a mi amigo.

—Ni una palabra más. Estaba recogiendo unas cosas para irme, pero puedo esperar unos minutos más. De hecho, estoy en mitad de un capítulo muy interesante de ***El Quijote*** y casi que preferiría terminar de leerlo antes de irme a casa. Además, tienes razón cuando dices que la fortaleza tiene un aspecto especial a estas horas en las que la penumbra va ganado la partida a la luz y todo se vuelve un poco más mágico y misterioso.

Guiñó entonces un ojo de forma nada disimulada a Terence. Sabiendo que mi amigo le había contado al guarda toda la historia del tesoro, pensé que ese guiño cómplice había estado dedicado justo a eso. Cuando Terence nos había contado un par de días atrás el asunto de su «chivatazo» al señor Benson, pensé que este se habría tomado la historia de Terence más como un juego que como algo real, pero le seguía la corriente porque, como he dicho antes, parecía que Terence le caía muy bien; ya que estaba seguro de mi amigo lo habría sacado de su rutina muchas veces durante aquellos últimos meses, dándole algo de agradable distracción extra. Así que, ¿por qué no jugar un poco a los «cazatesoros», ayudando a que unos muchachos se lo pasaran bien sin hacer daño a nadie?

Nada más cruzar la verja, el señor Giddens se interesó por la lectura que había mencionado el señor Benson y ambos empezaron una charla que derivó en una breve visita a su biblioteca, mientras nuestra impaciencia se acrecentaba al no poder dirigirnos directamente hacia nuestro verdadero objetivo.

El señor Benson era un hombre culto, de eso no había duda y, al igual que el anticuario, cultivaba el gusto por la lectura de los clásicos. Se jactó, de una forma extrañamente humilde, de no haber ido nunca a la universidad, pero su vocabulario, su forma de expresarse y todo el conocimiento que salía de su boca en su rápido hablar denotaba un extenso y refinado gusto por la cultura, y en especial por la literaria.

Aquellos dos hombres maduros congeniaron enseguida. Estoy seguro que, de haberse conocido

antes, habrían compartido más de una jornada de disertación e intercambio de opiniones sobre distintas obras.

El señor Benson se interesó por el oficio de mi patrón y el señor Giddens, al ver su extensa biblioteca –concentrada en la segunda sala de la garita, donde yo estaba convencido de que el guarda pasaba la mayor parte de su tiempo– y revisar por encima algunos ejemplares, le indicó que, a falta de una valoración más precisa, tenía la impresión de que disponía de algunas ediciones que bien podrían valer un buen dinero en el mercado en el que él solía moverse. En el pequeño bazar literario del señor Benson había muchos libros y algunos de ellos eran ediciones muy antiguas, todas ellas conservadas con sumo cuidado y con un aspecto extraordinario. El guarda le confirmó que poseía alguna edición especial, por su antigüedad o por estar firmada por el autor, y le mostró algunos de ellos, como una rareza de ***El gran Gatsby***, que Scott Fitzgerald le dedicó al propio Pete Benson en una visita a la fortaleza que realizó en plena Depresión, cuando el libro aún no tenía el auge que adquirió tras la Segunda Guerra Mundial; o un ejemplar de ***Estudio en escarlata***, con una dedicatoria a John Watson que el señor Benson afirmaba que fue escrita de forma cómica por el propio Arthur Conan Doyle, o eso fue lo que le dijo el hablador vendedor que se lo vendió en una feria de libros usados hacía muchísimos años. Asimismo, le informó que no estaba de ningún modo interesado en deshacerse de ninguno de ellos, ya que los consideraba parte de su «familia», y volvió a repetir que, por suerte, tenía ahorros suficientes como para vivir una moderada vida de jubilado en Florida sin necesidad de recurrir a su venta. Al señor Giddens pareció agradarle esa pasión por el arte literario y ese punto de coleccionista que lo acercaba sobremanera a él mismo, con lo que siguieron hablando durante unos quince minutos más, aunque a nosotros nos parecieron tres horas.

Lo cierto es que la estancia de lectura del señor Benson era bastante impresionante. Tenía obras de todos los autores conocidos y muchas de otros de los que no había oído hablar en mi vida. Tenía obras de todo tipo y género. De Shakespeare, Poe, Dumas, Dostoyevski, Kafka, Conrad, Faulkner, Baudelaire, Steinbeck, Verne, Christie, Lovecraft, Chandler, entre muchos otros; y un montón de clásicos europeos y hasta asiáticos. Incluso tenía algunas obras repetidas, como la ya mencionada de Fitzgerald, de la que poseía tres ejemplares distintos, o dos de ***Los tres mosqueteros***, dos de ***El principito*** y hasta cuatro de ***El arte de la guerra***. Fue, en especial, bastante curioso para mí observar en una de las estanterías dos ejemplares de la novela epistolar de Stoker que yo estaba terminando de leer y que había descubierto gracias a mi paranoica imaginación –ya superada– sobre la posible naturaleza fantástico-monstruosa de mi patrón.

Si Terence, sobrepasado por las ganas de ir de una vez por todas a las mazmorras a comprobar la última teoría del señor Giddens, no los hubiera cortado, es probable que hubiéramos pasado allí la noche entera.

El señor Giddens se percató entonces de que, debido al entusiasmo experimentado al haber encontrado a un alma tan afín a sus intereses, se había desviado un poco del verdadero objetivo que nos había llevado allí y ayudó a Terence a dar por concluida la animosa charla que se había generado con el guarda. El señor Benson nos dio entonces carta libre para vagar todo lo que quisiéramos por la fortaleza, nos indicó que el generador estaba encendido y que podríamos accionar cualquiera de las luces que necesitáramos, aunque lo cierto es que la mayoría arrojaban una luz bastante tenue, y nos dijo que él nos esperaría allí y que, si terminaba de leer el capítulo de ***El Quijote*** en el que se encontraba, empezaría a planificar cómo empacar todo su tesoro literario, aunque aún tendría varios días para sacarlo de allí, ya que el ayuntamiento no tenía

contratado a su sustituto y era probable que o bien cerraran la fortaleza durante unos días o bien pusieran a alguien provisional mientras encontraban a la persona definitiva.

Cuando mencionó la palabra «tesoro» recuerdo que pensé que su amada biblioteca personal quizás no fuera el único tesoro que viéramos esa noche y eso me volvió a acelerar el corazón de emoción.

Salimos de la garita y comenzamos a andar por el patio, directos a la entrada de las mazmorras. Terence iba delante, guiándonos con paso firme a pesar de su cojera; el señor Giddens, de nuevo agarrado al brazo de Penny, detrás; Abe los seguía mirando a derecha y a izquierda como para asegurarse de que realmente estábamos solos y no había nadie más por allí; y yo cerraba la comitiva, dominando con mi altura a todo el grupo.

De nuevo, allí estábamos, en una nueva incursión a la fortaleza para tratar de despojarla del tesoro que todos creíamos guardado en su interior. Esta vez sin pico ni palas, pero con una ayuda extra. Y me acordé de cómo la primera vez me pareció una comitiva que anunciara un chiste malo: un cojo pequeñajo, una chica medio tartamuda con guantes (en pleno verano), un gordito pelirrojo con hiperacusia, un tuerto desgarbado… y un vejete fotofóbico con bastón y aspecto de vampiro se dirigen al caer la noche a buscar un tesoro. Casi normales. Pero esta vez no me sonaba a chiste. En ese momento veía al grupo que caminaba delante de mí como un muchacho tenaz y muy inteligente que nunca se cansaba de perseguir sus sueños; una luchadora valiente, siempre buscando la justicia y defendiendo la integridad; un amigo leal y positivo, de los que nunca te abandonan y te animan constantemente a avanzar hacia adelante; y un experimentado y sabio mentor capaz de dar estupendos consejos y de infundir ilusión en cualquiera que se detuviera a escucharlo. ¿Quién podría soñar con tener mejores compañeros de viaje en cualquier aventura?

La tarde llegaba a su fin y nuestras sombras eran muy alargadas y poco nítidas. Una suave brisa nos acariciaba desde el este, proveniente del océano que murmuraba muy cerca de nosotros. Llegamos a la torre norte y cruzamos la pequeña puerta que daba a los calabozos. Una angosta escalera de caracol nos hizo bajar al piso inferior, donde, tras una veintena de pasos por un pasillo igualmente estrecho que corría paralelo a la cara este de la fortaleza, giramos a la derecha y enfilamos por fin la zona de las mazmorras, la cual no era más que otro pasillo, esta vez más ancho, a cuyos lados se ubicaban las pequeñas celdas que antaño fueron los calabozos y que se extendía por debajo de parte del patio central.

Habíamos accionado el interruptor que estaba en la entrada exterior y unas tenues luces amarillentas iluminaban con aguda tristeza aquellos corredores, solo lo justo para dejarnos ver dónde pisábamos y permitirnos no tener que avanzar a tientas. El suelo del primer pasillo era de piedra lisa, entre gris claro y marrón, y se notaba artificial, pero el del corredor central que albergaba los calabozos era de la misma piedra negra que conformaba todo el peñón y su superficie era mucho más irregular; no llegaba, por supuesto, a tener los picos y hendiduras del suelo que habíamos estado recorriendo esa tarde por los alrededores de la fortaleza, pero sí se notaba que, a pesar de los esfuerzos humanos por alisarlo, era parte de un antiguo paisaje natural.

Las celdas, diez a cada lado, estaban dispuestas en fila, separadas por paredes de piedra en forma de grandes ladrillos, colocadas allí por el hombre para conformar los habitáculos. La pared del fondo de las mismas se notaba que era la piedra natural y desnuda del peñón, como el suelo, pero tallada con mucho menos cuidado, y donde las irregularidades de las distintas rocas que lo conformaban se hacían mucho más visibles. En el techo, una mezcla de madera y piedra cubría nuestras cabezas y, aunque la anchura total de aquel corredor, incluyendo las celdas en toda su

profundidad, no llegaría a los veinticinco pies de longitud, me pregunté cómo de seguro sería aquello frente a un pequeño terremoto o a un exceso de peso en el patio que cubría a aquel techo. Las paredes de piedra que dividían el corredor en las distintas celdas y unos pilares de madera lo sostenían hasta una altura no mucho mayor que la mía, lo que me hizo agachar la cabeza de forma instintiva cuando entré en el corredor.

Las celdas tenían casi todas unas rejas del suelo al techo –los barrotes– con unas puertas que se encontraban abiertas en todas ellas. Cada celda debía tener unos diez pies de anchura y unos siete de profundidad, por lo que el corredor se extendía a lo largo de unos cien pies; algo más, de hecho, ya que al final del mismo había un habitáculo, justo en el centro del pasillo, cerrando el corredor y mirando hacia donde nosotros nos encontrábamos.

El aire se notaba pesado y húmedo. Aquella estancia no tenía ventilación alguna, más allá de la puerta por donde habíamos accedido y que se encontraba lejos y un piso más arriba. Me imaginé lo duras que debían haber sido las condiciones de vida para cualquier desgraciado que hubiera tenido que sufrir el castigo del encierro allí.

—Bueno, pues aquí estamos, en «el corazón» de la fortaleza —comenzó Terence—. ¿Por dónde empezamos? ¿Qué buscamos exactamente?

Todos miramos al señor Giddens, que examinaba el lugar con sus clarísimos ojos verdes, escudriñando los detalles del mismo desde la posición inicial de la entrada, donde aún permanecíamos. Desde luego, el tipo de penumbra que nos envolvía era justo el ambiente preferido de mi patrón, así que pensé que se sentiría cómodo allí, a menos a nivel lumínico. Manteniendo su silencio y nuestra expectación, dio unos pasos a la izquierda y se metió en la primera celda. Se quitó uno de sus guantes y tocó con su mano desnuda la fría roca de la pared del fondo de la misma. Miró al techo y a continuación dio un par de golpes al suelo con su bastón. Finalmente volvió a salir al pasillo y se dirigió a nosotros.

—Este lugar es a la par fantástico y sobrecogedor. Me imagino la cantidad de historias desgarradoras que guardan sus paredes. Casi puedo oler el sufrimiento y la desesperación que los presos debían sentir encerrados aquí.

—A mí siempre me ha dado grima este lugar. Y hoy no es diferente —nos informó Abe, al que parecía haberle recorrido el cuerpo un escalofrío.

Las voces resonaban contra las paredes de aquel corredor y hacían que sonaran más graves y rotundas.

Penny se metió en la celda de nuestra derecha y empezó a mirar por todos lados.

—Terence, ¿tienes ahí tu linterna? —le preguntó—. Creo que nos va a hacer falta si queremos ver bien algún detalle que nos indique dónde puede estar escondido el tesoro.

Terence se metió raudo en la celda con ella y encendió su linterna, iluminando de pronto mucho más que las pobres y escasas luces que se repartían dispersas por el corredor.

Abe se metió en la celda contigua y yo me dispuse a seguirlo, pero antes de dar el tercer paso me giré hacia el señor Giddens y le pregunté, como pidiéndole su aprobación a nuestra impetuosa búsqueda:

—Vamos mirando en todas las celdas, ¿verdad?

Él, que aún parecía estar meditando, tardó unos segundos en responderme.

—Sí, William. Miremos todos los habitáculos. Si hay algo estará en el suelo o en la pared del fondo, escondido en la roca. El resto no nos interesa.

Me giré, conforme con la respuesta de mi patrón, para ir a ayudar a mi amigo a buscar en la celda donde se había metido y, mientras lo hacía, escuché al anticuario dirigirse a Terence.

—Terence, muchacho, disculpa. La habitación que se encuentra al fondo del pasillo, ¿es una celda más?

Terence le respondió desde la celda donde estaba con Penny.

—No. De hecho, es una especie de habitación donde el carcelero guardaba utensilios, papeles con los registros de los presos y supongo que pasaba parte del tiempo vigilando que no hubiera incidentes aquí abajo. Tiene en su interior una mesa y una silla que no son las originales pero que me dijo el señor Benson recrean las que en su día hubo allí.

—Lo suponía —exclamó el señor Giddens—. Era entonces el lugar de trabajo de Morgan Blackbelt, ¿correcto? —Todos dejamos de buscar y asomamos nuestras cabezas por las puertas de las celdas donde nos encontrábamos—. Entonces es justo ahí por donde yo empezaría la búsqueda — concluyó el anticuario.

Nos dirigimos hacia el fondo, con la linterna de Terence mejorando la iluminación del pasillo y, conforme nos acercábamos a la estancia sin puertas que cerraba el corredor pudimos distinguir la mesa y la silla a la que se había referido Terence.

La pequeña habitación no era muy diferente de las celdas –quizás algo más grande–, salvo por la mesa y la silla y porque no tenía barrotes ni puerta.

—Ahora necesitaremos tu ayuda, Abe —dijo el señor Giddens para sorpresa de todos; sobre todo del propio Abe.

Su seguridad era tal al hablar y nuestra confianza en sus ideas tan ciega que nadie cuestionó que Abe fuera en ese momento pieza fundamental de nuestro plan, aunque ninguno supo por qué hasta que el anticuario no lo explicó.

—No entiendo, pero dígame lo que necesita de mí y lo haré —se ofreció Abe del todo sumiso.

—Necesito que te quites tus reductores de ruido. Necesitamos tu «superpoder» para escuchar más allá de lo que nuestros oídos pueden hacerlo —explicó el señor Giddens.

Abe no dudó un segundo en hacer lo que le pedía el anticuario, sintiéndose importante y vital para la consecución de nuestro éxito; lo cual era un efecto que, en general, mi patrón solía conseguir en la gente con bastante facilidad.

—Pero, Abe, hace solo dos días que sufriste el ataque. ¿Seguro que estás bien como para hacer esto? —le inquirió preocupada Penny.

—Sí, sin problema. Estoy recuperado.

—Pues adelante —insistió Terence, más nervioso que todos los demás juntos.

El señor Giddens empezó entonces a darnos instrucciones, como si fuéramos una patrulla militar con un sargento amable al que seguiríamos más por respeto y confianza que por pura imposición.

—Ahora, Terence, por favor, ve iluminando los sitios donde yo voy a golpear con mi bastón. Si hay un hueco detrás de alguna de estas rocas, esta sonará diferente y nos indicará el lugar donde buscar. Penny, William, atentos a cualquier hueco, resquicio, fisura entre rocas que os pueda parecer extraña. Y tú, Abe, concéntrate en los sonidos y cierra los ojos. Eso te ayudará. Si oyes algún golpe diferente, algún sonido distinto que te haga sospechar, dilo y comprobaremos si hay alguna piedra que podamos mover.

La excitación de nuestros corazones era inmensa. Se había creado de pronto un ambiente mágico y esperanzador en el que todos, incluso el anticuario, estábamos inmersos con idéntica fascinación.

El bastón del señor Giddens, sujetado con fuerza por este por la cabeza de zorro que hacía las veces de empuñadura, comenzó a golpear distintas partes de las rocas del habitáculo. Daba dos

golpes seguidos y luego paraba un instante, para hacer que la reverberación creada en aquella especie de cueva –que no resultaba para nada estruendosa– se disipara del todo antes de dar su siguiente par de golpes. El bastón estaba rematado en su punta por un tope metálico que producía una especie de chasquido al chocar con la negra piedra del peñón. Empezó por la pared del fondo, ya que *a priori* parecía más plausible que el hueco que buscábamos estuviera oculto tras la pared y no bajo el suelo. Fue de izquierda a derecha y de arriba abajo. Sus golpes se distanciaban entre sí más o menos un pie de distancia, tanto en horizontal como en vertical.

Terence alumbraba cada lugar donde el bastón tocaba con fija precisión. Penny y yo aguzábamos el oído, pero al menos en mi caso no puedo decir que notara nada diferente en ninguno de los chasquidos metálicos que provocaba la punta del bastón contra las rocas. Aunque admito que hubo momentos en los que mi imaginación y mis ganas de encontrar el escondite oculto del tesoro me hicieron dudar de algunas de las frecuencias y sonidos que escuché, la cara de concentración de Abe, que permanecía con los ojos cerrados y sin inmutarse lo más mínimo, me disuadió rápido sobre mis conjeturas. Si mi amigo no aseguraba ninguna diferencia sustancial en los sonidos, yo estaba convencido de que mis oídos solo atendían más a mis ansias y expectación que a la realidad de lo que escuchaban.

El señor Giddens permanecía serio, muy atento a los sonidos que iba produciendo, moviendo de forma leve la cabeza y agitando sus enormes orejas intentando captar bien los sonidos provenientes de la pared. No sé por qué, en aquel momento se me ocurrió la maldad de que, si no fuera porque su habitual sombrero negro de ala extra ancha le cubría los picos de las orejas, aquel movimiento oscilatorio que hacía con la cabeza podría haber llegado a provocar una corriente de aire que nos hubiera refrescado como un ventilador.

Como ya nos había ocurrido en el pasado, tanto el día de la excavación como aquella misma tarde durante nuestra búsqueda en el exterior de la fortaleza, conforme el bastón avanzaba por la pared sin provocar nada que a Abe le resultara extraño o diferente, mi excitación inicial se fue tornando en miedo a un nuevo fracaso. Penny y yo nos miramos y, sin decir palabra, intercambiamos ese pensamiento de forma cómplice.

Nadie decía nada. Salvo los chasquidos metálicos del bastón en la fría roca, no se oía absolutamente nada; ni siquiera nuestras respiraciones.

El señor Giddens ya había recorrido toda la pared excepto una pequeña franja, de no más de tres pies, en la parte inferior de la pared del fondo del habitáculo donde especulábamos que Morgan Blackbelt había pasado la mayor parte de su tiempo en la fortaleza cuando, de forma impulsiva, Abe levantó la mano derecha.

Sin decir nada, Abe hizo un gesto con la mano con el que indicó al señor Giddens que repitiera el golpe en el último lugar en el que lo había hecho, cerca de la esquina inferior izquierda de la pared. Volvió a sonar el chasquido correspondiente y ninguno de los otros cuatro, por nuestras caras, notamos nada sustancialmente diferente a las decenas de golpes que llevábamos ya acumulados a lo largo y ancho de aquella rocosa pared. Pero entonces Abe abrió los ojos, miró el lugar donde apuntaba el bastón del anticuario y, avanzando un par de pasos, le espetó:

—¿Me dejaría usted su bastón un momento?

—Por supuesto —dijo tras pensarlo un segundo—, pero agárralo con fuerza. Tiene la empuñadura un poco suelta.

Abe agarró el bastón por la cabeza de zorro y se dirigió al lugar donde le parecía haber oído unos chasquidos diferentes. Empezó a golpear en distintos sitios y, aunque yo no podía notar diferencia alguna en lo que sonaba, su cara, muy mal iluminada por la penumbra general de la

estancia, denotaba que él sí era capaz de percibir matices entre los distintos sonidos que el bastón producía al chocar contra las rocas del pequeño cuadrado de tres por tres pies que mi amigo escudriñaba en la esquina inferior izquierda de la pared.

Tras unos instantes en los que terminó de golpear aquí y allá por toda esa zona, se volvió a nosotros con una amplia sonrisa y nos dijo:

—Ahí está. Lo encontré. —Volvió a girarse hacia la pared y señalando un par de rocas que completaban un espacio de unos cinco pies cuadrados indicó—: Esas dos rocas suenan diferentes al resto. Juraría que podrían tener un hueco detrás.

Nunca pensé que la hiperacusia de mi amigo fuera a sernos de tal utilidad. Al final, como había predicho el señor Giddens, el «superpoder» de mi amigo había resultado vital para encontrar aquello, aunque ese «aquello» aún no fuera más que un resquicio de esperanza en el sonido diferente que producían un par de piedras en la pared. Nuestros corazones se aceleraron y nuestros rostros se iluminaron como los de un niño la mañana de Navidad al acercarse al árbol para ver qué regalos le ha dejado Santa Claus.

—Venga, vamos, ¿a qué esperáis?, intentad movedlas —exclamó Terence en un tono más de orden que de ruego, mientras seguía iluminado el lugar con su linterna.

Yo me acerqué a las rocas y Penny hizo lo propio. En principio hubiera dicho que no había forma de moverlas, primero por el peso y segundo porque tenían otras rocas encima, aunque la de arriba era más grande que esas dos y parecía apoyarse también en las adyacentes. Metimos nuestros dedos en la parte superior de esas piedras, donde vimos un mejor agarre, y tiramos con fuerza a la vez. Penny tenía mucha fuerza y yo, aunque no era para nada forzudo, estaba sacando la mía de lo más profundo de mi ser. La adrenalina seguro que nos echó una mano, porque después de tres fuertes tirones, una de las dos rocas cedió una pulgada.

Los dos dimos un respingo hacia atrás, como si aquello nos hubiera asustado. No sé si fue debido a que en lo más hondo de nuestra aparente convicción ambos pensábamos que todo aquello no era más que un sueño y que resultaría imposible encontrar ningún tesoro –y el leve movimiento de aquella piedra supuso un impulso real a nuestra sorpresa– o que, cuando la roca cedió, ambos tuvimos miedo de que parte de la pared se desprendiera encima nuestra. En cualquier caso, tras un segundo de pausa, nos miramos sonrientes y volvimos a la carga contra aquella piedra, ahora ya fuera del sitio que con seguridad habría ocupado en los últimos casi doscientos años. Pudimos colocar mejor nuestros dedos y la fuerza que pudimos ejercer, por tanto, fue entonces incluso mayor que antes. La roca terminó de ceder por completo y conseguimos desplazarla hacia fuera, como si tuviera una bisagra imaginaria en su parte derecha.

La linterna de Terence alumbraba sin temblor hacia el hueco que habíamos dejado y todos avanzamos para ver mejor lo que aquella roca había estado ocultando todos esos años.

El silencio más absoluto volvió a apoderarse del ambiente. La luz no parecía rebotar contra nada en el hueco dejado por la piedra, indicándonos que allí había algo más que otra roca detrás de la primera; un hueco más grande.

—¿Podéis mover la otra roca? —pidió Terence.

—Vamos a intentarlo —dije mientras me agachaba. Penny me siguió.

La segunda roca fue más fácil de mover, puesto que la primera había dejado un gran hueco donde poder meter las manos con facilidad.

Esta vez la segunda roca se movió más fácilmente y pudimos desplazarla hacia la izquierda.

Ahora sí, el hueco que quedaba abierto en aquella pared rocosa permitía acceder a lo que fuera que hubiera tras él. Terence casi nos tira de un empujón al acercarse al hueco y alumbrar su

interior. Pero solo él pudo ver lo que escondía aquella entrada secreta, ya que su cuerpo, agachado, tapaba toda posibilidad de ver algo más que su espalda.

—Hay una pequeña estancia. Una especie de cueva pequeña —nos informó—. Creo que puedo entrar.

Y, sin darnos tiempo a reaccionar, comenzó a deslizar su pequeño cuerpo por la abertura en las rocas y a arrastrarse hacia dentro.

En ese momento miré al señor Giddens, que permanecía absorto en la operación que ejecutaba Terence y, seguro sin darse cuenta, mantenía una amplia sonrisa fruto de la excitación sobre lo que parecía un hallazgo muy prometedor en las rocas. Pero tan concentrado estaba en ello y tanto nos habíamos dejado llevar todos por la intensa emoción del momento, que mi patrón olvidó por un segundo su habitual contención y su sonrisa crecía y crecía, nerviosa, cada vez más, tanto que dejaba ver sus dientes al completo, enormes, como yo los recordaba, largos y casi sin fin hasta unas encías ocultas que yo ya dudaba que existieran. Incluso en la penumbra de aquella estancia mi ojo percibió la luz suficiente como para poder ver con claridad la misma imagen que hacía unas semanas atrás me había helado la sangre en el sótano del señor Giddens mientras Groucho Marx proyectaba sus chistes sin ninguna vergüenza hacia nosotros; la imagen de unos dientes terroríficos que hicieron que un escalofrío me recorriera la espalda.

El anticuario debió notar algo y me sorprendió, mirándolo paralizado de forma impertinente con mi ojo desorbitado y la boca algo desencajada. Sin parecer darle mayor importancia –como siempre hacía–, recuperó entonces su habitual compostura y sus labios volvieron a cerrarse ocultando la selva dental, infinita y salvaje, que escondían, y cambió de nuevo su mirada hacia el agujero en la pared.

Yo intenté recomponerme rápido. Era absurdo recaer en las mismas tonterías que me habían vuelto casi loco, sin ningún motivo realista, hacía tres o cuatro semanas atrás. Sabía que tenía que liberarme de mis prejuicios, de mis ideas fantásticas, y que el señor Giddens solo me había demostrado bondad y generosidad hasta ese momento; y un sano interés por mis problemas. ¿Por qué pensar que era un monstruo? ¿Solo porque tenía los dientes grandes? Respiré hondo un par de ves y me tranquilicé, olvidando por completo aquello hasta muchos días después.

Por su parte, abajo, en el hueco, Terence ya había desaparecido por completo y solo veíamos los breves y nerviosos destellos de su linterna moviéndose desde dentro.

Los cuatro que quedábamos fuera asomamos nuestras cabezas al unísono para intentar ver qué había allí dentro y entonces la luz de la linterna de Terence nos cegó, llegando como un rayo hasta nuestros ojos.

—¡Ehhhh! Cuidado con la luz —le espetó Abe.

—Perdón —se apresuró a replicar Terence, bajando la luz hacia el suelo, antes de seguir explicándonos qué había allí—. Esto no es más que un pequeño hueco en la roca. Solo puedo estar sentado, ya que tiene muy poca altura y calculo que tendrá cuatro pies de largo por otros cuatro de ancho. Está todo muy húmedo y frío; y negro como el carbón. —Y entonces nos asestó un despiadado mazazo que ninguno esperábamos—. Pero está vacío. No hay absolutamente nada.

La decepción se apoderó de todos nosotros y mató de golpe la excitación que llevábamos sintiendo desde que Abe había escuchado aquellas piedras que sonaban diferente y, sobre todo, habíamos podido mover las dos rocas que permitían el acceso a la pequeña cueva desde donde Terence nos hablaba serio y desconcertado. No podíamos creer que el destino fuera tan cruel como para jugar con nuestras emociones de aquel modo. ¿De verdad andábamos buscando un

lugar escondido en aquella húmeda cárcel de piedra y, tras encontrar una cavidad oculta en la roca, lo suficientemente grande como para guardar un tesoro, esta estaba vacía? ¿Cuántas remotas posibilidades había de que eso sucediera?

—¿Estás seguro? —insistió Abe.

—Sí, estoy seguro. ¿Acaso crees que no podría encontrar dos cofres en un sitio tan pequeño?

—¿Y si esa cueva diera a otra donde pudiera estar escondido el tesoro? —preguntó Penny. Hasta ella, que siempre había sido la más escéptica del grupo respecto al tesoro, estaba tan inmersa en la excitación de aquella búsqueda que no podía creer entonces que hubiéramos llegado hasta allí, tan lejos, y todo acabara de una forma tan abrupta como un sueño que se desvanece de golpe al sonar el insensible despertador en la mañana.

—Sí, buena idea. Un momento, chequearé las paredes —respondió Terence moviéndose con dificultad dentro de la cueva.

—Si quieres puedo prestarte mi bastón y repetimos el ejercicio de antes con Abe, pero desde ahí dentro —propuso el señor Giddens.

Terence se volvió hacia nosotros, mientras le indicaba al anticuario que no veía mal probar todas las opciones antes de abandonar. Pero no nos hizo falta poner en práctica la sugerencia del anticuario ya que, al girarse de nuevo Terence, el haz de luz de su linterna iluminó la parte derecha del suelo. No sé cómo pude verlo, precisamente yo, el Polifemo del grupo, pero percibí algo extraño en el suelo que no era del mismo color negro intenso que el resto de la roca que parecía envolverlo todo.

—Un momento, Terence. Vuelve a hacer ese movimiento —le pedí.

Mi amigo se quedó mirándome un segundo, extrañado, antes de hacer nada.

—Creo que he visto algo, ahí en el suelo, cuando has pasado la luz por encima —le indiqué señalando el lugar donde me parecía haber observado ese color diferente.

Terence volvió a hacer el movimiento hacia atrás, más despacio, invirtiendo el camino recorrido por su linterna unos segundos antes y con la vista muy fija a todo lo que su haz pudiera alumbrar.

Y entonces llegó al sitio.

En efecto, como yo había percibido, allí había algo que no era negro; que no era roca. Era marrón y parecía un pequeño saquito, no más grande que el puño de un niño.

—¡Dios mío, Will! ¡Qué vista! —exclamó Terence, sorprendido y agradecido a partes iguales.

—Bien hecho, William —me sonrió el anticuario, mientras Penny me daba una palmadita en la espalda.

Terence cogió el saquito y fue a abrirlo, pero Abe lo detuvo.

—Venga, hombre, sal de ahí y veámoslo juntos aquí fuera.

—Tienes razón —admitió Terence, y se arrastró de nuevo por el agujero hasta donde estábamos los demás.

Nos pusimos todos en torno a la mesa.

—Sujeta la linterna, Will —me dijo a la vez que me la daba.

Todos sabíamos que aquello no podía ser el tesoro de Abercrombie, pero la excitación de haber encontrado algo así en aquella cueva oculta hacía que nuestros corazones palpitaran tan fuerte que casi podía oírse su acelerado ritmo rebotando contra las paredes de aquellas mazmorras.

Terence quitó con cuidado una pequeña cuerda, del mismo color que la propia bolsa, que la cerraba por su parte superior. Abrió la boca del saquito y la vació con cuidado encima de la mesa.

Yo alumbraba todo desde arriba, con toda la precisión que mis nervios me permitían.

Seis monedas cayeron de la bolsa. Ninguna de ellas rodó. Todas se posaron sobre la mesa haciendo un leve ruido. Pude ver que eran plateadas, de algo menos de una pulgada de diámetro. Como cayeron desordenadas, podían apreciarse las dos caras: en una de ellas, un rostro de perfil, típico de las monedas, con un personaje, probablemente un rey, pensé, coronado por una cinta adornada con lo que supuse querría representar hojas de laurel; por la otra, cuatro escudos dispuestos en torno a una cruz.

Terence se apresuró a coger una de ellas. La puso a la luz y miró ambas caras con ansiedad.

—¡Son monedas del rey Jorge II! —exclamó.

Abe tomó otra un la examinó.

—¿Cómo lo sabes? —dijo algo incrédulo—. ¿Acaso reconoces el perfil del tipo que aparece en ellas? A mí me parece más un emperador romano, con esa corona de laureles en la cabeza…

—Solo tienes que leer —respondió Terence—. Mira bien lo que pone: «Georgius II». Significa Jorge II en latín.

—Entonces, está claro que estas monedas podrían ser parte del tesoro, ¿no? O al menos de la misma época –comentó Penny.

—Exacto —contestó Terence.

—¿Puedo coger una? —pidió prudente el señor Giddens.

Nos miramos sorprendidos por la petición. Fue Terence quien afirmó con rapidez.

El anticuario cogió una de las monedas y la expuso a la luz de la linterna que yo sujetaba. La examinó un par de minutos, mientras nosotros jugueteábamos con las restantes, pasándonoslas de mano en mano mientras esperábamos el veredicto del «maestro».

—Es una moneda de seis peniques, muy habitual. Sin duda, acuñada durante el reinado de Jorge II.

—¡¿Seis peniques?! —exclamó Abe—. Pero eso es una miseria.

El señor Giddens miró hacia arriba haciendo un pequeño cálculo mental.

—Unos siete centavos —informó el anticuario—. Aunque estos, teniendo doscientos años de antigüedad, valdrán algo más, por supuesto.

—Es cierto. Usted debe saber más o menos el precio actual que tendrían estas monedas, ¿verdad? —dije yo confiando en que aún estaríamos delante de un verdadero tesoro.

—Verás, William, no soy un gran experto en numismática, pero… quizás podría sacar treinta dólares por cada una.

¿Treinta dólares? Eso significaba que teníamos en nuestras manos un «tesoro» de ciento ochenta pavos.

Un silencio inundó la sala. No sabíamos si estar contentos por nuestro descubrimiento o decepcionados por la poca cuantía que parecíamos haber obtenido.

—¿Y por qué seis monedas? —preguntó Abe al aire.

—Seis monedas de seis peniques… no sé, parece casi un trabalenguas —contesté yo sin pensar.

—Un momento… —exclamó Penny. Había cogido el pequeño saquito donde estaban las monedas y había estado rebuscando en su interior, por si quedara algo más; y su búsqueda había tenido éxito, ya que sacó del fondo del mismo un pequeño papel doblado—. Debe de haberse quedado pegado al fondo y por eso no ha caído a la mesa —explicó ella.

—Ábrelo, vamos —ordenó impaciente Terence.

Penny desplegó el pequeño papel. Se trataba de una nota escrita con una letra muy pequeña que

a continuación leyó en voz alta, mientras yo la alumbraba.

Estimado explorador, aventurero y cazatesoros,

¡Enhorabuena! Ha encontrado el último lugar donde estuvo enterrado el famoso tesoro del general James Abercrombie.

Felicidades por llegar hasta aquí. Ha demostrado ser muy inteligente y tenaz; o quizás solo haber tenido mucha suerte. Sea como fuere, lamentablemente para usted, yo llegué antes.

Ya no habrá más lugares donde buscar ni más pistas que seguir. Por si esto le reconforta, le aseguro que disfrutaré con pasión cada minuto de mi vida a partir de ahora e incluso le dedicaré en mi pensamiento algunos de los estupendos momentos que seguro tendré el placer de gozar gracias a la avaricia de Abercrombie y a la inteligencia de los Blackbelt.

Le dejo algo en recuerdo, para que, como dice la canción, usted también pueda disfrutar un poco de este magnífico tesoro.

Tengo seis peniques. Alegres, alegres, peniques.

Tengo seis peniques para que me duren toda la vida.

Tengo dos peniques para gastar y dos para prestar.

Y dos peniques para mandárselos a casa a mi esposa.

Como estoy convencido de que su esfuerzo para llegar hasta aquí habrá sido enorme y la ilusión de haber llegado tan lejos, sin obtener la deseada recompensa, bien puede no verse pagada solo con seis peniques, elevo al cuadrado mi donación a su causa y le dejo treinta y seis.

Cuídelos. Son un auténtico tesoro.

Atentamente,

James Gatz (1925)

Ahora sí, habíamos llegado a una certera conclusión: nunca encontraríamos el tesoro de Abercrombie, porque ya lo había encontrado otra persona antes que nosotros; y tendríamos que conformarnos con la leve esencia que aquellas seis monedas emanaban sobre lo que podría haber sido el descubrimiento más grande en la historia de Fortress Flint y de nuestras vidas.

Penny levantó los ojos de la nota y nos miró. Todos callados, pensativos, supongo que viviendo el momento en el que nuestros sueños de riqueza se esfumaban. Sin embargo, Terence, que podría haber sido el más decepcionado por todo aquello, por la energía e ilusión que había puesto en el tesoro de Abercrombie durante tanto tiempo –y también por lo que una gran cantidad de dinero supondría para él y para su madre–, rompió el silencio con expresión de alegría:

—¿Os dais cuenta? Esta nota lo confirma. ¡Lo hemos encontrado! ¡Estas monedas son parte del tesoro de Abercrombie! Hemos seguido las pistas y hemos encontrado el sitio donde Morgan Blackbelt lo escondió.

—Pero, ¿qué dices? —replicó Abe, desconcertado por la alegría de su amigo—. Si nos lo han quitado en nuestras narices.

—No, estas monedas son parte del tesoro. Hemos completado la aventura con éxito —insistió Terence en su entusiasmo nada fingido.

—Terence tiene razón —añadió Penny, que también iba cambiando su expresión de decepción por otra de victoria—. Os aseguro que nunca estuve muy convencida de todo este asunto, y ahora tenemos en nuestras manos un pedazo de historia. Me parece increíble y fantástico haber llegado hasta aquí y haber conseguido este trofeo.

Abe me miró, intentando buscar un apoyo a lo que él consideraba cordura frente a la inocente locura que veía en Terence y Penny. Yo me quedé pensando unos segundos y entonces empaticé con ellos, esbozando una amplia sonrisa.

—Estoy de acuerdo. Esto es un verdadero triunfo. ¡Hemos encontrado un tesoro de hace doscientos años! ¿A cuántas personas conocéis que puedan decir lo mismo?

—¿Tú también te has vuelto loco? —insistió Abe, cuya mirada denotaba un desconcierto absoluto ante nuestras reacciones.

El señor Giddens puso entonces su mano en el hombro de mi pelirrojo amigo y le dijo:

—Querido Abe, creo que lo que tus amigos intentan decirte es que la emoción del viaje y el descubrimiento de parte del tesoro es más que suficiente para llenar su espíritu. Deberías verlo como ellos: una emocionante aventura con final feliz.

—Pero, señor Giddens… —comenzó Abe sin saber cómo terminar la frase sin parecer demasiado avaricioso—. Lo que quiero decir es que esperaba encontrar el tesoro entero.

—Entiendo tu desazón, hijo. Pero piensa que hace unos minutos no teníamos nada, solo una fantasía con remotas posibilidades de volverse real. Ahora tenemos la certeza de que nuestro viaje no ha sido en balde, de que los sueños que habéis tenidos estas últimas semanas eran reales y estaban bien fundados. Y encima os llevaréis un recuerdo de esta aventura, de la que tú has sido pieza clave con tu superoído. Es algo que no olvidaréis nunca; te lo garantizo. Ahora tienes dos opciones, Abe: o amargarte reviviendo en tu mente lo que pudo haber sido y pensando en lo grande que debía ser un tesoro completo que ya nunca verás, o regocijarte con tus amigos y conmigo por el triunfo final de esta emocionante aventura. Es tu decisión.

Abe pensó unos segundos, cogió una de las monedas de la mesa, la miró con detenimiento y finalmente se unió al grupo en la celebración.

—¡Qué caray! Es verdad. Y, además, ¿qué íbamos a hacer con tantas monedas antiguas? Jajaja. Ha sido emocionante. Casi me hago pis encima de los nervios cuando habéis logrado mover la primera piedra.

Todos reímos.

Decidimos repartir aquel pequeño tesoro entre todos y, por consenso, como éramos cinco –aunque el señor Giddens se resistió en un principio a ser considerado para el reparto del botín–, acordamos que la sexta moneda se la quedara también Terence, que había sido el auténtico motor de toda aquella aventura.

Volvimos a mover las piedras de la esquina inferior derecha de la estancia para que quedaran como nos las habíamos encontrado al llegar y volvimos sobre nuestros pasos hacia el principio del corredor. Íbamos contentos, comentando cada detalle, repasando las anécdotas que nos habían sucedido y especulando sobre quién podría ser aquel James Gatz que se nos había adelantado hacía más de cuarenta años. ¿Sería alguien del pueblo? Penny no paraba de repetir

que le sonaba mucho el nombre de James Gatz, pero por más que rebuscaba en su memoria no lograba poner en pie donde lo había escuchado antes.

La nota parecía escrita a bolígrafo y el papel no estaba muy degradado. Por su experiencia, al señor Giddens le parecía extraño que un trozo de papel se hubiera conservado en tan buenas condiciones durante más de cuarenta años en un ambiente tan húmedo como aquel, pero la fecha de la nota era clara: 1925. Pensar que llevábamos buena parte del verano haciendo el idiota, soñando con algo imposible que no existía ya como «tesoro enterrado» era algo decepcionante; mucho más para Terence, que llevaba bastante más tiempo detrás del tesoro. Pero no dejamos que ese pensamiento nos amargara la pseudovictoria lograda al encontrar el paradero donde estuvo enterrado. Aquel había sido el mejor «juego de tesoros» al que ningún muchacho de Fortress Flint hubiera jugado jamás. Decidimos que la nota debía quedársela Terence, que la guardó con cuidado en uno de sus bolsillos.

Mi pequeño amigo no paraba de darle vueltas a las líneas de la nota que hacían referencia a la canción de los seis peniques. El anticuario, que era el único que la conocía, nos indicó que esos versos eran parte de una canción popular muy antigua, aunque no supo datarla con exactitud, y versionada infinidad de veces en los inicios de las grabaciones discográficas.

No creo que ninguno pensáramos en ese momento en buscar –y encontrar– a la persona que se había llevado el tesoro (aunque mucho más tarde descubriría que estaba equivocado) pero yo sentía que hubiéramos tenido muy pocas posibilidades de éxito en caso de habernos aventurado a intentarlo.

Llegamos a la garita del señor Benson y, aunque no habíamos acordado cómo actuar, todos parecimos haber decidido que el resultado de nuestra aventura debía quedarse solo con nosotros, así que lo saludamos de nuevo desde la puerta, despidiéndonos, y salimos hacia fuera como si nada hubiera pasado, a donde estaban nuestras bicis. Le agradecimos su amabilidad por dejarnos entrar fuera de horario y él nos dedicó una amplia sonrisa de amabilidad. El señor Giddens aprovechó para estrecharle de nuevo la mano y para volver a invitarlo a visitar su tienda antes de que se marchara a Florida; algo que el guarda confirmó que haría encantado.

La tarde había acabado y la noche se cerraba sobre Fortress Flint. Estábamos decidiendo si volver todos juntos o separados, ya que la casa de Terence quedaba más cerca del camino por el bosque por el que habíamos venido nosotros dos, pero no así las casas de Penny y Abe, cuando de pronto Terence, que llevaba callado desde que habíamos pasado por la garita del señor Benson, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia ella de nuevo.

Al principio no nos dimos cuenta, fue cuando estaba ya apunto de cruzar la verja que Abe lo vio.

—Pero, ¿dónde va este ahora? Estoy cansado y quiero volver ya a casa —masculló algo irritado.

Entonces nos miramos los cuatro y todos comprendimos de golpe qué era lo que pretendía hacer Terence. Iba a decirle al señor Benson lo que habíamos encontrado. De forma instintiva salimos los tres jóvenes corriendo hacia él para pararlo, mientras que el señor Giddens permaneció inmóvil junto a las bicicletas; pero ya era tarde cuando llegamos a la garita. Terence estaba dentro, con la mano extendida, hablando con el señor Benson mientras le mostraba las dos monedas de seis peniques que tenía en ella.

Nuestras caras eran una mezcla de incertidumbre y algo de miedo por lo que podría pasar a continuación. ¿Nos requisarían las monedas y perderíamos nuestro tesoro? ¿Llegarían a enterarse todos de nuestra incursión nocturna? ¿Qué tipo de delito se consideraría eso?

El señor Benson escuchaba atento y con calma toda la historia que Terence le estaba relatando. Terence, por suerte, se centró solo en aquel día y omitió por completo todo lo referente a nuestro asalto nocturno a la fortaleza días atrás. El señor Benson le hizo algunas preguntas sobre el sitio exacto donde habíamos encontrado la pequeña bolsa con las monedas. Terence le habló de la nota, e incluso se la enseñó brevemente. Cuando terminó de contarle todo, el señor Benson se dirigió hacia él y le tendió la mano.

—¡Enhorabuena, muchacho! Parece que de verdad has encontrado el tesoro de Abercrombie. ¡Qué increíble aventura! Ojalá hubiera estado con vosotros en el momento del descubrimiento. ¡Debe de haber sido muy emocionante! —exclamó entusiasmado.

—Muchas gracias, señor Benson. No podría haberlo hecho sin su ayuda —replicó Terence estrechándole la mano con firmeza.

—Bueno, solo parte del tesoro, en realidad —se permitió añadir Abe desde la puerta, donde los tres lo habíamos estado presenciando todo.

—Me alegro de que hayáis sido vosotros. Terence me contó que lo buscaba, pero nunca pensé que fuera a estar todavía por aquí, escondido en algún sitio. ¡Enhorabuena a todos!

Mientras le agradecíamos sus palabras y también le estrechábamos la mano, se me ocurrió preguntarle algo.

—¿Usted no sabrá por casualidad cómo se podrían sacar dos cofres enteros, pesados, llenos de monedas, de un sitio como las mazmorras de la fortaleza sin que nadie, ni siquiera usted, se diera cuenta?

—Pues la verdad, muchacho, no sabría decirte. Paso mucho tiempo en la garita y los lunes esto está cerrado. Supongo que podría ser posible hacerlo. Ten en cuenta que las posibilidades reales de vigilar cada rincón de esta fortaleza todo el tiempo son muy limitadas. Podrían haberlo sacado por la noche, saltándose la verja. No sé… es lo primero que se me ocurre. Lo que sí puedo decirte es que, en los cuarenta y cinco años que llevo aquí, no he visto nada sospechoso sobre eso y nadie antes de Terence había venido preguntando específicamente ni por el tesoro de Abercrombie ni por los documentos de Morgan Blackbelt.

Su respuesta pareció satisfacernos a todos.

—¿Tendremos que dar parte de esto y devolver las monedas? —preguntó Penny preocupada por perder su pequeño pero valioso recuerdo del tesoro y de la aventura.

El señor Benson sonrió de nuevo y contestó rápido.

—Por supuesto que no. No habéis cometido ningún delito.

Eso es lo que él creía; o decía para complacernos y tranquilizarnos.

—¿Seguro? —inquirió Abe, aún no convencido del todo.

—Pero… si no hay nada de lo que informar. Por lo que a mí respecta, esas monedas no las habéis encontrado aquí, en la fortaleza; si os pertenecen será porque las habréis encontrado por ahí o las habréis heredado —terminó guiñándonos un ojo de forma algo pícara.

—Muchas gracias de nuevo, señor Benson —coreamos al unísono.

Íbamos ya a darnos la vuelta para marcharnos, cuando Terence dijo una última cosa.

—Es usted una gran persona… y de verdad que me ha ayudado mucho… no habríamos encontrado el lugar sin su desinteresada ayuda… —hablaba como si le costara trabajo terminar cada pequeña frase que decía, como si le diera vergüenza llegar al verdadero mensaje que quería lanzarle al guarda de la fortaleza—. Así que creo de veras que se merece participar con nosotros en el reparto del botín que hemos encontrado. Por favor, acepte la sexta moneda y guárdela como

un bonito recuerdo para que no nos olvide cuando esté tostándose al sol con su hermana en Boca Ratón.

Al señor Benson se le escurrió una lagrimilla de emoción y, sabiendo que debía aceptar el regalo que el pequeño Terence le estaba haciendo, alargó la mano, temblorosa, y acogió la moneda que mi amigo depositó en ella.

—No sé qué decir, de verdad. No lo merezco, Terence. Pero te lo agradezco mucho y por supuesto que no os olvidaré. ¿Cómo podría? Pero has de saber que tampoco lo hubiera hecho sin tesoro y sin moneda. Me has dado muchas horas de agradable compañía. De hecho, debería ser yo quien te hiciera a ti un regalo de despedida.

Mientras terminaba de pronunciar esas palabras, se acercó a Terence y le dio un sentido abrazo.

Salimos de nuevo de la garita y volvimos donde el señor Giddens nos esperaba. Le hice un resumen de lo sucedido y se alegró mucho de lo que Terence había hecho.

—La verdad es siempre el mejor camino a escoger. Y la generosidad la mejor compañera de viaje. Eres un gran muchacho, Terence. Todos lo sois —sentenció solemne.

Penny y Abe volvieron por el camino del este, más corto y directo al pueblo. El señor Giddens, Terence y yo decidimos caminar por el sendero del bosque hasta la casa de Terence, luego yo acompañaría al señor Giddens a su casa y finalmente volvería pedaleando hasta la mía.

El bosque estaba oscuro, como las negras rocas que habían estado guardando el tesoro de Abercrombie durante tantos años. La linterna de Terence aún funcionaba, el paseo no era peligroso y además era cuesta abajo.

De nuevo me encontraba bajando por aquel sendero del bosque, de noche, tras una visita a la fortaleza para buscar un tesoro; pero en esta ocasión, la pendiente descendente no era, como la última vez, ninguna cruel metáfora de cómo nos sentíamos, puesto que aquella noche habíamos vivido una montaña rusa de emociones que había terminado en un triunfo de esos que no se olvidan en toda la vida. Y, aunque mis piernas estaban cansadas, al igual que las de mis compañeros de viaje, me sentía lleno de una enorme energía vital; una energía que, sin duda, me iba a hacer mucha falta para afrontar los emocionantes acontecimientos que se sucederían en los días posteriores.

# El hombre del Klan

El último día de julio de 1967 fue uno de los más calurosos del verano. A las nueve de la mañana hacía ya tanto calor que era imposible no sudar tras cinco minutos en la calle.

Era lunes y esa era la semana en la que nos habíamos propuesto encontrar las pistas suficientes para demostrar que Nathan y sus secuaces habían sido los autores de la paliza que había dejado en coma a Johnny Ebony y, con muy alta probabilidad, también habrían sido los culpables de acabar de forma salvaje con la vida del pobre *Wolfy*; todo ello sin contar que esos delitos podrían estar relacionados de alguna manera con algún brote del Ku Klux Klan en Fortress Flint, lo cual era casi lo que más miedo nos daba de todo, por nuestra incertidumbre sobre la profundidad de sus posibles raíces.

La aventura del tesoro de Abercrombie se había terminado; quizás no con el resultado que hubiéramos soñado, pero sin duda mejor de lo que en muchos momentos pensamos que íbamos a sacar de ella, que no era otra cosa que «nada». Como mínimo, nuestra investigación y búsqueda había resultado fructífera y estábamos muy orgullosos y felices de haber encontrado el lugar donde estuvo el tesoro, y más aún de haber conseguido un bonito recuerdo material de todo aquello, aunque solo fuera una moneda antigua mucho más valiosa para nosotros que para cualquiera que la tasara.

Así pues, con la mente más despejada y concentrada en la misión que nos habíamos impuesto, empezaba una semana en la que debíamos completar un cuadrante de seguimiento, por parejas, para dar con pistas o hechos que nos permitieran acusar de forma efectiva a Nathan, Russell y Marky.

Todos habíamos hecho una copia del cuadrante de turnos que habíamos definido un par de días atrás en casa de Abe. Cada uno de nosotros tenía un total de cinco turnos, de lunes a viernes, en los que nos repartíamos por parejas, algunos por la mañana y otros por la tarde, para poder cubrir el mayor rango de terreno y tiempo de búsqueda posible.

Habíamos definido un sistema de llamadas por las que trataríamos de estar en contacto en caso de que algo prometedor sucediera en nuestro turno, o si necesitábamos ayuda especial por algún motivo. Nos reuniríamos todos los días a las diez de la noche en Oak Square para darnos el parte del día y compartir lo observado. La idea era intentar seguir a alguno de los tres matones y ver qué hacían, a dónde iban, con quién se hablaban y, a ser posible, encontrar su relación con la vieja furgoneta marrón que habían usado el día del ataque a la casa de Terence; o, lo que sería más maravilloso aún, pillarlos con las manos en la masa cometiendo o tratando de acometer algún delito que pudiera enviarlos directos a la cárcel.

Mis turnos eran alternos, empezando por la tarde del lunes, siguiendo con la mañana del martes, y así sucesivamente. Tenía vigilancias con Abe y Terence, pero –no estoy seguro de si por casualidad o no– ninguna me coincidía con Penny. Lo bueno era que el señor Giddens me había dado libres el jueves y el viernes porque iba a cerrar la tienda, debido a que tenía que arreglar unos asuntos en Boston, y entre el desplazamiento y lo que sea que tuviera que hacer allí no volvería hasta el viernes por la tarde, así que yo tendría más libertad de movimiento esos dos días. El señor Giddens fue muy comprensivo con el resto de turnos que me habían tocado y me

liberó de mis obligaciones en la tienda sin detrimento de la paga que recibiría por cada jornada. Estaba claro que ese hombre me apreciaba de veras.

Cuando me tocaba con Terence, íbamos muy preparados, ya que él siempre traía de todo a la vigilancia: unos prismáticos, la cámara de fotos de Abe –una Instamatic 100 de Kodak que mi pelirrojo había comprado con sus ahorros por quince dólares un par de años atrás y que prestaba con generosidad a su nuevo compañero de ajedrez–, un pequeño cuaderno para apuntar, un lápiz, su linterna y hasta una cantimplora –como si fuésemos de acampada– y una botella de plástico vacía por si necesitábamos hacer pis en medio de un seguimiento. Todo oculto en una mochila que abultaba más que su propia espalda. Cuando me tocaba con Abe no llevábamos casi nada, más que su cámara –que él no solía usar– y lo puesto, pero en cambio íbamos en bici, lo que resultaba más cómodo y rápido en según qué momentos.

Antes de entrar a resumir lo que dio de sí esa semana en la que nos creímos detectives de policía, debo decir que, más allá del calor que tuvimos que soportar la mayor parte del tiempo y de que, como explicaré a continuación, la eficacia de nuestro esfuerzo fue nula, me divertí mucho «jugando» con mis amigos, como si fuéramos niños, creyendo que de verdad seríamos capaces de conseguir lo que nos habíamos propuesto; y eso que también aprendimos a la fuerza el tedio asociado a esas actividades de seguimiento, que solían comenzar con mucho ánimo pero se iban convirtiendo en aburridas e medida que transcurría la jornada, sin casi ningún descubrimiento digno de mención. Por supuesto, no perdimos nunca la perspectiva de la gravedad de las circunstancias que nos habrían empujado a hacer esas (infantiles) misiones, pero tampoco permitimos que la solemnidad de lo que para un adulto habría sido un tema por completo serio nos atrapara del todo, dejándonos así algo de espacio para la diversión y emoción que nos suscitaba el participar en algo tan peculiar, tan secreto y tan –*a priori*– peligroso como era espiar a Nathan y los suyos. Fue quizás el último momento que recuerdo con mis amigos en el que todavía me sentí con la inocencia de un chaval que no ha sido corrompido por el irremediable paso del tiempo y la crueldad de una vida que a veces le golpea a uno tan fuerte que lo hace madurar de golpe; un chaval sin la costra que la experiencia forma en torno a uno; un chaval cuya púber inconsciencia le hace restar importancia a cualquier hecho grave que pueda estar sucediéndole.

De lo que ocurrió esos primeros días de la semana solo eché de menos no poder pasar más tiempo con Penny.

El lunes lo dedicamos a peinar la ciudad en busca de la furgoneta. Recorrimos todas y cada una de sus calles, callejuelas y rincones, buscando una furgoneta marrón con un golpe en la puerta derecha. Penny y Terence comenzaron juntos la búsqueda por la mañana, mientras Abe y yo cumplíamos en nuestros respectivos trabajos.

En la tienda de antigüedades fue una mañana corriente, con pocos clientes, música y charla animada entre el señor Giddens y yo. La aventura del día anterior en la fortaleza todavía dio para muchos comentarios.

Abe, por su parte, fue el único que aquel día tuvo algún contacto con la cuadrilla de desalmados objeto de nuestra investigación; en concreto con Russell, que esa mañana entró cojeando en la tienda a hacer unas compras. En cuanto Abe lo vio aparecer, con su forzado movimiento ondulante, se escondió detrás de unas estanterías para evitarlo. Aún tenía en su cuerpo muy recientes las secuelas de su encontronazo el viernes anterior y su instinto de supervivencia le indicó que era más prudente no forzar ninguna interacción directa con él, más aún cuando la transitoria cojera que exhibía Russell había sido agravada, en parte, por el propio

Abe. Así que mi amigo se limitó a observar, entre las rendijas de las latas de tomate del estante que lo resguardaba, cómo Russell hacia su compra y se marchaba de la tienda unos minutos después de haber entrado. A la salida, no sé con qué ganas ni fuerza, pateó a un pobre chucho que se encontraba a la sombra del toldo que protegía la tienda de los Konig, mostrando una vez más su injustificada crueldad.

Cuando Abe mencionó este fortuito «encuentro» en nuestra reunión al final del día, en Oak Square, Penny le echó en cara el no haber intentado seguir a Russell. El día había sido del todo infructuoso para ambos equipos y, ni por la mañana ni por la tarde, después de haber recorrido toda la ciudad, incluso en lugares poco recomendables o muy a las afueras, habíamos sido capaces de encontrar ningún rastro de la famosa furgoneta marrón, por lo que la decepción sobre los resultados de ese día era palpable en todos. Abe se excusó diciendo que no era su turno y se inició entonces una pequeña discusión entre ellos que yo me afané por parar antes de que fuera a más. No tenía sentido pelearse. Teníamos más días por delante y estaba convencido de que nuestra oportunidad llegaría más pronto que tarde.

Convenimos, ante la evidente falta de resultados obtenidos tras poner el foco en la furgoneta, que era hora de hacer el siguiente movimiento y centrarnos en seguir a los tres diablos racistas. Lo cierto es que no sabíamos mucho de ellos, más allá de su mala fama y de conocer los detalles de alguna de sus fechorías –las cuales eran populares en toda la ciudad–, pero esa tarde Abe y yo, durante nuestro rastreo de la furgoneta, habíamos ido a unos billares que sabíamos que frecuentaban porque los habíamos visto varias veces en su puerta, fumando e incluso bebiendo cerveza a plena luz del día. No pude convencer a Abe para que me acompañara dentro porque tenía mucho recelo sobre el poder encontrarse de frente con alguno de los tres matones que lo habían acosado hacía pocos días, así que tuve que adentrarme allí solo. Haciéndome pasar por un amigo de Marky y con la excusa de que le debía dinero y quería pagarle, le había preguntado al encargado si lo había visto por allí; este me había dicho que no, pero me instó a volver al día siguiente porque Marky no solía dejar pasar muchos días sin aparecer por allí y ya llevaba unos cuantos sin verlo.

Al menos, eso era un punto de partida y casi lo mejor que teníamos. Eso, o que nos los encontráramos de manera fortuita por las calles de Fortress Flint, algo que queríamos evitar ya que perderíamos la ventaja de la discreción para nuestro seguimiento. Así que, con ese pobre resultado, volvimos cada uno a nuestras respectivas casas anhelando que el martes fuera más fructífero.

Y lo fue; pero no mucho más.

El martes Terence y yo quedamos sobre las nueve y decidimos dar una vuelta de nuevo por la zona industrial, en el sureste de la ciudad, para asegurarnos de que la furgoneta no estaba allí. Esa zona la habían peinado Penny y él el día anterior, pero Terence –sin ninguna razón convincente– estaba seguro de que si había algún sitio donde podría estar la furgoneta sería allí y creía que podrían haberse dejado algunos rincones sin mirar; quizás un almacén cerrado, un contenedor de los que luego se usaban en el puerto o un garaje privado de alguna de las empresas que se localizaban allí. El caso es que perdimos las dos primeras horas del día dando vueltas como tontos; eso sí, al final de esas dos horas podríamos haber certificado con sangre y jurado por nuestras vidas que la furgoneta marrón no se encontraba allí.

Salimos de la zona industrial hacia el oeste, hacia el barrio de pescadores. Sabíamos que Nathan vivía allí, pero no teníamos ni idea de dónde exactamente. Creo que solo buscábamos el azar de una visión lejana en un porche, de una señal en una ventana o de una silueta familiar en

la lejanía de las calles de dicho barrio. Íbamos andando despacio, con inseguridad, casi como si hubiéramos entrado en un campo de minas; pretendiendo pasar desapercibidos en un barrio que no solíamos frecuentar.

Terence intentaba romper el silencio que nos rodeaba, para darle algo de normalidad a nuestro paseo, con temas intrascendentes –como lo bueno que era el modelo de cámara que llevaba, prestada por Abe, aunque esta fuera bastante antigua, o la estrategia de movimientos que tenía pensada hacerle a su generoso amigo en la próxima partida de ajedrez que jugaran y que, por supuesto, él estaba convencido de ganar–, pero lo cierto es que yo ignoraba sin pudor la mayor parte de sus comentarios en esos momentos; estaba más centrado en ver si la fortuna nos sonreía y dábamos con Nathan o alguno de sus amigos por allí sin que ellos nos vieran a nosotros.

Llevábamos unos veinte minutos andando por el barrio cuando, al girar una esquina, pude ver –unas treinta yardas delante de nosotros– una figura que pronto identifiqué con Nathan. Alto, espalda ancha, camiseta apretada marcando sus hombros y brazos, vaqueros gastados, pelo negro y grasiento, brillando de forma artificial con los rayos del sol, y unas reconocibles pulseras de cuero negro con tachuelas.

Hice un rápido gesto con el brazo a Terence, que seguía ensimismado en su discurso, y ambos nos detuvimos, paralizados como gatos deslumbrados por las luces de un coche en medio de una carretera en plena noche.

La figura se paró entonces, giró la cabeza noventa grados a la derecha y pudimos ver con claridad el perfil de Nathan, sosteniendo en su boca un cigarrillo en estado terminal al que dio una última calada antes de tirarlo con desdén al suelo y seguir su camino.

Terence y yo respiramos aliviados; por un segundo pensamos que se iba a girar del todo y nos descubriría allí, mirándolo como pasmarotes, en su territorio, y eso seguro que no pasaba desapercibido para él.

Esperamos un poco para conseguir una distancia aún más prudencial respecto a Nathan y entonces comenzamos a andar, siguiéndolo. Iba con paso firme, pero no demasiado rápido. Durante la siguiente hora lo seguimos a varios sitios por la ciudad. Primero entró en una pequeña tienda y salió con un paquete de cigarrillos en la mano, el cual guardó en la apretada manga de su camiseta tras sacar uno y encenderlo. Después salió del barrio de pescadores y estuvo andando por los alrededores de Howe Forrest Park, aunque no llegó a entrar. Al caminar cerca del parque recordé al vagabundo al que algún desalmado había asesinado allí unos días atrás y sentí una mezcla de pena y miedo que me intranquilizó.

Un par de veces durante todo el recorrido nos dio la sensación de que Nathan se volvería y nos vería, aunque de verdad tuvimos mucho cuidado de guardar bien la distancia con él; tanto que en un par de ocasiones estuvimos a punto de perderlo porque giró en varias calles consecutivas y casi nos despista, sin quererlo. Terence le sacó un par de fotos con la Instamatic 100 de Abe, en la distancia; sin mucho sentido, la verdad; algo que le recriminé.

Nathan llegó a Romulan Square y, para mi sorpresa, entró en la biblioteca. De todos los lugares donde me hubiera imaginado a Nathan, ese templo de cultura no estaba en ninguna de mis listas de apuestas. Nos preguntamos qué habría ido a hacer allí, pero concluimos que no por ser un matón tenía que no poder gustarle leer. Nosotros esperamos fuera, por supuesto. Al ser un lugar cerrado, las probabilidades de encontrárnoslo de frente o incluso de perderlo entre las estanterías eran mucho más altas que el interés de lo que pudiéramos averiguar de él allí dentro. Estando allí, resguardados tras un frondoso árbol al otro lado de la plaza respecto donde se encontraba la biblioteca, recordé que aún tenía que devolver los libros sobre vampiros que había sacado unas

semanas atrás y se me ocurrió que, cuando lo hiciera, podría aprovechar para preguntar al señor Popples por esa visita de Nathan; a diferencia de Terence, yo lo consideraba buena gente y estaba seguro de que, si podía ayudarnos, lo haría. No nos dio tiempo a debatir mucho sobre aquello porque Nathan salió a los pocos minutos de haber entrado, sin ningún libro en las manos, y siguió su camino.

Lo seguimos entonces hasta los billares donde habíamos estado el día anterior y entró tras intercambiar un saludo –que a mí me pareció de todo menos amistoso– con un par de chavales que había en la puerta. Eran algo más de las doce y nosotros intentamos buscar un sitio a la sombra desde el que poder vigilar la puerta con garantías de amplia y clara visibilidad, pero pasando inadvertidos. Intuíamos que íbamos a estar allí un buen rato, aunque no pensamos que tanto. Nuestro turno acababa a las tres y Nathan no salió de allí en todo ese tiempo. He de reconocer que la espera fue de lo más aburrida; lo más destacable que pasó en ese tiempo fue los perritos que nos comimos esperando a que algo sucediera o a que Nathan saliera de allí y continuara su camino hacia lugares y situaciones más «jugosas». El mito del emocionante trabajo policial de seguimiento que en las películas parece tan interesante se nos desmoronó a mi amigo y a mí durante aquella infructuosa y calurosa espera.

A las tres de la tarde, sin nada que hubiera valido la pena en toda la mañana y con el ánimo tan cansado como nuestros pies, decidimos cerrar el turno y volver cada uno a nuestras vidas. Antes de marcharnos de allí llamé a Penny desde una cabina para decirle dónde estábamos, por si ella y Abe querían seguir vigilando los billares y a Nathan.

Tras eso, me dirigí hacia la tienda del señor Giddens, hasta cuya puerta me acompañó Terence de camino a su casa.

La tarde en la tienda fue muy tranquila. El señor Giddens me preguntó por nuestras investigaciones y dijo sentirse mal por la falta de resultados cosechados hasta el momento. Pienso que él nunca creyó de verdad que nuestro plan de seguir a Nathan y los suyos o encontrar la furgoneta tuviera mucho sentido ni nuestros deseos de hallar pruebas definitivas que los acusaran (y condenaran) fueran realistas (no al menos de la manera en la que nosotros los habíamos planteado); pero no quiso dinamitar las esperanzas que habíamos puesto en aquella tarea y se limitaba a escuchar y a apoyar desde el silencio cualquier idea o comentario que yo le hacía al respecto.

Esa tarde, sobre las seis, me dijo que quería enseñarme algo; se trataba de una de sus películas. Se le veía muy interesado en aquella cinta, aunque no me desveló mucho sobre ella. Quería que la viéramos juntos y luego comentarla conmigo, como solía hacer; pero en aquella ocasión algo me decía que sus intenciones iban más allá de pasar un buen rato con un mero divertimento cinematográfico.

Los días que veíamos películas al acabar la jornada solíamos cerrar la tienda un poco más tarde, sobre las siete y media o las ocho, pero el anticuario insistió en dar por concluido el día laboral más temprano esa tarde porque la cinta que íbamos a ver era bastante larga –algo más de tres horas– y él sabía que yo había quedado a las diez con mis amigos en Oak Square para la breve reunión de puesta en común de nuestro día como espías.

Cuando llegamos al sótano vi que el señor Giddens ya lo tenía todo casi preparado. Las bobinas estaban fuera, dispuestas para ser utilizadas en el proyector. A diferencia de las cuatro o cinco que solían tener sus películas, en esta ocasión vi nueve, lo cual confirmaba que la duración de la película sería mucho mayor de lo habitual. Todo aquello me producía cierta excitación, ya que me parecía que esa sesión iba a ser de las «especiales».

Cuando el primer rollo empezó a proyectarse en la blanca pared, me sentí un poco decepcionado al comprobar que se trataba de una película muy antigua, muda, y aunque las que había visto con él hasta el momento habían sido todas obras maestras, el hecho de enfrentarme a una cinta tan antigua, sin diálogos hablados y con un evidente desgaste temporal, siempre me suponía al principio de las mismas un esfuerzo extra que, quizás solo por mis mal gestionados prejuicios, me hacía empezar a verlas con cierta desgana.

La cinta, además, empezaba con una serie de textos en los que se hablaba de la marca Griffith –en relación a su autoría y propiedad sobre la película– y se incluía una declaración ideológica sobre el arte sin censura como medio de expresión. Aquello, sin duda, le confería un halo de importancia, aunque también no exento de cierta egolatría y petulancia. Y entonces, tras eso, apareció por fin el título de la obra: ***El nacimiento de una nación***, basada en la novela ***The Clansman***, de Thomas Dixon.

Yo no había oído hablar de esa película en mi vida. Me giré un segundo hacia el señor Giddens, que se mantenía sentado en su butaca, tranquilo y expectante, mirando a la pantalla y sin ninguna intención de comentar nada aún.

La película era muy antigua, de 1915, según se podía leer en su *copyright* en la misma pantalla que el título; la más antigua que habíamos visto hasta la fecha. Tras eso apareció el listado de personajes y actores y luego un texto con una nueva declaración de intenciones sobre el objetivo de la producción, que se vanagloriaba de intentar mostrar los horrores de la guerra. Aquello me dio confianza en lo que podía esperar de la cinta e hizo que me relajara en la butaca, suponiendo que –como siempre ocurría con el señor Giddens– me aguardaba un fascinante espectáculo de cine en el que en pocos minutos estaría inmerso del todo.

Sin embargo, con el siguiente texto que apareció en pantalla, el primero perteneciente a la narración de la propia película, algo empezó a extrañarme respecto a aquella obra. Hablaba de cómo la llegada de los africanos a América había sido la semilla de la desunión del país. Y luego empezaba a retratar a los abolicionistas. Yo estaba un poco desconcertado. ¿Sería aquella una cinta política? ¿Una película ideológica con la que el señor Giddens quería aleccionarme sobre la igualdad de las razas? ¿Un documento histórico con el que poder debatir acerca del racismo, uniéndolo a lo que en aquellos días parecíamos estar viviendo en todo el país, incluyendo nuestra humilde ciudad?

Volví a mirar al señor Giddens y seguía impasible, con sus lentes especiales para ver cine, concentrado en la pantalla y exhibiendo una seria expresión en su rostro. No intenté ni siquiera hacer el amago de preguntarle nada y me esforcé en concentrarme en las imágenes de la cinta, tratando de dejarme llevar por la historia y los personajes y confiando –como un polluelo en su madre– en que el anticuario no me decepcionaría con su elección de aquella tarde.

Muchos fueron las sentimientos, pensamientos y emociones que me recorrieron durante las siguientes tres horas; y algunos ni siquiera los llegaba a comprender bien. Me sentí muy confuso por lo que estaba viendo –sobre todo en la segunda mitad de la película– y no puedo decir que disfrutara en absoluto como lo había hecho siempre en aquel sótano hasta ese día. No entendía por qué el señor Giddens me había puesto aquella película y había tenido tanto interés en que la viera. Intenté establecer un diálogo en uno de los cambios de rollo que hice, pero mi patrón insistió en que termináramos de ver la película antes de comentar nada.

La cinta cuenta la historia de dos familias amigas, los Cameron, del sur, y los Stoneman, del norte, que de un día para otro se ven obligados a combatir entre ellos en la sangrienta Guerra de Secesión. Toda la primera parte de la película consigue retratar de forma muy acertada los

horrores y sinsentidos de la guerra; está bien filmada, con secuencias muy grandilocuentes para la época en que se rodó, es entretenida y aleccionadora, en el buen sentido. Para el recuerdo queda el emotivo y sobrecogedor plano de dos de los amigos, uno de cada familia, muertos y abrazados en el campo de batalla. Esa muy buena primera parte termina con el fin de la guerra, con una escena de la rendición de Lee ante Grant, y el inmediatamente posterior asesinato del presidente Lincoln en el teatro Ford, en Washington D.C., en una secuencia tan bien rodada como explícita y emocionante, que recoge el magnicidio de una forma magistral.

A partir de ahí, vuelven a parecer los fantasmas que me había parecido ver subyacentes al principio de la cinta y que corroboran, escena a escena, el discurso racista de la misma. Poco a poco, los personajes de color empiezan a ser retratados de una manera partidista, sesgada y perniciosa. Todos los afroamericanos parecen ser mezquinos, oportunistas y malintencionados, sobre todo contra los buenos hombres blancos del sur, que no solo deben sufrir la humillación de su derrota en la guerra sino también los gratuitos y aprovechados ataques y vejaciones de una población mayoritaria afroamericana que se hace con el poder de modo fraudulento y que se aprovecha de ello al caer corruptos –por ser una raza inferior, según se da a entender en la cinta– por el poder robado a los blancos, que sí que saben lo que le conviene a la sociedad, pero no pueden ejercer la gobernabilidad de su territorio tras la guerra debido a su condición de perdedores.

Tal es el extremo de inmoralidad y maldad que se atribuye en la película a los hombres negros que estos son capaces incluso de provocar la muerte de una inocente muchacha o de tratar de forzar a otra a casarse con uno de ellos, el líder político que parece dirigirlos. Gracias a toda esa inverosímil descripción de los afroamericanos, el film consigue justificar, de forma racional y necesaria –dentro de la lógica de la película–, la creación de un grupo organizado de valientes hombres blancos que se enfrentará –vestidos con unas intimidatorias túnicas y capuchas blancas– a ese poder injusto y malvado de hombres de color, exaltando la lucha de este colectivo de «buenos hombres de bien» y mostrándolos como los verdaderos héroes de la película; y, lo que es mucho más peligroso, de la propia historia que la cinta cuenta como real. El Ku Klux Klan presentado como la solución necesaria para la reconstrucción del país y, encima, victorioso y triunfante al final de la película.

Esta segunda parte de la cinta se me hizo muy difícil de digerir. No lograba entender cómo se había podido rodar esa historia, con ese sesgo tan radical, esa mentira –según entendía yo la historia– tan deformada y ese mensaje tan condenable a ojos de cualquier ser humano con valores rectos y justos. Me pareció todo muy retrógrado y fuera de mi tiempo entonces; y sentí pena porque alguien hubiera podido filmar, por un lado, y muchos otros seguro que disfrutar, por otro, un discurso tan racista, falso y malsano.

Cuando apareció la palabra «FIN» en la pantalla y el último rollo dejó de proyectar nada en la blanca pared, el señor Giddens se levantó, apagó el proyector, se quitó sus lentes especiales y encendió la débil luz del sótano.

—Bueno, William, ¿qué te ha parecido? —me lanzó de una forma tan ligera como si lo que acabáramos de ver fuera una cinta de intrascendentes aventuras o una inocente comedia y no un panfleto político-ideológico declarando la supremacía blanca como salvadora de un país degradado por una raza inferior. Sus pequeños ojos brillaban pícaros y pude interpretar que aquello no era más que un descarado intento por su parte por ver mi reacción más natural a lo que acabábamos de visionar.

Sin embargo, no podía dejar de tener ciertas dudas sobre los motivos que habrían llevado al

señor Giddens a ponerme esa película. ¿Era racista y me lo acababa de decir a través de una cinta que, según mi criterio, si no le gustara no tendría por qué tener en su colección? ¿Me estaba poniendo a prueba a mí para comprobar si era capaz de entender el mensaje de la película y cómo lo había interpretado? Mis dudas no duraron mucho, ya que pronto me autoconvencí de que aquel amable anticuario no podía en modo alguno respaldar o defender los ideales que la cinta exaltaba; y la confianza en mi patrón, que hasta entonces siempre me había demostrado su «inocencia» ante cada una de mis dudas o temores hacia él, volvió con fuerza a instalarse en mi corazón. Así que respiré hondo y traté de dar una respuesta calmada, evitando que las fuertes emociones que había sentido durante el visionado de la extensa segunda parte de la película modularan en exceso mi discurso, pero sin dejar de exponer mi sincero punto de vista sobre lo que me parecía más importante entonces: el mensaje del film.

—Pues… me ha parecido increíble, pero en el mal sentido. ¿Se trata de una obra de ficción intentando dar lecciones de historia falsas? Me temo que tiene un mensaje muy peligroso y ruin. Un mensaje de odio que no puedo compartir y que, tengo que serle muy sincero, ha hecho que esta sea la película que menos me ha gustado, con muchísima diferencia, de todas las que he visto con usted.

—Ya veo —respondió él sin mostrar ninguna sorpresa. Hizo una pausa para intentar provocar un «punto y aparte» en nuestra charla y luego continuó, mientras yo era entonces el que permanecía expectante a su reacción—. Déjame que te cuente algunas cosas de la película. Acabas de ver una cinta que es pionera en cuanto a técnicas de narración cinematográfica. David Griffith es considerado uno de los «padres del cine» por su innovación en el uso combinado de técnicas y su contribución a la forma moderna que ahora entendemos de contar historias a través de las películas.

El señor Giddens empezó entonces a elaborar su discurso acerca de las virtudes formales de la película. Al principio yo permanecí un poco escéptico acerca de admitir ese «valor» que él parecía atribuir a la cinta porque no podía separar el horrendo mensaje que la película transmitía de las excelsas cualidades técnicas que el anticuario trataba de exponerme; pero el señor Giddens era un experto en atrapar a sus oyentes con su elaborada y coherente elocuencia, como una serpiente de cascabel hipnotizaría a su presa antes de caer sobre ella. Así que, poco a poco, palabra a palabra, ilustrando su discurso con ejemplos de escenas concretas, el anticuario fue convenciéndome de todo lo que, según él, convertía a la cinta de Griffith, por derecho, en una pieza icónica de la historia del cine. Me habló de la innovación que supuso, en cuanto a narrativa, el pasar de películas mucho más cortas y menos elaboradas, donde casi todo parecía una grabación estática de una obra de teatro, a un film con una duración tan larga, y donde se combinaban multitud de técnicas –no inventadas por Griffith, pero sí usadas por primera vez con maestría y al servicio de la historia–, como el uso de primeros planos y tomas de detalle, los desplazamientos de cámara, la contraposición de planos, las tomas de un mismo actor desde diferentes ángulos, las secuencias abiertas, el fundido en negro, el uso grandilocuente de exteriores… todo ello al servicio de un mejor entendimiento de las secuencias, de una mayor inmersión del espectador en la historia y de una mejor transmisión de las emociones. Muchas de esas cosas, imperceptibles detalles que hemos normalizado y que damos por hecho en las películas modernas, tienen su base en la cinta de Griffith.

Era imposible no caer rendido ante las evidencias objetivas que el anticuario presentaba y, sobre todo, cómo las presentaba. Empecé entonces a ver la cinta de otro modo, siendo consciente de sus numerosas virtudes y de su impacto en todo el cine que vendría después. Lo único malo es

que no lograba olvidar del todo la otra parte de la película, la «no formal», la «no técnica», la referente al horrendo mensaje que lanzaba en todo su tramo final. Y pronto descubría que la cinta no solo tuvo un gran impacto (positivo) en la industria e historia cinematográfica, sino que tuvo segundo impacto, también tremendo pero muy negativo, en la sociedad estadounidense; una inesperada y diabólica derivada de la que un poco después en esa misma charla hablaríamos el señor Giddens y yo.

Recuerdo, por ejemplo, cómo el anticuario analizó para mí con extremo detalle la secuencia del asesinato de Lincoln y debo reconocer que me convenció del todo de esas virtudes técnicas que él alababa en la cinta.

Mi patrón no pudo dejar de incluir también algunas anécdotas curiosas en su discurso, como que el actor que encarga a John Wilkes Booth –el asesino del decimosexto presidente– es Raoul Walsh, el que más tarde sería el famoso director de películas como ***El ladrón de Bagdad***, ***Los violentos años veinte***, ***Murieron con las botas puestas***, ***Objetivo Birmania***, ***El mundo en sus manos*** o ***Una trompeta lejana***, la que hasta la fecha parecía ser (y, de hecho, fue) su última película. Me sorprendió que Walsh hubiera sido actor, ya que algunas de las películas que mencionó el anticuario me sonaban mucho y podía reconocer la labor de Walsh como director, pero me contaba asociar de forma natural la doble faceta de aquel señor; sin embargo, según me comentó el Señor Giddens, esto era muy habitual en los comienzos del cine, donde todo se aprendía con la práctica, no había escuelas para estudiar el oficio y los que llegaron a ocupar puestos técnicos y creativos provenían en muchas ocasiones de las artes escénicas, y en especial del teatro. El caso es que Walsh participó como actor en muchas películas y compaginó esta faceta con la guionista y director hasta que, buscando localizaciones durante el rodaje de ***En el viejo Arizona***, en 1929, –el primer *western* hablado, por cierto– una liebre se cruzó en el camino de su coche provocando un accidente que rompió el parabrisas del automóvil y cuyos cristales le hicieron perder un ojo, lo que acabó con su carrera de actor y le hizo llevar parche el resto de su vida.

También me dijo que Walsh fue uno de los fundadores de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood –sí, la misma que «inventó» los famosísimos premios Óscar– y que fue el descubridor de Marion Morrison, al que le dio su primer papel protagonista en la película de 1930 ***La gran jornada***. Por supuesto, yo no tenía ni idea ni de la mencionada cinta ni de quién era el tal Marion, pero rápidamente el señor Giddens me desveló el «secreto». Marion Morrison era uno de los más grandes y conocidos actores del planeta, solo que nadie lo conocía por su verdadero nombre, sino por el que le puso Walsh al contratarlo: John Wayne. Al salir el nombre de Wayne en la charla, el señor Giddens hiló de forma ágil con otro gran amigo de «el Duque», John Ford, y cerró el círculo volviendo a la cinta de Griffith, indicándome que el maestro de los *westerns* también había participado como actor en ***El nacimiento de una nación***, en su caso como uno de los encapuchados a caballo del Ku Klux Klan que aparecen al final de la cinta. Y como John Ford también llevaba un parche –por una mala curación de una operación, en su caso– el anticuario no pudo evitar unir a los dos grandes directores mencionados conmigo y mi condición de tuerto. Creo que esa fue la única vez, en todo el tiempo que compartimos juntos, que mi patrón mencionó el tema de manera directa; pero lo que en cualquier otra ocasión podría haber resultado una simpática coincidencia para mí –ser mencionado en una terna compartida con dos de los mejores directores de la historia del cine, aunque solo fuera porque los tres llevábamos un parche en el ojo–, se tornaba en un comentario algo simplista, infantil y carente de

valor en aquella charla, habida cuenta de mis sentimientos encontrados hacia la cinta que acabábamos de ver y estábamos comentando. Lo cierto es que tampoco le di más importancia.

Siguió hablando de los actores de la cinta. Más allá de la calidad interpretativa de los mismos, yo me preguntaba cómo alguien en su sano juicio habría querido participar en aquella farsa, en esa degradante pseudoverdad que pretendía sentar cátedra sobre la justificación de los acontecimientos que siguieron a la Guerra de Secesión. En un momento dado, no pude evitar mencionar mi indignación y repulsión por todos aquellos que hubieran participado en la cinta, por mucho que luego hubieran tenido un recorrido glorioso en el mundo del cine por el que ser admirados, como les había sucedido a Walsh y Ford.

—¿De verdad usted no piensa que la moral de estas personas estaba algo distorsionada? Me cuesta concentrarme en valorar las interpretaciones de unos sujetos que apoyaran un mensaje tan radical y racista como el divulgado por la película —dije, muy digno y convencido de que el anticuario me daría la razón.

—Querido William —contestó en un tono del todo condescendiente—, te confieso que me apena un poco que, a pesar de nuestra sincera y profunda charla sobre los prejuicios y la normalidad de hace unos días, vuelvas a quedarte con una visión simplista y unilateral de la cuestión que estamos tratando. —Me sentí entonces como un niño al que un profesor le recrimina en clase no haber aprendido nada de la lección del día anterior, torpe y perdido. La expresión de mi cara seguro dijo todo lo que mis labios no supieron expresar; y el señor Giddens continuó hablando—. Por más que pueda empatizar con los sentimientos que seguro sientes hacia el mensaje de la película, no debes olvidar que esto no es más que cine. Es decir, ante todo, una industria. Una industria que se mueve por dinero y que da de comer a mucha gente. Puedo estar de acuerdo en la irresponsabilidad de los dirigentes que la llevaron a cabo, y en breve además te contaré hasta qué punto fue dañino el mensaje que construyeron y difundieron con el film, pero no puedo valorar los sentimientos e inclinaciones políticas o raciales de cada uno de sus intérpretes o de los integrantes del equipo técnico de la película, porque no los conozco. ¿Acaso crees que el actor que interpreta a un asesino en una película siente que realmente está bien matar a la gente?

—Claro que no. Eso sería absurdo.

—Tú lo has dicho; sería absurdo. Dicho esto, sí que podemos tachar de inconscientes o ciegos a aquellos que participaran en la cinta sin compartir los principios morales que esta esgrime de forma tan clara; o directamente de hipócritas capitalistas. Pero nunca sabremos quiénes fueron de verdad, ¿no crees?

—Supongo… que tiene razón —dije rendido a la argumentación del anticuario—. Pero es que me resulta tan obvio que lo que cuenta la película está mal… ¿Cómo puede alabarla tanto?

—Alabo su forma, William, no su fondo. Son cosas muy distintas —me espetó entonces algo indignado por tener que justificarse—. Déjame terminar de comentarte algunos detalles sobre los actores y entonces atacaremos de lleno el tema del pernicioso mensaje que lanza, ¿de acuerdo? —¿Cómo decirle que no? Mi asentimiento con la cabeza bastó para que el anticuario retomara su discurso sobre los actores donde lo había dejado—. ¿No te parece que Lillian Gish está magnífica? Esa mirada entre melancólica y tierna… ¡más de la mitad de su actuación está en sus ojos! Me recuerda mucho a mi hija Willow, tan preciosa… y tan frágil…

Por un momento, me pareció que unas lágrimas iban a aflorar en sus claros ojos al recordar a su hija fallecida, pero el señor Giddens se repuso pronto y continuó hablando.

Lillian Gish era la protagonista femenina más importante de la película, donde interpreta a

Elsie Stoneman, la hija del patriarca de la familia del norte. Me contó que la actriz fue descubierta en 1912 por el propio Griffith, con el que rodó numerosas películas, y que estaba al principio de sus veinte cuando actuó en ***El nacimiento de una nación***. Hablamos de Henry Walthall, que interpreta al coronel Ben Cameron, hijo mayor de la familia del sur y el héroe de la cinta –en términos formales, que no morales–, pretendiente de Elsie y defensor de esta con sus acólitos del Klan. Lo cierto es que Walthall está muy bien en la cinta y, si dejamos a un lado la moralidad de su personaje –algo difícil, pero por otro lado muy bien justificado en el propio contexto inventado de la película–, no podemos dejar de reconocer el empaque y la fuerza de su personaje. El señor Giddens me contó que Walthall conoció a Griffith al ser ambos compañeros de reparto en la primera película que este protagonizó, en 1908; porque sí, Griffith también fue actor antes que director.

Un poco más abierto a reconocer entonces las actuaciones del elenco, hablamos de Spottiswoode Atkins, que interpreta al doctor Cameron, el patriarca de la familia sureña, que a ambos nos parecía un gran secundario. Y también reconocimos cierta sobreactuación en algunos personajes, todavía con un buen ramalazo de los exóticos y exagerados aspavientos y expresiones de las primeras interpretaciones cinematográficas.

Diseccionamos una de las secuencias clave de la cinta y quizás el momento, el punto de inflexión, donde esta se vuelve del todo disparatada y partidista respecto a la necesidad de organizar a un grupo de valientes sureños que defiendan el honor de sus mujeres y devuelvan la cordura perdida al país. Me refiero al acoso a Flora Cameron, la hija pequeña, por parte de Gus, un liberto afroamericano –o un «negro renegado», como aparece anunciado en los títulos de crédito–, que termina con la desesperada caída por un barranco –y posterior muerte– de la pequeña de los Cameron, dando esto lugar a la justificación perfecta para que el ofendido y honesto hermano mayor no tenga otra alternativa que organizar un grupo de rebeldes y heroicos hombres que, vestidos con túnicas blancas –idea sacada al ver el miedo que unos niños sureños disfrazados de fantasmas consiguen infundir en un grupo de niños afroamericanos… sí, todo muy sutil…– y blandiendo cruces en llamas, como hacían los clanes escoceses para llamar a sus colegas a la guerra, pusieran en su sitio a los desalmados y oportunistas libertos y devolvieran al país a la senda correcta de rectitud y seguridad que habían perdido tras la guerra.

—Olvida por un momento el color de la piel del Gus, el acosador —me dijo en un momento dado el señor Giddens—. ¿Crees que la secuencia habría sido menos dramática de haberse rodado con personajes de otras razas? ¿Habría tenido menos impacto emocional?

—No. No lo creo. Lo realmente horrible de la secuencia es el acoso en sí y el desenlace que provoca —contesté tras meditarlo un momento.

—Exacto, William. Imagina que fuera al revés, que la muchacha fuera afroamericana y el acosador blanco. En el contexto que plantearía la película entonces, ¿no estaría igualmente justificada la venganza de los damnificados hacia el acosador? ¿Y si los dos fueran blancos? ¿O ambos afroamericanos?

—Sí, entiendo lo que quiere decir.

—La secuencia es espléndida, la narración es magnífica… y lo único lamentable es que lo utilice para dar justificación a lo que viene después; y no me refiero a la venganza en sí, eso tiene todo el sentido a nivel de coherencia narrativa, sino al establecimiento del Ku Klux Klan como grupo organizado para solucionar un «problema» que pretende insistir en que existía en la postguerra del país, y lo hace de una forma que no puede ser más partidista y sesgada. —Conforme el anticuario hablaba, yo empezaba a entender un poco mejor todo lo que quería

explicarme y el motivo por el que aquella calurosa tarde de agosto me hubiera puesto esa determinada película—. Déjame ahora que te cuente algo sobre el Klan.

Por fin llegábamos a la parte que yo llevaba esperando un buen rato. No pude entonces dejar siquiera que el señor Giddens iniciara su discurso sobre el Klan y le lancé de forma impulsiva una primera cuestión, quizás menor pero que me había estado preguntando durante algún tiempo desde que la sombra del Imperio Invisible diera signos de haberse instalado en Fortress Flint a través de los acontecimientos de aquel verano.

—Claro. Dígame, lo primero, por qué le pusieron ese nombre tan estrafalario al grupo.

El señor Giddens no pareció molestarse por mi curiosa interrupción y contestó, como siempre, con tono tranquilo y académico.

—Pues verás, William, los fundadores del grupo eligieron el nombre como una combinación de las palabras «kuklos» y «clan». La primera proviene del griego y significa «círculo», aunque la dividieron y distorsionaron un poco para darle más potencia y sonoridad: Ku Klux. El vocablo «klan» es directamente una referencia a los clanes escoceses, ya que la mayoría de ellos tenían ancestros provenientes de esta parte del Viejo Mundo, le cambiaron la «c» por la «k» en un simple y puro ejercicio de *marketing*.

—O sea, que básicamente lo usaron así porque «sonaba bien», ¿no?

—Eso es. Vamos ahora con un poco de historia —siguió el anticuario, ya decidido a entrar en materia—. En la víspera de Navidad de 1865, seis veteranos confederados de Tennessee fundaron el primer Ku Klux Klan como herramienta para oponer resistencia a la forma en la que el país estaba siendo reconstruido tras el conflicto bélico que lo había asolado durante los cuatro años anteriores. El objetivo fundamental de la organización era controlar a los esclavos liberados tras la guerra, intentando limitar su prosperidad económica, su educación y sus derechos constitucionales. Para conseguir su propósito, al principio utilizaron el humor y los discursos como forma de expresión, pero pronto empezaron a humillar a sus víctimas y sus métodos se volvieron muy violentos. Por su pasado defendiendo la necesidad de la esclavitud, muchos miembros del partido demócrata en el sur quisieron pertenecer al Ku Klux Klan. Además, el objetivo de sus intimidaciones y ejercicios de violencia no solo era la población afroamericana, sino también muchos republicanos del sur; y en cuanto no lograban lo que buscaban no dudaban en llegar al extremo del asesinato, algo de lo que se vanagloriaban. Podría decirse que fueron la primera organización terrorista de los Estados Unidos. Sin embargo, toda esa violencia tuvo un efecto contrario al deseado en el medio plazo, ya que muchos adeptos en ideología al primer Klan vieron en los métodos del grupo una excelente excusa para fomentar y reforzar el control activo de las tropas federales en los estados de sur, algo que obviamente no les interesaba, con lo que el Klan fue en poco tiempo perdiendo adeptos formales y su potencia se vio reducida. Además, este primer Klan no tuvo nunca una organización legal, ni una estructura clara, oficial, ni representantes definidos, y solo sus llamativas vestimentas y exageradas prácticas servían para darle popularidad entre la población sureña. En realidad, el Ku Klux Klan de esa época no consiguió montar ninguna red de hombres adiestrados que lucharan de forma coordinada contra el sistema; lo que ocurrió es que muchos criminales independientes se autodenominaron parte del Klan, cada uno entendiendo como quería los motivos y estrategias a usar en la lucha. Por fortuna, esta forma inconexa ayudó mucho a que el grupo no se consolidara de manera más robusta y en 1871, a través del Acta de Derechos Civiles de ese año, promulgada por el presidente Ulysses S. Grant, se estableció una fórmula legal para dar protección y poder a la población afroamericana que les permitía denunciar con más eficacia a cualquiera que quisiera socavar sus derechos. Este

acta se conoce informalmente como el «Acta Ku Klux Klan» y supuso la puntilla definitiva a lo que entonces quedaba activo del violento comando.

En unos minutos, el anticuario me había dado una lección de historia cuyos detalles yo desconocía por completo. Ese tipo de cosas no las enseñaban en el instituto. Pensé que contaba todo aquello como si lo hubiera vivido en primera persona, pero por muy mayor que a veces pudiera parecerme mi patrón era del todo imposible que tuviera los cien años que nos separaban entonces de aquella infame parte de nuestra historia. De todo lo que dijo, me resultó curioso y bastante lamentable descubrir que el motivo por el que la población le dio la espalda al primer Klan –haciendo que perdiera fuerza en poco tiempo– no fuera porque considerara sus actos moralmente reprobables, sino por el miedo a las consecuencias de tener al gobierno federal demasiado «encima», muy cerca y pendiente de sus «asuntos». Una vez más, el ser humano volvía a demostrar no poseer toda la «humanidad» que se le presupone.

—¿Ahí acabó todo, entonces? ¿Cómo fue ese punto y aparte hasta lo que tenemos hoy en día? Porque es un hecho que el Klan sigue activo, ¿no? —pregunté yo con el máximo interés.

—El hecho de que el Klan desapareciera oficialmente en 1871 no supuso en modo alguno la disolución completa de sus ideales, los cuales siguieron muy vivos en la mente de muchos blancos, la mayoría sureños, que tuvieron que conformarse con masticar su odio y tragarse su bilis durante los siguientes cuarenta y cuatro años. —¿Cuarenta y cuatro años?, pensé. Qué cifra tan exacta. Hice una rápida cuenta y eso me llevó a 1915. Pero antes de que pudiera seguir uniendo los puntos hasta la siguiente parada que el señor Giddens había previsto en su discurso, este continuó—. Entonces, William, en 1915 ocurrieron dos cosas que cambiaron el curso de la historia, provocando el nacimiento del segundo Ku Klux Klan, el más numeroso y virulento hasta la fecha. —Caí en la cuenta que 1915 era el año del *copyright* que había visto al comienzo de la cinta de Griffith, con lo que especulé con que algo de lo que vendría a continuación tendría relación con ella. Sin embargo, el señor Giddens empezó a relatar otro suceso en apariencia independiente—. Déjame ir primero un par de años atrás, a 1913. Ese año, Mary Phagan, una muchacha que trabajaba en una fábrica de lápices de Atlanta, fue violada y asesinada en el sótano de la misma. Tenía solo trece años. Tras interrogar a algunos sospechosos iniciales, el peso de la ley cayó de lleno en Leo Frank, un judío de ascendencia alemana —aquella frase me hizo pensar entonces en mi amigo Abe— que era entonces el gerente de la fábrica y que siempre se declaró inocente del brutal crimen. Frank fue condenado a muerte, aunque posteriormente le conmutaron la pena a cadena perpetua tras revisar las evidencias del caso. Sin embargo, no llegó a cumplirla porque dos años después, en 1915, un grupo de hombres blancos, ricos en su mayoría, se presentaron en la penitenciaría donde Frank cumplía condena, lo secuestraron y lo lincharon públicamente colgándolo de un árbol. Este grupo de exaltados justicieros se hacían llamar «Los caballeros de Mary Phagan» y estaba formado por jueces, abogados, médicos y otros excargos públicos; no llevaban túnicas ni capuchas blancas, pero su odio era igual de fuerte que el exhibido por el Klan unas décadas antes. La policía no hizo nada para detener el espectáculo y el caso se hizo muy popular en todo el país, donde contó con muchos horrorizados detractores… pero también con cierto sector fanático que lo apoyó con fervor.

Ni el señor Giddens ni yo podíamos saber entonces, en el momento de aquella conversación en agosto de 1967, que quince años más tarde, en 1982, el testimonio de Alonzo Mann, uno de los exempleados de la fábrica, despejaría todas las dudas acerca de la culpabilidad de Leo Frank, y pondría de manifiesto al verdadero culpable, el conserje de la fábrica Jim Conley, que al parecer

habría amenazado de muerte a Mann para que no hablara. Leo Frank fue indultado a título póstumo en 1986.

—Por si todo esto fuera poco, ese mismo año se estrenó la película que acabamos de ver hoy. No hace falta que incidamos en el pernicioso mensaje que contiene, pero ¿por qué ***El nacimiento de una nación*** supone un hito tan importante para el advenimiento del segundo Klan, cuando la novela de Thomas Dixon en la que se basa se había publicado diez años antes, e incluso contaba con una adaptación teatral? Muy sencillo. Porque la película fue un auténtico éxito. Recaudó más de once millones de dólares y fue vista por más de treinta millones de personas en todo el país. La obra y el discurso de Dixon encontraron en el cine el catalizador perfecto para llegar a millones de personas, de toda condición, que nunca habrían tenido acceso a la obra literaria o a la teatral. El propio Dixon decía que el cine y esta película en particular había sido treinta veces más efectiva para su discurso que cualquier colección de libros que él hubiera podido llegar a escribir. El cine usado como medio de comunicación de masas, como altavoz popular, consciente o inconscientemente por sus responsables, se convertía en la herramienta perfecta para aleccionar y exaltar a muchas personas en las que las ideas racistas de una generación anterior habían enraizado con fuerza aun sin mostrar sus flores de forma visible. —Yo era la primera vez que tomaba conciencia del poder del séptimo arte como eficaz difusor de mensajes, políticos, sociales, partidistas, y no solo como un mero e inocuo entretenimiento. Y un escalofrío me recorrió la espalda. El señor Giddens seguía hablando ante mi cara de estupefacción—. Muchos vieron incluso un marcado paralelismo entre la historia real de Mary Phagan y la inventada de Flora Cameron, la pequeña que en la película muere intentando huir de su acosador. Y todo ello incitó aún más a las masas a creer como cierto todo lo que la película contaba.

—Pero todo eso es una patraña, señor Giddens —repliqué yo bastante indignado con la realidad que el anticuario me estaba descubriendo—. ¿De verdad nadie protestó contra esto? Por mucho que la película se entrenara hace cincuenta años, debía quedar alguien cuerdo en el país aún entonces, ¿no?

—Por supuesto. El film generó mucha polémica. Pero eso no le restó adeptos. En algunas ciudades, la gente acudía al cine disfrazada del Ku Klux Klan, y hubo ataques contra la población afroamericana, lo que llegó a ocasionar que se cancelara su exhibición en varias ciudades importantes. También en muchos otros se organizaron manifestaciones en contra del film, con muchos ciudadanos denunciando su mensaje.

—Y el gobierno, ¿no hizo nada?

—Nada de forma ejecutiva. De hecho, el film se rodeó aún de más polémica porque, no sé si te fijaste, pero el presidente del país por entonces, Woodrow Wilson, aparece citado en el film —dijo el anticuario mientras yo intentaba hacer memoria del texto donde se mencionaba su frase—. Hay un momento en el que en una de las pantallas con texto se menciona una frase atribuida a Wilson en la que este alaba de forma explícita al Ku Klux Klan como imperio de hombres blancos necesario para proteger la Nación del Sur. Ese claro mensaje del presidente del país lo posicionaba como un racista, por lo que Wilson se vio obligado más tarde a declarar públicamente su reprobación y rechazo a la producción.

Yo seguía impresionado con lo «fantasiosa» que sonaba toda aquella historia. ¿Era realmente posible que todo aquello hubiera sucedido de aquella manera? ¿Sin que la trascendencia de todo aquello llegara a nuestros días con la fuerza suficiente para mantener viva la llama de reprobación social de todos esos mensajes racistas? La realidad superaba a la ficción.

—¿Usted vio la película en el cine en el momento de su estreno? —pregunté entonces, sin

pararme a pensar en los años transcurridos y en las posibilidades reales de que el anticuario hubiera podido tener edad suficiente para vivir todo aquello siendo consciente de la importancia de ese momento en la historia del país.

—Sí, la vi en un cine de Florida, en 1915.

No mencionó nada sobre su edad, pero calculé que el señor Giddens debía de ser un adolescente –o acabar de dejar de serlo– cuando se estrenó la película.

—¿Y qué le pareció?

—Pues me pareció al mismo tiempo excelente y horrible. Siempre he tenido sentimientos encontrados hacia la cinta de Griffith. Creo que es el ejemplo perfecto de cómo una obra puede provocarnos emociones contradictorias, porque no solo llega a nuestros sentidos con su forma, sino que llega a nuestros corazones con su fondo; y en mi caso, y creo que también en el tuyo, los agita de manera diferente. Para mí, en cuanto a forma es una obra maestra, la dimensión del lenguaje cinematográfico usado, la pionera narrativa para su época, la concepción y valentía de integrar formas de expresión visuales que expliquen los hechos de la manera en que lo hace la película me parecen incuestionables como conceptos de alto valor técnico. Sin embargo, en cuanto a fondo la cosa es muy distinta. Su mensaje nunca podría ser defendible, ni ahora ni en el momento de su estreno; y el remarcado hincapié con el que Griffith lo martillea en el espectador es aterrador y repulsivo. Su valor moral es nulo y un ataque frontal contra la humanidad y los derechos civiles.

Yo intentaba entender todo lo que el anticuario me explicaba. Sabía que él estaba intentando ser muy claro con un tema bastante complejo, pero la dicotomía presentada aún me suscitaba dudas.

—Entonces, como película, ¿es una obra maestra o no lo es?

—El arte es a menudo una combinación de forma y fondo, por lo que es difícil catalogar la pieza como algo grandioso o algo horroroso de manera simplista. Resulta imposible separar lo que nos fascina de ella de lo que nos repele. Si tuviera que valorarla en conjunto, jamás podría decir que lo es. Creo que los motivos han quedado claros. Pero en este caso merece la pena diseccionar la obra más allá de esa valoración global, porque hay mucho que aprender de ella, tanto de lo bueno como de lo malo. Y en ese sentido, sí que se convierte en un título imprescindible.

—¿Cómo la trataron los críticos cuando se estrenó? —indagué para tratar de seguir incidiendo en el asunto.

—En general, la película fue tratada muy mal por la mayoría de los críticos, que vieron en su mensaje un claro ataque a las libertades que tanto trabajo estaba costando construir en el país. Griffith nunca aceptó estas críticas y defendió siempre con mucha intensidad la libertad de expresión que le otorgaba la Constitución, indicando que su obra había sido malinterpretada. De hecho, tan acosado se vio por la prensa y por parte de la sociedad que solo un año después estrenó ***Intolerancia***, otra gran obra de más de tres horas en la que se centraba en un mensaje pacifista y lleno de buenas intenciones. Muchos dicen que lo hizo para redimirse, para demostrar que sus creencias no tenían por qué estar ligadas a su arte y para que le quitaran la etiqueta de sureño racista que se había granjeado con ***El nacimiento de una nación***, pero él siempre dijo que precisamente el título era una réplica directa a la intolerancia mostrada por todos aquellos que habían atacado su anterior film. Por cierto, a pesar de sus muchas virtudes, ***Intolerancia*** fue un fracaso en taquilla y el comienzo del declive de la carrera de Griffith.

—En su opinión, ¿cree que había intencionalidad en la confección ideológica de ***El nacimiento***

***de una nación***? ¿Piensa que fue una película basada en una estrategia bien planeada para sacudir los ideales racistas subyacentes pero adormecidos en buena parte de la población norteamericana?

—Bueno, esa es una cuestión complicada, William. Algunos dirían que el contexto de la época era diferente y justificarían el discurso de la misma como algo menos serio de lo que fue, simplificándolo a un mero óleo de la triste realidad que vivía el país entonces y explicándolo como algo normal; pero yo no creo que sea algo tan sencillo como contextualizar la película en la época en la que se filmó, ya que sus mensajes racistas son tan reprobables hoy como lo eran entonces. Puedo asegurarte que la concienciación social que hay hoy sobre el tema del racismo no era la misma que había hace cincuenta años, ni hace cien, recién salidos de un sistema esclavista; pero sí que existía. Muchos de los personajes que hemos mencionado hoy, Dixon, Griffith, el presidente Wilson, eran sureños y se criaron en la Guerra de Secesión o en su postguerra, en un ambiente en el que todos estos ideales racistas se respiraban y se sentían como normales, sobre todo en el sur; es más, se percibían como valores reales de la sociedad, como valientes y férreas convicciones necesarias para proteger a la nación. —Hizo una pausa entonces, desviando su mirada al suelo, como queriendo reflexionar antes de continuar con una pregunta que, por supuesto, no debía ser sencilla de responder cuando el anticuario no parecía encontrar del todo el tono directo en su contestación—. ¿Recuerdas nuestra conversación del otro día en el parque? ¿Recuerdas lo que hablamos sobre la «normalidad», lo que significa para cada persona ser «normal»? Pues para muchas de estas personas, esos pensamientos, esos sentimientos racistas eran normales, eran lo que habían vivido desde pequeñas, lo que se les había inculcado, enseñado, estaban empapadas de ellos y, aunque el sentido común y los valores que pudieran ir forjando cada una evolucionaran con el tiempo, lo hicieron de manera desigual en cada individuo. Ahí es donde está la diferencia: en la evolución del pensamiento, del juicio de cada uno. Ahí es donde está la verdadera potencia del ser humano: en tener la capacidad de ser suficientemente autocrítico, flexible y valiente para modificar nuestras convicciones si estas empiezan a no casar con nuestros valores; en darse cuenta de que los conceptos del bien, del mal y de la justicia no deben estar fijados más que por uno mismo y su propio juicio, no por una sociedad o por unos dirigentes con intereses particulares o partidistas. Por mucho que nos digan que «matar está bien», deberíamos ser capaces de entender lo pernicioso de ese pensamiento y modificarlo, con el tiempo y la madurez suficiente, en nuestras mentes. Volviendo a ***El nacimiento de una nación***, si me pides mi opinión, por ejemplo, de los tres nombres públicos que he mencionado que estuvieron relacionados con la producción de una u otra forma, y esto es solo una conjetura personal, te diría que el odio de Dixon me parece el más radical. Su padre y su tío fueron miembros de primer Klan y, por mucho que él no contara nunca como miembro oficial del grupo, su discurso contra los afroamericanos, a los que consideraba la peor plaga corrupta del país, fue siempre muy duro. Decía que escribió su trilogía sobre «la reconstrucción», formada por los volúmenes ***The Leopard's Spots***, ***The Clansman*** y ***The Traitor***, como respuesta a la profunda indignación que sintió al ver una representación teatral de ***La cabaña del tío Tom***, de Harriet Beecher Stowe, una obra antiesclavista previa a la Guerra de Secesión que en su opinión desvirtuaba la verdadera historia del sur y cómo esta debía ser contada.

—Entiendo. Quería contar su verdad de la historia —apunté yo.

—Exacto, William: «su» verdad, no «la» verdad. De hecho, eso fue lo más perjudicial que tuvieron la obra de Dixon, primero, y su adaptación al cine, después: que ambas daban por hecho y cierto todo lo que contaban. El libro de Dixon tiene incluso un prólogo «para el lector» en el

que su autor afirma que todo lo narrado en él es cierto y que no se ha tomado ninguna licencia histórica para escribir el mismo, más allá del cambio de algunos nombres.

—Increíble —repliqué yo no llegando a comprender cómo alguien podría dar crédito a toda aquella doctrina que Dixon parecía querer imponer—. ¿Y Griffith? ¿Acaso él no conspiró también con su obra para fomentar el renacimiento del violento grupo?

—Griffith contribuyó de forma indudable y decisiva al devenir de la historia de nuestro siglo al trasladar a la pantalla grande de manera íntegra y precisa la historia ideada por Dixon. Griffith también era un hijo del sur, más joven que Dixon, y pienso que su educación racial y el hecho de que su familia sufriera un declive económico tras la guerra a causa de perder ciertos privilegios le facilitó el camino para no cuestionar lo narrado por Dixon, sobre todo por la idílica y romántica visión que este da en su libro de los «buenos hombres blancos del sur», algo que él seguro que se consideraba. Pero de ahí a que conspirara o especulara con su obra para lograr un virulento renacer del Klan… no estoy tan seguro. Cuando filmó ***El nacimiento de una nación*** creo que simplemente estaba más preocupado de la parte técnica, de la cuestión de la narrativa fílmica, que del mensaje de fondo que la cinta lanzaba y de su posible trascendencia; un mensaje que para él era «normal», era «creíble», era «la realidad» que su familia había vivido o que él creía haber vivido. No pienso que fuera un movimiento calculado por Griffith respecto a la influencia que su mensaje racista, sureño, contra los afroamericanos, podía llegar a tener en la sociedad. Mi opinión, completamente personal, es que si de algo se puede acusar a Griffith es de inconsciencia; de convencerse de la veracidad de la narrado por Dixon en ***The Clansman*** y de no analizar de modo alguno los riesgos de la negativa repercusión social que su obra podía llegar a tener, precisamente porque para él mismo no era un mensaje de ninguna manera envenenado, ni creo que tan trascendente como sí lo fue para el país. Incluso cuando le costó trabajo encontrar actores afroamericanos para rodar algunas secuencias de la película, no reculó ni recapacitó sobre lo que estaba haciendo, simplemente usó la técnica de pintar de negro la cara de actores blancos, como se llevaba haciendo desde el siglo XVIII en el teatro, y siguió adelante. De hecho, esta forma de representar personajes afroamericanos no se ha considerado racista y se ha prohibido hasta hace muy poquito tiempo, gracias al movimiento de Derechos Civiles impulsado por Martin Luther King. Piénsalo, William, estamos hablando de algo que ha cambiado hace solo tres años. Por tanto, en 1915, para Griffith su película seguro que era un cincuenta por ciento arte técnico y un cincuenta por ciento puro negocio; pero la parte moral, la parte aleccionadora de lo que contaba, pienso que debía tener para él poco o ningún peso.

—¿De verdad cree en esa inocencia por ausencia de malicia de Griffith? —inquirí yo no del todo satisfecho con la respuesta anterior del anticuario.

—Yo no exculpo a nadie de nada. No puedo saber a ciencia cierta lo que pasaba por la cabeza de Griffith —continuó él con bastante sobriedad—. Solo puedo especular basándome en otras cosas que conozco de él. Que era racista, de eso estoy seguro; pero porque para él eso era lo «normal»; probablemente no lo era de un modo extremo, pero no creo que viera a los afroamericanos como iguales. Su película fue el catalizador para iniciar una nueva ola de violencia y racismo incontrolado en el país, pero no pienso que ese fuera su plan, su objetivo cuando decidió filmarla, ni mucho menos. Griffith hizo otras muchas cosas en su vida, aparte de muchas más películas, antes y después, que no tocaban el tema racial en absoluto. Con el poder mediático de que disponía, podía haber seguido aleccionando al país con discursos racistas e incitando a la violencia, algo que no hizo. Además, fundó la United Artists, con Douglas Fairbanks, Mary Pickford y Charles Chaplin; y Chaplin, un reconocido progresista, antibelicista,

siempre habló de Griffith como «el maestro de todos ellos». ¿Crees que el hombre que rodó ***El gran dictador*** habría trabajado tan de cerca y habría dicho eso de un racista redomado, radical, perverso y cruel, de haberlo sido Griffith, de una forma abierta? Yo tampoco —se contestó él mismo, dando por supuesta la respuesta en mi cabeza—. Por tanto, creo que era racista, pero por educación, no por extremas convicciones profundas ni por actuaciones violentas. —Hizo una pausa, y entonces continuó—. Sé que ahora estarás pensando «o se es racista o no se es racista», pero la realidad es que el mundo no es ni blanco ni negro, William. El mundo es gris. Y Griffith también era gris.

Sabía qué película era ***El gran dictador***. La había visto por televisión, pero nunca me había parado a pensar en su mensaje antibelicista; solo me había fijado en ella como «una comedia más de Chaplin».

—Pero usted condenará toda forma de racismo, ¿no? ¿O está justificando de alguna manera el racismo leve de Griffith, por llamarlo de alguna forma?

—Claro que condeno cualquier forma de racismo, William. Y no justifico ni el mensaje de su obra ni su inconsciencia al filmarla como lo hizo —respondió de inmediato, casi indignado por mi pregunta—. Solo trato de exponerte los hechos de una forma clara, transparente y objetiva, quitándole toda la emoción y juicio personal del que me veo capaz.

Yo trataba de entender lo que el señor Giddens me explicaba, pero no podía dejar de sentir cierto exceso de pulcritud en su discurso, como si este estuviera envuelto en una diplomacia tan extrema que pudiera incluso ocultar los verdaderos sentimientos o juicios del anticuario respecto al tema de fondo que nos ocupaba. Llegué a pensar que quizás él también era un «buen hombre del sur», aunque su acento era demasiado neutro como para aventurarme a apostar por ello; y, por supuesto, no iba a preguntarle directamente dónde se había criado. Enseguida pensé que, si era verdad que había visto la película en Florida hacía cincuenta y dos años, quizás también se hubiera criado allí, lo que aumentaba mi teoría de que fuera un sureño racista fingiendo que no lo era en realidad; aunque, por otro lado, tampoco todos los sureños tenían por qué ser racistas…

—¿Y el presidente Wilson? —seguí entonces indagando como me pareció más acertado—. ¿Cómo lo definiría usted y su relación con todo esto?

—Woodrow Wilson también era sureño; y también era racista. Para Wilson el concepto de esclavitud era aceptable porque se crio en una sociedad que así lo esgrimía. Wilson y Dixon incluso llegaron a coincidir en la Universidad Johns Hopkins, aunque Wilson era algo mayor que Dixon; y el escritor siempre se vanaglorió de ser su amigo, algo que el presidente nunca confirmaría, que yo sepa. Fíjate que, a pesar de que Wilson fue un gran defensor de la segregación racial e incluyó a muchos segregacionistas en su gabinete, fue el primer presidente demócrata que contó con un amplio apoyo de la comunidad afroamericana. Según cuentan, Wilson no tenía en su interior un odio profundo y crudo hacia los afroamericanos, simplemente se mostraba insensible ante los padecimientos y las aspiraciones de dicha comunidad. Incluso algunos dicen que, en la intimidad, era un gran fan de los chistes racistas; lo que cuadraría con su visión de los afroamericanos como una raza inferior, de la que reírse, pero no a la que necesariamente odiar. Y, con todo esto, hasta le dieron el Nobel de Paz. ¿Por qué? Porque hizo otras muchas cosas buenas, sobre todo en política exterior, que sí merecen reconocimiento, como su impulso a la creación de la Sociedad de Naciones tras la Primera Guerra Mundial, que fue precursora de la actual ONU. De nuevo, un hombre gris, William. ¿Cómo si no explicar sus sentencias a favor del Ku Klux Klan, tal y como se recogen en la película, y su posterior rechazo a la misma, al verse presionado por los medios y la sociedad? Si hubiera sido un tema que le

importara de veras, algo que defender a capa y espada, no habría vendido su postura por unos cuantos votos. Al final, supongo que el poder y el reconocimiento positivo de su imagen pública pesaron mucho más que unas pocas ideas y concepciones racistas heredadas de su infancia, que con seguridad consideraba secundarias en sus valores y en su vida.

Era difícil para mí entender esa dicotomía, esa concepción gris del mundo y del alma de los hombres, así que preferí cerrar capítulo y retomar de forma directa el asunto del segundo Klan.

—¿Podría contarme algo más sobre cómo se creó el segundo Klan, por favor?

—Por supuesto, volvamos a 1915. Leo Frank es linchado en público por «Los caballeros de Mary Phagan» y se estrena ***El nacimiento de una nación***. Estos dos hechos avivaron una llama de odio que nunca se había extinguido y se constituyó formalmente el segundo Ku Klux Klan. Este segundo Klan llegó mucho más lejos porque se fundó bajo unas premisas más amplias. Ahora su objetivo no eran solo los afroamericanos, sino también todos los judíos, los católicos y los inmigrantes. Y también los socialistas y comunistas. Con este alcance era mucho más fácil reclutar a gente y el segundo Klan se extendió rápido mucho más allá de los tradicionales estados sureños que lo habían apoyado en el siglo XIX, y mucho más allá del partido demócrata, donde había podido tener más adeptos en el pasado. Este Klan era más amplio, más global y mucho más ambicioso. Llegó a tener más de cuatro millones de afiliados en los años veinte y se infiltró en estamentos políticos y públicos de muchos estados. Sus estatutos se fundamentaban en la protección del débil y el inocente, la defensa de la Constitución y en ayudar en la ejecución de todas las leyes constitucionales. ¿A que estas ideas no suenan del todo mal? —Yo lo miraba extrañado, sin decir palabra, mientras él continuaba hablando—. Menuda interpretación hacían luego de esas premisas. ¿Te das cuenta lo fácil que es confundir y engañar a la gente, William? Incluso cuando hacían grandes barbaridades y su brutalidad no podía justificarse a los ojos de cualquier ser humano decente, una buena parte de la sociedad los defendía como medio para limpiar el país y devolverlo a la senda correcta de la rectitud y la moralidad… Sí, resulta increíble que esta gente pudiera hablar de moralidad.

—Y, ¿cómo se frenó todo esto? Porque ahora mismo o son verdaderamente invisibles, como dice su sobrenombre —comenté refiriéndome a la denominación de «Imperio Invisible» con la que también se conocía al Ku Klux Klan—, o ya no tienen tantos adeptos. Sabiendo que seguro que siguen existiendo, al menos yo no soy consciente de que estén tan extendidos ahora mismo por el país, ¿no? Por mucho que sigamos siendo azotados por olas de racismo en nuestras calles, como en los disturbios de Detroit de la semana pasada, no he visto en las noticias a encapuchados, ni túnicas, ni cruces ardientes…

—Así es, William. Aunque no están del todo erradicados, las cifras oficiales que se manejan ahora mismo de activos del Klan en todo el país no supera los tres mil.

Eso era muchísima diferencia respecto a los cuatro millones de la década de los veinte que había mencionado el señor Giddens hacía un momento.

—Bien, ¿y qué «milagro» pasó para llegar a donde estamos ahora?

—Bueno, no fue un hecho en concreto, sino varios. Quizás el primero y más significativo ocurrió a mitad de los veinte, cuando el Gran Dragón del Klan de Indiana fue condenado por violación y asesinato de una joven. —Yo no tenía ni idea de lo que era un «Gran Dragón», pero supuse que sería una figura jerárquica de poder dentro del Klan y no quise interrumpir al señor Giddens—. ¿Cómo se llamaba…? —siguió él intentando recordar el nombre del sujeto—… Stephenson, sí, David Stephenson. Los medios atacaron con justicia el hecho y lo difundieron mostrando que la suciedad y corrupción también podrían el interior del Klan, lo que ayudó a

desmitificar la idílica e impía imagen del grupo, y su supuesta inmunidad hicieran lo que hicieran. Esto provocó el comienzo del declive de la formación, que llegó a perder más del noventa por cierto de afiliados en los siguientes cinco años. Asimismo, el hecho de que algunos miembros destacados y muy populares del Klan apoyaran a la Alemania nazi en los treinta no hizo más que contribuir a la pérdida de popularidad del grupo; y, cuando el país se vio inmerso en la Segunda Guerra Mundial, perdió incluso muchos más adeptos. Finalmente, a mediados de los cuarenta, el activista de los derechos civiles Stetson Kennedy se infiltró en secreto en el Klan de Georgia para terminar de sacar a la luz todos los trapos sucios y ocultos de la organización, algo que consiguió tras un año de trabajo encubierto. Con las pruebas que recopiló y su propio testimonio desmitificó por completo lo que quedaba del Klan y eso fue lo que terminó por hundirlo como organización. Hoy, sin haber desaparecido del todo, sí que se encuentra mucho más disperso y sus componentes son, por suerte, mucho menos numerosos. —Hizo entonces una pausa para comprobar que yo lo había entendido todo antes de rematar con cierta preocupación —. Pero no hay que confiarse, William. El racismo está más presente que nunca en el país. Y recuerda que el Klan ya se extinguió una primera vez y años más tarde volvió con más fuerza y virulencia. Hasta que el odio sin sentido no se erradique de los corazones de todos los seres humanos, estaremos expuestos a que el Klan o cualquier otra organización similar surja de las entrañas del propio infierno y sigamos sufriendo una violenta intolerancia.

Aquello me estaba resultando muy interesante, pero me ponía muy triste pensar en esa parte malsana de la sociedad, en ese sucio trozo de nuestra historia. Pensar que aquella tarde acababa de visionar, en forma de película, el catalizador del resurgimiento de uno de los movimientos sociales más malsanos y diabólicos vividos por la humanidad era como haber visto el germen del horror, de la humillación y de la muerte para miles de personas. ¿Quién no se sentiría del todo abatido ante aquello?

—Todo esto me parece... no tengo palabras, la verdad —mascullé cuando el señor Giddens terminó su clase de historia—. Siempre había pensado, como la mayoría de los de mi generación, que el mayor diablo en la Tierra, al menos en este siglo, había sido Hitler… los nazis en general; sin saber que los ideales racistas y antisemitas de estos no eran propiedad exclusiva de ellos ni siquiera habían surgido de ellos antes de extenderse a otros puntos del planeta. Los nazis no inspiraron al Ku Klux Klan, como a lo mejor yo podía pensar. Yo no era hasta hoy del todo consciente de la repercusión del Klan, de su semilla, de su porqué y del arraigue de sus ideales en la sociedad estadounidense. Alemania nos queda muy lejos, pero todo lo hablado hoy sucedió aquí, en nuestro país… Lamento haber sido hasta ahora tan ignorante de no conocer la historia de mi propio país. Una historia tan cercana, además, y tan importante. Muchas gracias por compartirla conmigo, señor Giddens.

—Mi querido William, justo ese es el motivo por el que hoy quería mostrarte esta película. La gente olvida muy rápido y hay hechos muy relevantes que no deberían ser encerrados en un cajón sin llave. Hay una parte de los que manejan los hilos del país a los que les interesa esconder toda esta verdad. Pero hay que recordar. Recordar para no repetir los mismos errores del pasado. Yo soy ya muy viejo y he visto muchos, muchos errores cometidos por los hombres. Y muchos de ellos repetidos. ***El nacimiento de una nación*** es una magnífica cinta a nivel técnico y narrativo y a la vez uno de los más infames panfletos ideológicos jamás realizado, con posiblemente la mayor repercusión social que nunca una película ha tenido y cuyas consecuencias aún duran hoy, más de cincuenta años después de su estreno. La tengo en mi colección por su importancia en la historia, no solo del cine sino en la general de este país, y

porque me parece esencial recordar a través de ella, sabiendo cómo interpretarla, cómo digerir su mensaje, un camino salvaje que no conviene volver a transitar, y que, según los acontecimientos que me has contado que os han sucedido a tus amigos y a ti estas semanas, parece que ahora podría estar volviendo a aflorar en Fortress Flint.

Con esa terrorífica reflexión final dimos por concluida nuestra sesión de cine de aquella tarde y la posterior intensa charla que la había acompañado. El reloj marcaba quince minutos más de las diez de la noche y mis amigos debían de estar esperándome para el resumen del día, así que me disculpé con el señor Giddens por no ayudarlo a rebobinar los rollos de la película y a recoger –algo que no me reprochó– y salí corriendo hacia Oak Square, que por suerte quedaba solo a unos pasos de la casa del anticuario.

Ellos ya estaban allí cuando yo llegué sin aliento, a pesar de que la carrera que di no podía haber sido más breve. Terence ya había puesto al día a mis otros dos amigos acerca de nuestro penoso seguimiento matutino. Penny y Abe habían estado esperando a que yo llegara para hacer lo propio con el suyo de por la tarde. Mi pelirrojo amigo no pudo evitar hacer un comentario sobre mi retraso.

—¿Dónde te metías, Will? Estábamos ya a punto de llamar al timbre para sacarte de ahí dentro. ¿Acaso te habían secuestrado?

—Seguro que estaba viendo una peli —apuntó con acierto y algo de envidia Terence.

Por supuesto que había estado viendo una película. Pero no una cualquiera. A pesar de que tenía ganas de saber lo que mis amigos hubieran podido hacer aquella tarde, no podía dejar de pensar en todo lo que la sesión de cine y coloquio con el señor Giddens me había hecho sentir aquel primer martes de agosto. Y, como siempre –pero ese día más que nunca–, estaba ansioso de poder compartirlo con mis amigos; pero no era ese el mejor momento, ya que todos parecíamos bastante cansados y mi discurso requeriría de cierta intensidad y energía.

—Venga, dejémonos de historias, que es muy tarde —cortó Penny—. Esto es lo que hemos sacado en claro esta tarde. Primero fuimos a los billares donde vosotros habíais dejado a Nathan. Estuvimos un buen rato, más de una hora, pero entonces me cansé de esperar a que saliera y me decidí a entrar. —Yo miré a Abe, intentando ver su reacción, para que me confirmara si él también se había atrevido a acompañarla o había preferido quedarse fuera. Por la vergüenza en su mirada supe que había sido lo segundo. Penny seguía hablando—. Ya se había ido. Debió de marcharse entre que vosotros dejasteis el puesto y nosotros llegamos. Tenemos que intentar sincronizarnos mejor la próxima vez —dijo de forma constructiva y sin ningún ápice de reproche en su tono—. Seguimos dando vueltas por allí cerca, a ver si nos lo encontrábamos por casualidad, pero no tuvimos ningún éxito. Yo había estado indagando un poco por la mañana porque me sonaba que mi hermana conocía a la hermana de Marky y le estuve preguntando por su familia. Lauren me dijo que la chica se llamaba Stefanie y que habían coincidido en el instituto. Alguna vez habían trabajado juntas en algún proyecto de clase. Mi hermana tiene una opinión bastante neutra de ella, y a su hermano pequeño no lo conoce más que de haberse cruzado con él un par de veces, pero le saqué la dirección de su casa. Así que Abe y yo decidimos acercarnos por allí a ver si lo veíamos y podíamos seguirlo a partir de ahí.

Por lo que nos contó después, Marky McDonald era hijo de una de las familias más pudientes de la ciudad, como la de Penny. De hecho, su casa estaba en el mismo barrio que la de mi amiga, solo unas calles más al oeste. El padre era inversor, compraba y vendía empresas y acciones y había conseguido construir un pequeño y discreto imperio financiero muy lucrativo. La madre venía de una familia aristocrática inglesa y, al parecer, no le faltaban cuantiosos ingresos por

herencia. Tenían dos hijos. Stefanie, la mayor, ya se había ido a estudiar a la universidad. Y Marky, el pequeño, seguía sin acabar el instituto, aunque sus padres parecían mimarlo dándole todos los caprichos que este pedía, como el Ford Thunderbolt descapotable rojo que Penny y Abe descubrieron aparcado en la entrada de su casa. Abe describió entonces el coche con tanta pasión y detalle como si ninguno de nosotros hubiera visto uno igual antes y Penny se centró en el hecho de que, tras otro par de horas de guardia frente a la casa, lo único que vieron fue a Marky salir de su casa, montarse en su descapotable y salir rugiendo de la calle como si lo persiguiera el diablo, sin darles a ellos ninguna posibilidad de haberlo seguido. Volvieron entonces a los billares, por si conseguían ver el coche aparcado allí, pero no tuvieron suerte. Y poco más les dio tiempo a hacer aquella infructuosa tarde.

Así pues, lo único que aquel día nos había traído en claro era que Nathan seguía visitando los billares, que por fin sabíamos dónde vivía Marky y que este tenía un bonito descapotable rojo, nada que ver con la fea furgoneta marrón usada el día del ataque a la casa de Terence.

El miércoles fui a trabajar por la mañana. Había estado pensando mucho en toda la tarde anterior con el Señor Giddens y en todo lo que contó acerca del Ku Klux Klan y, como no podía ser de otra forma, buena parte de la mañana la dedicamos a seguir comentando cosas sobre el mismo tema. Además de continuar debatiendo con él acerca de cuestiones relacionadas con el racismo y a aprender alguna interesante curiosidad más sobre el Klan, aquello me sirvió para librarme –un día más– de los laboriosos trabajos en el jardín que llevaba evitando desde que empecé a trabajar para el señor Giddens (por más que él me insistía de vez en cuando en que seguía teniendo un asunto pendiente que algún día no me quedaría más opción que encarar de frente).

Esa mañana aprendí, por ejemplo, que entre los miembros del Klan se utilizaba un código secreto de comunicación para identificarse sin necesidad de hacerlo de forma explícita; algo así como una contraseña, que les daba seguridad y protección frente a la exposición pública. Alguno llamaría a esto astucia y prudencia; yo lo veía como otra muestra más de la cobardía y vergüenza inherente al grupo, por mucho que ellos parecieran proclamar su orgullo de pertenencia al mismo. De este modo, si alguien quería saber si otra persona era miembro del Klan sin poner al otro en evidencia ni exponerse a sí mismo, solo tenía que preguntarle «¿AYAK?», que un miembro del Klan reconocería de inmediato como el acrónimo de «*Are you a Klansman*?» (¿Eres un hombre del Klan?). Si este no entendía la pregunta, quedaba descartado, pero si respondía «AKIA», acrónimo de «*A Klansman I am*» (Soy un hombre del Klan), ambos podían entablar conversación abierta sobre el grupo. Pura jerga racista.

Me intrigaba cómo el señor Giddens podía conocer tanto sobre el Klan, cosas que parecían tan privadas y secretas, e incluso le pregunté abiertamente sobre el tema. Él me respondió con un sobrio:

—Simple experiencia, querido William. Ya conoces el dicho: más sabe el diablo por viejo que por diablo. Y yo soy ya bastante viejo.

Al finalizar la mañana me despedí de él hasta el sábado, tras recordarme que los dos días siguientes iba a ausentarse de la ciudad para cerrar un asunto en Boston, lo que me daba a mí dos días libres que poder seguir usando, con mayor flexibilidad, en los detectivescos planes con mis amigos.

Esa tarde me encontré con Abe y ambos convenimos en pasar por la casa de Marky, para ver si estaba allí su coche, como posibilidad más segura de encontrarnos con alguno de los tres maleantes. Ni Penny ni Terence habrían telefoneado a Abe al final de su turno, por lo que todo

parecía indicar que su mañana había sido, de nuevo, infructuosa, algo que no nos daba ningún ánimo a los que nos tocaba el turno de tarde. Como no logramos divisar rastro alguno del descapotable de Marky en los alrededores de su casa, se nos ocurrió asomarnos a la playa, solo por probar suerte, como podríamos haber decidido ir a mirar a cualquier otro sitio de la ciudad.

Hacía mucho calor esa tarde y a las pocas manzanas de haber empezado nuestra caminata Abe y yo ya sudábamos a chorros. Cuando llegamos a la playa, esta estaba tan llena como cualquier otra tarde de verano. Había tanto gente de Fortress Flint como de otras localidades de alrededor, ya que nuestra playa era famosa por ser una de las mejores de la zona, y eso se notaba de forma positiva en el turismo que nos visitaba, pero también provocaba ciertas molestas aglomeraciones en algunos momentos. Recorrimos la playa de norte a sur y vuelta, a pleno sol. Yo opté por quitarme la camiseta durante buena parte del recorrido; Abe prefirió sudarla hasta que el color oscurecido de la humedad de su copiosa transpiración ocultó por completo el original *beige* de la misma. La claridad que nos envolvía era enorme, tanto por la luz directa del sol como por los reflejos de sus rayos en el mar y en la arena; por un momento, pensé en lo mal que lo hubiera pasado allí el señor Giddens, a pesar de las todas las protecciones que solía usar. Esa porción de tarde recorriendo la playa bajo el sol abrasador, atentos a todo lo que había por allí, como vigilantes en busca de bañistas a los que socorrer, fue del todo en vano. No vimos ni a Nathan, ni a Russell, ni a Marky.

Nuestro cansancio aumentaba y nuestro ánimo empezaba a flaquear, mezcla del continuo fracaso que estábamos sufriendo esa semana respecto a nuestros planes y a la incómoda temperatura que nos acompañaba todo el rato sin darnos tregua. Tras nuestro paseo playero, decidimos dirigirnos hacia el barrio de pescadores, donde el día anterior Terence y yo nos habíamos topado por casualidad con Nathan. Sabíamos que tanto él como Russell vivían allí –aunque no conocíamos sus direcciones exactas–, con lo que entonces era casi la mejor opción que se nos ocurrió para dar con alguno de ellos. A pesar de todo, ambos estábamos aún muy convencidos y comprometidos con nuestra misión y decidimos ir haciendo zigzags entre distintas calles de la ciudad en nuestro camino hacia el barrio de pescadores, en lugar de cubrir el trayecto en línea recta. Tardaríamos mucho más en llegar, pero cubriríamos mucho más terreno y de esa forma multiplicábamos las posibilidades tanto de dar con alguno de los tres mamarrachos a los que buscábamos como de, por qué no, toparnos con la furgoneta marrón que tanto deseábamos encontrar.

A Abe le costaba a esas alturas caminar y hablar al mismo tiempo sin perder el aliento, pero no podía contener su habitual verborrea, lo cual, en el fondo, yo tenía que agradecer porque de alguna forma hacía que nuestra pesada misión fuese más entretenida que de haber tenido a un compañero más silencioso (y aburrido). Recuerdo que iba contándome un chisme de los habituales que solía escuchar en la tienda de su madre cuando, de pronto, reparé en un coche de un rojo tan brillante que llamaba la atención desde la otra acera en la que nos encontrábamos nosotros, aparcado unas cincuenta yardas delante nuestra. Era descapotable y, desde aquella distancia, hubiera jurado que se trataba de un Ford.

Nos acercamos con cierta excitación y cuando comprobamos que el modelo coincidía con el del descapotable de Marky le pedí a Abe que confirmara la matrícula, la cual había apuntado el día anterior cuando lo vieron en su casa, antes de que este huyera con él como si lo persiguiera la policía. Abe sacó un pequeño papel de su bolsillo y confirmó que la matrícula era la misma. Ambos nos miramos sonrientes. Habíamos encontrado el coche de Marky, por lo que él no andaría lejos.

En la misma acera, cerca de donde estaba aparcado, había varios comercios y un par de edificios de viviendas. Decidimos volver a cambiar de acera y colocarnos a la sombra del toldo del escaparate de una tienda de electrodomésticos –comprobando antes que Marky no estuviera dentro–, lo que nos permitía ver el coche sin dificultad y desde una distancia prudencial que nos ocultaría de un eventual vistazo que pudiera dar Marky alrededor cuando se acercara a su coche. Teníamos mucha curiosidad por ver de dónde saldría. ¿Sería de uno de los edificios? En ese caso nos costaría mucho identificar el apartamento concreto. ¿Quizás de alguno de los comercios de la calle? Allí había una tienda de comestibles, una cafetería, una librería, una farmacia y una tienda de discos, The Cavern, la misma donde unas semanas antes yo había comprado la banda sonora de ***Solo se vive dos veces*** como regalo para el señor Giddens. Lo que descartábamos con seguridad es que hubiera dejado el coche allí aparcado solo para dar un paseo por los alrededores.

Durante el tiempo que pasamos allí estuvimos hablando de lo tontos que habíamos vuelto a ser por no coger nuestras bicis para el seguimiento. Ahora, más allá de ver de dónde salía Marky, una vez que se montara en su coche íbamos a volver a perderlo enseguida al no tener capacidad de seguirlo. El jueves teníamos que usarlas, sí o sí. Como al día siguiente me tocaba vigilancia con Terence por la mañana y él no tenía bicicleta, convenimos que nos pasaríamos por casa de Abe para que este le dejara la suya. En este plan nos encontrábamos cuando vimos por fin salir a Marky en la calle. Salía de The Cavern y llevaba un vinilo bajo el brazo, aunque a la distancia que nos encontrábamos era imposible adivinar cuál; tampoco pensamos que fuera de importancia en aquel momento. Justo detrás de él apareció, para nuestra sorpresa, Russell. Iba cojeando, aunque cada vez menos, me parecía a mí. Mientras ellos avanzaban hacia el descapotable rojo de Marky nosotros empezamos a desplazarnos, agachados y protegidos por los coches de la acera de enfrente hacia el mismo punto que ellos, para ver si podíamos escuchar algo de lo que decían antes de que desaparecieran de nuestra vista. Llegamos a la misma altura de la calle, donde estaba el coche, más o menos al mismo tiempo y nos quedamos mirándolos a través de las sucias ventanas de un coche verde oscuro que nos parapetaba a la perfección. Por suerte no había mucha gente transitando la calle en ese momento, porque sin duda nuestra postura hubiera resultado de lo más sospechosa. Desde donde estábamos podíamos oír con claridad lo que Marky y Russell hablaban al otro lado de la calle.

—¿Vamos ahora a recoger a Nathan? —dijo Russell.

—No, no. Hoy no lo veremos. Tenía algunos temas que preparar… él solito. He quedado con él mañana al mediodía, en su casa —replicó Marky con desgana—. Vamos a mi casa a escuchar esto —terminó levantando el álbum que acababa de sacar de The Cavern. Con la suciedad de las ventanas del coche que no hacía de escudo seguí sin poder ver de qué disco se trataba.

—¡Maldito parquímetro! —gritó entonces Russell—. Ya me costó antes salir del coche sin rayarte la puerta. ¿No podías haber aparcado en otro sitio? —protestó.

—Cuidadito o te rayaré yo a ti —le espetó Marky.

—Pero es que la pierna me duele aún demasiado como para saltar dentro del coche sin abrir la puerta…

—Espera un momento, quejica —le contestó con condescendencia—. Te enseñaré cómo se hace.

Entonces Marky volvió a rodear el coche y se plantó al lado de Russell, cogió un poco de carrerilla y embistió con su pierna al parquímetro. Este se zarandeó un poco y emitió un sonido metálico.

—Jajajajaja —rio Russell.

Desafiado por aquel poste metálico, Marky volvió a intentarlo, esta vez con un poco más de impulso. Y no falló. El parquímetro cedió y cayó a un lado, dejando el hueco de la puerta del copiloto despejado para que Russell pudiera acceder al interior sin problemas.

—Ahí lo tienes, *pringao*.

—Mira que eres cafre, Marky.

Se montaron en el descapotable y este rugió mientras se perdía entre las siguientes calles en unos pocos segundos. A pesar de que no hubiéramos tenido ninguna posibilidad de seguirlos, ni aún con bicis, sabíamos dos cosas importantes: dónde se dirigían entonces y cuándo habían quedado los tres de nuevo. El problema era que no conocíamos la dirección exacta de la casa de Nathan. Podíamos intentar seguir a Marky desde su casa a la mañana siguiente, si es que partía de allí para ir a buscar a Nathan, pero pronto descartamos esa idea porque, viendo cómo conducía, no íbamos a ser capaces de seguir el ritmo del descapotable.

Mientras pensábamos una solución para aquello decidimos partir hacia el único sitio seguro en el que encontraríamos de nuevo el rastro de nuestros «amigos»: la casa de Marky, la misma que habíamos visitado al comienzo de esa misma tarde. No era mucho, pero era lo único sólido que teníamos si queríamos acercarnos a ellos e intentar averiguar si tramaban algo que pudiera incriminarlos, demostrar que eran unos vándalos y unos criminales y mandarlos una temporada entre rejas.

Tardamos un rato en llegar allí y cuando lo hicimos pudimos comprobar que el descapotable estaba aparcado fuera de la casa. Todo indicaba que Marky y Russell estaban allí, como había anunciado Marky, escuchando el disco que acaban de comprar –o de robar, yo ya no sabía qué pensar de esos dos– en The Cavern.

Cuando nos acercamos a la valla con la intención de saltarla y merodear con sigilo por fuera de la casa, buscando escuchar alguna conversación jugosa que usar en su contra, un par de enormes dóberman aparecieron de la nada en nuestra cara y empezaron a ladrarnos como si no hubiera un mañana. Abe por poco se cae de espaldas del susto y yo retrocedí de forma instintiva, tanto que casi me salgo de la acera. Alarmados por los ruidosos ladridos de los perros, decidimos quitarnos de en medio antes de que Marky o Russell salieran a ver qué pasaba y nos descubrieran allí. Así que pasamos el resto del turno agazapados, fuera del alcance visual de los perros (y sus dueños), bastante lejos de la casa de Marky y sin ninguna posibilidad de poder ver o escuchar nada. Un auténtico despropósito.

A falta de quince minutos para las diez de la noche, después de una eterna espera sin ningún movimiento adicional ni en la casa ni en el coche, decidimos cerrar el turno y encaminarnos a Oak Square para nuestra reunión diaria con los otros.

Cuando llegamos a Oak Square, Penny ya estaba allí y Terence apareció dos minutos después. Empezaron ellos. Su mañana había sido una pérdida de tiempo, salvo por el hecho de que habían conseguido dar con la dirección exacta de Nathan, en las afueras del barrio de pescadores, al suroeste de la ciudad. La cosa no había tenido ningún misterio: simplemente lo habían estado esperando en la puerta de los billares y tuvieron la suerte de que a eso de las doce había aparecido por allí. Tras un par de horas dentro había vuelto a salir y se había marchado caminando, momento que mis amigos aprovecharon para seguirlo hasta que este llegó a su casa, en el 52 de New Fisherman Street. Dedujeron que era su casa porque una señora, que debía ser su madre, le había intentado dar un beso en la cara cuando este había pasado a su lado, tratando de esquivarla sin éxito. Hasta el mismo diablo debía tener una madre, pensé. El caso es que

Penny y Terence habían invertido casi siete horas solo para obtener una dirección, pero ese pequeño dato ahora nos facilitaba bastante el comienzo de nuestro seguimiento del jueves, ya que Abe y yo sabíamos –gracias a lo poco que pudimos escuchar a Marky y Russell– que a Nathan lo recogerían en su casa al mediodía, por lo que ya teníamos un lugar y una hora exactos para empezar nuestra labor de vigilancia. El principio de la mañana hasta el mediodía podríamos aprovecharlo para seguir buscando la escurridiza furgoneta marrón por la ciudad, aunque nuestras esperanzas de encontrarla se iban esfumando conforme pasaban los días.

Cuando Abe y yo terminamos de relatar nuestro parte, los cuatro nos miramos con cara de idiotas. Creo que ese fue el primer momento de la semana en que la más absoluta desesperanza nos invadió a todos por igual. Llevábamos tres días de tedio y calor y no habíamos obtenido nada de nada. Es más, ni siquiera nos estábamos acercando a nada real y tangible que nos hiciera pensar en la remota posibilidad de atrapar a esos tres indeseables.

Sin embargo, sabiendo que en la información de «la cita» del día siguiente que habíamos robado casi sin querer a Marky teníamos entre manos la mejor oportunidad de encontrarlos a los tres juntos hasta el momento, dedicamos unos minutos a pensar cómo íbamos a plantear el seguimiento. Para empezar, era obvio que debíamos llevar las bicicletas. Si había alguna opción –aunque fuera escasa– de seguir al coche de Marky, estaba claro que no iba a ser a pie. Solucionamos rápido la falta de bici de Terence con el préstamo que Abe le haría a primera hora de la mañana. Pensando que aquel encuentro entre los tres podría llegar a ser lo más jugoso que obtuviéramos de aquella semana, decidimos poner toda la carne en el asador y Penny se sumaría también al turno de mañana con Terence y conmigo. De esa forma podríamos colocarnos de manera estratégica y cubrir más recorrido.

La idea era que uno de nosotros se colocaría justo enfrente de la casa; otro unas cinco manzanas al norte de la casa, en la misma calle; y el tercero a la misma distancia, pero hacia el sur. No sabíamos de dónde iba a venir Marky a recoger a Nathan ni hacia dónde iba a tirar después con su descapotable, pero creíamos que así tendríamos alguna posibilidad más de éxito. Sabíamos que esta estrategia nos dividiría, pero confiábamos en que nos permitiera, aunque fuera solo a uno de nosotros, localizar la siguiente parada del violento grupo; eso ya sería mejor que todo lo que habíamos logrado en tres días completos. Nos hubiera encantado contar también con Abe, pero él no podía fallarle a su madre en la tienda, y además entonces nos faltaría una bicicleta. Teníamos un plan, endeble y con pocas posibilidades de éxito, pero era mejor que nada.

Yo seguía deseando contarles a mis amigos todo lo que el día anterior y aquella misma mañana el señor Giddens había compartido conmigo acerca del Ku Klux Klan. Me parecía relevante y pensaba que incluso podría darnos cierta energía para seguir con la labor que nos habíamos propuesto, pero lo cierto es que aquella noche estaba de nuevo ya muy cansado –todos lo estábamos– y preferí dejarlo pasar un día más.

El jueves 3 de agosto amaneció con un par de nubes en el cielo. Recuerdo que cuando salí de casa aquella mañana me alegré pensando que quizás el calor nos diera algo de tregua aquel día. Un poco de sombra no nos iba a venir nada mal para hacer un poco menos penoso el trabajo que teníamos por delante.

Nos vimos en casa de Abe, donde este le dio a Terence su bici. Nuestro más reciente miembro de la pandilla pedaleaba con más vigor y equilibrio que ninguno de nosotros. Teníamos un par de horas antes de la cita entre Nathan, Marky y Russell que pretendíamos cubrir, así que decidimos darnos otra oportunidad para buscar la furgoneta marrón por la ciudad. Penny cubriría toda la

zona de la costa norte y el centro de la ciudad. Terence se centraría en su barrio, Sally's Oak. Era cierto que no habíamos gastado mucho esfuerzo por allí, pero también parecía lógico que la furgoneta de unos racistas no estuviera en el barrio más afroamericano de todo Fortress Flint. Yo, por mi parte, me centraría en la costa sur y en la zona industrial. Ya habíamos revisado antes todo aquello, pero la tozudez de unos adolescentes no es algo contra lo que puedan luchar ni siquiera los propios adolescentes.

Cuando nos encontramos de nuevo a las once y media a un par de calles de New Fisherman Street, en el barrio de pescadores, no tuvimos ni que abrir la boca para saber que ninguno había visto la furgoneta. Ya empezábamos incluso a dudar de que existiera. O quizás no fuera marrón y la penumbra del atardecer unida a las luces provocadas por los fuegos de los cócteles molotov que se lanzaron allí la tarde del ataque provocaron que confundiéramos el color… Daba igual, porque tampoco es que hubiéramos estado descartando los vehículos parecidos solo por su color; siempre buscábamos la abolladura en la puerta derecha que uno de los vecinos de Terence había conseguido hacerle a la furgoneta. Terence apuntó entonces con tino que quizás la hubieran reparado y pintado de otro color, solo para hacer más complicada su identificación; y cómo no teníamos la matrícula, eso la convertía en indetectable para nosotros. Sin embargo, Penny le dio la vuelta a esa reflexión y sugirió que quizás estuviera aún en algún taller, precisamente reparándose. No habíamos escudriñado en ningún taller mecánico en esos días y la idea de Penny parecía buena, lo cual nos insufló de nuevo algo de esperanza por encontrar la furgoneta. Decidimos entonces que, sacáramos lo que sacáramos de la visita a la casa de Nathan aquella mañana, nuestro siguiente movimiento sería una batida a fondo por los talleres de coches de la ciudad.

Tras eso, nos repartimos en las posiciones que habíamos convenido, para estar preparados cuando apareciera Marky en su descapotable. Terence se posicionó en la calle de Nathan, al norte, y Penny hizo lo propio al sur. Yo me aposté junto a una farola que había enfrente del número 52, el que mis amigos habían identificado el día anterior como el domicilio de Nathan. Se trataba de una casa pequeña, de una sola planta, bastante descuidada. La pintura se había desprendido de buena parte de su fachada y el color estaba quemado por el sol. No tenía valla ni césped alrededor, solo unos cuantos matojos de mala hierba crecían sin ningún control, «adornando» aquí y allá la pequeña propiedad. Quedaban diez minutos para las doce y las pocas nubes del cielo no llegaban a cubrir el sol, por lo que el calor se estaba volviendo, como en días anteriores, insoportable.

Yo miraba mi reloj cada dos minutos, nervioso. Cuando llegara Marky, tenía previsto hacer como que revisaba las ruedas de mi bici, agachado junto a la farola, para pasar desapercibido y no despertar sospechas. Desde mi posición no podía ver ni a Penny ni a Terence, que se encontraban en la misma calle, pero muy retirados de mí y colocados en sentidos opuestos. Los minutos avanzaban. Las doce. Las doce y cinco. Las doce y diez. Y ni rastro del descapotable rojo. Me puse tan nervioso que empecé a pensar que quizás entendimos mal a Marky o que habían cambiado de planes, o que cuando dijo «al mediodía» no se refería exactamente a las doce y, a lo mejor, ya lo habían recogido. Como no pude reprimir mi curiosidad, decidí acercarme a la casa.

Una de las ventanas de la parte frontal estaba abierta, solo cubierta por una fina cortina que impedía ver el interior, pero que dejaba salir el sonido de la televisión que alguien estaría viendo. Al menos sabía que no estaba vacía. Viré con sigilo hacia la izquierda y me coloqué en cuclillas en la pared lateral de la vivienda, al lado de unos cubos de basura que apestaban, justo debajo de

otra ventana. Me asomé con cuidado y pude ver que se trataba de la ventana de la cocina. La puerta de la cocina quedaba enfrente de la ventana, con lo que pude dirigir la vista más allá de ella y ver parte del salón. El marco de la puerta solo me permitía distinguir un gastado sofá marrón, colocado de perfil a mi visión, por el que asomaban unas piernas y una prominente barriga tapada por una camiseta que un día debió ser blanca. Aquella no era la figura de Nathan, de eso estaba seguro. De pronto, una potente voz bramó desde el sofá.

—¡Eh, tú, gandul! ¡Tráeme otra birra!

Creo que el único que reaccionó al grito de aquella figura semiescondida en el sofá fui yo, que me sobresalté hasta el punto de darle con la pierna a uno de los apestosos cubos metálicos que tenía a mi lado. Por suerte no hice demasiado ruido. Nada parecía haber cambiado en la casa y yo volví a asomarme con prudencia.

—¡Como me hagas levantarme ahora el que no va a poder levantarse de la cama en dos días vas a ser tú de la paliza que voy a dar…!

Pensé que con la energía que ese hombre gastaba en proferir aquellos gritos bien hubiera podido ir a volver de la nevera cinco veces. De pronto, otra figura –esta sí muy familiar para mí– apareció detrás del sofá, se detuvo un instante y levantó el brazo izquierdo con el puño cerrado. Pero se mantuvo ahí, quieto, unos segundo más hasta que otra voz, esta vez femenina, salió del salón, pero de la parte oculta que yo no veía, enfrente del sofá.

—Ya voy yo, Harry —dijo en tono suave y conciliador.

—Ni se te ocurra, Mary. Deja que vaya el vago de tu hijo. Así al menos podré decir que hoy ha hecho algo de provecho.

La que había hablado antes supuse que era la madre de Nathan. Ella debía de estar viendo la actitud y postura de su hijo, justo detrás de su padre y pienso que quiso interceder para que la cosa no fuera a más. No quiero ni imaginarme qué hubiera pasado si Nathan se hubiera atrevido a golpear por la espalda a su padre. Pero no lo hizo; simplemente se volvió hacia la cocina y comenzó a andar directo hacia donde estaba yo. Bajé la cabeza como un rayo, rezando para que no me hubiera visto. Oí sus pasos entrando en la cocina; luego el sonido de la nevera al abrirse y cómo Nathan murmuraba antes de salir de allí: «La próxima vez tendrás que mover tu culo gordo si quieres otra cerveza». Él pensaría que lo había dicho en un tono lo suficiente bajo para que el comentario no fuera escuchado por nadie, pero yo lo escuché y su padre también, porque un segundo después la lata que este había vaciado momentos antes voló desde el salón, pasó al lado de la cabeza de Nathan y se estrelló contra la ventana donde yo había vuelto a subir mis narices. El cristal se rajó y yo me sobresalté como si la lata hubiera traspasado la ventana y trozos de vidrio me hubieran penetrado en mi único ojo. Caí de culo hacia atrás.

—¡Que sepas que el cristal nuevo va a salir de tu bolsillo! —volvió a bramar el padre de Nathan.

Me asomé con cuidado de nuevo y vi a Nathan acercarse al sofá y arrojar al lado de su padre la lata que había sacado de la nevera. Se me ocurrió entonces que era algo irónico pensar que todo el mundo tenía un «Nathan», un acosador bravucón que le amargara a uno la vida; incluso el propio Nathan tenía uno de esos muy cerca, en la figura de su padre. No me podía imaginar lo que sería verse obligado a convivir con alguien así. Por suerte, mi padre había sido siempre muy bueno conmigo; estricto, pero bueno; y sé que me quería muchísimo, pero de haber tenido yo uno como el de Nathan hubiera preferido que estuviera muerto, como lo estaba el mío.

—Ahora sal ahí fuera y ponle un poco de cinta por fuera a la ventana, antes de que el cristal se raje del todo y se rompa.

Mi cuerpo se tensionó por completo. Tenía que salir de allí como un rayo si no quería ser descubierto y arruinar nuestro (endeble) plan.

—Y recoge la lata del suelo de la cocina, pequeño inútil —terminó de ordenar la paterna figura engullida por aquel gastado sofá.

Creo que Nathan iba a replicarle cuando tanto él como yo fuimos «salvados por la campana»; una campana que en este caso sonó como el claxon del descapotable rojo de Marky. Y, por si no lo hubiera oído, un grito de «¡Nathaaaaaan!» –creo que proferido por Russell– siguió al pitido.

—Me voy —dijo Nathan mientras corría hacia la puerta.

—¡Haz antes lo que te he dicho! —gritó su padre antes de empezar a toser de una forma tan fea como si la muerte lo estuviera rondando.

—No te preocupes, Harry. Deja que se vaya. Ya recogeré yo la lata. Y él podrá revisar la ventana cuando vuelva.

—Eso, eso, mamá la recogerá.

Pensé que había que ser muy canalla para no ayudar a la propia madre de uno y encima dejarla sola en manos de aquel desalmado, que sabe Dios lo que podría decirle o hacerle una vez se le pasara el ataque de tos que entonces lo consumía. Pero es que Nathan era un canalla, así que tampoco debía sorprenderme tanto su actitud. Solo me alegré un poco de que su vida familiar no fuera idílica, al menos. Eso no se lo hubiera merecido nunca.

En cualquier caso, tras oír todo aquello suspiré aliviado, sabiendo que Nathan ya no vendría a donde yo seguía agazapado a revisar el cristal de la ventana de la cocina; pero, por otro lado, estaba en una posición malísima para seguir al coche una vez se hubieran marchado.

Me acerqué rápido, pero con sigilo, a la esquina frontal de la casa y desde allí pude ver cómo Nathan salía y se dirigía al coche, donde lo esperaban sus dos colegas. Al llegar le dijo algo a Marky y, tras lo que me pareció una breve discusión, este se cambió al asiento de atrás y dejó el volante a Nathan. El coche aceleró rugiendo como un león encolerizado y se perdió hacia el sur, en dirección a donde Penny aguardaba su oportunidad.

Yo corrí entonces hacia mi bicicleta, pero para cuando empecé a pedalear el descapotable era un minúsculo punto rojo en el horizonte. Miré hacia atrás, hacia el norte, y pude ver a Terence pedaleando hacia mí, así que lo esperé; en cualquier caso, no confiaba en absoluto en alcanzar al coche.

Seguimos juntos hacia el sur, en dirección recta, pero a un ritmo bajo, escudriñando todas las calles perpendiculares por las que pasábamos. Al cabo de diez minutos llegamos al final de la calle y al comienzo de la carretera que salía de la ciudad por su extremo suroeste. Y allí nos paramos, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirnos. El sol quemaba y, cada vez que una de las pocas nubes del cielo pasaba debajo de él tapándolo, aunque fuera por poco tiempo, la agradable sensación de alivio y frescor que eso provocaba nos insuflaba vida. A los pocos minutos de estar allí, al comienzo de la carretera, parados como pasmarotes mirando al horizonte, divisamos a Penny a lo lejos, pedaleando apesadumbrada hacia nosotros desde las entrañas de aquella abrasadora carretera.

Cuando llegó a nuestra altura, Penny estaba agotada y sudando a chorros. Era obvio que había hecho un enorme esfuerzo para tratar de seguir a Nathan y su cuadrilla, pero todo había sido en balde.

—¿Han salido de la ciudad? —le preguntó Terence sin pararse a pensar en lo absurdo de su duda.

—No, es que me gusta pasear en bici por las carreteras a toda velocidad y a pleno sol, solo por

el placer de hacerlo… —respondió Penny con molesta ironía, aún con la respiración entrecortada por el esfuerzo realizado.

Terence se dio cuenta entonces de la tontería que acababa de preguntar y miró al suelo avergonzado.

Creo que en aquel momento los tres tomamos plena conciencia de lo inocente de nuestro plan; y no me refiero solo al de aquella mañana, sino al general de intentar seguirlos y pillarlos haciendo o tramando algo ilegal. Nuestro sueño de detectives se desmoronó por completo en aquel principio de carretera, justo al lado del cartel que daba las gracias por visitar Fortress Flint a los que salían de la ciudad. Ni siquiera tratamos de reflexionar hacia dónde habrían podido ir esos tres desalmados ni lo que harían fuera de Fortress Flint.

Penny me miraba con infinita impotencia. Sus ojos brillaban como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento. La mezcla de rabia y frustración que seguro sentía, al igual que Terence y yo, se aderezaba con algo de cansancio y –ahora ya sí– muchísima desesperanza.

¿Cómo habíamos llegado a pensar que cuatro pardillos íbamos a ser capaces de desenmascarar a Nathan y los suyos, sin medios, sin conocimientos reales de cómo hacerlo, sin experiencia ni asesoramiento? Quizás llegamos a pensar que seríamos capaces de sorprenderlos sentados alrededor de una mesa, hablando sobre su próxima fechoría enfrente de unos planos o croquis sobre su plan, confesándolo todo en voz alta solo para nosotros y con las llaves de la furgoneta marrón en mano.

Ninguno de los tres tenía ganas de seguir buscando, ni siquiera aunque un rato antes habíamos acordado revisar todos los talleres de coches de la ciudad en busca de la dichosa furgoneta. De hecho, decidimos suspender el turno de seguimiento de la tarde, que nos hubiera reunido con Abe y lo sustituimos por una quedada en la casa del árbol de Penny para poner en orden nuestras ideas y darle a todo el asunto un cariz más realista y más práctico. Penny se encargaría de avisar a Abe.

Así pues, nos despedimos allí y cada uno partió para su casa. Aunque yo compartí con Penny un buen tramo del camino, ninguno de los dos articuló palabra. Creo que ambos usamos ese tiempo para asimilar nuestra situación y las posibilidades reales que teníamos de alcanzar nuestro objetivo. Yo ni siquiera pensé en aquel paseo a solas con Penny como una oportunidad para intentar mostrarle mis sentimientos. Es más, el hecho de que ella, la más decidida, valiente y proactiva del grupo, se viera tan deprimida como parecía entonces causaba en mí una desazón aún mayor que la que habría sentido solo con mi propio fracaso. No era, desde luego, el mejor momento para hablar de amor.

Almorcé con mi madre, algo muy raro debido a los turnos que ella solía tener, bastante incompatibles con los míos en la tienda del señor Giddens.

Mi cabeza estaba todo el tiempo ocupada dándole vueltas a lo mismo una y otra vez: el Ku Klux Klan y la posible relación de las acciones y comportamientos de Nathan, Russell y Marky con el infame grupo racista. Ni mis obligaciones en la tienda, ni mi amor no declarado del todo a Penny, ni mis pasadas fantasías acusatorias infundadas contra mi patrón, ni la reciente aventura del tesoro de Abercrombie «no descubierto» en la fortaleza, ni siquiera los terribles asesinatos que se habían cometido en Fortress Flint ese verano y que, por desgracia, aún estaban sin resolver me distraían de imaginarme a Nathan y los otros con túnicas y capuchas blancas, blandiendo cruces en llamas y esperando en la sombra una nueva oportunidad de sembrar más terror en mi querida ciudad.

Tanto es así que, antes de ir a casa de Penny aquella tarde, decidí jugar una nueva partida por

mi cuenta respecto a nuestro plan original de seguimiento de aquellos tres matones. Así pues, un rato antes de la hora en la que había quedado con mis amigos, cogí mi bicicleta y me dirigí de nuevo a los billares que tanto parecían gustar a Nathan y su grupo. Cuando llegué lo primero que observé es que el descapotable rojo no estaba aparcado por los alrededores; y entonces me decidí a entrar. Nada, ni rastro de ninguno de ellos. Volví entonces a dirigirme al encargado del local, tal y como había hecho el lunes por la tarde, y fingiendo no haber saldado mi imaginaria deuda con Marky le pregunté de nuevo por él. Me dijo que era una pena que no hubiéramos coincidido, pero que esa semana había estado ya un par de veces por allí. Ante mi cara de decepción, me sugirió volver a intentarlo al día siguiente, ya que los viernes por la noche era muy raro que no terminara pasándose por allí, más tarde o más temprano. Incluso me dijo que le daría mi recado. Yo traté entonces de disuadirlo con timidez, insistirle mucho en que guardara silencio habría resultados sospechoso. Ni siquiera le di mi nombre, aunque era obvio que la descripción de un muchacho con un parche en el ojo era más que suficiente para que cualquiera me identificara, así que simplemente acepté estar metiéndome yo solito en la boca del lobo, ya vería cómo justificaría a Marky el tema de mi supuesta deuda más adelante, si es llegábamos a cruzarnos de frente alguna vez en los próximos días.

Salí de allí algo más contento de lo que llegué, ya que sentía que el encargado de los billares no me había mentido al decirme que Marky –y con bastante probabilidad, pensaba yo, también Russell y Nathan– estarían localizables allí en algún momento de la tarde-noche del viernes.

Pensando en aportar esa información –que yo consideraba útil– a mis amigos y deseando que, como a mí, también les proporcionara un poco de ánimo, llegué a casa de Penny a la hora acordada.

Al cruzar la valla miré hacia derecha e izquierda, de forma instintiva, buscando los lugares en los que solía echarse *Wolfy* para saludarlo, como si mi subconsciente no quisiera admitir que unos días atrás sus restos destripados colgaban del mismo árbol hacia donde ahora me dirigía yo. Un sentimiento de rabia se avivó en mi interior y me entraron más ganas si cabe de ayudar a que Nathan y los suyos –a los que yo consideraba culpables de aquello sin ninguna duda– recibieran su merecido.

Mientras subía al árbol me fijé en que las nubes se habían multiplicado en el cielo y el sol nos daría una tregua esa tarde. Mis tres amigos ya estaban allí cuando asomé la cabeza por la abertura que daba a la construcción en la que seguro que cuatro adolescentes como nosotros debíamos vernos un poco ridículos; aunque no creo que entonces a ninguno de nosotros se le pasara aquella idea por la cabeza. Aquel seguía siendo nuestro fuerte, nuestro cuartel general, nuestro refugio.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —empezó Abe—. Está claro que el plan que nos habíamos propuesto no está funcionando.

—Yo me resisto a abandonar —añadí yo rápido, casi antes de que mi amigo acabara su frase. Iba a comentarles a continuación mi nueva incursión en los billares y a compartir la información que había sacado de ella cuando Penny replicó muy seria:

—Nadie ha dicho nada de abandonar; pero hay que cambiar de estrategia. No podemos seguir perdiendo el tiempo como hasta ahora o lo único que conseguiremos es que esos tres sigan cometiendo vandalismos de forma impune.

—Vale. Yo tengo una idea —empezó Terence, captando nuestra atención—. Creo que el problema es que nos hemos concentrado en intentar seguirlos de día. Pero pienso que esos malnacidos, como los cobardes que son, solo actúan por la noche, amparados por la oscuridad.

Quizás si empezamos a concentrar nuestros esfuerzos de seguimiento por la noche, en vez de a pleno día, obtengamos las pruebas que necesitamos.

—Si os digo la verdad, yo no me sentiría cómodo haciendo seguimiento nocturno —replicó Abe tocándose la cara, en la zona donde aún se podían adivinar los restos del ataque sufrido unos días atrás.

—¿Quieres decir que tendrías más miedo que de día? —le espetó con chulería Terence.

—A ver, el problema no es la hora del día a la que hagamos el seguimiento. El problema es que ni podremos seguirlos cada vez que se desplacen en coche ni sabremos dónde van a estar a cada momento —concluyó Penny zanjando el tema.

—Bueno… yo sí sé dónde van a estar. Al menos, mañana por la noche —apunté yo, viendo la oportunidad de contarles lo que había averiguado hacía solo un rato.

Compartí orgulloso con ellos la información que había logrado recabar en los billares, pero no logré elevar ni la energía ni la moral con aquello. Abe no estaba convencido de convertir nuestra vigilancia en nocturna, Terence no pareció sorprendido porque aquellos tres fueran a estar en los billares allí día siguiente, y Penny no pensaba ni que aquel lugar fuera a aportarnos ninguna información relevante ni que a la salida fuéramos a ser capaces de seguirlos hacia donde fuera que se dirigieran. Y los tres tenían razón.

Ante la apatía reinante en el ambiente, decidí que era un buen momento de recordarles por qué estábamos allí y lo importante que era nuestra misión, así que vi entonces el momento más adecuado para contarles todo sobre mi conversación con el señor Giddens acerca del Ku Klux Klan.

Les hablé de ***El nacimiento de una nación*** –centrándome más en su mensaje que en todo lo relativo a la forma y técnica cinematográfica que atesoraba–, de Griffith, de Dixon y su obra literaria, del origen del primer Klan, de Leo Fran y Mary Phagan, de cómo el odio racial del país volvió a tomar forma de Klan en el segundo advenimiento de este, de cómo el violento grupo había alcanzado su punto más álgido y de cómo había vuelto a empezar a caer –por suerte para la humanidad– gracias a todos los factores de corrupción interna hechos públicos y a la infiltración de Stetson Kennedy en sus filas. Les fui contando todo con la mayor precisión e intensidad que pude, tratando, como siempre hacía, de transmitirles la misma pasión con la que había recibido un discurso similar un par de días atrás, algo que en esa ocasión me resultó bastante sencillo y natural. Mi intención era insuflarles un poco de conciencia sobre lo que yo creía que nos estábamos jugando, sobre lo importante que era cortar de raíz cualquier indicio de que el Klan naciera (o renaciera) en Fortress Flint. Y creo que lo conseguí, aunque la reacción de cada uno de mis amigos fue algo dispar.

Abe no conocía casi nada de lo que relaté aquella tarde. Su mirada casi podría decir que era de pánico ante algunas de las cosas que conté. Creo que el miedo se había apoderado por completo de mi pelirrojo amigo y, comprendiendo que era vital conseguir que la llama del racismo se extinguiera lo antes posible de nuestra ciudad, le daba vértigo la responsabilidad de cargar con una misión sobre la que –pienso– había perdido toda esperanza de llevar a buen puerto.

Penny, que conocía algunos datos históricos, sabía de la existencia y parte de la historia de los dos Klanes pero no había visto ni oído hablar de la película de Griffith ni de su relación directa con el resurgimiento del Klan a principio de siglo. Al escuchar todo lo que relaté, se vino arriba; el brillo de sus ojos denotaba furia, pero esta vez bien dirigida hacia una audacia y perseverancia necesarias para encontrar el plan definitivo que nos llevara a demostrar que Nathan, Russell y Marky estaban tras las blancas capuchas que nos atacaron en casa de Terence y que había

asesinado brutal y despiadadamente a *Wolfy*, aparte de haber amenazado y golpeado a Abe a cara descubierta.

Terence, por su parte, era el que más sabía de todo lo que yo les estaba contando aquella tarde. Incluso hizo algunas apreciaciones complementarias sobre algunos de mis comentarios. Quizás por eso se mostró más distante y pasivo que los otros dos. Creo que en realidad él era el que más concienciado había estado todo el tiempo con la importancia de la misión que nos habíamos impuesto y por eso parecía más impasible entonces; porque para él, desde su perspectiva, mi discurso sobre el Klan no cambiaba mucho las cosas. Al fin y al cabo, el ataque más directo y que más daño podía haber hecho fue el que ocurrió en su casa, la cual podía haber quedado calcinada –provocando incluso heridos o muertos– si no hubiera sido por la valiente intervención de Johnny Ebony, primero, y todos los demás (menos yo), después. Además, él era el más afectado emocionalmente por el comatoso estado de Johnny y su impredecible futuro, ya que cada día tenía que afrontar la tristeza de su madre por el estado de su amado y los motivos que lo habían llevado al hospital y, quizás, incluso, a un sueño eterno.

Cuando terminé, esperaba que entre todos tuviéramos alguna especie de revelación que nos hiciera encontrar la mejor forma de proseguir con nuestro plan. Y así fue, pero de una forma que no esperaba en absoluto.

—Creo que ya sé cómo podemos enfrentarnos a esos tres y obtener lo que queremos de una forma limpia y directa —exclamó Penny tras meditar unos minutos al final de mi discurso.

—¡Estupendo! —exclamé yo, extasiado por el hecho de que mis palabras hubieran resultado una inspiración para mi amiga—. Dinos, ¿qué has pensado?

—He pensado en cómo cayó el segundo Klan y creo que esa es justo la mejor forma de hacer caer a Nathan y los suyos. Si todos creemos que ellos pueden ser la semilla una nueva facción del Klan en Fortress Flint tiene sentido repetir la fórmula que funcionó una vez para hundirlo, ¿no os parece?

—¡Claro! Tiene sentido, Penny —seguí yo entusiasmado—. Pero, ¿a qué te refieres exactamente?

—Me refiero a que si lo que hizo caer al segundo Klan de forma definitiva fue la exposición pública de sus vergüenzas internas y ocultas, que es justo lo mismo que pretendemos hacer nosotros con Nathan, deberíamos hacer lo mismo que consiguió sacar a la luz esos trapos sucios hace veinte años. —Mi cara seguro que mostró entonces un poco de desconcierto ante lo que estaba insinuando Penny, así que no tuve que decir nada para que mi amiga siguiera hablando y aclarara del todo su idea—. Lo que quiero decir es que lo que tenemos que hacer es infiltrarnos en sus filas, como hizo en su día Stetson Kennedy. Tenemos que acercarnos a ellos, hacernos sus amigos, fingir que compartimos su credo y desmotarlos desde dentro.

Mi primera reacción fue muy positiva. Realmente era una idea brillante y lo cierto es que si ya había funcionado antes no tenía por qué no hacerlo ahora. Sin embargo, ese entusiasmo me duró solo los dos segundos que tardé en comprender el papel tan directo y fundamental que tendría que representar yo en toda aquella farsa.

Mis amigos se miraron un momento entre ellos y luego todos fijaron sus ojos en mí. Terence sonreía, quizás porque pensaba que la idea de Penny era excelente y una vía clara y directa para conseguir nuestros propósitos. Abe sostenía una expresión de preocupación, sabiendo lo que aquella idea –por muy buena que fuera– suponía para mí. Penny estaba seria, concentrada, intentando comunicarse conmigo sin palabras. Ella sabía lo que me acababa de pedir y todas las posibles implicaciones de aquello. Como la más madura de los cuatro comprendía de largo la

seriedad de aquella sugerencia, aunque también parecía que confiaba en que era la única manera de lograr nuestro objetivo.

Tuve que ser yo el que rompiera por fin el silencio.

—Está bien. Estoy de acuerdo en que la idea es buena… Muy buena, de hecho… Quizás sea nuestra única opción para desenmascarar a esos tres. Y también comprendo lo que significa para mí. Soy el único al que Nathan y los suyos no creo que identifiquen con nadie que los haya amenazado o interferido en sus planes en las últimas semanas; no directamente, al menos.

—Así es —apostilló Terence, por si a alguno de los otros no le había quedado claro del todo—. No llegaron a verte el día del ataque a mi casa, ¿verdad?

—No. No creo —respondí serio—. Y tampoco me mencionaron cuando extendieron sus amenazas a vosotros la semana pasada, en el callejón donde asaltaron a Abe, ¿verdad?

—No, Will, no lo hicieron —contestó Abe sin tener que pensarlo ni un segundo.

Penny tomó conciencia de lo peligroso que resultaba lo que me estaban pidiendo.

—Es cierto que quizás eres nuestra única baza para intentar acercarnos de frente a ellos, fingiendo ser lo que no somos… lo que no eres, pero… no podemos pedirte que lo hagas; y menos solo.

—Lo haré —aseveré yo entonces con seguridad. Creo que el impulso que pretendía dar a mis amigos con mi discurso sobre lo peligroso del Klan me había afectado a mí de igual forma, como una droga natural y orgánica que hubiera hecho subir mi propia adrenalina y acrecentado aún más mi convencimiento de que había que parar aquel brote de racismo en Fortress Flint como fuera; incluso a costa de mi propia integridad.

—Podría funcionar o no —replicó ella poniendo entonces algunas dudas sobre la idea que segundos antes había sugerido con fuerte convicción—. Es muy arriesgado. En realidad, somos solo unos críos jugando con fuego; fuego real, del que quema, del que envía a gente al hospital en coma, del que destripa perros, del que ataca a inocentes de forma traicionera y cobarde… ¿qué no haría ese fuego al descubrir que alguien que se fingiera su amigo estuviera en realidad tratando de extinguirlo?

—Penny tiene razón, Will —apostilló Abe—. Hay tantas cosas que podrían salir mal…

Terence no quería hablar, creo que porque él era el único que de verdad deseaba que yo hiciera aquella loca heroicidad. No porque no le importara lo que pudiera pasarme, sino porque le importaba más el fin mayor que perseguíamos. Y pienso que, si hubiera estado en su mano el poder hacerse pasar él mismo por miembro del Klan para infiltrarse en el grupo de Nathan, lo habría hecho sin pensarlo.

—Y aunque no te relacionen con el altercado en casa de Terence y no hayan ido de momento a por ti, eres demasiado «visible» como para que no sepan que eres de nuestra pandilla —siguió Penny, como si lo peligroso de aquella idea le estuviera haciendo recapacitar más y más sobre su idoneidad y viabilidad.

Era cierto que yo era de sobra conocido en la ciudad, pero para Nathan yo era un «don nadie», un insignificante mosquito; sí, conocido, «visible» como había dicho Penny, por mi parche y quizás por la lejana historia del incendio de mi casa, pero nadie del que ni él ni sus «amigos» tuvieran que preocuparse, en realidad. Pensé entonces en nuestro encontronazo con Nathan el día que conocimos (y salvamos) a Terence de una paliza mayor, en aquel callejón oscuro que cimentó la amistad que nos unía ahora; pero por otro lado no pensaba que Nathan le hubiera dado importancia aquello; probablemente ese tipo de cosas le ocurrirían a menudo, incluso podría justificar mi leve intento de encararme con él aquel día más por el empujón que le dio a

Penny –porque ella me gustaba– que por defender a ninguno de los otros dos. Jugaría la baza de creerme solo un peón más en el amplio tablero de Fortress Flint, alguien sin importancia, que además no había llegado a suponer ninguna amenaza real para él, solo quizás una pequeña molestia más en un día como cualquier otro. Y sí, podría habernos visto juntos otras veces –en Luke's, por ejemplo–, pero yo siempre podía fingir haber cambiado de opinión, haberme distanciado de mis colegas, haberme dado cuenta de que no solo no debía juntarme con «seres inferiores», sino que era el momento de pasar a la acción y hacer algo efectivo y directo contra ellos.

Pensándolo ahora sé que suena a auténtica locura. No solo porque en realidad iba a ser muy difícil convencer a esos tres delincuentes de que ya no me juntaba con judíos ni con afroamericanos (a los que tenía que empezar a llamar «negratas», por ejemplo, si quería resultar convincente), de que yo me había vuelto un racista como ellos y que quería hacer algo al respecto, sino porque estábamos planeando una operación encubierta entre cuatro muchachos cuya única arma eran sus ganas y convicción de estar luchando por una causa justa, pero sin ninguna estrategia ni entrenamiento para llevar a cabo el plan. Era como tirarse de un avión en vuelo sin paracaídas solo por el impulso de salvar a otra persona en el aire, confiando en que abajo habrá agua, o un mullido colchón, o que el aire frenará la caída y no habrá más que leves rasguños al llegar al suelo. Era la pura inconsciencia de la edad avivada por el desmedido deseo de ayudar.

—Lo haré —volví a decir con determinación—. ¿Sabéis por qué? Porque soy el único que puede hacerlo; el único de nosotros cuatro con alguna opción de conseguirlo. Y creo que merezco la oportunidad de aportar algo positivo a nuestra ciudad. No he estado más convencido de nada en mi vida. Además, sé que vosotros me cubriréis y actuaréis coordinados, incluso con la policía, si hiciera falta.

—Pero no podemos contarle el plan a la policía, Will. Ya sabes que eso lo haría fracasar antes de empezar —apuntó Terence.

—Vale… sí, tienes razón… pero me refiero a que los involucraremos si hiciera falta, una vez que consiga las pruebas suficientes, solo para que ellos garanticen mi inmunidad frente a esos matones.

—Por supuesto —contestó mi amigo—. Podemos jugar a ser espías, pero no somos justicieros. La policía tendrá que intervenir en el momento adecuado.

—Pero Will, estoy segura de que ellos conocen tu amistad con nosotros. Jamás creerán que, de la noche a la mañana, te hayas convertido a sus radicales ideas —soltó Penny, con evidente preocupación—. Es una locura intentarlo.

—Haremos que funcione. Prepararemos un teatro público para que vean que ya no estoy con vosotros… nos pelearemos en plena calle si hace falta, en sus narices… les daré argumentos suficientes para que me crean y entonces me dejen acercarme a ellos. A veces, la locura es el único medio de derrotar al diablo —sentencié con decisión.

Penny y Abe me miraban preocupados. Sé que se sentían orgullosos de mí por mi actitud y arrojo frente a ese plan, pero podía notar en los ojos de mi amada Penny cómo se arrepentía entonces por completo de haber sugerido la idea de la infiltración.

No discutimos mucho más esa tarde, solo convenimos en que si iba a hacerlo no tenía sentido esperar mucho más y, entonces, trazamos las líneas maestras del plan.

Sabíamos dónde y cuándo iban a estar al día siguiente. Yo aprovecharía para volver a los billares el viernes por la noche y presentarme a ellos, pero no para saldar ninguna deuda con

Marky, como llevaba toda la semana pretendiendo, sino para convencerlos de que yo podía ser uno más de ellos. Esa era la parte más difícil y arriesgada; tendría que resultar convincente al cien por cien. Usaría la jerga del Klan que me había enseñado el señor Giddens y les contaría una historia inventada sobre el pasado mi padre como simpatizante del mismo. Aunque esa mentira mancillara su nombre, todo quedaría entre nosotros y nadie más tendría que escuchar nunca nada sobre eso; quería pensar que aquel falso insulto a su memoria estaba justificado por el fin que yo perseguía y que, al final, todo sería aclarado. Y finalmente, si todo aquello no fuera suficiente, recurriríamos a un enfrentamiento físico y público entre Terence, Abe y yo, donde los tres estábamos dispuestos a representar un teatro en el que recibir unos cuantos golpes en pos del realismo necesario para convencer a Nathan y los suyos.

En un último intento de hacer innecesaria toda esa operación por mi parte, Abe y Penny insistieron en que probáramos una última vez a dar con la furgoneta del ataque a casa de Terence, ya que, si podíamos relacionarla con Nathan, Russell o Marky, eso sería suficiente para que la policía actuara contra ellos y entonces yo podría ahorrarme mi loca incursión en sus filas. Acepté, por supuesto. Gracias al viaje a Boston del señor Giddens, el viernes también lo iba a tener libre y me parecía bien gastar ese último cartucho por la mañana antes de tener que lidiar cara a cara con esos racistas fingiendo ser lo que no era.

Esa noche tuve sueños agitados. Mi cabeza no hacía más que dar vueltas y más vueltas a la idea de infiltrarme. Tuve dudas, he de admitirlo. Trataba de ser valiente y sabía que mi causa no podía ser más noble, pero también estaba convencido de que si mi madre o el Señor Giddens hubieran sabido lo que intentaba hacer me habrían intentado disuadir (bueno, mi madre directamente me lo habría impedido), argumentando mil y una razones por las que todo aquello era una mala idea. Y lo era. Muy mala. Sin embargo, luego pensaba en que aquellos tres cobardes indeseables podían estar constituyendo una nueva célula del Klan en Fortress Flint y eso me producía tal pavor que no podía dejar de soñar con pararlos, desenmascararlos y entregarlos en bandeja de plata a la policía.

El viernes amaneció como mi cabeza, nublado. Aunque seguía haciendo calor, ese encapotamiento del cielo supondría un alivio para cumplir nuestra misión de la mañana por las calles de Fortress Flint de una forma más cómoda. Penny había logrado identificar ocho talleres de vehículos en los que se anunciaban trabajos de chapa y pintura. Como no eran demasiados sitios que visitar, decidimos hacer el recorrido juntos –todos salvo Abe, que seguía teniendo las mañanas ocupadas ayudando en la tienda de su madre–. Algunos de esos talleres eran grandes y tenían multitud de vehículos y empleados, y otros eran pequeños, con solo dos o tres coches en paralelo y poco donde buscar; pero eso daba igual ya que al final, uno tras otro, fuimos descartándolos todos. Un día más, aquella furgoneta marrón con la puerta derecha abollada seguía siendo invisible para nosotros, un fantasma en la ciudad y una inmejorable pista que no parecía que nunca pudiéramos llegar a usar contra Nathan y los suyos.

Volví a casa temprano. Quería descansar y pasar la tarde preparándome para la gran actuación que tendría que hacer esa noche. Debía interpretar un papel de Óscar y sabía que el camino a la perfección era la práctica. Repasé mil veces en mi cabeza la historia inventada sobre mi padre, incluso pensé en mencionar también a mi abuelo –aunque yo en realidad nunca lo conocí– como forma de darle más profundidad y pasado a la supuesta historia racista de mi familia. Ensayé frente al espejo la forma de dirigirme a ellos. En un momento dado les diría «¿AYAK?», y seguro que alguno me respondería «AKIA». A partir de ahí, todo sería cuesta abajo. Esperaba no tardar muchos días en reunir las pruebas suficientes para desenmascararlos. Temía que me

pidieran hacer algo violento, que me pidieran alguna prueba de mi convicción, de mi lealtad a sus ideales –más allá del teatro que estaba dispuesto a representar con mis pobres amigos, llegado el caso–, algo ilegal, algo inmoral… y ese sería el momento en que tendría que descubrirme. Ese era el punto al que tenía más miedo, pero si eso servía para salvar a otros y ahorrar nuevas palizas y humillaciones a cualquiera, lo haría encantado.

Por mucha terapia que hubiera hecho con el señor Giddens, yo seguía teniendo mi trauma interno y para librarme de él de una vez por todas tenía que demostrarme a mí mismo que podía ser el héroe que yo deseaba ser, el héroe que todos en la ciudad creían que era desde el asunto del incendio en mi antigua casa y que solo yo –y el señor Giddens– sabía que no era.

En todo ese batiburrillo emocional de intensos pensamientos me encontraba inmerso sobre las tres de la tarde del viernes 4 de agosto cuando el teléfono de mi casa sonó, rompiendo la imaginaria cúpula de cristal que mi mente había creado para envolverme y aislarme de las distracciones del mundo real. Al otro lado de la línea oí tres palabras que a la postre lo cambiarían todo. Era mi madre la que llamaba, terminando su turno en el hospital, y con voz agitada y algo emocionada, me dijo: «Johnny ha despertado».

# Algo para recordar

La llamada de mi madre fue breve, pero intensa. Johnny había abierto los ojos en algún momento entre la visita diaria del médico, a las doce, y el cambio de suero que tenía programado a las dos y media. La enfermera Robinson fue la que lo encontró despierto, con los ojos abiertos como platos e intentando gesticular para tratar de hablar y llamar su atención.

La noticia había corrido como la pólvora por el hospital, donde el caso de Johnny había tenido mucha repercusión tanto por su estado como por el motivo que lo había llevado hasta él. Aplicando el protocolo de casos similares, la policía también fue avisada con rapidez y antes de diez minutos ya había una pareja de agentes en la habitación de Johnny. Mi madre me dijo que, con todo aquel revuelo, la tarde se preveía movida y que le habían pedido extender su turno para cubrir algunas actividades adicionales que, con la noticia del despertar de Johnny y la afluencia y ajetreo extra que se esperaba, seguro se iban a producir en el hospital. Por supuesto, mi madre había aceptado, como siempre hacía cuando se le presentaba la oportunidad de traer un dinero extra a casa.

Yo me sentí contento, primero por el propio Johnny –ya que, aunque nunca quisimos perder la esperanza de que se recuperara, podría haber quedado «vegetal» para siempre– y luego por mi amigo Terence y, sobre todo, su madre, que seguro habrían estado sufriendo más por él que ninguna otra persona, salvo su hermano Elmer, quizás.

Le pregunté si ya habían avisado a Elmer y me dijo que no había hecho falta ya que estaba en la habitación con su hermano cuando la enfermera lo descubrió despierto, pero que no se había dado cuenta del despertar de su hermano porque se encontraba dormitando en un sillón de la habitación. Me contó que habían necesitado a dos fornidos celadores para conseguir separarlo de Johnny, al que no quería dejar de abrazar ni un instante en cuanto se dio cuenta de que su queridísimo hermano ya no estaba «dormido».

Como Johnny no tenía más familiares –que supiéramos– le pregunté a continuación por Ophelia, la madre de Terence, y me dijo que la había llamado justo antes que a mí para darle la buena nueva.

Johnny no podía hablar aún, ya que los tubos de respiración que había necesitado durante su coma le habían provocado lesiones –habituales y no graves– en la garganta; tardaría unos días en recuperar la capacidad de articular palabras. Se encontraba contento y hasta con bastante buen aspecto –para llevar varias semanas en coma–, pero se le notaba aturdido y algo desconcertado con su situación. Supongo que para él solo habían pasado unos minutos desde que un salvaje le golpeara la cara hasta dejarlo inconsciente, y todo el revuelo que se había formado a su alrededor nada más despertar en el hospital seguro sobrepasaría a cualquiera.

Por último, mi madre me dijo que me quedara en casa y que volvería a llamarme en cuanto supiera algo más. Yo aproveché para llamar a Penny, primero, y a Abe, después, y contarles la buena noticia. Penny dio un grito de alegría e informó a sus padres a voces desde el teléfono. El teléfono de Abe, por su parte, estaba comunicando porque Terence lo había llamado al mismo tiempo que yo para compartir con él la feliz novedad. Finalmente llamé a Terence para comentar la noticia y ver qué haríamos a continuación esa tarde. Terence me dijo que su madre ya había

salido para el hospital, pero que él se había quedado en casa. Su madre no sabía cómo se iba a encontrar aquello y, si había posibilidad de visitar a Johnny ese mismo día, lo llamaría para avisarlo y que fuera allí con ellos.

Quedamos entonces en esperar novedades. Yo seguí repasando el plan de infiltración, ensayando mis frases y la historia que iba a contarles a Marky, Russell o Nathan –al primero de ellos al que me encontrara esa noche en los billares–. Pero ahora mi mente no podía concentrarse solo en aquello, ya que la noticia del despertar de Johnny era tan buena e importante que era imposible no entremeter pensamientos sobre ello en medio de mis ensayos. Pensé en lo mal que les sentaría a aquellos tres la noticia que a todos los demás nos había alegrado el día y me regocijé en la rabia que seguro sentirían al enterarse.

Sobre las cinco y media el teléfono volvió a sonar. Era mi madre de nuevo. Me contó que el hospital había estado en ebullición las últimas dos horas. A la pareja de policías que había llegado allí cuando hablamos por última vez se les había sumado otra pareja, en este caso de inspectores; y hasta Bobby Lloyd se había dejado caer un rato por allí. Yo estaba encantado de ver la involucración de Bobby en el caso. Sabía que se preocupaba más de lo que su posición le exigía debido a la implicación de todos nosotros –sobre todo, de Penny– en aquel escabroso e infame ataque.

Lo más inesperado –para mí– y «jugoso» de la llamada vendría a continuación. Y es que mi madre había logrado enterarse, gracias a una amiga íntima –otra enfermera– que estaba en la habitación cuando los inspectores estuvieron intentando comunicarse con Johnny, que este, a pesar de no poder articular palabra, se había mostrado ansioso por contarle cosas a la policía; cosas sobre el ataque, claro está. Lo que no me imaginaba yo es que Johnny pudiera dar algún dato relevante más a la policía aparte de los que ya dimos nosotros y Ophelia al poner la denuncia tras el asalto. Sin embargo, por suerte, yo estaba equivocado. Según me contó mi madre, con la ayuda de una libreta y sacando fuerzas de donde seguro no las tenía, Johnny había escrito a la policía que, durante la refriega, había podido levantar un segundo la capucha del desalmado que lo tenía contra el suelo y le estaba machacando el rostro sin piedad con sus puños. En definitiva, que había podido ver la cara de su agresor.

Yo no podía creer lo que me estaba contando mi madre. ¿Sería posible que tuviéramos la prueba definitiva para cargarnos a Nathan y a los otros dos? ¿Qué mejor que la identificación directa del agresor por parte del agredido? Nunca pensamos que Johnny hubiera podido ver la cara de uno de sus asaltantes, pero con eso –y quizás añadiendo el testimonio de Abe sobre su incidente en el callejón de la calle Elm– seguro que podíamos mandar a los tres a la cárcel una temporada y conseguir de paso, por qué no, desarticular la célula del Klan que pensábamos estaban empezando a crear en nuestra ciudad antes de que esta fructificara del todo. Le pregunté entonces, ansioso, si Johnny había mencionado en su escrito el nombre de Nathan Simmons; pero no todo iba a ser tan fácil y mi madre me dijo que no, que Johnny había dicho a la policía que no conocía el nombre de su agresor, pero que podría identificarlo con facilidad si lo volviera a ver o incluso si le enseñaban una buena foto del mismo. Al parecer, los inspectores volverían a la mañana siguiente con fotos de varios sospechosos para ver si con eso Johnny podía identificar con claridad a su agresor. Yo estaba seguro de que, estando Bobby metido en el ajo, se aseguraría de que la foto de Nathan Simmons fuera una de las que le llevaran a Johnny el sábado. Yo sabía que Nathan tenía ficha policial porque, en las conversaciones con Bobby donde nosotros le habíamos insistido en la culpabilidad de los tres mamarrachos a los que esa semana habíamos intentado seguir sin ningún éxito, este nos había confirmado que a Nathan lo habían

detenido ya dos veces –cargos menores, pero que lo habían hecho pasar un par de noches entre rejas– y por tanto ese «pájaro» –fue el término que Bobby utilizó– estaba bien fichado por la policía de Fortress Flint.

Tan eufórico me sentía que le pregunté a mi madre si podíamos pasarnos por el hospital esa misma tarde para visitar a Johnny, pero ella me dijo que mejor esperara al día siguiente. Al parecer Johnny estaba agotado y un poco aturdido con el enorme ajetreo de aquella tarde. Sin embargo, yo insistí en la posibilidad de verlo, indicándole a mi madre que era muy importante para nosotros, al haber estado con él en el momento en que fue atacado; y, en esa ocasión, logré aprovecharme del cariño de mi madre, ya que, tras pensarlo unos segundos, al final me dijo que me esperara hasta las ocho y que entonces apareciera por allí y ella intentaría conseguirnos unos minutos con Johnny; pero solo si él aceptaba a vernos –algo que, no sé muy bien por qué, yo no dudé ni un instante–.

No puedo describir la felicidad que sentí en aquellos momentos. No solo por la recuperación de aquel valiente que había evitado un desastre mayor en la casa de mi amigo, sino porque además parecía que ahora sí que íbamos a tener una prueba sólida y definitiva para que Nathan diera con sus huesos en la cárcel. Aquello olía a victoria sin paliativos.

La primera persona con la quería compartir aquello era Penny, así que la llamé. No pude verla, pero estoy convencido de que llegó a dar saltos al oír la estupenda noticia: Johnny iba a poder identificar a Nathan y a testificar en su contra. Aquello lo cambiaba todo. Ya no iba a ser necesario encontrar la furgoneta; al tirar del hilo, la policía daría con ella. Yo ya no tendría que infiltrarme, haciéndome pasar por lo que no era, para recabar pruebas de los delitos de esos tres ni para deshacer lo que quiera que estuvieran formando, se llamara Ku Klux Klan o no fuera más que un grupo de vándalos racistas descontrolados. Tan cerca había estado de cometer una supina estupidez... sí, porque entonces la razón pareció volver a mí y empecé a ver mi valentía como locura; ahora, contando con una forma mejor y más sensata de atrapar a nuestros objetivos, una estrategia más plausible y cercana, el plan de aproximarme a ellos y «ofrecerme a ser su amigo» comenzaba a mostrar en mi adolescente mente las evidentes lagunas y peligros que cualquier adulto habría visto en él desde el principio. Penny se alegraba en especial de todo esto y me lo repitió varias veces durante la conversación. Había mil cosas que podían haber salido mal en aquel inocente plan. Pero ya todo eso quedaba atrás, ya no habría necesidad de intentar ninguna locura similar, y todo parecía que iba a resolverse como solía pasar en el «mundo adulto», con mucha menos emoción, pero de manera más efectiva que si nosotros hubiéramos tenido que intervenir. Así que empezamos a hacer conjeturas y planes sobre lo que sucedería en los próximos días y cómo Nathan, Russell y Marky terminarían apresados, aceptando su derrota y pagando por sus delitos.

Hablé acto seguido también con Abe y Terence y, aunque la madre de Terence no lo había llamado a él para que fuera al hospital, todos quedamos en acercarnos por allí sobre las ocho, como me había indicado la mía, para ver si podíamos visitar a Johnny y compartir con él –con todos– nuestra alegría, nuestra victoria.

A las ocho en punto estábamos los cuatro cruzando la puerta del hospital. Habíamos decidido ir andando para poder quedar antes y hacer tiempo. La tarde seguía muy nublada y eso hacía que la luz fuera más tenue –y la temperatura más agradable– que cualquiera de los días anteriores del verano a esa misma hora. Penny incluso llevaba en el brazo una fina rebeca porque era probable que, cuando volviéramos a casa, refrescara. Al entrar, Penny tiró la piruleta de fresa que había

estado degustando durante buena parte del camino y yo pensé por un segundo, como un tonto enamorado, que me encantaría recuperarla de la basura para poder probar sus labios.

Johnny estaba en una habitación de la primera planta, dando a la zona trasera del hospital, justo en la parte central de la «U» que formaba el edificio. Al pensarlo, se me ocurrió que a partir de ese día Johnny podría disfrutar por fin, durante lo que le restaba de recuperación, de las bonitas vistas que tenía a la zona ajardinada que limitaba con la trasera del hospital y terminaba dando al bosque.

Fuimos derechos a la zona en la planta baja donde solía estar mi madre, que nos esperaba allí con una amplia sonrisa. Me dio un abrazo y un beso, como hacía siempre que tenía oportunidad, y saludó con efusividad a mis amigos.

—Johnny está arriba, despierto. Os está esperando. Ophelia… tu madre —corrigió mirando a Terence— está con él.

Nos dijo que la policía hacía ya un rato que se había marchado y que el ajetreo de la tarde había pasado. Todo el hospital parecía haber vuelto entonces a la normalidad. Ella había terminado ya sus horas extras y me dijo que me esperaría para volver juntos a casa, pero yo le indiqué, de la manera más amable que pude, que no se molestara, ya que era viernes y podría ser que tras la visita a Johnny hiciera algo con mis amigos; quizás ir a Luke's o dar un paseo. Ella lo entendió, nos recordó el número de la habitación y su ubicación, pero nos dijo que antes de entrar directamente, habláramos con Lucy, la encargada de la primera planta, que estaba avisada y que nos conduciría hasta la habitación de Johnny. Mi madre empezó entonces a recoger sus cosas para marcharse mientras nosotros tomábamos las escaleras hacia el primer piso.

Llegamos a la primera planta y vimos a Lucy –yo la conocía de sobra de las múltiples visitas que había hecho al hospital–. Era una mujer muy bajita y siempre iba a andando deprisa. Tenía fama de ser bastante dura y algo áspera con los enfermos y visitantes en general, pero conmigo siempre se comportaba de modo muy amable. Tras saludarnos, nos pidió que aguardáramos un momento en la sala de espera desde la que se distribuían los dos pasillos que llevaban a las habitaciones y consultas.

La sala de espera se encontraba bastante vacía, ya que el tiempo de visitas había terminado y solo en algunos casos se permitían acompañantes más allá de cierta hora. Una madre con un niño de unos ocho años, con el brazo escayolado, trataba de entretenerlo diciéndole que le compraría caramelos al día siguiente si se portaba bien hasta que pudieran ver a su padre –que debía de estar ingresado allí–. Una pareja de ancianos miraba en silencio al horizonte, cogidos de la mano, en una imagen que me pareció muy tierna. Un hombre algo desaliñado, con un solo zapato y calcetín medio roto en el otro pie, se atusaba su grasiento cabello con un peine al que le faltaban la mitad de las púas, en un movimiento que parecía más de nerviosismo que de acicalamiento. Estaba sentado cerca de donde nosotros esperábamos, de pie, a que Lucy nos llevara por fin con Johnny y no pude dejar de percibir que hacía varios días que no se daba una buena ducha, aunque quizás no fuera por falta de ganas. Y, por último, completando el deslavazado grupo, al fondo de la sala, un hombre de aspecto fornido, con una tupida y larga barba negra, gafas de sol, gorra de los Red Sox encasquetada hasta las cejas, vestido con vaqueros, y una chaqueta del mismo material con unas mangas tan largas que casi le cubrían la mitad de las manos. Recuerdo que me llamó la atención porque en el edificio la temperatura era alta –casi más que en la calle– y porque lo único que se podía ver de su cara era su nariz; casi parecía que estuviera allí de incógnito.

Un par de minutos después, Lucy volvió a por nosotros y nos acompañó a la habitación de

Johnny. Íbamos en silencio, tratando de contener nuestra evidente emoción por estar allí, volver a ver a Johnny despierto y todo lo que ello significaba. Pasamos por delante de una habitación con la puerta abierta desde donde podía escucharse una radio que sonaba quizás más alta de lo permitido, haciendo que las voces de Sonny y Cher cantando su ***I Got You Babe*** inundaran todo el pasillo. Un par de habitaciones más adelante, Lucy se detuvo y nos hizo un gesto con la mano para que pasáramos.

Dentro estaba Ophelia, aferrada a la mano de Johnny casi como si de ello dependiera su vida. Ambos se observaban con una extrema ternura que me hizo hervir de envidia. Cuando se percataron de nuestra presencia los dos nos miraron con alegría y a Ophelia se le escapó un suspiro al ver a Terence. Se levantó de la silla donde se encontraba y fue a abrazarlo.

Johnny hizo un gesto con el brazo, llamando a Terence, y este se le echó encima en un movimiento muy afectuoso que nos sorprendió a todos. Abe, Penny y yo mirábamos la escena desde la puerta, casi sin atrevernos a entrar para no romper el mágico momento que se respiraba en la pequeña habitación.

—Gracias por salvar mi casa. Gracias por salvarnos a todos —dijo Terence con profundo sentimiento—. Eres un héroe.

No podría asegurarlo, pero diría que a Johnny se le escapó una lágrima al oír aquellas palabras del pequeño que lo abrazaba. La ventana estaba abierta y una leve brisa entraba por ella, pero la habitación era todo calidez, agradable calidez.

Si Johnny se pudo emocionar al escuchar a Terence llamarlo «héroe» –cosa que ninguno de los otros hubiéramos discutido en la vida–, a mí me recordó justo lo contrario: que yo no lo fui. Ojalá hubiera podido viajar en el tiempo y cambiar mi cobarde actitud aquella fatídica tarde –sí, ya no usaré más la palabra «prudencia» para disfrazar mi evidente, pura y simple cobardía–. Quizás si hubiera tenido el valor de salir de la casa con mis amigos a defender a Johnny podría haber evitado tanto sufrimiento, físico y mental, a Johnny, Ophelia y los demás. Sé que no tenía sentido fustigarme con mil reproches sobre algo que ya no podía cambiar y que, además, parecía no iba a tener severas consecuencias para los «buenos» de la historia, que éramos nosotros. Más aún cuando los «malos» parecían estar acorralados y a punto de ser descubiertos y encerrados.

Tras unos segundos más dejando que Terence terminara su abrazo, nosotros tres dimos un paso adelante y entramos en la habitación. Pude ver bien el rostro de Johnny cuando Terence se apartó y lo cierto es que, más allá de una evidente sensación de cansancio, no parecía tener demasiado mal aspecto, sobre todo teniendo en cuenta que había estado tres semanas en coma. No podía hablar, como me había dicho mi madre, pero tenía un cuaderno y un lápiz en el que, con cierta dificultad, era capaz de escribir algunas pocas palabras. Nos dio las gracias por haber ido a visitarlo. Escribió que estaba muy orgulloso de todos nosotros por que hubiéramos salido a defenderlo –y de nuevo, unas simples palabras, esta vez escritas, se me hundieron en el alma como afilados puñales, recordándome que yo no merecía ningún crédito ni orgullo por su parte–.

Penny preguntó por Elmer y Ophelia nos dijo que se había ido al poco de llegar la policía. Sabiendo que su hermano estaba ya en vías reales de recuperarse del todo, le tocaba descansar un poco de tanto velarlo, por lo que se había ido a casa.

Abe le preguntó entonces si se acordaba bien del ataque, en un claro intento de sacarle el tema del reconocimiento facial –o no– de su agresor. Johnny nos confirmó que pudo verle la cara y que la policía le traería unas fotos al día siguiente para que tratara de identificarlo. Nosotros le comentamos nuestras sospechas, le hablamos sobre Nathan, Russell y Marky, sobre cómo eran, sobre lo que solían hacer y cómo se comportaban. Johnny no parecía conocerlos por el nombre y

le sorprendió tanto como a nosotros su ataque aquel sábado de julio a la casa de Terence. No sabía cómo se habrían enterado de su relación con Ophelia –aunque tampoco era algo que ellos hubieran ocultado con esmero– y suponía que simplemente lo habrían seguido hasta allí después de haberlo visto con ella un par de veces. Las fotos del día siguiente lo aclararían todo, pensé, pero teníamos que asegurarnos de que alguna de ellas sería la de Nathan.

Nosotros seguimos contándole sobre nuestros miedos acerca de que estuvieran formando una célula del Ku Klux Klan en Fortress Flint, pero al llegar a esa parte y con nuestro entusiasmo creciendo según avanzábamos en la conversación, Ophelia nos detuvo con delicadeza indicándonos que Johnny estaba muy abrumado por todo lo vivido aquel día y que debíamos tratar de no entrar en temas tan desagradables, por el momento. Ya tendríamos tiempo suficiente de hablar con él en los días siguientes.

A pesar de que todos entendimos a la madre de Terence, mi pequeño amigo fue el único que insistió, y lo hizo de una forma que nos sorprendió a todos, ya que su jugada entonces fue sacar una foto que llevaba en el bolsillo –y de la que no nos había hablado a ninguno de los demás– y mostrársela a Johnny. Era una de las fotos que le había sacado a Nathan el martes, con la Instamatic 100 de Abe, en nuestro segundo día de seguimiento; una de esas fotos que yo le había recriminado haber sacado sin mucho sentido, sin ningún motivo aparente, y entonces tuve que tragarme mis palabras, ya que ahora la foto sí que podía ser de utilidad (aunque en mi defensa diré que cuando hice ese comentario a mi amigo tres días atrás ninguno de los dos podía haber imaginado que las fotos que estaba sacando Terence las usaríamos para que Johnny identificara al malnacido de Nathan).

Ophelia reprendió a Terence por su insistencia, pero Johnny le hizo a ella un gesto con la mirada para que dejara a su hijo hacer. Terence le acercó la foto y Johnny abrió los ojos de par en par. No hizo falta que escribiera nada en el cuaderno, ni siquiera que hubiera asentido como lo hizo; su mirada mezcla de rabia y terror nos confirmó lo que todos ya sabíamos: que Nathan era el agresor principal del grupo que había atacado la casa de Terence y había mandado a Johnny a «dormir» tres semanas al hospital. Nuestra alegría por la inminente victoria no pudo reprimirse. Los cuatro nos volvimos y, formando un pequeño corro, nos abrazamos en piña como un equipo de fútbol que acabara de ganar la Liga Nacional.

Lucy apareció entonces en la puerta y nos indicó, menos amable de lo que yo hubiera esperado, que ya era hora de dejar descansar al enfermo y de abandonar la habitación. Nos dijo que, si queríamos, podríamos volver al día siguiente, una vez la policía hubiera terminado con la sesión de fotos y un nuevo interrogatorio, cosa que ella calculó pasaría sobre las diez de la mañana.

Nos despedimos de Johnny y todos –incluida Ophelia, que le dio un sonoro beso en los labios antes de irse– salimos de la habitación con una amplia sonrisa en nuestros rostros. ***Strawberry Fields Forever***, del más famoso cuarteto de Liverpool de la historia, sonaba en la radio de la «habitación musical» por donde pasamos de vuelta a la sala de espera. En la sala ya no quedaba más que el hombre barbudo del fondo, aún con sus gafas de sol y su gorra. Pensé, por su expresión pétrea y postura inmóvil, como la de una estatua sentada, que a lo mejor se habría quedado dormido. La verdad es que aquel lugar se quedaba bastante tranquilo y agradable a partir de cierta hora. Al tomar la escalera vimos que la pareja de ancianos que se encontraba antes en la sala estaba ahora terminando de bajar también y los saludamos con cortesía al adelantarlos con nuestro eufórico caminar. Estábamos pletóricos. El día no podía estar saliendo mejor: Johnny había despertado, nos había confirmado que su agresor había sido Nathan, íbamos a poder hacer que lo metieran entre rejas una temporada… Y toda la tensión acumulada esos

días, mezcla de nuestra impotencia y los continuos fracasos de nuestro infantil intento de seguimiento policial, quedaban ahora de pronto olvidados, borrados por el golpe de suerte recibido ese viernes 4 de agosto.

Estuvimos regocijándonos en nuestra suerte unos diez minutos en la entrada del hospital, sin decidir muy bien qué hacer a continuación. Penny sugirió que fuéramos a Luke's a celebrarlo. A mí me pareció una gran idea, pero Ophelia nos dijo que tenía el coche aparcado allí y que se iba a casa; estaba muy cansada después de todas las emociones positivas vividas esa tarde. Terence decidió que acompañaría a su madre a casa, lo cual me pareció un hermoso gesto por su parte. Abe nos dijo que le dolía un poco la tripa, algo de lo comido en el almuerzo debía haberle sentado mal, o quizás solo fuera la acumulación de los nervios del día. Ophelia se ofreció a acercarlo a su casa; de hecho, se ofreció a acercarnos a todos. Miré a Penny, sabiendo que lo que yo deseaba era quedarme un rato más con ella. Y entonces ocurrió un nuevo «milagro» para mí en ese día de gloriosa suerte: Penny se dio cuenta de que se había dejado en la habitación de Johnny la rebeca que había traído; pensaba que habría sido en el momento del abrazo en grupo, justo para lo cual la dejó caer sobre el sillón que imaginaba yo habría sido la cama de Elmer muchos de esos días que había estado velando a su comatoso hermano.

Y ahí vi mi oportunidad. Cuando Penny se giró para volver a entrar en el hospital y recoger su rebeca, yo me acerqué a ella y le dije:

—Déjame que te acompañe.

Ella me miró con ternura, correspondiendo mi interés por quedarme con ella, y me contestó:

—Claro, Will.

Pero si eso no hubiera sido suficiente para corroborar que aquel era sin duda el día más afortunado de toda mi vida, Penny volvió la cabeza hacia los otros tres y les comentó, de manera tan natural que solo yo pude identificar como algo más profundo que mera hambre de carne de vacuno:

—Y vosotros podéis marcharos ya. No hace falta que nos esperéis. Creo que luego Will y yo iremos a tomar una hamburguesa a Luke's.

Mi sonrisa de bobalicón fue toda la respuesta que obtuvo su comentario, pero fue suficiente para hacernos conectar de nuevo y seguir nuestro camino hacia la planta primera del John Morris, mientras Ophelia y mis dos amigos emprendían su camino hacia el coche.

¿Qué estaba pasando? ¿Sería posible que fuera ella la que estuviera tomando entonces la iniciativa?

Cuando a uno empiezan a salirle las cosas bien se viene arriba, y ese día no podía haber ido mejor. El mejor día del verano, hasta el momento. Mi corazón estaba agitado ante la –para mí, muy probable– posibilidad de aquel fuera el día en que por fin pudiera declarar mi amor a Penny y, con algo se suerte, ser correspondido. Los pensamientos sobre esto se agolpaban en mi cabeza mientras volvíamos a subir las escaleras para recoger su rebeca en la habitación de Johnny. Metí la mano en mi bolsillo y palpé la pulsera de Bessie Coleman que me había acompañado durante los últimos días, esperando paciente la mejor oportunidad para salir de allí y descansar en la muñeca de mi amada como regalo, como «guinda del pastel» a la declaración que tanto había ensayado en mi mente y que en ese momento volvía a repetirme para mis adentros de forma atropellada por los crecientes nervios que sentía. Tenía el presentimiento de que aquel sería «el día».

La primera planta la sala de espera ya estaba del todo vacía. Ni siquiera Lucy estaba por allí, rondando como solía con su ligero caminar. Lo único que nos acompañaba en los alrededores era

el vozarrón de Tom Jones cantando su movido ***It's Not Unusual*** que salía de la habitación cercana a la de Johnny.

Yo iba caminando un poco detrás de Penny, mirando su hermosa silueta y preguntándome qué es lo que estaría pensando ella en ese momento.

Cuando llegamos a la habitación de Johnny, Penny se detuvo en seco y casi me tropiezo con ella. Lo que ambos vimos allí era lo último que hubiéramos esperado. La luz estaba apagada y el cielo fuera estaba tan cubierto que ya casi era de noche, pero la escena que contemplé entonces fue tan clara para mí como si la hubiera presenciado encima del escenario de un teatro iluminado con diez potentes focos.

El hombre barbudo, con gafas de sol y gorra de los Red Sox, vestido con pantalones y chaqueta vaqueros estaba en la habitación, al lado de la cama, sosteniendo una almohada encima de la cara de Johnny, el cual forcejeaba en silencio para zafarse de aquel mortal ataque. Al tener el agresor los brazos estirados, las mangas de la chaqueta vaquera subían ahora por encima de sus muñecas y estas mostraban unas muñequeras de cuero negro llenas de tachuelas que nos eran terriblemente familiares.

Penny y yo estábamos petrificados. Uno de los manotazos que Johnny daba a ciegas al aire impactó en la cara de su agresor y tiró sus gafas de sol al suelo. Su mano agarró la negra barba del atacante en un desesperado intento de defenderse mientras su vida se escapaba bajo aquella almohada, pero este movimiento no tuvo ningún efecto en el agresor, que seguía casi inmóvil, echado encima del pobre Johnny, asfixiándolo. La barba se despegó de su cara quedando sujeta en la mano de la víctima.

Pudimos ver entonces con claridad el rostro de Nathan Simmons, el cual, con expresión pétrea y fría como el hielo, no apartaba la vista de su víctima. Penny le gritó: «¡Apártate de él!», y entonces fue cuando Nathan se percató de nuestra presencia; pero más allá de modificar la expresión de su rostro por una más furiosa, no dejó de apretar la almohada contra la cara del cada vez más inmóvil Johnny.

Todo ocurrió en un segundo, aunque puedo asegurar que yo lo viví a cámara lenta, como suele pasar en los momentos de tensión extrema.

Yo tenía miedo, por supuesto. Estaba presenciando un asesinato en directo. La mirada de furia de Nathan era terrorífica. Y todos allí sabíamos que aquel era un punto de no retorno. Pero recordé las palabras que el señor Giddens me había dicho en el parque un par de semanas atrás, cuando le confesé mis miedos y mi sentimiento de cobardía. Si no pensaba más que era un cobarde, me demostraría a mí mismo que no lo era. Tenía que quitarme de una vez por todas esa etiqueta que llevaba años alimentando en secreto en lo más profundo de mi alma y que me había maniatado en muchas ocasiones de mi vida. Pensé también en las oportunidades reales que había tenido para demostrar que podía ser un héroe; uno de verdad, no uno falso –como yo me sentía–, y cómo las había desaprovechado. Tenía que hacer honor a cómo todos me veían desde lo del incendio que le costó la vida a mi pobre y querido hermano Tommy. Tenía que honrar a mi madre. Tenía que deslumbrar a Penny, allí a mi lado, antes de que cometiera la locura de arremeter contra Nathan y ponerse ella misma en peligro. Tenía que ser el hombre que siempre había querido ser.

Como si fuera Flash, el superhéroe de DC, hice un rápido movimiento, apartando a Penny un poco hacia un lado, lo que me permitió salir corriendo –o, mejor dicho, dar dos zancadas– hasta la cama. Nathan estaba en el lado opuesto de esta, manteniendo su postura con firmeza encima de un Johnny que ya no daba manotazos al aire. En lugar de rodear la cama para poder llegar

hasta Nathan y tratar de apartarlo de allí, hice lo que se me ocurrió sería más rápido –aunque no pensaba que quizás tan efectivo como fue– y salté por encima de la cama con todo el impulso que me permitieron mis piernas. Mi cabeza y mi hombro derecho impactaron de lleno en el pecho de Nathan, el cual no esperaba en absoluto aquel movimiento. El tremendo choque –y la sorpresa por la forma de recibirlo– hizo que Nathan se desestabilizara y fuera impulsado hacia atrás, liberando por fin el rostro de Johnny de la presión que había estado ejerciendo con la almohada. La mitad superior de mi largo cuerpo había sobrepasado la cama y cayó sobre el otro lado de la habitación, pero mis piernas golpearon las de Johnny en la caída, quedando encima de la cama y dejándome en una postura del todo vulnerable, sin ninguna posibilidad de defenderme de un posible contraataque de Nathan.

Levanté mi cara como pude del suelo y pude confirmar entonces cómo ese era sin duda el día más afortunado de mi vida. El impulso de mi golpe lo había desplazado hasta la ventana con tanta fuerza que, al estar esta abierta y dar contra ella, había perdido el equilibrio, haciendo que la mitad superior de su cuerpo estuviera inclinada al exterior, mientras sus brazos se extendían hacia dentro, tratando de agarrarse a lo que fuera que pudiera estabilizarlo de nuevo. Su cara mostraba una sorpresa total, con sus ojos henchidos en sangre de la furia extrema que debía sentir. Tan rápido fue el movimiento que Nathan no llegó a alcanzar el marco de la ventana con sus manos y, un milisegundo más tarde, su cuerpo había salido por completo de la habitación, despedido hacia atrás, perdiéndose en la creciente oscuridad que reinaba fuera, como un Peter Pan diabólico abandonando el cuarto de Wendy para emprender el vuelo a Nunca Jamás.

Pude oír con claridad el golpe sordo de las –calculo– ciento setenta libras de músculo y hueso de Nathan impactando contra el suelo un piso más abajo, en la parte trasera del hospital.

Penny se había acercado a Johnny para comprobar que aún respirara. Parecía vivo, pero inconsciente.

Yo me levanté como pude y me asomé por la ventana. Nathan estaba abajo, en suelo, retorciéndose como un gusano dolorido. No pude adivinar si se había roto algo o cuán malherido estaría, pero me alegré sobremanera al verlo sufrir entre ahogados quejidos.

Mi corazón latía como una locomotora, impulsado por la adrenalina generada en aquel movimiento. Miré a Penny, aún sin llegar a creerme lo que acababa de hacer.

—¡Oh, Will…! Eso… eso ha… ha sido increíble —dijo abrumada también por los nervios.

—Debería ir a buscar a alguien a que me ayude a retener a Nathan y ver también cómo está —contesté yo, sin recrearme en la positiva sorpresa –y orgullo– que provocaba a Penny su nervioso tartamudeo –algo que, en otro caso, hubiera sido lo primero que mi ególatra mente, necesitada de reconocimiento, hubiera hecho–.

—Sí, claro, ve. ¿Tú estás bien? —preguntó ella.

—Sí, sí… —respondí en automático, sin pensarlo ni evaluar en realidad si me dolía algo tras el tremendo encontronazo entre mi cuerpo y el de Nathan.

—Yo iré a por una enfermera para que vean a Johnny.

Ella salió de la habitación delante de mí, con paso ligero. Los pasillos de la primera planta seguían vacíos, pero a lo lejos, en el ala derecha, apareció doblando una esquina Lucy, con su nervioso caminar, ojeando unos papeles. Penny corrió hacia ella, llamándola en alto y haciendo gestos con las manos. Yo la seguía, pero al llegar a la escalera me desvié y bajé tan rápido como me permitieron mis piernas. Me dirigí al mostrador principal, donde un fornido celador –cuya cara me sonaba muchísimo de haberlo visto en numerosas ocasiones por el hospital, pero cuyo nombre no recordaba en absoluto– estaba hablando de forma distendida, apoyado en el

mostrador, con una de las dos administrativas que lo atendían. A esa hora estaba todo bastante tranquilo en el hospital.

Iba yo tan rápido que casi no logro frenar a tiempo para no arrollarlo en mi carrera. Con cierta dificultad por la falta de aliento intenté explicarles lo que había ocurrido. Tuve que hacerlo un par de veces, porque al principio no debieron entender mucho de mi rocambolesca historia. ¿Un intento de asesinato en el hospital? Debieron de pensar que estaba loco o tomándoles el pelo, pero mi condición de «hijo de» una de sus compañeras y mi reputación de buen muchacho me dieron la credibilidad suficiente para que el celador aceptara a acompañarme a la parte trasera del hospital, confiando en mi promesa de que allí encontraríamos al maltrecho Nathan Simmons y que en la planta de arriba había dos personas que podrían corroborar mi historia.

Para no tener que rodear todo el edificio, salimos por una puerta de la parte izquierda de la trasera del hospital. Pero cuando lo hicimos, allí fuera no había nada. El cubierto cielo hacía que la oscuridad reinara en el pequeño y descuidado jardín que adornaba la parte de atrás del hospital y solo un par de tristes farolas –aún no encendidas en aquel momento– en las esquinas de dicho jardín podrían habernos ayudado a distinguir bien toda la escena.

Tardamos unos segundos en que nuestros ojos se acostumbraran a dicha penumbra, pero eso no hizo que el cuerpo de Nathan apareciera debajo de la ventana de la habitación de Johnny. Tras aguantar algunos comentarios irónicos del celador, que pensó en un primer instante que había sido víctima de una inocente y tonta broma, mi insistencia en buscar los restos o rastros de Nathan hizo que se acercara a ayudarme a buscar por los alrededores.

—Quizás se haya arrastrado un poco más allá —dije con cierta esperanza—, para tratar de escapar.

Pero allí no había nada más que dos figuras, en la casi noche del viernes, buscando algo que no estaba, confundidas y solo arropadas por el leve sonido del ***Runaway*** de Del Shannon proveniente de la radio de la «habitación musical», el cual llegaba –irónico– a nosotros a través de una ventana a la izquierda de la de Johnny.

Miré entonces hacia arriba y grité, algo desesperado:

—¡Penny, ¿estás ahí?!

Tardó unos segundos, pero enseguida su linda cara apareció por la ventana de Johnny, en el primer piso.

Ella me ayudó a convencer al celador de que yo no estaba loco ni trataba de gastarle una broma, y que lo que habíamos ido a buscar allí detrás del hospital era real, por mucho que no hubiéramos logrado encontrar a Nathan, ni a nadie más.

Desde la ventana Penny logró ver algo rojo y pequeño entre unos matojos cerca de un arriate de rosas. Era la característica «B» bordada en rojo en la gorra negra de los Red Sox que Nathan llevaba aquella tarde. Debió de haber saltado de su cabeza en la caída, aunque lo cierto es que aquello nos servía de poco. La recuperé mientras Penny oteaba hacia todas las direcciones posibles desde su elevada posición sin encontrar nada que nos sirviera de ayuda para dar con Nathan o con su rastro. Yo no entendía cómo Nathan se nos podía haber escapado delante de nuestras narices, y más aún tras una caída como la que había sufrido. La ventana de Johnny debía de estar a una altura de entre diez y doce pies y además Nathan había caído de espaldas, o como mucho de lado. A la fuerza, tenía que haberse hecho mucho daño.

Tras una última infructuosa ronda de búsqueda, subimos a la habitación de Johnny, donde este se encontraba despertando de nuevo –por segunda vez en el día– y trataba de entender qué es lo que había pasado allí. Penny explicó todos los detalles a Lucy y al celador, remarcando mi

heroica acción, que había acabado con Nathan saliendo despedido por la ventana. Y quince minutos después volvió a hacerlo a la pareja de policías que se presentaron en el hospital. Mientras Penny relataba lo sucedido, yo empecé a ser consciente de dos cosas: del orgullo que mi amiga sentía por mi acción, la cual consideraba que había sido definitiva para salvar la vida a Johnny, y del dolor que poco a poco aparecía en mi hombro y cuello debido al tremendo choque con el robusto torso de Nathan Simmons.

Llamé a mi madre, que ya habría llegado a casa, para contarle lo sucedido. La mezcla de orgullo y temor en su voz era visible. Estaba preocupada por lo que hubiera podido pasarme y por cómo me encontraba –aunque ya me habían dado un analgésico, este no había empezado a hacerme efecto, pero le mentí de forma piadosa para no acrecentar su nerviosismo sin motivo–. Por otro lado, también estaba llena de satisfacción por mi heroico comportamiento, y así me lo hizo saber varias veces en la breve conversación que mantuvimos. Le prometí que volvería a casa pronto.

Tras asegurarnos de que Johnny se encontraba bien y que el ataque sufrido aquella tarde no tendría, en apariencia, ninguna secuela, Penny y yo bajamos de nuevo a la recepción del hospital. Estábamos a punto a abandonar el lugar, creo que aún sin saber a ciencia cierta si para ir a Luke's o para volver a casa, cuando Bobby Lloyd apareció en su coche. Era la segunda vez que visitaba el hospital ese viernes.

—Abejita —dijo dirigiéndose a Penny—, ¿cómo estáis? La noticia ha corrido como la pólvora en comisaría. He venido en cuanto me he enterado.

Penny volvió a contar lo sucedido a su futuro cuñado (porque, claro, nadie mejor que ella para relatar en primera persona el suceso que Bobby seguro que habría escuchado resumido y tras varios filtros). Bobby se interesó por mí y reconoció la valentía de mi acción, volviendo a señalar que había salvado una vida y lo importante que eso era. Yo estaba bien, aunque un poco abrumado por tanto halago (y puede que también un poco «tocado» por el creciente efecto del analgésico). Así que, en cuanto pude, me distancié un poco de ellos, que seguían conversando en la puerta, y empecé a caminar con paso lento, sin dirigirme a ningún sitio en particular; quizás solo buscando tranquilidad y algo de aire fresco para despejarme. Mi corazón había vuelto a latir a un ritmo normal y la brisa del Atlántico me reconfortaba en el comienzo de aquella noche que había empezado un poco antes de lo habitual por el encapotamiento del cielo.

Repasando lo sucedido en mi cabeza terminé por volver a la parte trasera del hospital, muy cerca de donde había caído Nathan. Una vez allí decidí sentarme en un solitario banco que miraba hacia el salvaje bosque que lindaba, sin ninguna valla o separación, con el final del frondoso jardín que adornaba la zona posterior del recinto. Desde mi asiento en la penumbra podía escucharse a la perfección a Van Morrison cantando su ***Brown Eyed Girl***, cuya música y letra salían de la ventana de la «habitación musical». Las dos viejas farolas que, cercanas al edificio, flanqueaban el jardín como silenciosos guardias de un inexistente fortín emitían una triste luz anaranjada que solo servía para evitar que uno se tropezara al andar por allí, pero no permitía visualizar con claridad nada más allá de unas veinte yardas a lo lejos. La noche había caído de lleno sobre Fortress Flint.

Estaba asombrado de cómo todo había cambiado en tan solo una tarde. Primero por el despertar de Johnny, segundo por la confirmación –al ver la foto que, con tanto acierto, Terence le había enseñado– de que podría identificar a Nathan como culpable de agresión ante la policía… y solo unos minutos después habían intentado asesinar a Johnny, asfixiándolo, casi delante de nuestras narices. Si no hubiéramos tenido la suerte de que Penny olvidara su rebeca en la habitación y de

volver a por ella, no habríamos podido impedir el asesinato, ni identificar a Nathan de nuevo como culpable de un nuevo intento de homicidio (porque su primera paliza a Johnny bien podía haber terminado con este en un ataúd en vez de en la cama de un hospital si no hubiera sido por la llegada de los vecinos de Terence). La barba postiza, las gafas y la gorra ya habían sido requisadas por la policía y catalogadas como pruebas, aunque los testimonios de Penny y mío serían lo más crucial y definitivo para la condena que seguro iba a caerle a Nathan en cuanto dieran con él y lo atraparan. Nadie había dudado un instante de nuestras declaraciones.

Sobre mí, aún no terminaba de creer que hubiera sacado tanto valor para lanzarme, cual bala de cañón humana, contra Nathan e impedir una muerte injusta y cruel. Aquella repentina y fugaz acción había sido tan fuerte en lo físico contra Nathan como en lo emocional a mi favor, ya que de pronto notaba cómo mis hasta entonces permanentes y tormentosos complejos y traumas empezaban a disiparse dando paso a una mayor seguridad en mí mismo, a un mayor convencimiento sobre mi valentía y sobre mis valores. Es curioso cómo una pequeña acción, en tan solo un segundo, puede provocar un impacto tan poderoso en la mente de un joven. Sin duda alguna, aquella breve carrera, salto y posterior empujón en la habitación del hospital de mi ciudad fueron decisivos en el refuerzo de mi personalidad y en mi convencimiento interno sobre mis verdaderas fortalezas.

Tan absorto estaba en estos pensamientos que no oí los pasos de Penny al acercarse.

—¡Ah! Estás aquí —dijo sobresaltándome.

Giré la cabeza y el cuello volvió a dolerme como si el analgésico hubiera sido un placebo. No pude evitar hacer una mueca de dolor.

—Pensé que me habías dejado tirada —remató.

—Eso nunca —contesté como un bobo, aunque sabía que mi amiga jamás habría pensado eso en serio.

—Bobby se ha quedado hablando con los otros agentes en la entrada. ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba despejarme. La verdad es que estaba un poco abrumado por todo lo ocurrido. Aún no me creo que hiciera lo que hice.

Ella se acercó y se sentó a mi lado en el banco. Su mirada se tornó más tierna entonces y no necesitó decir nada para alentarme a seguir hablando de cómo me sentía. Ella solo parecía querer escucharme.

—Ha sido todo tan extraño… —continué—. Si lo pienso en frío creo que fue una locura saltar sobre Nathan. Hay tantas cosas que podrían haber salido mal. Creo que incluso pude ponerte en peligro a ti, al propio Johnny y a mí mismo. Hoy he tenido doble suerte: primero por volver contigo a la habitación y sorprender a Nathan, y segundo por haber acertado en desequilibrarlo y quitarlo de en medio con un solo movimiento. —Hice entonces una pausa antes de terminar mi reflexión—. Si no llega a caerse por la ventana, creo que me habría machacado. Puede que a ti también te hubiera hecho daño. Casi me dan ganas de pedirte perdón.

—Ni se te ocurra decir eso, Will —me replicó ella, riñéndome—. Hiciste justo lo que tenías que hacer. Hoy has sido un héroe. Has salvado una vida. Puede que incluso a mí de haber sido atacada o… qué sé yo, hasta de algo más. Pocas veces habré visto a alguien hacer algo tan valiente.

Si había alguien de quien hubiera deseado oír decir esas palabras sobre mí, esa era Penny. Pero no quería terminar de caer en la tentación de empezar a sentirme demasiado orgulloso de mi acto de valentía –o locura momentánea– y lo primero que se me ocurrió para mantener mi ego bajo control y los pies en la tierra fue contestarle lo siguiente:

—La verdad es que no soy tan valiente ni tan héroe como tú crees, Penny.

—¿A qué te refieres? ¿Vas a volver a salirme con el cuento de que hoy solo has tenido suerte? Conmigo no necesitas mostrarte tan modesto, Will. Yo ya sé que no eres un fanfarrón y que si de algo puedes presumir es de tu absoluta falta de soberbia.

—No, no es eso… —dudé un poco, pero finalmente me decidí a confesar—. Verás, tengo que contarte una cosa que llevo días queriendo decirte, pero me ha estado dando vergüenza y no me he atrevido a hacerlo. —Creo que en ese momento ella pensó que yo iba a salir por otros derroteros. Sus ojos se abrieron de par en par y pienso que se preparó para recibir la declaración de amor que ambos ya sabíamos que yo hacía tiempo deseaba hacerle. Sin embargo, yo antes quería confesarle otra cosa; y como sabía que si le daba muchas más vueltas no iba a terminar por hacerlo, lo dije sin más—. El día del ataque a la casa de Terence me comporté como un cobarde.

—No entiendo… —expresó al tiempo que su cara acentuaba el desconcierto que la envolvía.

—Pues que mientras todos vosotros salisteis a defender a Johnny, yo me quedé dentro en la casa, a salvo, paralizado por el miedo.

—No. Tú solo tardaste un poco más que nosotros en salir porque, con los nervios, te tropezaste y te diste un golpe en la cara. Fue algo fortuito. Y cuando lograste salir de la casa ya había terminado todo.

—No, Penny. No me tropecé ni me di ningún golpe. Eso me lo inventé, como un cobarde mentiroso, para que no os sintierais decepcionados de mí. En realidad, yo solo me limité a mirar cómo vosotros demostrabais una valentía que yo era incapaz de encontrar en mi interior.

Penny entendió entonces mis dudas y mi desazón, pero lejos de quedarse con mi mentira y reprocharme mi comportamiento, tiró de mí hacia arriba.

—Bueno, Will. Puede que el otro día no fueras capaz de demostrar tu valor, pero hoy desde luego que sí lo has hecho. Eso no lo puedes negar. Lo he visto con mis propios ojos.

—Ya, pero ni siquiera sé si ha sido valor o me ha empujado la vergüenza que llevo sintiendo desde entonces.

Penny me cogió entonces mi mano izquierda entre las suyas, enfundadas en unos de los finos guantes con los dedos al aire que solía usar.

—Nadie puede ser siempre perfecto. Ni siquiera tú, Will Johns. Aunque… te acercas. —Mi ánimo no podía ignorar más los halagos de mi amiga y creo que hasta mi postura corporal cambió a una más erguida al escuchar las bonitas palabras de Penny—. Que el otro día tuvieras un momento de excesiva prudencia no te convierte en un cobarde, ni mucho menos. Te conozco bien y sé que no lo eres, así que no vas a poder convencerme de lo contrario. Eres un chico amable, bondadoso, que siempre mira por los demás y se preocupa por ellos de verdad, y te he visto mil veces hacer cosas por nosotros que, desde luego, demuestran más valor que el que hoy hayas podido sacar de tu interior para lanzarte sobre Nathan y salvar la vida de Johnny. El verdadero valor de una persona está en cómo vive el día a día, en las cosas pequeñas, en esforzarse con una sonrisa por realizar esas acciones desinteresadas solo para conseguir que otras personas se sientan apreciadas… se sientan orgullosas. Y todos los que te conocemos estamos orgullosos de ti, Will, porque cada día nos demuestras tu valor como excelente ser humano. —Hablaba con tanta convicción y tanto cariño que no pude rebatir nada de lo que dijo. Ella no solía ponerse nunca tan profunda, pero desde luego en ese momento era justo lo que yo necesitaba y ella actuaba como si lo supiera; como si ella misma lo deseara, incluso. Yo estaba emocionado al límite de no poder contener la humedad de mi ojo. Si hubiera intentado hablar entonces, la voz

no habría podido salir de mi atorada garganta. Penny siguió hablando—. Además, por si eso no bastara, solo con haberme contado ahora cómo te sentiste el día del ataque ya has realizado un acto de valentía, enfrentándote a tu vergüenza y superándola. Te agradezco de veras la confianza demostrada en mí al compartir ese «secreto», ese sentimiento tan íntimo, conmigo.

Esta última reflexión de Penny me recordó a una similar que me había hecho el señor Giddens el día de nuestro paseo y charla en Howe Forrest Park.

—Muchas gracias, Penny —logré articular al fin, no sin cierta dificultad y tras tragar saliva un par de veces—. No sabes lo que te agradezco tus palabras. Para mí es muy importante lo que has dicho… porque para mí tú eres una persona… muy importante.

Mi discurso era torpe y quería expresar tantas cosas sobre ella que no lograba ordenarlas de forma coherente para poder hilar una convincente y romántica declaración. Así que ella, más lúcida que yo, volvió a intervenir para que la conversación fluyera.

—Mira, como tú me acabas de contar algo muy íntimo, déjame que yo comparta contigo algo que no sepas de mí. Así estaremos en paz, ¿vale? —Su simplista y generosa oferta quitó intensidad al momento y me ayudó a relajarme. De nuevo, Penny parecía saber qué decir en cada momento—. ¿Sabes cómo me llamo? —me preguntó entonces haciendo que mi curiosidad despertara de golpe.

—Penny… bueno, Penelope Wise, ¿no?

—Sí, pero ¿sabes cuál es mi segundo nombre?

No tenía ni idea. Lo cierto es que jamás había pensado en ello antes de ese momento, pero al mencionarlo entonces caí en la cuenta de que no habíamos comentado nunca entre nosotros ese asunto. Era, en realidad, un poco tonto por mi parte que, sintiendo lo que sentía por ella, nunca me hubiera preguntado si tenía segundo nombre y cuál podría ser; no por nada en especial, sino solo por las usuales ansias de conocer todo lo posible de la persona amada que por lo general tienen los enamorados.

En ese momento, solo pude negar con la cabeza.

—Pues es Luna. Mi nombre completo es Penelope Luna Wise.

—¿Luna? ¡Es precioso! —repliqué con una sonrisa—. ¿De dónde viene?

—Es español. Mi bisabuela materna era española, de un pueblo del sur de España, y ella se llamaba así, Luna. Mi madre vivió un tiempo con ella cuando era niña y siempre ha hablado maravillas de ella. Quiso ponerme su nombre en su memoria. Yo no llegué a conocerla.

—¿Vivió con ella en España?

—No, ella emigró aquí a finales del siglo pasado. Conoció a mi bisabuelo allí, en Europa; él era estadounidense, comerciaba con metales preciosos y viajaba mucho, pero nada más casarse se mudaron aquí.

—¿Y por qué no lo usas más o no nos has contando antes sobre ella y tu nombre? A mí me parece un nombre muy hermoso.

—No lo sé, la verdad. En mi casa nunca me llaman así. Todo el mundo me conoce como Penny, salvo Lauren que me dice Pe y Bobby que me llama «abejita» —comentó con una sonrisa y una leve encogida de hombros—. Pero hoy me apetecía contártelo. Yo también creo que es un nombre muy bonito. Y ahora, si quieres, cuando estemos solos, tú puede llamarme Luna si te apetece. Será como un pequeño secreto entre los dos.

Aquello me hizo sentir en extremo especial. La química fluía entre los dos. Estaba convencido de que aquel iba a ser el día, el día en que mis sentimientos amorosos –y confiaba que también los suyos– fueran destapados por completo y expuestos sin tapujos frente a mi amada.

—Así lo haré, Luna —contesté con una sincera sonrisa, que ella devolvió con ternura.

Con mi mano entre las suyas y el roce de sus finos guantes acariciando mi piel, sentí que podía hablar con ella de cualquier cosa y se me ocurrió entonces preguntarle por algo que seguro en otro momento y circunstancia nunca me habría atrevido a mencionar. Quizás si lo hubiera pensado un poco más habría desechado la idea, pero en ese momento mi confianza estaba tan alta que no se me ocurrió que Penny pudiera esquivar mi petición ni sentirse mal u ofendida por ella.

—¿Me dejarías preguntarte una cosa, ahora que estamos solos y que nadie más nos ve ni nos escucha? —dije sin esperar un «no» por respuesta.

—Claro. Venga, dispara. Te prometo que hoy te contestaré a cualquier cosa que me preguntes. Te lo has ganado, por valiente —respondió guiñándome un ojo de forma cómplice.

—¿De qué son las cicatrices de tus manos que siempre escondes bajo tus guantes?

Penny se sorprendió de forma visible por la pregunta, pero no se espantó; ni siquiera apartó sus manos de la mía. Simplemente se puso algo más seria.

—Bueno, esto sí que ha sido una pregunta sorpresa, Will.

—No tienes por qué decírmelo si no te apetece —me apresuré a indicar yo, temeroso de haber roto la magia que se había creado entre nosotros.

Hubo un silencio, pero Penny estaba decidida a cumplir su promesa y a contestarme con toda la verdad. Lo único es que sus nervios afloraron de forma incontrolable por su parte.

—Lo ha… lo ha… lo haré. —Entonces retiró sus manos de la mía y se quitó los guantes con una parsimonia que supongo que le dio algo más de tiempo para asimilar que iba a contarme algo sobre lo que yo sabía no se encontraba nada cómoda. Cuando hubo dejado sus manos al descubierto, continuó mientras las miraba, casi hipnotizada por ellas—. No sé cómo decir… cómo decir… cómo decirlo, la verdad. A veces me siento un mons… un mons… un monstruo.

—Aquello me sorprendió a mí. ¿Cómo unas pequeñas cicatrices en los laterales de la cara interna de cada mano, justo debajo de los pulgares, podían hacer sentir a nadie como un monstruo? Viendo que le costaba continuar, agarré con suavidad sus manos con las mías y compartí mi calor con ella, haciendo que su mirada volviera a conectar con la mía y dejara de concentrarse en el aspecto de sus cicatrices—. Nací con… nací con… con seis dedos en cada mano.

Confieso que aquello ni siquiera me pareció extraño. Casi suspiré porque siempre había pensado que esas cicatrices podían ser lesiones autoinfringidas, no sé por qué; así que escuchar lo de los seis dedos, por raro que pueda parecer, fue casi como un alivio. Como mi rostro permaneció sereno ante la noticia, supongo que Penny se sintió arropada y motivada para seguir hablando.

—Es un defecto… bueno, no un defecto, una anomalía… anomalía genética que se llama polidactilia y que afecta a uno de cada quinientos bebés.

—¡Ah! ¿Solo es eso entonces? —dije yo con media sonrisa, quitando incluso más hierro al asunto—. Yo ya sabía que eras «casi normal», Penny. Esto no es algo tan extraño ni tan especial, siendo tú.

Ella me pegó un golpe en brazo.

—Serás tonto…

Reímos juntos.

—Ese sexto dedo en cada mano no llegaba a ser un dedo completo, más bien un pequeño apéndice… un bultito debajo del pulgar. Me operaron al poco de nacer y me lo extirparon, pero

la cicatriz ha crecido conmigo. Siempre me he sentido muy avergonzada de ello. Es como si hubiera nacido deforme.

—De todos los adjetivos que se me podrían ocurrir usar para describirte, deforme no estaría ni en el diccionario del que tratara de sacar esas palabras.

Ella aún no podía ocultar cierta vergüenza en su mirada al hablar de aquello, aunque trataba de sobreponerse con dignidad; y, de hecho, ya no tartamudeaba, por lo que su nivel de nerviosismo había disminuido, sin duda.

—Nadie salvo mis padres y mi hermana lo saben. Ellos no le dieron importancia y saben que a mí no me gusta hablar de ello, así que el tema siempre se ha tratado con mucha discreción en mi casa. —Con la confianza de quien se sabe ganador antes de un combate, yo acerqué entonces sus manos a mis labios y besé ambas cicatrices sin encontrar ninguna resistencia por parte de Penny —. Gracias, Will —dijo ella con ojos emocionados.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué. Por hacerme sentir normal. Por hacerme sentir libre. Por hacerme sentir sin complejos.

—Tú has hecho lo mismo por mi hace un momento —repliqué yo.

No podía dejar de mirar a Penny y embelesarme con su belleza natural, sus graciosas pecas y su radiante sonrisa, que iluminaba la escena con mil veces más potencia que las dos anaranjadas farolas que nos flanqueaban. Yo seguía agarrando sus manos con fuerza, sin querer soltarlas por miedo a que, al hacerlo, el mágico hechizo que nos envolvía fuera a romperse como el encantamiento de Cenicienta al sonar la última campanada de la medianoche. Sin embargo, recordé entonces algo que me hizo deslizar una de mis manos, temblorosa, a mi bolsillo, mientras le decía:

—Acabó de recordar que tengo algo para ti…

Ella esperó paciente, sin inmutarse.

Yo saqué la pequeña pulsera de Bessie Coleman que me había acompañado cada día desde que el señor Giddens me la había dado para Penny y comencé a ponérsela en su muñeca derecha. Su rostro sí que se sorprendió entonces, pero antes de que pudiera rechazarla, me apresuré a decir:

—Por favor, acéptala. Es un regalo que deseo hacerte desde que te la probaste en la tienda del señor Giddens.

—Pero, Will… no puedo… no debo… —balbuceó ella, sin oponer en realidad ninguna resistencia a mi movimiento.

—Si la aceptas me estarás haciendo un gran favor. Dame ese capricho…, Luna —terminé con extrema complicidad, guiñando mi único ojo en un intento definitivo de acabar con cualquier duda que pudiera hacer que Penny no aceptara mi regalo.

Ella se abalanzó entonces sobre mí y me dio un generoso y tierno abrazo lleno de agradecimiento –y puede que también lleno de algo más– que yo disfruté con todos mis sentidos.

Sentí que ese era el momento definitivo. O me lanzaba entonces o iba a dejar escapar la mejor oportunidad posible de declararme a Penny. Y encima me sentía confiado y seguro de que iba a ser correspondido. Sin embargo, ella se separó de mí y se me adelantó con otra petición diferente.

—Bueno, ya tienes lo que querías. He aceptado tu regalo. Como tú mismo has dicho, te acabo de hacer un gran favor —comenzó ella con una pícara sonrisa que me desconcertó un poco—. Ahora, te confieso que me siento un poco en desventaja, la verdad. He compartido contigo algo muy personal —siguió, aumentando mi desconcierto mientras echaba un vistazo rápido a sus

muñecas, que volvían a estar de nuevo entre mis manos, pero ahora adornadas con la pulsera de la pionera aviadora—. Lo justo sería que tú hicieras lo mismo por mí. Me debes una…

—Bien, adelante —respondí yo sin miedo, sin intuir lo que vendría a continuación.

—Déjame verte sin el parche —me pidió ella como un rayo, mirándolo directamente.

Ahora era yo el que me sentía como un monstruo. Nunca dejaba que nadie me viera sin él. Solo mi madre y cuando no podía evitarlo. A mí mismo me daba cierto repelús cuando miraba ese trozo de mi cara, desnudo, en un espejo, con la piel del párpado caída, ocultando una cavidad que siempre imaginaba como un negro agujero sin fondo.

—Penny… yo no tengo ojo ahí debajo —dije inocente, con reparo, intentando disuadirla de presenciar mi deformidad. Yo sí que parecía un monstruo sin mi parche; nada que ver con el aspecto de sus lindas manos desnudas. Sus sutiles cicatrices no eran nada comparadas con la de mi rostro.

—Ya lo sé. Y también sé que sientes vergüenza de ello; una vergüenza sin sentido. Por eso quiero que me lo enseñes. Quiero demostrarte que, a mí, el hecho de que tengas un solo ojo no me importa en absoluto. Quiero, por una vez, ver tu rostro completo, tal y como es, sin ningún apósito que tape parte de él. Quiero que veas que eso no te hace menos hombre… o menos atractivo para mí; igual que a ti no te molestan mis cicatrices. Quiero quitarte de golpe cualquier miedo que puedas tener al respecto.

Miedo tenía, claro. ¿Y si al verme esa repugnante piel caída, fláccida, hundida, Penny gesticulaba sin poder evitarlo, de forma inconsciente, alguna mueca de repulsión? ¿Cómo me sentiría entonces? ¿Podría superar aquello, por muchas buenas palabras con las que ella intentara adornar su asco? Viendo que no terminaba de decidirme y con la más sana intención de no provocarme una excesiva incomodidad, trató de no forzarme.

—Bueno, está bien. No tienes por qué hacerlo hoy si no te sientes preparado…

Antes de que terminara de decir su frase, levanté mi mano izquierda y deslicé el parche hacia arriba, dejando mi «no ojo» al descubierto. Pensé que si ella había sido tan valiente para hablarme de sus cicatrices y dejar que las tocara y besara, yo no podía dejar de corresponder su gesto, accediendo a su algo morbosa petición.

Su rostro no cambió. No hubo ninguna muesca repentina de repulsión, ningún incontrolable ademán de asco. La ternura seguía inundando su mirada y su bella sonrisa permaneció intacta, agradecida por mi gesto.

Me agarró la cara con ambas manos y tiró de mi cabeza hacia abajo, para ponerla más cerca de la suya. Llevó con cuidado sus labios a mi párpado y con extrema suavidad me dio un beso en el lugar donde yo siempre debí tener mi ojo izquierdo. Yo temblaba por dentro, pero la dejé hacer porque en realidad estaba gozando de su compañía y de la sensibilidad con que estaba manejando la situación. En realidad, me hizo sentir muy cómodo y, desde luego, consiguió disipar cualquier duda que yo hubiera podido tener en aquel instante acerca de si mi «casi normal» rostro le pudiera provocar rechazo sin mi habitual parche.

Durante el beso, sus manos dejaron de agarrarme la cara y volvieron a buscar mis manos. Yo no me moví, sumiso, disfrutando de su cercanía, de su olor y de esa muestra de amor que me estaba regalando.

Cuando terminó, se quedó frente a mi cara, muy cerca. Sus ojos, sin parpadear, me atravesaban como espadas, intentando comunicarse conmigo, pidiéndome algo casi con desesperado deseo. Podía sentir su aliento y me gustaba. En el aire flotaba la profunda voz de Elvis y su ***Can't Help Falling in Love***, alcanzándonos desde la habitación del primer piso, casi describiendo lo que mi

corazón sentía. Ella cerró entonces los ojos y esa fue la señal para que yo me lanzara a por sus labios. Me acerqué muy despacio, con cuidado, como si tuviera miedo de quemarme. Y por fin los rocé. Primero con suavidad y, tras perder la timidez, con fogosa fruición. Fue una de las mejores sensaciones que he experimentado en mi vida. Sus labios eran muy suaves, como la piel de un bebé recién nacido; casi daba miedo romperlos. El sabor de la piruleta de fresa que Penny había estado comiendo un rato antes aún estaba presente en su boca y puedo decir que ese fue el beso más dulce, en lo figurado y en lo real, que me han dado nunca.

¿Pudo ser ese viernes 4 de agosto de 1967 el día más feliz de toda mi vida? Es probable. Desde luego, si tuviera que quedarme con un solo recuerdo de todos los momentos de mi vida, creo que sería con ese beso; aunque poco después de ese álgido momento todo iba a empezar a torcerse.

Cuando por fin nos separamos tras el enorme, largo y precioso beso, el rostro de Penny brillaba más que nunca; más que la luna que esa noche no llegábamos a ver por las nubes que cubrían el cielo, y mucho más que las dos farolas que nos alumbraban un poco en aquel destartalado jardín. Me era imposible separar mi ojo de ella, de su limpia sonrisa, de su mirada llena de esperanza y felicidad, de su preciosa boca de la que acaba de beber el más delicado de los besos. Por su reacción y el natural alivio que emanaba de ella, quiero creer que Penny también había estado esperando ese beso durante algún tiempo. Nuestras manos seguían unidas y el tacto entre ellas se escurría entre el sudor que la excitación de ambos nos provocaba.

A pesar de lo embelesados que ambos estábamos, mirándonos hipnotizados el uno al otro, con ganas de repetir el beso que nos acabábamos de dar y que confirmaba nuestro mutuo sentimiento de amor, al acercarnos de nuevo para juntar nuestros labios, un crujido, como de una rama al partirse, nos hizo girar la cabeza, temerosos de ser sorprendidos por alguien.

El sonido venía del bosque, pero la luz no llegaba a tanta distancia como para distinguir nada en concreto. Sin embargo, volvimos a oír con claridad un nuevo e inquietante sonido, en este caso el crujir de unas hojas al ser pisadas por alguien. Nos separamos un poco entonces, sin pensarlo, como si nos sintiéramos un poco culpables del momento de goce que ambos estábamos disfrutando y nos descubriéramos observados sin haberlo permitido; y yo volví a colocar mi parche en su lugar.

Pensé por un instante que a lo mejor era Nathan, saliendo de su escondite para intentar escapar, e intenté agudizar la vista todo lo que pude hacia el fondo del negro bosque. Entonces empecé a distinguir una figura bastante grande, pero aún muy en la sombra como para poder identificarla. Andaba despacio y era demasiado ancha, casi amorfa. No parecía una persona. Unos segundos después pude empezar a descifrar que era alguien que llevaba a otra persona en brazos, en horizontal, formando una cruz con su propio cuerpo. Ni Penny ni yo articulamos palabra; estábamos muy atentos por descubrir de quién era aquella sombra que se deslizaba con languidez hacia nosotros.

No fue hasta que estuvo a unas veinte yardas de nosotros que pude reconocer el enorme contorno de Elmer Ebony. Su cara estaba descompuesta por el horror. En brazos llevaba a una muchacha afroamericana con un vestido amarillo que parecía completamente inconsciente, y a cada paso que Elmer daba en nuestra dirección mi corazón comenzaba a latir más y más fuerte. El vestido de la muchacha estaba manchado. Y toda la ropa de Elmer también. Los brazos de ambos. Incluso su cara.

La muchacha era Rosie Barbara. Rosie B., como todos la conocían en la ciudad. Y las manchas que los cubrían a ambos eran rojas. Rojas como como las fresas en primavera; rojas como rubíes; rojas como la sangre.

# Presunto inocente

No tengo ni idea de cómo Elmer era capaz de andar con tanta soltura por aquel bosque oscuro como la boca de un lobo, pero parecía como si una linterna imaginaria iluminara su camino. Sus zancadas eran tan grandes y tan rápidas que casi me obligaban a ir trotando para no perder su rastro; rastro que, por otra parte, era lo único que me garantizaba moverme con rapidez y sin peligro de tropezar, chocarme o caerme en un paraje tan salvaje como el que estábamos pisando. Su agilidad y destreza para desplazarse por allí en esas agrestes condiciones de falta de luminosidad –con la luna tapada del todo por las espesas nubes que cubrían el cielo– era encomiable, y eso que iba cargando con el cuerpo inerte de Rosie B.

Podría afirmar que no fui consciente de verdad de lo que estaba haciendo hasta que me vi envuelto en esa casi total oscuridad, medio palpando la espalda de aquel gigantón que me guiaba hasta el lugar donde él decía haber encontrado el cuerpo de la joven afroamericana que ahora llevaba en brazos.

«Will, ayúdame, Will» me había dicho unos minutos antes, al llegar al banco donde Penny y yo acabábamos de declararnos nuestro amor sin palabras.

Minutos después, siguiendo a Elmer a través del bosque, fue cuando empecé a cuestionarme por qué habíamos tomado las decisiones que me habían llevado a esa posición.

¿Por qué lo creí? Me refiero a por qué mi primera intuición me hizo confiar en él en lugar de apuntar a lo más obvio: que el fuera el causante de la muerte de Rosie B. Creo que fue su cara de absoluta tristeza y desolación. Me dio la impresión de que Elmer no parecía terminar de entender cómo ese ángel al que tanto veneraba podía estar muerta. Pienso que pretendía conseguir que alguien la reanimara, la devolviera a la vida, sin comprender que eso ya no sería posible. Por eso la había llevado hasta allí, buscando el hospital, esperando que no fuera demasiado tarde… Pero lo era. Lo primero que había hecho Penny había sido comprobar que la muchacha no respiraba ni tenía pulso; y estaba fría. No había duda alguna de que hacía rato que se había ido.

¿Por qué no los acompañamos dentro del hospital? Allí habrían sabido qué hacer y nosotros nos habríamos alejado de la responsabilidad de decidir –juzgar y condenar o absolver– y actuar respecto al asesinato que se acababa de cometer. Pero Penny y yo, sin tener que intercambiar una sola palabra, sabíamos que lo primero que haría la policía sería acusar a Elmer. Y quizás fuera culpable, pero ninguno de los dos pensamos eso en aquel momento; y sí que pensamos en todos los prejuicios que había en la ciudad contra Elmer, en la condena pública que sufriría –fuera o no culpable– y en el nuevo mal trago emocional que tendría que padecer el gigante tras llevar varias semanas velando a su moribundo hermano, por más que ambos –sobre todo Penny– confiáramos en el buen hacer de la policía. Por no hablar de que el propio asesinato de Rosie B. parecía haberlo afectado sobremanera, algo que de primeras lo exculpaba a nuestros ojos.

Si la hubiera matado él, ¿por qué la habría llevado hasta allí, hasta nosotros, hasta el hospital, buscando el milagro de salvarla? No tenía sentido. Eso fue lo que habíamos pensado nosotros en primera instancia, aunque, unos minutos más tarde, en medio de la oscuridad del bosque, yo me planteaba que quizás con Elmer no todo tenía que tener sentido. Ya lo había visto utilizar su desproporcionada fuerza antes y perder por un momento la cordura y el control, provocando

daño de manera inconsciente; no midiendo sus fuerzas ni el impacto de usarlas con toda su potencia. ¿Y si le hubiera pasado eso con Rosie B.? ¿Y si su pasión por ella lo hubiera llevado, sin querer, a forzarla… a luchar con ella… a matarla? Me acordé entonces del personaje llamado Lennie que John Steinbeck imaginó en 1937 para su obra ***De ratones y hombres*** –había tenido que leerla en el instituto–, y cómo este mataba a los pequeños cachorros que adoraba por apretarlos con demasiada fuerza al mostrarles el amor que sentía por ellos… e incluso, de igual forma, sin controlar su fuerza terminaba matando a una mujer. Lennie es descrito en la obra de Steinbeck como un hombre grande y muy fuerte, con una discapacidad mental sin definir. Quizás Elmer fuera una especie de Lennie… Un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo, pero enseguida decidí olvidar ese pensamiento y seguí adelante, con paso firme y ligero, acompañando la espalda del gigante que me guiaba hasta el lugar del crimen; porque Rosie B. no había sido asfixiadla ni le habían roto el cuello. Su vida no se había escapado por un exceso de fuerza, sino por un corte profundo en la femoral que la convertía, a nuestros ojos, en la cuarta víctima del asesino que aquel verano estaba asolando nuestra ciudad. Y Elmer no era ese asesino.

En el convencimiento de que entrar en el hospital no habría sido la mejor opción a corto plazo para Elmer, Penny se había afanado por entender mejor lo ocurrido y había buscado la herida que había provocado toda aquella sangre que, aunque ya bastante seca, los empapaba a ambos, a Rosie B. y a Elmer, llegando al origen de la misma en la cara interior del muslo derecho de la joven. Con toda la sangre que manchaba los cuerpos de ambos y la que seguro habría quedado en el lugar donde hubiera ocurrido el corte era bastante obvio que no hubiera habido forma de salvar a Rosie B. de ninguna manera. Cuando Penny había dado con la herida y relacionamos todo aquello con los asesinatos anteriores en la ciudad, yo me había apresurado a preguntar a Elmer si él llevaba un cuchillo o navaja encima y él había negado con la cabeza. Acto seguido le había pedido permiso para buscar en sus bolsillos y él había asentido. Creo que el hecho de que él estuviera sosteniendo el cuerpo de Rosie B. me hizo confiar en que no me atacaría en caso de ser culpable o que, al menos, tendría la oportunidad de apartarme si aquel gigante hacía algún movimiento extraño mientras yo rebuscaba en sus ensangrentados pantalones.

No había encontrado entonces nada en sus bolsillos. Ahora allí, detrás de él, me daba cuenta que nuestra conclusión podía haber sido demasiado inocente, ya que Elmer podía haber tirado el cuchillo en cualquier parte, incluso podía haberlo escondido en algún lugar de aquel bosque para volver a usarlo… quizás ahora contra mí. ¿Y si cuando llegáramos a sitio donde Rosie B. se había vaciado de sangre Elmer se volvía hacia mí, sacaba un cuchillo de entre la hojarasca o del hueco de un árbol y me atacaba? Bueno, puede que eso no tuviera mucho sentido, pero el que estaba allí, detrás de aquel enorme y forzudo ser que llevaba un cadáver en sus brazos, sin ninguna posibilidad de huir con garantías entre los árboles cubiertos por la noche, era yo; y estaba solo –e indefenso– con él.

No creo que lleváramos más de diez o quince minutos andando por el bosque, pero a mí me parecieron dos horas. El rítmico sonido continuo de las hojas, ramitas y piedras bajo nuestros pies creaba una especie de ruido blanco de fondo que no contribuía a establecer una correcta interpretación temporal de aquel momento. La oscuridad, la confianza en las habilidades nocturnas de mi guía y los monótonos crujidos que inundaban el aire solo ayudaban a que mi cabeza pudiera evadirse del momento presente y seguir divagando sobre lo acertado o equivocado de nuestro juicio –el de Penny y el mío– y el plan que habíamos trazado para ayudar a Elmer esa noche.

Creo que, más allá del drama de estar frente al cadáver de una inocente muchacha, Penny casi

había sentido una excitación adicional por la emoción de estar envuelta de manera tan directa en todo aquello. Por Rosie B. ya no podíamos hacer nada, pero por Elmer sí.

Tras comprobar que Elmer estaba desarmado y que seguía más triste y preocupado que nervioso con indicios de ponerse violento, Penny se había dirigido a él con franqueza y asertividad. No habíamos necesitado discutirlo entre nosotros previamente, nuestras mentes estaban conectadas y alineadas con el mismo piadoso pensamiento.

—Bien, te ayudaremos, pero antes tienes que entender lo que ha pasado, Elmer. Tienes que entender que Rosie está muerta y tienes que contarnos qué es lo que ha pasado.

«Will, la sombra, Will» fue lo único que contestó cuando yo le había preguntado si había sido él el que le había hecho eso a Rosie B.

No había visto jamás llorar a Elmer, pero cuando lo convencimos de que Rosie B. ya no volvería, que se había ido para siempre y que no había forma humana de recuperarla, dos cataratas brotaron de sus ojos y, sin hacer ningún ruido, apretó aún más el vacío cuerpo de la joven contra su pecho. No cabía duda de que, a su manera, él amaba a Rosie B. ¿La habría matado, entonces? Pensando en lo que yo amaba a Penny, no podía concebir el hacerle daño y eso me hizo no dudar ni un segundo en la inocencia de Elmer en ese primer momento. Sin embargo, minutos más tarde, con la cabeza algo más fría, sin Penny a mi lado y siendo más consciente de la realidad que me rodeaba –una desolada y oscura noche en medio de un bosque, con un cadáver y hombre que, como poco, me doblaba en fuerza y del que no podía estar seguro del todo de sus intenciones–, no pude evitar sopesar las razonables dudas que surgían en mi cabeza de manera espontánea.

Recordé entonces el famoso fragmento de ***El nacimiento de una nación***, que había visto unos días atrás con el señor Giddens, en el que un afroamericano –o un «negro renegado», como se le describía en el film– perseguía a una de las protagonistas, una joven blanca, por el bosque, acosándola hasta hacer que muriera. Pensé en la extraña y macabra similitud de aquella secuencia con lo que podía haber sucedido esa tarde en el bosque de Fortress Flint, cambiando el color de las pieles de acosada y acosador, y la forma en que se había producido la muerte de ella. ¿Sería Elmer el equivalente al renegado que provoca la muerte de la joven Flora Cameron en la película? Quería creer que no, pero no podía estar seguro del todo.

De repente Elmer se frenó en seco, de forma tan brusca que choqué levemente contra su espalda, sin provocarle el más mínimo desequilibrio; para él fue como si un mosquito tratara de empujar a un elefante.

—Will, aquí es, Will —recitó sin ninguna emoción.

Yo no lograba ver nada, pero se suponía que el suelo allí debía de estar lleno de sangre; la sangre de la joven e inocente Rosie B.

Mientras repasaba en mi mente el plan que Penny y yo habíamos trazado son suma rapidez antes de separarnos, el cielo tuvo a bien abrirse un poco, lo suficiente como para dejar que la luna asomara entonces entre las tupidas nubes, y el bosque se iluminó como si un foco de luz blanca hubiera aparecido por encima de los árboles que nos rodeaban. Aquello me hizo comprobar con horror que la orientación de Elmer no podía ser más exquisita: estábamos en medio de un enorme charco de roja sangre que, ahora sí, brillaba siniestro bajo la luz de luna.

—Está bien, Elmer —me dirigí a él con toda la tranquilidad que fui capaz de fingir—. Ahora deja a Rosie en el suelo. En la misma posición en la que la encontraste.

Al principio me dio la impresión de que se resistía un poco a seguir mis indicaciones, pero en unos segundos comprobé que solo estaba tratando de despedirse de la muchacha antes de soltarla

para siempre. La bajó con cuidado y la depositó en la húmeda y ahora roja tierra con sumo cuidado, como si ella fuera a sentir el roce de la hierba mojada, las duras piedras y el frío suelo en su piel. Resultaba curioso observar la extrema delicadeza que un hombretón del tamaño de aquel podía llegar a desplegar.

Estábamos los dos de pie, inmóviles frente a un cadáver que no podíamos dejar de mirar. Una fresca brisa me erizó los pelos de los brazos. Teníamos que seguir con el plan.

El plan que habíamos confeccionado a las espaldas del hospital era sencillo. Yo me adentraría en el bosque con Elmer y dejaríamos el cuerpo de Rosie B. en el lugar en el que Elmer decía haberlo encontrado, como si no lo hubiéramos hallado nunca ni tocado. Luego seguiríamos andando hacia el norte, dentro del bosque, hasta llegar al camino que comunicaba con el final de Sally's Oak, al oeste de los límites de la ciudad, muy cerca de la residencia de Terence, donde esperaríamos a Penny. Penny, por su parte, cogería las llaves de la casa de Elmer e iría allí para buscarle una camisa y unos pantalones limpios y los llevaría al punto de encuentro, al final de Sally's Oak, donde Elmer podría cambiarse de ropa para poder volver a entrar en la ciudad sin levantar sospechas.

Antes de seguir caminando y alejarnos de allí teníamos que intentar borrar nuestras huellas alrededor del cadáver, así que empezamos a remover la tierra con los pies, esparciendo sin mucho cuidado la sangre medio seca de la pobre Rosie B. Mis zapatos se mancharon, pero eso entonces no me pareció tan relevante. Mientras nos encontrábamos en esa extraña y puede que sin sentido operación volví a preguntar a Elmer por lo que él había visto.

—Will, la sombra, Will —repetía el gigante.

—No entiendo, Elmer. Para que pueda ayudarte tienes que intentar recordar más. ¿Qué fue lo que viste? ¿Qué quieres decir con «la sombra»? ¿Por qué estabas en el bosque esta tarde? —insistí.

—Will, yo estaba vigilando a Rosie, Will —pudo concretar tras pensarlo unos instantes—. Will, me gusta asegurarme de que está bien y, además, me gusta mirarla, aunque sea de lejos, Will.

—Entiendo, sé que muchas veces has seguido a Rosie. Y también sé que nunca has pretendido molestarla ni incomodarla —afirmé yo para darle confianza y conseguir que siguiera hablando.

—Will, muchas veces ella viene al bosque a pasear sola, Will —siguió él—. Will, y yo la miro en la distancia, disfrutando de su belleza, sin molestarla en absoluto, Will. ¡Will, jamás la molestaría, jamás le tocaría un pelo, Will! —terminó con fiereza, sin que cupiera la más mínima duda sobre su afirmación.

—Estoy seguro de ello, Elmer —apostillé yo afianzando mi empatía hacia sus actos.

—Will, ella era un ángel, Will —continuó con pesadumbre—. Will, pero estaba indefensa, Will. Will, yo lo sabía… sabía que esto podía pasarle, Will —empezó a sollozar.

—Tranquilo, Elmer, no ha sido culpa tuya —dije tratando de consolarlo y devolverle la poca cordura que pudiera quedarle para sacar lo que fuera que tuviera en su memoria acerca del asesinato.

—¡Will, no pude salvarla, Will! ¡Will, la sombra vino y se la llevó, Will! —gritó desconsolado, sin que mis palabras tuvieran ningún efecto tranquilizador.

—Pero, ¿quién es esa sombra?

—Will, el diablo, Will —me dijo mirándome al ojo—. Will, el diablo oscuro que apareció de la nada la envolvió con su sombra y le chupó la vida, haciéndola más pequeñita… poco a poco… hasta que no quedó nada de ella, Will.

—Pero tuvo que ser un hombre, Elmer. Puede que no le vieras la cara, pero tuvo que ser un hombre —contesté yo, perdiendo un poco la paciencia.

—Will, la sombra la dejó en el suelo, vacía, y desapareció como si nunca hubiera estado allí… igual que había venido, Will.

—¿No pudiste ver por dónde se fue esa sombra? —pregunté intentando sacar algo más de petróleo de aquella extraña confesión.

—Will, no llegué a tiempo de salvar a Rosie, Will —siguió Elmer con suma tristeza—. Will, yo corrí y corrí hacia ellos, gritando y moviendo los brazos para espantar a la sombra… pero cuando llegué donde estaba Rosie, sus ojos ya no me veían, Will.

—¿Y la sombra no estaba?

—Will, no, la sombra ya no estaba, Will.

Poco más pude sacarle. Entendí que Elmer había estado tratando de parar la hemorragia unos instantes antes de coger el cuerpo y poner rumbo al hospital, donde nos había encontrado a Penny y a mí; de ahí que estuviera tan lleno de sangre. Elmer no tenía ni idea de qué aspecto tenía «la sombra», en realidad; para él era un ente abstracto, un ser salido de las profundidades de la noche, oscuro, sin rostro ni ningún rasgo distintivo, y lo asociaba más con un demonio que con un ser humano.

Su historia tenía sentido, era coherente y creíble, más allá de que no pudiera identificar a esa supuesta «sombra» que había acabado con la vida de Rosie. Tras esa breve charla no me cabía duda de que Elmer no era el asesino, pero no tenía pruebas reales de ello; mi convencimiento era solo fruto de mi intuición y de mi fe en aquel inocente gigantón.

Para mí era obvio que «la sombra» era el asesino de los otros tres cadáveres que habían sido desangrados durante las últimas semanas en mi ciudad por un corte similar en la femoral. Lo que seguíamos sin saber era quién era el asesino, quién era esa «sombra» que actuaba como un cobarde robándole las vidas a víctimas inocentes sin motivo aparente, puede que solo por puro placer.

Las nubes volvieron a tapar a la luna y la oscuridad se cernió de nuevo sobre nosotros.

—Es hora de irse, Elmer. hay que empezar a caminar hacia el norte. ¿Sabes por dónde tirar? —le pregunté.

—Will, claro, sígueme, Will —respondió él sin dudar.

Yo trataba de no separarme mucho de su espalda. Su caminar seguía siendo vivo y yo debía concentrarme en no perder el ritmo. Sepárame de él me habría supuesto perderme y, quién sabe, quizás «la sombra» aún estuviese por el bosque, acechándonos… esperando su oportunidad para que nos separáramos y poder asaltarnos… mejor dicho, asaltarme, y cortarme la femoral, acabando con mi joven vida y dejándome en un charco de sangre similar al que Rosie B. se veía obligada a usar ahora de lecho de muerte. Ese pensamiento me hizo acercarme más a Elmer, hasta que mis zancadas casi tropezaron con las suyas.

Llegamos por fin a la carretera secundaria que salía de la casa de Terence, la cual calculé estaría a un cuarto de milla de donde nos encontrábamos. El camino que rodeaba la ciudad por el noroeste y que habíamos usado varias veces para llegar a la fortaleza tampoco debía estar muy lejos de allí. El plan era esperar allí hasta que apareciera Penny.

Nos colocamos fuera de la carretera, para permanecer invisibles ante cualquier esporádico coche que pudiera aparecer por allí a esas horas. Elmer seguía todas mis indicaciones con la ferviente disciplina de un marine. No cuestionaba nada, no preguntaba acerca de nada; era casi como tener un robot al que dar cualquier tipo de orden, a sabiendas de que su cerebro electrónico

no dudaría en cumplirlas fuesen estas cuales fuesen. Esperando a Penny, en la oscuridad de esa cubierta y algo fresca noche, pensé que podría incluso pedirle que se tirara delante del primer coche que pasara y quizás lo haría sin rechistar. Ese pensamiento me produjo ternura y aumentó mi convencimiento sobre su inocencia. Sin duda, teníamos que ayudar a esa pobre alma, cuya razón podía no considerarse convencional pero no por ello lo convertía en un peligroso asesino.

Por fin, vimos a lo lejos un solitario y pequeño faro que se acercaba tembloroso desde la ciudad. Era Penny, pedaleando con esfuerzo en su bicicleta blanca. En cuanto la tuvimos suficientemente cerca para distinguirla con seguridad, salí a su paso, asustándola sin querer y provocando que casi perdiera el equilibrio entre el frenazo y el viraje que dio. No me lo echó en cara.

Sacó la bici de la carretera y usó una linterna para alumbrarnos. Traía una bolsa con ropa limpia para Elmer que había cogido de su casa, tal y como habíamos convenido. También traía una cantimplora llena de agua para que Elmer pudiera quitarse la sangre de los brazos. De eso no llegamos a hablar cuando trazamos el plan, pero ¡qué gran idea había tenido! Solo a Penny podía ocurrírsele pensar en esos detalles; para mí la hacían la más lista del grupo. Yo también usé el agua de la cantimplora para limpiar mis zapatos, que estaban llenos de sangre seca pegada al intentar borrar nuestras huellas alrededor del cuerpo sin vida de Rosie B.

Mientras Elmer se cambiaba de ropa y metía la sucia en la bolsa, Penny nos contó que había cogido un taxi del hospital hasta su casa. No se había despedido de Bobby, por lo que seguro que al día siguiente tendría que dar algunas explicaciones… pero ya pensaría en ello más tarde. Al llegar a su casa, cruzó unas pocas palabras con su madre, resumiéndole lo que nos había pasado en el hospital con Johnny y Nathan; no haberlo hecho habría provocado más preguntas al día siguiente. Sin que la vieran, cogió la linterna y salió con la bici, con la excusa de que iba conmigo a Luke’s, a tomar una hamburguesa, aunque fuera algo tarde; una excusa que, por lo habitual de la misma, no levantaría ninguna sospecha. Llegó a casa de Elmer, se aseguró de que no hubiera nadie observando cuando entró. No encendió las luces, solo la linterna cuando tuvo que asegurarse de que cogía la ropa adecuada, y salió de allí como un fantasma, pedaleando sin hacer ruido para acudir a nuestro encuentro.

Elmer ya estaba aseado, con ropa limpia y sin ningún rastro de sangre, al menos visible a la luz de la linterna con la que lo revisamos. Salimos entonces a la carretera y emprendimos la marcha hacia la ciudad.

Teníamos que pensar en una buena coartada si queríamos mantener al hermano de Johnny fuera de todo el jaleo que se montaría cuando encontraran el cadáver de Rosie B.

No podíamos decir que Elmer había estado con nosotros. Con todo lo ocurrido en el hospital aquella tarde, la policía y muchos testigos sabían dónde habíamos estado nosotros. Por otro lado, lo bueno era que, con bastante probabilidad, nadie habría visto a Elmer en el bosque –ni en ninguna otra parte, claro está– y eso nos daba algo de libertad para situarlo en cualquier otro lugar lejos de allí y fuera del alcance de las sospechas que seguro aparecían sobre su figura como las nubes que aquella tarde habían cubierto el cielo de Fortress Flint.

Cuando pasamos muy cerca de la casa de Terence estuvimos a punto de llamar a su puerta, contarle todo e involucrarlo en el encubrimiento de Elmer, pero al final decidimos no hacerlo. Terence no iba a poder ayudarnos con la coartada de Elmer –porque él mismo había estado con nosotros y luego con su madre– y, aunque era bastante probable que pensara igual que nosotros acerca de su inocencia, iba a ser complicado ocultar todo aquello a su madre, que seguro estaba en casa con él y podría empezar a preguntar cosas a Elmer que no estábamos aún seguros de si

este podría esquivar con soltura y convicción suficientes; incluso a lo mejor Ophelia tenía otro punto de vista sobre el tema, por mucho que el presunto inocente –como nosotros ya lo habíamos definido– fuera el hermano de su amado.

Ya tendríamos tiempo al día siguiente de contarles a nuestros amigos –en privado– todo lo sucedido aquella tarde, tanto el ataque de Nathan a Johnny en el hospital como el horrible descubrimiento de la cuarta víctima del asesino de Fortress Flint y nuestra aventura nocturna para asegurar el encubrimiento del pobre Elmer.

Andábamos deprisa. Penny y yo discutíamos las opciones que se nos iban ocurriendo acerca de qué hacer con Elmer y cómo protegerlo de lo que podría venírsele encima. Elmer nos seguía en silencio, sujetando la bolsa cerrada donde su ropa teñida de rojo esperaba oculta poder encontrar un lugar donde ser limpiada de todo posible pecado que pudiera sugerir su ensangrentada condición.

—Ya lo tengo —dije de forma súbita—. Ya sé quién podría ayudarnos con todo esto. —Cuando acabé de decir la frase, un potente trueno resonó en el cielo al tiempo que el rayo que debía adelantarlo nos sobreiluminaba, dándole a mi sentencia la teatralidad de una mala película de terror de serie B. Penny se detuvo y me miró, esperando la revelación que yo parecía querer hacer esperar—. ¡El señor Giddens!

—¿Estás seguro, Will? Esto no es como jugar a encontrar un tesoro, esto es algo muy serio, es algo real, peligroso incluso… ¿De veras crees que tu adorado jefe va a entender lo que estamos haciendo y por qué lo estamos haciendo?

Antes de notarlas en mi propia cara las vi en la de Penny: las primeras gotas de la tormenta que iba a envolvernos en unos instantes.

—Sí, estoy seguro —respondí con total convicción—. Sé que volvía hoy de Boston, aunque no sé a qué hora, pero no estamos lejos de su casa y creo que deberíamos acercarnos ahora mismo.

Elmer nos miraba atento, pero sin emoción alguna, como si en su cabeza solo cupieran los ecos cada vez más débiles de un amor perdido, rebotando al igual que lo haría una pelota contra las paredes de una pequeña habitación cerrada.

Penny me sostuvo la mirada unos segundos, pensativa, mientras la cadencia de las gotas de lluvia que el cielo derramaba sobre nosotros iba creciendo de forma exponencial.

—Está bien —dijo al fin—. Vamos a casa del anticuario.

Corrimos todo lo que pudimos y, aunque la distancia que nos separaba de la tienda de antigüedades y hogar del señor Giddens no debía superar las trescientas yardas, cuando llegamos a su porche estábamos completamente empapados.

Al acercarnos a la casa, pudimos observar que una tenue luz salía de las ventanas, lo que nos indicó que mi patrón había vuelto ya de lo que fuera que hubiese ido a hacer a Boston. Llamé al timbre y, tras unos instantes, pude oír con claridad los lentos pasos del señor Giddens aproximándose a la puerta.

La expresión de su rostro al encontrarnos a los tres allí, empapados y con cara de consternación, fue de evidente sorpresa.

Iba vestido con su elegancia habitual, con una camisa blanca, un pañuelo granate de seda con filigranas doradas adornando su cuello y una bata corta color burdeos que afianzaba el aire aristocrático que solía desprender. Con su habitual cordialidad nos hizo pasar y se comportó como el perfecto anfitrión que siempre demostraba ser. En ese momento yo no era su empleado, sino su invitado, al igual que Penny y Elmer, al que le presenté formalmente y que permaneció en silencio durante la mayor parte del tiempo que estuvimos allí.

Tras ofrecernos unas bebidas que rechazamos, nos sentamos y comencé a relatar todo lo sucedido en los dos últimos días, mientras el disco de Gershwin que el anticuario tenía puesto cuando llegamos ponía banda sonora de fondo a mi historia. El señor Giddens no pudo ocultar su alegría cuando llegué a la parte del despertar de Johnny y su regocijo aumentó al enterarse de que este podría identificar a Nathan. Acto seguido, su rostro mostró la misma montaña rusa de emociones que nosotros habíamos experimentado esa tarde al llegar a la parte del ataque de Nathan a Johnny en el hospital, al conocer mi valiente –o inconsciente– empujón y la posterior caída de Nathan por la ventana. Intentaba no hacer demasiadas preguntas para no interrumpirme, pero le resultaba inevitable mostrar su curiosidad por ciertos detalles que yo a veces omitía por considerar irrelevantes o simplemente porque, con la ansiedad y las prisas, olvidaba mencionarlos en mi relato. Cuando llegué a la parte de mi charla a solas con Penny, en la parte trasera del hospital, omití toda la conversación y, por supuesto, también el hermoso beso en el que había desembocado la misma. Y entonces llegué a la parte en la que Elmer había aparecido ante nosotros, saliendo del bosque como un fantasma, con el cadáver de Rosie B. en los brazos.

En este punto, los ojos del señor Giddens se abrieron de par en par y entonces entendió sin duda alguna el verdadero motivo de nuestra tardía e inesperada visita y la extrema gravedad de lo que le estábamos relatando. Y, aun así, dejó que terminara la historia con estoico silencio. Le conté lo que habíamos hecho después, nuestra creencia en la inocencia de Elmer, nuestro plan para separarlo de cualquier inevitable sospecha, la devolución del cuerpo de Rosie B. al lugar del bosque donde esa «sombra» que Elmer no había parado de mencionar le había arrebatado la vida, el cambio de ropa de Elmer –señalando la bolsa que él aún sujetaba cerrada con fuerza en su mano derecha– y nuestra carrera bajo la lluvia hasta su puerta, buscando consejo y ayuda.

—Entiendo —dijo antes de pensar unos segundos su siguiente frase—. Debéis de estar conmocionados por un día con tantas emociones. Esto es demasiado para unos muchachos.

Su tono paternalista indicaba comprensión. Eso era buena señal, ya que, *a priori*, presagiaba ausencia de rechazo a nuestras intenciones.

—¿Qué debemos hacer ahora? —pregunté yo con evidente necesidad de guía.

—Bien. Ante todo, os diré que, si vosotros consideráis que el señor Ebony es inocente —afirmó sereno dedicando una tierna mirada a Elmer—, yo no tengo nada que objetar ni opinar al respecto. Vuestra convicción es argumento suficiente para mí en este caso.

—Muchas gracias, señor Giddens —apuntó Penny con rapidez, sin poder contener su alivio ante sus iniciales temores acerca del posible rechazo de mi patrón a nuestras teorías.

—No tienes que darme las gracias, Penny. De hecho, vuestros argumentos y razonamientos, más allá de vuestra intuición, son bastante convincentes y, aunque no demostrables del todo, creo que la lógica os acompaña en vuestras deducciones. Por otro lado, vuestros motivos para proteger a Elmer son más que entendibles, además de loables. ¿Qué más se puede decir al respecto? Para mí, no hay duda: el señor Ebony es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Elmer abrió entonces la boca por primera vez desde que habíamos llegado.

—Señor Giddens, le juro que soy inocente, señor Giddens —recitó mientras levantaba la mano derecha y sostenía firmes los dedos índice, medio y anular, a la vez que el gordo sujetaba al meñique—. Señor Giddens, palabra de *scout*, Señor Giddens.

—Por supuesto que lo es, señor Ebony.

—Señor Giddens, llámame Elmer, por favor; solo en el banco me llaman señor Ebony, jajaja, señor Giddens.

Creo que era la primera vez que veía reír a Elmer. Y encima me llamó más la atención por todo

lo que había sucedido aquel día y el sufrimiento que debía de haber sentido hasta entonces. Pero el señor Giddens tenía ese efecto tranquilizador en la gente, a la que transmitía una rápida confianza y la cómoda y familiar sensación de estar en un ambiente seguro cuando hablaban con él.

—Así que eres *scout*, Elmer —respondió con expresión agradable haciendo caso a la petición de su enorme invitado—. Eso está bien. No hay nada más fuerte que la palabra de un *scout*.

—Señor Giddens, sí, señor; casi diez años en las Águilas Doradas, señor Giddens.

—Y dicen que una vez se es *scout*, uno ya lo es para toda la vida, ¿no es cierto?

—Señor Giddens, así es, señor Giddens —afirmó Elmer con visible orgullo y sin dejar de hacer el saludo *scout* con su mano derecha.

Yo no sabía que Elmer había sido *scout*, pero el hecho de que me doblara la edad me separaba del todo de conocer muchas de las facetas de juventud de aquel grandullón.

—Entonces, ¿cree que hemos hecho bien devolviendo el cuerpo de Rosie al lugar donde la mataron? ¿Cree que hemos podido comprometer la investigación? —volví yo a devolver la charla a la senda que nos interesaba a Penny y a mí.

—William, lo hecho, hecho está. Quizás vuestro ímpetu y ánimo de ayudar a este buen señor os haya empujado a obrar de forma impulsiva y pasando por alto algunos detalles que podrían haber sido fatales… si no fuera porque la naturaleza parece estar hoy de vuestro lado.

—¿A qué se refiere? —inquirí con preocupación.

—A la lluvia, querido William, a la lluvia —contestó con una sonrisa—. Con la que está cayendo, estoy convencido de que muchas de las pistas que habréis dejado alrededor del cadáver van a borrarse. Si a eso le unimos que es probable que la policía tarde unos días en encontrar el cuerpo, es más que posible que todo rastro de vuestra intervención quede borrado por completo.

—Dios mío, es cierto —exclamó Penny—. Hemos sido unos inconscientes. Tiene usted toda la razón, si no es por esta lluvia, que espero siga cayendo durante algunas horas más, nos habríamos comprometido de largo… las huellas de los zapatos, las de las manos de Elmer en el cadáver, pelos o fibras que hubiéramos podido dejar adheridos al cuerpo… no sé cómo no he pensado en eso hasta ahora —se lamentó mi amiga.

—Es normal, Penny. Habéis estado sometidos a mucha presión en un corto espacio de tiempo y, en esos casos, nuestro cerebro racional cede terreno a nuestras tripas. Ahora no debemos darle más vueltas a ese tema. La lluvia os está ayudando en estos momentos y estoy convencido de que se va a convertir en vuestra mejor aliada.

Los pensamientos sobre cómo hubiéramos podido explicar nuestro comportamiento y justificar todo lo que estábamos haciendo, en caso de ser descubiertos, empezaron a agolparse en mi cabeza y a desintegrar su consistencia como un castillo de naipes derribado por una suave e inocente brisa. Estaba claro que habíamos sido unos inconscientes con nuestros actos y que no habíamos valorado de forma correcta sus consecuencias, de haberse destapado «el pastel», de haber sido descubiertos en aquel imprudente y bondadoso acto de piedad. Y, sin embargo, la providencia había querido ayudarnos con un fenómeno tan simple pero tan poco probable en verano como una lluvia intensa. Pensé de nuevo que aquel día, a pesar de todas las vicisitudes vividas, debía de ser uno de los más afortunados de toda mi vida.

—Lo único malo de todo este asunto de la lluvia es que no solo borrará vuestro rastro, sino también cualquier pista o indicio sobre la identidad del verdadero asesino.

Nuestras caras se ensombrecieron. Estábamos seguros de que era el mismo que había acabado con la vida de las otras tres víctimas de aquel verano. El *modus operandi* era exacto en los cuatro

casos, de eso no había duda. Pensar que el asesinato de Rosie B. hubiese sido cometido por una persona diferente tendría el mismo nivel de casualidad que cruzarse de frente con un doble de uno mismo al abrir la puerta de su casa para salir a pasear. La lluvia podría borrar indicios sobre la identidad de «la sombra», pero no sobre su culpabilidad.

Pensé entonces por un instante en los motivos que habrían podido llevar a ese infame asesino a elegir a la inocente Rosie B. como cuarta –que supiéramos– víctima de sus atroces y voraces manos. Rosie era afroamericana, como las dos primeras víctimas. Eso reforzaba la teoría del racismo como móvil de los crímenes. Recordé todo lo que había meditado sobre el tema esa semana, sobre el Ku Klux Klan, sobre la paliza a Johnny, sobre el desatado exponencial y visible racismo que asolaba las calles del país y del que ahora yo era más consciente que nunca en mi propia ciudad…

El señor Giddens empezó entonces a centrar su discurso en cómo asegurar que el cadáver fuera encontrado no demasiado tarde. Una cosa era que permitiéramos que la torrencial lluvia que ahora caía sobre Fortress Flint borrara todo rastro de nuestra intervención e interacción con el cuerpo sin vida de Rosie B., y otra muy distinta que dejáramos que la pobre fallecida se pudriera en el bosque, a merced de ser incluso profanada por algún animal que no hiciera ascos a una presa tan cómoda de conseguir. Para el anticuario era evidente que el padre de la víctima no tardaría mucho en denunciar su desaparición a la policía, lo que no tenía tan claro es que alguien pudiera identificar el bosque –y en concreto la parte en la que ahora yacía sin vida su hija– como último lugar donde esta hubiera sido vista; o al menos algún indicio de que Rosie hubiera podido dirigirse allí la tarde del último día que alguien la hubiera visto… viva.

A Penny se le ocurrió la idea de que quizás a través de Abe y la tienda de su madre, hervidero de todo tipo de cotilleos –con o sin fundamento– en la ciudad, podríamos lanzar el rumor de que alguien sin identificar habría hecho un comentario sobre la desaparición de Rosie y sobre haberla visto dirigirse al bosque, cerca del hospital incluso. No era necesario que fuéramos demasiado concretos, bastaría con mencionar, de forma casual, que «una amiga de la señora Doe» o «un compañero de colegio del hijo de la señora Smith» habían oído a alguien hablar de la desaparición de la hija del señor Barbara y habrían comentado, sin demasiada convicción, que les había parecido verla por los alrededores del hospital, caminando en dirección al bosque. Si plantábamos esa semilla en la tienda, la horda de cotillas clientas de la madre de Abe se encargaría rápidamente de que aquel comentario, rumor o «evidencia» (según quien lo escuchara) prendiera por las calles de la ciudad y se propagara como un reguero de pólvora que la policía no podría ignorar. Y entonces seguro que se organizaría una partida de búsqueda en el bosque que no tardaría en dar con el cadáver de Rosie.

Nosotros podríamos mantenernos al margen de todo aquello, para no levantar sospechas.

Para lograr esto, además de contarle todo a Abe –y a Terence, claro– y convencerlos de que lo que estábamos haciendo era lo correcto, Penny necesitaba asegurarse que la desaparición de Rosie era denunciada y que se hacía pública. Para ello, usaría a su querido Bobby y el habitual almuerzo del domingo en su casa. Si todo salía bien, el lunes el rumor ya estaría en las calles y puede que el martes Rosie fuera encontrada. Todo ello, claro está, si la fortuna no hacía que alguien se tropezara con ella de manera casual antes. Cuatro días podían parecernos mucho, pero aquel plan aseguraba nuestro distanciamiento del suceso y, además, la aprobación del señor Giddens reforzó nuestro convencimiento sobre la idoneidad del mismo.

A continuación, hablamos de Elmer y de cómo asegurar que las sospechas que seguro caerían de inmediato sobre él una vez se encontrara el cuerpo –y seguro que incluso antes, nada más que

se denunciara la desaparición de la joven– fueran descartadas desde primera hora. El anticuario se propuso a él mismo como coartada. Había vuelto pronto de Boston y tenía el resguardo del tren. Recordó que, la primera vez que yo le había hablado de Elmer (el día que lo vimos peleando en el bar del señor Barbara), le había mencionado que hacía algunos trabajos de jardinería aquí y allá para ganarse la vida, y entonces lo hiló todo. Sugirió que, como su jardín aún no había sido trabajado por mí y él llevaba tiempo intentado adecentarlo, podría contratar a Elmer para tal fin. Podría decir que aquella tarde el gigante de los Ebony había estado en su casa viendo los trabajos a hacer y cerrando el trato con él. Podría incluso decir que Elmer, muy cansado por las últimas semanas de ajetreo en el hospital y con la tensión liberada por fin al volver a ver a su hermano despierto, se había quedado a dormir en casa del señor Giddens esa noche. A la mañana siguiente lo mandaría a por sus herramientas y a comprar todo lo que necesitara para trabajar en el jardín, y hacer que empezara el mismo sábado, para darle coherencia y empaque a toda la historia. De esa forma sí que estableceríamos una coartada segura con la que no podrían relacionarlo con la hora del ataque y asesinato de Rosie B. cuando le hicieran la autopsia y confirmaran el día y hora aproximada de su muerte. (Y, además, para seguir con mi día de extrema suerte, yo me libraba de golpe de los tediosos trabajos de jardinería que llevaba todo el verano posponiendo).

Parecía mucho pedir al señor Giddens que hiciera eso por Elmer, y por nosotros también. Pero había sido él mismo quien había sugerido el plan y hubiera sido del todo infructuoso tratar de disuadirlo de aquella idea. Así que Penny y yo nos limitamos a asentir y a sonreír con el alentador horizonte que se nos presentaba tras el compromiso de nuestro improvisado ángel de la guarda.

Ahora solo faltaba hacer que Elmer comprendiera nuestro plan y se ajustara a él. El señor Giddens volvió a dirigirse a aquel enorme hombre, sentado con su mirada medio perdida, como solía tenerla, y sin que nadie pudiera adivinar con seguridad lo que discurría tras esos ojos casi inertes. El perfecto jugador de póker, pensé.

Pero no debíamos dejarnos engañar por la apariencia intelectual de Elmer Ebony ya que, a pesar de que nos diera la impresión de estar ausente, de no comprender bien la dimensión de todo aquello y de no poder ajustarse al plan que acabábamos de trazar en su presencia, pronto demostró que entendía de forma correcta todas las explicaciones y peticiones que le iba haciendo el señor Giddens. La voz tranquila y con confianza del anticuario, sus expresiones amables y sus instrucciones sencillas hicieron que Elmer pillara de primeras todo lo que esperábamos de él, repitiendo punto por punto todo lo que su interlocutor le decía y pedía, afianzando en nosotros la idea de que quizás todo aquel plan pudiera terminar saliendo bien.

El aleccionamiento del señor Giddens terminó con la gratitud expresada por Elmer –que sí que entendió bien lo que estábamos haciendo y por qué le estábamos pidiendo mentir si alguien le preguntaba por aquella fatídica tarde–, que se extendió además por el trabajo que, sin haberlo buscado, acababa de conseguir. Ambos sonreían como viejos amigos al final de la conversación.

El señor Giddens extendió su mano para coger la bolsa con la ropa ensangrentada que Elmer aún sostenía cerrada con fuerza, y este se la dio con la confianza de un niño hacia su abuelo.

—Me desharé de ella esta misma noche —dijo mientras se levantaba de su asiento— y no dejaremos ningún rastro. Ahora te traeré un pijama para que puedas cambiarte y dormir en la habitación de invitados. Tengo un juego de sábanas que puedes usar. Y la ropa empapada que llevas puesta estará seca por la mañana.

Penny y yo nos levantamos y comunicamos nuestra intención de irnos. Era ya muy tarde,

teníamos todo atado y el cansancio y el cúmulo de emociones vividas esa tarde empezaban a hacer mella en nuestro estado físico.

El señor Giddens insistió en que nos lleváramos un paraguas, ya que la lluvia seguía sin dar tregua y, aunque ambos estábamos bastante mojados, librarnos de más agua hasta llegar a nuestras casas lo cierto es que no nos vendría mal.

Penny se quedó despidiéndose de Elmer mientras yo acompañaba al señor Giddens a coger el prometido paraguas.

—Muchas gracias de nuevo, señor Giddens. Todo esto que está usted haciendo significa mucho para mí… para nosotros —le dije cuando nos retiramos un poco de los otros dos.

—No hay de qué, William. Para mí ya eres como de mi familia. ¿Y quién no haría una cosa así por alguien de su familia? —replicó zalamero, consiguiendo el efecto embaucador deseado. ¿Cómo podía yo resistirme a apreciar a un hombre que acababa de llamarme «familia»?— Además, he de confesarte que, aparte de mi confianza en vosotros y en vuestra convicción sobre la inocencia de Elmer, he podido mirar a sus ojos y lo único que he percibido es pureza y ausencia total de maldad. Y te aseguro que he visto muchas miradas malvadas a lo largo de mi ya larga vida, por lo que he aprendido a diferenciarlas y a desarrollar una intuición sobre el espíritu de las personas que raras veces me falla. Contigo también lo supe el mismo día en que me presenté en tu casa para ofrecerte trabajo y me abriste la puerta. Que Elmer sea peculiar no significa que sea un asesino. Es… ¿cómo te gusta a ti llamar a la gente singular?

—Casi normal.

—Eso es. Casi normal —concluyó con una sonrisa y media carcajada.

El anticuario levantó su brazo para tocar mi hombro y afianzar aún más la complicidad entre nosotros. Ese movimiento hizo que su pañuelo granate con filigranas doradas se moviera un poco de su posición y dejara al descubierto parte del cuello de su blanca camisa.

No sé cómo la vi, porque la luz era tenue –como siempre solía serlo en toda la casa– y yo solo contaba con un ojo. Además, las dimensiones de las dos pequeñas manchas en el cuello de la camisa blanca del anticuario que ahora habían quedado al descubierto eran ínfimas. Dos pequeños círculos rojos, uno quizás de un cuarto de pulgada de diámetro, y el otro la mitad de pequeño. Uno al lado del otro, como salpicaduras. Las manchas podían ser de cualquier cosa, pero lo único en lo que pensé al verlas –quizás porque aquella tarde había visto muchas iguales– era que, sin duda, serían de sangre.

El anticuario debió notar que miraba su cuello con demasiado foco, porque enseguida me preguntó:

—¿Me pasa algo en el cuello, William? Parece que hayas visto un fantasma.

—No… nada… es que… —tartamudeé. El Señor Giddens se llevó la mano al cuello y tocó el pañuelo y la camisa, tratando de ver si tenía algo que pudiera quitar frotando un poco—. Tiene dos manchas de sangre en la camisa… ahí, justo donde se está tocando —acerté a decir finalmente.

—¡Ah! Es solo eso. He debido cortarme afeitándome. Justo acababa de terminar de asearme tras el viaje cuando habéis llegado —explicó con naturalidad—. La dejaré en remojo esta noche para que la mancha salga bien mañana cuando la lave. Gracias por haberte fijado.

No puedo negar que la explicación de mi patrón era del todo plausible. Era cierto que su tez estaba rasurada, pero por más que busqué –y lo hice a conciencia, aunque rápido– no logré encontrar ningún rastro de corte o cicatriz en su rostro. Las dudas no tardaron en asaltarme de nuevo, como un malvado criminal que llevara esperando mucho tiempo en las sombras para

atacar sin previo aviso a su víctima, sorprendiéndola por la espalda justo cuando menos se lo esperara. ¿Seguro que esa sangre era suya? ¿O quizás fuera de otra persona? De una persona más joven, afroamericana que, desprotegida en medio de un bosque en penumbra, había sucumbido a la violencia y crueldad de un despiadado asesino… que ahora podía estar justo enfrente de mí.

Penny me sacó de mi ensimismamiento al acercarse por detrás y tocarme en la espalda, indicándome que estaba lista para que nos marchásemos. Yo volví en mí, intuyo que con cara de preocupación por aquella loca idea que acababa de machacarme de forma súbita como un enorme martillo.

—Hasta pronto, Penny —se despidió el señor Giddens. La cogió de la mano y le dio un inocente beso en ella que no tuvo ninguna oposición por parte de mi amiga.

Al hacerlo, vio la pulsera de Bessie Coleman colgando de su muñeca y alzó sutilmente la vista hacia mí, guiñándome un ojo de forma que solo yo pude verlo.

Aquel gesto de complicidad, que daba por hecho la confirmación para el anticuario de que quizás Penny y yo habíamos tenido por fin la amorosa charla que tanto tiempo había sido pospuesta, me devolvió al estado en que lo único que podía sentir por el señor Giddens era gratitud y aprecio, disipando el miedo que por un segundo me había invadido al imaginar cosas extrañas –con seguridad, falsas– sobre los dos pequeños puntos rojos que adornaban involuntariamente el cuello de la camisa de mi patrón.

Nos despedimos de Elmer, que continuaba mentalizado para pasar allí la noche y acatar el plan acordado. Salimos al porche, donde Penny cogió su bici. Seguía lloviendo bastante fuerte. No tenía ningún sentido que ella fuera montada. Además, teníamos solo un paraguas y debíamos caminar juntos si no queríamos terminar más empapados de lo que ya estábamos.

Dimos un último adiós al señor Giddens que nos observaba desde la puerta. Nos veríamos al día siguiente, ya que yo debía ir a trabajar con normalidad a la tienda.

Cuando cruzamos la valla de la propiedad ya íbamos cogidos de la mano. Penny empujaba y maniobraba la bici sin dificultad con la mano que le quedaba libre. Yo sujetaba el paraguas. De nuevo, sin decir una sola palabra, nos comunicábamos a través de nuestras pulsaciones y pudimos empezar a bajarlas al aumentar la sensación de seguridad que sentíamos por contar con un plan robusto apoyado por un adulto capaz que nos inspiraba mucha confianza. Mientras la lluvia repiqueteaba con fuerza sobre la tela del paraguas y nuestros zapatos salpicaban nuestros tobillos al andar, intercambiamos varias miradas de complicidad y nuestros rostros empezaron a irradiar poco a poco expresiones complementarias de felicidad.

Habíamos avanzado unas quinientas yardas y ya sonreíamos como tontos en medio de unas calles casi vacías. Entonces me paré. Penny hizo lo propio. Sostuve su mirada con intensidad y mi sonrisa dio paso a una expresión más seria pero igual de feliz. Ella me dio permiso con sus ojos y yo busqué de nuevo en sus labios el recuerdo del sabor a piruleta que un rato antes había podido disfrutar por primera vez en el mejor recipiente que uno pueda imaginar. No sé cuánto duró aquel beso (o besos) pero no podría concebir una imagen más cinematográfica que la que protagonizamos Penny yo esa noche bajo la lluvia para acabar uno de los días más afortunados y felices de toda mi vida.

# ¡Qué bello es vivir!

Durante toda la madrugada del sábado siguió lloviendo muchísimo. La tormenta de verano que nos había sorprendido el día anterior mantuvo su incesante riego durante toda la noche, salpicando mi ventana con un hipnotizante repiqueteo que casi podía oír desde la profundidad de mis sueños.

Esa noche debí de tener muchos, y es seguro que la mayoría serían agradables, pero por algún motivo solo recuerdo una pesadilla que me colocaba en la habitación de hospital de Johnny en el momento en el que un Nathan con la piel enrojecida como un demonio empujaba una almohada contra la cara del pobre hermano de Elmer. En realidad, yo no le podía ver la cara al agresor, porque llevaba una capucha blanca que se la tapaba, pero sabía que era él. Su voz insultando a Johnny mientras lo asfixiaba y sus reconocibles pulseras de cuero con tachuelas no dejaban lugar a duda. Su cuerpo estaba desnudo, salvo por una especie de calzonas negras, muy ajustadas, casi como calzoncillos. Su cuerpo era rojo y sus esculpidos músculos estaban en completa tensión, ocupados en completar la tarea de dar muerte a la postrada e indefensa alma que agitaba sus brazos sin posibilidad alguna de zafarse de aquel ataque mortal. Del final de su espalda salía una cola, de unos cinco o seis pies de largo, acabada en punta, exacta a la de algunos de esos dibujos que representan al diablo. Entre insulto e insulto, reía a carcajadas, confiando en su victoria. Sus risotadas retumbaban en la estancia como lo harían en una cueva, y me envolvían provocándome escalofríos; era como si las ondas sonoras de esas malévolas risas fueran fríos dedos que llegaran a rozar mi piel. Para mi desgracia, como solo sucede en los sueños, una fuerza invisible me impedía moverme. Nada me sujetaba, salvo quizás mi propio miedo, pero mi incapacidad de no acceder a los mecanismos de mi cuerpo que pudieran activar alguna ayuda hacia el moribundo Johnny acrecentaba mi angustia como impotente espectador de aquella horrible escena que mi inquieta mente tuvo a bien forjar aquella noche. Por suerte, tras un par de bucles de esa pesadilla en los que la intensidad de la misma me hizo abrir brevemente mi ojo, Morfeo volvió a acogerme en sus cálidos brazos y me proporcionó otros sueños, mejores o más inocuos, que ya no me agitaron y me hicieron dormir del tirón hasta la mañana siguiente.

En el desayuno le volví a contar a mi madre –ahora con más detalle– lo sucedido la tarde anterior en la habitación de Johnny, ya que cuando había llegado a casa por la noche ella dormía, reventada de cansancio, en el sofá en el que había estado esperando a que yo regresara. Tras demostrarme, de nuevo, su preocupación con fervor a base de besos y abrazos y también aleccionarme otra vez (para una madre, nunca «una vez» es suficiente cuando se trata de la seguridad de su hijo) a modo de reprimenda por mi inconsciente empujón a Nathan –sin poder ocultar, por otro lado, una leve sonrisilla de orgullo entre dientes mientras lo hacía–, me dijo que me acompañaría a comisaría, donde yo debía presentarme esa mañana a declarar por lo ocurrido el día anterior.

Había quedado con Penny, que también debía declarar, en la puerta de la comisaría. Cuando llegué allí con mi madre a la hora acordada seguía lloviendo, aunque con menos fuerza, y ella ya estaba dentro esperándome, junto a sus padres, que la flanqueaban con rostros serios –supuse que por la gravedad de lo que estaba ocurriendo en la ciudad y, en concreto, por lo cerca que

habíamos estado nosotros de un posible asesinato–. Penny me miró con complicidad y me dedicó la sonrisa más bonita que se pueda imaginar y que solo yo pude interpretar en todo su significado. Ninguno de los dos habíamos dicho nada aún a nadie de la formalización de nuestro incipiente romance –aunque el observador y astuto señor Giddens parecía ya haberlo adivinado la noche anterior–. Bobby Lloyd estaba con ellos.

Nuestra acusación sobre Nathan Simmons fue registrada como prueba para proceder a su busca y captura; aunque, en realidad, esa orden ya se había puesto en marcha desde la noche anterior. Asimismo, aprovechamos para incidir en que, como nos había confirmado la tarde anterior, Johnny sería capaz también de identificar a Nathan como uno de sus agresores el fatídico día del ataque a casa de los Ivory, algo que el inspector que nos tomó declaración apuntó en su libreta como importante. Nos dijo que a lo largo de la mañana volvería al hospital para hacer dicha comprobación con Johnny, si es que este se encontraba recuperado y en condiciones de hablar, asegurándose de llevar una foto de Nathan –que supongo pensaba conseguir de sus padres o de su ficha policial–. Nosotros teníamos la baza de la foto que Terence le había sacado –como último recurso para agilizar la identificación–, pero preferirnos guardarnos la jugada de momento para no tener que dar demasiadas explicaciones de por qué teníamos dicha foto; nuestra labor de «seguimiento policial» al margen de la ley, aunque inocua, podría llegar a malinterpretarse como prejuicio o inquina sobre la persona a la que acabábamos de acusar.

Mientras nuestros respectivos progenitores aprovechaban para dramatizar sobre lo que sus «inocentes e indefensos» hijos habían vivido el día anterior y lo valiente que habíamos sido al confrontar a Nathan, salvando la vida de Johnny Ebony, Penny y yo intercambiamos, apartados de ellos, nuestros pensamientos y sensaciones sobre la noche anterior y reafirmamos nuestro convencimiento respecto al plan que habíamos puesto en marcha. Ella se encargaría de convocar a Abe y Terence por la tarde para ponerlos al día de todo. Además, pude incluso robarle un furtivo beso de forma rápida que, aunque imperceptible para todos los demás, provocó en mí una sensación de alegría y plenitud que terminó de cargarme las pilas para lo que quedaba de día.

Tras salir de la comisaría me despedí del grupo y me dirigí a mi lugar de trabajo, tratando de que mi vida volviera a la normalidad y de que nadie notara que, en realidad, todo lo vivido, por muy traumático que pareciera desde fuera, no nos estaba afectando tanto como el asesinato que habíamos decidido ocultar –de momento– a la policía. Por el camino, protegido de la lluvia por el paraguas que el señor Giddens me había prestado la noche anterior, pensé en la pobre Rosie B. y en su cuerpo sin vida, ya solo el cascarón en descomposición de un alma arrancada antes de tiempo de este mundo, empapado, tirado –por mucho cuidado y esmero que Elmer hubiera puesto al dejarlo en el suelo– en medio del bosque. Traté de convencerme de nuevo, para superar la tristeza de aquellos pensamientos, de que nuestra decisión era la mejor para todos y me animé pensando en todo lo bueno que me había sucedido el día anterior, aunque entiendo que esa actitud pueda considerarse un poco frívola con el cadáver de una inocente muchacha de por medio.

Cuando llegué a casa del señor Giddens, él se encontraba atendiendo a una pareja mayor que buscaba algo bonito y con historia para adornar la mesa de centro de su salón. Mientras mi patrón desplegaba sus encantos con la pareja, me asomé a la parte posterior de la casa y pude comprobar que Elmer estaba ya de lleno metido en la faena para que la acababa de ser contratado, quitando las malas hierbas del terreno que circundaba la casa como primer paso para convertir todo aquello en un bonito jardín. La lluvia era cada vez más débil y a Elmer no parecía

importarle lo más mínimo trabajar bajo ella. Lo saludé, resguardado, desde la puerta trasera de la casa, y sonreí al verlo tan concentrado y feliz en su tarea.

Cuando nos quedamos solos en la tienda, volví a buscar la cicatriz del corte que el señor Giddens aseguraba haberse hecho la noche anterior y que había provocado, según su versión, las dos pequeñas manchas de sangre que habían adornado sin permiso el cuello de su camisa; pero no encontré nada, por más que miraba y remiraba su rostro con todo el disimulo que fui capaz. No puedo negar que aquello me resultó extraño –por muy pequeño que fuera el corte, alguna marca debía haber dejado–, pero la familiaridad del anticuario, su animada charla y la innegable y desinteresada ayuda que nos estaba ofreciendo con Elmer y su coartada me hicieron volver a olvidar pronto el asunto.

En nuestra conversación de esa mañana el señor Giddens aprovechó para sacar a relucir la valentía y el arrojo que yo había mostrado la tarde anterior al enfrentarme físicamente a Nathan en el hospital, salvando la vida de Johnny con mi exagerado empujón. Me recordó nuestra conversación en el parque un par de semanas atrás y se jactó de tener razón al haberme asegurado entonces que la imagen de héroe que muchos en la ciudad tenían de mí era fiel a la realidad y que yo solo tenía que dejar de pensar que no lo era para demostrarme a mí mismo y (de nuevo) al resto del mundo el férreo arraigo en mí de los mejores valores posibles que un ciudadano de bien podía exhibir. Yo le di la razón y le confirmé que había meditado mucho desde aquella conversación en Howe Forrest Park y que el hecho de dejar mis propios prejuicios sobre mí a un lado –olvidándome de mis miedos y traumas del pasado– sumado a la confianza que sabía que él me tenía eran los dos factores que me habían hecho reaccionar de manera tan valiente contra Nathan, resarciéndome de mi cobarde actuación el día del ataque de los encapuchados a la casa de Terence. Y le volví a dar mis más sinceras gracias por ello.

También hablamos de Penny, aunque en este sentido el anticuario se mostró muy discreto y no indagó más allá de lo necesario y de lo que yo le quise contar. Creo que no hacía falta dar demasiados detalles para que él comprendiera que el súbito aumento de mi autoestima no solo se debía a mi valiente actuación contra Nathan, sino también a algo más… relativo a un reciente –y positivo– cambio en mi relación con Penny.

A eso de las dos, muy cerca de cerrar la tienda, una pareja de policías se presentó en casa del señor Giddens –como esperábamos que sucediera–. El señor Barbara había denunciado la desaparición de su hija durante la madrugada anterior –montando un pequeño espectáculo en la comisaría, según pude conocer más tarde–. La policía había empezado a buscar a Rosie Barbara esa misma mañana y, como era lógico, el nombre de Elmer Ebony salió a relucir, tanto por el padre de la desaparecida como por los primeros interrogados a los que la policía preguntó, todos ellos allegados de la joven. Era de sobra conocido en la ciudad el interés –casi fervor– de Elmer por Rosie y la policía no tardó en ir a buscarlo a su casa para interrogarlo. Pero Elmer no estaba allí, claro.

Penny y yo, al despedirnos de Bobby en comisaría esa misma mañana habíamos puesto en funcionamiento, de manera sutil, el engranaje de la maquinaría que nos llevaría a proteger a Elmer de cualquier sospecha. Fue tan sencillo como confiar en la atención y perspicacia de Bobby, el cual se convirtió en involuntario cómplice de nuestro medido plan. Lo que hicimos fue provocar que escuchara de manera clara una broma que yo hice referente a la tienda del señor Giddens y a cómo me había salido un competidor como segundo empleado del anticuario, mencionando de forma directa a Elmer un par de veces en mi despedida de Bobby; algo casual y

sin aparente importancia en aquella inocente charla, pero que luego sería crucial para que Bobby pulsara el siguiente botón de la secuencia.

Y funcionó a la perfección, porque cuando se supo en la pequeña comisaría que Elmer Ebony no aparecía ni en su casa ni en los lugares habituales que solía frecuentar, Bobby recordó mi comentario y sugirió a la pareja de agentes que buscaba al gigante que se acercaran a la tienda del señor Giddens, cuya dirección pudieron encontrar sin mucha dificultad. Cuando llegaron, allí estábamos nosotros esperándolos, con cara de no haber roto un plato y con el ánimo dispuesto a colaborar como buenos y educados ciudadanos.

Como yo había estado esta misma mañana en comisaría, tanto Giddens como yo les hicimos creer a los agentes que pensábamos que estaban allí por mí, estableciendo un ambiente de naturalidad que se devino en fingida sorpresa al conocer que habían venido buscando a Elmer.

Hicimos entrar en casa a Elmer para no hablar bajo la lluvia y poder intervenir en su ayuda en caso de necesidad. Elmer estaba tranquilo. Parecía que hubiera ensayado mucho su papel, aunque al oír de boca de los agentes que Rosie B. estaba desaparecida no pudo evitar que su semblante se ensombreciera –algo que creo ayudó a afianzar la veracidad de su coartada en la mente de los interrogadores–. La policía no estuvo más de cinco minutos en la tienda. Con una historia tan sólida –toda la tarde y noche del viernes y la mañana del sábado en casa del señor Giddens– y el respaldo de la misma por parte de dos ciudadanos íntegros y de intachable reputación como nosotros, poco más había que preguntar o discutir. Elmer quedó libre de toda sospecha en un instante y nuestro plan para protegerlo salió a la perfección.

Aunque siempre cabía la posibilidad de que alguien pudiera haberlo visto la tarde anterior vagando tras Rosie B. y desmintiera nuestra versión, era poco probable que los derroteros de la investigación volvieran a apuntar a Elmer. Y mucho menos cuando finalmente se descubriera el cadáver, se determinara la hora aproximada de su muerte y se relacionara su asesinato con los otros tres anteriores, en los cuales Elmer no había sido nunca señalado como posible sospechoso.

Mientras el señor Giddens felicitaba a Elmer por su actuación y el ambiente se llenaba con la alegría de nuestra victoria, pedí permiso para usar el teléfono y compartir con Penny el momentáneo éxito de nuestro plan. Penny se alegró sobremanera al enterarse, me confirmó que nuestros otros dos amigos ya estaban avisados y que nos veríamos esa tarde en su casa; en la casa del árbol, en realidad.

Tras mi llamada, el señor Giddens cerró la tienda y nos ofreció a Elmer y a mí algo de comer de su paupérrima despensa. Un par de sándwiches fueron manjar suficiente para ambos, y los disfrutamos aún más al oír la sugerencia del señor Giddens de terminar la jornada viendo una película en su sótano. Sería la primera vez para Elmer y este se mostró agradecido y entusiasmado con la invitación. Yo no solo no tenía nada mejor que hacer, sino que además me apetecía mucho recuperar las sesiones cinéfilas con mi patrón después de unos días tan intensos.

La película elegida fue ***Ser o no ser***, de Ernest Lubitsch. Un clásico entre clásicos que yo no conocía y que disfruté como un chiquillo con el primer helado de la temporada. Una comedia valiente, perfecta, con la que los tres reímos durante sus noventa y nueve minutos de duración; con un guion sin fisuras y unos actores sublimes. Qué decir del excelente Jack Benny –en, quizás, el mejor papel de su carrera– como «ese gran, grandísimo actor polaco llamado Joseph Tura», o la tristemente malograda Carole Lombard, perfecta en su papel de esposa más comprometida con la resistencia que con el teatro; y todos los secundarios, desde Sig Ruman –mi favorito– como el inútil Coronel «Campo de Concentración» Ehrhardt, a Felix Bressart o Tom Dugan, todos magníficos. Una gozada de película, disfrutable de principio a fin. El señor

Giddens, por supuesto, complementó la proyección con sus habituales comentarios y reflexiones al final de la misma. Nos habló del arrojo de Lubitsch al filmar una sátira sobre un tema tan polémico como la Segunda Guerra Mundial solo unos meses antes de que EE.UU. entrara en la guerra; nos contó cómo se estrenó poco después del ataque a Pearl Harbor y que fue un fracaso, cosechando unas críticas divididas entre los que la defendían como una obra entretenida y de impecable factura y los que quizás no la entendieron en su momento, acusándola de mal gusto. Usar el humor como arma de resiliencia ante un acto tan cruel, agresivo y depravado como una guerra es siempre algo delicado. Algunos también achacaron su fracaso comercial al hecho de que a la gente pudiera parecerle un poco frívolo ir a ver una película –comedia, además– de una actriz recién fallecida, ya que Carole Lombard murió justo antes del estreno, en un accidente aéreo durante una gira de promoción de bonos de guerra por el país, dejando a su segundo marido, Clark Gable, devastado por la tragedia –el señor Giddens nos contó, en su faceta de amante de la prensa rosa, que los allegados del oscarizado actor de ***Sucedió una noche*** aseguraban que este perdió más de veinte libras de golpe y nunca volvió a ser el mismo tras morir Lombard, aunque después se casara otras dos veces más–.

Elmer disfrutó tanto como yo de la película y de la posterior disertación del anticuario. Una comedia como aquella era justo lo ambos necesitábamos en aquel momento, tras unas horas tan intensas y dramáticas, para evadirnos de la cruel realidad que insistía en rodearnos una y otra vez con su sombrío manto, empañando todo lo bueno que ocurría en nuestras vidas.

Nos despedimos y por fin cada uno volvió a su casa, yo bajo la protección del paraguas que el señor Giddens insistió en prestarme de nuevo y Elmer a pelo bajo una lluvia que parecía gustarle más que a las ranas.

Hablé con mi madre por teléfono desde mi casa. Ella estaba ya en el hospital, cubriendo su turno, y se había enterado de un par de cosas «jugosas». La primera era que Johnny, que se encontraba mejor después de descansar toda la noche, había identificado de forma oficial a Nathan Simmons como su agresor el día del ataque a casa de los Ivory. Tras interesarme por ello, mi madre me informó de que la policía había obtenido de la colaborativa y desconsolada madre del delincuente una foto reciente para su identificación. La segunda era que Nathan seguía en paradero desconocido. La policía comentaba que, tras confirmarse la acusación formal contra él de todos los delitos que se le imputaban –ataque con violencia, intento de incendio e intento de homicidio–, el número de recursos dedicados a su búsqueda iba a triplicarse, acudiendo incluso a solicitar ayuda efectiva a los municipios colindantes.

Todo aquello me alegraba sobremanera. Primero, porque Johnny estaba mejor y porque había dado la puntilla definitiva a Nathan con su identificación; segundo, porque cada vez veía más próxima la detención y encarcelamiento de Nathan y, quién sabía, quizás incluso la de sus compinches, Russell y Marky, si es que el primero los terminaba delatando y arrastrando con él, aunque probablemente con menos cargos en su contra, al trullo. Supuse que tampoco habían conseguido dar de momento con la furgoneta marrón que nosotros llevábamos buscando toda la semana, aunque ya no hiciera falta encontrarla para involucrar a Nathan en el ataque, y me imaginé entonces a Nathan conduciendo desesperado la dichosa furgoneta, tratando de huir del estado con los ojos desatados por la frustración y la ira que debían de invadirlo. Verse vencido por un desgarbado y canijo muchacho, más pequeño que él –aunque lo superase por poco en altura–, no debía de causarle mucho orgullo y satisfacción.

A las seis de la tarde llegamos puntuales Terence, Abe y yo a casa de Penny. En cuanto nos vimos, antes incluso de entrar, ambos me felicitaron por mi arrojo al empujar a Nathan y lanzarlo

–aunque fuera sin querer– por la ventana del hospital. Por supuesto, la noticia de lo ocurrido en la habitación de Johnny la tarde-noche anterior era ya de dominio público. Empezaron entonces a hacerme preguntas, ansiosos, sobre el intenso momento vivido el día anterior una vez ellos se hubieron ido del hospital. Yo intenté contestar de forma concisa, quitándole hierro al asunto y atribuyéndole más mérito a la diosa fortuna que a mí mismo sobre el éxito de mi atrevida acción. Por fuera intentaba mostrarme modesto, pero por dentro me sentía muy orgulloso y elogiado por el interés y fervor de mis amigos.

Al cruzar la valla y entrar en la propiedad me acordé brevemente de *Wolfy* y sentí pena por la forma en que se había visto obligado a abandonar este mundo, pero me repuse rápido al pensar que su asesino –para mí, sin duda alguna, el infame Nathan Simmons– estaría ya a punto de ser atrapado. La lluvia, cada vez más débil, seguía mojando el paisaje y los escalones de madera que daban acceso a la casa del árbol de Penny resbalaban un poco.

Nos sentamos rápido. Terence y Abe sabían que Penny y yo teníamos que contarles algo importante y que no era nada ni de Nathan ni de Johnny, pero estoy seguro de que no tenían ni idea de hacia dónde íbamos a dirigir nuestro relato. La lluvia había mojado un poco el suelo de la pequeña cabaña, aunque a ninguno nos importó.

Antes de mencionar nada sobre Rosie B., Penny empezó a hablar para contarnos más cosas sobra Nathan y su estado actual de «fugitivo de la justicia»; información que había sacado, cómo no, a su futuro cuñado. La noche anterior Nathan no había vuelto a su casa y ahora la policía lo buscaba por la ciudad y sus alrededores, aunque pensaban que era bastante probable que hubiera abandonado la población. Habían emitido una orden de busca y captura en las poblaciones cercanas para tratar de estrecharle el cerco y buscarían en todos los centros de salud y hospitales cercanos, ya que suponían que el golpe tras la caída por la ventana podría haberlo dejado bastante magullado o herido. En cualquier caso, y por precaución, iban a dejar vigilada la habitación de Johnny las veinticuatro horas del día con un agente hasta que este fuera dado de alta, por si acaso al violento de Nathan se le ocurría volver por allí a terminar lo que nosotros no le habíamos dejado hacer. Todo bastante coherente y similar a lo que mi madre me había contado por teléfono un rato antes. No hubo necesidad de comentar nada adicional por mi parte.

Tras eso, fuimos al meollo de lo que nos había llevado allí esa tarde y Penny y yo empezamos a relatar lo que nos había ocurrido en la parte trasera del hospital, cuando estábamos recuperándonos de la emoción vivida por el breve enfrentamiento con Nathan. Huelga decir que, de momento, no mencionamos nada sobre lo que hablamos e hicimos antes de que Elmer apareciera de entre las sombras portando el cadáver de Rosie B. y fuimos directos al instante en que su gigante figura asomó por entre los árboles en penumbra del bosque que lindaba con los terrenos del hospital.

Los rostros de nuestros amigos mostraban más y más perplejidad conforme avanzábamos en la historia. Les hablamos de nuestra reacción inicial, de nuestro convencimiento de la inocencia de Elmer, de cómo Penny había descubierto el corte en la pierna –similar al de los otros tres asesinatos de aquel verano–, de lo que habíamos decidido hacer con el cuerpo, de nuestro paseo bajo la lluvia portando la ropa ensangrentada de Elmer y de la visita al señor Giddens en busca de ayuda. Terminamos con lo ocurrido esa mañana y cómo nuestro plan para exculpar a Elmer antes incluso de que se supiera el alcance de la gravedad de lo ocurrido a la pobre Rosie B., que entonces aún constaba solo como desaparecida y no como fallecida, estaba saliendo a la perfección. Y terminamos nuestro discurso rogando por la complicidad y ayuda de ambos en

todo aquello. No sé cómo nuestros amigos aguantaron hasta el final sin hacer ninguna pregunta ni comentario, pero eso nos ayudó a darle a la historia el ritmo y tono que quisimos.

Aunque ambos terminaron apoyando el plan que habíamos comenzado un día atrás, su reacción fue algo distinta. Terence se mostró conforme desde el principio y apoyó la inocencia del hermano del novio de su madre sin cuestionar nada en absoluto acerca de nuestra teoría. Abe, por su parte, mostró algunas dudas acerca de la culpabilidad o no de Elmer y eso hizo que se abriera un debate que nos llevó bastante concluir. Era lógico que hubiera dudas; en realidad ninguno podía asegurar a ciencia cierta que Elmer no hubiera cometido el asesinato, y nuestra convicción se basaba más en sensaciones, en impulsos provenientes de nuestro estómago, que en pruebas reales y raciocinios irrefutables de nuestro cerebro. En cualquier caso, terminamos convenciendo a Abe de que habíamos hecho lo correcto y obtuvimos su compromiso en ayudar a que todo transcurriera según lo habíamos planeado. Esto era muy importante, ya que Abe tendría un papel fundamental en un par de días para guiar – sin provocar ninguna sospecha al respecto– la búsqueda de Rosie B. hacia el lugar donde habíamos dejado su cadáver, evitando que este se degradara más de lo estrictamente necesario y su desaparición se eternizara, cuando nosotros ya sabíamos lo triste de su final.

Al decidir el final de nuestra sesión en la casa del árbol, no recuerdo qué excusa inventó Penny para que yo me quedara, haciendo que Terence y Abe salieran de allí y se dirigieran a sus casas, dejándonos solos a ella y a mí. No estoy seguro de si ya sospechaban algo de lo que había entre nosotros, pero si así era ambos demostraron una naturalidad pasmosa al ocultarlo. Y allí, encima del árbol donde poco más de una semana atrás habíamos encontrado colgado y destripado a su hermano canino, ella repitió el abrazo que me había dado al descubrir lo que quedaba de *Wolfy*, pero sustituyendo ahora el horror y la desazón de entonces por el amor y la sensualidad de su cuerpo, el cual ya no temblaba como aquella fatídica noche, sino que ahora se acurrucaba tranquilo, buscando el calor y afecto de un compañero. Disfruté del olor de su pelo y me sentí relajado y extasiado al mismo tiempo. Y, tras unos minutos entrelazados, nos separamos un poco y pude volver a saborear sus dulces labios hasta la que la prudencia nos hizo descender del árbol y volver a nuestras casas para no levantar más sospechas de las necesarias.

Mi felicidad era plena y esa noche dormí a pierna suelta y descansé como hacía días que no lo conseguía.

El domingo por la mañana por fin dejó de llover y las nubes que nos habían estado ocultando el sol durante los dos últimos días comenzaron a disiparse. El viento del atlántico que las empujaba a desdibujarse era fresco y agradable.

Por la mañana me acerqué a un concurrido quiosco cercano a mi casa con la excusa de comprar el último número de la revista ***Mad*** pero con la intención real de escuchar a la gente de mi ciudad. Entre los que buscaban los suplementos dominicales y los que no tenían otro día libre para acercarse a por alguna revista de ocio, cotilleo o lo que fuera, el domingo era el mejor día para encontrar una buena y variada muestra de la población de mi ciudad en dicho quiosco, rotando rápido y no dejando de hacer comentarios y dándole algo de charla a Chuck, el quiosquero. Y además de por la variopinta y bulliciosa afluencia de gente que acudía a él, nada mejor que un quiosco de prensa para averiguar si la desaparición de Rosie B. era ya noticia en algún periódico local o si la gente de a pie comentaba algo sobre el asunto.

En prensa aún no había nada publicado; quizás era demasiado pronto y nadie podía asegurar que la joven no se hubiera fugado de casa buscando una nueva vida… «¡Pobre!», pensé para mis adentros. Pero durante el tiempo que estuve allí esperando en la cola y luego remoloneando un

poco al lado del quiosco, ya con la revista en la mano pero mirándola sin verla, varias personas sí que comentaron el caso. «¿Os habéis enterado de que una niña se ha fugado de casa?». «No tan niña». «Sí, la hija de Francis Barbara, el que tiene un bar cerca de Sally's Oak». «Dicen que el padre montó un escándalo en comisaría». «Seguro que aparece dentro de un mes con un bombo».

La desaparición de Rosie B. era ya de dominio público y eso seguro que ponía un poquito más de presión en la policía de Fortress Flint, que con tres asesinatos en menos de dos meses estaba viviendo uno de los peores veranos de su historia (quizás el peor, de hecho).

A mediodía el señor Giddens llamó por teléfono a mi casa y me hizo una propuesta que no pude rechazar. Me recordó que el día que había conocido a Penny, esta había mostrado interés en ver la película ***Psicosis*** y ahora el anticuario me proponía ir a su casa con Penny esa tarde a ver la cinta de Alfred Hitchcock. Le dije que, por mi parte, contara con ello, pero que tenía que pedírselo a Penny y ver si esos planes le cuadraban. En dos minutos le estaba devolviendo la llamada a mi patrón para confirmarle nuestra asistencia esa tarde, a eso de las seis, para ver la aclamada cinta de terror, que yo tampoco había visionado. Cuando se había estrenado, en 1960, Penny y yo aún éramos muy pequeños y además era una película que todavía no habían puesto por televisión –no fue emitida por la CBS hasta 1970, tres años después del verano que nos ocupa–, por lo que no habría forma de que hubiéramos podido tener acceso a ella, salvo quizás por alguna reposición en un cine de nuestra localidad. Sin embargo, era un título de sobra conocido, con una popularidad que acrecentaba nuestra curiosidad por verla y aquella tarde íbamos a tener la oportunidad de hacerlo, convirtiéndola casi en un manjar prohibido que estábamos a punto de degustar por obra y gracia del amable señor Giddens.

Llegamos a su casa puntuales, disfrutando de un agradable paseo, cogidos de la mano a ratos, cuando no veíamos peligro de que nadie conocido nos fuera a descubrir, bajo un cielo cada vez más despejado pero que aún no castigaba con el intenso calor de los otros días del verano. Penny estaba preciosa. Llevaba una camiseta celeste, ajustada, y unos vaqueros cortos muy sugerentes. El pelo recogido, dejando su hermosa nuca parcialmente a la vista. Sus pecas casi brillaban a la luz del atardecer y su sonrisa permanente indicaba el hermoso y dulce momento que vivíamos emocionalmente ambos. Y, por supuesto, sus manos iban resguardadas bajo un par de sus habituales guantes con los dedos al aire, en este caso de un tono beige muy claro, casi blanco.

Una vez en casa del señor Giddens, Penny nos puso al tanto de lo que le había podido sacar a Bobby en el habitual almuerzo de domingo que, como siempre, el joven subinspector había compartido con su familia en su casa. El anticuario se había convertido ya, por derecho, en uno más de nuestra reducida cuadrilla de confidentes. De Nathan no había ni rastro por ningún sitio. Habían interrogado a sus amigos, Russell y Marky entre otros, pero todos declararon no tener ni idea de dónde podría estar Nathan. Y de la desaparición de Rosie B. no tenían ni una sola pista. Nadie parecía haber visto nada. Su padre era, de momento, el último que la había visto, al comienzo de la tarde del viernes, cuando la joven abandonó el bar «para dar un paseo», como solía hacer tantas y tantas veces; y luego simplemente parecía haberse evaporado por arte de magia, desaparecido como un fantasma al encender la luz, disipado como la bruma al final de una mañana de verano. Aquello hacía más necesario que nunca el poner nuestro plan con Abe en marcha el lunes, pero por otro lado aseguraba, de momento, que la coartada que habíamos preparado para salvar a Elmer seguía siendo sólida y segura.

Cuando bajamos al sótano pude comprobar que el señor Giddens lo tenía todo preparado. Había dispuesto los dos sillones juntos y una silla a la derecha del que quedaba en medio. No tuve que pensar dónde sentarme, la silla era para mí; además, era la que estaba más cerca del

proyector y yo tendría que encargarme, como habitualmente, de los cambios de rollo durante la proyección. El señor Giddens tuvo a bien, de forma estratégica, sentarse en la butaca de la izquierda, dejando a Penny en el centro y, por tanto, a mi lado.

La película nos encantó y mantuvo en vilo durante toda la proyección. Una de las cosas que me llamó la atención al comienzo fue que el compositor, Bernard Herrmann, salía en los créditos iniciales justo antes del director, lo cual indicaba la importancia y poder de Herrmann en las películas de Hitchcock –y con toda justicia, he de decir–. La partitura del compositor de ***Ciudadano Kane*** para la cinta de terror del cineasta inglés es completamente absorbente desde las primeras notas y ayuda sobremanera a dar el tono adecuado a la cinta. Casi diría que la mitad el mérito de la película lo tiene Herrmann… y Hitchcock debía saberlo, aunque –por lo que cuentan sobre su carácter– seguro que nunca lo habría reconocido. Yo además ya la conocía porque mi patrón había puesto ese disco alguna vez en la tienda, siempre en momentos en que ya nos encontrábamos recogiendo o no había ningún cliente a la vista, puesto que algunos pasajes de la misma podían resultar bastante turbadores e inquietantes.

Penny y yo no tuvimos reparos en cogernos de la mano durante la película y sé que el anticuario nos vio, pero a ninguno de los dos nos importó. Él no dijo nada al respecto, más allá de dedicarme una sutil mueca que no llegó a sonrisa y a la que acompañó de una mirada que solo podría describir como pícara.

Tras la película, vino el habitual discurso del anticuario, que yo ya esperaba con ansia para intensificar mi disfrute de la cinta.

El señor Giddens elogió la interpretación de Janet Leigh, que está magnífica como Marion Crane –ganó incluso un Globo de Oro por su interpretación– pero sin duda, uno de los puntos fuertes de la cinta y que más comentó el anticuario es ese giro inesperado cuando la supuesta protagonista de la película muere en la más icónica y «húmeda» escena de terror de toda la historia del cine, justo al final del largo primer acto, provocando un *shock* tal en el espectador que solo un visionario como Hitchcock pudo haberlo urdido de una forma tan radical. Es quizás el mayor efectismo artístico de toda su carrera, pero está tan bien planteado que no hay forma de enojarse con el director por mostrar dicho arrojo y extrema personalidad. Yo incluso quedé aún más sobresaltado si cabe por el asesinato del detective Arbogast, más corto, directo y con un maravilloso plano picado y un montaje sencillo que va avisando con claridad sobre el inminente peligro que este corre, pero que aun así resulta muy impactante cuando se produce. Este momento es magnífico y una excelente nueva muestra de la mágica mano del director para atrapar al espectador en sus redes y jugar con él llevándolo exactamente hacia donde él quiere.

Comentamos que Perkins estaba también estupendo, en un papel nada fácil y con el que podía haber caído en una sobreactuación y manierismo que le hubieran restado credibilidad a su personaje. Y qué decir de ese plano final, uno de los más inquietantes que yo haya visto jamás, y que sobrecoge de la misma intensa manera sin importar cuántas veces lo haya visto uno, con la cara del cadáver de la madre de Norman sobreponiéndose en un brevísimo fundido a la siniestra cara sonriente del joven Perkins… eso es pura magia, puro cine… bueno, no tengo palabras para describirlo como se merece, en realidad.

El señor Giddens nos contó que la película tenía una carga erótica muy alta para su época –como muestra, por ejemplo, la primera escena en ese apartamento impersonal de Phoenix donde una pareja aparece tras seguro haber consumado un acto de amor–. En eso Hitchcock siempre fue un pionero, jugando en la difusa línea de lo permitido con una especial habilidad para insinuar o sugerir que nunca pasará de moda. ***Psicosis*** había sido, hasta la fecha, el mayor éxito comercial

de la carrera de su director y como este, además, la había producido se convirtió en multimillonario casi de la noche a la mañana, lo que le permitió mantener su estatus de cineasta independiente y poder seguir realizando solo lo que de verdad le interesaba. Sin embargo, al parecer las primeras críticas no fueron del todo halagüeñas y hubo mucha disparidad de opiniones respecto a la calidad de la cinta –algo que, para mí, está fuera de toda duda: es una auténtica obra maestra–. Aun así, estuvo nominada a cuatro Óscar, incluyendo el de mejor director, aunque terminó no ganando ninguno.

Penny y yo disfrutamos mucho de la sesión de cine. Nos sentíamos muy afortunados de poder haber visto la película que ella había elegido y de la que ambos habíamos oído hablar tanto.

Salimos de la casa de Giddens ya de noche. Yo decidí acompañar a Penny a la suya sin ninguna resistencia por su parte. Estuvimos hablando de la película, de sus detalles y cualidades durante todo el camino y noté cómo empezaba a sentir el mismo entusiasmo que yo respecto a las interesantísimas sesiones cinéfilas con el señor Giddens.

Al llegar a la puerta de la valla de la propiedad de sus padres, volvimos a regalarnos un largo beso en la boca; aunque esta vez no fue tan discreto como ambos pensamos. Un coche aparcado en la calle, enfrente de la casa de Penny, bajó la ventanilla del copiloto y de él salió una voz familiar que dijo: «Ya te vale, Will Johns. ¡Por fin! Anda que no has tardado en decidirte».

Era la voz de Lauren la que sonó en medio de la mal iluminada calle. Estaba en el coche de Bobby Lloyd, probablemente haciendo con él lo mismo que Penny y yo.

Nos ruborizamos de inmediato. Habíamos sido pillados sin posibilidad de excusa. Lauren se bajó entonces de coche y caminó hacia nosotros con una enorme y jocosa sonrisa en la cara. Al pasar junto a nosotros me dijo: «Muy bien, chaval. Me alegro mucho de que su primer beso haya sido contigo; pero no te emociones demasiado con mi hermana».

Yo me sentí halagado, pero Penny se puso aún más roja de lo que ya estaba. Cogió a su hermana del brazo y tiró de ella para dentro de la casa, dirigiéndome una mirada que decía todo lo que sus nervios y tartamudez no le permitían articular en palabras.

De nuevo, un día más volví a llegar a mi casa feliz como no recordaba haberlo estado en muchísimo tiempo, lleno de alegría y esperanza y disfrutando de la vida con la intensidad con la que debe hacerlo un adolescente de casi dieciséis años.

El lunes volvió a brillar el sol en todo su esplendor y la temperatura subió hasta niveles más habituales para un principio de agosto.

Penny activó a Abe a primera hora de la mañana. Dadas las pocas pistas que la policía parecía tener acerca de dónde buscar a Rosie B., debíamos acelerar el descubrimiento de su asesinato.

Abe cumplió como había prometido y aprovechó uno de los corrillos de cotorras que esa mañana se formaron en torno al mostrador de la tienda de su madre para comentar de pasada, entrometiéndose en la charla de las señoras –sin que ninguna se lo reprochara, habida cuenta de la extrema y enfermiza curiosidad que todas sentían por un buen chismorreo– pero sin dejar de realizar sus tareas de reposición en las estanterías, haber oído a unas clientas decir que habían visto a Rosie el viernes por la tarde caminando hacia el bosque, cerca de la zona del hospital. Por supuesto, mi pelirrojo amigo fue interrogado hasta la saciedad, pero «no pudo» identificar a las supuestas testigos. Abe dejó toda la historia lo más ambigua que pudo, indicando que creyó que una de ellas mencionó que un sobrino era el que realmente habría visto a Rosie, o quizás fueran los cuñados de la otra. No hizo falta concretar mucho más, pues el germen de la idea de que Rosie podría haber ido al bosque el viernes anterior por la tarde ya estaba instaurado en la mente de varias señoras, las cuales, como apóstoles de un joven y confiable mesías, no tardaron en

difundir su palabra en cuanto salieron de la tienda. Una de ellas –y Abe se aseguró de esto antes de lanzar su «inocente» información al aire– era la madre de un agente de policía.

A mediodía, todo el barrio hablaba de la desaparición de Rosie B. y de cómo más de diez testigos la habrían visto dirigirse al bosque, hacia el oeste, cerca de las inmediaciones del hospital. La policía no pudo ignorar esta información, por mucho que fuera –en principio– solo un rumor, y se organizó una partida de búsqueda especial por la zona del bosque indicada que comenzaría esa misma tarde y para la que se pidió la colaboración ciudadana.

Resulta increíble –y algo aterrador– lo fácil que es influir en la masa, haciéndoles creer cualquier cosa que quieran oír, y provocando incluso que algunos imaginaran haber visto lo que seguramente sus ojos nunca percibieron. En cualquier caso, nuestro plan seguía saliendo a la perfección. Por supuesto, ninguno de mis amigos, ni Elmer ni yo, íbamos a participar en la partida de búsqueda. Debíamos permanecer lo más al margen posible de toda aquella historia, por motivos obvios.

Yo pasé el día en la tienda, como de costumbre. Volvía a la rutina de pocos clientes, muchas música y charla animada con el señor Giddens. Y Elmer, mientras tanto, fuera en el jardín, trabajando sobre la tierra húmeda –como si los terribles acontecimientos del anterior viernes no hubieran ocurrido nunca–, preparándola para recibir las flores y plantas que mi patrón y él habían decidido incorporar al terreno, según un diseño sugerido por el gigantón jardinero.

Al terminar una jornada que acabó antes de lo habitual por decisión de mi patrón, vimos una fantástica película de animación que el señor Giddens consideró apropiada para compartir también con Elmer. Se trataba de ***Fantasía***, de Walt Disney. Yo desconocía esa maravilla y al principio, como a veces me ocurría, me sentí algo decepcionado por el título elegido aquella tarde; yo me consideraba ya demasiado mayor para ver una peli de dibujos animados, pero pronto me convencí –como siempre hacía– de que hasta el momento el señor Giddens nunca me había defraudado con sus elecciones y aquella ocasión no tenía por qué ser diferente. Y por supuesto que no lo fue.

La excelsa combinación de hermosa y delicada animación con piezas de música clásica era algo que yo no había visto en mi vida. El concepto de la película me pareció innovador y me enganchó desde la primera secuencia. Además, algunas de las piezas musicales me resultaron muy familiares porque las había escuchado en la tienda, en varios de los discos que el señor Giddens había estado poniendo durante todo el verano. Me extrañó muchísimo que una obra como aquella hubiera pasado desapercibida para alguien como yo, que creía conocer mucha de la filmografía de la Casa del Ratón, tanto películas de animación –como ***Pinocho***, ***Peter Pan*** o ***101 Dálmatas***– como de imagen real –como ***20.000 leguas de viaje submarino***, ***Fiel amigo*** o ***Mary Poppins***–, las cuales había visto en el cine y/o en la televisión. Y, sin embargo, aquella obra maestra era la primera vez que la veía, y ni siquiera antes de aquella tarde había oído hablar de ella. Solo puedo decir que ***Fantasía*** me enamoró. Y Elmer también la disfrutó muchísimo, según nos expresó al finalizar la proyección.

El día acabó con una inesperada visita, ya en mi casa. Mi madre estaba en la cocina terminando de fregar los platos de la cena cuando el timbre de la puerta sonó. He de admitir que aquello, con todo lo que estaba sucediendo en los últimos días, me sobresaltó un poco, ya que no esperaba recibir a nadie a esas horas. Mi madre me pidió atender la puerta y yo tuve que levantar mi culo del sofá donde estaba ya apoltronado viendo la televisión.

Al abrir la puerta me encontré con una sombra en el porche que me recordó a la figura alta y delgada del Norman Bates de ***Psicosis*** vestido de su difunta madre, con la peluca acabada en

moño; la misma sombra que puede verse en la cinta de Hitchcock cuando esta descorre la cortina de la ducha para asesinar a la pobre (y limpia) Marion Crane. Obviamente, la película vista el día anterior había tenido un gran efecto en mí. Me estremecí por un segundo, antes de que la figura avanzara y la luz descubriera el rostro de la señora Lonegan, de la Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate o, abreviando, KIAWA.

La «urraca mayor», como la llamábamos mis amigos y yo, solía tener una mirada dura, pero aquel día su semblante parecía más amable.

—Buenas noches, señora Lonegan. ¿Qué se le ofrece? —dije pensando que ya estaba otra vez allí para intentar convencer a mi madre de que se uniera a su benéfica asociación.

—Hola, jovencito. No te vi en nuestro pícnic de hace un par de domingos —me espetó con su ronca voz refiriéndose al evento que habían organizado en Howe Forrest Park unos días atrás, justo después del tercer asesinato.

—No. Y lo lamento mucho. No pude ir porque estuve trabajando —mentí para salir rápido de aquel comentario acusatorio—. ¿Desea usted pasar? ¿Viene usted a ver a mi madre?

—No, muchas gracias —contestó rebajando la dureza del tono y haciéndola más compatible con su mirada—. He venido a hablar contigo. Será solo un momento.

—Claro, por supuesto —repliqué algo sorprendido—. Dígame, ¿qué necesita?

—He venido a pedirte que, por favor, te acerques en los próximos días al local de la asociación. Las lluvias de este fin de semana han vuelto a abrir el techo y tenemos goteras otra vez. Ahora mismo ya no es un problema, más allá de que ciertos muebles y papeles se han mojado, pero nos gustaría estar preparadas para el otoño o en caso de que volviera a producirse alguna tormenta de verano.

Yo ya había hecho tareas de reparación en aquel tejado –no hacía mucho, además– y, debido a que no habían querido gastar demasiado en materiales, mi trabajo no estuvo todo lo bien rematado que a mí me hubiera gustado. Sin embargo, me agradó que no estuviera allí para echarme en cara que ahora volvían a tener goteras e iban a tener que gastar más dinero en arreglarlo, sino para pedirme ayuda; querían volver a contar conmigo.

Mi trabajo –aunque no sé si debiera llamarlo de esa forma, la verdad– en la tienda del señor Giddens era cómodo y muy gratificante, pero he de reconocer que un dinerillo extra y el poder mantener mi fama como manitas en la ciudad me resultaba atractivo. Y estaba seguro de poder compatibilizar las dos cosas con la flexibilidad que siempre parecía estar dispuesto a proporcionarme el anticuario.

—Por supuesto, cuente con ello. Estaré encantado de ayudarlas. Déjeme que hable con mi jefe, ya que ahora tengo ocupados todos los días de la semana, y encontraré un hueco para pasarme a ver el local y valorar los trabajos, ¿le parece bien?

—Perfecto. Ya tienes nuestro número, así que llámanos cuando puedas y cerramos la cita. O pásate en cualquier momento por allí, si lo prefieres.

La amabilidad desplegada por la señora Lonegan me estaba casi abrumando. Era extraño verla con una actitud tan humilde y poco altiva, muy diferente a la que solía exhibir.

—Y no te preocupes por el pago. Lo de la última vez no volverá a ocurrir. Yo me encargaré de que se te pague por adelantado.

La última vez que trabajé para la KIAWA había tenido problemas para cobrar y fue gracias a la señora Lonegan que al final me pagaron lo que me debían.

Mi madre llegó entonces a la puerta y saludó a la señora Lonegan. Mantuvimos una breve e intrascendente conversación antes de despedirnos y la «urraca mayor» me volvió a sorprender

aquella noche al no insistir en ningún momento a mi madre para que se afiliara a la KIAWA, algo que yo siempre había visto suceder las pocas veces que recordaba haberlas visto juntas.

Un día más me iba a la cama contento y feliz, halagado además por seguir siendo considerado un miembro útil y valorado de mi comunidad. Últimamente todo, hasta los más pequeños detalles, parecían sugerir que mi vida estaba hechizada por un positivo conjuro que no hacía más que hacerla mejor y mejor a cada momento.

El cuerpo de Rosie B. apareció por fin el martes a media mañana. Con todo lo que había llovido el fin de semana los perros de la policía no habían sido capaces de acelerar la búsqueda haciendo uso de su olfato. Había sido uno de los ciudadanos voluntarios que se había unido al peinado del bosque quien había encontrado, hundido en el barro y rígido como una barra de hierro, el cadáver de Rosie B.

La conmoción en la ciudad fue tremenda. Su padre, desconsolado, clamaba justicia, venganza, y, según pude enterarme después, llegó a enfrentarse en el bosque a tres agentes –rompiendo incluso el brazo de uno de ellos– al intentar que le dejaran acercarse a lo que quedaba de su hija cuando aún la policía científica no había ni empezado a hacer su trabajo en el lugar donde se había encontrado el cuerpo.

Su muerte provocó muchas especulaciones, pero pronto se corrió la voz de que la joven no había dejado este mundo de manera fortuita, sino que había sido asesinada; y no de cualquier manera, sino siguiendo el mismo patrón que los otros tres asesinatos que había sufrido la ciudad en las semanas anteriores. La rueda de prensa que dio la policía esa misma tarde así lo confirmó –de manera provisional, al menos–, haciendo hincapié en que las primeras pruebas indicaban que se trataba del mismo *modus operandi* que en los otros casos; y, aunque no quisieron mojarse acerca de si había sido o no el mismo asesino, no pudieron ocultar que su investigación se centraría en dicha línea.

Yo llevaba todo el día en la tienda del señor Giddens esperando escuchar alguna novedad sobre el asunto cuando por fin oímos la noticia por la radio, que durante toda la jornada había sustituido al habitual hilo musical de los variados discos del anticuario. Elmer se había marchado ya a su casa cuando esto ocurrió. Yo llamé a Penny y me dijo que no sabía más de lo que habían hecho público en las noticias, pero que seguro que durante la noche o la mañana siguiente tendría más información –de parte de Bobby, cómo no–.

El descubrimiento del cadáver era un nuevo paso más dentro del plan que habíamos trazado; por ahora todo se estaba ajustando a lo ideado por nuestras bienintencionadas mentes. Sin embargo, el hecho de saber que la policía ya tenía el cadáver de Rosie y que los forenses ya seguro que estarían trabajando con el cadáver, tratando de encontrar todas las pistas posibles que la intensa lluvia no hubiera borrado o degradado en los tres últimos días, me hacía sentir intranquilo. Al fin y al cabo, habíamos manipulado el cuerpo, lo habíamos movido, lo habíamos tocado y vuelto a colocar en el lugar donde su alma lo abandonó, en medio del bosque. Todo ello porque seguíamos confiando en la inocencia de Elmer. Pero, en cualquier caso, nuestro comportamiento y acciones –de ser descubiertas– serían muy difíciles de explicar frente a la policía o incluso frente a un juez.

Al conocer mis inquietudes, el señor Giddens insistió en que lo mejor para olvidarlas era ver una película en su sótano; algo que yo apoyé sin dudar, pensando que –como siempre– el anticuario solo trataba de ayudarme. Sin embargo, su elección para aquella tarde fue algo desacertada; no por la calidad de la cinta –una enorme muestra del mejor cine negro–, sino por su temática y argumento. De verdad creo que lo hizo con buena intención, pero no logró en absoluto

el efecto deseado. El título que eligió fue ***La mujer del cuadro***, de Fritz Lang. La película sigue las desventuras de un maduro profesor universitario (que, entre otras cosas, da charlas sobre los aspectos psicológicos del «homicidio») con la cara y voz de Edward G. Robinson. Tras quedar prendado de una hermosa mujer retratada en un cuadro que ve en un escaparate, conoce a la mujer –interpretada por Joan Bennett– y acepta a ir a su apartamento a tomar unas copas. Pero lo que en principio empieza como una interesante velada con tintes de amor e infidelidad por su parte, ya que él está casado y tiene dos hijos, termina con el asesinato fortuito y en defensa propia del amante de la señora. A partir de ahí, ambos intentan deshacerse del cadáver y distanciarse del asesinato lo máximo posible. Durante todo el film el personaje de Robinson va cometiendo errores que lo colocan en una delicada posición enfrente de la policía. Aunque los detectives no parecen sospechar nada sobre él, el protagonista da numerosas pistas de saber más acerca del asesinato de lo que aparenta. Ese es uno de los grandes aciertos de la película: Lang consigue crear una atmósfera opresiva en la que, por mucho que el protagonista intenta zafarse de una justa condena, el destino parece no querer dejarlo escapar del error cometido al acercarse con dudosas intenciones a la mujer fatal que interpreta Bennett, logrando la inmersión y empatía total del espectador con las tribulaciones de un estupendo Edward G. Robinson. El caso es que el cerco policial de la investigación se va estrechando poco a poco alrededor del protagonista, que incluso sufre el chantaje de otro de los personajes –un caradura interpretado de modo excelente por Dan Duryea, el cual aprovecha cada ocasión que tiene para robar sus escenas–. La trama va asfixiando poco a poco al incauto protagonista, y también al espectador, que no puede hacer nada más que asistir atónito a la caída y desesperación de un hombre culpable que trata por todos los medios de ocultarlo, de escapar impune. En ese sentido el último tercio de la cinta es una auténtica montaña rusa, donde el director juega en todo momento con la incertidumbre de si el profesor logrará escapar o no de la justicia, para terminar con uno de esos finales –muy polémico para algunos– que uno no puede olvidar jamás.

El caso es que precisamente la angustia que sufre el protagonista a lo largo de toda la cinta era demasiado similar a la que yo mismo iba padeciendo cada vez con más intensidad aquella tarde, conforme pensaba en todo lo que podía salir mal en nuestro plan ahora que el cadáver de Rosie B. estaba ya en manos de la policía. ¿Encontrarían alguna huella? ¿Vendrían por nosotros? ¿Tendríamos que dar todo tipo de explicaciones convincentes para que nuestra historia de encubrimiento tuviera sentido a los ojos de la justicia? ¿Se nos juzgaría y condenaría por ello? Ese día no disfruté tanto como otros anteriores de las disertaciones, datos y comentarios que el señor Giddens me regaló tras la proyección y aún hoy no sé en qué estaba pensando cuando me puso aquella cinta tras todo lo que había sucedido en la ciudad y la involucración de Elmer, Penny y yo mismo en los acontecimientos; y más en un día donde yo le había expresado con extrema claridad mis preocupaciones. Quizás fuera por el final de la película…

Me fui a casa nervioso, pensando en todas las pruebas que podíamos haber dejado, sin querer, sobre el cadáver de Rosie B. y, como Edward G. Robinson, tratando de encontrar las fisuras en el plan trazado que podrían llevarme acusado ante la justicia. No es que yo hubiera cometido un homicidio, como su personaje en la cinta, pero empatizaba con él sobremanera por el hecho de saberme protagonista de unos actos moralmente reprochables (no avisar a la policía al descubrir un cadáver y mentir a la justicia, aunque fuera bajo el convencimiento de ayudar a un inocente) de los cuales estaba tratando de escapar ileso y libre de toda sospecha. ¿Lo conseguiría? En aquel momento no podía dejar de tener ciertas dudas al respecto que me turbaban sobremanera.

Por ello, cuando por fin llegué a mi casa, no pude hacer otra cosa que llamar a Penny buscando

consuelo y apoyo, y quizás algo en su voz que me permitiera recuperar la tranquilidad y la confianza. Le conté mis dudas y preocupaciones y ella se mostró exactamente como yo esperaba: animosa, confiada y cariñosa. Tras unos minutos hablando con ella, mi corazón volvió a su ritmo normal y mi mente se despejó, librándose de casi todas las dudas que la habían enturbiado aquella tarde. Nos despedimos con ternura y yo volví a acostarme un día más con el alma iluminada por el amor de mi amada.

Mis momentáneas preocupaciones del día anterior se habían esfumado por completo el miércoles. Ese día, antes de salir hacia la tienda del señor Giddens, cogí los libros que había sacado de la biblioteca hacía unas semanas con la intención de devolverlos. La novela de Bram Stoker la había terminado hacía unos días y los otros dos volúmenes sobre vampiros ya no me interesaban en absoluto, por lo que no tenía sentido mantenerlos más en casa. Había pensado hacer una pausa a mediodía y pedir permiso a mi patrón para ir a devolverlos; o quizás lo hiciera al salir del trabajo, si es que ese día no alargaba la jornada con una nueva película en el sótano del anticuario.

Elmer seguía trabajando el jardín. El césped estaba cortado a la perfección y ya había plantado varias filas de flores y hermosas plantas; en concreto, había diseñado un espacio para rosas de unos diez pies de largo por cinco de ancho, en la esquina noroeste de la propiedad, donde había empezado a plantar unos bellos rosales de colores blanco, rojo, rosa e incluso amarillo. Descubrí que, sin tener amplios conocimientos de genética ni biología, Elmer había hecho sus pinitos cruzando especies florales para conseguir algunos especímenes extravagantes que cuidaba en el amplio jardín de que disponía detrás de la casa que compartía con su hermano Johnny; y algunas de esas variedades iban ahora a adornar la propiedad del anticuario.

A media mañana Abe llamó a la tienda buscándome. Me contó que la policía había estado en la tienda de su madre, interrogándolo acerca de a quiénes había oído hablar sobre la última vez que se había visto a Rosie B. con vida. Él había sido identificado como uno de los ciudadanos que había comentado la información que había hecho a la policía buscar pistas sobre Rosie (y finalmente dar con su cadáver) en la dirección adecuada. Su respiración entrecortada y su ritmo atropellado al hablar denotaban un nerviosismo extremo. Sin embargo, me aseguró que había sido capaz de no dar detalles a los agentes que habrían estado haciéndole preguntas sobre las personas a las que oyó hablar del tema, alegando que él se encontraba al otro lado de la estantería donde oyó la conversación que señalaba el último lugar donde se había visto a Rosie el viernes por la tarde y que no era capaz de identificar a esas personas por sus voces; solo pudo decir que eran señoras, pero nada más. Al parecer, por suerte, la policía lo creyó a pies juntitas, porque su visita no había durado ni tres minutos, tras los cuales se habían marchado de allí dándole las gracias e indicándole que, por favor, los contactara si esas «voces» volvían por la tienda.

Todo aquello era bastante lógico, ya que los testigos que supuestamente hubieran visto a Rosie B. en las horas previas a su asesinato bien podrían aportar algún detalle más que ayudara a los investigadores a esclarecer su muerte y, quizás, a atrapar a su asesino.

Tras esa llamada, yo llamé a Penny para ver si sabía algo más acerca de la investigación, pero lo único que me dijo es que ese día completarían la autopsia y la policía tendría entonces encima de la mesa toda la posible batería de pruebas que pudieran extraer del cuerpo.

Le comenté entonces al señor Giddens mi intención de poder salir un momento a la biblioteca a devolver los tres libros que esa mañana había llevado a la tienda. Aunque había tratado de colocarlos en un lugar discreto, mi patrón se había percatado de mi movimiento y, con naturalidad y algo de parsimonia, no había tardado en acercarse a ellos y echarles un vistazo sin

ni siquiera pedirme permiso para hacerlo. Al principio me sentí un poco incómodo y avergonzado; al fin y al cabo, la temática de los libros dejaba muy claros los pensamientos fantásticos que había llegado a tener acerca de la naturaleza del anticuario, antes de convencerme de que era una persona normal. Sin embargo, más allá de ojearlos por encima, el señor Giddens se privó de hacer ningún comentario ni sobre los libros ni sobre los motivos –que él podía intuir de forma acertada– que me habrían llevado a sacar esos tres volúmenes de la biblioteca a la vez. Todo aquello que una vez ocurrió ya estaba más que olvidado, por parte de ambos.

El caso es que cuando le pedí permiso para salir a la biblioteca a devolverlos, el señor Giddens me sorprendió con un «¿Te importaría que te acompañara, William? No he estado aún en la biblioteca y me gustaría conocerla».

Así que el anticuario cerró la tienda y, cogido de mi brazo y con su habitual elegante atuendo y protecciones, me acompañó hasta el edificio público donde se encontraba ubicada la biblioteca municipal.

Al entrar, el anticuario no pudo dejar de admirar el estilo arquitectónico del edificio, haciéndome algunos comentarios sobre el mismo que ni recuerdo ni creo llegué a asimilar bien del todo.

Cuando nos acercamos al mostrador donde «vivía» el señor Popples, lo primero que hice fue presentarlos. Pensé que, por lo que conocía a ambos, podían llegar a hacer buenas migas. Y, de hecho, así fue, porque no tardaron ni un minuto en empezar a intercambiar detalles, comentarios e historias como si se tratara de dos viejos amigos que se reencontraran después de una buena temporada sin verse. La cara de bonachón del señor Popples, con su amplio bigote blanquecino abierto por la sonrisa que exhibía en aquella improvisada y animada charla con mi patrón, no dejaba lugar a dudas de que el anticuario le había caído bien desde el primer instante.

Tras retirarme los libros y anotarlo en el registro, me preguntó mi opinión sobre ellos y no quise extenderme demasiado en la utilidad que les había sacado; de hecho, mis comentarios se centraron sobre todo en ***Drácula*** y en lo interesante que me había parecido el estilo y la forma de contar la historia. Mientras yo hacía mi breve reseña del libro de Stoker, el señor Giddens admiraba el mural de fotografías que adornaba la pared a la espalda del bibliotecario y, cuando yo terminé de hablar, él comenzó de nuevo:

—¡Qué interesantes son todas estas fotografías! —exclamó el anticuario, fascinado (parecía que de forma sincera) con la revelación de una vida entera expuesta a los ojos de cualquiera que pasara por allí.

—Muchas gracias. Es mi vida. Ahí está todo… o casi todo —replicó el señor Popples.

El bibliotecario tenía fotos en blanco y negro, en sepia y en color. En algunas aparecían niños (alguno de los cuales seguro que sería él); en otras, muchachos; en otras, jóvenes y hombres y mujeres maduras. Había fotos de ceremonias, fotos en el campo, fotos en la fortaleza, fotos en solitario o con mucha gente. Fotos pescando, fotos en bares y restaurantes, fotos con amigos y seguro que también con su familia. En algunas podía distinguir bastante bien al señor Popples –incluso de más joven, con una buena mata de pelo negro que ahora había desaparecido por completo–, pero en otras, sobre todo las que parecían más antiguas, me era imposible averiguar quién era él de entre todas las personas –más bien niños y adolescentes– que salían. En algunas podía identificar también a otras personas de la ciudad, la mayoría con algunos años menos que en aquel momento; como el señor Lucchio, que tenía una conocida peluquería; el señor McIntyre, el actual alcalde de Fortress Flint, que estaba ya en su tercer mandato; o la señora Linney, dueña de la tienda de mascotas más grande y más antigua de la ciudad. El señor Popples

era historia viva de Fortress Flint. Sus fotografías eran muy distintas todas ellas entre sí, pero con un patrón muy visible en común: en todas, la gente que salía parecía siempre muy feliz. Era un mural que, definitivamente, invitaba al optimismo y a la alegría.

—Me parece una bonita forma de recordar el pasado y de enorgullecerse por todas las experiencias vividas, compartiéndolas con el mundo —añadió el anticuario sin dejar de mirar el mural fotográfico.

—Así lo creo yo también. He vivido toda la vida en esta ciudad, muchos años ya, y con cada foto he creado un recuerdo de algo positivo que me gusta rememorar cada día porque me da paz y alegría. Siento que, al compartirlo con los demás, incluso con gente que no conozco, soy capaz de transmitirles un poco esa alegría a ellos.

—Eso es muy bonito, señor Popples, y puedo asegurarle que lo consigue —replicó el señor Giddens con una sonrisa—. Yo también he vivido mucho ya… más que usted, de hecho, y de verdad valoro mucho el legado que una persona pueda llegar a dejar en este mundo. Y, por lo que puede verse en estas fotografías, usted parece un hombre muy querido y eso debe de hacerle sentir muy orgulloso.

Mientras el anticuario y el bibliotecario seguían intercambiando halagos y hablando sobre el mural, yo seguía escudriñando las fotos que había visto mil veces a la espalda del señor Popples pero que nunca me había detenido a observar de forma tan detenida como aquel día; quizás lo hice impulsado por la enorme curiosidad que había despertado aquel *collage* fotográfico en mi patrón, o quizás porque me sentía un poco desplazado de la conversación que los dos adultos estaban teniendo.

De repente, reparé en una foto tomada en una boda. En ella podía verse a la novia a la izquierda, casi de perfil, con un traje blanco y un discreto ramo de flores entre las manos, y al señor Popples en la derecha –con veinte o treinta años menos, más pelo y su bigote de color negro– junto a otros dos hombres jóvenes que no identifiqué, sosteniendo unos puros humeantes en una mano y con la otra medio metida en sus bolsillos, con actitud algo chulesca, mientras posaban con una amplia sonrisa para la foto. Pero lo que me llamó la atención no fue la mata de pelo que lucía el bibliotecario en la imagen, sino la cara y el porte de la novia. No me había detenido tanto a mirar esa foto nunca antes –ni esa ni ninguna otra de las que adornaban el mural, en realidad– pero esa figura espigada vestida de blanco, delgada y bastante alta, y esas facciones huesudas, el pelo recogido, la mirada alegre pero no demasiado… me resultaron entonces muy familiares. Tanto, que no pude dejar de comentarlo en voz alta.

—Me suena mucho esa mujer —dije señalando la foto—. Pero no termino de identificarla.

El señor Popples giró la cabeza hacia la foto y me contestó:

—¿Esa? Es mi hermana. Seguro que la conoces.

Yo ni sabía que el señor Popples tuviera una hermana. Por otro lado, era normal que, por mucho que supiera de mi ciudad y sus habitantes, tampoco conociera las relaciones familiares o amistosas de todo Fortress Flint.

—No sabía que tuviera usted una hermana.

—Tenía dos, de hecho. Pero la mayor falleció hace tiempo —me informó sin mostrar ningún sentimiento—. Esta es la pequeña, Eleanor. La foto es del día de su boda. Un día precioso que recuerdo como si fuera ayer, aunque de eso hace ya casi treinta años.

—¿Eleanor…? Pues debo conocerla, porque su cara me suena muchísimo, pero no sé de qué.

—Seguro que sabes quién es. Es la presidenta de la Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate. Me suena que incluso ella me mencionó que habías hecho algún trabajo para ellas, ¿no

es así?

Entonces pude reconocer en la foto, sin duda alguna, a la «urraca mayor», mucho más joven, pero con el mismo porte altivo que de mayor, aunque con un gesto menos duro en su rostro.

—¡La señora Lonegan, claro! Sí, sí, he trabajado para la KIAWA… y, de hecho, hace un par de días su hermana vino a buscarme para ofrecerme más trabajo.

Miré entonces al señor Giddens porque todavía no le había comentado nada sobre la nueva oferta que me había surgido a principios de esa semana y tenía que ver qué posibilidad había de compatibilizar ese trabajo con mis quehaceres en la tienda de antigüedades. El señor Giddens me devolvió una mirada indiferente.

—Eso es, Will. Eleanor Lonegan es mi hermana pequeña —siguió el señor Popples—. Esa foto es del día en que se casó con Rob Lonegan. El pobre Rob murió en Normandía, no mucho después, y Eleanor ha luchado muy duro desde entonces para mantener viva su memoria y ayudar a otras viudas de la guerra. Ella fue quien fundó la asociación.

Me resultó curioso pensar cómo había convivido con esas personas durante toda mi vida y nunca me había percatado de que fueran hermanos. Físicamente no se parecían demasiado, pero es que tampoco los había visto muchas veces juntos y no había reparado en que tuvieran ninguna relación especial más allá de la que pudieran tener dos conciudadanos independientes de la misma ciudad. Pensé que era muy cierto eso de que «nunca te acostarás sin saber una cosa más», aunque fuera una intrascendente curiosidad como aquella.

El señor Giddens y el señor Popples siguieron charlando e intercambiando algunas batallitas durante unos minutos más. Stella, la ayudante del señor Popples, pasó por el mostrador con su silencioso caminar, para coger más libros que colocar y ordenar, y aproveché para presentársela también al señor Giddens. Después, el bibliotecario me preguntó si quería sacar algún otro libro, pero le dije que no. Mi patrón y yo abandonamos entonces el edifico comentando lo simpático y amable que era el señor Popples.

Durante el trayecto de vuelta le conté los detalles de la oferta que me había hecho la señora Lonegan el lunes y el señor Giddens se mostró muy abierto en ayudarme a poder aceptar ese trabajo extra, dándome flexibilidad para compatibilizarlo unos días con mis quehaceres en la tienda.

Ese día, al finalizar la jornada laboral, el señor Giddens volvió a insistirme en ver una nueva película en su sótano, pero tras la inadecuada elección del día anterior, yo me mostré algo más reticente que de costumbre a aceptar su invitación. Él insistió, asegurándome que no había sido su intención provocarme inquietud al elegir ***La mujer del cuadro*** y que, de hecho, había querido buscar el efecto contrario. Lamentaba no haberlo logrado y suplicaba ahora resarcirse poniéndome una exquisita comedia que me aseguró me iba a encantar y a quitar de la cabeza cualquier tipo de preocupación. No pude negarme.

Ese día sí que acertó en su predicción.

La película elegida fue ***Arsénico por compasión***, una comedia de Frank Capra con Cary Grant en el papel de Mortimer Brewster, un famoso periodista contrario al matrimonio que, justo al principio de la película, acaba de casarse en secreto y vuelve a casa de sus parientes más cercanas, dos tías solteronas, para contarles la noticia. Al llegar descubre que las dos adorables ancianitas practican un macabro *hobby* con la más absoluta naturalidad: «ayudan» a hombres ancianos a acabar con su soledad a base de «arsénico por compasión», haciéndoles abandonar este mundo sin sufrimiento (pero también sin que ninguno de ellos haya nunca solicitado su «caritativa ayuda»). En casa de las adorables ancianas vive un hermano de Mortimer –que se

cree Theodore Roosevelt– y estando Mortimer allí aparece Jonathan, el otro hermano del protagonista –y que es un psicópata asesino que intenta escapar de la policía– acompañado de un clandestino cirujano borracho –interpretado por Peter Lorre– que lo ha operado y le ha dejado el rostro del Frankenstein de Boris Karloff (algo que le molesta sobremanera). Todo ello provoca una serie de alocadas situaciones cómicas cuando Mortimer trata de poner cordura a toda la locura que parece haber en su familia, mientras su hermano Jonathan intenta matarlo también a él.

Conforme la veía, recordaba algunos detalles, ya que esta sí que la había visto antes por televisión, pero hacía bastante tiempo de eso y no me acordaba de la mayoría de cosas. La película es un entretenimiento delicioso y me tuvo con una sonrisa desde el principio hasta el final. La naturalidad de las ancianitas al explicar la compasión con la que ejecutan sus crímenes, las caras de asombro de un Cary Grant sobrepasado por las circunstancias, la diferente locura de los dos hermanos de Mortimer –con la sombra de la muerte sobrevolando al protagonista–, y un estupendo Peter Lorre como secuaz borrachín, hacen de esta comedia un divertimento de primera.

El anticuario completó la sesión con su habitual retahíla de comentarios y anécdotas sobre la producción, como que fue estrenada en 1944, tres años después de haberse rodado, porque tuvo que esperar a que la obra de teatro en que se basaba acabara su temporada en Broadway, o que Boris Karloff, que en Broadway interpretaba a Jonathan –el hermano psicópata y asesino de Mortimer y que en la obra se menciona varias veces que «se parece a Boris Karloff»–, no pudo repetir su papel en la cinta de Capra porque la grabación de la película confluyó en el tiempo con la representación en Broadway y no consiguió el permiso para abandonar el teatro varias semanas al ser productor de la obra y uno de los principales reclamos de la misma; sin embargo, las actrices que hacen de las «compasivas» tías de Mortimer, las magníficas Josephine Hull y Jean Adair, sí que consiguieron permiso de varias semanas para acudir a la grabación de la película y repetir los papeles que estaban representando en Broadway, siendo sustituidas por otras actrices en el teatro durante ese intervalo.

Tras esa divertida sesión, volví a casa con el alma tranquila y el caminar animado.

Esa noche dormí de nuevo a pierna suelta y podría adivinar que con una perpetua sonrisa en el rostro.

El jueves pude ver que en el periódico local que siempre solía haber en casa del señor Giddens se anunciaba el funeral de Rosamund Barbara –Rosie B. para todos los que la conocían–. Sentí la necesidad de acercarme a presentar mis respetos, no tanto a la familia sino a la propia fallecida. En mi interior todavía pesaba de forma negativa el hecho de haberla dejado abandonada varios días en el bosque, aunque ya nada pudiera hacerse para salvarla cuando la encontramos, así que pensé que ir a su entierro sería la forma correcta de despedirme de ella y limpiar un poco mi conciencia.

Le conté al señor Giddens mi plan y este accedió sin reparos a dejarme salir un rato para poder ir al funeral, que estaba anunciado a las doce del mediodía en el cementerio. Me sugirió que llamara a mis amigos por si ellos querían acompañarme, lo que me pareció una buena idea. Todos aceptaron asistir, aunque convenimos hacerlo en un discreto segundo plano, alejados de la comitiva principal; eso habría sido del todo necesario en cualquier caso porque yo no iba vestido de manera adecuada para la solemnidad de un evento como aquel y no tenía intención de ir a casa a cambiarme de ropa y ponerme algo más formal y negro –u oscuro– en un día en el que, además, el sol amenazaba con pegar fuerte en Fortress Flint.

El señor Giddens y yo debatimos un poco sobre si contárselo también a Elmer, que esa mañana seguía enfrascado en sus trabajos de jardinería, los cuales acometía de forma lenta y pausada pero con extrema precisión y cuidado, y concluimos que sería mejor dejarlo al margen, tanto por el golpe emocional que aquel evento pudiera ocasionarle –y sobre el que no podíamos asegurar cómo reaccionaría el gigante– como por mantenerlo alejado de todo contacto con Rosie B. y su familia (y su asesinato) de cara a la policía.

A eso de las once y media, Terence apareció por la tienda vestido con un traje negro que le quedaba un tanto ajustado. Salimos de allí y nos encontramos con Abe y Penny, que también iban arreglados y oscuros. En ese momento me arrepentí de no haber ido a mi casa. Mis vaqueros y mi camiseta naranja no parecían el atuendo más adecuado para asistir a un sepelio.

Penny –cómo no– traía noticias frescas de la autopsia. La causa de la muerte se confirmaba debida a la enorme pérdida de sangre que había sufrido la joven provocada por un profundo corte en la femoral. Se había concluido que el arma utilizada habría sido la misma –o muy similar– a la usada para acabar con la vida de las otras tres víctimas. En su cuello estaban las dos pequeñas y extrañas marcas que tan confundida tenían a la policía y que parecían la firma del asesino en todos sus crímenes, aunque en este caso los dos pequeños hematomas no estaban tan marcados y definidos como en los otros cuerpos –esta información referente a las marcas en el cuello seguía considerándose confidencial y, de nuevo, no iba a hacerse pública ni revelarse a la prensa–. La hora de la muerte se fijó entre las seis de la tarde y las diez de la noche del viernes 4 de agosto. El cadáver había estado varios días tirado en el bosque, a la intemperie y bajo unas lluvias torrenciales, y tenía signos de haber sido mordisqueado por algunos animalillos. Le faltaba un ojo, que con bastante probabilidad estaría ya más que digerido por alguno de esos bichos salvajes que habían profanado el cadáver. Aunque Penny nos relataba todo esto con absoluta naturalidad, esta detallada información nos revolvió un poco el estómago y a mí, en particular, me hizo sentir mal por haber permitido que eso ocurriera al no haber denunciado el asesinato el mismo día que lo descubrimos. Penny me consoló recordándome el loable motivo por el que lo habíamos hecho y su amable mirada terminó de convencerme de nuevo de que habíamos obrado bien. Además, no habían encontrado huellas, lo cual me tranquilizó aún más por lo que podría haber provocado en cuanto a identificar nuestra involucración o la de Elmer, al que habíamos decidido «proteger» de todo aquello –quizás, demasiado irracionalmente– por pura intuición.

En definitiva, como ya se había sugerido desde un principio, todo indicaba que se trataba de la cuarta víctima del mismo asesino (o asesinos) y la policía estaba igual de perdida que en los otros tres casos y a la misma lejana distancia de concluir nada que sirviera para atrapar al culpable (o culpables) de aquel horror que se había instalado en nuestra ciudad ese verano. Para desesperación –y algo de vergüenza– de la policía, la prensa así lo describiría al día siguiente.

El sol brilló con tal fuerza esa mañana que casi podría pensarse que intentaba compensar lo nublados que estaban los corazones y los ánimos de todos los que asistimos a la ceremonia. Había muchas personas congregadas. Los Barbara eran una familia muy numerosa y conocida en la ciudad, y el hecho de que la víctima fuera tan joven atrajo a muchos conocidos –y no tan conocidos– conmocionados por la pérdida tan temprana de un alma pura que no había tenido tiempo de corromperse en modo alguno y permanecía dibujada perfecta e impoluta en la mente de todos los que la conocían.

La mayoría de los asistentes eran afroamericanos, pero la tristeza y el duelo no entiende de razas y también había bastantes blancos en la comitiva. Nosotros, como estaba previsto, nos mantuvimos en un discreto segundo plano, bastante alejados de donde enterraron a Rosie B.

Yo le dediqué unos minutos de mis pensamientos, deseando que estuviera en un lugar mejor y que su alma descansara en paz; y, aunque nunca me consideré un devotísimo cristiano, en ese momento cogí la cruz de plata de mi cuello y la besé, no sé si en señal de despedida hacia Rosie B. o en señal de súplica a un Dios que estaría mirando desde el cielo aquella tragedia y que yo esperaba que parara de alguna forma el sinsentido de odio y terror que nos estaba sacudiendo. Penny me vio bastante afectado y fue tan amable de coger mi mano, apretándola con suave fuerza y acariciando mis dedos hasta que terminé por calmarme. ¡Qué suerte tenía de tenerla a mi lado!

Cuando la ceremonia terminó, volvimos a nuestros quehaceres y rutinas. Abe volvió a la tienda de su madre, Penny a su casa y Terence me acompañó a hasta la tienda del señor Giddens, donde yo me quedé para completar mi jornada laboral y él siguió su camino hasta su casa.

Al llegar, Elmer se estaba despidiendo del anticuario. Había acabado su labor por ese día. Me crucé con él en el porche y con su –habitual– limpia y algo vacía mirada me soltó: «Will, hasta mañana, Will».

Pensé en lo mal que lo habría pasado en el funeral, y en lo acertado de no haberle dicho nada. Estaba seguro de que Elmer había amado –a su manera– a Rosie B. y lo mejor para todos era que la olvidara como persona tangible tan pronto como pudiera y la recordara solo como un sentimiento agradable que había tenido la fortuna de disfrutar y que, como el aroma de un dulce pastel al enfriarse, aunque ahora fuera a desvanecerse poco a poco y ya no pudiera «olerlo» de verdad, podría recordarlo y revivirlo en su memoria las veces que deseara.

El resto del día fue bastante tranquilo en cuanto a clientela, aunque el anticuario no paró de dar paseos por la tienda, nervioso porque, al parecer, hacía un par de días que debía de haber recibido unos paquetes que había comprado y no tenía noticias de ellos ni de por qué se estaban retrasando.

Al acabar la jornada me ofreció de nuevo una sesión de cine en su sótano. Como al volver del funeral de Rosie B. yo le había estado contando los sentimientos de congoja que había experimentado al despedirme de ella, el anticuario volvió a sugerir una comedia, para aligerar el «peso» de aquel intenso momento vivido en la mañana. La cinta elegida fue ***La vida secreta de Walter Mitty***, una comedia dirigida en 1947 por Norman Z. McLeod, con Danny Kaye y Virginia Mayo. Por supuesto, acepté la propuesta.

Yo me he considerado un fan de Danny Kaye desde siempre. Sus inocentes gags y su humor blanco me habían atrapado desde pequeño y esa tarde, además, estaba bastante seguro de haber visto la película propuesta por el anticuario, pero me daba igual. Me pareció una buena elección para acabar el día con una sonrisa.

Efectivamente, conforme avanzaban los rollos de película, pude constatar mi intuición y antiguos recuerdos sobre el film fueron apareciendo en mi cabeza cada vez con más nitidez.

La película es una inofensiva comedia, algo tontorrona y con un argumento bastante simple, que se sostiene solo en el buen hacer de su actor principal, Kaye, y en el mensaje positivista acerca de la importancia de soñar. El protagonista, Walter Mitty, vive una apática e insulsa vida «sometido» y mangoneado por el resto de personajes que la pueblan, desde su madre y su jefe a su novia, la madre de esta o el insufrible «amigo» que la pretende de forma descarada. Pero Walter se pasa el día evadiéndose de su aburrida existencia soñando despierto con ser el protagonista de innumerables ficciones que teje desde su imaginación; desde un capitán de barco, a un pistolero, un piloto de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial o un experto jugador de póker, compartiendo todos estos personajes una valentía y un carisma de los que el verdadero

Walter carece en la vida real… o a lo mejor no tanto. Cuando Walter se ve envuelto, por azar, en una trama real de espionaje, deberá sacar lo mejor de sí mismo y comprobar si de verdad tiene algo en común con todos esos imponentes y valientes personajes que construye en su imaginación.

Eso me hizo pensar de nuevo en cómo, en ocasiones, nuestros propios prejuicios sobre nosotros mismos nos encorsetan y cohíben, autolimitándonos y no dejándonos ser tan buenos en la vida real como deberíamos o podríamos; y que, si realmente lo deseamos, podemos llegar a ser incluso mejores que cualquier idea que desarrollemos en nuestra mente; solo hay que encontrar el catalizador que nos permita hallar la fuerza suficiente en nuestro interior para desatarnos y mostrar todo nuestro potencial, ya sea a través de encontrar el verdadero amor, recuperar la confianza perdida o redescubrir una olvidada motivación. En ese sentido, Walter Mitty me recordó un poco a mí mismo y vi ciertas similitudes en lo que le pasa al protagonista en la película y lo que me estaba ocurriendo a mí ese verano. A las sonrisas que me arrancaron Kaye y la propia cinta se sumó otra que yo esbocé de forma espontánea al pensar en esta similitud de Walter Mitty y Will Johns, soñando ambos despiertos con ser mejores, encontrando el coraje para «actuar» contra lo que estuviera mal y motivados por un amor intenso que debía triunfar por encima de todo.

Sin duda, a pesar de tratarse de un film menor, en cuanto a la calidad general del mismo y de su repercusión como obra de arte, el anticuario volvió a acertar esa tarde en su elección. Un día más dejaba la tienda del señor Giddens contento y feliz y volvía a casa con el corazón rebosante de vida y el alma serena.

Cuando llegué a mi casa tenía muchas ganas de hablar con mi amada Penny. Había estado a punto de desviarme un poco de mi camino y hacer una parada en la suya, pero no me había parecido apropiado dadas las horas y que no había tenido tiempo de avisarla. Así que preferí limitarme a llamarla por teléfono. Estuvimos conversando durante más de media hora. Hablamos de todo y de nada. Yo solo quería escuchar su voz, que era como una droga que me hacía aún más feliz de lo que ya me sentía aquellos días y a la que estaba enganchado como el más adicto de los yonquis. Penny, por su parte, no ocultaba tampoco su visible felicidad esos días y la liberación que sentía al habernos declarado nuestro amor mutuo, lo cual lo hacía todo más hermoso.

Mi madre estaba en casa y sé que no escuchó a posta mi conversación con Penny, pero supongo que no pudo evitar empezar a sospechar que entre nosotros había nacido algo más que amistad, porque cuando colgué me hizo un nada velado interrogatorio sobre Penny, como solo una madre sabe (y puede) hacerlo. No pude esquivar durante mucho tiempo sus incisivas preguntas y acabé confesando como un asustado delincuente ante el más experto de los inspectores de policía. Aunque no había(mos) hecho nada malo, la vergüenza me hacía ser reticente a admitir la realidad de la evolución de nuestra relación de «solo amigos» a «novios». Mi madre, como siempre, me ayudó con un abrazo a que mis nervios se calmaran y me fui a la cama, un día más, tranquilo y sin temor a no descansar de forma adecuada por culpa de inútiles miedos o preocupaciones.

El viernes ocurrieron varias cosas reseñables.

Hacía una semana del intento de asesinato de Johnny por parte de Nathan, que continuaba desaparecido, y esa misma mañana mi madre me informó por teléfono desde el hospital que al hermano de Elmer le darían por fin el alta definitiva ese mismo día. Dejando a un lado la fuga de Nathan y los cuatro asesinatos que estaban aún por resolver, las cosas más cercanas a mi

pequeño grupo de amigos parecían ir arreglándose definitivamente. Todo empezaba a encajar en mi mundo y las tribulaciones de los días y las semanas pasadas eran arrastrados por un viento invisible cada vez más lejos de mí y de Fortress Flint.

Esa mañana, a eso de las once, llegaron por fin los paquetes que el señor Giddens llevaba varios días esperando. Se trataba de tres paquetes, concretamente, y, según me informó él después de recibirlos en el porche, contenían cada uno los rollos de celuloide correspondientes a tres nuevas películas que había adquirido. Las películas eran ***Bola de fuego*** (1941), de Howard Hawks; ***Los mejores años de nuestra vida*** (1946), de William Wyler; y ***Música y lágrimas*** (1954), de Anthony Mann. Pude identificar yo solo la primera, una divertida comedia con Gary Cooper –en un papel poco habitual en él, por lo blando, cómico e inofensivo del mismo– y Barbara Stanwyck, la cual había visto por la televisión un par de veces. De las otras dos no había oído hablar nunca, pero claro, eran dramas y ese no era el género favorito para un muchacho. Lo que sí tenía claro es que si mi patrón las había adquirido era porque seguro serían grandes películas.

Al hilo de esta entrega, y mientras colocaba los rollos en una de las pocas estanterías del sótano que aún tenían algún sitio libre, le pregunté al señor Giddens sobre cómo conseguía esas películas e incluso me atreví a comentar que no debían de ser artículos nada baratos. El anticuario me contó que hacía muchos años había forjado fuertes amistades en Hollywood y que tenía contactos en casi todas las productoras de renombre; gente que, por un nada módico precio, le conseguía copias de algunas de las películas que él quería para su colección privada, bien por su indiscutible calidad artística y/o técnica o por la emoción que le hubieran hecho sentir al verlas en el cine. Conseguir esas copias era muy caro y había que hacerlo de manera muy discreta y nunca exhibirlas a un amplio público o especular con ellas para ganar dinero. Había tenido que forjarse una buena reputación en cuanto su discreción y uso privado de las cintas para conseguir el nivel de confianza que ahora tenía con esos contactos. Me dijo que algunas veces le costaba mucho tiempo, y mucho dinero, hacerse con algunas de ellas. Me puso el ejemplo de ***Los mejores años de nuestra vida***, que él consideraba una obra maestra y una de sus películas favoritas, tras cuya pista llevaba casi desde que se había estrenado hacía más de veinte años, no habiendo podido hacerse con ella hasta ahora y teniendo que conformarse con verla en algunas esporádicas reposiciones en cine –sobre todo en grandes ciudades– o las veces que había conseguido pillarla en televisión. Me dijo también que algún día, cuando yo tuviera suficiente dinero, si seguía interesado en ese mundillo y quisiera adquirir alguna película para mi futura colección privada –algo que entonces se me antojó muy ilusionante pero bastante improbable–, él se encargaría de ponerme en contacto con sus amigos hollywoodienses para que yo pudiera tratar directamente con ellos.

Habían pasado unos minutos del mediodía y el clarinete de Benny Goodman inundaba la tienda con su melodioso *swing* cuando un timbre, diferente al de la puerta, sonó fuera de la casa, justo delante del porche. Me asomé a ver qué era y al abrir la puerta descubrí a mi amigo Terence haciendo sonar el timbre de una flamante bicicleta azul; por su aspecto y su limpieza no dudé un segundo de que se trataba de un artículo totalmente nuevo. A su lado estaba el señor Benson, con una sonrisa en la cara, aunque no tan amplia como la que exhibía mi amigo.

—¡Mira, Will! ¿Qué te parece mi bici nueva? Me la ha regalado el señor Benson —exclamó con entusiasmo.

—¡Vaya, Terence! ¡Es magnífica! —repliqué acercándome a ellos.

—Sí, lo es. Ya no tendréis que llevarme más de paquete en las vuestras —apuntó mientras la

apoyaba con sumo cuidado en el lateral de las escaleras que subían al porche.

—¡Qué buen y gran regalo, señor Benson! Es usted muy generoso —dije dirigiéndome al ya exguarda de la fortaleza.

—Bueno… no es para tanto —respondió él con humildad—. Era yo el que estaba en deuda con él: Terence me ha dado muchas horas de compañía este verano, que es justo el mejor regalo que puede hacerse a alguien que pasa más tiempo entre ruinas y libros que entre personas —terminó refiriéndose a las cada vez más escasas visitas que recibía el monumento y a la extensa biblioteca que poseía él.

No era tan viejo en realidad, pero el hecho de que hubiera decidido retirarse supongo que lo colocaba en la categoría de jubilado y, por tanto, la terminología usada no chocaba tanto en ese contexto.

El señor Giddens nos observaba desde la puerta, abierta, sin salir al porche, con sus enormes gafas de sol encasquetadas, esperando su turno para empezar a hablar.

—¿Y qué tal montas, Terence? —pregunté yo, inocente, sin querer señalar demasiado la dificultad adicional que quizás supondría para él montar debido a su pierna.

—Lo hace como un campeón, Will —contestó el señor Benson antes de que mi amigo tuviera siquiera la oportunidad de intentar responderme—. ¡Deberías haberlo visto antes! En cuanto se la di esta misma mañana saltó sobre ella como si llevara toda la vida montando y demostró más destreza que la que yo tendré nunca.

Terence sonrió con orgullo y entonces el anticuario aprovechó para intervenir.

—Buenos días, caballeros. Por favor, no se queden ahí; pasen, pasen dentro —dijo, haciendo un gesto con el brazo.

—Solo he venido a despedirme. Salgo esta misma tarde para Boca Ratón. Son dos días de viaje en autobús. Mi hermana me espera el domingo en la estación y, a partir de la semana que viene, empezaré a buscar un apartamento pequeño para poder disfrutar de mi jubilación. Prometí que me pasaría por la tienda y aquí estoy.

—Pues precisamente, amigo mío, para cumplir del todo su promesa debe usted entrar, aunque sea solo un segundo —insistió el señor Giddens con su habitual destreza para conseguir que la gente hiciera lo que él quería—. Tengo que enseñarle un par de cosas que quizás le interesen… o al menos, confío en que le gustará verlas.

No hubo más negociación. Pete Benson entró en la tienda acompañado de Terence y yo cerré la comitiva y la puerta, devolviendo a la estancia su habitual penumbra.

Mientras los dos adultos conversaban, yo aproveché para comentar a Terence la noticia del inminente alta hospitalaria de Johnny y él me confirmó que ya lo sabía y que su madre había pedido permiso en el trabajo para poder ir a recogerlo al hospital y llevarlo a su casa, donde al parecer iba a pasar unos días hasta recuperarse del todo. Yo pensé para mis adentros que quizás esa mudanza se convirtiera en permanente si el amor entre Ophelia y Johnny se consolidaba; y como el hermano de Elmer me caía bien, me alegré en silencio por mi amigo.

Tras unos minutos de conversación intrascendente, el señor Giddens se decidió por fin a enseñarle al señor Benson aquellos objetos a los que se había referido antes.

El primero era una foto en blanco y negro de Sir Arthur Conan Doyle, el cual fue, según comentó el anticuario, un prolífico y reconocido fotógrafo además de escritor. La fotografía estaba firmada por el propio Doyle. Lo curioso de la firma es que iba a dedicada de forma escueta a John H. Watson M.D. (siglas de «Doctor en Medicina»).

—Me acordé del ejemplar que tiene usted de ***Estudio en escarlata*** con la dedicatoria de Doyle

a Watson y, por si tuviera dudas de su autenticidad, podría usted comparar la escritura de su libro con la de esta fotografía, ya que puedo asegurarle que esta firma la obtuve del propio escocés en uno de sus viajes a Estados Unidos… hace ya muchos años. Me pareció divertido entonces pedirle a Doyle hacerle un guiño al que decían que era su personaje más querido y sobre el que vertió muchas de las experiencias adquiridas en sus numerosos viajes por el mundo —concluyó el anticuario con cierta nostalgia.

Pensé que el señor Giddens debía de ser muy joven cuando empezó a dedicarse a estos de las antigüedades y rarezas de personalidades importantes; ¿cómo se le habría ocurrido pedirle una dedicatoria de la foto para John Watson en lugar de para él mismo…? La cara de Pete Benson se iluminó al escuchar que estaba delante de alguien que había conocido en persona a uno de sus autores favoritos y no evitó mostrar un desmedido entusiasmo ante el objeto que el anticuario le mostraba.

—Tiene usted razón. Con esto podría comprobar si el que me vendió mi ***Estudio en escarlata*** dedicado por Doyle a su ficticio hijo Watson hace años era un fiable librero o un simple charlatán —dijo el señor Benson con los ojos muy abiertos.

El segundo objeto no era uno sino cuatro en uno, ya que se trataba de cuatro volúmenes que conformaban una misma obra. Cada libro que el señor Giddens puso encima del mostrador era pequeño y su aspecto, aunque limpio y cuidado, no podía ocultar una amplia historia. Los bordes estaban un poco gastados y el color no era seguro tan vivo como cuando se hubieron editado, pero su estado general era excelente; algo que pude apreciar aún más al oír la procedencia de los mismos.

—Lo que está usted viendo ahora son cuatro libros que conforman una edición de ***El Quijote***, sacada por la Real Academia Española en 1780.

Entendí que dicha institución mencionada por el anticuario debía de ser un organismo del país de Cervantes que velaba por la conservación del castellano y el legado de las obras escritas en dicha lengua. El anticuario hizo una pausa para que todos, sobre todo el señor Benson, pudiéramos asimilar bien lo que acababa de oír. Estábamos delante de unos libros que tenían casi doscientos años. Creo que las manos del exvigilante y ocasional guía turístico intentaron acercarse a ellos, pero el miedo a que sus hojas se deshicieran entre sus dedos le hizo detenerse prudentemente antes de llegar a tocarlos.

—Están en español, pero son uno de los objetos más valiosos que poseo. Como el otro día lo vi leyendo la obra de Cervantes —indicó dirigiéndose al señor Benson—, pensé que le gustaría ver estos ejemplares; aunque supongo que ninguno de los presentes sería capaz de entender una sola palabra de las escritas en estos volúmenes. No los tengo expuestos porque no es algo muy popular y no sé siquiera si querría venderlos, la verdad. De hecho, he tardado un par de noches en dar con ellos entre las cajas que aún tengo sin abrir en el sótano.

Me pregunté cómo habría conseguido el anticuario esos volúmenes y cuánto dinero habría pagado por ellos. Llevaba ya dos meses trabajando con él y todavía podía sorprenderme con sus impactantes historias y artículos tanto como el primer día.

—¡Esto es realmente asombroso, señor Giddens! Un verdadero tesoro… —logró articular el señor Benson visiblemente conmocionado.

—Puede usted cogerlos —lo invitó el anticuario—. Sé que tendrá mucho cuidado al hacerlo.

Pete Benson sí que acercó entonces sus manos a los volúmenes que tenía delante y los rozó con suavidad, antes de proceder a abrir uno de ellos y ojear con deleite sus amarillentas páginas y sus ininteligibles –para nosotros– palabras.

Cuando ya creíamos que el anticuario no lograría superar aquello, sacó de uno de los cajones de detrás del mostrador una pequeña caja negra rectangular. La colocó con cuidado sobre la madera y abrió su tapa, dejando al descubierto una bonita pluma estilográfica. Era negra, brillante, con vetas grises, casi blancas, y detalles dorados.

—Vi que tenía en su biblioteca algunos libros de F. Scott Fitzgerald, incluso varios ejemplares de ***El gran Gatsby***, uno de ellos incluso firmado por el propio autor, por lo que deduzco debe de ser usted un gran aficionado al escritor de Minnesota.

—Efectivamente —confirmó el señor Benson, asistiendo además con la cabeza—. Creo que tengo todo lo que publicó; que no fue mucho, por otro lado. Y reconozco que es un autor que me apasiona.

—Pues está usted ante una pluma que perteneció a Fitzgerald. No estoy seguro de cuanto la usó, pero sí que la recuperaron de sus pertenencias cuando murió, en 1940, y que se subastó poco después. Así que puedo asegurarle que si queda alguna huella del autor oculta en la pulida superficie de esta estilográfica –yo no la he limpiado nunca– puede usted tocarla sin ningún reparo.

La boca de Pete Benson estaba abierta como el túnel de una vía ferroviaria. Era evidente que no podía creer que estuviera ante un objeto que había pasado por las manos de uno de sus autores favoritos. Yo sabía lo que sentía ante ese tipo de situaciones y empatizaba con el ensimismamiento y conmoción emocional que podían provocar los objetos e historias del señor Giddens (aunque esa pluma en concreto no tuviera tanta trascendencia para mí como para el señor Benson).

—¿De verdad… de verdad puedo tocarla? —preguntó el exvigilante de la fortaleza con miedo a recibir un «no» por respuesta.

—Claro que sí, adelante, cójala. Eso sí, le advierto que quizás una vez lo haya hecho ya no pueda volver a desprenderse de ella —sentenció, enigmático, el anticuario.

Pete Benson cogió la pluma y la sostuvo en sus algo rechonchos dedos durante un tiempo que seguro que se nos hizo más largo a los demás que a él. Cuando por fin logró salir de su trance solo dijo:

—Quiero llevármela. ¿Cuánto cuesta?

El señor Giddens le hizo un generoso descuento sobre lo estipulado en la pequeña etiqueta oculta bajo la caja, pero aun así el precio que pagó el señor Benson cubrió con seguridad todos los gastos de una semana entera de la tienda, como poco.

Se despidió con una sonrisa aún mayor que la que había exhibido al llegar. Era difícil que lo volviéramos a ver en un corto plazo y, aunque nos alegrábamos por él y su retiro, aún joven, sentíamos que una icónica figura de la ciudad iba a llevarse consigo un pedacito de historia de la misma y, por tanto, también un pedacito de nuestros corazones.

Cuando la tarde llegó a su mitad, yo ya esperaba una nueva invitación del anticuario para ver una película en su sótano; quizás alguna de las que había recibido esa misma mañana. Sin embargo, el señor Giddens me sorprendió con una propuesta más atrevida.

—William, ¿qué te parecería ir esta noche al cine? Hace unos días estrenaron ***En el calor de la noche***, una película policiaca con Sidney Poitier… he leído cosas muy interesantes de ella. Creo que nos gustará.

Yo en realidad quería quedar con mis amigos…, sobre todo con Penny. Ir a Luke’s y dar una vuelta o quizás… bueno, solo pasar tiempo con la chica más maravillosa de la Tierra.

—¿Seguro que no prefiere quedarse en casa, tranquilo, y ver ahora conmigo alguna de los

estupendos films de su colección? ¿Podríamos probar alguna de sus nuevas adquisiciones? —sugerí tratando de disuadirlo.

—Me encanta ver películas contigo en casa, de verdad, pero hace semanas que no vamos a una sala de cine y la última vez ni siquiera estábamos sentados juntos.

Sé que no me lo dijo como reproche, pero un antiguo sentimiento de vergüenza me invadió al recordar mi bochornoso comportamiento cuando vi ***Doce del patíbulo***.

—De acuerdo, vayamos esta noche al cine —acepté resignado, intentando que mi decepción no se notara demasiado—. ¿Le parecería mal que se lo dijera también a mis amigos? Ellos esperaban quedar esta noche, como solemos hacer los viernes.

—En absoluto, William. Cuantos más, mejor. Ya sabes que tus amigos me caen muy bien. De hecho, sería un placer para mí que me dejaras invitaros a todos.

—Eso no es necesario, señor Giddens. Pero se lo agradezco de veras. Mis amigos vendrán con nosotros encantados, estoy seguro.

En eso estaba en lo cierto. A todos les pareció una buena idea cuando los llamé por teléfono para comunicarles el plan. Y, por supuesto, el señor Giddens se salió con la suya y pagó las cinco entradas y cuatro paquetes de palomitas y refrescos para nosotros.

La película fue todo un descubrimiento. La historia sigue a un policía afroamericano que, en medio de un viaje personal, acaba arrestado por un malentendido y los prejuicios raciales de la policía de una pequeña localidad de Misisipi donde se ha cometido un asesinato. Una vez es puesto en libertad rápidamente –y aclarado su estatus de agente de la ley–, decide quedarse para ayudar en la investigación a la policía local, liderada por un jefe blanco, interpretado por Rod Steiger, que se resiste a aceptar ninguna ayuda externa… y menos aún de un policía negro. La película, más allá de su entretenida trama policiaca, es un retrato de las relaciones raciales que se vivían en ese momento en el país y de las que cada vez éramos más conscientes mis amigos y yo, que estábamos dejando atrás –a marchas forzadas– la inocencia de nuestra infancia y juventud, donde todo aquel odio sin sentido era casi invisible y pasaba muy desapercibido, no porque no fuera real ni obvio, sino porque los ojos de un niño no entienden de «colores».

La relación entre los policías es lo que mueve la historia, mucho más que la historia del asesinato; la evolución de las convicciones y prejuicios del personaje de Rod Steiger y también los del personaje de Poitier, cuyos prejuicios quedan visiblemente retratados en la película, es lo que convertía a ***En el calor de la noche*** en una obra pionera; oportunista, quizás, por el momento convulso que vivía el país, pero también un documento inmejorable de cómo filmar de una forma asertiva –y entretenida– la realidad de nuestra nación. Todos quedamos inmóviles en el asiento en la escena en la que el blanco dueño de una plantación, al que Poitier cree culpable del asesinato, abofetea al personaje de Poitier y éste, sin pensarlo un segundo, le devuelve el bofetón con dureza… algo que no se había visto nunca en una pantalla de cine. Y qué decir de la magnífica reacción de Steiger, que presencia toda la escena y que, cuestionado por el dueño de la plantación sobre «qué va a hacer a continuación», le indica, sin dejar de mascar chicle, «que no lo sabe», porque su personaje está superado por las circunstancias, porque el hecho de que un negro abofetee a un blanco, teniendo el afroamericano el estatus de inspector de policía, es algo que lo confunde y que abre ante él una nueva visión respecto a la realidad del país. Hubo algún tímido abucheo en el cine tras esa secuencia, pero estos fueron respondidos con sonoros aplausos y vítores por otro sector de la audiencia, en una nueva muestra local de la palpable división que asolaba el país.

Por supuesto, en el momento en que la vimos, no sabíamos que la cinta del canadiense Norman

Jewison se llevaría cinco Óscar en la ceremonia del año siguiente, incluidos el de mejor película, mejor guion adaptado y mejor actor secundario, para un excelente Rod Steiger, pero sí salimos del cine sabiendo que habíamos visto una película «importante». De hecho, alargamos casi una hora nuestra charla a la salida del cine, hasta que ya no quedaba casi nadie en la calle, y no fue hasta entonces que decidimos volver a casa. Terence y el señor Giddens se marcharon juntos a Sally's Oak, Abe anduvo con Penny y conmigo hasta que nos abandonó para torcer hacia su casa y yo aproveché entonces para agarrar la mano de Penny hasta que llegamos a su casa.

Nos sentamos en la acera, justo enfrente de su valla y estuvimos conversando sobre muchas cosas. Hablamos de la recuperación y el alta de Johnny, de lo bien que había salido nuestro plan con Elmer, de todo lo que nos estaba pasando ese verano, del racismo que sacudía la nación y, por ende, a Fortress Flint, y de cómo podíamos luchar contra él, del instituto y de aprovechar al máximo lo que aún nos quedaba de verano; y de lo felices que nos sentíamos juntos. Decidimos que ya era hora de compartir nuestro «amor secreto» con nuestros amigos; al fin y al cabo, no había nada malo en ello y nos sentíamos como sucios mentirosos ocultando algo que, tarde o temprano, no íbamos a poder evitar hacer visible. Al día siguiente habíamos quedado todos en casa de Penny, por la tarde, para pasar el rato, y ahí aprovecharíamos para informar a Abe y Terence.

Todo lo anterior fue aderezado con recurrentes besos y caricias que hicieron de aquella noche algo muy especial. No sé qué hora sería cuando Penny decidió entrar en su casa, pero yo volví a casa con más energía y ánimo de la que tenía cuando me levanté esa mañana y, una vez más en aquellos días, volví a acostarme con una boba sonrisa en la cara y la sensación de ser el hombre más feliz del planeta.

Elmer terminó todos los trabajos de jardinería el sábado. Había obrado una auténtica transformación en el jardín del señor Giddens. El césped bien cortado y uniforme, los dos pequeños árboles que flanqueaban la casa podados y saneados, ninguna mala hierba a la vista, y flores, muchas flores. No sabría decir todas las variedades que Elmer plantó, más allá de que recuerdo con bastante detalle –por motivos que relataré más adelante– el bonito espacio repleto de rosas de diferentes colores que, sin duda, era de lo más llamativo del jardín. Nunca he sido muy entendido en jardinería ni en botánica, pero admito que los colores y formas con las que Elmer había adornado la propiedad del señor Giddens eran de un gusto exquisito; algo que llamaba aún más la atención viniendo de aquel gigante tan especial, aquel hombre «casi normal» que, sin duda, habría superado en gusto y delicadeza a casi cualquiera de las otras personas que yo conocía.

Al acabar la jornada y con la excusa de celebrar el fin de los estupendos trabajos de Elmer en el jardín –que yo agradecí de nuevo sobremanera al verme libre de ellos, ya que ni me gustaban esas tareas ni nunca me habría acercado a los excelsos resultados logrados por el hermano de Johnny– y también por rendir homenaje a un director que había fallecido ese mismo año un poco antes, a finales de abril, el anticuario nos sugirió quedarnos para ver ***Música y lágrimas***, una de las cintas que había recibido el día anterior. Se trataba de un melodrama musical que contaba, a modo biográfico, ciertos pasajes de la efímera vida adulta del famosísimo músico Glenn Miller. El director era Anthony Mann, famoso sobre todo por sus grandes *westerns*, pero no extinto de otras grandes obras de diferente corte en su haber. Siendo parcialmente un musical, el anticuario pensó que a Elmer podría gustarle (visto el éxito que tuvo la sesión de ***Fantasía*** con el grandullón), así que nos quedamos los dos y pronto estuvimos sentados delante de la proyección disfrutando de una estupenda historia, narrada con una naturalidad que atrapa y hace que el

espectador empatice desde el primer minuto con los protagonistas, aderezada con la excelente música de Miller –que yo había escuchado muchísimas veces en los discos que el anticuario solía poner en la tienda–, con unas actuaciones memorables y un espíritu positivista y soñador que invita a la alegría, a pesar de las varias situaciones dramáticas que suceden a lo largo del magnífico guion.

Mención especial merece June Allyson en el papel de primero novia y luego esposa de Miller, interpretado con solvencia por un James Stewart en la cima de su carrera –bueno, aunque hablar de cima en la carrera de Stewart es hablar de tres décadas, como poco–. Nunca Allyson estuvo tan espléndida, tan cercana, tan carismática, tan emotiva… Cuando el film termina, con una escena magnífica en la que Mann aguanta todo lo que puede los primeros planos de una Allyson conmovedora –de forma harto natural y sin caer en ningún momento en la sensiblería más facilona–, uno no puede dejar escapar una lágrima de emoción. A mí me ocurrió. A Elmer le ocurrió. Y podría jurar que al señor Giddens también le ocurrió, por mucho que él era el único de los tres que ya conocía y había visto la película.

Un poco después de aquella estupenda sesión de cine me vi en la casa del árbol de Penny, sentado, intentando sin éxito buscar una postura cómoda para mis largas piernas, mientras mi amada nos actualizaba la información de la policía sobre la búsqueda de Nathan. Este seguía desaparecido y, aunque habían puesto vigilancia en su casa, a sus padres y a sus colegas más cercanos –con Russell y Marky a la cabeza de la lista–, esperando que se produjera algún contacto con ellos que permitiera su detención, hasta el momento esto no había dado sus frutos, y la teoría más extendida sobre una posible huida de Nathan a algún otro estado lejano o incluso a otro país cobraba más y más relevancia y seguidores conforme pasaban los días y el número de pistas sobre su paradero seguía siendo el mismo que hacía una semana: es decir, cero. Se había cursado una orden de búsqueda y captura interestatal contra él, pero lo cierto es que casi nadie daba un dólar por dar con su paradero a corto plazo. Podía estar en cualquier parte y su delito no era tan grave como para que se le buscara con la intensidad y los medios necesarios para encontrarlo, si es que de verdad se había ido lejos. Dentro de las malas noticias, al menos nos habíamos deshecho de él.

Russell y Marky se habían librado, de momento, de la cárcel, pero su involucración en el ataque a casa de Terence, con Nathan ahora identificado por Johnny, era bastante clara para la policía, que estaba deseando tener algo más que la aún no curada cojera de Russell y las evidentes sospechas por su cercana y sabida relación con el desaparecido para poder terminar de empapelarlos. Bien podían cuidarse esos dos ahora de dar un paso en falso, aunque fuera muy pequeño, porque los cogerían y pagarían por todo lo que habían hecho, aunque Nathan fuera el cabecilla y principal delincuente de los tres.

Tras eso, Terence nos puso al día de la investigación que había hecho sobre la nota encontrada junto con lo que quedaba del tesoro de Abercrombie –los escasos seis peniques del rey Jorge II– en los calabozos de la fortaleza. Con todo lo que habíamos vivido en las últimas dos semanas, los demás habíamos olvidado por completo ese tema, pero nuestro pequeño y cabezota amigo se resistía a abandonar la búsqueda del tal James Gatz que parecía habernos «robado» el tesoro a nosotros.

—Primero me aseguré, en los archivos del censo de nuestro ayuntamiento, que no hubiera ningún James Gatz registrado en la población de Fortress Flint; y efectivamente no hay nadie registrado con ese nombre, ni tampoco lo había en 1925, que os recuerdo es la fecha que aparece en la nota que encontramos —empezó a relatar Terence—. Entonces escribí a la Oficina del

Censo del Departamento de Comercio y justo ayer me llegó su respuesta por correo. Quería saber cuántos James Gatz había en todo el país y la respuesta es diecisiete.

Sacó una carta de su bolsillo y la desplegó ante nosotros, para demostrarnos –sin que nadie hubiera dudado de su palabra– que lo que nos contaba era cierto.

—¿Y dónde viven? —pregunté yo con curiosidad sobre hasta dónde podríamos llegar con aquella información.

—Eso no lo sé, Will; ni me lo van a decir. Esa información no la da el estado. Tendría que ir a los registros de todos los ayuntamientos de todas las ciudades del país…

—O acceder a todas las guías telefónicas —interrumpió Abe.

—Bueno, eso también. Pero, como veis, no son opciones prácticas ni viables.

—O sea, que ni la firma ni la fecha de la nota nos sirven de mucho a estas alturas… —comenté yo, resignado a no conocer nada más sobre la historia del tesoro desde que fuera desenterrado más de cuarenta años atrás ni de su paradero actual, si es que aún quedaba algo de él.

—Esta semana me acerqué a la biblioteca a buscar un libro sobre folclore para indagar un poco más sobre la canción que contiene la estrofa que aparece en la nota, la relativa a los seis peniques —siguió contando Terence.

—¡Qué buena idea, amigo! ¿Y encontraste algo? —preguntó Abe.

—Pues más allá de la habitual «cara de perro» y escasa ayuda que suele darme el señor Popples, encontré un libro donde hablaban de la canción, pero lo cierto es que no me sirvió de mucho. —Me extrañaba, de nuevo, que el bibliotecario pareciera tener esa actitud tan diferente a Terence respecto a la que yo le conocía, aunque Terence era tan «especial» a veces que su mal humor y soberbia podían condicionar la percepción que tenía de algunas personas, sobre todo si las cosas no le salían como él quería o sus expectativas no se veían cubiertas—. La canción es de principios del XIX y su origen no está del todo claro, aunque hay varias teorías. Se ha ido adaptando en diferentes ocasiones de la historia, cambiando algunos pasajes, incluso la moneda de su título por otras, pero la esencia sigue siendo la misma. A mí, la teoría que más me convence es que fuera una canción que se utilizara popularmente por los patrones para motivar a trabajadores insatisfechos, haciéndoles ver lo importante y valioso que es tener seis peniques y que, aunque suenen a poco, dan para disfrutar, para compartir y para los gastos propios. Recordad que los versos dicen «Tengo dos peniques para gastar y dos para prestar. Y dos peniques para mandárselos a casa a mi esposa». Y han de durar «toda la vida», según la canción… vamos, una forma nada sutil de intentar convencer al pueblo para que trabaje y produzca más por poco dinero, sin quejarse demasiado.

—Bueno, todo eso es muy interesante, Terence, pero ¿de qué nos sirve exactamente? —dije yo algo confundido.

—De nada, Will. No nos sirve de nada. Eso es lo que intentaba deciros al principio. Lo de los seis peniques es algo puramente circunstancial y no parece tener ningún motivo especial —concluyó Terence.

—A mí me sigue sonando mucho el nombre de James Gatz, pero no logro averiguar de qué —volvió a indicarnos Penny, como ya hizo el día que descubrimos la nota—. Pero lo que de verdad me pregunto es por qué alguien que encuentra un tesoro tan antiguo y que seguro que no fue de casualidad pierde su tiempo en dejar un nota y seis peniques para otro posible buscador que venga detrás de él. Sinceramente, no le veo ningún sentido.

Penny nos dejó sin palabras, porque su reflexión tenía –como siempre– mucho sentido.

—Quizás simplemente fuera un bromista algo cruel —dijo Abe al cabo de un momento.

—O quería dejar constancia de su hallazgo. Que alguien más supiera que él lo había encontrado. Por eso firma con su nombre. Quería ser famoso o conocido, de alguna forma, pero sin serlo en realidad —apunté yo.

—Lo cierto es que lo que dice Penny tiene mucho sentido. No hay ningún motivo real para dejar esa nota y los seis peniques… salvo que el tal James Gatz supiera que había otras personas buscando el tesoro; quizás incluso las conociera y quisiera dejarles constancia de su victoria al haberlo hallado él antes —especuló Terence poniendo algo de misterio en su voz.

—En cualquier caso, llegados a este punto, creo que va a ser muy difícil que nunca sepamos qué es lo que realmente ocurrió, quién es ese tal Gatz y que podamos encontrarlo y preguntarle por el tesoro —terminó Abe con cierta resignación y desgana.

Seguimos debatiendo durante un rato más y, en un momento dado, Penny y yo nos miramos. Sabíamos que había llegado la hora de comunicar a nuestros amigos nuestra nueva relación, aunque nuestra nerviosa sonrisa delataba la incomodidad que ambos sentíamos por ello y por lo que pudiera suponer en cuanto al sentimiento general que se generaría en el grupo. Penny, como siempre más valiente que yo, fue la que se decidió a hablar.

Lo relató con naturalidad y, aunque las caras de mis amigos no ocultaron cierta sorpresa, ambos confirmaron que, de alguna forma, ya lo intuían y que se alegraban mucho por nosotros. Creo que Abe se sintió algo más incómodo que Terence, quizás porque entre nosotros tres había mucha más historia y pasado que con nuestro pequeño amigo de aquel verano, pero yo estaba convencido de que en el fondo lo asumiría rápido y terminaría viéndolo como algo positivo para nosotros, quizás solo sintiendo algo de razonable envidia sana.

Tras «desvelar el secreto» intentamos sacar otros temas de conversación, pero era obvio que nuestra noticia había sido lo suficientemente importante como para que las mentes de todos volvieran a ello una y otra vez, por más que intentáramos taparla con varios otros temas intrascendentes. Lo que sí convenimos, a sugerencia de Terence, fue en utilizar el domingo para pasar un día completo en la playa. A todos nos pareció una muy buena idea, ya que ese verano no habíamos podido disfrutar de la playa juntos tanto como en otros periodos estivales. Terence nos pidió permiso para traer a su madre y a Johnny, si es que les apetecía unirse a nosotros. Ninguno tuvo nada en contra de la sugerencia y, de hecho, yo comenté que si venía Johnny quizás Elmer también quisiera acompañarnos.

Ese día no me quedé a solas con Penny; hubiera sido demasiado para con nuestros amigos. Así que, cuando nos despedimos de ella, los tres abandonamos la propiedad de sus padres al mismo tiempo. Terence montó en su flamante bici nueva y se alejó hacia su barrio pedaleando con soltura y agilidad. Abe y yo comenzamos a caminar juntos por la acera y, cuando habíamos avanzado unas cincuenta yardas, mi amigo se volvió hacia mí con una pícara sonrisa y me dio un fuerte puñetazo en el brazo. Yo sonreí y ambos estallamos en carcajadas; creo que los nervios y la alegría se pelearon en nuestros corazones en ese momento. No hizo falta decir nada.

El domingo 13 de agosto me levanté muy descansado, y con la misma sonrisa con la que me había acostado la noche anterior. Mi madre había preparado tortitas e hicimos un copioso desayuno juntos antes de que yo empezara a preparar la cosas para el día de playa que había planeado con mis amigos.

Llegamos a la playa sobre las once. Yo había recogido a Penny en su casa. Llevaba un bonito vestido muy fino y ligero, de color turquesa. Sus manos, en contra de lo habitual, iban desnudas. Estaba radiante y su hermosa sonrisa iluminaba todo a su alrededor más que el mismísimo sol.

Luego nos habíamos encontrado con Abe, que venía ya embadurnado de crema solar y traía la

cara blanca por no haberla extendido bien. A esa hora hacía ya muchísimo calor; iba a ser un día de playa estupendo.

En el paseo al borde de la playa nos esperaban Terence, su madre, Johnny y Elmer, cargados con un par de sombrillas y una cesta que supusimos estaría llena de comida. Johnny tenía muy buen aspecto, su rostro denotaba una inmensa alegría y su mano se aferraba con fuerza a la de su amada Ophelia como si esta lo estuviera sujetando para evitar que cayera en el más profundo de los abismos. Elmer nos saludó a cada uno con su habitual y repetitiva indiferencia, pero yo sabía que estaba contento de estar allí. Me preguntó incluso por el señor Giddens. Era obvio que el gigantón le había cogido aprecio en los días que había estado trabajando para él (y disfrutando, también, con un par de películas en su sótano). Yo lo entendía a la perfección, ya que a mí me había ocurrido lo mismo. A Elmer le expliqué que, debido a su fotofobia, el señor Giddens no iba a acompañarnos ese día, ya que pasar un día completo en la playa bajo el sol abrasador –aunque fuera debajo de una sombrilla– no era para nada el mejor plan posible para el anticuario, así que ni me había molestado en sugerírselo. Pero le aseguré que, al día siguiente, aprovechando que era mi cumpleaños, iba a invitar a todos mis amigos a Luke's, incluyendo también al señor Giddens, y que él también podría unirse a nosotros si le apetecía, y así lo vería.

El día se desarrolló de manera estupenda. Todos llevábamos algo de comer para compartir, pero los manjares de la madre de Terence se llevaron la palma.

Tuvimos tiempo de correr, de nadar, de jugar, de tostarnos un poco al sol, de perdernos (Penny y yo) en un largo paseo en el que pudimos expresarnos nuestro amor sin el pudor que nos provocaba hacerlo delante de nuestros amigos.

Conocimos mejor a Johnny, que resultó ser muy simpático, además de buena persona. Nos contó muchas cosas de su familia y de Elmer. Ophelia también relató historias de su pasado y de Terence de niño, algunas de las cuales le hicieron ruborizarse –aunque no demasiado–.

Las preocupaciones que habían ido disipándose en los últimos días, dando paso a un verano normal, tranquilo y alegre, nos abandonaron del todo aquel día, dejando solo en nuestra mente vagos recuerdos de lo que nos había sucedido en las últimas semanas, pero que entonces parecía que hubiera pasado varios años atrás. Casi nos olvidamos de todo lo malo de aquel extraño verano; de los terribles asesinatos sin resolver y de los abusos de Nathan –el cual debía de estar ya muy lejos de nosotros, escondido como la rata cobarde que era–.

Creo que, por primera vez en muchos días, la amenaza de Nathan dejó de suponer una preocupación para nosotros; habíamos descabezado a la serpiente del odio racial en Fortress Flint –a una de ellas, al menos– y no considerábamos que sus secuaces, Russell y Marky, habiendo desaparecido Nathan de la ecuación, fueran a continuar con lo que creíamos habían estado a punto de empezar. En nuestra opinión había sido una clara victoria contra ellos, contra el odio, contra la cobardía, contra la violencia, quizás incluso contra el Ku Klux Klan…

Sobre los asesinatos que habían manchado el ánimo de los ciudadanos de Fortress Flint aquel verano teníamos la inexplicable intuición de que habían acabado con la triste muerte de Rosie B. El FBI estaba ya colaborando abiertamente con la policía local y eso iba a poner muy difíciles las cosas al despiadado monstruo que quisiera seguir sembrando el pánico con absurdos e inexplicables crímenes en nuestra ciudad. Todos pensábamos entonces que, si no eran capaces de atraparlo, al menos lo disuadirían para que desapareciera del todo, para que abandonara su demoniaca gesta, por miedo a ser descubierto o cometer algún fallo que lo delatara y le hiciera recibir el castigo legal que se merecía.

Además, nuestra alegría era mayor porque el plan para proteger a Elmer había salido bien y

nadie sospechaba ni de lejos que hubiera tenido contacto alguno con el cadáver de Rosie B.

Y Johnny estaba ya recuperado y sonriendo.

Y yo había superado mis traumas y, lo que era más importante aún, había conquistado a la chica de mis sueños.

Mi vida parecía haberse arreglado definitivamente justo el día antes de cumplir los dieciséis.

Todos éramos muy felices. Reíamos, gozábamos, vivíamos.

La vida era bella.

# Feliz día de tu muerte

Estoy seguro de que el dieciseisavo cumpleaños de cualquier muchacho es un día especial y que, por la intensa etapa de la vida en el que se produce, en plena consolidación de la adolescencia, justo al inicio de su declive, de hecho, cuando uno puede empezar a creer que la madurez personal comienza a florecer –a asentarse el carácter, dirían incluso algunos, quizás confundidos por las efervescentes hormonas que, como hongos silenciosos, parasitan el cuerpo de todos los adolescentes–, debe ser un momento que suele quedar para el recuerdo en las mentes de muchas personas. En mi caso, y sin que la exaltación de unos idílicos recuerdos exagerados tergiversen mi juicio, puedo afirmar que el 14 de agosto de 1967 fue el día más señalado de mi vida; uno de esos que es imposible olvidar ni, aunque uno lo intentara, conseguir que se desvanezca o pierda nitidez entre las tinieblas de una senil memoria con el paso del tiempo. Un día marcado a fuego que ni la erosión temporal más intensa ni otros recuerdos trascendentales posteriores pueden eliminar de ninguna mente, cuerda o no. Cómo podría no afirmar esto cuando el día de mi dieciseisavo cumpleaños fue el día en que podría decir que, de alguna manera, llegué a morir.

Esa mañana me levanté con ánimo, pero algo cansado. El día anterior en la playa había sido en extremo satisfactorio pero en exceso agotador, y habíamos vuelto a casa ya de noche.

El señor Giddens me esperaba en la tienda, como cualquier otro día laborable, y yo no iba a dejar de atender mis obligaciones y compromisos solo porque ese lunes fuera, circunstancialmente, mi cumpleaños. Eso sí, tenía planeada una cena con mis amigos en Luke’s y había decidido invitar también al señor Giddens, al que entonces ya me unía un sentimiento casi familiar y cuya presencia me aportaba una calidez, serenidad de espíritu y, por qué no admitirlo, un gran gozo cuando compartíamos charlas o momentos juntos.

Además, quería aprovechar para desayunar con mi madre, ya que ese día tenía doble turno, en la fábrica y en el hospital y yo llegaría tarde esa noche, aunque fuera lunes, con lo que era probable que ni siquiera nos volviéramos a ver hasta el día siguiente. Así que había puesto mi despertador temprano para que me diera tiempo a pasar un rato con ella antes de que se fuera al trabajo, aunque parte de ese rato ocurrió cuando el sol aún no había empezado a pintar con sus rayos el contorno de mi cuidad. Mi madre sabía que yo tenía muchas ganas de aprender a conducir y su regalo fue un bono para pagarme las clases. Era un regalo práctico, que yo necesitaba y quería a partes iguales; igual que a ella.

La mañana en la tienda transcurrió con la normalidad propia de un lunes de agosto: poca pero selecta clientela, bastante calor aunque contenido gracias a la penumbra que siempre envolvía la estancia principal de la tienda, mucha y buena música, y esporádica charla, siempre agradable y a veces instructiva.

Korngold, Rozsa y Steiner fueron algunos de los compositores cinematográficos que animaron desde el tocadiscos del anticuario el ambiente de la tienda, pero también hubo tiempo para algo de *jazz*. En un determinado momento de la mañana el señor Giddens me preguntó qué me apetecía escuchar –algo que hacía muy esporádicamente, ya que era bastante celoso de elegir él mismo el hilo musical que nos acompañaba cada jornada–; supongo que el hecho de que fuera mi cumpleaños ayudó a que se mostrara más generoso esa mañana. Y creo que le sorprendí con mi

elección, porque le sugerí escuchar a Maria Callas, que fue lo primero que oí el día que llegué a su casa por primera vez, hacía ya dos meses atrás. No sé si lo hice por la nostalgia de aquel momento especial para para mí, porque quería sorprenderlo con algo que sabía que le gustaba mucho a él –para ganarme más su confianza y obtener más probabilidades de tener privilegios de elección musical en el futuro– o simplemente porque de verdad me apetecía escuchar a la soprano griega.

Mientras la por aquel entonces amante de Aristóteles Onassis nos regalaba los oídos con su emoción vocal, le comenté al señor Giddens mi plan de invitar a mis amigos y a él a cenar en Luke's esa noche por mi cumpleaños. Se sintió muy halagado y, aunque al principio trató de rechazar mi propuesta para liberarme de lo que él creía yo hacía por compromiso, terminó por confirmar que estaría encantado de acompañarnos.

Por su parte, él me hizo a mí otra proposición. Aprovechando el hecho de que era mi cumpleaños, me informó de que tenía previsto no abrir la tienda esa tarde y dedicar la parte vespertina de la jornada a compartir conmigo, si a mí me parecía bien, una de sus películas favoritas de todos los tiempos. Se trataba de ***Los mejores años de nuestra vida***, una de las cintas que había recibido tres días atrás. Me dijo que desde entonces había estado deseando verla, tras tanto tiempo de espera para poder conseguirla, y que consideraba muy importante para él compartirla conmigo, más aún en un día tan especial y señalado en mi calendario.

Por supuesto, no pude negarme –por más que la cinta era un drama, género por el que yo no sentía demasiada afinidad entonces–. De nuevo, no podía más que confiar en el criterio del anticuario, que hasta el momento no había fallado nunca en cuanto a la calidad de las películas elegidas que habíamos visto juntos.

Me dijo que, siendo tan especial la película y el día, podía invitar a mis amigos –si ellos, y yo, queríamos– a esa sesión. Me pareció una buena idea y así lo hice. Tras llamar a los tres por teléfono, todos aceptaron la invitación y a las tres de la tarde estábamos los cinco sentados en el sótano del señor Giddens, comenzando la visualización y disfrute de uno de los largometrajes más fabulosos que he visto nunca y, al igual que para el anticuario, quizás una de las diez mejores películas de la historia del cine, en mi humilde opinión.

La película sigue a tres veteranos de la Segunda Guerra Mundial en su regreso a casa tras el fin del conflicto y cómo tratan de adaptarse a una «vida normal» que ya no será nunca la misma que antes para ninguno de ellos. La cinta, estrenada en 1946, es una especie de tributo necesario a muchos de esos veteranos que regresaban a casa con multitud de traumas adquiridos en un evento tan violento y cruel como lo es una guerra. A mí me tocó en lo emocional porque, aunque yo no viví la vuelta de mi padre de dicho conflicto, en el que él participó siendo muy joven, sí que recuerdo los periodos en casa de él tras volver de otras campañas bélicas y, aunque parecía muy curtido y con una fortaleza mental capaz de soportar cualquier atrocidad que pudiera encontrarse en la vida, había en el fondo de su mirada una oscuridad y un desasosiego que solo era perceptible por aquellos que lo conocíamos bien y que seguro era fruto de sus experiencias militares en combate. La película me lo recordó y me hizo reflexionar sobre todo lo que debió soportar en su carrera militar y cómo lo sobrellevó en casa, guardando todo lo malo en lo más profundo de su interior para que su familia no notara ninguno de sus traumas –que seguro que los tenía– y demostrándonos que podía vivir la vida como cualquier otro ser humano corriente. Pensé que todos aquellos hombres, incluido mi padre, habían vuelto a casa tratando de ser normales de nuevo, pero siendo en el fondo, de manera inevitable, solo «casi normales». A la ya de por si emotividad –que no sensiblería– de la película se sumó este sentimiento tan cercano y

familiar que me produjo a mí en particular, encogiéndome el corazón y las tripas en muchos de los momentos de la cinta.

El largometraje fue un éxito tremendo en su momento, tanto en nuestra nación como en el extranjero –ya que la Segunda Guerra Mundial era un tema global y sus efectos, impactos y consecuencias muy similares en muchos otros países–. Todo un acierto de Samuel Goldwyn, el astuto y visionario productor que supo ver el potencial de la novela de MacKinlay Kantor ***Glory for Me*** y llevarla al cine solo un año después de su publicación, en un momento en que el mensaje de la cinta era muy necesario para una sociedad tocada y hundida por la guerra, por mucho que gran parte del mundo se erigieran como ganadores.

La película es un prodigio en todos los sentidos: desde una soberbia fotografía del extraordinario Gregg Toland –en uno de sus últimos trabajos antes de morir–, hasta un fabuloso montaje de Daniel Mandell, que consigue darle un ritmo endiablado a una cinta de casi tres horas que pasan como un suspiro, pasando por una preciosa banda sonora de Hugo Friedhoffer. Pero, por encima de todo eso, que ya es excepcional, yo destacaría tres cosas fundamentales que hacen de esta película la gran obra maestra que es: los intérpretes, el guion y la dirección, pilares básicos de cualquier producción pero que en este caso concreto se erigen como tres columnas inmensas e igualmente importantes que impulsan, por derecho propio, al Olimpo del séptimo arte a ***Los mejores años de nuestra vida***.

Es difícil encontrar una película en la que todos, absolutamente todos los actores, estén tan brutales como en esta. Desde el trío masculino protagonista que inicia y marca el sendero o, mejor dicho, los senderos por los que derivará la cinta a lo largo de su metraje hasta las réplicas femeninas, todas tan estupendas, tan naturales y tan sinceras que es imposible que no le lleguen a uno a lo más profundo del corazón, pasando por todos y cada uno de los secundarios que adornan con sus más o menos breves intervenciones las distintas secuencias de la cinta y que redondean su veracidad y emotividad. Dana Andrews nunca ha estado mejor, con unas miradas tan trabajadas a las que les sobra cualquier diálogo, Fredic March es un auténtico «robaescenas» y se erige como líder en casi todos los momentos en los que participa, y el novato Harold Russell –auténtico mutilado de guerra– con su carisma y positivismo, carente de la amargura postraumática tan habitual en muchos veteranos, y que sería hasta más comprensible en él debido a sus evidentes dificultades, es la verdadera revelación del magnífico elenco. Myrna Loy, Teresa Wright y Cathy O'Donnell están perfectas en sus papeles y las cálidas tonalidades de sus interpretaciones hacen que cualquier hombre sintiera deseos reales de conocer a dichos personajes, sin evitar poder enamorarse perdidamente de cada uno de ellos. Hasta Virginia Mayo, en el papel menos simpático, pero necesario, de la película hace un trabajo redondo que la rubia borda con su habitual desparpajo. En definitiva, si hubiera un premio al conjunto actoral, debería llamarse el «Premio al Grupo de Actores de ***Los mejores años de nuestra vida***», en honor al colosal elenco al completo de esta película.

Para el guion, Goldwyn contrató a Robert E. Sherwood, ganador de nada menos que de cuatro premios Pulitzer (tres en el momento de escribir la película), que en esa época se encontraba redactando discursos para el presidente Roosevelt. Sherwood, un confeso defensor de la «inutilidad de la guerra», hace una adaptación de la obra de Kantor que fácilmente puede encontrarse entre uno de los cinco mejores y más redondos guiones de toda la historia de Hollywood. Los personajes están tan bien descritos y perfilados que uno parece conocerlos de toda la vida tras visualizar la cinta –a pesar de que esta solo cubre unos cuantos días tras la vuelta a casa de los tres veteranos–; las secuencias se notan extensamente estudiadas, y las metáforas y

los viajes interiores de todos los protagonistas quedan reflejados a la perfección en el sólido trabajo de Sherwood.

Y, por último, la dirección de William Wyler. Decir que esta es quizás la mejor película de Wyler, uno de los más grandes directores de todos los tiempos, es ya toda una declaración que coloca a la cinta en una cima de calidad general donde pocas obras consiguen llegar. La naturalidad con la que el cineasta impregna cada fotograma, cada plano, cada línea de diálogo, es lo que confiere quizás más sinceridad y emoción a todo el conjunto. La dirección brilla tan intensamente porque, de hecho, parece no querer hacerlo, porque quiere pasar desapercibida, porque no pretende hacer alardes ni pirotecnias. Y gracias a esa humildad en la puesta en escena logra una grandeza y una intensidad emocional que hace imposible escapar a nadie de la historia, de sus personajes y del mensaje universal que pretende exponer. Si Wyler hubiera rodado una única película en su carrera y esta hubiera sido ***Los mejores años de nuestra vida***, solo eso hubiera bastado para que se ganara la consideración de estar al mismo nivel que otros grandes directores consolidados de Hollywood, como Ford, Hawks, Wilder, Lang o Hitchcock, por citar a algunos.

La película fue la triunfadora en los premios de ese año y ganó siete Óscar: película, director, guion adaptado, actor (para Fredric March), actor de reparto (para Harold Russell), banda sonora de drama y montaje. Pero podría haber ganado todos los premios de ese año.

Cuando terminó la proyección, Terence –como yo– no pudo contener sus lágrimas y se mostró visiblemente emocionado. Todos asistimos con atención a los comentarios y al coloquio que el señor Giddens lideró durante la siguiente hora y, si la película de por sí ya me fascinó sobremanera, tras las reflexiones y comentarios del anticuario se convirtió definitivamente en una de mis favoritas de todos los tiempos. Solo esa experiencia y descubrimiento ya eran casi el mejor regalo de cumpleaños que podía haber recibido.

Pero eran las siete de la tarde cuando acabamos y aún quedaba mucho día por delante.

Nos despedimos para asearnos un poco antes de quedar en Luke’s. Nos veríamos allí a las ocho y media.

Cuando llegué a Luke’s, puntual como un reloj suizo, mis amigos y el señor Giddens ya estaban allí. Fue curioso observar a tan heterogéneo grupo. Mis amigos, aunque por edad más conexionados, formaban ya de por sí un trío bastante peculiar, pero es que la figura del anticuario, con su traje azul marino, su camisa celeste perfectamente planchada, su llamativa corbata morada, sus enormes gafas de sol –que, por supuesto, se mantuvieron en su sitio toda la comida, ocultando sus ojos y parte de su rostro, ya que la intensidad lumínica en el local de Luke era demasiado alta para sus sensibles pupilas–, su enorme sombrero –colocado a un lado de la mesa– y su bastón rematado por la cabeza de zorro dorada –sujetado por su mano izquierda fuera de los límites de la mesa–, le daban un aspecto tan desfasado y fuera de lugar en aquel local juvenil y populista que, incluso estando en una mesa bastante apartada, era la persona que más llamaba la atención dentro del mismo. En realidad, pensándolo bien, la indumentaria del señor Giddens no pegaba mucho ni en el local de Luke’s ni casi en ningún otro lugar de Fortress Flint. Como siempre me sucedía al verlo fuera de la tienda, me parecía la imagen de alguien sacado de otra época, una anterior donde todos los hombres iban con traje, sombrero y bastón, pero, ya en la segunda mitad de los sesenta, esa indumentaria estaba completamente pasada de moda.

Me alegré mucho de verlos de nuevo. Sentía que ese día estaba siendo muy especial e iba a seguir siéndolo hasta el último segundo del minuto cincuenta y nueve de las once de la noche.

Me senté, apretujando a Abe y a Terence a mi izquierda, y enfrente del señor Giddens, con Penny en mi diagonal.

—¿Habéis pedido algo ya? —pregunté mientras me sentaba—. Recordad que hoy invito yo.

—No, Will, te estábamos esperando —respondió Penny con una bonita sonrisa que balanceó las pecas de su cara.

Pedimos nuestras habituales hamburguesas con patatas y bebidas y el señor Giddens se animó con un sándwich vegetal y un té. En cuanto hubimos ordenado la comanda, Terence rompió el silencio canturreando unos conocidos versos:

—Tengo seis peniques. Alegres, alegres peniques…

—¡No! Otra vez no —lo interrumpió Abe—. Llevó escuchándote demasiado tiempo recitar esa cancioncilla; y con muy poca gracia, por cierto.

Penny y yo nos miramos para confirmar que Terence parecía haber tenido algún tipo de deferencia especial con Abe, ya que a nosotros no nos había estado torturando en modo alguno en los últimos días con la repetición de aquellos cortos versos que aparecían en la nota encontrada junto a los restos del tesoro de Abercrombie.

—¿Qué quieres que te diga? Me sale sola… —se excusó Terence encogiéndose de hombros.

—¿Acaso te crees que por cantarla más veces te va a venir la inspiración para averiguar algo más sobre la nota o sobre el tesoro? —lo retó Abe con un tono burlón e infantil.

Terence volvió a encogerse de hombros, aunque su mirada negaba sin palabras lo que su boca no decía y todos nosotros pensábamos.

—Quizás yo sí haya encontrado algo nuevo al respecto —nos sorprendió entonces Penny, sacando algo de una bolsa que tenía a su derecha y colocándolo en medio de la mesa con un sonoro golpe. Era un libro—. Ayer por la noche, en medio de un sueño, recordé de repente, por fin, de qué me sonaba tanto el nombre de James Gatz.

—¿James Gatz? ¿El que firma la nota que encontramos con el tesoro? ¿El mismo que le ha dado alas a Terence para torturarnos con la dichosa cancioncilla de los peniques? —preguntó Abe intrigado y con un exceso de inocencia. ¿Acaso iba a referirse Penny a otro James Gatz?

Penny ni siquiera le contestó. Pero entonces quitó su mano de encima del libro y dejó al descubierto su título. Era una novela, estaba algo gastada por los bordes, pero la portada conservaba en buen estado la ilustración del plano medio de un hombre a la derecha y la mitad delantera de un coche antiguo en la izquierda y más al fondo. Y en letras grandes y amarillas, debajo del nombre en blanco del autor, podía leerse con claridad su título: ***El gran Gatsby***.

—James Gatz es el nombre real del personaje más icónico de Fitzgerald: Jay Gatsby —aclaró Penny—. Leí el libro hace tanto tiempo que había olvidado esa referencia. Pero ahí está. Podéis comprobarlo, si queréis.

Ni Terence, ni Abe, ni yo habíamos leído el libro de Fitzgerald, pero no íbamos a poner en duda la palabra de Penny; y menos aún después de lo que añadió a continuación el anticuario.

—Eso es cierto, Penny —confirmó el señor Giddens mirando hacia arriba, como si acabara de encontrar el archivo en su memoria donde había estado guardando ese insignificante dato—. A mí también se me había pasado hasta ahora, cuando lo has mencionado. James Gatz es el verdadero nombre del protagonista que da nombre al libro, pero solo se menciona un par de veces, porque en la novela todo el mundo lo conoce como Gatsby, ya que la historia cuenta que él se cambió el nombre de joven, cuando aún no era rico ni gozaba de las relaciones y el nombre que se había hecho en la sociedad neoyorquina de los años veinte en el momento en que transcurre la acción principal que se narra en el libro.

—¡Vaya! ¡Qué curioso! —exclamé yo sin entender aún cómo de relevante podía ser eso para nosotros en aquel momento.

—¿Y qué? —intervino entonces Terence con su demasiado habitual soberbia—. Ya os dije que en todo el país hay diecisiete personas censadas como James Gatz. El hecho de que el personaje de una obra de ficción también se llame así no nos aporta mucho ahora mismo, ¿no?

Penny se molestó un poco por el desprecio con que Terence había lanzado su comentario.

—Bueno, Terence, es una inesperada casualidad —intercedió Abe, antes de que el tono de la charla se tornara más oscuro—. Penny lleva diciéndonos que le sonaba el nombre desde que descubrimos la nota. El hecho de que haya averiguado de qué, supone ahora un hilo menos del que tirar.

—En realidad, Abe, yo creo que puede ser el hilo definitivo del que tirar —aseveró Penny evocando cierto misterio alrededor de la mesa donde todos mirábamos el libro que ella había traído, quizás con dispar interés y expectativas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo, confiando que Penny no habría sugerido ese camino sin una buena razón.

—Me refiero que hay dos cosas que me hacen preguntarme si ese tal James Gatz que firmó la nota que encontramos es el nombre real del cazatesoros que se nos adelantó al encontrar el tesoro o un pseudónimo usado por alguien distinto —explicó ella.

—Creo que sé a lo que te refieres, Penny. Al menos en una de esas dos cosas que mencionas —dijo el señor Giddens con cierta complicidad en su tono de voz—. Intentaré elaborarlo, a ver si acierto. En la novela, el personaje de Gatsby es alguien de orígenes muy humildes que, en el momento en el que relatan los hechos, es un extravagante millonario con un pasado algo difuso. De hecho, muchos personajes especulan a lo largo del libro sobre cómo Gatsby ha podido construir su fortuna, aunque nadie lo sabe en realidad a ciencia cierta. Se habla de que en la Gran Guerra fue un espía para los alemanes, otros dicen que es un asesino, otros que simplemente heredó toda su fortuna de su rica familia, y algunos piensan que es un contrabandista que se ha enriquecido de forma ilegal. En definitiva, alguien que antes era pobre y se hace rico de una manera que nadie puede conocer con exactitud… casi como alguien que encontrara un tesoro y se enriqueciera de la noche a la mañana, sin poder, en realidad, hablar mucho sobre cómo lo ha conseguido; sin tener consecuencias legales, claro está.

—¿Se refiere a que podría existir un paralelismo entre el personaje del libro, por esa esencia de misterio en torno a su enriquecimiento, y la persona que encontró el tesoro de Abercrombie en la fortaleza, y por eso este último firmó la nota que encontramos con el nombre real de Gatsby en la novela? —reflexionó Abe para confirmar si había entendido bien lo que el anticuario había tratado de explicar.

—¡Exacto, Abe! —exclamó Penny con una amplia sonrisa—. Eso es justo lo que yo pensé cuando relacioné el nombre de la nota con el libro de Fitzgerald.

Terence intercalaba sus agudas miradas entre todos los presentes y el libro, como si estuviera evaluando a fondo la teoría que Penny acababa de sugerir y el señor Giddens de exponer.

—¿Y la segunda cosa? Has dicho que había dos cosas que te hacían dudar… —inquirí yo, sin terminar la frase, deseando averiguar hacia dónde nos llevaba todo aquello.

—La segunda cosa es la fecha que aparece en la nota.

—¿1925? —reaccionó Terence, ahora más visiblemente intrigado.

—Sí, eso es —confirmó Penny. Y entonces tomó el libro en sus manos y lo abrió por la primera hoja—. Fijaos. Esta es una edición que he tomado prestada de mi hermana. Es de 1953,

pero aquí se puede ver el *copyright* de la primera publicación.

La fecha que aparecía era 1925.

Todos nos miramos, ahora sí convencidos de que todo aquello no podía ser una simple coincidencia.

—Espera, espera… —comenzó Terence—. ¿Estás diciendo que la firma de la nota es en realidad un pseudónimo que hace referencia al personaje de James Gatz… o Jay Gatsby, de la obra de Fitzgerald, que se publicó por primera vez en 1925… y que por tanto es solo una especie de guiño o broma de alguien que se identifica con dicho personaje por su misteriosa manera de hacerse rico?

—Eso es —afirmó Penny.

—Eso, de hecho, explicaría por qué el papel de la nota no parece tener cuarenta años, como sí sugiere la fecha escrita en ella —añadió el señor Giddens con convicción—. Fue algo que me extrañó cuando la hallamos. Pero, con esta teoría, la nota podría haber sido escrita en una fecha muchísimo más cercana al presente.

—Esto es extraordinario… y tiene mucho sentido —dijo Abe bastante anonadado por la nueva teoría—. Lo único malo es que eso nos aleja muchísimo más de cualquier pista que nos hubiera podido conducir a dar con la persona que nos arrebató el tesoro, ¿no creéis? El abanico de posibilidades ahora se hace infinito. Cualquiera podría haber escrito la nota.

—Pues sí… —siguió Terence, algo decepcionado—. Podría ser alguien cercano, alguien de Fortress Flint, o alguien de cualquier otro lugar… extranjero incluso.

—Bueno… —empezó el señor Giddens, pero se detuvo enseguida, como si no quisiera terminar de expresar lo que seguro se le acababa de ocurrir.

—Continúe, por favor —insistió Penny—. ¿Hay algo que cree que se nos está pasando por alto?

El anticuario pensó unos instantes para sus adentros antes de contestar.

—A ver, solo quería añadir que el hecho de utilizar ese pseudónimo en concreto, aparte de por la similitud que ya hemos comentado entre dicho personaje de ficción y la persona real que hubiera encontrado el tesoro de Abercrombie, y que parece aceptada como cierta por todos, podría tener un segundo motivo detrás de su elección.

—¿A qué se refiere exactamente? —inquirió Terence, que volvía a soñar con que la sabiduría del anticuario abriera una nueva puerta a nuestra esperanza.

—Me refiero a que hay muchos personajes, de ficción y reales, que esa persona podría haber elegido para establecer esa similitud de la que hemos hablado; algunos incluso mucho más relacionados que Jay Gatsby con la búsqueda de tesoros…, que es algo que no se menciona nunca en la obra de Fitzgerald. Y, por tanto, puede que, si eligió el personaje de Gatsby, o James Gatz, fuera también por procesarle algún tipo de cariño especial a dicho personaje… o a su autor.

—¿En serio alguien va a usar un pseudónimo de otra persona… de un personaje de ficción incluso, solo porque le cae bien? —preguntó Abe algo incrédulo.

—Sí, claro. Yo mismo conozco gente que se ha llegado a cambiar el nombre por el de personas o personajes a los que admiran —sentenció el anticuario con tal convicción que despejó cualquier duda que los demás pudiéramos tener al respecto—. No es tan extraño como podáis creer.

—Vale. Y, por ir a lo práctico, ¿se os ocurre alguien que conozcáis al que le guste mucho Fitzgerald o el personaje de Gatsby? — señaló Penny sacando su vena más pragmática.

Terence y el señor Giddens se miraron de golpe, como si un mismo rayo invisible hubiera

enlazado sus mentes, revelándoles al unísono a ambos un secreto de suma importancia. Y, unos segundos después, ese mismo rayo me atravesó a mí también, pero yo no contuve mi lengua.

—¡El señor Benson!

—¿El señor Benson? ¿Pete Benson, el guarda de seguridad de la fortaleza? —se sorprendió Abe.

—Por supuesto… por supuesto… —masculló Terence con la mirada perdida al infinito.

—Sí, eso es. El señor Benson —afirmó el anticuario como si fuera algo tan obvio que hubiéramos tenido delante de nuestros ojos todo el tiempo.

El señor Giddens estaba tan emocionado con nuestro juego de «descifrar el enigma de la nota del tesoro» como cualquiera de nosotros cuatro.

—El otro día confesó ser un entusiasta de la obra de Fitzgerald —recordó Terence.

—Y dijo tener todos sus libros, además de varios ejemplares repetidos de ***El gran Gatsby***, uno de ellos firmado por el propio Fitzgerald que vi el día que estuvimos en su biblioteca privada, en la garita de la fortaleza —agregó el señor Giddens.

—Y se llevó de la tienda una pluma usada por Fitzgerald, pagando por ella una elevada suma que yo nunca hubiera esperado que aceptara pagar… a pesar del descuento que sé que usted le hizo —terminé yo, intentando que mi frase no sonara demasiado agresiva con respecto a los precios a los que vendía el anticuario sus objetos.

—Pues si él no es un auténtico admirador de Fitzgerald y de Gatsby no sé quién lo es —concluyó Penny.

¡Qué obvio nos pareció todo aquello entonces! Lo habíamos tenido delante de nuestras narices todo el tiempo, pero no habíamos sabido interpretarlo hasta ese momento. Terence seguía hablando, recriminándose su inocencia y candidez en todo el asunto.

—Tenía toda la información sobre el tesoro… porque se la di yo mismo… ¡seré idiota!

—Nos ha estado engañando todo el tiempo. ¡Qué truhan! —añadió Abe.

—Y nos dejó la nota para nosotros. Él sabía que, más tarde o más temprano, íbamos a encontrar el sitio donde había estado el tesoro —apostillé yo.

—Él debió encontrarlo días antes que nosotros, y por eso el papel de la nota que dejó allí con los seis peniques parecía tan reciente —supuso Penny.

—¿Qué mejor motivo para retirarse, aunque sea de un trabajo que le guste a uno mucho, que encontrar un tesoro que te solucione la vida a nivel económico para siempre? —lancé yo al aire, encontrando una justificación perfecta a la reciente decisión del ya exguarda de seguridad de la fortaleza de abandonar su adorado puesto de trabajo y Fortress Flint.

Terence seguía lamentándose.

—Él estaba en mejor posición que nadie para encontrarlo, «viviendo» en la fortaleza y con toda la información que le di… ¡qué tonto he sido!

—Ahora debe de ser tan rico como el tal Gatsby ese de la novela —indicó Abe riendo y poniendo, por fin, un poco de humor en aquella decepción grupal.

—Bueno, rico solo si logra que alguien le compre todas esas monedas antiguas que debían componer el tesoro —dije yo, tratando de mejorar nuestro ánimo al sugerir las dificultades que el señor Benson tendría para convertir el tesoro en dinero actual.

—Querido William, siempre hay gente dispuesta a eso. Y no es nada difícil de encontrar —informó Giddens.

—Ahora que lo pienso, estoy seguro de que me regaló la bicicleta para sentirse mejor por haberse aprovechado de mis informaciones y de mi confianza —continuaba Terence con un

discurso que parecía estar dándose para él mismo, y que solo acrecentaba lo mal que debía sentirse al ser cada vez más consciente de su estupidez al confiar y abrirse al exguarda de seguridad.

—Yo creo que te apreciaba de veras, Terence —trató de consolarlo el anticuario—. Quizás se haya quedado con el tesoro, pero estoy seguro de que no fingió su afinidad hacia ti ni la alegría que le proporcionaste con tu compañía en la fortaleza.

—Sí, claro… y seguro que te está eternamente agradecido por haberlo convertido en millonario, jajajaja ——agregó Abe con sorna, ya totalmente centrado en buscarle la gracia a todo aquel asunto.

—Bueno, y ¿sabemos dónde está ahora? —preguntó Penny.

—En Florida – informó Terence—. Se marchó hace un par de días… Pero no me dio su dirección porque se iba a instalar los primeros días allí en casa de su hermana.

—Busquemos a su hermana, entonces —sugirió Penny, sin querer darse por vencida.

—Su hermana está casada, según me dijo, por lo que no conservará su apellido de soltera. Sería imposible dar con ella sin saber cómo se llama su marido. Y no tengo ni idea de eso. Ni tampoco un teléfono al que llamar. Quedó en que él se pondría en contacto conmigo para no perder nuestra relación.

—Amigo, yo no apostaría un centavo a que lo vaya a hacer —machacó Abe.

—Es más… a lo mejor ni siquiera está en Florida —sentenció el señor Giddens dando el golpe de muerte definitivo a nuestras esperanzas de contactarlo. No creo que lo hiciera con mala intención, sino solo que le salió de forma asertiva, tal y como su lógica le hizo pensarlo.

El anticuario tenía toda la razón. Si nos había mentido en lo del tesoro, podía haberlo hecho también respecto al destino elegido para disfrutar de su temprana jubilación, desapareciendo del todo de nuestras vidas para siempre y sin dejar ningún rastro que pudiera conducirnos a él en el futuro.

—En cualquier caso, recordad que todo esto no es más que una teoría. Plausible, por lo datos de que disponemos, pero no confirmada en absoluto —apuntó el señor Giddens, intentando que el jarro de agua fría que entonces sentíamos todos que nos había caído encima de improviso no fuera tan desagradable.

Todos parecimos entender la intención del anticuario con esta última observación, pero creo que en el fondo seguíamos creyendo que el actual dueño del tesoro era el astuto señor Benson, y que se había librado por muy poco de ser descubierto cuando aún teníamos oportunidad de hablar con él en persona. Si Penny hubiera recordado lo del nombre de James Gatz unos días antes, quizás hubiéramos llegado a las mismas conclusiones que ahora parecían tan lógicas y plausibles con más tiempo, y podríamos haber hablado con él… no sé si incluso pedirle una parte mayor del tesoro. Pero eso eran ya puras especulaciones y no tenía ningún sentido hacérnoslas en un momento en el que el señor Benson se había ido de la ciudad y no parecía haber forma de encontrarlo.

—¿Sabéis qué? —nos sorprendió entonces Terence con un tono más animado, como si acabara de superar de pronto la enorme desazón que había sentido unos segundos antes—. Que, en realidad, me alegro de que haya sido él. Ya que no lo tenemos nosotros, puestos a elegir a alguien que se nos adelantara y se quedara con el tesoro, me alegro de verdad que haya sido el señor Benson y no cualquier otro desconocido. Se lo merece. Es una bonita recompensa a sus años de servicio a la comunidad de Fortress Flint y un hermoso broche de oro a su larga historia de amor con la fortaleza.

Todos asentimos, dando por buenas las palabras de Terence, que de hecho era el que podía sentirse más afectado por todo aquello.

Justo entonces llegó la comida. El supuesto ambiente festivo que debía reinar en mi cumpleaños se había enfriado un poco, y comenzamos a comer en silencio, más taciturnos de lo que me habría gustado en un día tan especial para mí.

El señor Giddens, como miembro más adulto del grupo, se percató rápido de la algo incómoda situación y ejerció de líder para volver a encaminarnos hacia la senda de una velada jocosa y disfrutable, y comenzó a contarnos cosas de la tienda y de algunos de sus objetos, intentando que olvidáramos la teoría que acabábamos de argumentar y que él sabía a la perfección que nos estaba desgarrando un poquito por dentro.

Poco a poco el ambiente volvió a ser distendido. Abe contribuyó con algunos de sus chistes, Penny se sumó a la charla con preguntas interesantes sobre algunos de los objetos que comentaba el anticuario, incluso Terence se animó a realizar apuntes históricos sobre curiosidades que había leído o escuchado sobre algunos de los temas que se trataron mientras devorábamos las sabrosas hamburguesas y crujientes patatas fritas de Luke's.

Al final de la comida, mis amigos decidieron que ya era hora de entregarme los regalos que ellos habían elegido para mi cumpleaños.

Abe fue el primero en sacar el suyo. Estaba envuelto en un papel rojo chillón y se notaba blandito. Supe enseguida que se trataba de alguna prenda de ropa. Era una camiseta gris con un amplio estampado en el pecho con las imágenes sonrientes de Adam West y Burt Ward, vestidos de Batman y Robin, como en la serie de la que ambos éramos admiradores y debajo de ellos el mensaje de «Mejores amigos», escrito en la tipografía amarilla de Batman.

—Muchas gracias, Abe. Me encanta la camiseta… y el mensaje.

—No te diré a quién de nosotros representa cada uno en la camiseta, porque creo que está bastante claro, jajaja —rio con amplia sonoridad mi amigo dándome una palmadita en la espalda.

Terence fue el siguiente. Su paquete era más extraño, alargado, como un canuto. Quité el papel celeste que lo envolvía y encontré un catalejo.

—¡Vaya! Es muy bonito, Terence.

Se notaba rústico y Terence confirmó enseguida el por qué.

—Lo he hecho yo mismo. Todo a mano, salvo las lentes, obviamente.

—Es precioso, de verdad. Y, estando hecho por ti, tiene todavía más valor para mí. Muchísimas gracias —le dije con sinceridad.

—Además, Will, tiene todo el sentido del mundo. No te iba a comprar unos prismáticos… Un solo ojo, un catalejo —bromeó Abe con la confianza de saber que su sarcástico comentario no iba a herirme en absoluto.

—¡Pero qué bestia eres, Abe! – le reprendió Penny.

—No te preocupes, Penny. Abe sabe perfectamente que más vale un ojo bueno que dos torcidos como los suyos, jajaja —repliqué yo empujando a mi amigo con complicidad.

Llegó entonces el turno de Penny. Su regalo era el que esperaba con más ilusión, por motivos obvios. De la misma bolsa de la que un rato antes había sacado el ejemplar de ***El gran Gatsby*** sacó ahora mi regalo, envuelto en un bonito papel verde pastel. No hubo mucho misterio puesto que la forma, peso y dimensiones anunciaban un libro en su interior. Lo abrí con cuidado y entonces pude ver el título: ***Cinco semanas en globo***.

Penny me miraba con intensidad, esperando con ansia con mi reacción. No pudo contenerse y hablar antes de que yo pudiera decir nada.

—Es una primera edición. De 1869 —dijo con entusiasmo.

—Pero… ¿cómo?… Esto es… es increíble, Penny —fue lo único que acerté a decir.

Aquel dato me sorprendió aún más que el propio libro. Penny sabía de sobra que el género de aventuras era mi favorito y que Julio Verne estaba entre mis autores más admirados. Y dentro de su obra, ***Cinco semanas en globo***, su primer libro, tenía para mí un significado muy especial porque fue el que me descubrió al autor, cuando yo solo tenía diez años. Era, por ello, uno de mis favoritos. Eso ya colocaba el regalo en un buen lugar en cuanto a mi admiración y alegría. Pero encima se trataba de una primera edición. Yo no tenía ningún otro libro de tanto valor.

Penny estaba encantada. Sabía que había acertado de pleno con su regalo. Lo que yo no lograba entender era cómo había conseguido tal ejemplar. Y lo mucho que debía haberle costado. Pero enseguida lo comprendí todo.

—Es una primera edición en inglés, ya que el libro en francés se publicó seis años antes, en 1863. Pero, en cualquier caso, es un magnífico ejemplar —informó el señor Giddens.

—El señor Giddens me ha ayudado a elegirlo… y me ha hecho una rebaja sustancial en el precio para que pudiera comprarlo para ti —explicó Penny dedicando una bonita sonrisa de agradecimiento al anticuario.

—Entonces, muchas gracias a los dos —repliqué yo sonriente.

—No, por favor. El mérito es todo de Penny. Yo solo le allané un poco el camino, nada más —dijo el anticuario, casi disculpándose.

—Nunca había visto este ejemplar en su colección, señor Giddens. De haberlo hecho seguro que me habría fijado mucho en él —indiqué yo.

—Bueno, William, hay mucho material que todavía no hemos sacado de las cajas del sótano porque no cabe en los expositores de la tienda. Este libro estaba en una de esas cajas, esperando su oportunidad para elegir al dueño perfecto. Y ese eres tú, sin duda. Penny es la que ha tenido la habilidad de emparejaros.

Penny le agarró su brazo derecho en un gesto de aprecio que el anticuario devolvió con un leve movimiento de cabeza.

—Hay una n…

Pero Penny no pudo terminar su frase, porque una pequeña hoja de papel se deslizó a la mesa de entre las páginas del libro. Estaba plegada. La cogí y la abrí. Estaba escrita a mano. No voy a replicar aquí las hermosas palabras que Penny me dedicaba en ella, ya que me gustaría guardarme solo para mí algo de toda esta historia, pero era la carta de amor más bonita que nadie pudiera recibir jamás. Además, Penny la había firmado, en un detalle íntimo y simpático que solo nosotros dos entenderíamos, como Luna.

Mientras la sujetaba con la mano derecha, los dedos de mi izquierda jugaban nerviosos, en un acto reflejo provocado por mi excitación, con la cadena de plata que llevaba al cuello. Vi cómo Abe, a mi izquierda, trataba de mirar de reojo el contenido mientras yo lo devoraba con pasión, pero me escoré para que las hermosas palabras de Penny fueran solo para mí. Salvo esto, reconozco que Abe, Terence y el señor Giddens aguantaron estoicamente, sin romper el mágico momento que se creó en torno a mí, hasta que hube acabado de disfrutar de la nota de mi amada. Fueron en extremo considerados. Cómo no iban a ser mis mejores amigos.

Cuando terminé de leerla, Penny y yo nos miramos sin decir nada. En mi expresión había mucho más que agradecimiento, y en su sonrisa también. El señor Giddens fue quien rompió el silencio que nos había estado envolviendo y que, de haber durado un segundo más, habría

empezado a resultar incómodo para los otros tres que nos acompañaban y que para Penny y para mí habían dejado de existir por un momento.

—Creo que ya solo falto yo por darte un regalo, querido William —dijo llevándose la mano al interior de su chaqueta.

—Señor Giddens, ¿de verdad? No debería usted…

Mi frase se cortó cuando empecé a notar en el rostro del anticuario que algo no iba como él esperaba. Pasó de un bolsillo a otro, buscó en su pantalón y finalmente se dio por vencido con consternada expresión.

—William, lo lamento mucho… He debido dejarme tu regalo olvidado en casa. De verdad pensé que lo había metido en mi chaqueta, pero no logro encontrarlo ahora.

—No se preocupe, señor Giddens. Seguro que está en su casa. Pero de verdad que no tenía que haberse molestado.

—¿Cómo que no? Es tu cumpleaños. Tu dieciséis cumpleaños, nada menos. Y eso se merece un regalo de cualquiera que se precie de hacerse llamar tu amigo —replicó con contundencia, casi olvidando ya su despiste.

Aquello me gustó mucho, en realidad. Se acababa de definir como amigo mío y eso era ya de por sí un buen regalo para mí.

—Muchísimas gracias a todos, de verdad, ha sido una velada muy interesante —indiqué con satisfacción—. Me llevo a casa grandes tesoros. Ya le hubiera gustado a Abercrombie, jajaja.

Todos rieron.

Pedí la cuenta y, como había prometido, pagué invitando a todos, por más que el señor Giddens intentó en primera instancia pagar su parte, al menos.

Salimos fuera. Era tarde, lunes y estábamos cansados. Creo que a todos nos apetecía volver a casa. Al día siguiente nos esperaba una jornada más de trabajo (al menos para Abe y para mí; y para el señor Giddens, claro). Penny creo que era la única que habría podido aguantar un poco más… y por la mirada que me dedicó creo que quería hacerlo a solas conmigo. Pero el señor Giddens se le adelantó, inoportuno, y me agarró del brazo.

—Querido William, si me acompañas a casa podré darte tu regalo hoy, en el día de tu cumpleaños. Me haría bastante ilusión hacerlo, si no te importa. Y mañana podrás llegar un poco más tarde a la tienda, si te apetece —terminó para tratar de convencerme del todo acerca de su propuesta.

Miré a Penny y su leve movimiento lateral de cabeza me indicó que había entendido que yo debía acompañar al anticuario a su casa. Seguro que pensaba que ceder aquella noche respecto a mi compañía no la privaría de disfrutarme muchos más días en el futuro.

Terence se fue en su bici. Abe comenzó a caminar con Penny hacia el norte, ya que ambos compartían parte del recorrido hasta sus casas, no sin antes de que Penny yo nos despidiéramos con un corto pero bonito beso.

Eché entonces a andar despacio hacia el oeste con el señor Giddens asido a mi brazo mientras se apoyaba con su otra mano –sin necesidad alguna– en su elegante bastón negro. Penny me había dejado su bolsa, en la que yo ahora llevaba los regalos de mis tres amigos. Y sonreía al mundo como un bobo de lo feliz que me sentía.

El señor Giddens, que ya fuera del local se había deshecho de sus enormes gafas oscuras puesto que la tenue y amarillenta luz de las farolas de la ciudad era soportable para sus delicados ojos, fue hablando todo el camino hasta su casa, contándome cosas sobre películas que admiraba y haciendo planes para ver algunas de ellas en los próximos días y semanas conmigo; pero, a

diferencia de otras veces, en aquella noche estrellada de verano yo no escuché con atención lo que el anticuario relataba. Asentía con la cabeza de vez de en cuando para no resultar descortés y aparentar que seguía en la conversación, pero mi mente estaba en realidad en otra parte, cogiendo la mano de Penny, acariciando su suave piel, rodeándola con mis brazos, besándola hasta quedarme sin aliento.

Las calles de Fortress Flint estaban bastante vacías. Era tarde, y lunes. Esa soledad y tranquilidad de la que disfrutamos en aquel nocturno paseo fue reconfortante y animaba a la relajación, aunque cada uno de nosotros tuviera su mente y concentración puestas en sitios muy distintos. Quizás justo por eso ninguno de los dos nos percatamos de las tres sombras que, con extremo sigilo, nos seguían a una distancia lejana, tratando de esquivar los dispersos focos de luz que salpicaban las calles.

Cuando llegamos a la casa del señor Giddens cruzamos la valla y subimos los escalones del porche. El señor Giddens se separó de mí para sacar la llave y abrir la vivienda. Y entonces sucedió.

Con una agilidad y rapidez dignas del más habilidoso de los ninjas, alguien me agarró por detrás con una descomunal fuerza y tiró de mí hacia atrás, haciendo que me trastabillara al bajar los escalones de nuevo sin esperarlo. Usaba su brazo izquierdo para retenerme por el cuello, apretándome la nuez muy hacia dentro y casi ahogándome, mientras su mano derecha me tapaba la boca y parte de la nariz, impidiéndome emitir ningún tipo de sonido, aunque no estoy seguro de si mi primera reacción ante aquello hubiera sido gritar. Creo que fue todo tan inesperado que es probable que no hubiera sido capaz de articular palabra aunque hubiera tenido mi boca despejada.

Mientras casi caía hacia atrás en mi torpe bajada de espaldas del porche, pude ver a dos figuras abalanzándose sobre el anticuario y empujándolo contra la puerta. El golpe fue tremendo y el sombrero de mi patrón cayó al suelo. Supongo, aunque esto ya no lo vi, que también debieron taparle la boca a él, porque tras el golpe contra la puerta lo único que perturbó el silencio de aquella parte de la solitaria Walm Lane en esa tranquila noche fueron los roces de las ropas de los asaltantes al forcejear con el anticuario.

Yo me iba alejando cada vez más de ellos, arrastrado hacia el lateral izquierdo de la casa por alguien que me resoplaba en la nuca y me sacudía con violencia de un lado a otro en su espasmódico caminar. Su descomunal fuerza me hizo pensar en Elmer y muchos sentimientos se agolparon en un instante en mi cabeza, pero enseguida entendí que no podía tratarse del gigante Ebony ya que la altura de mi atacante debía ser similar a la mía; quizás incluso algo menor, porque yo iba un poco echado para atrás en aquellos convulsos movimientos que me veía obligado a acatar.

La bolsa en la que llevaba los hermosos regalos que había recibido de mis amigos en Luke’s se me cayó de la mano, dando un golpe sordo en el suelo que el pulcro césped que Elmer se había esmerado en cuidar unos días atrás amortiguó. Es absurdo que me preocupara en aquel momento por ello, pero entonces temí por un segundo por la integridad del catalejo que me había regalado Terence. Eché de forma instintiva mis manos a los brazos que me arrastraban con violencia. No creo que lo hiciera para tratar de zafarme de ellos, sino más bien para agarrarme a algo y aliviar la sensación de caer hacia atrás mientras mi atacante seguía tirando de mí.

Cubrimos, yendo de espaldas, todo el trayecto hasta la parte trasera de la casa, donde quedamos ocultos del todo a cualquier esporádico transeúnte que pudiera aparecer de la nada por la calle. Entonces mi asaltante se detuvo por fin, aunque siguió apretándome la garganta con su brazo con

tal fuerza que yo seguía luchando por poder respirar con cierta normalidad. Fue entonces cuando empecé a ser consciente de un dolor muy concreto y específico en la parte derecha de mi cuello. Un dolor punzante, en dos puntos, muy juntos el uno del otro. Desplacé mi mano por el desnudo brazo de mi atacante hacia el punto aproximado donde notaba ese especifico y punzante dolor, palpando a ciegas el vello que cubría sus tensos músculos hasta que llegué a su muñeca, que era lo que presionaba la parte derecha de mi cuello en el lugar donde yo estaba sintiendo esos intensos pinchazos. Y entonces todo cobró sentido.

La muñeca del brazo que me presionaba el cuello estaba vestida con una especie de pulsera gruesa y ancha. Su tacto me recordó enseguida al del cuero. Y, salpicando su contorno, unos pinchos metálicos la cubrían en toda su circunferencia. Era una muñequera de cuero con tachuelas metálicas y, aunque no llegaba a verla, estaba seguro de qué aspecto tenía y, lo que era más importante, quién era su dueño.

Nathan Simmons había vuelto a mi vida en el momento más inesperado, pero además, acababa de darme la pieza del puzle que nos había estado faltando todo ese verano en torno a los asesinatos sucedidos en mi ciudad; porque yo estaba convencido de que esos dos pinchazos que ahora sentía en mi cuello iban a dejarme, saliera o no vivo de allí, unos hematomas muy singulares en el cuello; dos extrañas marcas como el mordisco de un vampiro, pero en lugar de provocadas por los colmillos de un chupasangre, por dos tachuelas metálicas de una extravagante pulsera. Unas marcas exactamente iguales a las halladas en las cuatro pobres víctimas que ese verano habrían sido desangradas sin piedad en mi ciudad. Acababa de revelárseme, de la peor manera posible, el asesino de Fortress Flint.

De repente, casi me dio la risa al pensar de nuevo en mi extrema estupidez elucubrando teorías sobre vampiros y, encima, culpando al señor Giddens y convirtiéndolo en mi mente en un despiadado monstruo. También me alegré sobremanera de haber decidido encubrir al pobre de Elmer con el asesinato de Rosie B. A Penny y a mí no nos había fallado el instinto. Sin embargo, me fastidiaba darme cuenta ahora de que llevábamos todo el verano cruzándonos de una u otra forma con el verdadero asesino, que no era más que un simple hombre, cobarde, racista, que hasta el momento había logrado ocultarse y despistar a la policía. Me resultaba increíble que un imbécil sin sesera como Nathan hubiera sido capaz de cometer aquellos crímenes y librarse, por el momento, de ser capturado. Quizás lo habíamos subestimado demasiado y su aparente estupidez había sido su mejor coartada. ¿Quién imaginaría que un tarado como aquel fuera capaz de pergeñar aquellos crímenes sin dejar pistas concluyentes? Era un tipo violento, sabíamos que nos había atacado y que era capaz de cometer delitos… incluso lo habíamos pillado tratando de acabar con la vida de Johnny Ebony… pero de eso, que parecía más una venganza personal, un ajuste de cuentas ideado por un impulsivo loco racista con motivo del fracaso y la trifulca el día del ataque a la casa de Terence, a cometer unos asesinatos tan limpiamente ejecutados que no parecían improvisados –aunque en el caso de Rosie B. puede que sí lo hubiera sido–, tras los que yo hubiera apostado que habría una mente más brillante –en su locura–, más astuta, más fría, era algo que me desconcertaba, por más que no podía ignorar la evidencia de lo que me estaba sucediendo en ese mismo instante.

Yo sabía que no tenía ninguna posibilidad de zafarme de la fuerza de Nathan. Recordé el empujón que le había propinado en el hospital y su posterior caída por la ventana y volví a tomar conciencia de lo afortunado que había sido ese día y que fue la sorpresa de mi embestida –la cual él no esperaba– lo que me había alzado en vencedor de aquel corto enfrentamiento. Caí entonces en la cuenta de por qué estaba yo allí en esa desesperada situación en ese momento, por qué

Nathan me sujetaba con fuerza y me había llevado a un lugar tras la casa, dejándonos ocultos ante los ojos de toda la ciudad, y especulé con horror en mi interior por qué me había elegido como su quinta víctima –que supiéramos– ese verano.

Pude oír unos pasos a mi espalda y me imaginé que serían los otros dos atacantes forcejeando con el anticuario, al que seguro habían traído también tras la casa para mantener su fechoría fuera de la vista de la calle. Traté de girar la cabeza para ver si el señor Giddens estaba bien, pero la fuerza de mi agresor me lo impidió y, aunque escoré mi ojo derecho todo lo que pude, no logré distinguir nada de lo que pasaba a mi espalda. No había que ser muy listo para deducir que los cobardes asaltantes que sujetaban al viejo e indefenso anticuario debían ser Russell Craig y Marky McDonald.

Entonces, la figura que respiraba en mi nuca, me susurró, desvelando con su voz la identidad que yo ya conocía:

—Ahora voy a quitar mi mano de tu sucia boca, pequeño bastardo. Si se te ocurre gritar, mataremos también al viejo.

«También». Nunca una palabra fue tan reveladora y tan mortal. Aquello me hizo temblar las piernas.

No pensé entonces en la posibilidad de que el señor Giddens estuviera consciente y pudiera reconocer a esos tres desalmados, por lo que creí que mi silencio entonces sería garante de su integridad para que al menos él saliera con vida de aquella horrible situación. Yo estaba condenado, pero si hacía lo que Nathan me decía quizás podría salvar a otra persona.

Asentí levemente con la cabeza y entonces Nathan retiró su mano derecha de mi boca, dejándome más espacio para respirar, lo cual alivió un poco mi angustia. Además, como vio que yo obedecía, relajó un poco –solo un poco– la presión de su brazo izquierdo sobre mi cuello.

No sé de dónde se lo sacó, pero un segundo más tarde puso delante de mi rostro un enorme cuchillo, a un palmo de mi ojo, sujetándolo en vertical con su mano derecha. La hoja brillaba, impoluta, a la luz de la luna. Puede resultar absurdo, pero entonces lo primero que se me ocurrió fue pensar que al menos no moriría de una infección.

No entiendo cómo asumí tan rápido el destino que parecía aguardarme. Estaba cumpliendo dieciséis, tenía la mejor novia del mundo, mis amigos me apreciaban y yo a ellos, había conocido a un mentor que me había dado un trabajo cómodo que me gustaba, mi madre me quería con locura… la vida me estaba sonriendo como nunca antes lo había hecho; y ahora parecía que todo eso iba a desvanecerse en un instante, que iba a perderlo todo de golpe. Y, no sé por qué, pero en lugar de tristeza o agobio, sentí gratitud. Quizás porque pensé que había alcanzado el cénit de mi vida, lo máximo, lo mejor… y que morir en ese momento álgido, por mucho que supusiera perderme muchos años de vivencias, no era algo tan horrible después de todo. Quién sabe por qué uno piensa lo que piensa en momentos tan extremos como el que yo estaba viviendo.

—El otro día me jodiste bien, tuerto de mierda —continuó hablando Nathan, en voz muy baja —. Nunca hubiera entrado en mis planes deshacerme de ti, pero ahora esto es mucho más personal que cualquiera de las otras…

Dejó de hablar de golpe, como si no quisiera terminar de admitir su culpa en los otros asesinatos. Y, ante su vacilación, fui yo el que se atrevió a hablar, aunque las palabras sufrieran para salir de mi apretada garganta:

—Entonces, ¿por qué mataste a los otros?

Sentí por un instante cómo Nathan dudaba si contestarme o no, pero creo que su vanidad y soberbia lo empujaron a confesar sin pudor. Habló con la confianza de quien se siente ganador

de un combate, sin posibilidad alguna de fracaso.

—Eres un curioso, ¿eh? ¿El tuerto quiere saber de qué va todo esto antes de irse al otro barrio? —me escupió Nathan por detrás.

No podría decir si era pura curiosidad o si estaba tratando de ganar tiempo, como los héroes de las películas que, en una situación de supuesta inferioridad sobre el villano de turno, consiguen que este confiese sus crímenes y motivaciones, haciéndole sentir la necesidad de demostrar que son más inteligentes que el héroe, mientras este teje un plan para salir de la apurada situación en la que se encuentra. Yo no estaba planeando nada para escapar, pero en un momento de vida o muerte –como aquel– cada minuto de vida que se pueda arañar es igual de valioso tanto si al final se sobrevive como si no.

—Es solo… que no veo… la relación entre las víctimas —susurré con dificultad. La fuerza del brazo de Nathan en mi cuello no me dejaba respirar bien ni mucho menos hablar con total soltura y normalidad.

—Es sencillo, imbécil. Eran todos unos cerdos. Y a los cerdos se les sacrifica —contestó con marcado odio en cada una de sus palabras.

Entendí por su respuesta que el asunto racial se confirmaba como principal motivo de los asesinatos; pero ¿por qué esas personas en concreto?

—¿Estáis resucitando al Klan? —me aventuré a suponer.

—¿Resucitar? —respondió con sorpresa—. ¡El Klan no ha muerto nunca! El Imperio Invisible ha permanecido algunos años menos activo de lo que debería, descansando, cogiendo fuerzas… pero ya ha descansado bastante y ha recuperado sus fuerzas. Ahora somos más poderosos, tenemos más convicción en la victoria y estamos listos para recuperar lo que es nuestro y librar a la sociedad norteamericana pura y blanca de los bastardos negros, judíos, maricones y cualquiera que se atreva a intentar imponer su voz por delante de los que somos los legítimos y únicos dueños de este país. —Su radical discurso daba más miedo que el enorme cuchillo que blandía y movía delante de mi cara en la exaltación de su declamación. Él siguió hablando, realimentándose con el propio calor que sus palabras le daban—. El primer negrata que liquidé era uno de los mayores instigadores de huelgas y manifestaciones pro negros de la ciudad. Estaba empezando a ganar demasiados adeptos y sus venenosas palabras comenzaban a confundir incluso a gente de bien… idiotas que se dejarían engañar por cualquiera. Había que erradicar el problema de raíz y eso hice.

La verdad es que yo nunca había llegado a investigar mucho acerca de la primera víctima, de la que no sabía más que se trataba de un señor de unos cincuenta años que vivía al lado de la casa donde se había instalado el señor Giddens. En cualquier caso, el discurso de Nathan me pareció, al menos, coherente con sus ideales.

—Por cierto, que ahora me doy cuenta de que fue justo aquí al lado. En esa misma casa de ahí —indicó girándose un poco hacia la casa del porche rosa que había permanecido vacía todo el verano.

—Y al ver… que te salió bien, decidiste seguir… —dije yo para sonsacarle un poco más, aunque me costaba muchísimo articular palabra.

—Claro que me salió bien. ¡Dios está de mi parte! ¡Dios defiende a sus hijos! Y lo que yo estoy haciendo es su voluntad. Después del primero fui a por el abogaducho ese, el viejo que no hacía más que sacar a cerdos de la cárcel, consiguiendo con malas artes dejar libre a muchos sucios negros, delincuentes, indeseables, ratas de la peor calaña… Yo estaba tratando de limpiar

las calles y él las estaba llenando de nuevo con escoria negra. Pero actué y… otra mala hierba fue cortada de raíz.

Intenté tragar saliva, pero mi garganta estaba demasiado presionada y la fuerza del brazo de Nathan me lo impedía. Él continuaba hablando.

—Y luego fui a por el maricón del parque. Casi me daba más asco él que los otros negros que maté. Un desecho humano, una vergüenza para nuestra raza, un ser corrupto, inferior, que no tenía ningún derecho de existir. Fue una decisión mía personal… y fue la decisión correcta.

No entendí muy bien lo de «decisión mía personal» en aquel momento; como si las otras dos no lo hubieran sido también.

—¿Y Rosie B.? —mascullé como pude para cerrar el círculo de muertes de aquel verano.

—¿Te refieres a la pequeña ramera oscura que despaché hace unos días? Eso fue un regalo inesperado. Me la encontré en medio del bosque cuando yo me alejaba del hospital después de que tú me tiraras por la ventana, y simplemente no pude desaprovechar la oportunidad. Una mosca apestosa menos de la que preocuparse… Ahora que lo pienso, casi debería darte las gracias a ti. Si no me hubieras obligado a escapar de allí aquel día, no me la habría encontrado a solas en el bosque y probablemente no habría tenido la oportunidad de matarla. Pero no sufrió mucho, no tuve tiempo de recrearme y fue todo bastante rápido, si eso te consuela.

Aquellas palabras cayeron como una losa sobre mi alma, aplastándola sin piedad con toda la razón y lógica que conllevaban. No sé por qué no relacioné de primeras a Nathan con Rosie B. hasta que repasamos todos los asesinatos; pero lo que decía era cierto y yo debía haberme percatado antes. Al haberlo empujado ventana abajo y luego hacia el bosque, yo había provocado sin quererlo la muerte de Rosie B. Es cierto que no habría tenido forma humana de saberlo, pero mi acto de valentía al defender a Johnny terminó salvando un alma y condenando a otra al mismo tiempo. Creo que una lágrima asomó por la comisura de mi ojo.

—¿Y *Wolfy*? ¿Por qué él y de esa forma tan cruel? —seguí yo, recordando el otro asesinato que aún no había confesado Nathan—. Él no os había hecho nada. Era solo una pobre criatura inocente.

—¿De qué hablas? ¿Quién es ese tal *Wolfy*?

Entendí que Nathan ni se habría molestado a aprender el nombre de su perruna víctima. Seguro que para él no había sido más que un divertimento, una travesura sin ninguna importancia que no merecía la pena ni recordar.

—*Wolfy* era el perro de los Wise, el pobre animal que sacrificasteis sin sentido en su propia casa —expliqué

—Ah, sí… claro —confirmó él reconociendo la autoría de su crimen—. Eso no fue más que una manera de mandarle un mensaje muy claro y directo a tu amiguita, la medialengua, por entrometerse el día que debíamos haber acabado con Johnny Ebony en casa de su amante negra, la madre del pequeño tullido.

Era inútil tratar de razonar con aquel monstruo sin sesera que me sujetaba con fuerza, pero no pude evitar lanzarle una infantil reflexión al aire.

—Pero, no entiendo tanta violencia. ¿De verdad era necesario hacerlo de ese modo?

—Necesario no sé, pero te aseguro que fue divertido —replicó él, casi empezando a reír—. Por cierto, antes de que tú también te desangres como un puerco quiero que sepas que tus esfuerzos por salvar al malnacido de Johnny Ebony en el hospital no van a servir de nada. Sé que ha salido de allí y que se está quedando en casa de tu amiguito, ese lisiado pequeñajo… Puede que esta misma noche les haga una visita sorpresa y me encargue de él de vez por todas…; y de

cualquiera que se atreva a tratar de impedírmelo —terminó Nathan, ufano y seguro de que esta vez la suerte le sonreiría en su empeño.

Temí por la vida de mi amigo. Si Nathan me iba a matar allí mismo en cuestión de segundos o minutos, nada me hacía pensar que no fuera capaz de hacerle lo mismo a mi amigo, a su madre y rematar la faena que por dos veces había intentado sin éxito con Johnny.

—¿Por eso… atacasteis… la casa de Terence? —dije con voz temblorosa y entrecortada, intentando seguir ganando un tiempo que no sabía muy bien para qué iba a servir; supongo que por puro instinto de supervivencia.

—Un amante de negros es igual de asqueroso y peligroso que los propios negros. Manchan nuestra sociedad, se mezclan con la escoria y crean nueva escoria, desvirtuando aún más la pureza de nuestra raza. Para mí son incluso peores que los propios negros… ellos, al fin y al cabo, no tienen culpa de ser animales; Dios los hizo así y lo que no deben es intentar ocupar otro lugar que no sea el suyo en la escala de razas. Pero los que se juntan y aparean con animales, como el sucio Johnny Ebony, … esos que podrían elegir evitarlos y no lo hacen… hay que acabar con ellos igual que con todas esas ratas de piel oscura que nos están llenando de peste nuestro hermoso país.

Yo temblaba cada vez más. El discurso de Nathan, oído en directo, resultaba más terrible que cualquiera que hubiera podido imaginar en mi cabeza, que cualquier discusión que hubiera podido debatir con el señor Giddens o con mis amigos, que cualquier mensaje que hubiera visto en una película, como en ***El nacimiento de una nación***. Escuchar y, sobre todo, sentir el odio en primera persona tan cerca, a dos pulgadas de mi nuca, es con seguridad lo más terrible que he experimentado nunca. Casi deseé por un momento que acabara ya con mi vida para no tener que compartir este mundo con un monstruo como Nathan Simmons o cualquier otro de los de su calaña que, con seguridad, estaban distribuidos por el país que yo una vez idolatré, corrompiéndolo, pudriéndolo desde sus entrañas, descomponiendo sus principios, astillando los pilares y valores bondadosos sobre los que debía asentarse.

—Estoy… estamos limpiando la ciudad. Y luego seguiremos con el estado. ¡Y con el país entero! Y cualquiera que se ponga en medio de nuestro camino sufrirá la misma suerte que todos estos cochinos indeseables. Y no pararemos hasta que todos los que no asuman su verdadero papel en nuestra sociedad hayan muerto o se hayan ido —sentenció, con una mezcla de ira y entusiasmo, Nathan.

Entendí que su plural se refería a sus secuaces, Russell y Marky, que debían seguir reteniendo al señor Giddens detrás de nosotros, aunque hacía rato que no era capaz de escuchar nada más que la voz de Nathan. Me preocupaba también el destino de mi patrón; un hombre bueno del que yo había dudado tanto y que ahora, por mi culpa, iba a sufrir el castigo de verme morir y, puede que incluso algo más duro y terrible en sus propias carnes. Así que seguí en mi afán de arañar segundos a lo que me quedaba de vida.

—Pero entonces… ¿sois muchos más… que vosotros tres?

Nathan tardó un par de segundos en responder, como si esta pregunta lo hubiera descolocado un poco. Y entonces mi estrategia de ganar tiempo terminó de extinguirse.

—Se acabó el tiempo de la cháchara, capullo. Estoy siguiéndote desde que salisteis de Luke’s y llevo ya mucha noche perdida hablando con un cadáver andante. Ahora cierra el pico y, si quieres, también el único ojo que tienes, y en unos segundos te habrás ido del todo. Sé que debería hacértelo pagar más… darte una buena lección antes de mandarte al otro barrio, porque me has jodido bien. Ahora tengo que andar escondido todo el día. Ya no puedo moverme como

antes. La policía me busca y están por todas partes. Voy a tener que esperar mucho o incluso irme a otro sitio antes de poder recuperar la normalidad.

«¿Normalidad?», pensé. Si había alguien que no era nada normal, ese era Nathan; al menos el Nathan que me estaba mostrando ahora su verdadera cara, la de un terrible monstruo sin posibilidad de redención, alguien no humano, fuera de toda escala de valores y con más en común con un engendro del mismo diablo que incluso con un animal. Puede que, de manera general, visto desde fuera, sin profundizar nada en él, Nathan pudiera entrar en la categoría de «casi normal» –según la definición que yo solía usar para referirme a mucha gente… incluso a mí mismo–, un matón más, un chaval algo descarriado, un tipo de pueblo que quizás terminaría de madurar faenando en el mar, como muchos otros, que a lo mejor aprendía a ocultar su violencia al exterior y a guardarla muy dentro de sí, donde nadie sospechara, solo vertiéndola en privado contra cualquier pobre desdichada que tomara la horrible decisión de acercarse a él, o contra sus hijos, si tenía la mala fortuna de engendrarlos. Porque el monstruo que llevaba dentro no iba a desaparecer nunca, de eso estaba seguro. La palabra más lejana a Nathan en la que yo podía pensar en ese momento era «normal» o «normalidad».

—Pero no tengo tiempo ni ganas de perderlo dándote una paliza antes de rajarte. Siéntete afortunado porque, aunque debería hacerte sufrir más, hoy te facilitaré una muerte rápida.

No sé si pretendía que le diera las gracias por ello, pero lo cierto es que me alegró saber que todo acabaría rápido y puede que con poco dolor.

Vi cómo bajaba el cuchillo y cerré mi ojo, esperando el final. Pero justo entonces se oyeron dos golpes sordos a nuestra espalda, como el de dos sacos de estiércol que hubieran sido arrojados al verde césped, oscurecido entonces por las sombras de la noche.

Nathan tampoco debió identificar esos dos sonidos, porque se volvió hacia atrás con todo su cuerpo, arrastrándome a mí en su giro.

Abrí mi ojo, de manera instintiva, no por una curiosidad meditada, y vi dos cuerpos en el suelo, inmóviles –y supuse que inconscientes– y a una figura de pie, entre ellos, a unos tres o cuatro pasos de nosotros. Era el señor Giddens, erguido, con una pose que casi lo hacía parecer más alto de lo que era. Su rostro estaba en la misma penumbra que rodeaba toda la escena, pero podía ver su expresión de confianza y dureza. ¿Cómo habría podido deshacerse de los dos matones que lo habían estado apresando? Debía de tener cerca de setenta años y nunca lo había visto hacer ninguna demostración inusual de fuerza. Los dos cuerpos en el suelo, cuyos rostros no podía ver pero que sabía que eran Russell y Marky, eran dos muchachos vitales y fuertes, no tanto como Nathan, pero mucho más que yo, por ejemplo, y mucho más que el señor Giddens, con toda seguridad. Y, sin embargo, el que estaba allí de pie, con desafiante mirada, era el anticuario.

—Pero ¿qué coño…? —soltó Nathan, cambiando la dirección de su cuchillo y blandiéndolo ahora contra el anticuario.

El señor Giddens había perdido su sombrero en el porche, pero aún conservaba su bastón lacado en negro rematado con una cabeza de zorro dorada. Lo sujetaba con la mano derecha por la empuñadura. Sin decir palabra, lo elevó un poco de forma lateral para que su mano izquierda lo agarrara por la mitad, giró entonces su mano derecha, haciendo sonar un chasquido metálico, y tiró hacia fuera de lo que parecía un estoque, una finísima espada oculta en el interior del bastón, con un movimiento tan rápido que solo pude asimilarlo cuando la hoja estaba completamente desnuda y apuntando hacia nosotros.

El cuchillo de Nathan y el estoque del señor Giddens ahora casi se tocaban las puntas.

Mi ojo estaba abierto de par en par. La presión del brazo izquierdo de Nathan en mi cuello se

hizo menos aguda, pero no estoy seguro de si fue porque Nathan aflojó debido a la sorpresa que debió producirle aquella insospechada escena o porque la esperanza que acababa de surgir de repente en mi alma me hizo más resistente e inmune al dolor.

En un segundo obtuve la justificación de por qué el anticuario iba siempre acompañado de su bastón, sin que tuviera necesidad real de apoyo al andar. No era un elemento de ayuda al caminar, ni siquiera un complemento decorativo, sino una contundente arma de defensa; y, por la forma en que la sujetaba, parecía saber manejarla con destreza. De qué esperaba tener que defenderse el anticuario en cualquier momento era otra incógnita que quizás yo tendría que averiguar más adelante, pero en ese instante solo podía alegrarme de que lo hubiera llevado encima.

—Está bien, viejo —empezó Nathan—. ¿Quiere jugar? ¡Juguemos!

—No pretendo jugar a nada —replicó el señor Giddens con pasmosa tranquilidad. Su férrea confianza me daba a mí aún más esperanza—. Usted es Nathan Simmons, ¿verdad? Mi nombre es Horace Giddens y, aunque supongo que lo sabe de sobra, está en mi propiedad sin mi permiso.

—Pero… ¡¿qué dice…?! ¿Acaso pretende que nos estrechemos la mano?

Nathan debía de estar completamente confundido con la actitud del anticuario. Eso jugaba a nuestro favor y seguro que lo ponía más nervioso.

—Nunca he matado a nadie por una afrenta, a sangre fría, sin presentarme antes —afirmó el anticuario.

Aquellas palabras me sorprendieron hasta a mí. ¿Estaba el señor Giddens siguiendo algún antiguo protocolo de duelos?

—No sé de qué me está hablando, viejo, pero ¿qué piensa hacer ahora? Soy más rápido y fuerte que usted —fanfarroneó Nathan con menos convicción de la que hubiera esperado en su tono de voz.

—No estoy seguro de que sus amigos opinen lo mismo —dijo el anticuario echando una mirada de reojo a los dos cuerpos inmóviles que lo flanqueaban desde el suelo.

Nathan no paraba de moverse a un lado y otro, detrás de mí, parapetándose con mi cuerpo de una improbable pero posible embestida del anticuario con su afilado pincho. Entonces bajó su cuchillo y apoyó su filo contra mi muslo derecho, entre la parte frontal y el interior del mismo, apretando con fuerza sobre mi vaquero.

Yo me estremecí. Ese era el *modus operandi* que Nathan había usado para cobrarse ya cuatro vidas ese verano y había demostrado ser un método muy eficaz. No dudé un segundo en que mi vaquero cedería como mantequilla bajo la afilada hoja de aquel pequeño machete.

—A este pelele seguro que me lo llevo por delante. Y contra eso no va a poder hacer nada, viejo tarado —escupió Nathan con rabia.

—Le ruego se abstenga de realizar más movimientos con su arma —le espetó el señor Giddens, manteniendo su postura inmóvil y sus ojos fijos en nosotros. Su pose era altiva, su pelo blanco era lo más luminoso de la escena y reflejaba la poca luz que nos llegaba, su traje –intacto– no indicaba que el anticuario hubiera sufrido agresión alguna ni que hubiera estado un rato retenido contra su voluntad por dos orangutanes, y su voz sonaba profunda y rebosante de confianza.

—¡Voy a cargarme al tuerto! ¡Voy a rajarlo y su refinado traje se va a llenar de su sangre cuando lo salpique! Y mientras él se retuerce de dolor y angustia, casi seguro que chillando como un cobarde niñato, iré a por usted y lo dejaré seco también.

—No disfruto corrigiéndolo, señor Simmons, como tampoco lo hago al dirigirme a usted como «señor», pero le explicaré con detalle lo que va a pasar a continuación —empezó el señor

Giddens con una flema que llegó a ponerme nervioso a mí—. Ahora va a soltar su cuchillo, va a alejarse de William y vamos a entrar todos en casa tranquilamente, desde donde llamaremos a la policía para que pueda usted entregarse. Hoy se acaban la violencia y los crímenes; y usted pagará por sus pecados de acuerdo a la ley.

—No sé si está usted borracho, loco… o las dos cosas —replicó Nathan, con un visible nerviosismo en su voz—. Jajaja. Pero… ¿será posible? —no paraba de moverse detrás de mí y cada vez apretaba más el cuchillo contra mi pierna—. Y ¿quién se supone que va a obligarme a hacer eso? ¿Usted? Viejo decrépito fanfarrón… —acabó con todo el desprecio del que fue capaz.

—No. Se equivoca. Yo no voy a obligarlo a hacer nada. Lo hará usted voluntariamente —aclaró el anticuario manteniendo su pasmosa tranquilidad intacta y la tensión en su brazo extendido con el estoque apuntando hacia nosotros.

—Y, si no, ¿qué? ¿Me va a arañar con ese alfiler?

—No me gustaría demostrarle que mi estoque puede hacer mucho más que arañarle, pero le aseguro que no dudaré en usarlo si usted me obliga a ello.

Al terminar su frase, el señor Giddens empezó a abrir su boca en una amplia sonrisa que, de primeras, me pareció algo socarrona, hecha como para enfatizar sus alardes; sin embargo, donde habitualmente el anticuario paraba de extender su sonrisa, en aquella ocasión continuó, abriendo su boca, separando sus labios y dejando ver, poco a poco, como si estuvieran detrás de un telón que se levanta con lentitud, la enorme fila de largos dientes sin fin que yo había podido apreciar por primera vez el día que vimos ***Un día en la carreras*** en su sótano y, solo de refilón, alguna otra esporádica vez en el transcurso de aquel verano. Esos enormes y extraños dientes, que no parecían encontrar sujeción alguna en unas inexistentes encías y que me habían helado la sangre en el pasado, no hacían más reconfortarme ahora que los veía amenazadores contra aquel que estaba tratando de matarme.

No pude ver la cara de Nathan, que asomaba por mi izquierda, pero estoy seguro de que tuvo que desencajarse. Aquel rostro enfrente de nosotros, casi normal, no lo era en absoluto; y nadie que lo hubiera podido presenciar habría permanecido impasible o indiferente. Sin embargo, Nathan me sorprendió.

—De acuerdo. Me arriesgaré —exclamó con más tranquilidad que la que había estado exhibiendo en ese último rato, y hundió, con un rápido movimiento de muñeca, el filo de su cuchillo en mis vaqueros. El corte fue limpio, la tela cedió el instante y la carne se separó. No puedo decir que me doliera en exceso. Creo que mi preocupación estaba en otro sitio y amortiguó el dolor. A Nathan no le hizo falta ahondar mucho, ni dar dos pasadas. Un único corte, de dentro a afuera, bastó para cortar mi femoral –y no sé cómo lo supe entonces, pero estoy seguro de que era esa arteria–, dejándola abierta y escupiendo sangre a borbotones, como si los dos trozos que la componían nunca hubieran estado unidos.

En el mismo instante en que Nathan empezó su movimiento de corte, el señor Giddens dio una ágil zancada hacia delante y vi cómo su estoque pasaba al lado de mi cara, haciendo un zumbido al cortar el aire y un chasquido al atravesar algo más. La presión del brazo izquierdo de Nathan sobre mi cuello se hizo entonces mucho menos intensa y fue perdiendo fuerza hasta desaparecer del todo.

Al dejar de agarrarme y con la herida abierta en el muslo, yo caí hacia un lado y entonces pude ver la escena al completo. El estoque del señor Giddens se había hundido en el ojo izquierdo de Nathan y había atravesado su cabeza hasta salir por el grasiento pelo de la parte de atrás. Nathan

se había quedado con la boca abierta, como si la sorpresa lo hubiera hecho exclamar un gran «Ohhh» para sus adentros.

El señor Giddens me miró, tiró con fuerza del estoque hacia él y lo sacó de la testa de Nathan. Entonces, este se desplomó sobre la hierba como otro saco de estiércol.

—Señor Giddens… ¿cómo…? ¿Cómo ha hecho eso? —tartamudeé yo, perplejo por la acción del anticuario y a la vez lleno de emoción por el resultado de la misma.

Aquel desalmado de Nathan Simmons ya no mataría más. El asesino en serie de Fortress Flint acababa de ser neutralizado para siempre. Y, además, ironías del destino, había muerto tuerto del ojo izquierdo; igual que yo, la que se suponía que iba a ser su (primera) víctima de esa noche. ¿O quizás ya lo había sido? Porque entonces mi vista empezó a nublarse y comencé a sospechar que a lo mejor Nathan, aún muerto, conseguía finalmente mandarme al otro barrio aquella noche.

—William, ¿estás bien? —preguntó el anticuario con evidente gesto de preocupación mientras se agachaba a mi lado en un ágil y rápido movimiento. Era obvio que o bien no había visto mi herida, o bien deseaba que su gravedad no fuera la que indicaba la abundante la sangre que ya teñía gran parte de mi pantalón y empezaba a empapar el césped bajo mí.

—No… no lo sé… estoy un poco mareado… —balbuceé intentando no perder el conocimiento.

—Ese desalmado te ha hecho un corte profundo —me informó como si yo no lo supiera.

Puso su fría mano en mi herida y presionó fuerte intentando evitar que yo me vaciara del todo.

—¡Agh! —me quejé de dolor.

—Lo lamento mucho, William —se disculpó él, que seguía permaneciendo tan formal como siempre a pesar de las circunstancias—. Tengo que taponar la herida para que no te desangres.

—¿Cree realmente que eso es posible? —repliqué yo con el poco sarcasmo que me quedaba en el ánimo—. Hasta ahora, este tipo de cortes ha demostrado ser muy eficiente para los intereses de Nathan.

El señor Giddens me miró con compasión. Sabía que yo era consciente de mi inminente destino y su mirada me demostró que yo no estaba equivocado. Me iba. Huía sin quererlo de este mundo, mucho más rápido de lo que hubiera imaginado.

—Está bien —dijo retirando su mirada hacia el suelo, como si estuviera cediendo ante algo que le hubiera gustado poder evitar a toda costa—. No me queda otra opción.

Creo que entonces perdí el conocimiento un instante, porque me desperté con un fuerte bofetón que el anticuario me propinó para hacerme volver en mí.

—No te duermas, William. No debes dormirte aún —me ordenó.

—Sí… sí… lo intentaré —prometí yo sin demasiada convicción.

—Tengo que preguntarte algo y quiero que me respondas con sinceridad. Sé que no tienes mucho tiempo para pensarlo y que no estás en las mejores condiciones para pedirte que medites bien tu respuesta —me dijo con expresión tan seria que cualquiera hubiera pensado que se disponía a proponerme matrimonio.

—Adelante. Le… le escucho… con atención —mentí mientras mi mente se afanaba en recurrir a pensamientos que me mantuvieran despierto: el amor de mi madre, la sonrisa de Penny, los chistes de Abe… Pero notaba cómo mi vida se escapaba de mi cuerpo.

—William, ¿quieres vivir? —me preguntó para mi total desconcierto. Solo acerté a decir:

—¿Qué?

—Will, ¿de verdad quieres vivir?

Era la primera vez que me llamaba «Will», por más que yo le había estado insistiendo en ello

desde el día en que aparecía en la puerta de mi casa, dos meses atrás. Aquel nimio detalle me dio cierto impulso para terminar de escucharlo.

—Lo que quiero saber es si estarías dispuesto a sobrevivir a esto a cualquier precio… aunque ello supusiera ciertos cambios irreversibles en tu vida a partir de este momento.

Por más que las palabras del anticuario me intrigaran, mis fuerzas me abandonaban y mi garganta ya no era capaz de producir ningún sonido. Pero, con mi ojo medio cerrado y la expresión más neutra que se pueda imaginar, moví mi cabeza en vertical en señal de asentimiento. Fue una sola vez y el movimiento fue bastante leve pero suficiente para que el señor Giddens lo diera por válido.

A partir de ahí solo recuerdo unos segundos más, aunque las imágenes son bastante borrosas y, en aquel instante, incomprensibles para mí. Creí distinguir al señor Giddens pasando su mano derecha por la hoja de su estoque. Me pareció que, tras eso, volvía a acercar su mano, ahora ensangrentada, a mi herida, presionándola de nuevo con fuerza. Y lo último que recuerdo es su rostro, serio pero amable, mirándome mientras me susurraba algo que ya no llegué a escuchar, pero que supongo serían palabras de consuelo y tranquilidad para aliviar el ánimo de un moribundo.

Mi ojo se cerró entonces definitivamente. Y «morí».

# ACTO III

# La conversación

Abrí el ojo de golpe, volviendo a la vida como si alguien me hubiera sacudido con furia, pero la pequeña habitación en la que me encontraba estaba vacía. Mi respiración estaba tan agitada que cualquiera diría que acabara de despertar de una pesadilla, aunque no había nada en mi memoria que pudiera validar esa suposición. Simplemente parecía haber acabado de salir de la nada, de un pozo negro de profundidad indefinida e insonorizado en el que no era capaz de calcular cuánto tiempo había estado.

Era de día y mi ojo enseguida empezó a quejarse de la iluminación que inundaba la pequeña habitación. A pesar de que la única ventana que había en la estancia, a mi derecha, tenía un primer juego de finas cortinas blanquecinas corridas, estas no impedían que la claridad del sol iluminara con fuerza el espacio que me rodeaba. No tenía ni idea de la hora que era con exactitud, pero estaba bastante seguro de que me encontraba más cerca de la hora del almuerzo que de la del desayuno. Como la claridad me venía justo por la derecha, aparte de entrecerrar un poco mi ojo para amortiguar la molestia de la luz, giré mi cabeza hacia la izquierda, tratando de escapar de la inevitable incidencia lumínica que me llegaba a través de la ventana.

Lo siguiente que noté, conforme iba tomando consciencia de mi estado, fue un leve picor en mi cuello, alrededor del mismo, y también en la parte alta del pecho, bastante concentrado en el punto medio del mismo. Estaba tapado con una fina sábana, pero tenía los brazos al aire, así que elevé mi mano derecha sin dificultad y me rasqué, topándome con la pequeña cruz de plata que desde hacía años adornaba mi cuello. Conforme mis dedos rozaban mi piel, una placentera sensación de alivio me invadió y eso ayudó a que mi corazón decelerara un poco más.

Con el momentáneo desvanecimiento del picor y creo que debido a que mi mano se encontraba en las inmediaciones de mi cuello, mi mente recordó el ataque de Nathan y cómo mi garganta había estado sometida a una gran presión, con las tachuelas de su pulsera de cuero clavándose en mi carne. Estaba seguro que me habría dejado unas marcas similares a las que se habían encontrado en los cuatro cadáveres. Me palpé en el lugar donde había sentido los pinchazos de las tachuelas de Nathan, como si buscara rastros de ellos a través de inflamaciones o hendiduras en mi piel, puede que incluso pequeñas cicatrices, pero mis dedos no encontraron nada inusual en mi piel, ni siquiera residuos escondidos de dolor, por más que hasta presioné con algo de fuerza en el sitio donde recordaba haber tenido hincadas las puntas metálicas de la pulsera de Nathan. Pensé que quizás solo quedarían pequeños hematomas como prueba de ello, aunque yo no pudiera notarlos con mis dedos en ese instante.

Entonces empecé a ser consciente de que había sobrevivido a un ataque que me había parecido mortal desde el momento en el que la afilada hoja del cuchillo de Nathan había desgarrado la tela de mis pantalones y se había incrustado en mi carne, cortando el músculo y separando venas y arterias como mantequilla. Eché a un lado la sábana, dejando al descubierto mi pierna para comprobar el estado de la misma. Me incorporé lo justo para que el giro de mi cuello hacia la parte baja de mi cuerpo no fuera demasiado incómodo y pude ver, con mi ojo aún entrecerrado, un vendaje que me recorría la pierna y tapaba la mitad media de mi muslo. El vendaje estaba limpio, al menos por la parte de afuera, y las sábanas donde descansaba mi pierna también. Me

resultó muy extraño, hasta rozar lo increíble, que el surtidor de sangre con el que me había despedido de mi consciencia en algún momento indeterminado del pasado –no podía saber entonces cuánto tiempo había estado inconsciente– estuviera ahora tan cerrado como la caja fuerte de un banco. ¿Cómo había sido posible que aquella tremenda y mortal herida se hubiera cerrado tan rápido permitiéndome seguir con vida? ¿Qué había sucedido conmigo, diferente a las otras víctimas cuya femoral también había seccionado Nathan, para que la fortuna me hubiera sonreído a mí de aquella definitiva manera? ¿Estaría delirando, soñando con un final feliz mientras me dirigía, sin saberlo, por el túnel de luz hacia «la otra vida» que me esperaba después de la terrenal? Pero no, todo era tan real… mis sentidos podían ver, oler, tocar… como nunca en los sueños puede hacerse.

Traté de mover la pierna y comprobé que podía hacerlo, aunque con dolor. Palpé el vendaje con mi mano, como queriendo darme un suave masaje, y volví a taparme con la fina sábana poco después. No tenía pantalones y mi camiseta, que seguro se habría manchado también de sangre, había sido sustituida por otra, de color blanco y suave y confortable algodón.

No conseguía acostumbrarme a la luz. Tenía la boca seca, pero no vi ningún vaso de agua en la mesita de noche que flanqueaba la cama. Justo me disponía a dar una voz para llamar a quien quiera que estuviera al otro lado de la puerta cerrada que clausuraba la pequeña habitación donde me encontraba cuando esta se abrió despacio y ante mí apareció mi salvador, el señor Giddens.

—Querido William —dijo desde la puerta con una evidente expresión de alegría—, por fin has vuelto con nosotros.

Avanzó un par de pasos mientras yo le devolvía la sonría.

—Espera un segundo, hay demasiada luz aquí —se lamentó girando hacia la ventana, como si hubiera percibido que me costaba ver debido a la intensidad lumínica de la estancia. O quizás porque a él mismo, con su maldita fotofobia, le molestaba la intensa claridad que nos rodeaba.

En un segundo había corrido un segundo par de cortinas, más gruesas y de color gris, que pusieron en penumbra la habitación, dejando la luz justa para que se distinguiera bien todo, pero con tenue intensidad. Se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Mejor ahora?

—Sí, muchas gracias —confirmé yo pudiendo abrir por fin del todo mi ojo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien… bastante bien, en realidad, aunque me encantaría un poco de agua.

—Por supuesto, por supuesto… Ahora mismo te subo un vaso.

Y desapareció por la puerta con su silencioso caminar.

Estaba en la casa del señor Giddens, en una pequeña habitación de invitados en la que creo solo había entrado una vez. Me pregunté qué haría allí. ¿Por qué no estaba en el hospital? ¿O en mi propia casa? ¿Qué día sería? ¿Habría estado inconsciente mucho tiempo? Eran muchas las dudas que empezaban a asaltarme, pero la alegría de estar con vida les restaba demasiada fuerza como para turbarme en exceso.

El anticuario apareció al cabo de un minuto con un vaso y una jarra de agua en las manos. Se acercó y me lo ofreció, ayudándome a incorporarme un poco más. A continuación, se sentó en una silla que había en el lado derecho de la cama y entonces comenzó la que probablemente sea la conversación más importante que he tenido en toda mi vida.

—Bien —comenzó a hablar de nuevo mientras yo terminaba con cierta ansiedad el vaso de agua—, ha llegado la hora de que hablemos. Supongo que tendrás muchas preguntas. Y yo

muchas cosas que contarte. Pero si estás cansado y prefieres que esperemos un poco más, no hay ningún problema. Volveré dentro de un rato, cuando estés más despierto y recuperado.

Me miraba con ojos amables y expresión tranquila, aunque yo podía percibir que dicha tranquilidad era más fachada que real.

—No, no. Estoy bien, de verdad. Me encantaría hablar con usted —repliqué mostrando una nada disimulada curiosidad.

—De acuerdo, pues vamos allá. Marca tú el ritmo, por favor. ¿Por dónde te gustaría empezar?

—Pues… me gustaría comenzar ubicándome un poco. ¿Qué día es hoy?

—Es martes, 15 de agosto de 1967 —respondió como el presentador de un informativo.

Me hizo gracia la longitud de su respuesta. Habría bastado con un simple «martes» o «15 de agosto». Pero enseguida mi expresión tornó en sorpresa, porque entendí que el ataque de Nathan había sido… justo la noche anterior. Eso hacía aún más extraño la aparente mejoría de la herida de mi pierna. ¿Cómo era posible que solo unas horas después de aquel mortal ataque estuviera más o menos fresco, descansando como un invitado en casa de mi patrón, en lugar de debatiéndome entre la vida y la muerte en el hospital? Y, ¿dónde estaba mi madre?

—¿Cómo es que estoy aquí y no en el hospital… o en mi casa?

—¿Qué recuerdas de anoche? —me sorprendió el anticuario sin contestar a mi pregunta.

Dudé poco antes de contestar.

—Todo… creo. Nathan y los suyos nos asaltaron por sorpresa en su porche. Nos llevaron detrás de la casa. Confesó ser el autor de los cuatro crímenes y luego… me rajó la pierna al mismo tiempo que usted… usted lo mató con su estoque. Recuerdo tener una sensación muy real y certera de ir a morir, de cómo la vida se me escapaba junto con toda la sangre que salía de mi pierna… Y entonces me desperté aquí, hace solo unos minutos.

Como breve resumen, desde mi punto de vista, era bastante bueno. No mencioné nada sobre las extrañas imágenes que había creído ver justo antes de la pérdida de consciencia porque estas estaban borrosas, no iba a saber explicarlas y bien podrían haber sido solo delirios fruto de la intensidad del momento.

—Bien, William —replicó él con pasmosa tranquilidad, como si acabara de contarle algo normal, algo que hubiera hecho una tarde cualquiera, con paseo, playa, cine o charla con mis amigos—. Eso es justo lo que ocurrió.

No entendía entonces por qué el señor Giddens había insistido en chequearlo.

—¿Qué pasó cuando me desmayé? —pregunté intentando completar las piezas del puzle.

—Bueno… la verdad es que desde que perdiste el conocimiento hasta ahora han pasado muchas cosas, a pesar de que solo han transcurrido unas horas. Intentaré contarte todo de manera ordenada. Solo déjame que vaya enlazando los acontecimientos para que puedas asimilarlo todo. Acabas de volver en ti y, aunque no quieras reconocerlo, todavía estás débil y aturdido por todo lo que pasó anoche.

—Claro… sí… le escucho —respondí, sumiso por fuera, pero muy expectante por dentro.

—Lo primero que hice fue tratar de contener la hemorragia. Aunque tú ya estabas inconsciente, conseguí pararla, te quité la ropa ensangrentada y te metí en la cama, para que descansaras y te recuperaras. —Esto ya me parecía muy raro. Por muchas habilidades médicas que pudiera tener el anticuario y que yo desconociera, no era normal que, con una herida como la que me había hecho Nathan y con toda la sangre que seguro había perdido, no hubiera llamado a una ambulancia de inmediato. Pero, como parecía que el señor Giddens tenía muchas más cosas que contarme, reprimí mis deseos de cuestionar sus decisiones y actos y dejé que continuara

hablando—. Luego volví detrás de la casa y arrastré a los dos acompañantes de Nathan que me habían estado sujetando mientras él te amenazaba y que aún estaban inconscientes en el suelo. —Hice además de preguntar cómo había conseguido zafarse de ellos, porque era otra de las cosas que la noche anterior me había resultado sorprendente, pero no llegué a pronunciar palabra porque el señor Giddens sabía perfectamente que debía dar una explicación a aquello y enseguida lo mencionó—. Seguro que te estás preguntando cómo un anciano como yo pudo quitarse de encima a esos dos moscones, pero no debes subestimar a alguien por su aspecto. Todavía estoy bastante en forma a pesar de mi edad y, aunque ellos pudieran parecer más grandes y fuertes que yo, aún conservo bastante agilidad. Ya sabes que más vale maña que fuerza, querido William. Un par de rápidos movimientos y sendos golpes con el mango de mi bastón en sus cabezas huecas bastaron para dejarlos sin sentido el tiempo suficiente para, digamos, arreglar la situación con Nathan. —Desde luego, el señor Giddens seguía siendo una caja de sorpresas. Jamás hubiera imaginado que sería capaz de acabar con dos tipos como Russell y Marky de una manera tan eficaz. Pero los hechos, que de no haberlos vivido en primera persona hubieran sido muy difíciles de creer, estaban ahí y eran irrefutables—. El caso es que arrastré sus cuerpos inconscientes hasta dentro de la casa y los até con una cuerda gruesa entre ellos, de las manos a los tobillos, dejándolos sin posibilidad de moverse en caso de que despertaran. Así no molestarían mientras llegaba la policía. —«Bien», pensé. Aquello ya tenía más sentido. Al menos, había llamado a la policía—. Además, necesitaba algo de tiempo para… bueno, para despejar el escenario. —¿Despejar el escenario? ¿A qué se referiría con aquello? Volví a pensar que lo mejor era dejarlo hablar, porque además empezaba a notar cierta incomodidad en su voz—. También necesitaba ayuda, así que llamé a alguien que sabía que no dudaría en echarme una mano. Tuve suerte de pillarlo en su casa; y en menos de quince minutos, Elmer estaba aquí. —¿Elmer? ¿Para qué iba a necesitar el señor Giddens la ayuda del gigante hermano de Johnny mientras llegaba la policía? Nathan estaba muerto y los otros dos bien atados en la casa—. El bueno de Elmer... —dijo entonces con media sonrisa—. No hizo ninguna pregunta. Solo necesitó entender que Nathan era «la sombra» que le había arrebatado a Rosie, su Rosie, y me ayudó diligente a limpiar toda la sangre que había en el jardín y a trasladar el cuerpo de Nathan al sótano.

Aquello me descolocó por completo. Ahora sí que no pude evitar interrumpir al señor Giddens, el cual, por su parte, sabía que acababa de abrir una puerta con información que iba a necesitar de claras y más profundas explicaciones para ser entendida.

—Pero… no entiendo. ¿Por qué limpiar el jardín? ¿Por qué mover el cuerpo de Nathan? —exclamé yo con la más desconcertada expresión que se pueda imaginar.

—Querido William, tenía que protegerte. A ti y a mí. Después de lo ocurrido no podía permitir que la policía metiera demasiado las narices en lo que había pasado, no hasta el fondo de todo el asunto. Si lo piensas bien, lo mejor era ocultar el cuerpo de Nathan. Quizás si ese desalmado no hubiera llegado a herirte del modo en que lo hizo podríamos haber manejado la situación de modo diferente…

Las palabras del anticuario no terminaban de tener sentido para mí; y él lo sabía.

—No llego a comprender bien lo que quiere decir, señor Giddens —intervine, intentando argumentar con lógica por qué todo aquello no me cuadraba—. Si piensa que lo condenarían por asesinato, se equivoca. Usted solo se defendía… solo me defendía a mí, me ayudaba a que ese loco que acababa de confesar cuatro crímenes premeditados no acabara también con mi vida, y

puede que con la suya. Y me tenía a mí de testigo. ¿Cómo iba nunca la policía a arrestarlo por eso?

—No fue por eso. A nivel legal estoy seguro de que sería exculpado por mis actos. La justificación de los mismos es clara y la ley estaría de mi parte.

—Pero entonces, ¿por qué ocultar el cuerpo y limpiar la sangre? Ha adulterado usted la escena de un crimen y eso sí que podría acarrearle problemas si llegara a descubrirse —insistí aplicando toda la racionalidad que pude al asunto.

—Tienes toda la razón, William. Pero esa herida en la pierna y la cantidad de sangre que dejaste en el jardín, en el cuchillo, en la ropa y las manos de Nathan… bueno, eso habría provocado muchas preguntas a las que no habríamos podido contestar.

—¿A qué preguntas se refiere? —inquirí con extrema curiosidad.

El señor Giddens se tomó un momento para responder, sin llegar de hecho a hacerlo.

—Ya llegaremos a eso y entonces lo entenderás. Permíteme terminar de explicarte lo que pasó después y la versión oficial de lo que ocurrió… la que le di a la policía y la que tú tendrás que respaldar; y, tras eso, intentaré explicarte por qué hice lo que hice. Por ahora, confía en mí si te digo que la mejor opción era esconder el cadáver de Nathan y ocultar a la policía la última parte de lo que sucedió anoche.

Aquello parecía un enigma escondido dentro de un acertijo. Por muchas ansias que tuviera yo de conocer todas esas esclarecedoras explicaciones y respuestas que el señor Giddens me prometía, lo cierto es que no tenía muchas más opciones que acceder –de momento– a lo que me pedía y confiar en él, esperando paciente que la historia que iba a contarme nos condujera a conclusiones aceptables, razonables y con las que poder empatizar.

—De acuerdo. Continúe, por favor —terminé aceptando, sujetando con fuerza mi excitación y curiosidad desde el fondo de mi estómago.

—Gracias, William —replico él, muy consciente del esfuerzo que me estaba pidiendo y sabiendo que lo que trataba de contarme no debía de ser sencillo de argumentar; y puede que incluso de asimilar—. Bien, limpiamos toda la sangre del jardín con abundante agua. La hierba perdió el color rojizo y la tierra absorbió los restos diluidos. Llamé a la policía entonces y denuncié el ataque. Cinco minutos después, un coche patrulla apareció en la calle. Los hice pasar y les enseñé a los dos individuos que tenía atados y aún inconscientes en medio del salón. Les conté la verdad… hasta cierto punto. Les hablé de cómo habíamos sido atacados al llegar a casa, les dije que Nathan Simmons parecía ser el cabecilla del grupo. Noté cómo el hecho de mencionar a Nathan aumentó el interés de la pareja de policía por lo que les estaba contando, ya que la condición de fugitivo de Nathan y su búsqueda había sido el caso más popular de la ciudad en la última semana, con permiso, por supuesto, de los asesinatos. Cuando les dije que tú, mientras estabas amenazado y con cierta astucia, le habías sacado a Nathan la confesión sobre su autoría de dichos crímenes, los ojos de los policías casi se salen de sus órbitas. —Me sentí halagado por el mérito que el señor Giddens me atribuía, aunque, puede que, con un exceso de humildad, en mi interior yo pensara que quizás hubieran sido mi miedo a morir y mis nervios los que me hubieran hecho tirar de la lengua a Nathan, y no mi arrojo o astucia. En cualquier caso, por casualidad o no, era cierto que la noche anterior habíamos resuelto el misterio de los asesinatos—. Les relaté cómo nos dijo sin tapujos que había venido para convertirte en su quinta víctima, como venganza por el incidente del hospital por el que se había visto obligado a huir y esconderse; y que, aunque no lo dijo de forma explícita, seguro que también querría acabar conmigo, para no dejar testigos. Les hablé brevemente de cómo nos contó en su confesión los

motivos para cometer los crímenes que tenían en jaque a toda la ciudad. No les sorprendió escuchar que el racismo era el motor de toda esta violencia, aunque sí se mostraron algo escépticos con el tema de que todo aquello fuera un intento de crear una célula del Klan en Fortress Flint. —Me resultó curioso comprobar cómo, al igual que me había sucedido a mí mismo, la idea de algo tan perverso y conocido como el Ku Klux Klan fuera rechazada de primeras como cierta o cercana cuando alguien mencionaba la posibilidad de que sus ideales estuvieran arraigados en nuestra propia comunidad. Era como si todos estuviéramos programados para pensar que «eso no va a pasar en mi ciudad» o «eso solo pasa en televisión, lejos de aquí, en sitios donde la gente es peor que nosotros…». ¡Qué ciegos estamos!—. Pude convencerlos de que fue en un despiste de los dos que me tenían sujeto a mí que aprovechamos para tratar de defendernos, primero yo y luego tú, al verse Nathan sorprendido por los acontecimientos. Y que pudimos luchar, dejar a dos inconscientes…

—Russell Craig y Marky MacDonald —interrumpí sin pensarlo, solo con la intención de completar información.

—Sí, Russell y Marky… uno de los policías los conocía —me informó él—. Les dije que Nathan se quedó entonces solo y acorralado en el jardín, y que, viéndose en inferioridad, decidió esquivarnos y salir huyendo con tal velocidad que nos fue absolutamente imposible tratar siquiera de seguirlo, y que se perdió en la noche en pocos segundos. —En ese punto era donde la historia del anticuario empezaba a divergir con la realidad; pero, como había prometido, le dejé seguir hablando sin intervenir—. Les conté que luego me ayudaste a atar a Russell y Marky y a llevar sus cuerpos inconscientes dentro de la casa y que, debido al *shock* del incidente y a algún golpe que recibiste en la refriega, te encontrabas agotado y decidiste echarte en la cama, justo después de que yo llamara a la policía. Echaron un vistazo alrededor de la casa, más para asegurarse que Nathan no hubiera vuelto y estuviera escondido por allí que para examinar la escena del incidente. De hecho, no repararon… o no preguntaron, mejor dicho, por el césped mojado. Supongo que debieron pensar que había regado abundantemente por la tarde, antes del altercado. Volvimos dentro de la casa y les enseñé que dormías profundamente en el cuarto, para que vieran que estabas bien, solo exhausto. Yo sabía que me arriesgaba a que te hubieran tratado de despertar para hacerte declarar, pero esperaba que, teniendo a dos de los asaltantes como triunfo de la noche y la versión de un respetable y maduro ciudadano, no insistieran en ello y su compasión te permitiera seguir descansando. Los convencí de que no había ninguna prisa y que hoy iríamos a comisaría a prestar declaración. Les dije que también había avisado a tu madre, aunque aún no lo había hecho en realidad, y que podías pasar la noche aquí. Creo que les presenté los hechos con tal normalidad que no dudaron ni un instante de mi versión, y su buena fe los hizo aceptar que no habría ningún problema en esperar a hoy para obtener nuestra declaración sobre Nathan y sobre los otros dos, a los cuales también les esperaba una buena temporada en la sombra por cómplices. Así que los pusieron en pie y los hicieron despertar con un par de tortazos. Ambos estaban claramente desconcertados, no entendían cómo habían acabado así y eso ayudó a que no dijeran mucho sobre lo que había sucedido. Y cuando hablen, si es que lo han hecho ya, su versión no será nada distinta a la mía, ya que hasta que los dejé inconscientes todo mi relato se ajusta a la realidad que ambos presenciaron. Lo que no sé es si se atreverán a reconocer que fueron reducidos por un anciano… —sonrió entonces el señor Giddens, mostrándose por primera vez más ufano de lo habitual por su improbable pero irrefutable victoria sobre aquellos dos—. Bueno, el caso es que los metieron en el coche patrulla y se marcharon volviendo a insistir en que debíamos presentarnos hoy en comisaría para cerrar la

denuncia y el expediente contra los asaltantes. De hecho, esta mañana, hace solo un rato, pasó otra pareja de policías por la casa para asegurarse de que estábamos bien y que íbamos a acudir a comisaría como yo había prometido a sus compañeros unas horas antes, cosa que volví a confirmar tras alegar que aún no lo habíamos hecho porque tú aún no te habías levantado; y para añadir un toque convincente al asunto, algo personal que siguiera proporcionando a mi discurso el tono natural que yo pretendía, hice un comentario sobre la juventud y vuestra desmedida capacidad para dormir a pierna suelta aún en medio del mayor de los terremotos. Espero que me disculpes por ello. En cualquier caso, como ves, ir a declarar es lo primero que tendremos que hacer hoy en cuanto terminemos esta conversación. Confío en que puedas levantarte y caminar, porque tenemos que seguir guardando las apariencias respecto a eso.

—¿Me está pidiendo que mienta a la policía? —exclamé sin poder remediarlo, al sentirme forzado a participar en un delito de calumnia, al que además aún no veía el sentido—. Y, sobre todo, ¿para qué? Si no hemos hecho nada malo..., usted mismo ha confirmado antes que no piensa que ningún juez le declarará culpable por el asesinato de Nathan. ¿Por qué mentir entonces sobre su muerte?

—No es por su muerte, William —replicó él con el semblante serio—. Es por tu herida.

No entendía el porqué de tanto interés en que nadie supiera lo de la tremenda herida en mi pierna. ¿O no era tan tremenda? Porque lo cierto es que yo seguía vivo. Y la pierna no me dolía tanto, en realidad. Podía incluso moverla. ¿Cómo había podido yo interpretar de forma tan errónea el tajo en mi pierna y la gran cantidad de sangre que estaba seguro haber visto abandonar mi cuerpo la noche anterior, solo unas horas atrás? Pero, ¿qué más daba eso? Si ni siquiera había sido tan grave… ¿Qué motivos podía haber para que el señor Giddens estuviera tan incómodo, nervioso incluso, porque se supiera que Nathan me había cortado, con la misma intención con la que había asesinado a otras cuatro personas aquel verano?

—Pero, ¿qué tiene que ver mi herida con todo esto de mentir…? —repliqué al fin.

—Debo insistir en terminar de relatarte los hechos de una manera ordenada. Solo así podrás entender el fondo del todo el asunto. Te prometo que en unos minutos estaremos ahí y entonces lo verás todo con la misma claridad que yo.

—Bien, bien… siga entonces, por favor —pedí impaciente.

—Elmer estuvo con el cuerpo de Nathan escondido en el sótano durante toda la visita de la policía. Cuando lo avisé de que ya no había peligro, salió y empezó a realizar una nueva tarea que le encomendé: debía despejar, con extremo cuidado, la zona de rosales que había plantado unos días atrás y cavar en dicho espacio un agujero en el suelo, de unos seis pies de profundidad, por tres de ancho y siete de largo. —Eso parecían las medidas de una tumba. El anticuario me miró fijamente porque sabía que yo había entendido donde pretendía llegar—. Sí, William, ese agujero era exactamente para lo que estás pesando. ¿Qué mejor lugar para esconder un cuerpo que la propiedad de donde se escapó corriendo la última vez que alguien pudo verlo? —Desde luego, las palabras del señor Giddens, como siempre, tenían mucho sentido—. Mientras el bueno de Elmer se afanaba en deshacer su plantación de rosales con todo el mimo del mundo y en cavar tan rápido como podía el agujero que lo había indicado, yo aproveché para llamar a tu casa. Tenía que informar a tu madre que pasarías la noche aquí, para no preocuparla y para que todo cuadrara con la versión que acababa de darle a la policía. Cuando me lo cogió tenía voz de dormida. Debí de haberla despertado. Como no quería alarmarla, no le conté nada sobre el ataque ni mucho menos sobre tu herida. Sé que no me perdonará fácilmente cuando se entere, porque se enterará, de que ayer nos atacaron y que yo le mentí, pero espero que algún día entienda por qué

lo hice. Tú estabas a salvo y no había motivos para preocuparla. Así que le dije que habíamos estado viendo una película hasta tarde y que te habías quedado dormido en la butaca. Y que, al verte sin fuerzas para volver a casa, te invité a quedarte y aceptaste. Ella lo entendió y me agradeció la llamada.

—Bueno, gracias por haberlo hecho. La verdad es que tiene sentido que no la preocupara sin motivo, estando yo a salvo, como usted parecía saber con certeza. Aunque estoy de acuerdo en que no le va a sentar nada bien enterarse de que usted le ocultó parte de la información… que yo tendré que contarle esta noche en casa —terminé resoplando y pensando en la dificultad que aquello entrañaba.

—Sobre todo, William, intenta suavizar para ella el ataque todo lo que puedas. No ha lugar a inducir sufrimiento sin sentido en el alma de cualquier persona amada; y menos aún en una madre. Ya hemos hablado antes de esto, ¿verdad? Y aunque ahora estés fuera de peligro, ella lo pasará mal si piensa que sufriste demasiado.

—Lo entiendo, señor Giddens. Esa parte de suavizar la cruda realidad o maquillar la verdad para mi madre sí que la entiendo. Pero aún no hemos llegado al por qué mentirle a la policía.

En ese momento, se oyó un golpe fuera de la casa, a través de la ventana cerrada. Yo me sobresalté un poco, ya que estábamos hablando de engañar a la policía y eso me ponía muy incómodo. Yo era muy consciente de que hacía unos días había hecho eso mismo al ocultar el descubrimiento del cadáver de Rosie B. por parte de Elmer y nuestro posterior encuentro con él, pero entonces había sido una decisión mía, meditada y acordada con Penny, basada en mi intuición, mi raciocinio; y ahora se trataba de algo a lo que me veía forzado y, sobre todo, de lo que no entendía ni por asomo los motivos que llevaban al señor Giddens a pedirme tal cosa.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté nervioso—. ¿Es que hay alguien más por aquí?

—Sí, claro. Es Elmer. Está volviendo a replantar la rosaleda para dejarla exactamente igual a como estaba.

—¿Y Nathan está…?

—Sí, William —contestó el anticuario sin dejarme terminar—. Dejemos que al menos los restos de ese terrible monstruo sirvan para algo bueno y den fuerza y vigor desde la tierra a esas bonitas flores que Elmer está colocando encima de él con tanta habilidad y cuidado.

Tragué saliva. El cuello me volvía a picar. Era una sensación extraña, como si tuviera un pequeño inicio de sarpullido. Me rasqué con fuerza, desplazando la cadena y la cruz de plata que adornaban la parte que más me picaba. El señor Giddens observó cómo me rascaba, algo absorto en mi movimiento, sin decir nada.

—Volvamos a mi herida. ¿Cómo sabía usted que no era tan grave como parecía? ¿Cómo podía estar seguro de que mi vida no corría peligro sin avisar a un médico o llevarme al hospital? Admita que la sangre salía de ella con mucha fuerza. De eso me acuerdo perfectamente.

—Querido William, hemos llegado al punto en que vas a empezar a oír cosas que pueden sonarte algo extrañas, confusas al principio, pero te ruego escuches con atención y confíes en mí. Todo lo que voy a contarte es cierto. Sé que vas a dudar de mí y de algunas de las cosas que estoy a punto de desvelarte, pero te pido que tengas fe, e intentaré demostrarte que todo lo que voy a contarte es cierto. —Su discurso empezaba a ser inquietante. Yo no tenía ni idea de por dónde iba a salir el señor Giddens, pero desde luego que contaba con toda mi atención—. Verás, mi sangre… mi sangre es… algo especial. «Casi normal», como te gustaría definirla a ti —marcó esa frase con una media sonrisa, supongo que tratando de aplacar un poco los evidentes nervios que sentía al hablar de aquello—. Y anoche, para asegurarme de que tu herida no te costara la

vida, tuve que pasarte un poco de mi sangre, mezclándola con tu herida, para que tu sangre también se volviera… especial.

—¿Está diciendo que me traspasó algo a mi sangre y que eso fue lo que me salvó la vida?

—Sí, exacto.

—¿Como una especie de virus? ¿Una bacteria? ¿Un parásito?

—Bueno, todo lo que mencionas parece que tiene connotaciones negativas, pero lo que te traspasé no es necesariamente negativo. Es solo… diferente. Hace que tu sangre se comporte ahora de manera algo distinta a como lo hacía antes; a como lo hace en la inmensa mayoría de los mortales.

Hablar de la sangre de esa manera me hizo de forma irremediable volver a abrir el baúl de los pensamientos sobre vampiros que tantas veces había tratado de hacer desaparecer de mi mente pero que, en realidad, solo había conseguido ocultar de mi consciencia primaria la mayor parte del tiempo.

—Pero, me ha contagiado usted algo, ¿no? Algo que me ha salvado la vida… —insistí buscando una respuesta que me satisficiera.

—Al poner mi sangre en contacto con tu herida, hice que parte de ella entrara en tu torrente sanguíneo, se mezclara con la tuya y empezara a modificarla… Es como si viertes un poco de tinta en un vaso de agua y de repente esta se colorea y pierde su estructura original, no pudiendo ya separar ambos líquidos. No soy médico ni científico y no podré darte una explicación mejor, pero mi sangre, y ahora también la tuya, contiene algo que es capaz de regenerar tejidos de forma muy rápida, de cerrar heridas y acelerar su recuperación, de mejorar la generación de plaquetas, glóbulos rojos y blancos, y que mantiene siempre unos niveles óptimos de sustancias en su plasma. Es una sangre más robusta que la del resto de personas, más sana, más pura. —Más allá de la estupefacción que las palabras del señor Giddens estaban causando en mí, su discurso sobre la pureza de la sangre me sonó demasiado familiar, en sentido negativo, ya que por un momento lo asocié a los perniciosos y despreciables ideales racistas de los que tanto habíamos hablado (y criticado) durante todo el verano. Él seguía hablando—. Y esa fortaleza, esa vitalidad extra que la caracteriza, es capaz de transformar la sangre de otro cuerpo, de otro ser humano, en cuando esta entra en contacto con ella; de manera muy rápida, haciéndola evolucionar a mejor, inundando el nuevo cuerpo de vitalidad, con algo más positivo… en una palabra: mejor.

—¿Me está usted diciendo que es una especie de mutante? —dije por fin, usando un término que me vino a la mente al recordar los cómics de la Patrulla-X y de los extraordinarios alumnos del Profesor Xavier. ¿Acaso sería ese amable y aparentemente inofensivo anticuario, casi anciano, un ser humano con un «poder» extra? Un poder extra que no tenían los humanos ordinarios. Y, ¿qué era yo ahora? ¿En qué me había convertido, supuestamente, el señor Giddens al traspasarme parte de su sangre, al mezclar su «poder especial» conmigo?

Su cara mostró una clara extrañeza por el término que yo acaba de utilizar y su respuesta sonó, por el tono, más contundente de lo que sus palabras expresaron.

—No sé por qué insistes en usar solo connotaciones negativas en la forma de referirte a esta capacidad, William. —Estaba claro que el señor Giddens no estaba muy familiarizado con los cómics de Marvel, donde los mutantes no son presentados necesariamente como algo negativo, sino como algo mejor, algo que convierte a los protagonistas en extraordinarios y es su moral, valores y motivaciones lo que los hace usar sus poderes para hacer el bien o el mal. El anticuario, sin embargo, sí que parecía asociar la palabra «mutante» a algo negativo, quizás a alguna enfermedad. No quería discutir y preferí dejar lo de informarle sobre el Profesor Xavier y demás

en otra ocasión. Sin embargo, lo que añadió él a continuación volvió a turbarme un poco—. Aunque he de confesar que no todo son ventajas en el hecho de poseer esta condición —admitió con bastante seriedad—. Pero ya llegaremos a eso más adelante. —Lo que acaba de mencionar me interesaba mucho, sobre todo si era verdad que ahora yo también poseía esa nueva y extraordinaria capacidad en mi sangre—. La cuestión es que tu estado anoche era crítico. Ibas a morir, en eso estabas en lo cierto. Tu femoral estaba abierta, cortada en dos, y supongo que recuerdas cómo tu pierna era un auténtico surtidor carmesí. Calculo que pudiste llegar a perder cerca de medio galón de sangre. Entonces me hice un corte en mi mano y la acerqué a tu herida, dejando que mi sangre se mezclara con la tuya y confiando en que hiciera su trabajo.

—Pero antes me preguntó si de verdad quería vivir, ¿verdad? Eso también lo recuerdo con cierta nitidez.

—Sí, William, es cierto que lo hice. Porque con ese gesto no solo iba a intentar salvar tu vida; también te estaba traspasando una condición que no es reversible, y supongo que de alguna forma quería tu permiso explícito para hacerlo.

Eso sonaba algo extraño si solo tenía en cuenta las bondades que hasta el momento me había transmitido el anticuario sobre esa capacidad extra que ahora yo también poseía; pero, justo un segundo antes, había sugerido que podía tener también algunas desventajas. Yo estaba ansioso por llegar a esa parte, pero aún dudaba en mi fuero interno que todo aquello que me estaba contando el señor Giddens fuera cierto. Desde luego, el anticuario había estado muy acertado al predecir un poco antes que esa incertidumbre, esa incredulidad iba a aflorar en mí al oír lo que tenía que decirme. Por más fe que me hubiera pedido tener en él y su historia, era imposible no cuestionarse todo aquello.

—Reconozca que todo esto suena de lo más extraño —exclamé sin ocultar mi incredulidad.

—Por supuesto que suena extraño, William. Es extraño —confirmó él, empatizando con mi sensación—. Pero, más allá de cómo esté tu pierna, ¡mira mi mano! —dijo extendiendo su palma hacia mi cara—. Podrás comprobar cómo el corte que me hice para salvarte anoche ya casi ni se nota.

Eso era algo objetivo e irrefutable. La mano estaba curada, solo un pequeñísimo rasguño, casi imperceptible, dejaba intuir que ahí hubiera ocurrido algo, y nunca nadie habría pensado en ello como un profundo corte con la hoja de un estoque hacía solo unas horas atrás. Por tanto, lo que mi ojo estaba observando era algo extraordinario, fuera de lo normal.

Aquello me acercó más a la fe que el señor Giddens buscaba en mí. Debo decir que hasta la fortalecí aún más recordando en ese momento el extraño suceso de la noche en que llegamos a su casa con Elmer, justo tras haber dejado el cuerpo de Rosie B. en el bosque, pidiendo su ayuda, y las manchas de sangre que vi entonces en el cuello de su camisa. La justificación que me había dado fue un corte que se había hecho afeitándose… cuando su rostro no presentaba ninguna herida ni marca de ello. Yo incluso había llegado a pensar en su involucración en la muerte de Rosie B. (algo ya descartado al haber sido confesado por Nathan) y a verlo por un instante, de nuevo, como el monstruo que obviamente no era. Pero ahora, todo aquello que entonces me pareció extraño, podía tener sentido. Seguro que el señor Giddens me había dicho la verdad, entonces y ahora. Porque si realmente podía curar sus heridas tan rápido y regenerar su piel, un simple corte con una cuchilla de afeitar podía haber sanado y desaparecido de su cara en cuestión de minutos; al igual que ahora el profundo corte en su mano de hacía unas pocas horas ya había casi desaparecido por completo.

—¡Es usted un superhombre! —exclamé extasiado. Estaba inmerso en el proceso de

comprender bien qué implicaciones podía tener todo aquello.

—No, ni mucho menos. El nivel de rareza de esta capacidad no llega a tanto —replicó meneando la cabeza de lado a lado—. Verás, William, has de entender que mi sangre, y ahora también la tuya, tiene unas extraordinarias propiedades que nos proporcionan valiosas ventajas, como que nuestros órganos se mantengan más sanos y vitales de lo normal o que nuestras heridas curen rápido. Tenemos la capacidad de regenerarnos más rápido que los demás, sobre todo nuestro tejido blando, arterias, venas, músculos y piel, pero no somos inmortales. Si nos atraviesan o dañan un órgano vital, con un disparo, por ejemplo, este no se va a recuperar como nuestras venas o nuestra piel. Ese tipo de cosas podrían matarme… matarnos, como a cualquier otra persona. Y, por supuesto, también moriremos algún día, de viejos.

Su respuesta me decepcionó un poco, pero aun así la información que me había dado hasta el momento me parecía más fantástica y maravillosa a cada segundo que pasaba. Además, sabía que el anticuario todavía no me lo había contado todo acerca de su sangre y esas extraordinarias capacidades que parecía tener.

—En cualquier caso, señor Giddens, lo que no logro entender del todo es que, si esto es tan increíblemente bueno, si hace al hombre más fuerte, más sano, más inmune a ciertas heridas y accidentes, ¿por qué tanto secretismo al respecto? ¿Por qué no compartirlo con el resto de la humanidad? ¿Por qué no hacer a toda la raza humana mejor, más vigorosa, más sana?

—Pues porque, como te adelantaba antes, no todo son ventajas, William. De hecho, por eso insistí en preguntarte en tu agonía antes de transformar tu sangre y salvarte —su mirada se ensombreció un poco en este punto—. Hay ciertos aspectos menos positivos que hacen que esta capacidad no sea tan excelsa y perfecta como pueda parecer a primera vista. —Mi expresión fue suficiente para que el anticuario supiera que tenía que seguir hablando, y rápido, para aclarar de una vez por todas a que se estaba refiriendo—. Es justo que conozcas que vas a tener que adaptarte a ciertos cambios fisiológicos… efectos secundarios, podríamos decir, que pueden tardar horas, días o semanas en manifestarse en tu cuerpo, pero que te aseguro que ocurrirán. Nada muy grave, en realidad —se apresuró a añadir para restarle algo de importancia a lo que me estaba diciendo, como un médico que comunica un diagnóstico de cáncer operable—, como comprobarás a continuación, pero que es necesario que sepas. —Tragué saliva, cada vez más nervioso por lo que pudiera venir a continuación—. Por ejemplo, y creo que esto lo has empezado a experimentar ya, vas a sufrir fotofobia.

«¡Vaya!», pensé. «Se acabaron mis días de playa… o al menos no con la frecuencia actual».

—¿Por eso me ha molestado más de lo habitual la claridad en la habitación al despertarme? —inquirí, revisando que en la actual penumbra del cuarto mi ojo se encontraba cómodo.

—Sí, es posible. Tu vista se vuelve más sensible a la luz, pero unas buenas gafas de sol arreglan el asunto. Tu piel, por otro lado, también se sensibilizará respecto a los rayos ultravioletas del sol, y, como no podrás exponerte demasiado a él, o no podrás hacerlo sin protección, perderá algo de pigmentación y se volverá con el tiempo algo más pálida —explicó el anticuario. —Yo ya era bastante pálido, así que no me pareció algo que fuera a afectarme demasiado—. Debes considerarte afortunado por la época que te ha tocado vivir —continuó él —, ya que ahora existen multitud de cremas y protectores solares que te permitirán hacer una vida prácticamente normal en este sentido; solo has de tener un poco de precaución para que tu piel no sufra demasiado. Hace treinta años no existían las protecciones artificiales y yo tenía que recurrir a métodos más tradicionales y naturales, mucho menos sofisticados; y a resguardarme

directamente, limitando mi exposición al sol. Durante muchos años viví en zonas sombrías, grises, con poca luz. Tú no tendrás que sufrir eso.

Acababa de usar la palabra «sufrir» sin darse cuenta, manifestando sin querer que la gravedad de ese «efecto secundario» –como él mismo lo había llamado– había sido para él mucho mayor de lo que trataba ahora de expresarme a mí. También me percaté que usó la palabra «zonas» para referirse a los sitios donde había vivido y no «ciudades» o «pueblos», lo cual me resultó algo extraño.

—Bueno… —repliqué algo pensativo, pero tratando de ver las cosas de un modo positivo—, creo que podré acostumbrarme a eso. No parece un precio muy alto a pagar por conservar la vida —terminé con una media sonrisa.

—Hay alguna cosa más. Tu temperatura corporal bajará; probablemente lo haya hecho ya.

—¿Sentiré más frío que ahora, entonces? —pregunté, recordando sus siempre gélidas manos.

—No necesariamente, William, pero una cosa es lo que tú sientas y otra lo que necesites para vivir. Vas a tener que mantener tu temperatura con un poco más de mimo que ahora, para que no baje demasiado. Mi consejo es que intentes no dejar mucha piel al descubierto. Esto te beneficiará respecto al tema de la exposición al sol y también mantendrá tu cuerpo algo más cálido y protegido. —Pensé cómo todo aquello cuadraba con la forma de vestir del señor Giddens y ese formalismo que yo siempre había atribuido a una cuestión de elegancia o a que él era bastante presumido cobraba ahora otra dimensión con esta nueva información—. En cualquier caso, estamos hablando de unos cuatro grados menos de lo que podría considerarse normal —siguió él—. Si un adulto ronda los 97ºF, tú estarás en torno a los 93ºF. Esto no será un gran problema para ti, salvo en los chequeos médicos, donde esa temperatura no es explicable y puede dar lugar a muchas preguntas a las que, de nuevo, no es fácil responder. —Otra vez volvíamos al tema del secretismo, aunque empezaba a entender que todo aquello era tan raro que no solo era difícil de creer, sino también de explicar—. También observarás que pierdes el apetito. La forma que va a tener tu cuerpo de procesar la comida, sobre todo las proteínas, va a ser muy diferente. Pero te acostumbrarás a comer menos, porque no necesitarás hacerlo como ahora.

—¿Cuánto menos?

—Pues es difícil decirlo… —hizo una pausa como haciendo un cálculo mental, aunque supe que no era eso lo que mascullaba en su cerebro, sino la dureza de la respuesta que debía darme —. Puede que la mitad… algo menos, en realidad… en mi caso, no sé… diría que una quita parte de lo que comía antes…

—¡¿Cinco veces menos?! —grité asombrado—. ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo se puede sobrevivir y tener una vida normal ingiriendo tan poca cantidad de comida?

—Verás, William, al haber cambiado tu sangre, también cambia tu metabolismo. No sé explicártelo de manera científica, pero todo está conectado; y la vitalidad de tu sangre ahora hará que todo tu cuerpo se comporte de forma algo diferente. No tendrás que meter tanto «combustible», por así decirlo, en tu cuerpo para poder generar la misma energía que ahora y mantener un funcionamiento correcto del mismo. Pero esto es bueno, en realidad. Piénsalo, vas a gastar mucho menos en comida a partir de ahora.

Su chiste final no me convenció del todo. Puede que fuera cierto el ahorro económico que esa característica me iba a reportar, pero socialmente era un incordio y me iba a resultar complicado de sobrellevar. Recordé todas las veces que había observado lo poco que comía el anticuario y

cómo lo había achacado a su edad, no a una especial condición fisiológica. A mi mente vino entonces una de las jugosas y sabrosas hamburguesas de Luke's.

—¿Y qué pasa si como más de la cuenta? ¿Qué ocurre si me doy un atracón? —pregunté con curiosidad.

—Pues lo mismo que te ha pasado hasta ahora. Te dolerá la tripa, te sentirás pesado y tendrás que reposar… solo que todo será un poco más fuerte y tu digestión durará más. —Resoplé con resignación, pero algo menos inquieto—. ¿Recuerdas el día que cené en tu casa contigo y tu madre? ¿Y cómo al día siguiente no abrí la tienda y no viniste a trabajar? Pues fue porque me estaba recuperando de la copiosa cena que ingerí… y que disfruté, de verdad. Fue solo que necesitaba un poco de reposo para que mi cuerpo se recuperara de tal cantidad de alimento.

—Y, ¿no hay nada que se pueda hacer contra eso?

—Bueno, un poco de antiácido o bicarbonato siempre ayuda. Pero no existen milagros, aún, para paliar eso. —El señor Giddens debió percibir mi cara de decepción ante ese efecto secundario que me acababa de explicar, así que trató de volver a la conversación quitándole peso al mismo a través del siguiente que me relató—. De todas formas, ese día libre no fue solo por la pesada digestión que tuve que hacer. Otra cosa contribuyó definitivamente a que tuviera que quedarme en casa y no abrir la tienda: intolerancia al ajo. —Recordé cómo, en mi afán por demostrar la naturaleza monstruosa del señor Giddens, había embadurnado de ajo el pescado que preparé para esa cena, tratando de destruir al vampiro que creía se escondía bajo la pálida piel del anticuario. Y me sentí mal, de nuevo, por haberle provocado aquel malestar entonces—. Ese será otro de los síntomas que experimentes. Pero se sobrelleva como cualquier otra alergia. Aléjate de las comidas con ajo y ya está.

Aunque hubiera preferido que dicha intolerancia no hubiera estado unida a la condición especial que ahora compartíamos el señor Giddens y yo, definitivamente este me parecía el efecto secundario con menos repercusión de los que me había contado hasta el momento.

No sé si fue mera coincidencia o mi subconsciente entró en acción, pero al oír la palabra «alergia» de boca del anticuario, noté de nuevo picor en el cuello y volví a rascarme con fuerza. Mis dedos notaron la inflamación de la zona y cierto escozor. El señor Giddens volvió a mirar con detalle cómo trataba de aliviarme con mis uñas y entonces comentó:

—Deberías quitarte esa cadena, William. —Mi mirada, de nuevo, debió indicarle que no entendía su sugerencia—. Es de plata, ¿verdad? —preguntó él.

—Sí. Mi madre me la regaló hace tiempo y siempre la llevo colgaba al cuello; debe usted saberlo.

—Me duele tener que decirte esto, pero no podrás volver a llevarla. Vas a desarrollar una fuerte alergia a la plata que, claramente, ya se está manifestando.

No quise creer lo que me decía. Por primera vez en toda aquella surrealista conversación mi cerebro, o más bien mis tripas, se negaron a aceptar lo que me estaba diciendo el señor Giddens. Seguro que fue por lo emocional del asunto, pero me resistí a creer que de repente fuera alérgico a la plata y tuviera que deshacerme de mi cadena y cruz de plata que mi querida madre me había regalado y que llevaba tantos años conmigo.

—No es necesario quitarla. Seguro que se me pasa —sentencié firme como si de verdad supiera de lo que estaba hablando.

La mirada compasiva del señor Giddens fue bastante explícita sobre cómo debía entender él lo que aquello significaba para mí. Así que no insistió y se concentró en el siguiente punto de su lista.

—Algo que notarás más a largo plazo en que tus encías se retrotraerán —siguió él con su explicación.

—No comprendo bien lo que quiere decir —admití sin vergüenza.

—Pues quiero decir que la carne que sujeta tus dientes encogerá. Seguirá sujetando tus piezas dentales con tanta fuerza como ahora, pero lo hará dejando al descubierto todo el esmalte y casi toda la raíz. Creo que sabes a lo me refiero, ¿no? —dijo apuntando con su dedo índice a su propia boca—. Ya has visto los míos un par de veces. ¿Quieres que te los enseñe?

Mi ojo estaba abierto de par en par. Aquella característica de la que ahora me hablaba el señor Giddens con tanta naturalidad había sido la que había hecho saltar la chispa de mi imaginación y elucubrar toda clase de teorías sobre vampiros y monstruos chupasangres semanas atrás. Asentí de forma leve con la cabeza sin pensar muy bien si realmente quería volver a ver las peculiares piezas dentales del anticuario que tanto miedo me habían dado en el pasado… y que ahora yo mismo parecía que iba a desarrollar.

El anticuario empezó a sonreír y abrió sus labios. Sus dientes empezaron a asomarse detrás de los bordes de los labios y fueron creciendo y creciendo hasta que la carne alrededor de su boca quedó estirada hacia atrás todo lo que le fue posible mientras él apretaba sus dientes para poder mostrarlos de la forma más amplia posible. Yo no era capaz de vislumbrar dónde empezaban sus encías, las cuales debían estar ahí, escondidas dentro de su boca, pero no eran visibles para mí de lo retraídas que estaban. Su rostro se había transformado. Resulta increíble cómo un detalle tan particular como la boca, la sonrisa y unos dientes que parecían no tener fin podían hacer variar tanto el rostro y la expresión de un hombre. Esa vez ya no me dio tanto miedo, pero reconozco que un poco sí que me estremecí.

Tras unos pocos segundos mostrándome su dilatada dentadura, el anticuario volvió a juntar sus labios y continuó su discurso con su habitual contención de movimientos labiales.

—Tendrás que aprender a controlar el movimiento de tus labios al hablar y hacer que tu boca no se abra demasiado y que tus labios no se separen mucho. Yo te enseñaré. No es complicado, solo requiere algo de práctica. Eso sí, ya no podrás volver a ir al dentista… no a uno de los oficiales, al menos, porque…

—Sí, ya sé —interrumpí impertinente—. Porque eso generaría muchas preguntas a las que no debemos contestar porque, simplemente, no tienen una respuesta sencilla, sensata o creíble… bueno, más bien no serían comprensibles para la mayoría de los humanos.

Aquello me estaba irritando. Una cosa era tener un poco de intolerancia al ajo o padecer de hipersensibilidad al sol, pero enfrentarme a una deformidad adicional en mi rostro –después de haber perdido mi ojo izquierdo para siempre y aunque esta nueva tara estuviera algo oculta tras el telón que formaban mis labios en mi boca– suponía un retro emocional mayúsculo para mí.

—De verdad te aseguro, William, que esta característica de nuestros dientes, por muy grotesca que te parezca, no es para nada diferencial ni compleja de sobrellevar. Solo hay que intentar no provocar demasiada curiosidad, extrañeza o sospechas en las personas con las que interactuamos —afirmó tratando de traer algo de paz a la que sabía estaba siendo una conversación muy complicada—. Aprenderás rápido y lo interiorizarás en muy poco tiempo; y al final del viaje de aprendizaje será como si llevaras hablando así toda la vida.

Eso era lo que él decía, pero justo yo había empezado a sospechar de él semanas atrás porque se le escapó una carcajada sin control durante la proyección de ***Un día en las carreras*** en su sótano, por lo que parecía que, hasta un experimentado como él en el arte de hablar sin mover mucho los labios como si fuera un ventrílocuo, podía caer en la temeridad de olvidar por un

segundo cerrar la boca –o, mejor dicho, no abrirla demasiado– y mostrar al mundo la verdadera naturaleza de sus dientes

— Vale, no dudaré de usted… y menos cuando parece que este efecto no será tan inmediato como alguno de los otros que ha mencionado antes, pero le pediré una cosa a cambio: sea paciente conmigo; aprendo rápido y me esfuerzo mucho por las cosas que de verdad importan; y esto importa, así que seguro que terminaré dominándolo —concluí con una seguridad que rayó la prepotencia.

—Estoy seguro de ello, William —sentenció el señor Giddens con férrea convicción en su mirada.

En ese momento yo caí en la cuenta de algo básico: estábamos desde el principio argumentando la decisión de esconder lo sucedido con Nathan y también lo de mi herida para no descubrir todas esas peculiaridades fisiológicas que ahora parecía que yo mismo iba a compartir con el anticuario, pero ¿acaso seríamos los dos únicos especímenes en la Tierra de esta nueva variante de ser humano en la que me estaba convirtiendo?

—Y, dígame, ¿hay muchas más personas como nosotros por ahí? —indagué.

El señor Giddens hizo una pausa antes de contestar. Aquella parecía que iba a ser otra de esas respuestas no fáciles de dar.

—No sé con seguridad cuántos somos en total en el planeta. Ni siquiera sabría decirte los que hay en nuestro país. Pero estoy convencido de que debe de haber más que solo nosotros dos —dijo con solidez, aunque a continuación su tono perdió fuerza—. Por otro lado, la naturaleza tiene un extraño modo de contener a ciertas especies y subespecies; realmente es como si se autorregulara.

Aquel concepto me sonó extraño. Nunca había pensado en la Tierra ni en la naturaleza como algo que se autorregulara, pero llegados a aquel punto esa teoría podía ser incluso más plausible que la que estaba recibiendo yo sobre la transformación de mi sangre y todo lo añadido que parecía seguir a dicha transformación.

—¿Por qué lo dice exactamente? Por favor, explíqueme mejor a qué se refiere usted con esa supuesta autogestión de la naturaleza respecto a sus especies.

—Lo entenderás enseguida, William. Lo digo por dos cosas. La primera es que las mujeres no pueden adquirir esta capacidad especial en la sangre. Se ha intentado, y yo lo sé de buena tinta, pero al parecer hay algo en nuestra sangre especial que no es capaz de transformar a la de las mujeres. A diferencia de la rápida evolución que consigue un poco de nuestra sangre en la sangre de un cuerpo masculino, convirtiéndola en nueva sangre especial, en el caso de las mujeres, nuestra sangre simplemente se diluye y pierde sus propiedades, quedando supeditada y oculta bajo la sangre original de la mujer, que no llega a cambiar lo más mínimo. Pero es que además… —y aquí hizo una pausa que predecía otro de esos duros mensajes que estaba recibiendo esa mañana—… además, William, esta sangre nos vuelve estériles.

Mi ojo casi se sale de su órbita al oír eso.

—¡¿Me está diciendo que no voy a poder tener hijos?!

—Me temo que no, William. Ya te dije que no todo eran ventajas.

Estaba desolado. La continuidad de mi propia estirpe me había sido arrebatada en un segundo, de un plumazo, sin paños calientes, sin preavisos… No fue meditado, pero en lo primero que pensé fue en cómo reaccionaría Penny a esa noticia. No es que hasta el momento hubiera pensado nunca en casarme con ella ni en tener hijos, pero al habérseme arrebatado la posibilidad de tenerlos sí que lo imaginé, y en mi cabeza se agolparon todas las razones que podría tener

Penny entonces, o cualquier otra mujer que quisiera tener descendencia, para evitar mantener una relación a largo plazo conmigo.

Como yo no salía del *shock* en el que había entrado, el señor Giddens continuó:

—Como te dije, la naturaleza se autorregula. Y estos dos aspectos que te acabo de contar hacen que no sea posible tener descendencia siendo portadores de esta sangre, ni de expandirla en el género femenino, lo cual restringe mucho su difusión. De hecho, como ya te habrás imaginado, solo se transmite por la sangre, con contacto directo entre los flujos de ambos sujetos, y eso hace que todo sea más… controlable. Pero volviendo a tu pregunta de antes, sí, claro que debe de haber más como nosotros por ahí. Aunque ya entraremos en detalle sobre eso en otro momento… no es lo más relevante que tenemos hoy entre manos —terminó guiñándome un ojo para tratar de calmar la visible ansiedad que yo estaba padeciendo en ese momento. —Como yo no reaccioné a su gesto, creo que trató que lo siguiente fuera algo más positivo—. ¿Sabes qué más? Hay otra cosa bastante interesante que nos ocurre con esta sangre —dijo mientras yo seguía dándole vueltas a lo anterior, sin creer que nada, por muy positivo que fuera, pudiera compensar esa pérdida que acaba de serme informada y que me iba a costar mucho asimilar—. Nuestros huesos se vuelven más resistentes y nuestros músculos más fibrosos, lo que nos da un aumento de fuerza y resistencia.

—¿En serio? —dije gratamente sorprendido, pensando en que por fin tocaba hablar de un buen efecto secundario—. ¿Cuánto aumento?

—Bueno, es difícil de decir… pero si tuviera que aventurarme con una cifra diría que en torno al 20% o 25% —respondió él torciendo un poco la boca.

Lo cierto es que aquella cifra no me pareció gran cosa y anuló parte de las positivas expectativas que yo tenía. Con todo, eso era menos que nada y sumaba en los puntos positivos de aquello en lo que me estaba transformando. De hecho, traté de identificar algún impacto positivo de esa característica y se me ocurrió mencionar lo siguiente.

—¿Por eso fue usted capaz de deshacerse de Russell y Marky anoche?

—Bueno, es evidente que un extra de fuerza ayudó, pero también ciertas habilidades militares y de combate que adquirí en mi juventud y que aún recuerdo… más la dureza de la empuñadura de mi bastón, que es un arma tan potente como el filo de la hoja del estoque que oculta. —Su respuesta me satisfizo. Y lo que añadió a continuación más aún—: Es un hecho que aguantamos mejor los golpes y la relación de nuestra fuerza real respecto a nuestra masa y desarrollo muscular es mayor que en cualquier humano de nuestro mismo peso y condición física.

«Es decir, que terminaré siendo más fuerte de lo que aparentaré», pensé. «Eso puede tener muchas ventajas».

—Eso sí que suena bien —admití. Y luego seguí, con algo de inquietud, tratando de averiguar si aún quedaban más noticias que asimilar—. Entonces, ¿estos son todos los «efectos secundarios» que va a traerme la transformación de mi sangre? ¿Ese es el precio a pagar por haber podido mantenerme con vida cuando la herida que recibí ayer era mortal?

El señor Giddens me miró de nuevo con expresión seria, algo triste y apesadumbrada podría incluso decir. Sus ojos transmitían compasión, como si empatizara tanto conmigo que pudiera dolerle fisiológicamente pensar en todo lo que esa sangre especial traía consigo de la mano.

—No, William —dijo al fin—. Hay una cosa más. Una sola cosa más. Pero esa cosa es la razón principal por la que toda esta historia de nuestra sangre especial, de sus capacidades, de sus efectos secundarios, no puede ser revelada a nadie, no puede ser compartida con la humanidad. —Por un lado, estaba impaciente por descubrir por fin el secreto al que tanto nos había costado

llegar, tras todas esas palabras previas que parecían haber estado allanando el camino para lo que vendría a continuación. Por otro, tenía miedo por lo que ese secreto pudiera revelarme, ya que el rostro del anticuario no parecía transmitir nada positivo. Tras unos interminables segundos, el señor Giddens siguió hablando—. Verás, con todo este asunto de la vitalidad extra de nuestra sangre, nuestro metabolismo se ralentiza…

—Sí, eso ya lo ha mencionado usted antes cuando me habló de mi potencial pérdida de apetito y la reducción de la necesidad de ingerir alimentos —apunté yo, como si quisiera demostrar que había estado tan atento a la explicación del anticuario como el más exigente de los maestros esperaría.

—Eso es —confirmó él—. El caso es que esos nuevos ciclos de nuestro metabolismo son más largos que los de una persona con sangre común, con la misma relación que te comenté antes sobre nuestro apetito, es decir, cinco a uno.

Escuchaba con suma atención al señor Giddens, pero no terminaba de entender qué es lo que trataba que yo asimilara.

—¿Eso significa que nuestro metabolismo, debido al efecto de la sangre que tenemos, se comporta cinco veces más lento que el de una persona normal? —pregunté para asegurar al menos ese primer concepto extrañado de su postrero discurso.

—Correcto —confirmó él asistiendo además con la cabeza.

—¿Y? —inquirí yo sin entender las repercusiones de aquello.

—Pues que nuestros ciclos vitales se hacen más lentos que los de los demás; es decir, que, con la proporción cinco a uno que te acabo de comentar, es como si cada cinco años de vida fueran equivalentes, a nivel fisiológico de mi cuerpo, a un año en el cuerpo de cualquier otro mortal no tocado por la gracia divina de esta capacidad especial que tenemos.

—Espere, por favor, a ver si lo he entendido bien —repliqué yo ahora más nervioso, tomándome un minuto para terminar de encajar todas las piezas del puzle—. ¿Quiere usted decir que, por cada periodo de cinco años naturales que pasa, usted solo envejece uno?

—Es justo eso, William —dijo arrastrando con pesar sus palabras por su garganta hasta dejarlas salir por su boca—. Gracias por entenderlo a la primera.

Diría que yo casi me sentía orgulloso de mi deducción si no fuera porque fue entonces cuando caí en la cuenta de lo que significaba de verdad aquella afirmación.

—Entonces… ¿cuántos años tiene usted, señor Giddens? —pregunté, casi con toda seguridad manteniendo una bobalicona expresión de incredulidad que ni pude ni me preocupaba controlar en absoluto.

El señor Giddens me miraba sin atreverse a contestar. Él sabía que había llegado el momento decisivo en la conversación. Si todo lo anterior, lo de la sangre más pura, más vital, y lo de todos aquellos supuestos efectos secundarios, era harto extraño y bastante increíble, lo que acababa de sugerir el anticuario era, en mi obtusa mente, del todo imposible. Y, si fuera cierto, estaríamos hablando definitivamente de una aberración de la naturaleza. Una aberración con conciencia, con deseos, con alma.

Al final, el anticuario se decidió a hablar:

—Nací en 1718 —dijo antes de volver a pararse para ver si yo asimilaba de forma correcta el dato tan simple y concreto que acababa de ofrecerme.

En aquel momento mi racional mente se saturó por completo. Si hasta ese instante ya me estaba constando trabajo asimilar toda esa lista de condiciones especiales que, según el anticuario, él poseía –y ahora yo también–, el hecho de que ahora estuviera afirmando tener casi doscientos

cincuenta años de edad suponía para mí la prueba definitiva de su demencia, lo que me entristeció y puso nervioso a partes iguales. Estaba en casa de un loco, con un cadáver enterrado en el jardín –aunque fuera el del indeseable Nathan Simmons– del que me habían pedido mentir a la policía, me encontraba débil por una herida que debían haberme curado en un hospital… ¿quién podría decir cómo iba a reaccionar aquel penoso hombrecillo, que de un plumazo había perdido todo mi respeto y confianza, ante mi incredulidad? Todo esto lo pensé muy rápido, pero decidí seguirle el juego, pensando que lo que tenía que conseguir era salir de allí sano y salvo y luego ya estudiaría bien cómo afrontar la evidente locura de la que había sido presa mi patrón… bueno, mucho más que un jefe, un amigo, un mentor los últimos dos meses.

—¿Qué me dice? Pero, ¿cómo es posible…? Eso es fantástico —dije yo con el tono más natural que pude, fingiendo una sorpresa positiva que no sonara falsa ni forzada pero sí del todo crédula ante sus palabras.

—Sé perfectamente que ahora mismo no me crees, William —replicó él cogiéndome desprevenido—. Y lo sé porque yo tampoco me creería; yo he pasado exactamente por lo mismo que tú ahora, con una reacción muy similar a tuya. Pero no importa que no me creas de primeras. Lo único que te pido es que sigas escuchándome un poco más. Debes estar tranquilo. No estoy loco, y si lo estuviera, no sería peligroso; no al menos para ti.

Lo cierto es que el tono sereno y las palabras coherentes del discurso del señor Giddens me dieron cierta tranquilidad. En realidad, si hubiera querido hacerme daño, ya lo habría hecho; había tenido multitud de oportunidades para ello. Y el hecho de que reconociera como muy dificilísimo de creer la historia que trataba de venderme le aportaban una cierta lógica racional al fantasioso axioma que acababa de desvelarme.

—Tiene razón en que lo que está usted contándome es del todo increíble —admití—. Pero le escucho.

—Adquirí esta especial condición en 1742, en una circunstancia muy similar a la tuya. Me habían herido mortalmente y un amigo me trasmitió la cualidad de su sangre especial, consiguiendo cerrar mi herida y mantenerme con vida. Yo tampoco conocía su excepcional condición cuando lo hizo; me enteré de todo lo que esta sangre trae consigo mucho después, cuando ya me encontraba recuperado. Y, al igual que tú ahora, al principio no creí una sola palabra de lo que me contó. Pero, poco a poco, muchas de las cosas que me anunció que me pasarían terminaron pasando, unas más rápido que otras. Y la más extraña, la más increíble, la menos obvia de todas, que es la ralentización de nuestros metabolismos y ciclos vitales fue cayendo por su propio peso conforme pasaron los años siguientes y mi cuerpo no se veía afectado por el paso del tiempo de la misma forma que sí afectaba a todas las otras personas que me rodeaban, salvo al amigo que me transformó con su sangre. El tiempo hizo que me rindiera a la evidencia. Quizás si lo hubiera entendido antes… si lo hubiera creído antes… bueno, puede que hubiera hecho algunas cosas de manera diferente —expresó con pesar haciendo una pequeña pausa en su disertación—. Pero ya no hay lugar a reproches ni remordimientos. El pasado, pasado es, y solo nos sirve para aprender a construir un futuro mejor; que es justo lo que yo estoy intentando hacer ahora contigo.

Las palabras del señor Giddens no parecían las de un perturbado, no al menos las de un desequilibrado peligroso. Puede que su fantasía fuera inocua para los demás y que no tuviera repercusiones más que para él mismo. Su intención parecía loable; quería ayudarme. Y, hasta el momento, seguía portándose bien conmigo. Me había curado la pierna, me había cuidado, por no hablar de todo lo anterior que había hecho por mí, el trabajo, la compañía, descubrirme un

mundo nuevo –el del cine– que ahora adoraba y vivía con una pasión que me llenaba el alma, me había aconsejado, me había apoyado, incluso acompañado en búsquedas de improbables tesoros, me había dado paz en mis momentos más turbulentos… y me había salvado la vida, porque yo no debía olvidar que era él el que había conseguido que Nathan no se saliera con la suya la noche anterior. Teniendo todo eso en cuenta, era difícil no caer en tentación de dudar acerca de su locura, de si esa fantástica y antinatural afirmación sobre su edad podría acaso ser cierta.

—Está bien, señor Giddens. ¿Podría usted demostrar de alguna forma que realmente tiene la edad que afirma tener? —pregunté yo tratando de poner algo de lógica a todo aquello o de desbaratar el sueño de un loco anciano que solo querría creer lo que su desbocada mente sin sentido dibujaba en su cabeza, cual Quijote americano.

—Dame un segundo —dijo saltando de la silla como un resorte—. Enseguida vuelvo.

No tenía ni idea de lo que habría ido a buscar. Durante los dos o tres minutos que estuve solo en aquella habitación traté de asentar todo lo que aquel hombre, que siempre me había parecido el más cuerdo y sensato de los seres humanos, me acababa de contar. Si bien toda la parte de la extraña sangre que ahora parecíamos compartir y que, según él, era lo que habría propiciado mi rápida curación podía llegar a entenderlo y a no cuestionarlo demasiado con los nulos conocimientos médicos que yo poseía –y, de igual modo, todos los efectos secundarios que también afirmaba tener–, el tema de la edad, de los larguísimos ciclos vitales que ahora acababa de desvelar, era lo que mi mente se negaba a aceptar. Quizás todo fuera parte de un fantasioso cuento de hadas, pero ese detalle en concreto hacía que la veracidad, lógica y coherencia que el señor Giddens era capaz de poner a todos sus discursos se diluyera en este, dejando el mismo escaso poso que una cucharada de azúcar en un barril de agua. Ese detalle hacía desmoronarse toda su historia y dejaba sobre la mesa un relato que solo podía entenderse desde la imaginación y solo podía creerse desde la fe. ¿Hasta dónde podría el anticuario probar la veracidad de sus palabras?

El señor Giddens apareció por la puerta con una carpeta bastante voluminosa en las manos. La llevaba sujeta en horizontal, con ambas manos, delante de su pecho, como si fuera un objeto sagrado que ofrecer en un acto religioso.

Se sentó de nuevo en la silla a mi derecha y apoyó la carpeta en sus rodillas antes de abrirla.

—Esto es lo más valioso que tengo —comenzó, con cierta excitación—. Son documentos y cartas personales que demuestran lo que trato de explicarte. Es mi vida, William.

Sus palabras incrementaron mi curiosidad mientras él parecía buscar, con sumo cuidado, algunos de esos documentos en concreto para mostrármelos y confirmar su extravagante afirmación sobre su edad.

El primer documento que me enseñó estaba metido en un plástico protector, como muchos otros de los que guardaba en la carpeta. Era un documento muy antiguo, de eso no cabía duda; su color gastado y el deterioro de los bordes así lo atestiguaban. Por el membrete parecía un documento oficial. La penumbra de la habitación aún me dejaba leer con bastante claridad el documento. Tenía un sello en el que apenas podía distinguirse «George II Augustus de Gran Bretaña y Hanover» que me recordó a las monedas que encontramos del tesoro de Abercrombie. En el documento, escrito a mano, se hacía constar la compra de un terreno de trescientos acres por parte de un tal Roderick Richardson a un tal William Anderton. El terreno estaba situado en la Provincia de Georgia y el documento estaba fechado el 14 de abril de 1754. El señor Giddens me miraba expectante para ver mi reacción mientras yo examinaba el antiquísimo papel con detenimiento.

—Sin duda, un documento muy antiguo del que no voy a dudar sobre su autenticidad, pero ¿qué tiene que ver con usted y cómo le ayudará a demostrarme su historia?

—Lo que te he contado no es ninguna historia, William. Es mi vida, mi realidad —replicó firme pero con visible decepción, algo que no le había visto hacer casi nunca—. Hablas de ello como si fuera un cuento, una fantasía que me hubiera inventado no sé con qué fin. Entiendo que te resulte difícil de creer, pero de nuevo te pido un poco de crédito, por favor. Creo que hasta ahora me lo he ganado.

—Desde luego, señor Giddens. Disculpe si mi tono le ha molestado —respondí con toda la humildad que fui capaz.

—Por supuesto, William —dijo él algo más aséptico—. Este es un momento tan emocional para ti como para mí. Verás, mi verdadero nombre… o, mejor dicho, el nombre con el que nací no fue Horace Giddens. Horace Giddens es mi verdadero nombre ahora. Así es como me llamo solo desde hace unos meses. Es formal y legal a todos los efectos. Pero nací siendo Roderick Richardson. —Esa sí que fue una revelación interesante. Más allá de que fuera verdad, el nombre de una persona escrito en un documento de hacía más de doscientos años no demostraba que esa persona fuera la misma que sostenía llamarse o haber nacido con ese nombre. Eso lo aprendí, irónicamente, del propio anticuario, cuando me puso ***La loba*** para demostrarme que las coincidencias –en ese caso sobre su nombre (actual)– no eran más que eso: coincidencias. Al ver que yo no decía nada, el anticuario continuó hablando—. Este es el documento de compra de una propiedad que anexé a la que había heredado de mi tío, en Georgia, ampliando mi plantación. La compré a un hombre llamado William Anderton que, tras haber prosperado en América, tuvo que volver a Inglaterra por asuntos familiares y necesitaba el dinero. Era un buen hombre; un buen amigo.

—Bien, ¿qué más? —dije con suavidad, tratando de no mostrar el nulo efecto que esa explicación había causado en mí. De momento, aquello no me demostraba nada. Ese tipo de documentos, tratándose de un anticuario como el señor Giddens, podía haberlos adquirido dentro del mundillo en que se movía, y luego inventar toda una historia alrededor de los nombres que aparecían en el papel.

—Aquí tienes otro de los importantes —siguió él sacando otro documento protegido por plástico de la carpeta—. Es la constitución de la sociedad Antigüedades Brandon & Burden, en 1845. Mi primer negocio de antigüedades en Estados Unidos —terminó con una sonrisa de satisfacción, que quise interpretar como un bonito recuerdo real para él.

—No comprendo… —expresé yo al no encontrar ninguna referencia a Roderick Richardson en dicho documento (y sabiendo, según lo que me acababa de confesar, que Horace Giddens solo existía desde hacía unos meses).

—Sí, disculpa, William —dijo él dándose cuenta de todas las piezas que me faltaban para poder ver el puzle que él intentaba mostrarme—. Hay tanto que no sabes. En esta época me hacía llamar Christopher Brandon. Verás, el hecho de que tu apariencia física no cambie demasiado a lo largo de los años hace que sea imposible establecerse en un lugar durante mucho tiempo sin levantar sospechas y suspicacias que serían muy difíciles de justificar. Por tanto, es imprescindible que, cada cierto tiempo, cambiemos de residencia, pero también de nombre. Tenemos que «matar», metafóricamente hablando, a la persona que hemos sido los últimos años y crear «nuevas personas», nuevos nombres con los que empezar de cero, sin pasado, sin nada que pueda relacionarnos o atarnos a cualquier indicio que nos ponga en peligro en una sociedad que no va a entender nuestra especial naturaleza. Por ello, cada cierto tiempo he de cambiar de

nombre; hago desparecer a la persona que he sido durante varios años y creo una nueva persona, un nuevo nombre y empiezo en una nueva ciudad, lo más lejos posible de la anterior, donde nada me pueda relacionar con mi pasado ni con nadie con el que haya tenido contacto.

—¿Y no es muy complicado hacer eso? Me refiero a eliminar de todos los registros a la persona que se es y crear una nueva de cero, con sus papeles, documentos y demás…

—No, si tienes los contactos adecuados —contestó con seguridad y rapidez—. Sé que no parece muy ético, porque lo cierto es que, si quieres hacerlo bien, hay que recurrir a personas que trabajan al margen de la ley para falsificar estas nuevas identidades. Con el paso del tiempo se ha vuelto más complicado, hay más control, hay más vigilancia a la población… pero de momento puede seguir haciéndose. Solo hace falta algo de dinero y un poco de pulcritud a la hora de seguir ciertas reglas; pero te aseguro que es más sencillo de lo que imaginas. —Asentí con la cabeza indicando que entendía lo que me decía y él sacó un nuevo documento—. Mira, este es de 1918. Es la compra del local donde establecí mi negocio en Los Ángeles. En esos años me llamaba Harbert Brown.

De nuevo, el documento, protegido por plástico, parecía antiguo, aunque estaba en mejor estado que los anteriores. Mis dudas no iban dirigidas a su autenticidad, sino a la historia que el anticuario quería presentar tras él. Además, en ese caso el nombre de Harbert Brown me resultaba algo familiar, aunque no supe identificar por qué motivo hasta unos minutos después.

El tema de la necesidad de cambiar de nombre para proteger la integridad de una persona que no cambiaba su físico, su edad, al mismo ritmo que las demás y que no quiere que su especial condición se descubra –porque eso sería, ciertamente, muy complicado de creer y entender– era, desde luego, una muy buena y conveniente explicación a la variedad de nombres que me estaba enseñando el anticuario en aquellos documentos, pero también podía ser una excelente base para fabricar una grandiosa y fantasiosa mentira que quizás solo él mismo creyera.

—¿Y cómo elige los nombres?

Era una pregunta del todo irrelevante en aquel contexto, pero fue lo único que se me ocurrió para seguir dándole más tiempo a mi mente para asimilar todo aquel sinsentido, mientras el señor Giddens, o como quisiera que se llamara en realidad aquel hombre que ahora me resultaba tan extraño y mucho menos familiar que un día atrás, continuaba hablando.

—Bueno… es una pregunta curiosa, en realidad, William —dijo él algo sorprendido por la misma—. Pero la contestaré con gusto, porque de hecho puede que haya un cierto razonamiento o explicación detrás de cada nombre que he tendido a lo largo de estos dos siglos y medio de vida. —Sus frases respecto a la fantasiosa idea de su longevidad seguían resonando extrañas en mi cabeza, pero yo no tenía intención de hacer otra cosa que dejarlo hablar—. Como te comenté, nací siendo Roderick Richardson y mantuve ese nombre hasta 1762, donde mi aspecto delataba de forma muy visible algo especial en mi condición que ya no podía ocultar con simple maquillaje y un poco de actuación. Se suponía que debía tener entonces unos cuarenta y cuatro años, pero no aparentaba ni treinta. En esa época el desgaste de las personas era mayor que ahora y un hombre de mi supuesta edad debía ser abuelo y estar en el último tercio de su vida. Pero mi propia hija, con veintidós primaveras, un marido y su primer hijo en camino, tenía un aspecto muy parecido al mío. ¿Qué pasaría cuando mi nieto empezara a verse como yo…? Era una situación que no íbamos a poder sostener en el tiempo y fue entonces cuando tomé la difícil decisión de «desaparecer» de mi anterior vida y cambié de nombre por primera vez. Los primeros tres cambios que hice los basé en la idea de que elegir nombres lo más comunes y usados posibles me daría más anonimato y me haría pasar más desapercibido; me haría más

«invisible», que era lo que yo deseaba conseguir. Así pues, tras Roderick Richardson fui Michael Smith, John Davis y Albert Johnson. Sobre 1840 ya era hora de volver a cambiar de nuevo, pero entonces se me ocurrió que, puestos a elegir un nombre que debía acompañarme varios años, por qué no elegir algo que tuviera algún significado para mí. Y decidí convertirme en uno de los personajes de la literatura que más me habían gustado, por cómo estaba descrito, por sus acciones, su personalidad… en fin, no sé, pensé que sería un bonito tributo… quizás me identifiqué con él.

—¿Y quién era ese personaje? —pregunté curioso, muy metido ahora en la historia que el señor Giddens, Richardson, Smith, David o Johnson estaba relatando.

—El coronel Brandon de la obra de Jane Austen ***Sentido y sensibilidad***. —Yo no había leído la obra, aunque la conocía por haber estudiado a su autora en el instituto. Pensé que Penny seguro que la habría leído y decidí que en cuanto la viera le preguntaría por ese personaje—. En realidad, Austen nunca menciona el nombre de pila del personaje en su novela, por lo que tuve que inventarme uno; haber elegido «Coronel» como nombre de pila hubiera sido un tanto extravagante, jaja. —Era curioso cómo, en medio de una charla tan especial y trascendente, el anticuario aún conservaba ganas de hacer algún comentario jocoso. Probablemente serían los nervios que, por mucho que él intentara controlar, seguro modulaban un poco su discurso—. Así que decidí bautizarme como Christopher Brandon, eligiendo el nombre por un amigo que… bueno, creo que eso te lo contaré más adelante; si no, voy a hacer este discurso demasiado largo.

Me dejó algo intrigado, pero seguía teniendo curiosidad en ver qué otros nombres habría elegido el anticuario. En lo que sí reparé es que este último nombre coincidía con el segundo documento que me había enseñado, el de 1845; y por tanto la fecha también daba coherencia a lo que me había contado. El señor Giddens continuaba.

—Después de eso fui Dirk Peters, en honor a un personaje de la única novela de Edgar Alan Poe, ***La narración de Arthur Gordon Pym***. ¿La conoces?

—No, lo siento, no la conozco —admití, con cierta vergüenza por mi escasa cultura.

—Es un relato de aventuras marineras que siempre me gustó mucho y, en concreto, el personaje de Peters me encantaba, por lo que decidí adoptar ese nombre para mi siguiente periodo, aunque en este caso fue de solo cinco años, el más corto en el que he llevado un nombre.

—¿Y eso? —inquirí yo curioso, suponiendo que detrás habría una buena historia.

—Ya iremos a eso en otra ocasión, te lo prometo. Pero ahora debemos darnos prisa o esta charla se hará eterna. Y te recuerdo que tenemos que ir a declarar a comisaría.

—Tiene razón —dije yo convencido de que debía aparecer por comisaría, fuera para refrendar la versión del anticuario o para contar la mía, de eso no estaba aún seguro del todo.

—Terminando de contestar a tu pregunta sobre los nombres que he tenido puedo decirte que, tras eso, me hice llamar Abel Magwitch, por el convicto y posterior benefactor del protagonista de ***Grandes esperanzas***, de Dickens. Después, casi en el cambio de siglo, me convertí en Harbert Brown, como te he dicho antes… quizás a este personaje sí que lo conozcas.

—Déjeme pensar… —solicité yo tirando de mi memoria, sabiendo ahora que seguro sería otro personaje literario—. El caso es que me suena mucho, pero no logro ubicarlo.

—Es unos de los personajes de ***La isla misteriosa***. Como sé que te gusta mucho Verne, pensé que quizás lo habrías leído y te acordarías de él.

—¡Ah, claro! —exclamé en cuanto uní los puntos que el anticuario había trazado—. Por supuesto, es el muchacho, el más joven del grupo, que sabe mucho de botánica.

Ahora ya sabía por qué ese nombre me había resultado familiar la primera vez que el señor Giddens lo había mencionado por primera vez minutos antes.

—Exacto, William —confirmó el anticuario—. Tras él fui John Thorton, el mejor dueño de *Buck*, el perro protagonista de ***La llamada de lo salvaje***, de Jack London.

—Ese también lo he leído —comenté yo con prisa y orgullo, como el alumno aventajado de una reducida clase—. Una preciosa y entretenida novela, desde luego.

—Así es, William. Tras ese, mi pasión por el cine y las películas, que hacía años que habían conquistado del todo mi corazón, me hicieron cambiar la forma de elegir mis nombres, y empecé a orientar mis tributos nominales hacia personajes de obras cinematográficas. El primero fue John Gray, por el protagonista de ***El maquinista de la General***. —Me encantó esa película, que el propio anticuario me había descubierto unas semanas atrás, pero no recordaba en absoluto el nombre del protagonista—. Podía haber elegido el nombre de James Andrews —siguió el señor Giddens—, que fue el personaje real que inspiró la historia de la cinta de Keaton, pero me decanté por personajes de ficción. Creo que es más fácil que alguien recuerde a otro con un nombre histórico que con uno de ficción; y, además, mi tributo era para Keaton y su personaje, no para el Andrews real que urdió la base del plan que se cuenta en la película.

—Por supuesto …apoyé yo con convicción real—, tiene todo el sentido.

—Tras la Segunda Guerra Mundial fui Richard Blaine, en un giro sutil de ocultar el verdadero tributo que hacía, en este caso a Rick Blaine, el atormentado y sufrido Humphrey Bogart de ***Casablanca***. En muchos aspectos me sentía identificado con ese personaje y… ahora que caigo, aún no hemos visto ***Casablanca*** juntos, ¿verdad?

—No, no la hemos visto —confirmé yo—. Si he de serle sincero, he visto trozos en la tele, cuando mi madre la ha elegido, pero nunca ha llamado mi atención lo suficiente como para seguirla y verla entera.

—Eso es porque aún no la has visto conmigo. Tengo que descubrirte esa obra maestra y estoy seguro de que llegarás a apreciarla tanto como yo. Será la próxima que veamos, ¿te parece?

—Sí, claro, por qué no —afirmé con más desinterés del que pretendía.

—Bien, ya falta poco. Tras Blaine, no pude evitar convertirme en Osgood Fielding. —Mi cara de total desconocimiento hizo al anticuario explicarme acto seguido de dónde salía ese nombre —. Un personaje maravilloso que termina la película donde sale con una tan frase mítica y llena de simbolismo para mí como «nadie es perfecto» no podía dejar de ser de mi agrado. Osgood Fielding es el personaje que borda el genial Joe Brown en ***Con faldas y a lo loco***.

—Sí, claro, ya lo recuerdo. La he visto. Muy divertida. Y muy bueno ese chiste final.

—Es, en efecto, un gran chiste y una firme declaración de intenciones. Me encanta.

—Tampoco recordaba el nombre de ese personaje, pero me parece una muy buena elección — afirmé con una sonrisa, recordando el plano final de la cinta de Wilder, con Lemmon y Brown en la barca y este último desmontando cada excusa que Lemmon le da para intentar terminar con él, incluso que en realidad es un hombre y no una mujer como todo el tiempo ha creído el personaje de Brown.

—Y llegamos al final, porque hace unos meses, justo antes de mudarme aquí, volví a cambiar mi nombre por el de Horace Giddens, en este caso, como imaginarás, como tributo al magnífico personaje y soberbia actuación de Herbert Marshall en ***La loba***. Disculpa de nuevo que te haya hecho creer que este era mi nombre real… aunque, de hecho, lo es de forma oficial ahora mismo… pero me refiero a que lo usara para convencerte que todo lo que tú, con ciertos fundamentos, percibías como «extraño» en mí eran solo meras coincidencias.

Aquella lista de nombres era tan particular y estaba tan elaborada que era imposible que el anticuario la hubiera improvisado sobre la marcha. Lo contaba todo de una manera tan real que era difícil no dudar de la locura que inicialmente yo había creído ver en sus palabras. La foto que se iba construyendo en mi mente con las piezas que me iba regalando el señor Giddens no tenía fisuras evidentes, más allá de su increíble trasfondo.

Todo aquello de elegir nombres falsos sobre personajes de ficción me hizo recordar el comentario del anticuario el día anterior en Luke's, cuando estábamos hablando de la firma de la nota encontrada con las monedas del tesoro de Abercrombie, y sobre quién podía ser ese tal James Gatz. El señor Giddens había dicho entonces que, si tomábamos como base que ese tal James Gatz estuviera referido al nombre real del personaje principal de ***El gran Gatsby***, entonces la teoría de que alguien –en este caso, Pete Benson como principal sospechoso– hubiera utilizado ese pseudónimo como tributo u homenaje a dicho personaje de ficción no le resultaba tan descabellado, cuando para mis amigos y para mí era algo en lo que no habríamos pensado jamás. Con todo lo que me había contado ahora, era obvio que para el anticuario esa práctica no era desconocida ni extraña.

El germen de la duda acerca de la increíble historia «inventada» por el señor Giddens para explicar su edad –y que inicialmente era complicado no percibir como falsa– ya estaba plantado en mi cerebro. Pero aún era demasiado pronto como para que yo me planteara de verdad que todo aquello pudiera ser cierto por completo y aceptar que, por ende, yo mismo me iba a ver afectado por dicho efecto en los años venideros.

—Tengo más cosas, William. Mira esto, por ejemplo —dijo blandiendo un manojo de cartas, en sus sobres, atadas con una gomilla, justo delante de mi cara—. Deben de resultarte algo familiares, ¿no es así?

El anticuario sabía que yo había visto antes esas cartas, porque estaban junto con la foto que birlé de su mesita de noche y que luego él sustrajo de vuelta, con justicia, de mi dormitorio.

—Sí… —reconocí algo cabizbajo.

—Bien, ahora podrás verlas con tranquilidad, si lo deseas.

Quitó la gomilla con cuidado y empezó a sacar con extrema delicadeza las cartas de sus sobres. Había unas quince y los papeles en los que estaban escritas se notaban muy antiguos, aunque estaban plegados y conservados de forma que no mostraban arrugas ni manchas. Todos los sobres iban dirigidos a Michael Smith (que recordé era uno de los nombres que el anticuario había mencionado tener en su longeva historia; el segundo, concretamente). Eso también parecía cuadrar. Todas las cartas estaban fechadas entre 1762 y 1769 y, de nuevo, no tenía por qué dudar que fueran auténticas. Estaban firmadas de la misma manera, al final de cada una, con una bonita letra que decía «Tu amada hija, Willow» y en el encabezado siempre empezaban con un tierno «Querido papá». Recordé, de nuestra conversación en el parque, que el Señor Giddens había mencionado que su hija se llamaba Willow. ¿Otra coincidencia o parte de la increíble historia real que trataba de hacerme entender y creer el anticuario?

—Son todas cartas de mi querida hija Willow, desde que tuve que desaparecer y separarme de ella hasta que… hasta que murió —dijo el señor Giddens con pesar—. Ella era la única persona que conocía mi secreto, mi especial condición. Y, con su muerte, se llevó ese secreto a la tumba y cortó la única relación directa que tenía con mi familia, la familia que me quedaba, el germen de lo que yo había sido en otro tiempo. —El anticuario estaba visiblemente emocionado y sus ojos vidriosos y mojados conjugaban con cierto temblor en su voz—. Te prometo que, en breve,

quizás mañana mismo, te cuente todo lo que falta en mi relato para que comprendas bien la dimensión de toda mi vida —terminó, dándose cuenta de que debíamos avanzar.

Las cartas eran de nuevo un buen argumento que daba solidez a su historia, pero para nada suponían una prueba definitiva de la edad del anticuario. De momento, todo era circunstancial y no probaba nada en realidad, más que una historia bien enlazada entre fechas y nombres que podía ser tan suya como de cualquier otro (u otros, más bien). Y él lo sabía, porque entonces fue cuando enseñó sus mejores cartas, las que había reservado para el final, para conseguir el deseado golpe de efecto que terminara de convencerme de la veracidad de lo que me estaba contando.

—Por último, me gustaría enseñarte algo más, que creo que definitivamente te ayudará a ver que lo que te cuento es del todo real. —Desde luego, el anticuario no podía haber levantado más expectación en mí con sus palabras. El cuello no dejaba de picarme, pero yo me resistía a quitarme la cadena de plata y a creer que me hubiera vuelto alérgico a ella de repente. Además, estaba demasiado absorto en lo que podría venir a continuación de dentro de esa «carpeta del tiempo»—. Si hay algo en lo que debemos ser especialmente cautelosos es en dejar documentos gráficos de nuestra existencia. Eso es algo que nos comprometería del todo y nos haría muy difícil el poder escapar a las deducciones más acertadas sobre quiénes somos en realidad, por locas que pudieran parecerle a cualquiera que no conozca nuestra especial naturaleza. Me refiero, claro está, a fotografías —indicó el anticuario, más didáctico que nunca, sacando tres de la carpeta.

Las dispuso delante de mí, sobre mis piernas, para que pudiera verlas bien. Como ya he comentado, la penumbra era alta, pero mi capacidad para distinguir los detalles con claridad, aun con poca luz, también.

—Hasta donde llega mi conocimiento, solo he permitido que esto ocurra tres veces en mi larga vida. Por supuesto, yo mismo viví la aparición de la fotografía en la historia, cuando yo ya contaba con más de un siglo de existencia, a pesar de no aparentar más de cuarenta años. Esto es difícil de controlar, cada día más, pero intento no permitir que me «roben» ninguna fotografía, ni siquiera aparecer de fondo, aunque es obvio que no podría asegurarlo con certeza. En cualquier caso, estas son las únicas tres fotos en las que me verás posando, y yo poseo la única copia que existe de cada una de ellas.

Las tres fotos eran antiguas. La primera era en blanco y negro, tonos grises, la más gastada, diría yo. En ella podía verse a dos hombres. Uno más joven, de entre veinte y treinta, y otro mayor, de algo más de cuarenta. De los dos hombres, el que estaba en su cuarentena me resultó muy familiar. Vestimenta formal, con traje, guantes y un elegante bastón rematado por una figura que mi ojo quiso distinguir –sin yo pedírselo– como la cabeza de un zorro. Su rostro era el del señor Giddens, con unos veinticinco o treinta años menos, el pelo estaba peinado igual que ahora pero aún era oscuro, sin canas, los pómulos afilados, la expresión seria, al igual que su compañero. ¿Era él? Yo estaba casi seguro. Ambos se encontraban de pie en una estancia interior con una pequeña mesa entre los dos y encima de la misma descansaba un gran sombrero oscuro de ala ancha que no tuve que preguntar a quién pertenecía. Detrás de ambos podía verse un enorme letrero, pintado en madera, con el texto «Antigüedades Brandon & Burden».

—Esa fue la primera foto que me tomé, en el año 1845, cuando abrí mi primer negocio de antigüedades aquí, en Estados Unidos. El que está a mi lado es mi amigo y socio Richard Burden —me informó el anticuario—. Fue él quien me convenció para invertir en un negocio como éste, que hasta ahora me ha seguido dando muchos beneficios y una ocupación cómoda de la que

vivir. —De nuevo, sus datos e historia cuadraban y eran coherentes. Ahora incluso aparecía él mismo como prueba. Claro que de ahí a confirmar que aquella foto había sido tomada en 1845 había un gran trecho. De nuevo, todo se sostenía en la palabra del señor Giddens—. La segunda es del año en que vendí mi parte del negocio a la hija de Richard, Nora, y desaparecí de la ciudad donde había desarrollado mi negocio porque ya no era capaz de sostener más mi casi inquebrantable apariencia. Aquella mujer, que entonces compraba mi parte del negocio, me conocía desde que era una niña pequeña, había visto cómo su padre moría antes de los cincuenta por una enfermedad contraída durante la Guerra de Secesión y entonces ella se había convertido en mi socia, junto con su marido, demostrando ser capaz de llevar el negocio con destreza; y en todo ese tiempo yo parecía haber envejecido solo cinco o seis años. Ella me quería como un segundo padre y yo hubiera deseado permanecer más tiempo a su lado pero, como comprenderás, aquella situación era insostenible por inexplicable.

Era cierto, la segunda foto, en sepia, mostraba al señor Giddens, con la misma apariencia usual de traje, sombrero y bastón, poco mayor que en la primera foto, al lado de una mujer de unos treinta y una niña de unos cuatro o cinco años. Los tres estaban en la acera, en el exterior de una tienda con un gran letrero encima de sus cabezas donde de nuevo podía leerse «Antigüedades Brandon & Burden». La calle estaba cubierta de nieve. Debía ser invierno.

—Esa es Nora —dijo el anticuario señalando a la mujer—. Y la niña es su hija Abigail. La foto, como podrás comprobar, se tomó en 1870.

El detalle era muy sutil, pero irrefutable: la niña llevaba una banda encima de su vestido en la que, entre sus arrugas, se podía leer con bastante claridad «… liz Año Nu … 1870».

Mi ojo se abrió de par en par. ¿Sería posible? El señor Giddens, con una apariencia de unos cincuenta años, estaba en una foto que realmente parecía tomada en 1870, justo en el cambio de año, probablemente. Ahora sí que parecía haber una prueba real de lo que él afirmaba. ¿O sería su abuelo, alguien de gran parecido con él y cuya semejanza estaba aprovechando el anticuario para crear una ilusión en mi mente?

—La tercera foto la conoces bien —indicó el Señor Giddens apuntando hacia ella. Era la foto que yo había birlado de su mesita de noche a principios de julio. En ella aparecían el hombre manco y una nueva versión del señor Giddens, algo mayor que en la anterior pero no mucho; entre cinco y siete años, hubiera jurado yo— Esta la tomaron en 1900. El que está conmigo es mi amigo Marcus. Un tipo excelente, gran pescador y mejor persona —añadió el señor Giddens con cierta nostalgia nada fingida.

No podía ser. Treinta años de diferencia entre las dos últimas fotos y el rostro de la persona que parecía el señor Giddens en ambas casi no había cambiado. Y lo mismo sucedía con la primera foto y los veinticinco años que la separaban de la segunda, si creía las fechas de las que el señor Giddens hablaba. En total, cincuenta y cinco años de diferencia entre la primera y la tercera foto y no diría que más de diez en el rostro, la postura y el conjunto en general de la figura del señor Giddens en ellas.

Sin duda, aquella era la mejor prueba, hasta ahora, que refrendaba las afirmaciones sobre el longevo señor Giddens. Mis dudas sobre su «no locura» se acrecentaron. El anticuario sabía que ahora sí me había sorprendido y mi rostro debía de ser bastante explícito respecto a los sentimientos que luchaban en mi interior, así que me dejó un momento en silencio para que terminara de asimilar todo aquello y, por qué no, aceptar la realidad que llevaba ya un rato intentando explicarme.

Yo no paraba de coger las fotos y acercármelas a mi ojo para tratar de convencerme de su

veracidad, de los sutiles cambios en la figura del señor Giddens en ellas, o para descubrir algo que me diera la explicación lógica que mi mente deseaba encontrar a todo aquello y que de momento se me escapaba. Porque, si no lo hacía, si no lograba darle sentido a aquella fantástica historia, tendría que admitir algo imposible; tendría que reconocer que el señor Giddens era una anomalía de la naturaleza, un espécimen especial, un mutante, aunque él no quisiera ser denominado así. Y si todo lo de su sangre –y ahora la mía– también era cierto, el efecto en mí sería similar.

Empecé a agobiarme porque yo no estaba preparado para aquello. Admitir que toda mi vida iba a cambiar de forma radical era muy duro y complicado. ¿Qué sabía yo de todo eso? Un chaval, normal y corriente, o «casi normal y corriente», de una pequeña ciudad poco conocida, como cualquier otra de los Estados Unidos, cuyas mayores preocupaciones son acabar el instituto y mantener a la chica de sus sueños consigo… ¿Por qué ahora iba a estar envuelto en todo esto? ¿Por qué ahora iba a ser tan especial? ¿Por qué iba a alejarme del «casi normal», y mucho más del «solo normal» que tanto me gustaba en realidad, aunque no lo admitiera de viva voz la mayor parte de las veces?

Mi respiración se aceleró y puede que empezara a sudar por la frente; el señor Giddens lo notó.

—Bien, querido William, creo que ahora ya estás bastante más convencido de todo lo que te he contado, ¿no es cierto? —afirmó él con bastante seguridad y convicción, sin esperar ninguna confirmación por mi parte. De nuevo se sabía ganador, como siempre solía. Y debo admitir que aquella vez me molestó esa soterrada soberbia—. Pero no te preocupes por nada. Yo estaré a tu lado para ayudarte en los primeros pasos de este nuevo camino que se abre ante ti.

Devolví las fotos al anticuario que las cogió con sumo cuidado y las introdujo en la carpeta. Algo más calmado y empezando a aceptar lo irrefutable de toda aquella locura, comenté:

—Entiendo el enorme valor que todo esto debe de tener para usted. Son las evidencias de toda una vida —dije en alto, tratando de afianzar el convencimiento que poco a poco crecía en mí.

—Efectivamente, William. Evidencias y recuerdos. El contenido de esta carpeta tiene un valor incalculable para mí —confirmó él.

Recordé entonces mi primera visita a la casa y la charla que habíamos tenido acerca del valor de las cosas y cómo son las personas las que se los otorgan. Para el señor Giddens esa carpeta debía de ser como las joyas de la Corona para la monarquía inglesa. Me pregunté entonces dónde la guardaría, ya que yo nunca la había visto por la casa. Y, cuando encontré las cartas y la fotografía, estas estaban en un cajón de una mesita de noche, en un dormitorio sin cerradura.

—Supongo que intentará tener siempre este tesoro bien guardado —indiqué yo, tratando de que fuera él el que me informara al respecto, sin que aquello pareciera un interrogatorio.

—Lo cierto es que ahora puedo contártelo sin reservas —picó él, con convencimiento—. Tengo una pequeña caja fuerte guardada en un hueco secreto que hay detrás del radiador de mi dormitorio. Esta carpeta siempre está ahí. El día que encontraste las cartas y la foto en mi mesita de noche fue un descuido fatal por mi parte. Hay veces que saco algunos de estos recuerdos para avivar su memoria. El día de antes por la noche había estado en la cama, reviviendo algunos momentos de mi pasado con esos objetos. No sé qué me ocurrió ese día, si fue el cansancio o un simple descuido, pero no consideré importante devolverlos a la caja fuerte y al día siguiente creo que simplemente lo olvidé. Quizás fuera el destino y el hecho de que tú lo encontraras era una premonición de todo lo que ha terminado pasando —concluyó con cierta transcendencia en su voz.

Yo seguía dándole vueltas a todo lo que me había contado, repasando cada una de las

informaciones recibidas. Era demasiado para un solo día; y las repercusiones que aquello, de ser cierto, podían tener en mí eran casi inasumibles.

En ese repaso, de repente, algo volvió a mi mente. Algo que no pude callar.

—Disculpe, señor Giddens, pero acabo de caer en la cuenta de algo que no puedo remediar preguntarle.

—Adelante, William, ya has visto que hoy no puedo ser más sincero.

—Me ha hablado usted de las propiedades especiales de su sangre…

—Y ahora también la tuya, no lo olvides —me interrumpió para insistir en el hecho de lo que ahora nos hacía iguales.

—Sí, también de la mía —asumí yo—. Y me ha hablado usted de sensibilidad extrema al sol, baja temperatura corporal, el asunto de la intolerancia al ajo y la alergia a la plata, esos… esos larguísimos dientes que quedan visibles al retraerse las encías, un extra de resistencia y fuerza en huesos y músculos y la capacidad de vivir años y años, más allá de lo que podría hacerlo cualquier persona normal… —hice una pausa para medir bien las palabras que soltaba a continuación, y finalmente me decidí—. Todo esto… se parece bastante a la descripción de un vampiro.

Los ojos del señor Giddens me miraron sin sorpresa. Creo que él sabía que eso iba a salir en la conversación en un momento u otro, y creo que se había preparado bien para responderme al respecto.

—Muchos de los mitos que las fantasiosas mentes de los hombres han creado a lo largo de la historia de la humanidad se basan en hechos reales que son deformados, por lo general magnificados, por las personas que los han vivido, visto u oído de boca de otros —elaboró el anticuario—. Algunos tienen una base científica o han sido relatos mágicos hasta que la ciencia los ha ido explicando. Otros son simplemente recreaciones exageradas de situaciones reales, aumentando algunos de sus puntos clave porque así causan más impacto o son más fáciles de recordar. No puedes imaginar cómo es capaz de deformar tus recuerdos el tiempo. Te aseguro que he tenido muchas oportunidades para reflexionar sobre esto que comentas y no puedo más que decirte que, a lo mejor, puede que estés en lo cierto. Quizás seamos la base de lo que se ha deformado hasta crear el mito del vampiro. Es obvio que hay muchas cosas que nos definen y que cuadran con algunas de las descripciones que muchos autores, sobre todo los románticos, dan de esos seres, inventando otras muchas cualidades y características y magnificando algunas de las que ya conoces. Y somos pocos, pero no invisibles. ¿Quién sabe quién sabrá de nuestra existencia? Quizás alguien nos conoció y quiso contarle al mundo lo que éramos, cómo éramos… pero al no ser creído o tomado en serio, empezó a aumentar lo que creía saber sobre nosotros, lo exageró, lo maquilló, lo envolvió en un embalaje más atractivo, que calara más en la sociedad; supongo que puestos a que no le creyeran, no había ningún problema en que no lo hicieran por mucho y entonces empezó a permitirse licencias. Y quizás no fuera solo uno, sino muchos, en sitios distintos, en épocas distintas y fueron realimentándose en la distancia los unos a los otros, incorporando al mito cosas incluso de personas que solo aportaban datos imaginarios. Puede que fuera así como naciera el mito del vampiro; pero te aseguro —y entonces su rostro se ensombreció y sus palabras resonaron con más fuerza— que nosotros no somos vampiros. Y, que yo sepa, esos fantásticos seres no existen más que en los libros.

—De acuerdo. Creo que lo entiendo —dije yo asimilando la respuesta del anticuario—. Entonces, ¿no nos afectan ni el agua bendita ni las cruces?

—La religión no tiene nada que ver con nuestra especial y vitalista sangre. Y nuestra fisiología

no se rige por creencias religiosas —afirmó el señor Giddens—. Eso formaría parte del puro mito inventado. Demasiadas veces en la historia el hombre ha usado la religión para combatir casi todo lo que no entendía o no podía explicar… —terminó con cierta penosa resignación.

—Y no bebemos sangre, ¿verdad?

—Por supuesto que no. No somos animales —replicó algo más brusco—. Está claro que la sangre es el motor de toda nuestra especial condición, pero no la bebemos. Ya te he explicado, además, que nuestro consumo calórico debe ser pequeño porque nuestro metabolismo no necesita tanta energía para funcionar como un cuerpo normal.

—Y está claro que nos reflejamos en los espejos —añadí yo recordando el final de la cena con el señor Giddens en mi casa y a ambos mirándonos en el espejo mientras él trataba de convencerme que no había nada sobrenatural en su condición.

—Eso ya lo sabes. Y tampoco necesitamos ser expresamente invitados a una casa para poder entrar —dijo él con cierta sorna, evocando también el día de la cena en mi casa.

—Ni tenemos poderes hipnóticos…

—Solo si estudiáramos y practicáramos mucho, como cualquier especialista, y nunca más que el mejor de los mortales.

—Ni podemos convertirnos a voluntad en grandes murciélagos, u otro tipo de bestias... —continué yo solo para dejar claro qué era real y qué folclore. —La mirada del señor Giddens indicó tanto menosprecio sobre lo que yo acababa de mencionar que ni siquiera se molestó en articular una réplica. Y yo seguí hablando—: Ni nos volvemos malos en esencia ni nos convertimos en depredadores de otros seres humanos…

—Por favor, William, sé que eres más inteligente que eso… Por supuesto que no somos ni mejores ni peores que cualquier otro ser humano. La ética y los valores que cada uno defiende y practica no tienen nada que ver con lo fisiológico; y lo especial que nos sucede a nosotros es pura biología.

—Y aun así algún día moriremos, ¿verdad? No somos inmortales, ¿correcto?

—Me temo que sí, algún día moriremos. Es probable que no enfermemos tanto como el resto de los humanos, pero nuestro cuerpo terminará parándose, secándose, aunque sea mucho más tarde que lo que le correspondería de haber seguido siendo igual que cuando nacimos. Recuerda que hay heridas que podemos cerrar con bastante rapidez: las relacionadas con nuestras venas, arterias, piel… pero que nuestros órganos internos no están exentos de sufrir daños permanentes y mortales según reciban traumatismos severos, como un disparo o un apuñalamiento. De verdad, William, confía en mí cuando te digo que somos del todo humanos, solo que un tanto especiales.

—Me queda claro, señor Giddens —repliqué aceptando lo inocente de mi sugerencia—. Pero le confieso que todo esto me parecería mucho más fascinante de no verme envuelto tan directamente en esta especial condición —concluí yo haciendo visible mis temores por mi transformación en ese ser distinto, de la que parecía no haber retorno.

—Lo entiendo. Tienes mucho que asimilar, pero lamentablemente ahora no tenemos mucho tiempo, ya lo sabes —replicó él, refiriéndose de nuevo a la declaración que debíamos hacer en comisaría.

—Por favor, permítame una última pregunta: ¿no hay cura? —inquirí yo tratando de agarrarme a lo que fuera que pudiera devolverme a la normalidad con la que había vivido hasta el día anterior.

—De nuevo parece que ves esto como una enfermedad, ¡pero no lo es —contestó el anticuario

con expresión seria y enseñando sus dientes más de lo habitual—. Si te refieres a si es reversible de algún modo, no, no lo es. Hay algunos que han intentado estudiarlo, sin ningún resultado concluyente. Alguno lo ha llegado a identificar con una variante de porfiria; vamos, con una enfermedad, como parece que tú te empeñas en verlo, pero no existe ninguna enfermedad conocida que provoque todos los efectos, los positivos y los no tan positivos, que poseen nuestros cuerpos.

Hubo una nueva pausa en silencio durante la cual las evidencias mostradas y contadas por el señor Giddens y mi deseo de creerlo siguieron luchando en mi mente contra lo que mis dieciséis años de lógica y razón me señalaban como imposible. Y, no pudiendo o queriendo alargar más aquella charla, concluí:

—Bien, creo que necesitaré algo de tiempo para terminar de asimilarlo todo. Supongo que lo entiende, ¿no? ¿Hay alguna cosa adicional que no me haya contado?

—No, nada importante… bueno, ahora que lo pienso, tus orejas sí que crecerán un poco más de lo normal, pero eso sucederá con el tiempo. Además, no es algo que un poco de pelo largo o una buena gorra no puedan camuflar.

Conforme hablaba no pude dejar de fijarme en sus enormes orejas, esas que me habían llamado la atención desde el primer día que lo vi plantado en el porche de mi casa.

—Bien, creo que eso podré superarlo —dije con algo de sarcasmo—. Entonces, creo que ahora podemos irnos.

—Perfecto, William. Por el camino repasaremos de nuevo lo que has de decir a la policía, que es casi toda la verdad de lo que recuerdas pero con el pequeño matiz de lo ocurrido con Nathan al final, ¿de acuerdo? —«¿Pequeño matiz?», pensé. Eso sí que era ironía—. Lo más importante de todo esto es que comprendas bien por qué no puedes contarle nada de esto, y me refiero a lo de tu nueva y peculiar condición, a lo extraordinario de tu sangre, a nadie en absoluto. Ni a la policía, ni a tus amigos, ni a tu madre —insistió él.

—Sí, creo que lo entiendo —asentí sumiso, pero aún con el corazón y el cerebro divididos entre lo que quería y lo que debía creer—. Sería demasiado complicado para ellos y creo que entiendo los motivos por los que no debemos revelar el secreto de la extraordinaria naturaleza de nuestra sangre, aunque eso suponga privar a todas las personas del mundo de algunas características tan positivas como ese extra de vitalidad y regeneración que parecemos tener.

—A todas las personas del mundo no, William. De hecho, ese es el principal motivo para mantenerlo en secreto e intentar que no se propague. —Ahora era él el que usaba una palabra que evocaba a «enfermedad». Mi cara lo invitó a seguir hablando—. Ya que solo el hombre parece poder beneficiarse de este regalo de la naturaleza, al final derivaríamos en ciclos vitales muy diferentes entre hombres y mujeres. Piensa bien en las consecuencias de eso; entonces sí que incrementaríamos la brecha social de igualdad entre ambos sexos. En mi humilde opinión eso haría degradar nuestra especie y creo que incluso podría llegar a acabar con ella. Debemos mantener el orden natural de nuestra especie tal y como está, con hombres y mujeres complementándose y dando paso a nueva vida juntos, creando más sinergias entre ellos y viviendo como iguales. Es la única forma en la que puedo ver el futuro de la raza humana.

Me pareció un pensamiento muy progresista, más para alguien supuestamente había nacido a principios del siglo XVIII. Es probable que sus casi dos siglos y medio de existencia, si es que su historia era cierta, le confirieran una mentalidad y un criterio más maduros, más completos y ricos en experiencias que ninguna otra persona viva (ninguna otra que yo conociera, al menos). La idea que planteaba me resultó muy interesante. No podía contradecirla porque tenía todo el

sentido del mundo para mí; sin embargo, me resistía a creer que ninguno de los individuos que alguna vez hubieran tenido el poder de esas extraordinarias cualidades vitales en la sangre no hubiera intentado transmitirlas a muchos más, sin importarle las posibles brechas de género o sociales que pudiera crear.

—Sin duda, es un pensamiento muy loable, pero ¿cómo se puede contener algo así, cuando no depende de un solo individuo? ¿Es posible que todos los que tenemos esta sangre especial pensemos de la misma manera que usted y contengamos la transmisión incontrolada de la misma, basándonos en ideales de igualdad?

Mi reflexión debió de sorprenderle, porque se quedó muy serio y, durante unos segundos permaneció inmóvil, pensativo, casi como si hubiera encontrado una brecha en sus argumentos que podría desmoronar quizás el castillo de naipes que se había formado en su fantasiosa mente.

—Esa es una observación muy inteligente, William —dijo al fin—. Verás, el verdadero motivo por el que no podemos trasmitir esta sangre y sus capacidades a toda la humanidad y, por tanto, por lo que debemos cuidarnos mucho de guardar el secreto, de no ser descubiertos, es fisiológico, no solo filosófico o moral. Más allá de que el pensamiento que he compartido antes contigo acerca de la desigualdad que generaría entre hombres y mujeres es totalmente cierto, si todo esto se supiera públicamente estaríamos muy expuestos, como tú mismo has apuntado, a que alguien sin moral se dedicara a propagar nuestra condición sin control entre los hombres. —Pensé que, de nuevo, era la segunda vez que se refería a lo que nos pasaba como una enfermedad y que era obvio que no quería que se convirtiera en pandemia—. Pero recuerda que la naturaleza se autorregula —siguió él—. Y que esta sangre nos vuelve estériles. No es de ninguna manera posible que un hombre con esta sangre deje a una mujer embarazada.

Me tomé un segundo para asimilarlo y pensarlo bien. El señor Giddens dejó que fuera yo quien expresara en voz alta la conclusión final de todo aquello.

—Y si todos los hombres terminaran teniendo esta sangre… más allá de todo el problema social y de género… eso supondría, con el tiempo, la extinción de la raza humana —concluí, creo que sin darme cuenta del todo de lo tremendo que era lo que acababa de decir.

—Exacto, William. Ahí tienes la verdura razón por la que todo esto hay que mantenerlo en secreto y procurar que quede entre nosotros.

—¡Pero usted me ha transmitido su sangre…! —exclamé con cierto reproche.

—Sí, lo he hecho. Para salvarte la vida. Y no creas que no dudé, por mucho aprecio que te tenga.

El dilema era enorme. Si todo aquello era cierto, cómo usarlo, cómo controlarlo. Quizás era cierto que la única forma de hacerlo era ocultándolo. Aun así, seguí cuestionándolo un poco más.

—¿De veras cree que, si esto se supiera, no se pondrían los medios para controlarlo de una forma política o legal?

—¿O ética? —añadió él.

—Sí, exacto. Cualquiera entendería, con pruebas, todo lo que usted me ha contado y argumentado.

—Subestimas la locura y estupidez del ser humano —escupió él con un cinismo poco habitual —. ¿Cómo controlar que ningún loco que conociera el secreto terminara convenciendo a otros del camino incorrecto? ¡Estamos hablando de la supervivencia de la raza humana, William! Recuerda que esto no es reversible. Es un riesgo que no podemos correr, de ninguna manera. Aunque pueda parecerte improbable, son cosas que podrían pasar. Seguro que hace un par de

meses tampoco hubieras pensado que en Fortress Flint pudiera haber un loco asesino en serie, y ahora sabes que hay uno enterrado en el jardín de esta casa.

Tenía razón y no podía rebatirle ese argumento.

—Entiendo lo que dice, señor Giddens —expresé pensativo—. Es una pena no poder compartir este don que usted esgrime que tenemos, pero ahora comprendo perfectamente por qué.

—Puedo entender cómo te sientes, William. Yo mismo he dudado muchas veces a lo largo de estos años sobre qué hacer con esto. Con el tiempo he concluido que la naturaleza es más cruel… o bromista de lo que pensamos; e, igual que crea y nos regala estas cualidades extraordinarias, pone mecanismos de contención para frenar de una manera natural su propagación, y qué mejor medio para hacerlo que dejarnos sin la posibilidad de engendrar vástagos, de procrear. Es casi como un mal chiste de Dios, si eres creyente. Nos da la posibilidad de tener algo extraordinario, pero deja en nuestras manos el dilema de no compartirlo con nadie o de convertirlo en algo efímero al inducir a la raza humana a su desaparición, como una especie de prueba de fe.

Desde luego, aquella última parte de nuestra conversación sirvió para terminar de convencerme de que no debía revelar nunca a nadie la especial condición que el anticuario esgrimía que teníamos. Ni siquiera pensaba entonces demasiado en lo que suponía emocionalmente para mí asimilar que nunca podría tener hijos, algo que sí me plantearía con frustración más adelante.

Otra cosa era si realmente terminaba de creer al cien por cien la historia detrás de todo aquello y lo que derivaría en tener que mantener el secreto de algo que ni siquiera estaba seguro de que fuera cierto. Pero no había mucho más tiempo para reflexionar y debía decidirme rápido.

Empezaba a tener algo de calor y mi piel sudaba cada vez más. El picor de mi cuello no desaparecía y los constantes ataques con mis uñas lo aliviaban cada vez menos. Ya no solo me picaba, sino que me escocía e incluso diría que empezaba a dolerme la piel de tanto frotarla.

El señor Giddens volvió entonces a insistir en que debía quitarme la cadena de plata si quería dejar de sufrir esos picores en mi cuello. Yo lo miré, más dubitativo que la primera vez que me lo había dicho, porque ahora sí que la posibilidad de que todo lo que decía fuera cierto empezaba a tener cada vez más peso en mi interior.

Su mirada era amable y parecía sincera. Sus palabras no podían estar destinadas a dañarme ni a causarme ningún mal; más bien todo lo contrario. Entonces, ¿por qué resistirme al consejo que trataba de darme?

Lentamente, como si necesitara alargar todo lo posible el tiempo necesario para hacer ese breve gesto, llevé mis manos a la parte trasera de mi cuello, busqué el cierre de la cadena y lo solté, liberando el colgante de plata que llevaba desde hacía años. Lo cogí en mi mano derecha y la cerré, como queriendo guardarlo ahí para siempre, para que no se perdiera.

—Me temo que debes soltarlo, William. Si lo dejas en tu mano, este empezará a picarte igual que lo ha hecho tu cuello —informó el anticuario con cierto tono de tristeza en su voz, dándose cuenta de que yo aún trataba de resistirme a aceptar la realidad del cambio en mi cuerpo. Miré mi mano cerrada un segundo y luego decidí soltar la cadena con la cruz de plata encima de la mesita de noche que flanqueaba la cama—. La meteremos en una cajita y podrás conservarla, pero no debes intentar volver a llevarla puesta —indicó el señor Giddens.

Si aquel detalle sobre la alergia a la plata era cierto, lo más probable es que todo lo demás también lo fuera. Incluso toda aquella locura sobre la longevidad. Y eso significaría muchas cosas para mí. Mi cara debía de mostrar el pánico que empezaba a sentir al ir creyendo cada vez más en las palabras del anticuario—. Sé que te surgirán muchas preguntas, si es que no lo han hecho ya. Esto es duro, lo sé. Difícil de asimilar para cualquiera. Pero lo estás haciendo muy

bien, William, y seguro que lo seguirás haciendo bien; terminarás aceptándolo, adaptándote, mejor que yo incluso, estoy seguro, y sacándole todo el partido posible a la extraordinaria vida que te queda por vivir. —Las palabras de ánimo del anticuario trataban de resultar reconfortantes y admito que algo positivo lograron, pero mi cabeza no dejaba de seguir dirimiendo cómo de real era todo aquello y las consecuencias de que lo fuera—. Ahora debes levantarte y vestirte —continuó él—. No debemos perder más tiempo. Hay que ir a la comisaría a declarar, pero te prometo que más tarde contestaré a todas tus preguntas e inquietudes y, como ya te he dicho, te ayudaré a pasar la transición lo mejor posible, a que te sientas cómodo y consigas acoplarte a tu nueva condición de la mejor y más suave forma posible.

Mi instinto me hizo confiar en él y me dispuse a levantarme. Me dio algo de miedo chequear cómo iba a responder mi pierna herida, por más que no notara dolor (o no mucho dolor) y ya hubiera hecho pequeños movimientos con ella encima de la cama. Pero me incorporé y, casi sin agarrarme a nada, logré alzarme y ponerme de pie sin demasiado esfuerzo.

Era increíble que pudiera estar de pie solo unas horas después de haber recibido aquel mortal corte en la pierna por parte de Nathan. Pero ahí estaba, con los músculos bien asentados, sin calambres, sin excesivas molestias.

Eché el pie hacia adelante y comprobé que podía moverme con bastante soltura, solo con un leve dolor al apoyar la pierna que me hacía tener una casi imperceptible cojera.

—Seguro que podremos justificar eso —dijo el señor Giddens refiriéndose a la leve cojera que mostraba—. Diremos que Nathan te dio un fuerte golpe en la pierna y que, aunque no necesitas que te lo vea un médico, te molesta un poco al andar, pero menos que ayer.

Me sorprendió cómo el anticuario pensaba en todos los detalles para justificar bien la historia que él quería contar a la policía… y al resto del mundo, en general, fuera de aquella pequeña habitación.

—Es asombroso que pueda moverme con tanta soltura después de… bueno, ya sabe, después de lo que pasó anoche —dije yo cada vez más convencido de que debía de haber algo especial en mi cuerpo que hubiera curado mi herida de la extraordinaria forma en la que lo había hecho. Ni siquiera pensaba en algo sobrenatural, sino en una evolución fisiológica, genética quizás, que provocaba todos los efectos que el señor Giddens me había confiado con asertividad no exenta de cierta delicadeza.

—Sí, ciertamente lo es, querido William —remató él con una sonrisa—. Por cierto, mandé a Elmer a tu casa, con las llaves que encontré en el bolsillo de tu pantalón, a por una muda limpia: ropa interior, pantalones y camiseta. Tus pantalones y camiseta de ayer ya no existen; estaban demasiado manchados de sangre. Y pensé que podrías querer cambiarte también tu ropa interior, que por supuesto se manchó. —Miré mis calzoncillos y efectivamente estaban bastante manchados de un rojo oscuro reseco, huella de la enorme cantidad de sangre que había perdido el día anterior. En ese momento me noté un poco mareado y tuve que sentarme en la cama—. Es normal que te encuentres débil —informó el señor Giddens—. Perdiste mucha sangre y ahora tardarás unos días regenerarla, pero pasará pronto. En un par de días estarás igual o más fuerte y sano que ayer mismo.

—Por supuesto… lo entiendo… tiene sentido —dije tratando de convencerme a mí mismo de lo imposible. —Pensaba quizás que si lo decía en voz alta sería más real para mí—. ¿Mi madre le dio ropa limpia para mí a Elmer? —pregunté cuando recobré el color en mis mejillas y el mareo se perdió en la boca de mi estómago.

—No. Mientras menos sepa tu madre, mejor. Confía en mí cuando te digo esto, William. Por

eso le pedí a Elmer que esperara a que tu madre se marchara esta mañana para entrar en tu casa. Ahora te traigo la ropa que ha cogido. Un gran muchacho, este Elmer —terminó el anticuario satisfecho.

El señor Giddens tardó menos de un minuto en ir y volver con la ropa. Me trajo una pequeña bolsa para que dejara mi ropa interior sucia dentro, con ánimo de destruirla también, como ya había hecho con las otras prendas. Acto seguido abandonó la habitación para darme algo de intimidad.

Me vestí con la ropa limpia que Elmer había traído de mi casa y me acerqué a la ventana. Descorrí un poco la tupida cortina que me separaba de los luminosos rayos del sol, ya en su estadio más alto del día, y mi ojo se resintió enseguida. Se me ocurrió que iba a necesitar una gorra y quizás unas gafas de sol para poder moverme por el exterior.

Salí de la habitación, andando despacio y cojeando un poco. Bajé las escaleras con cuidado y llegué al salón, donde el señor Giddens me esperaba junto con Elmer, cuyas ropas estaban manchadas de tierra por los trabajos (o, mejor dicho, retrabajos) que había estado haciendo en el jardín.

—Will, hola. ¿Cómo te encuentras, Will? —dijo el gigante con su amable vozarrón.

—Mucho mejor de lo que me esperaría, Elmer, gracias por preguntar —respondí sonriendo—. ¿Cómo te ha ido hoy en el jardín? —pregunté cortés, interesado pero sin ánimo de tirar de la lengua demasiado a aquel que había ayudado a esconder un cadáver, según la historia del señor Giddens.

—Will, muy bien, la verdad. Ya está todo casi igual de bonito como estaba ayer. Mañana habré terminado de rematar lo poco que queda, Will —dijo él de una forma tan natural que nadie hubiera sospechado que el motivo de haber tenido que quitar y volver a poner su preciosa rosaleda en el jardín del anticuario era la manipulación y entierro a escondidas de un cuerpo humano que estaría ya empezando a descomponerse. Dicha naturalidad me resultó incluso algo inquietante.

El señor Giddens tenía un pequeño paquete en la mano.

—Querido William, antes de que partamos hacia comisaría, me gustaría darte tu regalo de cumpleaños. Al fin y al cabo, fue el motivo por el que ayer me acompañaste a casa y, por tanto, la causa raíz de que nos pasara lo que nos pasó —dijo el señor Giddens acercando el paquete en sus manos hacia mí—. Espero que te guste.

Aquello era una sorpresa y lo último en lo que habría pensado en aquel momento, pero recibir un regalo no dejaba de ser algo agradable. Lo cogí sonriente y le quité el envoltorio con cuidado. Era una pequeña caja cuadrada de madera, de unas tres pulgadas de lado y una de alto, pulida y barnizada con un tono brillante y algo oscuro. Tenía un par de minúsculas bisagras doradas en uno de sus lados. Tiré hacia arriba de la parte contraria a las bisagras y la caja se abrió como una enorme almeja.

Mi ojo reconoció enseguida el objeto redondo y plateado que se acomodaba en su interior porque ya lo había tenido una vez en mis manos: era el reloj de Atticus Finch, el personaje interpretado por Gregory Peck en ***Matar a un ruiseñor***.

Lo cogí, entusiasmado, y accioné el resorte que lo abría. Seguía marcando las ocho y media como la primera vez que lo vi y la inscripción grabada con las palabras «Para Atticus, mi amado esposo» confirmaron del todo que era el reloj usado en la película; el mismo que el anticuario me había mostrado unas semanas atrás.

—No sé… no sé cómo agradecerle esto, señor Giddens. Realmente es fantástico —exclamé yo

mirando con absoluta gratitud al hombre que tenía delante y que ya no sabía si era mi patrón, mi mentor, mi amigo… o todo lo anterior junto, por muy loco que también pudiera pensar que estaba—. Pero es demasiado, esto… no me lo merezco.

—Por favor, William, claro que te lo mereces. No conozco a nadie que pudiera valorarlo más que tú; por tanto, tus manos son las mejores para guardarlo —replicó con una sonrisa de satisfacción.

Es probable que lo que hice a continuación no fuera apropiado; al menos, sé que fue inesperado para el anticuario, pero no pude reprimir mi impulso de agradecimiento y avancé rápido para darle un abrazo de agradecimiento y cariño. Yo estaba emocionado y no pude evitar expresarlo de aquello modo. Mi altura, superior a la del señor Giddens, hizo que lo rodeara fácilmente, desde arriba, no dándole ninguna posibilidad escapar de mi abrazo. Él no se movió y tras un segundo en el que debió de decidir cómo asumir aquello, elevó sus brazos y me lo devolvió con suavidad.

Cuando me separé de él pude notar cierto brillo en sus ojos y una expresión de alegría y paz en su rostro.

—Me alegro de que te haya gustado tanto, William —dijo él al fin, rompiendo el momentáneo silencio que se había apoderado de la estancia—. Por cierto, no es de plata, aunque lo parezca, así que no tendrás que tener ninguna precaución al manipularlo —terminó recordándome todo lo nuevo que se me venía encima tras los eventos de las últimas horas.

—Will, es muy bonito, Will —expresó Elmer mirando el reloj hipnotizado.

—Sí que lo es, Elmer. Es precioso. El mejor regalo que podrían haberme hecho —indiqué yo con sinceridad.

Los miré a ambos, allí de pie, delante de mí, cómplices de ocultar un cadáver. ¿Cómo habría convencido el señor Giddens a Elmer de que se involucrara en todo aquello? Elmer sabía a esas alturas que Nathan era «la sombra» que le había arrebatado a su Rosie, pero esa lealtad tan profunda a alguien al que casi acaba de conocer era sorprendente, a pesar de las demostradas cualidades de persuasión del anticuario. Y el señor Giddens, tan extraño –ahora más que nunca, con su increíble historia de la sangre especial y su imposible edad–, tan amable, considerado y bueno conmigo. Con sangre especial o no, me había salvado la vida, eso era un hecho. Y me daba valiosas lecciones y consejos todo el tiempo. Era imposible no admirarlo, por muy loco que pudiera estar, por otro lado.

Volví a mirar el bonito reloj que acunaba en mis manos, con todo el profundo significado que tenía para mí. Entonces recordé el día que vimos ***Matar un ruiseñor*** y me detuve en el pensamiento que tuve sobre las similitudes de la historia de Harper Lee y la que yo y mis amigos vivíamos ese verano. Recordé cómo había pensado que los niños éramos mis amigos y yo, con muchas coincidencias en cuanto a espíritu e inocencia y cómo había pensado en el señor Giddens como una especie de Boo Radley, el cual, a pesar de lo extraño y sospechoso de su naturaleza, ayuda a los niños al final de la cinta y demuestra tener un gran corazón. Pero ahora, al recibir el reloj de manos del anticuario y ver a esas dos figuras tan distintas delante de mí, la del grandullón Elmer y el vital anciano paternalista, reconsideré ese pensamiento de hacía semanas y decidí que quizás Elmer fuera en realidad nuestro Boo Radley y el señor Giddens nuestro Atticus Finch particular, alguien amable, justo y que ayuda a crecer y madurar a unos «niños» a los que ama con todo su ser.

Aquel pensamiento me reconfortaba el alma más que una taza de chocolate caliente en una fría tarde de invierno y me acercaba un poco más a aceptar la loca historia del anticuario como cierta.

El señor Giddens me sacó de mi ensimismamiento.

—Me temo que, ahora sí, tenemos que irnos, William. No olvides la bolsa con los regalos de tus amigos —dijo el anticuario, acercándomela.

La cogí y pensé en ellos. ¿Qué iba a contarles? ¿La versión oficial de lo ocurrido con Nathan? ¿La verdadera? ¿La increíble pero cada vez más plausible para mí revelación del señor Giddens? Tenía que pensarlo con cuidado. No quería romper la confianza que el señor Giddens había depositado en mí ni incumplir la petición que me había reiterado varias veces esa mañana respecto a mantener toda aquella extraña confesión en secreto. Pero eran mis amigos…

Lo que sí decidí entonces fue coger la camiseta de Batman y Robin que Abe me había regalado el día anterior y cambiar la que llevaba puesta por ella. También le indiqué al señor Giddens que quizás necesitaría una gorra y unas gafas de sol para salir al exterior, algo que el anticuario ya había previsto y me entregó antes de abrir la puerta.

Y así, ataviado con una camiseta de superhéroes, una bolsa llena de «tesoros» y un atuendo casi de camuflaje en mi cabeza, salí al porche, caminando despacio y arrastrando un poco la pierna, seguido de Elmer y del señor Giddens.

Elmer se despidió y se marchó hacia su casa y nosotros comenzamos a caminar hacia la comisaría. El señor Giddens llevaba su habitual y formal vestimenta, con su traje, sus guantes, su enorme sombrero, sus no menos enormes gafas de sol y el bastón estoque que unas horas antes había acabado con la vida del malvado Nathan. Se asía, como acostumbraba cuando caminábamos juntos, de mi brazo, haciendo ver que me necesitaba más que yo a él; pero si antes había sospechado siempre que eso no era cierto, ahora lo sabía con certeza. De hecho, era él el que me sujetaba a mí.

El sol calentaba bastante. Yo me sentía bien, con una mezcla de gratitud y alegría por estar vivo y por haber resuelto el misterio de los asesinatos; pero por muy avanzado que estuviera mi convencimiento sobre la extraña historia del señor Giddens y el poder especial de su sangre, no podía dejar de tener un resquicio de duda sobre la plausible locura que todo aquello representaba.

Me dirigía a declarar a la policía una verdad a medias y aquello me turbaba un poco, aunque entendiera bien los motivos por los que debía hacerlo, en el contexto de la locura o realidad del señor Giddens.

Estaba convencido de que durante los siguientes días le daría muchas vueltas a todo aquello, revisando los detalles de toda la información recibida y cuestionando muchas cosas que entonces no se me habían ocurrido aún; pero, por muchas dudas que pudiera tener, había ciertos hechos que en aquel momento, mientras caminaba despacio hacia la comisaría de policía, no podía negar, por inexplicables que fueran: la mortal herida de mi pierna parecía haberse curado de una forma extraordinaria, casi sobrehumana, y, desde que me había quitado la cadena de plata, mi cuello ya no me picaba en absoluto.

# Una verdad incómoda

Camino a la comisaría repasamos hasta tres veces la historia que yo debía contar para que fuera exacta a la del señor Giddens, el cual también debía declarar formalmente.

El paseo fue calentando mi pierna herida y haciendo que el dolor, en forma de punzadas que sentía al apoyarla, fuera siendo cada vez más leve y soportable. Cuando llegamos a la puerta de la comisaría, mi cojera era casi imperceptible.

Nos estaban esperando. Enseguida me hicieron pasar a una sala donde un agente llamado Stanley me tomó declaración, mientras otro parecía escribir y tomar notas de todo lo que yo decía. Por suerte para mí la sala no tenía muy buena iluminación y pude quitarme las gafas de sol.

Al poco de empezar a hablar Bobby Lloyd se unió a nosotros en la sala y su presencia, por conocida, me reconfortó. Hizo pocos comentarios, pero su actitud hacia mí reforzó la idea de que yo era un muchacho fiable y nadie dudó un segundo en la historia que allí relaté.

Como habíamos convenido, conté todo tal y como me había dicho el señor Giddens. Hablé del ataque que sufrí por la espalda al llegar a la casa del anticuario, de cómo Nathan, Russell y Marky nos habían sujetado y llevado detrás de la casa, de cómo Nathan había confesado ser el autor de los asesinatos y de cómo me había amenazado de muerte por haberle frustrado sus planes en el hospital con Johnny Ebony. Les hablé de cómo había sentido las tachuelas de sus pulseras en mi cuello, lo que –pensaba yo– podía explicar las extrañas marcas encontradas en las víctimas, y de la forma en la que me había intentado asesinar con su cuchillo, con un corte en la femoral, igual que a los cuatro cadáveres que había dejado por la ciudad ese verano. Y entonces empezaron las mentiras. Mis mentiras.

Les dije a los policías que en un descuido de Nathan me había zafado de él, justo cuando parecía que iba a rajarme con su cuchillo en la pierna; les conté que mi movimiento había sorprendido a los otros dos y le había dado al señor Giddens la oportunidad de soltarse también y de dejarlos K.O. con el mango de su bastón. Y que, tras un forcejeo con Nathan en el que me había golpeado la pierna con extrema dureza –justificando así mi algo extraño caminar–, habíamos conseguido acorralarlo. Aunque él llevaba un cuchillo, les conté que yo creía que, al verse solo, sin la ayuda de los otros dos y frente al señor Giddens y a mí, optó por salir corriendo, profiriendo insultos y maldiciones, y desaparecer en la noche. Me lamenté por no haber tenido la fuerza necesaria para ir tras él y evitar que escapara, a lo que el agente Stanley restó importancia y me dijo que me había comportado como un héroe y que debía estar muy orgulloso de lo que había hecho.

Me hicieron algunas preguntas sobre la confesión de Nathan y sus motivos. Les hablé del discurso que me había dado sobre el Klan. De sus comentarios y motivos acerca de cada una de las cuatro víctimas. También les conté las amenazas que había vertido contra Johnny, Terence y su madre. Los policías me aseguraron que hasta que Nathan fuera arrestado, algo que sabían sucedería muy pronto, iban a reforzar la vigilancia por todos los lugares donde pudiera aparecer y donde pudiera querer causar daños, como la casa de Terence, la de Johnny, la del señor Giddens o la mía.

Mi declaración duró algo menos de media hora. Los datos eran claros y no hubo cuestionamiento acerca de la veracidad de que lo que conté. El agente Stanley me agradeció de nuevo mi colaboración y él y el otro agente que apuntaba salieron de la sala.

Me quedé a solas con Bobby un momento en la sala y, acercándose a mí, me dio un medio abrazo aderezado con una amplia sonrisa.

—Lo has hecho genial, Will. Eres todo un héroe. No puedes imaginar lo que tu confesión supone para nosotros; la tranquilidad y confianza de saber a quién estamos buscando por los asesinatos. Has cerrado el caso. Ahora, en cuanto lo encontremos, algo que sucederá seguro en breve con la cantidad de policía que hay buscándolo y la orden interestatal que hemos emitido, toda esta pesadilla acabará de una vez por todas. Y ese bastardo pagará por todo lo que ha hecho.

Sonreí complacido por partida doble: por las contundentes y gratificantes palabras de Bobby y por la certeza de saber, aunque no pudiera contarlo, que Nathan ya había pagado por sus crímenes y que la pesadilla, efectivamente, había terminado. Cómo deseé poder compartirlo.

—¿Han hablado ya Russell y Marky? —pregunté intentando disimular la intensa curiosidad que sentía.

—Sí, pero muy poco. En su versión ellos no admiten la confesión de Nathan ni su participación en los asesinatos. Tampoco han dicho nada del Klan. Ni de que hubieran ido allí anoche a mataros, solo pretendían asustaros un poco, según ellos. Y no tienen claro cómo el señor Giddens pudo dejarlos inconscientes. La verdad es que no deja de sorprenderme la fuerza que algunas personas pueden sacar de la nada en momentos de vida o muerte… —concluyó con una leve sonrisa de satisfacción.

—Bueno, el señor Giddens está en muy buena forma, aunque no lo parezca. Deberías ver cómo mueve algunas de las piezas más pesadas de su colección por la tienda —añadí yo tratando de confirmar de nuevo la veracidad de mi versión.

—Estoy seguro. Y parece una buena persona.

—Lo es.

—En fin… en cuanto atrapemos a Nathan, a estos dos también les va a caer un tiempo a la sombra, aunque el otro sea el cabecilla y autor de los asesinatos. Lo que parece mentira es que un zoquete, como siempre me ha parecido él, haya sido tan listo para cometer estos asesinatos sin dejar pistas, con tanta precisión… Nunca lo hubiera dicho, la verdad.

—La locura a veces es muy meticulosa —comenté yo, no solo pensando en Nathan, sino también en todo lo que el señor Giddens me había revelado aquella mañana.

—Una última cosa, Will. Hemos de mantener el asunto de la confesión de Nathan en secreto. Ser discretos en este momento es lo que más nos ayudará a coger a Nathan rápido. Lo del asalto de anoche en sí probablemente no dará más que para un breve artículo en el periódico local; es imposible mantener eso oculto, menos aún cuando hay dos detenidos. Pero es importante que Nathan no se sienta tan perseguido para que sea más sencillo dar con él. Si ve que la noticia trasciende, algo que, dado el caso, lo haría incluso a nivel nacional, se ocultará mejor… desaparecerá un buen tiempo y entonces tardaremos mucho más en cerrar esta pesadilla del todo.

—Entiendo —confirmé yo diligente.

—Tu declaración y la del señor Giddens quedarán restringidas a ciertas personas del departamento y, como Nathan está ya en busca y captura por lo del intento de asesinato de Johnny Ebony, la intensificación que haremos de su búsqueda no será sospechosa. Pero si decimos que es el asesino de Fortress Flint, la presión mediática y social lo asustará y puede que

desaparezca; incluso fuera del país. Las próximas horas van a ser cruciales para dar con él. Así es más fácil que cometa un descuido.

Aquello tenía cierto sentido, por más que yo sabía que todo eso de atrapar a Nathan iba a ser ya literalmente imposible.

—¿Ni siquiera a mi madre? —pregunté yo, pensando en no ocultar a mi progenitora más de lo estrictamente necesario.

—Sí, bueno, a tu madre puedes contárselo, pero ella también debe ser una tumba con esto. —Y entonces añadió, sin que lo le replicara nada más, como sabiendo por mi mirada lo que realmente había detrás de mi pregunta—: Y a tu círculo de confianza también, pero recuerda hacerles prometer que no dirán nada, ¿vale? —terminó con un guiño travieso.

—Cuenta con ello, Bobby. Confío en ellos más que en mí mismo. No dirán ni una palabra hasta que todo esto se haya resuelto o vosotros decidáis que es el momento de hacerlo.

Yo estaba deseando compartir todo… bueno, todo lo que podía contar en aquel momento, con mis amigos; sobre todo, con Penny.

Bobby me dijo entonces que podía irme a casa.

En la recepción de la comisaría pregunté por el señor Giddens y me dijeron que aún estaba declarando, pero que debía de estar a punto de salir. En unos pocos minutos el anticuario estaba a mi lado, con su habitual expresión serena y confiada.

Salimos de allí con nuestras protecciones de sol bien encasquetadas en la cabeza y las gafas de sol puestas. Confirmamos que nuestras versiones habían sido bien aceptadas y anotadas, con coincidencia casi milimétrica. Le dije al señor Giddens que me apetecía mucho ir a casa de Penny a contarle lo sucedido, todo lo de Nathan y cómo se había desenmascarado con soberbia antes de… «escapar corriendo sin que pudiéramos seguirlo». El señor Giddens lo entendió, aunque me recordó que la policía le había insistido también a él acerca de mantener la confesión de Nathan en secreto, por el momento. En cualquier caso, me liberó de la tarea de volver a acompañarlo a su casa. Nos emplazamos al día siguiente, donde trataríamos que nuestras vidas volvieran a la normalidad de la tienda que habíamos vivido y disfrutado durante el verano, pero sin la sombra de los asesinatos raciales oscureciendo ya nuestro gozo ni causándonos preocupación alguna.

Y, por supuesto, a seguir comentando y meditando lo que mi nueva condición especial iba a suponer para mí de ahí en adelante.

Mientras andaba, ya en solitario, a casa de Penny, mi mente se debatía entre la alegría y la preocupación. La doble alegría de haber resuelto el misterio de los asesinatos de Fortress Flint y haber cortado de raíz la formación de un nuevo grupo del Ku Klux Klan, y la doble preocupación por haber mentido a la policía y, de nuevo, encubierto información sobre un asesinato –iban dos veces en lo que llevábamos de mes–, y por la posibilidad de que todo lo que me había estado contando el señor Giddens aquella mañana pudiera ser cierto, por las implicaciones que tendría en mi vida.

Cuando llegué a casa de Penny ella no me esperaba, pero estaba allí. Se sorprendió mucho de verme y me dio un fuerte abrazo y un dulce beso antes de que subiéramos a la casa del árbol. No tenía ni idea de todo lo que yo estaba a punto de contarle.

Mencionó que le resultaba extraño verme con gorra y con unas gafas de sol, ya que puede que fuera la primera vez que yo usaba unas. Argumenté que eran un regalo del señor Giddens y que, de hecho, resultaban muy cómodas y útiles, y que mi único ojo sufría menos con ellas. Creo que eso bastó para convencerla de no hacer más preguntas al respecto.

Ya arriba, le relaté todo el asunto desde el momento en que nos habíamos despedido la noche anterior hasta que había despertado por la mañana y había ido a declarar a la policía. Obviamente, la versión que le di fue la misma que había contado a la policía, volviendo a cumplir mi promesa con el señor Giddens. Aunque he de reconocer que más de una vez estuve tentado a ir directamente hacia la verdad del desenlace con Nathan, no me planteé ni por un segundo mencionar nada acerca de la «sangre especial» y de todo lo relacionado con ella que había aprendido del anticuario esa misma mañana. Quizás fuera porque ni yo mismo lo creía del todo aún o porque me daba vergüenza, pero no dije nada al respecto. En la versión de Penny, simplemente me quedé dormido en casa del señor Giddens después del altercado y por la mañana amanecí fresco allí, listo para ir a declarar.

Sus ojos no parpadearon durante todo el relato y sus manos agarraban cada vez con más fuerza las mías conforme yo iba avanzando sobre él. Me hizo preguntas, mil, que yo traté de contestar con la mayor sinceridad posible. Preguntas sobre Nathan, sobre sus motivaciones, sobre los otros dos atacantes y cómo el señor Giddens había logrado reducirlos, sobre qué me había dicho la policía, sobre si había visto a Bobby en comisaría… Podría decir con seguridad que fue un interrogatorio más duro que el de la policía, pero yo sabía que todo se debía a su excitación por el tema y a su preocupación por lo que me podría haber sucedido.

Se mostró tierna y cariñosa, y también muy aliviada por la resolución del caso que nos había tenido en vilo todo el verano y que finalmente se había unido con nuestra otra preocupación, la del ataque a Johnny, la muerte de *Wolfy* y las amenazas a Abe. Al final todo había confluido en el mismo sitio: el odio sin sentido de unos pocos locos.

Al concluir mi relato y contestar a todas sus preguntas, le hice prometer que no diría nada a nadie, ni siquiera a su familia. Tras eso, liberamos cierta tensión con numerosos besos y caricias que ambos nos dedicamos con afecto e intensidad.

Decidimos que lo justo era informar también de todo a Abe y Terence. Penny los llamó a los dos por teléfono y los emplazamos en Luke’s a las seis de la tarde.

Como disponíamos de tiempo suficiente, Penny sugirió que fuéramos a la playa a dar un paseo, algo que en principio me pareció una buena idea, aunque al final del día me diera cuenta de mi error, por más que llevara puestas mi nueva gorra y gafas de sol.

Paseamos de la mano, alegres y algo excitados. El día estaba despejado y el sol brillaba y calentaba con fuerza. Hablamos de nuevo sobre todo lo sucedido, sobre el tema racial, sobre el Klan, sobre Nathan, y Russell, y Marky, y cómo unos zoquetes como esos podían haber planificado todo aquello, esa extraña, meticulosa y efectiva forma de matar, esa elección de víctimas… nos resultaba increíble pensar en lo poco que habíamos calado a Nathan, subestimando sus facultades para algo tan complejo.

Cuando hablamos de las víctimas, salió el tema de Rosie B. y Penny tuvo que consolarme y animarme porque volví a recordar que el hecho de empujar a Nathan por la ventana del hospital, por más que hubiera servido para salvar la vida a Johnny, había provocado su huida y posterior fortuito encuentro con Rosie en el bosque, dando como resultado su no planificado asesinato. Penny fue muy amable y comprensiva, y me reconfortó enormemente con sus dulces palabras y argumentos.

El tiempo se nos pasó volando y, cuando nos dimos cuenta, tuvimos que salir corriendo hacia Luke’s para llegar a la hora convenida. No queríamos que Abe y Terence pensaran que los estábamos dejando de lado solo porque ahora Penny y yo éramos algo más que amigos.

Terence ya estaba en Luke’s a las seis en punto, pero Abe llegó unos minutos más tarde que

nosotros. Pedimos unos batidos y les conté todo, de la misma manera que había hecho unas horas antes con Penny. Sus reacciones y preguntas fueron muy similares a las de ella. Yo estaba un poco harto de contarlo todo por tercera vez aquel día, pero se lo debía.

Al final de la sesión estaban eufóricos y no hacían más que felicitarme. Abe aprovechó también para meterse conmigo por mi nuevo atuendo, por cierto, pero no me importó lo más mínimo.

Hubo un momento de preocupación por las amenazas que Nathan había proferido durante el ataque contra Terence, su madre y Johnny, y Abe también se mostró nervioso por las posibles represalias de aquello. A todos los efectos Nathan seguía suelto y quién sabía lo que un loco como él podía llegar a hacer antes de que lo atraparan. Yo traté de darles tranquilidad, les conté que la policía me había asegurado que iban a reforzar la vigilancia en nuestras casas y nuestros barrios y que iban a traer más efectivos de las localidades colindantes. Les intenté argumentar los motivos por los que yo estaba convencido de que Nathan no intentaría nada contra nosotros. Pero claro, yo tenía ventaja sobre ellos en ese sentido al saber que el desalmado asesino estaba criando malvas bajo una bonita rosaleda en el jardín trasero del señor Giddens. Penny me ayudó a transmitirles sosiego y ellos terminaron olvidando el tema al ver la extrema confianza y seguridad que ambos mostrábamos al hablar del asunto.

Les hice prometer que mantendrían en secreto, por el momento, el asunto de la confesión de Nathan como autor de los asesinatos; incluso con la madre de Terence y con Johnny. Y también les pedí que, si salía el tema en alguna ocasión con mi madre, recordaran que yo iba a suavizar un poco el ataque de Nathan para evitarle sufrimiento. No es que fuera a mentirle, pero iba a ahorrarle algunos detalles, como lo cerca que había estado el enorme cuchillo de Nathan de rebanarme la femoral.

Como yo aún llevaba la bolsa con los regalos de mi cumpleaños –todos menos la camiseta de Abe, que lucía en mi torso para su satisfacción–, aproveché para enseñarles el reloj de Atticus Finch que me había regalado el señor Giddens. Les gustó mucho y estuvimos recordando esa hermosa primera sesión de cine en el sótano del anticuario.

A eso de las siete y media yo empezaba a sentirme muy cansado y, sabiendo además que mi madre estaría a punto de llegar a casa tras su doble jornada, sugerí cerrar la reunión. Nos despedimos y cada uno tiró para su casa, aunque Abe, Penny y yo compartimos parte del camino.

Cuando llegué a mi casa, la pierna casi no me dolía nada y volvieron a mí las dudas y pensamientos sobre todo el extraño asunto de la «sangre especial» que me había transferido el señor Giddens y lo veraz o no de aquella bendita locura. Aprovechando que mi madre aún no había llegado, lo primero que hice fue subir a mi habitación y quitarme los pantalones para poder ver el vendaje. Seguía completamente limpio, solo un poco arrugado por el movimiento. Lo palpé con cuidado por todo su contorno y comprobé que no sentía dolor alguno. Decidí retirarlo, a pesar de que aquella operación me daba algo de grima por lo que pudiera encontrar debajo de él. Desenrollé la venda con facilidad para dejar finalmente mi pierna al descubierto. La venda salió casi limpia, con una mínima mancha entre roja y marrón en la parte que tocaba directamente con la cara interna de mi muslo. Por más que lo que encontré era bastante coherente con lo que había estado sintiendo durante todo el día en la pierna, quedé atónito al comprobar que el corte estaba cerrado del todo. Había cicatrizado creando una costra dura, a lo largo de toda la línea donde Nathan había incrustado hondo su cuchillo hacía menos de veinticuatro horas. Pasé mis dedos con suavidad por encima de la costra y luego apreté un poco. Como no sentía nada, apreté un poco más y entonces sí noté algo de dolor en el interior. Era increíble, y la sensación de desconcierto que provoca una cosa así es difícil de describir. Para cualquier mente

racional aquello era un auténtico milagro; pero en mi experiencia los milagros no ocurrían, eran solo historias para magnificar sucesos y aleccionar a gente a creer en cosas que realmente no son posible. Sin embargo, el surtidor que salía de mi pierna la noche anterior, la enorme brecha que el desalmado de Nathan había abierto en mi muslo y por la que se me iba la vida en segundos, empapando mi ropa, el césped del señor Giddens y el cadáver de Nathan –tirado a mi lado y tan tuerto como yo– estaba cerrada y en apariencia curada –o en un proceso muy avanzado de curación–, y, sin ser médico ni tener noticiones de medicina, podía asegurar que eso no era posible en el mundo que conocía un día atrás. No era posible ayer, pero sí hoy. Mi vista y mi tacto y todo lo que sentía en mi interior no podían engañarme. Lo quisiera creer o no, había ocurrido algo extraordinario en esa mortal herida y tenía que empezar a asumirlo, viniera de una transferencia de «sangre especial» o de cualquier otro elemento sobrenatural.

Oí cómo la puerta de la casa se abría y corrí a ponerme de nuevo los pantalones. Sería mi madre y tenía mucho que hablar con ella. Me deshice de la venda y bajé las escaleras corriendo menos de lo que podía, todavía con miedo a que la herida pudiera abrirse de nuevo y desmontar toda la nueva convicción que se estaba solidificando en mi cabeza.

Mi madre se alegró de verme en casa y me hizo un comentario jocoso sobre la noche anterior. Creo que pensaba que quizás había bebido por mi cumpleaños y no quería aparecer por casa en mal estado. Al fin y al cabo, acababa de cumplir dieciséis años y ella no podía estar segura de todo lo que yo hacía por ahí, por mucha confianza que tuviera en mí. Me insinuó si el señor Giddens me había ayudado a «tapar» algo la noche anterior y yo le contesté que, en realidad sí que lo había hecho, pero que no era ni de lejos lo que ella podía imaginar.

Su rostro se ensombreció porque, por mucho que yo estuviera allí con perfecta apariencia, la seriedad con que pronuncié mis palabras no podía dejar de preocuparla.

Nos sentamos en el salón y le conté todo lo sucedido; bueno, la misma versión que, por cuarta vez, relataba aquel día, aunque suavizando las partes más duras del ataque de Nathan, al que coloqué más lejos de mí en su asalto y mucho menos amenazador de lo que fue en realidad. Por supuesto, no mencioné nada de mi herida y reduje el tamaño del enorme cuchillo de Nathan a una pequeña navaja que no llegó a estar a menos de seis pies de mí. Sí le conté cómo le había sacado la confesión a Nathan y que la policía me había pedido absoluta discreción al respecto, por lo que ella no podía tampoco decirle nada a nadie sobre el asunto –algo que a ella en ese momento era lo que menos le preocupaba–.

Mi madre no se creía lo que estaba oyendo, sobre todo porque no entendía cómo había podido ocultarle todo aquello durante un día completo, ni cómo el señor Giddens había aceptado mentirle por teléfono la noche anterior. Su disgusto fue mayúsculo y su decepción también, pero yo estaba sano y salvo, y poder coger mis manos y abrazarme con fuerza era lo más importante para ella en ese instante, así que yo estuve seguro de que se le pasaría pronto.

Traté de justificar la mentira piadosa del señor Giddens, aunque sabía que él era consciente de que pasaría algún tiempo antes de que mi madre lo perdonara del todo. Le insistí una y mil veces que yo estaba bien, que solo había sido un susto, que había decidido quedarme a dormir en casa del señor Giddens porque estaba un poco excitado y agobiado por lo sucedido… y porque pensaba que el sitio más improbable donde Nathan podría volver a recalar esa noche era de nuevo en casa de mi patrón, así que mi miedo, le reconocí, también ayudó. Le repetí varias veces que la policía lo tenía todo controlado, que nos iban a proteger y que Nathan sería arrestado en breve.

Tuve la suerte de que, mientras pronunciaba mi discurso tratando de convencer a mi madre de

todo aquello, se me ocurrió echar un vistazo por la ventana para ver si lograba ver la protección oficial especial de la que Bobby me había hablado y, efectivamente, pude comprobar que había un coche patrulla aparcado justo en la acera de enfrente de nuestra casa. Insté a mi madre a verlo y creo que eso la tranquilizó del todo; bueno, todo lo tranquila que en esas circunstancias podría estar una madre.

Cuando yo ya estaba acabando mi confesión, se dio cuenta de un detalle que solo una madre notaría.

—¿Y tu cadena de plata? ¿Se te ha vuelto a romper? —preguntó, extrañada.

La cadena estaba en casa del señor Giddens y tenía que pensar qué haría con ella a partir de entonces. Era una realidad que, desde que no la llevaba colgada, el cuello no había vuelto ni a picarme ni a escocerme. Si la plata se había vuelto mi enemiga, no iba a poder volver a lucir la cadena, algo que sabía disgustaría a mi madre, pero tampoco podía contarle la verdad de los motivos para no llevarla. Entonces, sin tiempo para pensar, lo primero que se me ocurrió fue decirle a mi madre que, cuando Nathan salió corriendo para escapar de nosotros y huir como un cobarde, pasó a mi lado y me dio un fuerte empujón, y que a lo mejor se enganchó de alguna forma en la cadena, la cual debía habérseme caído en el jardín del señor Giddens. Para darle esperanzas y que no preguntara más de momento, le aseguré que al día siguiente la buscaría entre la hierba y seguro que aparecería, si es que el señor Giddens o Elmer, que aún estaba acicalando el jardín, no la habían encontrado ya.

En lo que no reparó fue que la luz que nos iluminaba era tenue y que yo no había hecho ningún intento de encender más luces en casa. Ella estaba tan concentrada en mí y en mi historia que eso me salvó de momento, pero estaba claro que el tema de la fotofobia iba a salir a relucir más pronto que tarde y tenía que pensar cómo afrontarlo para que se viera algo natural y no empezaran a hacerme innumerables pruebas médicas o, peor aún, análisis de sangre que darían lugar a las incómodas preguntas que el anticuario ya me había advertido que no íbamos a poder contestar.

Tras una nueva sesión de abrazos y besos en la que tuve que dejarme hacer para darle el gusto que, sin duda, se merecía después de haber sido «engañada» la noche anterior, le dije a mi madre que estaba cansado y que me apetecía irme a la cama. Me ofreció algo de cenar, pero me excusé diciendo que había tomado algo en Luke’s, aunque la realidad es que solo había sido un batido y eso no llenaría jamás el estómago de un larguirucho muchacho de dieciséis años, lo cierto es que, a pesar de haber perdido mucha sangre el día anterior y no haber probado bocado en todo el día –salvo el batido–, no tenía ninguna hambre, lo cual me hizo pensar también en cómo normalizaría lo que parecía iba a ser mi nueva relación con las comidas a partir de ese momento. Me agobié un poco. Solo quería descansar e irme a la cama, pensando inocente que a lo mejor todas las dudas que se agolpaban entonces en mi cabeza se habrían resuelto por arte de magia con el amanecer del día siguiente.

Después de darle las buenas noches a mi madre, subí arriba y me metí en el baño. La luz me molestaba un poco, pero traté de acostumbrarme tanto como pude, y entonces reparé en que mis brazos y parte de mi cuello habían cambiado su habitual palidez –o escaso tostado veraniego– por un evidente tono rojizo cangrejo. Era como si me hubiera quemado con el sol. Toqué mi piel y estaba caliente. No diría que me dolía o molestaba, pero sí tenía un extra de sensibilidad; era obvio que las partes de mi cuerpo que habían estado más expuestas al astro rey durante todo el día parecían haberse resentido. Aunque fue un día soleado como cualquier otro de verano, no había estado demasiado tiempo al sol; bueno, quizás el paseo con Penny por la playa había

provocado esa incipiente quemadura… Había sido un paseo corto y yo nunca –o casi nunca– usaba protección solar. Eso no me habría pasado en otras condiciones… pero ahora algo estaba cambiando en mí y debía empezar a ser más cuidadoso con ese tipo de cosas. Si mi piel se estaba volviendo más sensible, debía cuidarme de no exponerla indiscriminadamente al sol, así que decidí que al día siguiente iría a una farmacia a comprar un bote de protección solar.

Todo aquello me empezaba a preocupar con cierta intensidad. De pensar que la mayor parte de lo que me había contado el señor Giddens podían ser solo las fantasiosas ideas de un hombre con incipientes ataques de demencia al principio del día, había pasado ahora a considerar la veracidad de todo lo que se me había informado, empujado por las cada vez más numerosas pruebas –o inexplicables coincidencias– que iba notando en mi cuerpo.

Me miré en el espejo del baño, me quité el parche y vi mi ojo faltante, con la piel del párpado caída, flácida y suave. Abrí la boca todo lo pude, con los dientes apretados, enseñando una extraña sonrisa en mi reflejo. Todo parecía normal. Levanté con mi dedo un poco más el labio para comprobar dónde estaban mis encías, pero ese cambio anunciado por el anticuario aún no había empezado a producirse –si es que llevaba a hacerlo–. Giré la cabeza a un lado y a otro revisando mis orejas, pero no noté ninguna diferencia de tamaño con respecto a cómo habían sido siempre. Recordé que el señor Giddens me dijo que había efectos que tardarían más en aparecer y supuse que esos dos cambios físicos serían de esos «con retardo». Tendría que esperar un poco más para chequear esos dos puntos de la lista del señor Giddens.

En mi afán de seguir comprobando la veracidad de mi transformación, estuve tentado de bajar a cocina y comerme un diente de ajo crudo, para ver cómo reaccionaba, pero ni tenía ganas de volver a bajar, ni de mentir de nuevo a mi madre –que no entendería qué hacía su hijo comiendo ajos crudos antes de acostarse– ni de experimentar, si es que todo aquello era verdad, una reacción de intolerancia que me hiciera pasar una mala noche; justo lo que no necesitaba.

Volví a pensar en mi pierna y en lo rápido que parecía haberse curado, dudé de si mis recuerdos no habrían magnificado el corte que me había hecho Nathan y que a lo mejor había sido solo un rasguño que mi miedo había convertido en un tajo mortal, pero solo en mi cabeza. Cogí unas pequeñas tijeras del baño y, con cierta duda, me rajé el dedo índice de la mano izquierda. Aquello me dolió y el dedo empezó a sangrar. Abrí el grifo para limpiarlo, pero no pasaron ni cinco segundos cuando la sangre cesó de salir de la herida, casi como por arte de magia. Por un segundo, valoré el hacerme un nuevo corte, más grande, pero estaba bastante seguro de haber llegado hondo con las tijeras y no tenía ganas de experimentar más dolor, así que lo dejé estar.

Me lavé los dientes, me quité la ropa y me metí en la cama. Traté de cerrar el ojo y olvidar por un instante todo ese extraño día, pero no podía dejar de pensar en ello, repasando cada una de las cosas que me había contado el señor Giddens. Las fotos, las cartas, los papeles, y toda la retahíla de increíbles cambios que, según él, me aguardaban. Encendí un momento la pequeña lámpara que adornaba mi mesita de noche y me miré el dedo en el que unos minutos antes había proferido un profundo corte. El corte había desaparecido casi del todo. Solo una minúscula, muy delgada y fina línea dejaba ver lo que hacía unos minutos había sangrado. Y no me dolía en absoluto.

Tenía que rendirme a la evidencia. Yo ya no era igual que hacía veinticuatro horas. Quizás ahora sí que podía decir, con absoluta seguridad y con mucha más evidencia, que era «casi normal», porque normal del todo no era, ni mucho menos, todo lo que le estaba pasando a mi cuerpo. Y a pesar de que ese pensamiento provocaba en mí un gran desasosiego, logré cerrar el ojo y caer rendido debido al enorme cansancio físico y mental que tenía.

A la mañana siguiente lo primero que hice al despertar fue mirar mi muslo. La fina costra que la noche anterior cubría el sitio donde Nathan me había cortado ya no estaba. Una imperceptible cicatriz la había sustituido y, al presionar la pierna, yo ya no notaba casi ninguna diferencia con respecto a presionar cualquier otra parte de mi cuerpo. La doblé y estiré varias veces, como queriendo comprobar que efectivamente todo dolor había desaparecido. Y mi dedo índice de la mano izquierda no mostraba absolutamente ningún indicio de la autolesión que me había infringido unas horas atrás. Yo me sentía mucho mejor, descansado y recuperado.

Cuando bajé, mi madre ya se había ido al trabajo. Desayuné y recordé algo sencillo y no traumático que no había chequeado aún. Busqué un termómetro en el baño y me lo coloqué bajo el brazo. Tras un par de minutos lo saqué y lo observé con detenimiento. Tuve que mirarlo hasta tres veces para convencerme de que la temperatura que marcaba eran 93,5ºF, es decir, muy por debajo de la considerada normal y bastante en línea con la predicción del señor Giddens. Aquello suponía una nueva confirmación de los efectos que me había descrito el anticuario.

Por más vueltas que quisiera darle, la mayor parte de lo que me había dicho el señor Giddens que me pasaría ya me estaba pasando y el resto simplemente no podía comprobarlo aún. ¿Cómo podía seguir dudando de la veracidad de su historia, por muy extraña e incómoda que fuera esa verdad?

Volví a sentirme algo estresado. Tenía mucho en lo que pensar. ¿Cómo iban a ir apareciendo el resto de síntomas… o efectos? ¿Cómo lidiaría con algunos de los más extravagantes? ¿Cómo sería capaz de aguantar sin contarle nada de eso a nadie o de ocultarlo para que nadie sospechara? Pensé en las palabras del señor Giddens y en cómo me había ofrecido su ayuda reiteradamente para facilitarme el camino, la transición hacia ese nuevo estado fisiológico que se estaba apoderando de mi cuerpo sin que yo nada pudiera hacer para revertirlo; porque ya sí, estaba convencido de que algo excepcional, extraordinario, fuera de lo normal, me había ocurrido desde el momento en que el señor Giddens había mezclado su sangre con la mía, tuviera ese «algo» una esencia esotérica, mística o mágica… o puramente científica.

Con ánimo de hacer uso de la ayuda que el anticuario me había ofrecido, salí de mi casa hacia su tienda. Decidí ponerme una camisa de manga larga, siguiendo el consejo del señor Giddens de tapar al máximo mi piel, protegiéndola del sol y ayudando a mantener lo más alta posible mi temperatura corporal. Usé la misma gorra y gafas de sol que había llevado el día anterior y puse rumbo a la tienda de antigüedades.

A cada paso que daba, la firmeza de mi convicción en la extraña y extraordinaria realidad que estaba viviendo iba en aumento. Al igual que el lunes 14 de agosto de 1967, día de mi dieciséis cumpleaños, sería un día difícil de olvidar en toda mi vida porque fue el día en que «morí», el martes 15 de agosto también se había convertido desde ya en otro día inolvidable, ya que fue el día en que «resucité» y descubrí que me había convertido en algo… alguien distinto a quien era unas horas antes. Después de la intensidad de lo vivido aquellos dos últimos días, nunca hubiera pensado que aquel miércoles 16 de agosto iba a igualar, o incluso a superar, a sus predecesores en emociones, completando la terna de días en los que mi vida cambiaría para siempre. Solo para empezar, muy en breve aquella misma mañana ya me esperaba una nueva prueba de fe tan dura como la que acababa de superar.

# Negocios de familia

El destino me deparaba un par de sorpresas muy importantes aquel miércoles de mediados de agosto. Recién salido de la aceptación de mi transformación, llegaba a casa del señor Giddens con la intención de sacarle más información acerca de cómo lidiar con ella de la forma menos traumática posible para mí y para los que me rodeaban (e importaban).

Al cruzar la blanca valla de la propiedad pude escuchar ruidos que venían de la parte posterior de la casa y me imaginé que Elmer ya estaría allí, afanándose para terminar del todo con los trabajos en la rosaleda que había convertido en discreta tumba.

La puerta estaba entreabierta y desde dentro se oía la sentida voz de Stevie Wonder.

—Buenos días, señor Giddens —dije al entrar, esperando encontrarlo en la sala principal, pero sin verlo en realidad.

—Buenos días, William —me respondió él desde el lado izquierdo de la misma—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—En lo físico, mucho mejor; pero en lo emocional, he de confesarle que estoy bastante turbado —confesé con sinceridad cerrando la puerta tras de mí. La penumbra habitual de la tienda era ahora una necesidad también para mí, y un alivio para mi ojo, al que pude liberar de las gafas de sol que llevaba.

—¡Bien! —me sorprendió el anticuario, que gestionaba su discreto vítor con cierto aire de alegría—. Eso significa que empiezas a creer, reconocer y asumir todo lo que te conté ayer. ¡Excelente, muchacho!

—¿Va usted a ayudarme, como prometió? —inquirí con cierta desesperación en mi voz.

—Por supuesto, por supuesto. ¿Has escuchado antes esta canción? —dijo cambiando de tercio y refiriéndose al ***I Was Made To Love Her*** que Wonder afinaba desde el tocadiscos—. Ayer compré este nuevo álbum del señor Wonder y debo admitir que me encanta. Estoy seguro de que tú también lo disfrutarás mucho.

Por más que pudiera gustarme Stevie Wonder, en aquel momento cualquier canción o álbum, por divino que fuera, era lo que menos podía interesarme. Mi atención quería enfocarse en otra cosa muy distinta; aquello que había llegado a mi vida hacía poco más de un día y que iba a suponer un gran cambio en ella durante los próximos… no sabría decir ni cuánto tiempo.

—No quisiera ser descortés, pero ¿podríamos continuar hablando de lo de ayer? —solicité con inquietud.

El señor Giddens se tomó un segundo para contestar, lanzándome una mirada con la que pretendía desafiar a mi impaciencia.

—Te diré lo que haremos, William: hoy mantendré el cartel de «cerrado» todo el tiempo que sea necesario hasta que quedes satisfecho y saciado de información. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece estupendo. Muchas gracias, señor Giddens.

—Pero sentémonos —ordenó él—. Estaremos más cómodos. Me da que tenemos un buen rato por delante —terminó con una casi socarrona media sonrisa.

Por primera vez desde el incidente con Nathan me daba la impresión de que aquel hombre disfrutaba, aunque solo fuera un poco, con aquella situación en la que él volvía a tener el control

total y un enorme poder de influencia sobre mí. Se sabía poseedor de mi entera disposición y esa sumisión le agradaba.

Una vez nos sentamos, fui de nuevo yo el que insistí en hablar.

—¿Por dónde empezamos? ¿Le voy lanzando preguntas? ¿Prefiere ser usted el que me vaya instruyendo? Tengo mil cosas de las que me gustaría hablar en detalle. ¿Cómo voy a poder ocultar algunos de los cambios que ya estoy sufriendo en mi cuerpo? ¿Cómo …? —ametrallé nervioso al anticuario, y él no tuvo más remedio que pararme en seco para que aquella charla tuviera un cierto orden y coherencia, un sentido, una línea argumental clara que le permitiera dosificar los mensajes que quería darme en la forma en la que él deseaba dármelos, y no en ninguna otra.

—Querido William, como en cualquier tema a tratar, lo mejor es siempre empezar por el principio, así que déjame, por favor, que te cuente mi historia. Te prometo que trataré de resumirla para no aburrirte, pero creo que es lo adecuado, dadas las circunstancias, para que entiendas muchas de las cosas que seguro estás deseando saber.

——Sí… claro… de acuerdo. Usted manda —acepté sumiso. Y ahí comenzó el segundo discurso más fantástico que yo había oído en toda mi vida, tras el del día anterior.

—Bien, pues como te dije ayer, nací en 1718… —Era la segunda vez que lo escuchaba, pero aquello seguía sonando igual de increíble que la primera vez. En mi cabeza, esa fecha aparecía como la mentira fantasiosa de un niño pequeño convencido de que lo que cuenta puede hacerse real si él cree de verdad en ello con la intensidad necesaria. Tragué saliva y me intenté preparar para todo lo que vendría a continuación— con el nombre de Roderick Richardson, en Barbados. ¿Conoces Barbados? Es una pequeña isla del Caribe. Mi madre se llamaba Mary y era oriunda de Inglaterra. Seis años antes de mi nacimiento se casó con Morton Richardson, un atrevido aventurero de su misma ciudad natal que se estableció con ella en la isla caribeña poco después de la boda para explotar una pequeña plantación de azúcar cerca de Bridgetown, la capital. Mi madre tenía un hermano mayor llamado Archibald que los acompañó en su aventura como copropietario de la plantación. Las cosas parecían irles bien, pero Morton murió de unas fiebres a mediados de 1717. Un mes después de su entierro, Bridgetown fue asaltada por piratas. El balandro de Edward Teach, que aún no se había hecho con el famoso Queen Anne’s Revenge, se acercó una noche a una playa al norte del puerto de Bridgetown y, desde ahí, su tripulación de piratas atacó la ciudad, cogiendo por sorpresa a la poca guardia que la defendía y arrasando con todo y con todos los que sus fuerzas pudieron. —Mi cara debía mostrar cierta ignorancia, porque el señor Giddens volvió un segundo hacia atrás y me aclaró un dato que yo desconocía y que incluso pensaba que era un mito; otro, como el del vampiro—. Edward Teach fue uno de los piratas más sanguinarios y conocidos que deambularon a sus anchas por el Caribe durante principios del XVIII. Era alto, delgado y tenía una larga barba negra que fue la que le dio el sobrenombre por el que ha pasado a la historia: Barbanegra. —Aquello seguía sonando, más que nunca, a cuento para niños, pero tenía que dejar seguir al anticuario si quería que llegara a algo con más enjundia para mí. Como no hice ningún comentario, él siguió hablando—. El caso es que algunos de los piratas entraron en la casa donde vivían mi madre y su hermano Archibald. Mi tío salvó la vida al ofrecerse a entregarles todos los objetos de valor que había en la propiedad, pero no pudo hacer nada para que no forzaran y violaran a mi madre. —Aquello sí me conmocionó. Fuera cierto o no, o hubiera ocurrido en el siglo XVIII o en el XX, una violación –y menos la de la madre del que relata el hecho– es un tema en extremo serio y profundo—. Años más tarde, cuando la verdad me fue revelada, mi tío decía que uno de los desalmados había sido

el mismísimo Barbanegra, pero su versión cambiaba a veces, según la cantidad de alcohol que hubiera ingerido cuando lo contaba. El caso es que nueve meses después de ese ataque nací yo. Para mantener la virtud y el honor de mi madre, y el mío también, mi madre y mi tío decidieron hacer creer a todos que yo era fruto de la semilla de Morton en las postrimerías de su vida, y no de la de algún malnacido pirata, lo que me hubiera convertido en un bastardo a los ojos de la sociedad. Es cierto que las fechas no cuadraban por unos treinta días, pero en aquella época no se llevaban registros exactos de las fechas y mi nacimiento se oficializó en los censos de Barbados como el último legado de Morton Richardson a la humanidad.

Pensé por un momento lo surrealista que era pensar que podía estar hablando cara a cara con un vástago de Barbanegra o, como mínimo, de un pirata contemporáneo y compañero de éste; pero traté de no distraerme demasiado con aquel extravagante dato. El Señor Giddens seguía hablando.

—Crecí fuerte y feliz, tuve amigos, fui a la escuela y ayudé a mi familia con la plantación de azúcar, que prosperó con esfuerzo y dedicación. Mi tío Archibald fue como un padre para mí, me crio con amor y ayudó a mi madre cada día para que yo no sintiera que me faltaba una figura parental en mi desarrollo. Durante ese periodo tuvimos suerte de no sufrir más ataques piratas, que se concentraron más al norte y al oeste en el mismo mar; pero en 1731 una plaga arrasó nuestra plantación y perdimos casi todo lo que teníamos. Aguantamos más de dos años con los ahorros que habíamos acumulado, pero finalmente decidimos mudarnos a Georgia, que todavía no era más que la incipiente semilla de la que terminaría siendo la decimotercera y última de las colonias británicas de América, para hacernos con tierras y cultivar allí algodón, cuya demanda era creciente en esos momentos. De hecho, fue poco antes de que yo cumpliera los quince, en la primavera de 1733, cuando James Oglethorpe fundó la ciudad de Savannah. Oglethorpe era un parlamentario inglés que había focalizado su interés y trabajo en las escasas oportunidades de aquellos encarcelados por deudas cuando salían de prisión, que por lo general quedaban arruinados y sin posibilidad de prosperar o aportar económicamente nada a la isla europea. Así que fundó una compañía con objeto de proporcionar una solución a la corona inglesa y, a finales de 1732, consiguió el permiso de Jorge II para ir a América y constituir Georgia. El propósito de esta colonia era doble: ofrecer una nueva oportunidad de vida a los pobres y a los condenados por deudas tras salir de prisión y, quizás la más importante para Jorge II, establecer una barrera militar entre las Carolinas inglesas y la Florida española. Nosotros llegamos poco después del primer asentamiento, que el propio Oglethorpe negoció con la tribu indígena de los *creek*, los cuales no solo ayudaron a Oglethorpe a establecerse, sino que convencieron a otras tribus autóctonas de que no los atacaran. Al principio, Oglethorpe estableció una serie de leyes muy estrictas para los colonos, como la prohibición del alcohol y del esclavismo, algo de lo que se beneficiaban en otras de las colonias británicas; pero Georgia no era todavía una provincia colonial y Oglethorpe tenía ideas muy claras sobre cómo organizar, a través de su compañía, dicho asentamiento; con vistas, sobre todo, a intentar, una vez se hubieran hecho fuertes, una invasión de la Florida española. No quería borrachos ni vagos, quería granjeros fuertes que pudieran incrementar el potencial militar del asentamiento. Cuando nosotros decidimos ir allí, claro está, no conocíamos todo esto, menos aún un muchacho de quince años como yo. Por otro lado, Oglethorpe daba facilidades sobre los terrenos, pero restringiendo su extensión y su compraventa o especulación, ya que estaba en contra de las grandes plantaciones que podían encontrarse en el norte. Lo normal era que cada hombre recibiera cincuenta acres de tierra, salvo que pudiera permitirse asalariar hasta a diez criados, pudiendo recibir entonces hasta quinientos

acres. Nosotros llegamos con lo que nos quedaba de nuestros ahorros y pudimos hacernos con el máximo, todo a nombre de mi tío Archibald. Dada nuestra experiencia con cultivos sin esclavos y pericia previa con la caña de azúcar, no tuvimos problemas en tener una de las primeras y más prósperas plantaciones de algodón de la zona, mientras otros muchos, la mayoría, se conformaban con terrenos más pequeños en los que, sobre todo, se cultivaba maíz y arroz.

Más allá de la lección sociopolítica de historia de la América de principios del XVIII que estaba recibiendo, mi impaciencia crecía al ver que de momento el anticuario no mencionaba nada sobre la «sangre especial» y sus efectos. Traté de calmarme tanto como pude y seguí atento, esperando que aquella historia, inventada o real, llegara por fin a un punto algo más interesante para mí.

—En 1736, justo al cumplir los dieciocho, me alisté en la Marina Real Británica. Desoyendo los consejos de mi madre y mi tío, la sed de aventuras y viajes de un muchacho vigoroso como yo, que llevaba toda su vida viviendo entre plantaciones de caña de azúcar y de algodón, necesitaba saciarse de algún modo. Así pues, viajé a Bristol, en el Viejo Continente, que yo no conocía más que de oídas, y me enrolé en la Silent Ghost, una fragata de veintiséis cañones donde entré como aprendiz. ¡Ah, William! Cómo echo de menos la vida en el mar… —se lamentó el anticuario con nostalgia—. A pesar de los años que llevo sin pisar un barco, la mar es algo que, a quien le apasiona de veras, no puede nunca sacar de su corazón. Sin embargo, con nuestra condición, no es el lugar más adecuado para alguien con tan lastimosa reacción al sol, tanto por la luz en nuestros ojos como por nuestra piel. —Por fin habían asomado en su discurso, de forma tímida, algunos de los efectos que parecíamos tener debido a nuestra «sangre especial», aunque sentí que aquella mención se debía más a un pensamiento cruzado que a ningún giro que su lineal argumental fuera a dar. De hecho, el señor Giddens continuó hablando de ese periodo de su vida en el que sirvió en la Marina Real—. Allí me familiaricé rápido con la vida a bordo. La Silent Ghost estaba capitaneada por Sir Francis Valantine, un hombre rígido pero sabio y astuto al que toda la tripulación veneraba. Sus órdenes, lejos de los de la mayoría de la flota inglesa en ese periodo, que se concentraba en combatir con la flota española, en declive, y la francesa, en auge, eran perseguir piratas y desarticular la red que años antes la propia Corona había financiado y ayudado a formar. Éramos algo así como parte de un pequeño grupo independiente, dentro de la Marina, que actuaba con libertad y con consignas bastante abiertas sobre nuestra actuación. Durante meses me gané el respeto de mis compañeros y fue ascendiendo rápido debido a mi habilidad y, sobre todo, a las ganas, constancia y compromiso que demostraba en cualquier tarea que se me asignaba. El mismo capitán decidió incluirme, en un gesto del todo altruista, en el grupo de jóvenes guardiamarinas y suboficiales a los que formaba cada día en el barco en los entresijos y técnicas más avanzadas para la gobernanza de un buque, según marcaban los cánones ingleses de la época. Yo aprovechaba cada ocasión que tenía para aprender y no solo me mostraba aplicado en todo lo que se me ensañaba, sino que, en cada persecución y batalla que tuvimos con numerosos barcos piratas en aquellos meses, demostré mi arrojo y valor en todas las luchas en las que participé, matando incluso a los adversarios más aguerridos a los que nos enfrentamos y salvando la vida de algunos compañeros en los más sangrientos combates que puedas imaginar. Todo ello me hizo ganar la consideración del capitán, que llegó a nombrarme subteniente después de dieciocho meses a sus órdenes, algo impensable para un muchacho que había llegado al barco sin ningún título nobiliario que lo avalara. Disfrutamos de muchas victorias en esos meses y, cada vez que volvíamos a Bristol, se nos brindaba un reconocimiento mayor, que hizo que durante muchos meses fuéramos

considerados la tripulación más afortunada y con más proyección de la época. Sin embargo, el 26 de marzo de 1738, la Silent Ghost fue asaltada por sorpresa en una noche de niebla, cerca de las costas africanas de Sierra Leona, por un barco pirata al que llevábamos semanas persiguiendo. Luchamos con valor, pero los cañones piratas rompieron el casco por tres sitios y la Silent Ghost dijo adiós a dos cables de la costa, hundiéndose y dejando muy pocos supervivientes, entre los que tuve la suerte de encontrarme. El capitán Valantine sucumbió con su nave, pero una docena de hombres y yo pudimos alcanzar la costa y escapar de los piratas. Tras varios días vagando por las playas fuimos acogidos por un pueblo indígena, que al ver que no éramos portugueses, decidió ayudarnos. En la aldea donde vivimos varias semanas conocí al ser más hermoso que ha habitado jamás este planeta. Se llamaba Marguerite y era hija de un militar francés que había recalado en ese mismo lugar un par de décadas atrás, abandonando el buque en el que llegó al enamorarse de una de las mujeres de la tribu. El enlace entre ambos lo había convertido en uno más de aquellos que, como a mí entonces, lo habían acogido con la amabilidad del inocente. Marguerite nació mestiza, con el color de piel tostado más bonito que hayas visto en tu vida y unos hermosos ojos verde coral, tan diferentes a los del resto de su tribu que le otorgaban una belleza digna de una diosa. Por desgracia, no llegó a vivir tanto como para poder hacerle una foto, y el único retrato pintado que yo tenía de ella se perdió en un incendio muchos años más tarde. Tendrás que imaginártela, me temo, aunque estoy convencido de que nunca llegarás a dotarla en tu cabeza de toda la hermosura que poseía en vida. El caso es que yo no pude evitar enamorarme de ella en cuanto la vi por primera vez; no hubiera podido ni intentándolo con todas mis fuerzas. Ella no hablaba mi idioma, pero sabía bastante francés por su padre, que había fallecido un par de años antes. Yo solo entendía algunas palabras en francés que Sir Valantine me había enseñado en el barco, como parte de mi ilustración, pero eso me sirvió para empezar a hablar con ella y enseñarle mi idioma, algo que aprendió con bastante fluidez a las pocas semanas de conocernos. Mis compañeros del Silent Ghost partieron, una vez repuestos y aprovisionados, para un viaje en busca de un puerto desde el que conseguir volver a Inglaterra. Yo, a diferencia de ellos, decidí quedarme allí, con Marguerite. No había entonces nada en el mundo que me hubiera hecho separarme de ella. Tras pasar unos meses juntos nos casamos allí mismo, según el rito de su tribu, aunque más adelante repetiríamos la ceremonia en Georgia.

—¿Volvieron entonces a Georgia? —pregunté, ahora sí absorto en la historia de amor que me estaba contando. Yo recordaba que el anticuario me había mencionado anteriormente a su mujer, Marguerite, a la que recordaba con sumo amor y nostalgia, el día que habíamos estado haciéndonos confesiones en el Howe Forrest Park. Por tanto, todo lo que me contaba el anticuario parecía seguir cogiendo consistencia, aunque nunca hubiera pensado que lo haría de aquella extraña manera. ¡Cómo imaginar, la primera vez que me habló de Marguerite, que ella sería una mujer de una tribu de Sierra Leona… de principios del siglo XVIII!

—Sí, William; volvimos a Georgia —siguió él—. Pocos meses después de nuestro enlace convencí a Marguerite de que regresar a Georgia, donde nos aguardaba un futuro esperanzador junto a mi madre y mi tío y muchas oportunidades para hacer crecer nuestra familia en la prosperidad, era lo mejor que podíamos hacer. Ella deseaba ver mundo, ya que su padre le había contado muchas cosas de los viajes que había realizado antes de recalar en aquella generosa tribu, por lo que no tardó en unirse a mi deseo de cruzar el Atlántico y conocer a mi familia. Nos costó algo más de lo esperado encontrar la forma de volver a América, pero, con un poco de dinero que había logrado conservar del Silent Ghost y todo lo de valor que pudimos llevarnos del pueblo que Marguerite, que nos despidió con pesar pero como a auténticos dioses, logramos dar

con la forma de, en tres saltos, volver a Savannah. Eso fue a finales de 1739. Sin embargo, cuando llegamos, nos encontramos una situación mucho peor de la esperada.

Ahora sí que me tenía en ascuas. El señor Giddens, con su dinámica retórica, había logrado engancharme a su historia, a pesar de que se resistiera por el momento a hablar de nada especial o sobrenatural, más allá del hecho, claro está, de las fechas que estaba manejando en primera persona.

—Por aquella época acababa de comenzar lo que se conocería como la Guerra del Asiento entre Inglaterra y España. Uno de los motivos de dicha guerra fueron los problemas fronterizos entre Georgia y Florida, pertenecientes entonces a cada uno de esos países, aunque no fue la única razón; ambos países llevaban una larga historia de tensiones comerciales que desencadenaron en un primer ataque por parte de tres barcos de la flota del almirante Edward Vernon a La Guaira, en Venezuela, en octubre de 1739, ataque que fue repelido sin mayores problemas por las preparadas defensas españolas. A partir de ahí se sucedieron una serie de batallas, casi todas en el Caribe, que conformaron una campaña bélica que duró nueve años. Aunque las tropas inglesas de Georgia ya se habían enfrentado a los españoles en 1735 por cuestiones fronterizas con Florida, Oglethorpe no quiso desaprovechar esta declaración oficial de guerra entre las dos naciones para acometer el ataque contra Florida que tanto llevaba esperando. Así pues, en enero de 1740 ordenó la invasión de la provincia española al sur de la que él ocupaba. Marguerite y yo llevábamos muy poco tiempo en Georgia. Mi tío Archibald había muerto un año atrás, mientras yo me encontraba persiguiendo piratas por el Atlántico, y mi madre, que había heredado la propiedad, gestionaba con mano férrea y eficaz la plantación, la cual seguía siendo cada vez más rentable. Nuestra llegada le provocó una alegría enorme, cosa que no evitó que nos obligara a pasar de nuevo por el altar enfrente de un pastor protestante. Marguerite quedó embarazada en esa misma época y la noticia fue un regalo del cielo para todos. Estábamos tan entusiasmados… Cuando Oglethorpe movilizó a seiscientos regulares para tratar de conquistar Florida, también engrosó las filas de sus tropas reclutando a otros cuatrocientos colonos, pero a mí no se me pasó por la cabeza en ningún momento prestar servicio y unirme a la causa. Mi sed de aventuras y batallas estaba saciada, el negocio familiar iba bien y yo quería devolver a mi madre toda la ayuda que ella había necesitado por mi ausencia desde la muerte de mi tío; y, sobre todo, quería estar presente cuando Marguerite diera a luz. A los mil ingleses que iban en ese primer asalto se les unieron otros mil doscientos guerreros de unas tribus seminolas con las que el astuto Oglethorpe había conseguido hacer una beneficiosa alianza, a cuenta del odio que éstos le tenían a los españoles. Sin embargo, a pesar de numeroso grupo de asalto, ayudado además por ocho navíos que pretendían dejar sin suministros marítimos a las ciudades sitiadas, el plan de Oglethorpe no le salió bien y, aunque llegaron a asediar la fortaleza de San Agustín, al noreste de Florida, desde finales de mayo a julio, al final tuvieron que desistir ante el estoico aguante de las tropas españolas y los refuerzos que supieron venían a ayudarlos desde La Habana. El resto de tímidas incursiones de Oglethorpe en los siguientes meses corrió el mismo resultado. Así que Oglethorpe volvió a Georgia y empezó a prepararse para la contraofensiva española, sabiendo que esta llegaría más pronto que tarde. Entretanto, nació mi hija Willow. —Parecía que el anticuario divagara un poco respecto a su historia, pero yo pronto entendería por qué estaba invirtiendo tanto tiempo en dar contexto a aquel momento de su vida—. ¡Ah, querido William! No hay nada comparable al amor que se siente por un hijo. Si mi vida con Marguerite estaba ya llena de felicidad, la aparición de Willow rebosó con mucho el gozo y la alegría que ambos sentíamos, de una manera que solo un padre podría entender. Willow era la criatura más

hermosa y delicada que nunca pude soñar. Tenía la risa más contagiosa y bonita que puedas imaginar. Su piel, aunque más oscura que la mía, no conservaba del todo el precioso tono tostado de su madre, pero el conjunto de sus rasgos, su pelo sedoso, sus grandes y expresivos ojos… conformaban el conjunto humano más cercano a la perfección que pueda describir. Si describir lo que llegué a sentir alguna vez por Marguerite es harto complicado, mis sentimientos de cariño y amor en estado puro hacia Willow son del todo imposibles de transmitir. —El señor Giddens hizo una pausa en la que sus ojos reflejaron la nostalgia por los recuerdos de esa vida pasada y de aquellas que la habían llenado de amor y alegría—. Disculpa, William. Siento que estoy siento algo insensible contigo al poner tanto énfasis en la descripción y relación con mi hija.

No entendí en un primer momento a qué se refería, pero luego caí en la cuenta de que debía de haber mencionado aquello por el hecho de que, según lo que me había contado acerca de mi inminente transformación, yo ya no sería capaz nunca de engendrar vida, de tener hijos, y él se estaba recreando en unos hermosos sentimientos que yo no iba a poder experimentar nunca; si es que toda aquella fantástica historia era cierta, como yo ya creía al noventa por ciento entonces. Él volvió a hilar con su historia.

—Durante casi un par de años completos disfrutamos de una felicidad plena, con mi madre haciendo de abuela y yo cogiendo las riendas de la plantación. Marguerite se integró rápidamente en la sociedad de Georgia y fue aceptada como la señora Richardson con un estatus similar al de mi madre. En julio de 1742, los españoles devolvieron finalmente a Oglethorpe la ofensiva y contraatacaron, haciéndose con el fuerte de St. Simmons, una pequeña isla al sureste de Georgia. Sabiendo que eso no era más que la punta de lanza de una ofensiva mayor que pretendía conquistar Georgia, Oglethorpe partió hacia Federica, el siguiente fuerte inglés en el camino de los españoles hacia la conquista. Las noticias de la toma de St. Simmons sí que tuvieron un efecto devastador en mí. Por primera vez en esos años veía peligrar mi felicidad, mi estabilidad y la prosperidad y el futuro de mi familia. Así pues, decidí alistarme como voluntario para defender lo que consideraba mío por derecho propio. Aunque había servido en la Marina, donde se necesitaban más hombres era en misiones terrestres, por lo que no dudé en ir allí donde más se requerían refuerzos. Oglethorpe había formado un grupo militar de *highlanders* escoceses a los que unió a los pocos voluntarios locales que pudo reclutar y partió hacia el fuerte Federica. Durante los pocos días que duró la travesía hasta Federica, me hice muy amigo de uno de esos *highlanders*. Se llamaba Christopher Scott. Era un tipo reservado, pero congenió muy bien conmigo desde el principio, quizás porque me ofrecí a ayudarlo con una pesada carga de suministros que nadie más parecía querer compartir. Hablaba despacio, solía caminar apartado del resto y vestía con un enorme sombrero que la mayor parte del tiempo le tapaba la cara. —Aquella descripción tan específica denotaba que habíamos llegado a un punto importante en la historia; un punto que me recordaba a mis propias vivencias de ese verano. Mi corazón se aceleró y las siguientes palabras del señor Giddens confirmaron mis anhelos—. Christopher fue la persona que cambió mi vida para siempre —dijo el anticuario de forma solemne—. En un segundo llegaremos a ello. Cuando por fin alcanzamos Federica, ya había tenido lugar un primer enfrentamiento con los españoles en Guly Home Creek, a poco más de una milla del fuerte, dando como resultado la dispersión de los atacantes españoles en dos grupos. Uno de ellos había quedado rezagado tras nuestras líneas y, por tanto, suponía un cebo muy jugoso para no aprovecharlo. Oglethorpe contaba con que el grupo mayor que había huido volviera en algún momento a buscar a sus compañeros y nos hizo apostar en una zona pantanosa que había que cruzar para llegar al segundo grupo. La idea era esperar allí y emboscar a los españoles. Sin

embargo, lo que parecía un plan redondo salió mal en cuanto la pericia en combate de los españoles hizo que las tropas inglesas se pusieran nerviosas y empezaran a dispersarse en medio del caos. Yo mantuve mi puesto junto a Christopher y, cuando nos quedamos sin munición, atacamos con nuestras espadas. En un momento dado, nos vimos rodeados por cinco soldados españoles. Yo batí a dos con rápidas estocadas. —Eso era para mí de lo más creíble de la historia del anticuario, visto cómo había acabado con Nathan en la parte trasera de su jardín—. Christopher luchó con otros dos, a los que mantuvo a raya a la vez en un combate en que hubo rasguños por ambas partes. El quinto me atacó por detrás, justo cuando yo daba por muerto a mi segunda pieza, hiriéndome en el costado derecho. Aunque me di la vuelta muy rápido, mi espada no pudo bloquear la mortal estocada que me profirió aquel soldado español, haciéndome una enorme raja en la parte baja del torso que me hizo tener que llevar las manos al vientre para que no se me salieran las tripas. En un tercer movimiento trató de rematarme, pero levanté mi brazo y paré su espada con el antebrazo, ganándome un profundo corte que me desgarró las venas. Estaba acabado. Pero justo cuando ya no me quedaban fuerzas ni recursos para defenderme de una cuarta embestida, Christopher apareció, como un ángel de la guarda, y liquidó de una certera estocada en el cuello al soldado que había firmado mi sentencia de muerte un segundo antes. Había liquidado a los otros dos a los que se estaba enfrentando y ahora todo era silencio en medio de esas aguas pantanosas teñidas de rojo. Christopher se sentó a mi lado mientras yo, tendido y aún sujetándome la herida del vientre, me preparaba para dejar este mundo. No sé si llegué a decir unas últimas palabras, pero sí recuerdo con claridad cristalina lo que hizo Christopher. Se cortó en la mano con su espada y me extendió su sangre por encima de mis heridas, empezando por la del vientre, siguiendo por la del brazo, por la que casi perdía más sangre aún, y terminando por el costado, donde en realidad lo que tenía era más bien un rasguño. —Ahí estaba. Por fin habíamos llegado a ese momento de la historia del anticuario que yo tanto ansiaba. Aunque fuera casi imposible, agucé aún más mis oídos para no perder detalle de lo que vendría a continuación—. Yo perdí el conocimiento. Cuando lo recobré habían pasado solo unas pocas horas. Estaba seco y en un lugar cálido, en un pequeño refugio que Christopher había construido fuera del pantano. Mi vientre me dolía, pero no tanto como habría esperado. Mi brazo estaba inmóvil, sujeto con un improvisado cabestrillo. Y lo más importante: ya no sangraba. Al igual que te sucedió a ti, yo también me pregunté cómo era posible que me encontrara en un estado de salud tan aceptable, después de estar seguro de haber recibido una estocada mortal. Había visto morir a muchos hombres con heridas menos profundas que la que me había proferido ese diligente soldado español. Y nunca había observado una cicatrización en venas tan rápida como la que exhibía mi brazo. Christopher no estaba lejos y cuando llegó a mi lado solo trató de tranquilizarme y darme ánimos para seguir recuperándome, algo que él veía tan claro que sucedería pronto como yo lo dudaba. Cazó una liebre y encendió un pequeño fuego para que esa noche cenáramos caliente. Yo no salía del asombro que me provocaba el hecho de seguir con vida, cuando ni un día antes había sentido como mi alma se desprendía de mi cuerpo para abandonarlo para siempre. Pero no; allí estaba, cada vez con menos dolores, cada vez con más movilidad. La herida del costado ya ni siquiera la notaba. Esa noche vinieron las inevitables preguntas… y la increíble verdad.

El señor Giddens hizo una pausa, como queriendo rebuscar en su memoria detalles concretos de aquella charla nocturna, a mediados del siglo XVIII, cerca de un recóndito pantano de Georgia que a lo mejor ya ni siquiera existía. Yo lo dejé tranquilo, sin atosigarlo con ninguna preguntar ni insistirle acerca de algunas cuestiones que rondaban mi mente. Notaba que había

bastante carga emocional en todo lo que aquel hombre, cuyo rostro aquel día me pareció más que nunca el de un anciano centenario, trataba de transmitirme.

—Christopher era una bellísima persona. Fue muy delicado al explicarme los detalles más importantes de lo que acababa de suceder y de lo que yo iba a sentir a continuación. En aquella época la medicina no estaba tan avanzada como ahora y muchos conceptos que nos parecen ahora comunes entonces no eran habituales, o ni siquiera se conocían, por lo que las explicaciones recibidas rozaban más lo místico que lo fisiológico. No se detuvo en tantos detalles como yo ayer contigo. Fue más a lo cercano, a lo directo, a lo irrefutable, a lo que tenía que ver con las propiedades especiales de su sangre respecto a la sanación y cicatrización veloces. No mencionó nada sobre los efectos secundarios de los que yo te hablé ayer. Nada de la fotofobia, las alergias, intolerancias, encías retraídas, esterilidad o ciclos vitales ralentizados. Todo eso lo descubriría más adelante, a veces de forma harto traumática.

No pude aquí evitar lanzarle una pregunta que me rondaba la cabeza desde que intuí que Christopher sería su inductor en este reducido grupo de hombres especiales, mutantes convertidos por la fuerza de una sangre extraordinaria.

—Y ¿por qué lo hizo, señor Giddens? ¿Por qué decidió salvarle la vida a costa de transformarlo en un ser humano tan especial, con sus pros y sus contras, como lo era él?

—Durante mi vida me hecho esa misma pregunta muchas veces. Y también lo hablé con Christopher directamente en varias ocasiones. Él siempre me dijo, y es la versión que he decidido creer, que fue por puro instinto. Me conocía desde hacía solo unos días, pero habíamos conectado de manera muy profunda. Habíamos tenido tiempo de hablar de nuestras vidas, de nuestras familias, de nuestra historia, de nuestros valores, y a él le había conmovido mi tenacidad, mi valentía, mi historia de amor con Marguerite y el reciente nacimiento de mi hija Willow. Simplemente quiso darme la oportunidad de poder disfrutar de todo aquello durante un poco más de tiempo; asumiendo que mis mortales heridas no eran sino un error de Dios o del destino que él debía subsanar. A veces la amistad más poderosa surge en el paraje más inhóspito e inesperado, como las rosas que crecen en medio de los zarzales, haciéndose fuertes en medio de una aparente adversidad que termina por protegerlas y hacerles de escudo; y te aseguro que no hay paraje más adverso para el ser humano y, por consiguiente, más favorable para el nacimiento de robustas y duraderas amistades, que el de una guerra, batalla o confrontación a vida o muerte. Haberme ido para siempre en ese rojo pantano hubiera sido demasiado pronto para un joven que no tenía más de veinticuatro años entonces y aún muchas experiencias que vivir. Quizás se precipitó, quizás debió preguntarme… como traté yo de hacer contigo, pero es imposible, en una situación de vida o muerte, explicar bien todos los matices de esta extraordinaria sangre que llevamos en nuestro cuerpo y sopesar con claro juicio la idea de ser portadores de ella, con todas las ventajas que proporciona y con todas sus… bueno, cosas más difíciles de aceptar para un ser humano normal, sobre todo lo que respecta a la extrema longevidad de la que nos dota. —Su mirada lo decía todo. No era justo seguir fingiendo que todo aquello era un camino de rosas. Al menos, el señor Giddens se mostraba cada vez más honesto al respecto—. En cualquier caso, yo esa noche estaba pletórico. Mis heridas sanaban a una velocidad inexplicable y yo me sentía mejor a cada minuto que pasaba. Mi inocencia y credulidad me hicieron confiar en que todo lo que Christopher me contó era verdad, sin importarme demasiado si aquello era algo puramente físico o médico o si sería parte de algo mágico e inexplicable por las leyes naturales de los hombres. Lo importante, de verdad, para mí es que lo que me contaba significaban «buenas noticias». Iba a poder volver a ver a mi esposa, a mi hija y a mi madre. Iba a regresar a casa sano

y salvo, más fuerte que antes, incluso. ¿Cómo no iba a estar pletórico? Esa noche disfruté de un sueño profundo que terminó de recuperarme, mientras mi amigo hacía guardia por si algún soldado o avanzadilla española aparecía por los alrededores. Al día siguiente, sin embargo, empecé a descubrir nuevas cosas, no tan agradables. —Por fin el anticuario llegaba al meollo de la cuestión, a lo que a mí me interesaba y que, por cómo había empezado, se parecía de hecho bastante a mi propia historia reciente—. Cuando abrí los ojos el sol estaba ya alto. Lo primero que hice fue sorprenderme de lo mucho que parecía brillar aquella mañana. Nunca había sentido tanta molestia por la claridad emitida por nuestra estrella más cercana. Traté, con los ojos entrecerrados y tapándome la cara con parte del brazo, llegar a mi sombrero para cubrirme un poco. Tardé unos minutos en acostumbrarme, mientras Christopher, que había estado observando sin decir palabra mi molestia y desasosiego, se sentó a mi lado y puso su mano en mi hombro. Él llevaba encasquetado, como casi siempre, su enorme sombrero, que le ensombrecía por completo el rostro. Trató de reconfortarme y, al fin, cuando yo parecía algo más acostumbrado a aquella enorme claridad que nos rodeaba, me habló sobre mi nueva condición y su intolerancia a la luz, tanto por cómo me iba a afectar en la visión como en la piel a partir de aquel momento. —Casi me alegré; o, al menos, empaticé aún más con el anticuario, ya que aquello era similar a lo que yo había vivido apenas veinticuatro horas antes—. Lo cierto es que yo me encontraba tan recuperado aquella mañana que, después de chequear que mis enormes y mortales heridas habían casi desaparecido, dejando que una costra fuera el único indicio de que alguna vez existieron, no podía más que regocijarme de nuevo en mi estupenda suerte y cómo ella me iba a hacer volver sano y salvo a mi casa. Como me encontraba ya mucho mejor, Christopher sugirió que nos moviéramos un poco y que tratáramos de llegar al fuerte Federica; y así lo hicimos. Durante el camino hacia Federica, Christopher me pidió varias veces que fuera muy discreto respecto a mi nueva condición. Yo intenté entender los motivos detrás de aquella peculiar petición, pero todo lo que obtuve fueron vacuas excusas. Aun así, yo era muy consciente de que le debía la vida a aquel hombre y debía confiar en la robustez y justicia de los fundamentos de su petición, los entendiera por completo o no. Él trató de terminar de convencerme diciéndome que, si seguía su consejo y mantenía la boca cerrada, me contaría más cosas sobre la sangre especial que ahora compartíamos. Yo, cómo no, le prometí que lo haría.

Por su mirada y tono al decir esta última frase, yo ya podía adivinar que, en algún momento –y no me refiero a aquel mismo instante o al del día anterior– el señor Giddens había faltado a su palabra respecto a eso; y esa conjetura, de ser cierta, constituía un aliciente más para conseguir desmitificar, aunque solo fuera un poco, la fiabilidad y la pulcritud del anticuario, el cual seguía hablando. De hecho, lo hacía más humano.

—Cuando llegamos de vuelta al fuerte Federica supimos que Oglethorpe había logrado reunificar el día anterior a las desperdigadas tropas inglesas de la zona pantanosa para hacer retroceder a los españoles. En el fuerte contamos nuestro encuentro y victoria con los españoles a los que habíamos matado en combate y se nos trató con honor. Yo estaba casi bien del todo y mis heridas, por su estado de curación, nunca podrían haber sido explicadas como parte de la batalla del día anterior, así que nos limitamos a relatar nuestra gesta sin mencionar para nada que yo nunca debería haber vuelto con vida y contando, en su lugar, que habíamos resultado ilesos gracias a nuestra pericia y a un poco de fortuna. Reconozco que en aquellos momentos no me avergoncé de mi indecencia al mentir y hasta fanfarronear un poco sobre el tema; pero ahora ante ti te aseguro que sí lo estoy y no me siento en absoluto orgulloso de haber exhibido una soberbia que ni mi impetuosa juventud entonces debería justificar.

Noté el arrepentimiento en sus ojos, pero, por otro lado, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer en aquel momento, viviendo las primeras horas de un milagro que seguro no llegaba a entender del todo y debiéndole la vida a aquél que le había pedido guardar ese secreto?, pensé. La situación lo había obligado a mentir, igual que a mí el día anterior frente a la policía… y frente a mis amigos… y en la misma cara de mi madre. Quizás se detuvo en explicarme esa parte porque sabía cómo me había hecho sentir a mí su petición y la dificultad emocional que suponía aceptar tener que renunciar al valor de la verdad. De nuevo, creo que intentaba reconfortarme de algún modo y eso yo lo apreciaba mucho.

—Pasamos unos días en el fuerte, donde no hubo más ataques ni avistamientos de enemigos. Pero Oglethorpe, consciente de que sus tropas no eran ni numerosas ni expertas, se encontraba muy temeroso de no poder contener nuevos envites de los españoles, así que tiró de astucia. Cogió a uno de los pocos prisioneros españoles que había conseguido hacer en la confrontación y lo dejó libre con información falsa sobre un supuesto refuerzo militar que nos estaba llegando de Charlestown. Los españoles que había tomado St. Simmons, al recibir la noticia, se tragaron su argucia como un pez clava el anzuelo en su boca y se condena al morder el gusano y, considerando que su posición era de desventaja y temiendo no ser capaces de hacer frente a lo que se supondría que venía de Charlestown, decidieron destruir el fuerte y volver a Florida. Esta vez Oglethorpe salió victorioso y no tuvo que derramar ni una gota más de sangre. A los pocos días de recuperar St. Simmons, o más bien sus ruinas, Christopher y yo obtuvimos el permiso para abandonar la milicia y volver a casa. Pero él no tenía casa en América, ni propiedades, ni oficio que le esperara en algún lugar, así que decidí invitarlo a quedarse conmigo en la plantación. En esos días, yo ya empezaba a experimentar otros efectos de mi nueva condición, quizás sutiles pero que me inquietaban de alguna forma, como el hecho de no sentir tanta necesidad de alimento como antes. Christopher me iba contando a cuentagotas algunas cosas, aunque yo intuía que era mejor mantenerlo cerca para poder obtener más respuestas a las nuevas preguntas que estaba seguro que me surgirían, y eso motivó mi insistencia de que viniera a vivir conmigo, algo que él terminó aceptando con gratitud. Así pues, volvimos juntos a mi hogar. No puedo describirte lo que sentí al volver a ver a mi familia tras la traumática experiencia de sentirme al borde de la muerte. Ese momento en el que, tirado en un pantano teñido por mi sangre, tuve la certeza de que nunca volvería a ver a mi esposa, a mi hija… había quedado grabado en mi mente con tal intensidad emocional que la bendita imposibilidad que en aquel momento se estaba produciendo de poder volver a estrecharlas a ambas entre mis brazos hacía ese reencuentro más especial que lo que puedas imaginar. O bueno… a lo mejor sí que puedes imaginarlo. —El señor Giddens se estaba refiriendo a cómo yo habría vivido sensaciones similares al reencontrarme con mi madre, con Penny y con mis amigos después del traumático suceso con Nathan. Y, de nuevo, estaba en lo cierto. La similitud de su historia con la mía estaba consiguiendo un nivel enorme de empatía por mi parte y fortaleciendo la conexión entre ambos —. Presenté a Christopher a mi familia como un amigo de confianza y como el salvador de mi vida en la batalla, pero sin dar ningún dato sobre cómo lo había hecho y omitiendo por completo las mortales heridas que yo había sufrido y que ya no eran identificables en mi cuerpo. Como él no quería vivir con nosotros como invitado, convine con él un salario justo por trabajar en la plantación y eso hizo que todos nos sintiéramos más cómodos. Yo siempre lo traté como a un amigo y tenía más cercanía, confianza y casi diría que derechos no escritos conmigo y mi familia que ningún otro de mis asalariados. Era un hombre fuerte y muy trabajador, a la par que sensible y educado. Mi madre llegó a apreciarlo mucho, casi como a un segundo hijo, aunque él estaba,

en apariencia física, más cerca de la edad de ella que de la mía. Respecto a los enfrentamientos con los españoles, en los años siguientes hubo alguna refriega aislada más en la frontera, orquestada por uno y otro lado, pero sin ninguna relevancia significativa en los mapas, por lo que pudimos mantenernos al margen de todo aquello y dedicarnos a explotar nuestra tierra, manteniendo y aumentando la prosperidad que mi familia llevaba años trabajando. Mi hija crecía sana, bella y alegre. Yo adoraba a mi mujer. Fueron tiempos felices, aunque no todo fue de color rosa. El trabajo a pleno sol era imposible para mí. La extrema sensibilidad en los ojos y en la piel que Christopher y yo teníamos nos limitaba a trabajar solo al alba o al ocaso. Al principio, mi madre y mi mujer se preocupaban mucho por esto, pero terminaron aceptándolo, al igual que yo. El ser humano tiene una capacidad extrema de adaptación y te aseguro, querido William, que cualquier cosa que ahora pueda parecerte harto dificultosa o compleja podrás superarla sin problemas con algo de tiempo, habilidad y, sobre todo, actitud positiva. Aprendí mucho en esos días acerca de cómo era capaz de hacer cosas que antes nunca hubiera pensado, superar obstáculos y retar a mi mente a aceptar que algunas de mis antiguas creencias no eran axiomas inquebrantables y que, quizás, me habían estado limitando respecto a mis posibilidades reales de alcanzar logros mayores. Christopher fue un gran compañero en esos tiempos y en ese cambio de mentalidad al que evolucioné. Me ayudó mucho, aunque reconozco que me enfadaba bastante con él cada vez que descubría algún detalle nuevo sobre nuestra condición y recibía sus, para mí tardías, explicaciones. Él parecía siempre esperar a que las cosas sucedieran para luego contármelas y tranquilizarme, pero reconozco que a mí nunca me gustó esa estrategia. Por eso ayer yo decidí contarte ayer todo lo que tenía que explicarte sobre nuestra sangre de una sola tacada. Es la primera vez que he hecho esto y no estoy seguro de si mi estrategia es mejor que la que Christopher usó conmigo, pero en mi interior sentí que debía hacerlo así.

Yo no tenía claro entonces si la abrumadora cantidad de información que había recibido el día anterior hubiera sido mejor espaciarla en el tiempo, dándome aire para ir asimilando poco a poco todo lo que me estaba pasando y, sobre todo, lo que me iba a pasar; supuse que cada estrategia tenía sus ventajas e inconvenientes, porque claramente el señor Giddens estaba expresando que la manera en la que él fue descubriendo cada detalle de su transformación fue algo traumática, y él tenía ahora una buena perspectiva para opinar al respecto. O quizás con su discurso solo estaba tratando de justificarse ante mí por haberme lanzado de forma imprudente a la cara, de golpe, toda aquella cantidad de increíble información, algo que era casi inasumible para cualquier persona. Creo que, en realidad, yo siempre preferí la experiencia de un gran trauma de forma única y puntual a la dilatación de pequeños traumas recurrentes en el tiempo, así que pienso que el señor Giddens acertó en mi caso en la manera en la que decidió confesarme todo acerca de lo que me iba a pasar.

Su historia continuaba.

—Lo cierto es que el hecho de no enfermar y de incluso sentirme más fuerte y enérgico que antes compensaba casi todo el resto de cosas que podían parecerme más molestas o incómodas. Recuerdo que algo que tardó en manifestarse y que lo hizo además muy poco a poco fue la retracción de mis encías, pero hubo un momento en que se hizo muy visible y Christopher me enseñó entonces algunos trucos para aprender a hablar gesticulando menos. Con el tiempo, generé una memoria muscular que cambió mi forma de hablar pero que no supuso ningún esfuerzo nunca más para mí en cuanto a ocultar esa algo grotesca característica que se había producido en mi boca. —De nuevo, sus palabras trataban de darme tranquilidad y confianza. Y lo conseguían—. Muchas veces quise contar a mi familia todo lo que me estaba pasando; toda la

verdad. Para mí no tenía nada de malo compartirlo. Es más, además de liberarme del peso de una mentira que cada vez tenía menos sentido para mí mantener, no dejaba de plantearme por qué las tres personas a las que más amaba en el mundo no deberían también poder beneficiarse del vigor que nuestra especial sangre proporcionaba, ya que los efectos secundarios o pequeñas molestias que la acompañaban yo ya había comprobado que eran asumibles; lo bueno de todo aquello compensaba sin duda lo menos bueno. Sin embargo, Christopher me disuadió de nuevo confesándome que la sangre de las mujeres no reaccionaba de la misma forma que la de los hombres y que cualquier intento de inducirse lo extraordinario de la nuestra a ellas sería del todo infructuoso. Según él era mejor seguir manteniendo el secreto, aunque sus argumentos cada vez me convencían menos y la deuda que pensaba que le debía a él por salvar mi vida y otorgarme ese don se iba diluyendo en mi mente cada vez más, como si la considerara ya más que pagada. Pero una vez más, mantuve mi promesa y me resigné a aceptar una petición que cada vez entendía menos. Al margen de todo eso, durante años Marguerite y yo intentamos tener más descendencia, pero no lo conseguimos. Christopher no me contó nada acerca de la esterilidad que sufríamos, a pesar incluso de que alguna vez le insinué si aquello podía ser fruto de la especial condición que él y yo compartíamos, y yo me sentí bastante frustrado durante algún tiempo por el hecho de no poder engendrar más hijos con Marguerite, aunque no estaba seguro de si el problema estaba en mí, en ella o en ambos. Pero lo que hizo que todo cambiara entre Christopher y yo fue el día en el que la falta de evidencias del paso del tiempo en mi rostro y en mi cuerpo empezaron a ser tan obvias como en el de él y este no tuvo más opción de contarme las últimas dos cosas que se había reservado hasta ese momento. El tema de nuestra incapacidad para crear nueva vida me derrumbó hasta cierto punto; al menos tenía a Willow, y ella y Marguerite llenaban mi vida. Pero comprender las consecuencias de la transformación de nuestros ciclos vitales y la extrema longevidad que poseíamos fue tremendo. Yo no había dudado nunca de la palabra de Christopher, pues todo lo que me había contado siempre no habían sido, en realidad, más que justificaciones a hechos que yo percibía y sufría en mis propias carnes, por lo que aquel cambio (o «no cambio» en mi rostro y en mi cuerpo), que siendo perceptible no iba a ser del todo comprobable hasta pasados muchos más años, también fue una certeza para mí desde el instante en que mi amigo me lo confesó. La idea de sobrevivir a toda mi familia, si el destino no acababa antes de tiempo con lo que parecía iba a durar mi vida, fue un mazazo tremendo. Si perder a una madre podía pensar que era doloroso pero natural, e incluso a una esposa en las postrimerías de la vida y quizás abandonando este mundo con el pensamiento certero de la cercanía en el reencuentro en la otra vida, imaginar el hecho de sobrevivir a mi hija suponía una idea enfermiza y malsana que, una vez generada, se instaló en mi cerebro como un quiste que no conseguí nunca eliminar, ensombreciendo mi alma y mi espíritu.

Su seriedad y consternación me sobrecogieron. Era obvio que aquello debía de haberle provocado unas cicatrices emocionales imborrables y me estremecí por ello.

—¿Le contó él su historia entonces? —pregunté yo tratando de que la curiosidad disipara de alguna manera la profundidad que estaba tomando la conversación.

—Sí, fue entonces cuando me desveló su verdadera historia, como yo estoy haciendo ahora contigo —confirmó el señor Giddens volviendo de su infinita tristeza—. Su verdadero nombre era Lachlan Blacach, aunque yo siempre me referí a él como Christopher, que era el nombre por el que se hacía llamar cuando yo lo conocí. Era un *highlander* escocés que había nacido a principios del siglo XVII. Tenía veinte años cuando un aristócrata venido a menos lo engañó y le trasmitió su sangre, transformándolo sin su conocimiento esgrimiendo que se había enamorado

de él. Se llamaba Morticelli y había nacido en Sicilia, a mitad del XVI, cuando esta era aún un virreinato de la poderosa corona española, en los albores del reinado de Felipe II. Se conocieron en Escocia, en uno de los viajes del siciliano, cuando este lo contrató como parte de su grupo de sirvientes. Se encaprichó de él y poco a poco le fue otorgando favores, acercándolo a su círculo de confianza, hasta que una noche lo durmió a base de abundante *whisky* y llevó a cabo el ritual de traspaso de sangre que lo convirtió en uno de los nuestros. Para Christopher, Morticelli no era más que un amo, agradable y cercano, con dinero, al que había tenido la fortuna de conocer y caer en gracia, algo que él pensaba lo ayudaría a tener una vida más acomodada. Cuando Morticelli le confesó lo que le había traspasado y su intención de compartir una longeva vida juntos, Christopher lo abandonó y se marchó a recorrer mundo. Estuvo en los cinco continentes. Y ciento veinte años después de su conversión lo conocí en Georgia. Aparentaba poco más de cuarenta años. Cuando me confesó todo esto tuvimos una discusión tremenda y sentí que no podía perdonarle que me hubiera hecho aquello, aunque hubiera sido para salvarme la vida. Reconozco que fui muy egoísta entonces; y muy poco justo con mi amigo. Christopher se marchó al día siguiente dejándome una simple nota en la que decía que volvía a Europa, me agradecía mi compañía esos últimos años y la firmaba con un escueto «Perdón». Eso fue en 1752. Nadie en mi familia entendió lo que había pasado y yo no podía compartirlo con ellas, así que inventé una riña por dinero como justificación a la partida de mi amigo y durante años no volví a saber de él.

—¡Qué triste, señor Giddens! —exclamé sin poder reprimirlo.

Él me miró con la mirada ensombrecida de nuevo.

—Mi madre murió ese mismo año, muy consciente de que el paso del tiempo no me afectaba. Recuerdo bien su mirada y sus últimas palabras la noche que murió, serena y en paz, diciéndome: «Si, de alguna forma has logrado conseguir un don especial, hijo, no lo desaproveches». Mi mujer no entendió esas palabras, pero una madre sabe perfectamente si su hijo ha cambiado, si le pasa algo extraño; por pura intuición; el sexto sentido, supongo. Yo estoy convencido de que, de una manera u otra, mi madre sabía que había algo fuera de lo normal en mí, algo extraordinario, algo que no podía explicar, pero que su intuición percibía con cristalina claridad. Salvo por el asunto de la fotofobia, mi vida era bastante normal. Christopher me había ayudado mucho a aclimatarme a ella y a los efectos que nuestra extraordinaria sangre nos otorgaba y casi nadie nunca cuestionaba o se preguntaba ciertas rarezas de mi comportamiento, porque él también las tenía y eso las había normalizado con el tiempo, de alguna forma, para todos en la plantación. Cuando Christopher y mi madre me abandonaron, cada uno para hacer su camino, yo me aferré al trabajo, a mi mujer y a mi hija, y seguí prosperando y viviendo en relativa felicidad. En 1754, Jorge II eliminó las restricciones de venta de terrenos que Oglethorpe había impuesto en Georgia desde que fundara la colonia. Eso, unido a que unos años antes la esclavitud había sido también regulada, hizo crecer la producción y la economía de la provincia. Nosotros nos mantuvimos siempre fieles a nuestra política de no utilizar esclavos. Todos nuestros trabajadores eran asalariados, pero ya en aquella época éramos la única plantación que no usaba esclavos. Nos iba bien, a pesar de que tuvimos altibajos; siempre me ha gustado pensar que la fortuna nos sonrió en aquella difícil época porque en el fondo estábamos siendo justos y esgrimíamos unos valores de igualdad a para con todos los que trabajaban en la plantación. De hecho, nos fue tan bien que pude llegar a ampliar nuestros terrenos, comprando trescientos acres de una propiedad anexa a la mía a un buen amigo, William Anderton. ¿Recuerdas el primer documento que te mostré ayer? —Asentí con la cabeza. Sí que lo recordaba, la cantidad de tierra

comprada, el nombre del vendedor y el año de la transacción, 1754. La pieza encajaba en el puzle de la compleja historia del señor Giddens a la perfección—. Willow creció y se convirtió en una hermosa joven. En 1760 se casó con un trabajador de la plantación, un muchacho huérfano llamado John Lockwood que había estado con nosotros los últimos cinco años y había conquistado el corazón de mi pequeña. Ni él tenía prejuicios sobre el claro color tostado de la piel de mi Willow ni yo ni Marguerite los teníamos respecto al hecho de que él no tuviera ni posesiones ni dinero, con lo que ambos bendijimos la unión y el joven Lockwood pasó desde entonces a formar parte de nuestra familia. Un par de años después, en 1762 ocurrieron dos cosas que marcaron mi vida y me hicieron replantearme algunas cosas. Para empezar Willow dio a luz a su primer hijo, John Jr., un bebé sano y alegre que trajo aún más felicidad a nuestras vidas. Sin embargo, no pudimos disfrutar mucho de esa felicidad porque a las pocas semanas de nacer nuestro nieto, Marguerite enfermó de viruela y murió. No pudo disfrutar de su nieto como hubiera querido, pero me consuelo pensando que al menos sí que pudo sostenerlo en sus brazos, mecerlo, acariciarlo y besarlo como solo una abuela puede hacerlo. Mi corazón se partió entonces en dos. Mi mejor mitad se había ido y ya no volvería, llevándose la ilusión de mi vida y haciéndome más consciente del problema que suponía la extraordinaria cualidad de mi longevo ciclo vital en contraposición con el trauma emocional de sobrevivir a varias generaciones de mi sangre (la antigua, la original) que aún no habían nacido y a las que tendría también que ver morir sin remedio. Yo tenía entonces cuarenta y cuatro años, pero aparentaba menos de treinta. Willow parecía cada vez más mi hermana menor en vez de mi hija y empezó a haber algunas habladurías sobre brujería y pactos con el diablo que yo intentaba disimular con algo de maquillaje y actuación en los momentos en los que me dejaba ver en público. Pero ni el mejor maquillaje podía ocultar mi vitalidad. Nunca me había puesto enfermo desde que había regresado a casa con Christopher, veinte años atrás. Era imposible estirar más cuerda de mi actuación, ni fingir que todo en mí era normal y que lo seguiría siendo en los años venideros. Así que, ya sin mi amada a mi lado, decidí hacer dos cosas que me rompieron un poco el corazón, pero que consideré adecuadas en aquel momento: contarle a mi hija Willow toda la verdad sobre lo que me estaba pasando y alejarme de mi familia para no involucrarlas en nada que pudiera considerarse turbio o antinatural.

Yo comprendía cada vez mejor todo lo que me decía el anticuario y tragaba saliva al pensar que exactamente lo mismo que él relataba con tristeza y resignación iba a terminar sucediéndome a mí.

—¿Qué le dijo su hija al conocer su verdad?

—Willow era maravillosa, excepcional —respondió él sin poder reprimir una pequeña lágrima —. Me quería tanto que su amor la hizo creerme sin cuestionar nada de lo que le conté y su comprensión fue más allá de lo que nunca hubiera esperado. Ella fue la que me apoyó y me dio las fuerzas necesarias para dar el paso siguiente y alejarme, con el corazón roto, de ella y mi pequeño nieto, sabiendo que, por muy doloroso que fuera, era lo mejor para todos. Se comprometió a mantener el contacto por carta, instándome a visitarla a escondidas de vez en cuando, para que al menos, desde lejos, pudiera ver crecer a su hijo, mi descendencia; porque, aunque todo aquello fuera doloroso, teníamos que ser capaces de sacar algo positivo de toda aquella historia donde el amor lo envolvía todo. Dejé todos los papeles de la plantación arreglados para que pudiera seguir siendo explotada por Willow y su marido John, que nunca llegó a saber nada y que fue lo suficientemente bueno y comprensivo para aceptar mi marcha aún

sin llegar a entenderla del todo. Mi excusa fue partir para buscar nuevos negocios en el norte, jurando que los mantendría informados de mis avances y que, algún día, regresaría.

—Su hija, sin duda, parece que fue una mujer extraordinaria —afirmé yo al escuchar las palabras del anticuario.

—Lo fue —confirmó rotundo el señor Giddens—. Durante los siguientes siete años vagué por las tierras del norte, donde hay menos horas de luz en invierno y la dispersión de población era mucho mayor, lo que me permitía permanecer oculto la mayor parte del tiempo en verano. Practicaba una especie de hibernación estival. Me escribía a menudo con Willow y pude disfrutar y compartir su felicidad aquellos años a través de sus palabras. Me enviaba dinero y no tuve problemas para vivir sin pasar necesidad y sin tener buscar ocupación.

Recordé de nuevo las cartas que también me había enseñado el día de antes y cómo las fechas que retenía en mi memoria seguían cuadrando con su historia. Empecé a preguntarme impaciente por qué ese intercambio de misivas habría parado en 1769, sin pararme a pensar en la explicación más obvia de todas.

—Durante esos años, Willow dio a luz a otros dos hijos, Simon y Jocelyn. Yo me acercaba a Georgia una vez al año y quedaba en secreto con ella, a solas. Al principio traía a los niños, pero cuando empezaron a tener edad para hablar y recordar a su abuelo, ya solo pude verlos de lejos, para evitar que ninguno hablara con su padre y le contara que su abuelo cada vez se parecía, en edad, más a su madre. Fue un sacrificio tremendo, pero necesario para protegerme, y también para proteger a mi familia. Pero, justo cuando empezaba a acostumbrarme a esa vida oculta, Willow contrajo tifus y murió en otoño de 1769. Su última carta fue desgarradora para mí; ella sabía que no debía ocultarme el mal que la consumía para evitar que fuera a Georgia a buscar respuestas si dejaba de recibir sus cartas sin previo aviso, que me descubriera ante su marido, John, y ante otros integrantes de la plantación que aún seguían trabajando para nuestro negocio familiar. Yo tenía entonces cerca de cincuenta años y seguía aparentando treinta. Al menos pude llegar a tiempo para su entierro y asistí de lejos, camuflado, sin dejarme ver, a la última despedida que todos los que la querían le dedicaron con pesar. Willow se llevó mi secreto con ella a la tumba para protegerme, pero también cortó con ello todo lazo que yo pudiera mantener con mis nietos. ¿Cómo iba a explicar a John no haber estado con mi hija en sus momentos finales? ¿Cómo iban a entender ellos que mi rostro siguiera sin cambiar después de tantos años fuera de casa? Sé que, antes de morir, Willow le dijo a su marido que yo estaba de viaje en Europa y que algún día regresaría a casa, a Georgia, con él y mis nietos, pero que no me buscara ya que mi errante vida iba a hacer imposible dar o comunicarse conmigo; esto lo sé porque me lo dijo en su última carta. John quedó destrozado tras la muerte de Willow, y solo sus hijos le dieron la fuerza necesaria para seguir viviendo, trabajando la plantación e intentando asegurarles a ellos un futuro acomodado. Yo quedé entonces en una posición en la que no podía ni volver a casa ni quedarme cerca, aunque fuera oculto en las sombras, porque eso hubiera supuesto un desgaste emocional inaguantable para cualquier ser humano. Por suerte, mi hija lo había dispuesto todo para que el dinero me siguiera llegando, y la plantación, ahora heredada del todo por John, estaba en buenas manos. Yo estaba seguro de que él la cuidaría y la seguiría haciendo prosperar con la mayor dedicación y esmero posibles, así que decidí hacer justo lo que mi hija le había dicho a su marido que estaba haciendo y me embarqué al Viejo Continente con el corazón roto aunque sin grandes preocupaciones respecto al futuro económico de mis nietos. —El señor Giddens aprovechó aquí para beber un poco de agua. Tanto por la cantidad de palabras que había soltado como por la intensidad de estas, su garganta debía de estar tan seca como un desierto.

Tras hidratarse, continuó—. La soledad es muy dura, William. Sobre todo, cuando es algo no elegido por uno y se prolonga durante tantos años. Así que, en mi huida a ninguna parte, pensé en recuperar la única amistad que podría conservar más tiempo y que, además, era de nuevo la única persona en la Tierra que conocía mi secreto. Christopher me había hablado mucho del pueblo donde había nacido. Se llamaba Beauly y estaba situado en el noreste de Escocia, así que decidí empezar a buscarlo allí. Por su nota, yo sabía que él había vuelto a Europa y, como siempre hablaba con mucha nostalgia de su niñez y de Beauly, pensé que sería un buen primer lugar para empezar a indagar sobre su paradero. El viaje en barco fue bastante duro porque en alta mar no hay muchas maneras de ocultarse del sol salvo permanecer en el camarote el mayor tiempo posible. Ese viaje no me devolvió mi ilusión por la mar, a la que tenía idealizada tras mis aventuras de juventud, persiguiendo piratas, y me obligó a mostrar un lánguido y enfermizo carácter en las pocas ocasiones en las que salí de mi camarote a hacer alguna comida con otros pasajeros. Beauly era un sitio pequeño y la llegada de cualquier forastero corría como la pólvora, más aún si se trataba de uno que venía preguntando por una persona en concreto. Tuve mucha suerte porque mi intuición no me falló: Christopher había vuelto a Beauly tras dejar Georgia. Habían pasado más de cien años desde que, de joven, abandonó Beauly, luego conoció y trabajó para Morticelli y luego… bueno, cambió y se volvió extraordinariamente longevo y se dedicó a viajar por el mundo. Pero nunca más había regresado al lugar que lo había visto nacer hasta que discutió conmigo y se marchó de América. Nadie en Beauly, más de un siglo después, podría haberlo conectado con el joven Lachlan Blacach que ahora volvía solo unos años mayor y con un nombre distinto. Así que se había instalado allí y tenía un modesto negocio de carpintería. Christopher se alegró muchísimo de verme y enseguida me acogió en su casa. Yo encontré paz a su lado y consuelo en su inquebrantable amistad. Me dio trabajo y me enseñó todo lo que sabía sobre maderas y carpintería, el antiguo oficio que había elegido para pasar desapercibido y vivir un poco más su larga vida. Nunca me consideré especialmente habilidoso para ese trabajo, pero con tiempo todo se aprende, y si había algo de lo que ambos disponíamos en exceso era justo eso: tiempo. Yo había cambiado de nombre justo antes de dejar América y ahora llevaba documentación con el neutro nombre de Michael Smith. Un par de años después de mi llegada a Beauly y totalmente integrado en la pequeña y amable comunidad escocesa, Christopher añadió mi nombre al suyo en la tienda y empezamos a hacer muebles como socios. Scott & Smith nos llamábamos. Pasamos diez años juntos en Beauly y, de nuevo, nuestro invariable aspecto físico nos hizo decidir cambiar de ubicación, inventando una nueva vida, juntos, apoyándonos y manteniendo la cada vez más sólida unión de amistad que se forjaba entre nosotros. De esa forma, en 1779, cuando América estaba inmersa en la Guerra de Independencia, nosotros abandonamos Escocia y nos instalamos en Rathcoole, una pequeña localidad al suroeste de Dublín, donde seguimos con nuestro negocio de carpintería, pero con un toque más elevado de calidad. Christopher empezó a viajar y a comerciar con nuestros muebles fuera de Irlanda, sobre todo en Francia. Mejoró el poco francés que ya sabía y pronto empezamos a tener clientela en muchos puntos de Europa, con especial foco en la aristocracia francesa. Aumentamos nuestra producción y en poco tiempo fuimos la tienda más próspera y grande de la ciudad, con más trabajadores que ningún otro negocio en muchas millas a la redonda. En 1785 Christopher volvió a casa de unos de sus viajes a París trayendo un invitado consigo. Se trataba de un tratante de muebles caros y antigüedades al que me presentó como Ludovico Barone y que estaba interesado en saber más acerca de cómo diseñábamos y fabricábamos nuestros muebles con vistas a

ofrecernos cuantiosos y generosos trabajos; pero yo conocía bien a Christopher y sabía que entre él y aquel italiano había algo más que una simple relación comercial.

—¡Era Morticelli!, ¿verdad? —no pude dejar escapar estas palabras de mi boca, adelantándome a lo que el señor Giddens iba a contarme a continuación, como un niño que pretende haber acertado una adivinanza.

—Eres muy perspicaz, William —replicó él con una suave sonrisa—. Efectivamente, Ludovico Barone era en realidad Morticelli, el aristócrata siciliano que había traspasado a Christopher su extraordinaria sangre y, por tanto, el artífice sin premeditación de que yo también la tuviera. Christopher tuvo muchos reparos en contarme toda la verdad desde el principio porque no sabía cómo reaccionaría yo. En la historia que él me había contado habían terminado separando sus caminos por decisión de mi amigo, y él le seguía guardando rencor por haberlo transformado sin su consentimiento ni ninguna razón de peso ni un motivo de vida o muerte, como sí me había ocurrido a mí.

—Y a mí —inserté yo, fugaz, dejando clara mi postura al respecto.

—Pero Christopher, para entonces, ya lo había perdonado y su inesperado reencuentro en París con el siciliano supongo que supuso para él algo parecido a lo que yo había sentido al reencontrarme con él en Beauly unos años atrás después de nuestra abrupta despedida en Georgia. Morticelli era un hombre muy educado, de exquisitas maneras, y con unas dotes de persuasión como nunca he visto en ningún otro ser humano. Su discurso era tan fluido y convincente que conseguía que cualquier oyente de su palabra pensara como propios los argumentos e ideas que él exponía. Cuando lo conocí era un hombre que tenía más de doscientos años de edad, pero aparentaba poco más de sesenta. Era difícil que no agradara, sus gestos eran suaves, nada inválidos a primera vista, y lograba engatusarte cual serpiente antes de devorar a sus víctimas. A mí me costó años conocerlo de verdad y aprender a distinguir lo que él quería que yo hiciera de lo que yo quería hacer realmente. Pero, en general, no puedo decir que no se portara bien conmigo. Me enseñó italiano, me transmitió todos sus conocimientos sobre arte, me dio muchas valiosas nociones sobre los gustos de la aristocracia, sobre los mejores modales que debía exhibir y sobre cómo moverme por ese ambiente de alta sociedad. Pronto nos convenció para mudarnos con él a París y expandir el negocio, ahora ya los tres juntos. Pero eso nos duró pocos años, porque en julio de 1789 empezó la Revolución francesa, con la burguesía y el campesinado asaltando la fortaleza de la Bastilla, y nos vimos obligados, por seguridad, a abandona Francia. Nos trasladamos entonces a Venecia, que Morticelli conocía muy bien, y allí seguimos aumentando nuestro negocio, ampliándolo a piezas de arte, esculturas y pinturas, además de nuestra base de muebles de lujo, haciendo crecer nuestro patrimonio y viviendo cada vez más de lo que nuestros competentes asalariados eran capaces de producir, comprar y vender, aglutinando enormes beneficios, sin que nosotros tuviéramos que ocuparnos más que de alguna transacción comercial y de mantener vivos los adinerados contactos de los que disponíamos. Todo nos iba muy bien, pero Morticelli tenía cada vez más miedo. Miedo a desaparecer y que su legado no permaneciera en la historia. En esa época manteníamos largas discusiones sobre cuántos más como nosotros debía de haber en el mundo. De hecho, conocí, gracias al siciliano, a más como nosotros. Una vez llegué a estar en la misma reunión con otros cinco, la mayoría europeos, todos con edades reales comprendidas entre los cien y los doscientos años. En aquel momento me sentía parte de una comunidad, aunque fuera pequeña, donde podía ser yo mismo, donde no tenía que esconder nada y podía expresarme con total libertad.

—¿Y qué aprendió de ellos? ¿Supo entonces dónde o cómo encontrar más individuos

especiales con los que compartir sin tapujos nuestra verdad?— pregunté curioso. Aquella última sentencia del anticuario había resultado ilusionante y reconfortante para mí, entre tanta historia de soledad y confidencia.

—En general, cada uno hablaba siempre de sus propias experiencias. Había bastantes puntos en común en cuanto a la vida que llevábamos o habíamos llevado, pero la historia de cada persona era bastante diferente, así como los motivos y los hechos por los que habían terminado adquiriendo nuestras mismas extraordinarias capacidades. Mi curiosidad en aquella época se centraba, sobre todo, en entender de dónde veníamos y cómo se había producido la evolución hasta nuestra singularidad fisiológica. Cada uno contaba su historia y tenía sus propias especulaciones, casi todas relacionadas con lo místico, con brujería, con hechizos, conjuros o brebajes de otro tiempo que, según muchos de ellos, habrían transformado nuestra sangre y todo lo demás que se nos asociaba como especial. Si me preguntas ahora, con todo lo que sé y lo que ha avanzado la ciencia y la medicina, yo me inclino a pensar más en una evolución, peculiar y aislada, del ser humano, pero sin duda más asociada a algo natural que a algo divino o mágico. Oí historias de antecedentes en culturas ancestrales como la egipcia o la fenicia, de muchos siglos atrás, como origen de nuestras capacidades, pero el caso que me pareció más real y documentado como primero de nuestra singular comunidad fue el de un romano que habría escrito documentos en los que parecía describir algunas de nuestras extraordinarias habilidades. Pude ver algunos trozos de esos papiros, cuya fecha estimada los situaría entre el siglo II y I antes de Cristo, y leer con mis propios ojos las frases en latín que demostraban esta teoría. Tras los hechos que ocurrieron al final de esa época de mi vida, nunca más volví a saber de ellos y lo cierto es que nunca he tratado de volver a buscarlos.

Aunque fuera poca, aquella luz arrojada sobre el misterio que me rodeaba desde hacía poco más de un día era suficiente para que me sintiera más cómodo y menos perdido ante todas aquellas novedades que estaba experimentando y conociendo.

—¿Y qué opinaban esas personas de nuestras características, qué hacer con ellas y cómo vivir con ellas? —interrogué.

—Es una buena pregunta que además me ayudará a continuar con la línea temporal de mi historia —respondió el señor Giddens complacido—. La mayoría, como Christopher y yo mismo, había asumido su condición en la creencia de que era mejor mantener nuestra anomalía en secreto; si te soy sincero creo que, sobre todo, por prudencia o miedo a lo que la sociedad pudiera percibir de ella y a la reacción que encontraríamos. Cada uno tenía alguna historia o vivencia que defendía esta postura y en la que desvelar parcialmente su secreto los había colocado en posiciones incómodas o incluso peligrosas. La gente suele tender a temer lo que no entiende; ese miedo los lleva al odio; y ese odio, generalmente, a la violencia. Sin embargo, por el contrario, nuestro amigo y socio Morticelli tenía megalómanas ideas sobre cómo transmitir nuestra especial esencia a mucha más gente, sobre cómo debíamos ampliar nuestra pequeña comunidad, para hacernos más fuertes, ganar poder y dominar en cierta forma a todos los que él consideraba más débiles… inferiores. —Noté en sus ojos la clara intención de sugerir con sus palabras una forma clara de racismo, no ahora por el color de la piel o por las creencias religiosas o por el origen de nacimiento, sino por las singulares características de que nos dotaba una sangre extraordinaria que, por otro lado, quizás habíamos adquirido sin merecerla; y él supo que yo había captado lo que había detrás de sus palabras. Tras unos segundos de silencio, continuó hablando—. Como te he dicho, la mayoría de nosotros, entre los que nos incluíamos Christopher y yo, veíamos las cosas de una manera bien distinta. No compartíamos esa necesidad de

dominación, no nos sentíamos superiores al resto de la humanidad y, además, pensábamos que era mejor mantener nuestra anomalía lo más controlada posible por las cuestiones filosóficas y morales que conllevaría una amplia distinción entre un tipo de hombres y otros, por no hablar de las mujeres, como ya comentamos ayer. Y, por último, en el extremo, por lo que podría desembocar en una extinción a largo plazo de toda la raza humana, si el control del grupo se nos fuera de las manos, al no poder reproducirnos.

—Sí, sin duda he pensado en ello y estoy de acuerdo con usted en el planteamiento acerca de por qué este don debe permanecer oculto a la sociedad, a toda la raza humana —confirmé yo, dando más confianza, si cabe, al anticuario en su discurso.

—La obsesión de Morticelli por estas radicales ideas fue creciendo y creciendo. Se volvió descuidado, casi violento, y comenzó a desarrollar en secreto una estrategia para llevar a la práctica sus ideas de manera descontrolada. Eso era demasiado peligroso, pero tal era su convencimiento y compromiso al respecto que comprendimos que no podríamos pararlo en su empeño. —El rostro del señor Giddens volvió a ensombrecerse de nuevo antes de seguir—. Bueno… en realidad sí que podíamos pararlo, pero solo había una manera de hacerlo y solo un hombre tenía la fortaleza para ejecutarla. Así que una noche Christopher lo emborrachó de absenta y, cuando dormía confiado a pierna suelta, acabó con su vida asfixiándolo con una almohada. Sabía que era lo que tenía que hacer, que era lo correcto y que la antinatural longevidad del siciliano le había hecho perder la cabeza del todo. Pero era su amigo y el dolor que aquello le produjo fue tal que decidió pagar su pecado colgándose de una viga del techo esa misma noche. Christopher puso fin a sus casi doscientos años de existencia dejándome una dolorosa nota donde me explicaba sus loables a la vez que pesarosos motivos para hacer lo que había hecho. Yo me encontré de nuevo solo ante un mundo que no me entendería y al que debía enfrentarme por no sabía cuántos años más sin ninguna compañía, más o menos constante, que diera paz a mi atribulado corazón; sin un referente, sin un norte. Entonces yo debía convertirme en mi propio y único norte. Corría el año 1797 y yo no aparentaba más de treinta y cinco años, pero mi alma soportaba ya el peso de unas vivencias que rondaban la ochentena. Todo eso ocurrió pocos meses antes de que Napoleón Bonaparte marchara contra Venecia y la ocupara, pero ya entonces había muchos rumores sobre los futuros movimientos militares de Bonaparte. Europa estaba revuelta y, por muy bien que yo hablara francés e italiano, no podía ocultar mi origen anglosajón, así que tomé la decisión de volver a romper con todo de nuevo y regresar a América. Tras la muerte de Morticelli y Christopher, yo heredé todo el cuantioso negocio que habíamos levantado entre los tres, liquidé todo lo que pude para hacerme con efectivo y alquilé un barco entero para trasladar conmigo todo el inventario de que disponía de vuelta a América; ahora ya sí, a los independientes Estados Unidos.

Yo escuchaba con atención la historia de ese hombre, que era una historia de «varias vidas», y me sorprendía la cercanía con la que relataba tantos hechos históricos que a mí me parecían tan lejanos pero que él decía haber vivido en primera persona. Era abrumador e increíble; y aun así, por alguna extraña razón, aquella conversación se iba normalizando más y más en mi cabeza.

—Al llegar a Boston, donde desembarqué, lo primero que hice fue arreglármelas para volver a cambiar mi nombre, ahora por el de Albert Johnson. Había pasado casi treinta años fuera de América y solo había envejecido cinco o seis. Nadie hubiera podido reconocerme ni vincularme con el Michael Smith que dejó el continente años atrás, y mucho menos con el Roderick Richardson que llegó a Georgia siendo un adolescente, pero me sentí más confortable inventando una nueva vida de cero, como inmigrante europeo. Busqué un lugar seguro para almacenar todos

mis valiosos bienes y durante los siguientes años fui vendiendo algunos de ellos poco a poco, solo a gente selecta, de la alta burguesía, sobre todo, lo que me permitió vivir de forma acomodada sin derrochar ni tener que dedicarme a nada más que ver pasar el tiempo. Durante los siguientes cuarenta y cinco años me mudé siete veces, manteniéndome todo lo lejos de la sociedad que pude. Fueron años mentalmente muy duros. Casi siempre me movía por el norte, por territorios poco habitados en lo que hoy es Canadá. Como yo hablaba tanto inglés como francés podía comunicarme con facilidad con cada uno de los bandos que aún se disputaban parte de las tierras por donde me movía. Me mantuve neutral en todo momento, tirando de cuantiosos sobornos para que me dejaran en paz cuando mi astucia y verborrea no bastaban para ello. Pero no tenía misión en la vida, no tenía un objetivo y simplemente me dejaba llevar, me dedicaba a ver pasar el tiempo esperando que llegara mi hora y maldiciendo no poder aprovechar mi don para algo más que para observar cómo una sociedad a la que cada día aborrecía más, por lo mucho que me distanciaba de ella, iba cambiando y evolucionando… si es que puedo usar esa palabra.

En ese momento me sentí muy apesadumbrado. El señor Giddens me estaba describiendo la cara más desagradable de nuestra especial condición. ¿Todo aquello también terminaría sucediéndome a mí? ¿Esos sentimientos de tristeza e impotencia serían los que marcarían el resto de mis días? Iba a poder vivir mucho más que el resto de seres humanos, hacer y ver más cosas que cualquier otra persona, pero no iba a poder estar con alguien para siempre, no iba a poder compartir esas vivencias. No con Penny, al menos, pensé con dolor. Una losa invisible y enorme había caído sobre mis hombros. ¿Merecía la pena vivir así?

—¿No pensó nunca… en el… suicidio? —pregunté medio ahogado por la presión que ese momento sentía en el pecho.

El señor Giddens me miró muy serio antes de contestarme, como dudando sobre de qué manera hacerlo. Creo que se dio cuenta de que su excesiva sinceridad al describir sus sentimientos en ese periodo de su vida había provocado en mí un desasosiego tal que me había hecho cuestionarme ciertas acciones extremas.

—No te he mentido ni una sola vez en estos dos días y no voy a hacerlo ahora, William —arrancó por fin el anticuario—. Sí, alguna vez lo hice. Y podría decirte que me avergüenzo de ello, pero en realidad no es vergüenza lo que siento al pensarlo, sino alivio. Alivio por no haberlo hecho, y orgullo por haber resistido la tentación de la vía fácil. La vida es maravillosa, William, te lo aseguro —siguió con un cambio radical en su semblante que casi iluminó la estancia—, a pesar de todo el dolor que pueda depararnos vivirla en toda su magnitud. Por supuesto que hay momentos oscuros, pero siempre vienen seguidos de momentos de luz. Y yo encontré mi «luz» en 1840, en un momento en el que la continua lectura de las cartas de mi querida Willow me habían vuelto ya casi loco. Piensa que entonces yo tenía más de ciento veinte años a mis espaldas, pero seguía aparentando poco más de cuarenta. Mi mayor miedo entonces era llegar a olvidar a mi amada Marguerite y a mi adoraba Willow. Recuerda que en la época en la que ellas vivieron no había fotografías y sus rostros solo vivían en los recuerdos, cada vez más lejanos, de mis vivencias pasadas con ellas. Nuestros cuerpos puede que no envejezcan como el del resto de los mortales, pero la mente, William… eso es otra cuestión. De ahí mi miedo a olvidarlas, a que sus rostros cada vez se deformen más en mi memoria, a que cada vez en nublen más, se difuminen o terminen siendo semblantes inexpresivos, sin alma… el día que eso me ocurra será el día que habré muerto en vida.

Recordé entonces nuestra conversación en el parque unas semanas atrás, la primera vez que me

había mencionado a su mujer y a su hija, y cómo había insistido en su miedo a olvidarlas, que ahora refrendaba y explicaba con más profundos argumentos.

—¿Qué ocurrió en 1840 para que usted encontrara esa luz que ha mencionado antes? —pregunté, tratando de devolver la conversación a una senda positiva.

—Pues que encontré un propósito que me dio alas para cambiar el rumbo de mi vida y hacerme más feliz, encendiendo la llama de la ilusión en mi corazón. Un día, paseando por Barrie, una ciudad canadiense a orillas del lago Simcoe, pasé por delante de una tienda de pieles con un cartel que decía «Lockwood» y enseguida me vino a la memoria el amable marido de mi hija Willow. Había pensado en él muchas veces durante todos los años que llevaba apartado de mi familia, pero ver su apellido en un cartel me hizo elucubrar sobre cómo habría podido expandirse mi descendencia, adivinar qué habría sido de ellos, los cuales podrían estar en cualquier parte, y se me ocurrió que, quizás, sin que nunca supieran quién era yo, podría ayudarlos de alguna forma, si es que lo necesitaban. Esa fue mi luz. Así que decidí concentrar mi tiempo y mis recursos en buscar a mis descendientes. John, el marido de mi hija, estaría muerto y mis nietos, si es que aún vivían, nunca podrían reconocerme como su abuelo. Como te he dicho, yo en esa época aparentaba poco más de cuarenta años y ellos, de seguir vivos, se verían mucho mayores que yo, así que no había ningún peligro en volver a acercarme a mi familia. Empecé por lo más obvio, que era volver a la que había sido mi plantación en Georgia. Allí descubrí que la plantación ya no nos pertenecía. Gracias a algunos ancianos del lugar pude reconstruir lo sucedido. Al parecer, mi nieto John había muerto luchando en la Guerra de Independencia. Mi nieto Simon había muerto de niño, al contraer una enfermedad que no supieron concretarme. Y mi nieta Jocelyn fue la que heredó la plantación al morir su padre. Jocelyn se había casado con un tal Andrew Burden, que demostró ser un tipo avaro, sin ninguna conciencia y malcarado. Él fue el que, con su nefasta gestión, llevó la plantación al declive y terminó por malvenderla, mudándose al norte con Jocelyn y sus dos hijos, Anna y Charles. Tardé un par de años en encontrar el rastro de los Burden, pero finalmente di con ellos en Baltimore. Mi nieta llevaba muerta veinte años y solo pude visitar su tumba cuando conseguí comprobar que ellos eran, efectivamente, los Burden a los que yo había estado buscando; pero el viejo Andrew Burden seguía vivo. Tenía ochenta y tantos años y estaba retirado y bastante enfermo. Nunca llegué a hablar con él. Vivía con su hija Anna, una solterona de aspecto desagradable que había heredado todos los malos genes de su padre. Su otro hijo, Charles, sin embargo, parecía la oveja negra de la familia y era un tipo estupendo. Había conseguido montar una modesta empresa dedicada a la industria metalúrgica y pude acercarme a él a través de un club de caballeros donde solía jugar a las cartas. Antes de aproximarme a él me volví a cambiar el nombre. Fue entonces cuando por primera vez usé como referencia a un personaje de ficción por el que sentía mucha simpatía, el coronel Brandon, de ***Sentido y sensibilidad***. —Recordé cómo ese detalle ya me lo había mencionado el día anterior cuando me había hablado de los numerosos y diferentes nombres que había tenido a lo largo de su vida. El señor Giddens seguía hablando—. Y como Jane Austen nunca le puso nombre de pila en su novela, yo decidí bautizarme como Christopher en honor a mi querido amigo escocés. Así, con el nombre de Christopher Brandon, un pasado inventado que me colocaba cerca de la alta sociedad norteamericana y un buen puñado de dólares, conseguí hacerme socio del mismo club que Charles y empezar a participar en partidas con él hasta que el roce avanzó hacia una sincera amistad. Charles, mi bisnieto, tenía cincuenta y tantos años entonces, y en su pálido rostro ya no había ningún rastro de los rasgos africanos de sus antepasados, pero en cuanto tuve mi primera conversación cara a cara con él pude reconocer en

el brillo de sus ojos la fuerza de mi querida Marguerite. Eso y el hecho de poder conversar con él y compartir un poco de su vida me devolvió por completo la ilusión. Descubrí que era un hombre extraordinario, que había ayudado a muchos inmigrantes y que tenía fama de ser buen pagador y un excelente patrón. A tanto llegó nuestra amistad que no tardó en introducirme en su casa, donde conocí a su esposa y supe de sus tres hijos, aunque solo llegué a conocer a uno de ellos. Bruce, el mayor, hacía años que había viajado al oeste y Charles sabía que había prosperado y se había casado, pero no habían vuelto a verse desde entonces. Marion, la hija menor, se había mudado a Europa con su marido, un empresario de origen húngaro y con sangre de aristócrata, según me contó, y hacía años que no recibía cartas de ella. El mediano de mis tataranietos, Richard, trabajaba con él en la fábrica y estaba destinado a heredar el negocio familiar, pero pronto supe que aquel destino no era de su agrado. Richard tenía un carácter afable, le gustaba tratar con la gente, pero no se sentía cómodo con los trabajos manuales. Tenía un gusto exquisito y una pasión por la cultura, y en especial por la lectura, que hizo que conectáramos de inmediato. No te imaginas lo maravilloso que fue establecer ese vínculo con Richard, sangre de mi sangre, aunque él nunca llegara a saberlo. Cuando en el transcurso de nuestras largas conversaciones revelé a Richard la cantidad de objetos, para él «antiguos», que yo poseía, quedó fascinado. Pude enseñarle algunos de ellos y fue él quien, viendo el potencial de todo el arte y objetos fabricados muchos años antes, la mayoría muebles, que yo poseía, me animó a abrir un negocio de antigüedades donde él participaría como socio invirtiendo todo lo que tenía. Corría el año 1845, Richard tenía veintiséis años y tres hijos pequeños, dos varones y una niña. Yo siempre dije tener menos edad de la que aparentaba; por aquella época podría pasar por unos cuarenta y cuatro, pero siempre procuraba decir que tenía seis o siete años menos para que así el intervalo de tiempo que podía pasar sin que mi casi inalterable aspecto físico llamara la atención fuera mayor y, por tanto, no me obligara a huir demasiado pronto, mucho antes de lo que deseara.

Recordé la primera foto que habíamos revisado juntos el día anterior; esa con los dos hombres con el nombre de Antigüedades Brandon & Burden a sus espaldas. Resultaba que el tal Richard Burden era el tataranieto de Giddens, cuando en la foto no parecían llevarse más de quince años.

—Fue en ese momento cuando usted se hizo su primera fotografía, ¿verdad? —interrumpí para mostrar al anticuario que recordaba bien todo lo que me había enseñado el día anterior y seguía con atención el hilo de su increíble y a la vez coherente historia.

—Correcto, William. Mi primera fotografía —corroboró con cierto tono nostálgico en su voz —. Entenderás por qué no puedo dejarme retratar demasiado. La fotografía no era algo muy extendido en aquella época, pero yo me sentí tan lleno de vida de nuevo, trabajando con mi propia familia, mi descendencia, mi sangre original… incluso a pesar de no poder compartir mi verdadera condición con ellos ni mi parentesco. Fue una época maravillosa.

—Y el padre de Richard… su bisnieto, Charles —reconozco que me costaba pronunciar aquella frase dirigiéndome al señor Giddens sin sentirme estúpido—, ¿no se tomó mal que el único hijo que quedaban a su lado no continuara el negocio familiar que él había fundado? Me refiero a esa fábrica que ha mencionado que tenía.

—No, en absoluto. Charles era tan bondadoso y yo le caí tan en gracia que aprobó de inmediato la idea de su hijo. Él sabía que Richard no estaba hecho para la industria y sí para el arte y las relaciones sociales. Charles confiaba en mí, más por instinto que por lógica, y sabía que su hijo y su dinero estaban en buenas manos conmigo. Es curioso, porque nos convertimos en una verdadera familia sin que ellos llegaran a saber nunca que en realidad lo habíamos sido siempre.

—¿Qué ocurrió en los años siguientes? —intervine aprovechando una pequeña pausa que el

anticuario hizo de manera inconsciente mientras se recreaba en sus palabras.

—Pues nuestra empresa prosperó, se hizo con un buen nombre en Baltimore y pronto empezamos a ganar clientes fuera de la ciudad y fuera del estado. Nos fue muy bien hasta que estalló nuestra guerra civil.

Según mis cálculos, el señor Giddens se estaría refiriendo aquí a un periodo de unos dieciséis años.

—¿Tuvieron que cerrar entonces?

—No del todo, pero sí redujimos nuestra actividad y ventas. Las guerras siempre son duras. Yo pude librarme de combatir; como siempre, a base de dinero. Me negaba en redondo a participar, por mucho que apoyara a la Unión. Richard se mantuvo a mi lado. Yo me había convertido para entonces en una especie de hermano mayor para él y en un segundo padre para sus hijos. Lamentablemente los dos varones, Richard Jr. y Thomas murieron en el frente, en la misma batalla, según el demoledor comunicado que un fatídico día recibió la familia. Nora, su hija, que se había convertido en una aprendiz excelente, ayudó a mantener vivo el negocio, aunque fuera bajo mínimos. Comprenderás que las antigüedades no son un negocio muy próspero en tiempos de guerra. Tuvimos que esconder muchas de nuestras pertenencias, sobre todo las más valiosas, siempre temerosos de que el enemigo conquistara la ciudad y espoleara nuestros cuantiosos inventarios. Cuando la guerra acabó, en 1865, habíamos perdido a Richard por una severa infección pulmonar y a dos de sus hijos en combate. La esposa de Richard, Elisabeth, se había quedado sola con Nora… bueno, y conmigo, que seguía ayudando y apoyando a la familia todo lo que podía. Nora se casó justo al acabar la guerra con un relojero judío llamado Weiss que tenía un modesto negocio propio. Era un buen hombre y pronto tuvieron una hija que alegró los tristes corazones de todos tras las recientes pérdidas sufridas. La llamaron Abigail. Si Nora llevaba veinte años siendo como una hija para mí, Abigail era como mi nieta, aunque ningún registro ni persona viviente tuviera constancia de nuestro real parentesco. No hay nada más bonito que la sonrisa de un bebé y Abigail era el bebé más bonito y sonriente que yo había visto en mi larga vida. Tuvo la mala suerte de perder a su padre cuando aún no tenía ni dos añitos, en un atraco a la relojería que este tenía y que se saldó con dos tiros en el pecho del buen relojero. De nuevo, la tragedia parecía cebarse con «mi» familia sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Y mientras, en el otro extremo de la fortuna, yo ni siquiera cogía un leve resfriado, ni enfermaba, ni parecía sufrir en mi rostro el paso del tiempo, y eso era cada vez más sospechoso y difícil de explicar; ocultarlo era ya del todo imposible. Así que, en 1870, con un aspecto físico que solo rondaba los cincuenta por abajo, decidí que había llegado el momento que más había estado temiendo en los últimos años: tenía que volver a abandonar a mi familia. Fue en extremo doloroso pero necesario, tanto para protegerme a mí como a ellos, a los que amaba con toda mi alma. Con la excusa de emprender nuevos negocios en el oeste y recuperar el contacto perdido con un imaginario hermano que inventé tener, vendí mi parte del negocio a Abigail y dejé Baltimore junto con un nuevo trozo de mi corazón, cada vez más desgarrado y de nuevo con pocas ganas de seguir latiendo. —La melancolía en las palabras del señor Giddens era muy contagiosa. Casi podía sentir su dolor en mi propia carne—. La segunda foto que te enseñé ayer me la hice justo el día que me fui de Baltimore —siguió el señor Giddens recordando el momento con sentida nostalgia—. Y me fui al oeste, a Oregón, con la idílica intención de dar con algún rastro que me llevara a Bruce Burden, el hermano mayor de Richard y otro de mis tataranietos, al que no había tenido la oportunidad de conocer porque, cuando llegué a la vida de su padre, Charles, Bruce ya se había separado de la familia. En el oeste encontré un mundo

completamente distinto al que había estado acostumbrado a vivir, más árido, menos desarrollado y donde a la ley le costaba más imponerse, o lo hacía de una manera más dura y expeditiva, no siempre eficiente. Los negocios que conocía y que había estado cultivando en los últimos cien años no me servían de nada allí, pero tenía buenas rentas acumuladas y no necesitaba desarrollar ningún oficio para poder vivir. Sin embargo, esta vez no pude mantenerme al margen de todo lo que me rodeaba y me vi obligado a cometer algunos actos de los que no estoy en absoluto orgulloso.

Su semblante seguía muy serio, pero ahora en su mirada no había nostalgia, sino dureza, odio y rencor, como de un arrepentimiento no consolidado del todo en el interior de su alma.

—¿Puedo preguntarle qué le ocurrió?

—No es este el momento ahora de detallarte esa parte de mi vida, William, pero te prometo que, cuando esté preparado para hacerlo, te lo contaré —sentenció el señor Giddens dejándome con la miel en los labios y el misterio de ese enigmático trozo de su extensa vida oculto a mi conocimiento—. En esa época fui Dirk Peters, sacado de la obra de Poe que te mencioné ayer y que espero puedas leerte en cuanto tengas ocasión porque creo que te gustará, pero reconozco que no le hice ninguna justicia al nombre y en 1880 me vi obligado a huir, sin haber encontrado ningún rastro de mi tataranieto Bruce Burden ni de su descendencia, si es que la hubiera tenido. Tuve que desaparecer de nuevo y, por tanto, no tuve otra que adoptar una nueva identidad. Hacer eso con dinero siempre es más fácil.

—¿Se refiere a que sus reservas se agotaban y que necesitaba volver a trabajar? —apunté yo, tratando de hacer avanzar la historia de mi patrón.

—La verdad es que hubiera podido sobrevivir sin demasiados apuros durante varios años más, pero, con mi experiencia hasta entonces, la perspectiva de solo «unos cuantos años más» en mi caso tenía que interpretarla como cualquier otro mortal hubiera interpretado semanas o meses en el suyo. Así que no podía dormirme en los laureles. Estudié las ciudades más adecuadas para desarrollar el negocio que mejor conocía, sin que eso me hiciera regresar a la costa este, ya que no quería acercarme demasiado a nadie que hubiera podido conocerme en los últimos veinte o treinta años, y encontré en Nueva Orleans el destino perfecto para abrir un nuevo negocio de antigüedades, esta vez con el nombre de Abel Magwitch. Creo que elegí ese nombre porque, al igual que el personaje de Dickens, yo estaba tratando de escapar de algo malo que había hecho y buscaba redención, quería volver al buen camino sin tener que desvelar mi oscuro pasado.

—¿Consiguió en Nueva Orleans lo que quería?

—¿Te refieres a abrir un nuevo negocio de antigüedades… o la redención? —dijo él, enigmático. Yo no respondí—. Creo que podría decir que ambas. Antigüedades Magwitch era un modesto establecimiento que me permitía vivir con comodidad a la vez que continuar invirtiendo en el futuro. Para que algo se convierta en una antigüedad solo necesitas una cosa: tiempo; y yo de eso disponía más que cualquier otro ser humano que conociera. Puedes hacerte con cosas que hoy parecen baratijas, por muy poco dinero, pero que tras cincuenta años se revalorizan y tras cien años ya solo están al alcance de unos pocos. Esto ya lo había aprendido bien en aquella época y ese nuevo negocio en Luisiana me fue tan bien como yo quise que fuera, pero la verdad es que, sin mi familia ni descendientes cerca, todo se convirtió en demasiado rutinario y no me afané tanto en él como cuando lo había llevado con Richard en Baltimore, y con su hija Nora después de él.

—¿Cuánto tiempo estuvo en Nueva Orleans? —pregunté yo, del todo metido en la historia de aquel hombre, que en aquel punto iba camino de cubrir los dos siglos.

—Estuve allí hasta 1899, momento en el que el inmenso dolor de la nostalgia por rodearme de «los míos» me hizo decidir volver a Baltimore. Hacía casi treinta años que me había ido y confiaba en no encontrar a nadie que pudiera relacionarme con el Christopher Brandon que había vivido allí hasta 1870. En todo ese tiempo no había mantenido contacto con Nora, la cual en ese momento debía de haber sobrepasado los sesenta. En cualquier caso, fui en extremo cuidadoso. Quería acercarme de nuevo a ella y a su hija Abigail. Me preguntaba qué habría sido de ellas, aunque confiaba en que les hubiera ido bien. Me conformaba solo con averiguar cómo estaban, convenciéndome de que no intentaría acercarme a ellas para buscar su afecto. En este caso, lo más sencillo era empezar por el mismo sitio del que me fui, la tienda de antigüedades que había fundado con Richard más de cincuenta años atrás. La ciudad había cambiado mucho, pero había barrios, calles, esquinas que pude reconocer de inmediato, casi como si las hubiera visitado solo un par de días atrás. La tienda seguía abierta, pero ya no llevaba el nombre de Brandon & Burden. Ahora se llamaba Antigüedades Lafayette. En realidad, eso había sido un muy adecuado movimiento comercial, ya que estaba situada en la calle Lafayette y ese apellido francés podía interpretarse también como un toque de distinción al establecimiento. Mis dudas sobre si Nora habría sido la artífice de dicho cambio quedaron disipadas en cuanto pude averiguar que ni ella ni Abigail regentaban el establecimiento. Hacía unos diez años que Nora había caído enferma de un mal que afectaba a su mente; empezó a olvidar cosas, personas, y al poco ya no era capaz de dirigir el negocio. Abigail, que se había casado con un irlandés, trabajaba en una fábrica textil y su marido en el ferrocarril, y ninguno de los dos se sentía con fuerzas ni habilidades para continuar con el negocio de Nora, por lo que decidieron venderlo al propietario que encontré cuando volví allí en 1899. Era un hombre europeo, de algún país del este que nunca llegué a averiguar, aunque se hacía pasar por francés. Fue él quien me contó dónde seguir la pista de mi familia, sin saber quién era yo, obviamente. Al parecer, Abigail y su marido, se habían mudado a Jacksonville, en Florida, donde habían encontrado una residencia en la que Nora sería cuidada y tratada de su mal degenerativo, algo que pudieron permitirse con el dinero de la venta del negocio de antigüedades.

—Debió de ser un poco triste para usted comprobar que el negocio no había continuado en la familia, ¿no? —supuse, intentando empatizar con el anticuario.

—Me afectó mucho más saber del mal que consumía a Nora que la propia venta del negocio, la verdad. En cualquier caso, puse rumbo a Jacksonville para tratar de dar con ellas. Encontrar a Nora fue fácil. La suerte, por decirlo de alguna forma, de que su mal nublara su mente y tergiversara sus recuerdos me hizo poder aproximarme a ella sin que me reconociera. Mi desgracia fue contemplar cómo la alegre y dispuesta mujer joven a la que había vendido mi negocio años atrás había desaparecido y solo quedaba un fantasma de lo que había sido. La visité varias veces, haciéndome pasar delante de los médicos y cuidadores precisamente por lo que era: un familiar lejano que había sabido de su dolencia y venía a procurarle algo de consuelo en su mal; pero, al poco, los ratos con ella se convirtieron en más dolorosos, por su ausencia mental, que reconfortantes, por su presencia física. Gracias a un cuidador de la residencia y a unos cuántos dólares me hice con la dirección de su hija Abigail. Ella y su marido Patrick vivían de forma modesta. Él había logrado mantener su puesto en el ferrocarril, pero operando desde Jacksonville. Ella había abandonado el trabajo y se dedicaba al cuidado de sus dos hijos, Patrick Jr. y Fiona, que entonces tenían nueve y siete años respectivamente.

—¿Pudo usted entonces establecer relación con ellos? —indagué, curioso.

—Durante un tiempo pensé que sería demasiado arriesgado hacerlo. ¿Y si Abigail recordaba al

Christopher Brandon que treinta años atrás había vendido su parte del negocio a su madre? Ella era muy pequeña entonces, pero, al fin y al cabo, se había criado con el nombre de Brandon acompañado al de su abuelo en un letrero que seguro había leído mil veces y del que su madre le habría contado cientos de anécdotas. Pero ¿recordaría mi rostro, un rostro que en treinta años no había envejecido más de seis años? Varias veces paseé por delante de su casa, tentado de acercarme y llamar a su puerta, pero no fue hasta que un día la vi con sus dos hijos que la intensidad de mis emociones me hizo asaltarla cuando se disponía a entrar en ella. Olvidé el riesgo y simplemente me presenté a ella fingiendo ser el hijo del hermano imaginario que Christopher Brandon se inventó para abandonarlas a ella y a su madre tiempo atrás. De esa forma, el parecido de mi rostro con cualquier sombra de los recuerdos de mí que ella pudiera retener en su cabeza encajaría bien en el puzle de mentiras piadosas que yo había tenido que tejer. Harbert Brown fue el nombre que elegí para establecerme en Jacksonville, argumentando que Brown era el apellido original de nuestra familia, pero que mi tío Christopher lo había cambiado en su juventud por el de Brandon para escapar de un oscuro asunto legal.

—Una jugada ingeniosa, aunque algo complicada —apostillé yo—. ¿Cómo reaccionó Abigail?

—Abigail me aceptó de inmediato —respondió el anticuario recuperando de nuevo el brillo en sus ojos—. La bondad de su madre se le había transmitido en los genes y su energía seguía viva a través de ella. Establecimos una relación de amistad. Fui presentado a su familia y pude compartir muchos buenos ratos con ella, su marido y sus encantadores hijos; aunque he de admitir que Patrick Jr. era un auténtico diablillo, jaja —afirmó riendo.

—Y, ¿a qué se dedicó en Jacksonville?

Al tiempo que le hice esta pregunta una chispa de leve desasosiego se disparó en mi mente. El anticuario me había dado algunos datos interesantes que ahora intentaba cuadrar en mi cabeza. Sabía que había algo más detrás de todo aquello; algo que me intranquilizaba de una manera que no podía explicar, llegando a mí más por instinto que por raciocinio, pero lo cierto es que no conseguía unir todas las piezas del puzle para ver la foto completa; una foto que, muy poco después, sería para mí de lo más evidente.

—Zapatero a tus zapatos, como suele decirse —replicó el señor Giddens—. Abrí un nuevo negocio de antigüedades. Tenía muchos activos que había ido consiguiendo a lo largo de los años y, aunque la ciudad no fuera especialmente propicia para un negocio como el mío, el hecho de tener poca competencia siempre es una ventaja.

—Déjeme adivinar: ¿Antigüedades Brown?

—No. Decidí abrirla con el nombre de Antigüedades Brandon & Burden, en honor al negocio que empecé con el abuelo de Abigail y con el tío que pretendía haber tenido, es decir, yo mismo, y que según le conté a Abigail me había enseñado todo lo que había que saber de su profesión. —Sonreí por mi fallida apuesta. El señor Giddens siguió contándome su historia—. Abigail, que estaba entonces en la mitad de sus treinta, me contó que su madre se había vuelto a casar poco después de que «mi tío Christopher» dejara Baltimore; y que había tenido un hijo, hermanastro de ella, llamado Marcus, Marcus Clayton. Su padrastro había muerto poco antes de que Nora enfermara de la cabeza y Marcus era entonces aún menor de edad, así que Abigail y Patrick se lo llevaron con ellos a Jacksonville. Conocí a Marcus unas semanas después de haberme establecido en la ciudad. Era un joven delgado, muy alto, moreno, y la persona más bondadosa que jamás he tenido el placer de conocer. Y, además, familia mía también —un evidente orgullo brilló en sus ojos y en el timbre de su voz al decir esto—. Dejándose la piel faenando en distintos barcos de pesca, Marcus había conseguido ahorrar una razonable cantidad de dinero en poco

tiempo. Su sueño era comprar su propio barco, pero este se había visto truncado el día que perdió su brazo izquierdo en un choque entre dos embarcaciones en el puerto. Eso había ocurrido en 1897, un par de años antes de que yo lo conociera. Quedó manco, pero con su espíritu emprendedor intacto, casi reforzado, diría yo. Entonces abrió una tienda de aparejos y utensilios de pesca que regentaba en solitario cuando Abigail me lo presentó. Conectamos enseguida y en pocas semanas nos hicimos inseparables. En los días menos soleados, yo salía a pescar a veces con él, y encontré en su alegre conversación y en su sincera amistad un bálsamo milagroso que consiguió reparar mi destrozado corazón y me trajo paz, alegría y una nueva ilusión para continuar con mi existencia. Y volví a disfrutar, aunque solo fuera un poco, de mi añorada mar. ¡Qué tiempos más hermosos viví con él!

Recordé la foto, la que robé, la que me hizo sospechar más que nunca que había algo raro detrás del señor Giddens, algo oculto, aunque no lo que ahora estaba averiguando. Traje a mi memoria la figura del espigado joven manco que apoyaba su muñón en el hombro de una versión más joven del señor Giddens posando para la tercera y última foto que parecía haberse hecho el anticuario en toda su vida, hacía ya casi siete décadas. Ninguno la mencionamos.

Por otro lado, me encantaba ver cómo el señor Giddens, a pesar de todas las desgracias y vicisitudes que me había contado, también había vivido muchos momentos felices en su larguísima existencia. De alguna manera eso me reconfortaba al pensar en lo que a mí me depararía un posible muy longevo futuro.

—Aunque no se le puede pedir a un padre que elija entre todos sus hijos, me atrevería a decir que esta época en Jacksonville la recuerdo de una manera especialmente entrañable y feliz. Creo que no fue solo por la agradable compañía que establecí con Abigail y su familia, o por la reconfortante amistad que me unió a su hermanastro Marcus, sino porque aquí nació mi relación con la que ahora es probablemente mi mayor pasión.

—¿El cine? —intervine yo, casi interrumpiendo su discurso, apostando por lo que durante todo aquel verano parecía haber quedado patente que era su gran afición, más allá de la música.

—Exacto, William. El cine —siguió el señor Giddens con un semblante entre tranquilo y casi sonriente—. ¿Sabías que, antes de que existiera Hollywood como industria, Jacksonville concentró la mayor parte de los estudios de cine, mudo en aquella época, del país?

—No tenía ni idea, la verdad —respondí yo, sincero, sin ocultar mi ignorancia sobre el tema.

—El primer estudio de cine que se instaló en Jacksonville se llamaba Kalem Studios y abrió en 1908; dos años más tarde la industria había superado la treintena de estudios asentados en la ciudad. Gracias a su agradable clima, sus entornos naturales, su excelente conexión ferroviaria y, por qué no decirlo, su barata mano de obra, Jacksonville era el lugar ideal y preferido por los productores para rodar en los meses de invierno, cuando en Nueva York, que era donde entonces se concentraba la mayor parte de la industria cinematográfica del país, se convertía en un entorno duro, muy frío y con menos horas de luz para rodar. Jacksonville pronto se ganó el sobrenombre de «capital del mundo del cine de invierno». Durante una década la industria del cine prosperó en la ciudad hasta que, debido a la inestabilidad política de la zona, terminó trasladándose a California y conformando el actual Hollywood. Pero esos años a principios de siglo en los que felizmente coincidí con el despertar de la maravillosa maquinaria del cine, pude relacionarme con el mundillo y hacer multitud de contactos. Siempre he creído que el destino me tenía reservada la suerte de poder unirme a los comienzos de esa increíble maquinaria de fabricar de los sueños. Si mi familia no hubiera vivido allí es probable que yo no hubiera establecido un vínculo tan directo, cercano y temprano con dicha industria. Se unieron de esta forma, con

fortuna, la oportunidad y el deseo. A través de mi tienda, pronto me convertí en proveedor de muebles antiguos para el atrezo de muchas de las producciones que se rodaban allí, y muchas veces acordaba pagos materiales, con utensilios, decorados u objetos usados en las filmaciones, así como autógrafos y fotografías de los actores y de las películas. Hice multitud de contactos, siempre que podía me colaba en los *sets* y veía cómo se hacían las películas. Aprendí mucho del oficio en esa época e incluso pensé, o más bien soñé, con poder formar parte más activa de aquella maravillosa industria… pero comprenderás que, con mi especial condición, no podía permitirme convertirme en un personaje público, ya fuese como parte del equipo artístico o incluso del técnico, que era de hecho la parte que más me atraía. Ver cómo se planificaban las escenas, las discusiones sobre los guiones, las decisiones acerca de cómo fotografiar las secuencias… William, de verdad que no me siento capaz de transmitirte ni la cuarta parte de toda la emoción que siento al pensar en aquella época…

Pero sí que era capaz de hacerlo, sí que podía transmitirme su pasión desmedida hacia lo mismo que yo había aprendido a valorar y a apreciar con él durante ese verano. Su iluminado rostro y su casi balbuciente voz eran suficientes para que yo también sintiera la emoción de sus recuerdos.

—Y, cuando la industria se movió a Hollywood, ¿no pensó usted en trasladarse allí también, para continuar cerca de su pasión?

—Pues sí que me moví a California. Y, sin duda, el negocio del cine fue uno de los principales motivos, pero no el único. Eso fue en 1918. Mi nombre, en el mundillo de la industria, era conocido, pero diría que solo en círculos muy reducidos. Mi relación con los contactos que había fraguado en la industria del cine era de apenas diez años, por lo que aún podía permitirme el lujo de que mi imperturbable rostro, en el que el paso de los años casi no se notaba, se siguiera asociando unos pocos años más al nombre de Harbert Brown en el entorno de dicha industria; pero no en Jacksonville, donde había personas que llevaban casi veinte años viéndome de la misma manera. Para la gente de allí, especialmente para mi familia, casi no había envejecido, y eso no podía seguir explicándolo o, a veces, fingiéndolo con un poco de maquillaje. De nuevo, mi peculiar condición se convertía en una maldición cuando se trataba de mantener relaciones a largo plazo. —Era la primera vez que se refería a nuestra condición como «maldición», y su semblante volvió a oscurecerse mientras continuaba con su historia—. Pero, además de todo eso, en 1918 ocurrió algo más que me hizo distanciarme de nuevo de mi familia. Patrick Jr., el hijo de Abigail, se había alistado para luchar en la Primera Guerra Mundial, y una mañana de otoño nos llegó la noticia de su muerte en Francia, ya en los estertores del conflicto. Eso me partió el corazón y también fue la excusa definitiva que me di para abandonar Jacksonville, a Marcus, a Abigail y su marido Patrick, a Fiona, y a la viuda de Patrick Jr., Brianna, que además tenía entonces un pequeño de solo dos años de edad, sangre de mi sangre, al que yo adoraba. Se llamaba Thomas.

Esa última palabra, ese nombre fue la pieza que unió el rompecabezas que llevaba un rato formándose en mi mente. Como la cortina de un escenario al abrirse de golpe y descubrirnos un bonito decorado, un paisaje que da contexto y sentido a lo que se nos va a contar, la imagen completa era ahora clara y visible para mí. Mi cabeza estaba despejada, ya no reverberaba en ella, como un susurro, la inquietud que había estado sintiendo al intuir que había algo detrás de toda aquella historia que el anticuario me estaba contando; ya no era necesario que me devanara en silencio mis sesos, casi de forma inconsciente, para averiguar qué era lo que me resultaba a la vez extraño y familiar en aquel relato. Ahora ya había visto la luz, y esa luz era impresionante,

inesperada y, sobre todo, increíble. Mi ojo debía de estar abierto de par en par; y es probable que mi boca también. El señor Giddens me miraba en silencio, siendo consciente de que, ahora sí, acababa de llegar el que, con toda seguridad, sería uno de los momentos más importantes de nuestra relación. Yo acababa de comprenderlo todo y él debía dejar que yo lo asimilara a mi ritmo.

—¿Cuál… cuál era el apellido de Patrick, el marido irlandés de Abigail? —pregunté nervioso por un dato vital que el anticuario había omitido de forma consciente al introducir al personaje en su relato.

—Creo que lo sabes perfectamente, William —respondió él con la mirada fija en mí, esperando no tener que verbalizar lo que ambos ya sabíamos.

—Necesito oírselo decir a usted, por favor.

—Johns —dijo él lacónico, accediendo a mi ruego.

El puzle se había completado. Y casi diría que respiré aliviado al oír mi apellido. Desde que el señor Giddens había mencionado Jacksonville en su historia algo había conectado conmigo. Yo sabía que mi padre había nacido allí y supongo que esa coincidencia me resultó simplemente curiosa; vamos, que ni le di importancia. Luego habló de Patrick y Patrick Jr. Mi abuelo paterno se llamaba Patrick. Eso era una nueva coincidencia con la historia de mi familia que quizás avivó la llama de la curiosidad en mi mente, pero aún no tanto como para provocarme demasiado desasosiego. Luego, al decir que Patrick Jr. había muerto en Francia, durante la Primera Guerra Mundial, las coincidencias empezaron a solidificarse en mi cabeza como algo más, aunque, ¿cuántos Patricks de Jacksonville habrían muerto en Francia en la Primera Guerra Mundial? Probablemente más de cinco, más de diez, ¿más de veinte?… Pero que este difunto soldado dejara una viuda llamada Brianna con un niño de dos años llamado Thomas iba del todo más allá de una mera coincidencia. Era la historia de mi familia. Era mi historia.

Lo de hacer que el señor Giddens dijera en alto el apellido del hombre que se casó con su tataranieta Abigail era solo una confirmación inútil para afianzar que aquel irlandés era mi bisabuelo Patrick, el padre de mi abuelo Patrick, algo que yo sabía en mi interior desde hacía un rato sin que hasta entonces lo hubiera querido admitir.

—William… —empezó a decir entonces el señor Giddens, viendo que yo tardaba demasiado en reaccionar debido al *shock* de aquel descubrimiento.

—Entonces, ¿usted es… usted es…? —no pude terminar la pregunta.

—Sí, William, yo soy tu tatarabuelo —afirmó él con seriedad y amabilidad al mismo tiempo—. Un tatarabuelo de doscientos cincuenta años. Un tatarabuelo imposible, pero aquí estoy, vivo, hablando contigo, y muy orgulloso de haberte podido conocer —terminó él, acercando su fría mano a la mía, ahora también helada.

Mi intento de retirarla fue tan tímido que a lo mejor él ni lo notó. Mi ojo lloró. Podía no haber creído a ese hombre que hacía dos meses ni siquiera conocía, pero no era solo que quisiera o no creerlo, era que no podía negar lo que me decían mis tripas. Mi conexión con él había sido tan buena desde el principio… más allá de las sospechas sobre su monstruosa naturaleza, alimentadas más por mis miedos e inseguridades que por mis deseos. Una relación forjada en base al respecto, a la amistad… y estaba también seguro de que al afecto. Casi había llegado a considerarlo una especie de abuelo, casi alguien de mi familia… pero es que era mi «abuelo» de verdad, era alguien de mi familia de verdad.

Me abalancé hacia él y lo abracé con fuerza, mientras mis sollozos no me dejaban articular palabra. Él también me sujetó con firmeza. Ambos estábamos muy fríos, pero nuestro abrazo era

todo calidez. Mi respiración era entrecortada por la emoción. Mis lágrimas manchaban su hombro. Por fin pude decir algo, lentamente, sin despegarme de él.

—Deseaba que lo fuera, señor Giddens —no sé decir por qué lo seguía llamando así; quizás fuera muy pronto para que de manera natural me pudiera referir a él de otra manera—. En mi interior deseaba que usted fuera mi…

—¿Familia? —me ayudó él a terminar—. Por supuesto que lo soy.

# Secretos y mentiras

Esa revelación ha sido quizás el momento más increíble, hermoso y purificador que he experimentado en toda mi vida.

¡Tenía tanto que asimilar! Al menos ya no me cuestionaba nada de lo que me estaba ocurriendo. No dudaba en absoluto acerca de su historia, que también era mía, de alguna manera, ni sobre lo extraordinario de la sangre especial que la había provocado. Por alguna incomprensible y puede que ilógica razón, mi certeza era absoluta e inquebrantable; y venía directamente de mis tripas, de mi instinto, de mi corazón y no de mi cabeza.

Para el señor Giddens… sí, aún hoy me refiero a él de esta manera; me resulta extraño hacerlo de otra forma, a pesar de nuestro parentesco y compleja pero directa relación, quizás lo natural sería llamarlo abuelo, abuelo Horace, Horace o incluso Roderick, que era su primer y verdadero nombre, pero nuestra familiaridad no cambiaba el hecho de que lo había estado llamando señor Giddens desde que lo había conocido y, desde luego, en aquel momento me resultaba forzado usar otra denominación.

El caso es que, como decía, para el señor Giddens ese instante también supuso un momento climático en su larguísima existencia; un punto de inflexión, de alguna de forma. Era la primera vez –salvo con su queridísima hija Willow– que podía revelar su verdadera identidad a un familiar, a un descendiente, aunque hubiera vivido gran parte de su vida rodeado de muchos de ellos, ignorantes de quién era él, en realidad. Charles y Richard Burden, Nora, Abigail, Marcus, mi abuelo Patrick, mi tía abuela Fiona –de la que seguro que yo habría oído hablar alguna vez a mi padre, pero a la que nunca reconocí como un familiar cercano–, mi propio padre… Y ahora yo, el único que, de forma distinta, obligado quizás por unas peculiares circunstancias, no solo conocía su secreto, sino que también lo compartía; yo era más de «su sangre», literalmente, que ninguno de sus otros descendientes hasta ahora.

Cuando por fin hube superado el clímax emocional en que me encontraba inmerso, volví a sentarme, me sequé las lágrimas que aún recorrían mi mejilla derecha y seguí preguntando al anticuario, a mi tatarabuelo, por más datos, detalles y hechos de su vida que aún no había podido relatarme.

El señor Giddens supo entonces que debía terminar su historia antes de dar el siguiente paso y comprobar hasta dónde nos llevaba ahora nuestra nueva y del todo descubierta relación. No puedo decir que aquello fuera tan sorpresivo para él como para mí, pero sí que era una situación inesperada que estoy convencido él no había planeado ni imaginado un par de días atrás, y se notaba en su mirada cierta incertidumbre; sin nerviosismo ni inquietud, pero sí con menos control de lo que su expresión solía transmitir.

Me contó que cuando mi abuelo murió, mi abuela Brianna decidió mudarse a Boston con su hermano mayor para lidiar mejor con el duelo de la pérdida y tener más ayuda en el cuidado y crianza de Thomas, mi padre.

El señor Giddens se mudó entonces a Los Ángeles, tratando de hacer valer los contactos que había forjado con el mundo del cine y desapareciendo de las vidas de sus queridos Abigail,

Marcus y Fiona, aunque esta vez sí que mantuvo el contacto con ellos a través de periódicas cartas que intercambiaba con ellos para asegurarse de que se encontraban bien.

En California estuvo desarrollando su negocio, muy ligado ahora a la industria del cine, hasta 1927, momento en el que su imperturbable condición física hizo insostenible el mantenerse allí, ya que tenía muchos conocidos y contactos que llevaban viéndolo prácticamente con el mismo aspecto desde la época en que los primeros estudios se habían instalado primero en Jacksonville y luego mudado a Hollywood.

El señor Giddens desapareció entonces del que había sido su entorno habitual en esos últimos años y se trasladó a Canadá, con el nombre de John Thorton. En 1929 supo que su querido Marcus había fallecido en una tormenta en el mar, en el barco que por fin había podido comprar con sus ahorros. La mar, que tantas emociones y aventuras le habían procurado a mi pariente en su juventud persiguiendo piratas por el Atlántico, le había arrebatado entonces a su mejor y más querido amigo. Me contó que cayó entonces en una profunda depresión emocional que coincidió con el comienzo de la Gran Depresión, que sumió tanto a Estados Unidos como a Canadá y a muchos otros países en la mayor crisis económica mundial que el mundo moderno había conocido hasta el momento. Ello le hizo vivir alejado de casi todo durante más de una década. Gracias a sus ahorros y a todos los bienes que poseía no tuvo que lidiar con penurias durante esta época. Su correspondencia con Abigail y Fiona se redujo y solo la soltera hermana de mi difunto abuelo Patrick seguía escribiéndole, aunque sus misivas se volvieron cada vez más oscuras. Patrick Sr. murió en 1932 a causa de las deficientes condiciones sanitarias de su trabajo en el ferrocarril. Abigail lo siguió dos años más tarde. En 1940, el señor Giddens dejó de recibir correspondencia de Fiona y eso le hizo salir de su aislamiento.

No podía dejar que lo vieran, ya que su aspecto físico lo colocaba entonces como un hombre de poco más sesenta, cuando para Fiona se suponía que debía de tener en torno a noventa años, pero sí podía acercarse a Jacksonville a descubrir qué había sucedido con ella. El silencio de mi tía abuela no presagiaba nada bueno para él y, de hecho, tardó poco en averiguar que Fiona había fallecido en una terrible inundación, dejándolo de nuevo solo e incomunicado con su descendencia.

Se fue entonces a Boston, tratando de buscar a Brianna y Thomas, no por conectar directamente con ellos, algo que su aspecto no le permitía ya que Brianna seguro que lo recordaba –exactamente igual que hacía más de veinte años–, sino para asegurarse de que estaban bien y no perder la pista a su escasa descendencia. La Depresión había dejado mucha hambruna, pobreza y muerte en un país que entonces se enfrentaba a la posibilidad de su inminente entrada en el conflicto bélico más grande de todos los tiempos.

Gracias a que el hermano de mi abuela Brianna era muy conocido en Boston, el señor Giddens pudo dar rápido con la familia y descubrió de nuevo, para su desesperación, que Brianna había muerto cuatro años atrás debido a una terrible enfermedad. Ni todo el dinero de su hermano pudo salvarla. Se enteró de que mi padre se había criado allí, en Boston, con su madre, su tío Alistair y la familia de este. El tío de mi padre se dedicaba a la gestión inmobiliaria y le fue muy bien en los negocios, pero tampoco fue inmune a la Gran Depresión, aunque no sufrió tanto como la mayoría del país. Compraba y vendía propiedades aquí y allá, y su pequeño imperio se había expandido por muchos estados de la costa este. Mi padre, cuando llegó a la edad correspondiente, había elegido la carrera militar y llevaba años moviéndose de una base a otra, incluso fuera del país, preparándose para la guerra que ya entonces asolaba media Europa.

Devastado por la incesante persecución que la muerte parecía haber establecido sobre su

descendencia, el señor Giddens se alejó de allí, cambió de costa y se instaló entonces en Seattle, bajo el nombre de John Gray, y abrió un nuevo negocio de antigüedades con el que retomó parte de sus antiguos contactos con Hollywood; eso sí, siempre a través de intermediarios que mantuvieran su necesaria discreción y que no pudieran relacionarlo nunca con el Harbert Brown que años atrás se había hecho un nombre en la industria. Me contó que perdió mucho dinero durante los años de la guerra, en parte porque dedicó una gran suma a financiar a nuestras tropas comprando numerosos bonos de guerra.

Al final de la guerra, en 1945, volvió al este, a Boston, con la esperanza de volver a insuflar vida a su maltrecho corazón y la inquietud de averiguar qué había sido de mi padre, al que nunca había llegado a conocer en persona. En Boston hizo contacto con uno de los primos de mi padre, hijo de su millonario tío Alistair, sin desvelar por supuesto ningún tipo de parentesco; y así se enteró de que mi padre no solo había vuelto sano y salvo de la contienda, sino que se había casado con una chica a la había conocido un año antes durante un permiso. La típica historia de matrimonio exprés en época de guerra, sin tiempo para el cortejo, sin tiempo para el noviazgo, solo empujado por el deseo de poder disfrutar del amor en un momento en el que no se sabía de cuánto tiempo se iba a disponer para ello. Así se enteró que, tras volver de la guerra, mi padre se había instalado con mi madre en una casita en Fortress Flint –que era la ciudad donde ella se había criado y vivido siempre–, en una propiedad de su tío Alistair que había sido el generoso regalo de boda de este para la pareja. Sin embargo, el señor Giddens se enteró de que hacía meses que mi padre y su tío, y por extensión toda su prole, no se hablaban. No conocía los detalles de la ruptura de las relaciones entre él y su tío, pero algo importante debió de suceder a raíz del nacimiento de mi hermano en el 1945 que fue lo que provocó el distanciamiento entre mis padres y la única familia que les quedaba –mi madre se había criado en un orfanato y mi abuela Brianna había fallecido mientras mi padre luchaba en el frente–. De hecho, yo no sabía casi nada de Alistair ni de esa parte de mi familia ni nunca los había conocido. Ahora que me había enterado de todo esto, tendría que preguntar a mi madre más detalles sobre ellos e intentar restablecer la conexión. Al fin y al cabo, ellos eran también mi familia.

Volviendo al señor Giddens, que ya sabía dónde encontrar a mi padre, decidió entonces instalarse en Boston. Estaba receloso de volver a vivir una conexión tan cercana con él como las anteriores que lo habían condenado, con el paso del tiempo, a un irremediable sufrimiento, pero Boston le proporcionaba una adecuada distancia a su familia –mi padre, mi madre y mi hermano– pero sin tener que establecer un contacto directo con ellos.

En esa época en Boston su nombre fue Richard Blaine, en homenaje a su adorada ***Casablanca***, y durante quince años volvió a construir su negocio y a ampliar sus bienes y ahorros.

Durante esos años supo de mi nacimiento, en 1951, pero nunca se atrevió a acercarse a nosotros ni a mis padres de modo alguno y se mantuvo al margen de todo, oculto a nuestros ojos y conocimiento, pero enterado de todo lo que sucedía a nuestro alrededor.

En 1960, cuando ocurrió el accidente en nuestra casa donde falleció mi hermano, estuvo a punto de presentarse a nosotros, de venir a Fortress Flint y formar parte de nuestro duelo, de nuestra familia, en un duro momento en el que necesitábamos más comprensión y ayuda emocional que nunca. Pero no lo hizo. En su lugar se alejó más, pensando que las tragedias que había visto sufrir a su descendencia durante todos sus años de existencia eran un calvario demasiado exigente e imposible de soportar para ninguna persona. Volvió a sumirse en una depresión y se volvió al oeste, en este caso a San Francisco. Allí instaló un nuevo negocio, pero mucho más pequeño y modesto, volvió a cambiarse el nombre por el de Osgood Fielding y pasó

los siguientes años tratando de reflexionar qué hacer con lo que le quedaba de vida, y hallando de nuevo en el cine una pasión y entretenimiento que lo reconfortaba y le proporcionaba paz e ilusión.

Cada año volvía al este, acercándose –de forma invisible, sin mostrarse en modo alguno– a mi familia, solo para asegurarse de no volver a perder nuestra pista. Cuando mi padre murió, en 1965, empezó a preguntarse si los años que podía haber disfrutado de su compañía no eran demasiado valiosos como para haberlos dejado ir a conciencia; si la intensidad y hermosura de una relación fuerte como la que había tenido con Richard, Nora, Abigail, Marcus, Patrick o Fiona no compensaba con creces los dolorosos momentos de pérdida posteriores. Muerta mi abuela Brianna, podría haber forjado una bonita amistad con mi padre en su juventud que ya entonces nunca sería posible, y ese reproche fue lo que le hizo, un par de años más tarde, atreverse por fin a venir e instalarse en Fortress Flint y contactar conmigo, conocerme a fondo, meterse en mi vida hasta lo más profundo y convertirse en una pieza valiosa de mi existencia; aunque, por supuesto, nunca planeó llegar a tanto como lo que ahora nos unía.

Para él todo aquello también era muy nuevo e inesperado. Yo percibía que la calma exhibida durante los dos meses anteriores, motivada por el control y la confianza de alguien que se sabe en posesión de más información –en este caso, muy relevante, además– que su interlocutor, había dado paso a un estado más natural y orgánico en él, menos premeditado y más espontáneo, que nos igualaba en condiciones de contorno y que lo volvía aún más cercano si cabe.

—Todo esto es… es impresionante, de verdad —fue lo único que acerté a decir tras escuchar toda su historia y aun asimilando la emoción de la verdad desvelada.

—Entiendo que estés en *shock*. Nadie ha escuchado nunca antes una historia igual. Yo la he ido viviendo y asimilando poco a poco a lo largo de los años y he tenido mucho tiempo para reflexionar sobre ella, meditar e interiorizarla. No puedo imaginar lo que debe de haber sido escucharla en una sola mañana, añadiéndola a todo lo que te desvelé también ayer.

La empatía que pretendía mostrar el señor Giddens era sincera y en sus ojos podía ver la compasión verdadera que sentía por mí en esos momentos. Quise volver a comprobar entonces, con perspectiva, la percepción global que él tenía de su existencia.

—En su historia… —empecé, para corregir rápido con un sutil matiz—. En su vida le han pasado tantas cosas. Muchas buenas, pero también muchas malas. Me ha contado usted muchas tragedias y he podido percibir su dolor al recordarlas. ¿Realmente diría que ha disfrutado de su longeva condición o piensa que ha sido más un castigo que un regalo?

—Entiendo tu pregunta, William, y por qué la haces. Es normal que sientas algo de incertidumbre, puede que incluso miedo, a todo lo que te espera en los próximos doscientos o trescientos años. Pero, teniendo todo en cuenta, diría que nuestra condición es un regalo —contestó, por fin, reconfortándome. No puedo estar del todo seguro de si lo hizo solo por eso o porque era la única y auténtica verdad que pretendía transmitirme, pero lo cierto es que consiguió aliviar mi inquietud—. Si una vida es maravillosa, a pesar de sus malos ratos, de las tragedias, de las experiencias traumáticas y de las decepciones a las que ningún alma humana puede escapar, imagínate poder vivir varias con la plena conciencia de hacerlo, saboreando mil alegrías, multiplicando los vínculos que puedes forjar, ampliando tus conocimientos con el único límite de tu propia voluntad, sorprendiéndote con lo que es capaz de conseguir el ser humano, evolucionando con el mundo, con la historia… Sí, definitivamente, nuestra condición es un regalo.

En ese momento, cuando una sonrisa empezaba a esbozarse en mi rostro por las palabras del

señor Giddens, Elmer irrumpió en la estancia desde el pasillo con un sonoro:

—Will, hola, Will.

—Hola Elmer.

—Señor Giddens, ya he terminado, señor Giddens —informó mientras nos mostraba las palmas de sus manos sucias, como lo haría un niño pequeño que acaba de jugar con tierra en el parque.

—Excelente, Elmer. Echemos un vistazo. Estoy seguro de que habrás vuelto a hacer un estupendo trabajo y estoy deseando verlo —replicó el anticuario levantándose.

Con la puerta trasera de la casa abierta, pero al cobijo de la sombra de la cocina, contemplamos el bonito arriate de rosas que Elmer había vuelto a poner en orden sobre la tumba del desalmado Nathan, que ahora serviría de abono a aquella hermosa rosaleda hasta que no quedara ya nada que extraer de su descompuesto cuerpo. Volví a pensar que resultaba algo irónico que un ser tan retorcido y malvado, que tantas vidas había robado, terminara dando vida a algo tan bonito y delicado como aquellas rosas.

Volvimos dentro y el señor Giddens pagó a Elmer por sus servicios.

—Bueno, creo que ya has terminado aquí, Elmer —dijo al entregarle el dinero—. Me encantaría que volvieras de forma recurrente, si te parece, para seguir cuidando del bonito jardín que has creado para mí. Aquí tienes tu casa siempre que desees venir a compartir con nosotros tu hermoso arte.

—Señor Giddens, será un honor. Cuente con que vendré. Tenga por seguro que no dejaré de visitarle ni una sola semana, haga viento, llueva o nieve, señor Giddens —replicó el gigante con entusiasmo y una brillante sonrisa en el rostro.

—Y recuerda nuestro acuerdo y tu promesa: nunca, bajo ningún concepto, debes contarle a nadie lo que hay bajo esa rosaleda.

Las palabras del señor Giddens me hicieron pensar si involucrar a Elmer en el secreto de la muerte de Nathan había sido lo más prudente. Pero ya estaba hecho y la confianza que el anticuario había puesto en él parecía tan sólida que mis dudas duraron solo unos segundos.

—Señor Giddens, lo prometí y lo vuelvo a prometer. Palabra de *scout*, señor Giddens —repitió su promesa alzando la mano derecha y sosteniendo firmes los dedos índice, medio y anular, mientras que el gordo sujetaba al meñique.

—Sé que lo harás, Elmer. Sé que lo harás.

Conforme terminó de decir esas palabras, noté cómo algo cambió en el rostro de mi antepasado. Su cara quedó pensativa durante unos segundos, como si un rayo hubiera iluminado de repente una parte de su cerebro que hubiera permanecido en la oscuridad hasta ese momento, despertando alguna idea que no quiso compartir en primera instancia conmigo pero que parecía importante para él.

Despedimos a Elmer, que se fue silbando como un alegre pajarillo, y volvimos dentro.

Habíamos echado toda la mañana hablando, pero yo tenía la esperanza de continuar haciéndolo. Ahora que sabía toda la verdad podía concentrarme en otras preguntas más relacionadas con cómo vivir el día a día en mi nuevo estado y ahondar en algunos aspectos de todo el árbol genealógico, «mi» árbol genealógico, que asaltaban curiosos mi mente.

Pero el señor Giddens volvió a sorprenderme una vez más al coger su chaqueta y sus complementos, como preparándose para salir de la casa.

—¿Se va usted? ¡¿Ahora?! —exclamé entre sorprendido y disgustado.

—Sí, William, he de salir un rato —replicó él, intentando no darle importancia al hecho de marcharse y dejarme allí solo—. Acabo de recordar una cosa y debo comprobarla lo antes

posible. Te dejo al cargo de la tienda, ¿de acuerdo? O vete a casa ya, si lo prefieres. Yo espero volver pronto, pero si no quieres esperarme puedes cerrar e irte cuando te apetezca. Si te quedas, cuando vuelva podríamos ver ***Casablanca***. Si quieres puedes prepararla… está abajo, junto con el resto de películas. Estoy seguro de que te gustará. O, si hoy estás demasiado cansado, mañana la vemos. —Hablaba sereno, pero un poco más rápido de lo habitual. Yo estaba seguro de que había algo que le perturbaba, pero no sabía hasta qué punto. Mientras había estado hablado sin rumbo y sin llegar a explicarme a dónde iba ni qué pretendía comprobar, se había colocado todos los complementos para salir bien protegido a la calle, donde el sol pegaba con fuerza—. Nos vemos enseguida —dijo con más cercanía que de costumbre, apretando mi brazo con cariño al pasar a mi lado para dirigirse a la puerta. Lo dijo con confianza y pensando seguro que nuestro siguiente encuentro sería muy diferente a como fue en realidad. Eso él no podía ni imaginarlo.

Y desapareció antes de que yo pudiera siquiera replicarle.

Estuve un buen rato sentado, con la mirada perdida, pensando en todo lo que se me había revelado aquel día. Luego paseé por la tienda, entendiendo mucho mejor ahora de dónde venían todos aquellos objetos, los cuales repasé con la mirada de manera bastante exhaustiva. El origen de la profesión de anticuario de mi antepasado se me revelaba ahora como algo de lo más coherente. Su «especial» condición hacía que el dedicarse a ese oficio, cual «artesano del tiempo», fuera algo lógico, lo más sencillo para no solo sobrevivir, sino vivir de forma acomodada. Además, le permitía tener un conocimiento muy amplio de lo que vendía; ¿cómo no iba a tenerlo si lo había vivido en primera persona en la mayoría de los casos? Me imaginé la cantidad de situaciones en las que habría adquirido y guardado cualquiera de aquellos objetos en una caja para sacarlo cien años después y venderlo por muchísimo más dinero. El tiempo hacía todo el trabajo; el tiempo, eso de lo que más disponía el señor Giddens, revalorizaba su patrimonio sin que él tuviera que hacer mucho más que preservar en buen estado las cosas que iba adquiriendo.

Esa tarde en la tienda solo entraron un par de personas, pero no compraron nada.

También estuve jugando un poco con el reloj que el día antes había recibido del señor Giddens como regalo de cumpleaños, el mismo que Atticus Finch dice que entregará a su hijo en herencia en ***Matar a un ruiseñor***, y pensé en su significado, mucho más profundo ahora que sabía que el señor Giddens era mi antepasado, mi propia familia.

En los últimos dos días mi vida había dado un vuelco total. Yo ya no era el mismo, y todo lo que sabía ahora, tanto por lo extraordinario de mi sangre y lo que ello significaba como por el parentesco que me unía al anticuario, iba a suponer un antes y un después en mi día a día y en mi futuro. Volvieron a mí las inquietudes y dudas acerca de si sería capaz de afrontarlo con entereza y cómo lo haría. Es complejo expresar la amalgama de sentimientos encontrados que se arremolinaban en mi cabeza y en mis tripas en ese momento; pasando de una positiva excitación hasta una inquietante preocupación, mezclada con curiosidad, algo de miedo y unas gotas de euforia.

También divagué por extraños y más livianos pensamientos, como el hecho de que, siguiendo el comienzo de la historia del señor Giddens, ambos tendríamos un poco de sangre pirata corriendo por nuestras venas; y eso, para un tipo como yo, con un parche en el ojo, podía ser considerado hasta gracioso. ¡La de veces que se habían metido conmigo en el colegio y en el instituto llamándome «pirata»… y resultaba que, de alguna lejana manera, era cierto!

Me fastidiaba sobremanera no poder compartir nada de eso con nadie. Pensé mucho en mis amigos, sobre todo en Penny. ¿Qué pasaría ahora entre nosotros? ¿Cómo íbamos a mantener

nuestra relación con todo lo que yo sabía ahora… con lo que yo «era» ahora?

El tiempo transcurrió rápido, absorto yo en mis pensamientos, y casi no me di cuenta de las cuatro horas que habían pasado desde que el señor Giddens se había marchado. Bajé al sótano y preparé el primer rollo de ***Casablanca*** en el proyector, confiando en que el señor Giddens volviera en cualquier momento y pudiéramos verla. Deseaba que algo me evadiera del tornado de emociones que sentía y que me estaba provocando un vértigo desagradable, y pensaba que una buena película lo conseguiría.

Volví a subir a la tienda y esperé un rato más. A las siete decidí cerrar y marcharme. No sabía dónde habría ido el señor Giddens ni si volvería en breve, pero he de confesar que en ese momento me importaba poco; aunque suene egoísta, mi mente estaba del todo centrada en mí.

Me eché un poco de protección solar en los brazos y en la cara, me encasqueté mi nueva y necesaria gorra, me puse las gafas de sol y salí a la calle. Crucé la valla de la propiedad y anduve hasta Oak Square; me acerqué al roble de Sally, que presidía inalterable la plaza, y toqué su corteza con las yemas de mis dedos. Seguí adelante y giré hacia la izquierda, buscando el camino a mi casa.

Llevaba solo unos pocos pasos en esa calle cuando un vehículo que circulaba lentamente en mi misma dirección se detuvo a mi lado. Era un Cadillac azul. Me detuve, pensando que sería alguien conocido y enseguida su ventanilla derecha bajó, dejando ver a la conductora, que se asomaba inclinada a su derecha desde el volante.

—¿William? ¿Eres tú?

Además del señor Giddens, solo había otra única persona en Fortress Flint que me llamaba William, o «jovencito», según el momento.

—Buenas tardes, señora Lonegan. Sí, soy yo —respondí con la mejor sonrisa que pude trazar en mi rostro.

La «urraca mayor» volvía a tener el mismo semblante –más amable que de costumbre– que le había visto unos días atrás cuando se había presentado en mi casa para pedirme ayuda para reparar el techo del local de su Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate.

—Es una suerte encontrarte por casualidad —exclamó ella con positiva sorpresa—. Me preguntaba si podrías venir ahora conmigo al local a ver el alcance de la reparación que te comenté el otro día. El tiempo pasa y me preocupa que en septiembre lleguen más lluvias y volvamos a tener goteras en el local. La humedad lo estropea todo —concluyó dejando clara la urgencia que para ella suponía aquel asunto. —Tardé en contestar unos segundos que ella asumió como duda. Así que insistió para terminar de convencerme—. De verdad que necesitamos tu ayuda. Podría llegar a pagarte un veinte por ciento más que la tarifa de la última vez…

—No es necesario, de verdad —la interrumpí, intentando que no pensara que trataba de sacarles más dinero haciéndome de rogar.

—Y cuando termines de ver los trabajos, te llevaré a tu casa en coche.

Era temprano, no tenía nada mejor que hacer y pensé que aquello me distraería un poco de mis agitados pensamientos. Una nueva ocupación, una nueva actividad que me sacara de la rutina de la tienda no me iba a venir mal.

—Sí, claro, por supuesto. Puedo acompañarla ahora mismo —dije acercándome al coche y abriendo la puerta—. Estoy seguro de que, si no tenemos problemas con los materiales, podré empezar los trabajos esta misma semana.

La señora Lonegan sonrió y volvió a su posición recta de conductora mientras yo me acomodaba en al asiento tapizado de blanco. El coche olía a limpio y la pulcritud habitual de

aquella señora se percibía también en el vehículo.

Una vez dentro del Cadillac me preguntó, de forma retórica, si me importaría que nos pasáramos primero por una propiedad que tenía a las afueras de la ciudad para coger unas cajas que necesitaba llevar al local, que era justo lo que se disponía hacer antes de encontrarme en la calle. Huelga decir que no tuve ni que contestar.

El motor ronroneaba como un gatito y la señora Lonegan conducía bastante despacio, con una precaución tan extrema que casi ponía nervioso.

La conversación se limitó a varias preguntas de ella sobre mi actividad en la tienda, el instituto y mis amigos, en un intento bastante obvio por su parte por no caer en silencios incómodos, pero que yo sabía que su interrogatorio carecía de un verdadero interés para ella.

Después de callejear un poco, el coche salió de la ciudad por el suroeste, por una carretera secundaria algo estrecha para dos vehículos. Un par de millas después tomó un sendero de tierra, a izquierda de la carretera. Según me contó, tenía una propiedad familiar allí, una vieja casita que habían construido sus abuelos, parte de lo que fue una granja de tamaño mediano que fue perdiendo negocio y sentido con los años, con un granero que utilizaba de trastero para almacenar cosas de la asociación que presidía desde hacía años.

El sol iba bajando su cota y los altos árboles que rodeaban el camino provocaban una alargada y espesa sombra que le sentaba fenomenal a mi reciente fotofobia.

Tras otras dos millas por el sendero de tierra llegamos a su propiedad. Estaba en un claro en medio del bosque. La vieja casita que me había mencionado se encontraba de frente al camino, a la derecha un enorme granero y a la izquierda unas construcciones de madera, la mitad de ellas techadas, que probablemente habían sido, años atrás, estancias para los animales de la antigua granja, ahora estaban ocupadas por un par de vehículos. Todo se veía muy antiguo y dejado. No era un sitio donde pensara que viviría nadie.

—Veo que hay más gente hoy por aquí —indiqué señalando los vehículos aparcados a la izquierda.

—Sí, será mi hermano —contestó la señora Lonegan al parar el motor—. Tiene aquí todos sus aparejos de pesca y es probable que esté preparando una salida en los próximos días con alguno de sus amigos.

Recordé que hacía poco que había descubierto que el señor Popples era el hermano de la señora Lonegan y me gustó la idea de poder encontrármelo allí, en un ambiente distinto al de la biblioteca. Siempre me había resultado simpático y todavía me preguntaba cómo dos personas que me parecían tan distintas en cuanto a trato y personalidad podían haberse criado juntos.

Nos bajamos del coche y comenzamos a andar en paralelo hacia la casa. Yo trataba de seguir los altivos pasos de la señora Lonegan a su mismo nivel mientras ella me volvía agradecer, de antemano, la ayuda que iba a prestarle.

—De verdad te agradezco mucho que me ayudes con estas cajas. Eres un joven muy amable.

Me empezó a parecer hasta raro tanta familiaridad en esa señora, cuando siempre había tenido una actitud muy altiva y distante conmigo, como si se creyera superior. Quizás se estaría «contagiando» un poco de la amabilidad de su hermano. Quizás yo no la conocía tan bien como pensaba.

Al oírla mencionar de nuevo las cajas se me ocurrió que quizás estarían en el enorme granero de la derecha, pero lo cierto es que nos dirigíamos directos a la casa. Miré a la derecha en dirección al granero y, acto seguido, como guiado por un reflejo, a la izquierda, donde estaban los dos vehículos aparcados.

Uno era un Buick verde oscuro. El otro era marrón. Una furgoneta, de hecho.

Y justo en ese instante mi sangre, que era desde hacía cuarenta y ocho horas algo más fría de lo normal, se me heló por completo. Mi ojo pudo fijarse con detalle, entre los claroscuros del paisaje que nos rodeaba, que la furgoneta marrón que estaba aparcada en la propiedad de la señora Lonegan tenía una rotunda e inconfundible abolladura en su puerta derecha; una abolladura que yo sabía había sido hecha con un bate de béisbol.

# Cautivos del mal

Cuando comprendí lo que significaba que aquella furgoneta que tanto habíamos estado buscando por la ciudad estuviera aparcada allí, en aquella propiedad de la señora Lonegan alejada de cualquier otro sitio habitado, mis pies dejaron de caminar y abandoné la posición en paralelo a la «urraca mayor». Ella se adelantó entonces y siguió caminando hacia la casa. Transcurrieron un par de segundos en los que simplemente me quedé paralizado, con todos los músculos de mi cuerpo atenazados por la inquietante verdad que se abría paso en mi cerebro.

Miré de nuevo a la señora Lonegan, que ya me daba la espalda, unos tres pasos por delante de mí, a la vez que intentaba colocar en mi mente todas esas nuevas piezas del puzle que habían aparecido en un instante delante de mis narices. La foto era mayor de lo que yo pensaba.

La puerta de la casa se abrió de golpe mientras yo seguía parado, inmóvil como una estatua, y sin saber muy bien qué hacer. En el marco de la puerta apareció una figura conocida, la del señor Popples, pero esta vez el bibliotecario se mostró ante mi ojo como nunca antes lo había visto y, según la percepción que yo había tenido de él hasta ese momento, nunca hubiera apostado verlo. Su semblante era serio, su mirada dura y fría, y en sus manos llevaba una escopeta, a media altura, con la que me apuntaba amenazante.

La señora Lonegan se volvió entonces, dándose cuenta de que algo se había torcido en su plan de introducirme en aquella casa sin usar la violencia, la intimidación ni levantar en mí sospecha alguna. Me fijé en su rostro y ya no tenía esa expresión amable que había mostrado en el coche, sobre todo cuando me había convencido para montarme con ella. En su lugar, sus ojos volvían a ser los mismos puntos fríos y altivos que acostumbraba a mostrar, su mueca era dura y casi de reproche e indignación a mi parada y estupefacción, y dijo algo que no termino de recordar bien pero que debió ser parecido a «vaya, jovencito, ahora me temo que vas a tener que entrar en la casa por la fuerza».

Creo que no pensé mucho lo que hice a continuación, pues fue realmente temerario y podía haberme costado la vida. Me giré ciento ochenta grados y traté de echar a correr tan rápido como pude, pero mis pies no fueron tan rápidos ni ágiles como mi cerebro pretendía y el derecho chocó con el izquierdo haciéndome caer al suelo de lado y levantando una pequeña polvareda al golpear la amarilla tierra con toda la longitud de mi larguirucho cuerpo.

Oí cómo la voz del señor Popples me lanzaba una sonora amenaza mientras caía –«quieto o disparo»– pero su voz resonaba en mi cabeza lejana, como si estuviera a una milla de distancia en lugar de a los pocos pasos que nos separaban.

Sin mirar atrás y siguiendo con mi temeraria acción, que solo pretendía huir de allí tan rápido como pudiera, sin considerar en ningún momento los mortales agujeros que la escopeta sujetada por el señor Popples podría hacer en mi cuerpo, apoyé las manos en el suelo para tratar de ponerme en pie y continuar con mi torpe huida.

Apoyé mis rodillas y estiré mis brazos, tratando de incorporarme tan rápido como pudiera, aunque mis movimientos me parecían tan lentos como los de una tortuga. No llegué a más, porque entonces sentí un fuerte golpe en la parte trasera de la cabeza. No sé si la señora Lonegan, que se encontraba mucho más cerca de mí cuando empecé mi desastrosa huida, me golpeó con

algún madero o con algo metálico, como un tubo, o quizás el señor Popples se había abalanzado sobre mí y me había dejado K.O. por detrás con la culata de su escopeta. El caso es que perdí el conocimiento.

Cuando desperté debían de haber pasado algunas horas, porque las dos ventanas de la habitación donde me encontraba no dejaban ver ningún rayo de sol atravesándolas, por lo que supuse que ya debía de haberse hecho de noche.

Abrí mi ojo poco a poco y mi cuello fue cogiendo fuerza para levantar mi maltrecha cabeza, que me dolía bastante. Estaba atado de pies y manos a la silla donde me encontraba sentado.

Mi ojo tuvo que acostumbrarse a la débil luz que provenía de una lámpara de queroseno, tan antigua que me pareció que sería de la misma época que la que el señor Giddens le había vendido a la segunda víctima de Nathan y que él afirmaba que había sido de Edison. Estaba colgada en un gancho de una viga de madera a mi izquierda y, desde luego, no se veía tan lustrosa ni cuidada como la del señor Giddens.

Diría que la habitación era más o menos cuadrada, no muy grande y bastante austera en su decoración y mobiliario. Mi silla se encontraba más o menos en el centro, mirando hacia una pared en la que solo había una cabeza de un ciervo disecado, las marcas que sendos cuadros habían dejado con el paso de los años, haciendo que la madera cogiera un tono algo distinto, más oscuro, en el lugar que habían estado tapando seguro durante muchos años, y una bandera confederada, con los colores algo gastados, colgada en la parte superior derecha de dicha pared.

En la pared de mi derecha había un viejísimo sofá de dos plazas, con la tapicería más fea y sucia que se pueda imaginar; raído y desgastado, que invitaba a sentarse en el suelo antes que en él. A su lado, cerca de la esquina que tocaba con la pared de enfrente de mí, un archivador metálico de tres cajones altos, lleno de polvo y con algunas telarañas en su parte superior. En la pared de mi izquierda, dos grandes ventanas sin cortinas que dejaban ver cómo la oscuridad de la noche ya nos abrazaba. Detrás de mi posición, con todo lo que el giro de mi cuello hacia atrás me permitía ver, estaba la cuarta pared de la sala, en la que se encontraba la puerta que daba acceso a la misma, justo en medio de dicha pared, y una maceta bastante grande, que en su día debía de haber sido blanca, con los restos de lo que fue una planta alta, ahora seca y cayendo hasta el suelo como una delgada serpiente marrón.

Y, lo más importante, a mi lado, a mi derecha, otra silla mirando en la misma dirección que la mía, donde una persona me miraba con ojos tristes y en silencio, esperando a que yo terminara de ubicarme en la sala y en la delicada situación en la que nos encontrábamos.

—¿Cómo estás, William? —preguntó por fin el señor Giddens desde su no deseado trono con la mirada contrariada.

—¡Dios mío, señor Giddens! Me alegro tanto de verle —le hablé con esperanza y respeto, aún no pudiendo referirme a él de ninguna otra forma más familiar y sin medir cómo podrían interpretarse mis palabras, que analizadas en frío podrían quizás no entenderse como la expresión de gozo de encontrar una cara conocida y amiga con la que reconfortarse en medio de la más absoluta adversidad.

Estaba algo despeinado y su sombrero de ala ancha descansaba en el suelo, a sus pies, y se notaba tirado allí, no colocado; al igual que lo estaba su elegante bastón, un par de pasos a la derecha de su silla. Me percaté de que él, a diferencia de mí, solo tenía las manos atadas a la espalda y alrededor del respaldo de la silla, pero no los pies. Pensé que quizás nuestros captores debieron suponer que aquel «anciano» debía de ser mucho más débil que yo y no se tomaron tantas molestias para que no pudiera escapar como lo habían hecho conmigo. Mis tobillos

estaban tan apretados con las cuerdas que casi me costaba sentir el flujo de sangre hacia mis pies y mis delgados brazos se dolían con los filos de la madera del respaldar de la silla al clavarse con fuerza en mis músculos. Hice un par de intentos para sopesar si podía tener alguna posibilidad de zafarme de aquellas ataduras, pero desistí rápido al comprender que yo no iba a poder librarme de aquellas cuerdas solo, por mí mismo.

—¿Te han dejado inconsciente con un golpe o con cloroformo o alguna droga? —preguntó, interesándose por mi salud.

—Ha sido con un golpe, bastante fuerte, en la cabeza —no podía tocarme la parte posterior del cráneo donde me habían atizado, aunque podía sentir el dolor y la quemazón del impacto—. Pero estoy bien, creo… —terminé con mi ojo bien abierto, transmitiéndole la mayor tranquilidad que pude.

—A mí me dejaron K.O. del mismo modo, me temo —me informó él con media sonrisa, tratando de empatizar aún más.

—¿Qué hace usted aquí? O, mejor dicho, ¿acaso sabe por qué estamos los dos aquí? —pregunté nervioso, rezando para que mi antepasado me ilustrara sobre lo que yo ya sospechaba. Mi interna suposición tenía muchas lagunas que esperaba él me ayudara a rellenar.

—Me gustaría poder decirte otra cosa, William, pero lo cierto es que estamos aquí por mi culpa —confesó el anticuario mirando un momento al suelo, con expresión de arrepentimiento. Luego volvió a devolverme la mirada—. Hoy he cometido tres errores graves. El primero ha sido dejarte solo en la tienda, sin contarte adónde iba y por qué, sin decirte que había sido la promesa *scout* de Elmer, con sus tres dedos de la mano derecha levantados hacia arriba, lo que me dio el motivo para abandonarte e irme tan rápido esta tarde. Tenía que haberlo compartido contigo. Tenía que haberte contado mis sospechas. …Mi cara debía de mostrar total desconcierto ante lo que me estaba relatando, como tantas otras veces en los últimos días. ¿Qué tenía que ver el saludo *scout* de Elmer con las sospechas del señor Giddens y lo que nos había traído hasta la destartalada cabaña de madera en la que nos encontrábamos cautivos? El señor Giddens se percató de ello y se apresuró a seguir, añadiendo—: Te prometo que lo entenderás en un segundo. El caso es que en ese instante recordé algo que había estado en mi cabeza desde hacía días pero que no había relacionado hasta entonces con todo lo que estaba pasando en la ciudad. Es un misterio cómo funciona la mente humana, querido William, pero el gesto de Elmer despertó en mí esa idea durmiente y me empujó a comprobarla. Mi primer error, como te he dicho, fue no involucrarte en ello; ni a ti ni a la policía.

—¿A dónde fue esta tarde? —inquirí con impaciencia.

—A la biblioteca —dijo él con la firmeza de quien supone que yo debía de haber adivinado a esas alturas el sitio al que había ido a comprobar su teoría, fuese esta la que fuese—. Pensé que podría enfrentarme yo solo a lo que fuera que encontrara allí, quizás mi ego me pudo, o mi afán por protegerte y mantenerte lo más alejado posible de todo ese infierno de sospechas que se estaba construyendo en mi mente; o quizás fue solo porque no estaba del todo seguro de lo que creía saber y no quería hacer el ridículo delante de demasiadas personas. En caso es que me planté solo en la biblioteca y fui directo al mostrador del señor Popples, donde lo encontré, igual que el otro día cuando fuimos juntos, con su enorme y variopinto tablón de fotografías poniendo fondo a su laborioso día. Allí estaba lo que yo necesitaba comprobar, lo que podía dar forma definitiva a mi teoría.

—¿Vio usted algo en alguna foto que le hizo sospechar del señor Popples?

—Exacto —confirmó él—. ¿Recuerdas la foto de la boda de su hermana en la que tú te

detuviste el otro día, cuando fuimos a devolver unos libros y me lo presentaste?

—Sí —respondí sin necesidad de rebuscar mucho en mi memoria—. Fue a raíz de esa foto que me enteré de que la señora Lonegan era su hermana.

—Pues lo que buscaba estaba en esa foto —siguió él—. Pero para no levantar sospechas y que mi visita no resultara forzada a sus ojos, empecé con una distendida charla, preguntándole por unos volúmenes de historia donde fingí querer encontrar datos sobre la construcción de los famosos violines Stradivarius, alegando pretender participar en una subasta que se celebraría próximamente en Nueva York y en la que yo representaría a un cliente millonario interesado en hacerse con uno de ellos. También hablamos de ti; él me preguntó por ti, de hecho, y le dije que te había dejado solo al cargo de la tienda, que eras un buen muchacho y que confiaba plenamente en tu madurez y responsabilidad, a lo que él asintió indicando que tenía la misma percepción de ti que yo. —Sonreí halagado, aunque el halago viniera de uno de mis captores, tonto de mí. El señor Giddens lo notó, pero no dijo nada y siguió con su historia—. Tras coger un par de libros de la biblioteca y rellenar los formularios que me habilitaban como socio de la misma, aproveché para volver a insistir en lo fascinado que me tenía su hermoso tablón de fotos y volví a regalarle los oídos con mi entusiasmo. Le dije que, muchos años atrás, yo también había tenido familia en Fortress Flint y divagué con la posibilidad de que alguno de mis supuestos primos saliera en alguna de sus fotos. Le di algunos nombres que inventé sobre la marcha para darle realismo a mi historia y poder pasar a su lado del mostrador y acercarme a las fotos para chequear mi teoría. Por supuesto, concluí que no reconocía a ninguno de mis familiares en sus instantáneas, pero toda esa farsa me sirvió para pararme en la foto de la boda de su hermana y comprobar si la endemoniada teoría que perturbaba mi mente desde que el gesto de promesa *scout* de Elmer, con sus tres dedos levantados hacia arriba, la hubiera engendrado en mí un rato antes tenía el fundamento que yo creía.

Mi atención a sus palabras era plena. Era obvio que esa endemoniada teoría a la que se refería sí que tendría un sólido fundamento, porque de otra forma no habríamos acabado los dos allí, atados y retenidos contra nuestra voluntad, pero yo aún no sabía qué era lo que había en aquella foto que lo perturbaba tanto. Él continuaba hablando.

—Era tan claro que, cuando volví a verlo, ya no podía mirar a otro sitio. Había estado allí siempre, desde hacía años, a la vista de todos, tan cristalino como el agua de un arroyo… y yo no supe interpretarlo la primera vez. Lo vi, pero no lo capté. Si me hubiera percatado entonces, unos días atrás… quizás… quizás no estaríamos aquí, ni habríamos tenido el incidente con Nathan… ni tú serías ahora como yo… ni conocerías mi verdadera historia…

El lamento del señor Giddens era alto y claro. Sus reproches internos lo estaban haciendo divagar un poco y alejarse del hilo conductor de lo que me estaba contando. Mi curiosidad ya no podía esperar más.

—Siga, por favor —le espeté nervioso—. ¿Qué es lo que esconde esa foto y es a la vez tan visible?

—Sí, por supuesto —dijo él, saliendo de su ensimismamiento y preparándose para desvelar el misterio que rodeaba la instantánea—. En la foto salen la señora Lonegan el día de su boda, su recién estrenado marido, su hermano el señor Popples y un tercer hombre. Los tres hombres aparecen sosteniendo un puro cada uno, con una pose orgullosa. Hasta ahí, nada extraordinario. Sin embargo, la mano que no sujeta el puro, en cada uno de ellos, está sujeta con el dedo gordo metido por el cinturón, muy cerca del bolsillo, con los tres dedos mayores extendidos, mirando hacia abajo, mientras el meñique permanece escondido detrás de la mano; exactamente igual que

el saludo *scout*, pero invertido. —El señor Giddens bajó un poco la voz al llegar a este punto, como si fuera a contarme el mayor de los secretos, el culmen de algo que solo nosotros dos deberíamos conocer, aunque estuviéramos solos en aquella habitación—. Esa no es una postura casual de la mano. Esos tres dedos tienen un significado muy especial para el que sepa verlo; es un símbolo que, por desgracia, he visto más veces a lo largo de mi vida. Esos tres dedos simbolizan la repetición de una misma letra tres veces. La «K». Tres «Kas». Ku Klux Klan.

Esta revelación fue bastante sorprendente para mí. Tras haber sido llevado a esa cabaña y atacado por la señora Lonegan y el señor Popples, además de haber identificado allí la vieja furgoneta marrón que Nathan y sus secuaces habían usado el día del ataque a casa de Terence –y que la policía y nosotros llevábamos buscando sin éxito varias semanas–, tenía claro que había una turbia relación entre todos ellos y lo que había estado sucediendo en mi ciudad ese verano, pero no me imaginaba que hubiera unas raíces de odio tan profundas y lejanas en el tiempo en todo aquello, y menos que unas pistas tan claras como esa declaración de ideales enmarcada en una inocente foto de una boda hubieran estado a la vista de todos tantos años, sin que nadie –al menos yo, mis amigos y todos a los que creía conocer bien– se hubiera percatado de ello ni hubiera indagado o condenado esas ideas de forma pública. Quizás, de hecho, aquel tipo de simbología se habría usado de forma premeditadamente sutil para pasar desapercibido para la mayoría, pero dejando constancia de una ideología de la que ellos seguro que se sentían orgullosos. ¿Cómo podían esas personas pensar de aquella manera, creer que sus ideales eran los correctos? ¿Cómo podían dos personas, en apariencia normales, comunes, con los mismos problemas, inquietudes que cualquier otro habitante de la ciudad, del país, guardar ese odio y esgrimir esa ideología tan inhumana? No eran normales… Podían parecerlo, por fuera, en la mayoría de sus comportamientos cotidianos, en el noventa y cinco por ciento de lo que mostraban al exterior… pero en realidad no lo eran; veneraban unos pensamientos que ensombrecían sus almas, que los corrompían como seres humanos a pesar de que pudieran parecer del todo humanos, del todo normales. Eran, de alguna forma, «casi normales».

Me pregunté entonces hasta dónde llegarían los tentáculos supremacistas del Klan en Fortress Flint. Si dos personas tan respetables como la señora Lonegan, presidenta de una asociación aparentemente benéfica, centrada en ayudar de forma altruista a los demás, o el señor Popples, tan amable y querido por la mayor parte de la comunidad, casi una institución de la cultura local, eran parte de ese movimiento racista, de odio incontrolado y sin sentido hacia otros seres humanos –mucho más «humanos» que ellos mismos–, ¿quién más podría estar involucrado en todo aquello? ¿Hasta qué punto los asesinatos y la violencia en Fortress Flint eran parte de una conspiración y cómo de pública y conocida era esta en realidad? Ahora entendía perfectamente los comentarios negativos de Terence hacia el señor Popples, los cuales siempre me habían chirriado y había considerado que serían fruto de alguno de los prejuicios personales de mi amigo, cuando en realidad estaban basados en el despectivo trato que seguro que le había estado proporcionando el señor Popples debido al color de su piel.

La bandera confederada que adornaba la estancia delante de nuestros ojos cobraba ahora para mí más significado que nunca respecto a su asociación a los ideales defendidos por el racismo más profundo del país. ¡Qué tópico más triste!

—¿Qué hizo usted, entonces? —pregunté, queriendo saber los acontecimientos que lo habían conducido a compartir cautiverio conmigo en aquella sucia y vieja cabaña en medio del bosque —. Porque ese detalle de la foto, aunque significativo, no tendría por qué relacionar directamente al señor Popples con Nathan y los ataques y asesinatos. Podría haber sido solo un racista más, de

los que pueblan y hacen de este país un lugar menos agradable para vivir; un racista en la sombra, que no mostrara su verdadera y sucia cara en público, pero eso no tendría por qué haberlo convertido en un radical conspirador supremacista.

—¿A qué te refieres exactamente con lo de Nathan y los asesinatos? —inquirió el señor Giddens algo perplejo sobre la rotundidad de mis aseveraciones.

—¿No ha visto la furgoneta marrón aparcada fuera? Es la misma que usaron Nathan y los suyos el día del ataque a casa de Terence. La misma que hemos estado buscando por toda la ciudad sin éxito durante tantos días. La vi solo un segundo, antes de que me golpearan, pero estoy seguro de que la abolladura en la puerta es la misma que le hizo el vecino de Terence con el bate de béisbol cuando Nathan, Russell y Marky trataban de escapar.

Por una vez parecía que yo estaba en mejor disposición de dar información al señor Giddens, de compartir con él algo importante que él no sabía. Puede que, dadas las circunstancias en las que nos encontrábamos, suene estúpido, pero aquello me hizo sentir útil y me colocó por un instante en una posición de igual a igual frente a mi siempre sabio maestro.

—Tiene sentido, desde luego —dijo él con expresión pensativa, como si acabara de darle la última pieza que la faltaba para construir el rompecabezas que seguro tenía formado en su cabeza —. Lo cierto es que no sé dónde estamos ni cómo me han traído aquí. Y, desde luego, no he visto la furgoneta marrón que mencionas, ni ningún otro vehículo o persona. Desperté solo unos minutos antes que tú. Te he visto y he supuesto que a ti también te habrían secuestrado, pillándote desprevenido de alguna forma.

—Bueno, en un segundo se lo cuento… creo que ha sido más mi inocencia y exceso de confianza lo que me ha traído hasta aquí. Pero, siga usted y termine su parte —dije yo, girando la cabeza hacia atrás para cerciorarme de que aún estábamos allí solos; como si eso hubiera importado.

—De acuerdo. Esto que me dices completa el círculo y cierra las escasas dudas que podría seguir teniendo respecto a que lo que pensábamos que eran las locuras vandálicas de un grupo independiente de tres muchachos; es, en realidad, mucho más. Es parte de algo mayor que aún no ha sido desvelado a la policía y a nuestra comunidad en toda su magnitud. Sin embargo, esta tarde en la biblioteca, como bien dices, el hecho de que la foto me diera claras pistas de las inclinaciones racistas y de pertenecía o afinidad con el Ku Klux Klan del Sr. Popples, y de los otros dos individuos que salían en la foto, podía no ser más que un hecho aislado y, quizás, solo lejano en el tiempo. La foto podía tener veinticinco o treinta años. Las personas cambian. Y no se puede acusar a nadie por haber pensado locuras o seguido doctrinas cuestionables alguna vez en su vida; ni de asesino solo porque lo piense o haya pensado alguna vez. Yo no tenía certeza de nada más, pero sí que tenía un presentimiento, y necesitaba ir un poco más lejos para demostrarlo. Te he dicho hace un momento que hoy he cometido tres errores muy graves. El segundo ha sido pensar que podía dar ese paso yo solo, que podía fingir algo que no era, que sabía más que mi contrincante y que casi lo tenía contra las cuerdas, listo para recibir un golpe final que lo llevara a dejarlo K.O., descubriendo su verdadero rostro y quizás dándome nuevas pistas sobre las que seguir investigando. Por un momento me creí un detective privado, me vi como Humphrey Bogart, con su gabardina, su sombrero e impasible cara de póker, jugando con sorna con los malhechores a los debe detener con la algo inconsciente pero certera seguridad de poder conseguir su objetivo; mi objetivo.

—¿Y cómo lo hizo? ¿Cómo se lanzó a por él?

—Primero le pregunté de nuevo por la foto en cuestión, sobre la que yo llevaba parado unos

segundos de más confirmando toda mi teoría sobre el simbolismo de Klan; me interesé, como quien no quiere la cosa, por los otros dos hombres de los que no habíamos hablado en mi anterior vista a la biblioteca. Me contó, con su habitual sonrisa y cierta nostalgia en su mirada, que el que estaba más cerca de su hermana era su cuñado, Rob Lonegan, y el tercero, situado más a la derecha en la foto, era un tal Jeff Malone, un amigo de ambos de la infancia, el cual era policía, o lo había sido. Me habló maravillas de ambos, los encumbró y me contó un par de anécdotas en las que se notaba el especial vínculo que lo unía o había unido a ellos. Como nos dijo el otro día, Rob murió en la Gran Guerra. Del tal Malone no comentó si aún vivía o no, solo que su hijo había seguido sus pasos y también formaba ahora parte del cuerpo de policía de Fortress Flint.

Yo no conocía a todos los policías de la ciudad y la verdad es que el nombre de Malone no me decía nada especial, pero no era raro que un hijo siguiera los pasos de su padre en una profesión tan vocacional como la de agente de la ley.

—Entonces, ¿cómo hizo para desenmascararlo? —indagué yo con nerviosismo viendo que el anticuario parecía no ir al grano.

—Pues, después de unos minutos de, tengo que admitirlo, agradable charla con él, decidí arriesgarme del todo y lanzarme con la estrategia que había estado pensando sobre la marcha en ese corto espacio de tiempo. Sin perder la sonrisa y con la mirada fija en él para observar su reacción, le pregunté directamente: «¿AYAK?».

Recordé de inmediato la jerga racista de la que él mismo me había hablado un par de semanas atrás; la misma que yo había planeado usar cuando en mi cabeza flotaba la loca idea de infiltrarme en el grupo de Nathan haciéndome pasar por simpatizante del Klan –y que luego descarté, por suerte, gracias a todo el asunto que ocurrió con Johnny y Nathan en el hospital–. Y, casualidades o no del destino, justo ahora el señor Giddens me estaba confesando que había usado esa misma loca idea con el señor Popples.

—¿Qué contestó el señor Popples a su pregunta en clave sobre si era un hombre del Klan? —inquirí con ojos ávidos, intuyendo la respuesta.

—Pues mantuvo su mirada, pero esta se volvió más dura, algo desconfiada diría yo; su sonrisa se borró de su rostro y su amplio bigote blanco volvió a esconder su labio superior. Sopesó durante unos segundos qué decir, pero su silencio indicaba que sabía perfectamente de lo que le estaba hablando. Y al fin, tras cierta meditación, dijo en voz baja: «AKIA».

—¡Lo sabía! —exclamé yo al oír las esperadas palabras que lo confirmaban como hombre del Klan. Claro que lo sabía; lo había visto apuntándome con una escopeta desde la puerta de la cabaña y puede que hubiera sido él que me hubiera dejado inconsciente. Sabía que era un hombre turbio, lo sabía desde esa misma tarde, pero no pude contener la excitación provocada por el relato de mi antepasado.

—Él enseguida volvió a sonreír y me puso la mano en el hombro. «Creo que deberíamos buscar un lugar más tranquilo para hablar», me dijo, aún en voz muy baja; y yo le devolví la sonrisa y contesté con un escueto pero alentador «Por supuesto».

—Se estaba usted arriesgando mucho, señor Giddens —indiqué, como si el resultado de sus acciones, con ambos atados en aquella pequeña habitación en medio de la nada, no fuera suficiente indicio para verificar que la estrategia que había seguido el anticuario no había sido la más acertada—. Si Nathan había venido por nosotros de esa forma tan abrumadora como lo hizo y con la intención de matarnos a ambos, está claro que estábamos marcados como «no deseables» para ellos. ¿Cómo iba a creer el señor Popples que usted fuera simpatizante o incluso miembro del Ku Klux Klan?

—Tienes toda la razón y, como ya he dicho, soy muy consciente de mi error. En mi descargo diré que entonces no estaba aún del todo seguro del vínculo entre el señor Popples y Nathan y los asesinatos. De hecho, no he tenido eso del todo claro hasta que hace un minuto has mencionado la furgoneta marrón aparcada afuera. En aquel momento solo había identificado al señor Popples como un fanático supremacista más. ¿Por qué no iba a poder yo presentarme a él como otro fanático similar? Sí, tenía la intuición de que podía estar detrás de todo lo de Nathan; siempre pensé que Nathan no parecía tener tanto cerebro como para haber planeado todos los asesinatos y haberlos ejecutado de una manera en la que no hubiera pistas suficientes para involucrarlo. Sí, pensaba que el señor Popples podía ser en realidad el cerebro de todo, o uno de los miembros de algo más gordo, una auténtica célula del Ku Klux Klan en Fortress Flint que fuera más allá de tres muchachos locos y violentos. Y mis ansias de averiguarlo fueron las que me traicionaron. Nunca he sido tan descuidado… no sé por qué hoy sí.

—No se machaque, señor Giddens —intervine con la intención de consolarlo un poco—. Su intención era muy buena y entiendo la lógica detrás de lo que hizo.

—En realidad, hasta entonces, la cosa no había sido tan grave. Más allá del riesgo de aparentar ser parte del Klan con mi pregunta y de desvelar pretender haberle descubierto a él como afín al mismo, aún podía haber enderezado mi estrategia e ir a contarle todo lo que sabía a la policía para que ellos lo investigaran más a fondo y siguieran los pasos y cauces oficiales. Pero los acontecimientos se precipitaron, yo me veía fuerte y confiado, seguro de poder ir un poco más lejos, de sacarle más información a aquel indeseable actor que tan bien parecía haber engañado a todo el mundo con su amable y servicial actitud; yo estaba ávido de conseguir incluso, por qué no, una confesión que lo ligara a Nathan. Recordaba bien que, en la confesión que nos hizo en mi jardín cuando nos atacó antes de que lo mandara al otro barrio, Nathan usó el plural casi siempre para referirse a lo que estaban tratando de hacer con el país, con ese discurso supremacista que nos soltó y que parecía haber sido escrito por el mismísimo Satanás. Incluso dudó un poco al contestar cuando le preguntaste si eran más de ellos tres los que estaban detrás de todo.

En un instante recordé bien la espeluznante escena acaecida dos días atrás –¡cómo olvidarla!– y era cierto que, aunque yo había supuesto todo el tiempo que el plural de Nathan se refería a Russel, Marky y él mismo, había intentado ganar tiempo y sonsacarle a Nathan más información, sin éxito, sobre si todo aquello acerca del resurgimiento de un Klan más poderoso y definitivo estaba limitado a ellos tres o había más persona involucradas. Aunque él no admitió nada, ahora estaba claro que el señor Giddens había pensado entonces lo mismo que yo al respecto. ¿Quedaban todos los asesinatos circunscritos a un entorno pequeño y reducido de tres desalmados racistas o había algo más por detrás de aquel escaparate de violencia sin sentido? Ahora ya sabíamos que sí.

—Es cierto. Lo hizo —confirmé yo—. Y ahora ya sabemos por qué.

—Eso es; pero recuerda que esta tarde en la biblioteca yo aún no tenía esa certeza. Y, esperando quizás conseguirla en una charla más íntima con el racista bibliotecario, cometí el tercer y más grande error de hoy al acceder a encontrarme con él en el callejón detrás del edificio que lo había visto trabajar como un honrado ciudadano durante tantos años, sin que aparentemente nadie sospechara lo podrida que estaba su alma. El señor Popples me indicó que lo esperara al lado de su Buick, que estaba aparcado en la callejuela que rodeaba la biblioteca. Me dijo que le diera unos minutos para hacer una llamada y dejar a Stella, su ayudante, al cargo. Yo salí del edificio y lo rodeé para situarme al lado del Buick que me había indicado el bibliotecario. Era un sitio solitario, casi escondido, a la sombra y, por tanto, agradable para mí.

Me hizo sentir cómodo y relajarme, confiado en que allí podríamos hablar con más tranquilidad y sin fisgones, y que entonces aprovecharía para extraerle toda la información que necesitaba. Tenía a mi presa en el punto de mira e iba a ser implacable con él; lo iba a destrozar, metafóricamente hablando, claro está. —Yo lo miraba emocionado, esperando que aquel relato terminara bien, sin dejar que mi mente racionalizara el hecho de nuestro actual cautiverio en aquella cabaña y no admitiera que, por tanto, algo debía haberse torcido en aquel encuentro a escondidas tras la biblioteca—. ¡Qué equivocado estaba! —siguió el señor Giddens, con un lamento de reproche a sí mismo—. La presa era yo, pero estaba muy lejos de ser consciente de ello, hasta que fue demasiado tarde. El señor Popples debió salir por otra puerta, acercarse a mi espalda sin hacer ruido y dejarme inconsciente de un fuerte golpe en la cabeza. Lo siguiente que recuerdo es despertar aquí, a tu lado hace solo unos minutos. Debió de meterme en el maletero de su Buick y conducir hasta aquí… Por cierto, no tengo ni idea de dónde es «aquí».

—Estamos en una cabaña, en medio del bosque, a unas cuatro millas al suroeste de la ciudad. Llegamos aquí por un camino de tierra algo escondido y seguro que no transitado por nadie que no quiera venir explícitamente aquí —informé yo, sintiendo de nuevo que tenía algo más de información que el señor Giddens.

—Ya veo —dijo él con cierta resignación. Miró entonces a su espalda, girando el cuello todo lo pudo, para volver a chequear que seguíamos solos—. Estoy intentando aflojar las cuerdas que me atan y creo que, con un poco más de tiempo, terminaré soltándome. En cuanto lo haya hecho, podremos escapar y salir de aquí. No te preocupes por nada, William. Volverás a ver a tu madre. Hoy dormirás en tu cama, de hecho —terminó con su habitual seguridad y un cómplice guiño de su ojo izquierdo.

—¿Cómo está tan seguro de que no hay nadie más en la cabaña y que podremos salir de aquí sin más? —dije yo con visible preocupación, sin dejar que las anteriores alentadoras palabras de mi tatarabuelo me reconfortaran tanto como él pretendía. Volví a mirar hacia atrás, hacia la puerta de la estancia, para chequear que aún estábamos solos y que la posibilidad de escapar, si el señor Giddens conseguía hacer realidad su plan de desatarse, podría ser viable.

—No lo sé seguro, William. Pero confío en ello. Además, Popples es solo uno y nosotros somos dos. Aunque no sé si la llamada que me dijo que iba a hacer antes de encontrarse conmigo y sorprenderme detrás de la biblioteca era cierta o no; y de haberlo sido verdad, a quién podría haber avisado… En realidad, puede que siga aquí solo.

Fue entonces cuando me percaté de que el señor Giddens aún no sabía que la señora Lonegan también podría estar allí y, con mucha probabilidad, implicada en todo aquel turbio asunto.

—Yo creo saber a quién llamó por teléfono —sentencié entonces con una poco habitual rotundidad en mí.

—¿A quién?

—A su hermana, la señora Lonegan.

La expresión de su cara denotó una amplia sorpresa, por mucho que ella también estaba en la misma foto en la que su hermano y su esposo posaban orgullosos mostrando su membresía del Klan.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó algo desconcertado por mi seguridad.

—Porque fue ella la que me encontró, de manera supuestamente casual, a la salida de la tienda y me trajo hasta aquí, engañándome, pretendiendo que la acompañara a cargar unas cajas para su local, al que también pretendía llevarme para que evaluara los trabajos que hace unos días me pidió hacer en el tejado del local de su asociación. ¿Recuerda que se lo comenté? Ahora veo

claro —dije improvisando mi teoría sobre la marcha— que fue su visita a la biblioteca lo que los hizo actuar. El verse atrapados o acorralados… al haberse usted acercado a ellos… aunque solo fuera al señor Popples, haciéndole saber que conocía o, al menos, sospechaba de su relación con el Klan, les hizo tomar la iniciativa e ir a por nosotros, pensando que quizás tendríamos más cosas con las que delatarlos o vincularlos a Nathan, que ya está considerado oficialmente el autor de los crímenes de Fortress Flint tras su confesión y nuestra declaración a la policía. Estoy seguro de que el señor Popples llamó a su hermana para pasar a la acción de forma coordinada… secuestrarnos y… bueno, no sé qué más piensan hacer con nosotros, en realidad.

Sí que lo sabía, o creía saberlo, pero no quise decirlo en voz alta.

—Tranquilo, William —replicó él con serenidad, confiado incluso—. Te aseguro que saldremos de aquí, sanos y salvos. Y te pido disculpas por mi imprudencia. Tu teoría tiene todo el sentido del mundo y estoy convencido de que así fue cómo sucedieron las cosas. Ahora dime, ¿cómo te secuestró la señora Lonegan?

Le conté todo lo que me había sucedido desde que dejé la tienda hasta que perdí el conocimiento tratando de escapar, como un torpe inútil, al percatarme de la furgoneta y, acto seguido, ver al señor Popples apuntándome y enlazarlo entonces todo en mi cabeza. Me sentí como un idiota confiado al pronunciar en voz alta la estúpida forma en la que había sido engañado. El señor Giddens me escuchaba atento y sin juzgarme, con visible lástima por haber provocado los acontecimientos que yo le relataba.

—Si le soy sincero, me siento bastante frustrado —dije al terminar mi historia—. He sido un tonto por haberme metido en la boca del lobo, sin oponer resistencia, por voluntad propia, seducido por alguien que nunca hubiera sospechado vinculada con Nathan o con el Klan. Siempre pensé que el Klan era una cosa de hombres.

—Resulta increíble hasta dónde está aún arraigado el machismo en nuestra sociedad… —dijo una voz seca y afilada a mi espalda, sobresaltándome como a un pobre conejo cegado por las luces de un coche en una carretera en mitad de la noche.

Era la voz de la señora Lonegan, a la que pude ver en cuanto giré de nuevo mi cabeza, apoyada en el marco de la puerta, mirándome con la misma fría soberbia que solía exhibir y que parecía haber perdido en mis últimas dos interacciones con ella antes de esa. La débil luz de la lámpara de queroseno que alumbraba la habitación le daba un aspecto muy sombrío y duro a su rostro.

—Los ideales no entienden de género, jovencito —terminó ella de sentenciar mientras avanzaba lentamente hacia mi izquierda para rodearme y colocarse enfrente de mí. Sentí cómo el plan de escape del señor Giddens se desvanecía por momentos.

—No puedo estar más de acuerdo, señora. Tampoco el odio ni la locura entienden de géneros —le replicó el anticuario con el desparpajo del que se siente muy seguro, sabedor de que terminará saliendo victorioso de cualquier situación peliaguda a la que se enfrente. Yo pensé, algo sorprendido, que esa confianza era fruto de su dilatada experiencia; ningún otro ser humano (o casi ningún otro) tenía tanta como él. Y allí estaba él, después de vivir dos siglos y medio... por lo que, ¿quién era yo para cuestionar su seguridad y arrojo? Aquel pensamiento me tranquilizó un poco.

—Usted nos llama locos, pero somos visionarios —le contestó la señora Lonegan fulminándolo con la mirada más envenenada que sus ojos pudieron escupir—. ¡Somos iluminados! Lo que ocurre es no todos los iluminados son comprendidos en su tiempo. ¿Acaso no tacharon también de loco y hereje a Galileo cuando defendió la teoría de que la Tierra no era el centro del universo? Pero yo soy tan comprensiva y tan devota del Señor que ni siquiera los culpo de estar

tan ciegos, pobres diablos que no ven más allá de sus narices, que no entienden la verdad ni lo que es necesario hacer para conseguir nuestro loable y justo objetivo de construir un mundo perfecto.

—¿Un mundo perfecto? ¿Para quién? ¿Solo para unos pocos? —siguió el señor Giddens, sin perder su desafiante arrojo.

—Para los que se lo merecen, claro está —volvió a responder la señora Lonegan, dando un paso hacia adelante y dejando ver que en su mano derecha esgrimía un afilado cuchillo que yo hasta ese momento no había visto—. Para los que son superiores.

—No creo que su Señor, del que se considera tan devota, ni ningún otro Dios que gobierne cualquiera de las religiones del hombre piense de tal manera ni justifique que sus siervos hablen en su nombre en esos términos.

—Solo hay un único y verdadero Dios, aunque algunos intenten vestirlo con distintas túnicas —dijo ella, mientras trataba de recuperar la serenidad, bajando también el cuchillo—. Es un hecho que cada uno debe tener su lugar en la escala de la vida. Igual que en el reino animal la laboriosa hormiga es inferior al poderoso león, lo mismo ocurre con las diferentes razas del ser humano. Dios nos hizo así y nos puso aquí en la Tierra para que cada uno ocupara su lugar. No verá usted a las hormigas quejarse de su situación frente al león. Si cada animal sabe reconocer y aceptar su lugar, ¿por qué no iban a poder los hombres? La tozudez y la falta de fe es lo que provoca muchos de los males que asolan este mundo.

La validez de aquellos diabólicos argumentos era muy fácil de cuestionar, pero también parecía absurdo intentar convencer de lo contrario, con una simple conversación, a alguien que tenía esos axiomas racistas grabados a fuego en la mente.

Unos pasos se oyeron a la derecha del señor Giddens y el señor Popples apareció por ese lado, apuntándonos a media altura con la escopeta de dos cañones que yo ya conocía, pero que ahora podía ver mucho más de cerca. El señor Giddens y yo diríamos la cabeza hacia su posición y lo seguimos hasta que se situó delante de mi antepasado, a unos tres pasos enfrente de él.

—Creo que aún no había tenido el placer de conocer a mi hermana en persona, ¿verdad, señor Giddens? —dijo el señor Popples, que entonces ya había perdido para mí todo el halo de amabilidad y bondad que mi inocencia le había conferido hasta aquella tarde.

—Me gustaría poder decirle que es un placer, pero estaría mintiéndole a la cara —replicó el anticuario con cierta sorna. Yo seguía sorprendido por el desparpajo y aparente tranquilidad mostrados por mi antepasado ante una situación que, desde luego, pintaba muy mal para nosotros dos.

Los hermanos se miraron y compartieron un momento de complicidad en el que parecían estar decidiendo qué hacer a continuación con nosotros.

Yo seguía perplejo toda la escena y mi cara de bobalicón, asustado y desconcertado, debía ser demasiado obvia como para ignorarla. La señora Lonegan avanzó un par de pasos hacia mí y me miró desde su delgada altura con el poder y la condescendencia de un titán sobre un simple humano.

—Aún pareces sorprendido de verme aquí, jovencito —empezó, como si le molestara que yo no reconociera su labor al frente de lo que ella consideraba la única ideología posible a la que consagrarse—. Pues que sepas que mi madre también formó parte, antes que yo, de las Mujeres del Ku Klux Klan.

—¿Mujeres del Ku Klux Klan? —cuestioné sin poder controlarme. Enseguida traté de que mi expresión no sonora tan ruda, ya que no quería molestar aún más a aquella amenazante pareja—.

Disculpe, señora Lonegan, pero es la primera vez que escucho ese nombre.

—¡Jesús bendito! Eres más zoquete e ignorante de lo que pensaba —exclamó con visible repugnancia.

—Las mujeres siempre han formado parte del Klan. Aunque el momento en el que fuimos más fuertes y poderosas fue a principios de los años veinte, con el surgimiento del segundo Klan. Llegamos a ser más de medio millón en todo el país. Siempre hemos estado ahí, apoyando los perfectos ideales del Imperio Invisible. Quizás en un plano menos visible que la organización de los hombres, siempre más violenta, más expuesta, más visceral… pero también menos efectiva que la nuestra. Te aseguro, jovencito, que es mucho más eficaz convencer a alguien con buenas palabras, un poco de té y unas pastas que a base de fuerza bruta y amenazas. Éramos grandes reclutadoras para la causa. Nosotras organizábamos marchas, comidas para recaudar dinero, hacíamos acciones para conseguir reformas educativas, publicábamos artículos y folletos donde atacábamos algunos de los peores vicios del hombre, como el alcohol y la prostitución.

—Yo he tenido la desgracia de haber visto muchos de esos folletos y panfletos de los que habla usted —interrumpió el señor Giddens con una mirada de reproche—, y en todos se decía que ustedes no eran una secta ni eran «anti-nada», solo que se reservaban el derecho de admisión en su organización a ciudadanos nacidos en América, blancos, protestantes y gentiles. Pura fachada para ocultar los verdaderos principios radicales y racistas que los gobernaban.

—Habla usted de palabras que no entiende —escupió la señora Lonegan con rabia.

—Me temo que soy más viejo que usted y, por tanto, llevo más años viendo cómo actúa el Klan y comprendo a la perfección lo que significan esas palabras.

Solo yo en aquella pequeña habitación sabía cómo de ciertas eran las palabras de mi antepasado y casi me entraron ganas de apoyar su sentencia. Como sabía que, por supuesto, no habría servido de nada, me mantuve callado.

—Yo llevo al Klan en la sangre. ¡He nacido en el Klan, he crecido en Klan, me he casado con el Klan! —gritó la señora Lonegan con los ojos henchidos en sangre—. No se atreva usted a hablarme de lo que significa el Klan. Yo asistí de pequeña, junto con mi madre, a varios discursos y mítines de Daisy Douglas Barr, la líder de las Reinas de la Máscara Dorada; y a mi escuela vino dos veces Mary Elisabeth Tyler a dar charlas en las que nos explicaba lo que era…

—¡Qué curioso que mencione a esas dos! —replicó el anticuario con media sonrisa y sin perder la calma—. Porque ambas fueron expulsadas del Klan por malversación, por enriquecerse a costa de las cuotas, por robar dinero de la secta. Perfectos exponentes de la podredumbre dentro de la podredumbre.

Yo no había oído hablar de aquellas dos mujeres en mi vida, pero suponía que habrían sido relevantes en ese «Klan de mujeres» que estaba descubriendo aquella noche. Aquel intercambio verbal entre el señor Giddens y la señora Lonegan parecía haberse convertido en una estúpida competición sobre conocimiento del Klan.

La señora Lonegan se acercó entonces de un salto al señor Giddens y apuntó a su nariz directamente con el cuchillo que blandía, temblando de los nervios que sentía por no poder ejecutar lo que en esos momentos seguro que le pedían sus tripas, pero su cabeza no la dejaba acometer. El señor Popples permanecía impasible en su postura, casi sin inmutarse por todo aquel intercambio de palabras, sereno por fuera y con la escopeta de doble cañón bien agarrada con fuerza entre sus manos. Entonces me vi en la obligación de intervenir para distraer un poco a la señora Lonegan de su furioso discurso y, quién sabía, quizás también de su inminente ataque a mi antepasado.

—Habla usted mucho del pasado, señora Lonegan. Y con mucha pasión —dije casi sin saber cómo fui capaz de sacar mi voz de mi garganta—. Entiendo que lo que usted pretende ahora es volver a crear una organización similar, ¿no es así?

La señora Lonegan pareció reaccionar como yo pretendía al oír mis palabras, se enderezó, respiró hondo un par de veces y se acercó a mi posición, manteniéndose erguida y dejando el cuchillo apuntando hacia el suelo, como una extensión de su brazo.

—Volver a crear no, jovencito —me espetó con un inicio de sonrisa—. Más bien reforzar, aumentar, reavivar, impulsar. Pero hay que hacerlo de forma sutil, de forma orgánica, sin que suponga una revolución, más bien una evolución natural; nada drástico que haga a la buena gente temer algo solo porque lo desconocen.

—Como dijo Baudelaire, «el mejor truco que inventó el diablo fue convencer al mundo de que no existía» —dijo el anticuario con desdén. La mirada de odio que le devolvió la señora Lonegan lo habría fulminado de haber sido venenosa.

—Quizás nosotras hayamos sido siempre la facción más en la sombra del Imperio Invisible, pero nunca pretendimos pasar desapercibidas. Siempre quisimos ostentar una posición de poder similar a la de los hombres, de igual a igual, dejando nuestra propia huella en la historia. Y tampoco hemos desaparecido en todos estos años en los que la gente parece haber olvidado nuestra existencia; simplemente nos silenciamos un poco, quedamos adormecidas, al igual que le ocurrió al Klan de los hombres hace veinticinco o treinta años. Sin embargo, nuestro espíritu no murió, no se secó ni se marchitó en modo alguno. Y ahora es el momento de que volvamos a ser escuchadas, es el momento de que volvamos a unirnos y limpiemos de una vez por todas este hermoso país que poco a poco está siendo degradado por mentes inferiores que no entienden el sitio que deben dar a cada uno.

Al oír sus palabras recordé las de Nathan cuando me amenazaba con su cuchillo, justo antes de su inesperada muerte, y entendí que el cerebro de todo lo que estaba pasando en mi ciudad se encontraba precisamente delante de mis narices y tenía forma de viuda cincuentona, amargada y resentida. Su hermano, el hombre de cera que nos apuntaba con un doble cañón, no era más que un pelele en sus manos; igual que seguro lo habían sido Nathan y Russell y Marky, y quién sabía cuántos otros. Lo que pretendía la señora Lonegan era «convencer» a cuántos más mejor sobre su «justa causa» y, usando su misma frase, ¿qué método más eficaz para convencer a alguien que unas bonitas palabras acompañadas de un poco de té y pastas?

—¿Está usando la KIAWA como un nuevo Klan de mujeres? —dije en cuanto se me ocurrió la idea, sin poder evitar contener mis pensamientos solo para mí.

—Lo cierto es que me sorprende tu pregunta. Pensaba que sabrías más de lo que aparentas saber… —dijo dándose la vuelta y andando hacia la esquina de la habitación donde se encontraba el archivador. Tras meditar un poco cómo continuar, se giró de nuevo, apoyó su brazo en el archivador, descansando su postura, y siguió hablando—. En realidad, da un poco igual que hablemos de eso ahora. Ya no va a tener ninguna importancia. —Supuse que se estaba refiriendo a que nuestro destino estaba perfectamente escrito para ella, pero traté de que sus palabras no se hundieran demasiado en mi carne y permanecí callado, inmóvil e inexpresivo—. Es cierto que la Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate es una buena forma de reclutar adeptas y financiar mis propósitos, pero no todas sus integrantes son abiertamente afines a mis ideales; algunas se limitan a las actividades para ayudar a otras viudas y ya está —terminó dándole una suave palmadita a la parte superior del archivador y volviendo a caminar hacia mí.

Pensé en la cantidad de veces que la Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate había

tratado de reclutar a mi madre, con la propia señora Lonegan a la cabeza, y ella se había resistido siempre a formar parte de la KIAWA. Aunque su decisión de no afiliarse siempre me había parecido en exceso persistente, ahora me alegraba en extremo de ello. Lo que no podía parar de preguntarme era cuáles de esas señoras de la asociación a las que yo conocía en mayor o menor medida, en apariencia inofensivas, endebles, con sus buenos modales, luciendo su luto –las «urracas», como mis amigos y yo las llamábamos–, escondían en su pecho un corazón tan negro como el color de piel que tanto odiaban.

—Pero esto va más allá de un grupo de mujeres haciendo propaganda radical y racista, ¿no es así? —volvió entonces a la conversación el señor Giddens.

—Esto no va de mujeres o de hombres, señor Giddens. Esto va de una idea. Una idea tan poderosa que, una vez arraiga en tu mente, ya no se desprende de ella jamás.

—Una idea de violencia y muerte sobre la que ustedes, las Damas del Imperio Invisible, construyen una fachada de falsa moral, haciendo como que defienden unos valores loables y puros para que la gente que apoya esa idea no se sienta tan mal consigo misma cuando por las noches, en la soledad de sus habitaciones, tiene que hacer examen de conciencia sobre los actos que han secundado, financiado o animado.

—¿Por qué insiste en hablar de nosotros, en referirse al Klan, como algo malo? De siempre se ha dicho y es de sobra conocido que toda la gente realmente buena pertenece al Klan.

—¿De verdad se cree ese eslogan barato que promociona a su secta como si fuera un club social lleno de buenas intenciones? ¿Acaso piensa que engañar a un pobre estúpido para que mate en su nombre o en el de su causa tiene algo de bueno? —le espetó el señor Giddens con visible odio en la mirada y sin esperar ninguna réplica.

—Eso son solo medios para lograr un fin mayor. Para mí está totalmente justificado. Mi hermano Don me ayudó a reclutar a esos muchachos —dijo por fin, admitiendo su vínculo con los tres matones al tiempo que miraba a su hermano sin esperar que este corroborara sus palabras —, pero el joven Nathan es demasiado impetuoso. Intentamos enseñarle a hacer las cosas bien, a no cometer errores, a ejecutar nuestras directrices con pulcritud… pero se volvió difícil de controlar y, bueno, ahora ya no sabemos siquiera dónde está. —El silencio invadió entonces la estancia. La señora Lonegan había hablado de Nathan en presente, lo que indicaba que no sabía (ni pensaba) que estaba muerto. El señor Giddens y yo no pudimos evitar lanzarnos una furtiva mirada de complicidad que fue captada de inmediato por la señora. Lonegan, la cual entonces volvió a la carga—. Y eso, de hecho, me lleva al motivo de su inesperada visita esta tarde a nuestra pequeña pero acogedora cabaña —dijo en un tono de seguridad y serenidad que demostraba que había vuelto a recuperar el control de la situación y la conciencia total sobre su posición de superioridad en la misma—. Sabemos que algo extraño ocurrió hace un par de noches en su casa, señor Giddens. Algo, digamos, no esperado.

—Sí, unos descerebrados nos atacaron en mi casa. Lo que no sabíamos es que estaban siendo manipulados por ustedes. Por suerte, todo quedó en un susto y dos de ellos fueron arrestados por la policía —confirmó el señor Giddens sin que nadie se lo hubiera pedido.

—Ya sabemos que Russell Craig y Marky MacDonald están durmiendo a la sombra, aunque seguro que saldrán en breve —indicó la señora Lonegan con una seguridad que me impresionó y asustó a partes iguales—. También sabemos que usted, que debe de tener… ¿unos setenta años…?, los noqueó y dejó sin sentido a ambos. Sinceramente y sin ánimo de ofenderle, viéndolo ahora de cerca, tan impotente e insignificante, no parece usted gran cosa, señor Giddens. Está claro que los jóvenes de hoy en día son cada vez más endebles. Si lo hubiera

cogido mi Rob, que en paz descanse… bueno, usted, con su dilatada experiencia, seguro que me entiende. Los hombres de antes eran más duros, más dispuestos. De haber estado mi Rob vivo, nunca hubiéramos llegado al punto en que nos encontramos ahora mismo.

Esto lo dijo sin percatarse de que su hermano, que debía de ser poco mayor que ella, estaba en esa misma sala y podía darse por ofendido, aunque diría que, por la pétrea expresión de su rostro, no pareció darse por aludido.

—Pues lo cierto es que no sé si alegrarme o no de que su marido esté muerto, señora. Quizás tenga usted razón y el ataque de la otra noche habría acabado de otra manera muy distinta para nosotros si él hubiera podido intervenir, pero también me habría ahorrado el placer de conocerla.

Casi me entraron ganas de reír con la ocurrencia que acababa de soltar el señor Giddens, que parecía haber salido de los rápidos labios del mismísimo Groucho Marx. No entendía cómo podía seguir desafiando tan abiertamente a aquella señora que nos tenía contra las cuerdas, pero, de alguna manera, su casi chulesca actitud añadía gotas de tranquilidad a mi nervioso estado de ánimo, paliando mi sufrimiento.

La señora Lonegan no respondió esta vez a la provocación de mi antepasado, y se limitó a continuar con su discurso.

—Lo que no sabemos es qué ocurrió con Nathan después de que Russell y Marky quedaran inconscientes —sentenció ella al fin.

—Pues que se vio en inferioridad y, como el cobarde que es, salió corriendo a más velocidad de la que ninguno de nosotros dos podía igual —contestó el señor Giddens con tanta naturalidad que hasta yo creí su respuesta.

—¿Y eso es todo? —insistió la señora Lonegan.

—Luego llamé a la policía para denunciar el ataque y también la confesión que Nathan nos había hecho respecto a su autoría de los cuatro asesinatos que han tenido a la policía en jaque todo el verano… y ayer fuimos a comisaría a prestar declaración de nuevo sobre los hechos, contando lo mismo que acabo de decirle a usted ahora.

La señora Lonegan no parecía del todo conforme con la respuesta del anticuario, así que giró su cara hacia mí y volvió a preguntar, más despacio y con palabras que cayeron sobre mí como losas:

—¿Seguro que eso es todo, William Johns?

—Sí…. seguro. Es tal y como lo ha contado el señor Giddens —dije yo tragando saliva y esperando que mi tono fuera igual de convincente que el de mi antepasado.

—¿Cómo nos relacionó usted entonces con ellos? —preguntó el señor Popples saliendo de su aparente letargo y moviendo un poco la escopeta en dirección al señor Giddens.

—La foto de la boda de su hermana me dio las pistas necesarias para confirmar que eran o habían sido afines al Klan. Lo único que yo hice fue sonsacarle un poco, para ver si se revelaba como hombre del Klan o no —respondió el señor Giddens, esta vez con total sinceridad—. El resto lo han confirmado ustedes con sus acciones posteriores.

—¡Te lo dije, Eleanor! —gritó nervioso dirigiéndose a su hermana—. No teníamos que haber movido ficha. No tenían nada contra nosotros… nada que nos relacionara con los asesinatos.

—Te recuerdo que el que se delató confirmando ser del Klan fuiste tú al contestar a su provocación en la biblioteca —le reprochó, con acierto, su hermana.

El señor Popples bajó un poco la mirada, reconociendo al instante su parte de culpa en todo aquello.

—Yo pensé… pensé que su intento de sonsacarme si yo era del Klan no era más que la

confirmación de que en realidad sabía mucho más de lo que nos estaba contando; algo que no sabíamos y que podría estar relacionado con lo ocurrido con Nathan dos noches atrás. Es muy raro que no haya contactado aún con nosotros, es imposible que haya desaparecido del todo sin ninguna ayuda. Y me preocupa lo que le pueda pasar… o lo que pueda ir contando por ahí, más aún sabiendo que ya ha confesado sin pudor sus crímenes, al menos una vez —terminó el bibliotecario, refiriéndose a la confesión que Nathan me había hecho a mí en el jardín trasero de la casa del señor Giddens, con Russell, Marky y el anticuario observando toda la escena.

—Ya no tienes que preocuparte más por eso, Don —le indicó su hermana con tono tranquilizador—. Ya hemos vuelto a encarrilar la situación. E incluso sabes que ahora tenemos una buena oportunidad de cargarle los crímenes a este forastero que solo lleva un par de meses en nuestra ciudad —se giró hacia mi antepasado con una expresión que exudaba maldad por todos sus poros—. Lo hemos estudiado a fondo, ¿sabe, señor Giddens? Y he de decirle que la fortuna ha hecho que se den una serie de casualidades que benefician nuestro plan de endosarle a usted los asesinatos de esta ciudad. Será fácil fabricar pruebas que lo incriminen, tanto en los cuatro asesinatos que ya conoce como en el del próximo que está a punto de cometer: el del joven héroe local, Will Johns —señaló, mirándome de reojo mientras un nudo imposible de deshacer se formaba en mi garganta—, que tan inocentemente cayó en sus redes sin sospechar que estaba trabajando para un loco asesino, para un hombre sin moral que odia a muerte a los negros y que no duda en matar también a quien se ponga en su camino, como hizo con el pobre Will cuando lo desenmascaró y que terminó pagando su descubrimiento con su vida. Ya veo los titulares en los periódicos —dijo alzando las manos, gesticulando como si colocara una imaginaria pancarta delante de sus narices, agitando el enorme aunque fino cuchillo que sostenía —. ¡Pobre muchacho! La gente llorará a Will, lo convertirá usted en un mártir, ensalzará de nuevo al joven héroe que tanto bien hacía a nuestra comunidad. A usted lo matará mi hermano, con el que había quedado para pescar, pero al que quiso embaucar compartiendo sus ideas, confesándole sus crímenes, quizás incluso suplicando su ayuda tras haber acabado con Will… y, al no hallar en él el compañero que buscaba, se enzarzaron en una pelea que terminó con un par de tiros de escopeta en su cuerpo; en defensa propia, por supuesto. Creará usted otro héroe local, un hombre tan respetado y querido por todos como Don, que ahora además será conocido por haberse librado del asesino de Fortress Flint —se había acercado a su hermano y le ponía la mano izquierda en el hombro derecho, sin apoyarse demasiado—. Y con eso el caso quedará cerrado y nosotros podremos empezar de nuevo en unos meses, cuando todo este jaleo se haya calmado y seamos más, y más fuertes.

—Acabamos de testificar en la policía que fue Nathan quien cometió los asesinatos —replicó el anticuario, con voz firme pero un atisbo de duda en la mirada.

—Diremos que se lo inventó usted todo y que convenció al pobre William para seguirle en su plan, para respaldar su historia… por dinero, por ejemplo. Pero luego se arrepintió y fue cuando usted decidió matarlo. Podemos conseguir que Russell y Marky confirmen este discurso. El testimonio de mi hermano no será cuestionado. Y, si Nathan aparece, también podrá contar lo mismo. No quedará nadie vivo que pueda demostrar lo contrario; nadie que pueda restablecer su honor. Y su imagen de asesino despiadado quedará grabada a fuego en la historia de este país, sin posibilidad alguna de redención.

El señor Giddens no fue capaz entonces de responder nada; su seguridad y confianza parecían estar sobrepasados por los diabólicos planes de la señora Lonegan, la cual exudaba satisfacción por toda su piel.

Por su rostro quiero pensar que el temor y desasosiego que seguro sentía entonces el señor Giddens no provenían tanto del hecho de que lo fueran a recordar a él como el asesino que no era, ni porque «los malos» se salieran con sus planes y volvieran a la carga más adelante con sus radicales ideales racistas y violentos, asentándose más aún en la población, sino porque la señora Lonegan había anunciado mi inminente muerte, y eso lo había roto por dentro.

—Sí, ya está todo dicho y desvelado —siguió la «urraca mayor», con un entusiasmo que mostraba con claridad su disfrute de la situación—. Lo único que falta por definir es si la muerte del joven Johns será rápida e indolora o bastante lenta y llena de sufrimiento. —No me miró al mí al pronunciar aquella sentencia. Sus ojos seguían fijos en los del señor Giddens, sabiendo que era en él en el que más daño e influencia podían causar sus palabras. El anticuario no pestañeaba y sostenía su mirada sin ser capaz de replicar nada ante aquella cruel amenaza—. Así que el asunto es muy sencillo: díganme la verdad sobre Nathan, qué pasó con él hace dos noches, qué les dijo antes de huir… y Will no sufrirá —afirmó la señora Lonegan. Como nadie abría la boca, se giró hacia mí y se colocó a un palmo de mi cara—. ¿De verdad que quieres sentir dolor por ocultarnos algo que no va a cambiar en absoluto el final de esta noche para ti? ¿Te gustaría, por ejemplo, perder el ojo que te queda antes de morir? —me amenazó entonces acercando la punta de su afilado cuchillo a mi ojo derecho—. Sé listo, muchacho, y dinos qué os dijo Nathan, a dónde se fue…

—¡No lo sé! —grité aterrado sin poder evitarlo. Casi notaba la punta de la hoja acariciarme la córnea. A esas alturas y con tan nefastas perspectivas por delante, no sabía por qué seguir ocultando que habíamos acabado con la vida de su más letal secuaz, pero el señor Giddens no había hablado y yo no quería darle el gusto al diablo de confesar nuestro crimen, que solo serviría para inculpar más aún al señor Giddens en la falsa historia que pretendían vender al pueblo—. ¡No sé a dónde se fue! ¡Solo sé que era un asesino! Eso sí que me lo dejó muy claro.

—¡¿Era?! —exclamó ella ante mi error. Mi subconsciente me había hecho referirme a Nathan en tiempo pasado y eso alertó a la señora Lonegan. Mi mirada al escucharla terminó por delatarme—. ¿Qué quieres decir con «era»…? ¿Acaso lo habéis mat…?

—Nathan es un miserable y un cobarde —interrumpió el señor Giddens cortando la hipótesis de la amenazadora racista—. Igual que usted, que ha engañado y empujado a un hombre, un estúpido, a que se manche las manos de sangre y mate por defender sus deformes ideales. Y ahora pretende volver a hacerlo, usando a su hermano.

El señor Giddens terminó su frase mirando al señor Popples, que captó su referencia con una expresión de asco en su rostro que hizo balancearse un poco su espeso y blanco bigote. Yo estaba convencido de que el señor Giddens estaba intentando ganar tiempo y su provocación iba directa a algo que sabía molestaría a la soberbia señora Lonegan.

—A Nathan no ha habido que empujarlo a nada —replicó iracunda, tragando de lleno el anzuelo lanzado por el anticuario—. Cuando lo reclutamos, hacía ya tiempo que él había elegido el camino correcto y seguía, a su forma, los ideales que defendemos en el Klan. Solo necesitaba un guía que lo aconsejara y que lo ayudara a ejecutar las cosas de la forma adecuada. Es muy consciente de la importancia de su contribución a la causa. Nos ha librado de varios indeseables, escoria que solo estropea nuestro glorioso país. Pero, aunque es un buen soldado, también es algo impetuoso. Él quiere hacer las cosas bien, solo que más rápido de lo debido. Y eso ha atraído demasiada atención sobre nosotros. El Imperio Invisible debe seguir construyéndose, pero se ha empezado a hacer demasiado visible. Nathan es demasiado impulsivo y su impaciencia nos ha estado obligando a esforzarnos más de lo deseable para poder seguir asegurando nuestro

anonimato y nuestra total desvinculación con las necesarias muertes que debíamos acometer. Ahora debemos mantener de nuevo un perfil bajo, no hacer demasiado ruido, no poner en peligro todo lo que ya hemos construido. Tenemos que seguir trabajando en silencio para abrirle los ojos a más gente, para hacer que la sociedad comprenda que somos la única alternativa para curar el cáncer de este país y frenar la depravación y barbarie social que lo infesta. Y eso llegará, más tarde o más temprano llegará, porque la mano de Dios nos guía y su espada nos ayudará a destruir a todos nuestros enemigos.

—Todo eso no son más que patrañas, señora —siguió el señor Giddens con un tono del todo impertinente—. La única verdad es que usted y su hermano han engañado a un imbécil con serrín en la sesera para que cometa unos crímenes que ustedes no se atreven a ejecutar, porque son unos cobardes. Usted, probablemente, sea la mayor de todos. Y ahora va a volver a hacer lo mismo, pero usando a su propio hermano, porque ya no le quedan borregos a los que engañar; y, mientras, sus manos seguirán impolutas, sin una sola gota de sangre que las manche de forma directa.

El efecto de las palabras del señor Giddens no fue el que esperábamos; ya que la señora Lonegan volvió a serenarse, como si la provocación del anticuario hubiera actuado en ella como algún tipo de droga tranquilizadora, y empezó a reír.

—Jajaja —soltó desde lo más profundo de su garganta, como si de una malvada bruja de cuentos se tratara—. ¡Qué equivocado está usted, pobre iluso prepotente! Nadie más que yo se dará el gusto de acabar con sus despreciables vidas. Don solo está aquí para evitar que formen demasiado jaleo o intenten escapar de algún modo. —Se abalanzó entonces sobre mí como un rayo y se colocó a mi espalda, sujetando el cuchillo contra mi mejilla derecha, muy cerca de mi ojo—. Y ahora, estúpido jovencito cabezota, ¡dime qué hicisteis con Nathan! ¡¿Acaso lo matasteis?! No termino de creerme que un canijo enclenque como tú pudiera con el fornido Nathan… ¿O sí…? ¡¿Dónde está su cuerpo?! —me soltó al oído con tanta fuerza que pude notar su saliva en mi cuello.

Todo lo que ocurrió a continuación no duró más que unos segundos, pero yo lo vi y lo recuerdo a cámara lenta.

No había terminado la señora Lonegan de gritar su última pregunta cuando vi de reojo que el señor Giddens se movía más de lo que las cuerdas que lo sujetaban a la silla le hubieran permitido. Giré un poco mi cabeza, de forma instintiva, clavándome la punta del cuchillo en la mejilla y haciéndome un rasguño de algo menos de una pulgada. El señor Giddens se había conseguido liberar de las cuerdas que ataban sus manos.

Vi el brazo izquierdo del señor Giddens acercarse a mi posición y cómo golpeó con fuerza a la señora Lonegan –supongo que en el hombro o en la cara, porque ella estaba detrás de mí y no logré distinguir el punto exacto del impacto–. Su mano, con el cuchillo aún sujeto con fuerza, salió despedida hacia atrás, siguiendo a su cuerpo, que se desplomó en el suelo a mi espalda haciendo un ruido tremendo sobre los crujientes tablones de madera.

El señor Giddens había lanzado este ágil y súbito golpe sin cambiar demasiado la orientación de su cuerpo, solo desplazándose un poco de forma lateral, pero aún enfrentado al señor Popples, que tardó más de lo que seguro le hubiera gustado en apretar el primer gatillo de su escopeta y lanzar los perdigones de su primer cartucho.

El disparo dio de lleno en el pecho de mi antepasado, frenando un poco su avance, pero sin detenerlo del todo. Mi ojo no podía parpadear ni una sola vez ante la tensión del momento y la incertidumbre de la gravedad del disparo. En dos rapidísimos pasos, y antes de que el señor

Popples pudiera accionar el segundo gatillo de su escopeta, el señor Giddens lo alcanzó y se echó contra él, provocando que su escopeta se levantara y sus cañones apuntaran al techo. Ambos hombres se estamparon contra la pared, con la espalda del bibliotecario aprisionando una de las esquinas de la bandera confederada que adornaba la estancia. La fuerza y velocidad del movimiento de avance del señor Giddens lo había sorprendido y ahora la escopeta se sujetaba entre los cuerpos de los dos hombres, que forcejeaban como lo haría cualquiera que se estuviera jugando la vida en ello.

De repente, noté cómo el cuerpo de la señora Lonegan –que debía haberse levantado tras su estrepitosa caída hacia atrás– pasaba a mi lado, corriendo con grandes zancadas y blandiendo el cuchillo en alto al tiempo que gritaba «¡bastardo!» contra la espalda de mi antepasado.

Antes de que llegara a su posición, el señor Giddens debió de hacer algún movimiento con sus brazos, bajando la escopeta de su oponente y consiguiendo dos cosas al unísono: que los cañones de la misma bajaran un poco su posición y quedaran encastrados bajo la barbilla del bibliotecario, y que este apretara sin conciencia el segundo gatillo de la escopeta.

El rostro del señor Popples desapareció de pronto y una masa roja y amorfa sustituyó a su cara. Ya no vería más su espeso bigote blanco.

El cuerpo del bibliotecario se desplomó, inerte, al tiempo que la señora Lonegan alcanzaba a su presa por detrás y le clavaba el cuchillo en la parte derecha de la media espalda, hundiéndolo hasta el fondo y provocando un gemido en el señor Giddens que se me clavó hasta lo más profundo de mi alma. Mis esfuerzos por librarme de mis ataduras eran del todo infructuosos y mi impotencia me dolía más que nada de lo que aquella horrible señora hubiera podido hacerme a mí con su cuchillo.

Mi antepasado se giró con un brusco movimiento y volvió a derribar con el brazo izquierdo a la alta y delgada figura que acababa de apuñalarlo, haciendo que esta le sacara el cuchillo de la espalda al ser empujada hacia atrás.

El pecho del señor Giddens mostraba un círculo rojo de unas cinco pulgadas, en su parte izquierda, lleno de sangre, que chorreaba hacia abajo por su ropa hasta manchar sus pantalones. Una mancha más pequeña asomaba de la parte derecha de su pecho y supuse que la terrible puñalada del largo y fino cuchillo de la señora Lonegan lo habría traspasado hasta asomar su punta por delante de su pecho. Su cara, descompuesta y llena de dolor, estaba salpicada de sangre, pero esta debía de ser del ahora desfigurado señor Popples.

El señor Giddens cayó de rodillas, mirándome. Yo estaba completamente aterrado. Miró a la parte derecha de la silla donde había estado atado y yo seguí su mirada hasta el mismo lugar, donde yacía su adorado bastón, ocultando el estoque que con tanta habilidad había usado con Nathan. Se dejó caer hacia delante y estiró su brazo para alcanzar el bastón. Su altura le bastó para llegar a asirlo por la cabeza de zorro dorada que lo coronaba.

La Sra. Lonegan estaba ya medio incorporada de nuevo y con más rabia que la que ningún ser humano podría soportar en su interior. Sus ojos escupían fuego y su pelo alborotado por los golpes y caídas le daban un aspecto de loca furiosa muy aterrador.

Ella se abalanzó de nuevo, en perpendicular, hacia el maltrecho cuerpo del señor Giddens justo cuando este empezaba a girarse para enfrentarla con el bastón. Para mi desesperación y horror, la loca consiguió clavarle otra vez el cuchillo, ahora en su costado derecho, hundiéndolo hasta el mango.

El grito del señor Giddens me heló la sangre. Mientras lo profería, pudo terminar de girarse para ponerse bocarriba –no sé de dónde sacó las fuerzas – y con un rápido y definitivo

movimiento de su brazo derecho, colocó su puño en la garganta de la señora Lonegan, que había soltado el cuchillo y manoteaba con sus puños el pecho ensangrentado de mi antepasado a la vez que trataba de colocarse a horcajadas sobre él. En un suspiro, el señor Giddens terminó el movimiento con su brazo hacia la derecha, sacando el estoque de su funda, la cual había conseguido agarrar por el otro extremo con su mano izquierda, y cortando la garganta de la «urraca mayor» con su afilada y delgada hoja.

La señora Lonegan paró de golpe sus movimientos de ataque y llevó sus manos a su garganta tratando de parar los borbotones de la fuente de hemoglobina que se formó en su cuello en un instante y, con la expresión de sorpresa de quien no termina de comprender lo que está sucediendo, se desplomó hacia un lado, mientras la madera del suelo de la cabaña se iba tiñendo y tiñendo de rojo oscuro.

—¡Señor Giddens! —grité con horror cuando la inminente quietud que inundó el ambiente al desplomarse muerta la señora Lonegan deshizo por fin el nudo que se había establecido en mi garganta.

El sangriento espectáculo que se había desplegado ante mis ojos en menos de un minuto era dantesco.

El cuerpo sin rostro del señor Popples, tirado en el suelo junto a la pared enfrente de mí, parecía mirarme sin ojos ni expresión alguna desde la roja y amorfa masa en la que se había convertido su cara. Era imposible no dar arcadas al contemplarlo.

Más cerca de mi posición, en el suelo, estaban los dos cuerpos de la señora Lonegan y el señor Giddens. El de ella, tirado de lado más a la derecha, con las manos aún sujetándose la enorme abertura en su cuello por la que se le había escapado la vida en unos segundos y de donde continuaba emanando el caliente y espeso líquido rojo que seguía ampliando la enorme mancha de sangre que cubría el suelo, acercándose a mis pies como lava. Su cara seguía mostrando el desconcierto de quien ha sido sorprendida por algo completamente inesperado. Supongo que no sospechó en ningún momento lo que escondía el elegante bastón de mi antepasado.

Por último, el del señor Giddens, tumbado bocarriba, con los brazos extendidos en cruz, sujetando en la mano derecha el estoque ensangrentado y en la izquierda la funda del bastón; descansando por fin de la rapidísima y cruenta batalla que habría librado por los dos en solo unos segundos. Supe enseguida que no estaba muerto porque podía ver su pecho moverse al respirar, aunque la sangre que lo envolvía y el cuchillo que aún permanecía clavado en su costado no auguraban nada bueno. Quise confiar con toda mi alma en que su extraordinaria condición, su «mágica» sangre lo salvaría, pero no podía dejar de tener dudas.

Traté con todas mis fuerzas de liberarme de mis ataduras, pero seguía sin conseguir avanzar nada en absoluto en mi propósito. Aquellas cuerdas que aprisionaban mis pies y manos estaban fuertemente anudadas, para mi total desesperación.

Por fin, mi antepasado empezó a moverse. Primero trató de incorporarse, aunque el evidente dolor que seguro sentía no se lo permitía y terminó optando por girarse en el suelo, poniéndose de nuevo bocabajo. Empezó a reptar hacia mí, sin soltar el estoque y sin poder levantar la cabeza tanto como para mirarme.

De nuevo, yo no era capaz de articular palabra; pero esta vez por la emoción de ver que mi antepasado, al que me unía un sentimiento de afecto y cariño cada vez mayor, estaba vivo, podía moverse y se disponía a liberarme. Empezaba a ver la luz después de toda la oscuridad que nos había envuelto aquella tarde-noche, en la que la muerte nos había rondado y nos había acariciado con su manto tan de cerca que la salvación final nunca me pareció posible. Y, sin embargo, allí

seguíamos, habiéndola espantado. Y todo el mérito era del hombre que ahora se arrastraba con lentitud hacia mí y que me había regalado, por segunda vez en solo dos días, la oportunidad de seguir viviendo.

Cuando llegó a mi altura y pudo alcanzar mis manos con su estoque, empezó a cortar mis ataduras. Emitía leves jadeos de esfuerzo al realizar los movimientos de corte hacia delante y hacia atrás porque seguro que, en su maltrecho estado, estos le resultaron harto pesados y dolorosos. Su posición era forzada y me hizo algunos pequeños cortes en las manos y las muñecas, pero cómo iba a reprocharle aquello cuando sentía la más inmensa de las gratitudes hacia él por haberse arriesgado hasta el borde de la muerte para salvarme. Cada pequeño corte fue recibido con una sonrisa por mi parte, con la felicidad de verme salvado.

Cuando por fin pude liberar mis manos, me giré y agarré el estoque, que me fue entregado sin ninguna resistencia, y con él liberé también mis pies.

Me levanté de un salto de la silla y me coloqué de rodillas al lado de mi querido amigo.

—Ayúdame a darme la vuelta, por favor —susurró al notarme a su lado.

Al hacerlo, gimió de nuevo, pero cuando estuvo bocarriba, su rostro, salpicado por la sangre del señor Popples, mostraba una expresión de satisfacción y alegría que casi me contagió, a pesar de mi evidente preocupación por su maltrecho estado. Comprobé que la hemorragia de su pecho parecía estar controlada y la sangre no salía con tanta fluidez. Eso me tranquilizó un poco.

—Te dije que esta noche dormirías en tu cama —dijo él con una sonrisa teñida de rojo.

—También me dijo que saldríamos de aquí los dos sanos y salvos —reproché yo de forma harto injusta e inadecuada.

—Sí, es cierto, supongo que usé el plural demasiado a la ligera… ja —terminó con una breve y seca risa, antes de toser y soltar un esputo de sangre.

Aquello no me gustó y lo miré contrariado. Fijé mi atención entonces en el cuchillo que aún permanecía hundido en su costado derecho y llevé mis manos hacia él.

—¿Debería sacarlo? —le dije, esperando que él supiera lo que le vendría mejor en ese momento.

Tardó unos segundos en responderme, creo que por una mezcla del trabajo que le costaba respirar –y, por tanto, hablar– y porque sabía que lo que iba a decirme a continuación no me iba a gustar a nada.

—Querido William… sinceramente, creo que… creo que da igual lo que hagas.

Lo miré sabiendo a qué se refería, pero sin querer aceptarlo.

—Lo sacaré entonces, y enseguida se parará la hemorragia. Igual que la de su pecho —repliqué decidido.

Cuando saqué el cuchillo, en un movimiento ágil que me sorprendió a mí mismo, un chorro de sangre me salpicó las manos. El señor Giddens emitió un quejido apagado y rápidamente taponé la herida.

—Ya está —informé, sin necesidad—. Ahora solo queda esperar un poco a que su sangre obre el milagro que ha hecho otras veces y, en cuanto pueda valerse por sí solo, iremos a buscar ayuda. O iré yo solo cuando me asegure de que está bien y puede quedarse solo. Lo importante es que esto ya ha acabado —terminé, convencido de nuestra victoria total y absoluta.

—En algo sí que tienes razón, William —dijo entonces él, con su rostro más serio y compungido—. Y es que «esto ya ha acabado».

Mi expresión se volvió dura. No podía aceptar lo que me estaba sugiriendo mi querido antepasado.

—¡No! —negué yo con furia—. ¡No diga eso! Su sangre hará su magia. Su sangre lo curará. Y en unos minutos… o en unas horas estará usted bien de nuevo. Nos quedan aún muchas películas que disfrutar juntos —terminé en un tono menos agresivo y más tierno.

—Nuestra sangre es especial y nos hace especiales a nosotros; nos puede curar heridas, cortar hemorragias, reparar la piel y alargar nuestra vida hasta donde nunca otro ser humano llegaría jamás. Pero no puede reparar daños internos, no cura nuestros órganos, no nos hace inmortales en modo alguno… —sentenció para mi disgusto, mientras tosía y escupía sangre de nuevo—. El disparo me ha dado en el pulmón y puede que también en el corazón… no estoy seguro. La puñalada en mi espalda me ha atravesado el otro pulmón… y la última en el costado no sé qué habrá roto por ahí dentro, pero noto que las cosas no están como deberían. Llevo viviendo demasiado tiempo como para saber que ha llegado mi hora.

—Pero, no puede ser, señor Giddens. No puede ser. Usted es fuerte. Usted ya ha pasado por cosas similares. Usted ha sobrevivido a muchas guerras. No puede morir aquí, en una pequeña cabaña en medio del bosque. ¡No puede usted dejarme solo ahora! ¡¡¡No puede abandonarme!!! —dije sollozando mientras las primeras lágrimas escapaban de mi ojo.

—Te aseguro que a mí también me gustaría poder pasar más tiempo a tu lado. Me has hecho muy feliz estos dos meses. Conocerte ha sido una de las cosas más bonitas de mi vida. Y eso cobra mucho más valor en una vida… de casi doscientos cincuenta años —explicó con dificultad al respirar, pero volviendo a esgrimir una delicada sonrisa—. No puedes imaginar lo feliz que me hace sentir el hecho de que mi muerte ahora… haya servido para salvar tu vida…, para que puedas continuar tu camino. No podías haberme hecho un regalo mejor, Will.

Era la segunda vez que me llamaba Will, y sería la última que lo haría. Mis lágrimas mojaban mi rostro y resbalaban hasta caer en el ensangrentado cuerpo de mi antepasado, que me miraba sonriente y con una agradable y sincera expresión de paz.

Me agaché un poco más y lo abracé con fuerza, sin preocuparme de si mi peso o presión le causaban malestar o dolor alguno. Él trató de devolverme el abrazo, rodeándome con su brazo derecho, pero se notaba que le faltaban las fuerzas.

Me incorporé de nuevo y lo miré con una mezcla de tristeza, por su inminente marcha, y alegría, por lo que me había hecho sentir y me había regalado. Creo que puedo decir sin tapujos que el afecto que sentía por aquel hombre al que solo conocía desde hacía un par de meses se había convertido en sincero amor y que ahora lo veía de pleno como el familiar más cercano a mí, tras mi propia madre.

—Déjame ahora que te dé algunas instrucciones antes de irme del todo —me dijo él con prisa, como si no quisiera dejar nada importante por decir antes de que su último aliento saliera de su cuerpo.

—Le escucho —confirmé diligente, sabiendo que lo mejor que podía hacer entonces era darle la satisfacción de irse en la mayor paz posible.

—Lo primero: debes contar toda esta historia. El horror orquestado por estos dos hermanos debe ser hecho público… y la violencia provocada por el racismo del Klan debe quedar expuesta para que los buenos hombres de verdad vean que la presencia y los efectos del odio sin sentido están más cerca de lo que piensan y hay que seguir luchando contra él. Lo que ha pasado en Fortress Flint debe ser un ejemplo…, debe hacer reflexionar a la gente.

—Por supuesto. Así lo haré.

—Intuyo que en el archivador que ahí en la esquina puede haber documentos que te ayuden a demostrar la implicación de más personas en esto. Quizás más señoras de la KIAWA… Noté

cómo la señora Lonegan se acercaba y apoyaba en él cuando hablaba de ello. Mira dentro y llévate lo que puedas como prueba…, si es que mi instinto no me engaña y estoy en lo cierto.

Me sorprendí al escuchar ese detalle y me pareció una gran idea que comprobaría más tarde.

—Cuente con que miraré dentro y buscaré esas pruebas.

—Bien —dijo antes de soltar otra tos ensangrentada. Sus heridas ya no parecían sangrar tanto, ni siquiera la de su costado, pero el aspecto del señor Giddens y su dificultad para respirar y para hablar, con muchas más pausas de lo habitual en él, evidenciaban que las heridas internas de su cuerpo eran tan graves y mortales como él afirmaba—. También debes ir a mi casa… y asegurarte de que los documentos y objetos que guardo en mi caja fuerte quedan a buen recaudo. Hay algunas pertenencias ahí que podrían comprometerme y dar lugar a sospechas. Sobre todo, las fotos. Además, confío en que te gustará conservar parte de mi historia… parte de mi vida, como recuerdo. Hay dos cajas fuertes…, de hecho, una dentro de la otra. Recuerda que están detrás del radiador de mi dormitorio. La combinación de la de fuera, la más grande, es 4, 8, 15… Y la de la pequeña 16, 23, 42. Recuerda bien estos números y alterna la rotación de las ruedas, empezando siempre hacia la derecha. Quédate con lo que hay dentro… o quémalo, pero no dejes que caiga en otras manos que no sean las tuyas.

—Guardaré todo eso a salvo, con cariño y muy bien escondido —confirmé yo para su tranquilidad.

—Y una última cosa... he de rogarte que hagas algo más…, algo que quizás te suene extraño pero que es muy necesario que ejecutes. Por ti y por mí —dijo con algo de misterio. Cada vez le costaba más hablar, lo hacía más lentamente y en un volumen más bajo.

—Dígame. Haré lo que sea que me pida —repliqué servil.

—Necesito… que le prendas fuego a la cabaña —me dijo mientras mi ojo se abría de par en par—. Espera que me haya ido del todo. No falta mucho. Coge lo que puedas del archivador. Registra un poco el resto de la cabaña por si ves algo que pueda servirte para apoyar tu declaración… y luego préndele fuego. Quema nuestros cuerpos. Puedes usar esa lámpara de aceite —señaló con su mano temblorosa la única luz que nos había estado alumbrando todo el tiempo—, rómpela contra el suelo y luego di que se cayó durante la pelea con Lonegan y Popples. La cabaña arderá como el infierno antes de que los bomberos puedan apagar el fuego. Y mi secreto quedará así a salvo.

Entendí entonces el por qué me estaba pidiendo eso. Quería protegerse y protegerme de preguntas que no tendrían respuesta.

—Pero, ¿no hay otra forma? —inquirí yo con cierto desasosiego. No me atraía nada la idea de dejar que su cuerpo se consumiera en la cabaña que había provocado su muerte. No me parecía limpio ni justo. Acabar una vida tan larga y tan extraordinaria allí tirado, al lado de dos personas crueles y tan diferentes a él.

—Nuestra sangre especial pierde sus propiedades cuando morimos. Las propiedades especiales de la sangre de un muerto no se pueden transmitir a nadie… y no creo que ninguna autopsia revelara nada extraño en ella. Pero mis dientes no puedo ocultarlos —explicó él—. Si los examinan empezarán a hacerme otras pruebas… y quién sabe hasta dónde avanzará la medicina en breve como para poder sacar conclusiones que no quiero que se saquen.

—Entiendo, pero…

—Hazlo, por favor —me interrumpió él y comprendí entonces que no podía negarme a lo que me pedía. Tosió más sangre—. Podrás pedir que incineren mis restos… o lo que quede de ellos cuando apaguen el incendio… y tirarlos al mar desde lo alto de la fortaleza, por ejemplo. Ese

sería un buen final para mí. Volvería al mar, que tanta emoción y alegrías me dio de joven —terminó con una serena sonrisa de satisfacción.

—Cuente con ello. Así lo haré —acepté resignado.

Mi cara intentaba no mostrar mi preocupación y tristeza, pero supongo que no lo conseguía.

—No estés triste, por favor —me dijo con ternura—. Me voy feliz, de verdad.

—Lo sé… Lo noto —afirmé convencido—. Pero me va a costar salir adelante solo.

—No estarás solo —apuntó él sin tener que referenciar a mi madre y mis amigos, ni a todas las personas que en el futuro se cruzarían en mi camino y me harían crecer, reír y llorar. Yo sabía a lo que se refería.

—Pero no me entenderán como usted —repliqué—. No sabrán que no soy normal.

Su roja sonrisa se expandió un poco más y noté algo de condescendencia en su mirada.

—Recuerda que, en realidad, todos somos «casi normales», como te gusta decir a ti; pero solo unos pocos son verdaderamente extraordinarios.

La voz ya casi no le salía del cuerpo y las palabras eran susurros casi imperceptibles. Su hora estaba próxima y solo le quedaban quizás unos segundos más de aliento.

—Usted es extraordinario, señor Giddens —repliqué con amor, tratando de despedirme con el mejor halago que se me ocurrió.

Su sonrisa se hizo algo más amplia.

—Señor Giddens… Horace Giddens… Espero que no me recuerdes solo por un nombre ficticio… —hizo una pausa para tomar con dificultad una bocanada de aire—. De hecho, quizás pienses que es una tontería de un viejo moribundo, pero creo que me gustaría escuchar mi verdadero nombre de tus labios, aunque solo sea una vez, e irme de este mundo con la confianza de que sabes quién soy yo de verdad.

Entendía perfectamente a qué se refería. ¿Cómo iba a negarle su último deseo al hombre que había dado su vida por mí? Sin embargo, en lugar de llamarlo por su nombre real –Roderick Richardson–, que aún sonaba raro en mi cabeza, medité bien mis palabras durante un segundo y finalmente le dije, con toda la ternura de la que fui capaz:

—Tú eres extraordinario, abuelo.

Su sonrisa se tornó entonces en una enorme risa sin sonido, más amplia que nunca, que mostró sus dientes tal y como eran. Sus ojos irradiaban una felicidad y una gratitud que nunca esperaría haber visto en el rostro de un casi muerto. Manchados de sangre, sus extraños dientes ya no me lo parecían tanto. Ahora esos dientes «casi normales», similares a los que yo mismo «heredaría» en poco tiempo, adornaban una sonrisa que en otras circunstancias me habría causado pavor. Sin embargo, a pesar de la sangre, a pesar del momento, su rostro me pareció entonces muy hermoso y permaneció así durante unos segundos más hasta que empezó a volverse cada vez más inexpresivo y, en un momento dado, supe por su mirada perdida que mi adorado señor Giddens ya se había ido del todo.

Me sentí entonces más solo que en toda mi vida.

# Un final made in Hollywood

Comprobé hasta tres veces el pulso de mi querido antepasado, con la tonta esperanza de que lo que indicaba con claridad su vacío rostro no fuera cierto, pero al final tuve que rendirme a la evidencia.

No sé decir bien cuánto tiempo pasó hasta que me puse en pie. Abstrayéndome del escenario de horror y muerte que me rodeaba, me dirigí al archivador metálico en busca de algo que, como me había dicho el señor Giddens, me fuera de utilidad para apoyar mi declaración y que la historia del Ku Klux Klan de Fortress Flint se desvelara del todo. No sabía si me lo encontraría cerrado y, por un momento, temí tener que arrastrarlo fuera de la casa, pero no hizo falta, ya que sus tres cajones estaban abiertos.

No me paré a examinar qué es lo que había en cada uno. No tenía la cabeza lo suficientemente despejada como para poner el foco en una investigación documental, así que cogí todo lo que encontré –tres carpetas de anillas llenas de papeles, varias fichas ordenadas en delgadas carpetillas de cartón marrón y una pequeña cajita metálica pintada de azul, rectangular, de unas cinco por tres pulgadas, cerrada con llave, que sonó al moverla–.

Salí de la habitación y descubrí que la cabaña era bastante sencilla y pequeña. Primero llegué a un salón cuadrado que era a la vez entrada y distribuidor de la casita. Había un sofá rojo, más decente y limpio que el que había en la sala donde había estado cautivo, y un par de grandes butacas, una vieja mesa con seis sillas, un mueble con algunas botellas y vasos y un par de cuadros de caza adornando la pared. Dejé un momento las cosas que llevaba en la mano encima de la mesa para poder moverme mejor por la estancia y terminar de investigar. El salón estaba iluminado por otra lámpara de aceite, la cual cogí para asegurarme una buena visibilidad en el resto de las estancias que aún me quedaban por recorrer. Todo indicada que allí no llegaba el suministro eléctrico común, lo cual me hizo pensar en lo oculta y secreta que sus propietarios habían conseguido mantener esa propiedad, apartada de todo y anclada en el pasado.

Al otro lado del salón había una habitación con dos camas individuales y una pequeña cómoda. Todo muy austero, aunque las camas estaban hechas y las sábanas parecían limpias. La cómoda solo tenía algo de ropa, que dejé en su lugar tras asegurarme que no escondía nada más.

En el fondo del salón, justo enfrente de la que supuse sería la puerta de entrada a la cabaña, había dos habitaciones más. Una tenía una pequeña cocina de leña con un par de muebles que parecían muy antiguos. No vi suministro de agua. La otra estaba llena de aparejos de pesca y herramientas y al fondo tenía una pequeña ventana desde la que pude ver, fuera de la cabaña, a unos treinta pies de distancia, un pequeño cobertizo con la puerta abierta que, desde la distancia a la que me encontraba, me pareció una letrina.

Volví a la habitación donde estaban los tres cadáveres. Nadie podría acostumbrarse jamás a una visión como la de aquella masacre. La escarlata pintura delante de mí habría horrorizado a cualquiera, pero recuerdo que esa última vez yo la vi con un espíritu más calmado, con la conciencia de quien va asumiendo poco a poco lo ocurrido y la perspectiva de que, salvo por la triste muerte de mi antepasado, el resto del cuadro mostraba una cierta justicia que lo hacía menos doloroso. Me agaché entonces, decidido a conservar algo que para mí era importante; y

agarré el estoque ensangrentado del señor Giddens y su funda. Lo limpié con cuidado con mi camiseta y lo metí en su funda, volviendo a conformar el bastón que siempre había creído que era.

Después cogí la lámpara de aceite que colgaba de la viga. Tal y como me había dicho el señor Giddens que hiciera, la lancé contra el suelo, cerca de los tres cuerpos, y en un segundo las llamas los cercaron. Abrí las dos ventanas de la habitación para asegurar que el fuego no se extinguiera demasiado rápido por falta de oxígeno. Derramé entonces unas últimas lágrimas antes de abandonar la estancia, sin poder evitar sentirme culpable por no poder dar a mi antepasado la digna sepultura que se merecía, por mucho que yo supiera que estaba haciendo lo correcto y cumpliendo su voluntad.

Crucé el salón y dejé la otra lámpara sobre la mesa, recogí todo lo que había sacado antes del archivador metálico y salí por la puerta principal, dejándola abierta para promover una buena corriente de aire que avivara el fuego.

Era de noche y los altos árboles que rodeaban todo aquello lanzaban sus sombras sobre mí ayudados por la luz de la hermosa luna que presenciaba toda la escena desde las alturas celestiales. Anduve unos pasos, para alejarme de la cabaña, y pude ver por las ventanas de la izquierda las cada vez más altas llamas que lo estaban consumiendo todo.

Las dos construcciones a la derecha y a la izquierda de la cabaña estaban suficientemente alejadas de esta para no verse afectadas por el fuego. El terreno entre ellas era tierra y no tenía arbustos ni hierba que pudieran propagar el fuego hacia ellas tanto como para carbonizarlas junto a la cabaña. Yo quería asegurarme de esto, sobre todo, para que la furgoneta marrón se mantuviera a salvo y pudiera usarse como prueba adicional contra Lonegan, Popples, Nathan y los demás; y porque tampoco pretendía incendiar el bosque.

Sabía que la policía no debía encontrarme con el bastón. De hacerlo, seguro que me lo requisarían como prueba y alguien podría descubrir lo que ocultaba; y yo no quería tener que dar falsas o sospechosas explicaciones al respecto. Así que me adentré un poco en el bosque, saliendo del camino que llevaba a la cabaña y busqué, con cierta dificultad –por la oscuridad de los frondosos árboles que me rodeaban–, un árbol hueco lo suficientemente alejado como para que nadie pudiera encontrarlo de manera fortuita tras la segura invasión de policías, bomberos, periodistas y curiosos que se formaría alrededor de la cabaña –o lo que quedara de ella– tras el incendio. Estaba seguro de que al día siguiente aquello estaría infestado de gente. Ya iría a recuperarlo, con calma y sin riesgo, unos días más tarde, cuando todo hubiera pasado.

Volví de nuevo al camino de tierra enfrente de la ardiente cabaña. Las llamas ya habían salido al exterior y cubrían casi toda la parte izquierda de la misma. Una enorme columna de humo subía hacia el cielo, ocultando la luna, y el olor a madera quemada inundaba el aire.

No quise pensar en cómo la carne del señor Giddens se estaría consumiendo entre las llamas, pero sí me imaginé a los otros dos endemoniados criminales retorciéndose chamuscados en el mismísimo infierno como ahora sus cuerpos lo estaban haciendo en aquella cabaña.

Me di la vuelta y, cargado con todo lo rescatado del archivador, aún sin saber si contendría algo que sirviera para apoyar mi confesión y teoría respecto al Klan de la señora Lonegan, comencé a andar despacio dejando atrás la anaranjada y cada vez mayor hoguera que alargaba mi sombra en el camino de tierra que me conduciría a la carretera y, un poco después, a la ciudad; y a mi casa.

Caminaba lento, casi como un zombi. La luz del fuego y el crepitar de la madera al quemarse encima de los tres cuerpos que había abandonado en el interior de la cabaña se iban haciendo cada vez más imperceptibles, hasta que, tras unos minutos, ya solo podía identificar el incendio

por la columna de humo negro que, al fondo y ya bastante detrás de mí, se fundía con los azulados tonos oscuros de la noche que me envolvía. El camino era recto y mi ojo se había acostumbrado a la penumbra tan bien que no me era difícil mantener el rumbo sin salirme de él.

Allí, entonces, en aquel lugar en el que mis sentidos estaban parcialmente aislados, empecé a percibir los sonidos nocturnos del bosque; crujidos de ramas, hojas agitándose con la suave brisa que me abrazaba, grillos cantores, y el choque de mis pies con la gravilla que recubría el camino. Y esa consciencia sobre lo que me rodeaba, en la casi total oscuridad de la noche, me hizo empezar a digerir todo lo que acaba de suceder.

Analizándolo ahora, con la perspectiva del tiempo y la experiencia, reconozco que los hechos que viví ese miércoles 16 de agosto de 1967 quizás provocaron ciertos traumas en mí que he tardado años en superar. Empezando a asimilar una nueva y extraordinaria condición que aún no sabía hasta dónde me llevaría y habiendo descubierto ese mismo día que tenía un pariente de doscientos cincuenta años de edad que me había estado acompañando los dos últimos meses, solo unas horas después lo había perdido de la forma más cruel y despiadada posible, a manos de unos despreciables seres a los que me era imposible añadir el adjetivo de «humanos».

No sé aún cómo pude digerir todo aquello y conservar la cabeza fría para enfrentarme con la mayor naturalidad posible a los días posteriores a ese suceso.

Justo cuando estaba a punto de llegar al final del camino de tierra, donde este se unía por fin a la carretera que me llevaría a la ciudad, pude ver y oír un coche de policía que se acercaba por ella a gran velocidad.

Solté lo que llevaba en las manos en el suelo y salí a la carretera agitando los brazos como un loco, en un movimiento suicida que por poco me cuesta la vida. El coche de policía dio un brusco frenazo y un volantazo y terminó colocado en perpendicular a la carretera, parado a solo un palmo de mi cuerpo.

El agente que se bajó de él por poco me arrea una enorme bofetada antes de darse cuente de que tenía sangre en mi ropa y que mi cara mostraba un estado de conmoción que podía explicar por qué había llamado su atención de aquella forma tan peligrosa. Además, por mi parche me reconoció enseguida. Yo era Will Johns, un buen muchacho de Fortress Flint, un héroe que había salvado a su madre cuando solo era un niño, que recientemente había salvado a otro hombre en el hospital de ser asesinado, que poco después había sufrido un ataque nocturno y que había proporcionado datos para acusar al asesino de hasta cuatro homicidios en la ciudad ese mismo verano… por tanto, nadie pensaría que podía estar haciendo nada malo en pleno bosque, en medio de la noche, a pesar de que una lejana columna de humo negro se divisara, gracias a la luz de la luna, a mi espalda.

Tras unas breves palabras en las que se identificó como el agente Collins, le indiqué de dónde procedía el fuego. Él estaba por allí precisamente tratando de encontrar el foco de la columna de humo, que había sido percibida desde varias millas a lo lejos, y precedía a los bomberos y a otros coches de policía que también iban a identificar la gravedad del incendio y a ayudar en su delimitación y extinción.

Un camión de bomberos apareció enseguida por la misma carretera, seguido por dos coches patrulla más y, al vernos, aminoraron. Les indiqué la dirección hasta el incendio y todos ellos se metieron por el camino de tierra. Yo monté en el coche del agente que casi me atropella, no sin antes coger todo lo que había soltado a la ligera en el suelo poco antes.

Durante los escasos minutos que duró mi vuelta al lugar donde había perdido a mi querido señor Giddens empecé a contarle al agente, muy por encima, la base de lo que a la postre sería mi

confesión formal sobre todo lo que me había sucedido aquella tarde-noche. El agente llamó por radio a la central y dio breves datos sobre todo lo que le había contado.

Cuando llegamos al lugar, el incendio ya había consumido casi toda la cabaña, aunque los bomberos se afanaron por apagar las decrecientes llamas tan rápido como pudieron. El agente Collins me indicó que permaneciera en el coche patrulla; no podía salir de ningún modo, porque iba atrás, en el lugar donde se sientan los criminales, y las puertas tenían el seguro puesto. Vi cómo Collins hablaba con sus compañeros de los otros coches y, tras unos minutos, volvió al suyo y llamó de nuevo por radio a la central, aunque lo hizo sacando la radio por la ventanilla y no pude oír bien lo que les decía. Además, yo estaba absorto en el calcinado espectáculo que habían dejado las llamas. La cabaña estaba destrozada y las luces de los coches patrulla y del camión de bomberos solo dejaban ver escombros y cenizas humeantes. Sentí pena de nuevo al pensar en que mi antepasado se habría fundido con todas esas ascuas carbonizadas, pero volví a recordar que era justo lo que él había deseado.

El agente Collins se montó finalmente en el coche y me informó de que me iba a llevar a comisaría. Me dijo que contactarían con mi madre y que me reuniría con ella allí.

Toqué con mis manos los papeles y la caja que había extraído de la cabaña antes de incendiarla y que ahora descansaban a mi lado en el asiento de atrás del coche. Pensé que tendría que depurar algunos detalles de mi historia; ahora debería relatarla con más precisión y datos, y confié en que todo lo que me había llevado de aquel archivador metálico que ya no sería más que un amasijo de hierro medio fundido por el incendio me ayudara a hacerlo. Al mirar mis manos sobre los papeles me percaté de que las heridas de los cortes que el señor Giddens había hecho sin querer con su estoque al cortar las cuerdas que me ataban a la silla donde había estado secuestrado ya casi habían desaparecido y se habían convertido en unas leves líneas superficiales en mi piel que nadie habría podido identificar como cicatrices recientes. Me sentí especial.

El trayecto a comisaría lo percibí como un suspiro, casi como si me hubieran teletransportado, porque en un instante el agente Collins estaba abriéndome la puerta para dejarme salir y ayudarme con los papeles y la caja que me acompañaban.

Mi entrada en el edificio fue algo extraña. No había demasiados agentes en comisaría –era turno de noche– pero todos me recibieron en pie y me dedicaron un sonoro aplauso ante mi cara de sorpresa. «Bien hecho, muchacho». «Gran trabajo, Will». «Enhorabuena, chico». Fueron algunas de las frases que me dedicaron mientras cruzaba la comisaría y me conducían a una sala, donde me ofrecieron agua –que bebí con cierta ansia– y un sándwich –que no toqué–. En la sala había un enfermero que me hizo algunas pruebas básicas para descartar que tuviera nada grave y algunas preguntas para corroborar que me encontraba bien (o suficientemente bien, habida cuenta del traumático suceso al que acababa de sobrevivir) como para no tener que ir al hospital y que la policía pudiera hablar conmigo.

Poco después entró un agente, que se identificó como Lawrence, y me dijo que esa noche no iba a prestar declaración formal, pero que él estaba allí para tomar unas primeras notas básicas de mi historia, si me parecía bien y no estaba demasiado cansado. Luego podría irme a casa y al día siguiente ya habría tiempo de declarar con detalle todo lo sucedido. Me preguntó por el contenido de los papeles y la caja que había traído conmigo desde la cabaña y le dije que no sabía lo que contenían, pero que pensaba que podrían ser pruebas de la implicación de la señora Lonegan y el señor Popples –y puede que de otras personas que yo no conocía– en los asesinatos y en mi secuestro.

Bobby Lloyd entró en la sala, visiblemente emocionado, cuando yo terminaba mi escueto

relato. Me dio un abrazo y me dijo que mi madre estaba fuera, esperándome. Tras un breve intercambio donde comentamos por encima lo ocurrido, me felicitó por mi valentía y le pedí –pensando que la historia de todo lo que me había sucedido correría como la pólvora por la ciudad– que, cuando pudiera, informara a Penny de que yo me encontraba bien, algo que me prometió hacer encantado.

En cuanto salí y mi madre me tuvo al alcance de sus brazos, hizo de madre con la mezcla justa de preocupación y pasión que hubiera esperado. Me besó, me achuchó, me preguntó mil veces si estaba bien y en cuanto comprobó que su «pequeño» no tenía más que sangre de otros en su ropa y un poco de sudor y suciedad, me llevó a casa.

A pesar de que estoy seguro de que se moría por conocer todos los detalles de lo que me había pasado, mi madre me conocía bien como para interpretar, por mi rostro, que esa noche no era el momento de interrogarme a fondo sobre lo ocurrido. Por mucho que yo fingiera estar bien, el *shock* sufrido debía de notarse en mi forma de hablar, de expresarme, y ella, cariñosa y atenta, me dio espacio y se conformó con los gruesos trazos de la historia que, voluntariamente, yo le conté camino a casa.

Al llegar me di una ducha y me metí en la cama. Me acordé entonces de la promesa del señor Giddens, cuando aún estábamos los dos atados y él trataba de tranquilizarme y darme esperanzas sobre nuestro destino: «Volverás a ver a tu madre. Hoy dormirás en tu cama». Había cumplido ambas. A costa de su vida. Y caí rendido llorando.

A la mañana siguiente me levanté tarde. El sol que entraba por mi ventana me molestaba, más de lo normal, como me ocurría desde un par de días atrás.

Bajé al salón y hablé con mi madre largo y tendido, mientras jugueteaba con el copioso desayuno que había preparado para mí y del que –para su disgusto– no llegué a comer ni un tercio. Le conté todo con pelos y señales. Me escuchó atenta, casi sin hacer preguntas, solo agarrándome las manos con fuerza y cariño para que yo supiera que ella estaba allí conmigo, que todo había pasado y que podía sentirme a salvo. Sería la primera de tres veces que relataría aquella historia completa aquel jueves 17 de agosto.

Cuando terminé era casi la hora de ir a comisaría. Pero tenía muchas ganas de llamar por teléfono a mis amigos para contarles brevemente lo sucedido y quedar con ellos por la tarde para relatarles bien toda la historia. A la primera que llamé fue a Penny, que se alegró mucho de oír mi voz; y yo de oír la suya. Hubiera faltado con gusto a mi cita con la policía para ir a verla, abrazarla, besarla y consolarme entre sus brazos sino hubiera tenido a mi madre allí a mi lado, esperándome para llevarme a comisaría. Penny me dijo que Bobby ya la había informado de todo y que fuera tranquilo a comisaría, que la pesadilla por fin había acabado del todo y que esa tarde tendríamos tiempo de vernos y hablar con tranquilidad. Viendo la cara de mi madre, que me presionaba con su afilada mirada para no llegar tarde, le pedí a Penny que por favor informara a Abe y a Terence y les hiciera llegar la cita para la tarde. Nos despedimos con un beso telefónico, que mi madre interpretó correctamente en la distancia, y salimos hacia comisaría.

Mi madre me preguntó que por qué llevaba gorra y gafas de sol. Ella no sabía –ni podía saber nunca– lo que le estaba pasando a mi cuerpo, los cambios que a partir de entonces serían permanentes y que tendría que ir explicando, poco a poco, a todos los que me conocían, inventando excusas que aún no había pensado bien. Y ahora, además, sin la ayuda de mi querido señor Giddens. Le quité importancia y dije que simplemente me sentía más cómodo así. Mi madre lo achacó a modas de adolescente que criticó sin demasiada dureza durante el trayecto a comisaría.

En la comisaría me esperaban tres agentes en la misma sala en la que había estado la noche anterior, más los que seguro estarían escuchando en otra habitación. Dos de ellos iban con traje y estaban muy serios, aunque me trataron con total corrección y sus preguntas nunca me parecieron excesivamente inquisidoras ni suspicaces. El que iba con uniforme era el que tomaba más notas y también el que hablaba menos. Bobby se unió al grupo poco después de que empezara el *show*.

En mi declaración, los hechos se relataron tal y como habían sucedido, salvo por tres detalles: mantuve el secreto de la verdadera muerte de Nathan, cambié el arma que dio muerte a la señora Lonegan y oculté que yo había sido el verdadero artífice del fuego en la cabaña.

Sobre lo primero, durante la noche había decidido cuál sería la historia que contaría respecto a Nathan, para darle un final definitivo y cerrar su búsqueda. Mantuve su autoría sobre los cuatro asesinatos de aquel verano –cinco, si contamos al pobre *Wolfy*– y también la implicación colateral, o al menos conocimiento, de Russell y Marky. Desde mis anteriores declaraciones –me parecía increíble, pero era la tercera vez que tenía que declarar a la policía en muy pocos días–, Nathan estaba en busca y captura, primero por el intento de asesinato de Johnny Ebony y, poco después, ya señalado por mí y el señor Giddens como autor confeso de los asesinatos. No estaba dispuesto a cambiar la versión anterior que había dado del ataque sufrido en el jardín del señor Giddens, aunque sus restos descansaran bajo la hermosa rosaleda que Elmer había fabricado encima de su tumba, pero quería darle un final y que no se convirtiera en un fantasma al que muchos seguirían persiguiendo sin posibilidad de encontrarlo nunca. Así que me inventé que la señora Lonegan me había confesado durante mi breve cautiverio que ella y su hermano había acabado con Nathan –el cual se había estado escondiendo en la cabaña–. Les dije, de forma muy convincente, que ellos no querían que Nathan terminara atrapado y quizás confesando la implicación de los hermanos y toda la historia del Ku Klux Klan que se había formado en Fortress Flint, por lo que eliminarlo era la mejor forma de protegerse y salvaguardar el éxito de la odiosa misión que se habían puesto como objetivo completar. Así que la historia oficial fue que los hermanos lo habían matado y se habían deshecho del cuerpo de una forma que no me concretaron. Con esta bastante sólida y coherente versión me aseguraba de que nadie seguiría buscando a Nathan y, además, conseguiría lanzar un mensaje muy potente a los ciudadanos cuando todo lo que estaba contando apareciera en los medios y se difundiera de forma pública: que el crimen se paga; y no solo que se paga, sino que el Klan también termina asesinando a los suyos. Me parecía un mensaje disuasorio para aquellos tontos crédulos que tuvieran dudas sobre si afiliarse a grupos similares. El cuerpo de Nathan se dio por desaparecido, suponiendo que estaría enterrado en algún lugar del bosque imposible de encontrar, y no se empleó ningún efectivo en su búsqueda.

Sobre el arma que acabó con la vida de la señora Lonegan dije que fue su propio cuchillo; que el señor Giddens consiguió quitárselo y lo usó para cortarle el cuello en defensa propia. Quizás encontraran lo que quedara de él entre los restos del incendio. No dije nada del bastón ni de que era en realidad un estoque. Confiaba en que el cuerpo de la señora Lonegan estaría tan carbonizado que nadie podría nunca distinguir la manera en la que había muerto, y mucho menos identificar con precisión el arma que había provocado el corte que había acabado con su vida. Mi versión era la única verdad posible. De esta forma, seguía protegiendo la figura de mi adorado antepasado y me aseguraba poder quedarme con el bastón–estoque que me había afanado por esconder en el bosque y que unos días más tarde iría a buscar.

Sobre el fuego en la cabaña, es obvio que no confesé que había sido yo el que lo había

provocado rompiendo la lámpara de aceite contra el suelo. En su lugar, dije que esta se cayó durante el forcejeo entre el señor Giddens y la señora Lonegan y que, cuando el señor Giddens pudo desatarme justo antes de expirar, el fuego estaba ya demasiado extendido como para tratar de sofocarlo, así que cogí lo que pude de la habitación y salí corriendo de la cabaña, dejando atrás las incesantes y crecientes llamas que iban rodeando con sus anaranjados y letales brazos el resto de la construcción de madera.

Por supuesto, traté en todo momento de que la figura de Horace Giddens, el buen anticuario, el amable forastero que había llegado a la ciudad a principios de junio, quedara como el auténtico héroe de toda la historia. Se lo debía. Y así quedó registrado.

Conté que había sido él quien había descubierto el vínculo entre el señor Popples y el Klan –por la foto–, que él se había enfrentado a ellos, que me había salvado la vida… no pude evitar emocionarme al hablar de él y de cómo mantuvo mi espíritu en alto durante todo el cautiverio.

Pregunté por los papeles que había sustraído de la cabaña y me dijeron que aún estaban analizándolos, pero que eran fichas de miembros de la KIAWA y también había un libro de cuentas donde se registraban entradas de donaciones y pagos que podían ser relevantes para la investigación. En la pequeña caja habían encontrado una serie de objetos personales que se presuponía serían de los hermanos, como un pañuelo blanco con las iniciales E. L. bordadas en rojo junto a tres inconfundibles «Kas», un par de pequeños papeles muy gastados que parecían fichas de inscripción o afiliación al Ku Klux Klan, datados en 1920, con los nombres de Donald y Eleanor Popples, un pequeño crucifijo de madera con un Cristo de plata o un par de anillos dorados con tres «Kas» inscritas en su parte interior.

Unos días más tarde, supe, gracias a Bobby –y luego se publicó en la prensa–, que algunas de las fichas de la Asociación de Viudas de Fallecidos en Combate tenían un sello con el nombre de Kamelia que las relacionaba directamente con una formación femenina del Ku Klux Klan. Más de un tercio de las señoras que pertenecían a la KIAWA estaban identificadas con dicho sello y fueron imputadas en el caso. Asimismo, se identificaron a hasta cinco empresarios con amplias fortunas que habían donado sustanciosas cantidades a la asociación en concepto de «ayuda al resurgimiento» y que no supieron justificar, aunque la mayoría se libraron de la cárcel usando el cuantioso vil metal del que sobradamente disponían.

La furgoneta marrón con la puerta abollada se catalogó como prueba del caso, así como el mural de fotos del señor Popples. Se registraron las casas de los dos hermanos y se encontraron algunos documentos adicionales que ayudaron a consolidar las acusaciones contra varias personas más de la ciudad. Jeff Malone Jr., el agente de policía hijo del tercer hombre que acompañaba en la foto de la boda de la señora Lonegan a su marido y a su hermano, fue interrogado y finalmente confesó su implicación como confidente de los hermanos, a los que había proporcionado información sobre las investigaciones de los asesinatos, y los había avisado muy rápido de que Johnny podría identificar a Nathan cuando despertó en el hospital, provocando que este se decidiera a intentar acabar de nuevo con su vida –también los había ayudado a ocultar algunas pruebas–. Veinticinco personas fueron imputadas de forma oficial y procesadas con distintas condenas. Por supuesto, los despreciables Russell Craig y Marky McDonald fueron dos de ellas y ambos terminaron cumpliendo una condena que a algunos siempre nos parecería corta.

Todo este proceso duró varios meses y mi confesión fue la piedra angular en la que se sustentó todo el caso. Nunca nadie dudó de un solo detalle acerca de todo lo que conté. ¿Cómo iban a hacerlo? Era solo un inocente muchacho, de intachable reputación. Will Johns, el héroe de

Fortress Flint que unos años atrás había salvado a su propia madre de un horrible incendio, volvía a la actualidad para destapar el mayor grupo organizado de odio racial que se había conocido jamás en la ciudad y había sido clave para acabar con la ola de asesinatos que había asolado como nunca antes nuestra querida población costera.

La KIAWA fue disuelta. El escándalo que salpicó y condenó a muchas de las viudas que formaban parte de ella fue mortal para la asociación. Sentí pena por las otras señoras que, inocentes y confiadas, habían ayudado sin saberlo a construir la perfecta fachada para ocultar la semilla del horror que había empezado a corromper las entrañas de la ciudad y amenazaba con pudrirla, de no haberse actuado a tiempo.

La mayoría de la población apoyó los actos públicos que se organizaron para frenar y denunciar todo lo ocurrido, haciendo que las pocas sabandijas racistas que pudieran quedar se ocultaran como ratas y no dieran la cara –al menos, no en mucho tiempo–, pidiendo también más presupuesto al gobierno para luchar contra ese odio irracional que parecía habernos alcanzado en nuestra idílica ciudad y que, por suerte, el grueso de los ciudadanos parecía querer erradicar. El alcalde me pidió participar en un par de charlas en las que se comprometió a ello, al tiempo que aprovechó para hacer campaña gracias al éxito que yo representaba. Políticos…

Hubo también una gran fiesta organizada por el ayuntamiento en el Howe Forrest Park solo diez días después de los terribles sucesos de la cabaña para celebrar el fin de los asesinatos y mi supervivencia. Incluso se decidió proclamar el día 16 de agosto como fiesta local durante los siguientes años para asegurar que no se olvidaran los horribles hechos acaecidos ese verano en la ciudad y la (supuesta y solo aparente) victoria total sobre el racismo extremo en Fortress Flint, conmemorando el valor y generoso sacrificio del señor Giddens.

Durante un par de semanas, los titulares de la prensa local cubrieron la investigación. Eleanor Lonegan y Don Popples fueron bautizados como «los hermanos del Klan» e identificados como cabecillas de todo lo sucedido junto con Nathan Simmons –autor de los asesinatos–. Los tres fueron vapuleados públicamente tanto como dieron de sí las ventas de los periódicos. Horace Giddens fue encumbrado conmigo como héroe local –tuve que inventar un pasado falso para que nadie investigara demasiado sobre él– y se le dedicó una placa en uno de los salones del ayuntamiento, en la que yo me negué a aparecer para no restarle ni un ápice de protagonismo. Yo ya recibí y disfruté en vida de más elogios de los que merecía y prefería que el nombre que se perpetuara en la historia como héroe de aquellos terribles sucesos fuera el del anticuario. Mi única pena sería que nunca nadie sabría de verdad que aquella placa hacía referencia a un nombre (falso) que solo representaba una parte muy pequeña de un hombre excepcional a cuya humanidad y generosidad solo yo podía hacer justicia con mi recuerdo.

También tuve varias intervenciones en la radio para contar la historia, asegurándome de hacer hincapié en lo importante que era mantener a raya ese odio irracional que había provocado todo el horror al que yo me había visto tan expuesto.

El caso también se nombró durante un par de días en las noticias nacionales y nuestra ciudad llegó a salir en la televisión, aunque a mí no me grabaron ni tomaron declaración.

Pero, a nivel popular, a finales de verano ya casi todo se había olvidado. Ya había otros temas más «importantes» de los que hablar, y las cosas y los habitantes de la ciudad parecían haber vuelto a la normalidad. Normalidad… Ahora lo escribo de esta forma, pero tardé mucho más que esas pocas semanas en volver a percibir esa palabra como lo había hecho hasta antes de ese verano.

Volviendo otra vez al jueves 17 de agosto, estuve toda la mañana en la comisaría y, cuando por

fin terminé de declarar y de contestar a todas las preguntas que me hicieron, mi madre me invitó a comer en Luke's. Comí poco más de la mitad de una hamburguesa y mi madre no paró de preguntarme si me encontraba bien. Mi falta de apetito, que no se debía en absoluto a lo que ella pensaba, le preocupaba mucho. También me mencionó que me había encontrado frío y me tocó de nuevo las manos y la cara. Mi temperatura era más baja de la habitual, pero yo no podía explicarle el por qué, así que simplemente me resistí como pude a que me llevara al médico y traté de que lo dejara pasar sin darle más importancia.

Cuando ya no quiso discutir más conmigo, me preguntó por mi cadena de plata, por si la había encontrado en el jardín del señor Giddens, y le contesté que no con la convicción de quien la hubiera dado por perdida para siempre. Al mencionar al anticuario se dio cuenta de que aún no habíamos hablado de cómo me sentía por su muerte y me preguntó abiertamente sobre ello. Yo fui todo lo sincero que pude y mostré mi profunda pena por su pérdida. Le hablé de lo que había llegado a significar para mí; de que se había convertido en un muy buen amigo, una especie de mentor, de todo lo bien que se había portado siempre conmigo; le enseñé el reloj que me había regalado por mi cumpleaños –que yo llevaba en el bolsillo de mi pantalón– explicándole el significado del mismo; e incluso llegué a mencionar que había llegado a sentir que se había convertido en alguien muy cercano para mí, familiar, casi como si de verdad lo hubiera sido, aunque lejano. Creo que nunca hasta entonces le había hablado tanto de él a mi madre como ese día, y por supuesto nunca de esa manera tan profunda y emotiva. Su mirada denotó comprensión y compasión. Las pocas veces que la había oído mencionar al señor Giddens había sido siempre de forma positiva –salvo por ocultarle unos días atrás lo del ataque de Nathan–. La cena que compartimos juntos le había resultado muy agradable y él le había causado muy buena impresión entonces –como a casi todo el mundo que lo conocía–, pero nunca había pensado que el vínculo que me había llegado a unir al anticuario fuera tan fuerte como yo le estaba expresando en ese momento. Me reconfortó lo mejor que supo y guardó silencio el resto de la comida.

Cuando salimos de Luke's y nos montamos en el coche para volver a casa yo aún seguía pensando en el señor Giddens, mi antepasado, mi «abuelo», al que echaría tanto de menos el resto de mi vida.

Sin ánimo de comprobar nada, porque a esas alturas no dudaba en absoluto de su historia y de todo lo que me había contado, recordé algunos trozos de su vida más reciente y la relación que había tenido con mi familia más cercana; «su» familia más actual, la de nuestro siglo, y decidí preguntar, sin muchas expectativas, a mi madre.

—Mamá, ¿sabes algo de la familia de papá? —pregunté entonces de la nada, sorprendiendo a mi madre, que no esperaba para nada que saliera con ese tema en aquel momento, tras tantos minutos de silencio.

—¿A qué familia te refieres? —replicó algo confundida—. Tu padre no tenía hermanos. Tu abuela Brianna murió muy joven, hace más de treinta años. Y tu abuelo Patrick mucho antes, ya lo sabes, al final de la Primera Guerra Mundial.

—Pero, el abuelo Patrick y la abuela Brianna, ¿no tenían ellos más familia? Me suena haber oído de una hermana del abuelo, llamada Fiona —insistí yo, dándole pistas de por dónde quería que fuera.

—Sí, tu tía abuela Fiona. Yo no llegué a conocerla, pero tu padre me contó que murió en una inundación en Jacksonville… sobre 1940, creo recordar. Tu padre nunca estuvo muy unido a ella porque en realidad se crio más cerca de la familia de tu abuela, en Boston.

—Sí, a esa familia me refiero. ¿Qué fue de ellos?

—Bueno, tu abuela Brianna tenía un hermano. Se llamaba Alistair. Era muy rico. Se dedicaba a la gestión inmobiliaria y durante muchos años fue como el padre que tu padre nunca pudo tener; recuerda que tu padre tenía dos años cuando el suyo murió. Por el tiempo que pude conocerlo y tratar con él, Alistair apreciaba mucho a tu padre, más incluso que a algunos de sus propios hijos, me atrevería a decir. De hecho, la casa donde vivíamos, aquí en Fortress Flint, la que se incendió cuando eras pequeño, fue su regalo de bodas para nosotros.

—¡Vaya! —exclamé yo, tratando de fingir la sorpresa que no tenía ya que justo el día anterior el señor Giddens me había hablado de lo mismo—. ¿Y qué ocurrió con él?

Mi madre tardó un poco en contestar.

—Pues se distanciaron. La verdad es que fue por una de esas peleas estúpidas provocadas por el ego que nunca debería haber ocurrido, o que debería haber sido perdonada tan rápido como surgió. Fue… ¡qué tontería! Llevaba años sin pensar en ello y ahora me parece una gran estupidez —dijo ella con una risa de reproche mientras conducía—. Cuando tu hermano Tommy nació quisimos bautizarlo y que Alistair fuera su padrino, algo que él se tomó como un halago. Pero, unos días antes de la ceremonia, Alistair tuvo que salir de viaje por negocios y pidió retrasar el bautizo. Tu padre se lo tomó muy mal, pensando que los negocios eran para su tío, para su segundo padre, en realidad, más importantes que su propio ahijado. Y no cedió. Mantuvo la fecha y la ceremonia se celebró sin Alistair. Al final un compañero del ejército y amigo de tu padre ocupó su lugar. Alistair tampoco se lo perdonó jamás. ¡Ya ves qué tontería! En fin… el caso es que ninguno de los dos volvió a dirigirse jamás la palabra. De hecho, ni siquiera sé si Alistair sigue vivo o si llegó a saber que tu padre había fallecido en Vietnam.

—Qué pena, ¿verdad? —dije yo con bastante decepción. Me parecía muy triste que el ego y la cabezonería nos hubieran alejado de una parte de nuestra familia.

—Sí —confirmó mi madre—. La verdad es que no sé si sería correcto intentar buscarlo. Quizás debería conocerte. Eres su familia y tienes más tíos, y seguro que primos, que no saben nada de ti; puede que no sepan ni que existes. No sé… quizás lo haga. Quizás intente buscarlos y escribirles, o llamarlos por teléfono. Si siguen en Boston están bastante cerca de nosotros, ¿no crees?

No respondí, pero mi silencio otorgaba a mi madre el permiso para dar los pasos que había sugerido. Aunque a la postre nunca lo hizo.

—Y ¿por parte del abuelo? ¿No tenía más familia? —pregunté yo, tratando de sacar algo más de información. —Mi madre me miró fugazmente con expresión de desconcierto, como si no supiera de qué le estaba hablando—. Sí, mamá —insistí yo—. ¿No tenía el abuelo un tío, o un medio tío, creo que me dijo una vez papá, al que le faltaba un brazo?

Estaba tratando de que ella me hablara de Marcus, aunque quizás ese personaje, que tan importante había sido para el señor Giddens, ya le quedaba a ella muy lejano en el tiempo.

—Sí… puede ser… es verdad… ahora que lo dices, recuerdo que tu padre lo mencionó en alguna ocasión. Pero ¿cómo sabes tú eso?

—Pues porque papá también me lo contó a mí —mentí con la agilidad de quien empieza a acostumbrarse peligrosamente a ello—. Aunque no sé por qué he recordado eso ahora. Supongo que solo sería una fugaz conversación que he rescatado de mi memoria.

—Creo que era hermano por parte de madre. Hermanastro de tu bisabuela. No era un Johns. ¿Cómo se llamaba…? —se preguntó ella en alto intentando hacer memoria. —Estuve a punto de ayudarla, pero eso le habría dado demasiadas pistas de que sabía más de lo que decía, así que me mantuve callado, mordiéndome el labio—. ¡Marcus! —dijo ella al fin—. Marcus… Clayton,

creo. También vivía en Jacksonville, como tu tía abuela Fiona. Y sí, era manco. Pero de verdad que no creo que pueda contarte nada sobre él. Es más, si no me falla la memoria, tu padre creo que tampoco lo recordaba porque supongo que solo llegó a coincidir con él cuando aún era demasiado pequeño como para retener recuerdos en su pequeña cabecita.

—Está bien —dije yo, por fin, satisfecho. Había confirmado todo lo que ya sabía que iba a confirmar antes de empezar la conversación, pero escucharlo de mi madre me regocijó—. Supongo que no hay mucho donde buscar por esa rama de la familia.

—¿Cómo es que te ha dado ahora por preguntarme sobre esto, Will? — me interrogó mi progenitora sacando a relucir su sexto sentido materno.

—No sé. Supongo que todo lo que ha pasado me ha hecho pensar en lo frágil que es nuestra vida y en los vínculos que tenemos con ciertas personas. Y quería estar seguro de no estar desaprovechando la oportunidad de conocer a otros miembros de mi familia, aunque sean lejanos.

Mi respuesta la satisfizo y no volvimos a hablar sobre ello en mucho tiempo.

Por la tarde fui a casa de Penny, tal y como había quedado por teléfono esa misma mañana.

Llegué quince minutos antes de lo que le había dicho porque quería estar un rato a solas con ella, sin Abe ni Terence; y ambos nos reímos a carcajadas cuando descubrí que ella había quedado con los otros dos quince minutos después que conmigo, pensando una jugada similar a la mía que finalmente nos dio media hora antes de que llegaran. Sin embargo, nuestro plan no dio los resultados que ambos deseábamos, ya que los padres de Penny y su hermana Lauren estaban en casa y se cuidaron muy bien de someterme a un cariñoso tercer grado, preocupados por mi estado y consternados por todo lo que había pasado. De nuevo, fui percibido como el héroe que no era, y mis palabras para disuadirlos de esa idea y centrar el foco en el señor Giddens –y un poco, también, en la fortuna– fueron tomadas solo como un exceso de humildad por mi parte que me engrandecía más aún a sus ojos.

Cuando por fin pudimos deshacernos de su familia, Penny y yo subimos a la casa del árbol. Sería una de las últimas veces que estaríamos allí, porque después de ese verano ya no volvimos a hacerlo. Con todo lo vivido, creo que todos pensábamos que éramos demasiado mayores y maduros para seguir escondiéndonos en una casita para niños, aunque estoy seguro de que en nuestro más profundo interior anhelábamos la infantil protección y privacidad que aquella construcción nos había proporcionado tantas veces.

El abrazo que nos regalamos al subir fue tan largo que casi agotamos los pocos minutos que nos quedaban a solas antes de que llegaran nuestros amigos, pero creo que a ambos se nos hizo muy corto. Como en el interior de la construcción no había demasiada luz, pude deshacerme de la gorra y las gafas de sol que ahora se habían convertido en un complemento tan imprescindible para mí como el eterno parche que tapaba el lugar donde debería estar mi ojo izquierdo.

Penny no dijo nada durante el abrazo, pero cuando se separó de mí comentó que me notaba frío y me preguntó si me encontraba bien. Le dije que sí, que debía de ser alguna reacción al calor del verano. Volví a quitarle importancia con alguna broma sin gracia que inventé sobre la marcha para desviar su atención y me lancé hacia sus labios sin ningún pudor. Fui recibido con amor y pude disfrutar de ellos hasta que oímos a nuestros dos amigos bajo al árbol preparándose para subir.

A pesar de que, con los cuatro allí arriba, se nos hacía complicado movernos, ambos se acercaron a mí y me abrazaron. Recuerdo especialmente la fuerza con la que lo hizo Abe, mi amigo del alma, que no era capaz de ocultar la emoción de verme sano y salvo después de todo

lo que había oído que me había sucedido. Muchas cosas habían pasado desde el lunes por la tarde, cuando nos habíamos despedido en la puerta de Luke's.

Me tomé mi tiempo para contarles todo –la versión oficial, claro está– con el mayor lujo de detalles que pude, incluyendo muchos comentarios sobre cómo me había sentido en cada momento de mi secuestro por parte de la señora Lonegan y el señor Popples y el desgraciado desenlace respecto al señor Giddens, haciendo mucho hincapié en lo valeroso y generoso que había sido salvándome la vida… dos veces. Y el resto, lo de mi nueva y extraordinaria sangre y mi imposible parentesco con el señor Giddens, me lo quedé –de nuevo– solo para mí, como le había prometido a él. Confieso que me emocioné varias veces durante mi exposición y no oculté, sin vergüenza, las lágrimas que mi ojo derramó.

Penny se mostró muy agradecida, y empatizó mucho conmigo respecto a mis sentimientos hacia el señor Giddens. Comprendía bien que yo podía estar en ese momento allí, delante de ella, contándole mis aventuras, gracias al sacrificio del anticuario y lo expresó varias veces durante mi relato. Por muy triste que pudiera estar por la muerte del señor Giddens y mi congoja, la alegría de conservarme lo compensaba con creces.

Abe alternó momentos de pánico por el horror de mi historia con otros en los que no pudo contener lanzar algún comentario jocoso contra Nathan, Russell, Marky o los «hermanos del Klan» –los periódicos aún no los habrían bautizado así, pero tardarían poco–.

Terence, por su parte, estaba entre alegre y enfadado. No podía fingir que no se sentía bien por cómo había terminado la historia de los asesinatos y la seguridad de que, al menos, todos los principales despreciables involucrados había sido eliminados del mapa o señalados de forma imborrable. Pero tampoco podía ocultar su enfado por todo lo que había pasado; porque sabía que aquello no era más que uno de tantos casos de los que se estaban produciendo en el país; porque estaba seguro de que se volverían a producir hechos similares, allí en Fortress Flint o en cualquier otra parte del país… en cualquier otra parte del mundo. La seguridad de este pensamiento y la impotencia por no poder cambiarlo lo contrariaban sobremanera.

Cuando terminamos de hablar sobre todo aquello estaba empezando a oscurecer. La tarde había pasado como un suspiro y, a pesar de las intensas emociones vividas de manera diferente por cada uno de nosotros, creo que compartíamos un sentimiento de alivio común; como si nos hubieran quitado un peso de encima a todos; como si el malvado ser etéreo que nos había estado atormentando todas las semanas anteriores hubiera dejado de estrujar con sus fantasmagóricas manos nuestros desprotegidos corazones. Casi suspiramos a la vez.

—Este verano ha sido alucinante. El verano de nuestras vidas —sentenció Abe.

—Estoy segura de que no lo olvidaremos nunca —añadió Penny y me regaló un adorable y rápido guiño cómplice extra que enfatizó en secreto la importancia que para ella tenía nuestra relación.

—Sí, no creo que volvamos a vivir nada similar —siguió Terence, con un tono casi nostálgico.

—Bueno, de hecho, ojalá no tengamos que volver a vivir jamás nada similar —cerré yo con seriedad, pensando solo en todo lo desagradable y horrible por lo que habíamos tenido que pasar.

—Bueno, no todo ha sido malo o traumático este verano —replicó él con firmeza. Entonces metió su mano en el bolsillo y sacó el penique del tesoro de Abercrombie que habíamos encontrado en la fortaleza. Lo mostró en la palma de su mano. Se notaba que se había esmerado en limpiarlo a fondo y sacarle brillo, porque casi llegaba a relucir a pesar de que la luz era ya apenas existente en el interior de la casa del árbol. Y siguió hablando—. Para mí, compartir con vosotros la excitación de la búsqueda de este tesoro ha sido estupenda.

Hubo un silencio en el que tratamos de entender el positivismo de Terence; y Abe fue el primero en compartir con él su entusiasmo por cerrar aquella velada de forma animosa.

—Estoy contigo, amigo —le espetó, agarrando su hombro con su rechoncha mano—. Ha sido una bonita y emocionante aventura.

—Yo os aseguro que… me siento muy afortunada de… de teneros en mi vida, chicos —Penny mostraba su sincera emoción con ciertas trabas al hablar—. Y, aunque no… no consiguiéramos todo el tesoro…, ¿a quién le importa? Gracias a él, al objetivo común de buscarlo, conseguimos un nuevo amigo —terminó sin pestañear mirando a Terence.

Creo que Terence no pensaba del todo igual, ya que el dinero le hubiera venido muy bien a su económicamente modesta familia, pero, aun así, le devolvió a Penny una sonrisa de aprobación.

—Y hemos acabado con el Klan. ¡El maldito Ku Klux Klan! —gritó nuestro joven amigo alzando su puño.

—Bueno, «ayudado a acabar», más bien diría yo —matizó Abe, pero Terence hizo oídos sordos a su comentario y mantuvo intacta su enorme sonrisa—. Os aseguro que, a pesar de todo, me divertí mucho en las jornadas detectivescas de seguimiento que hicimos por la ciudad.

—Sí, yo también —reconoció Terence.

—Y hemos conocido a un hombre maravilloso, que nos ha regalado, sobre todo a mí, tiempo y vivencias y ha compartido todo lo que llevaba dentro con nosotros… hasta su propia vida —dije yo, al final, con algo más de seriedad, pero con la triste sonrisa de quien recuerda algo precioso, ya perdido, con la más alta estima y la más agridulce nostalgia.

Mis amigos me miraron en silencio y pude ver en sus melancólicos ojos cómo no podían estar más de acuerdo con mi aseveración.

Al día siguiente, viernes, me levanté sin ningún propósito más que atender a un periodista local con el que había quedado y pasarme por el ayuntamiento, donde también tenía cita con el alcalde; pero ambos compromisos resultaban vacuos y faltos de profundo interés para mí. A las doce de la mañana había acabado con ellos y me descubrí de nuevo en Sally’s Oak tras haber andado sin rumbo durante un buen rato. Era como si mis pies tuvieran un automatismo que los hiciera conducirme a donde había estado acudiendo cada día laborable durante casi todo el verano.

El sol apretaba y, aunque yo llevaba protección solar, mi gorra y mis gafas de sol, agradecí guarecerme unos minutos bajo la amplia sombra del enorme roble que daba nombre al barrio en cuyo linde me encontraba.

Desde mi posición podía ver con claridad la casa del señor Giddens, aquella donde tanto había aprendido y disfrutado y que ahora seguiría estando llena de cientos de peculiares objetos aunque completamente vacía de alma.

Era difícil de creer que él ya no estuviera allí, que no fuera a recibirme con su lacónica mirada y confiada voz, deseando sacar algún tema con el que instruirme o sorprenderme. Ahora creía entender mejor, sabiendo mi parentesco con él, cómo se habría sentido al tenerme cerca, al poder compartir conmigo sus vivencias, al poder imbuirme sus ideas y sus preferencias; moldearme, por decirlo de algún modo. Yo no podía sentir más que una triste gratitud que volvió a humedecerme el ojo.

Me acerqué a la blanca valla que rodeaba la propiedad y miré recto hacia el porche de la casa. Tenía una copia de las llaves en el bolsillo, que creo eché ahí de forma inconscientemente deliberada. Pero no me atreví a cruzar la valla, no me vi con fuerzas de atravesar la puerta y meterme –ahora solo– en el gran salón reconvertido en tienda en el que tantas horas había pasado

ese verano. Incluso sabiendo que había prometido custodiar el valioso contenido de la caja fuerte del dormitorio de mi antepasado, no pude poner un pie en la propiedad para hacerme con los documentos y fotografías que debía esconder. Me convencí de que tendría tiempo de hacerlo más adelante y decidí seguir caminando un poco más, adentrándome en Sally's Oak, para no tener que seguir luchando conmigo mismo sobre si entrar o no en la casa.

Me dirigí al oeste, hacia la casa con el porche rosa donde había comenzado todo el horror de muertes de ese verano en Fortress Flint. Justo en el cambio de una propiedad a otra, miré hacia dentro de la del señor Giddens, hacia la parte de atrás de su casa, hacia el ahora bonito jardín que Elmer Ebony se había esmerado en hacer para él, hacia la hermosa y colorida rosaleda que escondía bajo sus raíces el cuerpo en descomposición del principal ejecutor de esas mismas muertes. No sentí ni un ápice de lástima por él y sí alivio y satisfacción, de nuevo, por el justo destino final de aquel criminal.

El sábado por la tarde decidí acercarme a por el bastón del señor Giddens, confiando en encontrarlo en el mismo árbol hueco en el que lo había escondido unos días atrás. Cogí mi bici y pedaleé dando un paseo, primero por la carretera secundaria y luego por el camino de tierra, hasta el lugar donde la historia de terror más horripilante de Fortress Flint había visto, por fin, su conclusión definitiva.

La policía ya había terminado su labor allí y lo único que quedaba de ellos era una cinta amarilla y negra sujeta a la altura de la cintura entre los dos últimos árboles que flanqueaban el camino que terminaba en la propiedad de los Popples.

Aún olía a madera quemada. El silencio era total, como si todos los animalillos e insectos de esa parte del bosque hubieran emigrado hacia otros lugares.

Contemplar de nuevo los restos de la cabaña me produjo una gran congoja. La semilla de toda la maldad que había asolado a mi cuidad estaba allí, calcinada, junto con los restos de la bondad y generosidad que la habían salvado. Traté de reponerme rápido y concentrarme en buscar el bastón, antes de que la poca luz que quedaba del día me lo dificultara en exceso.

Por suerte, siempre he tenido buena orientación y pude dar con el árbol casi a la primera. El bastón estaba allí, intacto. Lo cogí, lo enrollé en un trapo grande que había llevado y lo metí en una bolsa de plástico que también enrollé alrededor del bastón para sujetarlo finalmente, en los extremos, con una cuerda que me permitió colocármelo en la espalda.

Traté de no mirar mucho más la propiedad. Monté en la bici rápido y me alejé de allí con mi trofeo, satisfecho por mi idea de ocultarlo y por mi rescate.

Cuando llegué a mi casa, aprovechando que mi madre aún no había vuelto del trabajo, me dediqué a limpiarlo con esmero, tanto por fuera como por dentro, con cuidado de no cortarme con su afilada y fina hoja. Era, sin duda, un arma excepcional, aunque los motivos que yo tenía para quedármela y guardarla nada tenían que ver con su efectividad o utilidad.

El domingo mis amigos me propusieron ir al cine. Trataban de ayudarme a olvidar todo lo ocurrido, a que me concentrara en disfrutar lo que quedaba de verano. Sin embargo, a mí aún no me apetecía meterme en una sala de cine, ya que pensaba que justo eso iba a hacerme añorar aún más a mi antepasado. Decliné su oferta y decidí pasear por la playa.

Pasé todo el día divagando, pensando una y otra vez en todo lo ocurrido, dándole mil vueltas a escenarios en los que yo podría haber ayudado un poco más al señor Giddens a acabar con los dos asesinos que lo mataron, donde era yo el que conseguía liberarse y luchar contra «los malos» …, incluso donde era yo el que daba la vida por él. Pero todas esas conjeturas solo conseguían atormentar más mi alma y no darme ningún descanso. Pasé también mucho tiempo pensando en

mis nuevas habilidades, en mi sangre especial y en lo que me esperaba en el futuro, que aún no había llegado.

A última hora de la tarde me encontré con mis amigos, que habían salido a buscarme tras hablar con mi madre y que ella les dijera que yo estaba en la playa. Estuvimos un rato sentados en la arena, mirando el bonito Atlántico mientras el sol nos calentaba la espalda, hablando de nimiedades y tonterías y riendo con diversas ocurrencias que, a pesar de su aparente insignificancia, me reconfortaron más que todas las profundas elucubraciones con las que mi cerebro llevaba atormentándome todo el día.

Me sugirieron cerrar la jornada cenando en Luke's y no pude negarme a seguir disfrutando de su compañía. Comprendí que ellos eran la mejor medicina que podía tomar en ese momento.

Allí disfruté de la comida más copiosa que había tomado en días. El ambiente distendido me hizo reír, charlar y no pensar en absoluto en si tenía hambre o si me podía permitir darme un atracón. Olvidé por completo mi nueva condición y me sentí como el adolescente que había sido antes de aquel verano, más inocente, más despreocupado, más «niño» diría, incluso; y, como tal, disfruté.

Pero cuando llegué a casa esa noche mi estómago empezó a dolerme. Me sentía muy pesado y no fui capaz de pegar ojo. Tenía ardores y un gran malestar en la tripa. Esa noche me hizo recordar que ya no era el mismo de antes, que mi especial condición me había cambiado y que no podría atiborrarme a comida como lo había hecho hasta entonces sin sufrir esas consecuencias. Recordé que el señor Giddens me había sugerido algo de bicarbonato y paciencia para pasar esos momentos, pero no teníamos ni bicarbonato ni ningún antiácido en casa y tuve que aguantar toda la noche retorciéndome de dolor y sudando en la cama.

El lunes me levanté destrozado. Mi madre se percató enseguida de mi mala cara y le justifiqué que algo debía de haberme sentado mal la noche anterior –lo que, en cierta manera, era la pura verdad–. Ella se fue a trabajar y yo a la farmacia más próxima, donde me hice con un potente antiácido. Estuve adormilado todo el día, pero por la tarde me encontraba muchísimo mejor. En cualquier caso, toda aquella incomodidad me hizo reflexionar mucho y pensar bien en cómo tendría que afrontar a partir de entonces mi relación con la comida. Aunque al principio me dio algo de vértigo y tengo que admitir que hubo momentos de agobio y desesperación, la realidad es que una vez aceptas el cambio de mentalidad que hay que llevar a cabo, el resto no es tan difícil; y eso que yo en ese momento aún no tenía la experiencia suficiente para tomármelo con tanta calma como ahora. Debía cambiar algunos hábitos y no solo acostumbrarme yo, sino hacer que los que me rodeaban y me conocían bien también los aceptaran como parte de mi «casi normalidad», sin que se preocuparan por ello ni sospecharan nada excesivamente extraño respecto a mí, que los terminaran viendo como pequeños cambios, evolución del carácter, gustos, fisionomía… propios de alguien en plena fase de maduración. Eso llevó algo de tiempo, pero al final conseguí sortearlo con éxito.

Volviendo a ese fastidioso «lunes de ardores», debido a que pasé todo el día en casa, alternando pequeñas siestas entre el sofá y la cama, pude contestar a la llamada de teléfono más inesperada que podía haber imaginado recibir. Ocurrió al principio de la tarde. Cuando el teléfono sonó yo estaba medio adormilado y tardé un poco más de lo normal en cogerlo.

—¿Hablo con el señor William Johns? ¿William Towner Johns? —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Sí, señor. El mismo.

—Bien, señor Johns. Un placer hablar con usted. Mi nombre es Maxwell Powers. Soy el

notario encargado de gestionar y hacer cumplir la última voluntad que el señor Horace Giddens dejó en su testamento. —Aquellas palabras despertaron de golpe todos mis sentidos, pero me aturullaron tanto que no pude soltar más que un tímido y algo descortés «Ajá»—. Le llamaba para preguntarle si cree que sería posible que nos viéramos en mi despacho, digamos… ¿este miércoles? Tengo que transmitirle cierta información y debe ser en persona.

—Ehhh… Sí, claro… —respondí sonando mucho más dubitativo de lo que pretendía.

—Estupendo. ¿Le parece bien a las once?

—Sí, sí. A las once está bien. De todas formas, si pudiera darme un teléfono para llamarle en caso de me surgiera algún imprevisto o mi madre no pudiera acompañarme…

—Por supuesto. Es usted menor, ¿verdad?

—Sí, tengo dieciséis.

—Entonces es necesario que venga acompañado de un tutor o representante legal. Gracias por apuntarlo. Su madre es una buena opción, desde luego.

Me dio su teléfono y lo anoté en un pequeño trozo de papel.

—Una última cosa, ¿dónde está su despacho?

—Cierto. No se lo he dicho. Disculpe. Está en Boston.

En cuanto mencionó la ciudad mi cerebro recordó la breve ausencia del señor Giddens durante la semana en la que mis amigos y yo habíamos estado haciendo de detectives por la ciudad, persiguiendo la furgoneta fantasma y siguiendo a Nathan, y cómo él mencionó que había ido a Boston a hacer unas «gestiones», de las que no me dio ningún detalle. ¿Habría sido para aquello? Anoté la dirección que me dio el señor Powers en el mismo trozo de papel que su teléfono y nos despedimos cordialmente hasta el miércoles.

Me apresuré entonces en llamar a Penny y ella acrecentó la emoción que yo ya sentía por lo inesperado de aquellas novedades. En cuanto llegó mi madre, hice lo propio. Ella también estaba muy sorprendida. Entendía la importancia de acudir a esa cita y enseguida hizo un par de llamadas para cambiar turnos y pedir el día libre en sus dos trabajos.

El miércoles a las once menos cuarto nos presentamos, nerviosos e impacientes, en el despacho del notario, el señor Powers. Los quince minutos que esperamos en una pequeña sala antes de entrar puntualmente a la hora en que nos había citado me parecieron cinco horas. El señor Powers fue muy amable en todo momento e intentó que el vocabulario que usaba para explicarnos la situación fuera inteligible y no ofreciera lugar a dudas, por lo que casi no tuvimos ni que interrumpirlo ni que hacerle demasiadas preguntas aclaratorias. Mientras nos guiaba por los intrincados pasajes del testamento del señor Giddens que él trataba de hacernos sencillos, mi madre me agarraba fuerte de la mano, sumida en la misma –o, a lo mejor, incluso más– emoción que yo.

El señor Giddens, mi antepasado secreto, ese «abuelo» tardío que había aparecido en mi vida a principios del verano y que se había ido tan repentinamente como había llegado, me había dejado en herencia todas sus pertenencias y patrimonio.

Todo ello incluía, además de la casa-tienda donde yo había estado trabajando todo el verano –con todos los objetos que contenía–, una suma de siete cifras en metálico en el banco y las pertenencias adicionales que se encontraban custodiadas en tres trasteros en Los Ángeles, San Francisco y Boston y que, desde que fueron mencionadas, supe que se trataría de más objetos de colección que mi antepasado habría ido acumulando a lo largo de su extensa carrera como anticuario. Estábamos hablando de un patrimonio enorme que, bien gestionado, podría suponer que ni mi madre ni yo tuviéramos nunca más que preocuparnos por el dinero para vivir unas

vidas acomodadas… bueno, quizás en mi caso, una sola vida no fuera suficiente, dada mi nueva condición especial, pero en aquel momento no pensé en ello.

Como yo no era mayor de edad, la administración de dichos bienes quedaba sujeta a mi madre, que el señor Giddens había nombrado en su testamento como administradora hasta que yo fuera legalmente autorizado para encargarme de ellos. Asimismo, el dinero en metálico en el banco era muy superior a los impuestos necesarios para cubrir la ejecución de la herencia, de forma que todo aquello no supusiera una carga para nosotros. También recibimos allí mismo un sobre cerrado cuyo contenido el señor Powers desconocía, pero que debía sernos entregado en aquel momento. Era decisión nuestra abrirlo o no, aunque no dudamos ni un segundo en hacerlo. Contenía una hermosa carta en la que, manteniendo las apariencias de su condición de anticuario y extraño hacia mí –«extraño», en el sentido de no conocerme más allá de nuestra relación laboral–, expresaba su aprecio hacia mi persona y explicaba los motivos de su decisión al dejarme todo su patrimonio, empezando por el hecho de que decía no tener ni descendientes ni parientes vivos conocidos. Asimismo, en la segunda parte de la carta daba extensas y precisas explicaciones y consejos sobre la mejor forma de gestionar un patrimonio de antigüedades como el suyo, con multitud de referencias y contactos que recomendaba usar para sacar el máximo partido al mismo.

Resultaba increíble lo bien atado que el señor Giddens lo había dejado todo.

Por su parte, el señor Powers hizo muy sencillas todas las firmas y transacciones que debimos completar para dejar cerrado lo más importante que debía formalizarse aquel día. Quedaron algunos flecos menores para los que ya nos avisaría más adelante, pero que no implicaban ningún riesgo respecto a la herencia ni a los trámites legales necesarios para que mi madre y yo la recibiéramos.

Lo más curioso y comentado en aquella sesión, aparte de nuestra sorpresa por recibir aquel magnífico y generoso regalo, fue cómo el señor Giddens había cerrado todos los flecos en la notaría solo unas semanas atrás –lo que confirmó mis sospechas sobre el motivo de su escapada a Boston la semana que Johnny Ebony despertó en el hospital–. El señor Powers comentó incluso que un testamento de ese tipo, con un beneficiario que no es familiar –eso creía él…– y con un patrimonio tan abultado, era extraño que se formalizara tan rápido para solo unos días más tarde ejecutarse debido el fallecimiento de su autor. Comentó que era casi como si el señor Giddens hubiera sabido que iba a sucederle algo. Instinto, tal vez. Un sexto sentido, dijo él. Yo pensé que quizás fuera la intuición de un ser con un cuarto de milenio a sus espaldas. O, si no, a lo mejor solo fue la certeza que sintió de que quería que yo fuera el heredero de todo su pequeño imperio –ocurriera eso cuando ocurriera–. Lo cierto es que mi benefactor había pensado todo eso antes de que ninguno de los acontecimientos que se sucedieron a partir de mi cumpleaños hubiera ocurrido; y, por tanto, antes de que yo supiera quién era él, en realidad. Si los «hermanos del Klan» no hubieran acabado con la vida de mi antepasado, yo habría tardado años en ver todo aquello en mis manos; y de verdad que hubiera preferido que así hubiera sido. Yo siempre he creído que fue la pura y simple fortuna la que gestó la alineación de los astros que provocó aquella temprana operación testamentaria. Mi ojo se humedeció de nuevo, como tantas veces había ocurrido esos últimos días.

De vuelta a casa, mi madre no paraba de hablar de la enorme suerte que habíamos tenido y de lo generoso que había sido el señor Giddens con nosotros. Se enorgullecía de cómo su hijo había podido marcar tanto a un extraño como para que le regalara semejante fortuna. No paró de hacer planes y más planes, mientras yo me limitaba a asentir a todo lo que ella decía, dibujando una

automática sonrisa en mi rostro que no representaba de verdad el agridulce sentimiento que me recorría por dentro. Por supuesto que estaba feliz por haber heredado el imperio de mi antepasado –que además me fascinaba ya casi tanto como a él–, pero no podía dejar de sentirme mal por la manera en la que había sucedido, por lo fugaz de nuestra verdadera relación, por todos los momentos perdidos que ya nunca podría tener con él y que valdrían tanto o más que la propia herencia que acababa de recibir.

Hasta ese momento, la pulsera de ***Río Rojo*** que no se había separado de mi muñeca desde el día en que el señor Giddens me la había regalado, y el reloj de ***Matar a un ruiseñor***, que descansaba perpetuo en el bolsillo de mi pantalón, más como un amuleto que como un artilugio mecánico capaz de dar la hora, habían constituido la única herencia que yo había imaginado poseer de mi antepasado tras su muerte –junto con el bastón-estoque que, de forma furtiva, había robado de la cabaña de los Popples y escondido en mi casa, empujado por sólidos motivos–. Y, ahora, sin embargo, de la noche a la mañana, había pasado a ser heredero universal de todas las pertenencias del anticuario. Aquello no era sencillo de asimilar, por muy buena noticia que supusiera –en el plano material– para mi madre y para mí.

Mi madre y yo acordamos actuar con prudencia y mantener en secreto el grueso de la herencia. La policía fue convenientemente informada por el señor Powers, ya que el fallecimiento de su cliente se había producido en una situación de violencia; yo estaba fuera de toda sospecha, pero nosotros no queríamos que todo aquello se filtrara a la prensa. Y en cuanto a conocidos…, lo mejor era minimizar la información sobre lo heredado para evitar suspicacias y a los gorrones y falsos amigos que siempre surgen como moscas en este tipo de situaciones.

Aunque ese día me costó conciliar el sueño por la excitación de la noticia recibida, el cansancio del viaje logró vencer, no sin esfuerzo, a mi inquieta mente y pude descansar razonablemente bien. Los dolores e incomodidades estomacales ocasionadas por el atracón del domingo por la noche ya habían pasado del todo y volvía a sentirme normal, o «casi normal»; vamos, como siempre, en realidad.

El jueves me levanté algo más tarde de lo habitual y mi madre ya se había marchado al trabajo; seguro que haciendo cuentas mentales sobre cuándo podría dejar, al menos, uno de los dos oficios que desarrollaba, gracias a la generosa herencia que yo –y, por ende, ella– había recibido. Mi objetivo aquella mañana no podía ser otro que regresar a la tienda, a la casa del señor Giddens, que a todos los efectos ya podía considerar de mi propiedad, junto con todo lo que contenía.

Las calles de la ciudad estaban tan tranquilas como podían estarlo los de cualquier otra ciudad de su misma envergadura en un cálido día de un verano entrando en su recta final. Llegué a la valla de la propiedad con el piloto automático puesto, junto con mi ya habitual gorra, gafas de sol y un buen pegote de crema solar en toda la piel que no cubría la ropa que llevaba puesta.

Tenía un juego de llaves, las mismas que había usado para cerrar la casa el fatídico día de mi secuestro. Hacía ya más de una semana de aquello y, al acercarme a la casa, me dio la impresión de que todo hubiera sucedido la noche anterior. El silencio al pisar el porche se hizo más abrumador de lo que hubiera imaginado, como si el escaso ruido de la calle hubiera desaparecido por arte de magia en un segundo, haciendo que la casa pareciera inmersa en una enorme burbuja invisible e insonorizada.

Abrí la puerta y entré. La habitual penumbra que envolvía la tienda hizo que mi ojo tuviera que tomarse unos segundos para acostumbrarse a la falta de luz –aunque con menos esfuerzo que otras veces– y ayudarme a no tropezarme con nada. Cuando cerré la puerta tras de mí pensé que

yo había sido la última persona en estar allí antes de ese momento, una semana atrás. ¡Qué extraño se me hacía todo aquello! Desde mi posición, miré bien en todas direcciones, esperando que la figura del anticuario, mi querido antepasado, apareciera como un espectro corpóreo en su habitual butaca –desde donde me había dado extensas e interesantes disertaciones sobre historia, arte, música o cine–, o detrás del mostrador –donde, en realidad, lo había visto pocas veces–, o de pie revisando y reestudiando con minuciosidad cualquiera de las reliquias que adornaban alguna de las estanterías dispersas por la estancia. Pero no, allí no había nadie más que yo; y tampoco apareció nadie más, ni real ni fantasma.

La soledad y quietud de la estancia se me hacían muy raras. Nunca imaginé que echaría tanto de menos la casi siempre omnipresente música con la que había aprendido y, sobre todo, disfrutado muchísimo. Me dirigí al mueble donde descansaba el tocadiscos que solíamos usar, ya que justo debajo de él había dos estantes en los que el señor Giddens solía tener un buen puñado de LPs. Estaba dispuesto a acabar con aquel fantasmagórico silencio y, en principio, ni siquiera iba a reparar en qué disco iba a poner o qué tipo de música me apetecía oír. Mis oídos solo clamaban un poco de reverberación sonora para hacerme sentir más cómodo, para hacerme sentir «como en casa».

Sin embargo, mis iniciales ideas aleatorias se fueron al traste en cuanto cogí el primer puñado de discos y uno de ellos destacó entre el resto por una cuestión puramente sentimental. Se trataba de la grabación de EMI de 1955 de ***Madame Butterfly***, el disco de María Callas –a la que yo había aprendido a apreciar durante esas semanas de trabajo que había pasado junto al culto anticuario– que sonaba el día que pisé por primera vez la casa del señor Giddens. Recordé con detalle su apasionado discurso, el primero de muchos que me dio sobre sus aficiones, y sonreí al visualizar en mi mente su pálida cara en la penumbra de la tienda, hablando sin parar e iluminando con la pasión de su mirada todo lo que la escasa verdadera luz que se diluía en la enorme estancia no llegaba a bañar.

Recorrí la tienda, haciendo pequeñas paradas en todos y cada uno de los objetos que la adornaban, desde los más pequeños a los más voluminosos; desde los que parecían más insignificantes a los que se les podía presuponer un gran valor por su aspecto exterior, sin conocer siquiera la historia que los acompañaba; desde los que conocía y había admirado mil veces en la tienda a aquellos que habían pasado desapercibidos para mí y ni siquiera recordaba haberlos limpiado y colocado en sus actuales ubicaciones. Durante mi tranquilo paseo toqué muchos de ellos, algo que, delante del señor Giddens, probablemente no me hubiera atrevido a hacer sin obtener antes su explícito permiso.

Me sentía en la obligación de honrar todo aquello, que ahora era mío, a pesar de que he de admitir que esa sensación de pertenencia estaba más asentada en mi racional cerebro que en mi pasional corazón. Además, me parecía bastante coherente que aquel negocio fuera perfecto –como ya mi antepasado había descubierto muchos años antes– para alguien como yo, que, con algo de suerte, iba a vivir unas cinco vidas, si se cumplían las previsiones que de mi nueva condición había hecho el anticuario. A menos que cambiara mucho la sociedad de consumo, los gustos y las tendencias de los más adinerados y la obsesión del ser humano por poseer «trocitos de historia», lo lógico era seguir cuidando bien de todo aquello, seguir alimentando el negocio, mimándolo e invirtiendo en él.

Durante mi paseo, ya en el tramo final del mismo, hubo un objeto en particular que atrajo mi atención más de lo habitual. Se trataba de una caja de madera, de base cuadrada, de unas quince pulgadas de lado y una altura de unas doce, con un chaflán bastante grande que le daba una

forma peculiar y en el que se podía leer la palabra «CONTINENTAL», y también otras que parecían estar escritas en alemán. Era aquella máquina de escribir antigua que, según me había contado mi antepasado el primer día que pisé su casa, el propio Hitler había mandado construir y que estaba envuelta en una leyenda fantástica; leyenda que, en todo ese tiempo, el anticuario jamás había llegado a desvelarme. Aquel objeto, ahora sin pasado, era el perfecto ejemplo de todo lo que, a nivel conocimiento y experiencia en el oficio, se había perdido con su muerte.

Yo nunca había llegado a abrir esa caja, pero, ahora, ninguna vergüenza mía ni falta de tiempo o interés por parte de mi –para siempre– ausente patrón me lo impedía. Así que me dispuse a hacerlo. La caja tenía una pequeña cerradura, pero la llave que la abría estaba metida en ella, con lo que solo tuve que girarla y escuchar un leve chasquido que desbloqueó el cierre de aquel estuche. Toda la estructura superior de la caja se movió como una tapadera cuando tiré de ella hacia arriba, dejando al descubierto una antigua máquina de escribir de color negro. Solo la tuve bajo mi mirada unos segundos, pero enseguida sentí un extraño e irrefrenable deseo de utilizarla, de escribir algo con ella; y eso que no conocía su historia… ni nunca lo haría. Pero no podía dejarme llevar por la curiosidad de un irracional deseo en ese instante, no estaba allí para eso. Así que, haciendo casi un esfuerzo por cortar el invisible vínculo que se había establecido de inmediato entre el curioso objeto y yo, cerré la tapa y volví a girar la pequeña llave, dejándola en la misma posición en la que la había encontrado.

Con un extraño sentimiento de sobreesfuerzo para conseguir alejarme de aquel enigmático objeto, abandoné el gran salón y me dirigí al dormitorio del señor Giddens.

Al entrar en él, el primer recuerdo que me vino a la mente fue el del día en que, cegado por encontrar alguna prueba de la que yo creía era una naturaleza monstruosa oculta en el anticuario, había registrado y birlado –sin querer– la foto de mi antepasado con Marcus, su amigo y descendiente manco; la foto datada en el año 1900 que solo había cobrado verdadero sentido unos días atrás cuando todo el misterio alrededor del señor Giddens se había disipado por completo al regalarme su sincera (y obligada) confesión.

Encima de la mesita de noche que tan a fondo había registrado entonces solo había ahora una cosa, pequeña y reluciente. Se trataba de la moneda de seis peniques del tesoro de Abercrombie que habíamos decidido otorgarle como miembro de la expedición de búsqueda; su parte del botín. La tenía allí, en un lugar privado, pero a la vista. Suponía que debía haber pensado mucho en ella en sus últimos días y que aquello demostraba el valor que la aventura vivida con nosotros había significado para él. Yo no tenía intención de dejarla ahí, así que la agarré con decisión y la guardé en mi bolsillo. Tenía pensado un final más adecuado para ella.

Me acerqué entonces al radiador, que en mi primera visita a esa habitación había pasado completamente desapercibido para mí. Ahora que sabía lo que buscaba, pude observar unas bisagras medio escondidas en la pared que lo sujetaba. Tiré de él hacia fuera y cedió sin mucho esfuerzo, trayéndose consigo el trozo de pared donde estaba sujeto, el cual giró desde las dos pequeñas bisagras, dejando al descubierto la puerta de una caja fuerte. Accioné la rueda marcando los números 4, 8 y 15, empezando hacia la derecha, luego a la izquierda y nuevamente a la derecha. La puerta se abrió suave y sin ningún ruido. En el interior de la caja fuerte había otra caja fuerte, más pequeña y no anclada a la pared, como parecía estar la primera. Traté de meter las manos por los laterales para sacarla, pero pesaba bastante y eso me hizo desistir de mi idea. Además, podía acceder a su contenido sin tener que extraerla. Así que me concentré en usar los tres últimos números que me había hecho memorizar el señor Giddens. 16, 23, 42, girando de nuevo la pequeña rueda a la derecha, izquierda y derecha. Dentro de la caja estaban todos los

papeles secretos del señor Giddens; los documentos antiguos que nadie debía encontrar, las cartas de su querida hija Willow y, sobre todo, las fotos.

Una vez hube comprobado el contenido, decidí dejar todo como estaba, cerrando ambas cajas fuertes y colocando el radiador en su posición original, que en realidad escondía bastante bien aquel pequeño «tesoro». Ahora que la casa iba a pasar a ser de mi propiedad (o de la de mi madre hasta que yo cumpliera la mayoría de edad) y que no había peligro de que nadie entrara a registrar la vivienda, ya no había ninguna necesidad de poner esos documentos y fotografías en otro lugar, de volver a esconderlos o incluso de quemarlos, como también había sugerido el señor Giddens antes de morir. Su secreto estaba a salvo conmigo y ahora tenía más tiempo que nunca para pensar qué hacer con aquello, sin prisas y sin riesgo alguno.

Salí de la habitación y decidí terminar mi ronda en el sótano, el otro lugar donde más tiempo había pasado ese verano y donde más había disfrutado de las películas y, sobre todo, la compañía y conversación de mi antepasado. El imperio de rollos de celuloide que lo atestaban era ahora mío; quizás fuera aquel el bien más preciado de todos los que había heredado del anticuario.

Cuando bajé y encendí la luz vi el proyector con el primer rollo de ***Casablanca*** colocado, listo para empezar a ver la película, tal y como lo había dejado la última vez que había estado allí, esperando que el señor Giddens volviera de donde fuera que hubiera ido y pudiéramos deleitarnos con la obra maestra de Michael Curtiz, sin sospechar de ninguna manera que él no volvería nunca a aquella casa y que esa misma noche viviríamos nuestra última aventura juntos.

Creo que lo decidí bastante rápido. Encendí el proyector, apagué la luz y me senté en la butaca que solía ocupar en las sesiones de cine con él.

Yo nunca había visto ***Casablanca*** entera, ni siquiera recordaba bien los pasajes que hubiera podido ver en la tele, mientras mi madre la contemplaba en alguna reposición. Una historia de amor… un drama… ambientado en la guerra, pero sin ninguna batalla… no parecía lo más atractivo para un muchacho. Pero yo sabía que me iba a encantar. Lo supe antes de empezar a verla y lo corroboré durante cada uno de los minutos que duró la proyección.

No tuve a nadie que me instruyera sobre la película ni me hiciera interesantes comentarios al acabar. Eché de menos al señor Giddens cada vez que, en todos los múltiples memorables momentos de la cinta, miraba hacia la butaca vacía que me acompañaba, mustia, y me decepcionaba al no encontrar a mi querido amigo, a mi mentor.

El cine es, como toda expresión artística, algo que se puede disfrutar mucho en solitario, pero que se disfruta mucho más en compañía.

Aún sin el señor Giddens, recuerdo esa primera vez en la que vi ***Casablanca*** entera, entendiendo bien su historia, maravillándome con sus personajes y enamorándome de sus diálogos, como uno de los momentos en los que he experimentado un amor más puro hacia el cine. Experimenté mucha emoción en aquel sótano ese día y la añoranza de mi antepasado avivó aún más el desmedido sentimentalismo que pudo envolverme.

¡Qué bella está Ingrid Bergman en esta película! ¡Qué mirada más expresiva, qué poses más elegantes, que diálogos más bien recitados…! Y Claude Rains, que al igual que Rick, el personaje de Bogart, termina mostrándose más romántico que cínico, aunque casi siempre intente aparentar lo contrario. Y Paul Henreid, construyendo un personaje entregado a una causa más grande que la vida misma, insuflando esperanza a todos en medio del mayor conflicto de todos los tiempos. Pero, sobre todo, Humphrey Bogart, elaborando a un Rick Blaine complejo, amargado, destruido, pero con unas últimas fuerzas para hacer lo correcto, lo que debe hacerse,

aunque no sea lo que él quiere hacer. No me extrañó que fuera uno de los nombres que mi antepasado escogiera durante una de las etapas de su vida.

Nadie me dio ese jueves de agosto ningún dato técnico o curiosidad sobre el rodaje, pero pude apreciar la portentosa labor de todo el equipo, desde el perfecto guion de los hermanos Epstein y Howard Koch, la hermosísima fotografía de Arthur Edeson, el preciso montaje Owen Marks, la icónica música de Max Steiner y, por supuesto, la excelsa dirección de Michael Curtiz. Definitivamente, acababa de ver una de las grandes obras maestras del cine.

Acabado el último rollo y antes de encender la luz de nuevo, tuve un momento revelador de reflexión que marcó mi madurez de forma definitiva. Creí entender mejor que nunca el motivo por el que el señor Giddens había querido que esa fuera la primera película que viéramos juntos tras su reveladora historia, tras conocer la verdad sobre nuestra sangre especial y sobre las consecuencias que esta tendría en mi longeva vida y, sobre todo, en mis relaciones personales. Pensé en la bonita historia de amor entre Rick e Ilsa y cómo el destino hace que sea imposible de mantener, y tracé un obvio paralelismo entre la que ahora vivíamos Penny y yo. Según mi antepasado me había advertido, iba a ser muy complicado para mí, y muy duro a nivel emocional, mantener relaciones personales profundas porque la gente común, el resto de mortales, terminaría envejeciendo antes que yo, abandonando esta vida cuando a mí aún me quedaran varias por recorrer, y eso me haría sufrir; además de que la casi inalterabilidad de mi aspecto físico no me iba a permitir mantener en secreto mi especial condición más allá de quince o veinte años, como mucho, con cada una de esas relaciones. Comprendí entonces que más pronto que tarde tendría que tomar la decisión de romper mi relación con Penny para no hacerle daño, para no hacerla sufrir, porque era lo más conveniente para ella. Por mucho que lo deseara, yo ya no podía formar parte de su futuro; no, si lo que quería para ella era un futuro alegre, lleno de esperanza y larga prosperidad. Yo no podría darle ese futuro. E, igual que hace Rick con Isla en la pista del aeródromo, tendría que obligarla a irse sin mí, obligarla a partir hacia un futuro mejor, hacia el futuro que ella se merecía, aunque yo no pudiera estar en él. Creo de verdad que, además de porque la considerara una obra maestra y quisiera compartirla conmigo –como otras tantas veces había hecho–, el señor Giddens quería que viera esa película para que me diera cuenta de que mi relación con Penny se había vuelto imposible el día que él me había salvado la vida traspasándome su sangre especial.

Con el ánimo un poco hundido por la aceptación de dicho descubrimiento, pero orgulloso al mismo tiempo por haberlo comprendido, abandoné el sótano y volví a cruzar el gran salón, dispuesto a salir de la casa y olvidar un poco todo aquello. Aún no podía decidir cuándo dejaría marchar a Penny y pensaba disfrutar un poco más de ella y de nuestra relación; podía alargar un poco más nuestro «París».

Justo antes de abrir la puerta principal, cuando ya había vuelto a colocarme la gorra para protegerme del sol en el exterior, reparé en una de las vitrinas y volvió a mí una idea que había nacido el día que llevé a mis amigos por primera vez a la tienda, la tarde que terminamos viendo juntos ***Matar a un ruiseñor*** y convertimos al señor Giddens en uno más de nuestra pandilla. Aquel día, viendo a mis amigos tan entusiasmados con algunas de las reliquias de la tienda, pensé que sería muy bonito poder ahorrar lo suficiente para regalarles los objetos que más les habían fascinado: el ejemplar de ***Tom Sawyer*** firmado por Mark Twain a Terence y la dama negra de la famosa partida de ajedrez de John Morphy a Abe. Pero lo cierto es que ni tenía el dinero ni busqué la oportunidad de sugerírselo al señor Giddens. Supongo que entonces había pensado que tendría tiempo suficiente de hacerlo, que ya vendrían más cumpleaños y ocasiones

en las que tratar de agradarlos con dichos presentes. Ahora ya no tenía que pensarlo más, solo tenía que abrir la vitrina y coger el libro; ir a donde estaba la pieza de ajedrez y guardarla en mi bolsillo. Estaba convencido de que al señor Giddens no solo no le habría importado, sino que habría alabado el gesto hacia mis amigos y me habría animado a hacerlo. Así que, sin darle muchas más vueltas, cogí ambos objetos y los saqué conmigo de la casa.

Como ya estaba en el barrio de Terence, aunque su casa estuviera en el otro extremo del mismo, decidí ir a visitarlo y a darle el libro. Cuando llegué, Terence me recibió con una expresión de sorpresa acompañada de una sonrisa. Recibir el regalo acrecentó ambas de inmediato. Me inventé que el señor Giddens había aprobado en vida, poco antes de su muerte, el que dicho ejemplar terminara siendo un regalo para él –aunque seguro que habría preferido ser él mismo el que se lo diera en persona–, y que yo solo estaba cumpliendo con una de sus últimas voluntades. Esa pequeña mentira piadosa justificaba el regalo y me ahorraba, de momento, más explicaciones sobre la herencia, la cual aún no había pensado aún en detalle cómo exponer a mis amigos.

Johnny Ebony se había instalado definitivamente en la casa, con Ophelia y Terence, y estuve conversando un buen rato con ellos. Se les veía a todos muy felices y unidos. Supe por ellos que Elmer, al que llevaba una semana sin ver, también estaba bien y que los visitaba a menudo.

Esa tarde quedé con Abe y le di su regalo, con la misma explicación inventada que a Terence. Al igual que mi otro pequeño amigo, Abe se mostró muy sorprendido y agradecido. Hablamos largo y tendido de muchas cosas esa tarde; del señor Giddens, del horror del Klan en Fortress Flint, de la aventura del tesoro de Abercrombie, de la suerte de tener a Terence como nuevo amigo, de Penny y de mí… Repasamos todo el verano y, como siempre solía hacer, me hizo reír con muchas de sus ocurrencias y chistes, a pesar de la profundidad y seriedad de algunos de los temas que tocamos.

Más allá de continuar asimilando poco a poco mi nueva condición y todos los efectos que ella conllevaba, los siguientes días los pasé ocupado en tres cosas, fundamentalmente: procesando en mi cabeza la noticia de la enorme herencia que acababa de recibir y todo lo que ello representaba para mi presente y futuro –y el de mi madre–; recuperando actividades de ocio propias de un chaval de mi edad junto a mis amigos –e intentando maximizar el tiempo que pasaba con Penny–; y terminando de cerrar el capítulo de los asesinatos y el Ku Klux Klan de Fortress Flint con la prensa y la policía. A finales de agosto ya casi nadie hablaba del morboso asunto y parecía que este se hubiera asimilado en los cerebros de la población local como algo del todo superado y acaecido mucho más atrás en el tiempo de lo que había sido en realidad; como si hubiera sucedido hace un año, o dos, o tres… A mí cada vez me llegaban menos comentarios espontáneos por la calle cuando me reconocían –algo que ahora que siempre llevaba gafas de sol y gorra era algo más complicado que cuando mi parche señalaba mi rostro de manera inconfundible– y la figura de héroe local que los incidentes de los días anteriores habían vuelto a recuperar en torno a mi persona empezaba a no ser noticia.

«Sí, ahí va el joven Will Johns; el héroe; el que nos salvó a todos de caer en las garras del malvado y racista Klan y ayudó a la policía a resolver los terribles asesinatos. ¡Qué gran muchacho! ¡Y qué educado! La mejor muestra posible del mejor Fortress Flint. El orgullo de nuestra ciudad. Bien, bien… ya sabíamos todo eso; no es nuevo, siempre ha sido el mejor. Y ya no nos odiamos tanto los unos a los otros. Sí, por supuesto… hemos aprendido la lección. Todo eso del Klan es agua pasada. Casi no llegó a ocurrir. Venga… hablemos ya de otra cosa. Venga, sigamos con nuestras vidas; nuestras casi normales vidas.»

El viernes 1 de septiembre recibí una llamada de la policía –la última de aquel verano– donde me indicaban que ya tenían preparados los restos del señor Giddens, convenientemente incinerados y guardados en una urna, para que fuera a recogerlos al tanatorio local. Yo había estado insistiendo mucho, desde el día de mi declaración, en recuperarlos al coste que fuera. Le debía a mi querido antepasado un final más digno que al que lo había condenado –aunque fuera a petición suya– cuando le prendí fuego a la cabaña donde su cuerpo sin vida descansaba junto a los de dos criminales. Le debía una despedida en condiciones. Le debía una promesa que ya ni siquiera recordaba si había verbalizado delante de él, pero que estaba grabada en mis entrañas a fuego como algo que debía completar sí o sí para saldar, de forma simbólica, la deuda de vida que tenía con él. Nadie dudó en negarme dicha petición, pero habían tardado mucho más de lo que pensé en prepararlo todo. Sé que suena extraño el hecho de incinerar algo que ya ha sido quemado, pero en la cabaña pudieron rescatar restos de huesos que, por la posición que ocupaban en la calcinada habitación y algunos rasgos fisonómicos de los mismos, pudieron ser clasificados –no estoy seguro de con cuánta precisión– en cada uno de los tres fallecidos; y la manera más limpia de entregármelos era en forma de suave y fina ceniza.

Cuando me acerqué al tanatorio a recoger la urna y la sostuve entre mis manos me invadió una desagradable sensación al pensar que quizás parte de las cenizas que contenía aquel pequeño recipiente pudieran ser de la señora Lonegan o del señor Popples, pero eso no había forma de averiguarlo con certeza y solo mi mente podía hacer que aquella idea terminara asentándose como verdad en mi cerebro y en mis recuerdos, así que decidí desechar ese pensamiento rápidamente, haciendo que mi desasosiego al respecto desapareciera; decidí creer que todo lo que contenía aquella pequeña urna eran los últimos restos físicos del señor Giddens y de nadie más.

Cité a mis amigos en la fortaleza ese mismo día. Nos veríamos allí solo unos pocos minutos antes del cierre de esa tarde y le pedí a Terence, que ya había trabado amistad con el nuevo guarda de la misma, que le pidiera permiso para dejarnos un rato más ese día, solo a nosotros, fuera del horario, cuando ya no pudiera haber nadie más dentro, para proceder a liberar las cenizas del señor Giddens desde el mirador de la torre sureste hacia el hermoso e inmenso Atlántico.

Llegué a la fortaleza acompañado de mi madre, que no quería perderse ese pequeño tributo que íbamos a dedicarle al salvador de su queridísimo hijo. Penny y Abe llegaron un par de minutos después que nosotros. Terence ya estaba allí, conversando con el guarda en la puerta de su garita.

Nos acercamos a donde estaban Terence y el guarda y mi amigo nos presentó. El guarda se llamaba Will Merrill. Era un afroamericano enorme, de constitución muy parecida a Elmer, con una amplia sonrisa de dientes torcidos en su agradable rostro que invitaba a confiar en él desde el primer instante. Parecía buena persona, igual que Pete Benson. Terence ya lo había convenido todo con él y el guarda se mostró muy amable y simpático, comprendiendo bien los motivos de lo que pretendíamos hacer.

—Cómo no, estoy al tanto de todo lo que ha pasado en la ciudad estas semanas y os aseguro que estoy encantado de ayudaros a hacer realidad la última voluntad del hombre que destapó al Ku Klux Klan en Fortress Flint y le paró los pies a esos indeseables —dijo.

—Es usted muy amable, señor Merrill —indicó mi madre.

—Por favor, señora, llámeme Will —rogó él con su imborrable sonrisa—. Pasen dentro, por favor. Tienen la fortaleza para ustedes solos —terminó con un gesto de su brazo derecho.

Mi madre trató de darle una propina, una compensación por aguardarnos allí, ampliando el ya extenso horario laboral que tenía el amable guarda, pero este la rechazó de forma cortés

indicando que su pequeña contribución a nuestra humilde ceremonia debía ser altruista.

Mientras todo esto sucedía, me percaté de que el sonido de una música familiar salía de dentro de la garita y justo antes de entrar en el patio de la fortaleza no pude evitar dirigirme al guarda para ver si acertaba con la suposición que hacían mis oídos, los cuales en las últimas semanas habrían sufrido un estimulante proceso de afinamiento gracias a la avalancha de música e información que había recibido por parte de mi antepasado.

—¿Es Miles Davis el que suena? —pregunté en voz baja, como con algo de miedo a equivocarme.

El guarda mi miró con cierta sorpresa y contestó:

—Así es, tocayo —confirmó con simpática familiaridad—. ***Out Of The Blue***. ¿Te gusta?

—Sí —repliqué yo con media sonrisa—. He oído esta melodía muchas veces este verano. Al señor Giddens le encantaba ese álbum.

—Lo que suena no es un disco, sino la radio. Es la JBFFR, una emisora de *jazz* y *blues*. La tengo puesta todo el día —terminó, cerrando los ojos y moviendo la cabeza al son del caóticamente ordenado ritmo de la estimulante trompeta de Davis.

Comenzamos a caminar hacia la torre sureste y, cuando habíamos cruzado la mitad el patio, Will Merrill nos dio una voz desde la pequeña ventana de la garita que daba al interior de la fortaleza.

—Te diré lo que haré —vociferó entusiasmado—. Voy a poner la radio en la ventana y subiré un poco el volumen para que podáis oír la música desde el mirador mientras lleváis a cabo la ceremonia. ¿Os parece adecuado?

Todos me miraron a mí, esperando que yo juzgara la propuesta. Era extraño pensar en una ceremonia de duelo, de despedida, con un fondo de *jazz* y *blues*, pero aquella no iba a ser una ceremonia normal. Sería una ceremonia «casi normal», pensé. Así que, ¿por qué no tener una buena banda sonora de fondo?

Levanté el pulgar derecho para que pudiera verlo bien y exclamé:

—Muchísimas gracias. Al señor Giddens le habría encantado.

Terminamos de cruzar el patio y subimos a la torre en silencio. Las vistas desde el mirador eran preciosas. Había estado allí varias veces, pero creo que nunca había apreciado su belleza con tanta intensidad como aquel día. El sol en declive a nuestra espalda, comenzando ya su occidental ocaso, provocaba sombras alargadas a nuestros pies y un hermoso tono celeste pálido en el horizonte. El océano, en relativa calma, parecía un infinito espejo oscuro con la escasa luminosidad que le llegaba. Una leve y muy agradable brisa del oeste, proveniente del bosque a nuestra espalda, refrescaba el recalentado ambiente de un verano acercándose a sus últimos días. La música de la radio de Will Merrill nos llegaba con suficiente nitidez pero sin abrumarnos.

Miré a la comitiva que me acompañaba, todos ellos con el rostro serio y en calma, entendiendo la solemnidad del momento. Me quité la gorra y las gafas de sol. Orientado como me encontraba hacia el este, a aquellas horas el sol ya no me molestaba, y pretendía dar el máximo respeto a la despedida física final del señor Giddens.

—Bueno, vamos allá —dije al fin, empujando hacia abajo la saliva que el nudo que tenía en la garganta me dificultaba tragar.

Abrí con cuidado la pequeña urna que había recogido por la mañana y que, hasta ese momento, no me había atrevido a profanar. Miré dentro y vi una pequeña cantidad de polvo gris. ¡Qué insignificante se veía lo que quedaba de un magnífico ser humano!

Una única lágrima se formó en mi ojo y rodó por mi mejilla arrastrada por la gravedad.

En ese momento, la melodía de la radio cambió y unas nuevas notas musicales empezaron a llegarnos; notas que enseguida se complementaron con la aterciopelada voz de Nat King Cole cantando ***Stardust***. Era el momento. No podía imaginar mejor fondo sonoro para el viaje de las cenizas del señor Giddens hasta su eterno descanso en su adorado océano.

Me acerqué al filo del mirador. Miré un segundo hacia abajo, hacia el escarpado abismo de piedra negra que cortaba la tierra donde nos encontrábamos, y pude ver cómo pequeñas olas acariciaban su base. Comprobé de nuevo que la brisa que nos acompañaba dirigía su camino hacia el este, lo que facilitaría el vuelo de las cenizas hacia la húmeda cama en la que pretendía acomodarlas, y, justo cuando me disponía a volcarlas sobre el inmenso océano, Terence me preguntó:

—¿No vas a decir unas palabras, Will?

Mi garganta estaba tan cerrada por la emoción del momento que no sabía ni si iba a tener fuerzas para contestar a mi amigo, pero entendía su pregunta y, al final, asentí con la cabeza tratando al mismo tiempo de encontrar la forma de deshacer el invisible nudo que aprisionaba mis cuerdas vocales. Extendí los brazos fuera del mirador, sujetando con fuerza la urna y empecé:

—Muchas gracias por enseñarme tanto… por darme tanto en tan poco tiempo… por darme… la vida. Ojalá hubiera podido disfrutar de su compañía durante mucho más tiempo. Le prometo que, aunque ahora ya se haya ido para tomar el eterno descanso que tanto merecía, siempre lo llevaré en mi corazón. Vuelva usted ahora al hermoso mar en el que tanto disfrutó de joven —dije volcando la urna unos grados, con extremo cuidado, mientras las primeras cenizas empezaban a deslizarse hacia fuera y a fundirse con la brisa que las desplazaba hacia delante—. Vuelva allí y disfrute de nuevo; y espérenos alegre hasta que Dios nos permita reunirnos de nuevo con usted en el paraíso, donde volveremos a ver películas juntos, a vibrar con la música más variada, a contarnos interesantes historias y a compartir emocionantes momentos de felicidad por toda la eternidad. Hasta siempre, querido… amigo.

Quizás «amigo» no era la única palabra con la que me hubiera gustado referirme a él, pero sí la más adecuada y la única que podía decir en voz alta delante de mis silenciosos y atentos acompañantes.

Conforme las cenizas salían de la urna tumbada y volaban con delicada suavidad hacia el bonito Atlántico, una sensación de liberación empezó a apoderarse de mí. La hermosa melodía de fondo, el calor de la compañía de mi madre y mis amigos y la satisfacción de estar haciendo la última voluntad de mi querido antepasado me reconfortaron el alma, sanando en parte la tristeza que había sentido durante todos esos días desde que había perdido a mi patrón, a mi maestro, a mi mentor… a mi inesperado abuelo.

Cuando los últimos restos de cenizas abandonaron la urna, la dejé en el suelo y saqué de mi bolsillo la moneda de seis peniques de Jorge II que había cogido días antes de la mesita de noche del dormitorio del señor Giddens, su parte del tesoro, el símbolo de la esperanza que nos había unido, del éxito de nuestra aventura, de lo precioso y especial de aquel verano. No quería que lo recordáramos por todo el asunto del Klan, sino por su ayuda y espíritu positivo, por su implicación con nosotros –sobre todo conmigo–, por sus consejos y su amistad. Y aquella pequeña moneda me parecía que recogía todo eso. La sostuve en alto para que todos la vieran y relució con los últimos rayos del sol de aquella tarde.

Terence se animó a hablar, comprendiendo lo que yo pretendía, y recitó la cancioncilla que encontramos en la nota que acompañaba a las seis monedas del pequeño tesoro que había

encontramos en la fortaleza. Abe no lo paró entonces.

—Tengo seis peniques. Alegres, alegres, peniques. Tengo seis peniques para que me duren toda la vida. Tengo dos peniques para gastar y dos para prestar. Y dos peniques para mandárselos a casa a mi esposa.

—Allá van sus seis peniques, señor Giddens —dije yo a continuación, con visible emoción—. Llévelos con usted y haga buen uso de ellos para que le duren toda la eternidad.

Y, estirando mi largo brazo, lancé con toda la fuerza que pude la moneda al mar, sobre el acantilado, y la seguimos con la vista hasta que desapareció entre las olas y la espuma marina donde descansaban ya los restos de nuestro amigo.

Supongo que mi madre no tenía ni idea de lo que estaba pasando, ni por qué habíamos dicho y hecho aquello, pero guardó silencio y respetó el momento sin hacer lo que hubieran sido preguntas más que razonables.

Tras un momento prudencial, lo que sí hizo mi madre fue acercarse a mí por detrás y abrazarme por la espalda. Mis amigos la siguieron, haciéndolo por los lados, y de pronto nos vimos formando una extraña y cariñosa piña humana, donde mi cabeza sobresalía en el centro. Cerré los ojos y respiré hondo, concentrándome en la calidez de los cuerpos que me rodeaban, y sentí paz.

Cuando las últimas notas de ***Stardust*** sonaron, Abe habló y el enorme abrazo se deshizo.

—No sabía que el señor Giddens hubiera sido marino. Es cierto que yo lo conocí poco, pero aun así me sorprende. No parecía un hombre de acción.

—Y menos con su fotofobia —añadió Terence.

—Bueno, sí… —contesté yo—. Quizás os cuente esa historia algún día —cerré con algo de irremediable misterio. Yo sabía que nunca lo haría. Y, de hecho, nunca lo hice.

Mi madre fue la primera en sugerir que bajáramos y nos marcháramos, seguida de Abe. Tanto ellos dos como Terence se volvieron hacia la escalera que conducía al suelo, mientras que Penny y yo permanecimos inmóviles mirando al horizonte.

—¿No venís? —preguntó Terence, que era el que cerraba la corta comitiva.

—Creo que necesito un segundo más… —respondí yo sin girar la cabeza.

—Vale. Nos vemos abajo —aceptó él.

Penny me cogió entonces la mano.

—¿Te importa si me quedo contigo? También entendería perfectamente que quisieras estar un momento a solas —comentó ella con su dulce voz.

—Sí, por favor, quédate —repliqué yo mirándola a los ojos.

Aunque en esos últimos días habíamos estado juntos muchas veces, mi estado de ánimo no había sido el más romántico posible; ella lo había entendido y me había acompañado en mi duelo con comprensión y empatía. Pero ahora, allí, con el ánimo algo repuesto, el alma por fin reconfortada tras completar la misión de despedida y ese hermoso marco de fondo, era imposible no caer rendido a los pies de ese bonito rostro con pecas que suponía la fachada perfecta para un ser humano excepcional, bondadoso y con la personalidad más atractiva que jamás he conocido.

—¿Sabes qué? —siguió ella, apretándome aún más la mano que me sujetaba, como si tuviera miedo de que la suave brisa que nos rodeaba fuera a llevarme hacia el horizonte junto con las cenizas del señor Giddens—. Tengo la sensación de que el señor Giddens se fue sin contarnos toda su historia. Por lo poco que pude tratarlo estoy segura de que fue una persona extraordinaria…

—Lo fue —interrumpí yo con decisión, como si necesitara reafirmarlo una vez más en voz alta.

—… y estoy convencida de que tenía mucho más que compartir de lo que llegó a contarnos.

—Puedes estar segura de ello —confirmé con la máxima convicción.

—Y además fue muy generoso al legarte parte de su herencia —apuntó ella, que ya sabía algo sobre el tema; lo poco que mi madre y yo habíamos decidido ir desvelando—. Realmente tuviste que llegarle bien profundo al corazón, Will. Debía de apreciarte mucho… aunque eso, bueno… eso no es algo difícil —terminó con una sutil sonrisa y un leve tartamudeo que ponía de manifiesto su nerviosismo.

—El señor Giddens era una persona extraordinaria, como has dicho. Y yo soy el tipo más afortunado del mundo, pero ¿sabes por qué? No lo digo por la herencia ni nada de eso. Lo digo porque me he dado cuenta de que soy un imán para personas extraordinarias. Tengo la habilidad de rodearme de ellas, de atraerlas, de mantenerme a su lado. Y aunque ahora el señor Giddens ya no esté con nosotros, tengo la fortuna de tener a mi madre, a Terence, a Abe… y sobre todo a ti. Creo que, definitivamente, ese es mi superpoder.

Penny mostraba un amor tan profundo en sus ojos como nunca antes había visto. Hacía unos segundos que ya no mirábamos el horizonte y nuestras pupilas no se fijaban ya en otra cosa que no fuera el rostro del otro. De fondo, en la lejana radio del guarda Merrill empezó a sonar la versión de Etta James de ***At Last!***. Aunque aún había suficiente claridad, yo podía ver de reojo a la luna asomándose en el cielo; la única testigo de aquel romántico momento entre ambos.

—Will, yo te qu… te qu… —trató de decir ella mientras ponía sus delicadas manos, envueltas en unos finos guantes sin dedos que ocultaban sus cicatrices, a ambos lados de mi fría cara.

—Yo también te quiero, Luna —sentencié, usando su segundo nombre; aquel que me confesó el día que probé sus labios por primera vez y que quedó como romántica referencia cómplice entre ambos para siempre.

Y nos hicimos uno con el beso más hermoso que nunca nos dimos. Un auténtico beso de película, de esos que servirían para poner el broche final a una obra maestra del séptimo arte mientras las palabras «The End» se sobreimpresionan encima de los rostros fusionados de los dos amantes protagonistas y la música sube de volumen, justo antes del fundido en negro final.

# EPÍLOGO

# De aquí a la eternidad

Mil veces habré deseado que mi historia acabara con ese beso de película, con la primera mujer a la que amé, en la única torre en pie de la fortaleza que da nombre a la ciudad en la que me crie. Pero no, mi historia no acabó ahí. Puede que esa parte de mi historia sí lo hiciera; la parte que recoge el momento de mi paso a la madurez, de mi literal transformación, física y mental; la parte de mi historia que cuenta el momento más importante de mi vida; la parte de mi historia que representa el momento más intenso, en lo emocional, que he vivido hasta hoy. Y digo que mil veces hubiera deseado que ese hubiera sido el final de mi historia por ahorrarme parte de lo que vino después. No lo digo avergonzado de mi cobardía, ya que creo que ese deseo nace más de un sentimiento de autoprotección salido de lo más profundo de mi cerebro animal que de la cuenta racional y matemática que trataría de compensar mis años, días y horas de alegría y esperanza frente a los de pesadumbre y desazón. Sí, estoy seguro de que si lo pensara (y lo he hecho) encontraría muchos más momentos de gozo que de tristeza; aunque también habría muchos momentos intrascendentes, de paso, inocuos, inodoros e insípidos; solo millones y millones de segundos que han transcurrido inexorables uno detrás de otro, sin que para mí significaran lo mismo que para el resto de la humanidad.

Ese beso con Penny fue, por tanto, el final de «esa» historia. Un final de punto y seguido, pero un hermoso final, al fin y al cabo, que disfruté muchísimo en su momento y aún disfruto en mi memoria casi cada día. Ese es, de hecho, el principal motivo que me ha llevado a dejar por escrito mi historia; esa parte de mi historia. Me refiero a mi memoria. Aún recuerdo bien mi larga y reveladora charla en el Howe Forrest Park con el señor Giddens el día que le confesé mis temores y la verdad sobre el incendio en mi casa y la muerte de mi hermano Tommy. Y cómo él me dijo que a lo que más temía en la vida era a perder sus recuerdos, a que las caras de su amada Marguerite y su adorada Willow se desvanecieran para siempre entre sus cada vez más deterioradas neuronas y dejaran de ser una imagen, para ser solo unas palabras; y, quizás, poco después, ni siquiera eso, no dejando rastro alguno de su existencia. Ahora, más de cincuenta años después de lo ocurrido en aquel verano de 1967 en el que cumplí los dieciséis, pero aún hoy con los rasgos físicos de un joven de unos veinticinco, entiendo perfectamente a qué se refería. ¿Qué somos sin nuestros recuerdos? ¿Dónde queda constancia de nuestra vida el día que ni siquiera nosotros somos capaces de recordarla? Al menos ahora podré asegurarme que recuerdo con detalle todo lo que ocurrió y podré leerlo y releerlo, asegurando que todo esto no se perderá en el tiempo conforme la caja fuerte donde lo guardo –mi cabeza– se vaya marchitando.

El resto de mi vida no la relataré ahora aquí, puede que algún día me anime a seguir escribiendo mis memorias de alguna forma, aunque sí dejaré ahora algunos trazos gruesos de ciertas cosas que vinieron después de aquel extraordinario verano.

Cuando empezaron las clases ya casi nadie hablaba de todo lo siniestro que había ocurrido en la ciudad en los últimos meses. Todo había vuelto a la normalidad, la «casi normalidad», nuestra normalidad.

Yo me fui habituando sin demasiada dificultad a mi nueva condición física. El asunto de mi baja temperatura corporal lo trataba con camisetas interiores, prendas gruesas y mangas largas,

sin que se supusiera un contraste demasiado obvio; vamos, que no iba con abrigo y bufanda a la playa en agosto, pero teniendo en cuenta que salía con una chica que siempre iba con guantes, lo mío, en general, tampoco se veía tan raro; quizás solo como una pequeña excentricidad. Mi piel se aclaró un poco más de lo que ya era y, salvo en algunas zonas donde mis venas se empezaron a notar más que antes, eso nunca dio pie a ninguna pregunta ni comentario especialmente incisivo; además, un poco de maquillaje según la ocasión también ayudaba bastante. Mis encías se fueron retrayendo, como me había advertido el señor Giddens, pero tardaron meses en llegar a parecerse a las de él, lo que me dio bastante tiempo para practicar una nueva forma de hablar y de reírme –sin enseñar demasiado mis enormes dientes– a la que me habitué con notable facilidad. Sobre el extra de fuerza de mis músculos, lo cierto es que no recuerdo que eso haya sido un factor diferencial en mi vida cotidiana y, por suerte, no me he visto obligado a demostrarlo en público nunca. Aprendí a regular mis comidas de forma que pudiera manejar las necesidades reales de mi lento metabolismo en público sin que se notara que, en verdad, comía mucho menos que cualquier otra persona; resulta sorprendente lo mucho que pensamos que la gente se fijará en nosotros y lo poco que eso ocurre, en realidad, algo que a mí me beneficia claramente. Y sobre la fotofobia, la intolerancia al ajo y la alergia a la plata, puedo decir que uno llega a acostumbrarse sin que ello resulte nada traumático. Creo que es una de las ventajas de tener todo el tiempo del mundo en tus manos: la capacidad de adaptación.

Las clases empezaron en septiembre y el curso se desarrolló como los anteriores. Después de un verano tan movido y especial, nada de lo que pudiera ocurrir entonces iba a sorprendernos o a sacudirnos como lo habían hecho los acontecimientos vividos en el trimestre estival del 67. Yo quise aparentar que, tras lo ocurrido, todo seguía igual que antes, aunque para mí y mi nueva condición física no fuera así. Mantuve mi relación con Penny, que se consolidó como las fuertes negras rocas que sostenían la fortaleza de nuestra ciudad, posponiendo el inevitable final que en mi interior sabía que iba a tener. Durante muchos meses no quise pensar en ello; traté de evadir mi responsabilidad respecto a afrontar la verdad, lo que vendría, lo que significaría para nosotros y lo que sería mejor para ella. Simplemente viví con ella y mis amigos como cualquier otro adolescente en los últimos cursos de su etapa escolar.

El curso pasó y vino otro hermoso verano, en el que disfrutamos y volvimos a sentirnos casi como niños, por última vez, creo. La realidad no nos golpeó con tanta franqueza como lo había hecho el año anterior y nos dejó disfrutar y fantasear con un presente y un futuro idílicos. Y luego vino otro curso; y luego otro bonito verano. Y, de pronto, como si esos dos años hubieran pasado en una exhalación, hubo que empezar a tomar decisiones difíciles.

El día en que dejé a Penny me rompí por dentro de forma tan abrupta que nunca he llegado a curarme del todo. Su rostro, sorprendido y desconcertado por mis escasas palabras y parcas explicaciones sobre las millas que separaban nuestras universidades y la imposibilidad de una relación a distancia se fijaba en mí como si le estuviera hablando un extraño, un desconocido que se hubiera acercado a ella para darle una malísima noticia, inesperada, increíble como una broma de mal gusto. Ese momento es, sin duda, de esos que me gustaría olvidar y que, sin embargo, está instalado en lo más profundo de mi cabeza como si se hubiera fundido con mi cerebro. En Luke’s sonaba el ***Bang Bang*** de Nancy Sinatra y, conforme me alejaba andando y llenando de lágrimas las baldosas que me separaban de la mesa donde acababa de dejarla a ella sola –en todos los sentidos posibles de la palabra–, reparé en lo siniestramente adecuado que era aquel fondo musical.

Dolió como pocas cosas me han dolido en la vida, pero era lo que tenía que hacer. Como Rick

Blaine en ***Casablanca***. Solo que entonces ambos protagonistas nos marchamos solos. Ella no tuvo a ningún líder revolucionario y apasionado al que acompañar y empujar su lucha tras aquello y yo me largué de allí sin mirar atrás, sin mi capitán Renault, sin esa «bonita amistad» que presagia Bogart en su última y archiconocida frase, sin ese compañero con el que hacer menores las enormes penas que lo aplastan a uno como una losa infinita; ese compañero que bien podría haber sido mi querido antepasado si no hubiera tenido que dar su vida para salvar la mía.

No hablaré mucho más de Penny. No puedo. Mi único consuelo es que creo que ha sido bastante feliz en su vida, a pesar de –o quizás debido a– mi despiadada, aunque bienintencionada, decisión de abandonarla al final del segundo verano más trágico de toda mi vida.

Estudió criminología. Se apoyó mucho en Bobby Lloyd, su cuñado, que ayudó a su adorada «abejita» a volar alto y lejos, convirtiéndose en una exitosa inspectora de policía. Rompió muchas barreras en una profesión de hombres y abrió las puertas a muchas otras mujeres. Se casó con un teniente de homicidios de Nueva York y fue madre de tres hijos, dos de los cuales siguieron la profesión de sus padres. Y, como ella es extraordinaria, también sacó tiempo para dedicarse a su afición de escribir, llegando a publicar varios libros, uno de los cuales –de temática infantil– fue un éxito bastante importante.

Bobby y Lauren se casaron un par de meses antes de que yo rompiera con Penny, por lo que estuve invitado a su boda. Ambos se quedaron en Fortress Flint, donde han vivido hasta hoy.

Cuando rompí con Penny también me distancié de mis amigos, Abe y Terence. Ninguno entendió mi postura y yo no me vi con fuerzas suficientes para explicarla, ya que yo mismo casi tampoco la entendía. En cualquier caso, como eso fue justo antes de que Penny, Abe y yo nos marcháramos a estudiar en distintas ciudades, mientras que Terence –al que aún le quedaba un año de instituto– permanecía en Fortress Flint, la propia logística de nuestros nuevos emplazamientos ayudó tanto al deseado como al no deseado distanciamiento.

Abe estudió Derecho y se convirtió en abogado. Pasó por la universidad sin pena ni gloria, como el noventa por cierto de los estudiantes, pero tuvo suerte de entrar de becario en un prestigioso bufete de Detroit en el que cayó en gracia a uno de los más experimentados y veteranos socios, del que aprendió muchísimo en relativamente poco tiempo. Eso, y su buen hacer, lo ayudó a ascender en el bufete y, con los años, llegó a ser socio del mismo; incluso salió varias veces en la prensa –y en la televisión– por la magnitud y repercusión de algunos de los casos que llevó. Se retiró joven y montó su propia asesoría jurídica, a la que, según tengo entendido, todavía dedica parte de su tiempo, aunque ya con muchísima menos intensidad que antes.

En cuanto a Terence, estudió Historia y se especializó en Historia de América. Pudo hacerse con una plaza de profesor en uno de los institutos de Fortress Flint y se convirtió en una de las personas más respetadas de la comunidad. Se jubiló hace pocos años y tuvo una despedida a la que acudieron más de mil personas, casi todos exalumnos suyos, a los que había ayudado e inspirado a lo largo de todos sus años de carrera profesional. ¡Ah! Y con el tiempo libre del que dispone ahora se ha convertido en director –a tiempo parcial– de la biblioteca de Fortress Flint, que aún sigue en funcionamiento, por más que internet siga luchado desesperadamente por terminar de una vez por todas con esos templos de cultura que durante tantos años sirvieron tanto a la población. Sí, es verdad, hablo ya como un viejo que solo parece recordar lo bueno de los tiempos pasados… pero es que en realidad soy casi un viejo, solo que envuelto en una joven e inmerecida carcasa. Quizás tenga que seguir aprendiendo a adaptarme a los cambios de la

sociedad, pero es que cada vez suceden más rápido… En fin, respecto a la biblioteca, yo mismo he donado en secreto varias veces algunas cantidades importantes para su conservación como patrimonio esencial de la ciudad que me vio nacer y crecer.

Por cierto, hablando de donaciones, Terence pudo ir a la universidad gracias no solo a la beca que consiguió por las excelentes notas que cosechaba, sino también a una anónima ayuda económica que recibió al final de su último año de instituto (ya que los modestos sueldos de Ophelia y de Johnny Ebony, que se convirtió oficialmente en su padrastro algunos años después, no hubieran dado ni para poder enviarlo a la más barata de las universidades públicas). Fue algo inesperado que nos hizo elucubrar varias y diversas teorías sobre su origen, pero el caso es que un día, a finales de la primavera de 1970, Terence recibió un sobre con dinero suficiente para hacer frente a los gastos de todos los años de una carrera universitaria con una escueta y simple nota mecanografiada que decía algo así como:

«Toma este regalo sin reticencias, con la única condición de que lo uses para seguir formándote. Ve a la universidad, sigue estudiando y termina de convertirte en un hombre de provecho. Te mereces la oportunidad y estoy seguro de que la vas a aprovechar.»

La teoría más aceptada por todos los pocos allegados que supimos del sobre fue que quizás sería un regalo de su padre biológico, aquel que lo había abandonado de pequeño y que, quizás, muchos años después de aquello se hubiera visto forzado por conciencia a aportar algo a la educación y crianza de su hijo. Yo, por mi parte, siempre pensé que, de haber sido él, no habría tenido problemas en asumir la autoría de dicho regalo, y, además, tenía una teoría más interesante al respecto que pude confirmar años más tarde.

Tanto a Abe como a Terence los solía ver, de forma esporádica, en los veranos en los que volvíamos a reunirnos en Fortress Flint, pero nuestras quedadas eran cada vez más forzadas y los recuerdos de nuestras aventuras menos interesantes. Y, además, siempre nos faltaba Penny, a la que yo hacía esfuerzos por no ver ni encontrarme para no avivar ningún tipo de dolor en ella por nuestra «no amistosa» separación –y porque yo nunca estuve seguro de poder soportar volver a mirarla a los ojos después de mi inexplicable (para todos) comportamiento hacia ella–.

La última vez que vi a mis amigos fue en 1974 (luego he seguido sus vidas en la distancia, porque no he podido nunca separarme del todo de ellos) y, aunque he vuelto por Fortress Flint algunas –muy pocas– veces desde entonces, siempre lo he hecho de incógnito y sin avisar a nadie, minimizando el riesgo de volver a encontrarme con gente de mi pasado, ya que ninguno entendería mi casi inalterable apariencia física. Además, llevo oficialmente muerto desde 1982; pero de eso hablaré un poco más adelante.

Antes volveré a 1974 para hablar de otra muerte, una de verdad, quizás la que más me ha dolido hasta el día de hoy: la de mi querida madre.

Recuerdo con perfecta nitidez su mirada la última vez que la vi respirando. Era una tarde de principios de otoño, en el hospital John Morris, aquel donde tantas horas había trabajado ella, ayudando a su comunidad, siempre muy resolutiva y con una enorme sonrisa, y que ahora tenía que utilizar como paciente, postrada en una cama, en el espacio reducido de una de sus habitaciones. En esa última conversación ella no dijo nada, pero yo sabía que sospechaba algo. Me acordé de cómo el señor Giddens había mencionado algo similar cuando vivió lo mismo con su propia madre en su lecho de muerte, doscientos cincuenta años atrás; cómo ella en el siglo XVIII, al igual que la mía en pleno siglo XX, sabía que su hijo tenía algo raro, no necesariamente malo, pero sí diferente a lo que ella –o cualquiera– hubiera considerado «normal». Yo tenía veintitrés años, pero ella llevaba viéndome exactamente con el mismo

aspecto desde hacía siete años. Aquella tarde de 1974, mi madre me miró de esa forma en la que su sexto sentido materno escudriñaba mi alma en busca de buenas explicaciones a lo que percibía como extraño en mí, pero no habló de ello; sí habló, en su lugar, de lo orgullosa que se sentía de mí –creo que era muy consciente de que le quedaba muy poco tiempo entre nosotros– y de lo tranquila y feliz que estaba por lo bien que me iba y por tener la vida resuelta, en lo económico; lo típico por lo que una madre se preocuparía. Luego cenó temprano la escasa e insípida comida que le llevaron a la habitación y se durmió. El cáncer se la terminó de llevar esa noche. Mi consuelo, más allá de la sincera paz que percibí en sus palabras y su expresión en esa última conversación con ella, fue que su cáncer fue uno de los rápidos y ella no tuvo que sufrirlo durante largo tiempo.

No pude evitar que Penny asistiera a su entierro, junto con Abe, Terence y muchos otros conocidos que dejaron sus quehaceres y obligaciones, viajando en muchos casos largas distancias, para compartir conmigo esa dolorosa despedida. Fue un día muy triste para todos, pero el sincero abrazo de amistad que me dio mi siempre muy amada Penny, sin rencor, con verdadero amor, fue lo que más me reconfortó ese día. No cruzamos más que un par de cortas frases y nunca más volví a hablar ni a encontrarme con ella, ni con ninguno de mis otros dos amigos, aunque sí que los vi en muchas ocasiones desde la distancia, sin hacerme notar, solo para sentirlos cerca y sentirme por un instante, de nuevo, parte del sólido grupo que se disolvió el día en que me obligué a dejar a Penny y a empezar alejarme de todos ellos, para protegerme y para protegerlos.

Poco después de la muerte de mi madre, no tengo muy claro si por algún extraño ritual de catarsis o un simple capricho de vanidad, decidí abandonar mi distintivo parche y me puse mi primer ojo de cristal. Ya entonces la calidad de los mismos era lo suficientemente buena como para que no se notara casi nada, y lo cierto es que verme en el espejo con un compañero del original de color miel que me seguía funcionando a la perfección resultó en un efecto bastante positivo y motivador para mi autoestima.

La primera carrera universitaria que estudié fue Medicina. En 1976 estaba haciendo mi residencia en un hospital de Florida cuando se me ocurrió empezar a buscar a Pete Benson, el guarda que tanto nos había facilitado la búsqueda del tesoro de Abercrombie en la fortaleza que él custodiaba y del que siempre habíamos sospechado que podía habérsenos adelantado en encontrarlo, dejándonos una enigmática nota firmada de una peculiar manera que podía (o no) ser una magnífica pista incriminatoria puesta ahí a propósito para que lo identificáramos. Yo no vivía muy lejos de Boca Ratón, que era donde él nos había dicho que iba a mudarse al dejar Fortress Flint, y quería intentar dar con él para tratar de confirmar nuestra teoría sobre si, como sospechábamos, usó el nombre de James Gatz como pseudónimo para firmar la nota, como un tributo al protagonista del que parecía ser uno de sus libros favoritos, ***El gran Gatsby***. Además, yo tenía una segunda teoría sobre otro hecho al que también atribuía su autoría en mis pensamientos. Eran dos enigmáticas hipótesis a confirmar y, sinceramente, yo tampoco tenía nada más emocionante que hacer en aquella época.

Me sorprendió lo sencillo que fue dar con él. De hecho, solo tuve que coger la primera guía telefónica que encontré –en una cafetería donde paré, como excusa, a tomar un té– y comprobar que, al menos, había una persona llamada Peter Benson viviendo en la ciudad. Mi ánimo se enardeció, suponiendo –inconsciente–, sin ninguna duda, que aquel Peter Benson era justo el mismo al que yo estaba buscando. Estuve tentado de llamarlo desde la cafetería, pero preferí apuntar su dirección en una pequeña servilleta de papel y dirigirme en persona a su casa.

A través de un compañero de trabajo oriundo de Boca Ratón, yo me había estado documentando un poco sobre la ciudad, y sabía que la zona a la que me dirigía –tras consultar un mapa actualizado que compré en una gasolinera– era uno de los barrios más populares y concurridos de la ciudad; un barrio modesto, de trabajadores, con mucha vida en sus calles y muchos niños en sus parques.

La casa a la que me dirigía era bastante grande comparada con las del resto del modesto barrio, aunque nunca diría que era opulenta. Sin embargo, sí me pareció mucho más que el pequeño apartamento al que el señor Benson nos había indicado su intención de mudarse, en nuestro último encuentro con él, en la tienda del señor Giddens. Aquello acrecentó las cosquillas en mi tripa. Cuando el señor Benson abrió su puerta solo tardó un par de segundos en identificarme. Al fin y al cabo, a pesar habían pasado nueve años desde la última vez que nos vimos, yo apenas había cambiado –salvo por mi ojo de cristal–. Él sí que había envejecido –y ganado algo de peso–, aunque su rostro mostraba a una persona serena, feliz y con un espíritu casi jovial. Creo que se alegró tanto de verme como yo de haberlo encontrado.

—Hace años que esperaba esta visita, pero siempre pensé que sería otro de vosotros quien vendría primero —dijo sonriente, pero sin poder ocultar una leve decepción. Obviamente se refería a Terence.

Me invitó a pasar. Mencionó mi nueva imagen, con mi ojo de cristal, que, aunque no se notaba demasiado, él sabía bien que no era real; y eso ayudó a amortiguar un poco la sorpresa por mi inalterable apariencia física después de tantos años. Estuvimos conversando un buen rato, recordando los viejos tiempos. Traté de excusar a los otros por su ausencia lo mejor que pude, argumentando que nunca estuvimos seguros de dónde encontrarlo y que, con los estudios, la universidad y la aleatoriedad de la vida, no habíamos encontrado el momento de visitarlo. De hecho, le aseguré que mi visita había sido más fortuita de lo que él creería. Le mentí. Le hablé de mi residencia como médico y de que uno de mis compañeros era de allí, de Boca Ratón, y en una de nuestras conversaciones había surgido en mi mente la chispa de su recuerdo, y la cercanía de poder encontrarlo y visitarlo era lo que me había llevado hasta su puerta.

Me preguntó por todos mis amigos y se alegró mucho al saber que estaban bien y que sus vidas eran plenas. Hizo bastante hincapié en Terence y sus estudios, lo que avivó mis sospechas de que él era en realidad el benefactor que le había enviado, de forma anónima, el dinero para la universidad. Y el hecho de que pudiera tener (o haber tenido) tanto dinero como para «regalarlo» era, de manera directa, una buena pista adicional para alimentar nuestra teoría sobre que debió de ser él quien se hizo con el tesoro de Abercrombie, arrebatándonoslo en nuestras propias narices.

Hablamos de cómo acabó todo el asunto de los asesinatos y del Ku Klux Klan de Fortress Flint, muy poco después de que él abandonara su trabajo y la ciudad. Él sabía lo principal por las noticias, que recordaba bastante bien, pero se interesó por conocer los detalles de primera mano, a través de mis explicaciones. Aparte de contar por enésima vez la versión detallada y oficial de la historia, que ya era casi más real en mi mente que lo que había sucedido de verdad, me sorprendí hablando sin parar de mi antepasado, el señor Giddens, de todo lo que disfruté con él aquel verano y de todo lo que aprendí de él. No le conté nada de la herencia ni de lo que había sido de la tienda, aunque él intentó sacarme información con preguntas que yo esquivé con bastante agilidad. Me enseñó cómo conservaba, en una bonita vitrina que presidía su biblioteca –porque, como no podía ser de otra forma, tenía una amplia biblioteca en su casa–, la pluma estilográfica de F. Scott Fitzgerald que compró en la tienda de antigüedades del señor Giddens el

último día que nos vimos en Fortress Flint. Era la joya de su colección y volvió a referirse a ella como su tesoro más preciado.

Esa mención a la pluma como un tesoro me dio pie a sacar el tema del tesoro de Abercrombie y de cómo no pudimos hacernos con él, a pesar de que demostramos que estuvo escondido en la fortaleza, como Terence siempre había pensado. Hablamos un buen rato del tema y él me mostró la moneda que le regalamos –que le regaló, en realidad, con amplia generosidad, Terence–, la cual también guardaba con un cariñoso recuerdo en una pequeña caja fuerte, tras un cuadro en otra de las habitaciones, que hacía las veces de pequeño despacho.

Fue entonces cuando aproveché la oportunidad de intentar sonsacarle lo que yo pensaba que era la auténtica verdad detrás de su marcha de Fortress Flint y sobre el destino del tesoro completo.

—No puede usted hacerse una idea de la de vueltas que le hemos dado al asunto del tesoro —mencioné mostrando cierta desesperación interna.

—Bueno, al menos demostrasteis que en algún momento estuvo allí. Fue una bonita aventura para unos intrépidos muchachos. Lo hicisteis muy bien —trató de reconfortarme él.

—Debo admitir que fue algo bastante emocionante. Pero, ¿esa nota que encontramos junto a las monedas? Ahhhh… Siempre pensé que había algo que se nos escapaba. Quizás alguna pista que nunca supimos descifrar… no sé… —dije mirando al techo, como pensativo.

—No creo que merezca la pena darle más vueltas, Will —dijo él dándose la vuelta para salir de la habitación, tratando claramente de pasar a otro tema.

—Esa extraña cancioncilla sobre los seis peniques… ese tono algo jocoso… y, a pesar de que estaba firmada y fechada, ¿cómo íbamos a encontrar nosotros a ese tal James Garner, que había puesto eso allí en 1922? —terminé lanzando el definitivo anzuelo que esperaba que mi interlocutor picara sin darse cuenta.

—¿No era James Gatz y 1925? —me corrigió girando la cabeza lo suficiente para que yo pudiera ver cómo se arrepentía de sus palabras conforme las pronunciaba.

Era muy improbable que un hombre que hacía nueve años había visto una nota durante unos segundos pudiera acordarse del nombre y la fecha exactas con los que esta estaba firmada; y nunca con tanta nitidez como para corregirme. Se detuvo en seco. Yo lo miré con media sonrisa y ambos supimos que no hacía falta hablar más.

A los pocos minutos salí de aquella casa con la certeza de haber resuelto el misterio del paradero del tesoro y del misterioso benefactor de estudios de Terence. No había nada que reclamar. El señor Benson había jugado bien sus cartas. No había hecho trampas, solo aprovechado su oportunidad. Incluso nos había ayudado –quizás con un doble interés– con algunos datos sobre Morgan Blackbelt y los documentos históricos de la fortaleza, amén de facilitarnos el acceso a la misma e incluso de encubrir nuestra furtiva e infructuosa incursión y excavación nocturna. Todos habíamos sido unos fisgones. Por último, tampoco podía criticar demasiado su generosidad después de lo que yo pensaba había hecho por Terence y sus estudios. Así que me fui de allí con cierta satisfacción, alegre de confirmar que había sido él, seguro de que el James Gatz de 1925 de la nota había sido en realidad el Pete Benson de 1967. Aquel guarda y guía turístico retirado me caía bien y, más allá de nosotros, no se me ocurría nadie mejor para poseer aquel tesoro. Un tesoro que, de alguna forma, también sería nuestro por siempre, aunque no hubiéramos tenido más que seis pequeñas monedas de él en nuestro poder.

Nunca llegué a contarles nada de todo eso a mis amigos. Mis certeras sospechas quedaron solo para mí y ese secreto que yo he dado desde entonces por desvelado, no ha pasado de mí a nadie

más; hasta ahora.

He mencionado antes que estudié Medicina. Esa fue la primera de las disciplinas que he estudiado. Como comentaré en breve, bien administrados mis bienes, tenía la vida resuelta en cuanto a lo económico; una vida larga, muy larga, cuyo tiempo he tenido que llenar con algo, y la cultura y el saber siempre me han parecido el mejor contenido posible para llenar ese espacio vacío.

La elección de Medicina como el primero de mis estudios me pareció entonces la opción más obvia. Quería dedicarme a la investigación, saber más sobre cómo funciona el cuerpo humano y descubrir quizás el secreto detrás de mi especial sangre. He de decir que, por ahora, no lo he conseguido. Tengo muchos más datos, sé mucho mejor cómo funciona mi cuerpo, y es tan fascinante como atípico, pero no tengo respuestas a las grandes preguntas que sigo haciéndome respecto a por qué mi sangre se comporta del modo en que lo hace y provoca en mi organismo unos efectos y unas diferencias tan enormes respecto al resto de los seres humanos. En todos estos años, nunca he conocido a nadie más como yo –por más que he de suponer, según lo que me contó el señor Giddens, que no soy el único que posee este peculiar tipo de sangre–, y tampoco he traspasado nunca a nadie mi especial don, aunque una vez estuve a punto de hacerlo… pero, como repetía el magnífico Lou Jacobi en ***Irma la dulce*** cada vez que su personaje, Moustache, referenciaba alguna de sus profesiones pasadas, «esa es otra historia».

Nunca he ejercido, de forma pública, mucho tiempo de nada en concreto, menos aún de médico, porque con mi condición lo mejor es mantener un perfil social bajo. No puedo arriesgarme a que se me reconozca por mi retardado envejecimiento. Por ello, y gracias al legado económico de mi adorado antepasado, he podido dedicarme a estudiar otras disciplinas, otras carreras universitarias que han alimentado mi mente y mi espíritu durante todos estos años. Lo segundo que estudié fue Biología, como complemento a mis estudios de Medicina. Y más tarde Química. Todo muy centrado en entender mejor mi especial condición, aunque lamentablemente sin llegar a demasiadas respuestas concluyentes. Creo que la ciencia debe avanzar unos años más todavía para que pueda llegar a entender por qué me pasa esto y, a lo mejor, aprender a aislar las propiedades positivas que me aporta mi sangre, revirtiendo sus efectos secundarios no deseados y de género y haciendo posible que sus virtudes puedan ser disfrutadas por toda la humanidad; momento en el que desvelaría mi secreto de forma inmediata y lo haría público. Pero no tengo ni idea de cuándo ocurrirá eso. A pesar de mis pocos avances hasta ahora, aún soy optimista al respecto.

Tras esa primera y larga etapa científica de mis estudios, luego me embarqué en otras disciplinas más centradas en las humanidades, como el Derecho, la Historia o la Filosofía. Y tengo planes de ampliar mis conocimientos con Zoología, Botánica, Literatura o Filología. Puede que incluso algún día me anime a aprender Música y a tocar algún instrumento. Como he dicho, no creo que haya mejor manera de emplear el tiempo –más aún cuando, como el mío, está bastante condicionado por necesidad de no destacar demasiado socialmente– que en aumentar el conocimiento del mundo y todo lo que tiene que ofrecernos.

Respecto a cómo vivo, la verdad es que tengo la suerte de no tener que preocuparme por el dinero, al menos de momento, y espero que aún por un buen número de años. Los bienes heredados del señor Giddens hace más de cincuenta años no solo me rentan lo suficiente, sino que han aumentado su valor y me han permitido acrecentar mucho más mi patrimonio en todo este tiempo. Gracias a las extensas y precisas explicaciones y consejos que mi antepasado me dio

en la carta que me legó junto con sus últimas voluntades, he podido gestionar de forma adecuada un negocio de antigüedades que continuó el suyo.

Cuando llegué a la mayoría de edad y pude gestionar directamente todos los bienes heredados, reactivé el negocio de antigüedades y empecé por trasladar su base a Boston, donde contraté a un joven –de nombre Xavier Garmin– con excelentes referencias. Tuve muy buen ojo, porque durante muchos años llevó e hizo crecer el negocio, aumentando, si cabe, mi ya enorme estabilidad económica. En esa época yo empezaba a estudiar Medicina y no quería distraerme demasiado con otras actividades, pero al principio tuve una relación profesional muy cercana con él, aunque pronto dejé de aparecer por la tienda y mantuve siempre las distancias. Al cabo de unos años hice a Xavier socio minoritario de la empresa con la condición de que no hiciera demasiadas preguntas sobre mis prolongadas ausencias, alegando que prefería el anonimato y manteniendo solo el contacto por teléfono o carta –de forma que dejó de verme físicamente a mediados de los setenta–, e instruyéndolo acerca de que mi parte podría ser traspasada a otros propietarios –otros nombres, en realidad, aunque eso él no lo sabía ni lo ha sabido nunca– en determinados momentos del futuro.

Xavier, al que también elegí porque demostró tener una pasión similar a la mía y a la del señor Giddens por el séptimo arte, ha sido un excelente gestor y ha ampliado mucho nuestra colección de objetos relacionados con el cine. Yo he de confesar que he aportado muy poco al negocio en estos años, pero creo que es lo más adecuado debido a mi necesidad de mantener un perfil bajo. Cuando Xavier se hizo demasiado mayor para llevar el negocio, traspasó su parte a su sobrina, Jezabel, que había estado ayudándolo durante años en la tienda. Es tan buena o mejor que su tío, y le apasiona lo que hace. Con ella mantengo la misma relación oculta y a distancia que con Xavier y conoce bien las estrictas reglas de su extravagante socio (o socios, en el tiempo). Seguimos manteniendo en seguros trasteros buena parte de nuestro patrimonio, porque es imposible exponerlo todo, pero eso nos permite rotar un poco el género expuesto. Alguna vez he pasado por la tienda en Boston, sin hacerme notar, solo para verla y sentir de cerca muchos de los extraordinarios objetos que vendemos. Para mí es más un museo que una tienda.

Y, hablando de museos, toca ya contar lo que hice con la propiedad de Fortress Flint que heredé de mi antepasado, esa que hizo las veces de tienda original en mi ciudad y bajo la que descansan –espero que azotados por todos los demonios posibles del infierno– los restos del cruel Nathan Simmons. Durante un par de años mantuve la propiedad cerrada. Solo me preocupé de que el bueno de Elmer Ebony siguiera yendo de cuando en cuando a mantener cuidado el jardín, sobre todo la hermosa rosaleda que ocultaba el cadáver de Nathan. Por un tiempo pensé que sería un buen hogar, pero mi condición no me iba a permitir vivir de manera indefinida en Fortress Flint; en algún momento tendría que irme para siempre, así que pronto abandoné esa idea. Tras pensarlo mucho, por fin se me ocurrió la mejor forma de emplear esa propiedad, rindiendo tributo a mi antepasado, a su pasión y a lo que representaba. Decidí convertir la casa en un museo y la doné a la ciudad, dejando que el ayuntamiento se beneficiara de su explotación siempre que se cumplieran unas estrictas y precisas condiciones: la propiedad nunca podría venderse ni especular con ella; el único uso posible de dicha propiedad sería el de museo, donde solo se expondrían piezas donadas por el negocio Antigüedades Giddens, con domicilio social en Boston, y que sería el único encargado de decidir qué exponer y cómo exponerlo; y, por último, el jardín de la propiedad debía conservarse siempre cuidado e impoluto, dejando que fuera Elmer Ebony el que se ocupara de ello hasta su jubilación (algo que ocurrió hace varios años) y pudiendo entonces el ayuntamiento decidir la empresa o persona que continuaría la labor de

Elmer, sin alterar ninguno de sus elementos originales. Hasta el momento, todo ha funcionado a la perfección y hace años que la antigua casa del señor Giddens, ahora conocida como Museo Giddens, es parada turística obligada de cualquiera que se acerque a la ciudad. Y su hermosa rosaleda se mantiene tan viva y radiante como el primer día.

Por mi parte, y aunque podría elegir entre miles de preciosos y preciados objetos que heredé o que he ido consiguiendo, gracias a Xavier y Jezabel, a lo largo de todos estos años, lo que conservo con más cariño de toda mi colección son los dos regalos que recibí de las manos vivas de mi antepasado: la pulsera de ***Río Rojo*** y el reloj de bolsillo de ***Matar a un ruiseñor***. El mirar esas reliquias cada día me recuerda todo lo vivido y me mantiene unido a él y al hermoso mundo del cine por el que me insufló una exacerbada pasión.

Esa pasión se ha consolidado en mí como un robusto pilar de mi carácter de tal forma que ya no se podría hablar de Will Johns –sea cual sea el nombre con el que me haga llamar en cada momento– sin que el mundo del cine aparezca de una u otra manera. El cine me conecta al mundo, me proporciona emoción, recuerdos, e incluso grandes ideas y pensamientos que hacen que mi vida sea más completa.

Siempre que veo una película, sobre todo si es muy buena o aviva en mí alguna emoción profunda o pensamiento interesante, me acuerdo de mi querido señor Giddens y lamento que no esté a mi lado para disfrutar conmigo de esas experiencias; incluso me he sorprendido a veces hablando en voz alta con él –imaginando que puede escucharme desde donde quiera que esté–, durante un paseo por el bosque o contemplando una puesta de sol mientras le comento mis impresiones sobre la última película que he visto.

Y en estos años he visto muchas. Muchísimas. Miles.

Acompañé al inspector Callahan por las calles de San Francisco buscando que le «alegrasen el día»; asistí a la boda de la hija de Don Vito y, como él mismo dijo, no pude «rechazar su oferta»; fui engañado por Henry y Johnny mientras ellos ejecutaban con elegancia su particular venganza contra Doyle Lonegan; asistí aterrado a los intentos del jefe Brody de dar caza a la enorme bestia marina que hizo bajar la afluencia en las playas de todo el mundo; me maravillé con la realista y agridulce relación entre Alvy y Annie; aprendí lo que era la Fuerza y vi cómo Luke se convertía en un maestro de la misma; fui el noveno pasajero de la Nostromo; quise, como Brian, ser admitido en el Frente Popular de Judea; viaje con el doctor Jones por el mundo en busca de los más enigmáticos objetos; me subí al DeLorean de Doc para ir con Marty al pasado y al futuro de Hill Valley; repté junto a John por los conductos de ventilación del Nakatomi Plaza; me estremecí al ser perseguido por los «Tes» más letales de la historia: el T-800, el T-1000 y el T-Rex, a cuál más peligroso y terrorífico; bailé con el teniente Dunbar y su amigo Calcetines; lloré con Oskar de impotencia por no poder meter a más gente en su lista; sentí la verdadera amistad de Red y Andy cuando por fin consiguen reunirse en Zihuatanejo; me contagié del espíritu libre de William en su búsqueda de la independencia de Escocia; busqué por una destrozada Europa al cuarto hermano Ryan junto con un grupo de valientes soldados; navegué a bordo de la HMS Surprise a las órdenes del «afortunado» Capitán Aubrey; sufrí con Frodo y Sam durante su espinosa travesía hacia el Monte del Destino; seguí durante años el crecimiento de tres jóvenes en la Escuela Hogwarts de Magia y Hechicería; patrullé junto a Bruce las viciadas y corruptas calles de Gotham; se me erizaron los vellos de emoción al ver a Steve empuñar el Mjolnir y a Tony chasquear los dedos…

Y, por supuesto, también seguí disfrutando de mis queridos clásicos una y otra vez; de Bogart, de Wyler, de Grant, de Ford, de Bergman, de Leigh, de Hitchcock, de Chaplin, de Stewart, de

Hayworth, de Davis, de Hawks, de Wayne, de Miles, de Lemmon, de Keaton, de Hepburn, de MacLaine, de Wilder… y podría escribir otro libro más con todos los que me gustaría citar. Y con todos los que se han ido convirtiendo en clásicos a lo largo de todos estos años.

Sí, he visto mucho cine. Me abrí a otras culturas, las cuales conocí mejor gracias precisamente a su cine. El cine italiano, francés, español, alemán, japonés, polaco, iraní, mexicano, noruego, argentino, brasileño, sueco, hindú… hay tanto y tanto que ver, que ni teniendo tanto tiempo como el que yo poseo se es capaz de visionar todo lo que se produce. Y, aunque Hollywood siempre será Hollywood, se pueden encontrar grandes y pequeñas obras maestras en nuestro cada vez más globalizado mundo, lo cual sin duda enriquece enormemente el arte de la cinematografía.

Siempre he defendido que es preciso ver cine de todos los géneros y calidades posibles, porque esa variedad te hace apreciar aún más las grandes obras, tanto profundas como superficiales y de puro entretenimiento, de ayer y de hoy. Amplié la colección heredada y seguí haciéndome con más películas. La tecnología me permitió que la calidad fuera cada vez mejor y el espacio necesario para almacenarlas cada vez más pequeño. Coleccioné mucho cine en vídeo, y luego en DVD, en Blu-Ray… ¡Cómo le hubiera fascinado todo este nuevo mundo al señor Giddens! Y también coleccioné mucha música, en vinilo, cintas y CDs. Y ahora, con los servicios digitales y de *streaming*, la oferta y cantidad de contenido accesible en cualquier momento supone una oportunidad increíble para ampliar el rango de cultura que el ser humano puede recibir de forma inmediata. ¡Es fantástico! Aunque, por supuesto, la nostalgia me empuja de cuando en cuando a volver a disfrutar de una proyección clásica con celuloide en mi sala privada de cine o de una audición en vinilo gastado y con ruido de fondo de alguna vieja grabación musical.

Mi pasión –aderezada con algo de vanidad– me llevó a un deseo irrefrenable de compartir mis opiniones cinéfilas con el resto del mundo, y la popularización de internet me dio la herramienta perfecta para llevarlo a cabo de forma anónima; o casi. El hecho es que creé y durante casi una década mantuve activa una web de reseñas, artículos y opiniones sobre películas y bandas sonoras que, poco a poco, empezó a cosechar cierto éxito. Fue entonces, junto con la explosión definitiva de las redes sociales, cuando comprendí que mi ideal de mantener el anonimato con ese nivel de exposición pública (aunque fuera sin mostrar mi rostro) no sería algo viable a largo plazo, por lo que decidí abandonar el proyecto y cerré la web, desapareciendo de nuevo sin dejar rastro (o dejando poco rastro).

La necesidad de tener que «desaparecer» cada cierto tiempo y convertirme en otra persona, empezando de cero en una nueva localización, inventando una nueva historia tras de mí, es una de las peores cosas a las que me obliga mi especial condición. Es un auténtico fastidio. Sobre todo, por el enorme impacto emocional que tiene en mí, ya que es imposible no conocer a nadie, no socializar –aunque sea con poca gente–, no encariñarse ni establecer lazos afectivos con personas con las que uno conecta, aunque sea sin proponérselo, en cada una de las ciudades en las que he vivido. No he logrado acostumbrarme al dolor de las pérdidas emocionales provocadas por mi nómada existencia, ni he podido endurecer mi corazón lo suficiente como para ignorarlas. Y, aún con todo, merece la pena.

Tengo que hacer esto –resetear y volver a empezar un nuevo bucle– más o menos cada diez años, que es el periodo aproximado que logro aguantar en un mismo entorno sin necesidad de tener que dar demasiadas explicaciones sobre mi inalterable aspecto. Obviamente, tengo que recurrir a algunas fórmulas poco legales para que mis cambios de identidad sean sólidos y sin fisuras; sin que se relacionen unos con otros. En realidad, como ya me advirtió el señor Giddens,

no es tan complicado cambiar de nombre, borrar tu rastro, empezar de nuevo sin un pasado, como un fantasma, como un alma que nunca existió o que existió solo el tiempo que yo decidí que lo hiciera. Solo necesitas los contactos adecuados y, como escribió David Mamet en ***El último golpe***, un poco de «eso que mueve el mundo. ¿El amor? Sí, el amor al dinero».

Aunque el mundo se ha vuelto más digital y global, es posible desaparecer sin dejar huella. Hay que adaptarse a los tiempos, evolucionar y, sobre todo, ser bastante estricto con algunas reglas básicas que te permitan vivir con una identidad de usar y tirar. Yo he aprendido a hacerlo. En 1982, Will Johns murió oficialmente en un accidente de avión a la aún tierna edad de treinta años. No sé si hicieron algún tipo de ceremonia o misa para despedirme, pero años más tarde me enteré de que Abe y Terence habían comprado una lápida con mi nombre que descansa en el cementerio de Fortress Flint. ¡Mis queridos amigos! Después de eso, siguiendo el ejemplo del señor Giddens, he adoptado nombres de diversos personajes. El primero fue James Gatz, quizás como un chiste privado que alimentara un poco más la leyenda detrás de la nota que encontramos con los restos del tesoro. Después he sido Fred Derry, en honor al personaje de Dana Andrews en ***Los mejores años de nuestra vida*** –la última película que vi con mi querido antepasado–, John Scott Ferguson, por el de James Stewart en ***Vértigo***, y Charles (Charlie) Allnut, por el personaje que le dio su único Óscar a Humphrey Bogart –por ***La reina de África***–, que, de hecho, es como me identifico en el momento de escribir estas líneas.

Siguiendo mis ciclos, me encuentro ya en un momento en el que debería volver a cambiar. Llevo tiempo pensando en que quizás es hora de hacer el homenaje definitivo a mi antepasado y adoptar el nombre con el que él nació: Roderick Richardson. Lo que no creo que me atreva a hacer nunca es elegir ser Horace Giddens; sería demasiado rebuscado.

Horace Giddens vive en mi mente como alguien único, irrepetible. No podría verlo de otra forma. Horace Giddens fue mi abuelo, aunque solo lo fuera brevemente, y me hizo dos regalos que no perderé nunca: una auténtica pasión por el cine que me acompaña y reconforta en mi solitaria existencia; y la bendita maldición que me traspasó al salvarme la vida la primera vez.

Muchas veces recuerdo cómo cuestionaba el concepto de normalidad que tanto parecía preocuparme a mí. ¡Qué lejos me parece que queda todo eso ahora en mi mente! Recuerdo también nuestras conversaciones sobre la denominación que yo usaba, medio en broma medio en serio, identificándonos como personas «casi normales», una aproximación que él me convenció para adoptar como nuevo y único estándar posible, eliminando cualquier connotación negativa de la que yo hubiera querido dotarla cuando la sugerí por primera vez; neutralizándola. Ahora que ya he vivido muchos años puedo asegurar, gracias a la experiencia que te regala el paso del tiempo, que esa filosofía es totalmente cierta; que esa utópica visión del concepto de normalidad que la sociedad parece siempre querernos imbuir no es ni correcta ni deseable, y que, al final, la única y auténtica verdad es la que él usó para despedirse de este mundo, en mis brazos, vulnerable a la par que lúcido y sereno: todos somos «casi normales», pero solo unos pocos son verdaderamente extraordinarios.

# ACERCA DEL AUTOR

Nací en Sevilla en 1977.

Desde que recuerdo, siempre he tenido especial interés por escribir relatos e historias de ficción, siendo el misterio, la intriga y las atmósferas inquietantes mis temas favoritos.

Mi afición por las letras me ayudó a conseguir, en 1991, el primer Premio de Periodismo Escolar de la provincia de Sevilla.

Además de la escritura, mi otra gran pasión es el cine. Conjugando ambas aficiones, he escrito los guiones de varios cortometrajes y mediometrajes, algunos de los cuales también acabé dirigiendo. Asimismo, creé en 2003 el sitio web «CINE & BSO», donde escribí durante seis años cientos de reseñas y artículos de películas y bandas sonoras, alcanzando una notable popularidad.

Tengo otro libro publicado titulado ***La máquina de escribir***. En ambos trabajos, buscando ponerme en el lugar del lector, he creado el tipo de historia que me apasiona, aunando técnicas de composición literaria con tramas muy cinematográficas.

Le animo a contactar conmigo para recibir su valiosa opinión acerca de este libro o hablar sobre cualquier otro tema que sea de su interés en el correo electrónico:

**ricardoborreroautor@gmail.com**